M. ROSTOVTZEFF

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL MUNDO HELENÍSTICO

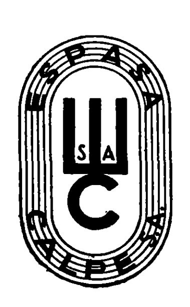
II



ESPASA - CALPE S.A.

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL MUNDO HELENÍSTICO

TOMO II


ESPASA
S A
C
CALPE S.A.

M. ROSTOVTZEFF

HISTORIA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL MUNDO HELENÍSTICO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS POR

FRANCISCO JOSÉ PRESEDO VELO

TOMO II

ESPASA-CALPE, S. A.
MADRID, 1967

Esta traducción de "The Social and Economic History of the Hellenistic World" de la primera edición inglesa de 1941, corregida en 1953, se publica por convenio con Clarendon Press, de Oxford

Depósito legal: M. 18.453—1967

Talleres tipográficos de la Editorial Espasa-Calpe, S. A.
Ríos Rosas, 26. Madrid

ÍNDICE

Páginas

ÍNDICE DE LÁMINAS

FIGURAS EN EL TEXTO

CAPÍTULO V

DESINTEGRACIÓN DEL EQUILIBRIO DE POTENCIAS E INTERVENCIÓN ROMANA

Los acontecimientos de finales del siglo III y principios del II antes de J. C. (hasta la tercera guerra macedónica) crearon una nueva situación en el mundo helenístico. Ya he tratado del aspecto político de esta situación, pero puedo recordar algunos hechos sobresalientes. En primer lugar, dos gobernantes jóvenes y ambiciosos, Antioco III de Siria y Filipo V de Macedonia, dieron al traste con el equilibrio de potencias a causa de sus esfuerzos por acabar con la hegemonía de Egipto y restaurar las pasadas glorias de sus monarquías respectivas. Después, Antioco, con su incansable actividad en Oriente, y Filipo, con una actividad similar en el Egeo y el Adriático, levantaron las sospechas de Roma y la incitaron a intervenir en la política del mundo helenístico. Los resultados más importantes de estos acontecimientos políticos, desde el punto de vista económico, fueron: la pérdida por parte de Egipto de sus dominios tanto en Siria como en el Egeo, su retirada casi completa del Egeo y su creciente aislamiento político; el aislamiento político de Macedonia; la afirmación en Grecia de una libertad que acarreaba la anarquía política; un aislamiento político similar de Siria, que ahora estaba separada del mundo de Asia Menor; y finalmente la importancia política creciente de Rodas y Pérgamo.

I. GRECIA

Durante este período Grecia fue una vez más teatro de una guerra continua. La guerra fue hecha de la misma manera que en el pasado, pero todas nuestras autoridades para este período están de acuerdo en destacar el hecho de que la siembra de salva-

jismo en el siglo III dio una rica cosecha en el II. Ahora la guerra se hizo con una crueldad innecesaria y una arbitrariedad antes inaudita. Los etolios y Filipo, especialmente después del «cambio de corazón» (μεταβολή) de Filipo, dieron el ejemplo. Encontraron en los aqueos unos excelentes discípulos, y pronto fueron aventajados por Nabis de Esparta, y aún más por los romanos. En un capítulo anterior (véanse págs. 212 y sigs.) he llamado la atención sobre algunos ejemplos característicos de los métodos de los etolios y Filipo durante la guerra social, especialmente sobre los actos de ἱεροσυλία, que produjeron tan profunda impresión a toda Grecia. Puedo citar aquí dos juicios generales sobre el tema, uno referente a Filipo que Polibio atribuye al etolio Alejandro Isio, el hombre más rico de Grecia; el otro, expresado por el mismo Filipo sobre los etolios. Los dos juicios aparecen en discursos pronunciados por Alejandro y Filipo ante Flaminino en la conferencia de paz de Nicea de Lócrida, en 198 a. de J. C. Alejandro Isio*[1] compara los métodos de Filipo con los de Alejandro y Antígono y sus sucesores hasta la época de Pirro, y añade: «porque evitaba encontrar a sus enemigos cara a cara, y cuando huía delante de ellos incendiaba y saqueaba las ciudades»*[2]. Aduce en apoyo de su aserto el destino de muchas ciudades tesalias que devastó Filipo, «aunque era su amigo y aliado» (φίλος ὢν καὶ σύμμαχος). En su réplica, Filipo describe con amargo sarcasmo el procedimiento de los etolios. Empieza por afirmar que él mismo y Grecia han pedido repetidas veces a los etolios la abolición de la ley que les da el derecho «a sacar despojo tras despojo». La respuesta fue: «Antes quitaréis a Etolia de Etolia que esta ley»*[3] (1). A instancias de Flaminino, Filipo da entonces más detalles sobre esta ley, y dice que los etolios tienen la costumbre especial de pillar no sólo los países de sus enemigos, «sino que si otros pueblos cualesquiera que son amigos y aliados suyos, están en guerra entre sí, no es menos permisible a los etolios, sin un decreto de su pueblo, ayudar a ambos beligerantes y pillar el territorio de ambos»*[4]. Ni Filipo

---

*[1] Polibio, XVIII, 3, 3.

*[2] ἀφέντα γὰρ τοῦ κατὰ πρόσωπον ἀπαντᾶν τοῖς πολεμίοις, φεύγοντα τὰς πόλεις ἐμπιμπράναι καὶ διαρπάζειν.

*[3] ἄγειν λάφυρον ἀπὸ λαφύρου.—πρότερον ... τὴν Αἰτωλίαν ἐκ τῆς Αἰτωλίας ἀρεῖν ἢ τοῦτον τὸν νόμον. (Íd., XVIII, 4, 8.)

*[4] ἀλλὰ κἂν ἕτεροί τινες πολεμῶσι πρὸς ἀλλήλους, ὄντες Αἰτωλῶν φίλοι καὶ σύμμαχοι, μηδὲν ἧττον ἐξεῖναι τοῖς Αἰτωλοῖς ἄνευ κοινοῦ δόγματος καὶ παραβοηθεῖν ἀμφοτέροις τοῖς πολεμοῦσι καὶ τὴν χώραν ἄγειν τὴν ἀμφοτέρων. (Íd., XVIII, 5, 2.)

ni los etolios cambiaron nunca su método de hacer la guerra. Puedo citar, por ejemplo, por lo que hace a Filipo, el caso famoso de su trato a las ciudades de Cíos, Mirlea y Tasos en su guerra asiática: todos o la mayor parte de los habitantes de estas ciudades fueron vendidos como esclavos. Debo recordar al lector que el modo de proceder de Filipo fue exactamente el mismo que en 217, cuando Tebas Ftiótica fue aniquilada de la misma manera (2).

El método romano de hacer la guerra está ilustrado por gran número de textos bien conocidos. En sus tratos con los etolios, a comienzos de la primera guerra macedónica, los romanos no ocultaron el hecho de que sus fines primordiales al emprender una guerra en Grecia era enriquecerse ellos y sus ejércitos. Mientras que dejaban todo el territorio conquistado a los etolios, se reservaban el botín, ya fuesen hombres o bienes, y trataban de hacer la guerra de tal manera que no dejase más que «el suelo desierto, tejados y paredes» (3).

Sus métodos en Egina fueron ultrajantes y levantaron general indignación en toda Grecia (4). Los métodos de Valerio Levino inspiraron a los griegos horror e indignación. Las elocuentes palabras de Carcopino resumen con toda concisión muchos pasajes de Polibio y Tito Livio. «Il ne négocie point —dice Carcopino de Levino—, il ne gradue pas ses coups. Il a besoin d'esclaves, de matériaux et d'argent. Il cogne, pille et massacre, sans exception ni tempérament, avec une exécrable monotonie de sanglantes dévastations qui propagent jusqu'en Égypte et sur les rivages d'Asie l'horreur des barbares d'Italie» (5).

No puedo dar mejor resumen de lo que la gran guerra de liberación costó a los griegos que las siguientes palabras de Holleaux, la mayor autoridad en la materia (las citas de autores antiguos serían interminables) (6). «Ellos (los romanos) declaraban que habían venido a Grecia sólo a traerle libertad, pero de hecho habían traído también, y por segunda vez, una brutal guerra romana. Oreo, en 199 como en 208, había visto a su pueblo esclavizado; el "libertador" Flaminino había extendido cruel estrago por toda Tesalia, Fócida, Eubea, Acarnania y, más tarde, Laconia; además, tres años de ocupación, con su secuela de requisas y exacciones, y la gran movilización contra Nabis, habían acarreado una miseria general. Es verdad que Flaminino había restituido sus propiedades a los quiretios, pero había cargado sus barcos no sólo con montones de dinero, sino también con obras de arte sacadas de muchas ciudades que, como Andros y Eretria,

habían obedecido a Filipo contra su voluntad. El precio de la "libertad" de Grecia fue que Grecia quedó aplastada, arruinada y despojada.»

Uno de los rasgos principales de las guerras de la época fue la parte activa que en ellas tomaron piratas y filibusteros de todas las raleas. No necesito repetir aquí lo que ya he dicho sobre la importancia de la piratería en la vida y las guerras de la época helenística. Era natural que casi todos los estados en guerra en esta época que nos ocupa hicieran amplio uso de los piratas, especialmente para hostilizar y saquear las ciudades neutrales. Para este fin empleaban aventureros que declaraban actuar a su cuenta y riesgo, pero que de hecho eran agentes de una de las grandes potencias de la época. Los etolios adoptaron comúnmente esta práctica, y Filipo hizo lo mismo después de la paz de Fenice, cuando necesitaba dinero con toda urgencia. Probablemente los aqueos hicieron otro tanto, y Nabis empleó libremente igual método (7). La piratería profesional en gran escala fue practicada por los cretenses (8). Se adoptó toda clase de métodos para poner fin a su actividad, pero ninguno dio resultado. Los cretenses no querían renunciar a sus incursiones, y fueron infructuosos todos los esfuerzos de los rodios para obligarlos a una sumisión. Filipo, que dominaba un gran grupo de ciudades cretenses y que en 216 antes de J. C. casi estableció su protectorado sobre toda Creta, no deseaba ayudar a los rodios en su lucha casi continua contra los cretenses. Por el contrario, ayudaba a los cretenses contra los rodios, y en gran medida fue responsable de lo que se llamó guerra cretense (Κρητικὸς πόλεμος), que duró varios años (204-201 a. de J. C.), y fue un azote terrible para todas las islas del Egeo. Muchas inscripciones mencionan esta guerra y la siguiente entre Filipo y los rodios (la συνεστακὼς πόλεμος, como la llamaban), en la que se emplearon los mismos métodos. Nada es más explícito que el grupo de inscripciones de Cos y Calimna, algunas recientemente publicadas y discutidas (9). Con toda probabilidad, Filipo se alegraba de ver a Rodas metida en esta tempestuosa guerra mientras preparaba y llevaba a cabo sus conquistas de Asia Menor, y es natural suponer que a cambio de la protección y apoyo que dio a los cretenses recibiría alguna participación en el botín.

Las víctimas principales de los cretenses eran inevitablemente las islas del Egeo. Pero los piratas a servicio de Filipo no se privaban de devastar la zona costera de Grecia, y el empleo de ban-

didos de tierra especialmente adiestrados parece haber sido uno de los inventos más efectivos de Nabis. Tito Livio dice, por ejemplo, que a principios de la segunda guerra macedónica los barcos piratas a servicio de Filipo, que utilizaban a Calcis como base, infestaban el mar y devastaban el litoral del Ática*1; situación idéntica a la que hemos visto cuando los etolios pillaban el territorio ático, llevándose a la gente y vendiéndola en Creta (véase página 211)*2. Tampoco fue distinto el método empleado por Nabis. Un decreto de Micenas en honor de Prótimo, ciudadano de Gortina, le alaba por haber rescatado algunos efebos que habían sido capturados por Nabis y probablemente llevados a Creta (10). Apenas tengo que recordar al lector el famoso juicio de Polibio*3 referente a Nabis: «Tomó parte en las piraterías de los cretenses. Por todo el Peloponeso tenía ladrones de templos, salteadores de caminos y asesinos cuyas ganancias compartía, y a los que permitía hacer de Esparta su base y guarida.»

Los años que precedieron a la guerra siria y el período de la guerra misma fueron época de actividad y prosperidad para los piratas, lo mismo en el Egeo y el mar Negro que en los mares occidentales, como demuestran algunos hechos notables.

No debemos olvidar que el éxito del ataque traicionero de Polixénidas, el almirante rodio de Antioco, a Pansístrato, el comandante rodio, fue debido en parte a la cooperación del archipirata Nicandro*4. Un episodio interesante señalado en una inscripción délfica parece indicar una actividad similar de los piratas en el mar Negro. Los *theoroi* délficos que navegaron en 194 antes de J. C. a Crimea fueron cautivados por los piratas y redimidos por el Quersoneso. Esto, sin duda, parece aludir a los táuricos, los piratas profesionales de Crimea. Pero, dado que el incidente ocurrió cuando Antioco III estaba intentando establecer su supremacía en Asia Menor, sobre la costa tracia, y en los Estrechos, se puede pensar que los responsables de la captura de los enviados délficos fueron piratas táuricos al servicio de Antioco que en el mar Negro se dedicaban a impedir que los enemigos del rey sacaran víveres de la región (11).

---

*1 Tito Livio, XXXI, 22, 7; cf. Diodoro, XXVIII, 1.

*2 Decreto de Eumaridas, *S. I. G.*3, 535; *I. G.*, II, 2.a ed. 844=*I. G.*, II, 5, núm. 385 *c*.

*3 Polibio, XIII, 8, 1.

*4 Tito Livio, XXXVII, 11, 6.

Lo mismo ocurría en Occidente. Aquí el mar, incluso en el 190 a. de J. C., estaba en manos de los piratas cefalónicos capitaneados por Hibristas, a quien Tito Livio llama lacedemonio, pero que pudo haber sido etolio* (12).

A este respecto puedo anotar que los etolios, antiguos aliados de Antioco que actuaban en el mar y empleaban fuerzas piráticas, hicieron lo mismo en tierra incluso después de la guerra. Su actuación en este punto llevó a los delfios a enviar una embajada a Roma en 189 a. de J. C. con el fin de pedir inviolabilidad, libertad y exención de impuestos (ἀσυλία, ἐλευθερία, ἀνεισφορία), para el santuario y la ciudad, petición, sin duda, dirigida principalmente contra los etolios. No nos sorprende saber que sus embajadores, cuando volvían con su petición concedida, fueron asesinados, probablemente por piratas no sin relación con los etolios. Otra embajada fue enviada a Roma por los delfios, que públicamente iba a anunciar la organización de un *agon* y sacrificios en honor de Roma, pero que de hecho iba a quejarse del asesinato de sus embajadores, de las continuas rapiñas de los etolios, de los disturbios creados en Delfos, por «extranjeros indeseables», probablemente, sobre todo por los etolios. La respuesta de Cayo Livio Salinátor fue favorable: Marco Fulvio Nobílior fue comisionado, después del sitio de Samos, para investigar el asesinato, y los etolios fueron invitados a devolver a los delfios todas las propiedades que les habían arrebatado (τὰ ἀπηγμένα ἅπαντα), y a desistir de sus desafueros (ἀδικήματα), y a los delfios se les permitió expulsar a todos los residentes indeseables de la ciudad y tolerar la residencia tan sólo a los bienquistos (εὐαρεστοῦντας τῶι κοινῶι τῶν Δελφῶν) (13).

Estos hechos muestran que el final de la guerra siria y el establecimiento de un protectorado romano sobre Macedonia y Grecia no había cambiado la situación. Los piratas habían perdido buenos patronos en las personas de Filipo y Antioco, pero tuvieron también a los etolios y a Nabis durante algún tiempo, y pudieron resistir a los rodios y a Éumenes II. Tanto Rodas como Pérgamo, que después de las dos grandes victorias de Roma gozaron temporalmente de su plena confianza, tomaron en serio la tarea de poner fin a la piratería en el Egeo. Para hacer entrar en razón a las ciudades cretenses, Rodas y Pérgamo ensayaron el

---

* Tito Livio, XXXVII, 13, 12. Se menciona a un estratego etolio de este nombre en 165-164 a. de J. C., *I. G.*, IX, 2.ª ed., pág. LII.

método de alianzas individuales con ellas, tanto por separado como en grupos, esperando con ello poner fin a sus depredaciones sin recurrir a las armas*. El método era prudente y su éxito final probable, si no fuera por la guerra de Perseo con Roma, en la que, a decir verdad, los piratas tomaron parte activa por los dos bandos. Durante esta guerra fue cuando Rodas dio el paso decisivo en la pacificación del Egeo. Invitó a los cretenses a formar una alianza con ella. Por desgracia, su fracasada mediación entre Roma y Perseo acabó con su intento de extinguir la piratería.

Tal era la situación en Grecia a finales del siglo III y comienzos del II a. de J. C., época miserable en su no muy afortunada historia. No nos sorprende que, pisoteado y humillado, despojado y pillado, perdida la fe en los dioses y en los hombres, el país fuese más agitado que nunca por la inquietud política y social.

En la atmósfera de guerra, de bandidaje organizado y rapiña común, de confiscaciones y requisas, la vida griega estaba radicalmente desorganizada. La desmoralización se apoderaba de las clases altas y bajas, y el malestar social, disturbios y revoluciones eran el pan de cada día. La inmoralidad y el antagonismo de clases, extraordinariamente agudizados por el empobrecimiento y la proletarización de la clase trabajadora, produjeron condiciones favorables para las maniobras de los políticos sin escrúpulos. Esta situación predominó en la época de la guerra social y persistió durante la primera y segunda guerras macedónicas y el intervalo entre ambas. Puedo recordar algunos hechos bien conocidos relacionados con la primera parte de este período. Filipo, tanto en su lucha con los romanos y etolios como después, se presentó durante algún tiempo como campeón de las masas oprimidas y actuó en consecuencia. La oposición de las clases superiores a sus aspiraciones políticas despertaron su ira y quiso amedrentarla. El apoyo de Nabis proporcionó un éxito duradero a la revolución social de Esparta. Con ayuda de cretenses y mercenarios, Nabis se apoderó de la corona y «aplicó el programa extremista en su totalidad: expoliación, proscripción, destrucción sistemática de las clases superiores, confiscación de las fortunas privadas (oficialmente, a beneficio del Estado). Además, manumitió a muchos ilotas, a quienes hizo ciudadanos; dio tierras a estos mismos ilotas y a los pobres, y distribuyó entre los agitadores y mer-

---

* *S. I. G.*[3], 581 y 626 (200-197 a. de J. C. y 183 a. de J. C., respectivamente).

cenarios los bienes y hasta las esposas e hijas de los proscritos» (Holleaux).

Tampoco era mejor la situación en Etolia. Polibio*[1] da un cuadro vivo de ella. Aquí el papel de Nabis fue desempeñado por Escopas y Dorimaco. Las disensiones entre deudores y acreedores, originadas por las guerras y el lujo, permitieron a estos hombres erigirse en «legiferantes» (nomógrafos) y, en calidad de tal, Escopas propuso medidas radicales. Sin embargo, fue derrotado por el jefe de los conservadores, Alejandro Isio*[2].

La situación siguió la misma después de la segunda guerra macedónica y la guerra siria. Polibio describe la inmoralidad social y política, la situación inestable, las expoliaciones y depredaciones, la ley del populacho bajo el caudillaje de políticos egoístas y sin escrúpulos, dominante en Beocia a principios del siglo II a. de J. C. Estos pasajes*[3] son familiares a todo estudioso de historia antigua y han sido discutidos muchas veces. Sin embargo, los resumiré, puesto que dan un cuadro de insuperable penetración. De ellos se deduce que el antagonismo de clases alcanzó su punto más alto en Beocia en aquella época. El gobierno estaba en manos del populacho. Éste se hallaba representado por los estrategos, que tomaron medida tras medida en favor del proletariado y fueron, naturalmente, elegidos año tras año. Una de estas medidas fue la suspensión de hecho de los tribunales durante unos veinticinco años*[4]. Con esta medida, las clases inferiores eludían toda responsabilidad por sus crímenes y sus deudas. Desde el punto de vista económico, esta medida equivalía casi a una «abolición general de las deudas» (χρεῶν ἀποκοπή). Otra medida aún más radical tomada por los estrategos fue el pago de un salario regular sacado de los fondos públicos a todos los pobres, es decir, a los ciudadanos sin trabajo. Por supuesto, esta medida tuvo un carácter extremista, pero completamente dentro del espíritu de la democracia griega radical. Incluso los prudentes gobernantes aristócratas recurrieron a ella para evitar la guerra de clases. Puedo recordar al lector Rodas y su solución del problema social (véase pág. 733). La inseguridad de la vida y

---

*[1] Polibio, XIII, 1; cf. IV, 3, 1.

*[2] Íd., XIII, 1, 1.ª.

*[3] Íd., XX, 6, y XXII, 4.

*[4] Fenómenos similares en la historia de Tebas son mencionados por el seudo Heraclides Crítico, 16, en su descripción de Beocia (véase pág. 222).

la situación agitada desmoralizaban no sólo a las clases inferiores, sino también a las superiores. La vida familiar estaba destruida. Florecía una disipada vida de club y se producía un general descenso del tono moral.

Las condiciones descritas por Polibio como dominantes en 192 a. de J. C. duraron largo tiempo y condujeron a repetidos conflictos. Éstos llamaron la atención de los romanos, que ordenaron a los etolios y aqueos realizar una expedición punitiva contra Beocia. Esta expedición no dio resultado alguno, aunque los aqueos, impacientes por un arreglo de sus reclamaciones contra los beocios, se apoderaron por la fuerza de algún ganado beocio, con el pretexto de represalias (ῥύσια), por lo que estuvo a punto de estallar la guerra entre Acaya y Beocia.

Las condiciones de Beocia no constituían una excepción. Eran idénticas, según Polibio, a las existentes entre aqueos y tesalios, y casos parecidos no fueron fenómenos temporales, sino duraderos, en la historia de Grecia. Puedo citar, por ejemplo, la renovación de los disturbios sociales y económicos en Etolia en 174-173 a. de J. C.* Los romanos nunca intervinieron seriamente. De hecho en muchos casos estaban dispuestos, como Filipo lo había estado en el pasado, a apoyar al proletariado contra las clases ricas, en las que no confiaban (14).

La perspectiva de una revolución social general nunca fue más amenazadora en Grecia que en el período que consideramos y hasta la guerra aquea. Pero los esfuerzos del proletariado eran caóticos y esporádicos, la resistencia de la burguesía, abierta, y las ambiciones de los caudillos y protectores del proletariado, egoístas y casi siempre de índole política, siendo para ellos el proletariado un peón en su juego político. La intranquilidad social en Grecia, pues, siguió siendo estéril y destructora, saltando de un lugar a otro sin alcanzar nunca resultados más o menos duraderos.

Una muestra de la desorganización que reinó en esta época en Grecia, al mismo tiempo causa y resultado de descontento e inestabilidad económica, ha de verse en el número enorme de procesos suscitados entre ciudadanos de una ciudad particular, entre ciudadanos y extranjeros, y entre ciudad y ciudad. La corrupción e ineficacia de los tribunales ciudadanos regulares eran tan evidentes, que se perdió toda confianza en ellos. Como re-

---

* Tito Livio, XLI, 25, 1-6; XLII, 4, 5; 5, 10-12; 6, 1.

medio, las ciudades recurrían a un expediente que nunca fue tan popular en Grecia como en el siglo II a. de J. C.: la apelación a jueces extranjeros, no sólo para actuar como árbitros entre dos ciudades, sino también y principalmente para desempeñar el trabajo ordinario de los tribunales de una ciudad particular, tanto porque los tribunales eran incapaces de dar abasto a los pleitos acumulados (τῶν ἐγκλημάτων εἱλκυμένων ἐκ πλειόνων χρόνων), como porque se les impedía funcionar por dificultades sociales, o porque eran rechazados por las partes como parciales y no ecuánimes. Tenemos decenas de inscripciones que se refieren a jueces extranjeros, la mayoría decretos en su honor. La lista es demasiado larga para darla aquí. Como lugares y pueblos del norte de Grecia donde actuaron jueces extranjeros durante el siglo II a. de J. C., aparte Delfos, de que hablaré más adelante, Robert, en su magistral artículo sobre el tema, cita Gonnos, Demetrias y los magnesios, la confederación tesalia, los enianos, Cranón y Tespias (15).

Un buen ejemplo de las vicisitudes de las ciudades griegas durante este período lo ofrece la historia de Delfos, estudiada recientemente por M. Holleaux, P. Roussel, R. Flacelière y G. Daux. Después de un período de quietud y prosperidad bajo el gobierno etolio, la ciudad encontró dificultades en la época de Filipo V y de su lucha contra los etolios. Filipo era ahora su vecino inmediato, y sus fronteras no estaban seguras. El pueblo, previendo la caída de sus amos temporales, estaba inquieto y agitado. La persistencia de la guerra en Grecia tenía un efecto desfavorable sobre la situación económica del santuario y de la ciudad. No es sorprendente, pues, que los etolios nombrasen curadores especiales *(epimeletai)*, probablemente funcionarios civiles y militares, encargados de proteger la ciudad y el templo y guardar la paz.

Sin embargo, los etolios fueron echados pronto de Delfos por los romanos. Delfos recobró su libertad, pero no su tranquilidad y prosperidad. La población había constado siempre de muchos extranjeros y un número relativamente escaso de delfios. La mayoría de los colonos «extranjeros» eran miembros de la Liga Etolia. Algunos, como se decía que habían adquirido propiedades en Delfos sin autorización especial, liquidaron sus casas y tierras, que fueron «devueltas» por los romanos a la ciudad y al templo. Aún conservamos una lista de estas propiedades, con un apéndice de una carta oficial del «restaurador», Acilio Glabrio. Veintiséis κτήματα y cuarenta casas se enumeran como regalos de los

romanos a Delfos. Los efectos prácticos de esta confiscación pueden imaginarse: litigios inacabables, odio y hostilidad no sólo entre «extranjeros» e «indígenas», sino también entre estos últimos. Algunos indígenas sufrieron de los romanos tanto como aquellos a quienes se confiscaba, porque se involucraban préstamos, hipotecas, donaciones, etc. En vano apelaban los ganadores a los romanos y obtenían la confirmación de las donaciones: la ley griega era complicada y los abogados griegos eran sagaces y experimentados. No es extraño que los procesos se acumulasen en los tribunales griegos y que la ciudad acudiese repetidas veces a jueces extranjeros. Aún conservamos una serie notable de decretos en honor de estos jueces extranjeros, la mayoría de los cuales datan de principios y mediados del siglo II a. de J. C.

Surgieron otras complicaciones de la autoridad dada a los delfios para desterrar a los habitantes «indeseables», y para otorgar permiso de residencia sólo a personas afectas a los gobernantes del día. Todo el que conoce hasta qué punto la desvergüenza y corrupción empapaban a la democracia griega, puede darse cuenta de lo que esta medida significaba en la práctica.

Finalmente, después de la retirada de los etolios se hizo imperiosa una reorganización de la anfictionía. En realidad, la anfictionía fue una institución aislada, sin influencia ni importancia. Sin embargo, la competición para los puestos que quedaron vacantes fue muy grande, pues los delfios mostraban el más vivo temor ante toda nueva influencia sobre el consejo, fuese tesalia u otra cualquiera, y ante las intrigas de sus antiguos amos, macedonios y etolios.

Todos estos factores contribuyeron a un sentimiento general de inseguridad e inestabilidad. Nadie se sentía seguro, ni siquiera de la vida, mientras los cambios violentos no podían ser sino perjudiciales para la prosperidad económica de la comunidad como tal (16).

El factor dominante de la vida de Grecia en esta época fue el aumento de la pobreza y las calamidades. Sus causas son evidentes. Entre ellas la guerra y la intranquilidad social. Mas para ello había otras razones, menos evidentes para los contemporáneos que para nosotros, relacionadas, no con las condiciones sociales y políticas del momento, sino con la tendencia económica general del período. Ya he explicado cómo los nuevos mercados abiertos a la industria griega por Alejandro y sus sucesores se emanciparon gradualmente de la dependencia de Grecia. He mostrado cómo

las nuevas monarquías del Oriente luchaban por ser autárquicas, cómo aumentaron su producción agrícola e industrial y aspiraban a exportar lo más posible e importar lo menos que podían. Para Grecia esto significaba una disminución de exportaciones, y una condición para el aumento del desastre económico. El proceso fue lento, pero ininterrumpido. En la Grecia propiamente dicha la producción económica se hizo más y más dispersa, y cada ciudad aspiró a proveer a sus propias necesidades. Esta dispersión es clara principalmente en el campo de la industria.

Ya he hablado de esta evolución y volveré sobre ello más adelante en este capítulo y en el próximo, pero aquí daré algunos ejemplos. Nuestro material es escaso y ha sido poco estudiado, pero vemos una muestra del proceso en cuestión en la manufactura de la cerámica, como, por ejemplo, en los conocidos cuencos «megareos». Anteriormente he tratado de esta rama cerámica típicamente helenística y he mencionado que a principios de la época helenística su producción comenzó quizá en dos centros simultáneamente: en el norte de Grecia, Beocia y Atenas, por un lado, y Alejandría, por otro. Muy pronto se descentralizó. No pasó mucho tiempo sin que Siria, sur de Italia y sur de Rusia empezaran a competir con Grecia y Alejandría, y satisficiesen sus necesidades con la producción propia. Más tarde la manufactura de cuencos «megareos» se extendió aún más ampliamente. Esparta y Macedonia, Pérgamo, quizá Delos y ciertamente muchas más ciudades de Grecia y en el mundo helenístico tenían sus propias industrias locales. Una mayor exploración arqueológica probablemente demostrará que difícilmente hubo lugar alguno en el mundo helenístico que no tuviese sus propios cuencos «megareos». Este resumen de su evolución es, por supuesto, un ensayo hipotético. Un estudio más preciso y completo de la pasta de que se hacían los vasos «megareos» y de sus formas y ornamentación añadirá precisión a nuestro conocimiento de su historia. Sin embargo, su sentido general es cierto.

El desarrollo de la producción de otras variedades de cerámica fue similar. Ejemplos tan interesantes como los bien conocidos *lagynoi* y otras variedades helenísticas de cerámica pintada se encuentran en todas las partes del mundo helenístico, y muchos de sus ejemplares eran de producción local. Lo mismo ocurre con productos de la industria cerámica como los incensarios (pequeños altares portátiles adornados con relieves), los hornos portátiles de carbón *(réchauds)*, y las lámparas, pero principalmente

las figurillas de cerámica. El material de que disponemos nos permite reconocer varios centros de producción de terracota, unos en ciudades grandes y florecientes, otros en lugares insignificantes. Además de Alejandría, Antioquía, Pérgamo, Esmirna, Tarento y otras ciudades del sur de Italia, conocemos la existencia de factorías locales de figurillas cerámicas, en lugares tan separados como Seleucia del Tigris, sur de Rusia, Cirene, Amiso del Ponto, Tarso de Cilicia, y algunos centros menores, como varias ciudades de la Tróade, Mirina de Eólide, Priene. Todas estas factorías locales empezaron reproduciendo e imitando los tipos de terracotas griegos y quizá suditálicos, pero poco a poco crearon sus tipos y estilo propios. Los siglos II y I a. de J. C. fueron el mejor período de Mirina (17).

No tenemos medios de estimar las pérdidas materiales de Grecia en el período inmediatamente anterior y durante el establecimiento del protectorado romano. Las pérdidas causadas por las guerras romanas se reflejan parcialmente en las cifras de botín capturado y de dinero exigido como indemnización por los vencedores, que eran llevados a Roma desde Grecia y que fueron exhibidos en los triunfos de los generales romanos. La cantidad de este botín y dinero es registrada cuidadosamente por los historiadores de la época, y las cifras que dan fueron sacadas ciertamente de las fuentes oficiales y son en conjunto fidedignas. Han sido repetidas veces recogidas y tabuladas por los eruditos modernos. No es necesario repetir aquí estas estadísticas.

Sin embargo, las sumas registradas por los analistas romanos representan sólo una fracción, y probablemente no muy grande, del daño material sufrido por Grecia y Macedonia durante las guerras romanas. Con toda probabilidad, el botín privado que los oficiales y soldados romanos llevaron consigo a Italia o vendieron en Grecia fue muy grande. Pero no disponemos de cifras exactas o aproximadas. Ni sabemos cuál fue el equivalente en dinero de las pérdidas sufridas por Grecia y Macedonia con la destrucción de casas y edificios públicos en las ciudades, y de granjas, cosechas, viñas, olivares y jardines en el campo. Ni tampoco podemos estimar el efecto causado sobre la prosperidad de ciudades y ciudadanos particulares por las revoluciones políticas y sociales, endémicas en Grecia en esta época. Así, pues, aunque sabemos que el botín de Flaminino ascendía a 6.061.530 denarios, este conocimiento nos da una idea muy vaga de lo que significó para Grecia y Macedonia la guerra de «liberación».

Naturalmente las guerras y revoluciones no afectaron en el mismo grado a todas las partes de Grecia y Macedonia. Unas sufrieron más y otras menos. Pero sería un error suponer que las guerras y revoluciones no contribuyeron sustancialmente a una decadencia económica gradual de Grecia y Macedonia (18).

Ciertos fenómenos más generales en la vida de Grecia, en este período, que han sido poco tenidos en cuenta por los eruditos modernos, quizá reflejen el empobrecimiento gradual del país mejor que las cifras de las rapiñas romanas. Aunque no pueden expresarse estadísticamente, son importantes y merecen mención a este respecto.

Anteriormente he mostrado cómo, bajo la influencia de las nuevas condiciones económicas creadas por Alejandro y sus sucesores, Grecia se recuperó de la depresión económica temporal de fines del siglo IV a. de J. C. La riqueza principal de Grecia estaba en manos de la clase media, y más que los escasos ricos que había, fue la clase media quien sacó mayor provecho de las nuevas oportunidades económicas.

Había empezado ya un cambio hacia lo peor, cambio que se hizo cada vez más manifiesto en el período que estamos considerando. La burguesía o clase media de Grecia fue la que sufrió más en el torbellino de finales del siglo III y comienzos del II antes de J. C. Las pocas personas ricas que había estaban mucho mejor situadas, y más bien se veían favorecidas por la decadencia de la clase media. Tenemos testimonios dispersos de la rápida concentración de riqueza en pocas manos, durante esta época, por ejemplo, en Atenas (19), Beocia*, y en Esparta después de Cleómenes y antes de Nabis. Alejandro de Isio de Etolia y Protógenes de Olbia fueron ejemplos iniciales de una clase de hombres que después se hizo típica en el mundo griego.

Podemos formarnos una idea de la decadencia firme y gradual de la clase media si estudiamos las condiciones materiales de vida en la mayor parte de las ciudades de Grecia y las medidas tomadas por éstas para mantenerse en medio de las dificultades de la época.

Para empezar, el problema del suministro de sustento diario que siempre fue primordial en la vida de las ciudades griegas, ahora se agudizó más que nunca, como era natural en las circunstancias. Incluso las pocas ciudades que se bastaban a sí mis-

* Polibio, XX, 6, 1.

mas a este respecto en tiempos normales, ahora no estaban seguras, y mucho menos las que siempre habían dependido de la importación para su subsistencia. Ahora bien: no hubo escasez general de alimentos. Había muchas comarcas productoras en abundancia de grano, pescado y otros artículos para la exportación. Aunque la producción de Egipto decaía, esto ocurría gradualmente, no de una manera catastrófica (véase más adelante) y la situación era la misma en Tracia y sur de Rusia. La decadencia no era tan grande que estos países no tuvieran nada que exportar. Las relaciones de Rodas con Egipto, las conexiones comerciales entre Delos, Delfos, Mileto, Rodas, de una parte, y el reino del Bósforo y el Quersoneso Táurico, de otra, muestran que Egipto y el sur de Rusia eran todavía importantes centros de exportación. Además, veremos más adelante que Asia Menor desarrolló rápidamente su agricultura, y que Siria y Fenicia no se quedaban atrás. Finalmente, fue en esta época, después de la segunda guerra púnica, cuando el mercado griego vio la reaparición del trigo africano, traído de Numidia y Cartago (20).

Tampoco podemos decir que, aunque hubiera abundante existencia de alimentos, fuese escaso el aprovisionamiento disponible porque las relaciones comerciales se desorganizaran cuando los Tolomeos desaparecieron del Egeo. Esto puede ser cierto para finales del siglo III a. de J. C. Pero incluso entonces, y especialmente a principios del siglo II, la tarea de policía marítima, abandonada por Egipto, no fue enteramente descuidada. Ahora veremos que Rodas se encargó de este asunto, y cuando no estuvo impedida por las guerras, logró establecer una seguridad relativa del comercio en el Egeo y dar a los mercaderes una amplia protección contra la piratería y las medidas egoístas tomadas por algunas ciudades-estados griegas. Ha de observarse que después de Magnesia no hubo durante algún tiempo ninguna lucha en las aguas egeas, excepto en cuanto fue ocasionada por los actos de los piratas cretenses. Sin duda, el precio del trigo subió y continuó siendo inestable, pero el suministro siguió siendo abundante.

Tampoco las ciudades de Grecia y algunas de las islas estuvieron en peor situación respecto al abastecimiento regular de alimentos. El problema de abastecimiento diario obsesionaba a todos; concernía tanto a los individuos como a las ciudades. Esto está demostrado por decenas de inscripciones que hablan de escasez de alimentos, hambre, etc. La causa principal de este estado de cosas indudablemente hay que buscarla en las dificultades

financieras de la mayoría de las ciudades griegas y en su deficiente capacidad adquisitiva, prueba del empobrecimiento de sus ciudadanos en esta época (21).

Políticamente impotentes y financieramente arruinadas, las ciudades griegas ensayaron varios métodos de resolver el problema de la alimentación. Se pidió ayuda a los reyes, se mendigaron donativos a los ricos extranjeros. Pero todos estos métodos no eran más que simples paliativos. La única solución efectiva era que las ciudades se procurasen sus propios recursos. Sus necesidades no podían ser satisfechas con una tributación regular. Hemos visto la variedad y el carácter opresivo de los impuestos en la mayoría de las ciudades, especialmente en el siglo II antes de J. C., y el escaso resultado que dieron. Al fallar los impuestos, único medio de asegurar los alimentos necesarios, había que recurrir a las llamadas liturgias, es decir, a los recursos privados de los ciudadanos y otros residentes en la ciudad, medida que sólo afectaba a los miembros acomodados de las comunidades.

Nunca se ha escrito una historia satisfactoria de las liturgias en Grecia en la época clásica y helenística, y nunca se ha colacionado el abundante material que trata de ellas. Me parece evidente que la liturgia, al principio una medida de emergencia, poco a poco llegó a ser, especialmente en el período helenístico, una forma de tributación casi regular, opresiva y ruinosa para las clases acomodadas y extraordinariamente impopular para ellas. Para que esto se entienda mejor, puedo citar la viva descripción de los sentimientos sobre este asunto de un ciudadano acomodado de fines del siglo IV a. de J. C., tal como nos lo da Antífanes en *El soldado, o Ticón**[1]. Dado que la situación en el período helenístico no mejoró, sino que más bien empeoró, puede servir igualmente como una ilustración de los sentimientos de la media de los ciudadanos de este período. «Todo ser humano —dice Antífanes— que cree tener algo para asegurar su vida está muy equivocado. Porque un impuesto extraordinario estropea toda su fortuna; o se ve envuelto en un proceso y lo pierde todo; o como antiguo comandante, es multado por gastos excesivos*[2]; o elegido para financiar una representación teatral, tiene que llevar harapos después de haber dado trajes de oro para el coro; o

---

*1 Kock, II, pág. 98, núm. 204.

*2 El profesor C. B. Welles sugiere otra traducción de este difícil pasaje: «habiendo servido como general, es llevado a juicio y multado».

habiendo sido nombrado trierarca, se ahorca; o navegando en su barco, es capturado [parece querer decir por enemigos o piratas]; o paseando o durmiendo, es asesinado por sus esclavos. No, nada es seguro...»

Esta nueva forma de tributación es la que usaron a menudo las ciudades de Grecia para salir de sus dificultades financieras y especialmente para resolver el problema de la alimentación. A la serie de liturgias en sentido estricto de esta palabra, se añadieron otros muchos cargos, creados como ἀρχαί, regulares y que eran como magistraturas litúrgicas. Las más onerosas eran las que trataban del suministro de víveres, particularmente el abastecimiento de trigo, la sitonía, la obligación de los ciudadanos ricos de comprar trigo para la ciudad. Es verdad que ellos no pagaban el trigo con su propio dinero, al menos por regla general. Pero gastaban tiempo y energía y eran responsables de la operación. En las ciudades griegas el manejo de los fondos públicos era un asunto muy difícil, delicado y peligroso.

Después vino la agoranomía, magistratura litúrgica encargada del mercado y de su vigilancia, especialmente por lo que se refiere a la suficiencia de suministro y a los precios razonables. El cargo era muy importante, como se ve, por ejemplo, por el grupo de inscripciones a que ya me he referido (véase pág. 205) y en el que algunos agoránomos reciben grandes honores por haber asegurado la abundancia en la ciudad durante su término de magistratura. La carga de estas magistraturas litúrgicas, añadida a otras liturgias tradicionales, pesaba duramente sobre la burguesía de la ciudad, las clases acomodadas, cuya prosperidad individual sufría tanto como la prosperidad colectiva en los difíciles tiempos de guerras y revoluciones.

Pero a menudo ocurría que la ciudad no tenía fondos que adelantar a sus magistrados litúrgicos. En tales casos los fondos para la compra de trigo, aceite de oliva y pescado eran proveídos por medidas de emergencia, por suscripciones *(epidoseis)* o por préstamos voluntarios *de jure*, pero obligatorios *de facto*. Muchas inscripciones los mencionan con especial frecuencia durante este período. Naturalmente, se daba por supuesto que la gente rica, los miembros de la clase acomodada, eran los principales suscriptores.

Si estas medidas fallaban, se recurría a otros arbitrios. Donaciones y fundaciones individuales se sugerían a hombres de dinero. La franquicia ciudadana se garantizaba a los extranjeros

mediante pago. Se vendían los sacerdocios a los mejores postores (probablemente sólo en Asia Menor), y así sucesivamente. Cito estos casos, no porque afecten directamente a las personas acomodadas, sino porque demuestran en qué dificultades se veían envueltas las ciudades y lo fuerte que era probablemente la presión sobre los ciudadanos y otros residentes ricos.

Sin embargo, a pesar de todos estos arbitrios ingeniosos y opresores, el problema del abastecimiento de víveres nunca fue resuelto por las ciudades griegas. Las medidas anteriormente descritas minaron el bienestar de la burguesía, intensificaron su sensación de inestabilidad económica, debilitaron su energía e hicieron difícil su situación financiera, sin lograr apartar el espectro del hambre. La fuente principal de dificultades continuó siendo el bajo poder adquisitivo de la gente.

La cuestión del abastecimiento de víveres, aunque fundamental e importantísima, fue solamente uno de los muchos problemas con que se enfrentaron las ciudades griegas. Los griegos estaban acostumbrados a un modo de vida confortable y civilizado que requería que los viejos edificios públicos y religiosos fueran reparados, y construidos otros nuevos; que se suministrase agua y que las calles estuvieran limpias; que se mantuvieran los cultos y espectáculos y que se organizase la educación de los jóvenes. Cuando las contribuciones no bastaban para estas necesidades, las ciudades recurrían a distintas formas de liturgia y a magistraturas litúrgicas (22).

No quiero que se crea que digo que todo cuanto un griego acomodado hacía por su ciudad o por alguna asociación a la que pertenecía lo hiciese a la fuerza. Muchos regalos eran auténticos. Los griegos no eran avaros por naturaleza y tenían un amor genuino a sus ciudades respectivas. Pero muy a menudo los regalos eran hechos a la fuerza. Esto no siempre tuvo una forma legal, como ley o decreto de la asamblea popular y de la βουλή, o la acción de un magistrado. Había otra forma de obligatoriedad quizá más efectiva que una obligación legal: la coacción social y moral, la presión de la opinión pública, de la que no había escape. A esto hay que añadir el temor de algún estallido violento por parte del proletariado de las ciudades, cada vez más numeroso.

Este cuadro de las condiciones que prevalecían en esta época en una ciudad griega media, aunque breve e incompleto (véase capítulo VIII), muestra que no podemos atribuir la situación difícil y a veces desesperada de las ciudades a la ineficacia de su go-

bierno tan sólo. La *politeia* griega no era la mejor forma posible de gobierno ni estaba bien adaptada al manejo de los negocios económicos de una comunidad, especialmente en las épocas revueltas. Muy pocas ciudades (Rodas era una de estas raras excepciones) tuvieron éxito al combinar las instituciones democráticas con una administración eficiente y una política social sana*[1]. Pero los defectos en esta esfera no eran, evidentemente, la causa principal del desastre económico de las ciudades de esta época. Esta causa hay que buscarla en la fuerte presión de las circunstancias y más particularmente en la decadencia de la prosperidad de los ciudadanos y especialmente de la burguesía acomodada. No fueron las liturgias y las magistraturas litúrgicas las causas principales de este empobrecimiento de los griegos. Fueron sólo un síntoma de la existencia de la enfermedad, y al ser adoptadas como remedios, no hicieron más que agravar el estado del paciente.

Un resultado de la situación económica de la mayor parte de los griegos, de su empobrecimiento y desaliento concomitante, fue la despoblación de Grecia y la deserción de las ciudades y campos, que Polibio describe con tanta viveza y convicción*[2]. Según él, fue el resultado, no de guerras y epidemias, sino del suicidio racial, ya que los habitantes se negaban a casarse, y si lo hacían evitaban tener más de uno o dos hijos. Este vivo cuadro está confirmado por los datos sacados de los documentos epigráficos de la época, que muestran que una familia normal en la Grecia de fines del siglo III y principios del II a. de J. C. constaba de uno o dos niños y no más de una niña. Polibio no fue el único de los griegos que vieron con ansiedad la decadencia catastrófica de la población y condenaron los medios adoptados que la ocasionaron (aborto, exposición de los hijos). Pero las circunstancias eran más poderosas que los sentimientos del pueblo. El suicidio racial se mantuvo en Grecia y continuó con algunas interrupciones hasta el período romano (23).

El aborto, la exposición de hijos, etc., no eran fenómenos nuevos en Grecia (véase cap. II, pág. 90). Pero ciertamente era la primera vez en su historia que tomaba tan desastrosas dimensiones y llevaba a una despoblación gradual. Con frecuencia los pobres habían restringido antes sus familias por estos medios, y también lo hicieron de cuando en cuando los ricos. Conocemos

---

*[1] Estrabón, XIV, 2, 5, pág. 653.
*[2] Polibio, XXXVI, 17 (XXXVII, 4).

algunos pasajes en Menandro y Posidipo según los cuales se obraba de esta manera en la época de Alejandro y los diádocos (24).

Sin embargo, la pérdida era compensada por el crecimiento gradual, aunque lento, de las clases acomodadas y por el aumento del número de extranjeros (κατοικοῦντες y μέτοικοι) y de esclavos, manumitidos algunos, empleados por la burguesía. El extenso desarrollo de la práctica restrictiva en la época de Polibio fue el resultado, no de un suicidio ocasional y parcial de la raza, extendido principalmente entre el proletariado, sino del rápido crecimiento de tal práctica entre esa clase y de su creciente uso entre las clases acomodadas, media y alta, de la población. Polibio es explícito sobre este punto. Hablando de las razones egoístas que llevaron a los griegos a restringir el número de sus hijos, dice que su motivo era «dejarlos en la abundancia y educarlos en el lujo»*. Cuando Posidipo y Menandro se refieren al mismo fenómeno entre el proletariado, hacen hincapié, no en el deseo de dejar a los hijos ricos, sino en la necesidad de alimentarlos.

Polibio atribuye la rápida despoblación de Grecia a la pasión por los espectáculos (ἀλαζονεία), por el dinero (φιλοχρημοσύνη), y por una vida cómoda (ῥᾳθυμία), que se apoderaba de sus contemporáneos en Grecia; es decir, encuentra la explicación del fenómeno en causas psicológicas. Los eruditos modernos creen hallarla en causas materiales, que Polibio rechaza claramente. Llaman la atención sobre la pobreza del suelo griego, que era incapaz de soportar una población grande y en crecimiento constante, y a la dificultad experimentada por los griegos, debido a las circunstancias políticas y económicas, de encontrar una salida para el sobrante de población en la emigración (25).

Son verdaderas ambas explicaciones. Las razones del suicidio racial fueron principalmente psicológicas. Pero la moda entre la gente, la desmoralización gradual de los habitantes de Grecia, no se debió a deficiencias morales, sino a las malas condiciones políticas y económicas en que vivían y para las que eran incapaces de descubrir el remedio.

Entre estas condiciones, la infertilidad del suelo y la imposibilidad de emigración no eran las más importantes. La tierra de Grecia siempre había sido infértil; sin embargo, Grecia había logrado en el pasado soportar su población importando alimentos

---

* χάριν τοῦ πλουσίους τούτους (los hijos) καταλιπεῖν καὶ σπαταλῶντας θρέψαι.

del exterior. Tenemos que saber por qué ya no podía hacer esto. Por otro lado, es una exageración decir que los griegos de esta época no tenían oportunidad de emigrar al Oriente. Los ejércitos helenísticos aún necesitaban gran número de mercenarios. En la batalla de Rafia, por ejemplo, los dos ejércitos encuadraban gran cantidad de mercenarios, algunos de ellos griegos. Tampoco cambiaron las condiciones en el siglo II a. de J. C. Es verdad que, después de Magnesia, Roma prohibió a Antioco III reclutar al otro lado del Tauro. Pero esta prohibición no evitó que los monarcas posteriores de Siria tomasen mercenarios más allá de este límite. No se impusieron restricciones de este género a Egipto, Pérgamo ni a otras monarquías helenísticas del siglo II a. de J. C. Aunque no tenemos cifras, es probable que en ese siglo se reclutasen pocos mercenarios en Grecia y más en Tracia, Asia Menor y Oriente. Pero es cierto que un griego bien adiestrado podía en esta época encontrar fácilmente empleo militar en Oriente. Tampoco cesó completamente la emigración civil en el siglo II antes de J. C. Sin duda, Oriente ya no presentaba las mismas oportunidades a los emigrantes griegos que en el pasado. Las condiciones para los emigrantes no eran tan atractivas en Egipto como lo habían sido. Pero Antioco IV hacía esfuerzos por reforzar el elemento griego en la población de su reino, probablemente reforzando las ciudades con nuevos colonos y ciertamente creando nuevos centros de vida griega en Siria y Mesopotamia. También había buenas oportunidades para colonos griegos en Asia Menor, no sólo en las monarquías anatólicas, sino también en las antiguas ciudades griegas semindependientes (26). Había demanda de griegos, pero, a lo que parece, la oferta era escasa.

De esta manera, no fueron las dos causas elementales —pobreza del suelo y superpoblación— las que llevaron a Grecia a adoptar el recurso del suicidio racial. La razón de su pérdida de nervio ha de buscarse en las condiciones en que sus habitantes vivían en esta época.

Ya he descrito estas condiciones. La más importante de ellas era la incertidumbre del vivir. Esto era resultado de muchos factores. Uno fue la guerra y la revolución incesantes. Para el ciudadano medio, esto significaba o la posibilidad de ser muerto, o —lo que es peor— de conservar la vida perdiendo sus propiedades y su libertad individual; en otras palabras, de transformarse en pobre, proletario o, lo peor de todo, en esclavo. Guerra, revolución y piratería contribuían a arrojar al mercado cada vez ma-

yor número de esclavos, de los que algunos no eran «bárbaros», sino griegos de pura cepa. Todos sabían esto, y ninguno se consideraba seguro. El hecho está atestiguado no sólo por el testimonio aducido antes (págs. 665 y sigs.), sino también, por ejemplo, por las manumisiones de Delfos. Desde 201 a 140 a. de. J. C., en Delfos, en una comunidad pequeña no muy rica, donde no había comercio ni industria, fueron manumitidos por sus amos una media de ocho a nueve esclavos cada año (probablemente más, porque nuestras fuentes son incompletas). Algunos de estos esclavos eran de origen griego (27).

Sigue en importancia el empobrecimiento de Grecia, tal como lo he descrito. La gente que había sido acomodada vio reducirse gradualmente su fortuna, minada por las condiciones económicas generales, devastaciones, confiscaciones y requisas durante las guerras y por la presión del gobierno ciudadano que requería de ellos más de lo que podían dar. Era natural que, no queriendo que sus hijos compartieran su suerte, no desearan tener hijo alguno o restringir su número. A esto puede llamársele, con Polibio, egoísmo o falta de patriotismo; yo prefiero llamarle autopreservación o, en algunos casos, desesperación. No fue egoísmo puro. En Atenas, por ejemplo, no después del período que sigue a 166 a. de J. C., cuando las condiciones económicas de la ciudad mejoraron, las clases acomodadas empezaron una vez más a tener muchos hijos y a tener por lo menos familias medianamente numerosas (28).

Este cuadro de la pobreza de Grecia en el período que consideramos se opone en cierta medida a los puntos de vista de algunos eruditos competentes, particularmente W. W. Tarn, tal como lo plantea en sus excelentes cuadros de las condiciones sociales y económicas de las ciudades griegas en la época helenística*. En su opinión, «antes de Sila y con fluctuaciones locales, el período helenístico fue sin duda una época próspera para las clases superiores». Los hechos anteriormente citados no apoyan este juicio en cuanto se refiere a Grecia y algunas islas a finales del siglo III y comienzos del II a. de J. C. No puedo encontrar apoyo alguno para su idea, por ejemplo, de que algunas partes de Grecia experimentaron durante el período helenístico una ola creciente de prosperidad. Dudo que Corinto al final del siglo III y

* Véase, por ejemplo, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 102 y sigs. (3.ª ed., págs. 111 y sigs.).

comienzos del II a. de J. C. llegase a ser más próspera que antes, y que Demetrias, que había sufrido duramente la guerra siria y segunda macedónica, conservase en la primera mitad del siglo II antes de J. C. la prosperidad de que había gozado en el III. Ni creo que la prosperidad de Etolia aumentase durante el gobierno de Filipo y especialmente durante las guerras de Roma con Filipo y Antioco III (29). Tampoco veo ninguna prueba convincente de que el norte de Grecia en general escapase a la decadencia económica común en esta época. La prueba de la supuesta prosperidad del norte de Grecia descansa, en opinión de Tarn, en el número relativamente grande de esclavos poseídos en esta época por los ciudadanos de Delfos y Buto (cerca de Naupacto), como demuestran los documentos de manumisión. Me inclino a creer que este aumento en el número de esclavos, si lo hubo, fue un fenómeno general y no local (véase pág. 686) y se debió a las guerras y piratería, que aumentaron temporalmente el número de esclavos y redujeron su precio. Muy pronto, sin embargo, empezó a decrecer de nuevo el número de esclavos en todas partes de Grecia (30).

Nadie negará que la vida en el mundo helenístico, especialmente en sus centros más ricos, era más lujosa y más refinada que en el período anterior. En las épocas de prosperidad, es decir, en los días de Alejandro y en la primera mitad del siglo III antes de J. C., las clases superiores de las principales ciudades industriales y comerciales se hicieron muy exigentes en lo referente a su comodidad, tal como planificación de ciudades, construcción de casas particulares, organización de juegos y sacrificios y formación de clubs y toda clase de asociaciones, más refinamientos en su vida diaria y alimentación, etc. Y así siguieron siendo cuando lo permitieron las circunstancias hasta el fin de la época helenística. Pero los testimonios, escasos y la mayor parte sin fecha, no permiten seguir los cambios a este respecto que ocurrieron de cuando en cuando y en distintos lugares. No he hallado ningún testimonio fechado que demuestre que el nivel de vida en Grecia a finales del siglo II y principios del I a. de J. C. fuese muy alto, ni más alto que en el período precedente, ni aun siquiera tan alto. Se organizaron algunos juegos nuevos en esta época, incluso en Grecia, pero la organización de juegos era un negocio provechoso y podía traer consigo la muy codiciada *asylia* o inmunidad de un ataque. Algunos *thiasoi* y otras asociaciones, especialmente en las islas, pueden haber sido prósperas. Pero las asociaciones no eran un rasgo

característico de la Grecia propiamente dicha (excepto Atenas), y en cuanto a las islas, nuestro material no es suficiente para permitirnos seguir las vicisitudes de sus fundaciones colegiales (31). Una impresión similar se saca del estudio de los precios de los bienes de consumo más importantes. Los testimonios de Delos muestran que a principios del siglo II a. de J. C. los precios subían en general, con una corta interrupción que es difícil de explicar satisfactoriamente. Sin embargo, se ha demostrado que mientras el precio del trigo —artículo que Grecia importaba— era alto, el precio de los productos que se producían en Grecia (aceite de oliva y vino), y en parte se exportaban, era muy bajo, mucho más bajo que en el siglo III a. de J. C. De esto podemos inferir que, en general, la situación económica de Grecia empeoraba, siendo la balanza comercial, con toda probabilidad, desfavorable (32). Teniendo en cuenta todos los testimonios, veo muchos signos de decadencia económica en Grecia a fines del siglo III y principios del II antes de J. C. y ninguno de una creciente prosperidad.

Las condiciones de vida que, como he demostrado, habían sido intolerables durante las guerras griegas de Filipo y las guerras siria y macedónica segunda, mejoraron hasta cierto punto en el período que siguió a las dos guerras romanas. Frecuentes y devastadoras, las guerras locales griegas de este período fueron llevadas en una escala mucho menor que antes. En el mar la paz reinó durante algún tiempo. Los piratas fueron mantenidos a raya por los rodios, que patrullaron el mar con éxito, aunque no pudieron suprimir la piratería completamente.

Podemos interpretar como un signo de recuperación, por ejemplo, la gran emisión de dinero hecha por la Liga Aquea después de la segunda guerra macedónica. Pero hay que recordar que probablemente reemplazó la abundante acuñación de los miembros de la Liga, especialmente Sición y Corinto, y que, después de 192 a. de J. C., algunos estados importantes —Élide, Mesenia y Esparta— se vieron obligados a hacerse miembros de la Liga. Sin embargo, esta emisión de dinero es significativa, especialmente para el período subsiguiente a 168 a. de J. C.* Tuvo su fin el 146 a. de J. C. (33).

Sin embargo, el ejemplo más típico de la recuperación de algunas partes de Grecia después de la guerra siria es Atenas. Sería

* Es muy difícil la datación exacta de las distintas emisiones de monedas aqueas.

superfluo explicar por extenso la condición de esa ciudad en los difíciles tiempos de finales del siglo III y comienzos del II antes de J. C. que W. S. Ferguson ha descrito tan admirablemente. Me limitaré a citar dos documentos recientemente descubiertos que iluminan este período de su historia. Uno de estos documentos es una buena ilustración del peligro a que estuvo expuesta la ciudad durante el gobierno de Antígono Dosón. Es un decreto en honor del bien conocido filósofo peripatético Prítanis de Caristo, que fue a Antígono pidiendo ayuda para Atenas, sufrió muchos sinsabores, gastó una gran cantidad de dinero y finalmente dio cuenta a Atenas de los resultados de su misión.

Aún más ilustrativo respecto al período siguiente, el de los ataques de Filipo a Atenas, es el decreto de 196-195 a. de J. C. en honor del gran caudillo ateniense antimacedónico Cefisodoro, de cuya carrera nos da Pausanias un resumen* al describir su monumento funerario, probablemente basado en parte en un decreto semejante en su honor. Entre sus servicios a la ciudad me referiré al que hizo por Atenas en el año crítico de 203-202 a. de J. C. Según parece, Atenas estaba arruinada financieramente y al borde del hambre. Cefisodoro no dudó en hacerse tesorero de los fondos militares (ταμίας στρατιωτικῶν) y al mismo tiempo tesorero del fondo de trigo (ταμίας σιτωνικῶν). Sugirió ciertas reformas financieras y además hizo varios regalos a la ciudad en dinero y grano (34).

Pero después de estos duros tiempos, y en una atmósfera más pacífica que prevaleció después de Magnesia, Atenas —el fiel amigo y apoyo de Roma— gozó de un período de relativa comodidad. Podemos decir más aún: muchos hechos conocidos de los modernos eruditos, pero en mi opinión no interpretados correctamente por ellos, muestran que los años subsiguientes a la liberación de Atenas del yugo de Macedonia, y especialmente los que siguieron a las guerras siria y macedónica, fueron una época de recuperación lenta pero firme, de un renacimiento económico real. La mayor parte de los eruditos modernos fechan este renacimiento después de la guerra de Perseo con Roma, pero yo estoy convencido de que la recuperación de Atenas empezó mucho antes, inmediatamente después de su liberación y especialmente después de Cinoscéfalas y Magnesia.

Muchos hechos muestran que fue en esta época cuando Atenas reasumió su importante papel en el comercio, especialmente en el

---

* Pausanias, I, 36, 5.

de grano. Cuando estalló la guerra con Perseo, su participación en este comercio se había hecho realmente muy importante. Tito Livio* afirma que en 171 a. de J. C. los romanos pidieron a Atenas la entrega de 100.000 medimnos de trigo. Los atenienses trataron de excusarse, pero al fin lo entregaron. Sin duda, los romanos eran demasiado inteligentes para pedir esta cantidad de trigo a una ciudad acosada por el hambre que apenas pudiera alimentar su propia población. Sabían que grandes cantidades de grano estaban almacenadas en el Pireo y que el comercio de grano estaba en parte en manos de los mercaderes de Atenas.

Esta interpretación del pasaje de Tito Livio está apoyada por muchos hechos. Es bien sabido que en la primera mitad del siglo II a. de J. C., antes y después de la guerra con Perseo, Atenas mantenía relaciones muy estrechas con muchas de las principales potencias de la época, notablemente con las que se interesaban en el comercio de trigo, y sobre todo con los Tolomeos, en particular Epífanes y Filométor. Puede decirse que en la misma época muchos alejandrinos se hicieron próxenos de Atenas (en 188, 184 y hacia 170) y que a su vez muchos atenienses aparecen en Alejandría y en la isla de Chipre. También hubo relaciones muy cordiales entre Atenas y Pérgamo (véanse págs. 698 y 530). Hay que recordar que por esta época Pérgamo desarrollaba rápidamente sus recursos y empezaba a producir en su territorio grandes cantidades de trigo (véase pág. 706). No menos significativo de las relaciones comerciales de Atenas son los honores conferidos por ella a Antioco IV, Ariarates de Capadocia y, sobre todo, Farnaces del Ponto, así como los donativos recibidos por ellos. Farnaces del Ponto —hemos de tenerlo en cuenta—, por esta época, se hizo dueño de los dos puertos comerciales mayores en la costa meridional del Euxino: Amiso y Sinope, ambos centros muy importantes del comercio de grano y estrechamente relacionados con Atenas en el pasado. Además, tenemos el hecho de que el real cultivador de trigo, Masinisa, cuyo grano aparecía ahora con abundancia en el mercado egeo, fue uno de los vencedores en las Panateneas, y que muchos ciudadanos de Heraclea Póntica, otro gran centro del comercio de grano, afortunado rival y competidor de Panticapeo y Quersoneso, establecieron su residencia en Atenas por esta época (35). Es interesante observar que todas las potencias que desempeñaron un papel tan importante en los negocios de

---

* Tito Livio, XLIII, 6, 2-3.

Atenas a principios del siglo II a. de J. C., como amigos y socios comerciales, y que eran al mismo tiempo los mayores productores de trigo un poco antes (225 a. de J. C.), acudieron en auxilio de Rodas después del desastre del famoso terremoto*. Ciertamente no habría hecho esto solamente por sentimientos filohelénicos, sino que habrán sido influidos por el deseo de quedar en buenas relaciones con la república que poco a poco se había transformado en la dueña del Egeo. Los mismos motivos influían en sus relaciones con Atenas. La alta estima que las principales potencias testimoniaban a esta ciudad no puede explicarse exclusivamente con el tributo del mundo helenístico a su gran pasado y como resultado de un deseo de buenas relaciones con la influyente amiga de Roma. Esta explicación es demasiado simplista. No cuenta para la explosión de simpatía en el mismo momento en que las condiciones eran especialmente propicias para un renacimiento económico en Atenas. Además, todos los numismatas e historiadores de esta época están familiarizados con el hecho de que hacia 229 a. de J. C. empezó Atenas a emitir sus nuevas «lechuzas», imitadas muy pronto por algunas ciudades cretenses y jonias, y que después de 180 a. de J. C. hubo un cambio significativo en su procedimiento respecto a esta acuñación. Empezó a emitir cantidades mucho mayores de numerario e hizo sus emisiones mensuales. Algunos eruditos, especialmente Sundwall, que fue el primero en señalar este nuevo desarrollo de la moneda ateniense, trataron de explicarlo por la anexión conjetural de Delos, Lemnos, Esciros e Imbros a Atenas inmediatamente después de Cinoscéfalas. Pero esta hipótesis, basada en una afirmación errónea de Valerio Antias, está en conflicto con todos los hechos conocidos de la historia de Delos y Atenas. No hay duda que la restitución de las cleruquías a Atenas no se efectuó antes de 167-166 a. de J. C. El extraordinario aumento de la moneda ateniense, las masas de «lechuzas» del nuevo estilo que aparecieron en el mercado, no fueron debidas a una imaginaria resurrección parcial del imperio ateniense, sino a la creciente importancia de Atenas y del Pireo en el mercado de la época (36).

A la vista de todas estas consideraciones, parece probable que Atenas, después de la ruptura de la hegemonía macedónica en el Egeo, recobrara rápidamente su riqueza y llegara a ser una vez

---

* Polibio, V, 88.

más, particularmente en lo que respecta al comercio de grano con el Norte, una rival de Rodas y, hasta cierto punto, la sucesora de Delos, que había sido el agente macedónico para el comercio de grano en el Egeo desde las batallas de Cos y Andros.

II. LAS MONARQUÍAS

A) *MACEDONIA*

Mientras Grecia sufría duramente y su prosperidad declinaba con rapidez, los recursos de Macedonia durante los reinos de Filipo y Perseo aún eran grandes. Ambos caudillos hicieron cuanto pudieron para desarrollarlas y sacaron abundantes ingresos del país para llevar a cabo su ambiciosa política exterior.

Muchos documentos descubiertos en Macedonia y otras partes atestiguan la actividad febril de Filipo en todas las ramas de los negocios públicos, especialmente en los asuntos relacionados con el ejército. El sistema militar, incluido el servicio de intendencia, fue cuidadosamente regulado por órdenes especiales del rey (διαγράμματα), que fueron publicadas en las más importantes fortalezas del reino. El mismo cuidado y actividad se desplegaron para prescribir las relaciones del rey con las ciudades de su reino. Aquí también se hizo gran uso de las cartas y órdenes (διαγράμματα). Tesalónica, el gran puerto de los antigónidas, desempeñó un papel cada vez mayor en la vida del país, y Demetrias fue también de considerable importancia (37).

Sabemos muy poco de la política económica de Filipo y Perseo. Se nos dice en algunos pasajes de Tito Livio y Polibio* que después del final de la guerra siria, Filipo, encontrándose muy defraudado por los romanos, tomó varias medidas para mejorar la situación económica de su reino. Uno de los fenómenos más alarmantes era la despoblación gradual de Macedonia y Tesalia, causada principalmente por las guerras incesantes. Trató de detener este proceso por varios medios. He mencionado sus cartas a Larisa, en las que recomendaba una política más liberal en punto a conceder la franquicia ciudadana. Para detener la despoblación de la Macedonia propiamente dicha, que aumentaba de modo alarmante en el campo y en la ciudad, recurrió a la política tradicional de sus

---

* Tito Livio, XXXIX, 24; Polibio, XXIII, 10.

predecesores: trajo gran número de tracios, asentándolos probablemente no sólo en las ciudades, sino también en los distritos rurales (38). Por lo que se refiere a sus ingresos, aumentó los impuestos de la tierra cultivada (lo que ciertamente significa que atendió al desarrollo agrícola de su reino), vigiló el cultivo de sus grandes dominios *(praedia)* (39), elevó los derechos de importación y exportación (lo que significa que se interesó en el desarrollo del comercio macedónico, especialmente el grano y la madera), y finalmente reanudó el trabajo en algunas minas abandonadas y abrió otras nuevas. Estoy convencido de que esto no fue en ningún aspecto una política nueva, sino que la había adoptado desde el mismo comienzo de su reinado. Sin duda, al principio, cuando los recursos de su país no habían sino minados por una larga y ruinosa guerra, su actividad había sido menos fértil.

Filipo administró el numerario de su reino de acuerdo con su política económica general. La moneda que él mismo emitió era abundante y segura. No satisfecho con esto, muy poco después de la conferencia de Tempe, en 187 a. de J. C., fue a Tesalónica, y allí concedió el derecho de emisión a las ciudades más importantes de su reino, Tesalónica, Pela y Anfípolis, concesión que pronto extendió a los cinco distritos de Macedonia que estaban estrechamente vinculados a las regiones mineras. Esto lo hizo principalmente para ganar la buena voluntad de estas ciudades y distritos, pero también con el fin de obtener su ayuda para promover la explotación de minas y aumentar el volumen de dinero. Esta política fue, en líneas generales, la misma que la de Éumenes II y Antioco IV (véanse págs. 709 y sigs.) y fue indudablemente continuada y ampliada por su sucesor Perseo (40).

La política económica de Filipo y Perseo tuvo éxito. No fue la falta de dinero u hombres el factor decisivo en el fracaso final de Perseo de reconquistar la independencia política de su reino. Algunos hechos referentes a la guerra de Perseo relatados por Tito Livio, Polibio y Plutarco muestran que Perseo la empezó bien provisto de hombres*, dinero y recursos. Su ejército era grande y bien adiestrado, sus fortalezas estaban llenas de provisiones (hemos visto ya la actividad de Filipo a este respecto; Perseo, sin duda, continuó su obra) y acumuló una gran cantidad de dinero; de esto tenemos testimonio en los 6.000

---

* Sabemos por Tito Livio (XLII, 12-10) que reclutó soldados en Tracia además de Macedonia.

talentos de plata y oro encontrados por los romanos en sus tesoros, y en la magnitud de despojos traídos a Roma por Paulo Emilio (41).

Todo esto produce la impresión de que Filipo y Perseo lograron restaurar la prosperidad del Estado. Hasta qué punto y de qué manera su política afectó a la población, no lo sabemos.

B) *ASIA MENOR, EL EUXINO, RODAS Y DELOS*

En Asia Menor, el período que consideramos debe dividirse en dos partes: una época de continua y prolongada lucha que acarreó grandes daños a la población y terminó con la batalla de Magnesia, y la época más pacífica que siguió, cuando Asia Menor, excepto las monarquías septentrionales, estuvo prácticamente gobernada por los dos amigos y aliados de Roma, Éumenes II y Rodas (42).

La situación de Asia Menor antes de Magnesia y Apamea puede describirse en pocas líneas. El trato de Filipo a las ciudades de que tomó posesión después de la primera guerra macedónica fue duro, como ya se ha dicho, porque su anexión de Asia Menor fue dictada principalmente por el deseo de mejorar su situación económica. A Filipo le sucedió Antioco III, quien durante la segunda guerra macedónica y después trató de restaurar el imperio de Seleuco en el Oeste. Entre la confusión resultante y el desasosiego político, algunas de las principales ciudades de Asia Menor, especialmente las que estando nominalmente sujetas a Egipto gozaban ahora de independencia práctica, se dedicaron a sus propias guerras privadas. Tenemos la suerte de conocer mucho de una de estas guerras: la ocurrida entre Mileto y Magnesia del Meandro, que duró muchos años, llevó repetidas veces el pillaje a sus territorios y dio muchos cautivos a los beligerantes. La guerra se terminó en 196 a. de J. C. por la intervención de Rodas, y los términos de la paz se hicieron según las reglas del derecho internacional entonces vigente * (43).

Poseemos alguna información del trato que dio Antioco III a las ciudades que había reconquistado e incorporado a su reino. Mostró gran consideración a las ciudades que se le rindieron y permanecieron fieles: se les otorgó «autonomía», y el

---

* *S. I. G.*^{3}, 588.

importe de sus pagos al rey no fue muy alto. Sin embargo, es probable que no mostrase mucha ternura hacia los que no habían estado a su lado y no habían abierto sus puertas a sus primeros requerimientos. Hay buenas razones para creer que una importante inscripción copiada en Brusa (Prusa), pero probablemente hallada en una de las ciudades griegas cerca de ella, quizá Apolonia del Rindaco —un decreto en honor de Corago, gobernador (probablemente de Éumenes II) de la Frigia Helespóntica—, pertenece a la época posterior a la derrota de Antioco. No puedo tratar ampliamente de esta inscripción. El punto de interés aquí es que la ciudad fue entregada a un nuevo gobernador (que actuó en nombre de su amo) después de una guerra larga y ruinosa, y que el nuevo gobernador de la ciudad restauró toda clase de derechos y privilegios que le habían sido arrebatados por su primer amo, siendo el más importante su constitución y antiguas leyes (πάτριος πολιτεία y νόμοι). Como estoy convencido de que este antiguo dueño fue Antioco III, el trato dado en este caso muestra el trato que solía dar este gobernante a las ciudades recalcitrantes de su reino. Castigos parecidos (pérdida de autonomía) se dieron, en la época de una guerra desastrosa, a otra ciudad cuyo nombre se perdió probablemente en el reinado de Antioco III. Por desgracia, es incierta la fecha del documento que expone los infortunios de la ciudad durante la guerra y las importantes concesiones que recibió después. Puede referirse a la guerra de Antioco con los romanos o a otra anterior (44).

De hecho, Asia Menor fue gobernada después de Magnesia en parte por Éumenes II, árbitro supremo de los negocios anatólicos, y en parte por Rodas*. Sin embargo, no fue una época de tranquilidad y paz completas para la población. Ni la expedición capitaneada ahora por Manlio Vulso contra los gálatas, aunque fue cruel, ni la subordinación de los gálatas a Pérgamo quebrantaron el espíritu de aquel pueblo. Repetidas veces trataron los gálatas de recobrar su libertad de saqueo en Anatolia. Además, los reinos del norte de Anatolia no estaban dispuestos a reconocer la posición de Éumenes II, y más de una vez trataron de ampliar su territorio a sus expensas. Esto llevó a largas y renovadas guerras, poco conocidas, pero que privaron de toda tranquilidad al norte de Anatolia durante muchos años. Desde 186 hasta 183 a. de J. C. luchó Éumenes contra Prusias I, quien

---

* Sobre Rodas y sus posesiones en el continente, véase pág. 730.

recibió ayuda de Macedonia y de los gálatas bajo Ortiagón. La impresión producida por esta guerra se refleja en un decreto recientemente descubierto en Telmeso, y es posible que, como resultado de su gran victoria, Éumenes recibiese el título de Soter (45). Un poco después, una gran guerra devastaba esta misma región: la guerra póntica de 183-179 a. de J. C., en la que Farnaces I, aliado con los gálatas, luchó contra una coalición de Pérgamo, Bitinia, Paflagonia y Capadocia. Roma hizo varios intentos para poner fin a la guerra, pero sin éxito. No estaba preparada para una intervención militar, y sus esfuerzos diplomáticos, sin apoyo de la fuerza, fueron infructuosos y no hicieron más que agravar la situación, la cual tal vez no fuese mal vista por ella (46).

Sin embargo, los sufrimientos de Asia Menor, especialmente de las ciudades de Anatolia en esta época, no pueden compararse con los de la Grecia continental. Aunque nuestra información es deficiente, destacan algunos hechos, en los que podemos apoyarnos. Éumenes II fue en verdad durante su vida un gran benefactor de Asia Menor, lo mismo que sus sucesores. Ahora hablaré de su política económica. Una gran parte de Asia Menor no fue afectada por las guerras a que me he referido. El resto sufrió duramente, aunque no en la misma medida que Grecia, los efectos de las guerras de «liberación». Los reyes anatolios luchaban en sus propios países, con sus propios recursos, y para adquirir territorios que deseaban añadir a sus reinos. Por consiguiente, sus métodos de guerra se parecían poco a los adoptados por los combatientes en Occidente. La única excepción eran los gálatas. Es significativo de la actitud de Asia Menor que Éumenes II ganase gran popularidad poniendo fin a las barbaridades de éstos y fuese considerado como el salvador del helenismo en este país. Más o menos magnánimos con sus enemigos, los reyes anatólicos no eran muy duros con sus propios súbditos, de cuyo apoyo moral y material sabían que dependía su éxito. En consecuencia, el bienestar de Asia Menor no fue afectado seriamente por las guerras que se desarrollaban en ella. De hecho, después de Magnesia gozó Asia Menor de un período de prosperidad que duró hasta el final de la dinastía pergamena. Aunque vigilados y dirigidos por los romanos en su política exterior, los atálidas tenían permiso de aquéllos para tratar a su gusto los negocios internos de su reino. No estarán fuera de lugar unas cuantas observaciones sobre la política social y económica de los atálidas en esta época.

Ya he hablado (págs. 519 y sigs.) del período de la *dynasteia* atálida de PÉRGAMO, cuando estos gobernantes, con sus esfuerzos incesantes, organizaron su pequeño Estado e hicieron de Pérgamo uno de los más ricos países de la época. Con Átalo I cambió fundamentalmente la política de los antiguos dinastas. Su ambición fue construir sobre los fundamentos puestos por sus predecesores y él mismo, un Estado pananatólico que sería igual y rival de las grandes monarquías macedónicas. A pesar de algunos éxitos brillantes, Átalo I fracasó en su intento. Filipo V y Antioco III eran demasiado fuertes para él y para sus aliados y partidarios, los Tolomeos y, desde 201 a. de J. C., Rodas. En vez de abandonar su ambicioso programa, Átalo I y Éumenes II trataron de realizarlo de otra manera, echándose en brazos de Roma, la nueva potencia extranjera que había aparecido en el horizonte del mundo helenístico y estaba interviniendo en sus asuntos. Con la ayuda de este aliado extranjero, los atálidas alcanzaron su fin principal y llegaron a ser los gobernantes de la mayor parte de Asia Menor. Pero pagaron un gran precio por su éxito, porque gobernaban sobre aquel país no como reyes independientes, sino como vasallos y agentes políticos de Roma. Es en vano especular sobre si Átalo I y Éumenes II previeron esto cuando se embarcaron en su política imperialista.

Gobernantes de un gran territorio, los atálidas se enfrentaron con el problema de su organización. Ya he descrito la estructura económica y social de la vieja *dynasteia* y expresé la opinión de que los últimos atálidas hicieron muy pocos cambios en ella. Como Egipto en sus relaciones con el imperio tolemaico, la vieja *dynasteia* fue el centro del reino o imperio atálida, su base y fundamento, mientras el resto de sus dominios tomó, hasta cierto punto, el carácter de provincias extranjeras.

Se sabe muy poco del sistema de gobierno que establecieron los últimos atálidas para estas nuevas adquisiciones. Es cierto que Helesponto y Tracia fueron organizados como satrapías o estrategias, una llamada la «de los distritos de Quersoneso y Tracia» (Χερσονήσου καὶ τῶν κατὰ Θράικην τόπων), y la otra la «de los distritos helespónticos» (τῶν καθ' Ἑλλήσποντον τόπων) o de «Frigia del Helesponto» (Φρυγία ἡ ἐφ' Ἑλλησπόντῳ), y las que eran gobernadas a la manera seléucida y tolemaica por estrategos. Egina tenía un estatuto parecido. Tenemos pocos testimonios para decir si el resto de las nuevas adquisiciones fueron igualmente divididas en satrapías, o estrategias, subdivididas en hiparquías,

también a la manera seléucida y tolemaica. La administración financiera pudo haber sido realizada de este modo. Sin embargo, es extraño que los testimonios epigráficos, que, por supuesto, son muy escasos, excepto para Helesponto y Tracia, no contengan mención explícita de estrategos o hiparcas. En algunos casos, los reyes parecen haber tratado directamente con las ciudades (47).

Las nuevas adquisiciones de los atálidas fueron heredadas por ellos de los seléucidas. Las relaciones de estas ciudades y regiones con sus antiguos dueños habían sido establecidas por muchos años de práctica, y evidentemente, una vez establecidas, no serían radicalmente cambiadas por sus nuevos amos. Sin embargo, sabemos muy poco del estatuto viejo o nuevo de estas localidades, y por consiguiente no podemos distinguir entre los dos (48). De acuerdo con estos testimonios, me limitaré a la situación bajo los atálidas, sin intentar considerar qué cambios fueron introducidos por éstos.

Nuestra información respecto a las nuevas adquisiciones para el reino pergameno está basada principalmente en los términos del arreglo romano de Asia Menor después de Magnesia, tal como lo atestiguan Polibio y Tito Livio* y lo ilustran algunas inscripciones. Los romanos, al tratar de la tierra tomada a Antioco III, distinguían claramente entre el «campo» (especificado como *castella*, *vici*, *agri*, *silvae* y *oppida non libera*) y las ciudades griegas. El campo y algunas ciudades griegas (Trales, Éfeso, Telmeso) las dieron a Éumenes II como regalos (δωρεαί). Algo después el rey deseaba obtener en las mismas condiciones las ciudades de Eno y Maronea de Tracia, además de Lisimaquia y su territorio. Las ciudades griegas que no fueron dadas como regalo fueron divididas en dos clases: las que habían tomado partido por los romanos y no habían ayudado a Antioco III fueron declaradas *liberae et immunes*, es decir, no tributarias a Éumenes II; por otra parte, las que habían tomado partido por los enemigos de Roma debían pagar ahora tributo a Éumenes II; en otras palabras, fueron hechas sus súbditas. El destino de las ciudades que habían pasado de la alianza de Antioco III a la de Roma en el curso de la guerra fue decidido individualmente (49).

Con las ciudades que permanecieron libres, los atálidas trataron de mantener las mejores relaciones. Sobre esto puedo citar

---

* Tito Livio, XXXVII, 55-56, y XXXVIII, 38-39; y Polibio, XXI, 24 y 42.

unos cuantos ejemplos sin tratar de ofrecer todas las fuentes. Hicieron regalos a la ciudad de Mileto y a la Liga Jonia y otorgaron préstamos o regalos a Quíos; dieron privilegios a Cícico y aparecen en amistosas y estrechas relaciones con Colofón y Yaso. De hecho, adoptaron la misma política hacia ellos que hacia las ciudades de Grecia y las islas, una política de conciliación o corrupción en gran escala (50).

Las ciudades súbditas (51) fueron tratadas de modo distinto. Sin duda había algunos principios generales que se aplicaban a todas ellas y ciertamente hubo una intervención financiera estricta como en la ciudad de Pérgamo. En esto la política de los atálidas se parece a la de los Tolomeos. Pero esta política probablemente variaba en la práctica.

No podemos decir en qué medida los atálidas cambiaron las constituciones de las ciudades. Hay algunos testimonios de un intento de introducir estrategos en muchas y de dar a estos magistrados una posición dominante en sus negocios. Sin embargo, no hay prueba absoluta de que esta política se aplicase a todas o siquiera a la mayoría de las ciudades griegas. Es sabido que las órdenes de los reyes eran consideradas como leyes por las ciudades sometidas, y que algunas de estas órdenes fueron incorporadas a las leyes de la ciudad por un decreto especial del rey; y esta prerrogativa de la corona debió de reemplazar, en distintos grados, el derecho de las ciudades a legislar sus propios negocios (52). Es asimismo natural que los reyes aparecieran como árbitros en las disputas territoriales entre ciudades vecinas, y que enviasen sus veedores para arreglar las disputas más o menos autoritariamente (53).

Pero el principal interés de los reyes estaba en la administración de las finanzas de las ciudades. Los habitantes de la mayoría de éstas pagaban distintos impuestos reales, probablemente onerosos, quizá además de sus tributos regulares, como una continuación de la práctica establecida por los seléucidas. Esto puede verse por algunos documentos recientemente descubiertos. De ellos, el más importante es una inscripción* erigida por una ciudad desconocida en honor de Corrago, gobernador de la Frigia Helespóntica probablemente durante el reinado de Éumenes II. En este documento (véase pág. 695) vemos la ciudad recién ocupada por el gobernador pergameno, después de una

---

* *S. E. G.*, II, 663.

guerra ruinosa, probablemente la de Antioco III. En esta guerra la ciudad había perdido todos sus privilegios —libertad, autonomía, etc.— y estaba a merced de su nuevo gobernador. Éste no se aprovecha de la situación y restaura los antiguos privilegios; pero la ciudad no es *immunis:* los ciudadanos pagan impuestos (πρόσοδοι) al rey. Sin embargo, por tener dificultades financieras, reciben una remisión de impuestos por tres años, que el gobernador aumenta a cinco. Es posible que una remisión parecida fuese otorgada por Éumenes II a todas las ciudades de las que se había hecho amo y señor, que habían sufrido en manos de Antioco III.

Esta posibilidad la sugiere el destino de otra ciudad cuyo nombre empieza por T (¿Temnos o Tmolos?). Sus desgracias se describen en las primeras líneas de un documento fragmentario, muy difícil de restaurar (véanse notas 44 y 55 de este capítulo): se hace mención de Antioco (III, al parecer), del «gobierno que sufren» y del hecho de que «su ciudad ha sido quemada y (devastada) en la guerra, que la mayoría de sus ciudadanos ha perdido sus propiedades y ha perecido, y que sólo algunos (sobrevivían)». Por esto los ciudadanos pidieron, por medio de sus enviados, la restauración de su constitución, la remisión de las deudas (ἄφεσις χρημάτων) (?), la suspensión del tributo (ἀπόλυσις φόρων), y la admisión de nuevos colonos en la ciudad. Les fueron otorgadas sus peticiones: αὐτονομία, remisión de todo pago durante siete años, y después el pago de un tanto alzado en tres veces, la suma —veinte minas— a ser deducidas de sus ingresos (πρόσοδοι), pagar otros impuestos, no tener guarnición en la ciudad, ni opresión (?), ni liturgias, y algunas remisiones más (el documento es incompleto). El cuadro de las relaciones entre la ciudad y el rey es muy parecido al dado en el decreto de Corrago.

No era muy diferente la situación muchos años después en Pisidia y en la ciudad fronteriza de Amlada (o Amblada)*, sólo ligeramente helenizada. En la época de Éumenes II la ciudad fue requerida a pagar un tributo regular (φόρος y τέλεσμα) de dos talentos al año, y adicionalmente, con toda probabilidad, una εἰσφορά impuesta durante la guerra gálata por aquel gobernante (véase cap. VI, pág. 878). Sufró mucho durante la guerra de Átalo II con Selge (véase cap. VI, pág. 879), en la que por

---

* *O. G. I.*, 751; Welles, *R. C.*, 54; H. Swoboda, J. Keil, F. Knoll, *Denkmäler aus Lykaonien*, etc., 1935, núms. 74-75.

algún tiempo tomó partido por Selge y pidió a Átalo II y a su corregente Átalo III una remisión parcial (κουφίζειν) del tributo y la plena remisión del balance impagado de la εἰσφορά. Estas remisiones fueron concedidas graciosamente por Átalo II a la ciudad.

Finalmente, en una inscripción de Teos*[1], la ciudad otorga a los artistas dionisiacos *(technitai)* un trozo de tierra, una *ktema*, exenta de tributos impuestos por la ciudad*[2]. Esto significa que además de los impuestos de la ciudad (τέλη πολιτικά) había otros que los ciudadanos tenían que pagar: con toda probabilidad, impuestos reales (54).

El sistema financiero que se infiere de los ejemplos que he citado no es muy claro. Probablemente no fue muy distinto del de los seléucidas (véanse págs. 440 y sigs.). Parece que muchas de las ciudades súbditas (si es que no fueron todas) pagaban un tributo anual (φόρος), un tanto alzado que representaba una parte de sus propios ingresos (πρόσοδοι). Esto es lo que nuestras fuentes literarias quieren decir cuando se refieren a los φόροι. Sin embargo, adicionalmente, los habitantes de la ciudad pagaban varios impuestos, para la recaudación de los cuales la ciudad pudo haber sido responsable; según parece eran impuestos reales de un carácter general. No sabemos exactamente si estos impuestos eran completamente idénticos a los recaudados por los seléucidas. Un pasaje en la inscripción de Corrago sugiere que uno de los impuestos era sobre el aceite de oliva o sobre los olivares o sobre ambos, quizá un monopolio parcial del rey. Además, las ciudades estaban sujetas a requisas en tiempo de guerra y a toda clase de servicios extraordinarios (λειτουργίαι). Los ciudadanos y otros habitantes de las ciudades griegas eran los primeros en pagar sus impuestos regulares al tesoro de su ciudad respectiva. Fuera de estos impuestos y otros ingresos de la ciudad (del campo, edificios de la ciudad como tiendas, etc.), se pagaba un tributo al rey. Los habitantes estaban sometidos a distintos impuestos reales, además de los de la ciudad, y llevaban su parte en las requisas y liturgias impuestas a las ciudades; la más pesada de todas estas obligaciones era la de dar alimento y cuarteles a la guarnición (55).

Sin embargo, es curioso que mientras los reyes echan pesadas cargas sobre la población de las ciudades súbditas, al

*[1] *S. E. G.*, II, 580.
*[2] Línea 9: ὃν ἀτελὲς ὧν ἡ πόλις ἐπιβάλλει τελῶν.

mismo tiempo pagan algunos subsidios regulares en moneda y en especie, a ciudades y templos, y a las asociaciones de jóvenes (probablemente a los gimnasios). En la inscripción en honor de Corrago, este pago se describe como hecho «para el manejo (o administración)» (εἰς διοίκησιν) de la ciudad. El hecho de encontrar referencias a estos pagos en inscripciones concernientes a Teos*[1] y Temnos*[2] parece indicar que la práctica fue general. Podemos inferir que al obrar así, por una parte, los reyes satisfacían su deseo de fiscalizar las finanzas de las ciudades, y, por otra, asumían el carácter de benefactores de la comunidad, que, a causa de la dura tributación real, era incapaz de levantar un impuesto municipal suficiente para equilibrar los gastos de la administración civil y el mantenimiento de templos y gimnasios.

La situación de Egina, que Átalo I adquirió por compra a los etolios en 210 a. de J. C., era parecida a la de las ciudades súbditas y las donadas a los reyes de Pérgamo. Aunque la ciudad conservaba su constitución y sus magistrados (sabemos de la existencia de estrategos), había un gobernador real, y la vida de los ciudadanos estaba regulada principalmente por las leyes y órdenes del rey. El gobernador era *de facto,* si no lo era *de jure,* supremo juez en las disputas entre ciudadanos (56). La isla de Andros pudo haber sido tratada del mismo modo, pero no tenemos fuentes exactas sobre este punto (57).

Es difícil decir hasta qué punto los atálidas contribuyeron a la urbanización de su reino. Ya he tratado anteriormente del antiguo territorio. En el nuevo, los atálidas heredaron una serie de establecimientos macedónicos fundados por los seléucidas. Es incierto el número de nuevas colonias que establecieron los atálidas. Una (Apolonis) es indudable; otras son probables (por ejemplo, Eumenia y Dionisópolis en Frigia, Filadelfia en Lidia, y Atalia en Panfilia); otras son completamente hipotéticas. Sin duda, en Apolonis los atálidas intentaron crear una nueva ciudad, mediante el sinoicismo de distintos establecimientos-pueblos macedonios preatálidas (es decir, seléucidas). La nueva comunidad se denominó después *polis.* En algunas otras colonias hay trazas de vida urbana tanto bajo los seléucidas como bajo los atálidas. Sin embargo, la mayoría no se desarrollaron

---

*[1] *S. E. G.,* II, 580.

*[2] *Inschr. v. Perg.,* 157; Welles, *R. C.,* 48.

como ciudades regulares hasta el período de la dominación romana (58).

Por lo que se refiere a las colonias militares que no consiguieron el estatuto y constitución de ciudad, debemos distinguir cuidadosamente entre las establecidas por los predecesores de Éumenes II en el territorio de la antigua *dynasteia* y las heredadas por Éumenes II de los seléucidas. Pudo haber además algunas nuevas κατοικίαι creadas por Éumenes II y sus sucesores, fuera de la antigua *dynasteia*. Algunas de sus fundaciones anteriormente mencionadas pueden no haber sido ciudades, sino comunidades-pueblos de soldados establecidos.

A veces aparecen mencionadas las antiguas κατοικίαι atálidas. Fileteria, por ejemplo, es mencionada en una inscripción de fecha incierta*[1] como administrada por un gobernador militar. De las nuevas, prácticamente, no sabemos nada. Sin embargo, son especialmente interesantes las κατοικίαι heredadas por Éumenes II de los seléucidas. De sus vicisitudes y organización en la época atálida conocemos muy poco. Sabemos, por ejemplo, que Acraso*[2] tenía en la época de Éumenes II sus propios magistrados, probablemente nombrados por el rey. Sin embargo, Acraso puede no haber sido una κατοικία seléucida, sino atálida.

Proyecta alguna luz sobre el problema una inscripción recién descubierta. Un informe fragmentario que contiene una carta completa de Éumenes II, de 181 a. de J. C., a su funcionario en la región de Telmeso, escrita contestando a una petición (εἰσγραφή) de los «residentes del pueblo de los cardaces» (κατοικοῦντες ἐν Καρδάκων κώμῃ). En la lápida, a continuación viene un fragmento de otro documento, fechado en el reinado de Antioco III (193 a. de J. C.) que quizá fuese una venta de tierra (59).

Con el fin de entender mejor este importante documento, debo volver sobre la historia de la región de Telmeso (véase página 334); podemos reconstruir ésta con gran probabilidad por la carta de Éumenes II recién citada, por otras inscripciones y por algunos textos literarios (60).

He afirmado que Telmeso y su región fueron organizadas por Evérgetes I como una especie de pequeña *dynasteia* gobernada por su pariente Tolomeo, hijo del rey Lisímaco. A este

---

*[1] *O. G. I.*, 336.
*[2] L. Robert, *Les villes*, etc., pág. 75.

gobernante le sucedió, con toda probabilidad, su hijo Lisímaco. Conocemos su existencia por un decreto de la ciudad de Telmeso publicado por M. Segre*[1]. Probablemente, Lisímaco dependió aún del sucesor de Evérgetes, Tolomeo Filopátor, pero mantuvo cordiales relaciones con Antioco III, cuya estrella estaba en el orto*[2]. Algún tiempo después de 204, a Lisímaco le sucedió su hijo Tolomeo, según podemos deducir en la carta de Éumenes anteriormente citada, en la que se menciona a este Tolomeo, y de algunas dedicaciones de Tolomeo halladas en Delos (188 antes de J. C.).

En 197 a. de J. C. toda la Licia y con ella Telmeso y su región fueron sin duda ocupadas por Antioco III, y Tolomeo, a lo que parece, perdió su *dynasteia*. Después de la ocupación, Antioco III colonizó la región de Telmeso de la misma manera que había colonizado Lidia y Frigia, es decir, por medio de colonias militares. Los judíos fueron asentados en Lidia y Frigia (véase pág. 466), mientras la tierra fue asignada a algunos bárbaros cerca de Telmeso, en la vecindad de la esfera de influencia rodia. Deducimos esto de la citada carta de Éumenes, que indica que en 181 antes de J. C. existía en la región de Telmeso un asentamiento de cardaces (soldados mercenarios que sabemos formaban parte del ejército de Antioco en Rafia) y es muy probable que este asentamiento no fuese establecido allí por Éumenes II, sino por Antioco. Algo antes de 181 a. de J. C., según la misma inscripción, los colonos, no satisfechos con sus lotes, compraron un trozo de tierra adicional a Tolomeo, hijo de Lisímaco. Esto demuestra que Tolomeo, aunque ya no era dinasta de Telmeso, conservaba aún sus antiguos *dorea*. Sin embargo, en 188 a. de J. C., como se ve en un párrafo especial del tratado de Apamea*[3], los *agri Ptolemaei Telmessii* pasaban a manos de los romanos. Mientras que Telmeso y su región eran asignados a Éumenes por el tratado, los *dorea* de Tolomeo fueron declarados exentos y probablemente devueltos a él, que aún vivía, como lo demuestran sus dedicaciones en Delos. Parece, pues, que los *dorea* fueron arrebatados a Tolomeo por Antioco y después devueltos al primero por los roma-

---

*[1] *Atti IV Congr. Pap.*, 1936, págs. 359 y sigs.; *Clara Rhodos*, IX (1938), pág. 183.

*[2] Antioco III nombró a Berenice, hermana (?) de Lisímaco, suma sacerdotisa de la reina Laódice de Antioco en 204 a. de J. C. (*O. G. I.*, 224; Welles, *R. C.*, 36, 37).

*[3] Tito Livio, XXXVII, 56, 4-5.

nos. Probablemente, Tolomeo se puso de parte de Roma durante la guerra con Antioco y le prestó valiosos servicios.

De este modo, Éumenes heredó de Antioco la región de Telmeso y con ella sus κατοικίαι militares. ¿Qué hizo con ellas? Su carta nos permite ver algo de su política a este respecto. Los colonos, como explicaban en su petición, estaban en una situación apurada: el producto de sus frutales era escaso, la tierra estaba en condiciones desastrosas, muchos habitantes habían huido del pueblo, la pequeña fortaleza (πυργίον) que protegía al pueblo contra los bandidos estaba en ruinas. Además, no tenían dinero para pagar la tierra que habían adquirido de Tolomeo, y a duras penas podían pagar la capitación personal de cuatro dracmas rodios y un óbolo *per cápita*. Éumenes, con el fin de retenerlos en el pueblo, y, a ser posible, aumentar su población, accede a sus demandas. Perdona el precio de la tierra comprada a Tolomeo y los atrasos de la capitación, y la rebaja para el futuro a una dracma y un óbolo; permite la restauración de la fortaleza y manda un arquitecto para que ayude; y finalmente promete inmunidad de impuestos por tres años a los nuevos colonos y de dos años a los habitantes que han abandonado el pueblo (τοῖς ἐκχωρήσασι; cf. los ἀναχωρήσεις y ἐκχωρήσεις de Egipto) y quieran volver.

Las medidas tomadas por Éumenes II son altamente interesantes. Demuestran cuánto deseaba reavivar la vida agrícola en su reino, reasentar las comunidades rurales, protegerlas contra las bandas de merodeadores. Sin embargo, según la inscripción, parece que la primera colonia militar se había transformado en un simple pueblo, y los antiguos κάτοικοι en meros *laoi*. No se menciona en la carta de Éumenes ninguna obligación militar impuesta a los cardaces. Además, se supone que pagaban una capitación (σύνταξις), que es muy discutible que la pagasen en el reino seléucida los miembros de las clases privilegiadas, y en el sistema tributario de los Tolomeos (y quizá también de los seléucidas) tal vez estuviese limitada a los *laoi*. Según parece, Éumenes no tenía confianza en la lealtad de los antiguos κάτοικοι, seléucidas, que habían mostrado siempre gran fidelidad a sus dueños y soberanos y constituían la espina dorsal de su reino. Sin embargo, es posible que los cardaces fuesen tratados de esta manera por Éumenes porque eran bárbaros. Quizá obrase de modo distinto respecto a los macedonios (61).

Seguían en importancia a las ciudades y las colonias civiles y militares, los grandes y ricos templos, algunos de los cuales

estaban adscritos a una ciudad, mientras otros eran puntos centrales de los distritos rurales. Los templos adscritos a una ciudad eran administrados por ésta, como ocurría en Éfeso, Claros y Sardes. Como algunos de estos templos eran muy ricos y desempeñaron un papel importante en la economía del país como centros bancarios e industriales, los atálidas tenían motivos para recabar el derecho a intervenir en las finanzas del templo, así como a disponer de sus ingresos y de su propiedad rústica. Este derecho de intervención lo ejercieron nombrando administradores financieros de los templos *(neokoroi)*, como, por ejemplo, en el templo de Sardes. Las aspiraciones de los atálidas respecto a los ingresos de los templos se pusieron de manifiesto cuando uno de estos reyes confiscó los ingresos de un templo de Éfeso, procedentes de las pesquerías. Las relaciones de los atálidas con los templos no sujetos a una ciudad fueron seguramente parecidas. Como las ciudades sometidas, estos templos pagaban impuestos sobre sus propiedades y no había nada que impidiese que el rey nombrase un administrador de sus finanzas, o se apoderase de parte de su tierra u otras fuentes de ingresos. En Ezani de Frigia los reyes, tanto seléucidas como atálidas, ejercieron este derecho de confiscación parcial. Las relaciones de algunos templos y de ciertas ciudades griegas con los atálidas fueron más bien de alianza o vasallaje que de sujeción. Esto es aplicable al importante templo de Pesinunte con sus reyes-sacerdotes hereditarios. Una serie de cartas de Éumenes II y de Átalo II a estos sacerdotes da una viva idea de sus relaciones mutuas*. Sin embargo, ha de tenerse en cuenta que Galacia nunca fue una provincia pergamena regular, y que Pesinunte logró mantener su semindependencia incluso respecto a los gobernantes gálatas. Además, hemos de recordar que desde la época de Átalo I los sacerdotes de Pesinunte habían mantenido cordiales relaciones con Pérgamo (62).

En las nuevas adquisiciones de los atálidas, además de las ciudades griegas, colonias creadas por los seléucidas y templos, todas con sus territorios tachonados de pueblos, había grandes fajas de tierra habitadas por tribus semindependientes, también tachonadas de pueblos, grupos de pueblos y refugios fortificados, y además muchos bosques, minas, canteras, lagos, etc. Parece fuera de duda que toda la tierra que no estaba en posesión de las ciudades griegas, y quizá algunas colonias, así como todas las

---

* *O. G. I.*, 315; Welles, *R. C.*, 55-61.

minas, canteras, bosques, pastos, lagos, etc., siguieron, como en el pasado, siendo propiedad privada de los reyes. Además de esta propiedad, grandes parcelas de tierra cultivable fueron dadas por los nuevos señores, continuando la política de sus antecesores, a los dignatarios de la corte, altos oficiales y funcionarios, a los ciudadanos de las ciudades griegas sometidas y a los soldados del ejército territorial. Corrago, por ejemplo (como se ve por la inscripción citada en la nota 44), poseía un gran fundo en la vecindad de la ciudad, del que podía sacar ganado y ofrecerlo a la ciudad para los sacrificios. En la misma inscripción encontramos al rey dando lotes de tierra de la propiedad real a los ciudadanos que no la tenían. Probablemente, estos ciudadanos sin tierra eran nuevos colonos a quienes aún no se había asignado parcela. Por lo que se refiere a los colonos militares, ciertas inscripciones nos dan interesantes testimonios: una de Pérgamo (véase pág. 527), las que tratan del sinoicismo de Apolonis, y las de Ezani.

El sistema de explotación de esta tierra real probablemente no cambió mucho en el período atálida. Volveré sobre esta cuestión en el próximo capítulo (63).

Naturalmente, las nuevas adquisiciones del rey pergameno proporcionaban grandes y regulares ingresos a los reyes. Añadidos a los ingresos del antiguo territorio, hacían de los atálidas los soberanos más ricos de su época. No obstante, los últimos atálidas, expertos hombres de negocios, nunca olvidaron el núcleo de su reino, sino que desarrollaron ampliamente la política económica de sus predecesores tanto en los nuevos como en los viejos territorios.

La deficiencia de nuestra información hace difícil distinguir, en las medidas económicas de estos últimos reyes, entre el uso intensificado de los viejos métodos y la introducción de otros nuevos. Sin duda, la mejora de la agricultura y los pastos, de que ya he hablado, siguieron siendo su principal preocupación. En el campo de la industria puedo citar algunas nuevas realizaciones.

Nuestra información sobre el desarrollo industrial del reino pergameno en este período se basa casi exclusivamente en el material arqueológico proporcionado por las excavaciones sistemáticas de distintos centros industriales importantes de Asia Menor, tales como Pérgamo, Priene, Mileto, Éfeso, Mirina, Cime, Sardes, Tarso. Los hallazgos menores realizados en estas ciudades, cuando sean cuidadosamente recogidos, publicados, clasificados y estudiados, pueden proyectar alguna luz, muy necesaria, sobre el pro-

blema que discutimos. Tal como están las cosas, sólo son posibles juicios preliminares e hipotéticos (64).

Muchas ciudades anatólicas que, o fueron incorporadas al reino pergameno o estaban estrechamente relacionadas con él, habían sido importantes centros de industria metalúrgica en los períodos arcaico y clásico. Puedo mencionar a Lesbos, Samos, Quíos, Cícico, Sardes y Mileto. Es natural que las antiguas tradiciones estimulasen la industria metalúrgica en la misma Pérgamo y en otras ciudades del reino pergameno. Algunos ejemplares de vajilla de plata hallados en Pérgamo y en sus alrededores que muestran grandes afinidades estilísticas con el desarrollo de las artes plásticas en Pérgamo, y algunos productos pergamenos de arte cerámico que reproducen en arcilla originales de metal (véase más adelante) hacen que sea muy probable que Pérgamo en el siglo III a. de J. C., y especialmente en el II, crease una escuela especial y peculiar de artistas toréuticos. Sin duda estos artistas no trabajaron exclusivamente para el mercado pergameno local y para el anatólico. Algunas obras de toréutica halladas en el sur de Rusia son de estilo pergameno y probablemente fueron importadas a Rusia meridional desde Pérgamo. Por otra parte, tenemos testimonios probables de exportación a Italia en la influencia demostrada por Pagenstecher, de modelos pergamenos sobre la cerámica de relieves de Cales, y en el carácter pergameno de algunas piezas de plata hechas en Italia en los períodos republicano tardío e imperial temprano. No puedo entrar aquí en pormenores, y la cuestión ha sido muy poco estudiada. Puedo añadir que la vajilla de plata anatólica fue, según parece, copiada e imitada en los vasos mucho más tardíos tratados con vidrio verde y marrón, probablemente manufacturados en Asia Menor (65) (véase cap. VII, nota 130).

No menos importante que la vajilla de metal fue, probablemente, un nuevo tipo de cerámica que pudo haberse originado en Asia Menor, uno de cuyos centros de producción tal vez fue Pérgamo. Me refiero a las copas y platos lisos, ligeros, de color rojo brillante. Las marcas de alfarero son relativamente frecuentes en esta rama cerámica. La historia, el lugar de origen y el desarrollo de esta cerámica están sujetos a un acalorado debate. Su uso se extendió. La cerámica de esta clase fue la más popular en los siglos II y I a. de J. C. en toda Siria, Palestina y Mesopotamia (en Antioquía del Orontes, Seleucia de Pieria y otros lugares de Siria; en Samaria, Gezer, Beth-Shan, Beth-Zur

y otros muchos lugares de Palestina; en Dura del Éufrates y Seleucia del Tigris, de Mesopotamia); en Asia Menor (por ejemplo, Éfeso, Priene, Tarso y otros lugares, por no hablar de Pérgamo), en las islas griegas (por ejemplo, Delos), en Grecia (por ejemplo, Atenas), en el sur de Rusia, en Egipto (Alejandría) y quizá en Italia (el término bien conocido *vasa samia* en los textos literarios romanos y la alabanza de Plinio de los vasos de Pérgamo y Trales* han sido relacionados con esta cerámica).

El problema de su lugar de origen es difícil y no puede ser discutido aquí. Durante mucho tiempo se creyó que era Asia Menor y especialmente Pérgamo. Hallazgos y observaciones recientes han ido destruyendo esta teoría y se ha sugerido Siria. No hay duda de que la producción de este tipo de cerámica a final del siglo II y durante el I a. de J. C. no se limitó a un lugar y a una región. Estudios posteriores pueden dar más precisión y ayudar a esclarecer su historia.

Además de los platos y copas lisos, sin adorno, se produjeron en varios lugares ejemplares más finos de este tipo de cerámica, tales como, en particular, los vasos color rojo brillante adornados con bajorrelieves. Estos bajorrelieves se hacían a menudo en moldes especiales y empastados en el cuerpo de los vasos. Algunos ejemplares sobresalientes de este estilo, junto con una clase especial de los vasos «megareos» y otros tipos de cerámica en relieve, se fabricaron ciertamente en Pérgamo, donde se hallaron cantidades considerables no sólo de moldes para los adornos aplicados, sino también de vasos enteros de este tipo. Esta cerámica ornamental producida en Pérgamo fue exportada a varias ciudades: muchos de sus ejemplares se han descubierto en Delos, sur de Rusia e Italia (66).

Las relaciones entre la cerámica de relieves oriental, y especialmente pergamena, y la *terra sigillata* primitiva de Italia, no pueden discutirse aquí. Sin embargo, es cierto que la primera cerámica aretina debe relacionarse de una manera u otra con el Oriente: con Asia Menor o Siria (67).

El aumento de la producción agrícola y la popularidad de ciertos productos de la industria anatólica en el Egeo, Siria, Italia y sur de Rusia son prueba de que el reino pergameno tenía un comercio floreciente. Sin embargo, es difícil decir si los productos eran exportados por mercaderes pergamenos o por sus intermedia-

---

* Plinio, *N. H.*, XXXV, 160.

rios, mercaderes de las grandes ciudades comerciales: Mileto, Éfeso y especialmente Rodas y Delos (68).

En relación con el desarrollo del comercio pergameno con el mundo griego, la monarquía seléucida e Italia, podemos ver un rasgo interesante en la política económica de los últimos atálidas. Hay buenas razones para pensar que trataron de mantener la unidad económica, al menos de parte del mundo helenístico, establecida, como hemos visto, por los seléucidas de acuerdo con las monarquías anatólicas menores: una unidad que había sufrido severamente por la política romana de liberación. Hay testimonio de este designio en su sistema monetario y en su política monetaria.

Es bien sabido que los romanos, cuando restauraron la libertad de ciertas ciudades de Grecia después de Cinoscéfalas y Magnesia, restauraron automáticamente al mismo tiempo las cecas urbanas, que habían estado ociosas en gran medida bajo Alejandro y los primeros reyes helenísticos. Sin embargo, a pesar del renacimiento de lo que a primera vista parecía ser una anarquía monetaria, semejante a la que había caracterizado a Grecia y Asia Menor antes de Alejandro, de hecho no resultó anarquía monetaria alguna. Es interesante observar que la mayoría de las cecas restauradas adoptaron, especialmente para las platas pesadas, el sistema ático, que había sido el predominante en las cecas sirias y anatólicas en el período anterior, y acuñaron copias exactas de las monedas lisimaquias y alejandrinas, con la adición de los nombres de las ciudades que las emitían. Según Regling, más de cincuenta ciudades en Asia Menor, las islas, el Peloponeso y Creta usaban en esta época exclusivamente el sistema ático para sus acuñaciones (69).

El mismo deseo de unidad llevó a los reyes pergamenos, por la misma época, en Asia Menor, a emitir, además de su moneda real, un nuevo tipo de monedas, llamadas cistóforos, destinadas a ser la moneda corriente de Asia Menor. Es bien sabido que la política pergamena fue adoptada por los romanos, y durante el gobierno romano los cistóforos fueron por algún tiempo la moneda general de Asia Menor (70).

Esta evolución ocurrida en Asia Menor y Grecia y que probablemente fue el resultado, por lo menos en parte, de la política económica de los atálidas, tenía su contrapartida en la política contemporánea monetaria y económica de los seléucidas. Me propongo discutir aquí este tema y no en la sección que trata del imperio seléucida, porque la política monetaria de los seléucidas

después de Antioco III parece haber sido planeada en concierto con Éumenes II y sus sucesores. Los seléucidas mantenían en este tiempo su política de unidad monetaria con el mundo anatolio y griego, de que ya he hablado. Tenemos testimonio de esto en los tesoros de monedas del período siguiente hasta Antioco III, que en su aspecto general recuerdan los tesoros anteriores pero representan al mismo tiempo algunas peculiaridades características. Estos tesoros son muy numerosos. Cuatro han sido publicados y descritos por Regling. Muchos más han aparecido en el mercado monetario desde 1928. Todos estos tesoros pueden fecharse con precisión en el período que se extiende desde los últimos años de Antioco III hasta el final del mando de la dinastía pergamena en Asia Menor (71).

Las rasgos característicos de estos tesoros son como sigue: 1.º Constan preferentemente, como antes, de tetradracmas y dracmas póstumos de Alejandro y Lisímaco; algunos llevan una contramarca seléucida (áncora, cabeza de Helios, y bajo Trifón su propio emblema: el casco macedónico); muchos fueron acuñados en distintas cecas de varias ciudades, la mayor parte anatólicas. 2.º Junto a los alejandros y lisímacos encontramos monedas, en su mayoría tetradracmas, de varias ciudades de Asia Menor, algunas de las cuales llevan contramarcas seléucidas. 3.º Además de estos dos grupos, aparecen de cuando en cuando monedas de varias ciudades de Grecia y de las islas griegas, algunas con contramarcas seléucidas. 4.º Además de estas monedas, encontramos gran cantidad de monedas dinásticas: por supuesto, predominan las monedas seléucidas pero a su lado vemos cantidades cada vez mayores de monedas atálidas (especialmente de Éumenes II y Átalo II) y a veces monedas de los reyes del Ponto y Bitinia. 5.º Es digno de mención que, mientras las monedas de ciudades dinásticas y anatólicas aparecen en gran número, están ausentes los primeros cistóforos. 6.º La mayor parte de las monedas halladas en estos tesoros están muy usadas y parece que han estado en circulación durante mucho tiempo. 7.º Todas las monedas de estos tesoros son de sistema ático. Entre ellas no aparecen monedas de los Tolomeos.

Los tesoros monetarios cuyas características he descrito son muy interesantes. En general, no difieren mucho de los tesoros del período anterior. Muestran el mismo carácter internacional y el mismo predominio de las monedas extranjeras sobre las seléucidas.

Sin embargo, hay algunas novedades. Una es el hecho de que la moneda que circulaba en Siria salía principalmente y casi de manera exclusiva, de las cecas de Asia Menor, no de las reales, sino de las ciudadanas, cecas de ciudades que en parte pertenecían al reino pergameno o a la esfera de influencia política y económica pergamena. La otra novedad es el hecho conocido por los numismatas desde la época de H. P. Borrell, a saber, que los tetradracmas anatólicos casi no tenían circulación en Asia Menor, sino que se distribuían a lo largo y a lo ancho de toda Siria y eran considerados de curso legal. Realmente, yo conozco solamente un tesoro hallado en Asia Menor que se parece algo a los tesoros sirios*. Además, es muy probable que las monedas acuñadas en las ciudades anteriormente mencionadas no fuesen admitidas en la circulación en otras ciudades de Asia Menor sin permiso especial de las autoridades urbanas atestiguado por contramarcas apropiadas. Así, vemos tetradracmas de Temnos con una contramarca de Priene, y muchos tetradracmas de Side que llevan contramarcas de varias ciudades de Asia Menor que acuñaban cistóforos. Llamo la atención sobre el hecho ya mencionado de que los cistóforos no aparecen en los tesoros ni entre los hallazgos casuales de Siria.

¿Cómo explicarnos los dos fenómenos antes descritos, a saber, el carácter municipal de la moneda de plata anatólica, tan ampliamente usada en el ámbito seléucida, y la aparente conexión de esta moneda con el reino pergameno? No pueden interpretarse como un desarrollo natural de las condiciones del siglo III antes de J. C.

Vemos detrás de ello una política económica, una especie de *entente cordiale* entre los seléucidas de una parte y los atálidas y ciudades independientes de otra. No puedo menos de pensar que los atálidas eran la fuerza que se movía detrás de los fenómenos que he descrito. Probablemente fue debido a su influencia y con su apoyo el que la acuñación de plata internacional (alejandros y lisímacos) de Asia Menor se intensificase y se le diese un carácter uniforme. Aunque la mayoría de los lugares donde se acuñaba esta moneda eran ciudades libres, estaban, o dentro de los territorios atálidas, o en la esfera de su influencia política.

Sus motivos principales pudieron ser los siguientes. Buscaban un buen mercado para su plata. Dueños de la mayoría de las minas

---

* Noe[2], 926; Sardes; cf. para Ponto, Noe[2], 40, Amasia.

de plata de Asia Menor, sin duda intensificaron la producción de estas minas y se preocuparon de tener una salida provechosa. Probablemente no fue sin su estímulo el que no sólo las grandes ciudades comerciales, sino también ciudades pequeñas e insignificantes de Eólide y Lidia, de Tróade, Caria y Paflagonia, se dedicasen a la acuñación de plata. Debe tenerse en cuenta que todos estos grupos de ciudades estaban bien situadas geográficamente para obtener la materia prima y para enviar la moneda a Siria. Difícilmente podemos suponer que las ciudades acuñadoras —importantes o no— poseyesen minas de plata. Es mucho más verosímil que el metal fuese suministrado por los reyes, quienes, con toda probabilidad, eran propietarios de minas. Es difícil decir por qué los atálidas recurrían a los buenos oficios de las ciudades. Hubiera sido mucho más natural para ellos incrementar su propia moneda real. Sin embargo, prefirieron el otro camino.

La razón decisiva pudo haber sido, como ha sugerido el profesor C. B. Welles, no el deseo de no herir los sentimientos de los seléucidas, ofreciéndoles como suplemento a su moneda la propia moneda de los atálidas, sino crear para sus necesidades una especie de moneda internacional «neutral» e impersonal. Puede añadirse que ellos adoptaron el mismo sistema en esta época respecto a los cistóforos. Otros gobernantes, principalmente Antioco IV y los reyes macedónicos, actuaron de forma similar respecto a varias ciudades de sus reinos. Es imposible decir si esto se hizo con el fin de extender el riesgo de la nueva aventura y si los reyes sacaban algún provecho sustancial de las operaciones de acuñación de las ciudades.

Pero, sea como fuere, lo cierto es que la exportación de moneda acuñada de un tipo especial, particularmente plata, se aumentó sustancialmente en Asia Menor en la época de Éumenes II y Átalo II, y que esto se hizo de acuerdo con los seléucidas. La intención era servir la política comercial de los dos reinos; en otras palabras, había una política comercial detrás de esta política monetaria. Las líneas generales de esta política comercial pudieron ser las siguientes. Después de la ocupación de Palestina, Fenicia y Celesiria, los seléucidas dominaban la mayor parte del comercio caravanero árabe, indio y chino. Quedaba muy poco en manos de los Tolomeos. El desarrollo del comercio caravanero requería una rápida expansión de la moneda. Las abundantes monedas tolemaicas desaparecieron de Siria y ya no fueron útiles como medio de cambio en el comercio palestino, fenicio y sirio. Había

una dura hostilidad y competición comercial entre los seléucidas y los tolomenos. De la única manera que los seléucidas podían incrementar el volumen de su moneda de plata y reemplazar así a la plata tolemaica era recurriendo a los atálidas, dueños del principal suministro de plata en el Oriente Próximo. Y los atálidas estaban dispuestos a ayudar a los seléucidas, siempre que éstos dirigiesen su comercio, no a Alejandría o Rodas y Delos, sino a los puertos del imperio atálida. La manera mejor y más segura de hacerlo era usar la ruta terrestre. La ruta marítima no estaba completamente descartada, pero recurrir a ella significaba casi necesariamente que, en el comercio, Rodas y Delos arrebatarían a los atálidas la parte del león.

El período de *entente cordiale* entre Pérgamo y Siria y de su política común monetaria y comercial no duró mucho. Las monedas urbanas de Anatolia y los alejandros y lisímacos de las cecas anatólicas desaparecieron pronto de la circulación. Con dificultad se encuentran en los tesoros sirios de finales del siglo II y I a. de J. C. Igualmente desaparecieron las monedas atálidas. En los tesoros de esta época predominan las monedas seléucidas. Junto a ellas encontramos monedas dinásticas extranjeras, pero no atálidas, y muchas monedas de las ciudades de Siria, Fenicia y Palestina, autónomas a la sazón. Es significativo que en varios tesoros tengamos un número relativamente grande de monedas atenienses de nuevo estilo, y que los dinastas árabes empiecen (después de 115 a. de J. C.) a imitar las nuevas «lechuzas»* atenienses, mientras que antes sólo algunos reyes menores vecinos de los seléucidas habían hecho imitaciones de las principales monedas de la época: las monedas de Alejandro.

La política monetaria de los atálidas que he descrito, y la política de expansión comercial que probablemente había detrás de ella, forman otro rasgo en el cuadro de rápido desarrollo económico y creciente riqueza del reino pergameno a que me he referido repetidas veces. La mejor ilustración de esta riqueza y de las aspiraciones políticas y culturales y realizaciones de Éumenes II y su sucesor Átalo II nos lo ofrece la ciudad de Pérgamo. Ya he descrito su disposición general. Puedo ahora añadir algunas palabras sobre los cambios que la ciudad, especialmente su acra, sufrió en manos de estos dos ambiciosos gobernantes. Fueron ellos quienes hicieron de Pérgamo una de

---

* G. F. Hill, *B. M. C. Arabia,* etc., 1922, págs. LIV y sigs.

las más hermosas ciudades del mundo griego, rival de Atenas, Alejandría y Antioquía. Se dice de Átalo II que encontró una ciudad de traquita y «marmoream reliquit».

No se alteraron las líneas principales del acra, pero su área fue ampliada por la inclusión de una faja de terreno sobre el tajo adyacente a la ciudad fortificada de Filetero y Átalo I. Aquí se levantaban muchos edificios públicos. Conocemos varios: una segunda ágora espaciosa, un magnífico gimnasio sobre tres terrazas, un nuevo templo de Hera y un templo reconstruido de Deméter. Pero la principal actividad de Éumenes II se dedicó a reconstruir, ensanchar y adornar casi todos los edificios que quedaban del acra original y añadir otros nuevos. Las excavaciones revelaron que el acra helenística es eumeniana y atálica: los palacios con sus jardines, ya no tan modestos como habían sido originariamente; el nuevo edificio en forma de heroón, quizá para el culto dinástico; los impresionantes *horrea* con sus espaciosos almacenes para trigo y armas, maravilla de realización técnica; el teatro con su terraza, en la que se elevaba un templo quizá de Dioniso Categemón, y un atalión donde se reunían los artistas dionisiacos; el templo de Atenea con el nuevo edificio para albergar la biblioteca creada y aumentada por Éumenes; el gran altar con las famosas esculturas, probablemente otra adición de Éumenes; y la antigua plaza-mercado superior (ágora), con un templo de Dioniso al pie.

El acra siguió siendo lo que había sido, la capital y fortaleza de los reyes. Pero en la capital eumeniana y atálica había tomado importancia otra idea: la idea de que esta capital real era al mismo tiempo el baluarte del helenismo, un bello símbolo no sólo de la misión política de Pérgamo, sino de la cultural. Ahora Pérgamo aspiraba a ser un adalid del helenismo en su aspecto cultural, como lo habían sido Atenas, Alejandría y Antioquía (72).

Las emisiones municipales de moneda antes mencionadas dan un testimonio elocuente de la participación de las ciudades pequeñas y grandes de Asia Menor en la prosperidad del reino pergameno. La impresión producida por estas emisiones monetarias está confirmada por la información fragmentaria que poseemos referente a algunas ciudades del reino, entre ellas, por ejemplo, Mirina. Sabemos poco de su historia. Pero sus necrópolis, cuidadosamente excavadas por E. Pottier y S. Reinach, muestran que alcanzó el cenit de su prosperidad en el siglo II

antes de J. C., porque a este período hay que atribuir la mayoría de sus tumbas, llenas de exquisitas terracotas e interesante cerámica. La misma impresión dan algunas inscripciones de Teos, especialmente las que se refieren a las relaciones entre la ciudad y los artistas y los artistas dionisiacos que residían allí por algún tiempo (73).

He afirmado que el punto culminante en la historia de BITINIA coincide aproximadamente con el período más brillante de la de Pérgamo, y lo mismo puede decirse del Ponto. Todos estos reinos, en medio del torbellino de las grandes guerras romanas, lograron por su inteligente política aumentar sus territorios y consolidar su potencia. Ya no sentían la amenaza de los grandes seléucidas ni de los ambiciosos antigónidas. Así resultó que en el momento de la decadencia de las grandes monarquías macedónicas, las monarquías no macedónicas más o menos helenizadas aspiraron a ocupar su lugar. Durante algún tiempo Roma no pareció oponerse a sus aspiraciones. Tenía otros muchos asuntos en que ocuparse y no tenía nada contra el establecimiento temporal de un nuevo equilibrio de potencias en Oriente (74).

Prusias I (¿hacia 235-182 a. de J. C.?), sucesor de Ziaelas, heredó de sus antepasados un reino grande y bien organizado y continuó su obra con gran energía e inteligencia. Aliado de Filipo V (con cuya hermana Apame se casó), le ayudó en la primera guerra macedónica. Como recompensa, Prusias I recibió de él las ruinas de Cíos y tomó posesión de Calcedonia; Mirlea también sucumbió ante él. Sin embargo, durante la segunda guerra macedónica, Prusias I, aunque no ayudó a los romanos, fue bastante sabio para no ayudar a Filipo. En la confusión reinante, luchó duramente por alcanzar sus ambiciones principales. Una guerra afortunada contra Átalo I ensanchó durante algún tiempo el territorio de Bitinia a expensas de Pérgamo. Pero los esfuerzos principales de Prusias I se dirigieron contra la orgullosa y poderosa ciudad de Heraclea, que había sido una espina en su costado. Se apoderó de sus dependencias, Cieros y Tíos, y puso sitio a la ciudad misma; y de no haber sido por un accidente, la habría tomado. Conservó el grueso de sus conquistas y ocupó casi enteramente el rico y fértil territorio de Heraclea. En la guerra de Antioco con Roma, Prusias I se puso de parte de esta última, pero el apoyo que dio no le produjo un aumento sustancial de territorio. Desengañado, desencadenó una guerra contra Pérgamo con poco éxito.

El rasgo más notable del reinado de Prusias I fue la terminación de la obra empezada por su predecesor: el establecimiento de un frente griego continuo en la costa de su reino. Prusias tiene fama de haber sido un gran urbanizador de sus dominios. Esto no es del todo exacto. Lo que hizo fue reconstruir las ciudades griegas de su reino, fundarlas de nuevo con otros nombres y probablemente organizarlas según nuevos planes. A Cíos, destruida por Filipo, la fundó de nuevo con el nombre de Prusias del Mar. Mirlea no fue olvidada, pero su nueva fundación con el nombre de Apamea parece ser de fecha posterior. Cieros, tomada a Heraclea, entró en una nueva fase de su historia con el nombre de Prusias del Hipio. Finalmente, por sugerencia de Aníbal, fundó una tercera ciudad llamada según su nombre: Prusa, cerca del monte Olimpo (75).

En su política económica Prusias I mostró las mismas tendencias que sus predecesores. Ahora era un factor en el equilibrio de potencias comerciales que entonces existía. De acuerdo con esto, ayudó a Rodas después del terremoto y se salió con los rodios en su guerra contra Bizancio por la libertad de los Estrechos. Prusias I dejó a su sucesor un reino fuerte y exteriormente helenizado, con la esperanza de que creciese y prosperase. Sin embargo, esta esperanza no se cumplió.

Más espectaculares, casi tanto como los éxitos de Éumenes II, fueron las realizaciones de Farnaces I del PONTO, el gran predecesor de Mitrídates VI. Sabemos muy poco de Farnaces, pero lo que sabemos muestra su capacidad y la gran contribución que hizo al prestigio de su reino. Los éxitos más notables de Farnaces I fueron la captura y conservación de Sinope y de su territorio, que se había librado del mismo destino unos años antes por intervención de Rodas (en 220 a. de J. C.; véase pág. 726). Esto sucedió en el curso de una larga guerra antes citada en la que se vieron envueltas muchas de las principales potencias de la época, siendo los protagonistas Farnaces I y Éumenes II. Sin embargo, es significativo que aunque la guerra terminó con la humillación de Farnaces, éste conservó Sinope y mantuvo su influencia sobre ciudades griegas tan distantes como Odeso, en las playas del noroeste del mar Negro, y el Quersoneso, en Crimea; debe recordarse que las ciudades del Euxino «izquierdo» y Crimea estaban relacionadas por muchos lazos con las grandes ciudades comerciales de la costa póntica, especialmente Sinope y Heraclea. No es menos significativo que Farnaces como dueño de Sinope, se hiciese

también dueño de sus colonias. Sabemos que se anexionó Ceraso y Cotiora y transportó su población a una nueva ciudad llamada Farnacia, según su nombre. Los pocos hechos aislados ya mencionados y sus cordiales relaciones con Atenas muestran que Farnaces I hizo por su reino lo que Prusias por Bitinia, y probablemente más. El frente griego de su reino estaba ahora en sus manos, y su capital no fue ya la Amasia Póntica, sino la espléndida ciudad de Sinope. Como rey de un reino helenístico y con la gran riqueza de Sinope en sus manos, Farnaces I gozó de la buena voluntad de Atenas. El sueño de Farnaces de crear un imperio euxino, heredado del bosforano Eumelo, fue aplastado por sus rivales y enemigos. Pero al mantener estrechas relaciones con las ciudades griegas del Euxino, Farnaces preparó el terreno para el renacimiento de su sueño por su sucesor Mitrídates VI Eupátor (75 *a*).

La prosperidad de los principales reinos de Asia Menor fue compartida por las CIUDADES GRIEGAS más importantes de Anatolia, que antes y después de Magnesia conservaban una buena parte de independencia política y económica. Como ya he demostrado antes, nuestra información sobre estas ciudades es escasa y desigualmente distribuida. Solamente puede trazarse con alguna aproximación de exactitud la historia de las ciudades griegas de Asia Menor que han sido excavadas sistemáticamente. Tales son Mileto, Priene, Magnesia del Meandro y, en cierta medida, Éfeso.

La mejor conocida y más cuidadosamente estudiada de estas cuatro ciudades es indudablemente MILETO. Su historia política y su estructura social y económica a fines del siglo III y principios del II a. de J. C. están ilustradas por varias inscripciones encontradas en su mayor parte en el santuario *(temenos)* dedicado a Apolo y llamado Delfinión, y también por las ruinas de la ciudad, excavada cuidadosa y metódicamente. Las inscripciones más notables son el gran informe cretense, los tratados de paz con Magnesia y Heraclea, la simpolitia con Pidasa, la inscripción de Eudemo y la que se refiere a un préstamo de guerra. Creo que Mileto puede tomarse como un ejemplo típico de todas las ciudades griegas grandes de la costa occidental de Asia Menor. Será oportuno, pues, exponer lo que se sabe de las condiciones económicas que allí reinaban en esta época.

En los dos últimos decenios del siglo III y en el primer decenio del siglo II a. de J. C., Mileto, ciertamente, no era una ciudad pobre. Tenemos de esto muchos indicios. Uno de los más impor-

tantes es su política exterior. A fines del siglo III a. de J. C., Mileto, aunque nominalmente dependía de Egipto en lo político, prácticamente actuaba como una ciudad independiente, y desarrollaba una política agresiva hacia sus vecinos más cercanos. Apoyada por una alianza con Trales y Nilasa (212-211 y 209-208 antes de J. C.), emprendió una larga guerra con Magnesia y otra con Priene. La guerra con Magnesia duró hasta 196 a. de J. C. (véase pág. 694).

En el curso de estas y otras guerras, Mileto había recurrido a tropas mercenarias. Tenemos noticia, por ejemplo, de un considerable número de cretenses descendientes de antepasados milesios, alquilados para una de las guerras de la época de Dosón o Filipo V. Con el fin de aumentar sus efectivos humanos, la ciudad asentó a estos mercenarios cretenses (más de mil) en Míos, que por esta época estaba sometida a ella. Con el mismo objeto, Mileto abrió sus puertas a otros extranjeros y les otorgó la ciudadanía. Algunos se asentaron en la misma ciudad, otros probablemente en el campo. De este modo, según parece, se fundó a principios del siglo II a. de J. C. Ἰωνία πόλις o Ionópolis, pequeña ciudad portuaria en el golfo latmio y lugar ideal para un servicio regular de barcos de pasaje que unía Mileto con la otra orilla de este golfo*.

Otro signo inequívoco de vitalidad y prosperidad relativa es la floreciente situación del santuario de Dídima; parece haber atraído gran número de peregrinos, que llenaban el tesoro del templo con sus regalos. Para hacer a Dídima aún más atractiva a los peregrinos, y al mismo tiempo para competir con la fama creciente de la Ártemis Leucofrina de Magnesia, Mileto organizó nuevos juegos, las Didimeas, y las celebró con gran esplendor.

Finalmente, tenemos testimonio de la prosperidad de los ciudadanos de Mileto en el hecho de que en una época de dificultades (200-199 a. de J. C.) uno de ellos (y no fue ciertamente una excepción), el famoso Eudemo, hizo una importante donación para la educación de los hijos de sus conciudadanos; mientras algunos de los milesios acomodados estaban dispuestos a prestar dinero a la ciudad (¿préstamo de guerra?) en condiciones favorables.

Todos estos hechos, inconexos sin duda, son susceptibles de distintas interpretaciones, pero parecen llevar a la conclusión que yo he sacado.

---

* Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 3, 150, líns. 99 y sigs.; *S. I. G.*[3], 633.

Mileto no sufrió decadencia después de Magnesia. Aún proseguía, como ciudad prácticamente independiente, una política de expansión. Así, la incorporación de la pequeña ciudad caria de Pidasa, en el territorio de Mileto, que tomó forma de un tratado de simpolitia (176-175 a. de J. C.), quizá impuesto a Pidasa, llevó a un agudo conflicto con Heraclea, conflicto terminado por un tratado (173-172 a. de J. C.). Esta incorporación aumentó el número de ciudadanos milesios, y los impuestos pagados por los ciudadanos de Pidasa incrementaron los ingresos milesios.

Sin duda, durante la guerra entre Roma y Antioco III y, más tarde, cuando los gálatas renovaron sus incursiones, la ciudad sufrió de cuando en cuando dificultades económicas: no aparecían candidatos para las costosas *stephanephoria*, y Apolo, hijo de Zeus, tenía que llenar el hueco. Sin embargo, la ciudad era capaz de erigir edificios públicos importantes (por ejemplo, el buleuterión) y reconstruir uno de sus mercados (el mercado del Norte)*; pudo también afrontar la continuación de las obras en el templo de Dídima, paralizadas y sin esperanza de terminación.

La fuente principal de sus ingresos seguía siendo su floreciente mercado, como se ve por las donaciones y regalos hechos por los que participaban en ese comercio: el rey Prusias de Bitinia, el rey y la reina del Bósforo (Perisades y Camasarie), y varias ciudades. La devoción de los milesios indígenas por su propia ciudad, y el renombre general de ella están atestiguados por un espléndido regalo a la ciudad de un nuevo buleuterión por Timarco y Heraclides, los dos conocidos milesios fabulosamente ricos, ayudantes de Antioco IV, siendo erigido el edificio por la salvación del rey, ciertamente con su conocimiento y aprobación. La importancia política y económica de Mileto se ve por las donaciones y regalos de Éumenes II después de haber protegido a la ciudad contra los gálatas. Todo esto asegura que Mileto gozaba de prosperidad en la primera mitad del siglo II a. de J. C., prosperidad reflejada en su abundante moneda (76).

La impresión de prosperidad y de organización eficiente de Mileto está apoyada además por lo que sabemos de su vida militar, financiera y social en esta época. A finales del siglo III y principios del II a. de J. C., Mileto estaba en posesión de un territorio grande y fértil, bien fortificado y estrechamente guar-

---

* Véase nota 78.

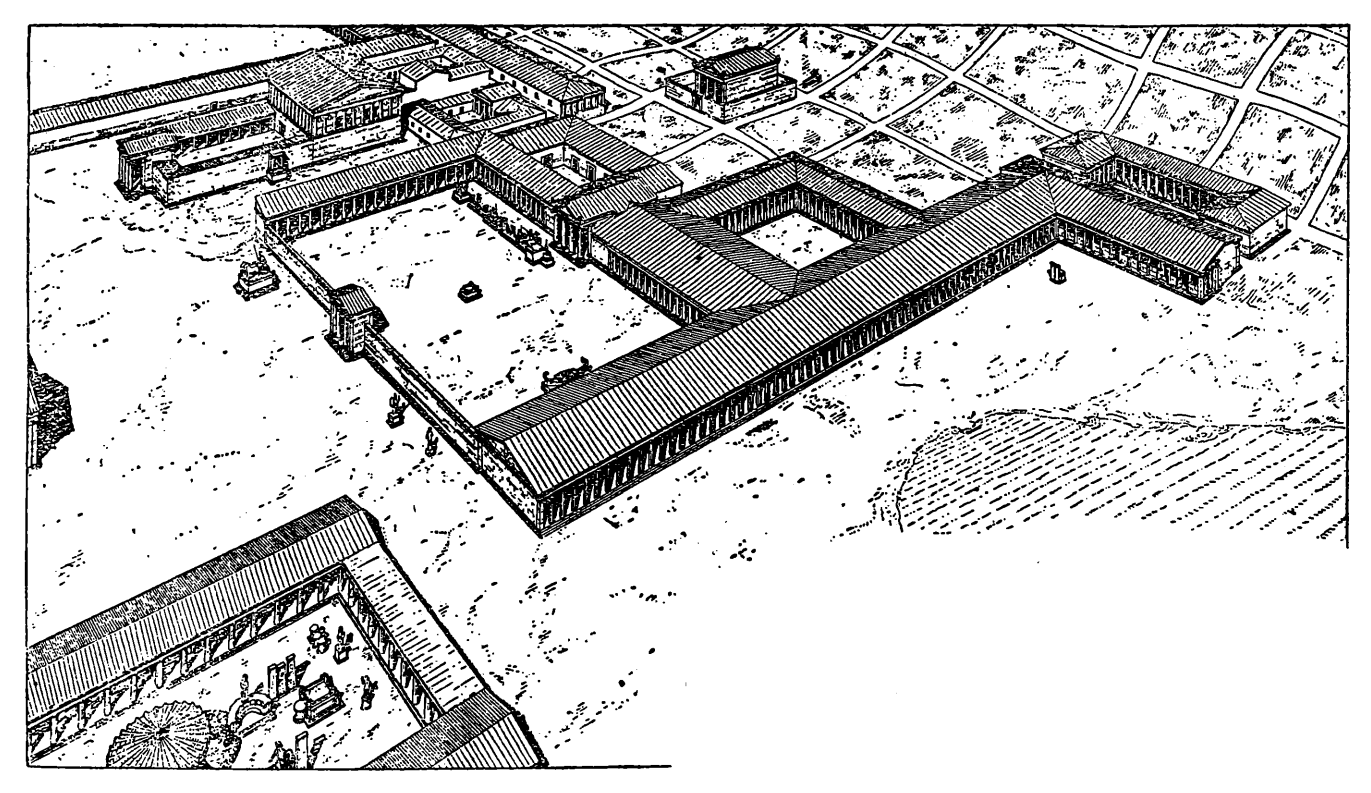


Fig. 6. — Mileto. Reconstrucción del mercado norte, tal como era a finales de la época helenística. Según A. von Gerkan, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 6, lám. XXVII. Reproducida con autorización del Instituto Arqueológico Alemán del Estado

dado por destacamentos del ejército milesio estacionados en pequeñas fortalezas y en ciudades sometidas*[1]. Para guardar las fronteras, los magistrados y publicanos de la ciudad tenían a su disposición una poderosa fuerza de policía y gendarmería (ὁροφύλακες), algunos de ellos montados, bajo el mando de un *paraphylax**[2]. Los *horophylakes* no sólo tenían funciones administrativas, sino también financieras. Podemos compararlos con los ἐρημοφύλακες de Egipto. Mientras en Egipto el impuesto ἐρημοφυλακία, es decir, el impuesto para mantenimiento de los policías del desierto, era recaudado por los arrendadores de impuestos, además de los derechos de aduana, en Mileto el ὁροφυλακικὸν τέλος pudo haber sido una combinación de un impuesto de policía y los derechos de aduana, recaudado en las fronteras del territorio milesio (76 *a*). El sistema de impuestos era, como de costumbre en las ciudades griegas (véanse págs. 680 y sigs.), muy complicado y probablemente muy oneroso. Tenemos información sobre algunos impuestos en el tratado de simpolitia concertado por Mileto con Pidasa en 176-175 a. de J. C. Se estipulaba en este tratado que los pidaseos gozarían durante algún tiempo exención de ciertos impuestos*[3]. Tampoco el sistema de liturgias era menos complicado ni menos oneroso*[4]. La banca urbana de Mileto, organizada probablemente hacia 200 antes de J. C., estaba bien administrada. Se encargaba de los fondos de la ciudad, y, con intervención de la administración ciudadana, realizaba distintas transacciones económicas tales como préstamos comerciales (δάνεια ἐμπορικά) (77). El carácter industrial y comercial de la ciudad está atestiguado no sólo por los testimonios ya citados, sino también por las espaciosas plazas-mercados —el mercado grande del Sur y el pequeño del Norte— y por la atención que se les dedicaba, lo mismo que a puertos y carreteras (78). Se empleaba extensamente el trabajo de los esclavos tanto por la ciudad como por los ciudadanos particulares. A algunos esclavos los describen las inscripciones como

---

*[1] Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, 1, 3, núms. 37 *c*, 43; 37 *d*, 65, y 37 *e*, 85 y sigs.; 143, 30; 146, 39; 149, 15 y sigs.; 150, 51.

*[2] Ibid., núm. 150, párrafo 11; *S. I. G.*[3], 633; cf. Rehm, loc. cit., pág. 363 y la inscripción *B. C. H.*, XXXII (1908), págs. 499 y siguientes.

*[3] Rehm, loc. cit., núm. 149, párrafo 4, cf. 150, 100 y sigs. (*S. I. G.*[3], 633).

*[4] Rehm, loc. cit., 37 *d*, 66; 149, 35 y sigs., y 45 y sigs.

οἰκετικὰ σώματα, que probablemente significa esclavos particulares, es decir, esclavos que pertenecen a casas particulares (opuestos a los δημόσιοι, esclavos de la ciudad), y no implica que estos esclavos se empleasen exclusivamente en el servicio doméstico. También era grande el número de esclavos en Heraclea (79).

Los testimonios de otras ciudades del valle del Meandro, excavadas en los tiempos modernos, son menos completos y fidedignos que los de Mileto. Sin embargo, los escasos testimonios que poseemos respecto a PRIENE, MAGNESIA y HERACLEA DEL LATMO son elocuentes sobre su situación. Priene, aunque su brillante período fue el de Alejandro y los diádocos, aún era bastante fuerte en los últimos años del siglo III a. de J. C. para hacer una guerra contra Mileto, y tenía suficiente confianza en sí misma a mediados del siglo II a. de J. C. para dar asilo al fugitivo Orofernes. Devastada por Ariarates V y Átalo II, en última instancia se aprovechó de este acto de hospitalidad política. Aparte de los edificios que ofreció Orofernes a la ciudad, es más que probable que fuese su dinero el que permitió a Priene llevar a cabo un ambicioso programa de construcciones a fines del siglo II a. de J. C. (80). Magnesia, vecina de Priene, pudo hacia 220 a. de J. C. planear la construcción de un templo imponente para su diosa y después llevar al cabo su proyecto al menos en parte, mientras al mismo tiempo se veía envuelta en una guerra victoriosa, aunque ruinosa, contra Mileto.

Aunque es pobre nuestra información sobre las grandes ciudades de Jonia y Caria, excepto Mileto, algunos textos epigráficos nos permiten formarnos una idea de la vida económica de algunas ciudades menores y establecimientos de esta parte de Asia Menor. A este respecto proyecta gran luz el mencionado tratado de 176-175 a. de J. C. concertado entre Mileto y Pidasa*. PIDASA era una pequeña ciudad caria. Su vida, tal como se revela en el establecimiento de sus obligaciones financieras con Mileto después de su incorporación, era puramente rural, basada en la explotación de su fértil territorio. Parte de la tierra pertenecía a la ciudad (γῆ δημοσία) y a los templos (γῆ ἱερά), pero la mayor parte era de los ciudadanos. El ingreso principal se obtenía de los olivares; después venía el ganado y la apicultura, una especialidad de Caria, que sabemos se practicaba

* Rehm, loc. cit., núm. 149.

también en Teángela, otra ciudad caria. Probablemente se producía trigo en la mayor parte de las laderas montañosas; por lo menos sabemos que así era en el caso de la tierra poseída por los templos*. El producto de estos trigales era probablemente pequeño, y en consecuencia, escaso el impuesto pagado por esta tierra (1 por 100, ἑκατοστή). Además de la tierra en el territorio de la ciudad, los ciudadanos de Pidasa poseían viñas en el territorio de la ciudad de Euromo. Las fincas (κτήματα) eran grandes: algunas producían más de mil metretas. El vino probablemente era de excelente calidad, dado que los milesios trataban de atraerlo al mercado de su propia ciudad rebajando los derechos de aduana (ἐλλιμένιον). No todos los artículos producidos en el territorio de Pidasa se consumían en el mercado local: no hay duda de que se exportaba una considerable proporción. Antes de la anexión, los artículos destinados a la exportación iban, con toda probabilidad, a los puertos carios, especialmente Yaso. Después de la anexión, los milesios trataron de llevar las exportaciones de Pirasa y Euromo a su propio puerto y mercado. Con este fin, construyeron la carretera antes mencionada, desde Pidasa a Ionópolis, porque la construcción de un camino directo de Pidasa a Mileto habría sido difícil y costosa a causa del monte Grión. No sabemos hasta qué punto tuvieron éxito en el cambio de dirección del comercio de exportación cario.

El documento en que se basan las hipótesis anteriores, el tratado entre Pidasa y Mileto, no permite conclusiones sacadas *ex silentio*. Lo que poseemos probablemente no es todo el tratado, sino correcciones y enmiendas al mismo. Sin embargo, es interesante notar que los impuestos industriales no figuran en la lista de impuestos pagados por los pidaseos y que el documento no menciona esclavos, aunque éstos eran tan numerosos en Heraclea y Mileto (véanse págs. 722 y sig.). El silencio sobre los esclavos puede ser accidental; sobre los impuestos industriales, probablemente no (81).

Está atestiguado por una serie bien conocida de inscripciones de los siglos I y II a. de J. C. halladas en esta región que otras dos ciudades de Caria —la grande y poderosa ciudad de MILASA y la oscura OLIMO— eran igualmente comunidades rurales que vivían principalmente de los ingresos de la ciudad de los

---

* «... trigo... producido en las montañas sagradas»: —τοῦ δὲ ἐν τοῖς ἱεροῖς ὄρεσιν . . . γινομένο[υ] σίτου.

templos e individuos particulares de la explotación de la tierra. Los documentos de Milasa y Olimo se refieren sobre todo al arriendo de tierras poseídas por los templos o a la compra de tierras por los templos y su arriendo subsiguiente. Son de gran importancia desde el punto de vista jurídico e ilustran al mismo tiempo algunos problemas relacionados con la economía agraria y el préstamo de dinero, como el tratado de Mileto con Pidasa y otros documentos de Asia Menor muestran el papel importante que los templos desempeñaron en la vida económica de la época. Los templos —incluso los relacionados con ciudades menores— parecen no haber sido simplemente grandes establecimientos agrícolas, sino al mismo tiempo importantes instituciones de banca. La mayoría de sus operaciones se relacionaban con la economía rural. Éste era el caso en Olimo y Milasa, y las operaciones financieras realizadas un poco antes por el templo de Ártemis en Sardes (véase cap. IV, pág. 469) se sabe que tuvieron el mismo carácter. Pero en las ciudades mayores —por ejemplo, en Éfeso— pudo haber sido de otra manera. Aquí la banca del templo tenía un ámbito mayor y las transacciones comerciales podían ser más especializadas (82).

Tenemos muchos menos testimonios referentes al resto de Asia Menor. Sin duda, nos gustaría saber más de Éfeso, Esmirna y las grandes islas frente a la costa, Samos, Quíos y Lerbos. Éfeso probablemente siguió siendo en el siglo II a. de J. C. lo que había sido en el III: un gran centro comercial, especialmente con Siria, y de banca (83). Y así ocurrió seguramente con ESMIRNA.

La situación de SAMOS parece haber estado muy lejos de ser brillante hacia 200 a. de J. C.*1; ni siquiera mejoró después, como se ve por sus famosas ordenanzas del trigo*2. Pero estos fragmentos aislados no justifican ninguna conclusión general.

Sin embargo, podemos afirmar con certeza que las grandes ciudades comerciales de la Propóntide y los Estrechos, tales como CÍCICO, LÁMPSACO y BIZANCIO (véanse págs. 547 y sigs.) continuaron llevando más o menos el mismo tipo de existencia próspera que antes. Por lo que se refiere a Cícico tenemos prueba de esto en la famosa descripción de la ciudad por Estrabón, ya citada. Que Bizancio era próspera nos lo demuestra el hecho

---

*1 G. Klaffenbach, *Ath. Mitt.*, LI (1926), págs. 26 y sigs., inscripción núm. 2.

*2 *S. I. G.*[3], 591.

de que, aunque amenazada por sus vecinos celtas y tracios, ponía en peligro al resto del mundo comercial, y a Rodas en particular, al establecer, hacia 220 a. de J. C., un impuesto sobre los barcos que pasaban por el Bósforo, lo que originó una prolongada guerra. Tenemos otros testimonios en el duro tributo (80 talentos) que esta ciudad pagaba (aunque no sin dificultad) a sus soberanos y vecinos los reyes celtas. Puede ser que el impuesto sobre los barcos fuese una medida concertada entre Bizancio y el jefe celta Cavaro con el fin de permitir a la ciudad pagar al rey el oneroso tributo. Después de la guerra Bizancio no perdió nada de su importancia. Pronto se establecieron cordiales relaciones con Rodas, y hacia 200 a. de J. C. la ciudad ayudaba activamente a Rodas y a Átalo en su lucha con Filipo. Hacia esta época una escuadra bizantina visitó el Pireo, y sus comandantes fueron recibidos en Atenas con grandes honores (84).

Finalmente, la importancia y riqueza de Lámpsaco están demostradas por la parte activa que tomó en la política del siglo II a. de J. C. con su embajada a Masalia y Roma en 196 antes de J. C. y la parte preeminente que desempeñó en la víspera de la gran guerra entre Antioco III y Roma (85).

Lo mismo puede decirse de HERACLEA PÓNTICA y SINOPE, de las que ya he hablado. Es verdad que Heraclea vivió tiempos difíciles, y su libertad estuvo constantemente amenazada por los reyes bitinios. Ya hemos citado el ataque de Prusias I, que le acarreó la pérdida de sus dependencias y territorios sometidos*[1]. Sin embargo, no terminó su papel de gran ciudad comercial, como sabemos por el tratado entre Farnaces de una parte y Éumenes, Prusias y Ariarates de otra, que puso fin a la guerra de 183-179 a. de J. C. En el tratado se incluían (περιελήφθησαν) algunas de las grandes ciudades del Euxino y la Propóntide, probablemente las que de alguna manera habían tomado parte en la guerra. Eran Heraclea, Mesembria de la costa tracia, Quersoneso de Crimea, y Cícico*[2].

Sinope, aun después de su anexión (en 183 a. de J. C.) por Farnaces I, mantuvo su importancia como ciudad comercial e industrial. Ya me he referido a las cordiales relaciones que existían entre Rodas y Sinope, y volveré ahora sobre el tema. Están claramente demostradas por la acción de Rodas, primero dando

*[1] Memnón, 27.
*[2] Polibio, XXVI, 6, 2 (XXV, 2, Loeb).

una importante ayuda a Sinope cuando estaba sitiada por Mitrídates III del Ponto*[1], y después tratando de conservar la libertad de esa ciudad cuando fue anexionada por Farnaces I*[2].

Por lo que respecta a las ciudades de la costa occidental del EUXINO, APOLONIA, MESEMBRIA, CALATIS, TOMI, DIONSÓPOLIS e ISTROS, nuestra información es algo mejor para este período que para el siglo III. Tenemos algunas inscripciones, todas las cuales hablan de duras pruebas, de ataques de los reyes y tribus celtas y tracios, de hambre y miseria. Por desgracia, ninguna de estas inscripciones está fechada, y tenemos que basarnos en la forma de las letras, una base de inferencia muy poco segura.

Ya que no es posible dar fechas exactas a estas inscripciones y pueden pertenecer al período siguiente, tratado en el capítulo VI, prefiero tratar de todas de una vez y remitir al lector a ese capítulo para más detallada información. La situación de las ciudades del Euxino fue aproximadamente la misma en los dos períodos.

Resultado de esta situación fue el hecho mencionado por Polibio*[3], de que las ciudades pónticas, aunque seguían exportando activamente gran variedad de productos a Grecia, ya no poseían tanta abundancia de grano como en el pasado. De hecho, unas veces exportaban grano y otras lo importaban. Esto se debía al carácter irregular de la producción en sus propios territorios y en el *hinterland.* Sin embargo, el testimonio de Polibio se refiere a las ciudades de las costas norte y occidental del mar Negro, pero no al Bósforo. Su opinión está apoyada por la inscripción de Istro (quizá ligeramente posterior) que he citado y que habla de la escasez de grano y de servicios prestados a este respecto por un mercader cartaginés que importaba grano a la ciudad*[4] (86).

Mientras la situación empeoraba continuamente en las ciudades de la costa occidental del Euxino, Crimea y especialmente el REINO BOSFORANO, después de un corto período de decadencia y anarquía, volvieron una vez más a la prosperidad. Esto se ve por la arqueología y algunos documentos que tratan de las relaciones comerciales entre el Bósforo y el mundo griego. Rodas desarrollaba firmemente su comercio con Crimea. Tenemos prue-

---

*[1] Polibio, IV, 56, es nuestra fuente principal; cf. pág. 729.
*[2] Íd., XXIV, 10 (XXIII, 9, 2, Loeb).
*[3] Íd., IV 38.
*[4] Lambrino, *Dacia,* 3-4 (1927-32), págs. 400 y sigs.

ba de ello en la abundancia de ánforas griegas estampilladas en el sur de Rusia en general, y por algunas inscripciones halladas en Panticapeo*[1], en el Quersoneso*[2] y en Olbia*[3], que datan todas del siglo III a. de J. C. Es digno de mención que Esciluro, el poderoso rey de los escitas de Crimea y soberano de Olbia a principios y mediados del siglo II a. de J. C., mantenía estrechas relaciones comerciales con Rodas. El agente de Esciluro en Olbia era Posideo, uno de los más ricos e influyentes ciudadanos de la ciudad. Este hombre era un rico mercader y enemigo activo de los satarqueos, grupo de piratas pónticos de los que libró la isla de Leuce*[4]. Posideo estaba en Olbia en la misma relación con Esciluro que más tarde estuvo Acornión de Dionisópolis con Birebista*[5]. Finalmente, puedo citar la presencia de muchos esclavos pónticos en Rodas: escitas, sármatas y meotios. Junto a ellos encontramos un olbio (boristenita) y un bosforano, probablemente no esclavos, sino hombres libres. Las inscripciones no están fechadas, pero algunas pertenecen al siglo II a. de J. C., mientras que otras son un poco más tardías (87).

Igualmente hubo relaciones activas entre Panticapeo y el Quersoneso por un lado y Delfos por otro. La conocida lista délfica de próxenos da testimonio de estas relaciones en 195-194 y de nuevo en 192-191. Los próxenos de 192-191 se vuelven a encontrar en un decreto del mismo año*[6], al que me he referido ya. Describe la captura (quizá por los piratas) de los *theoroi* délficos y su rescate (λελυτρωμένοι) por la ciudad de Quersoneso. Esto muestra que los quersonesios vigilaban cuidadosamente a los piratas taúricos, y que estaban bien informados sobre ellos. Un quersonesio del Euxino (ἐκ τοῦ Πόντου) fue honrado por esta misma época por la ciudad de Oropos (?)*[7]. Las relaciones cordiales entre la Grecia continental y el reino del Bósforo se mantuvieron más tarde, después de 168 a. de J. C., como podemos inferir de los honores prestados al rey Perisades y su reina Camasarie en Delfos. La pareja real dedicó un regalo al Didimeo de Mileto al mismo tiempo (88).

*[1] *I. O. S. P. E.*, II, 35.
*[2] Ibíd., I, 2.ª ed., 340.
*[3] Ibíd., I, 2.ª ed., 30.
*[4] Ibíd., I, 2.ª ed., 672; *S. E. G.*, III, 606.
*[5] *S. I. G.*³, 762.
*[6] Ibíd., 604.
*[7] *S. E. G.*, I, 106.

Es interesante notar que mientras el reino bosforano, Olbia y Quersoneso, estaban estrechamente relacionados con Rodas y la Grecia continental (probablemente a través de Atenas), no hay señal de que se mantuviesen las antiguas estrechas relaciones comerciales con Delos. Había pasado el tiempo en que Delos desempeñaba un papel preponderante en el comercio de grano, porque este comercio estaba ahora dominado por Rodas y Atenas (89).

También eran muy activas las relaciones comerciales entre el Bósforo y Pérgamo, como se ve por la cerámica de origen anatólico y vajilla metálica de estilo pergameno hallada en el reino bosforano, y entre el Bósforo y el Egipto tolemaico se han encontrado vidrio y porcelana egipcios en Rusia meridional. Una investigación más apurada de los objetos menores hallados en las ciudades griegas del sur de Rusia y en las tumbas de las estepas escito-sármatas revelará probablemente relaciones mercantiles entre el Bósforo y otros importantes centros helenísticos de industria y comercio. Hallazgos de arneses de un estilo peculiar, por ejemplo, demuestran que las relaciones comerciales con Bactriana e India no se interrumpieron a consecuencia de los cambios políticos ocurridos en Rusia y en Bactriana e India (90).

RODAS, que ya había sido rica e importante en la época del equilibrio de potencias, fue ahora la ciudad más rica e influyente del mundo helenístico (91). Ya he descrito antes cómo a finales del siglo IV y comienzos del período helenístico Rodas se transformó en una rival de Atenas. La hemos visto afirmando su libertad contra Antígono y Demetrio, y después contra Tolomeo Filadelfo. Pero hasta la caída de la hegemonía tolemaica en el Egeo no alcanzó su cenit. He mostrado cómo en las últimas dos o tres décadas del siglo III a. de J. C. esta isla-estado fue reconocida guía de los griegos egeos, defensora de la libertad griega y de la libertad del comercio egeo, y enemiga activa de los piratas profesionales.

Dos episodios extraordinariamente interesantes en este período de su historia son bien conocidos. Uno es la ayuda que prestó a la ciudad de Sinope cuando fue atacada (hacia 220 a. de J. C.) por el rey del Ponto Mitrídates III. Una embajada de Sinope vino a Rodas pidiendo ayuda. Por supuesto, la intervención militar estaba fuera de lugar, pero Rodas inmediatamente garantizó un préstamo de 140.000 dracmas rodias, cuya suma fue destinada a la compra de vino (10.000 κεράμια), material de

guerra (pelos y tendones para fabricar máquinas de guerra), armaduras y armas (1.000 panoplias), dos catapultas (λιθοφόροι) y operarios (ἀφέται) para ellas. También se entregaron 3.000 estateras de oro, sin que esté claro si se trataba de un préstamo o un donativo. Todo esto fue enviado a Sinope, probablemente con escolta militar rodia. La descripción detallada de este episodio por Polibio es inapreciable, porque da una idea de la importancia política y militar de Rodas en esta época y de los recursos de que disponía (92). Ello demuestra que en 220 antes de J. C. Rodas era el centro más grande de banca y crédito del mundo griego, y realizaba operaciones financieras de gran alcance. Esta conclusión está apoyada por otros fragmentos de testimonio. Al mismo tiempo sabemos por la narración de Polibio que el principal artículo del comercio rodio era el vino, que la isla producía y exportaba en grandes cantidades (véase más adelante sobre las asas estampilladas de las ánforas rodias). También podemos inferir de la misma fuente que Rodas hacía un comercio floreciente en material de guerra. El asedio de Demetrio Poliorcetes demuestra a qué altura se había desarrollado allí la técnica militar.

El segundo episodio se refiere a la ciudad de Bizancio (véase página 725). La asistencia prestada por Rodas a Sinope demuestra la importancia del papel desempeñado por la ciudad en esta época en el comercio póntico. He demostrado ya que tenemos testimonio de las estrechas relaciones de Rodas con Olbia, Quersoneso y el reino bosforano. Parecidas relaciones tuvo con las colonias griegas de la costa occidental del mar Negro. Las ánforas rodias estampilladas abundan en Apolonia, Calatis, Istro, etc., y sus respectivas esferas de intercambio comercial, como en Olbia y en el reino bosforano* (93). Era, pues, natural que Rodas se resistiese al establecimiento por parte de Bizancio de un impuesto de tránsito en el Bósforo Tracio, por vital que fuese esta medida para la ciudad, amenazada como estaba en su misma existencia por sus vecinos tracios y celtas. La guerra que resultó de ello en 220 a. de J. C. entre los dos estados, en la que Prusias I de Bitinia tomó parte activa como aliado de Rodas, se ha relatado anteriormente. El estudioso de historia económica

---

* Sería de gran ayuda para los estudiosos de la historia económica del mundo antiguo la colación cuidadosa y publicación de estos testimonios.

encontrará placer leyendo el detallado y lúcido relato que de ella da Polibio.

Más tarde encontramos a Rodas prosiguiendo la misma vigorosa política en los negocios del Egeo y guiada de este modo en su actitud hacia Filipo V. Provocada por éste, Rodas, aliada con Pérgamo y Bizancio, combatió con éxito la aspiración de Filipo de revivir la hegemonía de Antígono Gonatas en el Egeo (94). Su hostilidad hacia Filipo hizo de la isla-estado un aliado eficiente de Roma en su guerra contra Filipo, y el miedo de Rodas a la ambición de Antioco de dominar el Egeo explica en parte la activa participación de esta isla en la guerra de Roma contra este caudillo.

Después de Cinoscéfalas y Magnesia, Rodas, la amiga de Roma, compartió con Pérgamo los despojos de las dos guerras. Ahora era Rodas presidente oficial y adalid de la Liga Insular, que reconstruyó. Mandaba sobre grandes y fértiles territorios en el sur de Asia Menor. Aumentó considerablemente su riqueza con su nuevo papel político. Sabía cómo sacar grandes sumas de dinero de sus dominios, probablemente por una tributación complicada y quizá opresora. Requería a sus aliados, las islas del Egeo, a contribuir con sumas considerables como participantes en la policía del mar, y pudo haberlos obligado a sufragar su coste desarrollando sus propios sistemas de tributación. Pero el grueso de la riqueza de Rodas salía de su participación en la vida comercial del mundo civilizado de la época. Ahora, sin lugar a dudas, Rodas llegó a ser lo que Atenas había sido en el siglo IV antes de J. C. y lo que Alejandría trató de ser después de Atenas: la principal casa de cambio para el comercio mediterráneo, especialmente el comercio de trigo, y el centro más importante de banca en el mundo helenístico. Bastan para afirmarlo las escasas fuentes de que disponemos (95).

Sabemos poco de la organización y volumen del comercio rodio. Pudo haber alcanzado un valor anual de 50 millones de dracmas rodias. En todo caso, el producto de su comercio y banca y de los dominios bastaba para mantener un gran ejército en sus dominios y una fuerte marina en el Egeo, siempre a punto para dar cuenta de los piratas. Confiada en su fuerza, nunca rehusó la guerra si la arrastraban a ella (96).

El principio director de la política rodia fue sin duda la unidad del mundo griego, por lo menos en su aspecto económico y social. Puede verse esto por la historia de la moneda rodia, que se extendía

a lo largo y a lo ancho del Egeo a la par que rivalizaba y reforzaba la unidad monetaria promovida por Pérgamo y Siria, como antes se ha dicho. También lo demuestra el intento hecho por Rodas de erigir y obtener la aceptación general de un código marítimo, conocido por *lex rhodia*, sobre el que tenemos escasa información. Este código de ordenanzas que regulaban el tráfico marítimo, fue tácitamente aceptado por todos los mercaderes del Mediterráneo tan pronto como fue formulado, y durante mucho tiempo se consideró el derecho marítimo general de la antigüedad.

El éxito de Rodas era pasmoso. Sus relaciones comerciales eran de gran alcance. Los navíos rodios frecuentaban todas las partes del Mediterráneo. Se encuentran ánforas con estampillas rodias en todos lo centros comerciales importantes del mundo helenístico; en Grecia, Asia Menor, Egipto, Siria y Palestina, hasta Seleucia del Tigris y Susa del Euleo, en Cartago, sur de Italia y Sicilia, sur de Rusia y los puertos pónticos occidentales, y por el norte hasta las estribaciones de las montañas carpáticas (97).

Detengámonos ahora a considerar los rasgos peculiares de la vida social y económica de Rodas. Sin duda, nuestra información es escasa, pero la exploración arqueológica de la ciudad avanza rápidamente y cada día saca a la luz información nueva e importante.

Era común opinión de los griegos que Rodas era la más bella ciudad del mundo griego, rival de Atenas, Alejandría y Pérgamo, y uno de los centros más importantes del arte y la civilización griegos. Las mejores descripciones de ella son las de Estrabón*[1], Diodoro*[2] y Dion Crisóstomo*[3]. No pueden contrastarse con los restos de la ciudad antigua, porque éstos están ocultos por la ciudad medieval y moderna. Para formarnos una idea de la antigua Rodas, debemos, pues, basarnos en estos bien informados y fidedignos guías (98).

Ellos nos presentan los tres puertos de Rodas, todos artificiales, descendiendo hasta ellos la ciudad desde las colinas, en forma de teatro o abanico, la muralla rodeando a la ciudad, incluso por el lado del mar, y el famoso *deigma* donde se desple-

---

*[1] Estrabón, XIV, 2, 5 y sigs., págs. 652 y sigs.
*[2] Diodoro, XIX, 45, y XX, 85.
*[3] Dion Crisóstomo, *Or.*, XXXI, 162.

gaban las mercancías de todas las naciones. Mencionan el grande y efímero Coloso, las playas que rodeaban el *deigma*, y por último, aunque no es lo menos importante, el orgullo de los rodios, los famosos muelles. También tenemos noticia de la acrópolis con sus espacios abiertos y sus bosquecillos; de los templos de Helios, de Apolo Pitio y de Zeus Atabirio, pero no podemos localizar sus emplazamientos. La leyenda de que el famoso Hipódamo de Mileto fue el constructor de Rodas es, sin duda, una invención. Sin embargo, es significativo el alto renombre de la ciudad, porque atribuye su construcción al más grande urbanista del mundo antiguo.

Nuestras fuentes nos cuentan cómo la ciudad estaba llena de estatuas y pinturas. De las últimas no poseemos restos. Pero los fragmentos de escultura hallados en el subsuelo de la ciudad moderna y en la isla de Cos son numerosos y algunos tienen cierto valor artístico. Nos dan una buena ilustración de las corrientes artísticas que predominaban en la ciudad, y denotan algunos rasgos principales de la escuela rodia de escultura, la cual, sin embargo, conocemos principalmente por las estatuas y conjuntos escultóricos exportados, de un modo u otro, principalmente a Italia, desde Rodas. El estado floreciente de las artes plásticas en Rodas está atestiguado también por las citas frecuentes en nuestros textos literarios de artistas rodios de la época helenística y por las numerosas firmas que nos quedan. Las firmas encontradas en la misma Rodas pertenecen no sólo a artistas rodios, sino también a extranjeros, y reflejan claramente el carácter internacional de la vida de la ciudad. En particular, encontramos muchos atenienses entre ellos.

Es sorprendente que sepamos tan poco del universalmente famoso Coloso. Creemos que su cara está reproducida en las monedas, pero ignoramos el aspecto general del Apolo del puerto rodio representado como dios solar* (99).

Mejor conocida es la constitución de la ciudad en la época helenística. Los rodios eran famosos por su *eunomia*. La ciudad tenía reputación no sólo de tener una constitución excelente, sino también de haber dado (mediante un compromiso) con una solución satisfactoria al problema crucial con que se enfrentaban eternamente las ciudades griegas, el mantenimiento de relaciones pacíficas entre ricos y pobres. «Los rodios —dice Estra-

---

* *C. A. H.*, vol. de láminas, III, 14 *g*.

bón*[1]— se preocupan del *demos,* aunque no son gobernados por él: incluso procuran sostener las masas de pobres. En consecuencia, al pueblo se le suministra trigo, y los acomodados sostienen a los menesterosos de acuerdo con una antigua práctica (y también hay liturgias para la provisión de comida). Así, los pobres tienen medios de vida, y al mismo tiempo la ciudad tiene sus necesidades ampliamente subvenidas, especialmente en lo que se refiere a la flota.»

No es éste el lugar adecuado para describir la peculiar constitución de la isla y ciudad de Rodas y del territorio rodio fuera de ella, es decir, su territorio en el continente y en las islas sometidas. Baste decir, por lo que a las islas sometidas se refiere, que las provincias de Rodas, sus posesiones en Caria y Licia, no eran consideradas suelo rodio y no estaban divididas en *demoi.* Eran tratadas como dominios exteriores y daban considerables ingresos al Estado. El tributo anual de sólo dos ciudades, Estratonicea y Cauno, ascendía a 120 talentos.

Lo que nos interesa es la estructura social y económica de Rodas. Nos gustaría estar mejor informados sobre el método por el cual el Estado cuidaba de los pobres y evitaba las revoluciones; pero no tenemos documentos que proyecten luz sobre este punto. Dado que Rodas dependía en gran escala del trigo importado, sólo el problema del abastecimiento regular de trigo requería una cuidadosa atención y un grado no frecuente de inteligente organización.

La tarea del gobierno, sin duda, se hacía más fácil que en otras ciudades por la firme y creciente prosperidad que acompañaba al progreso social y económico del Estado. Esta prosperidad dependía no sólo de la actividad pacífica de los ciudadanos rodios y otros residentes, sino más especialmente de la dirección inteligente de las relaciones extranjeras, estando la actividad diplomática apoyada por una organización racional y eficiente de las fuerzas navales y militares. La flota de los rodios desempeñó un papel tan importante y peculiar en sus negocios, que nos justifica dar la poca información que tenemos sobre su organización (100).

Para empezar, es indudable que los rodios prestaban gran atención a la técnica de la construcción naval. Los antiguos admiraron grandemente sus realizaciones. Estrabón nos cuenta*[2]

---

*[1] Estrabón, XIV, 2, 5 y sigs., págs. 652 y sigs., probablemente siguiendo a Panecio y Posidonio.

*[2] Íd., XIV, 2, 5, pág. 653.

que los rodios mantenían algunos muelles cuidadosamente cerrados y que no se admitía en ellos a ningún extranjero. Esta precaución se tomaba tanto por el peligro de daño por agentes de potencias extranjeras (tales como Heraclides, enviado de Filipo), como probablemente porque tenían ciertos inventos cuyo secreto querían guardar.

La marina de Rodas estaba altamente organizada. Constaba de toda clase de navíos, desde quinquerremes, con una jerarquía de oficiales y expertos marinos y hombres de mar. Unas cuantas inscripciones halladas en Rodas y fuera de ella nos dan una excelente idea de la composición de la tripulación de un navío de guerra. Estas inscripciones son dedicatorias de las tripulaciones; dan listas de nombres de la tripulación con sus respectivas funciones en orden jerárquico. La más completa, recientemente hallada en Rodas, en buen estado de conservación, puede servir de ejemplo*[1]. El hombre a quien la tripulación de un barco dedicó una estatua no era de muy alta categoría. Empezó su carrera como marinero (στρατευσάμενος ἐν ταῖς τριημιολίαις καὶ ἐν ταῖς καταφράκτοις ναυσί), después fue ingeniero jefe de los servicios técnicos del barco (ἀγησάμενος τῶν ἔργων), y finalmente fue segundo oficial durante la guerra (mitridática), encargado del timón de distintos barcos sucesivamente (πρωρατεύσας τριημιολιᾶν καὶ τετρήρευς κατὰ πόλεμον). La lista de dedicantes va encabezada por oficiales de distintas clases, entre los que destacan los oficiales de servicios técnicos. Luego, en la lista, después del timonel (κυβερνήτης) viene el inspector de construcción o carpintero (ναυπαγός); el piloto (παδαλιοῦχος), que era un samio, es decir, un extranjero; el responsable del aceitado y engrase de máquinas y remos (ἐλαιοχρηίστας); el médico del barco (ἰατρός), que era un μέτοικος de Trípoli de Siria; el encargado de los remos (κωποδέτας). Después vienen los hombres de la tripulación: los técnicos (ἐργαζόμενοι ἐν πρώρᾳ y ἐν πρύμναι), en número de diez: los militares: dos artilleros (καταπελταφέται), seis arqueros (τοξόται) y diecinueve marinos (ἐπιβάται).

Hay tres listas más, parecidas, y en ellas se mencionan las mismas categorías. En una de estas listas*[2] volvemos a encontrar el ναυπαγός y seis ἐργαζόμενοι, todos ciudadanos rodios. En otra*[3],

*[1] M. Segre, *Clara Rhodos*, VIII (1936), págs. 228 y sigs.

*[2] *G. D. I.*, 4335; A. Maiuri, *N. S.*, 5.

*[3] M. Chaviaras, Ἀρχ. Ἐφ., 1915, pág. 128, núm. 1; A. Maiuri, *Ann. Sc. It.*, II (1916), pág. 136, núm. 2.

además de un κωποδέτας, encontramos un ἀρχιναυφύλαξ y un [φ]ύλαξ. Es curioso encontrar estos guardas en un barco. Uno creería ver en ellos miembros de las fuerzas de policía de los muelles; pero el κωποδέτας y los παρακαθήμενοι de la misma inscripción se oponen a esta interpretación (101). Puedo, pues, sugerir que guardas especiales, una especie de polícia naval, era responsable de la vigilancia de los remeros de los barcos.

Las listas anteriores muestran que las tripulaciones de los barcos de guerra rodios constaban —con pocas excepciones, en el servicio técnico— exclusivamente de ciudadanos rodios. No sabemos si el servicio naval era obligatorio o voluntario, ni cuánto duraba, ni cuántas veces un rodio podía ser llamado al servicio. La mayoría de los barcos eran construidos por ciudadanos ricos, los trierarcas, quienes en tiempos de guerra daban los sueldos para las tripulaciones, pero en la inteligencia de que el Estado se los reembolsaría. Se mantenía el espíritu de emulación entre los trierarcas mediante competiciones entre barcos, y una victoria en estos *agones* se considera una gran distinción (102). Los marineros rodios, tanto en la armada como en la marina mercante, gozaban de alta reputación entre todos los griegos por su bravura e inteligencia. El tiempo nos ha conservado un cuadro de sus vidas en una canción de marinero rodia recientemente hallada en Egipto*.

Poco se sabe del ejército rodio. Principalmente era un ejército de mercenarios, aunque reclutado en parte en Perea (103). Parece que el servicio en el ejército se tenía en menor estima que el servicio en la armada. Mientras los rodios bien nacidos nunca dejan de mencionar en sus *cursus honorum* que empezaron su vida pública sirviendo en la armada como marinos, nunca mencionan el servicio en las filas del ejército. Probablemente se consideraba que el servicio en el ejército, excepto como oficial, no era ocupación digna de un rodio respetable. Sin embargo, el servicio de guerra, en general, era muy considerado en Rodas, como se ve por los bellos monumentos, en forma de popa de barco o de panoplia o trofeo, erigidos en memoria u honor de los héroes de tierra y mar (104).

Realmente, es notable lo desarrollado que estaba el espíritu de camaradería de la marina rodia. Sin duda, este espíritu era característico de los ejércitos helenísticos, como se ve por las

* *Oxyr.*, 1383; A. Körte, *Arch. Pap.*, VII (1924), pág. 141.

dedicaciones en que aparecen juntos oficiales y soldados. Pero sólo en Rodas encontramos asociaciones de hombres que han servido en el mismo navío. Los lazos de camaradería formados durante el servicio se hacían permanentes, y oficiales y soldados constituían las mismas asociaciones de excombatientes (οἱ στρατευσάμενοι), que sin duda contribuían grandemente a mantener vivo en muchos ciudadanos rodios el espíritu de valor militar, patriotismo y camaradería.

Con todo, Rodas no era una democracia. Las tradiciones del Estado eran guardadas por un grupo de familias de vieja cepa. Pero aunque los altos cargos, tanto civiles como militares, y los más prestigiosos sacerdocios eran, por lo menos en la práctica, monopolio de una aristocracia de la sangre, riqueza y servicios al Estado, incluso los más nobles rodios empezaban su carrera como marineros rasos en la flota. Después venían los ascensos (105).

Más allá de la marina y el ejército vemos en lejana perspectiva las clases que formaban la espina dorsal económica del Estado: los mercaderes, banqueros y hombres de negocios, los obreros de los arsenales, los propietarios de tiendas, terratenientes, etcétera. Hemos encontrado rodios en el exterior: comandantes y oficiales de la marina rodia, legados diplomáticos, ricos mercaderes y banqueros. En Rodas misma conocemos los nombres de muchos rodios corrientes, ya como ciudadanos particulares, ya como miembros de alguna asociación. Pero los rodios rarísimas veces mencionan su profesión, incluso en sus inscripciones funerarias, difiriendo en esto de los habitantes de otras partes de Grecia, por no hablar de Italia y el Occidente. Es, pues, significativo que una de las pocas excepciones sea un banquero. En su epitafio dice modestamente: «Durante tres décadas guardó en depósito para extranjeros y nacionales con la más pura honestidad»*[1]. Esto recuerda el conocido epitafio de Teócrito sobre el banquero Ceco, que pagaba el mismo interés a nativos y extranjeros, y mantuvo abierto su banco hasta de noche*[2] (106).

Una de las obras más duraderas de los rodios en la esfera de los negocios, derecho y navegación fue sin duda la *lex rhodia*, que ya he mencionado. Es característico del estado de nuestra información el que nuestro único testimonio sobre ella sea un

---

*[1] A. Maiuri, *N. S.*, 19, hacia 200 a. de J. C.

*[2] Teócrito, *Ep.*, 14; *Anth. Pal.*, IX, 435.

fragmento del jurista romano Paulo*[1] que menciona la *lex rhodia de iactu*. Como apéndice a este fragmento*[2], hay una afirmación de Volusio Meciano que se refiere a un decreto de un emperador Antonino (Antonino Pío o Marco Aurelio) en el cual el último dispone que en los procesos marítimos se habrá de tener presente el «derecho de los rodios» en cuanto que no contradijese al derecho romano. De estas referencias se deriva la noticia de la ley en Isidoro de Sevilla*[3]. El testimonio casi histórico contenido en el título y en la introducción a la llamada *lex rhodia* de la época bizantina no tiene valor, porque fue añadida en el siglo XII. Aunque escasos, nuestros testimonios muestran que el derecho corriente en el Mediterráneo, las leyes que conocía todo hombre de mar, y que tenían presentes la administración y el derecho romanos al construir su propio derecho marítimo, eran corrientemente llamadas en el Mediterráneo el derecho rodio. Esto significa que los rodios, en el período de su gobierno, implantaron en los mares un cuerpo de leyes que probablemente intentaba resumir y quizá codificar todas las realizaciones de los griegos en este terreno, derecho que era así aceptable a todo el que se hacía a la mar. Sin embargo, debe decirse que no tenemos pruebas de la existencia de un código escrito de derecho marítimo compilado por los rodios (107).

Es desconocido el total de la población de Rodas y del Estado rodio. No disponemos de estadísticas antiguas, y las condiciones modernas no son útiles, porque Rodas es hoy una comunidad agrícola, no comercial. Ni conocemos la proporción de ciudadanos, esclavos y extranjeros. Sin embargo, si analizamos la población de Rodas según los derechos políticos y estado social de sus miembros, la encontramos altamente diferenciada. Ciudadanos de pleno derecho eran los que pertenecían a una de las viejas ciudades de Rodas. Unían a su nombre el de sus padres y el del *damos* a que pertenecían. Después de los ciudadanos de pleno derecho venían los que tenían derecho a nombrar a su padre, pero no pertenecían a un *damos*. Como veremos más tarde, había gran número de extranjeros en Rodas, y no es extraño que muchos trataran de hacerse de algún modo ciudadanos rodios. Esto no era fácil. Los extranjeros recibían primeramente el derecho de

---

*[1] *Dig.*, 14, 2, 1; cf. *Sent.*, 2, 7, 1.
*[2] Línea 9.
*[3] *Orig.*, 5, 17.

residencia, la *epidamia*, y después podían ascender a la categoría de «rodio», especie de ciudadanía menor. Pero no tenemos noticia que ningún extranjero llegase a ser ciudadano de pleno derecho. Por otro lado, los que tenían un solo progenitor rodio eran una especie de media casta política conocida por *matroxenos*, es decir, nacido de madre extranjera. La constitución de estas familias mixtas está bien ilustrada por una inscripción de hacia 200 antes de J. C.*[1]. En una familia rodia acomodada de prósperos banqueros, el abuelo había sido un simple ciudadano rodio. Se casó con una mujer extranjera, y su hijo fue así un rodio, pero sólo *matroxenos*. Su nieto, quizá a su vez nacido de madre extranjera, no fue reconocido como ciudadano, sino como extranjero, samio con derecho de residencia.

Una clase especial era la de los *paroikoi* y *katoikoi*. Su situación jurídica es un enigma. Tenemos dos referencias a un grupo especial de residentes en la ciudad de Lindos, «residentes y poseedores de tierra»*[2]. En la primera se les llama extranjeros (ξένοι) y, sin embargo, son residentes permanentes y propietarios, y a lo que parece gente acomodada, por que la ciudad de Lindos decreta que tomarán parte en la provisión de coros (parecida era la situación a este respecto de los metecos de Atenas). Paralelos en Asia Menor sugieren que estos *katoikoi* eran nativos de Rodas, pero pertenecían a la población prehelénica de la isla. Es posible que esta clase fuera también numerosa en Perea, y formase allí la población del «campo».

Nuestras escasas fuentes dan la impresión de que los ciudadanos rodios en general, o al menos el grupo de familias aristocráticas, eran un cuerpo rígidamente exclusivista. Tenían sus propias asociaciones de carácter arcaico, basadas en una combinación de vínculos religiosos y familiares. Ningún extranjero era admitido en estas asociaciones, y, por otra parte, ningún buen rodio tomaría parte activa en las asociaciones reservadas a extranjeros. Las familias se conservaban por la adopción, práctica tan frecuente en Rodas como en Roma. Finalmente, los gimnasios, en los que los rodios educaban a sus hijos y hacían sus ejercicios, estaban estrictamente reservados a los ciudadanos rodios*[3].

---

*[1] A. Maiuri, *N. S.*, 19.

*[2] κατοικεῦντες καὶ γεωργεῦντες, *I. G.*, XII, 1, 762.

*[3] *I. G.*, XII, 1, 46.

Si consideramos la cantidad de servicios que los ciudadanos habían de prestar al Estado en la marina, en los muelles como funcionarios públicos y miembros del consejo, no nos sorprenderá que la economía de Rodas no estuviese basada en el trabajo de los ciudadanos, sino en el de los extranjeros y esclavos.

Entre los extranjeros podemos igualmente distinguir varias clases. El derecho de residencia parece haber sido una especie de distinción que llevaba consigo el derecho al apelativo de *metoikos**[1] y diferenciaba a sus poseedores de los «extranjeros». Es posible que algunos *metoikoi* fueran libertos, como en Atenas*[2]. Extranjeros y libertos formaban el cuerpo más activo y numeroso entre los habitantes libres de Rodas. En sus epitafios y en las inscripciones referentes a sus asociaciones —únicos testimonios que tenemos de ellos— no se mencionan nunca sus ocupaciones. Sin embargo, muchos eran muy ricos. Participaban en las liturgias del Estado y eran benefactores desprendidos de las asociaciones a que pertenecían. Sin duda se enriquecían por el trabajo productivo: comercio, banca e industria. La mayor parte procedía de regiones que tenían activas relaciones comerciales con Rodas. La mayoría eran naturales de Asia Menor, las islas griegas, Siria, Fenicia y Egipto. Entre ellos había muy pocos griegos del sur de Italia y Sicilia, y tampoco había muchos de la Grecia propiamente dicha o de las regiones pónticas. Es notable que no hubiera romanos o itálicos romanizados. Éstos eran quizá demasiado orgullosos para establecerse en una isla donde tendrían derechos tan restringidos.

Excluidos de la vida pública y de las asociaciones aristocráticas de los ciudadanos, los extranjeros desarrollaron una vida propia en las docenas de asociaciones que formaron por toda la isla. Todas estas asociaciones eran religiosas; algunas, si no todas, se ocupaban del entierro de sus miembros*[3]. Ninguna era estrictamente nacional o profesional. En todas encontramos una mezcla de hombres de distintos países de origen, y probablemente de diferentes profesiones. Así, en una inscripción*[4] el gran benefactor de la asociación es un hombre de Selge. En el mismo documento se menciona a tres extranjeros: uno de Faselis, un

*1 *I. G.*, XII, 1, 382.

*2 Ibíd., XII, 1, 383.

*3 Véase especialmente A. Maiuri, *Ann. Sc. Ital.*, IV-V (1924), págs. 223 y sigs.; *S. E. G.*, III, 674.

*4 *S. E. G.*, III, 674.

gálata y un árabe. Algunas asociaciones admitían esclavos. Éstos, a su vez, especialmente los esclavos públicos, tenían sus asociaciones propias*.

La población esclava parece haber sido muy numerosa. Los esclavos públicos formaban la clase superior de ella y se casaban con extranjeros. Después venía la clase de esclavos nacidos en Rodas, correspondientes a los esclavos «nacidos en casa» de otras ciudades, y finalmente los que habían sido comprados en el mercado, designados en sus breves epitafios por el nombre de su lugar de origen. La mayor parte venía de Asia: lidios, frigios, cilicios, capadocios, gálatas, sirios, armenios, medos. Hay unos cuantos de Tracia, y algunos del sur de Rusia (escitas, sármatas y meotios) (véase nota 87).

Bajo la protección de Rodas prosperaron mucho algunas islas. DELOS tuvo en esta época más estrechas relaciones y mayor dependencia de Rodas que antes. Hay fundamento para creer que el papel director que Delos había desempeñado en la época de la dominación macedónica había llegado al final. Rodas parece haber sido ahora el factor dominante en esta importante rama del comercio egeo, y después de Rodas, como hemos visto, venía Atenas, no Delos. Ya he mencionado los estrechos lazos entre Rodas y Rusia meridional, mientras Delos había perdido su relación con esta región. Ya he indicado que Delos trató con Masinisa, rey de Numidia, el gran proveedor de trigo del mundo antiguo, no directamente, sino a través de Rodas. Entre Delos y Egipto, en los últimos años de Filopátor y durante el reinado de Epífanes, las relaciones fueron amistosas, pero no tan íntimas como antes, mientras que lo eran entre Rodas y Egipto. En vista de estos hechos, podemos suponer que la hegemonía temporal de Delos en el mercado de grano con el Norte había terminado y que ahora Rodas dominaba en el Nordeste y el Oeste, actuando Delos como mercado subsidiario del de Rodas (108). La dependencia de Delos respecto a Rodas se refleja también en la preponderancia de las ánforas estampilladas rodias y cnidias entre las halladas en Delos: de ellas, el 95 por 100 son cnidias (70 por 100) o rodias (25 por 100). Debe recordarse que en el siglo II a. de J. C. Cnido era una dependencia de Rodas, y una gran proporción de las asas de ánfora estampilladas debe asignarse a este país (109). No nos extrañe, pues, que el precio del trigo subiera paulatina-

---

* *I. G.*, XII, 1, 31.

mente en Delos a principios del siglo II a. de J. C. mientras las rentas bajaban (110).

Sin embargo, hubo un cambio notable a finales del siglo III antes de J. C. en lo que se refiere a los impuestos. Mientras el precio del grano fluctuaba con una tendencia alcista general, las rentas subían muy paulatinamente. Esto quizá se explique, por lo menos en parte, por las estrechas relaciones establecidas entre Siria y Delos. No creo que sea una casualidad el que la primera asociación extranjera de Delos, la de los ἐγδοχεῖς y ναύκληροι de la Laodicea fenicia, aparezca citada por primera vez en 178 a. de J. C. bajo Seleuco IV, sucesor de Antioco III*1, o que Delos desarrollase estos vínculos con Siria desde la época de Antioco III, como se deduce de los honores que dispensó a los reyes sirios. Yo creo probable que Siria, por razones desconocidas para nosotros, razones quizá de carácter político, transfiriese gruadualmente sus tratos de Rodas a Delos y finalmente hiciese de Delos, por lo menos en parte, la casa de cambio de una parte considerable, al menos, de su comercio. A este comercio con Siria debía Delos el aumento gradual de su población extranjera, y en consecuencia de sus rentas (111).

En amistosas relaciones con Rodas, pero no en sumisión práctica respecto a ella, como los miembros de la Liga Rodia*2, estaban ciertas islas del Norte, especialmente TASOS. Aún no han sido publicados por completo los resultados de las últimas excavaciones francesas en la isla, pero del material cuidadosamente reunido por Hiller von Gaertringen puede inferirse que Tasos, duramente oprimida por Filipo, empezó a recobrarse después de la victoria romana y a renovar sus relaciones exteriores. Sin embargo, sus grandes días vinieron más tarde, después de la guerra con Perseo (112).

De las otras islas, estamos excepcionalmente bien informados sobre COS y TERA. Los días gloriosos de Cos, la época de la dominación tolemaica, tan vivamente pintados en algunos de los mimiambos de Herondas, habían acabado. Ahora la isla era una dependencia de Rodas. La conocida inscripción de Cos, que da un cuadro tan minucioso de su sistema tributario opresor y altamente diferenciado, no implica la idea de un alto grado de prosperidad.

---

*1 *I. G.*, XI, 4, 1114; Durrbach, *Choix*, 72.

*2 Nuestra información respecto a los miembros de la Liga Rodia es muy buena para Tenos.

Además, la isla, con su famoso santuario y glorioso pasado, estaba expuesta a frecuentes ataques por parte de los piratas y sufría duramente a causa de ellos. Pero no se puede emitir un juicio definitivo en tanto que el material recogido por R. Herzog en sus excavaciones permanezca en gran parte sin publicar y no se complete la exploración sistemática de la isla por los italianos (113).

La situación cambia respecto a Tera. Desde las excavaciones exhaustivas de Hiller von Gaertringen, poco o ningun material se habrá descubierto. Los abundantes testimonios que sacó a la luz y resumió llevan a la conclusión de que Tera fue muy próspera bajo el largo gobierno de los Tolomeos, que continuaron aquí hasta las últimas décadas del siglo II a. de J. C. Era una isla rica en agricultura y dependía muy poco de las exportaciones e importaciones. Los indígenas tenían buenos clientes para sus productos en la guarnición tolemaica. Algunos soldados tolemaicos, más ricos, se asentaban en la isla y gastaban parte de su riqueza en beneficios para el pueblo. Finalmente, la famosa fundación de Epicteta muestra que la vieja aristocracia de Tera era aún acomodada en el siglo II y se mantenía apartada de los extranjeros (114).

C) *EL IMPERIO SELÉUCIDA*

La prosperidad de Asia Menor fue igualada, si no sobrepasada, por la de Siria. Sin duda, la derrota de Antioco III por los romanos y la dura contribución impuesta a él y sus sucesores por el tratado de Apamea, por un lado, y la pérdida de las satrapías anatólicas, por otro, crearon temporalmente una situación difícil para este caudillo y sus inmediatos sucesores, especialmente en la época en que se veían metidos en ambiciosas empresas políticas y militares muy costosas. No es sorprendente que de cuando en cuando tuvieran que recurrir a métodos violentos. Por ejemplo, como representantes de Dios en la tierra, «ungidos del Señor» y, por ello, con derechos a usar de los recursos de los dioses adorados en las diferentes partes de su imperio, exigían pesadas contribuciones de los ricos templos de su reino, y nunca dudaron en recurrir a la violencia si los sacerdotes no atendían sus demandas. Nuestros textos históricos, hostiles a Antioco III y Antioco IV, representan estos actos como pillaje ilegal y sacrílego de los templos. Y así debieron de parecer a los ojos de los indígenas. Tal

fue el pillaje del templo de Bel en Elam por Antioco III en 187 antes de J. C. cuando el rey perdió la vida; tal debió de ser también el trato dado por Seleuco IV y Antioco IV al estado-templo de Judea, especialmente el famoso saqueo del templo en 169 a. de J. C. (con el consenso del sumo sacerdote Menelao) antes de la gran expedición egipcia.

Con toda probabilidad, fue del mismo tipo la acción de Antioco IV respecto al templo de Nanaía en Elimaida durante la gran expedición al Oriente. El templo en cuestión era, sin duda, el de Nanaía de Susa, el templo grande, rico e influyente del que tenemos referencias en varias inscripciones halladas en las ruinas de Susa por la expedición francesa. El hecho se nos refiere de distinta manera en nuestros escasos documentos históricos. Polibio*[1], nuestra fuente más veraz, dice en su breve resumen que Antioco, mientras estaba en Susa, pidió a los indígenas (esto es, a los sacerdotes) una contribución de los fondos de la diosa. Los sacerdotes rehusaron, considerando la petición como una παρανομία. Lo que sucedió después no está claro. Polibio parece pensar que Antioco no insistió. Apiano*[2], por el contrario, dice que saqueó el templo. Las otras fuentes no son de fiar. En todo caso, es evidente que Antioco IV actuó en Susa de la misma manera y según los mismos principios que Antioco III había actuado respecto al templo de Bel, y como Seleuco IV y él mismo habían actuado en el templo de Jerusalén (115).

Sin embargo, a pesar de las pérdidas del reino seléucida después de Apamea y de sus desgracias políticas posteriores, y en particular, del fracaso de Antioco IV en su deseo de anexionarse Egipto, y no obstante las dificultades dinásticas que siguieron a su muerte (las últimas fueron la causa principal de la pérdida definitiva de Palestina), es evidente que Siria no estaba arruinada ni su prosperidad seriamente minada.

Las pérdidas territoriales fueron ampliamente recompensadas por las ventajas adquiridas por Antioco III y mantenidas por sus sucesores: el restablecimiento de la autoridad seléucida en Oriente y la anexión al reino sirio de los dominios tolemaicos de Siria meridional y Palestina. Estas dos ventajas tuvieron el efecto de hacer a los seléucidas prácticamente dueños únicos

---

*[1] Polibio, XXXI, 9 (11).

*[2] Apiano, *Syr.*, 66.

de las más importantes rutas caravaneras que enlazaban el mundo grecoitálico con Arabia, India y China. Es verdad que los nabateos en el oeste de Arabia septentrional y los gerreos en el este nunca fueron súbditos de estos reinos, a pesar de los esfuerzos de Antioco III y Antioco IV por subyugarlos. Además, la situación insegura de Palestina durante el reinado de Antioco IV y después del mismo turbó en cierta medida las relaciones comerciales regulares de Siria con los nabateos y Arabia meridional. No obstante, es cierto que la mayor parte del comercio del sur de Arabia no pasaba ahora a través de Gaza y Alejandría, sino de Siria, y enriqueció las grandes ciudades comerciales del reino seléucida tanto a lo largo del camino del Éufrates (especialmente Seleucia del Tigris, las ciudades de Mesopotamia septentrional y Antioquía con sus puertos) como a lo largo de la ruta árabe occidental (algunas de las ciudades de Transjordania, Damasco y los puertos de Palestina y Fenicia). Los seléucidas fueron dueños indisputados de la «ruta de la seda china» en la medida en que se usaba en esta época (véase cap. VI), y de las rutas terrestres del comercio indio, posición que conservaron hasta el gran avance de los partos y su conquista de Babilonia y Mesopotamia. De hecho, incluso después de la conquista parta, los nuevos caudillos de estos territorios dependían en gran medida, respecto a este comercio, de la buena voluntad de los seléucidas y de sus caminos caravaneros; porque la única ruta abierta a los partos era la que atraviesa el Cáucaso, insegura y cara, y, por lo mismo malquista de los mercaderes (116).

Además, Siria misma, especialmente después de la anexión de Fenicia, Siria meridional y Palestina, producía en gran cantidad una enorme variedad de productos. Un siglo de esfuerzos por parte de los primeros seléucidas había llevado a la agricultura a un estado floreciente en toda Siria y Mesopotamia. La producción agrícola de Siria a fines del siglo III y comienzos del II antes de J. C. era, sin duda, suficiente para las necesidades del país, con grandes excedentes para la exportación. Podemos referirnos, por ejemplo, al cultivo intensivo del territorio de Dura en la época helenística y el estado próspero de Susa del Euleo. Los viñedos de la región del Jabur que dependían de Dura, de los que Jenofonte nos da noticias, no fueron abandonados por los macedonios establecidos en la región. No es preciso mencionar la exuberancia del valle del Orontes, de los valles meridionales de Siria, de las llanuras de Fenicia, regiones que

siempre habían sido célebres por su riqueza agrícola. No nos extrañe que Posidonio hable de Siria a finales del siglo II antes de J. C. como de un país extraordinariamente rico y fértil: «Y todo el pueblo de Siria, a causa de la gran abundancia que le da su tierra, está libre de todo malestar por lo necesario para la vida», y por ello vivían en una fiesta continua*.

Además de su riqueza en productos agrícolas, Siria era al mismo tiempo un país industrial. No hay necesidad de recordar al lector las inmemoriales industrias de Babilonia, especialmente sus tejidos, y las florecientes manufacturas de las ciudades fenicias, notablemente las telas de púrpura y los vidrios de Sidón y Tiro. Es cierto que incluso antes de la invención del vidrio soplado (finales del siglo I a. de J. C.), otro testimonio del agudo espíritu industrial de Siria, las ciudades fenicias producían vasijas de cristal fundido para uso local y para la exportación (véase pág. 507). La cuestión merece algunas notas más.

Al estudiar la industria egipcia del vidrio (cap. IV, nota 164) hablé de los hermosos vasos de cristal fundido y cincelado hechos a imitación de los objetos de metal y a veces montados con incrustaciones de oro con piedras preciosas, que se encuentran principalmente en el sur de Rusia, especialmente en la región del Cubán. Ciertamente, pertenecen a la época helenística. Señalé que en la opinión de la mayoría de los eruditos modernos habían sido importados de Egipto; pero su origen exclusivamente egipcio no está fuera de duda. En Egipto no se ha encontrado nada parecido. Hay buenas razones para creer que los fabricantes de vidrios sirios producían también vasos de este género, y especialmente combinaban el arte del vidrio con el de la joyería y toréutica. Ya he mencionado antes (cap. III, nota 40) que λιθοκόλλητα y διάλιθα se pusieron de moda en los días de Alejandro y los diádocos. La moda continuó durante toda la época helenística, y sin duda vino del Oriente antes que de Egipto. A esta clase pertenecen los vasos de vidrio de que tratamos ahora. No es, pues, improbable que la combinación de fundir el vidrio imitando cristal con la joyería pueda considerarse como una invención siria, siendo las vasijas de vidrio fundido producidas en Siria y Egipto juntamente. Su importación al valle del Cubán directamente desde Siria o en épocas posteriores a través de Partia se explica fácilmente. Se han

* Ateneo, V, 210 *e'-f*, y XII, 527 *e-f; F. Gr. Hist.*, 87, fr. 10.

hallado con frecuencia en el Cáucaso y en el sur de Rusia en general vajillas de metal de los tipos usados en Partia y monedas partas (117).

Tampoco iba a la zaga Siria en el arte toréutico, tema al que ya me he referido (véase págs. 507 y sigs.). Unas cuantas notas mostrarán la brillantez del arte desarrollado en este país en el período que consideramos. Todo estudioso de la antigüedad recuerda la maravillosa descripción de la famosa pompa de Antioco IV, su réplica a los triunfos romanos sobre el humillado mundo helenístico. El despliegue de vajillas de oro y plata en esta ocasión fue fabuloso. En la procesión figuraban mil esclavos de Dionisio el Epistológrafo, amigo de Epífanes, llevando vasijas de plata en sus manos. Cada vasija pesaba no menos de mil dracmas. El mismo rey contribuyó a la procesión con seiscientos «pajes reales» (βασιλικοὶ παῖδες) que portaban vasijas de oro, y doscientas mujeres que llevaban vasijas doradas, para ungüentos. Tampoco habrán olvidado los estudiosos las sarcásticas palabras de Polibio respecto a Epífanes. Describe a Antioco como aficionado a la toréutica, a quien frecuentemente se veía en las tiendas de los orfebres y plateros en Antioquía. No hay la menor duda de que en la época de Epífanes el arte toréutico no era menos floreciente en Siria de lo que había sido antes (118).

La abundancia en Siria de toda clase de aceites y perfumes para ungirse, algunos producidos en Babilonia y otros en distintas ciudades sirias, se conoce *inter alia* por el pródigo uso que de ellos hacían los reyes sirios en distintas ocasiones. Como ejemplos tomados al azar puedo recordar las cantidades extravagantes de aceites gastados por Antioco IV en su espectáculo de Dafne*[1] y después, así como la historia del mismo rey y el pobre en el baño*[2]; los regocijos públicos de Antioco Sidetes por su expedición pártica, con ocasión de la cual se distribuyeron grandes cantidades de mirra e incienso*[3], y los simposios de Antioco Gripo con su profusión de coronas y esencias babilónicas*[4] (119).

Finalmente diré algunas palabras sobre la cerámica. Durante mucho tiempo se admitió que el tipo de cerámica que predominaba

---

*[1] Ateneo, V, 195 *b-c*.
*[2] Íd., V, 194 *b*.
*[3] Posidonio, en Ateneo, XII, 540 *c; F. Gr. Hist.*, 87, fr. 9.
*[4] Íd., en íd., XV, 692 *c-d; F. Gr. Hist.*, 87, fr. 20.

en toda Mesopotamia y que a veces se encuentra en parte de Siria en las épocas pártica y romana, tipo que tuvo una larga vida y una profunda influencia, a saber, la fayenza vidriada verde-azul, antepasada de la famosa cerámica de Raqqa, que se desarrolló por primer vez en el reino parto a fines del siglo I antes de J. C. Un descubrimiento reciente en Susa del Elam prueba que esta hipótesis era inexacta. En las ruinas de la ciudad se halló un tesoro de monedas en una pequeña vasija cubierta por dentro y por fuera con vidriado azul grisáceo y dos asas, de forma y vidriado casi idénticos a los de la cerámica tardía del mismo tipo. El tesoro fue enterrado, sin duda, no después de 144 a. de J. C., como se ve por las monedas de que constaba (casi todas seléucidas; las últimas, de Demetrio II). Esto prueba con certeza que la fayenza mesopotámica era de uso común en Seleucia del Tigris en época seléucida (120).

La riqueza de Siria, a pesar de su aislamiento político, le dio una importancia marcada y siempre creciente en el mercado internacional de la época. Es interesante observar cuán estrechas y cordiales eran las relaciones políticas y comerciales entre Rodas y Siria. Puedo citar, por ejemplo, la escolta naval que dio Rodas a la hija de Seleuco IV, novia de Perseo. Ya he mencionado el gran número de ánforas estampilladas rodias que se encuentran en toda Siria, Fenicia y Palestina y por el Oriente hasta Seleucia del Tigris y Susa del Euleo. Muchos sirios tomaron parte y se establecieron en Rodas, donde sin duda se dedicaron al comercio. Podemos concluir, pues, que Rodas sirvió durante algún tiempo, en competencia con Éfeso y Mileto, de casa de cambio para el comercio sirio con Grecia y especialmente con el occidente italiano (121).

Siria tuvo también activas relaciones comerciales tanto con las ciudades independientes de Asia Menor como con el reino pergameno. El regalo, ya mencionado, de dos ayudantes en jefe de Antioco IV fue hecho por ellos no sólo a causa de su devoción a la ciudad nativa, sino probablemente también para servir de propaganda política y comercial. La ayuda dada por Éumenes II a Antioco IV cuando volvió a su país para ser rey no debe atribuirse solamente a motivos políticos. Por lo que respecta a la actividad comercial entre Siria y el reino pergameno, ya he aducido los testimonios de la presunta cerámica anatólica hallada en Siria, Fenicia, Palestina y Mesopotamia (o viceversa); también el de la circulación de monedas seléucidas en Occidente

y la gran proporción de monedas urbanas anatólicas encontradas en tesoros en todas las regiones de Siria hasta Babilonia. Puedo recordar al lector un hecho significativo: que la mayoría de los tetradracmas emitidos por ciudades de Asia Menor estaban acuñados con el especial propósito de circular en Siria (122).

Finalmente llegamos a Delos. Ya he explicado cómo la isla llegó a ser a principios del siglo II a. de J. C. quizá la casa de cambio más importante para el comercio sirio. Más tarde, especialmente después de 166 a. de J. C., y todavía más después de 130 a. de J. C., los mercaderes sirios desempeñaron en los negocios comerciales de Delos un papel de importancia cada vez mayor, sólo superado por el de los italianos. Las relaciones entre Siria y Delos no eran únicamente de carácter comercial. En el siglo II a. de J. C. los artesanos sirios se empleaban en Delos en adornar con finos mosaicos las casas más grandes y ricas de los delios sirios. Los grecosirios forman la mayoría en una lista de efebos de final del siglo II a. de J. C., hallada en Delos. Uno tras otro se elevan en la isla sagrada santuarios de los dioses de las distintas partes del reino sirio. El primero fue el de Melcarte Tirio (Heracles); luego viene el de Hadad y Atargatis, del norte de Siria; de Astarté, de los dioses de Ascalón, y finalmente, de los de algunos dioses de Arabia meridional. En estos santuarios se empleaban, además del griego, lenguas extranjeras (por ejemplo, sabeo, mineo y fenicio) (123).

A este respecto puedo citar que en el mismo siglo empiezan a aparecer en Delos varios mercaderes árabes y asiáticos, lo mismo que en otros centros de comercio internacional (Rodas, Tenos, Puteoli). Entre éstos, los árabes (es decir, los petrenses) eran los más importantes. Les seguían los gerreos (Temalato, el gerreo, era muy importante en Delos; otro era Aulo); después venían mineos, sabeos y bactrianos. Es evidente que estos mercaderes difícilmente podrían establecer relaciones directas con los mercados del Norte. Sus *funduqs* (establecimientos comerciales) en el Norte eran probablemente sucursales de los que existían en los puertos del reino seléucida. Estos orientales eran figuras corrientes en las grandes ciudades comerciales del imperio seléucida. Hacia finales del siglo II a. de J. C., cuando el reino nabateo se hizo más importante que lo que quedaba del reino seléucida, los reyes nabateos pudieron haber establecido relaciones directas con el Norte (124).

Los seléucidas que sucedieron a Antioco III, aunque no tuvieron éxito en sus aventuras políticas, seguían siendo enormemente ricos, probablemente más que sus rivales egipcios. Antioco III y Seleuco IV pudieron pagar el gran tributo a Roma, Antioco IV era bastante rico para hacer grandes regalos a distintas ciudades griegas, para mantener un ejército grande y bien equipado, para financiar la costosa expedición a Egipto y para desplegar enorme riqueza en su espectáculo de Dafne, que intentaba eclipsar el triunfo de Paulo Emilio. Antioco Sidetes hizo un despliegue de ostentación parecido en su desgraciada expedición contra los partos (131-130 a. de J. C.) que han sido tan vivamente descritos por Posidonio y Pompeyo Trogo*[1]. Tampoco Antioco Gripo era pobre en recursos, e impresionó a sus contemporáneos por sus dispendiosas fiestas y banquetes*[2].

No es extraño que en estas circunstancias la Siria de la época de Antioco III, Seleuco IV y Antioco IV no abandonase sus aspiraciones políticas o sus deseos de recuperación y consolidación política. No sería apropiado discutir aquí este tema por extenso, pero puedo tocar uno de los rasgos más vivamente discutidos de Antioco IV. Incluso nuestra escasa información muestra cuán celoso era en sus intentos de aumentar y consolidar su todavía extenso imperio. Sabemos que hizo un nuevo intento de realizar la política de «colonización» proseguida por sus grandes predecesores Seleuco I y Antioco I. Durante su reinado aparecieron muchas nuevas *poleis* griegas que llevaron su nombre. En muchos casos no fueron una nueva denominación de colonias macedónicas preexistentes, sino una transformación de ciudades orientales en *poleis* griegas, con una constitución griega y un modo de vida griego. El caso más famoso es el de Jerusalén, aunque no fue una excepción. El principio subyacente de la política de Epífanes no era helenizar por la fuerza a las ciudades orientales, sino legalizar un proceso de amalgamación entre orientales y griegos, que claramente había hecho un gran progreso, tanto en las colonias macedónicas como en muchas ciudades indígenas. La existencia de grecosemitas, tanto semitas helenizados como griegos orientalizados, era un hecho, y Epífanes trataba de utilizarlo para la consolidación y unificación de su

---

*[1] Posidonio, *F. Gr. Hist.*, 87, frag. 9; Justino, 38-10, 1-4; Orosio, I, 10, 8.

*[2] Posidonio, *F. Gr. Hist.*, 87, frags. 20 y 21.

imperio. Su intento era transformar su reino, según principios inventados por los romanos, en una red de ciudades con organización griega y mentalidad y modo de vida griegos, utilizando para este propósito la interpretación de vida griega y semítica en todo su reino, especialmente entre las clases más altas y ricas de la población.

Uno de los medios que contribuían a esta política de amalgamación, de fundir en una clase gobernante todos los elementos de su reino dispuestos a ello, fue su celo por el culto de Zeus Olímpico y la introducción de este culto en sus nuevas *poleis*. Aquí tenemos el rasgo más interesante de su sistema religioso. Es probable que su Zeus Olímpico fuese un paralelo del Serapis tolemaico, una síntesis de las ideas directrices religiosas de su imperio. Llevando un nombre griego, Zeus Olímpico era adorado en templos semiorientales, se representaba en un traje semioriental y con atributos semiorientales y era tanto el Baalsamín pansemítico como el Zeus griego, símbolo del creciente henoteísmo solar sirio. El nuevo culto estaba estrechamente relacionado con el culto dinástico, lo mismo que el Gran Dios de Epífanes era el dios de Alejandro y Seleuco y el gran protector, es decir, el dios principal de la mayoría de las colonias macedónicas de Seleuco I, y ahora de las nuevas ciudades de su gran *ktistes* Epífanes. En este carácter, Zeus Olímpico aparece, por ejemplo, en un bajorrelieve litúrgico del templo de Gaddé en Dura, donde como el Gad de Dura es coronado por su fundador Seleuco I. No tengo duda de que el bajorrelieve de Dura refleja grupos estatuarios similares de la época de Epífanes erigidos en sus distintos santuarios de Zeus Olímpico, siendo desempeñado el papel de Seleuco I, en las ciudades fundadas por Epífanes, por aquel caudillo como fundador, *ktistes*. Es muy probable que uno de estos grupos se erigiese en el ἄλσος o τέμενος de Zeus Olímpico que reemplazó el templo de Zerubabel en el monte Sión.

Las tendencias amalgamadoras de Epífanes tenían muchos partidarios en el imperio, y su política era muy popular en los estratos helenizados y helenizantes de la mayoría de sus ciudades semíticas. Éste era el caso de Jerusalén. No fue culpa de Epífanes el que, al perseguir esta política y apoyando los esfuerzos de los que la aprobaban entre las clases altas de la población de Judea, encontrase la feroz resistencia de Judas y sus partidarios, dispuestos a morir por las viejas tradiciones y por su monoteísmo religioso. De hecho, Judas representaba los ideales y sueños

de grandes masas de indígenas, una clase olvidada por el gobierno y explotada por la burguesía ciudadana. La revuelta de Judas se dirigía más contra las clases gobernantes que contra el gobierno central. Podemos suponer aspiraciones similares en otras partes de los territorios de Epífanes, especialmente donde los colonos griegos eran pocos y la antigua organización tribual estaba aún viva y vigorosa. Esta reacción tribual, tanto religiosa, como social, tomó forma más tarde en los tiempos revueltos que siguieron a la muerte de Epífanes; dio como resultado la creación de muchas tiranías locales en los distritos fronterizos del imperio seléucida, donde las tradiciones religiosas locales eran mucho más fuertes que en la Siria propiamente dicha.

Impasible por el fracaso de su proyecto de unir bajo su mando los dos grandes focos de helenismo que aún vivían independientes, ricos y vigorosos —Egipto y Siria—, Antioco, después de su regreso a Siria volvió a su antigua actividad. Prosiguió su política de amalgamación y volvió su atención al lejano Oriente, tratando de restaurar el gran imperio de sus gloriosos antepasados. Su expedición oriental, dirigida contra los partos, que probablemente estaba relacionada con los sucesos de Bactriana —la guerra entre Demetrio y Eucrátides, siendo el último, si no agente de Epífanes, por lo menos su aliado—, ofrece un testimonio elocuente de su espíritu inquebrantable incluso después del brutal «círculo romano» de Popilio Lenas.

La prematura muerte de Antioco fue una gran calamidad para el helenismo oriental, que podía haber experimentado un nuevo renacimiento si aquél hubiese sobrevivido y hubiese tenido éxito en su expedición oriental (125).

D) *EGIPTO*

Al estudiar la situación social y económica de Egipto bajo Filopátor (221-203 a. de J. C.), Epífanes (203-181) y Filométor (181-145), debemos tener en cuenta un hecho básico. Igual que para el período precedente, nuestra información se deriva de los textos literarios, papiros, inscripciones y monedas, pero es mucho más escasa. Los textos literarios se limitan en su mayoría a fragmentos de la obra histórica de Polibio. Los papiros e inscripciones son mucho menos numerosos que para el siglo III antes de J. C. Sin embargo, esto puede ser casual. Por ejemplo:

entre los papiros de Tebtunis recientemente publicados (volumen III) hay algunos documentos valiosos de este período que añaden mucho a nuestra información, y los fragmentos recientemente descubiertos de un decreto sacerdotal del reinado de Filopátor son tan valiosos como la piedra de Roseta de la época de Epífanes. Las series de monedas, interesantes y abundantes, no son menos importantes que las del siglo anterior.

Al tratar de este período debemos, pues, hacerlo con mucho cuidado y hacer el menor uso posible de argumentos *ex silentio*. Por ejemplo: si tenemos testimonios de que un cierto oficio existía en el siglo III a. de J. C., pero no queda nada de él en el II, no debemos concluir necesariamente que había desaparecido. Y viceversa: si algún rasgo importante de la vida social y económica no se menciona en los documentos del siglo III antes de J. C. y aparece por primera vez en los del II, puede ser también casualidad. Nuestra información sobre el siglo III antes de J. C., aunque buena, no es completa. Por consiguiente, sólo con gran precaución debemos declarar si un fenómeno social y económico es típico de finales del siglo III y el II o del I solamente.

Sin embargo, podemos considerar ciertos rasgos de este género como nuevos avances de la época, ya sea con certeza o ya con gran probabilidad. Es cierto que bajo Filopátor, Epífanes y Filométor, Egipto pasó por un período crítico de su historia. Dos tendencias, que no eran completamente nuevas, se hicieron cada vez más importantes en la política de los Tolomeos. La primera se refiere al trato de los indígenas por el rey. He descrito la política de los primeros Tolomeos hacia los indígenas y los griegos. En lo principal fue de dominación benevolente. El rey, dueño del país, compartía su dominio sobre éste, y especialmente sobre los indígenas, con los miembros de su casa (οἶκος), sus asociados y auxiliares en los negocios militares y civiles, la mayoría de los cuales eran griegos. Bajo Filopátor se intentó adoptar una política diferente. La asociación sustituyó a la dominación como principio fundamental. Esto implicaba amplias concesiones en la esfera de la organización militar y religiosa a los más destacados entre los indígenas para ganar su simpatía y apoyo. La segunda tendencia se refiere a la política exterior de los Tolomeos. Al mismo tiempo que el cambio de sistema de administración interna vino un cambio en la administración de los negocios exteriores. Ya he mostrado cómo los primeros Tolomeos dirigieron sus

esfuerzos en el interior y exterior a dos objetivos principales: el primero independencia y autarquía completas (*autarchia* y *autarkeia*), tanto económica como política; y el segundo, al que contribuía el primero, el mayor grado posible de hegemonía en los asuntos del mundo civilizado. Lograron alcanzar los dos. Egipto se hizo casi autárquico económica y políticamente, y se aseguró por ello, en considerable medida, una posición hegemónica. De estos dos objetivos de la política tolemaica, que los primeros miembros de la dinastía mantuvieron en equilibrio, Filopátor y sus sucesores trataron de mantener el primero: la autarquía política y económica. El segundo objetivo —la hegemonía— lo abandonaron gradualmente bajo la presión de las circunstancias.

Del reinado de FILOPÁTOR conocemos muy poco más allá de lo que sabemos de las fuentes literarias sobre su política exterior y su vida familiar y de corte. Los documentos exactamente fechados de este corto período son pocos y de escaso valor. Sin embargo, su gobierno y la actividad de su primer ministro Sosibio parecen haber tenido en la evolución de Egipto en general mayor influencia de lo que nos harían creer las fuentes literarias (126).

Es muy probable que en los años de preparación febril para la guerra con Antioco III, y de nuevo después de terminada la guerra, en la época de la guerra civil, Filopátor y Sosibio, con el fin de afrontar los grandes costos de las dos guerras, efectuaron algunos cambios en la organización financiera y administrativa de Egipto. Tal vez se aumentasen algunos impuestos, especialmente las rentas de la tierra (ἐκφόρια), y se establecieran otros nuevos. Se ha sugerido recientemente, con alguna verosimilitud, que la capitación (σύνταξις), desconocida en el siglo III a. de J. C., y de la que tenemos testimonios (hemos de confesar que muy escasos) solamente en la última época tolemaica, fue introducida por Filopátor (127). También es probable que se recurriese a una recaudación más estricta de las rentas, impuestos y atrasos, y al uso frecuente de contribuciones extraordinarias y requisas, cosa natural en una época de guerra amenazadora. Esta práctica pudo haber llevado a la reforma de la maquinaria burocrática. Es bien sabido que en el siglo II antes de J. C. pueden observarse algunos cambios importantes en la administración financiera. Por ejemplo: el elemento burocrático fue reforzado, y las relaciones entre los funcionarios encargados de la recaudación de impuestos y los materialmente

responsables de ella fueron definidas con más exactitud. Es tentador suponer que esta reforma fuese realizada por Filopátor. Teniendo en cuenta que una recaudación de impuestos más exigente y un refuerzo más riguroso de la responsabilidad material de los funcionarios, de los arrendatarios de impuestos y de sus fiadores, llevarían, naturalmente, a confiscaciones frecuentes de propiedad, la acumulación resultante de propiedad confiscada sugeriría la creación de un departamento especial que se encargase de ella. Por consiguiente, si encontramos testimonios a partir de 179 a. de J. C. de un departamento, al parecer nuevo, de administración financiera con el nombre de ἴδιος λόγος, que en la época romana se ocupaba de la tierra mostrenca (ἀδέσποτα) y la propiedad confiscada (τὰ εἰς τὸν Καίσαρα πίπτειν ὀφείλοντα), tenemos base para creer que este departamento pudo haber sido organizado por primera vez o recibido mayor importancia bajo Filopátor. Sin duda, esto no son más que posibilidades que puede destruir el descubrimiento de nuevos testimonios (128).

Sin embargo, la más importante y mayor reforma de Filopátor —y de esto tenemos testimonios satisfactorios— fue la transición de una política de dominación sobre los indígenas a una de asociación con ellos. Los estudiosos de la historia helenística están familiarizados con ella y ha sido muchas veces discutida y puesta de relieve. Bastarán, pues, unas cuantas palabras sobre el tema. Es bien sabido que Filopátor, a causa de su lucha con Antioco III, aumentó su ejército, no sólo movilizando a sus clerucos y alquilando nuevos mercenarios, sino también llamando a los egipcios y formando una falange regular, adiestrada a la manera macedónica, de la milicia indígena (μάχιμοι), que antes de esta época había tomado parte en las expediciones militares como cuerpo auxiliar. Ésta era una nueva política que llevaba implícito un cambio radical. Al adoptarla, Filopátor actuaba, sin duda, por distintos motivos, uno de los cuales merece particular mención. No fue sólo por razones económicas o por escasez de mercenarios por lo que Filopátor y Sosibio decidieron colocar a egipcios y macedonios en pie de igualdad en el ejército. La medida probablemente fue dictada por una emergencia política. La revuelta de los indígenas durante la guerra siria de Evérgetes I había dado una severa lección al gobierno egipcio. Para evitar la repetición de este incidente, Filopátor, al movilizar los μάχιμοι como parte de sus fuerzas de combate, trató de hacer de la guerra contra Antioco un asunto

nacional, salvaguardando así su retaguardia de una revuelta indígena.

La innovación de Filopátor, aunque tuvo éxito durante la guerra, se evidenció desastrosa tan pronto como la guerra terminó. Obligado por la insubordinación de sus generales a hacer una paz apresurada con su rival sirio, Filopátor volvió triunfante. Pero tan pronto como llegó a su país tuvo que tomar las armas de nuevo, esta vez contra sus propios súbditos, los indígenas. Se conoce muy poco de esta guerra y de las razones que llevaron a los indígenas a iniciarla. Polibio, nuestra autoridad principal, da una breve descripción de la guerra (V, 107, y XIV, 12), cuyo carácter le disgusta profundamente. La explica como una revolución nacional de los indígenas, orgullosos de su victoria, contra la dominación extranjera. Lo poco que sabemos de este conflicto por otras fuentes muestra que no fue una guerra regular, sino una rebelión caótica de los indígenas de todo Egipto, un estallido de desesperación y pillaje dirigido no sólo contra los gobernantes extranjeros, sino contra todos los opresores del pueblo, incluyendo algunos templos (129).

En mi opinión, la rebelión bajo Filopátor no difirió mucho en forma y carácter de la de Evérgetes o de las rebeliones de época posterior. Fue más peligrosa para el gobierno que la de Evérgetes, porque algunos indígenas estaban bien armados y habían recibido instrucción militar. Además, durante la campaña siria habían visto que en el campo de batalla los macedonios y griegos no eran hombres mucho mejores que ellos.

Mientras que el carácter de la guerra es más o menos conocido, sus causas son menos claras y han sido discutidas con frecuencia. Un estallido de sentimiento nacional y de fanatismo religioso levantado por los sacerdotes, odiados de los opresores extranjeros, ha sido sugerido como motivo principal de la guerra por muchos escritores desde Polibio. Puede haber algo de verdad en este punto de vista, pero no explica por qué la revuelta estalló inmediatamente después de la guerra victoriosa. En mi opinión, la rebelión de los indígenas debe atribuirse a las condiciones generales de la época. La guerra contra Antioco III había ocasionado muchos gastos. Esto lo reconoce el mismo Filopátor en la proclama que publicó después de la guerra, proclama ampliamente usada y citada por los sacerdotes en el decreto (que aún se conserva en parte) publicado por ellos en Menfis. El costo de la guerra, de los pródigos regalos distribuidos por el rey al

ejército después de Rafia y de varios regalos ofrecidos a los templos no fue cubierto por el botín a que se refieren el rey en su proclama y los sacerdotes en su decreto menfita. Debo confesar que considero este botín con cierto escepticismo. El grueso del gasto había de cubrirse con los ingresos regulares que Filopátor sacaba de Egipto. No hay duda de que la carga de rentas e impuestos que pesaba sobre la población antes de la guerra, durante ella y después de la misma era muy grande, y que esta carga pesaba con especial gravedad sobre los hombros de los *laoi* (130).

Así, pues, cuando los soldados indígenas volvieron a sus pueblos después de la victoria y reanudaron la rutina de su vida diaria, la conciencia de su posición inferior se hizo más amarga y sintieron más agudamente que antes las durezas a que estaban sometidos por la creciente presión de los tributos y el sistema de economía planificada en general. No debemos sorprendernos si al volver a sus pueblos, orgullosos con la victoria y enfrentados con la pobreza y opresión, tomaron las armas e iniciaron una sangrienta revuelta.

Uno de los principales centros de la revuelta fue Tebaida. Aquí la revuelta tomó la forma de secesión, y esta secesión fue origen de un nuevo peligro. Bajo los caudillos nubios —Armaquis y después Anmaquis—, Tebaida, apoyada sin duda hasta cierto punto por los etíopes y probablemente un instrumento en sus manos, se metió en una dura pelea con Filopátor, y esta lucha fue heredada por Epífanes. Según los textos parece que, con toda probabilidad, Tebaida fue gobernada por los dos reyes nubios mencionados, durante un período de casi veinte años (de 206 a 185 a. de J. C.).

El segundo cambio que he mencionado, el aislamiento político de Egipto, también es un hecho cierto. Se desarrolló muy lentamente. El imperio de los Tolomeos permaneció intacto hasta el final del gobierno de Filopátor, y el prestigio de la dinastía a los ojos de los griegos siguió siendo muy alto, basado como estaba en la reputación de los Tolomeos como los caudillos más ricos de la época. Sin embargo, este creciente aislamiento no puede ponerse en duda; fue visto y descrito por un observador tan agudo como Polibio*. La creciente indiferencia del gobierno egipcio por la política exterior y la hegemonía comercial es, pues, un hecho indisputable. Está atestiguado, por ejemplo, en el firme

* Polibio, V, 34.

desarrollo de la importancia política y comercial de Rodas en el Egeo.

El fenómeno en cuestión se explica generalmente por el carácter personal de Filopátor, su abandono de los negocios públicos y su amor al placer y la vida fácil. Yo no estoy seguro de que ésta sea la verdadera explicación. Sabemos muy poco de la revolución indígena en Egipto antes descrita. Polibio la despacha en pocas palabras, y sólo está ilustrada por unos cuantos documentos*. No obstante, fue un asunto peligroso que requirió una gran concentración de esfuerzo militar; fue asimismo muy costosa, pues apartó a Egipto del trabajo y desorganizó agricultura e industria en dos zonas, el Delta y el Alto Egipto. Además, los desórdenes y la guerra civil en el Alto Egipto pudieron haber tenido una influencia nefasta en el abastecimiento de oro del país (que venía del Sur) y en las relaciones comerciales entre Egipto y Nubia y entre Egipto y Somalilandia. Con su atención concentrada en los asuntos internos, el gobierno alejandrino apenas tenía tiempo o energía que dedicar a una activa política en el Egeo o a la conservación, tan cuidadosa como en el pasado, de la seguridad de los mares.

Este abandono de las relaciones exteriores privó sin duda a Egipto de su posición rectora en la vida comercial del Egeo, especialmente entre las crisis por las que pasó esta región en los últimos años del siglo III a. de J. C., y en consecuencia disminuyó el ingreso que el Estado sacaba de su comercio egeo. Además, la segunda guerra púnica devastaba a Occidente y despojaba los mejores mercados de Egipto en aquella región: Italia meridional, Sicilia y Cartago. Conviene recordar la importancia de estos mercados para Egipto en la época de Filadelfo y Evérgetes (véanse págs. 381 y sigs.). Sin embargo, sería una exageración decir que la prosperidad general de Egipto fue minada por estas circunstancias. Egipto, especialmente el rey, era rico aún, y Filopátor nunca dejó de llamar la atención hacia sus riquezas mediante actos espectaculares calculados para impresionar al mundo griego, tales como, por ejemplo, la construcción del barco más grande y de su palacio flotante en el Nilo. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que la prosperidad egipcia estaba empezando a declinar. La decadencia era gradual, no catastrófica. Se manifestaba, por ejemplo, en la escasez de plata que Egipto sacaba prin-

---

* Por ejemplo, *B. G. U.*, 1215.

cipalmente de su comercio con Grecia y Cartago. Esta escasez y la urgente necesidad de metal que tenía el gobierno, junto con el deseo de hacer otra concesión a la población egipcia y a los templos llevó a Filopátor, después de 210 a. de J. C., a introducir el patrón monetario de cobre en Egipto; en otras palabras, a reconocer el dracma de cobre como moneda patrón para la circulación interna. La proporción de plata a cobre se fijó en 1 a 60. La dificultad experimentada por el gobierno en asegurar un suministro de plata suficiente pudo también haber llevado a rebajar su moneda de plata de cuando en cuando (no sistemáticamente) y en una menor escala. El peligro de la inflación no era remoto (131).

La situación de Egipto fue aún más difícil durante el corto reinado de EPÍFANES, hijo y sucesor de Filopátor (132). Se desorganizó el gobierno central; un regente seguía a otro durante la minoría del rey, y la mayor parte de ellos sólo perseguía sus propios intereses egoístas. La guerra civil, heredada del reinado de Filopátor, se extendía tanto por el Bajo Egipto, donde la ciudad de Licópolis era uno de los centros de la lucha, como por el Sur, que aún era independiente bajo su rey Anmaquis. No puede determinarse si fue en esta época o después, en el reinado de Filométor, cuando un rey indígena (nubio) gobernó en Abidos e infligió una derrota al ejército real. En todo caso, los paisanos y la soldadesca indígena tomaban las armas para la guerra civil cada vez en mayor número. Muchos soñaban con la restauración del estado nacional egipcio. Antioco III, consciente de las dificultades internas con que se enfrentaba el nuevo e inexperimentado rey, renovó su ataque a Egipto, y después de la batalla de Panión privó a Epífanes de casi todas sus posesiones en Siria, Asia Menor y Tracia.

Naturalmente, se siguió un rápido declinar en las fuentes económicas de Egipto. El comercio caravanero de Siria estaba ahora en manos de los seléucidas, y el comercio con Trogoditice y Somalilandia estaban desorganizados; se había perdido el mercado egeo y no se había podido recuperar el mercado occidental. En consecuencia, los ingresos producidos por el comercio internacional y de los dominios extranjeros de Egipto se hicieron insignificantes.

Tampoco era mejor la situación en el propio Egipto. Tenemos una valiosa información sobre él por un documento inestimable de 196 a. de J. C., la famosa piedra de Roseta, un decreto de los sacerdotes en honor de Epífanes. Como el decreto similar

al que nos hemos referido anteriormente, publicado después de Rafia, éste está basado en una proclama del rey y contiene varias citas de él. El contenido de la proclama de Epífanes se parece mucho al de la proclama de Filopátor y al mismo tiempo son casi idénticos a las principales provisiones de las llamadas proclamas de paz posteriores o decretos de amnistía de que hablaré con mayor pormenor en el capítulo siguiente (133).

La proclama de Epífanes ha sido muy poco estudiada. Los sacerdotes, en mi opinión, basaban su decreto no en una, sino en dos proclamas del rey: la primera, que había sido publicada antes de la captura de Licópolis (1, 10 y sigs.) y otra posterior, publicada después de este suceso (1, 20 y sigs.). La primera era una proclama general dirigida a todo Egipto, probablemente después de la muerte de Filopátor, con la esperanza de poner fin a los disturbios que antes habían reinado. Anunciaba una amnistía general (especialmente para los μάχιμοι) y numerosos beneficios al ejército, a los templos y a la población en general. Los beneficios al ejército no se especifican en la piedra de Roseta. Los *laoi* y el resto de la población de Egipto recibieron una remisión o reducción (κουφισμός) de ciertos impuestos y rentas y una remisión de los atrasos. Además, ciertas clases de prisioneros eran perdonados (probablemente políticos, criminales y deudores públicos y privados). Los beneficios a los templos eran distintos e importantes. Además de otorgarles cuantiosos regalos, el rey confirmaba algunos de sus derechos básicos, especialmente los referentes a sus fuentes de ingresos más importantes: su remuneración en dinero y especie (σύνταξις), su participación en la *apomoira* y otros derechos. Además se les eximía de ciertos impuestos y liturgias (uno de ellos el servicio en la armada) y se regulaban sus entregas de bisos a la corona.

La segunda proclama tenía un carácter más especial. Fue publicada en Menfis con ocasión de la ceremonia de coronación (παράληψις τῆς βασιλείας). En la introducción (semejante en esto a la proclama de Filopátor) daba noticia de la toma de Licópolis y a continuación anunciaba numerosos φιλάνθρωπα. Los beneficios se limitaban esta vez a los sacerdotes. Eran de dos clases: 1.º, remisión de los atrasos y dos cambios importantes respecto a la γῆ ἱερά; 2.º, remisión del impuesto de artabá para la tierra sembrada y del impuesto de ceramión para los viñedos. Debe anotarse que en las dos disposiciones encontramos por primera vez concesiones a los sacerdotes que no eran de carácter

temporal o confirmatorio y enmendatorio, sino regalos que, aunque en sí no muy importantes, eran básicos y duraderos, donaciones que llevaban consigo una disminución permanente de los ingresos reales.

Un estudio de la piedra de Roseta revela un cuadro lamentable de las condiciones que reinaban en Egipto en los últimos años de Filopátor y en los primeros de Epífanes. Detrás de las φιλάνθρωπα, regalos y concesiones del rey, vemos los fenómenos que los motivaban: opresión de los impuestos, rápida acumulación de atrasos y las consiguientes confiscaciones; prisiones llenas de criminales y deudores públicos y privados; multitud de fugitivos por todo el país y viviendo del robo; la coacción aplicada en todas las esferas de la vida, incluida la recluta para el ejército y la marina. Los resultados naturales fueron la escasez de trabajo, la despoblación gradual de los pueblos, el abandono de los campos, el empobrecimiento de la tierra, el abandono de diques y canales; y estos males se agravaron rápidamente por la atmósfera de guerra y la intranquilidad.

La «proclamación de paz» hecha por Epífanes no puso fin a la guerra civil. Aunque obtuvo algunos éxitos, la guerra persistió en el Sur por lo menos hasta 184-183 y probablemente hasta más tarde. Tampoco mejoró la situación general de Egipto después de 196 a. de J. C., hecho del que tenemos testimonios acá y allá. Sin pretender ser exhaustivo, puedo mencionar algunos de los documentos que proyectan clara luz sobre varios aspectos de las condiciones sociales y económicas de este período.

Entre 196 y 181 a. de J. C. la vida distaba mucho de ser segura. Claramente se refieren a motines y bandidaje los fragmentos de dos documentos*[1], por desgracia sin fecha exacta, pero probablemente de los últimos años de Epífanes o de los primeros de Filométor*[2]. El primero menciona un caudillo (ἡγεμών), ὁρκωμόσια, el sitio de una ciudad, un navío que trae trigo; el segundo habla de saqueos (λῃστήριον), de algunas personas salvadas y de otras muertas.

La misma inseguridad de la vida se refleja en lo poco que sabemos del estado de comunicaciones en esta época. La policía regular del río era claramente incapaz de garantizar la seguridad

---

*1 *Teb.*, 919 y 920.

*2 Íbid., 920, menciona a un epistratego, probablemente Hípalo; véase más adelante.

del transporte fluvial. En 187 a. de J. C., Comano, persona de influencia, estratego de los arsinoítas, tenía un oficial del ejército, probablemente acompañado por un destacamento de soldados, para guardar el barco que transportaba sus bienes. También tenemos noticia de que durante el reinado de Filopátor o Epífanes un grupo especial de μάχιμοι fue organizado para tripular los barcos de la policía fluvial. Recibieron el nombre especial de ναυκληρομάχιμοι, que caracteriza su función: soldados indígenas que guardaban los ναύκληροι. Volveré en seguida sobre esto. Probablemente eran numerosos, y parte de ellos estaba estacionada en Alejandría. Finalmente, en los últimos años del reinado de Epífanes encontramos la primera mención en nuestros documentos de barcos de la marina real en el Nilo con sus trierarcas y tripulaciones, puestos a disposición del dioceta y probablemente otros altos funcionarios con el fin de garantizar la seguridad de comunicaciones por el río y los canales (134).

Un grupo de documentos recientemente publicados, que a primera vista difícilmente tienen relación alguna con la guerra civil y sus consecuencias (nunca se menciona en ellos la guerra civil), iluminan, en mi opinión, las condiciones generales de la época no menos claramente que lo hace la piedra de Roseta y otros documentos citados. Me refiero al informe del proceso entre dos miembros de la familia de un sacerdote de Siut, en el Alto Egipto, llamado Peteto. El período que abarcan los testimonios producidos por las partes en apoyo de sus respectivas demandas se extiende desde los últimos años de Filopátor a los primeros de Filométor. Dos de los documentos que dan el inventario de propiedades de Peteto divididas entre sus dos hijos, desempeñan un papel decisivo en el proceso. Encontramos este inventario en dos versiones: una (en varias copias) fechada en el año 25 de Epífanes, 181-180 a. de J. C.; la otra, en el año 8 de Filométor, 174-173 antes de J. C. Estos dos documentos están separados solamente por unos cuantos años, y años, a lo que parece, no turbados por guerra alguna (la rebelión del Sur fue sofocada en 184-183 antes de J. C.). Sin embargo, encontramos que muchos predios que estaban en excelentes condiciones en 181-180 a. de J. C., están en ruinas y desiertos en 174-173 a. de J. C.; un almacén, nuevo en 181, está en ruinas en 174 (apartado 4); lo mismo puede decirse del apartado 6 (una casa en la necrópolis) y de los apartados 10, 11, 12 (casas y jardines); esto es, cinco apartados de un

total de dieciocho. ¿Acaso se explica esto porque nuestra escasa información sobre la guerra en el Sur es equivocada y que la guerra siguió después de 184 y las casas fueron destruidas durante la revuelta? ¿O fue decadencia debida al abandono a causa del empobrecimiento general del Sur? Es imposible decirlo. Puedo añadir que este grupo de documentos en conjunto da una excelente ilustración de las fuentes de ingresos de los miembros de una clase numerosa e importante de la población de Egipto, los sacerdotes de los innumerables templos (135).

Otro ángulo del cuadro lo ilumina una colección de cartas reales de 184-183 a. de J. C. dirigidas a la fuerza policial del reino, que se conservan solamente en fragmentos. La carta principal contiene las instrucciones del rey a un tal Sinnomo; que se remiten a los διαγράμματα y προστάγματα reales —los suyos, los de sus padres y los de sus antepasados (πρόγονοι)— y se les denomina χρηματισμοί*[1]. Sólo un párrafo de la carta está más o menos intacto. Trata de los denunciantes. Después del torbellino de la guerra civil, su profesión era, a lo que parece, provechosa. Continuamente apelaban al rey personas molestadas por ellos. Sus instrucciones a la policía eran, con toda probabilidad, su respuesta a estas quejas. El rey no presta oídos a los denunciantes. Los autores de denuncias tontas e inocentes deben ser rechazados. Sin embargo, los que denuncien con la intención de dañar y crear conflictos (διαφορᾶς ἢ σεισμοῦ χάριν) deben ser inmediatamente entregados al rey (136).

Un pasaje de un documento posterior que estudiaremos en seguida, proyecta luz*[2] sobre otro aspecto de la situación. Muestra el efecto del torbellino de la guerra civil sobre las condiciones de la agricultura en los dominios reales. Herodes, ministro de finanzas y economía de Filométor, en sus minuciosas instrucciones (ἐντολαί) a sus subordinados, menciona a un cierto Hípalo, alto funcionario en el pasado, «que en la época en que estaba al frente del país» (ὁ τότε προκαθήμενος τῆς χώρας), y en condiciones parecidas, se enfrentó con las mismas dificultades. Este Hípalo era un hombre bien conocido en el reinado de Epífanes y Filométor. Figura en varios documentos demóticos (de 185 a 169 antes de J. C.) como sumo sacerdote de Tolomeo Soter en Tolemaida y es denominado ἐπιστράτηγος (gobernador general), al

---

*[1] Véase *Teb.*, 703.
*[2] *U. P. Z.*, 110.

parecer, de todo Egipto en una inscripción Tolemaida*[1] y en una petición de Tebtunis*[2]. Como tal, puede ser llamado por Herodes gobernador jefe del país, y en calidad de tal, pudo haber tomado las medidas más adelante detalladas. El cargo que tenía era nuevo, probablemente creado por Epífanes para contrarrestar los efectos de la guerra civil y reorganizar la vida del país. Una de las medidas con ella relacionado es mencionada por Herodes. Durante la guerra civil muchas zonas antes cultivadas quedan ahora desiertas y abandonadas por sus cultivadores. Hípalo apeló a los grupos de población de Egipto más ricos y patrióticos —los labradores reales más acomodados, terratenientes y funcionarios de la corona— y tuvo éxito, mediante una suave presión, en inducirlos a aceptar la responsabilidad de los pagos debidos de la tierra desierta, en otras palabras, cultivarla a su propio riesgo. Parece ser uno de los primeros ejemplos, y tal vez el primero, de la ἐπιβολή de tierra desierta, es decir, el cultivo obligatorio en caso de emergencia por miembros de las clases acomodadas, una institución que estaba destinada a ser un factor dominante en el sistema agrícola del país durante los siglos venideros (137).

La medida de Hípalo fue, por supuesto, de emergencia, dictada por la necesidad. Pero el fenómeno que había detrás duró largo tiempo. La escasez de trabajo y la reducción correspondiente del área cultivada fue lo que minó los fundamentos de la economía rural. He mencionado este fenómeno al hablar del decreto de amnistía de Epífanes. Después de la proclama la situación no mejoró. Un informe sobre las cosechas del segundo año de Filométor contiene algunos apartados característicos a este respecto*[3]. Un lote de tierra*[4] había sido antes alquilado por un cierto ἐκφόριον. En un tiempo determinado, por una concesión especial o contrato hecho por un funcionario, se había cambiado (¿reducido?) el tipo de renta. En 180-179 a. de J. C. no se encontraban arrendatarios que quisieran arrendar la tierra en estas condiciones. Por un nuevo arreglo, la tierra fue arrendada κατὰ τὴν ἀρετήν, es decir, de acuerdo con su actual condición (el término técnico posterior es ἐξ ἀξίας, véase más adelante), y quizá por término indefinido. Otro documento de la misma época nos

*1 *O. G. I.*, 103.
*2 *Teb.*, 778, reeditado por completo en *Teb.*, 895.
*3 Ibíd., 829.
*4 Líneas 19 y sigs.

ilustra sobre la misma situación. En los antiguos *dorea* de Apolonio, probablemente los únicos *dorea* florecientes de que he hablado anteriormente, había una gran extensión de tierra baldía*[1]. El gobierno deseaba que esta tierra fuese roturada y la ofrecía a los solicitantes en unas condiciones enfitéuticas muy favorables: diez años sin renta (ἀφορί), y después a una renta nominal de un dracma por arura. Quizá podamos relacionar este proceso de abandono de la tierra por los arrendatarios seguido por su roturación, con varios rasgos de la política agraria de la última época tolemaica de que hablaré ampliamente después: asignación de *cleroi* a los nuevos colonos militares, la mayoría de tierra en barbecho; abandono de la misma tierra en parcelas a los templos; y finalmente, quizá el renacimiento de los *doreai* (138).

He dicho que la difícil situación económica de los reinados de Filopátor y Epífanes abrió la puerta a la inflación. Un documento recientemente publicado*[2], cuyo contenido sobre la política monetaria del rey ha sido revelado recientemente por C. B. Welles, muestra que la inflación se desarrollaba rápidamente en Egipto ya en la época de Epífanes. En un contrato de 182 a. de J. C. que se refiere al pago de 48 talentos de cobre, la multa por incumplimiento, que generalmente sube a una vez y media la suma impuesta, se fija en 100 dracmas de plata del antiguo patrón tolemaico (ἀργυρίου τοῦ παλαιοῦ Πτολεμαϊκοῦ). La definición Πτολεμαϊκοῦ es sorprendente, y suscita la cuestión de si circulaba en Egipto por aquella época otra plata distinta de la tolemaica. Pero el punto más importante es la proporción. En 182 a. de J. C. el dracma de plata valía aproximadamente 432 dracmas de cobre, casi el mismo tipo que después, en el reinado de Filométor (véase más adelante) (139).

Las condiciones políticas de Egipto mejoraron rápidamente en los últimos años del reinado de Epífanes. Su inesperada muerte a la edad de veintiocho años fue un duro golpe para el país. Otra vez era rey un menor de edad: FILOMÉTOR. Los aventureros sin escrúpulos Euleo y Leneo, corrompidos e incompetentes, actuaron como regentes y desmoralizaron el gobierno. La situación se agravó por una nueva guerra con Siria que llevó a la ocupación temporal de Egipto por Antioco IV y a una extensa devastación (140).

---

*[1] *Teb.*, 918.

*[2] *Mich.*, III, 182 a. de J. C.

Poco después de la terminación de esta guerra estalló una nueva revuelta de los indígenas, quizá relacionada con la lucha dinástica entre Filométor y Evérgetes II. Empezó hacia 165-164 antes de J. C. bajo la dirección de un cierto Dionisio Petosérapis. Se extendió muy al Sur, y la gravedad de la situación quizá aumentara por una guerra con Nubia (141).

Las condiciones que predominaban en Egipto durante el reinado de Filométor y, en particular, las consecuencias de la revuelta de Petosérapis se nos revelan claramente en varios documentos. El más largo e ilustrativo de éstos es uno de 164 antes de J. C. (véase pág. 763) que se refiere a una orden del rey que trata de la situación agrícola, especialmente del cultivo de la tierra (πρόσταγμα περὶ γεωργίας). La revuelta bajo Epífanes y la guerra de Antioco IV habían desorganizado gravemente el cultivo normal de la tierra. Pero en esta época era posible restaurar el orden con medidas blandas y una suave presión sobre los cultivadores. Después vino la revuelta de Petosérapis, que sin duda fue un asunto muy serio. Gran número de indígenas tomaron parte en ella y, o perecieron en las múltiples batallas, o fueron ejecutados después de dominada la revuelta, o permanecieron escondidos en los pantanos, viviendo como bandidos. Sus tierras quedaron abandonadas y desiertas. Hubo escasez de trabajo en todo Egipto, y también escasez de ganado de tiro. El documento en cuestión habla de la revuelta como de una inmensa calamidad (καταφθορά). El año siguiente a la terminación de la guerra fue desastroso. Eran inminentes la escasez de grano y quizá el hambre. La apelación al patriotismo y al sacrificio de las clases acomodadas, como se había hecho tantas veces, era ahora inútil como medio de salvación. El gobierno recurrió a la fuerza. El rey ordenó que todos (πάντες) tomasen parte en el cultivo de la tierra abandonada. Se ordenó que se asignasen parcelas (ἐπιγραφή) a los que se consideraban capaces de soportar la carga. Para hacer menos pesado esto, se garantizaba una reducción de la renta llamada técnicamente (κουφισμός) a los cultivadores en perspectiva, a los que se prometían préstamos gubernamentales.

Los resultados de esta medida fueron deplorables. Los funcionarios locales se dispusieron a dar efecto a la orden real con celo y entusiasmo. El «todos» (πάντες) de la orden se interpretó al pie de la letra. Pero la gente rica e influyente probablemente encontró medios de escapar a la responsabilidad mediante regalos

y presiones sobre los funcionarios. Los que la sufrieron fueron los humildes, que no tenían medios de soborno ni influencia. Éstos eran los labradores reales (especialmente los más pobres de ellos), los empleados en distintas empresas reales (ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις), los empleados del gobierno en las ciudades y sobre todo los soldados del ejército, especialmente los soldados indígenas, los μάχιμοι, cuyos *cleroi* eran muy pequeños (ocho, siete o cinco aruras), apenas suficientes para soportar a los arrendatarios y sus familias. La presión de los funcionarios se hizo sentir por igual sobre los soldados que no habían sido movilizados como sobre las familias (ἀποσκευαί) de los que estaban en servicio activo.

La situación era crítica. Debe recordarse que la revuelta de Petosérapis parece que estuvo relacionada con la lucha dinástica entre Filométor y su hermano Tolomeo el Joven (νεώτερος, después Evérgetes II). El documento a que nos hemos referido arriba y otros de la época muestran que el número de μάχιμοι asentados, la mayoría soldados indígenas mercenarios, se había aumentado rápidamente y que después de Rafia estos μάχιμοι ocupaban una posición importante en el ejército real. Estos hombres estaban furiosos y conocían su fuerza. Algunos estaban estacionados en Alejandría como parte de la guardia real. El primer paso que dieron, junto con sus camaradas los soldados del río (ναυκληρομάχιμοι), que eran responsables de la protección del tráfico por el Nilo y sus canales, fue enviar una petición al rey*. El rey y sus consejeros se alarmaron. Filométor dio órdenes a su ministro de economía real, el dioceta, de tomar las medidas apropiadas para satisfacer las justas demandas de los μάχιμοι y de las clases bajas, especialmente indígenas, de la población en general. El dioceta Herodes dio rienda suelta a su rabia en instrucciones a sus subordinados locales, en las que lanza truenos contra su estupidez y falta de honradez. Le habían tergiversado de mala manera. Al decir πάντες no quería significar «todos», sino los que podían soportar la carga, los ricos y acomodados, la burguesía, no las clases trabajadoras. No tenemos medio de estimar qué éxito alcanzó con sus mandatos (ἐντολαί). Contienen notas muy vagas sobre los

---

* Se dice explícitamente en el documento que éste fue redactado por οἱ παρεδρεύοντες ἐν Ἀλεξανδρείᾳ ἐπίλεκτοι (μάχιμοι); guardias (indígenas) del rey, es decir, los μάχιμοι y los ναυκληρομάχιμοι.

capaces e incapaces (δυνατοί y ἀδυνατοῦντες) y no define claramente quiénes eran unos y quiénes otros. La coacción lleva siempre a la opresión, y la coacción era el único recurso de un gobierno que se considera la única fuerza directriz en la vida económica. Sea como fuere, en la orden de Filométor tenemos el primer ejemplo conocido de cultivo obligatorio de la tierra en gran escala por todos los miembros de las clases ricas, aunque el principio en sí no fuese nuevo. Naturalmente, los miembros de las nuevas clases oprimidas trataron de escapar a la carga que se les imponía. Uno de sus subterfugios fue entrar en las filas de la clase que era realmente privilegiada, las fuerzas militares del reino. Esto lo sabía el gobierno, y en el documento en cuestión se tomaron medidas para evitarlo (142).

Las disposiciones de Herodes y la situación de Egipto, durante las guerras de Antioco IV y Petosérapis, y después de ellas, están ilustradas en otros documentos. Dos de ellos proyectan luz sobre la actitud de la población egipcia, y especialmente sobre la de los sacerdotes. De estos documentos y de la presencia, anteriormente mencionada, de soldados indígenas en Alejandría podemos inferir que los egipcios estaban divididos entre sí durante la revuelta de Petosérapis, apoyando algunos a éste y otros al rey. En este sentido me inclino a interpretar *Teb.*, 781, petición fragmentaria de un inspector del Amonión de Moeris (cerca de Arsínoe-Crocodilópolis) de hacia 164 a. de J. C. en que se cuenta la historia de su santuario. El santuario fue primeramente destruido por Antioco IV y después restaurado por Filométor. Los beneficios del rey y probablemente la actitud de los sacerdotes hacia él en la revuelta de Petosérapis, y también quizá el hecho de que el santuario fuese el de los clerucos (τεσσαρακονταπεντάρουροι) asentados en Moeris, fue lo que despertó la ira de Petosérapis contra el templo y condujo a su destrucción por sus partidarios.

La situación de Socnopaiu Nesos probablemente fue parecida*. Antes de la guerra, un tal Marres, sacerdote, había comprado una casa de una sacerdotisa parienta de Tembos. El contrato de venta fue depositado en manos de un cierto Cóndilo, pescador, que actuó probablemente en calidad de depositario del documento (συγγραφοφύλαξ) y residía en la «ciudad». Cuando la «ciudad» fue capturada por los rebeldes, le quitaron el contrato

---

* *P. Amh.*, 30; Wilcken, *Chrest.*, 9.

y lo quemaron. Tembos aprovechó la ocasión para ocupar la casa. Esta quema de contratos es un hecho típico de las revoluciones sociales en general (véase el caso de Dima de Acaya en 115 antes de J. C., cap. VI), en este caso pudo haber sido hecho por instigación de algunos sacerdotes partidarios de Petosérapis y dirigido contra los sacerdotes leales. Tembos pudo haber tenido parte en el asunto (143).

Otro documento ilustra el caos económico que los disturbios (ταραχή) crearon en Tebaida. Es una petición (sin fecha), recientemente descubierta en Deir el Bahari, en la ribera occidental del Nilo, entregada por un tal Petearoeris al estratego de Peritebas contra un cierto Pemsáis. Éste había comprado en parte, y en parte robado, un trozo de tierra de 80 aruras que pertenecía a la mujer de Petearoeris, y «en los disturbios» había sido declarada (ἐν τῆι γενομένηι ταραχῆι) «tierra sin propietario» (ἐν τοῖς ἀδεσπότοις). La mujer de Petearoeris, y probablemente él mismo, era en esta época ἐν τοῖς κάτω τόποις, es decir, habían escapado del Sur hacia el Norte, donde estuvieron algún tiempo, lo suficiente para que sus bienes fueran declarados ἀδέσποτα y vendidos. Se ven las dificultades originadas por los disturbios. No sabemos qué papel desempeñó Petearoeris en la revuelta. Pudo haber sido uno de los que huyeron de los rebeldes. En todo caso, el cuadro descrito por el peticionario es característico de las condiciones de la época (144).

Las mismas molestias afectaron a otras personas. Conocemos por casualidad la historia de la familia de Tolomeo, el famoso recluso (ἐγκάτοχος) del serapeo de Menfis. Tolomeo se había metido en el serapeo mucho antes de 165-164 a. de J. C., fecha de la revolución de Petosérapis. Pudo haber escogido el serapeo como refugio por devoción personal y entusiasmo religioso. Sin embargo, no es improbable que tuviese alguna parte en su decisión el estado revuelto de Egipto. Hay que recordar que la revolución en el sur de Egipto acababa de ser dominada y que el peligro de la guerra con Siria estaba en el aire. Tolomeo era hijo de un κάτοικος y probablemente sujeto al servicio militar. Pudo haber preferido la vida más o menos tranquila de un recluso sagrado en el serapeo, bajo la protección del dios y del rey, a las dificultades de la vida de un soldado y a los peligros que le acarrearía la residencia en su Psiquis natal entre egipcios hostiles. Su padre, Glaucias, de hecho, fue muerto en Psiquis, probablemente por los rebeldes, al final mismo o muy poco después de la

terminación oficial de la revuelta (164 a. de J. C.). El mismo Tolomeo fue molestado en su retiro durante la revolución y poco después de ella, por los sacerdotes egipcios, porque, como dice en su queja sobre el asunto, era griego (145).

La derrota de la revolución no significó el fin de los disturbios en Egipto. Poco después de su vuelta de Roma y su victoria diplomática sobre su hermano rebelde, Filométor fue obligado, con el fin de pacificar a Egipto, a proclamar en 163 a. de J. C. una amnistía general que se extendía probablemente a todos los que estaban escondidos o habían sido denunciados (compárese la situación similar bajo Epífanes) como participantes en la revuelta (146). Pero ni aun después de la amnistía se restableció la quietud en Egipto. Era característico de las condiciones de la época que bandas de ladrones actuasen en los inmediatos alrededores del serapeo de Menfis en 157*[1] a. de J. C. y 152*[2] a. de J. C. Los ladrones (λησταί) a que aquí nos referimos eran, con toda probabilidad, hombres excluidos de la amnistía. Sabemos que hacia 157 antes de J. C. había muchos «labradores reales» (βασιλικοὶ γεωργοί) que estaban bajo proceso, acusados de pillaje y otros crímenes (ἐνεσχημένοι λείαις καὶ ἄλλαις αἰτίαις) y cuyos territorios probablemente habían sido confiscados*[3]. No tenemos por qué admirarnos de que las fronteras de Egipto estuviesen cuidadosamente vigiladas. Tenemos noticia de que en 143 a. de J. C. soldados regulares y gendarmes árabes montaban la guardia en la frontera del desierto del Fayum, cerca del famoso Laberinto*[4]. Ésta pudo haber sido una medida de emergencia tomada por Evérgetes II en los primeros años de su reinado; pero, por otra parte, pudo haber sido una institución regular para detener a la gente indeseable y errante que podía salir o entrar en Egipto (147).

Todos los documentos anteriormente citados muestran lo rápidamente que empeoraba la situación en Egipto bajo Filométor y cómo aumentaba de un modo alarmante el descontento de la población. Había que hacer algo. Varias medidas para mejorar la situación se presentaban al gobierno: todas habían sido adoptadas de cuando en cuando en el pasado, incluso en los grandes días de paz, orden y prosperidad del siglo III a. de J. C. Me refiero a algunas con ocasión de Filopátor y Epífanes. Los testimonios son más

*1 *U. P. Z.*, 122, 9.
*2 Ibíd., 71, 7.
*3 *Teb.*, 742, 26 y sig., y 32 y sig.
*4 Ibíd., 736.

abundantes para la época de Filométor. El hecho más grave con que se enfrentaba el gobierno era la disminución de los ingresos, debido a las dificultades de la recaudación de impuestos y a la acumulación de atrasos. Para contrarrestar esto, el recurso más natural del gobierno era recurrir a la fuerza y a la compulsión. El rey deseaba que impuestos y rentas se recaudasen por completo. El rey presionaba sobre el dioceta, éste sobre sus subordinados, y así sucesivamente. Los funcionarios de la corona, siendo todos responsables en persona y propiedad ante el rey, estaban alarmados y transmitían la presión a la población aplicando todos los medios de compulsión a su alcance.

Muchos documentos de la época de Filométor presentan ilustraciones a este sistema de compulsión y sus resultados en la esfera de los impuestos y recaudación de rentas. Ninguno más elocuente y típico que uno de los papiros del Serapeo de 156 antes de J. C.* Como ya he explicado, muchos ingresos reales se recaudaban por intervención de los arrendatarios de impuestos (τελῶναι), que no eran de hecho recaudadores de contribuciones, pero que eran responsables de la recaudación del impuesto en conjunto. En este documento vemos cómo eran presionados los arrendatarios de impuestos, los cuales presionaban a su vez a los contribuyentes. Ocurrían continuamente exacciones obligatorias (διασεισμοί), trampas (παραλογεῖαι), y denuncias (συκοφαντεῖαι) de contribuyentes acusados de recalcitrantes defraudadores. Las quejas a la administración local resultaron ineficaces. En sus quejas, los contribuyentes habían recurrido al rey y a su dioceta manifestando sus querellas contra la administración local y los arrendatarios de impuestos. Alejandría estaba llena de estos peticionarios. Para detener esta ola de descontentos, el dioceta Dioscórides envió una carta circular a sus subordinados en la χώρα recordándoles el deseo del rey y la reina de que se hiciese justicia, y que su política se dirigía al mismo fin, prohibiendo los actos de opresión y denuncia. Las intenciones del rey y de su dioceta eran excelentes, sus principios de gobierno, benevolentes y humanos, pero dudo muchísimo de que de la carta surgiera alguna mejora positiva. Los arrendatarios de impuestos seguían sujetos a duras presiones porque el gobierno tenía urgente necesidad de dinero, y los arrendatarios de impuestos transmitían automáticamente esta presión a los contribuyentes (148).

---

* *U. P. Z.*, 113.

Por supuesto, la compulsión no fue el único medio a disposición del gobierno ni la única medida adoptada. Era un arma peligrosa. Las reacciones de la población ante ella fueron muchas y variables. Las amargas quejas eran solamente una de estas reacciones, y no de las más dañosas. Más peligrosas eran las huelgas, las secesiones (ἀναχωρήσεις), de que ya he hablado y que discutiré más ampliamente en el próximo capítulo. Las secesiones eran en su mayor parte colectivas, pero también con frecuencia individuales. Un hombre oprimido quería simplemente desaparecer de su casa (ἰδία), desvanecerse. Finalmente, detras de la secesión estaba el espectro perpetuo de la revuelta armada, de la guerra civil.

Era natural que en estas circunstancias el rey no recurriera siempre a la compulsión y a la violencia, sino que intentase medios más pacíficos: entendimiento mutuo, compromiso, concesiones. Encontramos ejemplos de este método principalmente en la administración de la tierra de la corona o real, de la que sacaba el rey grandes ingresos. Ya he mencionado alguna de las medidas adoptadas por el gobierno para evitar la despoblación de los pueblos reales y el abandono de la tierra, que conducía a la disminución del área cultivada. Por un lado, se aplicaba la compulsión, mitigada o no: ya he descrito los primeros estadios de la ἐπιγραφή o ἐπιβολή al hablar de Hípalo y Herodes. Incluso aquí, por supuesto, el gobierno prefería la persuasión a la compulsión. Por otro lado, se recurría a medidas conciliatorias: reducción de rentas (κουφισμός); privilegios garantizados a los agricultores en consideración a su tierra desierta y abandonada; exención total de la renta de los primeros diez o cinco años, seguida por una renta nominal y después completa (contratos enfitéuticos), fijación de la renta de ciertas parcelas de tierra no según su valor nominal (esto es, la clase a la que pertenecía en los catastros), sino a su valor actual (κατὰ τὴν ἀρετήν, ἐξ ἀξίας), y algunas veces por un término largo e incluso indefinido. En estos documentos encontramos combinaciones de varios de estos medios. Los resultados fueron a veces satisfactorios. En los registros y otros documentos encontramos ejemplos de tierra roturada y restaurada a su antiguo estado jurídico. Pero estos casos son raros. En general, las medidas descritas no detuvieron el crecimiento gradual y a veces rápido del área de tierra en barbecho (ὑπόλογος) que no producía ingresos al rey (149).

Aunque bien intencionadas y a veces útiles, las concesiones hechas por el gobierno nunca satisficieron al pueblo, y no es sor-

prendente que algunas clases de la población intentaran obtener por otros medios lo que tanto deseaban, por una presión constante desde abajo, que al final obligaría al gobierno a reconocer y legalizar como hechos consumados ciertos cambios en el sistema económico y social del país. Como era de esperar, entre estas clases se destacaban los que habían gozado de una situación privilegiada en el Egipto tolemaico y que luchaban por obtener la extensión y legalización de los privilegios que poseían. Eran los sacerdotes, los soldados establecidos en el campo y la burguesía terrateniente; la mayoría de los componentes de los dos últimos grupos era de origen extranjero.

Por lo que se refiere a los templos y sacerdotes, ya he mostrado el éxito que tuvieron en arrancar del gobierno algunas concesiones parciales. Sus actividades se dirigieron principalmente a asegurarse más libertad en la administración de la γῆ ἱερά y la administración completamente libre de la γῆ ἀνιερωμένη, los numerosos regalos de tierra hechos a los templos por los reyes y por otros donantes. Si estos esfuerzos hubieran tenido éxito (sobre la administración de esta clase de tierra bajo Filométor sabemos muy poco), habrían llevado directamente a la creación de un enclave bajo administración privada dentro de la zona por otra parte continua, que estaba bajo la intervención gubernamental.

Otro desarrollo del mismo tipo se refiere a la γῆ κληρουχική. Debemos señalar en primer lugar la aspiración de los clerucos a ser reconocidos, no como poseedores temporales de sus *cleroi*, sino como propietarios de hecho, con derecho a transmitirlos, sujetos a ciertas ligeras formalidades, a sus herederos —a sus hijos, y quizá otros parientes—, que les habían de suceder en las filas del ejército*. Esta aspiración fue reconocida por el gobierno algún tiempo antes de Rafia. Aún más importante era otro rasgo de la organización del ejército. Ya he descrito qué consideraciones políticas y militares obligaron a Filopátor a reorganizar su ejército. Los soldados asentados en el campo heredado de sus antecesores eran escasos en número e insuficientes para guardar a Egipto contra la agresión externa y el desorden interno. Pero reforzar el ejército exclusivamente con mercenarios, con grandes destacamentos con soldados extranjeros en servicio temporal, habría sido peligroso y caro. El único medio para aumentar el ejército y su fidelidad y eficacia era

---

* *P. Lille*, 4; *Chrest.*, 336, 218-217 a. de J. C.

organizarlo según los principios inventados por los primeros Tolomeos, esto es, aumentar el número de clerucos asentados, incrementando así las fuerzas territoriales. Este refuerzo podía efectuarse, sin duda, en estrecho acuerdo con las tradiciones de los primeros Tolomeos, trayendo grandes cuerpos de mercenarios del extranjero y asentándolos en el país. Este recurso era posible porque en el extranjero podía obtenerse gran número de mercenarios, y este método fue el que se aplicó.

Pero este recurso admitía serias objeciones. Los *cleroi* asignados a los primeros clerucos eran grandes, y su creación había sido una medida costosa. Por otro lado, los *cleroi* pequeños, especialmente de tierra que no estaba cultivada, difícilmente satisfarían a mercenarios fieles y de buenas cualidades. Además, el área de tierra cultivable y cultivada, o si no cultivada, fácil de roturar, a disposición del gobierno, ya no era tan grande como lo había sido en la época de Soter y Filadelfo. Aumentarla mediante la desecación y el riego era un proceso caro, y privar a los indígenas de su tierra con el fin de darla a los nuevos colonos sería altamente peligroso.

Dado que no era muy probable que gran número de mercenarios extranjeros se contentase con pequeños lotes de tierra para roturar, como recompensa de sus servicios (esto fue lo que los Tolomeos del siglo II a. de J. C. proveyeron para sus nuevos colonos militares), más valía dar esta tierra a los indígenas, ya que éstos, después de todo, en caso de necesidad, podían ser obligados al servicio militar. Además, la introducción en Egipto de gran número de extranjeros era peligroso en el aspecto político. Después de la revuelta ocurrida en los últimos años de Evérgetes, los Tolomeos habían comprendido los peligros inherentes a un proceso que intensificaría en Egipto la antinomia social y política que he descrito en detalle en un capítulo anterior.

En estas circunstancias, Filopátor y sus sucesores decidieron recurrir a un compromiso: abrir las puertas del ejército territorial a los indígenas; en otras palabras: organizar los μάχιμοι del pasado según nuevos principios y aumentar su número. Se creó un nuevo cuerpo de clerucos compuesto de varios cuerpos de μάχιμοι. Ya creadas por Filopátor antes de Rafia, estas unidades militares indígenas se transformaron en parte del ejército territorial. Los soldados que formaban este nuevo contingente militar recibieron *cleroi* probablemente en las mismas condiciones en que habían sido otorgados en la época de Filadelfo, con algu-

nas modificaciones (menor tamaño de los lotes, empleo para este fin de tierra no roturada y sin cultivar, sujeción a liturgias y un gran porcentaje de *apomoira:* un sexto en vez de un décimo).

Parecía que se había creado un nuevo ejército nacional en el cual griegos e indígenas estaban igualmente representados. Pero éste no fue el resultado. De hecho, los antiguos clerucos se hicieron una especie de aristocracia militar, posición compartida por los mercenarios, mientras que la masa de soldados indígenas era inferior a ellos en categoría y remuneración. Con el fin de distinguir entre los dos grupos, el grupo antiguo ya no se conocía por κληροῦχοι, sino por κάτοικοι.

La reforma, aunque no fue completa ni radical, tuvo importantes consecuencias para el país. Con ella cambió el estado de muchos λαοί. Ya no fueron λαοί, sino clerucos, pero se les trató en casi todos los aspectos como a los clerucos griegos del pasado. Gozaron de mucha mayor libertad en sus asuntos económicos. Sus *cleroi* eran pequeños y requerían atención y trabajo, pero podían ampliarse y mejorarse fácilmente mediante la compra de más tierra o mediante la enfiteusis. Finalmente, tenían la seguridad de dejar sus tierras a sus herederos masculinos. No nos extraña, pues, que algunos λαοί intentasen meterse subrepticiamente entre los μάχιμοι, y que cuando los Tolomeos deseaban aumentar su ejército territorial, probablemente no faltaron reclutas. Tampoco nos sorprende que incluso algunos mercenarios extranjeros estuviesen dispuestos a aceptar las mismas condiciones del servicio y transformarse en μάχιμοι establecidos, hecho del que tenemos testimonio no sólo en el siglo I antes de J. C., sino también a principios del II.

Naturalmente, los medios adoptados por los gobernantes de Egipto no estaban libres de peligro, como se ve por las revueltas bajo Filopátor, Epífanes y Filométor. Pero el hecho de que los reyes pudieran dominar estas revueltas prueba que la mayoría de los μάχιμοι permanecía leal, aunque muchos se unieran a las filas rebeldes. La piedra de Roseta nos da testimonio de esto, y quizá *Teb.*, 703 (si pertenece a la época de Filopátor) nos la dé también.

La situación puede resumirse como sigue. Los Tolomeos se vieron forzados por las circunstancias a permitir que se abriese una amplia brecha en su sistema de intervención estatal, tanto respecto a los templos como respecto al resto de la población.

El número de los que gozaban de cierta libertad económica tuvo que aumentarse, y los labradores indígenas fueron admitidos a una posición privilegiada (λαοὶ βασιλικοί) (150).

Igualmente hubo, con toda probabilidad, un aumento en el número de los que estaban más o menos exentos de intervención gubernamental como poseedores o arrendatarios de otras clases privilegiadas de tierra. Nuestra información respecto a la historia de los regalos reales *(doreai)* es defectuosa (véase pág. 404). Parece, por nuestros escasos testimonios, que algunos *doreai* del pasado «volvieron a la corona» y fueron administrados por agentes de los reyes (tal fue probablemente el destino del *dorea* de Apolonio, *Teb.*, 918). Por otra parte, se otorgaron nuevos *doreai*, y a lo que parece no en número escaso, a personajes recién elevados a una situación privilegiada en Alejandría. A los textos ya citados puedo añadir algunas indicaciones más, sacadas en su mayoría del nuevo volumen de papiros de Tebtunis. En los documentos oficiales de finales del siglo III a. de J. C. (209 antes de J. C.) la γῆ ἐν δωρεᾷ aparece como una clase importante de tierra*[1]. Sabemos además, por un documento de finales del siglo III la existencia de un *dorea* cerca de Sebenito*[2] y de un documento posterior (171 a. de J. C.) de otro cerca de Psinteo*[3]. Por desgracia, los nombres de los poseedores de ambos *doreai* son desconocidos. Aún más interesante es la mención en una cuenta de recibos en dinero y especie de 138 a. de J. C.*[4] de un *dorea* de Sosibio, probablemente primer ministro de Filopátor. En 138 a. de J. C. este *dorea* estaba seguramente en manos de la administración real, aunque conservaba su antiguo nombre, como el *dorea* de Apolonio. Lo mismo puede decirse del *dorea* de Comano*[5], hombre importante de la época de Epífanes y Filométor, probablemente gobernador de Egipto después de la muerte de Euleo y Leneo.

Es evidente que el sistema de dar regalos estatales a personas destacadas estaba aún en boga, o quizá otra vez en boga, en el siglo II a. de J. C., y no fue sustituido por el sistema igualmente antiguo de *doreai* de los ingresos de ciertos impuestos o mono-

---

*[1] *Teb.*, 705.
*[2] Ibíd., 773.
*[3] Ibíd., 780.
*[4] Ibíd., 860.
*[5] *P. Ryl.*, 207 (*a*), 4; cf. W. L. Westermann, *Arch. Pap.*, XIII (1938), págs. 1 y sigs.

polios*[1]. La razón para la adopción de esta política por los reyes del siglo II a. de J. C. puede haber sido la misma —*mutatis mutandis*— que la que movió a Soter, Filadelfo y Evérgetes, es decir, el deseo no sólo de remunerar la lealtad y el servicio fiel, sino también de atraer capital y energía a la difícil tarea de roturar tierra sin cultivo. Sin embargo, en el siglo II a. de J. C. esta tierra, por regla general, no era tierra nueva, arrancada por los esfuerzos del rey y sus funcionarios al desierto y los pantanos, sino tierra que había sido antes productiva, pero que ahora estaba abandonada y desierta (150 *a*).

No hay razón para que los miembros de la familia real no tuvieran parte en esta tarea. Podemos relacionar con la γῆ ἐν δωρεᾷ dos enigmáticas clases de tierra descritas como «infantazgo de los hijos del rey» (ἐν προσόδῳ τῶν τέκνων τοῦ βασιλέως)*[2] y como «ingresos aparte» (κεχωρισμένη πρόσοδος)*[3].

Al lado de los *doreai* encontramos con más frecuencia que antes poseedores de tierra de propiedad privada (γῆ ἰδιόκτητος, véanse págs. 290 y sigs.). Quizá podamos clasificar con este grupo los γεοῦχοι, que parecen numerosos y bien organizados, en distintos nomos del Bajo Egipto (cerca de Alejandría), los nomos Berenice, de Tolomeo y el Menelaíta. Dos inscripciones —una del reinado de Epífanes (¿o Filométor, o Evérgetes?), otra de 5 a. de J. C.— nos dan información sustancial sobre la vida corporativa de dos clubs o asociaciones similares de estos terratenientes, acuñados al modelo griego. Un grupo se llama a sí mismo «poseedores de tierra en la vecindad de Psenamosis, del nomo de Berenice» (συγγέωργοι ἔχοντες δὲ κτήσεις περὶ Ψενάμωσιν τοῦ Βερενίκης νομοῦ), el otro, «propietarios de Psenenfaya, del nomo Tolemaico» (γεοῦχοι οἱ ἀπὸ Ψενεμφαίας τοῦ Πτολεμαίου νομοῦ). Una tercera inscripción del siglo II antes de J. C. se refiere a «los propietarios de la ciudad» (οἱ ἀπὸ πόλεως γεοῦχοι). Los miembros de estos tres clubs o asociaciones eran, a lo que parece, griegos y, casi con certeza, en parte por lo menos, residentes en Alejandría: el club citado en la primera inscripción adoptó la resolución formal de comprar un trozo de tierra para la construcción de un gim-

---

*[1] Diodoro, I, 52, 5, menciona el regalo que Filadelfo hizo a su mujer de los ingresos del lago Moeris.

*[2] Petronio, III, 97, pág. 237.

*[3] Véase mi *Kolonat*, págs. 44 y sigs.

nasio. Es evidente que los *laoi* egipcios no querían ni podían hacer esto.

Es una lástima que sepamos tan poco de los γεοῦχοι, especialmente del carácter de sus posesiones y de sus relaciones con el gobierno. Sus actividades corporativas sugieren que no eran modestos labradores, sino más bien propietarios acomodados, y el término empleado para describir sus tierras (κτήσεις) y ciertas alusiones en el texto de la primera inscripción pueden indicar que sus fundos consistían, por lo menos en parte, en viñas, y que producían el famoso vino mareótico. Nuestros testimonios sobre ellos pertenecen a los siglos II y I a. de J. C. ¿Debemos suponer que representan un nuevo fenómeno en la vida de Egipto en general, o por lo menos en la vida de los tres nomos suburbanos de Alejandría? (véase cap. IV, nota 87); en otras palabras: ¿Debemos suponer que su existencia y organización atestiguan el crecimiento de la propiedad privada en esta época? ¿O creeremos que la fecha tardía del documento es accidental y que refleja una evolución peculiar de la tenencia de la tierra en la vecindad de Alejandría de los primeros tiempos del gobierno tolemaico en Egipto, continuación quizá de instituciones de los períodos persa y saítico? En todo caso, los γεοῦχοι del Delta en los siglos II y I a. de J. C. representan una clase de poseedores completamente diferente de la de los βασιλικοὶ γεωργοί, mucho más libres en sus asuntos económicos y más parecidos a los terratenientes de los territorios ciudadanos de Grecia. Además, está claro que esta clase no estaba en decadencia ni moribunda.

Sus asociaciones (σύνοδοι) no eran corporaciones profesionales o unidades corporativas de carácter administrativo, como los pueblos de los βασιλικοὶ γεωργοί y los pueblos y ciudades egipcios en general. Eran ciertamente «clubs» de tipo griego, asociaciones formadas para entretenimiento y culto comunes, pero no debemos olvidar que estas asociaciones constaban de hombres de una misma clase y de una misma profesión. A este respecto pueden compararse con asociaciones similares de los κάτοικοι* (151).

Las notas precedentes tienden a una conclusión general: la desintegración gradual del sistema de economía real creada por los

---

* Véase, por ejemplo, *Teb.*, 119, de 105-101 a. de J. C.; cf. *B. G. U.*, 1188.

primeros Tolomeos. El rey, bajo la presión de las circunstancias, se vio obligado a hacer concesiones a la población, y estas concesiones tienen todas un carácter único e igual: la iniciativa privada se emancipa de la pesada carga de la intervención del Estado.

Estas concesiones parciales fueron, por supuesto, incapaces de detener el proceso de empobrecimiento, tanto del gobierno como del pueblo egipcio. La prueba más palpable de este empobrecimiento ha de verse en la crisis monetaria, que, como ya he demostrado había empezado ya en el período de que tratamos. La inflación se desarrolló rápidamente y llegó a ser un rasgo permanente de la situación. Su carácter es poco conocido y difícil de explicar. Sin embargo, es cierto que el valor relativo de las monedas de plata aumentaba, y que éstas desaparecían gradualmente de la circulación y eran tratadas como simple metal precioso: el tipo común de cambio fue 500 y más dracmas de cobre por el dracma de plata. Al mismo tiempo aumentaba firmemente la tendencia a subir los precios de los alimentos, manufacturas y trabajo, aunque la subida fue algo intermitente. El gobierno se aprovechaba de la inflación descargándose de sus obligaciones respecto a sus empleados (incluyendo los militares) y rebajaba la moneda a una proporción de cambio que no correspondía al valor real de la moneda de cobre (152).

Puedo concluir este breve e incompleto resumen de la situación económica y social de Egipto en esta época con un cuadro de las condiciones que dominaban en uno de sus templos, sacado de la correspondencia de Tolomeo, el recluso en el serapeo menfítico. Ello nos permitirá comprender el estado del país durante los revueltos tiempos que siguieron al reinado de Filopátor, especialmente durante el gobierno de Filométor.

El gran templo de Sérapis cerca de Menfis era como una isla tranquila en medio de un mar tempestuoso. Los disturbios políticos parece que no afectaron su prosperidad o la rutina de su vida. No disminuyeron sus sacerdotes ni el concurso de visitantes y peregrinos a quienes recibía,*[1] incluyendo el mismo rey. Tampoco disminuyó la población laica. El templo era uno de los pocos *asyla* reconocidos por el gobierno, y muchos buscaron su protección en las durezas de la vida. Casualmente, tenemos noticias de ellos: las famosas muchachas gemelas*[2] que, perseguidas

*[1] *U. P. Z.*, 41, 4.
*[2] Ibíd., 17-58.

por su madre después de la huida y muerte de su padre, encontraron refugio y después trabajo en el santuario, bajo la protección del recluso Tolomeo; una muchacha heracleota*[1] que intentaba en vano salvarse de la esclavitud bajo la protección de Sérapis y del mismo Tolomeo; quizá otra muchacha de nombre Tatemis*[2], que se ganaba la vida como mendiga del templo; los obreros de los molinos de *kiki**[3], que estaban en peligro de crucifixión por algo que habían hecho en los molinos o por haber escapado de ellos; criminales escapados de la cárcel*[4]; y otros.

En mi opinión, los ἐγκάτοχοι a que me he referido, buscaban también refugio huyendo de sus males. No eran refugiados en el sentido técnico de la palabra. No venían al templo como suplicantes (ἱκέται) para obtener protección. Pero su conversión y su retiro a la clausura testifica una crisis en sus vidas que pudo haber sido puramente personal y espiritual, pero, por otra parte, pudo haber sido, como yo sugiero, el resultado de su dura experiencia. El caso de Tolomeo quizá fuese de esta clase. El episodio de Hefestión Conón y sus compañeros era parecido. Eran macedonios como Tolomeo, probablemente soldados de Filométor en la guerra con Antioco. En 168 a. de J. C. volvían a su *polis*, pero se detuvieron en su viaje en el serapeo, probablemente para dar gracias al dios por haberlos salvado de grandes peligros. Fueron «cogidos» por el dios y estuvieron durante algún tiempo en el santuario como ἐγκάτοχοι temporales. La mayor parte volvió a casa, pero uno —Hefestión— dudó, tentado de quedarse en aquel tranquilo lugar, donde, como Tolomeo, podía ganar dinero. Hefestión sabía que la vida de recluso no era fácil, como afirma repetidas veces Tolomeo. De cuando en cuando, éste se sentía muy deprimido y se desesperaba*[5]. Pero en su casa las condiciones eran mucho peores, como él sabía porque le habían sido descritas por su mujer Isias y su hermano Dionisio*[6]. Aquí van algunas líneas de la emocionante carta de su mujer que se ha enterado con desesperación de que Hefestión estaba aún en el serapeo después que sus camaradas habían vuelto a casa: «Pero sobre el que tú no

*[1] *U. P. Z.*, 3 y 4.
*[2] Ibíd., 2.
*[3] Ibíd., 119 y 120.
*[4] Ibíd., 4.
*[5] Ibíd., 63.
*[6] Ibíd., 59 y 60; Hunt-Edgar, *Select. Paps.*, I, núm. 97.

hayas venido a casa... me ha sentado muy mal, porque después de haberme gobernado a mí y a tus hijos en estos malos tiempos, y haber llegado a todo extremo, debido al precio del trigo, yo creí que, contigo en casa, gozaría de algún respiro.» Y también: «Recordando en qué necesidad estaba yo de todo, mientras tú estabas aquí, por no mencionar el gran lapso de tiempo y estos críticos días durante los cuales tú no nos enviaste nada.» Ha de recordarse que Hefestión y su mujer eran griegos, esto es, miembros de la clase privilegiada, siendo Hefestión ciertamente un κληροῦχος. No sabemos si Hefestión escuchó los ruegos de su mujer y su hermano o se quedó en el templo. La mayoría de sus compañeros volvió a casa. Si esto fue en su provecho o no, es asunto conjeturable, porque la revuelta Petosérapis era inminente.

Puede creerse que el caso de Hefestión fue excepcional. Pero el tono de las dos cartas, la actitud que refleja, me inclinan a considerarlo más bien como típico.

Éstas eran las condiciones en Egipto en el período que nos ocupa. Veremos más tarde que no mejoraron hasta el final del gobierno de la dinastía tolemaica.

Considerado en todos sus aspectos, este período, que comprende el final del siglo III y comienzos del II a. de J. C., no fue desfavorable para el mundo helenístico. Lo que perdieron Grecia y Egipto lo ganaron Siria, Pérgamo, Rodas y Delos. El centro de gravedad económico varió un poco, pero la producción siguió siendo abundante y el comercio activo. Estas condiciones generales se reflejan en la moneda y los precios. Ninguno de los estados directores, excepto Egipto, recurrió a ninguna suerte de inflación, y los precios, también con la excepción de Egipto, no estuvieron sujetos, que sepamos, a fluctuaciones violentas. Su tendencia general parece haber sido a un alza firme, que puede deberse en parte a una mayor demanda de artículos de toda clase, tanto en Oriente como en Occidente.

NOTAS

(1) Véase Tito Livio, XXXII, 33-34. Sobre la conferencia de Nicea: De Sanctis, *Stor. d. Rom.*, IV, 1, 1923, págs. 81 y sigs.; M. Holleaux, *C. A. H.*, VIII, pág. 171.

(2) G. de Sanctis, *Stor. d. Rom.*, IV, 1, págs. 71 y sigs.; M. Holleaux, *C. A. H.*, VIII, pág. 151. El principal relato se encontrará en Polibio, XV, 21-23; cf. XVIII, 3, 11-12. Destrucción de la Tebas Ftiótida y venta

de su población como esclavos. Polibio, V, 100, 8 (este caso me lo recordó E. Bikerman).

(3) Täubler, *Imp. Rom.*, I, págs. 430 y sigs.; M. Holleaux, *C. A. H.*, VII, pág. 125. Véanse los acuerdos con Átalo en 209-208 a. de J. C., M. Holleaux, loc. cit., pág. 130.

(4) Polibio, IX, 42, 5 (209 a. de J. C.); M. Holleaux, loc. cit., pág. 128.

(5) J. Carcopino, *Points de vue sur l'impérialisme romain*, 1934, pág. 38; M. Holleaux, *C. A. H.*, VIII, págs. 126 y sigs.

(6) M. Holleaux, *C. A. H.*, VIII, pág. 194. En el cap. IV, nota 44, he citado los artículos en que Harder trata de demostrar que el Senado y la aristocracia romanos se guiaron en sus relaciones internacionales por los principios de la *humanitas, justitia, clementia* y *fides;* cf. A. Heuss, *Die völkerrechtlichen Grundlagen der röm. Aussenpolitik in republ. Zeit*, en *Klio*, XXXI (XXXIII), 1933, págs. 18 y sigs. Me inclino a considerar estos principios de acción atribuidos a la aristocracia romana, tal como los formula Cicerón, *De off.*, I, especialmente 30-40 *(bellica officia)*, como una teoría que los romanos tomaron de los griegos, o más bien fue formulada para ellos por los filósofos griegos, especialmente Panecio. Véase M. Pohlenz, *Antikes Führertum. Cicero De officiis, und das Lebensideal des Panaitios*, en *Neue Wegez. Antike*, II, 3, 1934; cf. H. Dahlmann, *Clementia Caesaris*, en *Neue Jahrb. f. Wiss.*, X (1934), págs. 17 y sigs., y especialmente U. Knoche, *Magnitudo animi*, en *Phil. Suppl.*, XXVII, 3 (1935), págs. 74 y sigs. Knoche llama la atención sobre Polibio, XXXI, 10, 7, donde mantiene que la pretensión romana de actuar como εὐεργέται era una mera arma política en sus relaciones con el mundo helenístico: πολὺ γὰρ ἤδη τοῦτο τὸ γένος ἐστι τῶν διαβουλίων παρὰ Ῥωμαίοις, ἐν οἷς διὰ τῆς τῶν πέλας ἀγνοίας αὔξουσι καὶ κατασκευάζονται τὴν ἰδίαν ἀρχὴν πραγματικῶς, ἅμα καὶ χαριζόμενοι καὶ δοκοῦντες εὐεργετεῖν τοὺς ἁμαρτάνοντας. Cf. W. Otto, *Zur Geschichte der Zeit des 6. Ptolemäers*, en *Bay. S. B.*, XI (1934). En todo caso, no se encontrará ningún rastro de la influencia de estas ideas de humanidad, etc., en los métodos romanos de llevar la guerra a países tal altamente civilizados como Grecia. Para los romanos, como para los griegos, las ideas de *humanitas fides, clementia* seguían siendo pura teoría, por lo menos en lo que concierne a la práctica de la guerra.

(7) Kahrstedt, artículo Λάφυρον, *P. W. K.*, XII, 772, dice que el derecho a apropiarse el botín por gentes que no fueran las cabezas del Estado se reconoció exclusivamente por los etolios, quienes permitían a sus ciudadanos realizar incursiones particulares y adquirir botín. Kahrstedt cita en apoyo de su afirmación el conocido discurso de Filipo en el que describe los métodos de hacer la guerra de los etolios (véase nota 1). Sin embargo, deja de citar las prácticas de Filipo, los encargos a Demetrio de Faros y después a Dicearco y sus compañeros, en la interesante discusión de Plutarco de las primeras actividades de Filopemén (Plut., *Philop.*, 4). Filopemén empezó su carrera tomando parte en πολιτικαὶ στρατεῖαι, ἃς ἐποιοῦντο κλωπείας ἕνεκα καὶ λεηλασίας εἰς τὴν Λακωνικὴν ἐμβάλλοντες. El carácter particular de estas incursiones se destaca en la afirmación de que Filopemén gastó el producto de ellas en caballos, corazas y armas, y λύσις αἰχμαλώτων. Esto revela que no eran incursiones públicas. Sobre Nabis, véase V. Ehrenberg, artículo

Nabis, en *P. W. K.*, XVI, 1471 y sigs., y nota 14. Es una pena que se haya conservado tan mal la disposición sobre la distribución del botín entre los soldados del ejército de Filipo, en un párrafo de una orden general del ejército macedónico; véase P. Roussel, *Un Règlement militaire macédonien*, en *Rev. Arch.*, serie 6.ª, III (1934), págs. 39 y sigs., col. III, y M. Feyel, ibíd., 6.ª serie, VI (1935), págs. 29 y sigs.; cf. G. de Sanctis, *Riv. Fil.*, LXII (12) (1934), pág. 519; C. B. Welles, *A. J. A.*, XLII (1938), págs. 245 y sigs. Parece que el botín era distribuido por χειριστής especial, y las disputas, resueltas por una comisión de amigos del rey; cf. Polibio, IV, 80, 16. El término técnico para botín en este documento es ὠφέλεια, cf. J. Schweighäuser, *Lex. Polybianum*, 1822, en dicha voz. El nuevo fragmento de esta ordenanza, publicado por Feyel, pertenece en parte al capítulo sobre el botín, y da reglas para la distribución de pequeñas partes de los soldados enviados a una incursión y que traen algunos despojos (véanse los comentarios de Feyel). Es posible que otro párrafo del mismo capítulo tratase de los αἰχμάλωτοι y que hubiese una sección sobre el incendio del trigo (o trigales) y la destrucción (?) de viñas, que se consideraban ἀτάκτημα.

(8) Sobre el κοινόν, cretense: M. von der Mijnsbrugge, *The cretan koinon*, Nueva York, 1931; M. Holleaux, *C. A. H.*, VIII, págs. 292 y sigs. (resumen de la historia de la piratería cretense a fines del siglo III y principios del II a. de J. C. Los tratados fundamentales sobre la actividad política de Creta en la época helenística son los de G. Cardinali, *Crete e le grandi potenze ellenistiche sino alla guerra di Litto*, en *Riv. d. Stor. Ant.*, IX (1904), págs. 69 y sigs.; *La guerra di Litto*, en *Riv. Fil.*, XXXIII (1905), págs. 519 y sigs., y *Creta nel tramonto dell'ellenismo*, ibíd., XXXV (1907), págs. 1 y sigs., y los excelentes artículos de M. Holleaux, *R. É. G.*, XXX (1917), págs. 88 y sigs. [=*Études*, IV, págs. 163 y sigs.], y XXXIII (1920), págs. 223 y sigs. [=*Études*, IV, páginas 124 y sigs.].

(9) A. Neppi Modona, *L'isola di Coo*, 1933, págs. 43 y sigs. (*Mem. d. Ist. St. Arch. di Rodi*, I); M. Segre, Κρητικὸς πόλεμος, *Riv. Fil.*, LXI (II) (1933), págs. 365 y sigs. Se cita la Κρητικὸς πόλεμος —guerra entre Rodas y Creta (205-204)— en *S. I. G.*³, 569 y 568 (junto con la guerra siguiente); sola, en *S. I. G.*³, 567 (Calimna) y en una de las inscripciones publicadas por Segre; la guerra entre Filipo y los rodios (desde 201 a. de J. C.), en *S. I. G.*³, 568, 569, y en la lista de suscripción de Paton-Hicks, núm. 10, cf. 11. Podemos relacionar con una de estas guerras, o con la actividad de los piratas en general en los primeros decenios del siglo II a. de J. C., el decreto de los clerucos atenienses de Imbros en honor de Lisanias, hombre valiente y distinguido a quien se alaba por los servicios que prestó durante una ἐπιβουλή de los λῃσταί, Michel, 157; *I. G.*, XII, 8, 53 (antes de 166 a. de J. C.). Volveré a recordar el hecho antes mencionado de que la mayoría de las islas griegas estaban fortificadas contra los piratas. La población rural se protegía contra ellos en los περιπόλια y πύργοι, H. A. Ormerod, *Towers in the Greek islands*, en *Ann. of Arch. and Anthrop.*, XI (1924), págs. 31 y sigs.; cf. G. Jacopi, *Clara Rhodos*, VI-VII (1932-33), pág. 423, núm. 43; M. Segre, loc. cit., pág. 385; M. Rostovtzeff, *Anatolian Stud. presented to Sir William Ramsay*, págs. 374 y sigs.; y especialmente el excelente

artículo de A. Bon, *Les ruines antiques dans l'île de Thasos*, en *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 147 y sigs., especialmente págs. 179 y 184 y sigs.; cf. Y. Béquignon, *Les Pyrgoi de Teos*, en *Rev. Arch.*, 5.ª serie, XXVIII (1928), págs. 185 y sigs., y W. Ruge, *Teos*, en *P. W. K.*, V A, 554 y sig., véase también L. Robert, *Ét. Anat.*, pág. 531, nota 2.

(10) *S. I. G.*³, 594 (hacia 195 a. de J. C.).

(11) Sobre Antioco y la piratería, véanse, además de la afirmación de Tito Livio citada en el texto: Polibio, XXI, 12; Tito Livio, XXXVII, 27, 5 y sigs. Sobre los *theoroi* délficos y el Quersoneso: *S. I. G.*³, 604 (192-191 a. de J. C.); E. Schwyzer, *Dial. gr. ex. epigr. pot.*, 1923, núm. 333. La inscripción ha sido revisada y reeditada con comentarios por G. Daux, *Delphes au IIᵉ et au Iᵉʳ siècle*, etc., págs. 658 y sigs., cf. pág. 25 y sig. Véase nota 88.

(12) Sobre Hibristas: B. Niese, *Gesch. Griech. u. Mak. Staaten*, II, pág. 729, 2.

(13) Véanse las cartas de Espurio Postumio Albino a los delfios y a los anfictiones y el senado consulto anejo y la carta de Cayo Livio Salinátor a los delfios: M. Holleaux, *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 39 y sigs. Los comentarios de estos documentos, por M. Holleaux, loc. cit., págs. 1-36; P. Roussel, ibíd., LVI (1932), págs. 1-36, y G. Daux, *Delphes au IIᵉ et au Iᵉʳ siècle*, etc., págs. 262 y sigs. Sin duda, los delfios no acusaban a los etolios de haber asesinado a sus embajadores, y los romanos no mencionaron a los etolios en esta ocasión. No obstante, las quejas de los delfios se dirigían principalmente contra los etolios, y podemos ver una velada referencia a ellos en su demanda de investigación.

(14) Sobre la situación social y económica de Grecia a fines del siglo III a. de J. C., véase el cuadro magistral de M. Holleaux, *C. A. H.*, VIII, págs. 146 y sig. Sobre Etolia: R. Flacelière, *Les Aitoliens*, etc., 1937, págs. 310 y sig. Sobre Nabis: V. Ehrenberg, *P. W. K.*, XVI, 1481 y sigs., artículo *Nabis*. Sobre Beocia: B. Haussoullier, *Traité entre Delphes et Pellana*, 1917, págs. 106 y sigs. Sobre Tesalia: Tito Livio, XXXIV, 51, 4 y sigs. (194 a. de J. C.), y XLII, 5, 7 y sigs. (173 a. de J. C.); véase el artículo de R. V. Schmidt citado en la nota 30, págs. 95 y sigs. Las antiguas discusiones sobre el tema se citan en las obras antes mencionadas. Últimamente, A. Passerini, *I moti politico-sociali della Grecia e i Romani*, en *Athen.*, XI (1933), págs. 309 y sigs., ha dado un resumen general de las condiciones políticas y sociales de Grecia en el siglo II antes de J. C. Indudablemente, tiene razón al destacar el apoyo que los romanos ofrecieron (hasta la guerra Aquea) a las fuerzas disolventes en Grecia, tales como, por ejemplo, a los que se oponían al orden y a las clases pudientes, a los hombres que soñaban con el reparto de la tierra y la abolición de las deudas. La propaganda romana está muy bien ilustrada en el conocido manifiesto de los romanos contra Perseo, dirigido probablemente a los anfictiones y publicado en Delfos, *S. I. G.*³, 643 [= *F. D.*, III, 4, 75]; véase Tito Livio, XLII, 13, 3. En *La* τρυφή *nella storiografica ellenistia*, en *Stud. Ital. d. Fit. Cl.*, XI (1934), pág. 52, Passerini interpreta las afirmaciones de Polibio sobre Beocia y Etolia, que yo he utilizado anteriormente, como un conjunto de lugares comunes τόποι, τρυφή, ὄχλου κολακεία, y ὕβρις aplicados mecánicamente por la autoridad de quien los saca Polibio (un historiador helenístico de tipo

corriente) a Beocia y Etolia. Mi impresión no es ésta. En esos pasajes, Polibio no trata de perorar sobre la τρυφή en general, sino de dar un cuadro realista de Beocia, Etolia, etc., y logró su propósito. Polibio no tiene la culpa de que en la vida griega de esta época hubiese gran cantidad de τρυφή, κολακεία, y ὕβρις.

(15) No puedo citar aquí todas las discusiones modernas sobre el tema. Me limitaré a las contribuciones que tratan de la situación en el siglo II a. de J. C.: B. Haussoullier, *Traité entre Delphes et Pellana*, 1917, págs. 102 y sigs.; L. Robert, *B. C. H.*, LIII (1920), págs. 156 y sigs. No puedo citar aquí las muchas inscripciones nuevas encontradas después de la publicación del artículo de Robert.

(16) Este breve resumen se basa en las inscripciones délficas, admirablemente interpretadas por P. Roussel, *B. C. H.*, LVI (1932), págs. 1 y sigs.; R. Flacelière, *Les Aitoliens*, etc., págs. 333 y sigs. (sobre los *epimeletai*), y G. Daux, *Delphes au II^e et au I^er siècle*, etc., páginas 225 y sigs. (Manio Acilio Glabrio y sus donaciones), págs. 259 y sigs. *Delphes contre l'Amphictionie*, y págs. 473 y sigs. *Arbitrages et tribunaux étrangers;* cf. G. Klaffenbach, *Gnomon*, XIV (1938), págs. 6 y sigs.

(17) Sobre la cerámica helenística en general: C. W. Lunsingh, *Grieksche Ceramiek*, 1936. Sobre los cuencos «megareos» del siglo III a. de J. C., véase la nota 163 del capítulo precedente y el Índice, en su voz; cf. H. Thompson, *Two centuries of Hellenistic pottery*, en *Hesp.*, III (1934), págs. 351 y sigs. Los centros posteriores: Delos (?): F. Courby, *Les vases gr. à reliefs*, 1922, págs. 392 y sigs.; Esparta: M. B. Hobling, *Ann. Br. Sch. Athens*, XXVI (1923-24 y 1924-25), págs. 277 y sigs.; Calidón, en Etolia: E. Dyggve, F. Poulse, K. Rhomaios, *Das Heroon von Kalydon*, 1934, págs. 419 y sigs. (*Mém. de l'Ac. r. d. Sc. et d. Lett. de Dan.*, serie 7.ª, vol. IV, 4). Debe prestarse especial atención a los muchos hallazgos de cuencos «megareos» en Macedonia; véanse, por ejemplo, los de Heraclea Lincestis, A. D. Keramopoullos, *Eph. Arch.*, 1932, págs. 65 y sigs. Sobre los incensarios y hornos de carbón portátiles *(réchauds)*, véanse cap. IV, nota 163. Se extendieron por todo el mundo helenístico desde uno o varios centros de producción primitivos, y pronto se fabricaron en cada lugar. Lo mismo puede decirse de las figurillas de terracota: F. Winter, *Die Typen der figürlichen Terrakotten*, 1903. Alejandría: E. Breccia, *Terracotte figurate greche e greco-egizie del Museo d'Alessandria*, vols. I y II, 1930-34; Babilonia y Uruk: M. Rostovtzeff, *Dura and the problem of Parthian art*, en *Yale Class. Stud.*, 5 (1935), págs. 180 y sig.; informes sobre las excavaciones de Warka: *Berl. Abh.*, *Fifth rep.*, 1933, láms. XIX, XX, XXI; *Sixth rep.*, 1935, lám. XXX; *Seventh rep.*, 1935, lám. XXXVIII; *Eighth rep.*, 1936, lám. XLVI, fig. K, y lám. LVII; Seleucia del Tigris: C. Hopkins, *Michigan Alumnus Quart. Rev.*, 1937, núm. 10, págs. 28 y sigs.; N. C. Debevoise, *Asia*, XXXVIII (1938), págs. 746 y sigs.; W. von Ingen, *Figurines from Seleucia on the Tigris* (*Univ. of Mich. St., Hum. Ser.*, XLV), 1939. Mirina: E. Pottier y S. Reinach: *La Nécropole de Myrina*, 1886-88; D. Burr, *Terracottas from Myrina in the Mus. of Fine Arts, Boston*, 1934 (en las págs. 79 y sigs., una buena bibliografía). Amiso (véase pág. 552): *P. W. K.*, IV A, 2437; *A. J. A.*, XXXIX

(1935), págs. 528 y sigs. y XLI (1937), pág. 286. En general, véase J. Charbonneaux, *Les terres cuites grecques*, 1936 (bibliografía, pág. 24).

(18) Para las estadísticas de las indemnizaciones de guerra y botín, véanse las listas en W. Kroll, *Die Kultur der Ciceronischen Zeit*, I, 1933, pág. 88, y notas, y T. Frank, *Econ. surv.*, I, 1933, págs. 127-138. La más minuciosa es la de J. A. O. Larsen, ibíd., IV, 1938, págs. 313 y sigs. Siento que Larsen, al hablar de los efectos de las guerras romanas con Macedonia sobre Grecia, no haya reunido el material sobre los métodos de hacer la guerra que empleaban los romanos y los aliados y enemigos de Roma. Esto ayudaría a entender mejor el estado económico de Grecia a principios del siglo II a. de J. C.

Al hablar de las pérdidas materiales de Grecia en la época de la dominación romana, he dejado de mencionar el grave daño causado por la pérdida de potencial humano: los muertos en las guerras y revoluciones y los que —libres o esclavos— eran exportados como esclavos de Grecia a Italia eran una pérdida irreparable para Grecia. Aunque no tenemos estadísticas, podemos suponer que su número fue muy grande.

(19) W. S. Ferguson, *H. A.*, 1911, págs. 287 y sigs.

(20) Producción de trigo en los distintos estados helenísticos: F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 845 y sigs. Exportación de trigo desde Egipto a Atenas en la época de la guerra social: *I. G.*, II², 845 A y B; A. Wilhelm, Πραγματεῖαι τῆς Ἀκαδημίας Ἀθηνῶν, IV (1936), págs. 25 y sigs. (el remitente era el etolio Escrón, probablemente nieto de otro etolio Escrón, quien salvó a algunos atenienses de los piratas a principios del siglo III a. de J. C., *I. G.*, II², 652, véase cap. IV, nota 14); Rusia meridional a Rodas, Delos y Delfos: *C. A. H.*, VIII, págs. 580-581, y 629-630; cf. pág. 642; Numidia a Delos, Atenas y Rodas: Heichelheim, loc. cit., 856. Exportación de grano de Cartago a Oriente: un hecho nuevo, aunque no extraño; la exportación está atestiguada por una inscripción de comienzos del siglo II encontrada en Istro, S. Lambrino, *Dacia*, III-IV (1927-32), págs. 400 y sigs. (decreto de la ciudad en honor de un cartaginés que importaba grano y lo vendía a la ciudad). La importación de grano (muy cara por el coste del transporte) desde la lejana Cartago a Istro, vecina de Tracia y Olbia, y casi de Panticapeo, demuestra lo irregular de la producción y exportación del trigo tracio y ruso, y lo precaria de la situación de cuando en cuando, incluso en las ciudades griegas de las playas occidentales y septentrionales del mar Negro (hecho mencionado por Polibio, IV, 38, 5). Puede suponerse que el cartaginés a quien se refiere la inscripción se dedicaba al comercio en general, y que el grano que vendía no se producía en Cartago, igual que uno de sus compatriotas que se ocupaba del comercio egipcio con Somalilandia (véase el conocido papiro, U. Wilcken, *Z. f. äg. Spr.*, LX (1925), págs. 86 y sigs.). Pero esta hipótesis es muy poco probable. La exportación de grano desde Cartago demuestra que puede ser correcta mi idea de que después de la segunda guerra púnica se produjo un renacimiento de la agricultura. En contra, véanse T. Frank, *Econ. hist. of Rome*, 2.ª ed., 1927, pág. 115, y *Econ. survey of anc. Rome*. I: *Rome and Italy*, 1933, pág. 203; cf. R. M. Haywood, ibíd., IV, págs. 7 y 16, y mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, págs. 20 y sig. Sobre

el abastecimiento de víveres a las ciudades griegas, véase K. Köster, *Die Lebensmittelversorgung der altgriechischen Polis*, 1939 (que no he visto).

(21) Problema del abastecimiento de grano: F. Heichelheim, artículo *Sitos*, en *P. W. K.*, supl. VI, 854 y sigs. (comercio), 856 y sigs. (precios), y especialmente 875 y sigs. (abastecimiento de trigo de las ciudades griegas; el material ha sido reunido por completo, pero no se presenta en orden cronológico). En el artículo de Heichelheim encontrará el lector una excelente bibliografía al día.

(22) IMPUESTOS: cap. IV, pág. 248, nota 71, y cap. III, pág. 176, nota 75. Para la actitud de la población frente a los *telonai* a principios del siglo III a. de J. C., Herondas, mimo VI, líns. 63 y sigs. Nunca cambió más adelante. No existe ningún buen resumen de la historia de las LITURGIAS en la época helenística y el papel que desempeñaron en la vida económica de la ciudad. J. Oehler, artículo *Liturgie*, en *P. W. K.*, XII, 1875 y sigs., da tan sólo una lista de inscripciones del siglo IV antes de J. C. al IV d. de J. C., en que aparece la palabra «liturgia». En Egipto (F. Oertel, *Die Liturgie*, 1917) la «liturgia» desempeñó un papel muy diferente en la vida del Estado y del individuo. Hace falta una obra general sobre las liturgias en la época helenística. El papel opresor que en la vida de las ciudades desempeñaron las liturgias se refleja en muchos decretos de época helenística otorgando exención de ellas a individuos y grupos: véase, por ejemplo, *I. G.*, VII, 2413-2414 (mediados del siglo II a. de J. C.; privilegios dados a los artistas dionisiacos de Tebas por un magistrado romano), lám. 5 y sigs. ὑμᾶς παντάπα]σιν [ἀ]λειτουργήτους εἶναι καὶ ἀνεπισταθ[μεύτους καὶ ἀτελ]εῖς καὶ ἀν[ει]σφό[ρ]ους πάσης εἰσφορ[ᾶς], cf. cap. VI, nota 18. DONACIONES. En la mayoría de los casos, las contribuciones de los magistrados aparecen como regalos voluntarios, y se recuerdan en decretos por los que la ciudad confiere honores y privilegios a los donantes. Es imposible citar siquiera una selección de estos decretos. Sin embargo, en algunos casos es más que probable que los regalos voluntarios de los magistrados sean liturgias disfrazadas. Bastará un ejemplo entre muchos. Poseemos una larga serie de decretos de Arcesine y Minoa (Amorgos) en honor de los magistrados encargados de la Itonia que contribuyeron a la celebración de este festival (*I. G.*, XII, 7, 22, 24, 25, 32, 33, 35, 241; J. Vanseveren, *Rev. Phil.*, XI (1937), pág. 317, núm. 3). Los magistrados honrados en estos decretos pagaron los gastos de los sacrificios y alimentación durante la celebración de un gran grupo de ciudadanos (quinientos en un caso) y otros residentes en la ciudad e invitados. La regularidad de estos decretos hace suponer que las donaciones de los magistrados eran prácticamente una liturgia. IMPUESTOS EXTRAORDINARIOS (εἰσφορά: véanse nota 20 y cap. VII, pássim). SUSCRIPCIONES: A. Kuenzi, Ἐπίδοσις, 1923. En este valioso libro, el autor trata principalmente de Atenas en el siglo IV a. de J. C., y un apéndice da una lista de los textos que mencionan suscripciones en otras ciudades griegas. El material no estaba completo en la época en que se prepararon las listas. Desde entonces se han hallado muchos textos nuevos. En esta breve nota, no me propongo poner al día la lista de Kuenzi. No obstante, sin pretender ser exhaustivo, puedo citar algunos de los textos más importantes descubiertos desde la publicación de su libro. Para la época primitiva puedo

mencionar el interesante texto fragmentario de Colofón (probablemente del 311-306 a. de J. C.) que registra una suscripción pública para la reconstrucción y ampliación de los muros de la ciudad: B. D. Merrit, *Am. J. Ph.*, LVI (1935), págs. 358 y sigs., cf. L. Robert, *Rev. Phil.*, X (1936), págs. 158 y sigs. Muy ilustrativas son algunas inscripciones de Quíos. Algunas se refieren al refuerzo de las murallas y pueden relacionarse con una donación para este fin de un tal Átalo, cuya identidad es discutida. Podemos asignar esta reconstrucción de las murallas a la época posterior al asedio de la ciudad por Filipo V el 202 a. de J. C. Véase M. Zolotas, Ἀθηνᾶ, XX (1908), pág. 163, núm. 3 (cf. A. Plassart y Ch. Picard, *B. C. H.*, XXXVII, pág. 211) (donación de Átalo); Zolotas, ibíd., pág. 212, núm. 11, y pág. 200, núm. 7 (cf. A. Plassart y Ch. Picard, *B. C. H.*, XXXVII (1913), págs. 212 y sig.); L. Robert, *B. C. H.*, LI (1933), pág. 509, y J. Vanseveren, *Rev. Phil.*, XI (1937), págs. 321 y sigs. Sobre la ἐπιδόσεις de Quíos en general: L. Robert, loc. cit., págs. 505 y sigs., y 536 y sigs. Véanse las inscripciones de Samos (*S. E. G.*, I, núm. 367) y de Yaso (A. Wilhelm, Σιτομετρία, *Mél. Glotz*, 1932, páginas 899 y sigs.). Véase la inscripción de Cranón de Tesalia (antes de 168 a. de J. C.) que habla de una ἐπίδοσις organizada por la ciudad con el fin de pagar sus deudas contraídas durante la guerra de Antioco, Y. Béquignon, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 36 y sigs. En el artículo citado, Wilhelm ha reunido una gran cantidad de nuevo material epigráfico sobre las instrucciones para la organización del abastecimiento de víveres (ἐπιδόσεις εἰς σιτωνίαν o σιτομετρίαν). Señalaremos también dos listas de suscripciones, una de Rodas y otra de Cos, con el fin de comprar libros para la biblioteca, probablemente de los gimnasios de las dos ciudades: M. Segre, *Riv. Fil.*, LXIII (1935), págs. 214 y sigs., cf. ibíd., LXIV (14) (1936), pág. 40, y L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), páginas 421 y sigs. (siglo II a. de J. C.). También son muy interesantes las múltiples inscripciones que menciona ἐπιδόσεις de miembros de asociaciones y clubs, principalmente para la construcción de templos y altares. Se da una breve lista en Kuenzi, loc. cit., pág. 74, nota 1. Una de las inscripciones más ilustrativas de este género es la encontrada recientemente en Calatis, Th. Sauciuc-Saveanu, *Dacia*, I (1924), páginas 126 y sigs., y 317 y sigs.; B. Haussoullier, *Rev. Arch.*, 5.ª serie, XXII (1925), págs. 62 y sigs.; G. Glotz, *C. R. Acad. Inscr.*, 1925, pág. 287; A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, LXV (1928), págs. 129 y sigs. Es una pena que esta inscripción no esté fechada con exactitud (¿siglo III a. de J. C.?). Demuestra que la ciudad gozaba de alguna prosperidad en la época de la ἐπίδοσις. PRÉSTAMOS: W. W. Tarn, en *The Hellenistic Age*, 1923, págs. 108 y sigs.; véase su *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 107 y sigs. (3.ª ed., págs. 116 y sigs.); A. Andreades, *Vierteljahresschrift F. Soc. u. Wirtschaftsg.*, XX (1927-28), págs. 293 y sigs.; íd., *A history of Greek public finance*, I, 1933, págs. 168 y sigs.; B. Laum, *Anleihen*, en *P. W. K.*, supl. IV, 23 y sigs.; véase la inscripción de Cranón antes citada, y también cap. III, nota 12; J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, en T. Frank, *Econ. surv.*, IV, 1938, págs. 338 y sigs., 368-369; F. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 558 y sigs. FUNDACIONES: B. Laum, *Stiftungen in der gr. u. röm. Antike*, 1914; cf. L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), pág. 483; J. Vanseveren, *Rev. Phil.*, XI (1937), pág. 314, núm. 1; y

J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, págs. 361 y sigs. VENTA DE CIUDADANÍA Y DE SACERDOCIOS: véase cap. IV, nota 71, especialmente M. Segre, *Osservazioni epigrafiche sulla vendita di sacerdozio*, en *Rend. Ist. Lomb.*, XX (3) (1937), págs. 83 y sigs. La venta de sacerdocios parece haber sido una peculiaridad de Asia Menor; no se ha encontrado en Grecia inscripción alguna que se refiera a ella.

(23) Sobre la despoblación de Grecia, véanse las observaciones de W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 92 y sigs. (3.ª ed., págs. 100 y sigs.); cf. A. Landry, *Quelques aperçus concernant la dépopulation dans l'antiquité gréco-romaine*, en *Rev. Hist.*, CLXXVII (1936), págs. 1 y sigs. La afirmación de Polibio, tal como la damos en el texto, está apoyada en lo que se refiere a la población griega de Grecia, esto es, los ciudadanos de las ciudades, por inscripciones reunidas e interpretadas por Tarn, loc. cit., pág. 92 (3.ª ed., pág. 100). Los datos de las inscripciones deben interpretarse a la luz de fenómenos modernos semejantes. El material reunido por Landry, loc. cit., muestra que si admitimos una mayor mortalidad en la antigua Grecia en relación con la época moderna, la proporción de nacimientos de la Grecia helenística, según se deduce del número de miembros de una familia griega media sacado del material reunido por Tarn, significaba la rápida despoblación del país. Tarn se inclina a pensar que la disminución se limitaba a los ciudadanos de las ciudades, y era compensada por el aumento en el número de esclavos, libertos e inmigrantes extranjeros. No puedo aceptar este punto de vista. Nuestra información sobre el número de esclavos en Grecia en la época de Polibio es escasa (véanse notas 27 y 30). Dudo mucho de que el aumento del número de esclavos, si es que lo hubo, fuese suficiente para compensar la rápida disminución de la población libre. El suministro de esclavos era grande, pero el poder adquisitivo de Grecia era muy bajo. Por otro lado, los esclavos nacidos en casa eran pocos. Esto es, que el número de los miembros de una familia de esclavos no era ni podía ser grande. Tampoco podemos suponer la existencia de grandes números de emigrantes. Desde el punto de vista económico, Grecia no era un lugar atractivo para los emigrantes. Finalmente, la afirmación de Polibio es explícita (XXXVI, 17, 5). No habla sólo de la despoblación de las ciudades, sino de la despoblación de Grecia en general. Dice: ἐπέσχεν ἐν τοῖς καθ' ἡμᾶς καιροῖς τὴν Ἑλλάδα πᾶσαν ἀπαιδία καὶ συλλήβδην ὀλιγανθρωπία δι' ἣν αἵ τε πόλεις ἐξηρημώθησαν καὶ ἀφορίαν εἶναι συνέβαινε. Es evidente que se refiere tanto a las ciudades como a las unidades sociales y económicas, y al campo, la χώρα, que permanece sin cultivo, sin duda por falta de mano de obra. Sobre la exposición de los niños, G. Glotz, *Études sociales et juridiques sur l'antiquité grecque*, 1906, págs. 187 y sigs. y sus artículos *Expositio e Infanticidium*, en Dar. et Sagl., *Dic. d. A.;* W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 80 y sigs., 374; Weiss, artículo *Kinderaussetzung*, en *P. W. K.*, XI, 463 y sigs.; W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 92 y sigs.; A. Cameron, *The exposure of children and Greek Ethics*, en *Cl. Rev.*, XLVI (1932), págs. 105 y sigs. (repugnancia de la opinión pública griega contra la exposición de niños); C. Lécrivain, *Mél. Glotz.*, págs. 531 y sigs. (aspecto legal); sobre la época romana, mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 550; cf. P. Collart, *Mél. Glotz.*, págs. 243 y sigs.

(24) Posidón Hermafrodito, fr. 11 (Kock, III, 338); Meandro, *Perik*, 380 y sigs. (Körte); 688 y sigs. (Loeb); Ferguson, *H. A.*, páginas 81 y sigs.

(25) Por ejemplo, W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 91 y sigs.

(26) G. T. Griffith, *The mercenaries of the Hellenistic world*, 1935. La emigración civil a las ciudades griegas de Asia Menor está bien atestiguada, en lo que se refiere a Mileto, por muchas inscripciones: Hiller von Gaertringen, artículo *Miletus*, en *P. W. K.*, XV, 1607; cf. A. Rhem, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, 1, 3, 1914, pág. 227, nota 4. Prácticamente, Mileto era en esta época una ciudad independiente.

(27) Sobre la esclavitud en la época helenística en general y sobre el aumento del número de esclavos en la época que estudiamos, véase W. L. Westermann, *P. W. K.*, supl. VI, 928 y sigs. y 933-934 (corríjase en la última columna la errata de imprenta 251 a. de J. C. por 201 a. de J. C. para la fecha de las manumisiones de Delfos); cf. J. A. O. Larsen, en T. Frank, *Econ. surv.*, IV, págs. 414 y sigs. (basado en Westermann), y F. Heichelheim, *Wirtschaftgs.*, págs. 640 y sigs. Propiamente hablando, las actas de manumisión délficas, que no comienzan antes de 201 a. de J. C., no pueden apoyar la tesis de que aumentase el número de esclavos a fines del siglo III y principios del II a. de J. C. No tenemos estadísticas para el período anterior al 201 a. de J. C. que puedan compararse a las del período posterior a esta fecha. Pudo ocurrir que mientras el número de esclavos decrecía en Delfos, aumentasen las manumisiones (G. Glotz, *Le travail dans la Grèce ancienne*, 1920, pág. 420, cf. págs. 231 y sigs.). Sin embargo, no hay duda de que la provisión de esclavos era abundante a fines del siglo III y principios del II a. de J. C. (véanse notas 23 y 30). Sobre las manumisiones de Delfos (se conocen novecientas actas de manumisión, de las que un tercio, algunas publicadas en distintas revistas, otras sin publicar, no se encontrarán en la bella colección Collitz, *C. D. I.*, II; cf. *F. D.*, III, parte 3.ª, núms. 1 a 60); véase G. Daux, *Delphes au II^e et au I^er siècle*, etc., 1936, págs. 46 y sigs. y Apéndice I (con bibliografía completa y una datación exacta de los sacerdocios). Sobre el número de esclavos manumitidos durante los distintos sacerdocios, véase la estadística de Collitz, *G. D. I.*, II, páginas 635 y sigs., sobre la que se basan todos los cálculos posteriores. Más exactas que las tablas de Calderini son las de M. Bloch, *Die Freilassungsbedingungen der delph. Freilassungsinschriften*, 1914, págs. 16 y sigs. Éstas demuestran que en el siglo III a. de J. C. un tercio de los esclavos comprados eran griegos. En mis cálculos no tengo en cuenta los primeros años, porque la publicación de las actas no se hizo sistemáticamente durante el primer sacerdocio. Recientemente ha publicado nuevas actas de manumisiones de Delfos N. Valmin, *F. D.*, III, 6, 1939. Manumisiones del Epiro: D. Evangelidis, en Ἠπειρωτικὰ Χρονικά, I (1935), págs. 196 y sigs. (que yo he visto). Una serie de manumisiones muy parecidas, aunque menos numerosas que la serie délfica, es la del santuario de Asclepio en Buto, cerca de Naupacto, véase E. Nachmanson, *Ath. Mitt.*, XXXI (1907), págs. 1 y sigs.; cf. G. Klaffenbach, *Berl. Sitzb.*, 1935, págs. 693 y sigs. Las manumisiones de Buto se fechan entre 170 y 146 a. de J. C. Presentan el mismo cuadro que las de Delfos. La cuarta parte de los esclavos comprados son de ori-

gen griego. El número de esclavos no es tan grande como en Delfos, pero, al contrario que en dicha isla, la serie de documentos no está completa. Véanse también las actas de manumisión de Naupacto, *I. G.*, IX, 1, 359 y sigs. La serie empieza, como en Delfos, en 195-194 antes de J. C.

(28) W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 373 y sigs.

(29) Se sabe muy poco de Corinto en esta época: véanse los volúmenes de los informes de las excavaciones americanas en Corinto y F. J. de Waele, *P. W. K.*, supl. VI, 182 y sigs. y 1350 y sigs. Cf. Rhys Carpenter, *Ancient Corinth: A guide to the excavations and Museum* (última ed.). Corinto es uno de los escasos ejemplos de excavación moderna en la que se dedicó la debida atención a las monedas descubiertas. Por desgracia, las publicadas y comentadas por K. M. Edwards, *Corinth*, VI, 1933, son más bien decepcionantes. Es escaso el número de monedas prerromanas. Su fecha incierta, especialmente en el caso de la moneda local de cambio que representa la mayoría de los hallazgos (véanse las notas de A. Bellinger en el próximo volumen de *The excavations of Nemea, 1924-27, by the Univ. of Cincinnati*). A juzgar por las pequeñas monedas en circulación, los comienzos de la época helenística fueron un período más o menos próspero en la vida de Corinto, más próspero que el siglo II a. de J. C. El mismo cuadro presenta Nemea; véase la descripción que hace Bellinger de las monedas en el volumen sobre Nemea que acabamos de mencionar. En la época helenística ya no se acuñaban los *pegasos* corintios, que habían sido antes la moneda predominante del golfo de Corinto y del sur de Italia y Sicilia. Es discutida la fecha de los últimos «pegasos». La fecha de un tesoro de monedas del último estilo encontrada en Arta se determina por algunas monedas de Filipo II (póstumas), esto es, que no puede ser posterior al 280 a. de J. C. Véase O. Ravel, *Corinthian hoards*, en *Num. Notes. and Mon.*, LII (1932) (el lector encontrará aquí el resumen de otras fechas propuestas para los últimos *pegasos*).

La situación de Sición en 197 a. de J. C. es típica de las condiciones de la Liga Aquea en general. Átalo I ayudó a la ciudad dos veces: una rescató su tierra sagrada, otra le dio dinero y grano (Polibio, XVIII, XVI; T. Livio, XXXII, 40, 8). Unos diez años después, Éumenes II ofreció a los aqueos 120 talentos con el fin de proveer, con el interés de esta cantidad, el pago de los miembros de la Bulé. El ofrecimiento fue rechazado por razones políticas y quizá sociales: Polibio, XXII, 7, 3 y sigs.; W. Schwahn, *Rh. Mus.*, LXXIX (1930), págs. 178 y sigs. Sobre Demetrias y su prosperidad en el siglo III a. de J. C. y la decadencia de esta prosperidad después de la segunda guerra macedónica, véase F. Stählin, E. Meyer, A. Heidner, *Pagasai und Demetrias*, 1934, págs. 194 y sigs. (prosperidad de la ciudad en el siglo III), y págs. 195 y sigs. (situación después de 196 a. de J. C.). Véase el decreto de Yolco en honor de Antígono Gonatas, Ernst Meyer, *Rh. Mus.*, LXXXV (1936), páginas 367 y sigs. Después de 146 a. de J. C. en Demetrias, como en otras ciudades de Grecia, las clases gobernantes acomodadas constaban de un pequeño grupo de hombres y familias: F. Stählin, *Ath. Mitt.*, LIV (1929), pág. 202. Lo mismo ocurría en otras partes de Tesalia. Las famosas cartas de Filipo a Larisa (*I. G.*, IX, 2, 517; *S. I. G.*^{3}, 543;

Dessau, *I. L. S.*, 8763) muestran que la población ciudadana estaba decreciendo en Larisa en el 219-214 a. de J. C. y que los campos no se cultivaban. No veo razones para considerar excepcional la situación de Larisa. Filipo favoreció a las clases bajas y trató de encontrar remedio a la despoblación mediante una gran liberalidad en las manumisiones. Más tarde, después de 196 a. de J. C., Larisa, como Demetrías, estaba gobernada por un grupo de gente acomodada (F. Stählin, *Das hell. Thessalien,* 1927, pág. 95) que gozaba de prosperidad. La misma situación predominaba en otras ciudades tesalias (Stählin, loc. cit., pássim; añádase al material citado por él la inscripción de Cranón (nota 22) de la época posterior a la guerra de Antioco; muy castigada por la guerra, la ciudad recurrió al préstamo, y después de la guerra organizó una suscripción para pagar, por lo menos, parte de sus deudas: Y. Béquignon, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 36 y sigs.; cf. M. N. Tod, *J. H. S.*, LVII (1937), pág. 189).

(30) Sobre las manumisiones délficas y etolias, véase nota 27. Aunque abundante, el material délfico no es concluyente. Sólo sabemos que el número de manumisiones es mayor en el período de 201 a 140 a. de J. C. que después. Pero no es seguro que en la última época se publicasen todas las manumisiones, mientras que es más o menos seguro que esto se hacía antes. En lo que se refiere a la significación de ocho a nueve manumisiones por año, debo observar que este número no nos ayuda a formarnos una idea exacta del papel desempeñado por la esclavitud en la vida económica de Delfos. No sabemos la población que tenía Delfos, ni si la frecuencia de manumisiones implicaba prosperidad o lo contrario. Lo único que nos enseñan los documentos es la importancia de la guerra y la piratería en la historia de la esclavitud, lo que se demuestra por el predominio de esclavos comprados de distinto origen sobre los nacidos en casa. La situación en Tesalia es interesante. En Larisa (*I. G.*, IX, 2, 539-568) no hay manumisiones en el siglo III a. de J. C., hay tres en el siglo II, y ninguna en el I, mientras que la mayoría (diecisiete) corresponde a la época imperial; F. Stählin, *Hell. Thess.*, 1927, pág. 95, nota 10. Es de lamentar que todo el rico material tesalio nunca haya sido estudiado desde el punto de vista histórico, mientras que la valiosa disertación de G. Rensch, *De manumissionum titulis apud Thessalos,* tesis doctoral, Hal., XVIII, 2, 1911, trata, en su mayoría, de aspectos legales y económicos de las manumisiones. Algunas observaciones, más bien superficiales, sobre la esclavitud y manumisiones en Tesalia desde el punto de vista histórico se encontrarán en R. V. Schmidt, *De la historia de Tesalia,* en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CI (1934), págs. 109 y sigs. (en ruso).

(31) Poseemos alguna información sobre el nivel de vida en la época helenística y sobre las exigencias de la población en cuanto a confort y diversiones. Pero nuestros testimonios literarios epigráficos y arqueológicos están dispersos por todo el mundo helenístico y en toda la época. Los textos literarios, excepto los que tratan de Atenas a fines del siglo IV y principios del III a. de J. C., las descripciones de ciudades en los mimos de Herondas, y las ilustraciones de Alejandría por Teócrito, en su mayor parte se refieren a lo más llamativo, y por consiguiente a casos excepcionales de lujo y extravagancia. El material epigráfico es escaso y

desigualmente distribuido. Lo mismo puede decirse del material arqueológico. De las ciudades helenísticas, esto es, las fundadas en época helenística y que conservaron este carácter en época posterior, se han excavado muy pocas, y de éstas ninguna en Grecia. En Atenas, las épocas que dejaron una señal indeleble en la ciudad fueron la época clásica, por un lado, y la romana, por otro. Y lo mismo sucedió en Corinto, Esparta y los grandes santuarios panhelénicos de Olimpia y Delfos. Las ciudades menores que fueron importantes en la época helenística nunca fueron excavadas. De las islas, Delos fue fundamentalmente una ciudad helenística. Pero era una ciudad *sui géneris,* una ciudad de ricos mercaderes, en su mayoría de origen extranjero, ciudad no típica de la Grecia helenística. Tenemos un conocimiento más completo de algunas ciudades del Asia Menor: Pérgamo, capital de los atálidas, la única capital helenística excavada por completo (págs. 714 y sigs.); las dos mayores ciudades comercial e industrialmente, Éfeso y Mileto, de las que Mileto, por lo que se excavó, fue fundamentalmente una creación de la época helenística; y finalmente la ciudad agrícola de Priene (véanse págs. 172 y sigs.), construida por Alejandro y embellecida en el siglo II mediante el donativo del famoso Orofernes. Delos y las ciudades de Asia Menor son las que nos ayudan principalmente a formarnos una idea del aspecto general de la vida ciudadana helenística. Sin embargo, no debemos olvidar que estas últimas ciudades son típicas de Asia Menor y no nos dan base para la reconstrucción de la vida que predominó en Grecia propiamente dicha en la época que estudiamos. Sobre el establecimiento de nuevos juegos y el renacimiento de antiguas ceremonias religiosas debemos tener en cuenta, además de lo dicho en el texto, que los griegos fueron un pueblo profundamente religioso y fuertemente vinculado a las tradiciones (véase cap. VIII). Por ejemplo: lo primero que hicieron después de la paz de Naupacto fue «renovar sus sacrificios y fiestas tradicionales y distintos ritos religiosos locales» (Polibio, V, 106). Sin embargo, en el mismo pasaje, Polibio describe el efecto ruinoso que tuvo sobre el Peloponeso la época anterior a Naupacto. Cf. S. Dow, *Harv. St. Cl. Phil.,* XLVIII (1937), págs. 124 y sigs.

(32) Sobre los precios, véanse los libros y artículos citados en el cap. IV, pág. 202, notas 2 y 110, especialmente F. Heichelheim, *Wirtschaftsg.,* págs. 451 y sigs. No puedo seguir a Heichelheim en su explicación de la breve interrupción en la subida de precios en Delos en la década entre 190 y 180 a. de J. C., época de violentas convulsiones políticas en el mundo helenístico, especialmente en Asia Menor y Siria. Las causas probablemente fueron de carácter local, no general.

(33) Sobre la moneda aquea: Ch. T. Seltman, *Greek coins,* 1933, págs. 255 y sig.; cf. K. Regling, *P. W. K.,* XVI, 472 y 475, y M. Crosby y E. Grace, *An Achaean League Hoard,* en *Num. Notes and Mon.,* LXXIV (1936); S. P. Noe, *A bibliography of Greek coin hoards,* 2.ª ed., *Num. Notes and Mon.,* LXXVIII (1937), núm. 60. Acuñación aquea: M. Thompson ha publicado un nuevo tesoro de moneda de plata federal aquea en *Hesp.,* VIII (1939), págs. 116 y sigs. Nótese que, a juzgar por el tesoro monetario de Arcadia publicado por Crosby y Grace, algunas ciudades del Peloponeso, Eubea y Grecia en general, incluidas

las Ligas Etolia y Arcadia, participaron en el renacimiento de la acuñación de plata, que fue un rasgo característico de Asia Menor y las islas después de Cinoscéfalas y Magnesia; cf. E. T. Newell, *Five Greek bronze coin hoards*, en *Num. Notes and Mon.*, LXVIII (1935), pág. 17: abundante acuñación de bronce en Caristo, Calcis y Eubea después de 197 a. de J. C.; y pág. 19: moneda de plata emitida después de Magnesia por las ciudades de Eubea junto con las de Asia Menor (nótense tres tetradracmas de Eretria en el tesoro babilónico, del que volveremos a tratar más adelante).

(34) La inscripción de Prítanis de 226-225 a. de J. C.: B. D. Meritt, *Hesp.*, IV (1935), págs. 525 y sigs., núm. 39; L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), pág. 436, y P. Roussel, ibíd., págs. 520 y sigs. El decreto en honor de Cefisodoro: B. D. Meritt, *Hesp.*, V (1936), págs. 419 y sigs. Nótese que en la época de su administración de la *sitonia* el precio del grano era muy alto en Egipto; véase F. Heichelheim, *Aeg.*, XVII (1937), págs. 63 y sigs. (cita *B. G. U.*, VI, 1266).

(35) Las fuentes sobre las relaciones de Atenas con las principales potencias de la época están reunidas de modo exhaustivo en los libros de S. Jebelev, *Historia de Atenas*, 1898, págs. 198 y sigs. (en ruso) y W. S. Ferguson, *Hellenistic Athens*, págs. 298 y sigs. Sobre Farnaces: mi capítulo *Pontus*, en *C. A. H.*, IX, pág. 220, nota 3; sobre la fecha de su muerte: S. Dow, *Hesp.*, IV (1935), pág. 91 (Inscripción delia, F. Durrbach, *Choix*, 73). Masinisa: *I. G.*, II², 2316, 44; sobre sus relaciones rodias y delias (en 179 a. de J. C.): *Inscr. de Delos*, 442 A, 100 y sigs., e inscripciones en su honor erigidas en Delos por Hermón, hijo de Solón (Durrbach, *Choix*, 68; *S. I. G.*³, 652), y por Carmilas, hijo de Nicarco, un rodio (Durrbach, *Choix*, 69; *I. G.*, XI, 4, 1116); véase la instructiva nota de Durrbach en estas inscripciones. Mercader póntico (?) de grano y aceite y sus relaciones con Atenas en 175-174 a. de J. C., *S. I. G.*³, 640; véase el decreto de Oropos en honor de dos sinopenses, *S. E. G.*, I, 104 y 107 (fines del siglo III o comienzos del II a. de J. C.) y D. M. Robinson, *Ancient Sinope*, 1906, págs. 269 y sigs. Nótese que en la guerra contra Filipo la marina ateniense cooperó con los rodios y los isleños, *S. I. G.*³, 582; véase nota 94.

(36) Sobre la reforma de la moneda ateniense el 180 a. de J. C.: J. Sundwall, *Untersuch. über die Ath. Münzen des neueren Stiles*, 1906-1907, págs. 106 y sigs.; B. V. Head, *H. N.*², págs. 378 y sigs.; P. Roussel, *Délos, colonie athénienne*, 1916, pág. 4. En general, véanse: M. L. Kambanis, *Notes sur le classement chronologique des monnaies d'Athènes (Série avec noms des magistrats)*, en *B. C. H.*, LVI (1932), págs. 37 y sigs., LVIII (1934), págs. 101 y sigs. Véanse también, ibíd., LIX (1935), págs. 101 y sigs., LX (1936), págs. 101 y sigs., y LXII (1938), págs. 60 y siguientes.

(37) Nuestra información sobre la actividad administrativa y económica de Filipo V y Perseo, aunque pobre en general, aumenta gradualmente. Sin embargo, las fuentes nunca han sido exhaustivamente reunidas, ya que los historiadores modernos se interesan sobre todo en la política de los dos reyes y la historia de sus guerras. Ahora disponemos de testimonios nuevos muy importantes sobre la organización del EJÉRCITO DE FILIPO en los fragmentos de las ordenanzas mili-

tares de este rey encontrados en Anfípolis: P. Roussel, *Rev. Arch.*, serie 6.ª, III (1934), págs. 39 y sigs., y M. Feyel, ibíd., serie 6.ª, VI (1935), págs. 29 y sigs.; cf. M. Segre, *Riv. Fil.*, LXIII (13) (1935), págs. 222 y sigs., y S. B. Kugeas, Ἑλληνικά, VIII (1935), págs. 149, y la bien conservada estela de Calcis, que contiene ordenanzas sobre el suministro de víveres a las guarniciones macedónicas, S. B. Kugeas, en Ἑλληνικά, VII (1934), págs. 177 y sigs., cf. *Rev. É. G.*, XLIX (1936), pág. 363, y K. Kuruniotes, Ἑλληνικά, VIII (1935), págs. 173 y sigs. Véase la carta de Filipo V de 181 a. de J. C. (?) encontrada en las vertientes del Escopo, cerca de la moderna Cozani (en Eordaya), respuesta a una petición de un grupo de oficiales y soldados de su ejército sobre la asignación para fines cultuales de tierra en el territorio de Greya que antes pertenecía a un tal Corrago, macedonio; véase Ch. I. Macaronas, Ἀρχ. Ἐφ., 1934-35, págs. 117 y sigs. (publicado en 1936), cf. *A, J. A.*, XL (1936), pág. 534, y C. B. Welles, ibíd., XLII (1938), págs. 246 y sigs. La inscripción contiene nuevos datos sobre la estructura del ejército macedónico. Necesita una cuidadosa revisión y un estudio más acabado. Las cartas y διαγράμματα de Filipo y sus oficiales sobre las ciudades de Macedonia, Tesalia y los dominios extranjeros del rey, tal como se enumeran en el citado artículo de Macaronas (cf. C. B. Welles, loc. cit., pág. 245, nota 1): Tesalónica (S. Pelekides, Ἀπὸ τὴν πολιτεία καὶ τὴν κοινωνία τῆς Ἀρχαίας Θεσσαλονίκης. Ἐπιστημονικὴ Ἐπετηρὶς τῆς Φιλοσοφικῆς Σχολῆς (Πανεπιστήμιον Θεσσαλονίκης) 2 [1934]), παράρτημα, págs. 6 y sigs. (un διάγραμμα de Filipo V de 187 a. de J. C. sobre el serapeo de la ciudad dado por Andrónico, epístate de la ciudad, con una orden de publicarlo); Larisa (*S. I. G.*³, 543; véase nota 29); Gonnos (Ἀρχ. Ἐφ., 1913, págs. 25 y sigs., núms. 165 y sigs., especialmente pág. 36 —fragmentos de un largo informe acerca de una disputa sobre tierras entre Gonnos y Heraclea—); Abas (Fócide, *S. I. G.*³, 552); Nisiro (*S. I. G.*³, 572); Paros (*I. G.*, XII, 5, 1, 125); Calcis (*S. I. G.*³, 561); Magnesia del Meandro (*Inschr. v. Magn.*, núm. 24). Sobre estos documentos en general: C. B. Welles, *A. J. A.*, XLII (1938), págs. 245 y sigs., y E. Bikerman, *Rev. Phil.*, XII (1938), págs. 295 y sigs. Sobre Demetrias, véase nota 29. Sobre Tesalónica, véase lo dicho anteriormente y E. Oberhummer, *P. W. K.*, VI A, 145 y sigs.; Geyer, ibíd., XIV, 768. Sobre la actuación de Tesalónica bajo los primeros reyes macedónicos, véase cap. IV, pág. 259. Actividad de Filipo después de Tempe: *P. V. M.*, Benecke, *C. A. H.*, VIII, pág. 253, y Geyer, *P. W. K.*, XIV, 757.

(38) El asentamiento de tracios en Macedonia y en los territorios de las primitivas colonias macedónicas era tradicional en la política social y económica de los reyes macedónicos. Véase la carta fragmentaria de Alejandro recientemente hallada en Filipos (inédita; véase el informe preliminar de Ch. Picard, *Rev. Arch.*, serie 6.ª, XI (1938), págs. 334 y sigs.); cf. P. Collart, *Philippes, ville de Macédoine*, 1937, pág. 179; L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (1939), pág. 146. Según Picard, Alejandro, en su respuesta a la embajada de Filipos, «annonçait là des dispositions pour la mise en valeur par les Thraces de certaines terras incultes; il prévoit aussi un nouveau barrage». Nos gustaría saber cuál era la situación jurídica de estos tracios, si eran colonos militares, πάροικοι, o *laoi*. Por lo que respecta a las medidas tomadas por Filipo I,

me inclino a seguir a Tito Livio (XXXIX, 24): «ut vero antiquam multitudinem hominum, quae belli cladibus amissa erat, restitueret, non subolem tantum stirpis parabat congendis omnibus procreare atque educare liberos, sed Thracum etiam magnam multitudinem in Macedonian traduxerat», en tanto que el relato de Polibio (XXXIII, 10, 4) parece claramente parcial.

(39) La existencia de latifundios pertenecientes a los reyes y su explotación capitalista están atestiguados, no en los citados pasajes de Tito Livio y Polibio, sino por los conocidos pasajes de Tito Livio que se refieren a las medidas tomadas por Paulo Emilio después de la guerra con Perseo (T. Livio, XLV, 18, 3). En ese pasaje se refiere a la prohibición de arrendar *(locationes)* minas y *praedia rustica* para su explotación. Dado que la medida se dirigía probablemente contra los capitalistas macedonios y romanos, debemos suponer que los *praedia rustica* eran fundos reales, administrados bajo Filipo y Perseo como grandes entidades agrícolas. La preocupación de Filipo por la tierra real puede verse en la inscripción de Cozani citada en la nota 37. La tierra asignada por él a sus oficiales y soldados pertenecía antes a Corrago (¿como *dorea*?), y probablemente fue recabada por la corona. Era ψιλὴ γῆ. La afirmación en la lín. 6: ἕως ἂν συντε|λῶσιν τὰς θυσίας ἐ[ν τῶι 'Απ]ελλαίωι μηνί implica que la tierra fue dada a los soldados por un tiempo indefinido: «durante el tiempo en que hagan los sacrificios en el monte Apeleo» (prefiero esta traducción de ἕως ἄν a las otras dos traducciones alternativas que gramaticalmente son tan correctas como la que sugiero, esto es, «hasta que ellos» o «para que ellos»). La intención del rey probablemente no era sólo conservar la celebración de los sacrificios, sino también conservar la tierra cultivada.

(40) Monedas de Filipo: H. Gaebler, *Die ant. Münzen Nordgriechenlands,* III: *Makedonia und Paionia,* 1 (1906), págs. 1 y sigs., 26 y sigs., y 2 (1935), págs. 1-7, y *Z. N.,* XXXVI (1926), págs. 113 y sigs. (acuñación municipal de Tesalónica, Pela, Anfípolis, y la acuñación de cinco escritos macedónicos). Sobre las acuñaciones de plata y bronce de Filipo: A. Mamroth, ibíd., XL (1930), págs. 277 y sigs., y XLII (1932), págs. 219 y sigs.; acuñaciones de Perseo: ibíd., XXXVIII (1928), págs. 1 y sigs.

A lo que he dicho sobre la situación de las ciudades «libres» de Asia Menor después de Magnesia y Apamea puede añadirse que, aunque legalmente independientes, estas ciudades estaban obligadas a procurar no ofender a los reyes pergamenos, ya que su prosperidad dependía en gran medida de sus buenas relaciones con los gobernantes de aquella parte de Asia Menor. Benevolente y dispuesta a protegerlas en caso de intromisiones descaradas en su libertad, Roma raras veces intervenía en los asuntos de Asia Menor. Esta situación cambió algo después de Pidna, pero las líneas principales de la política romana hacia los reyes de Pérgamo y las ciudades libres siguió siendo la misma. Véanse las juiciosas observaciones de D. Magie, *Anat. St. pres. to W. H. Buckler,* 1939, págs. 161 y sigs.

(41) Las fuentes sobre el ejército y los recursos de Perseo antes de la guerra y durante la misma se encontrarán en J. A. O. Larsen, *Roman Greece,* T. Frank, *Econ. surv.,* IV, págs. 292 y sig.

(42) Sobre Pérgamo, véase la bibliografía en la pág. 519, nota 321. Sobre los sucesos políticos de la época que hemos estudiado, páginas 43 y sigs.

(43) Puedo citar a este respecto algunas inscripciones de las inmediaciones de Esmirna que atestiguan la existencia de un ejército ciudadano especial en Esmirna y la defensa del territorio de la ciudad por fortalezas y guarniciones. Las inscripciones encontradas en Bel Kave y en Ak Kaya perpetúan los honores otorgados a στρατηγός por οἱ συνστρατευσάμενοι καὶ ταγέντες ὑφ' ἑαυτὸν ἐν τῷ χωρίῳ καὶ συνδιατηρήσαντες. Es evidente que hubo una guerra entre Esmirna y un enemigo que intentaba invadir su territorio. Por desgracia, no se conoce la fecha de la inscripción. El ejemplo de Mileto demuestra que la guerra pudo haber sido puramente local, y no una de las grandes guerras del siglo II a. de J. C. (por ejemplo, la de la época de Seleuco II; véase C. J. Cadoux, *Ancient Smyrna,* 1938, pág. 119, nota). Véase A. Seylaz, *Jahreshefte,* XXVIII (1933), supl., págs. 121 y sigs., y las observaciones de J. Keil, ibíd., págs. 123 y sigs. Cf. Keil-Premerstein, III, *Reise,* pág. 6, y la inscripción de Dime, *G. D. I.*, 1612; E. Schwyzer, *Dial. gr. ex. epigr.*, 1923, núm. 426; L. Robert, *Coll. Fröhner,* I: *Inscr. gr.*, 1936, pág. 96, nota 5.

(44) Sobre la política de Antioco III con las ciudades de Asia Menor y la autonomía que concedió a Amizón, Alabanda, Yaso (Welles, *R. C.*, 28; *O. G. I.*, 234, 237): E. Bikerman, *Bellum Antiochicum,* en *Hermes,* LXVII (1932), págs. 58 y sig. D. Magie, *Anat. St. pres. to W. H. Buckler,* 1939, págs. 161 y sigs. La inscripción de Corrago: *S. E. G.*, II, 663; M. Holleaux, *B. C. H.*, XLVIII (1924), págs. 1 y sigs. (*Ét. d'Epigr. et d'Hist. gr.*, II, págs. 73 y sigs.); G. de Sanctis, *Riv. Fil.*, LIII (3) (1925), págs. 68 y sigs.; M. Rostovtzeff, *C. A. H.*, VII, págs. 178 y sigs.; VII, pág. 605; M. Segre, *Clara Rhodos,* IX (1938), pág. 195; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 135 y pássim. En mi opinión, la expresión ὑπὸ τὴν παράληψιν τῆς πόλεως no puede referirse simplemente a que Corrago recibió la ciudad de su predecesor; implica que la ciudad estaba en manos de alguien distinto y fue entregada a Corrago, en su calidad de gobernador real, por su señor accidental. Ahora bien: la ciudad aparece en la inscripción como habiendo sufrido mucho durante la guerra y perdido sus privilegios en esa época. Por esto la ciudad probablemente apoyó a su primer amo y resistió los esfuerzos de su enemigo, que finalmente tomó posesión de ella y la castigó duramente quitándole sus privilegios. Estos privilegios son recobrados por la ciudad de manos de un rey pergameno. Todo esto concuerda con las vicisitudes de distintas ciudades del reino pergameno que no se rindieron a Antioco III, fueron tomadas por él, y después devueltas por los romanos a Éumenes II. Esto ocurrió en el caso de Lámpsaco, Esmirna, Alejandría de Tróade y probablemente algunas otras ciudades, Apiano, *Syr.*, 2 (para Lámpsaco y Esmirna). La inscripción fragmentaria encontrada en Sardes, y ahora perdida o destruida, que he citado en el texto, es muy difícil de restaurar y fechar. Puede ser una orden de un rey o un decreto de una ciudad cuyo nombre empieza por T. Puede pertenecer a la época de Éumenes II o al reinado anterior de Antioco III. Véase W. H. Buckler y D. M. Robinson, *Sardis,* VII, 1, nota 2; E. Bikerman, *Rev. Ét. Juives, C* (1935),

pág. 34, nota 1, e *Inst. Sél.*, pág. 136, nota 1; L. Robert, *Rev. Arch.*, serie 6.ª, VII (1936), pág. 234; M. Segre, *Clara Rhodos*, IX (1938), pág. 192. Es sorprendente la analogía de la situación descrita por esta inscripción con la que encontramos en la inscripción de Corrago. Véase pág. 699. Igual era la situación en Teángela (?), según demuestra un decreto fragmentario (no fechado) recientemente atribuido a esta ciudad y restaurado por L. Robert, *Coll. Fröhner*, I: *Inscr. gr.*, 1936, páginas 98 y sigs. Sobre los métodos de hacer la guerra adoptados por Antioco y los romanos puedo remitirme a las descripciones de la guerra por Polibio y Tito Livio. Nótese que Antioco se aprovechaba de los buenos oficios de las ciudades que voluntariamente le suministraban alimentos para su marina y ejército (T. Livio, XXXVII, 27, 3) mientras que los romanos las trataban con dureza (T. Livio, XXXVII, 9, 2 (Focea): «gravia hiberna navium erant, grave tributum, quod togae quingentae imperatae erant cum quingentis tunicis, gravis etiam inopia frumenti, propter quam naves quoque et praesidium Romanum excessit») y se veían obligados a vivir de los envíos de Italia, estando sus principales almacenes en Quíos (T. Livio, XXXVII, 27).

(45) Decreto de Telmeso: G. Jacopi, *Clara Rhodos*, II (1932), págs. 172 y sigs., núm. 3; M. Segre, *Riv. Fil.*, LX (10) (1932), págs. 446 y sigs., L. Robert, *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 332 y sigs., y *Rev. Phil.*, VIII (1934), pág. 284; cf., íd., *Étud. Anat.*, 1937, pág. 73, nota 1, ha aportado algunas consideraciones muy importantes que hacen probable que el título de Soter fuese dado a Éumenes II, no en 166, como cree la mayoría de los eruditos modernos, sino después de la guerra contra Prusias y Ortiagón, esto es, en 183 a. de J. C. Es probable que en esta época Éumenes II y la ciudad de Pérgamo enviasen embajadas a distintas ciudades y ligas griegas pidiendo la concesión de inviolabilidad al santuario de Atenea Nicéforo y el reconocimiento de los juegos Niceforia, *S. I. G.*³, 629 (*I. G.*, IX², 1, 179), y G. Daux, *Delphes au II*ᵉ *et au I*ᵉʳ *siècle*, 1936; págs. 299 y sigs. (Etolia) [= *F. D.*, III, 3, 240]; *S. I. G.*³, 630, y G. Daux, loc. cit., págs. 293 y sigs. (Delfos) [= *F. D.*, III, 3, 261]; Welles, *R. C.*, 49 y 50 (cartas a Yaso (?) y Cos y los correspondientes decretos de las dos ciudades). El decreto délfico es un texto de gran importancia histórica: muestra cómo Éumenes y los que le apoyaban justificaban sus actos a los ojos de Grecia. Nótese el énfasis puesto en el filohelenismo de Éumenes y sus espléndidos regalos a las ciudades griegas. Sobre la fecha: Welles, loc. cit., G. Daux, *Mél. Glotz.*, 1932, págs. 289 y sigs.; L. Robert, *Rev. Phil.*, VIII (1934), pág. 284, nota. Sobre la importancia política del decreto délfico, que repite la carta de Éumenes: G. Daux, *Delphes*, etc., págs. 293 y sigs.

(46) Sobre esta guerra, véase mi capítulo *Pontus*, en *C. A. H.*, IX, pág. 220, y 217, nota 1; cf. Chr. Danov, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 225 y sigs. y 255 y sig.; cf. A. Salač, *Eumonia*, I (1938), págs. 3 y sigs.

(47) Sobre las divisiones administrativas del nuevo imperio pergameno: P. Ghione, *I comuni del regno di Pergamo*, en *Mem. Acc. Torino*, LV (1905), págs. 67 y sigs., y M. Holleaux, *B. C. H.*, XLVIII (1924), págs. 13 y sigs. (*Ét. d'Ép. et d'Hist. gr.*, II, págs. 85 y sigs.). Podemos pensar que las nuevas adquisiciones se dividieron en *strategiai*, como

ocurrió bajo los seléucidas (E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 197 y sigs.), y en los funcionarios que figuran en algunas inscripciones, como, por ejemplo, en la inscripción de Telmeso (?) (M. Segre, *Clara Rhodos*, IX (1938), pág. 192), podemos reconocer los gobernadores de distrito de los atálidas; cf. Segre, loc. cit., pág. 195. Pero dudo mucho de que se incluyese la antigua *dynasteia* en esta división como una o varias *strategiai*. No puedo discutir este problema aquí en detalle. Sobre las relaciones directas entre los atálidas y las ciudades de su reino: A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, 1937, pág. 22; cf. P. Zancan, *Il monarcato ellenistico*, 1934, págs. 102 y sigs.

(48) Debo citar aquí que los atálidas, en sus relaciones con algunos templos que antes pertenecían a los seléucidas, se refieren a los actos de sus predecesores y los confirma: οἱ πρὸ ἐμοῦ βασιλεῖς véase las dos cartas de Átalo III, una al templo de la diosa persa de Lidia (*O. G. I.*, 333; Welles, *R. C.*, 68), la otra a los κάτοικοι de la Hiera Kome Caria (Welles, *R. C.*, 69). Véase cap. IV, nota 282.

(49) Mucho se ha escrito sobre la colonización romana de Asia Menor después del tratado de Apamea. Yo sigo la lúcida discusión del problema por E. Bikerman, *Notes sur Polybe*, en *Rev. E. G.*, L (1937), págs. 217 y sigs.; véase la lista de ciudades, ibíd., págs. 235 y sigs.; véase también D. Magie, *Anat. St. pres. to H. Buckler*, 1939, págs. 161 y siguientes.

(50) Cito unos cuantos ejemplos: Mileto: nota 76; Quíos: G. Zolotas, Ἀθηνᾶ, XX (1908), págs. 163 y sigs.; cf. *B. C. H.*, XXXVII (1913), pág. 211, y *G. D. I.*, IV, 4, págs. 894 y sigs. (préstamos o donaciones para la construcción de las murallas de la ciudad, calefacción del gimnasio, etc.); sobre la fecha: J. Vanseveren, *Rev. Phil.*, XI (1937), página 323 y sigs.; Nueva Colofón: M. Holleaux, *B. C. H.*, XXX (1906), págs. 349 y sigs. (*Ét. d'Ép. et d'Hist. gr.*, II, págs. 51 y sigs.) (en honor de Ateneo, cuarto hijo de Átalo I); sobre las relaciones de Claros con los atálidas en general, véase Ch. Picard, *Éphèse et Claros*, 1922, págs. 647 y sigs.; Yaso (?), Welles, *R. C.*, 49. Véanse los decretos de las ciudades griegas contestando a la invitación a reconocer las Niceforias, especialmente el decreto de Delfos (véase nota 45) en que se alaban los favores hechos por Éumenes II a las ciudades griegas de Asia y Europa en general. Una lista completa de los beneficios otorgados por los atálidas, en forma de donaciones o edificios, a distintas ciudades griegas dentro y fuera del reino y *dynasteia* pergamenas, se encontrará en L. Robert, *Ét. Anat.*, 1937, págs. 84 y sigs.; cf. pág. 153 (Colofón).

(51) Bajo el título de «ciudades sometidas» se incluyen tanto a las ciudades tributarias como a las recibidas como regalo de los romanos. Es probable que hubiese diferencias de pormenor en el trato dado por los reyes a estas dos clases, pero no tenemos testimonios. A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, págs. 178 y sigs., especialmente páginas 185 y sig., no ve diferencia notable entre ciudades sometidas y ciudades «aliadas», y considera sus relaciones con el rey no exactamente diferenciadas en dos tipos, sino organizadas según las circunstancias.

(52) Véase, por ejemplo, *O. G. I.*, 331, IV; Welles, *R. C.*, 67, 13: κρίνομεν ... τὰ γραφέντα ὑφ' ἡμῶμ προστάγματα ἐν τοῖς ἱεροῖς νόμοις φέρεσθαι παρ' ὑμῖν; *O. G. I.*, 329, decreto en honor de Cleón, gobernador

de Egina. Al hablar de la actividad judicial de Cleón, el decreto destaca su habilidad para reconciliar las partes (συλλύειν) y prosigue, 12: τοὺς δὲ μ[ὴ] συλλυομένους ἀναπέμπον[τος] | ἐπὶ τὰ καλῶς καὶ δικαίως νενομοθετημένα ἡμῖν ὑπὸ τῶ[ν βα]σιλέων κατά τε τὰ εἴς [τινα χρ]όνον (la restauración de este pasaje por Dittenberger dista mucho de ser segura) κεχρηματισμένα π[ροσ]||τάγματα καὶ τοὺς νόμους, que demuestra el gran papel desempeñado en la vida de la ciudad por las leyes y órdenes reales. Sobre el decreto de Cleón, cf. A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, págs. 35, 76 y sig., 83 y sig. y 131 y sig., y sobre διάγραμμα y νόμος, ibíd., páginas 78 y sigs., y en general, págs. 124 y sigs. No puedo admitir la interpretación que hace Heuss de este decreto. Sobre las relaciones entre διάγραμμα y νόμος, C. B. Welles, *A. J. A.*, XLII (1938), págs. 275 y sigs., y E. Bikerman, *Rev. Phil.*, XII (1938), págs. 295 y sigs.

(53) Keil-Premerstein, II, *Reise*, pág. 13, núm. 18, una disputa entre Hierocesarea y Tiatira sobre sus fronteras, decidida *regiis con[stitutionibus]*, esto es, por προστάγματα de los reyes; *Inschr. v. Priene*, 27; Welles, *R. C.*, 46: una carta de un atálida a Priene ordenándole la aceptación de la decisión de Esmirna en una disputa de fronteras entre Priene y Mileto; la fecha es desconocida. En el primer documento se menciona la medición de la tierra por agentes del rey.

(54) Sobre la inscripción de Amlada, además de los comentarios de J. Keil, véanse A. H. M. Jones, *The cities*, etc., págs. 131 y sigs. y notas 15 y 16. Véase nota 55. Sobre la inscripción de Teos, véanse las observaciones de L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 39 y sigs., y especialmente págs. 42 y sigs. Una cláusula semejante aparece en el decreto pergameno de 130-100 a. de J. C. sobre el sacerdocio de Asclepio, *S. I. G.*[3], 1007, lín. 20: εἶναι δ]ὲ καὶ ἀτέλειαν Ἀσκληπιάδηι πάντων [ὧν] ἡ πόλις κυρία. Debe recordarse que afirmaciones similares aparecen en varios decretos honoríficos mucho más antiguos, y que la cláusula estereotipada fue, por consiguiente, una creación de principios de la época helenística. Véase la importante serie de decretos honoríficos hallados en las ruinas de Yaso, *C. I. G.*, 2672-2678, cf. E. L. Hicks, *J. H. S.*, IX (1888), páginas 240 y sigs., núms. 2-4, y Michel, 463-465. Sobre la fecha de estos documentos (finales del siglo IV-principios del III a. de J. C.) y la identidad de las personas a quienes se honra, L. Robert, *Antiquité class.*, IV (1935), págs. 159 y sigs., e íd., *Coll. Fröhner*, I: *Inscriptions gr.*, 1936, págs. 73 y sigs.; cf. A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, etc., pág. 113 (no conocen las contribuciones de Robert). Véase E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 110 y sig.

(55) Sobre el problema de los impuestos reales en la época helenística, véase el capítulo *Monarchische Steuerverwaltung und Stadt*, en A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, etc., págs. 105 y sigs. Es de lamentar que el autor trate de estudiar el problema en conjunto sin distinción entre los diversos reinos helenísticos. Mi método es diferente por completo. Es evidente que la teoría y práctica de los impuestos no fue uniforme en todo el mundo helenístico, sino que varió de acuerdo con el pasado histórico de cada país y según el tipo e historia de una ciudad determinada. Así, por ejemplo, las relaciones entre los reyes y las antiguas ciudades griegas no son las mismas que las que existieron entre los reyes y las nuevas ciudades por ellos creadas. Por lo que hace a las

contribuciones extraordinarias, las inscripciones de Amlada y la no identificada ciudad T... muestra que los reyes no dudaron en imponer contribuciones de esta clase sobre sus ciudades sometidas, además de los impuestos regulares. Probablemente tenemos ejemplos de estas contribuciones extraordinarias en los 9.000 dracmas que la ciudad de Amlada no pudo pagar y en las χρήματα que se mencionan en la inscripción de Sardes (líns. 11-12 y 23; la palabra está en parte restaurada). A este respecto presenta un gran interés el decreto de Apamea del Meandro en honor de Cefisodoro (entre 188 y 159 a. de J. C.). Cefisodoro era un hombre rico. Erigió en la ciudad las estatuas de Éumenes II y su hermano Átalo. Durante una de las guerras de Éumenes II, prestó 3.000 dracmas a un magistrado de la ciudad que tenía que facilitar trigo a los soldados. Es evidente que la ciudad estaba obligada a alimentar a los soldados que probablemente acampaban cerca de ella. Recientemente, L. Robert (*Rev. É. G.*, LII (1939), págs. 508 y sig.) propuso una nueva restauración e interpretación del decreto de Cefisodoro. Según él, fue la ciudad de Apamea (sin la ayuda de Cefisodoro) la que suministró al ejército pergameno trigo y prestó otros servicios a Éumenes II durante la guerra. Después de la guerra, el rey, agradecido, concedió a la ciudad un donativo de 3.000 dracmas. A esta suma añadió Cefisodoro una contribución importante de su peculio, para emplearla en las necesidades del gimnasio. Véase W. H. Buckler, *J. H. S.*, LV (1935), págs. 71 y sigs.; *M. A. M. A.*, VI, núm. 173. Podemos relacionar con esta última inscripción una procedente de Attuda, *M. A. M. A.*, VI, núm. 68, una inscripción honoraria para Solón, hijo de Átalo, φίλος πρῶτος (título cortesano), que sin duda remitió a la ciudad (¿y pagó de su dinero?) cierta cantidad de trigo ([ἁ]νέντα σεῖτ[ον] | ὑπὲρ πα[τρίδος καθ' αὑτοῦ (?)] | [πρ]όθεσιν). Su hijo Átalo era ciudadano de Tabes y fue muy honrado por esta ciudad: *M. A. M. A.*, VI, núm. 164. Es interesante ver miembros de la aristocracia anatólica al servicio de los atálidas y quizá emparentados con ellos. Cf. *M. A. M. A.*, VI, núm. 165 (Tabes) inscripción honoraria para Antípatro, hijo de Pirro. Este macedonio pudo haber sido hijo del alto funcionario de Éumenes II; C. B. Welles, *R. C.*, núm. 47, lín. 19.

(56) *O. G. I.*, 329 (Cleón, gobernador de Egina en la época de Éumenes II y Átalo II); cf. 281 (Átalo I); *S. I. G.*³, 642 (Hicesias, otro gobernador de Egina, uno de los predecesores de Cleón). La inscripción en honor de Cleón, gobernador de la isla, ha sido estudiada con frecuencia (véase nota 52). Véanse especialmente líns. 11 y sigs. (citado en la nota 52). Por supuesto, Cleón actuaba como juez sólo en los casos en que la ciudad y los ciudadanos recurrían a él. Sin embargo, el tenor de la inscripción sugiere que de hecho su actividad judicial llegó a ser completamente regular y que actuaba como una especie de juez supremo establecido, ἀρχιδικαστής real (sobre el δικασταί y ἀρχιδικασταί, véase cap. IV, nota 241, y Heuss, loc. cit., pág. 88).

(57) Th. Sauciuc, *Andros*, 1914, págs. 85 y sigs.

(58) Es realmente de desear que se haga una cuidadosa recolección de todo el material que trata de la actividad de los atálidas y especialmente de los últimos, en la construcción de ciudades. El tema ha sido estudiado repetidas veces (véase la bibliografía citada en el cap. IV,

nota 321), pero nunca de modo completo ni desde un punto de vista histórico, utilizando todo el material disponible y en relación con la topografía histórica. Véanse las observaciones de L. Robert, *Rev. Arch.*, serie 6.ª, III (1934), págs. 88 y sigs., especialmente pág. 91. El libro de Robert, *Les villes de l'Asie Mineure*, 1935, demuestra hasta qué punto necesita revisión la obra paciente y laboriosa hasta aquí realizada, especialmente en sus observaciones sobre Apolonis (págs. 31 y sigs.), Estratonicea del Caico (págs. 43 y sigs., fundación de Antioco I según él, págs. 49 y sigs.), Dionisópolis (págs. 131 y sigs.), las dos Eumenias (de Caria y de Frigia, págs. 151 y sigs.), y las militares (págs. 75 y sigs.). Sobre los distintos tipos de κατοικίαι (algunos de ellos pueblos indígenas), L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 191 y sigs. Sobre el sinoicismo de Apolonis y συνοικισμοί parecidos de Antioco III y otros reyes de Asia Menor y otras partes, véase E. Bikerman, *La charte séleucide de Jérusalem*, en *Rev. Ét. Juives*, C (1935), págs. 4 y sigs., y L. Robert, *Coll. Fröhner*, I: *Inscr. gr.*, págs. 98 y sigs.; cf. A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, págs. 99 y sigs. Hay una lista de ciudades de Asia Menor a finales del imperio romano (recuérdese que, a excepción de Pompeyo, los romanos contribuyeron muy poco a la urbanización de este país) compilada por T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, T. Frank, *Econ. surv.*, IV, págs. 700 y sigs.

(59) Publica la inscripción M. Segre, *Clara Rhodos*, IX (1938), págs. 190 y sigs., y figs. 5 y 6; cf. L. Robert, *Ét. Anat.*, pág. 375, nota 1. En el artículo de Segre se encontrará un comentario detallado de la inscripción.

(60) M. Segre, loc. cit., págs. 181 y sigs., y el resumen histórico en la pág. 208.

(61) Evidentemente, me doy cuenta de que muchos puntos de la carta de Éumenes y de la historia de la familia y *dorea* de Tolomeo, hijo de Lisímaco, son oscuros, y dudosa la interpretación de Segre, que aceptamos en general en el texto. Puedo citar algunos ejemplos. El profesor C. B. Welles me llamó la atención sobre el hecho de que Tolomeo, hijo de Lisímaco, aparece aún vivo en un documento de 204 a. de J. C. (Welles, *R. C.*, 36), y sugiere que Lisímaco, su hijo, pudo haber sido su corregente. Aunque es muy probable que Antioco estableciese los cardaces en la región de Telmeso, la historia del fundo de Tolomeo y la compra de parte de este fundo por los cardaces dista mucho de ser segura. ¿Volvió a Tolomeo su fundo después de Apamea, o fue transformado en *ager publicus?* Por supuesto, Tolomeo aún vivía por esta época, pero no es seguro que recobrase su fundo, a menos que, como he sugerido en el texto, prestase algunos servicios a Roma durante la guerra. No es seguro que Tolomeo vendiese parte de su tierra a los cardaces antes de Apamea.

El documento de 193 a. de J. C. que seguía en la lápida a la carta de Éumenes puede haber sido, como sugiere Segre, el acta de venta de esta tierra, pero también puede haber sido otra cosa. A pesar del material aducido por Segre (loc. cit., pág. 198), parece muy extraño que Éumenes remitiese a los cardaces el precio de un trozo de tierra que no le pertenecía, y en un momento en que aún vivía el propietario de la tierra y estaba de nuevo en posesión de ella. ¿No pudo haber

muerto entre 188 y 181 a. de J. C. y haber pasado su tierra a Éumenes? También es hipotético el tema del impuesto de capitación (Segre, loc. cit., págs. 199 y sigs.). Sobre el impuesto de capitación en el reino seléucida, véase, además de las obras citadas por Segre, E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 111 y sigs.; sobre Egipto, véanse págs. 755 y sigs.

(62) Templos: véanse mis notas en *Anat. Stud. pres. to Sir William Ramsay*, 1923, págs. 387 y sigs., y *Sardis, Gr. and Lat. Inscr.*, núm. 4 (hacia 155 a. de J. C.); cf. en general: A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, págs. 45 y sigs., y T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, T. Frank, *Econ. surv.*, IV, págs. 641 y sigs. Véase cap. IV, notas 280 y sigs. En la carta sobre la inmunidad del ganado que pertenecía al templo de Apolo Tarseno (fechada por E. Böhringer, *Alt. v. Per. g.*, IX, 1937, pág. 92, equivocadamente en la época de Átalo I (230-229 a. de J. C.), no en la de Éumenes II), el hombre a quien esta carta va dirigida por Átalo puede ser el *neocoros* del templo. Éfeso: Estrabón, XIV, pág. 642; cf. página 641. Sobre la tierra de Zeus de Ezani, no veo razón para creer con Broughton (loc. cit., pág. 644; cf. pág. 682) que los *cleroi* en que los reyes dividieron una parte de la tierra del dios, siguieran siendo propiedad de éste. Véase mi recensión de *Econ. surv.*, IV, en *Am. J. Ph.*, LX (1939), págs. 363 y sigs.

(63) Prácticamente, no tenemos información sobre los pueblos del reino pergameno que no pertenecían a los territorios de una ciudad o de un templo, ni sobre la administración de los reyes pergamenos de los bosques, minas, salinas, pesquerías y pastos. La mayoría de las fuentes pertenecen a épocas anteriores y posteriores. Sobre el papel de los pueblos en la vida social y económica de Asia Menor, véase cap. IV, pág. 525; cf. T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 627 y sig., especialmente 646 y sig. Es de lamentar que Broughton no añadiese listas de templos, latifundios y ciudades, una lista de pueblos al estilo de las otras y de su breve estadística de los *koina* o uniones de pueblos conocidos, la mayoría de época helenística en Caria y otras cuantas partes de Asia Menor (loc. cit., pág. 702).

(64) Nunca se ha publicado por completo lo que conocemos por «pequeños hallazgos» de Pérgamo, ni se han estudiado a la luz de los hallazgos habidos en otros lugares de Asia Menor, Grecia con las islas, Italia y Sicilia. Lo mismo puede decirse de casi todas las demás ciudades excavadas en Asia Menor, con una sola excepción: Priene (véase pág. 172 y sig.). Hay un resumen general de los hallazgos menores de Pérgamo con breves descripciones en A. Conze, *Kleinfunde*, en *Berl. Abh.*, 1902, e íd., *Alt. von Pergamon*, I, 1913, págs. 248 y sigs. (en colaboración con R. Zahn); cf. E. Böhringer y F. Krauss, *Alt. v. Perg.*, IX, 1937, especialmente págs. 100 y sigs.

(65) El mejor estudio sobre la toréutica pergamena es el de H. Winnefeld, *Hellenistische Silberreliefs im Antiquarium der K. Museen*, en *Berl. Winckelmannspr.*, 86 (1908); cf. G. Lippold, *P. W. K.*, VI A, 1767. Se basa en el estudio de dos emblemas de plata hallados en Miletópolis, cerca de Pérgamo. En el mismo estudio, Winnefeld ha demostrado la gran similitud de los *emblemata* de plata de Miletópolis con algunos medallones en el fondo de vasos rojos vidriados de los siglos II y I a. de J. C. Uno, hallado en el sur de Rusia, lleva un retrato de un go-

bernante helenístico identificado con Orofernes o uno de los seléucidas. Sobre el origen de la «terra sigillata» helenística, véase el Apéndice de F. O. Waagé al final de este libro. Vajilla de bronce pergamena encontrada en el sur de Rusia: C. Griniewicz, *Vaso de bronce del túmulo de Courdjips*, en *Bol. Com. Arqueol.*, LXV (1918), págs. 45 y sigs. (en ruso); cf. F. Courby, *Les vases grecs à reliefs*, 1922, págs. 473 y sigs.

(66) Cerámica roja vidriada oriental: R. Zahn, *Priene, Kleinfunde*, págs. 410 y sigs.; Conze-Zahn, *Alt. v. Pergamon*, I, 2, págs. 254 y sigs.; S. Loeschke, *Ath. Mitt.*, XXXVII (1912), págs. 345 y sigs.; R. Pagenstecher, *Die gr.-äg. Sammlung E. v. Sieglin*, II, 2, 1913, págs. 100 y sigs.; F. Courby, *Les vases grecs à reliefs*, 1922, págs. 451 y sigs. H. A. Thompson, *Two centuries of Hell. pottery*, en *Hesp.*, III (1934), págs. 471 y sigs.; F. O. Waagé, en *Antioch-on-the-Orontes*, I, 1934, págs. 67 y sigs. (cerámica); véanse sus artículos en *Hesp.*, II (1933), páginas 291 y sigs., y *Vasa samia*, en *Antiquity*, XI (1937), págs. 46 y sigs. Waagé distingue la llamada cerámica pergamena y la samia, ésta última de fecha mucho más tardía, mientras que J. H. Iliffe, *Sigillata ware in the Near East*, en *Quart. Dep. Ant. Pal.*, VI (1936), págs. 11 y sigs.; cf. *J. H. S.*, LVI (1936), págs. 234 y sigs. manifiesta sus dudas sobre esta división en dos clases. Véase en general: T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, pág. 831 (buena colección de textos de escritores romanos en que se citan *vasa samia*). La mención de copas pergamenas por Plinio sugiere que se referiría a la cerámica ornamental de Pérgamo (véase lám. LXXII), mientras que lo que llama «cerámica samia» sería la vajilla barata de mesa. Hallazgos en Pérgamo: véase nota 64; en Rusia meridional: T. Knipovich, *Die Keramik römischer Zeit aus Olbia*, en *Mat. z. röm.-germ. Keramik*, IV, 1, 1929; en Siria: los citados artículos de Iliffe y Waagé; en Mesopotamia: los hallazgos de Seleucia del Tigris y de Dura no han sido publicados. Colección de sellos griegos y romanos: el citado artículo de Iliffe y H. Comfort, *J. Am. Or. Soc.*, LVIII (1938), págs. 30 y sigs. Gracias a la amabilidad del doctor Waagé y de R. J. Braidwood tuve la oportunidad de estudiar las bellas colecciones de cerámica helenística (entre ellas, ejemplares intactos de platos y lucernas de cerámica roja vidriada) encontradas en Jedeideh y Chatal Hüyük en Siria (aún sin publicar); véanse los hallazgos de Alishar Hüyük, H. H. v. d. Osten, *The Alishar Hüyük*, campañas de 1930-32, págs. III, 74 y sigs.

(67) A. Oxé, *Arretinische Reliefgefässe vom Rhein*, en *Materialien z. römischgermanischen Keramik*, V, 1933; H. Dragendorff, *Arretina*, en *Sitzb. d. Heid. Akad.*, XXVI (1935-36), 2.ª parte; *Darstellungen aus der augusteischen Geschichte auf arretinischen Kelchen*, en *Germania*, XIX (1935), págs. 305 y sigs. y *Firmenstempel und Künstlersignatur auf arretinischen Reliefgefässen*, en *Festschrift für August Oxé*, 1938, págs. 1 y sigs.; véase la bibliografía en el artículo de H. Comfort citado en la nota anterior.

(68) El depósito de ánforas rodias estampilladas encontrado en Pérgamo atestigua con toda probabilidad estrechas relaciones comerciales de Pérgamo y Rodas entre los años 220 y 180 a. de J. C. (aproximadamente). Véase C. Schuchhardt, en *Die Inschriften von Pergamon*, II, págs. 423 y sigs.; cf. F. Bleckmann, *De inscriptionibus quae leguntur in*

vasculis Rhodiis, 1907, págs. 14 y sigs., y *Klio,* XII (1912), págs. 249 y sigs.; F. Hiller von Gaertringen, artículo *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl. V, 835 y sigs.; V. Grace, *Hesp.*, III (1934), págs. 214 y sigs. Después de 180 a. de J. C., probablemente Pérgamo se emancipó de Rodas y quizá organizó su comercio según principios distintos. Es posible que en esta ocasión los atálidas empleasen principalmente el puerto de Delos como casa de cambio para sus mercancías exportadas. La gran cantidad de cuencos «megareos» de un tipo especial hallados en Delos, cuencos muy semejantes a los aparecidos en Pérgamo, y la distribución de estos cuencos sobre una zona muy amplia (véase cap. VI, nota 63) pueden sugerir, teniendo en cuenta que Delos nunca fue un centro muy importante de producción cerámica, que la llamada «clase delia» de los cuencos «megareos» se produjera en Asia Menor, pero fuera distribuida por mercaderes de Delos. Esta idea me la sugirió el doctor Deubner, Jr., que está preparando un extenso trabajo sobre los vasos de relieves de Pérgamo.

(69) K. Regling, artículo *Münzenwesen,* en *P. W. K.*, XVI, 471 y 475. Nótese cómo la reanudación de la acuñación de moneda por varias ciudades de Asia Menor y Magnesia influyó en el continente. Las principales ciudades de Eubea —Caristo, Calcis y Eretria— empezaron su propia acuñación de plata probablemente el 192 a. de J. C.: E. T. Newell, *Five Greek bronze coin hoards,* en *Num. Notes and Mon.*, LXVIII (1935), págs. 17 y sigs., y la acuñación de las ligas griegas alcanzó su apogeo (véase nota 33). Nótese también cuánto influyó la acción de Roma sobre Filipo V, quien, como he dicho (nota 40), después de la conferencia de Tempe (187 a. de J. C.) dio permiso a Tesalónica, Pela, Anfípolis y a distritos completos de su reino para acuñar su propia moneda de plata, así como sobre Antioco IV, que concedió el derecho de acuñar monedas para el imperio a dieciocho ciudades de su reino: E. Babelon, *Rois de Syrie,* págs. CI y sigs., y B. V. Head, *H. N.*², pág. 763. Una lista de ciudades de Asia Menor y de grandes islas que acuñaron tetradracmas alejandrinas y lisimaquias después de 190 antes de J. C., aunque incompleta, puede ilustrar la tendencia general de que hablamos en el texto (la lista está basada en Head, *H. N.*²,): Mirina, Temnos, Metimna, Mitilene, Clazómenas, Colofón, Eritras, Magnesia del Meandro, Focea, Priene, Esmirna, Teos, Quíos, Samos, Alabanda, Antioquía del Meandro, Milasa, Estratonicea, Astipalea, Cos, Sardes, Aspendo, Side, Silión. Se notará la distribución de estas ciudades dentro de la esfera de influencia de los atálidas y seléucidas.

(70) Sobre los cistóforos: Head, *H. N.*², pág. 534; K. Regling, artículo *Kistophoren,* en *P. W. K.*, XI, 524 y sigs.; catorce ciudades de Asia Menor, todas dependientes de un modo u otro de Pérgamo, tomaron parte en esta acuñación. Empezó probablemente hacia el 200 antes de J. C. Véase T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor,* págs. 555 y sigs. (aquí se encontrará una lista de ciudades cistofóricas). Los alejandros y lisímacos póstumos acuñados en distintas ciudades de Asia Menor y los cistóforos acuñados en las mencionadas ciudades también de Asia Menor fueron la moneda principal de los atálidas en el siglo II a. de J. C. Los primeros, de ley ática, circulaban casi exclusivamente en Siria; los segundos, de ley rodia, en Asia Menor y en Grecia. Esto está atesti-

guado por los tesoros y las listas de botín e indemnizaciones ya mencionadas (nota 18) tomadas por los romanos durante la guerra siria y después de ella. En estas listas se mencionan dos tipos de monedas: los cistóforos y los tetradracmas áticos. Estos últimos eran, con toda probabilidad, los alejandros y lisímacos póstumos de ley ática acuñados en Asia Menor. Véase mi artículo citado en la nota siguiente.

(71) He enumerado y estudiado estos tesoros en mi artículo *Some remarks on the monetary and commercial policy of the Seleucids and Attalids,* en *Anatolian Studies presented to W. H. Buckler,* 1939. Las páginas que siguen en el texto son un resumen del artículo, ligeramente modificado, en vista de algunas observaciones de E. Bikerman que tuvo la amabilidad de comunicarme en una carta particular. Más importante es su observación de que las ciudades que emitían moneda internacional eran ciudades libres no sometidas. Véanse sus notas en su *Inst. Sél.,* pág. 212, sobre la existencia de un convenio monetario entre los seléucidas y Aspendo, Faselis y Side. Considero poco probable este convenio. En las monedas de Lébedos y Heraclea, de Jonia, aparecen contramarcas de Trifón: E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.,* LXXXII (1938), págs. 21 y sigs.

(72) Sobre la ciudad de Pérgamo, véanse págs. 523 y sigs. Para los palacios con sus mosaicos, el heroón (?) y el arsenal y almacenes: G. Kawerau y Th. Wiegand, *Alt. v. Perg.,* V, 1, 1930; E. Böhringer y F. Krauss, ibíd., IX, 1937; Askos von Szalay (†) y E. Böhringer, ibíd., X, 1938. Sobre el arsenal: F. Lammert, *Die Arsenale und die Geschütz-Kugeln von Pergamon,* en *Z. F. hist. Waffenkunde,* VI (1937-38), págs. 155 y sigs. Sobre la biblioteca: B. Götze, *Antike Bibliotheken,* en *J. D. A. I.,* LII (1937), págs. 225 y sigs., y C. Wendel, *Neues aus alten Bibliotheken,* en *Zentralbl. f. Bibliothekswesen,* LIV (1937), páginas 585 y sigs., y LV (1938), págs. 641 y sigs. Sobre el famoso asclepión cerca de la ciudad reconstruida por los atálidas: O. Deubner, *Das Asklepieion von Pergamon,* 1938.

(73) Sobre las ciudades del reino pergameno, véanse P. Ghione, *I communi del regno di Pergamo,* en *Mem. Acc. Torino,* LV (1905), págs. 67 y sigs., y mi artículo en *Anatolian Studies presented to Sir W. Ramsay,* ya citado. Sobre Mirina: E. Pottier et S. Reinach, *La Nécropole de Myrina,* 1886-88; W. Ruge, artículo *Myrina,* en *P. W. K.,* supl. VI, 615 y sigs., y D. Burr, *Terracottas from Myrina in the Museum of Fine Arts, Boston,* 1934, págs. 3 y sigs. Sobre Teos: W. Ruge, artículo *Teos,* en *P. W. K.,* V A, 539 y sigs., y Poland, artículo *Technitai,* ibíd., 2473 y sigs.; cf. G. Daux, *Craton, Eumenes II et Attale II,* en *B. C. H.,* LIX (1935), págs. 210 y sigs. Nótese que Cratón era un representante típico de la burguesía anatólica rica de esta época.

(74) Para los resúmenes modernos de la historia de las monarquías menores me remito a las notas pertinentes en el cap. IV. Las fuentes antiguas se citan en el texto.

(75) Prácticamente, no se conoce nada de la organización que dio Prusias I a sus nuevas ciudades. Las inscripciones bitinias de la época helenística son extraordinariamente raras. Las fuentes literarias, mudas. Muy recientemente, L. Robert, *Ét. Anat.,* 1937, págs. 228 y sigs., tuvo la fortuna de encontrar en el Museo de Brussa un decreto honorario

fragmentario de Prusa sobre el monte Olimpo. La fecha no es segura. El documento puede pertenecer a la época de Prusias I o más tarde. No puedo tratar extensamente de esta inscripción; no trata directamente de mi tema. Sin embargo, es interesante encontrar un epístate real de la ciudad prestándole ciertos servicios de carácter financiero: préstamos de dinero sin interés (?), dinero para μισθοί (?). La inscripción parece ser un documento muy parecido a las anteriormente mencionadas inscripciones de Corrago, de Cleón de Egina, de Hipomedonte de Samotracia, de Epinico del mismo lugar (*Am. J. Ph.*, LX, págs. 452 y sigs.), de la ciudad T..., sin identificar, decretos todos en honor de estrategos o epístates reales. Parece, pues, probable que las relaciones de Prusias con sus ciudades griegas fueran del mismo carácter que las de los Tolomeos, atálidas y otros reyes helenísticos con las ciudades de sus reinos. Sobre el reino pergameno, véase lo dicho anteriormente y A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, etc., págs. 17 y sigs. Véase una inscripción de Nicomedia restaurada por L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 235 y sigs., que habla de embajadores enviados por un rey prusio, uno de los cuales tiene el título cortesano de τῶμ φίλων.

(75 *a*) Aparecen nuevos datos sobre la política de Farnaces I en la inscripción fragmentaria de Odeso (la actual Varna), recientemente hallada y publicada, véase Chr. M. Danov, *Die Beziehungen des Pontischen Reiches zur linken Schwarzmeerküste*, en *Bol. Hist. Soc.*, de Bulgaria, XIV (1938), págs. 54 y sigs.; A. Salač, *Eunomia*, I (1938), págs. 3 y sigs. (Praga), y Chr. M. Danov, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 226 y sig. La inscripción no está fechada con exactitud. Es un decreto de la ciudad de Odeso que menciona una embajada al rey Farnaces I, probablemente con el fin de pedirle ayuda en época difícil. La fragmentaria inscripción exige un estudio más completo.

(76) Las fuentes para los hechos citados en el texto se encontrarán en el excelente artículo *Miletos*, de Hiller von Gaertringen, en *P. W. K.*, XV, 1607 y sigs. Por otra parte, el artículo sobre Magnesia es más bien pobre. Sobre el buleuterión de Mileto: *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 2, 1908, pág. 100, núms. 1, 2; cf. págs. 95 y sigs., donde se reúnen todas las fuentes sobre Timarco y Heraclides; véase también E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 123, nota 9.

(76 *a*) Sobre la ἐρημοφυλακία recaudada en Egipto en la época romana y atestiguada por muchos recibos: S. L. Wallace, *Taxation in Egypt*, 1938, págs. 272 y sigs. Era un impuesto para el sostenimiento de la policía del desierto, pero se exigía sólo a quienes necesitaban su protección, y que exportaban e importaban productos de Egipto. En el Egipto tolemaico se conocían varias secciones parecidas de la fuerza de policía (las he mencionado en el cap. IV, pág. 318; véase cap. VI); probablemente todas eran sostenidas por impuestos especiales. Sobre la policía y gendarmería de los Estados helenísticos en general, véase cap. VIII.

(77) Sobre τράπεζα δημοσία de Mileto, véase A. Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 3, núm. 141, lín. 51; núm. 145 pássim, y núm. 147, lín. 54; Th. Wiegand, VII *Bericht* (*Berl. Abh.*, 1911), pág. 28, lín. 24 (ἐμπορικὰ δάνεια). Todos los datos sobre la banca ciudadana de Mileto los reúne y estudia a la luz de sus paralelos E. Ziebarth, *Hellenistische Banken*,

en *Z. N.*, XXXIV (1924), págs. 26 y sigs.; cf. íd., artículo *Trapeza*, en *P. W. K.*, VI A, 2200. Recuérdese que hasta finales del siglo III a. de J. C. no se creó la banca de la ciudad de Mileto.

(78) Sobre los mercados: A. von Gerkan, *Der Nordmarkt und der Hafen an der Löwenbucht*, en *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 6, 1922, págs. 87 y sigs., y H. Knackfuss, *Der Südmarkt und die benachbarten Bauanlagen*, ibíd., I, 7, 1924. No puedo dar aquí una descripción minuciosa de estos dos espléndidos edificios; véanse lám. LXXVI y fig. 6. Nótese que el mercado norte fue reconstruido al mismo tiempo que se construía el buleuterión (175-164 a. de J. C.), hacia la época de Antioco IV, y sirvió de enlace entre los centros políticos (buleuterión) y religioso (delfinión) de la ciudad. Desde el punto de vista económico, el mercado sur era mucho más importante que el mercado norte. Camino de Pidasa a Ionópolis: A. Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 3, núm. 149, líns. 44 y sigs.; servicio de barco de pasaje en el golfo latmio, ibíd., núm. 150, líns. 99 y sigs. (*S. I. G.*[3], 633). Cf. J. Röhlig, *Der Handel von Milet*, 1933, pág. 62.

(79) A. Rehm, loc. cit., núm. 150, líns. 86 y sigs.; *S. I. G.*[3], 633: en el tratado entre Mileto y Heraclea se dedica un párrafo a los domésticos fugitivos, es decir, esclavos particulares.

(80) Historia y monumentos de Priene: véanse págs. 172 y sigs. Sobre Orofernes: C. B. Welles, *R. C.*, 63.

(81) La localización de la Pidasa milesia, que no hay que confundirla con las dos localidades de nombre parecido, es discutida por Ruge, *P. W. K.*, XIX, 27 y sigs.; cf. L. Robert, *Villes d'Asie Mineure*, 1935, pág. 55 (donde se remite a un estudio completo de la inscripción de Mileto en su próximo *Recherches en Carie*) y pág. 62, núm. 7. Véase también íd., *Collection Fröhner*, I: *Inscr. Gr.*, pág. 79.

(82) Sobre Milasa y Olimo, véase W. Ruge, *P. W. K.*, XVI, 1046 y sigs., y XVII, 2510; cf. 1061 sobre la fertilidad de los territorios de Milasa, Olimo, Euromo y sobre las canteras de mármol de Milasa. En estos dos artículos Ruge da listas de inscripciones encontradas en los dos lugares. Los documentos que he tenido en cuenta —contratos de venta y arriendo— nunca han sido compilados por completo ni publicados de manera adecuada. Sería de gran interés y utilidad para los estudiosos de la historia económica y jurídica un *corpus* y un estudio completo de aquéllos. Las inscripciones se incorporan en las listas de W. Ruge, antes citado, y se enumeran por separado en T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, pág. 560; cf. pág. 680, véase también L. Robert, *Études épigr. et phil.*, 1938, págs. 175 y 225. Algunas de estas inscripciones se publican y estudian en *Inscr. Jur. Gr.*, I, núm. XIII, quater, A. B. C., pág. 243; véanse págs. 258 (lista de textos) y 272 (comentarios y bibliografía) (no citado por Broughton). Sobre las operaciones bancarias de los templos intervenidos por las ciudades correspondientes y en algunos casos quizá por oficiales nombrados por los reyes, véase A. N. Andreades, *Hist. of Gr. publ. fin.*, I, 1933, págs. 180 y sigs.; J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, págs. 357 y sigs.; T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 888 y sigs.; cf. pág. 559. La actividad del templo de Éfeso a este respecto está ilustrada por Dion Crisóstomo, XXXI, 54 y sigs. El hecho de que en este pasaje se mencione a los δῆμοι y βασιλεῖς como deposi-

tarios en el banco puede indicar una fuente helenística empleada por Dion. Véase la conocida «ley del deudor efesio» de 85 a. de J. C., *S. I. G.*^{3}, 742.

(83) Sobre el comercio de Éfeso, véase pág. 170; cf. M. Cary y E. Warmington, *Les explorateurs de l'Antiquité,* 1935, pág. 220 y nota 138. Sobre su banca, véase la nota precedente.

(84) Las fuentes para la guerra contra Bizancio se encontrarán en Hiller von Gaertringen, artículo *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl. V, 785 y sig. Nuestra fuente principal es Polibio, IV, 37 y sigs. (sobre el tributo: IV, 46, 4; y sobre el papel de Cavaro en la conclusión de la paz: IV, 52). Sobre la parte tomada por Bizancio en la guerra contra Filipo: Polibio, XVI, 2, 10. El decreto de Atenas en honor del bizantino Heris, dos trierarcas, y un tesorero, *S. I. G.*^{3}, 580. Sobre Cavaro y el reino de Tilis: Chr. M. Danov, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 214 y sigs. y 253 y sigs. (en búlgaro, con resumen alemán).

(85) E. Bikerman, *Rom und Lampsacus,* en *Phil.*, LXXXVII (1931), pág. 277, y *Bellum Antiochicum,* en *Hermes,* LXVII (1932), págs. 47 y sigs.

(86) Sobre la situación de las ciudades pónticas, las del «Ponto izquierdo» en el siglo II a. de J. C., véanse mis notas en *Gnomon,* X (1934), págs. 3 y sig., y el artículo de Danov (págs. 235 y sigs.) antes citado, nota 84; cf. el mismo artículo, págs. 218 y sigs., sobre las relaciones mercantiles de las ciudades de la orilla occidental del Euxino.

(87) Rodas y Crimea: véanse mis observaciones en *Gnomon,* X (1934), págs. 3 y sigs. y *C. A. H.*, VIII, págs. 628 y sigs., y 641. Sobre los esclavos pónticos: escitas: 1) *I. G.*, XII, 1, 526; *G. D. I.*, 4061; 2) *I. G.*, XII, 1, 527; *G. D. I.*, 4062; 3) A. Maiuri, *Nuova Silloge,* núm. 233; 4) ibíd., núm. 421; sármatas: *I. G.*, XII, 1, 525; *G. D. I.*, 4060; meotios: Maiuri, *N. S.*, núm. 229; cf. *I. G.*, XII, 1, 514. Libertos bosforanos en Rodas: Maiuri, *N. S.*, núm. 166. Boristenitas: Maiuri, *N. S.*, núm. 95. Olbios: *S. E. G.*, III, 676, 17 ('Ολβ]ιαπολίτας).

(88) Bósforo, Quersoneso y Delfos: véanse nota 11, y G. Daux, *Delpes au II^e et au I^{er} siècle,* págs. 21, 25, 658 y sigs. (decreto de Delfos para los quersonesios), y 520 (decreto para Perisades y Camasarie); cf. B. Latyschev, Ποντικά, 1909, págs. 298 y sigs. Panticapeo y sus relaciones con Mileto: B. Haussoullier, *Ét. sur l'hist. de Milet.*, 1902, página 202, núm. 2855, 29 y sigs., y pág. 206, núm. 5, lín. 6; cf. págs. 168 y sigs., 212 y 222.

(89) Ya he dicho que en el siglo III a. de J. C. Delos tenía relaciones comerciales activas con Rusia meridional. Nótese que el 276 se dedicaron tres φιάλαι por Quersoneso en Delos y se creó el festival de las *Quersonesias.* Después de 250 las φιάλαι se depositaron en el templo de Apolo, y después de este año se mencionan con regularidad. Sin embargo, ni los quersonesios ni los reyes del Bósforo hicieron nuevas dedicaciones. Véase F. Durrbach, *I. G.*, XI, núm. 164 B, lín. 6 (276 a. de J. C.); *Inscr. de Délos, Comptes des Hiéropes,* 439 A, 14-15 (181 a. de J. C.); 442 B, 16-17; véase su nota al núm. 442, pág. 146. Cf. E. Schulhof, *B. C. H.*, XXXII (1908), pág. 126.

(90) Pérgamo y el sur de Rusia: véanse notas 65 y 66. Exportaciones de Alejandría a Rusia meridional: vidrio: véanse mis *Skythien und der*

Bosporus, 1931, págs. 248 y 425; figuras de fayenza empleadas principalmente como amuletos, algunas de época helenística: B. Touraïeff, *Objets égyptiens et égyptisants trouvés dans la Russie méridionale*, en *Rev. Arch.*, XVIII (1911), págs. 20 y sigs.; A. V. Schmidt, *El Oriente Nuevo* (en ruso), XIII-XIV (1926), págs. 42 y sigs.; mi artículo *Greek sightseers in Egypt*, en *J. E. A.*, XIV (1928), pág. 14. Sobre algunas antigüedades halladas en el sur de Rusia y Bulgaria que atestiguan las relaciones comerciales entre los saces (sucesores de los escitas y predecesores de los sármatas del sur de Rusia) y el norte de la India a través de Bactriana, véase mi artículo *Antigüedades sármatas e indoiranias*, en *Recueil N. P. Kondakov*, 1926, págs. 239 y sigs. (en ruso, con resumen en francés); cf. *Some new aspects of Iranian art*, en *Sem. Kondak.*, VI (1933), págs. 161 y sigs. Sobre los saces: W. W. Tarn, *C. A. H.*, IX, págs. 582 y sig., e íd., *The Greeks in Bactria and India*, 1938, págs. 79 y sigs.; cf. Índice, voz «Sacas», y mis observaciones, *C. A. H.*, XI, págs. 94 y sig.

(91) Sobre Rodas, véase mi capítulo *Rhodes*, etc., *C. A. H.*, VIII, págs. 619 y sigs., del que he aprovechado mucho, y el excelente artículo *Rhodos*, por Hiller von Gaertringen, en *P. W. K.*, supl. V, 731 y sigs. Cf. E. Ziebart, *Zur Handelsgeschichte der Insel Rhodos*, en *Mél. Glotz*, 1932, págs. 909 y sigs., y las nuevas inscripciones de Rodas, M. N. Tod, *J. H. S.*, LV (1935), págs. 1 y sig. y LVII (1937), págs. 196 y sig.

(92) Rodas y Sinope: Polibio, IV, 56; cf. D. M. Robinson, *Ancient Sinope*, 1906 (*Am. J. Phil.*, XXVII (1906), pág. 250), y *C. A. H.*, VIII, pág. 625. No creo que Rodas hiciese a Sinope un regalo tan importante. Probablemente se trató de un préstamo, como los mucho más antiguos hechos por Rodas a Priene (*S. I. G.*[3], 363, y nota 4) y a Argos (W. Vollgraff, *Mnem.*, XLIV (1916), págs. 219 y sigs.); cf. *C. A. H.*, VIII, pág. 623. Hacia 230-220 a. de J. C. un banquero rodio residente en Delos hizo posible que los histieos comprasen grano concediéndoles un préstamo: *S. I. G.*[3], 493; F. Durrbach, *Choix*, 50; cf. *C. A. H.*, VIII, pág. 626. Un decreto inédito de Sinope encontrado en Cos atestigua que ésta tomó parte importante en la acción en favor de los sinopenses a través de un embajador (220 a. de J. C.). Esto demuestra la solidaridad de Rodas y Cos, e incluso cierta dependencia de Cos respecto a Rodas en asuntos de política exterior. R. Herzog, *J. D. A. I.*, XVIII (1903), Anz., pág. 198; íd., *Ath. Mitt.*, XXX (1905), pág. 182.

(93) No hay una publicación buena y completa de las asas de ánfora estampilladas halladas en las ciudades griegas de la costa occidental del mar Negro. Entretanto, véanse las observaciones generales de V. Parvan, *Dacia*, 1928, pág. 101; cf. G. Cantacuzène, *Timbres amphoriques trouvés à Callatis*, en *Rev. hist. du Sud-Est européen*, XII (1935), págs. 298 y sigs.; cf. V. Parvan, *Getica*, 1926, págs. 796 y sig. (resumen en francés), y el Índice, voces «Amfore» (y «Amphorae»), «Rhodes», «Rhodieni», «Rhodiens», «Rhodos», así como el artículo de Danov (págs. 227 y sigs.) antes citado, nota 84; véase también G. Cantacuzène, *Considerations sur les timbres amphoriques découverts en Roumanie et sur les côtes du Pont Euxin*, en *Rev. hist. du Sud-Est européen*, XVI (1939), págs. 44 y sigs.; véanse los artículos citados en *Rev. É. G.*, LII (1939), págs. 482 y sigs., núms. 228-231.

(94) Después de la caída de la hegemonía tolemaica en el Egeo y la disolución de hecho de la Liga de las Islas, como ya he dicho, Rodas fue prácticamente el único protector oficial de la seguridad de las islas griegas y del comercio en el Egeo. Esto se ve en la conocida inscripción delia de mediados del siglo III a. de J. C., un decreto en honor de Antígenes, almirante rodio (Durrbach, *Choix,* 39; *I. G.*, XI, 4, 596; E. Bikerman, *Rev. E. A.*, XL (1938), pág. 381). Rodas mantuvo la misma postura y persiguió la misma política durante la guerra contra Filipo. Un texto delio (*S. I. G.*[3], 582) que menciona una orden (διάγραμμα) dada por el almirante rodio Epícrates en favor de Delos demuestra la seriedad con que Rodas desempeñaba su papel. En este sentido (es decir, como una medida destinada a proteger y neutralizar a Delos, y probablemente a otros puertos importantes del Egeo) es como interpreto yo, con Bikerman, las palabras, un tanto oscuras, de la orden de Epícrates: ὅπως οἱ πει[ρατεύον]τες τοὺς πολεμίους ὁρ[μηθῶσιν] ἐκ τῶν ἰδίων λιμένων, τῶ[ι δὲ ἐν Δήλωι μ]ηθεὶς ὁρμητηρίωι χρή[σηται]. Véase la interpretación de esta orden por E. Bikerman, *Rev. Phil.*, XII (1938, pág. 300).

(95) De algunos textos delios sacamos nuestra información sobre el papel director de Rodas en el comercio de grano a fines del siglo III y principios del II a. de J. C. El más importante es el decreto de Histiea en honor del banquero rodio Atenodoro, por haber ayudado a los *sitonai* de Histiea a proveer de grano a su ciudad (Durrbach, *Choix,* núm. 50, de 230-220 a. de J. C.). El rodio aparece aquí como un financiero, aunque la transacción se realizó en Delos. También aparece un rodio en la misma calidad de intermediario y financiero en una de las dos inscripciones dedicadas en Delos al rey Masinisa (Durrbach, *Choix,* núms. 68, 69, de 179 a. de J. C.) en reconocimiento por un donativo de grano que hizo a la ciudad de Delos. Véanse los comentarios de Durrbach sobre los textos anteriormente citados y la nota 35 a este capítulo.

(96) El volumen del comercio rodio a principios del siglo II a. de J. C. se ha calculado por la afirmación de los embajadores rodios en Roma el 170 a. de J. C., según el cual los ingresos de la ciudad de Rodas por los derechos portuarios alcanzaban antes de este fecha a un millón de dracmas al año (Polibio, XXX, 31, 10-12 [XXXI, 7, 12]). Si con la palabra ἐλλιμένιον Polibio quiere decir derechos de aduanas (esta identificación es aceptada generalmente por los eruditos modernos) y éstos eran el 1 por 50 *(pentekoste)* corriente, esto es, el 2 por 100 del valor de la mercancía, el tráfico del comercio en el puerto rodio debe calcularse en unos 50 millones de dracmas (la cantidad mencionada por los embajadores rodios era, sin duda, una cifra redonda). Éste es el cálculo de K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 1, 2.ª ed., pág. 291, nota 4, págs. 299 y sig. Véanse págs. 289 y sigs. Sobre la leyenda del texto de Polibio y los cálculos basados en su corrección, véase la bibliografía en J. A. O. Larsen, *Roman Greece,* T. Frank, *Econ. surv.*, IV, 1938, pág. 356. Por desgracia, no tenemos cifras correspondientes a otras ciudades comerciales de aquella época o anterior que nos permitan estimar la importancia real comparativa del comercio rodio.

(97) Sobre las ánforas rodias, véase la bibliografía en *C. A. H.*, VIII, pág. 790, 1, 2, *b* (suplemento a la bibliografía de M. P. Nilsson, *Timbres amphoriques de Lindos,* etc., 1909); cf. F. Hiller von Gaertrin-

gen, *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl. V, 835 y sigs., y sobre la cronología de las estampillas rodias en general, V. Grace, *Hesp.*, III (1934), págs. 214 y sigs. Véase también F. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 471 y sig. y nota 12. Este autor anuncia un artículo especial sobre la cronología y distribución de las ánforas rodias. Temo que a la vista de la gran cantidad de material inédito almacenado en los museos, sus conclusiones basadas en estadísticas de estampillas publicadas no sean convincentes. A la lista de publicaciones de hallazgos de asas de ánforas estampilladas rodias dada en *C. A. H.*, pueden añadirse: Atenas (ágora): W. Grace, loc. cit.; Samos (con gran mezcla de asas sinópicas): W. Technau, *Ath. Mitt.*, LIV (1929), págs. 58 y sigs.; Cartago: S. Gsell, *Histoire de l'Afrique,* IV, 1920, pág. 154, nota 1; Palestina, Beth-Zur: O. R. Sellers, *The citadel of Beth-Zur,* 1933, págs. 52 y sigs.; Transjordania, Jerash (Gerasa): C. H. Kraeling, *Gerasa,* 1938. Inscripciones (C. B. Welles): núms. 241-247. Babilonia, Seleucia del Tigris: R. H. McDowell, *Stamped and inscribed objetcs from Seleucia on the Tigris,* 1935, págs. 250 y sigs.; véase mi recensión de este libro, *J. H. S.*, IV (1935), págs. 251 y sigs. y Uruk (Warka): A. Nöldecke, VII, *Vorl. Berl. Abh.*, 1935, pág. 35, lám. XXXVII, *b, c;* Elam, Susa: F. Cumont, *C. R. Ac. Inscr.*, 1937, pág. 316 (cf. íd., *Syria,* VIII (1927), págs. 49 y sigs.); Siria, Antioquía del Orontes (inéditas); Mesopotamia, Dura-Europos (varias estampillas rodias y una tasia). Sobre los países danubianos, véase nota 93; sur de Rusia, véase pág. 101, nota 43, y *C. A. H.*, VIII, pág. 629. Es cierto que la lista de Nilsson y la mía son incompletas. No conozco ninguna completa. Apenas hay un yacimiento excavado donde no se hayan encontrado ánforas rodias. Esperamos de la señorita V. Grace y de la señora Silva Lake un estudio completo de las estampillas rodias.

(98) Puede obtenerse una idea del aspecto general de Rodas de las ruinas mejor conservadas y cuidadosamente excavadas de su ciudad hermana Lindos. Los edificios de la acrópolis de Lindos han sido restaurados en parte por el Servicio Italiano de Antigüedades. No existe una obra de conjunto sobre la historia y ruinas de la ciudad. Se encontrará un breve resumen con excelente bibliografía en el artículo de F. Hiller von Gaertringen, *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl., V, págs. 476 y sigs.; véanse los informes sobre las excavaciones danesas por Chr. Blinkenberg y K. F. Kinch, *Expl. Arch. de Rhodes,* vols. I y sigs. (en curso de publicación).

(99) No puedo tratar aquí de la importancia de la escuela rodia en el desarrollo del arte griego de la época helenística. En todas las historias del arte griego se encontrarán capítulos a ello dedicados. Las esculturas (estatuas y bajorrelieves) halladas en la isla de Rodas y en Cos y guardadas en el Museo de Rodas y en el Anticuario de Cos, las reproduce y discute L. Laurenzi, *Clara Rhodos,* IX (1938), págs. 9 y sigs.; véase del mismo, *Rilievi e statue d'arte rodia,* en *Röm. Mitt.*, LIV (1939), págs. 42 y sigs. Una lista de artistas rodios y de origen no rodio que trabajaron en Atenas ha sido compilada por F. Hiller von Gaertringen, artículo *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl. V, págs. 827 y sigs. (con bibliografía).

(100) Sobre la marina y el ejército rodios: *C. A. H.*, VIII, págs. 636 y sigs. Reproduzco aquí esta sección con algunas modificaciones basa-

das en el nuevo material y renovado estudio del tema en los últimos años. Sobre todo en lo referente a la marina: G. Jacopi, *Clara Rhodos,* II (1932), págs. 169 y sigs.; M. Segre, *Riv. Fil.*, IX (10) (1932), págs. 452 y sigs., con una inscripción de hacia 260-250 a. de J. C. que menciona ξένοι y μισθοφόροι, cf. F. Hiller von Gaertringen, *G. G. A.*, CXCV (1933), págs. 16 y sigs.; M. Segre, *Clara Rhodos,* VIII (1936), págs. 227 y sigs., un bello estudio de la organización de la marina rodia, y Chr. Blinkenberg, *Triemiolia* (Lindiaka VI), *Det Kgl. Danske Videnskabernes Selskab, Arch.-Kunsth. Medd.*, II, 3 (1938), quien, al estudiar los τριημιολίαι, rodios típicos, reedita y examina varias inscripciones que tratan de la organización de la marina rodia.

(101) Los καθήμενοι o παρακαθήμενοι aparecen en otra inscripción además de la citada en el texto; F. Hiller von Gaertringen, *Ath. Mitt.*, XX (1895), págs. 222 y sigs.; *S. I. G.*[3], 1225. Quizá fueran remeros.

(102) Sobre la trierarquía rodia: A. Maiuri, *N. S.*, 18, cf. 21; M. Segre, *Clara Rhodos,* VIII (1936), págs. 227 y sigs.

(103) Raras veces aparecen mercenarios reales de origen extranjero (véase el tratado entre Hierapitna de Creta y Rodas, *S. I. G.*[3], 581, líns. 40-45). Tito Livio (XXXIII, 18, 3) sugiere que el ejército rodio constaba principalmente de unidades reclutadas en Perea, además de los destacamentos de aliados; cf. M. Holleaux, *B. C. H.*, XVII (1893), págs. 60 y sig. [=*Études,* I, págs. 417 y sigs.]; Ernst Meyer, *Die Grenzen,* 1925, pág. 54, y la inscripción fragmentaria: A. Maiuri, *Ann. Sc. Ital.*, IV-V (1924), págs. 482 y sigs. Cf. G. T. Griffith, *The mercenaries,* 1935, etc., págs. 90 y sig.

(104) A. Maiuri, *N. S.*, 22; F. Hiller von Gaertringen, *Gnomon,* II (1926), pág. 197, y mis láms. LXXVII y LXXVIII.

(105) La inscripción de Policles es típica: A. Maiuri, *N. S.*, 18; *C. A. H.*, VIII, pág. 638.

(106) Cf. U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Textgeschichte der griech. Bukoliker,* 1906, pág. 119; W. Leaf in G. M. Calhoun, *The business life of ancient Athens,* 1926, págs. 105 y sigs. E. Ziebarth, *Beiträge zur Gesch. d. Seeraubs,* etc., 1929, pág. 87, y Apéndice, II, núm. 77.

(107) H. Kreller, *Les Rhodia,* en *Zeitschr. f. d. ges. Handelsrecht u. Konkursrecht,* LXXXV (1921), págs. 257 y sigs.

(108) Sobre Delos, véanse cap. IV, págs. 240 y sigs.; sobre los testimonios epigráficos recientes, véanse M. N. Tod, *J. H. S.*, LV (1935), págs. 200 y sigs., y LVII (1937), págs. 195 y sigs. Dependencia de Delos respecto a Rodas: Véanse notas 94, 95 y 109. Delos y Rusia meridional: véase nota 89; Delos y los Tolomeos: *Inscr. Del.*, 1525-39 (Filopátor, Epífanes, Filométor); cf. W. A. Laidlaw, *A history of Delos,* 1933, pág. 109. Debo citar también en este punto las dificultades que experimentó Delos, especialmente en el siglo II a. de J. C., para abastecer a su población de trigo suficiente y no demasiado caro; véanse pág. 244 y J. A. O. Larsen, *Roman Greece,* págs. 344 y sigs.

(109) Estadísticas de hallazgos de asas de ánforas estampilladas en Delos: *C. A. H.*, VIII, pág. 629. Mis conclusiones basadas en estas estadísticas las considero ahora equivocadas: Cnido (V. Grace, *Hesp.*, III (1934), págs. 241 y sigs.) no puede considerarse un rival de Rodas a principios del siglo II a. de J. C., porque en esta época era una de-

pendencia suya: Ernst Meyer, *Die Grenzen,* págs. 72 y 140; cf. Bürchner, *P. W. K.*, XI, 920. Sin embargo, debo repetir aquí lo que dije antes, es decir, que las fechas de muchas de las asas de ánforas estampilladas no son seguras y que el problema de fecharlas exige un estudio comparativo muy minucioso. El hecho subrayado por Larsen, loc. cit., págs. 392 y sigs., viene a confirmar el mismo criterio. Es interesante ver que en esta época Delos compraba para las ceremonias sagradas exclusivamente vino cnidio y de Coo, es decir, vino producido en los dos estados vinícolas políticamente dependientes de Rodas.

(110) Precios en Delos: F. Heichelheim, *Wirtsch. Schwank.*, págs. 48 y sigs.; *Wirtschaftsg.*, págs. 452 y sigs.; Larsen, loc. cit., págs. 380 y sigs.; véase nota 32. Debo subrayar de nuevo que las fluctuaciones de los precios en Delos, valiosísimas por la luz que proyectan sobre las vicisitudes económicas de esta isla, a menudo no son fáciles de explicar, y de hecho se han interpretado de distinta manera. Sólo tengo que remitirme a las distintas interpretaciones del mismo material en los minuciosos estudios de Heichelheim y Larsen, ya citados. Las condiciones políticas generales desempeñaban un papel importante, pero no exclusivo, en las fluctuaciones de precios de Delos. Por desgracia, nuestro conocimiento es muy limitado, y no debemos basar generalizaciones ligeras en un material insuficiente, no siempre fácil de interpretar.

(111) Subida de rentas en Delos: Larsen, loc. cit., págs. 400 y sigs. Relaciones entre Siria y Delos reflejadas en las inscripciones honorarias de Delos : P. Roussel, *Délos. col. athén.*, 1916, pág. 88, nota 3; *Inscr. de Délos,* 1540-1553; cf. Durrbach, *Choix,* 59 (Antioco III), 71, 72 (Seleuco IV), 70 (Laódice, hija de Seleuco IV), 87 (Antioco IV). Sobre los posidoniastas de Berito en Delos el 178 a. de J. C.: Ch. Picard, *B. C. H.*, XLIV (1920), págs. 297 y sigs.; sobre la historia de los posidoniastas de Berito y los heraclistas de Tiro: Ch. Picard, *Rev. Arch.*, serie 6.ª, VIII (1936), págs. 191 y sigs. Nuevos testimonios sobre los posidoniastas: M. N. Tod, *J. H. S.*, LIV (1934), págs. 140 y sigs. *Inscr. de Délos,* 1520; véanse las observaciones de Ch. Picard, *Rev. Arch.*, serie 6.ª, VIII (1936), págs. 188 y sigs.

(112) Sobre Tenos: Fiehn, *Tenos,* en *P. W. K.*, V A, 515 y sigs. Sobre Tasos: F. V. Hiller, ibíd., 1320 y sig. Curiosos fragmentos de las ordenanzas de un puerto: M. Launey, *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 394 y sigs. [=*I. G.*, XII, supl. 348].

(113) Sobre Cos: A. Neppi Modona, *L'isola di Coo nell'antichità classica,* 1933; véanse las nuevas inscripciones halladas después de la aparición del libro de Modona en M. N. Tod, *J. H. S.*, LV (1935), página 203, y LVII (1937), págs. 197 y sigs. Véase cap. IV, nota 72. La situación se hizo más cómoda y pacífica después de la derrota de Filipo por los romanos. Véase L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1936), pág. 421: donación de una biblioteca, libros y dinero por dos donantes (principios del siglo II a. de J. C.). Impuestos de Cos en el siglo II a. de J. C., *S. I. G.*[3], 1000; véase pág. 248. Cárpatos y su benefactor efesio (siglo II a. de J. C.): M. Segre, *Historia,* VII (1933), pág. 577.

(114) F. V. Hiller, *Thera,* en *P. W. K.*, V A, 2296 y sigs. (sobre Artemidoro, el veterano tolemaico, col. 2297, y sobre Epicteta, col. 2299, e ibíd., sobre el Alipterio de Próclidas).

(115) Véanse mis observaciones en *C. A. H.*, VII, pág. 163, y E. Bikerman, *Der Gott der Makkbäer*, 1937, págs. 66 y sigs. y su *Inst. Sél.*, págs. 121 y sigs. Sobre Antioco IV y el templo de Nanaía, véase W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 214 y 463 y sigs. (2.ª ed., Addenda, pág. 530) (Apéndice 7: Antioco IV y el templo de Nanaía). Tarn rechaza la versión de que Antioco saquease el templo. Yo no la considero imposible. Pudo haber apoyado su petición con los mismos medios que empleó en Jerusalén.

(116) M. Rostovtzeff, *Caravan cities*, 1932; cf. M. Cary y E. Warmington, *Les explorateurs de l'Antiquité*, 1932, págs. 108 y sigs. y 220 y sigs. Véanse las observaciones de E. T. Newell, *The coinage of the Eastern Seleucid Mints*, en *Num. St.*, I (1938), págs. 96 y sig., sobre el renacimiento y consolidación en esta época del comercio de Seleucia del Tigris, según lo demuestran sus monedas.

(117) Véase, por ejemplo, una moneda parta (Fraates III) hallada en una tumba panticapea, en mi *Skythien und der Bosporus*, pág. 209. La necrópolis de Bori, en el Cáucaso, saqueada por un excavador aficionado, dio varios objetos interesantes de finales de la época helenística y principios del imperio romano. Entre otros objetos había varias monedas. Las más antiguas imitaciones saces de estateras de oro de Alejandro datan probablemente del siglo II a. de J. C. Después vienen monedas de Fraates IV (37-2 a. de J. C.) y Gotarzes (50-51 d. de J. C.) de Partia y muchas monedas de Augusto (principalmente del 2 a. de J. C.). La necrópolis se utilizó hasta principios del siglo III d. de J. C. Los objetos hallados en las tumbas son en su mayoría griegos e itálicos, pero muchos, sin duda, son importados de Oriente, posiblemente de Indoscitia (por ejemplo, brazaletes con piedras incrustadas) y quizá de Partia. Puede atribuirse un origen parto a algunos fragmentos de camas y sillas, especialmente patas cubiertas con láminas de plata, que muestran gran similitud con objetos de bronce de la misma forma y estilo hallados en Shami, de Susiana (inéditos); véase Aurel Stein, *An arch. journey in Western Iran*, en *Geogr. Journ.*, 92 (1938), págs. 324 y sigs. Además, me inclino a creer que el plato de plata con la figura de un caballo y un altar delante de él, es un producto del arte helenístico mesopotámico. La figura del caballo sagrado me recuerda el santuario de Heracles en una cueva del monte Sambulos (Karafto), en el Curdistán, descrito por Tácito (Ann, XII, 13), véase Aurel Stein, loc. cit., pág. 336 y fig. 21; cf. *S. E. G.*, VII, 36. El hallazgo de Bori fue publicado y estudiado por E. Pridik, *Mat. Arqueol. de Rusia*, XXXIV, 1914, págs. 94 y sigs. (en ruso). Fragmentos de camas: láms. IV, 1-6, y V; plato de plata, pág. 100, lám. I, 3. Ánfora siria azul vidriada (véase nota 120) hallada en Rusia meridional, A. Strelkoff, *J. D. A. I.* (1935), Anz., págs. 58 y sigs.

(118) La πομπή de Antioco IV: Ateneo, V, 194 C-195 y sig., especialmente 195 *b:* τὸ δὲ τῶν χρυσωμάτων καὶ ἀργυρωμάτων πλῆθος οὕτως ἄν τις ὑπονοήσειεν ὅσον ἦν. ἑνὸς γὰρ τῶν φίλων Διονυσίου τοῦ ἐπιστολογράφου χίλιοι παῖδες ἐπόμπευσαν ἀργυρώματα ἔχοντες, ὧν οὐδὲν ἔλαττον' ὁλκὴν εἶχεν δραχμῶν χιλίων. βασιλικοὶ δὲ παῖδες παρῆλθον ἑξακόσιοι χρυσώματα ἔχοντες· ἔπειτα γυναῖκες ἐκ χρυσῶν καλπίδων μύροις ἔρραινον εἰς διακοσίας, cf., ibíd. *c:* ἐν τῷ γυμνασίῳ πάντες ἐκ χρυσῶν ὁλκείων

ἠλείφοντο κροκίνῳ μύρῳ. Nótese que Polibio, en su brillante caracterización de Antioco IV, dice de él (Ateneo, V, 193 *d*): μάλιστα δὲ πρὸς τοῖς ἀργυροκοπείοις εὑρίσκετο καὶ χρυσοχοείοις εὑρησιλογῶν καὶ φιλοτεχνῶν πρὸς τοὺς τορευτὰς καὶ τοὺς ἄλλους τεχνίτας. Esto demuestra cuán alta era la reputación artística de los toreutas de Antioquía. Puedo citar también las distintas dedicaciones, hechas en Mileto y Delos por Seleuco I y Estratonice, de vajilla de oro y plata, alguna con incrustaciones de piedras: *O. G. I.*, 214; Welles, *R. C.*, 5, 21 y sigs., y las cuentas de los hieropeos de Delos, *Inscr. de Delos*, núm. 287, con la nota, y los inventarios anteriores y posteriores. En conclusión, puedo recordar el conocido pasaje de una de las verrinas de Cicerón en las que los vasos de oro con piedras preciosas aparecen como un rasgo distintivo de la vida de los seléucidas; Cicerón, *Verr.*, IV, 62; «poculo ex auro, quae, ut mos est regius et maxime in Syria, gemmis erant distincta clarissimis»; cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, 35, nota 14. Es de lamentar que nuestra documentación arqueológica sea pobre a este respecto. No conozco ninguna vajilla de metal que pueda atribuirse a Siria en el período que estudiamos. La escasez de plata y oro en Siria pudo en cierto modo ser la causa de ello. La vajilla de plata y oro, muy costosa, se guardaba para los vivos, y no iba fácilmente a las tumbas. Sin embargo, véase, cap. VI, nota 143.

(119) Las coronas de ramas de mirra e incienso no son cómodas. Los arbustos de que se extraen estas sustancias son espinosos. Lo que Posidonio quiere decir son coronas de un tipo especial, frecuentemente representadas en las pinturas helenísticas y romanas. Se trata de coronas y guirnaldas que o bien consistían en flores trenzadas en torzales, o bien en las mismas flores sujetas por una red o una funda. Estas coronas y guirnaldas siempre iban adornadas con las largas tiras descritas por Posidonio. Este tipo de guirnalda aparece representado en algunas tumbas de Panticapeo; véase mi *Ancient dec. wall-painting*, en *J. H. S.*, XXXIX (1910), láms. VII, 2, y IX (redes), y sobre algunos vasos de vidrio pintados, véase mi artículo *Vasos de vidrio pintados*, etc., en *Bol. Com. Imp. Arqueol.*, 1914, láms. I, II y XII (en ruso); véase también mi *Decoración mural pintada antigua en Rusia meridional*, 1914, Índice, voz «Garland» (en ruso). Probablemente se emplearon redecillas y fundas para las coronas de incienso y mirra.

(120) Sobre la cerámica vidriada mesopotámica, véase cap. IV, nota 311. El estudio más reciente es el de N. C. Debevoise, *Parthian pottery from Seleucia on the Tigris*, 1934. Los hallazgos de Dura, abundantes y, en algunos casos, fechados con toda exactitud, están ilustrados por N. P. Toll, *Dura final report*, IV, parte I, 1, *Green glazed pottery*. Bellos ejemplares de esta cerámica se guardan en el Museo Metropolitano de Nueva York (algunos hallados, según se dice, cerca de Homs-Emesa); fueron publicados y estudiados por G. M. Richter, *Bull. Metr. Mus.*, XI (1916), págs. 64 y sigs.; XIX (1924), págs. 94 y sigs.; XXXIII (1938), págs. 240 y sigs. Véase la descripción de la lám. LXXX. A este respecto puede decirse que en la necrópolis de Hadra, de Alejandría, se encontró una hidria funeraria vidriada de tipo mesopotámico, en una tumba de época tolemaica (los excavadores no dan fecha exacta de esta tumba); véase E. Breccia, *Le Musée gréco-romain, 1931-1932* (1933), pág. 19, lám. V, 22.

El tesoro de monedas de Susa fue publicado por J.-M. Unvala, *Rev. Num.*, XXXVIII (1935), págs. 155 y sigs., lám. V. Debo a la amabilidad de M. R. de Mecquenem y J.-M. Unvala una fotografía del vaso en que se encontró el tesoro.

(121) Véase mi capítulo *Rhodes*, etc., *C. A. H.*, VIII, págs. 619 y siguientes.

(122) Véanse notas 66 y 71.

(123) Véase nota 111. Los musivarios sirios y otros artistas en Delos: J. Chamonard, *Les mosaïques de la maison des Masques*, en *Expl. Arch. de Délos*, XIV (1933); cf. íd., *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 98 y sigs. Cf. Ch. Picard, *Syria*, XIV (1933), págs. 318 y sigs., y *Berytus*, II (1935), págs. 11 y sigs. Efebos sirios: P. Roussel, *B. C. H.*, LV (1931), págs. 438 y sigs., especialmente pág. 447. Santuarios extranjeros en Delos: véase cap. VI, nota 62.

(124) Sobre los mercaderes orientales en Grecia: véase *Choix*, págs. 207 y sigs., y mis artículos: *Foreign commerce of Ptolemaic Egypt*, en *Journ. of Econ. and Bus. History*, IV (1931-32), pág. 475, y *C. A. H.*, VIII, págs. 640 y 647; cf. W. A. Laidlaw, *A history of Delos*, 1933, pág. 200, nota 29. Muchas inscripciones atestiguan las íntimas relaciones en que estos mercaderes estaban con Delos y otros centros de comercio internacional del Mediterráneo. Los más antiguos pertenecen al siglo II a. de J. C., y a la época de Epífanes y de la desintegración gradual del imperio seléucida a la muerte de aquél. Más interesante es el grupo que aparece en los inventarios delios. A la cabeza de este grupo encontramos al bactriano Hispaosines, que aparece por primera vez el año 179 a. de J. C. (*Inscr. de Délos*, 442 B, lín. 109) y dos veces más tarde (ibíd., 1432 A *a* II, 26 y 1450 A, 136), primero como dedicante de un λέοντος προτομή y después de un ἐκτύπωμα Ὑρκανοῦ κυνός. Podemos identificar a este Hispaosines, o por lo menos relacionarle, con el conocido fundador de Clárax de Babilonia y de la dinastía de Mesene, quizá antiguo sátrapa de Epífanes; véase W. W. Tarn, *C. A. H.*, IX, pág. 578. Hispaosines o sus sucesores emitieron el 125-124 a. de J. C. su propia moneda de plata, que copia el tipo de reverso de Eutidemo I de Bactriana (G. Hill, *B. M. C.*, *Arabia*, etc., págs. CXCVI y sig.). Mitrídates II reacuñó una emisión de monedas de bronce el 122-121 a. de J. C. (E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.*, XXVI, 1925). El profesor A. R. Bellinger encontró entre las monedas de Dura un bronce de Hispaosines de tipo hasta ahora desconocido, que ha de atribuirse, según él, al 140 a. de J. C., porque copia un tipo de Demetrio II acuñado en Seleucia del Tigris exactamente antes de su derrota y captura el 140-139 a. de J. C. (*Yale Class. Stud.*, VIII, 1942, págs. 53-67; *Num. Chrom.*, 1944, págs. 58-59). Hacia la misma época encontramos en los inventarios de Delos un Αὖλος Γερραῖος, *Inscr. de Délos*, 1439 A *b c* II, 24 y sigs.; 1449 A *a b* II, 28, y a Τημάλλατος Γερραῖος, ibíd., 1442 A, 82 y B, 57, 58; 1444 A *a*, 45 y 51; 1449 A *a b* II, 60 y sig.; 1450 A, 119 (el último, 140-143? a. de J. C.); véase una dedicación bilingüe de dos mineos a su dios Uad, ibíd., 2320. También son contemporáneos los árabes de Petra en Tenos, *I. G.*, XII, supl. 307, y cf. 313 (cf. *I. G.*, XII, 5, 845, un mercader fenicio en Tenos) y en Rodas, *S. E. G.*, III, 674, 34 (cf. Chalce, *I. G.*, XII, 1, 963). Puedo recordar sobre esto la embajada

de Mosquión de Priene a los nabateos, *Inschr. v. Pr.*, 108 (aproximadamente de la misma fecha). Algunas dedicaciones en Delos probablemente son de fecha posterior: un árabe de Petra (?), *Inscr. de Délos*, 2321; hombres de Hadramaut, ibíd., 2319, cr. 2315 y 2322. Finalmente, puedo mencionar la conocida inscripción de Puteoli, *I. G.*, XIV, 842 *a*. El profesor G. Levi Della Vida ha publicado recientemente dos inscripciones bilingües muy interesantes, descubiertas en la isla de Cos: una greco-nabatea y otra greco-palmirena; véase G. Levi Della Vida, *Una bilingue greco-nabatea*, en *Clara Rhodos*, IX (1938), págs. 139 y sigs., y *Mél. syr. R. Dussaud*, vol. II, págs. 883-886. Sean de la fecha que fueren (la nabatea pertenece probablemente a la época de Aretas IV, 9 a. de J. C.-40 d. de J. C.), demuestran que existían relaciones directas e ininterrumpidas entre los mercaderes sirios y nabateos y el Egeo.

(125) Mi concepción de la política de Epífanes coincide en muchos puntos con la brillante caracterización de su actividad en Judea por E. Bikerman, *Der Gott der Makkabäer*, 1937. El bajorrelieve de Dura es reproducido y estudiado por F. E. Brown, *Report* VII-VIII, págs. 258 y sigs., y por mí en *Dura-Europos and its art*, 1938, págs. 78 y 84; véase mi artículo *Le Gad de Doura et Seleucus Nicator*, en *Mél. syr. R. Dussaud*, 1938, págs. 281 y sigs. Sobre las estatuas de Zeus Olímpico y Epífanes en el *temenos* de Sión: Porfirio, en Jerónimo, *Ad Dan.*, VIII, 5; cf. VIII, 13; VIII, 14, y XI, 37; Bikerman, loc. cit., pág. 102, cf. Posidonio, *F. Gr. Hist.*, 87, fr. 109, 4; Bikerman, loc. cit., pág. 106. Me inclino a creer que el autor del libro I de los Macabeos (I, 41) tiene razón en su exposición de los rasgos generales de la política de Epífanes. Por supuesto, simplifica y generaliza, pero la tendencia general era indudable para cualquiera que fuese testigo de los hechos. Sobre la actividad y actitud de Epífanes después de la expedición egipcia, estoy de acuerdo con los puntos de vista expuestos por W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 182 y sigs. (en contra, W. Otto, *Zur Geschichte der Zeit des 6. Ptolemäers*); Tarn da un cuadro brillante de Epífanes como un rey de grandes ideas y gran energía. Es muy probable que Epífanes actuase de acuerdo con Eucrátides, aunque las razones de Tarn para hacer de Eucrátides un agente y general de Epífanes no sean convincentes. La mayor dificultad para aceptar el punto de vista de Tarn es que Eucrátides aparece en Bactriana como un rey completamente independiente.

Una visión general valiosa de las modernas concepciones sobre el carácter y actividad de Epífanes y algunas consideraciones generales sobre los fines de su política, se encontrarán en F. Reuter, *Beiträge zur Beurteilung des Königs Antiochos Epiphanes*, tesis doctoral, Münster, 1938. Sin embargo, no puedo estar de acuerdo con el autor en su idea de que la política de Epífanes fue completamente diferente de la de Seleuco IV, tratando Seleuco IV de crear una alianza panhelenística contra Roma, e intentando Epífanes establecer un *modus vivendi* entre su reino asiático y Roma, y reformar su reino según el modelo romano. Las fuentes son demasiado escasas para apoyar este punto de vista.

(126) Sobre el gobierno de Filopátor, véase E. Bevan, *A history of Egypt*, 1927, págs. 217 y sigs.; P. Jouguet, *L'Égypte ptolémaïque*, 1933, págs. 61 y sigs.; cf. S. L. Wallace, *Census and Poll-tax in Ptolemaic Egypt*, en *Am. J. Ph.*, LIX (1938), págs. 418 y sigs.

(127) Véase el artículo de Wallace citado en la nota anterior. En la carta de Teógenes, dioceta de Filopátor (cf. *Teb.*, 705), hallada en Edfu (Apolinópolis) y recientemente publicada no se ve ninguna novedad fiscal, J. Manteuffel, *Fouilles franco-polonaises* (de Edfu), 1939, capítulo III, pág. 140 y lám. XVIII (P. Edfou, núm. 5); cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XXVIII (1939), págs. 386 y sigs.

(128) La primera referencia al ἴδιος λόγος se encontrará en *Teb.*, 874, de 179 a. de J. C.; antes de la publicación de este documento, la mención más antigua de ella estaba en *B. G. U.*, 992; Wilcken, *Chrest.*, 162 (de 162 a. de J. C.); cf. *S. B.*, I, 4512, 5, 6 (167-134 a. de J. C.). Sobre el jefe de este departamento, que también se conocía por ἴδιος λόγος, y su esfera de actividad, U. Wilcken, *Grunz.*, págs. 146 y sigs.; G. Plaumann, *P. W. K.*, IX, 882 y sigs., y *Berl. Abh.*, 1918, núm. 17 (publicado en 1919). Ἴδια como término técnico designando la *res privata* del rey: véase nota 151.

(129) Sobre la guerra civil de la época de Filopátor, véase el cuidado estudio de C. Préaux, *Esquisse d'une histoire des révolutions égyptiennes sous les Lagides*, en *Chr. d'Ég.*, XXII (1936), págs. 526 y sigs. Sobre la actitud de los templos durante la revolución: W. Otto, *Priester und Tempel*, II, 1908, págs. 307 y sigs., y especialmente el decreto de Roseta, *O. G. I.*, 90, lín. 27; cf. el decreto de Menfis citado en la nota siguiente. La señorita Préaux da en su artículo una lista completa de las fuentes y una bibliografía exhaustiva.

(130) Véase el decreto trilingüe de los sacerdotes de Egipto votado en Menfis el 217 a. de J. C. Se han encontrado recientemente dos fragmentos de dos copias de él y se han publicado en *S. E. G.*, VIII, 467 y 504 *a* (con bibliografía). El decreto de 217 a. de J. C. se basa en una proclama real hecha después de la guerra y la victoria de Rafia. Los sacerdotes citan con frecuencia este documento. Tenemos esta cita, sin duda, en el pasaje a que me refiero en el texto, *S. E. G.*, VIII, 467, líns. 19 y sigs.; después de mencionar las donaciones a los templos los sacerdotes dicen: καίπερ | πολλῆς αὐτῶι δαπάνης γεγενημέ||νης ἐν τῆι στρατείαι καὶ ἐστεφανω|κότος αὐτοῦ τὰς δυνάμεις χρυσῶν | μυριάδων τριάκοντα. Sin duda, el documento demuestra la gran consideración que el rey demostró a los sacerdotes. Los regalos que les hizo eran pródigos. Comprendían algunos nuevos ingresos: πρόσοδοι χωρὶς τῶν προανακειμένων. Pero no les otorgó ningún privilegio esencial. Estas concesiones estaban reservadas a sus sucesores. En su proclama, el rey da cuenta de sus campañas en estilo faraónico. No puede faltar la mención del rico botín: era un lugar común. Véase el πρόγραμμα, fragmentario (*B. G. U.*, 1212 *c*) de Filopátor, que se refiere a uno más antiguo de Evérgetes I, y las demás órdenes reales fragmentarias copiadas en esta hoja de papiro, quizá también de Filopátor.

(131) Otra causa del descenso gradual en los ingresos que Egipto sacaba de su comercio exterior, pudo haber sido el empobrecimiento de Grecia, principal comprador de trigo, a causa de su rápida disminución de poder adquisitivo, de la que hablé antes en este capítulo; cf. A. Segré, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (N. S. VIII, 3) (1934), págs. 302 y sigs. Patrón de la moneda de cobre e inflación: F. Heichelheim, *Wirtsch. Schwank*, págs. 19 y sigs. Cf. Mickwitz, *Inflation*, en *P. W. K.*, supl. VI,

págs. 127 y sigs., y las recensiones del libro de Heichelheim citadas en el cap. IV, nota 2. Repito que los testimonios sobre el deterioro de la acuñación de la moneda de plata de Filopátor son de muy poco peso. Cf. *P. Mich.*, III, 173, y *B. G. U.*, 1012, y la datación e interpretación de estos documentos por F. Heichelheim, *Aeg.*, XVII (1937), págs. 61 y sigs. Se encontrarán valiosos testimonios sobre las consecuencias de la política monetaria de Filopátor en *Teb.*, III, 1 y 2. Véanse, por ejemplo, las cuentas de 210 a. de J. C., *Teb.*, 884, y de 200 a. de J. C., *Teb.*, 885; cf. 1062 (207 ó 190 a. de J. C.) y las cuentas de banco posteriores del siglo II a. de J. C. (se desconoce la fecha exacta), *Teb.*, 890. Las últimas muestran que el oro y la plata eran considerados tesoro y pagados según el estado de conservación de cada moneda.

(132) Sobre el gobierno de Epífanes: E. Bevan, *A history of Egypt*, 1927, págs. 252 y sigs.; P. Jouguet, *L'Égypte Ptolémaïque*, págs. 117 y sigs. Sobre la fecha de la ascensión de Epífanes: E. Bikerman, *Chr. d'Ég.*, XXIX (1940), págs. 124 y sigs. Sobre la guerra civil, véase el artículo de la señorita Préaux citado en la nota 129, págs. 502 y siguientes.

(133) *O. G. I.*, 90; cf. *S. E. G.*, VIII, 463 y 784; cf. C. Préaux, *L'écon. Lag.*, págs. 180 y sig.

(134) He discutido este punto en una memoria especial 'Πλοῖα θαλάσσια *on the Nile*, en *Ét. ded. à la mém. d'André Andréades*, 1940, págs. 367 y sigs., donde he citado los documentos. Véase especialmente *Teb.*, 856, líns. 11 y sigs. (171 a. de J. C.), y 890 (siglo II a. de J. C.), líns. 20, 34, 93, y los documentos más tardíos *B. G. U.*, VIII, 1744-1746 y 1755, y los publicados por H. Zilliacus, *Aeg.*, XIX (1939), págs. 59 y sigs. Sobre los ναυκληρομάχιμοι, véase pág. 769. Sobre Comano y su barco: W. L. Westermann, *Arch. Pap.*, XIII (1938), págs. 1 y sigs. Las primeras veces que aparecen los πλοῖα θαλάσσια en el Nilo y los ναυκληρομάχιμοι se pueden fechar en el reinado de Filométor, pero ya no eran una novedad en aquella época. Pueden remontarse a Filopátor e incluso a una época anterior.

(135) Herbert Thompson, *A family Archive from Siut*, 1934, páginas 26 y sigs. (actas de reparto de 174-173 a. de J. C.) y págs. 37 y sigs. (acta de reparto de 181-180 a. de J. C.). Tómese como ejemplo la cláusula 6. En la versión antigua dice así: «junto con la tercera parte de la casa que está en la necrópolis de Siut con sus fundamentos»; mientras que en la versión más tardía se dice: «junto con la tercera parte de la casa que está en la necrópolis de Siut, que antes estaba de pie (pero) que actualmente está en ruinas». O la cláusula 12: «el huerto en tierra pública» (versión antigua), y «el huerto en tierra baldía» (versión posterior). Cf. E. Seidl y B. H. Stricker, *Z. d. Sav.-Stift.*, LVII (1937), págs. 272 y sigs.

(136) *S. B.*, 5675, cf. U. Wilcken, *Z. d. Sav.-Stift.*, XLII (1921), pág. 132; véanse mis observaciones, *Teb.*, 703, Introd., pág. 69, y E. Berneker, *Die Sondergerichtsbarkeit im griechischen Recht Ägyptens*, 1935, pág. 61; cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 522; cf. 549, 555.

(137) *U. P. Z.*, 110, líns. 155 y sigs. Sobre Hípalo: W. Otto, *P. W. K.*, VIII, 1657, y *Teb.*, 895; cf. T. C. Skeat, *Arch. Pap.*, XII (1937), págs. 40 y sigs.; C. Préaux, loc. cit., pág. 527. Se menciona al mismo individuo

en otros documentos: *Teb.*, 750, 19 (187 ó 175 a. de J. C.), 853, 17 y 920, 15. Es interesante notar que en *Teb.*, 750, Hípalo aparece como hombre influyente de cuya σκέπη (patronazgo) gozaban varias personas; cf. (σκέπη) el casi contemporáneo *Teb.*, 758. En *Teb.*, 895, Hípalo otorga πίστεις (salvoconductos) a deudores de la corona. Tanto la σκέπη como la πίστεις aunque de origen antiguo (la primera mención de la πίστεις es del 187-186 a. de J. C., *Teb.*, 741), desempeñó un papel muy importante en la vida de Egipto en los siglos II y I a. de J. C.; véase cap. VI, págs. 968 y sig. Véase en *U. P. Z.*, 110, líns. 159 y sigs., la descripción de los motivos de los que estaban obligados a ayudar al gobierno en este triste deber: οἷς ὀφειλόμενόν ἐσ|τι διὰ τὴν πρὸς τὰ πράγματα εὔνοιαν ἀσμένως ἐπιδέξασθαι τὸ προτεινόμενον; véase la expresión similar en *Teb.*, 124, 3 y sigs., y *B. G. U.*, 1185, lín. 2, y cf. también *Teb.*, 703, 134 y sigs. con mi nota, y en general sobre la εὔνοια como uno de los principales motivos que se supone animan al gobernante y a sus auxiliares en sus relaciones con los gobernados, y viceversa; W. Schubart, *Arch. Pap.*, XII (1936-37), págs. 8 y sigs., y cap. III, nota 15. Las prácticas de Hípalo sobrevivieron bajo Filométor y más tarde, aunque en general en esta época se emplearon métodos más eficaces y menos corteses. Véase *Teb.*, 734, dos fragmentos de informes oficiales, uno de 141 y otro de 139 a. de J. C., sobre dos casos de ἐπιβολή. En ninguno de los dos casos se empleó la fuerza, sino la persuasión: en un caso el cultivo de una tierra improductiva fue emprendido por los βασιλικοὶ γεωργοί de Dinnis; en otro, por algunos grandes señores (ἐν ὑπεροχῇ ὄντων) de Arsínoe.

(138) Asignación de tierra en barbecho a nuevos κληροῦχοι o κάτοικοι en el siglo II a. de J. C.: C. Préaux, loc. cit., págs. 480 y sigs. Arriendo de porciones importantes de esta tierra (que probablemente pertenecía a la clase de γῆ ἱερά) a templos por largos plazos: *Teb.*, 737 (136 a. de J. C.): χέρσος ἀφορολόγητος y ἄλλος ὑπόλογος arrendada por un plazo de veinte años en condiciones enfitéuticas: cinco años sin renta (ἀφορί), otros cinco por una renta nominal, y los últimos diez años por una renta mayor; para época posterior, véase la inscripción de Magdola de 95-94 a. de J. C., *S. B.*, 7259; *S. E. G.*, VIII, 486; trozo de terreno ἱερ[ᾶς] γῆς ἀχρήστων y αἰγιαλός. El caso de 136 a. de J. C. no fue el primero de su clase. *Doreai:* véase nota 150 *a*.

(139) C. B. Welles, *A. J. A.*, XLI (1937), pág. 509; cf. *Teb.*, 886 (hacia el mismo año 182 a. de J. C.), cuenta de gastos agrícolas en la que los jornales pagados a los obreros se calculan aún en la proporción de 1 a 60; cf. *P. Mich.*, III, 200. Los años en torno al 182 a. de J. C. parece que fueron decisivos en la historia de la inflación; véanse las cuentas de los bancos, *Teb.*, 890.

(140) Sobre Antioco IV en Egipto, véase el fragmento de su edicto (πρόσταγμα), *Teb.*, 698; cf. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1935), pág. 146; K. Fr. W. Schmidt, *Phil. Woch.*, LIV (1934), pág. 1304, y especialmente W. Otto, *Zur Geschichte der Zeit des 6. Ptolemäers*, en *Bay. Abh.*, XI (1934), págs. 54 y sigs., y C. Préaux, loc. cit., págs. 491 y sigs. Sobre la devastación de Egipto por los soldados de Antioco IV, probablemente durante su segunda campaña: *Teb.*, 781; cf. Wilcken, loc. cit., página 147. Véase también Jerónimo, *Ad Dan.*, XI, 21, y W. Otto, loc. cit.,

pág. 57. Cf. A. Passerini, *Roma e l'Egitto durante la terza guerra Macedonica*, en *Athen.*, XIII (1935), págs. 317 y sigs.; y F. Hampl, *Gnomon*, XII (1936), págs. 30 y sigs. Sobre la época de Filométor en general: P. Jouguet, *Les débuts du règne de Ptolemée Philométor*, etc., en *Rev. Phil.*, XI (63) (1937), págs. 193 y sigs., y *Eulaeos et Lenaes*, en *Bull. Inst. d'Égypte*, XIX (1937), págs. 157 y sigs.

(141) La fecha de la revolución de Dionisio Petosérapis y su carácter: W. Otto, loc. cit., pág. 3, nota 6, y págs. 71 y 91. Sobre la revuelta en la Tebaida de 165-164 a. de J. C.: Diodoro, XXXI, 17 *b*. Dos grafitos encontrados en el templo de Abidos, uno de los cuales menciona al rey nubio Hurgonafor, no pueden atribuirse al reinado de Epífanes, sino a la época del reinado conjunto de los dos reyes y la reina, esto es, a 164-163 a. de J. C.; véase P. Lacau, *Études de Pap.*, II (1934), págs. 229 y sigs., y P. Jouguet, *Mél. O. Navarre*, 1935, págs. 265 y sigs.

(142) Las ἐντολαί de Herodes y los documentos acompañantes: U. Wilcken, *U. P. Z.*, 110, con excelente introducción y comentario; véase mi *Kolonat*, pág. 55, y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 504 y sigs.; cf. 565, nota 4. La reducción de la renta mencionada en la lín. 28 puede compararse con el κουφισμός de la renta de la tierra real concedido por el *hypodioecetes* Serapión (*U. P. Z.*, 22; cf. *Teb.*, 807) en 162 a. de J. C. (Serapión pudo haber llegado a dioceta algunos años después: *Teb.*, 732 y 743), y el *dioecetes* Tolomeo, *Teb.*, 72, y 443 y sigs. A los cultivadores de la tierra real en el Fayum; véase mi *Kolonat*, pág. 33 y sigs. Sobre las ἀποσκευαί, véase cap. III, nota 18. Actitud de la población hacia las distintas formas de liturgia impuestas a los griegos y los indígenas: *B. G. U.*, 1256; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 275 (lampadarquía impuesta a un cleruco), y *Teb.*, 731, del 153 ó 142 a. de J. C. (γενηματοφυλακία). Huida de las liturgias mediante el alistamiento como soldados, *U. P. Z.*, 110, lín. 161: μηδεὶς ἐαθῇ στρατεύεσθαι. Sobre los μάχιμοι después de Rafia: J. Lesquier, *Inst. mil.*, etc., págs. 7 y sigs.; U. Wilcken, loc. cit., introducción y nota a las líns. 10-23; *Teb.*, 703, líns. 215 y sigs., y mis comentarios; G. T. Griffith, *The mercenaries*, etc., págs. 112 y sigs. Lesquier era aún de la opinión de que los μάχιμοι de tipo corriente de origen no egipcios (esto es, «griegos») no aparecen en Egipto antes del siglo I a. de J. C. Un documento inédito demuestra que, después de Rafia, Filopátor y sus sucesores hicieron escasa distinción entre los clerucos indígenas y los extranjeros. Con tal de que les costaran poco. Véase nota 150. [Este comentario se basaba en una falsa lectura del texto después publicado como *P. Ryl.*, IV, 583.]

(143) Sobre el primero de estos documentos, véanse las observaciones de C. Préaux, loc. cit., págs. 492 y 496 y sigs. Es posible que el Amonión de Moeris no fuese un santuario puramente egipcio, sino el santuario de Zeus y Amón, el gran dios de Alejandro.

(144) P. Baraize publicado por P. Collart, *Ét. de Pap.*, II (1934), págs. 23 y sigs.; cf. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1935), págs. 292 y sigs. El caso de la casa que perteneció a Tolomeo, padre del famoso Hermias, probablemente fue el mismo. Durante la revuelta de Tebaida bajo Epífanes, la casa fue destruida y las ruinas ocupadas por una familia egipcia, o compradas al nuevo gobierno por la misma; véase U. Wilcken, *U. P. Z.*, II, 1935, pág. 44.

(145) Sobre Tolomeo el Recluso y su padre y hermanos: U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, págs. 104 y sigs.; cf. A. Calderini, *Aeg.*, XIII (1933), págs. 674 y sigs., y N. J. Reich, *Mizraim*, I (1933), págs. 9 y sigs. No puedo estudiar aquí el difícil problema de los ἐγκάτοχοι. Es cierto que eran devotos posesos de Sérapis que vivían en el santuario del dios y estaban «vinculados» a Sérapis, esto es, confinados al περίβολος del santuario durante el tiempo de su κατοχή. La historia del problema se encontrará en U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, págs. 52 y sigs.; cf. pág. 295, en contra, F. von Woess, *Das Asylwesen Ägyptens*, etc., 1923 (*Münch. Beitr.*, 5), y pág. 651, réplica a F. von Woess, *Z. d. Sav.-Stift.*, XLVI (1926), págs. 56 y sigs. Cf. G. Heuser, *Die κατοχή im Serapieion bei Memphis*, 1935. Véase también L. Wenger, *Arch. f. Kulturgeschichte*, XXVIII (1938), págs. 114 y sigs., y F. Cumont, *L'Égypte des astrologues*, 1937, págs. 148 y sigs. La teoría de Wilcken parece ser ahora generalmente aceptada: véase A. D. Nock, *Conversion*, 1933, págs. 80 y 153, y L. Wenger, loc. cit. Es interesante anotar como clave para la psicología de Tolomeo, que Apolonio, su hermano menor, se hizo ἐγκάτοχος durante algún tiempo, justamente antes de hacerse soldado. Quizá los que buscaban una mayor o menor seguridad en la vida no tuvieran más solución que ser ἐγκάτοχος o soldado. Apolonio escogió al principio la primera solución; después, la segunda. ¿Tenía libre elección? Él y Tolomeo hicieron todo lo posible por obtener el nombramiento. ¿Era el nombramiento mismo lo que querían, o un permiso para Apolonio para ser soldado y al mismo tiempo seguir siendo un residente del serapeo? Véase U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, págs. 113 y sigs. Sobre la actitud antigriega de los egipcios residentes en el serapeo durante la ἀπόστασις, e inmediatamente después de ella, *U. P. Z.*, 7, 13 (163 a. de J. C.), y 8, 14 (161 a. de J. C.), cf. 15, 17 (158 a. de J. C.). Un testimonio elocuente de la difícil situación en que se encontraban muchos hombres instruidos de la clase privilegiada en la agitada época del reinado de Filométor, se encontrará en la copia de una carta: *U. P. Z.*, 144. El autor de la carta, dirigida a un amigo infiel, habla de pobreza y mala suerte, casi de hambre. Espera mejores tiempos, 40 y sigs.: μετὰ τὴν | τῶν πραγμάτων νυνεὶ ἀποκατάστασιν.

(146) *U. P. Z.*, 111; véase el decreto delio, *O. G. I.*, 116; M. Holleaux, *Arch. Pap.*, VI (1920), págs. 10 y sig. [=*Études*, III, págs. 77 y sigs.]; Durrbach, *Choix*, pág. 157 (sobre *O. G. I.*, 116, a propósito de un decreto parecido relacionado con los mismos acontecimientos, Holleaux, loc. cit., págs. 9 y sigs.; Durrbach, *Choix*, 92; *Inscr. de Délos*, 1517). Cf. *Teb.*, 739, 40; W. Otto y H. Bengston, *Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreiches*, en *Bay. Abh.*, XVII (1938); pág. 26, nota 4.

(147) P. Collart, *Atti IV Congr. Pap.*, pág. 70, menciona un papiro inédito de la Sorbona del año quinto de Evérgetes II sobre συγγεγραμμένοι [ἐν τ]οῖς ἐν τῆι 'Αραβίαι φρουρ[ίοις]. ¿Las φρούρια eran puestos fronterizos de carácter militar, o una cadena de puestos de gendarmería con funciones militares y de policía?

(148) La situación de los arrendatarios de impuestos y de sus ἔγγυοι (garantes) se ilustra en el llamado papiro Zois (*U. P. Z.*, 114, 150-148 a. de J. C.). Vemos con qué facilidad quebraron los arrendatarios de impuestos, y las consecuencias de su bancarrota para sus garantes.

(149) He recogido el material que trata sobre estas medidas (la mayor parte de los registros de tierra de Cerceosiris, *Teb.*, vol. I) en mi *Kolonat,* págs. 30 y sigs. Desde la publicación de este libro se han acumulado constantemente nuevos materiales, de época anterior y posterior a la de los registros de Cerceosiris. Este nuevo material ha sido empleado al máximo por la señorita Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 491 y sigs. En la pág. 764, nota 137, he citado algunos de los documentos sobre ἐπιβολή y κουφισμός, y el arrendamiento κατὰ τὴν ἀρετὴν o ἐξ ἀξίας y sobre los arrendamientos enfitéuticos (cf. *Teb.*, 807) y a largo término tomados por los templos de una manera colectiva (nota 138). El lector encontrará fácilmente material suplementario en *Teb.*, III, 1 y 2. Sobre ἀρετή como término técnico: *Teb.*, 5, 146 y 165; cf. 789, 9.

(150) Sobre la evolución de la cleruquía: C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 463 y sigs.; cf. U. Wilcken, *Grundz.*, págs. 385. Sobre los μάχιμοι y sus *cleroi*, véase nota 142. No podemos fechar exactamente la práctica de dar tierra a los nuevos μάχιμοι. Sin embargo, existen muy pocas dudas sobre la opinión de que el primero fue Filopátor. *U. P. Z.*, 110, muestra que en la época de Filométor el número de μάχιμοι establecidos era grande y que sus *cleroi* hacía tiempo que estaban en sus manos. Es natural que en los momentos difíciles de Epífanes y Filométor se añadieran muchos λαοί al número de los que poseían *cleroi* en la época de Filopátor, esto es, que el aumento del ejército indígena asentado fue una práctica constante del gobierno.

(150 *a*) Sobre los *doreai*, véanse las valiosas observaciones de W. L. Westermann sobre *P. Col. Inv.*, 228 [=*P. Col. Zen.*, 120] y W. L. Westermann, C. W. Reyes y H. Liebesny, y su estadística y estudio de los *doreai* en dinero del Egipto tolemaico. Entre ellos registra el *dorea* de *Teb.*, 773. Véase el interesante documento *P. Mich.*, 182 (182 a. de J. C.); cf. 183, 193 y 200, que requieren un estudio más apurado (tierra en ἐν βασιλικῆι καὶ [ἐν] δωρεᾶι).

(151) Recientemente el papiro de Columbia citado en la nota anterior ha dado importantes datos sobre el crecimiento de la propiedad privada en Egipto. No puedo entrar aquí en un estudio de este interesante papiro. Su fecha no es segura. Entre las dos fechas apuntadas por los editores, la época de Evérgetes I o la de Epífanes I, me inclino por la última. El documento es un prostagma del rey, que completa a otro anteriormente publicado. En mi opinión, trata de declaraciones de la propiedad para la recaudación de un tributo del 2 por 100, impuesto a los propietarios de οὐσίαι (¿tierra de propiedad privada?) en Alejandría y alrededor de ella, y en la *chora,* y que se pagaba en dinero. En Alejandría, el producto de este impuesto iba, como *dorea,* a los sacerdotes, quizá a los de un nuevo culto dinástico, y en la *chora,* a otros poseedores del *dorea.* En la época del prostagma, el rápido crecimiento de la tierra de propiedad privada era un fenómeno nuevo. La cuestión de los impuestos sobre esta tierra era un nuevo problema, que se resolvió con la introducción de un nuevo y más bien pesado tributo calculado sobre la base, ya del producto de la propiedad, ya del valor total del fundo.

Primera inscripción, la de Psenamosis: E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXVI (N. S. VII, 1) (1929), págs. 66 y sigs.; *S. B.*, 7457; *S. E. G.*,

VIII, 529. Segunda inscripción, la de Psenenfaya: O. Guéraud, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXII (N. S. x, 1) (1938), págs. 21 y sigs. [=*S. B.* 8267]. Tercera inscripción: *Arch. Pap.*, V (1913), pág. 162, núm. 8; cf. pág. 227. Cf. *Mém. Inst. Fr. Arch. Or.*, LXVII (1934-37), pág. 40, nota 5, y *B. G. U.*, 1188. Me parece muy probable que los συγγέωργοι de Psenamosis fueran propietarios de fundos vinícolas. Esto parece indicar el término κτήσεις y el hecho de que escogieran la época de la vendimia para una fiesta especial (ἐν τῶι Μεσορὴ ἐπὶ τοῦ τρυγήτου). No creo que los propietarios de estos κτήσεις fuesen modestos labradores que residían en los pueblos que hemos nombrado y que endulzaban sus duras vidas de campesinos con banquetes y fiestas comunes (ésta es la opinión de Guéraud, loc. cit., pág. 26). En el caso presente me inclino más bien a creer que los συγγέωργοι eran residentes en Alejandría que habían invertido parte de su dinero en tierra, especialmente en viñedos. En una inscripción del año 69 a. de J. C. (*Études Andréades*, 1939, págs. 4 y sigs.) se menciona un σύνοδος γεωργῶν ἰδίων. El doctor F. M. Heichelheim, que me mostró esta inscripción, compara ἰδίων (ἐδαφῶν) con ἴδια (posesiones privadas del rey) mencionadas en el seudo Aristóteles, *Oecon.*, II (véase pág. 423). Los γεωργοί de la inscripción serían entonces cultivadores de la tierra de propiedad privada del rey. Más bien me inclino a relacionar ἰδίων con γεωργῶν, algunos γεωργοί, esto es, terratenientes (como los συγγέωργοι o γεοῦχοι de las proximidades de Alejandría), que habían formado un club o asociación. Véase el club del dios Sobk en Tebtunis, *P. Cairo dem.*, 30618, col. I (138-137 a. de J. C.); M. San Nicolò, *Aeg. Vereinsw.*, II, 1, 1915, pág. 166. El Σύνοδος γεωργῶν ἰδίων estudiado en esta nota puede entenderse como propietarios que residen en un lugar determinado, y es un término probablemente opuesto a ξένοι, es decir, hombres cuya ἰδία es algo distinto. Cf. *B. G. U.*, 1589, y mi Índice, voz πράκτωρ ἰδιωτικῶν. Los distintos significados de los términos ἴδιος y ξένος en el Egipto tolemaico y romano necesitan un estudio especial exhaustivo. Parecidos a los γεοῦχοι y quizá clasificados con ellos eran los propietarios del Sur, en Patiris, de quienes hablé en el cap. IV, pág. 262. Su vida económica y social ha sido recientemente iluminada por el hallazgo de documentos de uno de ellos y su familia, Horo, hijo de Necontes, un «persa» o «jonio» completamente egipcianizado, que pasó mucho tiempo en el servicio militar. Nació a mediados del siglo II a. de J. C., y después de terminar el servicio militar, llegó a ser poseedor hereditario de la γῆ ἱερά de esta región. Podemos seguir su vida económica y la de su familia concentrada en el cultivo de la mencionada tierra sagrada durante varios años. Véase cap. IV, nota 92.

(152) Sobre la inflación en la época de Filométor: F. M. Heichelheim, *Wirtsch. Schwank.*, págs. 29 y sigs. Heichelheim y Oertel, *Z. d. Sav.-Stift.*, LI (1931), pág. 573, se inclinan a atribuir esta inflación a la actividad romana en Oriente; contra este punto de vista: T. Frank, *An econ. survey of ancient Rome*, I, pág. 147, y W. Otto, *Bay. Abh.*, XI (1934), págs. 25 y sigs. Otto sugiere que la inflación se debió a la mala administración de Egipto por Euleo y Leneo. Considero esta explicación demasiado estrecha. Sobre el provecho que sacaba el gobierno de su política de inflación, véase Heichelheim, págs. 32 y 104. La disputa

se basa en unos cuantos casos de *adaeratio* del salario militar, especialmente en el caso de Apolonio, hermano de Tolomeo el Recluso (*U. P. Z.*, 14, cf. *Theb. Akten.*, VI, y *Teb.*, 723, 6-7). Sin embargo, debe tenerse en cuenta que Tolomeo, en sus demandas, insiste en el hecho de que el nombramiento de Apolonio sería de gran ayuda para él, porque entonces Apolonio podría sostenerle. ¿Por qué dice esto, si el salario de Apolonio era insuficiente incluso para librarle a él del hambre? («Beträchtlich unterhalb des von uns angesetzten kulturellen Existenzminimum», dice Heichelheim.) ¿O es que ocultaba sus verdaderas intenciones? En el caso de Apolonio hay algunos factores que no entendemos por completo. Las monedas de oro y plata aún circulaban en Egipto en el siglo II a. de J. C.: cf., por ejemplo, *Teb.*, 735, 739, 743, 809, y especialmente la cuenta de banco, 890, pero se guardaban como oro. Nótese que el 739 (163 ó 145 a. de J. C.) se ofreció una estatera de oro de Focea, junto con plata, para pagar impuestos recaudados de una tierra de catoicos: cf. J. G. Milne, *J. E. A.*, XX (1934), págs. 193 y sigs. La situación, tal como la vemos en Egipto en los siglos II y I a. de J. C., me parece muy semejante a la que es característica de la China moderna. No siendo un especialista en problemas modernos de circulación de dinero, consulté al difunto profesor James Harvey Rogers, de la Universidad de Yale, que había sido representante especial del Tesoro de los Estados Unidos en China, Japón e India. Tuvo la amabilidad de formularme algunos hechos fundamentales sobre la cuestión. Cito su carta del 26 de noviembre de 1938: «Aunque es difícil encontrar casos bien documentados, muchos de los caudillos chinos parece que han seguido el siguiente tipo de política monetaria:

»1.º Reducción del valor de la moneda de las partes conquistadas del país rebajando la ley de la aleación de las monedas de plata.

»2.º Reducción de su peso.

»3.º Sustitución de la plata por billetes.

»En todos los casos el producto fue a parar en gran parte a los bolsillos del caudillo militar.

»Las monedas de plata fraccionarias sufrieron con frecuencia el mismo destino, y las monedas menores, que al principio casi siempre se emitían con provecho (es decir, que el peso de su metal valía menos como tal metal que como moneda), generalmente fueron aumentadas de tal manera por los generales, que su valor bajó mucho respecto a la moneda de plata.»

CAPÍTULO VI

EL PROTECTORADO ROMANO Y LA PRIMERA ETAPA DE LA DOMINACIÓN ROMANA

En el aspecto económico, los rasgos principales del mundo helenístico antes y durante la tercera guerra macedónica fueron, primero, la recuperación económica o creciente prosperidad de algunas partes de este mundo, y segundo, el intento de algunas potencias hegemónicas de restaurar su unidad económica, a la que habían dañado grandemente la desintegración política y la intervención romana. Este segundo elemento lo vemos manifestarse en los esfuerzos hechos por estos estados para evitar la completa sumisión de Macedonia a Roma y mantener así el equilibrio de potencias helenísticas. Detrás de este movimiento estaba el odio cada vez mayor a los romanos.

Roma se daba cuenta perfecta de todos estos procesos. Veía en la prosperidad económica y en la restauración de la unidad económica, combinada con una conciencia nacional, la posibilidad de un renacimiento político del mundo helenístico bajo el caudillaje de uno de sus estados más fuertes, y renacimiento podía significar guerra de desquite. Roma estaba determinada a evitar estas posibilidades, y pegó fuerte.

Las primeras víctimas fueron los estados más poderosos, sus enemigos del pasado: Macedonia y Siria. El primero dejó de existir como país independiente y unido después de la guerra de Perseo. Se imposibilitó su recuperación económica y posiblemente política mediante algunas sanciones económicas: se prohibió a los macedonios explotar sus dos fuentes principales de riqueza y fuerza militar: las minas y los bosques. Por el mismo tiempo, Antioco IV fue expulsado de Egipto por la fuerza, median-

te una insolente acción diplomática, impidiéndosele así la unión de todo el Oriente Próximo bajo su mando. Además, Siria fue debilitada con el apoyo dado por Roma a las tendencias separatistas que se habían desarrollado dentro del imperio seléucida, especialmente entre los judíos. Sin embargo, Antioco IV, en los últimos años de su vida, hizo otro intento resuelto de fortificar y consolidar su imperio, aún grande y poderoso. Esto está atestiguado por su actividad en Palestina, su reorganización del reino sirio y su expedición al Oriente. Los romanos no intervinieron: temían a los recursos de Antioco aún considerables, y a su ejército, bien organizado, y se daban por satisfechos con los éxitos que sobre él obtenían en Egipto. Por desgracia, el esfuerzo de Antioco fue frustrado por su muerte prematura. Con él desaparecían los grandes seléucidas, y Siria entró en un período de rápida decadencia y desintegración políticas. Sus sucesores ya no podían desempeñar su principal misión: detener la ola oriental, que avanzaba rápidamente desde las regiones iranias en el Oriente, y frenar al mismo tiempo la desintegración de Siria desde el interior.

Después venían los amigos y aliados de Roma: Pérgamo y Rodas. Se hicieron demasiado fuertes y demasiado confiados en sí mismos para Roma, demasiado populares entre los griegos de todo el mundo helenístico como apoyos del helenismo. Sus esfuerzos por poner fin a la guerra de Perseo con la intervención diplomática fueron interpretados como traición. En el caso de Pérgamo, Roma se limitó a retirar su apoyo activo a Éumenes II y a humillarle diplomática y políticamente. Rodas, más activa y popular, fue castigada con duras sanciones económicas. Sus dominios en el continente de Asia Menor —los más ricos de los cuales habían entrado en su posesión (por compra o acción diplomática) antes de la guerra con Antioco III— le fueron arrebatados, y los ingresos que sacaba del comercio de tránsito entre Oriente y Occidente se redujeron al hacer de Delos, una vez más cleruquía de Atenas, un puerto franco. Rodas ya no podía mantener una marina tan fuerte como en el pasado, y por ello perdió su reputación de protectora de la libertad de comercio en el Egeo. Finalmente, tan pronto como Corinto y el resto de Grecia empezaron a recobrar su prosperidad y confianza en sí mismas en la atmósfera de paz que siguió a la batalla de Pidna, Corinto fue destruido sin piedad, y una parte de Grecia devastada y humillada.

¿Cuáles fueron las consecuencias económicas de estas medidas políticas? ¿Llevaron a una decadencia rápida del mundo helenístico? La nueva configuración política de aquel mundo, el protectorado romano, que desde entonces fue duramente sentido por todos sus estados «independientes» y fue poco a poco evolucionando hacia la dominación romana, y más especialmente la evolución rápida y brillante de Italia (véase más adelante) fueron, por supuesto, factores importantes en la historia económica de la época y alteraron considerablemente el aspecto económico de la vida en los países helenísticos. Sin embargo, los cambios no fueron los mismos en todos ellos. No se puede dar un cuadro general ni hacer un juicio global sobre ellos. Cada parte del mundo helenístico debe ser tratada por separado.

I. GRECIA, MACEDONIA Y EL EUXINO

Empecemos con la Grecia continental. La guerra con Perseo fue una gran calamidad para Grecia. Los romanos no humanizaron sus métodos de guerra, sino que, por el contrario, se mostraron más crueles y despiadados que antes. Destrucción de ciudades, esclavización de la población, requisas, confiscaciones, fueron fenómenos constantes (1). Baste un solo ejemplo: el trato dado al Epiro por Paulo Emilio después de la guerra macedónica. Luego de arreglar los asuntos macedónicos, Paulo Emilio marchó contra el Epiro. El Senado le había ordenado entregar el Epiro al pillaje de los soldados que habían luchado a sus órdenes contra Perseo, como castigo por haberse puesto al lado de éste desde 170 a. de J. C. Paulo Emilio realizó sus instrucciones con eficiencia. Mediante una estratagema inteligente y astuta, logró colocar destacamentos de soldados romanos en todas las ciudades del Epiro, al mismo tiempo, sin levantar las sospechas de los habitantes. Cuando se dio la orden, comenzó un pillaje general en todas las ciudades. «Cuando amaneció —dice Plutarco—, éstos (los soldados), surgieron al mismo tiempo y empezaron a devastar y robar las ciudades de tal modo, que en una sola hora fueron esclavizados ciento cincuenta mil hombres y saqueadas setenta ciudades. Sin embargo, de toda esta destrucción y ruina, cada soldado no sacó más que once dracmas de botín» (2).

No es necesario añadir a este incidente la lamentable historia de la devastación de Acaya durante la última guerra aquea y la

subsiguiente destrucción de Corinto (3). Podemos interpretar estos procedimientos como una medida política y social encaminada a efectuar la pacificación de toda Grecia, poner fin a las revoluciones sociales y económicas y evitar ulteriores actos de insubordinación; sin embargo, la crueldad y sangre fría con que fueron practicados produjo una impresión duradera en el mundo civilizado de la época (4). Puedo añadir que, aparte de la destrucción de Corinto, los griegos pagaron por la pérdida de su libertad un precio tan grande como habían pagado por obtenerla. Otra vez una parte sustancial de Grecia yacía postrada, humillada y miserablemente pobre.

No obstante, debe observarse que no todas las partes de Grecia sufrieron tanto durante la guerra de Perseo y después durante la guerra aquea. Hubo grandes zonas que se vieron envueltas en estas guerras, mientras que la pacificación, después de Pidna y Corinto, no dejó de ejercer una influencia benéfica, por lo menos sobre algunas regiones.

Hemos visto que ATENAS se desarrollaba rápidamente en el período anterior, y, con toda probabilidad, había recobrado su importancia industrial y comercial, compartiendo con Rodas, Corinto y Delos las ventajas de ser la casa de cambio para el comercio egeo. Su población aumentaba rápidamente. Gran número de extranjeros se asentaban una vez más en la ciudad y tomaban parte en su vida económica.

El arreglo de los negocios griegos después de la guerra de Perseo parece haber producido gran provecho a Atenas, única amiga fiel de Roma en Grecia. Es bien sabido que se le devolvieron sus cleruquías: Lemnos y después Imbros y Esciros. A estas cleruquías se añadió el territorio de la ciudad beocia de Haliarto. Para Atenas, esto significaba solamente cierto aumento de territorio y de prestigio internacional. Más importante fue la recuperación de Delos y el establecimiento de una cleruquía ateniense en la isla, en lugar de la población indígena, que fue llevada a Acaya (5).

Polibio (XXX, 20, 8) no considera los regalos romanos a Atenas como una pura bendición, y en cierta medida está en lo cierto. Es evidente que la posesión de Delos (para limitarnos a este punto) contribuyó a la prosperidad de Atenas y de muchos ciudadanos atenienses. Algunos de los atenienses más pobres se establecieron en la isla y recibieron lotes de tierra y casas. Entre estos atenienses algunos pudieron haberse enriquecido vendiendo o alquilando sus propiedades a mercaderes extranjeros. Probablemente

algunos atenienses ricos tomaron parte activa en el comercio internacional que con tanta brillantez se desarrolló en el nuevo puerto franco: ciertamente, los mercaderes del Pireo, en particular, no dejaron de invertir su dinero en las aventuras delias en competencia o asociados con sus colegas orientales e italianos. Es muy probable que algunos de los productos más refinados de la agricultura ateniense y de sus industrias derivadas (especialmente aceite de oliva y miel) encontrasen un buen mercado en Delos, donde prácticamente no había tierra cultivada, y puede haber ocurrido lo mismo en determinados artículos de manufactura ateniense, aunque los testimonios arqueológicos no apoyan este punto de vista (la cerámica, por ejemplo, que se usaba en Delos, cuencos «megareos», incensarios, hornos portátiles, no era importada de Atenas). Los artistas atenienses debieron de asentarse en Delos, donde encontrarían una rica y numerosa clientela de la mezclada población de la isla.

Pero si es evidente que algunos ciudadanos atenienses se aprovecharon de las estrechas relaciones establecidas ahora con Delos, es más difícil decir si el Estado ateniense se enriqueció con ello. Sabemos que los atenienses no cobraban derechos de aduana en el puerto de Delos. Probablemente los barcos que anclaban allí seguían pagando derechos portuarios de distintas clases, y los atenienses pudieron haber poseído almacenes en el puerto y casas en la ciudad, que alquilaban a los ναύκληροι y ἐγδοχεῖς. Quizá fueran recaudados otros impuestos entre los atenienses y mercaderes extranjeros. Pero el mantenimiento y administración del puerto y de la cleruquía era una fuente de grandes gastos, y en general, Atenas incurría en una grave responsabilidad con su propia cleruquía y los negocios de la comunidad (6).

Además, es natural suponer que si el puerto libre de Delos tuvo una influencia tan perniciosa sobre el mercado de Rodas, debió de haber tenido un efecto parecido sobre el de Atenas. Pero nuestra escasa documentación no ofrece indicación alguna sobre esto.

Sin embargo, hay algunas señales de prosperidad creciente de Atenas no relacionadas directamente con su posesión de Delos. Una de estas señales es la historia de la moneda ateniense. Esta moneda fue tan abundante y fuerte después de 167 a. de J. C. como en el período precedente. De hecho, después de 146 antes de J. C., Atenas fue el único Estado griego a quien permitieron los romanos acuñar su propia moneda de plata. Esto puede explicarse en parte por el uso que hacían de la moneda ateniense

los mercaderes delios. La circulación de distintas monedas parece haber sido más o menos permitida en Delos. Aunque los ahorros de la población delia constaban casi exclusivamente de monedas de plata atenienses, como se ve por los distintos tesoros de este período hallados en la isla, y aunque el gobierno de Delos usaba exclusivamente monedas atenienses, no obstante, incluso después de 167 a. de J. C., circulaban allí otras muchas acuñaciones (7). Sin embargo, las «lechuzas» atenienses eran, con toda probabilidad, el principal medio de cambio empleado en el comercio delio después de esta fecha, especialmente a fines del siglo II y primera parte del I a. de J. C., como se ve por el cuidadoso estudio de los tesoros de moneda de Siria, país estrechamente relacionado con Delos. A finales del siglo II a. de J. C., después de la anexión del reino pergameno por los romanos, la principal moneda del período anterior —los tetradracmas de Alejandro acuñados por las distintas ciudades de Asia Menor— desaparece gradualmente de los tesoros sirios y es reemplazada por monedas seléucidas o por «lechuzas» atenienses. Por otro lado, los dinastas de las ciudades caravaneras dejaron de emitir imitaciones de los alejandros y sustituyeron a éstos por imitaciones de las monedas atenienses (8).

De este modo, Delos y el Oriente absorbían una gran parte de la plata acuñada en Atenas. Pero no era sólo desde Delos desde donde la moneda ateniense se extendía por todo el mundo helenístico. Hechos como la imitación de las monedas atenienses de nuevo estilo en Jonia, Tesalia y Creta, y el descubrimiento de varios tesoros de monedas atenienses en distintas partes de Grecia y en el norte de la península balcánica, atestiguan el predominio, no del comercio delio, sino del ateniense, en Grecia, Asia Menor y Balcanes.

La prueba más fuerte de la importancia del mercado ateniense en Grecia, especialmente en Grecia central, es la promulgación de la conocida ley anfictiónica de finales del siglo II a. de J. C., que intentó confirmar la preponderancia de la moneda ateniense en Grecia y quizá proteger el tetradracma ateniense contra la devaluación. Este hecho puede explicarse como una moción política de los anfictiones. Pero es más que probable que fuese promovido por Atenas y especialmente por el grupo de familias de comerciantes ricos que ejercían el poder allí por esta época (9).

Las relaciones comerciales de Atenas las vemos reflejadas no sólo en la expansión de su dinero, sino también en el gran número de asas de ánfora estampilladas aparecidas en aquella ciudad.

Por desgracia, estas asas han sido poco estudiadas y no pueden ser aún datadas con exactitud. Sin embargo, es significativo de la dirección del comercio ateniense el que la gran mayoría de las asas estampilladas aparecidas en las excavaciones del Ágora sean rodias y cnidias (de 1.545 sellos encontrados allí en 1931-32, son rodios 565, y 437 cnidios), mientras que las estampillas tasias son relativamente raras (sólo 75 de éstas se encontraron en el Ágora en 1931-32) y son excepciones las parias, quiotas y sinopenses. Las proporciones son parecidas a las de las halladas en Delos. Parece que las relaciones comerciales entre Atenas y Rodas eran muy estrechas en el siglo III y principios del II antes de J. C. y se relajaron en la segunda mitad del siglo II (10).

Sin duda, las fuentes son incompletas, pero sugieren que Atenas, incluso después del gran desarrollo de Delos, seguía siendo una importante ciudad comercial. La extensión geográfica de su comercio no era muy amplia. Su moneda no podía competir con los cistóforos de Asia Menor, con los dracmas rodios en las islas o con las monedas macedónicas, tasias y maroneas, en la región septentrional de la península balcánica. Tampoco penetró en grandes cantidades en el reino del Bósforo. Sin embargo, desempeñaba un papel importante en la Grecia propiamente dicha (11). Los pocos hechos que conocemos, aunque no nos permiten una conclusión firme, sugieren la suficiente explicación. Parece como si la comunidad comercial internacional de Delos, asociada en cierta medida con los capitalistas atenienses, que cada vez dependían más de sus socios delios, se concentraran y casi monopolizaran el comercio de tránsito entre Asia Menor, Siria, Egipto e Italia* y dejaran el comercio entre los estados de Grecia, que aún tenía cierta importancia, en manos de Rodas, Atenas, Tasos y Maronea (12).

Además del papel que desempeñaba Atenas en este mercado interior de Grecia, existían importantes relaciones comerciales entre Atenas y Roma e Italia, en las que Delos no participaba. Ahora Roma e Italia hacían grandes pedidos de toda clase de productos de arte ateniense e industrias artísticas. Esto lo sabemos por las abundantes fuentes literarias, especialmente Cicerón. Sin embargo, los mejores testimonios son los dos barcos cargados de numerosos productos de la industria artística ateniense encontrados hundidos, uno ante Mahdia, en las costas de Túnez,

---

* Véase Estrabón, X, 5, 9, pág. 486.

y el otro delante de Anticitera. El contenido de los dos navíos es muy parecido y la época en que naufragaron casi la misma (se piensa en 86 a. de J. C. para la nave de Mahdia, y la mitad del siglo I a. de J. C. para la de Anticitera). Además de estatuas y estatuillas de bronce y mármol, los barcos llevaban muchas piezas de muebles en madera y bronce, cráteras decorativas de mármol, y candelabros, bajorrelieves de mármol y cerámica, la mayoría de estilo neoático; columnas, basas y capiteles de mármol; incluso había en el barco de Mahdia inscripciones atenienses arcaicas en los trozos de mármol. Algunos de estos objetos eran antiguos, pero la mayoría eran recién construidos. La mayor parte, fabricados en Atenas. Además, entre los hallazgos de Anticitera había muchos productos de manufactura paria (especialmente estatuillas), y algunas de las estatuas de Mahdia fueron hechas, no en Atenas, sino en otros centros de arte griego (por ejemplo: las estatuillas de Boeto de Calcedonia, contemporáneo de Antioco IV). Parece como si Atenas, incluso después de Sila (y más todavía antes de Sila) fuese la casa de cambio para este tipo de comercio. Eran mercaderes atenienses los que realizaban los pedidos de los clientes itálicos y reunían los objetos, algunos valiosas antigüedades, otros producto de la industria artística contemporánea, de todas las partes de Grecia (13).

A estos productos de la industria ateniense y algunos otros lugares de Grecia podemos añadir, sin duda, aceite de oliva, vino, algunos vegetales, miel, distintos manjares exquisitos, etc., que probablemente se exportaban a Italia directamente desde Atenas y nunca pasaron por el mercado internacional de Delos (14).

Atenas era, sin duda, la ciudad más favorecida por los romanos, y fue tratada por la administración romana con especial consideración. Pero el trato al resto de Grecia tampoco fue excesivamente duro. Hemos de recordar que la guerra que terminó con la destrucción total de Corinto y la destrucción parcial de Tebas y Calcis, nunca fue considerada por los romanos como una guerra contra Grecia en general. Fue un *bellum achaicum* y nada más.

No es éste el lugar adecuado para considerar la situación constitucional de Grecia después de 146 a. de J. C., tema que ha sido discutido repetidas veces. Lo que nos interesa en esta ocasión es el hecho, bien atestiguado, de que Grecia, en conjunto, no estuvo organizada como provincia después de 146 a. de J. C.

Las ciudades de Grecia y las federaciones (abolidas primero, pero pronto restauradas) estaban hasta cierto punto bajo la

autoridad del gobernador de Macedonia, pero no eran ciudades ni κοινά, bajo su administración directa (15).

Innecesario es decir que no toda Grecia fue tratada por los romanos exactamente de la misma manera. Las regiones que habían tomado parte activa en la guerra aquea fueron colocadas bajo un régimen muy parecido al de una provincia regular. Así, el territorio de Corinto, el de Tebas y probablemente todo el de Beocia, así como el territorio de Calcis y posiblemente el resto de Eubea, fueron declarados *ager vectigalis*, y sus πρόσοδοι *(vectigalia)*, es decir, la renta del impuesto rústico que los cultivadores pagaban a Roma y otros ingresos, eran arrendados a las *societates publicanorum*. Esto está atestiguado por fuentes documentales y literarias (16).

Los *agri vectigales* fueron considerados por el gobierno de Roma propiedad del pueblo romano. Como anteriormente se dijo, los ingresos de ellos, eran recaudados por recaudadores romanos. Era práctica del Senado y de los que poseían *imperium* en Oriente disponer de estas tierras libremente y sin consideraciones. Sabemos, por ejemplo, que la mayor parte del *ager corinthius* fue entregada a Sición (Estrabón, VIII, 6, 23, pág. 381), y que Sila dio la mitad del territorio de Tebas a los templos de Delfos, Olimpia y Epidauro como una especie de compensación por los tesoros que había confiscado a estos templos (17). Sabemos también, por el famoso senadoconsulto que trata de Oropo, que Sila dio el territorio de los oropios, incluyendo los puertos (λιμένες), al templo de Anfiarao, y la renta (πρόσοδοι) había de emplearla el templo en fines religiosos (*agones* y sacrificios), medida que levantó protestas de los *publicani*. Éstos trataron de invalidar la cláusula de la *lex censoria*, que consideraba estas tierras como *agri excepti* porque habían sido dedicadas a los dioses inmortales, señalando que héroes como Trofonio y Anfiarao no eran dioses «inmortales». Finalmente, Sila asignó 10.000 pletros de tierra de Eubea a Arquelao, general de Mitrídates; y el famoso senadoconsulto de 78 a. de J. C. por el cual se hacía *amici populi romani* a tres navarcas de Clazomenas, Corinto y Mileto, establece en forma explícita que su propiedad estaría exenta de toda reclamación de las *societates publicanorum* respectivas*. El mismo

---

* Línea 6: «[magistrat]us nostri queiquomque Asiam Euboeam locabunt vectigalve Asiae [Euboeae imponent curent ne quid ei dare debeant]», y en griego, línea 23: ἄρχοντες ἡμέτεροι οἵτινες ἄν ποτε 'Ασίαν

trato excepcional fue otorgado por Sila (senadoconsulto de Oropo) a Hermodoro, el sacerdote de Anfiarao, que había permanecido fiel a los romanos, y por un magistrado romano a los artistas dionisiacos de Tebas (18).

Probablemente fue el estado excepcional del istmo, Beocia y Eubea lo que atrajo a estas regiones a un número no corriente de *negotiatores* itálicos, algunos relacionados con las *societates publicanorum,* mientras que otros invertían su dinero en tierra, industria y banca bajo la protección directa de la administración romana (19).

Es una desgracia que no sepamos cuáles eran exactamente los ingresos (πρόσοδοι) de estas regiones que los publicanos y los santuarios antes citados tenían derecho a recaudar (καρπίζεσθαι, *frui*). El empleo de λιμένες parece denotar la existencia de aduanas y derechos portuarios; el empleo de la tierra, la de ciertos pagos de los arrendadores, ya sea una *pars quota* ya una *pars quanta.*

No tenemos información sobre el estado jurídico de otras ciudades que tomaron parte en la guerra aquea. Pero es probable que sus territorios nunca fueran *agri vectigales,* y que estas ciudades, como sugiere Jebelev, pagaran el tributo que, según Pausanias (VII, 16, 6), se impuso a algunas ciudades griegas, mientras que la mayoría no pagaban ninguno. El punto es controvertido y no puede discutirse aquí.

Aunque tratadas duramente desde el punto de vista fiscal, las ciudades griegas que tomaron parte en la guerra aquea no fueron privadas de su autonomía y libertad. Es verdad que los romanos favorecieron ciertos cambios constitucionales en estas y otras ciudades de Grecia. Preferían ver el gobierno en manos de las clases poseedoras; pero no es probable que pasaran de apoyar a estos elementos ricos y ayudarles a reformar las constituciones de sus respectivas ciudades.

El resto de las ciudades de Grecia que no habían tomado parte en la guerra aquea siguieron siendo lo que habían sido: cuerpos políticos libres y autónomos, con sus propios ingresos e impuestos, sin pagar contribuciones al Estado romano. Esto no quiere decir que en casos de emergencia las ciudades de Grecia no estuvieran todas sujetas a contribuciones extraordinarias en

---

Εὔβοιαν μισθῶσι ἢ προσόδους Ἀσίαι Εὐβοίαι ἐπιτιθῶσιν, φυλάξωνται μή τι οὗτοι δοῦναι ὀφείλωσι.

especie y dinero (εἰσφοραί), a requisas, levas militares y movilización de sus fuerzas navales para el servicio de Roma. Volveré sobre este tema en el próximo capítulo.

El resultado principal de las guerras persea y aquea fue la pacificación de Grecia, que duró más de cincuenta años. Ya hemos visto cómo la paz romana afectó a la vida económica de Atenas, y con toda probabilidad Atenas no fue una excepción. Muchas regiones de Grecia participaron de su prosperidad, y más especialmente el Peloponeso. Recordemos el juicio de Polibio (II, 62) respecto a la prosperidad de la región, la distinción que hace entre el Peloponeso de finales del siglo III a. de J. C. (y las condiciones no fueron mejores a principios del II) y el Peloponeso de sus días: «en que todos concuerdan en pensar que goza de la mayor prosperidad»*[1].

Es natural que las primeras comunidades griegas que se recuperaron después de las calamidades de finales del siglo III y principios del II a. de J. C. fueran las que, situadas en las regiones agrícolas más fértiles de Grecia, eran autárquicas en lo que se refiere a alimentos e incluso podían exportar algunos productos de su agricultura, pastos, jardinería, etc. Esta conclusión *a priori* está apoyada por un grupo de valiosos documentos que proyectan viva e inesperada luz sobre las condiciones económicas y sociales de una de las regiones más favorecidas de Grecia: Mesenia. Me refiero a los documentos que tratan del ὀκτώβολος εἰσφορά de la ciudad de Mesenia —impuesto de emergencia sobre la propiedad, fijado en ocho óbolos por mina— y la conocida inscripción que contiene los νόμοι ἱεροί de Andania*[2] (20).

El impuesto extraordinario de ocho óbolos, esto es, el 2 por 100 aproximadamente del censo o propiedad estimada (τίμημα o τιμασία) de cada contribuyente, era ciertamente muy grande. Se impuso, no a causa de ninguna dificultad financiera interna de Mesenia, sino para pagar una contribución obligatoria a los romanos. Debe decirse que, además de esta contribución, la comunidad aportaba soldados (II, 36) y galeotes (II, 39), y que la imposición y recaudación del impuesto se realizaban bajo los ojos vigilantes de los romanos (primera inscripción). La oca-

---

*[1] ἐν οἷς πάντες ἓν καὶ ταὐτὸ λέγοντες μεγίστην καρποῦσθαι δοκοῦσιν εὐδαιμονίαν.

*[2] Este grupo de documentos ha sido interpretado de modo magistral a la luz de las fuentes contemporáneas pertinentes por A. Wilhelm.

sión con que se impuso la contribución por los romanos no la conocemos. Consideraciones paleográficas y de otro tipo llevaron a Wilhelm a asignar las inscripciones a finales del siglo II o comienzos del I a. de J. C., pero no a la época de Sila. Este autor enumeró los sucesos desde la revuelta de Aristónico a la muerte de Sila, que podían haber conducido a la imposición de una pesada εἰσφορά y las levas de soldados y barcos. Entre ellos, los más probables son las primeras expediciones emprendidas contra los piratas (103-100 a. de J. C.), la guerra social de Italia, y la primera guerra mitridática, especialmente porque coincide con la guerra civil en Italia, cuando Sila tenía urgente necesidad de hombres y dinero, y recurrió a contribuciones y requisas especialmente en el Oriente (Apiano, *B. C.*, I, 102). Sea como fuere, el impuesto fue establecido a finales del período de prosperidad y paz de que estoy hablando.

Las inscripciones referentes al ὀκτώβολος εἰσφορά nos dan datos económicos de gran importancia en tres aspectos: 1.º, por la tercera inscripción sabemos el valor general de la propiedad de los habitantes de Mesenia, tal como se estimaba por la comisión del censo: 1.256 talentos en moneda aquea; 2.º, la tercera inscripción, que es probablemente de época anterior, nos da una lista de estimación de fortunas poseídas por algunos individuos particulares; y 3.º, la segunda inscripción nos da las sumas debidas por los contribuyentes, las cantidades recaudadas y los atrasos. La estima general de propiedad imponible de los habitantes es probablemente la estimación de toda la propiedad que poseían: tierra, casas, ganado, propiedad mueble (ἔπιπλα). Puede compararse con una estimación similar de los ciudadanos atenienses (5.725 talentos) que registra Polibio (II, 62) y se refiere a 378 antes de J. C. No puedo entrar aquí en la controversia sobre la interpretación del pasaje de Polibio. En mi opinión, la suma que da puede ser aceptada, y representa el valor estimado de toda la propiedad tributable de la población de Atenas. Pero no es fácil establecer una comparación con la cifra de Mesenia. No conocemos exactamente la extensión del territorio de Mesenia ni su número de habitantes. La sugerencia de Wilhelm —990 kilómetros cuadrados y 6.000 hombres— es hipotética, y dudo, por consiguiente, si la estima de que la fortuna media de un habitante de la ciudad era 1/5 de talento puede considerarse más que como una hipótesis posible. Lo mismo puede decirse respecto a la estima de que la fortuna media de los atenienses

era 1/4 de talento. Además, separan a las dos estimaciones más de dos siglos y medio. Se desconoce la distribución de la propiedad entre los contribuyentes. El coste comparativo de la vida es otra fuente de dificultad. No podemos, pues, forzar el paralelo, pero la comparación muestra que la cifra para Mesenia señala una media relativamente alta de prosperidad general.

Podemos sacar alguna información más de otro juicio de Polibio (loc. cit.) que se refiere a todo el Peloponeso de su tiempo. Dice que éste difícilmente produciría más de 6.000 talentos si se vendieran todas las ἔπιπλα de sus habitantes. Añade en el mismo pasaje que en 223 a. de J. C. la rica y poderosa Mantinea, cuando fue tomada no produjo a su vencedor más de 300 talentos por la venta de todos los ἔπιπλα de la ciudad y de la población libre y esclava. Pero es evidente que Mesenia en 100 antes de J. C., con su censo de 1.256 talentos, era probablemente más rica que Mantinea en 223 a. de J. C. Sólo los ἔπιπλα de los mesenios difícilmente valdrían menos de 300 talentos.

Finalmente, la facilidad con que los habitantes de Mesenia pagaron la contribución del 2 por 100 del valor de su propiedad —nótese el escaso porcentaje de atrasos— muestra que su situación económica general, su capacidad de pago, que naturalmente dependía de sus ingresos y ahorros, no era mala. No se nos dice que los recaudadores recurrieran a confiscaciones y venta obligatoria de la propiedad, lo que ocurriría si muchos de los contribuyentes fueran insolventes, o que la ciudad recurriese a un préstamo con el fin de salvar el déficit. El decreto en honor de Aristocles afirma explícitamente que «no hubo nadie que pidiese prestado ni tuviese déficit en relación con estas contribuciones»*[1].

Es más difícil saber quiénes eran los que pagaban el grueso de la εἰσφορά, si los ricos y acomodados, o los pequeños agricultores y artesanos. Una inscripción hallada en Mesenia, quizá de fecha algo anterior y con toda probabilidad no relacionada con la ὀκτώβολος εἰσφορά, sino con otro impuesto, da una lista de veintitrés contribuyentes de este impuesto. A la cabeza de la lista está Mnasistrato, a quien Wilhelm identifica con el hombre del mismo nombre que figura con tanta importancia en la inscripción que se refiere a los misterios de Andania*[2].

---

*[1] I, líns. 4 y sigs.: καὶ] μὴ γενέσθαι μήτε δανεισμόν, μ[ήτε ἔλ]λειμμα περὶ ταύτας τὰς εἰσφοράς.

*[2] *S. I. G.*[3], 736.

Su propiedad, cualquiera que fuesen los pagos, subía ciertamente a una suma considerable (si calculamos con la misma proporción que la del ὀκτώβολος εἰσφορά, el valor de su propiedad era de cerca de diez talentos). El resto paga menos, pero las sumas son bastante grandes para sugerir una propiedad de un talento en cada caso. La misma impresión se recibe de la inscripción de Andania antes citada (líns. 45 y sigs.), según la cual a los candidatos para la comisión de los cinco que administraba los ingresos de los misterios, se les exigía, como mínimo, un talento de propiedad. Y, finalmente, la existencia de grandes fundos en Mesenia está atestiguada por la mención en la segunda inscripción mesenia (líns. 24 y sigs.) de dos fundos (llamados Ἱππικά y Καλλίστα) estimados en más de ocho talentos, y uno (llamado Αὐτομεία) estimado en más de dos.

Por todos estos testimonios, parece cierto que la riqueza se concentraba en manos de unos pocos hombres muy ricos (Aristocles, Mnasistrato, y los propietarios de los fundos anteriormente mencionados) y de un considerable grupo de gente acomodada, mientras que los pequeños propietarios y artesanos con un censo bajo tenían escasa participación en el total, concentración que parece haber empezado en el período precedente (o tal vez antes), y también se encuentra en otras partes del mundo helenístico en el período que estudiamos. Es igualmente característico de las condiciones de la época que en Mesenia unos pocos ciudadanos ricos destacasen sobre el resto y desempeñasen un papel importante en la vida política y religiosa del país.

Entre estos ricos ciudadanos, los colonos itálicos desempeñaban cierto papel. Νεμέριος, propietario de un gran fundo llamado Αὐτομεία, que había adquirido de un noble mesenio, Damión, fue probablemente* el padre de dos hermanos Νεμέριος καὶ Μάαρκος Κλοάτιοι Νεμερίου, conocidos banqueros de Gitio, de quienes se hablará más adelante. Es interesante encontrar que los propietarios itálicos no gozaban de ningún privilegio respecto a los impuestos y las contribuciones extraordinarias.

Tenemos poca información sobre la situación económica de las clases inferiores en Mesenia, donde tenía bastante importancia el trabajo de los esclavos. En la segunda inscripción mesenia (líneas 38 y sigs.) encontramos noticia de esclavos que sirven como remeros y de algunos χειροτέχναι λειτουργοῦντες, que también

* Wilhelm, loc. cit., pág. 63.

pudieron ser esclavos; y en la inscripción de Andania hay un capítulo especial sobre el φύγιμον (*asylia* para los esclavos huidos, δραπέται). Pero no predominaba el trabajo de los esclavos. En la segunda inscripción mesenia (líns. 11 y 17) hay referencia a una clase especial de τεχνῖται que no eran miembros de las φυλαί y pagaban impuestos aparte. No hay certeza de si el trabajo libre en la agricultura se incluía en esta clase.

Las inscripciones mesenias dan testimonios que no dejan lugar a dudas de la existencia de alguna prosperidad en el país a finales del siglo II a. de J. C. La misma impresión se saca del estudio de una inscripción del mismo período de Turia de Mesenia. Esta pequeña comunidad agrícola no sufría escasez de grano como otras muchas ciudades del mundo helenístico en esta época. Allí parece que había trigo en abundancia, y la única cuestión era cómo disponer de él con más provecho para la comunidad (21).

Las inscripciones de Mesenia son una rara excepción. No existen testimonios similares para el resto de Grecia. Sin embargo, no hay razón para creer que las condiciones de Mesenia fuesen excepcionales. Probablemente hubo una recuperación parecida en otras partes de Grecia. Es bien sabido que en Atenas la vuelta de la prosperidad llevó a un espléndido renacimiento de la vida religiosa. Los testimonios sobre esto han sido repetidas veces reunidos. No son numerosos los paralelos de otras partes de Grecia. El caso de Tesalia ha sido aducido, y puedo mencionar también el bonito heroón de Calidón excavado recientemente y que con toda probabilidad fue restaurado y embellecido a finales del siglo II antes de J. C.

No menos importante que la recuperación material fue la recuperación psicológica que la acompañó. Entre los principales rasgos de la mentalidad de la época están la confianza en sí mismo y el orgullo de un glorioso pasado, especialmente en Atenas. No es casual que en el decreto anfictiónico de 125 a. de J. C., Atenas se alabe de ser «la guía reconocida de todas las cosas consideradas buenas por los hombres»*1 y se ofrezca a la general admiración «por haber convertido a los hombres de salvajes a una vida más civilizada»*2 y ser la fundadora de las relaciones sociales*3. Todo el decreto merece una lectura detenida (22).

---

*1 ἁ[πάντων τῶν ἐν ἀνθρ]ώποις ἀγαθῶν ἀρχη[γὸς κατασταθε]ίς.

*2 ἐγ μὲν τοῦ θηριώδους βίου μετήγαγεν τοὺς ἀνθρώπους εἰς ἡμερότη[τα.

*3 τ[ῆ]ς πρὸς ἀλλήλ[ους κοινωνί]ας.

Es digno de notar que las ideas expresadas por los anfictiones eran compartidas por los romanos y llegaron a ser lugar común entre los guías de las clases romanas ilustradas. Puedo citar la famosa frase de Cicerón: «Aquí están los atenienses, en cuyo país creemos que nacieron la cultura *(humanitas)*, la instrucción, la religión, los frutos de la tierra *(fruges)*, el derecho y las leyes *(iura, leges)* para extenderse por todo el mundo»)*.

Volviendo a las condiciones materiales de Grecia, puedo recordar el hecho, ya mencionado, de que la moneda de la Liga Aquea siguió siendo abundante durante este período hasta el año fatídico de 146 a. de J. C. Esta moneda, lo mismo que la acuñación contemporánea de Atenas, es un excelente reflejo de la situación de Grecia. Sin ningún valor artístico, elegante, pero carente de individualidad, guarda celosamente los viejos modelos y los venerables cultos del pasado.

Pero el cuadro de prosperidad que he trazado no carece de lado sombrío. El eterno conflicto entre ricos y pobres se hizo más agudo que nunca. La propiedad se concentraba cada vez más en manos de las pocas familias ricas, mientras los pobres perdían toda esperanza de un aumento de su lote y se hacían enteramente dependientes del favor de sus patronos. Libres del espectro de la revolución social por la intervención de los romanos, alentados por el terrible castigo que éstos habían infligido al proletariado en la última guerra aquea, las clases ricas estaban menos dispuestas que nunca a una concesión. Se sentían dueños de la situación y actuaban en consecuencia. El proletariado ya no contaba con una fuerza política y podía ser despreciado por los amos del momento.

Sabemos, por ejemplo, lo fuertes que eran los oligarcas en Atenas y cuánto poder se concentraba prácticamente en las manos de unas cuantas familias, situación que condujo a disturbios en la ciudad y que fue, como veremos más tarde, pretexto para la intervención romana. También explica la facilidad con que el partido democrático se puso del lado de Mitrídates. No menos característico de las condiciones de Grecia e ilustrativo del tipo de régimen que patrocinaban los romanos fue el caso deplorable de Delfos en 125 a. de J. C. (recordado en varias inscripciones), que condujo a la intervención del Senado romano, del goberna-

---

* Cicerón, *Pro Flacco,* 26 (62); cf. *De leg.*, II, 14, 36, y *Verr.*, V, 187.

dor de Macedonia y de la Anfictionía. Es una historia de mala administración y falta de honradez por parte de los ciudadanos encargados de los fondos y rentas del templo délfico. La disputa que se provocó sobre el particular fue un asunto doméstico entre dos grupos de caudillos políticos locales y probablemente se terminó con un arreglo. En sí mismo, el incidente es de poca importancia, pero descorre una punta del velo que oculta el cuadro de la vida en Grecia y revela un sórdido aspecto de ella. No es atrevido conjeturar que ocurrieron desafueros parecidos por parte de las oligarquías gobernantes en otras ciudades y santuarios de este período (23).

La situación de las clases inferiores empeoraba por la abundancia de trabajo esclavo barato, fenómeno relacionado con el nuevo crecimiento de la piratería y el activo tráfico de esclavos en la isla de Delos (de que hablaré con gran pormenor en seguida). Es verdad que la principal corriente de esclavos iba a Italia. Los capitalistas italianos eran mucho más ricos que los pocos burgueses acomodados que sobrevivían en Grecia. Pero algunos de estos esclavos de Oriente y otras partes, vendidos en Delos, iban sin duda a Grecia. Son testimonios las dos revueltas de esclavos en el Ática (de 134-133 a. de J. C. y entre 104 y 100 a. de J. C.) contemporáneos con los de Sicilia, Italia, Delos y Macedonia. El número que tomó parte en la primera revuelta en el Ática (mil hombres) no era grande, pero recuérdese que fueron solamente los esclavos de Laurión los que tomaron parte activa en ella. La revuelta de 104-100 a. de J. C. fue más seria y peligrosa. Estos estallidos, en mi opinión, deben atribuirse, no a un tipo de epidemia mental que afectó a las masas de esclavos tanto en el Oeste como en el Este, sino al creciente descontento de las clases bajas en general. Fueron los esclavos más que el proletariado libre los que se sublevaron en el Ática, porque era más fácil para ellos que para el resto de los descontentos llegar a un entendimiento común. Es de notar que los arrendatarios libres y los pequeños propietarios de Sicilia simpatizaban con los esclavos, y que, hacia la misma época, las sublevaciones de Andrisco en Macedonia, Aristónico en Pérgamo y quizá Saumaco en el Bósforo, estaban apoyadas no sólo por esclavos, sino con toda probabilidad por todos los estamentos de las clases bajas: esclavos, siervos y probablemente el proletariado urbano. Todos eran un movimiento social y nacionalista combinado, y lo mismo fue la sublevación general provocada por Mitrídates en Grecia y Asia Menor (24).

No es, pues, sorprendente tener noticia de que de vez en vez ocurrían en algunas ciudades griegas estallidos de descontento popular e intentos de revolución política y social según modelos anticuados. Sabemos muy poco de ellos, pero seguramente fueron más frecuentes de lo que nos llevarían a creer nuestras escasas fuentes. De uno de ellos tenemos noticia por una inscripción encontrada en Dime, una carta a la ciudad de Quinto Fabio Máximo (Eburno), cónsul en 116 a. de J. C.* El populacho se levantó contra las clases propietarias con violencia elemental. Bajo el caudillaje de tres agitadores el motín desencadenó una algarada (ταραχή). Las oficinas de registros con los documentos en ellas guardados fueron quemadas con rabia. El grito fue, sin duda, cancelación de deudas (χρεοκοπία) y de contratos (ἀσυναλλαξία), versión ligeramente modificada del antiguo lema de las revoluciones sociales griegas, γῆς ἀναδασμός y χρεῶν ἀποκοπή. Se promulgaron nuevas leyes y sin duda se adoptaron por el gobierno «democrático». Pero la sublevación abortó, por supuesto. Los romanos se previnieron, y dos de los agitadores fueron ejecutados, mientras el tercero fue llevado a Roma. El gobernador de Macedonia tomó la revolución muy en serio, investigó cuidadosamente, y recurrió a duras medidas represivas (25).

Mientras Grecia se iba recobrando del marasmo producido por las guerras de liberación y esclavizamiento, MACEDONIA entraba en un nuevo período de su vida. Había sufrido mucho durante la guerra. Muchos hombres, los mejores, perecieron en el campo de batalla, y el país estaba devastado y exhausto por toda suerte de requisas. Después de Pidna, Macedonia, a su vez, recibió la libertad de los romanos. Pero era una libertad peculiar, dictada por el deseo de hacer el país todo lo débil posible. Los romanos aún sentían un miedo irracional de su viejo enemigo. Para evitar la recuperación política y el consiguiente desquite, el Senado adoptó varias medidas y las ejecutó por sus representantes en Macedonia, algunas con ligeras modificaciones. El país fue dividido en cuatro regiones independientes y teóricamente «libres», privadas del *ius commercii* entre sí (en lo que concernía a tierras y casas) así como del *ius connubii*. Se ingeniaron algunas curiosas medidas respecto a la importación de sal que son difíciles de interpretar. Además se prohibió a los macedonios y a los publicanos romanos explotar la principal riqueza del país, sus

---

* *S. I. G.*[3], 684.

minas de oro y plata, aún fecundas, y sus famosos bosques. También se prohibió arrendar los antiguos dominios reales a *conductores* romanos o macedonios ricos para el desarrollo capitalista*[1]. Parece que los *praedia rustica**[2] siguieron en manos de sus pequeños terratenientes.

Por supuesto, las medidas de este género eran inútiles, como pronto descubrió el Senado romano. En 158 se reanudó el trabajo de las minas de oro y plata. La revuelta de Andrisco y sus dos sucesores menores, que recibió valiosa ayuda de los tracios, no fue solamente la salvaje aventura de un pretendiente, sino también la protesta económica (y política) de una parte del pueblo macedonio contra la dominación romana. La revuelta fue aplastada en un año (149-148 a. de J. C.), pero la mayor parte del país quedó en ruinas (26).

La organización gradual del gobierno provincial romano en Macedonia trajo algún descanso. Pero sus vecinos del Norte, los escordiscos, dardanios y tracios, estaban intranquilos. Veremos más adelante la parte activa que en la segunda mitad del siglo II a. de J. C. tomaron los tracios balcánicos en la vida política de Asia Menor, primero como terribles enemigos de los últimos atálidas y después como partidarios de Aristónico. Hemos visto que los tracios eran responsables del éxito parcial y temporal de Andrisco y de los que le sucedieron. Después sus incursiones y algaras fueron incesantes. Sabemos de un ataque en 135 a. de J. C. que fue rechazado por M. Cosconio, y de otros posteriores. Destruyendo y robando, los «bárbaros» penetraron hasta la parte sur de Macedonia. Una inscripción hallada en Lete describe una de estas incursiones, que ocurrió en 120-119 ó 119-118 a. de J. C.; Sexto Pompeyo, gobernador de Macedonia, fue muerto en esta incursión, rechazada por su cuestor Marco Annio. La inscripción de Lete da un vivo cuadro de dicha incursión. Fue movilizada la milicia local, pagando las ciudades su ὀψώνια. En 107 a. de J. C. se puso fin a una larga lucha con una batalla librada probablemente cerca de Europos de Hematia (o más bien Botiaya), siendo comandante romano Marco Minucio. Se citan otras incursiones en 101-100 a. de J. C. y en 92 a. de J. C. cuando los medas y dardanios penetraron hasta el Epiro. Podemos imaginar el efecto de estas incursiones

---

*[1] Tito Livio, XLV, 17-18; 29, 4-14; 32, 1-2 y 7.

*[2] Íd., XLV, 18, 4.

sobre campos, huertos y pueblos del país. En estas condiciones es imposible suponer que la población de Macedonia gozase de prosperidad alguna a finales del siglo II y principios del I antes de J. C. (27).

Las condiciones eran mucho mejores en las grandes ciudades costeras de Macedonia. TESALÓNICA, ahora capital de la provincia romana, se transformó en una ciudad grande y rica. Estrabón (VII, 7, 4, pág. 323) dice que «excede a otras ciudades en población»*[1]. A pesar del estado de agitación del continente macedónico y Tracia, desarrolló un activo comercio con Tracia e Iliria. Este comercio estaba parcialmente en manos de algunos italianos ricos e influyentes que se asentaron por esta época en la ciudad y pronto adquirieron riqueza y reputación que se extendía más allá de su lugar de residencia. Tenemos alguna valiosa información sobre una de estas familias, la de los Apustios. Dos decretos de la ciudad de Abdera revelan la actividad de C. Apustio M. f. y de su hijo P. Apustio, a quienes alaba mucho por haber asegurado la paz a la ciudad y haberle conferido otros grandes beneficios con sus negocios (como ἐργάται)*[2]. La fecha de estos dos decretos es disputada. No veo razón para atribuirlos, con Wilhelm, a la época de la primera guerra mitridática. Es más probable que pertenezcan al período cuando Abdera se iba recobrando poco a poco del duro trato recibido durante la guerra de Perseo de manos de los romanos y estaba en peligro de perder parte de su territorio en favor de su rival el rey Cotis. No es inverosímil que en estas épocas críticas la ciudad sufriera disturbios internos. Sin embargo, sea lo que fuere, los Apustios eran bastante poderosos para ayudar a la ciudad en sus dificultades, probablemente con asistencia material y por medio de su influencia política. No hay la menor duda de que habían tenido tratos con la ciudad antes, ya fueran de carácter comercial, ya bancario. Los mismos Apustios tenían relaciones parecidas con Perinto. Allí murió uno de su clan o uno de sus libertos (28).

Los Apustios de Tesalónica, sus actividades mercantiles, el papel que desempeñaron en los negocios de las ciudades griegas

---

*1 ἡ νῦν μάλιστα τῶν ἄλλων εὐανδρεῖ.

*2 Decreto III, líns. 36 y sigs. —en honor del padre—: παραίτιον γενόμενον τῆς ἐλευθερίας τῆι πόλει ἡμῶ[ν καὶ ἄλλων μεγίστων δωρεῶν δο]θεισῶν ἡμῖν; cf. decreto IV —en honor del hijo—, líns. 8 y sigs.: ἔδωκέν τε πολλὰ σ[ημεῖα ἐν καιροῖς ἀναγ-]|καίοις τῆς πρὸς τὸν δῆμο[ν εὐνοίας καὶ διετήρησεν]|ἡμᾶς ἐν εἰρήνηι.

en que se habían establecido o con las que tenían negocios, no fueron una excepción. Familias de origen itálico aparecen en Grecia en el siglo II a. de J. C. en número cada vez mayor. Era un fenómeno nuevo en la vida económica de Grecia. Su origen y evolución son fáciles de comprender.

El rápido desarrollo de la prosperidad en Italia durante las guerras macedónicas y sirias y después, así como la influencia política siempre creciente de Roma en Grecia y en Oriente, reanimaban las relaciones mercantiles y comerciales inmemoriales entre Italia y Grecia, que se habían hecho menos activas en el siglo IV a. de J. C. y que se habían interrumpido casi completamente en la época de las guerras púnicas. En este intercambio tomaron parte grandes grupos de griegos e itálicos meridionales. Muchos *negotiatores* itálicos fueron a Grecia en el tren de los ejércitos romanos y se familiarizaron con el país y el Oriente y con las oportunidades económicas que presentaban. Algunos, en vez de volver a Italia, preferían permanecer en Grecia, establecerse en ciudades griegas, ocuparse de los negocios griegos y, poco a poco, llegar a ser miembros destacados y privilegiados de algunas comunidades griegas. Con la extensión de la acción romana en Grecia, especialmente después de la guerra de Perseo y la subsiguiente anexión romana de Macedonia, con la cual Epiro, Iliria y Acaya estaban estrechamente relacionadas, sin formar parte de la provincia de Macedonia, creció rápidamente el número de emigrantes itálicos, y su papel en la vida económica de Grecia se hizo cada vez más importante. En Grecia eran llamados romanos (Ῥωμαῖοι), pero un estudio de sus nombres y conexiones muestra que la mayor parte eran suditálicos. Vinieron a Grecia en un tiempo en que el país estaba económicamente postrado y exhausto; cuando la burguesía griega (con pocas excepciones) estaba arruinada. No es sorprendente, pues, que estos inmigrantes, ricos y económicos, encontraran en Grecia buenas oportunidades de adquirir tierra, de reanimar la banca griega y de recoger los hilos del comercio griego, desorganizado como resultado de la guerra, la revolución y otras calamidades. Estos itálicos, lejos de ser explotadores y opresores (con excepción de unos cuantos publicanos y de sus agentes), fueron los hombres que ayudaron a Grecia a marchar de nuevo, especialmente después de la guerra de Perseo, y fueron, hasta cierto punto, autores de su renacimiento económico en el siglo II antes de J. C.

Los *negotiatores* itálicos tomaron una parte enérgica no sólo en los negocios griegos, sino también en la vida política, religiosa y social de las distintas ciudades griegas del continente y de las islas. Siendo semigriegos, se adaptaban fácilmente a la vida y a la mentalidad griegas, y poco a poco se hicieron grandes patriotas locales. Unos eran más y otros menos prósperos; unos cuantos se enriquecieron e influyeron en las actividades sociales, religiosas y municipales de sus ciudades, aunque legalmente seguían siendo «romanos». Nuestra información sobre ellos proviene en gran parte de inscripciones en su honor, alabándolos por los distintos servicios que prestaron a diversas comunidades en las que residían o con las que tenían relaciones de negocios.

Sólo poseemos unos cuantos textos referentes al primer período de la expansión itálica en Grecia. Las familias «romanas» aparecen primero en Iliria y después en la Grecia propiamente dicha: Epiro, Tesalia, Beocia. Muchos miembros de estas familias son recordados en las listas de proxenia délfica. Algo más tarde aparecieron los primeros itálicos en las Cícladas, especialmente en Delos (sobre el rápido desarrollo de la colonia itálica en la isla y sus causas, véase más adelante). La expansión de itálicos en Asia Menor será tratada más adelante, en este capítulo. Con los Apustios de Tesalónica pueden compararse los Valios de Abdera, los Cloacios de Gitio en Laconia, que parecen haber sido ya antiguos residentes en la época en que tenemos noticias de ellos, y los Aufidios Basos, de los que tenemos noticias en Atenas y en Tenos (después residentes en Delos).

Es digno de mención que los itálicos que tomaron parte en esta primera expansión se ocupaban principalmente tanto de la agricultura como del comercio (en el más amplio sentido de la palabra, incluida la banca). Esto se ve por la presencia de itálicos, principalmente en las regiones más fértiles de Grecia: Tesalia, donde tenemos información de grandes grupos de ellos establecidos en Larisa y Gonnos, Beocia y Mesenia. En las inscripciones mesenias que se refieren al ὀκτώβολος εἰσφορά abundan terratenientes «romanos». Son mencionados de una manera que hace poco probable que fuesen recién llegados. Sin duda estaban establecidos en Mesenia desde hacía bastante tiempo (29).

No menos florecientes que Tesalónica fueron las dos importantes ciudades de MARONEA y TASOS, que, en efecto, eran ciudades de la nueva provincia de Macedonia estrechamente relacionadas con Anfípolis. Monedas acuñadas por la primera región

de Macedonia y por Maronea y Tasos inundaron la península Balcánica y llegaron a ser la moneda predominante (véase nota 11 de este capítulo). La frecuencia de estas monedas en el Norte atestigua un importante comercio entre Macedonia y Tracia, comercio de vino en su mayoría, pero no exclusivamente (30).

Más al Norte, TRACIA estaba en un estado de intranquilidad durante el período que estudiamos. No es éste el lugar adecuado para entrar en la complicada y muy poco conocida historia de lo que quedaba del reino escita y de los distintos reinos tracios, grandes y pequeños. Para el objeto que nos ocupa bastará anotar que el siglo II fue una época de miseria y desastre para todas las ciudades griegas de las costas occidentales y meridionales del mar Negro: Apolonia, Mesembria, Odeso, Calatis, Tomi, Istro, Tiras y Olbia (31).

Una serie de inscripciones —por desgracia, no fechadas con exactitud— dan un vivo retrato de las desgracias de estas ciudades. Dos largas y detalladas inscripciones encontradas en ISTRO, las dos de la misma época aproximadamente (final del siglo II antes de J. C.), una en honor de Aristágoras, hijo de Apaturio*[1], la otra (aún sin publicar, quizá algo anterior) en honor de Agatocles, hijo de Antifilo, informan sobre la situación en esta ciudad. La primera inscripción (y la segunda pinta condiciones parecidas) muestra a la ciudad rodeada de enemigos, sufriendo escasez de alimentos, devastado su territorio, y capturados sus ciudadanos por los bárbaros. La escasez de víveres obligó a importar alimentos de fuera, y no nos sorprende encontrar estas importaciones mencionadas en una inscripción recientemente descubierta en Istro. Es más sorprendente averiguar, por la misma inscripción, que el trigo era importado a Istro por un mercader cartaginés*[2]. Istro no era una excepción. En TOMI encontramos la misma situación, vivamente descrita en un decreto en honor de algunos ciudadanos que habían actuado voluntariamente como guardianes de la ciudad, y en honor de sus comandantes*[3]. No veo razón para atribuir la inscripción a la época de Birebista, dado que el nombre de éste no aparece en el documento. Los términos en que describe la situación de la ciudad son los si-

*[1] *S. I. G.*[3], 708.

*[2] L. Lambrino, *Dacia,* III-IV (1927-32), págs. 400 y sigs.

*[3] *S. I. G.*[3], 731; A. Wilhelm, *Wien., S. B.,* CCXIV (2932), 4, págs. 19 y sigs.

guientes: «Mientras el pueblo, perplejo y muy oprimido a consecuencia de las circunstancias del momento, se veía reducido a la última desesperación y estaba, sobre todo, preocupado por los muros de la ciudad, habiendo algunos abandonado la ciudad a causa de su desánimo, mientras el resto eran incapaces de defender a su madre patria debido a la pestilencia y enfermedades que se habían desarrollado...»*[1], se ve a la ciudad amenazada (probablemente sitiada) por enemigos, sufriendo hambre y epidemias, desierta de la mayoría de sus ciudadanos, incapaz de defenderse.

En el conocido decreto en honor de Estratónax*[2] y su ciudad, Apolonia, tenemos una descripción de condiciones similares en CALATIS (antes de 100 a. de J. C.): Un rey sitia la ciudad. Estratónax interviene, y finalmente logra socorrerla, «volviendo las cosas a su estado originario»*[3].

Tampoco estaban mejor los ciudadanos de OLBIA. En el decreto en honor de Nicerato, hijo de Papías*[4], la ciudad se ve muy apretada por sus enemigos y confiaba enteramente en su valiente e influyente caudillo que, por desgracia, fue muerto a traición por el enemigo. La fecha de la inscripción (antes de que Mitrídates tomase posesión de Crimea) puede inferirse de la mención del arreglo de las cosas en el Quersoneso por Nicerato, suceso que no sería posible mientras Mitrídates dominaba el lugar, o poco después. No es imposible que proceda de Olbia la inscripción *S. I. G.*[3], 707, que muestra a una de las ciudades pónticas envuelta en una terrible guerra (Ὀλατικὸς πόλεμος), (finales del siglo II a. de J. C.) (32).

La situación de otras ciudades en la costa meridional de Tracia y en el Quersoneso Tracio no era muy diferente. Algunas sufrieron mucho durante la guerra de Perseo: ABDERA, por ejem-

---

*[1] I, 1 y sigs.: ἐπειδὴ διὰ τὰς τῶν καιρῶν περι[σ]τάσεις β[αρέως | ἀπ]ορῶν καὶ θλιβόμενος ὁ δῆμος ἐν τῆι μεγίστ[ηι καθέ|στ]η[κ]εν δυσελπιστίαι καὶ μάλιστα πάντων ἠγω[νία]κε | ὑπὲρ τοῦ περιβόλου τῆς πόλεως, τῶν μὲν διὰ τὴν ἀπ[ο]ρίαν ἐκλελοιπότων τὴν πόλιν, τῶν δὲ διὰ τὴν γενομένη[ν λοι]μικὴν περίστασιν καὶ τὰς ἀρρωστίας μὴ δυναμένων | [φυλ]άσσειν τὴν πατρίδα.

*[2] E. Kalinka, *Denkm. aus Bulgarien,* 1906, pág. 94; W. Crönert, *Jahreshefte,* XI (1908), supl., pág. 105.

*[3] I, 22: ἀ[ποκα|τ]ασταθέντων αὐτῶι τῶν πραγμά[των | ε]ἰς τὰν ἐξ ἀρχᾶς διάθεσιν, cf. *S. I. G.*[3], 1108, líns. 6 y sigs., y *A.-E. Mitt.*, VI (1882), pág. 10, nota 16.

*[4] *S. I. G.*[3], 730; *I. O. S. P. E.*, I[2], 34.

plo, fue tomada y devastada por los romanos, y su población vendida como esclavos*[1]. Poco después la ciudad apelaba al Senado romano porque su territorio (o parte de él) era reclamado por el rey tracio Cotis*[2]. Hacia 145 a. de J. C., un tal Diegilis y su hijo Zibelmio, jefes de la tribu tracia de los caínos, reyezuelos que por su crueldad habían ganado fama incluso entre sus propios súbditos, destruyeron LISIMAQUIA (véase pág. 880)*[3], y Átalo II se vio muy apurado para poner fin a tales fechorías*[4] (33).

Por regla general, había algunos ciudadanos ricos y destacados que acudían en ayuda de su ciudad en caso de necesidad. Parece que en la mayoría de las ciudades griegas de Tracia la influencia política y la riqueza se concentraban en manos de unos pocos, que dirigían los negocios municipales y estaban en relación con las otras ciudades y con los jefes bárbaros, que eran amos y enemigos a la vez. Algunos de estos jefes no coronados de las ciudades eran extranjeros (por ejemplo, los Apustios de Tesalónica); pero la mayoría eran indígenas de las ciudades. A veces eran bastante ricos y poderosos para tener su ejército y marina propios. Además de los ya citados, puedo recordar el caso de Pitón, el rico ciudadano de Abdera («de eminente reputación», dice Diodoro), que durante el sitio de su ciudad por los romanos y Éumenes II (170 a. de J. C.), que terminó con la captura de Abdera y un vergonzoso trato por parte de Hortensio, defendió la parte más importante de las fortificaciones «con doscientos hombres de sus esclavos y libertos propios» (διὰ δούλων ἰδίων καὶ ἀπελευθέρων διακοσίων) y después traicionó a la ciudad*[5]. Igualmente notable era la posición del olbio Posideo, agente comercial de Esciluro, rey escita de Crimea y soberano de Olbia a fines del siglo II a. de J. C., anteriormente mencionado (cap. V, pág. 728). Atestiguan su poder y riqueza inscripciones de Olbia*[6] y tres de Neápolis, capital de Esciluro en Crimea*[7]. En una de éstas*[8] aparece como conquistador de los satarqueos, los

---

*[1] Véanse pág. 829 y nota 1; cf. pág. 845 y nota 27.

*[2] *S. I. G.*[3], 656. La fecha de la inscripción es incierta; un rey llamado Cotis actuaba en Tracia no sólo durante la guerra de Perseo, sino mucho más tarde, hacia 100 a. de J. C.

*[3] Apiano, *Mithr.*, 6.

*[4] Diodoro, XXXIII, 14, 15; Pompeyo Trogo, *Prol.*, XXXVI.

*[5] Diodoro, XXX, 6; Tito Livio, XLIII, 4.

*[6] *I. O. S. P. E.*, I[2], 77 y 168.

*[7] Ibíd., 670-672; cf. 673.

*[8] Ibíd., 672; cf. *S. E. G.*, III, 606.

peligrosos piratas indígenas de Crimea. Puedo referirme en esta ocasión a una inscripción de Calatis, el decreto de un *thiasos* en honor del hombre que construyó un barco de guerra con sus propios recursos, libertó el puerto y la costa de la ciudad, y finalmente ofreció el barco a la ciudad*1.

Sin embargo, la energía de sus propios jefes no bastó para proteger a las ciudades pónticas, y éstas no tuvieron más remedio que acudir primero a Mitrídates y después a los gobernadores romanos de Macedonia e Iliria para salvarse de su inminente captura por sus temidos vecinos. Es interesante anotar a este respecto los fragmentos recientemente publicados de un tratado de alianza entre Roma y Calatis*2. Libertadas por Lúculo de la dominación de Mitrídates en 72-71 a. de J. C.*3, todas las ciudades de la costa occidental del Euxino se hicieron aliadas de Roma, esperando procurarse alguna seguridad. Pero entre el final del protectorado macedónico y la época de Mitrídates las ciudades pónticas habían experimentado grandes desgracias y miserias. Sin embargo, podían tener y aún tenían entre sus ciudadanos hombres de gran riqueza que podían ayudarlas. Si se preguntara de dónde sacaban la riqueza, la contestación sería, indudablemente, que su fuente era el comercio, todavía bastante activo para sostener las ciudades. Puedo referirme de nuevo a Posideo de Olbia. Sin duda su riqueza se fundamentaba en el comercio que realizaba en estrecha relación con Esciluro y su reino crimeano y los rodios. Ha de tenerse en cuenta que más allá de la línea de las ciudades griegas, los poderosos reinos indígenas independientes estaban desarrollando su producción y se preocupaban de exportarla y comprar mercancías extranjeras. Sin duda Esciluro en Crimea, y sus contemporáneos escitas, celtas y tracios en la península balcánica, habían preferido adquirir el dominio completo sobre las ciudades griegas de las costas occidentales y septentrionales, del mismo modo que los reyes pónticos se hicieron amos de las ciudades de la costa meridional. Y esto intentaban hacerlo, especialmente en Crimea (véase más adelante), pero no eran bastante fuertes para realizarlo.

---

*1 *A.-E. Mitt.*, VI (1882), pág. 10, nota 16.

*2 M. S. Lambrino, *C. R. Acad. Inscr.*, 1933, págs. 278 y sigs.; A. Passerini, *Athen.*, XIII (1935), págs. 57 y sigs.

*3 Eutropio, VI, 10; Rufo, 3; Apiano, *Ill.*, 30; véase la inscripción de Apolonia, Chr. M. Danoff, *Jahreshefte*, XXX (1936), supl., págs. 87 y sigs. y *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 237 y sigs.

Mientras tanto, se satisfacían con mantener a las ciudades griegas en continuo terror, sometiéndolas a rescate y devastando sus territorios. Al mismo tiempo, para la exportación de sus propias mercancías y para comprar vino griego y productos de la industria griega tenían que recurrir a los servicios de algunos mercaderes ricos de las ciudades griegas. Testigos de ello son la extensión de las monedas macedonias, maroneas, y tasias e imitaciones locales de ellas a finales del siglo II y principios del I antes de J. C. por toda la península balcánica y hasta los reinecillos celtas, tracios y escitas de Panonia, Mesia y Tracia. Esta corriente oriental de comercio griego, que estaba en manos de las ciudades macedonias y pónticas (incluyendo Abdera y las ciudades del Quersoneso Tracio), se encontraba en el Danubio con otras dos corrientes comerciales, que se hacían más fuertes a medida que pasaba el tiempo: la de Apolonia y Dirraquio (caracterizada por sus monedas acuñadas según el patrón romano) y la de Italia por Aquileya (*aes signatum* y las monedas de plata romanas) (34).

La situación del REINO BOSFORANO y sus ciudades, y del Quersoneso y sus dependencias en Crimea, era la misma, *mutatis mutandis*, que la de las ciudades de la costa «izquierda» u occidental del Euxino. El reino bosforano estaba duramente oprimido por los escitas de Crimea y los sármatas de las praderas del Cubán y el Don; de ellos, los escitas eran los enemigos más próximos y peligrosos. Aumentaba constantemente la potencia de los escitas de Crimea bajo el gobierno de Esciluro y su hijo Pálaco. Lo mismo puede decirse de los táuricos, vasallos de Esciluro. Su presión combinada hizo casi desesperada la situación de los quersonesios. En su desgracia, los quersonesios apelaron a Mitrídates, que los salvó de los escitas sólo para hacerlos prácticamente sus súbditos. El destino del reino bosforano fue parecido, pero antes de ser provincia mitridática experimentó un par de años de dominación escita. De los escasos testimonios, podemos inferir que el último espartócida, Perisades, tenía en su corte a un joven escita, llamado Saumaco, probablemente no como esclavo, sino como un joven de noble familia educado en su casa, quizá en rehén. Este Saumaco aprovechó la época revuelta de la lucha entre Mitrídates y Pálaco para fomentar la revuelta en el Bósforo. No es fácil determinar qué tipo de revuelta fue. Las sublevaciones eran frecuentes en el mundo helenístico en esta época, tanto contra la dominación extranjera como contra

la opresión del pobre por el rico; el levantamiento de Andrisco en Macedonia, el de Aristónico en Pérgamo, las revueltas indígenas en Egipto, los movimientos nacionalistas en el reino seléucida, sugieren la posibilidad de que la revuelta de Saumaco fuese del mismo tipo.

Debe recordarse que las ciudades del reino del Bósforo ya no eran lo que habían sido. Iban perdiendo gradualmente su carácter griego e iranizándose cada vez más. Tenemos testimonio de ello tanto en los escasos textos literarios (especialmente en el *Toxaris* de Luciano, sacado de fuentes helenísticas, y en otros fragmentos de obras helenísticas, tanto históricas como de ficción) y en el material arqueológico. Es claro que mientras los griegos inmigrantes eran escasos, había por esta época un considerable número de iranios —escitas y sármatas— que estaban dispuestos a establecerse como ciudadanos en las ciudades del Bósforo. Estos inmigrantes se helenizaban, pero, no obstante, efectuaban un cambio considerable en el helenismo de las ciudades bosforanas dándole un aspecto cada vez más iranio. Con los colonos ricos y nobles venían probablemente grandes grupos de obreros de todas clases que se mezclaban con el viejo proletariado de las ciudades y modificaban su carácter sustancialmente.

Por otra parte, documentos posteriores, y la analogía del Ponto, Capadocia, Armenia y Partia, afirman que la estructura económica y social del reino bosforano se basaba en una aristocracia de grandes terratenientes, el más rico de los cuales era el rey (véanse págs. 554 y sigs.). Después del rey venían los templos. Las grandes fincas de estos terratenientes eran cultivadas y sus rebaños atendidos por los antiguos habitantes de Crimea y la península de Tamán, a quienes los griegos habían encontrado allí y sometido. Estas tribus indígenas desempeñaban las mismas funciones para los vecinos del reino bosforano, los sármatas del valle del Cubán y los escitas de Crimea. No eran esclavos de sus señores; y sin duda pertenecían a la clase de los *laoi* o siervos que eran un rasgo característico del mundo oriental. Sabemos poco sobre ellos, pero puede suponerse que su helenización fue superficial y su mentalidad estaba más cercana a la irania que de la de sus amos griegos. Como sus compañeros siervos en las demás monarquías helenísticas, sentían su opresión por extranjeros y estaban dispuestos a sublevarse si encontraban un cabecilla eficiente y popular.

Podemos, pues, conjeturar que Saumaco, que pudo haber tenido el apoyo de los escitas de Crimea, se hizo adalid de los elementos iranizados del reino del Bósforo, especialmente de los siervos del país, y trató de sustituir a los espartócidas por una dinastía escita. La situación era la misma, *mutatis mutandis*, que hemos observado en la península balcánica, la diferencia estaba en que en el Bósforo el cambio venía de dentro, no de fuera. Mientras que los romanos fueron los que aplastaron la revuelta de Andrisco, Mitrídates fue quien terminó con la efímera dominación de Saumaco en Panticapeo (35).

II. RODAS, DELOS Y DEMÁS ISLAS

El final de la guerra de Perseo fue el comienzo de una nueva fase en la historia del Egeo. En el período anterior a la guerra, RODAS había sido predominante tanto comercial como políticamente (véanse págs. 729 y sigs.). Había dominado la mayoría de las islas importantes del Egeo, y con su ayuda y los recursos que sacaba de sus dominios carios y licios y de su comercio de tránsito, había mantenido una marina grande y eficiente. Mediante ella había dominado la piratería en el Egeo, no permitiendo a los principales piratas —los cretenses— alterar la paz de manera que molestasen las actividades comerciales del mundo griego (36).

Las sanciones económicas y políticas impuestas a Rodas directa e indirectamente por los romanos —creación de un puerto franco en Delos y destrucción del imperio rodio en Anatolia— dificultaron a la isla la continuación de su política de mantener la paz en el Egeo. Perdió sus ingresos de las posesiones carias y licias (120 talentos de Cauno y Estratonicea solamente) y quizá, hasta cierto punto, de sus aliados egeos, mientras el producto de su comercio de tránsito decaía de una manera catastrófica*. Algunos historiadores modernos son escépticos ante las cifras citadas por los embajadores rodios en Roma: una disminución en las aduanas de los derechos portuarios de un millón de dracmas rodios a 150 mil; consideran estas cifras extraordinariamente exageradas por los enviados, para dar más fuerza a su queja, o creen que el texto está corrupto. Yo no

---

* Polibio, XXX, 31.

puedo participar de este escepticismo. No puedo imaginarme que los rodios llevaran ante el Senado cifras que no estuvieran basadas en documentos o apoyadas por ellos. Ni hay necesidad de creer que el texto esté corrupto. Los rodios no insistirían tanto en este punto si las consecuencias de las sanciones romanas no hubieran sido perjudiciales para la prosperidad de la isla.

El empobrecimiento del Estado rodio y su pérdida del apoyo activo romano hacían necesarios un cambio considerable en su política exterior y cierto reajuste de sus finanzas (prácticamente no conocemos nada sobre ello, pero era inevitable un ajuste, y sin duda se realizó). Sin embargo, aunque empobrecida, Rodas, relacionada ahora con Roma (después de 164 a. de J. C.) por una alianza formal, nunca perdió completamente su dominio del comercio del mar Egeo. Rodas y Pérgamo, con cuyo estado Rodas estaba en estrechas relaciones, eran las únicas potencias capaces de mantener una marina relativamente fuerte y efectuar, en la medida de su capacidad, la policía del mar. Atenas, aunque ciudad comercialmente importante, no tenía marina. Después de Pérgamo y Rodas venían las ciudades libres de Cícico y Bizancio, y algunas ciudades pónticas. Roma nunca tuvo una flota permanente en las aguas del Egeo, y acudía a las marinas griegas en caso de urgente necesidad. No nos extrañe, pues, saber que fueron Rodas y Átalo II quienes hicieron un esfuerzo combinado para poner fin a la piratería cretense, que probablemente había despertado después de la guerra de Perseo. La lucha duró algún tiempo (155 a 153 a. de J. C.) y se señaló por algunas incursiones cretenses en varias islas egeas. La situación fue suficientemente seria para hacer que los rodios solicitaran ayuda de los aqueos, pero ésta fue rehusada. Es posible que la guerra acabase por la intervención diplomática romana. No sabemos si tuvo por resultado una disminución de la piratería cretense (37).

Estamos menos informados respecto al papel naval de la guerra entre Átalo II y Prusias II de Bitinia* que estalló hacia la misma época que la guerra cretense y pudo haber estado relacionada con ella de alguna manera. Sabemos que se desarrolló por mar y tierra. Debe recordarse que Bitinia, después de la época de Nicomedes I y Prusias I, tenía algunos puertos bastante

---

* Diodoro, XXXI, 35; Polibio, XXXIII, 12 y 13; véanse páginas 879 y sigs.

buenos y una fuerte marina (era rica en bosques)*[1]. Sabemos poco de las operaciones navales de Prusias, excepto que una vez una flota suya fue destruida por una tormenta en el mar de Mármara*[2]. Probablemente se dedicaba a una incursión en la costa pergamena. En represalia, una expedición naval conjunta de las tres potencias marítimas del Egeo —Pérgamo, Cícico y

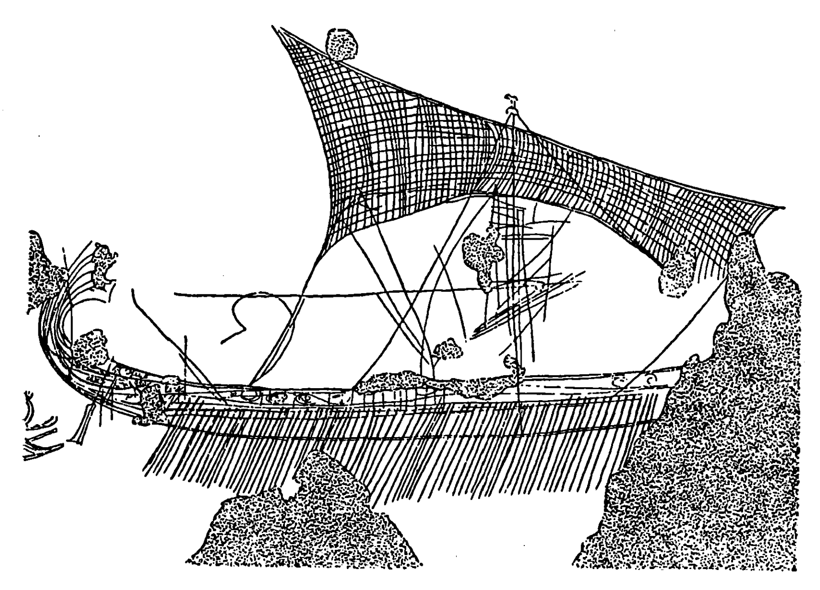


FIG. 7. — Navío de guerra del Egeo de finales de la época helenística. Uno de los tres barcos esculpidos en una pared de la exedra de la Casa de Dioniso en Delos (*Delos,* VIII, 1, págs. 203 y sigs., figs. 86 y 87). El navío es, sin duda, de guerra, uno de los que con frecuencia visitaban el puerto de Delos

Rodas— avanzó hacia el Helesponto y atacó algunas ciudades marítimas de Prusias; cinco navíos rodios que luchaban contra los cretenses fueron destacados a esta operación. Esto puede sugerir que Prusias, quizá aliado con los cretenses, obstruía, como lo había hecho Bizancio antes que él, la libertad de tráfico de los Estrechos y la Propóntide. Hay que decir que Prusias estaba en relaciones cordiales con algunas ciudades cretenses. Una de ellas —Áptera, en la costa norte— tributó grandes honores

*[1] Véanse págs. 531 y sigs.
*[2] Diodoro, XXXI, 35.

a él y sus embajadores, ciudadanos de las ciudades marítimas de Bitinia, algunos tracios helenizados*[1]. Las alianzas con los piratas, también hay que decirlo, no eran muy infrecuentes (38).

Rodas tenía igualmente motivos para interesarse en el crecimiento de la piratería cilicia (véase más adelante). Estrabón*[2] dice explícitamente que por razones políticas no tomó medidas contra ella en el primer período de su desarrollo. Este juicio implica que Rodas se consideraba aún como principal guardián de la seguridad de los mares.

Cuando los piratas cilicios llegaron a ser un gran peligro para griegos y romanos, fue cuando Roma, probablemente por iniciativa de los rodios, o por lo menos con su apoyo activo (los embajadores rodios estaban en Roma cuando se votaron las leyes), trató de realizar una especie de acción común con todos los estados mediterráneos orientales —ciudades y monarquías— en favor de la seguridad de los mares orientales. Por supuesto, Roma llevaba como mira principal los intereses de los romanos, latinos e itálicos que en esta época tenían negocios en el Oriente. Conservamos la segunda mitad (?) de una ley votada en Roma para esta acción conjunta, en la que se asigna una parte activa a los rodios. Embajadores rodios entregaron mensajes sobre la ley (y probablemente el texto de la ley misma) a los reyes de Chipre, Cirenaica, Egipto y Chipre, y se determinó que a los embajadores de Rodas en Roma les sería concedida una audiencia especial por el Senado romano cuando quiera que tuviesen que informar sobre los asuntos concernientes a la ley. Aquí vuelve a aparecer Rodas como la potencia oriental más activa interesada en la supresión de la piratería; estaba completamente libre de sospecha, de lo que hay mención en la ley, por lo que respecta a los reyes orientales, de ayudar a los piratas dejándoles utilizar los puertos (39). Probablemente se debe a este deseo de conservar el orden en el Egeo el que los rodios mantuviesen buenas relaciones con Mitrídates en sus primeros años, y después, como fieles aliados de Roma, resistieron vigorosa y afortunadamente el feroz ataque de Mitrídates en colaboración con los piratas (40).

Más adelante veremos que, por lo menos hasta la época de Casio, Rodas estuvo en posesión de una marina bien organizada y fue considerada una de las principales potencias del moribun-

---

*[1] *O. G. I.*, 341.
*[2] Estrabón, XIV, 5, 2, pág. 669.

do mundo helenístico. En consecuencia, mantuvo su contacto con Caria, en otro tiempo provincia suya, y su prestigio en este país. El gobierno rodio en Caria había sido duro y había exigido mucho de las ciudades carias. Éstas tenían que pagar un alto precio por la protección militar que recibían. Sin embargo, algunas de estas ciudades después de recobrar su libertad, sentían nostalgia de la dominación rodia. Las ciudades más débiles, privadas del apoyo de Rodas, no tenían más alternativa que ser presa fácil de las belicosas tribus de las montañas carias (las que después apoyaron a Aristónico), o hacerse prácticamente súbditas de sus vecinos más ricos y poderosos. Por lo menos, tal es la impresión que se saca de los escasos documentos hallados en Caria. Céramo, por ejemplo (entre 167 y 133 a. de J. C.), apeló a Rodas y solicitó su alianza, consiguiendo de este modo garantizar la seguridad (ἀσφάλεια) de sus ciudadanos, y demás residentes en la ciudad y la χώρα. No sabemos exactamente quién amenazaba la seguridad de Céramo. L. Robert sugiere que la amenaza procedía de la fuerte ciudad de Estratonicea, con la que probablemente Céramo había estado unida por una simpolitia (συμπολιτεία). Una situación parecida existía (hacia la misma época) entre Milasa y Euromo, como se ve por una inscripción hallada en Milasa. Se había concluido una συμπολιτεία a finales del siglo II a. de J. C. entre las dos ciudades. Antes de esto parece que Euromo se había visto envuelta en algunas hostilidades con Heraclea del Latmo. Heraclea se había apoderado de ciertas propiedades pertenecientes a la ciudad de Euromo y a algunos de sus ciudadanos particulares; algunos ciudadanos de Euromo fueron raptados y llevados a Mindos. La fuerte Milasa protegió a su nueva asociada. Otra inscripción (muy fragmentada), esta vez de Euromo, quizá posterior a la primera, menciona dificultades entre Euromo y Milasa y llamamientos hechos por Euromo a Roma (?) y a los rodios. Estos documentos muestran la agitación dominante en Caria después de su liberación y la consideración en que eran tenidos los rodios como árbitros y apoyo de los oprimidos (41).

Tenemos tan sólo un ligero conocimiento respecto al volumen y al carácter del comercio rodio de tránsito. He discutido los testimonios que se refieren a él y he mencionado las asas de ánfora estampilladas de Rodas y Cnido y los problemas que a ellos se refieren (42). Uno de los más importantes problemas es el de sus fechas respectivas. Un catálogo completo de las estam-

pillas rodias nos ayudaría, sin duda, a establecer su cronología. Se han hecho algunos progresos en este sentido. Podemos fechar un grupo considerable de estampas encontradas en Pérgamo (220 a 180 a. de J. C.). Otro grupo de estampillas halladas en Cartago es, sin duda más antiguo que el año de la destrucción de la ciudad. De este modo tenemos algunas indicaciones respecto a las estampillas que pertenecen al período entre 220 y 146 a. de J. C. También podemos reconocer las estampillas que son anteriores a 220 o posteriores a 146 a. de J. C. Pero hay mucha incertidumbre sobre estos últimos grupos y no nos ayudan a estimar el volumen y radio geográfico relativo del comercio de Rodas antes y después de su hegemonía comercial. Necesitamos estadísticas comparativas de las distintas estampillas en cada lugar donde se encuentran estampillas rodias para determinar si los eruditos modernos tienen razón al decir que las estampillas rodias del período de 220 al 146 a. de J. C. son los sellos más comunes en todos los centros de la actividad comercial rodia (43).

Tal como están las cosas, debemos limitarnos a algunos juicios muy generales. En primer lugar, parece que el comercio rodio no se detuvo de una manera rotunda después de 167 antes de J. C. Así, por ejemplo, las relaciones comerciales rodias con Cartago probablemente fueron tan activas después de 167 antes de J. C. como antes de esta fecha. En segundo lugar, el comercio rodio duró por lo menos hasta fines del siglo I a. de J. C. (fecha probable de las últimas estampillas), y con mucha probabilidad después de ella. Debe recordarse que si no se encuentran asas de ánforas estampilladas después del siglo I a. de J. C., no debe atribuirse necesariamente al menor volumen o cambio de carácter del comercio rodio, sino probablemente a la adopción de un método distinto de sellar las ánforas o a una discontinuidad en la práctica. En tercer lugar, las relaciones comerciales rodias continuaron probablemente siendo tan amplias como antes, aunque pudo haber disminuido el volumen del comercio. Esto se ve por el descubrimiento de asas de ánfora estampilladas rodias en niveles relativamente tardíos en varias ciudades de Oriente, como, por ejemplo, en Gerasa.

En todo caso, las ánforas estampilladas indican que incluso después de 167 a. de J. C. continuó siendo Rodas un centro comercial importante, y su testimonio se apoya en varias fuentes literarias y epigráficas. Ya he señalado que la influencia rodia se sintió fuertemente en Crimea en la segunda mitad del siglo II

antes de J. C. Me referí a la actividad de Posideo, olbio intermediario entre Rodas y el reino escitio de Esciluro y Pálaco. Su devoción a los cultos rodios, demostrada en sus dedicatorias en la capital de Esciluro y Pálaco, movió a los antiguos eruditos a creer que él mismo era rodio. No hay duda de que el comercio de Rodas con Crimea era principalmente de grano (44).

Parecidas relaciones existían entre Rodas y Pérgamo. Polibio*[1] nos cuenta que Éumenes II, probablemente no mucho antes de su muerte, dio a Rodas 280.000 medimnos de trigo, cuyo producto de venta del grano debía ser puesto a interés y sus réditos aplicados al pago de los salarios de profesores y tutores en los gimnasios rodios. Probablemente, el regalo no se hizo sólo con intención caritativa, sino para mostrar que el período de hostilidad y rivalidad entre Rodas y Pérgamo*[2] había terminado, y que Pérgamo estaba dispuesto una vez más a usar Rodas como casa de cambio para los productos de sus florecientes agricultura e industria. Me inclino a dar la misma interpretación a hechos similares de Demetrio, rey de Siria*[3] (45).

Podemos deducir, pues, que la creación del puerto franco de Delos no privó a Rodas de su situación de casa de cambio para el comercio interno e internacional de Grecia, especialmente por lo que se refiere al comercio de granos. Es altamente probable que mientras las sanciones romanas minaban la prosperidad y la importancia política del Estado rodio, no afectaron en gran manera a la prosperidad de sus ciudadanos. Realmente, los ciudadanos rodios fueron confirmados, muy poco después de Pidna, en sus derechos a la propiedad privada en los antiguos dominios rodios de Asia Menor*[4]. De esto se deduce que, mientras el Estado de Rodas se empobrecía considerablemente, los ciudadanos rodios conservaban su antigua prosperidad, por lo menos hasta la época de Casio. Probablemente lograron ajustar su banca y actividades comerciales a la nueva situación.

En mi opinión, el principal cambio consistió en una cierta restricción en el ámbito del mercado rodio. Mientras Rodas mantenía su hegemonía en el comercio de grano y en el comercio entre los estados de Grecia (campo en el que sus nuevos rivales

---

*[1] Polibio, XXXI, 31 (Loeb).
*[2] Íd., XXVII, 7, 5.
*[3] Diodoro, XXXI, 36.
*[4] 163 a. de J. C. Polibio, XXXI, 4.

itálicos y sirios no estaban interesados), probablemente casi perdió su antigua hegemonía en el tráfico entre Oriente y Occidente, especialmente en las mercancías transportadas por caravanas. Además, el tráfico más importante de esclavos ya no estaba en sus manos. El tráfico de esclavos y el comercio de caravanas estaba ahora casi completamente monopolizado por los mercaderes delios, la mayoría orientales e itálicos. Los itálicos apenas figuran, y los mercaderes sirios y fenicios muy raras veces, en las inscripciones que se refieren a la población extranjera de Rodas, especialmente en el siglo II a. de J. C. Este testimonio, aunque negativo, es concluyente. Nuestra información sobre la población de Rodas es muy buena y la ausencia de italianos entre los cientos de residentes extranjeros no puede considerarse accidental.

Mientras Rodas hacía un gran esfuerzo por adaptarse a la nueva situación de la vida política y económica en el mundo griego, DELOS, producto de esta nueva situación, se desarrollaba en una comunidad de carácter peculiar única en el mundo antiguo (46).

Este extraordinario desarrollo se entenderá mejor si recuerdo algunos rasgos notables de la historia económica del período que siguió a Pidna. Al principio no hubo ningún cambio aparente importante. Delos pasó de una situación de independencia al de cleruquía ateniense, y fue declarado puerto libre; esto afectó a la prosperidad de Rodas, pero, por otra parte, no ocasionó ningún cambio radical en la economía del mundo helenístico.

Sin embargo, con el tiempo algunos nuevos factores económicos se hicieron más notorios y contribuyeron a crear una situación completamente nueva. El más importante de estos factores fue el creciente predominio de Italia en el sistema económico del Mediterráneo. Volveré más adelante sobre este tema. Baste decir que en el siglo II a. de J. C. Italia llegó a ser el cliente más importante de mercancías helenísticas, y al mismo tiempo empezó a competir con los países helenísticos en el campo de la producción.

La reconstrucción social y económica de Italia provocó el aumento de la demanda de distintos objetos que habían de ser importados del Oriente, tales como productos del arte y la industria helenísticos, y mercancías caravaneras orientales, en cantidades cada vez mayores. Además se necesitaba urgentemente una gran cantidad de trabajo esclavo para el desarrollo agrícola

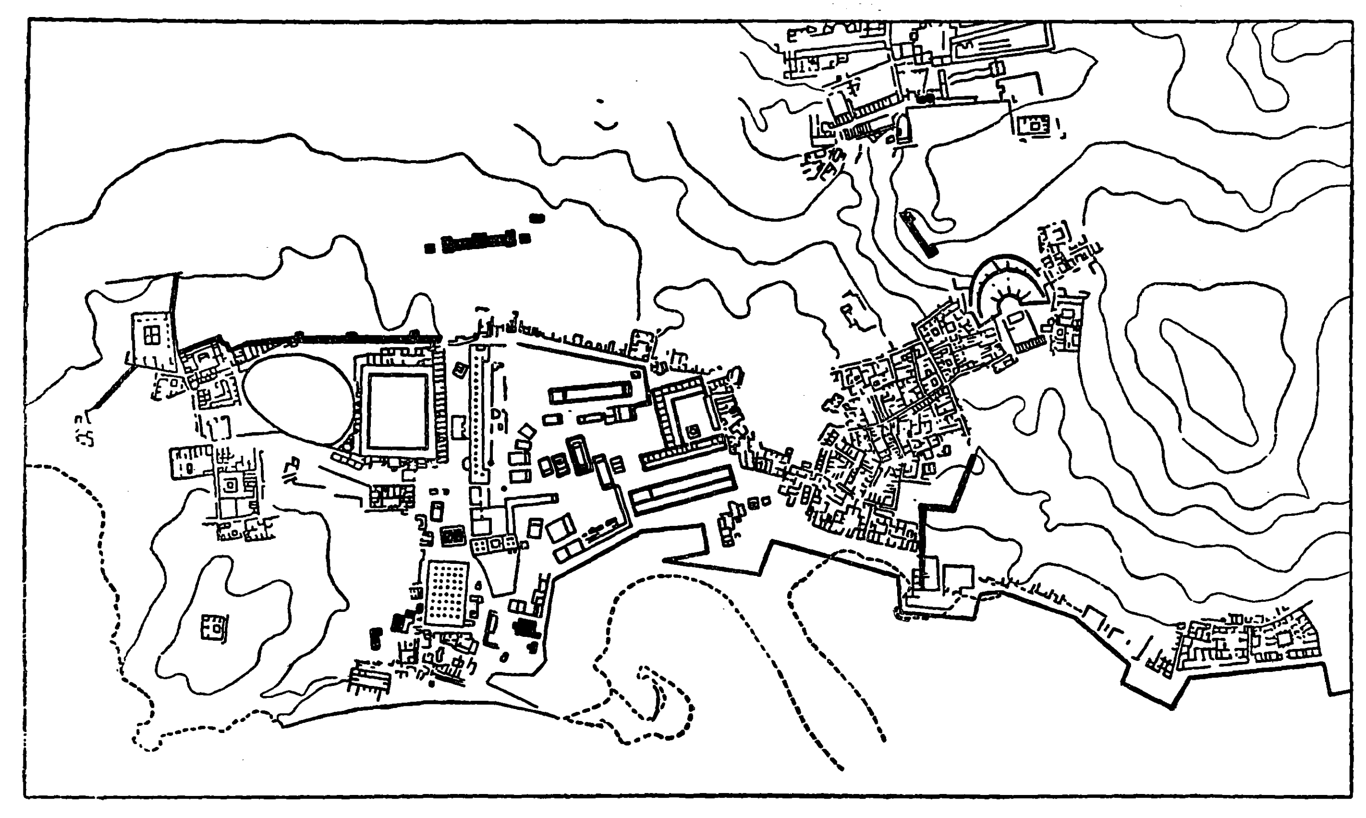


FIG. 8. — Plano de la ciudad y del santuario de Delos. (P. Roussel, *Délos, colonie athénienne,* 1916)

e industrial del país. El trabajo esclavo era abundante en la época de las guerras romanas en Oriente; pero más tarde disminuyó. No obstante, su demanda aumentó constantemente, sobre todo de esclavos orientales que poseyeran algún conocimiento de agricultura, ganadería e industria, o por lo menos estuviesen más familiarizados con ellos que los esclavos occidentales (47).

Otra novedad en la vida económica y particularmente comercial del mundo helenístico del siglo II a. de J. C., fenómeno al que ya me referí (pág. 748) y del que tendré que decir más en este capítulo (pág. 931), fue el rápido desarrollo del comercio sirio después de la época de Antioco III. Las mercancías árabes e indias se concentraban ahora en gran medida en las manos de los mercaderes sirios y fenicios. Algunas de estas mercancías iban a los puertos de Asia Menor por tierra, pero el resto estaba en manos de estos mercaderes y era llevado por mar. Esta ruta marina, después de acabado el reino pergameno (133 a. de J. C.), se transformó en la ruta principal del comercio sirio. Al comercio de estos bienes, los mercaderes de Siria y Fenicia añadieron pronto un comercio cada vez mayor en esclavos orientales, que ahora tenían gran demanda al declinar la piratería cretense. El suministro de esclavos en Siria era abundante, porque allí reinaba la anarquía política, y ocurrían con frecuencia guerras dinásticas internas y extranjeras. Además, en las revueltas condiciones de la vida siria el rapto de esclavos por las bandas organizadas de ladrones se transformó en una profesión lucrativa.

Pero la demanda itálica y siciliana de esclavos no podía ser satisfecha por Siria solamente. Como dijimos anteriormente, el suministro de esclavos desde Creta disminuyó, principalmente a consecuencia de los esfuerzos de Rodas. Además, el rapto y venta en esclavitud de ciudadanos griegos levantaba una indignación cada vez mayor en toda Grecia. El resultado fue que las incursiones piráticas sobre las playas de Grecia y Asia Menor y las islas del Egeo se hicieron menos frecuentes en la primera época del dominio romano sobre el Egeo. No tenemos datos estadísticos para probarlo, pero es significativo que las inscripciones que mencionan incursiones de piratas, raptos, etc., corrientes hasta la segunda guerra macedónica, se hagan más raras después de Cinoscéfalas, con renacimientos temporales en la época de Pidna y durante la segunda guerra cretense. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que son relativamente raras las inscripciones exactamente fechadas de esta época (48).

Una compensación por la pérdida del abastecimiento cretense de esclavos lo suministraron los tratantes de esclavos en Asia Menor. La revuelta de Aristónico produjo gran número de esclavos. Después de esta guerra, los nuevos amos de Asia Menor —los publicanos de la nueva provincia— parecen haber tomado parte activa en el comercio de esclavos. Su participación se afirma expresamente en la famosa réplica de Nicomedes III cuando se le pidió que enviase tropas a Mario para la guerra cimbria, respondiendo que no tenía nada que enviar porque la mayoría de sus súbditos habían sido llevados por los publicanos y vendidos como esclavos. No es fácil comprender cómo los publicanos podían apoderarse de los súbditos de un rey aliado, y es altamente probable que no fuesen los mismos publicanos, sino los vecinos guerreros y hostiles de los bitinios, los ladrones profesionales de Misia, Frigia y especialmente de Galacia y Ponto, que hacían esto bajo la mirada benevolente del gobernador romano de Asia y la cooperación de los publicanos.

El comercio de esclavos organizado por los publicanos pudo haber encontrado una fuente más de suministro en la inclinación de los reyes, grandes sacerdotes y señores feudales de Bitinia, Ponto, Capadocia y Armenia, a disponer de algunos de sus siervos. En estos países, sólo ligera y superficialmente influidos por la civilización e ideas griegas, la situación de los *laoi* había cambiado probablemente muy poco en relación a los tiempos prehelenísticos. Mientras que en Egipto y Siria durante el reinado de Filadelfo se prohibía rigurosamente la venta de siervos como esclavos por deudas y otras obligaciones por los particulares, y después incluso por la corona, y se mejoraba notablemente el estado legal de los antiguos siervos (véanse págs. 339 y sigs.), y mientras podemos imaginar el mismo proceso en el reino pergameno, en los reinos menos adelantados de Bitinia, Ponto y Capadocia el estado de los siervos probablemente fue muy parecido al que habían tenido en Egipto y Fenicia antes de las reformas de Filadelfo y sus sucesores. Esto significa que en los reinos anteriormente mencionados la esclavización de los *laoi* libres seguía siendo un rasgo tradicional de su vida económica y social. Además, estos países no estaban completamente pacificados. Un señor feudal podía fácilmente apoderarse de los siervos de otro y venderlos como esclavos. Se recordará que los esclavos bitinios y capadocios eran muy numerosos en Roma en el siglo I a. de J. C. y a principios de la época imperial.

Una inscripción de Delfos*[1] nos da una excelente ilustración del comercio de esclavos realizado por los reyes orientales. Se trata de un decreto en honor del rey Nicomedes (seguramente Nicomedes III) y Laódice, hija del rey Mitrídates V, que recibieron una embajada especial de Delfos con objeto de obtener esclavos (σώματα) para Apolo y la ciudad, y accedieron a ello enviando treinta esclavos. Es una pena que no conozcamos sus nombres, que los delfios cambiaron en elegantes nombres griegos. La mayoría de los treinta esclavos dados por Nicomedes eran pastores, y algunos artesanos. El decreto especifica su distribución entre los distintos departamentos de la economía del templo. Es más que probable que los delfios se dirigiesen a Nicomedes no sólo porque era un filoheleno, sino también porque tenía gran cantidad de esclavos. Ciertamente era un tratante de esclavos activo, y los esclavos eran, con toda probabilidad, por lo menos en parte, sus propios siervos (49).

Una consecuencia peculiar de este fenómeno en la vida comercial del mundo helenístico de la época fue el desarrollo del famoso Estado o confederación pirática fenicia. La piratería fenicia nos es conocida en la forma que tomó durante las guerras mitridáticas y después de éstas, cuando reemplazó a la piratería cretense o se asoció con ella al renacer ésta, desempeñando una actividad muy similar a la de su modelo, aunque más osada y mejor organizada. Sin embargo, sus principios son oscuros y no fáciles de entender. Estrabón*[2] da de ello un cuadro vivo, aunque más bien confuso. Trataré de reconstruir los primeros días de la piratería cilicia tal como la entiendo y para explicar su crecimiento y desarrollo.

Nominalmente, Cilicia era una parte del imperio seléucida. De hecho era casi independiente, dado que los seléucidas, con una flota de sólo veinte barcos, eran incapaces de dominar la costa cilicia y las montañas situadas detrás de ella. De este modo, Cilicia se hizo base de operaciones y campo de recluta para los pretendientes al trono seléucida, y refugio de grupos de aventureros bien adiestrados, bien armados y casi independientes. La formación de estos poderosos cuerpos de aventureros la atribuye Estrabón a Diódoto Trifón (hacia 143 a. de J. C.), que organizó en Coracesio, fortaleza de la costa de Cilicia, un cuerpo de mercenarios para luchar contra Antioco Sidetes.

---

*[1] *O. G. I.*, 345.
*[2] Estrabón, XIV, 5, 2, págs. 668 y sigs.; cf. 3, 2, pág. 664.

Estos eficientes grupos de ladrones profesionales, familiarizados con las operaciones militares por mar y tierra, pronto se dieron cuenta de cuán favorables eran las condiciones para enriquecerse por la acción organizada. Empezaron por practicar el rapto, disponiendo de sus prisioneros con ayuda de tratantes de esclavos profesionales, especialmente en Side. Cuando el comercio marítimo de Siria crecía a trancas y barrancas, añadieron a su actividad en tierra —en Asia Menor y Comagene, en estrecha relación con los isaurios y otras tribus de las montañas— un rápido desarrollo de la piratería en el mar. Sus instructores en este oficio seguramente fueron los cretenses, que por la misma época desempeñaban un papel importante en las guerras dinásticas de Siria (50).

Los mares sirios, aunque frecuentados por un número considerable y cada vez mayor de barcos mercantes, no estaban protegidos por ninguna fuerza organizada. Para las bandas cilicias era fácil extender sus negocios y combinar con la caza de esclavos y trata de los mismos la provechosa profesión de la piratería. Ninguna potencia quería ni podía poner fin a la actividad de los piratas cilicios en los mares sirios. Los seléucidas eran impotentes. Los Tolomeos de Egipto y Chipre se alegraban de ayudar a los enemigos de los reyes sirios, sus rivales hereditarios. Estaban dispuestos a ayudar a los piratas cilicios abriéndoles sus puertos. Los rodios, si hemos de creer el juicio de Estrabón, en esta época (segunda mitad del siglo II a. de J. C.) eran hostiles a Siria y no querían intervenir. Finalmente, los romanos nunca pasaron de las representaciones diplomáticas que jamás fueron tomadas en serio. No tenían interés en eliminar lo que era una espina en la carne de la monarquía siria y a la vez una rica fuente de esclavos sirios. Esto era exactamente lo que necesitaban: trabajo barato bien adiestrado en agricultura y ganadería. Al emplearlo, no sentían los escrúpulos que habrían sentido al hacerlo con esclavos de origen griego. Después de todo, los sirios eran bárbaros nacidos para la esclavitud. Así, pues, la piratería cilicia se desarrolló libre y sin molestias, en una institución fuerte y bien organizada (51).

Dejados como estaban a merced de los piratas, los mercaderes sirios y fenicios, y los tratantes de esclavos en particular, pronto llegaron a entenderse con los piratas cilicios, ya que no tenían otra salida, pues los caminos de tierra estaban en peor situación que los del mar (véanse págs. 935 y sigs.). Podemos suponer

que el arreglo se hizo a través de los tratantes de esclavos sirios, que si no eran idénticos a los piratas, por lo menos estaban en estrechas relaciones con ellos. Según Estrabón*, Side de Panfilia llegó a ser un centro importante tanto para los piratas como para los mercaderes de esclavos de Cilicia.

El mismo papel desempeñaron varias ciudades cretenses, especialmente Cnosos (con sus dos puertos), Cidonia y Hierapitna. Ya he mostrado que la piratería cretense estaba en decadencia a principios del siglo II a. de J. C. Probablemente esta decadencia fue la causa del empobrecimiento de la isla, como se refleja en la escasez de monedas cretenses de esta época. En la segunda mitad del siglo II y en el I a. de J. C. hubo un renacimiento tanto de la piratería como de la prosperidad en Grecia. Es muy probable que estos dos renacimientos estén relacionados con el brusco desarrollo de la piratería cilicia. Los cretenses pasaron pronto de ser maestros de los piratas cilicios a ser sus asociados. Este hecho es mencionado por varios historiadores de la época, y la prosperidad resultante de Creta está atestiguada por las abundantes monedas, por varios ricos tesoros hallados en la isla y por el aspecto que presentan las ruinas excavadas de Amniso, uno de los dos puertos de Cnosos (52).

Los piratas cilicios, envalentonados por su inmunidad, pronto extendieron, poco a poco, la esfera de su actividad. En la atmósfera de seguridad en que vivían, probablemente no se limitaron a actuar en aguas sirias, sino que actuaron también en el Egeo, y quizá incluso en el Mediterráneo occidental. Tenemos poca información sobre este tema (53), pero, a menos que supongamos un desarrollo de este género, que debía levantar la indignación de los recaudadores de impuestos de Asia y los mercaderes itálicos y romanos y banqueros de todo el Egeo, difícilmente entenderíamos por qué después de cincuenta años de indiferencia, el gobierno romano, en los últimos años del siglo II antes de J. C., adoptó rápidamente una serie de importantes medidas contra los piratas.

Marco Antonio, el famoso orador, fue enviado a Cilicia en 102 a. de J. C. para combatir a los piratas, y tuvo un éxito rotundo. Cilicia, Panfilia, Licia y Licaonia fueron puestas bajo el gobierno militar romano. El paso siguiente se dio hacia el 100 antes de J. C. Se promulgó en Roma una ley que, entre otras

---

* Estrabón, XIV, 3, 2, pág. 664.

cosas, proveía la organización de medidas concertadas por todos los estados orientales con el propósito de aislar a los piratas. No hay mención de guerra en los fragmentos que nos quedan de la ley, pero las medidas prescritas son de tal carácter que sin duda deben interpretarse como preparativos para una guerra inminente. Es probable que la ley fuese promovida por Cayo Mario, que aspiraba a un alto mando militar en Oriente. Sin embargo, no se hizo nada importante. La piratería floreció como antes, y en la época de Mitrídates llegó a ser, como veremos más adelante, una plaga real en todo el Mediterráneo (54).

Las nuevas condiciones, esto es, la nueva dirección y el distinto carácter del comercio exigían una nueva organización comercial en el Egeo. Este comercio, de gran importancia en mercancías y esclavos orientales, dependiente casi exclusivamente de los mercados itálicos, se dirigía ahora principalmente al Oeste y tenía los rasgos característicos de un comercio de tránsito. Los principales clientes de mercancías y esclavos orientales no eran ya los griegos, sino los itálicos y sicilianos, la mayoría de ellos hombres ricos de distintas profesiones. Un depósito central para este comercio era de gran conveniencia para vendedores y compradores extranjeros entre sí y entre los que la comunicación directa era difícil, en parte por razones políticas. Había habido antes depósitos de este género, tales como Rodas y Corinto. Éstos ofrecían mejores condiciones que Delos tanto desde el punto de vista geográfico como desde otros. Sus puertos eran mucho más cómodos y mucho mejor equipados; la experiencia en los negocios y el capital acumulado en ellos eran mucho más grandes y habían estado en relación con Oriente desde época inmemorial. En comparación, Delos había desempeñado siempre un papel secundario, aunque era bien conocido de los mercaderes extranjeros (55).

Sin embargo, Delos fue escogido como cuartel general por los mercaderes itálicos, sirios y anatólicos. Esta decisión fue resultado de una combinación de factores políticos, sociales y psicológicos. Durante algún tiempo, Corinto pudo haber competido con Delos, y Cartago también pudo atraer gran cantidad de tráfico de mercancías y esclavos orientales. Pero estas dos ciudades pronto fueron eliminadas de la competición. Por razones políticas y no económicas, Corinto y Cartago, los dos emporios más internacionales y más florecientes de la época, fueron destruidos por los romanos.

Quedaban las dos grandes ciudades comerciales de Grecia: Atenas y Rodas. De éstas, Rodas ofrecía poco atractivo a los nuevos magnates del comercio. Esta ciudad, orgullosa y antigua, con sus tradiciones políticas y comerciales, su enorme influencia en el comercio y la banca, su desprecio por los extranjeros, era un lugar difícil para los principiantes en negocios, como eran los ricos banqueros y mercaderes itálicos y sicilianos. Además, las relaciones políticas entre Roma y Rodas eran tirantes después de la guerra de Perseo, y los itálicos no eran muy populares en Rodas.

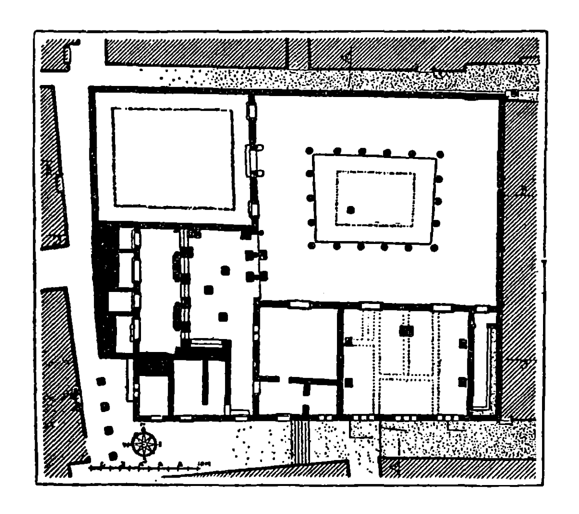
En ciertos aspectos, Atenas se adaptaba mucho mejor. Sus relaciones con Roma eran excelentes. Sus conexiones comerciales con el Oriente eran muy antiguas, y muchos orientales —particularmente o en grupos— vivían en Atenas. Al mismo tiempo, Atenas era el lugar de Grecia mejor conocido por los itálicos. Además, la ciudad no estaba en situación de despertar los celos de los hombres de negocios itálicos, los nuevos adalides en los negocios mundiales. Su importancia económica y comercial había pasado casi enteramente a la historia. Todo esto hablaba en favor de Atenas, pero su situación geográfica no era adecuada. Estaba demasiado lejos de las principales rutas comerciales entre Italia y Oriente (56).

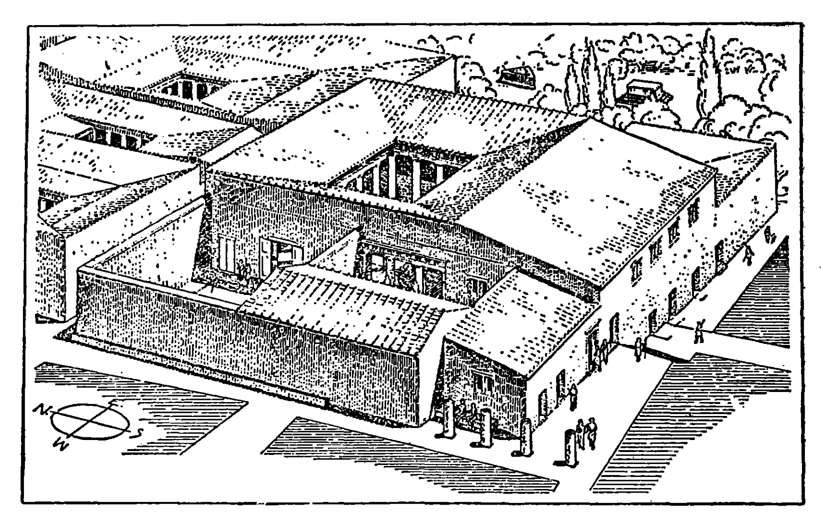
La situación geográfica de Delos era mucho mejor que la de Atenas, y su estatuto político mucho más aceptable para los nuevos amos del Egeo que el de Rodas. Ya he mencionado antes que Delos, después de la guerra de Perseo, por un acto brutal de Roma, que trató a la ciudad libre e independiente amiga suya como si fuera tierra conquistada y propiedad del pueblo romano, fue entregada como una especie de *dorea* (sugerencia de Bikerman) a Atenas y se transformó en una cleruquía ateniense. Esto se hizo, por supuesto, no por razones comerciales, sino políticas. Atenas había sido un fiel aliado de Roma, y fue recompensada con la recuperación de algunas de sus antiguas dependencias. Sin embargo, este acto político tuvo consecuencias comerciales importantes. Como cleruquía ateniense y puerto libre (otra medida política tomada por Roma con el fin de perjudicar a Rodas), Delos reunió todos los requisitos deseables por los mercaderes italianos y orientales. Despoblada de sus antiguos ciudadanos, prácticamente se transformó en un territorio neutral. Los capitalistas atenienses no eran bastante ricos para competir con los acaudalados y experimentados mercaderes de Italia y

Oriente. En lo político, el nuevo gobierno ateniense de Delos dependía enteramente de la buena voluntad de Roma, y por ello no había peligro de que pusiera obstáculos en el camino de los recién llegados. En estas circunstancias, no nos sorprenderá que los mercaderes extranjeros, dándose cuenta de las ventajas ofrecidas por Delos, prefiriesen montar y organizar sus negocios allí antes que en Rodas. El crecimiento de la importancia comercial de Delos fue un desarrollo natural fomentado por las medidas subsiguientes tomadas por Roma respecto a Corinto y Cartago. De este modo, Delos llegó a ser el principal depósito para el comercio que se desarrollaba rápidamente entre Italia y Oriente, en especial para el mercado de esclavos.

La historia de Delos durante la segunda dominación ateniense ha sido narrada por eruditos tan competentes como P. Roussel y F. Durrbach, y no es preciso repetirla aquí con pormenores. Durante los primeros treinta años fue Delos una cleruquía ateniense regular con los atenienses al frente de todas las esferas de la vida delia. Hacia 130 a. de J. C., o un poco antes, vemos un cambio rápido. El gobierno de la cleruquía ateniense está acaparado por las distintas comunidades de mercaderes extranjeros, armadores y almacenistas, corporaciones de carácter nacional y profesional, no meros grupos de mercaderes, sino de hombres que tenían los mismos intereses nacionales, religiosos y sociales. Después de 130 a. de J. C. desaparecen los decretos de los atenienses, incluso los que conferían honores, y son reemplazados por decretos de un cuerpo compuesto que incluye atenienses, tanto habitantes de Delos como residentes temporales, los «romanos» (esto es, itálicos) y el resto de los «griegos» (los mercaderes orientales helenizados). La fórmula varía, pero en todas sus versiones se menciona expresamente que estos hombres son mercaderes y armadores.

Delos dejó así de ser una ciudad-estado griega y se transformó en una aglomeración de hombres cuya relación con la isla era temporal y cuyo interés estaba en sus negocios y su prosperidad material. Éstos nunca fueron ciudadanos de Delos y jamás hicieron esfuerzo alguno por transformarla en una ciudad-estado. Delos era su centro de negocios, no su ciudad; su patria temporal, no un lugar al que habían estado vinculados durante generaciones. Tampoco fue ya su isla sagrada. Mientras que la antigua ciudad de Delos había sido una especie de apéndice al templo cuyos negocios religiosos y seculares privaban sobre los negocios





Figs. 9 y 10. — Plano y reconstrucción de la Casa de los Posidoniastas de Delos. (Ch. Picard, *L'établissement des Poseidoniastes de Berytos*, en *Délos*, VI (1921), láms. IV y X)

de la comunidad laica, ahora era ésta la que predominaba. El templo aún existía y florecía, y los mercaderes de la ciudad se alegraban de vivir bajo la protección de su dios, pero era en el puerto donde ahora latía el pulso de la vida de la comunidad.

Pueden añadirse unas cuantas notas sobre la historia económica de la isla hasta la guerra de Mitrídates. La esfera de su actividad comercial se ilustra por distintas inscripciones encontradas allí: las que se refieren a las asociaciones comerciales y religiosas de Delos y las que fueron erigidas en honor de distintas notabilidades, especialmente los reyes de las monarquías helenísticas y algunos caudillos del pueblo romano, y las que mencionan como donantes y dedicantes a hombres de origen extranjero. Las primeras son especialmente valiosas e interesantes.

Las corporaciones más destacadas fueron las distintas asociaciones de itálicos, algunas de carácter religioso y otras profesionales. El centro social, religioso, nacional y probablemente mercantil de los itálicos era el *Italike Pastas,* su lugar de reunión, y club construido a finales del siglo II a. de J. C. No sabemos cómo estaba constituido, y no podemos decir si tenían acceso a él todos los itálicos libres de Delos. Además de las corporaciones religiosas, se mencionan dos asociaciones profesionales: la importante asociación de los tratantes en aceite de oliva y el menos importante gremio de los vinateros (57).

Además de las asociaciones itálicas, los grupos más ricos y más influyentes de extranjeros eran los de los mercaderes de las dos grandes ciudades comerciales de Fenicia: Tiro y Berito («Laodicea de Fenicia»). Los heraclistas tirios, mercaderes y armadores, se conocen sólo por una inscripción. La asociación beritense (κοινόν) de los posidoniastas, mercaderes, marinos y almacenistas, fue probablemente la asociación extranjera más antigua en Delos, y tenemos varias inscripciones que se refieren a ella. Su cuartel general, construido antes que la *Italike Pastas,* esto es, a mediados del siglo II a. de J. C., ha sido cuidadosamente excavada. Su edificio era un *funduq* regular, combinación de un gran patio con columnas (αὐλή?), un santuario (ἱερόν), con varias capillas (ναοί), una plaza de reunión (οἶκος?), y algunas χρηστήρια. El único edificio similar que conocemos es el templo recientemente descubierto de los palmirenos en Dura-Europos, en el Éufrates, también combinación de templo y casa particular que contenía una sala de reunión y algunas tiendas o quizá viviendas (58).

Ya he mencionado que la colonia siria de Delos era muy numerosa, y que, además de ella, muchos mercaderes de los distintos centros árabes y mesopotámicos del comercio de caravanas fueron probablemente residentes temporales en la isla (véase cap. V, pág. 749, nota 124).

Por lo que se refiere a los mercaderes de Alejandría, no tenemos testimonios de corporaciones suyas parecidas a las de itálicos y fenicios, aunque probablemente vivían en la isla gran número de aquéllos. Lo atestiguan la introducción y rápido crecimiento de los cultos grecoegipcios. Parece muy probable que el comercio con Alejandría no estuviese en manos de mercaderes particulares, sino de una corporación alejandrina estrechamente relacionada con el gobierno alejandrino (el σύνοδος τῶν ἐν 'Αλεξανδρείᾳ πρεσβυτέρων ἐγδοχέων, departamento del que se sabe existió en Delos). Sin embargo, es evidente que las relaciones comerciales con Alejandría desempeñaron un papel muy importante en los negocios de Delos (59).

Puedo mencionar además una inscripción interesante en honor de un hombre de Nicea de Bitinia, erigida por mercaderes y marinos que solían traficar entre Delos y Bitinia, probablemente un grupo heterogéneo que tenía negocios importantes con este último país (60).

La impresión que producen las mencionadas inscripciones es que las principales relaciones comerciales de Delos eran con Italia, por un lado, y con Siria, Egipto y Asia Menor, por otro. Esto es confirmado por las inscripciones erigidas en honor de hombres políticamente influyentes en el mundo helenístico. Además de muchos romanos, los seléucidas sirios (desde Antioco IV a Seleuco IV) y los Tolomeos son los mencionados con más frecuencia en documentos de distinta clase. Después vienen los reyes bitinios, los del Ponto y los de Capadocia (61). La misma distribución de relaciones comerciales de Delos se refleja en los cultos extranjeros establecidos allí, como lo atestiguan templos, altares, capillas y dedicaciones aisladas (62).

Nuestra información puede ser incompleta, pero no induce a error. Mercaderes de las ciudades griegas, de la Grecia propiamente dicha, de las islas y de la parte norte de la península balcánica, aparecerían en la gran feria anual de Delos, como lo hacían antiguamente. Pero no hay duda de que sus relaciones comerciales con Grecia eran de importancia secundaria. Quienes usaban el puerto y la ciudad con fines de mutuas relaciones

comerciales y como centro de sus negocios eran principalmente los mercaderes de Siria, Egipto, Asia Menor, por un lado, y de Italia, por otro (63).

Es evidente, porque el hecho lo cita explícitamente Estrabón*[1], que el tráfico de esclavos desempeñó una parte importante, y quizá predominante, en los negocios comerciales de Delos. Tenemos confirmación de esto en las inscripciones anteriormente citadas. No es casualidad el que los principales países productores de esclavos sean los que figuran de una manera destacada en las inscripciones de Delos: Siria, Bitinia, Ponto y Capadocia. No es de esperar, por supuesto, que haya inscripciones en honor de los piratas cilicios.

No hay estadísticas que nos ayuden a formarnos una idea del volumen del mercado de esclavos delio. Estrabón*[2] habla de Delos de una manera muy general, diciendo que era capaz de recibir y exportar decenas de millares de esclavos cada día. No trataba de dar cifras exactas, sino de crear en la mente de sus lectores una impresión general de la magnitud de este comercio. No hay duda de que Delos fue considerado como el mejor lugar para el comercio de esclavos, por lo menos en opinión de los mismos mercaderes. El proverbio citado por Estrabón es bastante claro: «¡Mercader, carga, descarga; todo se vende!»*[3].

Sin duda le seguía en importancia un activo comercio en mercancías caravaneras. El papel que desempeñaron en Delos los mercaderes de las ciudades de Fenicia y Palestina y la aparición allí de mineos, sabeos, petrenses y bactrianos, atestiguan que la isla era la principal casa de cambio para las mercancías llevadas a Siria por las caravanas de Arabia, India, Bactriana y quizá China. Con estas mercancías iban los productos especiales bien conocidos de la industria oriental: púrpura, tejidos, alfombras, vidrios, etc. Me inclino a explicar de la misma manera el renacimiento de las relaciones comerciales con Egipto. Delos pudo haber sido uno de los depósitos para el grano que Egipto vendía al mercado griego. Pero a este respecto Delos tenía rivales en Rodas y Atenas. De más importancia que el comercio de grano pudo haber sido el de mercancías que Egipto recibía por mar del Africa oriental, Arabia e India. Hablaré después de

---

*[1] Estrabón, XIV, 5, 2, pág. 668.

*[2] Ibídem.

*[3] ἔμπορε, κατάπλευσον, ἐξελοῦ, πάντα πέπραται.

los esfuerzos hechos por los últimos Tolomeos para reanimar su tráfico con Oriente. Sabemos que estos esfuerzos tuvieron un éxito completo. Dado que Delos era la principal casa de cambio para las mercancías orientales, donde se fijaban los precios y se efectuaba la mayor parte de las transacciones, los exportadores alejandrinos de mercancías africanas, árabes e indias (una abigarrada compañía entre la cual los mercaderes itálicos eran los más conspicuos), tenían que aparecer allí, naturalmente, con sus mercancías para competir con sirios y árabes. Los itálicos venían a Delos principalmente como compradores. Pero gracias a la extensa reputación que adquirió rápidamente el aceite y el vino itálicos, tuvieron la oportunidad, de la que se aprovecharon, de vender estos productos a la población delia y probablemente a otras ciudades de Grecia, pagando con el producto alguna parte al menos de sus grandes gastos en esclavos y productos de lujo. Los itálicos, además de ser buenos mercaderes, fueron los principales banqueros en Delos, como lo eran también en Alejandría y en toda Grecia. Éste no era un fenómeno nuevo en la historia de la isla. Allí había muchos banqueros, la mayor parte sicilianos e itálicos del Sur en la época de su independencia, y la profesión de banquero era ahora aún más importante en el período que estudiamos.

Ciertamente, no es un caso fortuito el que los banqueros mencionados en las inscripciones delias en el período después de 167 a. de J. C. sean todos itálicos. Tenemos noticias de un grupo de «banqueros en Delos» οἱ ἐν Δήλῳ τραπεζῖται o τραπεζιτεύοντες, de un rico banquero, Filóstrato, natural de Ascalón, pero ciudadano de Nápoles; de un Mareo Gerilano, ciudadano romano, y finalmente de un Marco Minacio que prestó dinero a los posidoniastas de Berito y fue altamente honrado por ello (64).

Ésta era la vida de los negocios en Delos. Fue la que poco a poco la transformó en una gran ciudad de 20.000 a 30.000 habitantes (65), con varios cientos de casas particulares, algunas adornadas con pinturas, mosaicos y esculturas, decenas de grandes hórreos y cientos de tiendas y talleres (66). Muchos habitantes se hicieron muy ricos. Parece natural que en Delos, como en otras partes, hubiese un grupo de gente muy rica que ejerciera gran influencia. Ya he citado ejemplos de esta gente rica en otras partes (67). Pero aunque rica, Delos no era un lugar atractivo ni un centro de actividad creadora. Los productos del arte y la industria local eran pobres; los de mejor calidad eran los

importados o hechos en la isla por artistas extranjeros (68). No conocemos ningún poeta, escritor, erudito o filósofo delio de la época que estudiamos. En este aspecto, compárese con el papel que Rodas desempeñó, a pesar de su empobrecimiento y humillación, en la vida artística e intelectual de Grecia.

Mientras los mercaderes y banqueros de Delos eran prósperos y algunos de ellos ricos, las clases más pobres probablemente llevaban una vida difícil. Pero mientras podemos sacar de las cuentas de los ἱεροποιοί alguna idea del nivel de vida que entonces predominaba entre los trabajadores manuales y profesionales, no tenemos información alguna sobre el tema para el período que ahora nos ocupa. Es probable que después de la evacuación de los delios el trabajo fuese en su mayor parte hecho por esclavos. Esto sería natural en un lugar como Delos, principal mercado de esclavos del mundo antiguo, y no debemos sorprendernos si en cierto momento (130 a. de J. C.) estos esclavos se levantaron contra sus amos. Pero había también un cierto número de pequeños tenderos, artesanos y similares, que eran libres o libertos. No estamos informados sobre su nivel de vida, pero probablemente era bajo.

Sabemos muy poco de las condiciones existentes en esta época en otras islas del Egeo. Sin embargo, no hay razón para dudar de que compartían la miseria o la prosperidad, como era el caso de la Grecia propiamente dicha y de la parte norte de la península balcánica o de Asia Menor, según su posición geográfica. Sin embargo, en un caso, el de la isla relativamente pequeña de PAROS, podemos hablar con más precisión y sacar de él una luz inesperada y muy necesaria sobre las condiciones materiales en otras partes del mundo egeo. Paros era famosa por su excelente mármol, que había tenido gran demanda en las épocas arcaica y clásica de Grecia. Por el uso de este mármol podemos suponer que su prosperidad fue aún grande a comienzos del período helenístico. Después siguió un período de rápida decadencia a fines del siglo III y principios del II a. de J. C. Esta depresión acabó a finales del siglo II y durante el I a. de J. C.; el mármol pario volvió a aparecer en el mercado, y con él las estatuas parias hechas por un grupo de escultores también parios, maestros muy famosos de su tiempo, entre ellos algunos italianos (los Cosucios). En el siglo I a. de J. C. se encuentran estatuas parias por todas partes. Aparecen en los centros griegos: en la misma Paros, en Delos, Melos, Creta, Amorgos, Tera. Pero su

boga fue mucho más amplia todavía: muchas estatuas parias han sido halladas en Italia (de Cosucio, Jenón, Sógenes). La popularidad de las estatuas parias y la gran demanda de mármol pario se ven por un análisis de las estatuas halladas en el barco naufragado en Anticitera, ya mencionado. Una de ellas es una réplica de una estatua del escultor rodio Antífanes, y es cierto que todas las demás son de mármol pario (69).

III. LAS MONARQUÍAS ORIENTALES

A) *ASIA MENOR*

Las relaciones políticas de Éumenes II de PÉRGAMO con los romanos después de la guerra de Perseo fueron algo parecidas a las de Rodas. Éumenes había perdido su prestigio político y ya no era apoyado por los romanos; realmente eran enemigos suyos y de sus designios políticos tácita y clandestinamente. Esto se hizo evidente durante la guerra gálata que estalló en 168 y duró hasta 166 a. de J. C., causando una horrible calamidad a Asia Menor. Sabemos poco de esta guerra, pero lo que sabemos demuestra que los romanos no hicieron el más mínimo esfuerzo por apoyar a Éumenes cuando se veía muy apurado al comienzo de las hostilidades; antes bien, animaron a sus enemigos. Era bien sabido en Asia Menor en esta época que si las ciudades griegas de Asia Menor se salvaron al final de los ataques y pillaje gálatas se debió enteramente a la inteligencia y valor del rey. No es sorprendente que después de esta guerra fuese aún más popular entre las ciudades griegas de Asia Menor de lo que había sido después de su primera guerra gálata (véase cap. V, página 696, nota 45). A este respecto, puedo mencionar que, en opinión de la mayoría de los modernos eruditos, fue Éumenes II quien por esta época dedicó el famoso altar a Zeus en conmemoración de su gran victoria sobre los gálatas. Esta gran pieza, aunque fría, de escultura decorativa celebra la victoria del espíritu y la civilización griegas, personificadas en los dioses griegos, sobre las fuerzas elementales de la barbarie, representadas por los gigantes. En distintos textos literarios e inscripciones hallamos referencias al terror gálico, mostrando que el terror que sintieron las ciudades griegas a comienzos de la guerra y su respiro después de su final, se basaba en una experiencia real,

en la terrible devastación de partes de Asia Menor por los galos. Sabemos que Amlada, Sardes e incluso Mileto fueron afectadas por la guerra (70).

Después de la muerte de Éumenes II las relaciones entre Roma y Pérgamo se hicieron cordiales una vez más, y se restableció una relativa tranquilidad en Asia Menor. Pero Pérgamo estaba aún expuesto a muchos peligros y eran precisos heroicos esfuerzos militares. Átalo II fue llamado dos veces en ayuda de los romanos, en la época de la revuelta de Andrisco y en la guerra aquea. En Asia Menor estalló una guerra seria poco después de la subida al trono de Átalo II, entre éste y Prusias II de Bitinia (156 a. de J. C.). Después de acabada, Prusias siguió hostil a Pérgamo, y finalmente, poco antes de ser destronado y muerto, empezó una nueva guerra. Durante la primera guerra el territorio de Pérgamo y muchas ciudades pergamenas estuvieron sujetos a una salvaje devastación. Incluso fueron robados y arrasados los templos. Probablemente en esta época fue cuando la populosa ciudad de Selge, de Pisidia, declaró la guerra al reino de Pérgamo (no conocemos el estado político de la ciudad ni las circunstancias que motivaron la guerra). El primer conflicto con Selge ocurrió durante el reinado de Éumenes II. La guerra volvió a estallar bajo Átalo II, quien envió a su sucesor y quizá corregente, el futuro Átalo III, contra los rebeldes y siguió poco después con el grueso del ejército. Esto podemos deducirlo de las breves referencias de Pompeyo Trogo-Justino (prólogo al libro XXXIV) y de las cartas de Átalo II a la ciudad de Amlada, recientemente publicadas. Relacionada con la primera guerra bitinia estuvo la ayuda dada por Átalo II a Ariarates V de Capadocia, que llevó a una guerra local contra Priene (155 a. de J. C.), guerra en la que el territorio de esa ciudad fue repetidas veces devastado. Los belicosos y semicivilizados vecinos de Pérgamo eran revoltosos. La cuestión gálata distaba de estar resuelta, y las hostilidades entre gálatas y pergamenos nunca cesaron, por lo que sabemos de la interesantísima correspondencia de Éumenes II y Átalo II con el sumo sacerdote de Pesinunte.

El mundo tracio vivía en estado de intranquilidad. Los tracios sentían amargamente la intervención extranjera, especialmente romana, en sus asuntos, como demostraron apoyando a Andrisco. Tampoco estaban dispuestos a tolerar el gobierno pergameno en el territorio quersonesio y tracio. Después de la

caída de Prusias II, Diegilis, poderoso caudillo de la tribu tracia de los caínos y suegro y aliado de Prusias II, lanzó un ataque sobre las ciudades pergamenas de Tracia. Muchas fueron cautivadas y destruidas, como, por ejemplo, Lisimaquia. Esto condujo a una peligrosa guerra que terminó con la completa victoria de Átalo II (véase pág. 851).

La situación política no cambió mucho después que Átalo III sucedió a Átalo II. Nuestra información es escasa, pero hay referencias casuales a una gran victoria de Átalo III en una dura guerra, de la que, por otra parte, no tenemos más noticias.

Los últimos atálidas no tenían libertad de acción en sus relaciones con sus rivales políticos y sus belicosos vecinos. Detrás de los atálidas estaban los romanos, y los atálidas actuaban prácticamente como vasallos y agentes de Roma, no como reyes independientes. La última carta (de Átalo III) en la correspondencia entre Pérgamo y Pesinunte aclara completamente la cuestión. Esta dependencia completa de Roma debilitó el prestigio de los atálidas y su autoridad dentro de su reino (71).

Pero esta situación política no afectó directamente a la prosperidad del reino atálida. Roma no impuso sanciones económicas a Pérgamo después de la guerra de Perseo. No se arrebató territorio alguno a Éumenes II, aunque se puso fin al crecimiento territorial de su reino. La política de Roma en Asia Menor en el siglo II a. de J. C. fue principalmente el mantenimiento del *statu quo* y un equilibrio de potencias. Por lo que hace a la administración de su reino, los atálidas siguieron siendo tan libres como habían sido, y llevaron adelante su política tradicional hacia sus súbditos y aliados. Así, por ejemplo, procedieron, quizá en mayor escala que antes, a la urbanización de su territorio, fundando colonias en áreas particularmente fértiles. Estas colonias eran al mismo tiempo fortalezas y establecimientos agrícolas y centros de vida helenizada, social y económicamente (72).

Tampoco hubo cambio alguno en el carácter de sus relaciones con las ciudades griegas fuera de su reino. Su actitud hacia ellas siguió siendo la misma. Como los demás reyes helenísticos de esta época, fueron grandes benefactores de los centros grandes y pequeños de cultura griega, como lo mostrarán algunos ejemplos: Átalo II obsequió a Atenas con una hermosa estoa; Éumenes II y Átalo II, en el último año del primero (160-159), hicieron pródigos regalos a Delfos, y Éumenes ofreció a Rodas un gran donativo de grano, que fue aceptado (véase pág. 861).

Ya he mencionado anteriormente el favor que estos reyes mostraron hacia Mileto. Durante la guerra gálata, Éumenes II asignó rentas especiales (πρόσοδοι) a la comunidad de los jonios (κοινὸν τῶν Ἰώνων) para sufragar el costo de la celebración de su onomástica (ἐπώνυμος ἡμέρα), y después Átalo II (poco antes o después de la muerte de Éumenes II) ofreció a la ciudad una suma de dinero que le permitiese comprar grano para distribuirlo entre sus ciudadanos. Los grandes honores tributados en Cos a Éumenes II y quizá a Átalo II son testimonio de los importantes beneficios conferidos por estos reyes a la isla. Se conoce uno de estos beneficios: una contribución de Éumenes II para la construcción del Asclepión. Hubo un regalo a Calauria (después de 170-159 a. de J. C.). Igualmente puedo recordar el préstamo hecho por Átalo I (?) a la ciudad de Quíos. Este método de ayudar a las ciudades fue adoptado no sólo por Átalo I, sino también, de una manera amplia, por sus sucesores. Los reyes helenísticos de este período fueron, sin duda, afortunados banqueros, predecesores y, por consiguiente, rivales de los *negotiatores* y *argentarii* romanos. Finalmente, fueron motivos de benevolencia y negocios juntamente los que movieron a Átalo II a invertir grandes sumas de dinero en la mejoría del puerto de Éfeso. Esta ciudad era en aquel tiempo la segunda capital del reino de Pérgamo y centro de su comercio cada vez mayor. Al mejorar su puerto, Átalo II trataba de prestar un servicio tanto a la ciudad como al comercio del reino (73).

No hay duda de que los reinos de Pérgamo después de Pidna siguieran siendo tan ricos como lo habían sido antes. Hay un elocuente testimonio de esto en la historia de la ciudad de Pérgamo, que llegó a ser, bajo Éumenes II y después de éste, una de las capitales más brillantes del mundo helenístico, y en los pródigos regalos hechos por este rey y por Átalo II. Además debe recordarse lo escaso y fragmentario de nuestras fuentes. Igualmente permanecieron invariables las fuentes de su riqueza. Sus rentas probablemente procedían en su mayoría de una intensa explotación de los recursos del reino, que en gran medida pertenecían a los reyes o estaban intervenidos por ellos. También tenían los reyes los productos de los impuestos reales y el tributo pagado por los templos, ciudades sometidas y tribus súbditas del reino.

Además, hemos de tener presente que el comercio era una fuente inportante de riqueza para el reino de Pérgamo. Aunque

no tenemos información directa sobre el asunto, hay testimonio de ello en algunos hechos. He citado el gran interés que los últimos atálidas dedicaron a Éfeso y su puerto, y sus regalos a Mileto. Estos grandes centros de comercio internacional reunían mejores condiciones que la modesta Elea para la exportación de productos de la agricultura e industria pergamena: al mismo tiempo, Éfeso y Mileto fueron, con toda probabilidad, los puertos principales para la exportación de mercancías árabes e indias que los mercaderes sirios remitían por las grandes rutas comerciales de tierra atravesando la península anatolia. Ya he hablado (págs. 709 y sigs.) de estas relaciones mercantiles entre Siria y el reino pergameno. Están atestiguadas por distintos tesoros hallados en Siria, que constan casi exclusivamente de monedas internacionales anatólicas de plata (anteriormente descritas), así como de monedas aisladas del mismo tipo. El comercio entre Pérgamo y Siria se activó en los últimos años de Antioco III. Los tesoros de monedas demuestran que continuó y prosperó mientras duró la dinastía atálida. No es casualidad que Mosquión, el gran capitalista de Priene, fuese enviado como embajador a Siria y los nabateos (véase nota 71). Aunque Priene nunca fue una ciudad de importancia comercial, Mosquión pudo haber invertido dinero en el comercio sirio, cuyos centros más importantes, Éfeso y Mileto, eran vecinos de Priene. Pudo de este modo haber tenido amigos poderosos en la corte de los seléucidas y los reyes nabateos, que eran socios comerciales de los atálidas. Finalmente, podemos suponer que los regalos de los últimos atálidas a Rodas, Cos y Atenas no eran sólo gestos políticos destinados a demostrar el filohelenismo de los donantes, sino que tenían también fines económicos, pensados para mantener buenas relaciones con las principales ciudades comerciales del Egeo.

Naturalmente, la prosperidad de los reyes implicaba la de sus parientes, incluso lejanos, y la de los altos funcionarios de la corona. Mientras no exista información directa sobre el tema, las inscripciones mencionan el gran prestigio de que gozaban estas personas en el reino y sus beneficios a distintas ciudades (74). Igualmente era próspera la burguesía ciudadana en toda Asia Menor, como sabemos en relación con la revuelta de Aristónico. Los romanos hicieron onerosas demandas a las ciudades de la península, y éstas (es decir, la burguesía, sobre la que recaían las cargas) pudieron hacer frente a las peticiones,

aunque con quejas y a la fuerza. En todas las ciudades de Asia Menor, como se ve por las inscripciones relativas a esta guerra, había ricos ciudadanos dispuestos y capaces para ayudarlas en las dificultades temporales en que se vio metida como resultado de la guerra. Me refiero a hombres como Diodoro Pásparo de Pérgamo, Menas de Sesto, Macaón de Cícico, Mosquión y su hermano Atenópolis de Priene, y Posidonio de Bargilia. Cratón, el famoso flautista de Calcedonia, después ciudadano de Pérgamo y *persona grata* en la corte de Éumenes II y Átalo II, benefactor de los artistas dionisiacos de Jonia, es otro ejemplo de habitante rico y de conciencia cívica de Asia Menor. Sin duda, ganó su fortuna con su arte, pero este hecho en sí muestra que las ciudades de Asia Menor eran bastante ricas para pagar altos salarios a los músicos famosos (75).

Mientras la burguesía del reino pergameno y de Asia Menor en general era próspera y probablemente feliz, la situación de las clases trabajadoras era muy diferente. Hay razón para creer que la mayoría de los fundos de los reyes, templos y ciudades y ricos terratenientes eran cultivados por siervos y arrendatarios (en Oriente a veces es difícil distinguir entre éstos) y por esclavos. No tenemos información directa sobre el reino pergameno en particular, pero la estructura social y económica de Asia Menor en general a principios y finales de la época helenística era como se ha descrito. La ciudad de Priene puede considerarse como un ejemplo. Los ciudadanos más distinguidos eran terratenientes, y sus fincas (κτήματα) eran cultivadas, al menos en parte, por esclavos. Larico, hacia 282-262 a. de J. C., era uno de estos propietarios, y lo mismo, más tarde, Atenópolis y Mosquión (véase anteriormente). Es difícil explicar de otra manera los repetidos regalos y ventas de trigo que hacía Mosquión a la ciudad. También se cita a los esclavos como principal fuente de trabajo rústico en un documento fragmentario de hacia 155 antes de J. C. que trata de la guerra de Orofernes. Debe recordarse que tratamos de una época en la que las guerras y el rapto de personas por mar y tierra eran fenómenos diarios, y el tráfico de esclavos una de las más provechosas ramas del comercio. Además de los esclavos rurales, había gran número de esclavos urbanos, y quizá otros que trabajaban en las minas de propiedad real o particular (76).

Respecto a la situación de las tribus tracias y anatólicas semindependientes, tenemos poca información. Sin embargo, es

cierto que aborrecían la mano firme de los atálidas, quienes les impedían el pillaje de las ricas llanuras del reino pergameno y las obligaban a pagar tributo. Es muy probable que abundaran las expediciones de castigo contra ellos, las que suministrarían esclavos al mercado pergameno.

Cuanto más ricas y civilizadas se hacían las ciudades, tanto mayor era el conflicto entre las clases trabajadoras y el gobierno, que gozaba en general del apoyo de la burguesía. Hay fundamento para creer que durante el gobierno de Átalo III la situación pudo haber sido tensa y la clase trabajadora revuelta. Esto explicaría en parte la decisión de Átalo III de legar su reino a Roma, y las medidas tomadas por la ciudad de Pérgamo para ganarse a las masas inmediatamente después que la decisión se divulgó*. La rebelión de Aristónico fue el resultado natural de esta situación: un régimen se desintegraba y otro no había sido establecido aún; el intervalo dio una excelente oportunidad para protestar contra las condiciones sociales y económicas presentes. Como el levantamiento de Andrisco y últimos pretendientes al trono macedónico, y de Saumaco en el Bósforo, como las revueltas de los indígenas en Egipto, de los esclavos en Sicilia e Italia, en Delos y Atenas, la rebelión de Aristónico fue un estallido del descontento reinante entre las masas del pueblo, y principalmente una protesta contra el orden social y económico existente, más que una expresión de sentido nacional o religioso (77).

La guerra que originó ha sido relatada muchas veces, y no es éste el lugar adecuado para exponerla con pormenor (78). Sin embargo, puedo insistir en algunos puntos interesantes. El relato de Estrabón muestra que Aristónico, en los primeros días de la revolución, trató de ser reconocido como heredero legítimo de Átalo III y ganar el apoyo de las ciudades del reino, que habían sido siempre los principales pilares del gobierno atálida. En consecuencia, su primer acto probablemente fue apoderarse de parte de la marina real (quizá estacionada en Leuce) y con su ayuda ocupar las principales bases marítimas del reino: Elea y Éfeso. Sin embargo, la mayor parte de las ciudades le negaron su apoyo. La flota efesia, que era probablemente otro escuadrón de la marina real, encontró a sus barcos en Cime y los derrotó. Los motivos que llevaron a estas ciudades a repudiar a Aristónico son desconocidos. Quizá emprendiese Aristónico una propaganda sub-

---

* *O. G. I.*, 338.

versiva entre las clases bajas; o las ciudades tuvieron miedo de la intervención romana (79).

En todo caso, Aristónico fracasó en su intento de alcanzar el reconocimiento de las ciudades como legítimo heredero. Se dio cuenta de que la burguesía estaba contra él. De hecho, numerosas inscripciones muestran que la mayoría de las ciudades del reino permanecía fiel a los romanos. Según parece, sólo hubo tres excepciones, Cime, Focea y Pérgamo. Parece que en Pérgamo un grupo hizo un esfuerzo por ganar la ciudad para Aristónico, esfuerzo que fue aplastado por las enérgicas medidas de Mitrídates del Ponto (80).

El fracaso de Aristónico en su aventura naval y la hostilidad de las ciudades transformaron una guerra de independencia, tal como fue probablemente esta rebelión al principio, en una guerra de los «oprimidos» contra los opresores, guerra del campo contra las ciudades, de esclavos y siervos contra sus amos. Este carácter de la guerra fue bien notorio para los contemporáneos, y ello es destacado en nuestra escasa tradición literaria (véase nota 76).

La mayor parte de los eruditos modernos creen que Aristónico se inspiró en ciertas teorías sociales y políticas semifilosóficas expuestas en utopías, tales como la novela de Evémero y *El Estado solar* de Yámbulo, que sin duda alcanzaron una gran difusión en la época helenística, o que adoptó dichas teorías con fines de propaganda. Esta creencia está basada en el hecho de hallarse en el campo de Aristónico el filósofo estoico Blosio de Cumas, consejero de Tiberio Graco, y en el nombre de *heliopolitas* que Aristónico dio a sus partidarios. El testimonio es de poca fuerza. La utopía de Yámbulo no es estoica, y Blosio no puede ser tenido por responsable del uso que de ella hiciera Aristónico. Blosio pudo haberse unido a Aristónico con la esperanza de influir posteriormente sobre él en el momento en que el vencedor se dispusiera a organizar su Estado según nuevos principios. Por otro lado, el nombre de heliopolitas puede igualmente relacionarse con la creencia oriental en el Gran Sol, el dios supremo del henoteísmo solar oriental, dios de la justicia (Ἥλιος Δικαιοσύνης) y protector de los que sufren injusticias. En todo caso, estuviese o no relacionado con la Heliópolis de Yámbulo, Aristónico prometió, sin duda, a sus seguidores toda clase de bendiciones y una vida feliz bajo su gobierno. Lo más importante de su propaganda probablemente está en el aspecto religioso, no filosófico, de su nuevo Estado de Justicia (81).

Comoquiera que fuere, la guerra de Aristónico duró tres años completos (132 a 129 a. de J. C.), y aún continuaba después de las grandes victorias de Perperna y la captura de Aristónico en algún lugar de Asia Menor, probablemente cerca de Estratonicea de Caria*[1]. La guerra fue una gran calamidad, porque se extendió a lo largo y a lo ancho, aunque no todas las partes de Asia Menor fueron afectadas por ella. Las inscripciones de Mosquión y Herodes de Priene, aunque discursivas, no mencionan que la guerra afectase al bienestar de Priene. Pero Caria estaba en llamas y las ciudades de las provincias tracias se hallaban en gran peligro. No hay duda de que los tracios tomaron una parte activa en las operaciones, y lo mismo hicieron algunas tribus montañesas en sus fortalezas y refugios, como, por ejemplo, los habitantes de Misia Abbaitis*[2].

No tenemos descripciones minuciosas de la guerra parecidas a las que Diodoro hizo de las guerras de esclavos de Sicilia. Sin embargo, es evidente, dado el carácter de la guerra, que fue cruel, sangrienta y ruinosa, una lucha por la vida por parte de la burguesía de Asia Menor, y un gran peligro para las monarquías vecinas. Aunque Aristónico sólo tomó unas cuantas ciudades, los territorios rurales de muchas de ellas fueron devastados, quemadas las granjas, exterminado el ganando, etc. (inscripción de Sesto). Por otro lado los romanos, que no tenían ningún ejército en la vecindad del reino pergameno (el pequeño ejército macedónico estaba ocupado luchando contra los tracios*[3]), trataron al principio de suprimir la revuelta empleando los recursos militares de las ciudades de Asia Menor. Las fuerzas militares de las ciudades y de los reyes aliados fueron movilizadas. Cuando éstas se mostraron incapaces y apareció en Asia el ejército romano, las tropas aliadas (σύμμαχοι) fueron mantenidas sobre las armas y se organizaron en gran escala levas obligatorias (ἀνδρολημψίαι)*[4]. Este servicio militar obligatorio fue una carga pesadísima para las ciudades y causa de amargas quejas*[5].

---

*[1] Inscripciones de Bargilia y Estratonicea.

*[2] Inscripciones de Bargilia.

*[3] Véanse las inscripciones de Cícico y Sesto.

*[4] Esto es mencionado con frecuencia en las inscripciones referentes a la guerra (Pérgamo, Cícico, Halicarnaso, Bargilia); Halicarnaso tuvo que tripular un barco. Por supuesto, ἀνδρολημψία puede significar también «tomar rehenes».

*[5] Inscripciones de Pérgamo y Bargilia.

Debe recordarse que aunque los reyes pergamenos reclutaban el personal para su marina entre los habitantes de sus ciudades, y para este fin daban un carácter militar más de lo corriente a la instrucción de los efebos y *neoi* en los gimnasios, el ejército pergameno, sin embargo, estaba formado, en su mayoría, por mercenarios, y la mayor parte de los ciudadanos jóvenes no estaban acostumbrados al servicio militar.

Además, el ejército romano, cuando apareció en Asia Menor, vivió a expensas de las ciudades, y en ellas estableció sus cuarteles generales y de invierno. Esto suponía una pesada carga para las ciudades, arruinadas como estaban por la rebelión. Constantemente se exigían requisas y contribuciones obligatorias extraordinarias (εἰσφοραί) (Pérgamo, Metimna) (82).

El lamentable estado de las ciudades de Asia Menor durante la guerra de Aristónico puede ilustrarse con unos cuantos hechos tomados de las inscripciones anteriormente mencionadas. En Pérgamo los negocios estaban desorganizados por las levas obligatorias (o por las tomas de rehenes, ἀνδρολῃψίαι), por los gastos del mantenimiento de destacamentos de σύμμαχοι, y por el empleo de la ciudad como cuartel de invierno (παραχειμασίαι) para las tropas. Diodoro Pásparo, en una embajada a Roma, consiguió algún alivio para la ciudad. Se la eximió de más levas obligatorias y de dar cuarteles de invierno; no hubo más contribuciones obligatorias (ἐπιταγαὶ ἐκτὸς τῶν φόρων ἐπιτασσόμεναι). Dado que muchos ciudadanos estaban completamente arruinados y muchos otros habían perdido sus propiedades (βίοι), y todos sufrían severamente del alto precio de interés sobre los préstamos, contraídos quizá con prestamistas romanos y probablemente con el fin de pagar las contribuciones obligatorias, se rebajó el tipo de interés (ἐλαφροτοκία). Se anularon los contratos hechos a la fuerza y con carácter ficticio (κεναί). Se entregaron a la ciudad las fincas confiscadas a los rebeldes vivos o muertos. Esta lista de concesiones obtenidas por Diodoro muestra la difícil situación en que los ciudadanos acomodados de Pérgamo se vieron durante la revuelta. En Metimna los *neoi*, hijos de los vecinos, vinieron en ayuda de la ciudad suscribiendo para su servicio «dinero no recuperable» (χρήματα ἀναπαίτητα) en cantidad de 3.100 estáteros. La difícil situación financiera de la ciudad se atribuye en el decreto de los *neoi* a las continuas malas cosechas, que hicieron necesarias grandes suscripciones para la compra de grano, y a los εἰσφορά, impuestos para sufragar los

«enormes gastos» relacionados con la guerra asiática de Roma, amiga y aliada de Metimna.

Puede citarse un pasaje de la descripción elocuente e ilustradora de la situación de Sesto en esta época, contenida en el decreto de esta ciudad en honor de Menas. Dice así (líns. 53 y sigs.): «Elevado (por la ciudad) al cargo de gimnasiarca por segunda vez, cumplió sus deberes en época difícil. Durante muchos años estuvimos todos duramente oprimidos por las incursiones de los tracios y las guerras que rondaban la ciudad, guerras durante las cuales se robaba todo de los campos, y la mayor parte de la tierra estaba sin sembrar.» Las malas cosechas ocasionadas redujeron a la ciudad y a los ciudadanos a la pobreza, y entre ellos el mismo Menas estaba en muy mala situación. Sin duda, la guerra fue una dura calamidad para Asia Menor, y cuando pasó, el país sintió un gran alivio.

Después de la revolución de Aristónico, el reino pergameno se transformó en provincia romana, designada con el ambicioso nombre de Asia. Tenemos pocos medios para conocer si la dominación romana entonces establecida cambió el aspecto económico de Asia tal como lo hemos descrito anteriormente. Los textos literarios referentes a esta época son escasos, y las inscripciones pocas y la mayoría fragmentarias. Del contenido de la última voluntad y testamento de Átalo III se sabe poco, excepto que hizo a Pérgamo ciudad libre y le asignó un territorio (πολιτικὴ χώρα), y que sus órdenes fueron confirmadas por el Senado romano. En calidad de ciudad libre, el *demos* de Pérgamo, antes de que el testamento fuese aceptado por el gobierno romano, votó algunas medidas que afectaban a distintas clases de la población de la ciudad y su territorio. No sabemos si estas medidas se adoptaron en conformidad con los deseos de Átalo III expresados en su testamento, o fueron medidas de emergencia dictadas por la situación política y social. Parece que no fueron canceladas por el gobierno romano. En todo caso, se referían exclusivamente a la ciudad y territorio de Pérgamo (83).

No se sabe mucho más de la organización de la nueva provincia de Asia después de su anexión, ni posteriormente, en 129 antes de J. C., pasada la revolución de Aristónico (84). Los únicos datos positivos que poseemos, además de las inscripciones ya citadas que atestiguan la aceptación por parte de los romanos de la organización de su nueva provincia tal como había sido organizada por los reyes pergamenos, están contenidos en el famoso discurso de

Antonio citado por Apiano*. Este discurso fue pronunciado en Éfeso ante las embajadas de «los griegos (es decir, las ciudades griegas) y otros pueblos (ἔθνη) que habitaban Asia alrededor de Pérgamo». Según el párrafo introductorio de este discurso, los romanos después de la muerte de Átalo III perdonaron a la nueva provincia todos los impuestos que pagaban antiguamente a los atálidas. Pero esta exención, dice, no duró mucho tiempo. Muy pronto algunos agitadores populares de Roma (alude, por supuesto, a Cayo Graco) aplicaron impuestos al Asia. Sin embargo, insiste Antonio, los nuevos impuestos eran muy liberales. Los nuevos φόροι no eran impuestos por amillaramiento (πρὸς τιμήματα), sino como una *pars quota* de la cosecha (por lo que claramente quiere significar la décuma). La décuma mencionada por Antonio es bien conocida. El nuevo impuesto, según Cicerón, lo recaudaban las *societates publicanorum* romanas de acuerdo con las regulaciones contenidas en una ley especial, la *lex Sempronia* de Cayo Graco. Estudiaré este impuesto y su historia con gran pormenor más adelante y en el próximo capítulo.

El juicio de Antonio, tal como nos lo da Apiano, presenta muchas dificultades. ¿Podemos aceptarlo por completo? Cuando habla de la exención temporal de Asia, ¿se refiere al tiempo inmediatamente después de la muerte de Átalo III, o a la reorganización de la provincia después de 129 a. de J. C.? ¿Es un hecho que toda la provincia estuviese durante algún tiempo completamente exenta de impuestos? ¿O dado que Antonio se dirige especialmente a los griegos, aunque hable ante representantes de toda el Asia, esta exención se restringía sólo a las ciudades griegas, y el resto de la provincia estaba sujeto a impuestos? ¿Se refería Antonio solamente al impuesto rústico, o también a otros impuestos, especialmente a los derechos de aduanas *(portoria)* y al impuesto sobre el ganado *(scriptura)* aplicado a la provincia más tarde? Finalmente, ¿podemos deducir del discurso de Antonio, y de las palabras de Cicerón anteriormente citadas, que antes de la época de Cayo Graco no actuaban en la provincia las *societates publicanorum?*

No tenemos medios de decidir sobre estas cuestiones. Sin embargo, queda alguna duda sobre la exactitud de lo que nos dice Apiano, por dos inscripciones contemporáneas que se refieren a las condiciones de Pérgamo y su *chora* en la época inmedia-

---

* *B. C.*, V, 4 y sigs.

tamente después de la guerra de Aristónico. La primera es la famosa inscripción de Pásparo ya citada (nota 80 y pág. 887). En ella se mencionan los *phoroi* regulares que la ciudad de Pérgamo pagaba durante la guerra de Aristónico y después de ella. Esto sugiere que la ciudad de Pérgamo era libre, pero no exenta (ἀφορολόγητος), e implica que las demás ciudades de Asia estaban en la misma situación. La segunda inscripción es el conocido fragmento del senadoconsulto y decreto del pretor y su consejo hallado en Adramitio y recientemente suplementado por otro fragmento aparecido en Esmirna. El Senado y el pretor se ocupaban de una disputa entre Pérgamo y los publicanos, que se refería a la *chora* de Pérgamo. El asunto exacto de esta disputa es desconocido. Puede haberse referido a la exención de toda la *chora* de Pérgamo o sólo parte de ella, por ejemplo, la tierra poseída por un templo. En todo caso, la disputa hace muy probable que en 129 a. de J. C. (que es casi con certeza la fecha del documento) los censores aplicaran impuestos en la nueva provincia de Asia y los recaudaran los publicanos* (86).

Este testimonio hace dudosa la afirmación de Apiano y sugiere que la provincia de Asia no estuvo nunca exenta de impuestos (incluso ni entre la muerte de Átalo y 129 a. de J. C.), ni lo estuvieron las ciudades de la provincia, por no hablar de las partes de la provincia no organizadas como ciudades, y que la aparición de los publicanos en la provincia no ocurrió hasta la época de Cayo Graco.

Cualquiera que fuere la situación antes de Cayo Graco, el discurso de Antonio, tal como lo refiere Apiano, implica que Cayo Graco realizó una importante reforma en el campo de los impuestos. Parece haber simplificado considerablemente el sistema fiscal atálida. Podemos conjeturar que se abolieron la mayor parte de los monopolios e impuestos reales. El principal impuesto recaudado por los romanos era un impuesto territorial general, la décuma. Además de éste, según testimonios posteriores que estudiaremos más adelante y en el próximo capítulo, en Asia el Estado romano sólo aplicaba dos impuestos generales, recaudados, como la décuma, por los publicanos romanos: los impuestos de aduanas *(portoria)* y el impuesto sobre el ganado *(scriptura)*, que los dos habían sido antes impuestos reales.

---

* Líneas 14 y sigs.: [ἄρχοντες ἡμέτεροι οἳ τῇ Ἀσίᾳ | προσόδους ἐπιτιθῶσι ἢ τὰς] τῆς Ἀσίας προσόδους μι[σθῶσι].

Sin duda, estos impuestos los pagaban después de la época de Cayo Graco las ciudades del antiguo reino atálida, quizá con algunas excepciones (posiblemente Pérgamo). Sabemos menos de la situación fiscal de aquellas partes de la nueva provincia que no tenían estatuto jurídico de ciudad, es decir, templos, tribus semindependientes y, lo que no es menos importante, los grandes distritos llenos de pueblos habitados por miles de paisanos, *laoi* en la antigua terminología, que cultivaban el suelo y estaban vinculados a sus respectivos pueblos.

De los templos y tribus hablaré ahora, después de tratar brevemente de los pueblos que no pertenecían a territorios urbanos ni de templos. En la época helenística, esta parte de la provincia se llamaba *chora* o *chora basiliké*. Lo que quieren decir exactamente estos dos términos es discutible e incierto, y ya se ha discutido anteriormente. Según una teoría, toda la *chora* era considerada por los reyes como propiedad suya, y por esto llamada *chora basiliké*. Según otra opinión, el término *chora* no es equivalente al de *chora basiliké,* sino que el primero denota el campo abierto del reino en general, la tierra que no estaba en manos de ciudades, templos y tribus, mientras que el segundo se aplicaba sólo a la parte que formaba los fundos privados de los reyes. En general, era más o menos la misma distinción que existía en las provincias romanas: *ager publicus* y *ager stipendiarius*.

Ahora bien: adoptemos una u otra opinión, el problema se nos plantea en este capítulo de la siguiente manera: ¿Cómo trató la administración romana a la *chora* (y a la *chora basiliké,* si es que hay diferencia) y a los cultivadores de ellas? Los *laoi* de la *chora,* incluso si aceptamos el punto de vista de que sólo una parte de ellos eran *laoi basilikoi,* indudablemente pagaban ciertas rentas o tributos a los reyes por el derecho a cultivar la tierra. ¿Fueron estos tributos reemplazados ahora por la décuma mencionada por Antonio? No tenemos información directa sobre este punto.

La solución del problema antes planteado sería más fácil si conociéramos el estatuto legal en la provincia romana de Asia de lo que había sido antiguamente la *chora.* ¿Era el del *ager publicus,* o el del *ager stipendiarius?* ¿O el estatuto legal de la propiedad real era el del *ager publicus,* y el del resto de la *chora* el del *ager stipendiarius*? Porque puede pensarse que hubo una diferencia sustancial en el estatuto legal y económico de los

cultivadores de la tierra según se aplicase uno u otro término legal a esa tierra. Como cultivadores del *ager publicus,* los antiguos *laoi* pudieron haber conservado su antigua posición social y económica, la de arrendatarios y *adscripti vicis;* como arrendatarios de *ager stipendiarius,* pudieron haber sido tratados como poseedores de sus parcelas de tierra, obligados a pagar no una renta, sino un impuesto, quizá la misma décuma que sin duda pagaban los propietarios en los territorios de las ciudades.

Por desgracia, no poseemos testimonios fidedignos sobre este punto. En su *De lege agraria,* Cicerón habla en términos legales de la disposición de los territorios de ciudades y reinos de la época helenística. Ya hemos visto que, según él, parte del territorio aqueo fue transformado en *ager vectigalis* después de la guerra aquea, es decir, en *ager publicus populi romani.* Los territorios de algunas ciudades de Asia Menor y de Mitilene fueron tratados de la misma manera. Al hablar en esta ocasión de Bitinia (véase cap. VII, nota 65), afirma positivamente que todo aquel reino fue declarado propiedad pública del pueblo romano, y dice un poco después que los *agri regii* de Bitinia fueron alquilados a los publicanos. También menciona que los *regii agri* del Ponto, Paflagonia y Capadocia, los *agri attalici* del Quersoneso, y la tierra del rey Apión en Cirenaica, igualmente fueron transformados en *ager publicus populi romani* (87).

En una obra anterior di mi opinión, fundada en pasajes antes aducidos, de que, dado que en la terminología helenística antigua, *chora basiliké* me parece equivalente a *chora,* esta *chora basiliké* del antiguo reino pergameno se hizo en época romana *ager publicus,* igual que ocurrió a esta tierra en otras provincias en fecha anterior y posterior. De esto concluí que la situación de los *laoi* en las provincias romanas de Asia Menor siguió siendo la misma. Otros eruditos se inclinan a sospechar que la *chora* de la época helenística, excepto los dominios particulares de los reyes, fue considerada por los romanos *ager stipendiarius,* y que, en consecuencia, la mayor parte de los antiguos tenedores y *adscripti vicis* de las provincias asiáticas de Roma fueron hechos *possessores* de sus lotes de tierra, obligados al pago de la décuma, y así dejaron de ser *adscripti vicis.* En su opinión, los antiguos fundos de los reyes pergamenos se transformaron en *ager publicus,* que, sin embargo, desaparecieron muy pronto como por arte de magia.

El problema del trato que recibió la *chora* atálida en la época romana no puede resolverse con certeza. Los testimonios contemporáneos son demasiados escasos, mientras que los textos posteriores son susceptibles de distintas interpretaciones. Personalmente considero mi interpretación de los hechos no menos probable que la de mis oponentes (88).

Además de las ciudades y sus territorios y la *chora* con sus pueblos, había en Asia Menor muchos templos de distintos tipos. Algunos estaban relacionados con ciudades, otros fueron tratados por los seléucidas, y después por los reyes de Pérgamo, como territorio aparte, parecidos a las ciudades y pueblos. La tierra de los templos era a veces muy extensa. Sabemos muy poco de la historia de estos templos en la primera época romana. Algunos templos en territorios de ciudades gozaron de inmunidad otorgada por los antiguos amos de Asia Menor, y en muchos casos reconocida por el gobierno romano. Sabemos que los publicanos trataron repetidas veces de dificultar esta inmunidad con distintos pretextos. En algunos casos, los esfuerzos de las ciudades por salvar de los publicanos la tierra del templo de sus territorios fueron apoyados por el gobierno romano (89).

Se conoce muy poco de los estados-templos del antiguo reino atálida en la época romana. En el Ponto, Capadocia y Cilicia, su estatuto permaneció en muchos casos inalterado, y podemos deducir (aunque sea pura hipótesis) que los romanos siguieron la misma política en su provincia de Asia (90).

No hay testimonios que demuestren si aún existían en Asia Menor poseedores o arrendatarios de fundos que incluían uno o muchos pueblos y no pertenecían a territorios urbanos, además de los propietarios de tierra en los territorios ciudadanos, que siendo partidarios decididos de los romanos, no fueron, sin duda, molestados por el gobierno romano. Átalo III fue duro con sus parientes y los ricos miembros de la aristocracia pergamena: tenemos noticia de sus asesinatos y confiscaciones. Es muy posible que estos terratenientes desaparecieran prácticamente bajo el régimen romano (91).

Prácticamente, no conocemos nada sobre el estado jurídico de las tribus semindependientes bajo la república romana.

Igualmente carecemos de información sobre el destino que se dio a otras fuentes de riquezas de los atálidas anteriormente especificadas. Las minas, canteras, bosques y lagos pasaron, con toda probabilidad, a ser propiedad del pueblo romano. A veces

descubrimos alguna noticia de que bajo los romanos las salinas estaban en manos de los publicanos*, lo que puede significar que otras posesiones de los reyes fueron tratadas de la misma manera. No sabemos nada de los rebaños y yeguadas reales; ni conocemos el destino de las distintas factorías reales. Las *vestes attalicae* y los famosos *aulaea* conservaron su antigua reputación, y lo mismo el pergamino. Es todo lo que se sabe del tema, y no podemos decir si las factorías reales pasaron a posesión de la ciudad de Pérgamo o si el trabajo que antes hacían los esclavos reales fue continuado por artesanos particulares (92).

Los publicanos no eran un elemento nuevo en la vida económica del reino pergameno. Desempeñaron un papel importante en la administración de la provincia. Suscribían contratos con los censores romanos para la recaudación de los impuestos del Estado: la décuma, de que hablé; la *scriptura,* impuesto general sobre el ganado, quizá por el uso de la tierra de pastos que pertenecía al pueblo romano, y el *portorium,* los derechos de aduana en las fronteras terrestres y los puertos. Además, ya he mencionado que pudieron haber recaudado las rentas de los cultivadores que labraban el *ager publicus* y pudieron haber administrado el resto de la propiedad estatal en la provincia.

De sus operaciones antes de la época de Sila sabemos muy poco. Toda nuestra información, aun respecto a los impuestos que arrendaban, es de fecha posterior. No tenemos conocimiento exacto sobre sus relaciones con los distintos tipos de ciudades en la provincia, o sobre su método de recaudación de impuestos en esta época. Hablaré del período siguiente en el próximo capítulo

Los «romanos», los *negotiatores* itálicos, no eran desconocidos en las ciudades pergamenas. Sabemos de un grupo de éstos en Pérgamo y de otros en otras ciudades. Con el establecimiento de la provincia romana, su número creció, sin duda, rápidamente. Se les añadieron los publicanos y sus numerosos subordinados (93).

Si solamente tuviéramos los testimonios epigráficos, no podríamos formarnos siquiera una idea aproximada del número de «romanos» publicanos y *negotiatores* en Asia. Hay muy pocas referencias a estas dos clases, relativas a la época anterior a Sila. Por ello nos sorprende saber que por orden de Mitrídates

* Cicerón, *De imp. Pomp.*, 6, 16; la lectura *salinis* es corrección de *saltibus.*

se asesinó a 80.000 romanos en Asia, y que otros muchos pudieron escapar. Las cifras son fidedignas y proceden, en una u otra forma, de fuentes oficiales, aunque por alguna razón puedan haber exagerado la magnitud de la catástrofe.

El carácter mismo de los negocios de los publicanos, sus esfuerzos en extender el ámbito de sus operaciones entrando en territorios exentos de la décuma, su deseo natural de invertir su dinero en la explotación de los recursos naturales del país en competencia con los indígenas, y finalmente el apoyo que recibían de los gobernadores y administradores subalternos de la provincia, cuando sus intereses pugnaban con los de la población indígena, no podían dejar de suscitar la indignación y celos de todas las clases de la población. Esta indignación estaba justificada. Sin duda alguna, los publicanos eran unos recaudadores duros y unos peligrosos rivales sin escrúpulos en los negocios. A menudo faltos de honradez y probablemente siempre crueles. Todo esto era conocido en Roma y llevó a conflictos agudos entre los équites y la aristocracia gobernante. Baste recordar el caso de Rutilio Rufo, cuya residencia en Asia distó mucho de estar sin complicaciones y que conocía por experiencia la actitud de su población (94). Podemos suponer que los *negotiatores* no eran mejores, porque estaban, con toda probabilidad, relacionados con los publicanos y gozaban de ciertos privilegios que hacía difícil para los mercaderes y terratenientes indígenas competir con ellos (95).

Sin embargo, sería injusto decir que los publicanos del período anterior a Sila arruinaron el país, especialmente a la burguesía. Los testimonios que tenemos no apoyan este punto de vista. A finales del siglo II y principios del I había en Asia Menor muchos hombres ricos que estaban dispuestos a hacer generosas donaciones a sus ciudades. Ya he citado algunos ejemplos de éstos. Otros ejemplos típicos han sido perpetuados en los «muros honorarios» (los pequeños muros oriental y occidental) del pórtico de Orofernes o pórtico «sagrado» de Priene. Una larga serie de decretos de agradecimiento cubren los dos muros. Empiezan hacia el año 130 a. de J. C. y acaban hacia el 50 a. de J. C. Encontramos miembros de familias ricas y de espíritu cívico de Priene; hombres que actuaron durante la revolución de Aristónico y antes de ella, hombres que después defendieron los privilegios de la ciudad contra los publicanos y hombres que habían vivido bajo los terrores de la guerra mitridática. Sin embargo,

todos éstos, a pesar de la difícil situación, demostraron estar dispuestos a ayudar a la ciudad. Es significativo que la serie no termine en los días de Mitrídates o Sila, sino en los de César, esto es, en la última fase de las guerras civiles de Roma. Sin embargo, es posible que esto sea mera casualidad y que se escogiese otro edificio público para perpetuar los decretos en honor de los benefactores posteriores, lo mismo que el pórtico de Orofernes sucedió al gran templo de Atenea (96).

Ahora bien: Priene era una ciudad pequeña y no muy rica. Otras ciudades mayores y más ricas de Asia Menor tenían grupos similares de familias ricas e influyentes. Estas familias no habían perdido completamente su confianza en el gobierno romano. Hemos visto cómo lucharon encarnizadamente para defender los intereses de sus ciudades contra los publicanos, y sabemos con qué fervor alabaron y honraron a los magistrados romanos que las apoyaron en su lucha y les prestaron su apoyo. Sólo tengo que referirme a los juegos celebrados en toda Asia Menor en honor de Mucio Escévola, y al gran honor en que las ciudades de este país tuvieron a Rutilio Rufo, la víctima de los publicanos. Puedo también mencionar el culto de Servilio Isáurico, el procónsul de Asia en los días de César (46 a 44 a. de J. C.) y eterno enemigo de los publicanos, culto del que hay testimonio en muchas inscripciones (97).

Puede uno formarse una idea de la riqueza e influencia de algunos miembros de la burguesía de Asia Menor por la conocida inscripción encontrada en Nisa de Caria*[1]. Es un decreto de la ciudad en honor de uno de sus ciudadanos más ricos, QUEREMÓN, hijo de Pitodoro, cuya riqueza fue adquirida probablemente en la explotación de los grandes fundos que poseía en el territorio de Nisa y probablemente de Trales, ciudad a la que su hijo Pitodoro emigró después. Los descendientes de Queremón desempeñaron un papel muy importante en la historia del imperio romano en el siglo I a. de J. C. y más tarde*[2]. Queremón era un acérrimo enemigo de Mitrídates y un declarado partidario de los romanos. La lista de sus servicios empieza con una carta de Cayo Casio, a quien en 88 a. de J. C. ofreció un donativo para el ejército de 60.000 modios de harina de trigo ([ἀλ]εύρων

---

*[1] *S. I. G.*,[3] 741.

*[2] Estrabón, XIV, 1, 42, pág. 649, nos cuenta la historia de la familia.

μοδίους ἑξακισμυρί[ους]). Siguen dos cartas de Mitrídates dirigidas contra Queremón y sus hijos y su actividad prorromana. Las propiedades de PITODORO, hijo de Queremón, heredadas de su padre, las estima Estrabón en más de 2.000 talentos. Fueron confiscadas por César (Pitodoro era amigo de Pompeyo), pero fueron de nuevo compradas por Pitodoro y dejadas intactas a sus hijos. Pitodoro se casó con una hija de Antonio. Fruto de este matrimonio fue la famosa Pitodoris, reina del Ponto.

Familias tan ricas y poderosas como la de Queremón y Pitodoro de Nisa, lejos de ser raras, son más bien características de Asia Menor y de las islas más ricas. Son conocidas por documentos y textos literarios (particularmente Estrabón) del siglo I antes de J. C. y especialmente de la época de César, pero sin duda florecían en sus respectivas ciudades mucho antes de esta fecha. Pueden citarse unos cuantos ejemplos.

Una figura interesante es MITRÍDATES DE PÉRGAMO, hijo de Menodoto, ciudadano de Pérgamo, y de la princesa gálata Adobogiona, hija del tetrarca gálata Deyotaro. Se consideraba hijo de Mitrídates el Grande y recibió su educación militar en el campamento del rey. Como ciudadano de Pérgamo, prestó grandes servicios a su ciudad. Por Cicerón sabemos que en 62 antes de J. C. Mitrídates fue a Roma, como portador de un psefisma de Pérgamo, para comparecer en el proceso contra el cliente de Cicerón Valerio Flaco, antiguo gobernador de Asia. Cicerón habla de un pródigo banquete dado por Mitrídates a los ciudadanos de Pérgamo antes de que se votase el psefisma, y de su gran influencia política en la ciudad. En Roma, Mitrídates fue el enemigo más peligroso de Valerio Flaco y el testigo más importante contra él. Mitrídates creía que su vida estaba en peligro, y paseaba por Roma con coraza. Probablemente actuaba no sólo por su propia cuenta, sino en interés de sus influyentes amigos romanos, enemigos de Valerio y de su grupo. En Asia Menor, Mitrídates tuvo una carrera brillante. Su embajada a Roma no fue la última. Intervino allí repetidas veces en favor de su ciudad. Su influencia en Roma fue especialmente grande durante el gobierno de Julio César, de quien fue siempre abierto partidario. Es bien sabido que Mitrídates, a la cabeza de un ejército, acudió a rescatar a César cuando éste se hallaba sitiado en Alejandría, y que fue recompensado por su ayuda por el eminente dictador. Por sus grandes servicios a su ciudad natal, Mitrídates fue muy honrado por ella. Aún conservamos muchas

inscripciones que hablan de sus servicios y de los honores que le otorgó Pérgamo. En una de estas inscripciones se le califica de νέος κτίστης de la ciudad, después de Pérgamo y Filetero. No hay duda de que Mitrídates era un hombre rico. Adobogiona no se habría casado con Menodoto si no hubiera sido rico y políticamente influyente. Sin duda, el ejército que levantó para ayudar a César lo pagó Mitrídates, por lo menos en parte, con sus propios recursos.

Laodicea de Frigia fue el solar de la familia de los famosos retóricos, oradores y políticos, ZENÓN y su hijo POLEMÓN. Zenón prestó grandes servicios a Roma durante la invasión de Asia Menor por los partos bajo Pacoro y Labieno (40 a. de J. C.). Su hijo Polemón se hizo amigo de Antonio y más tarde de Augusto, y fue nombrado por el último rey del Ponto y del Bósforo. La familia de Zenón había sido distinguida en Laodicea mucho antes de la época de Antonio. En relación con Laodicea, Estrabón menciona otro millonario de esta ciudad, HERÓN, que le facilitó más de 2.000 talentos y adornó a la ciudad con numerosas donaciones. Hay que decir que Laodicea era famosa por la calidad excepcional de su lana. Milasa de Caria era gobernada en el siglo I a. de J. C. por dos distinguidos retóricos, que eran al mismo tiempo políticos destacados y prácticamente tiranos de la ciudad: EUTIDEMO y su sucesor HIBREAS. Estrabón nos da un vivo retrato de ellos. Eutidemo pertenecía a una familia muy rica, mientras que Hibreas era un autodidacto. Tendré ocasión de hablar de él en el próximo capítulo. Cnido de Caria era patria de dos destacadas familias: la de CALIXTO, hijo de Epígenes, y la de TEOPOMPO, hijo de Artemidoro, el amigo de César, muchas veces mencionado en los textos literarios, quizá el mismo que Quinto Cicerón encontró en Asia. Aún más distinguidos eran los dos lesbios de Mitilene, TEÓFANES, amigo e historiador de Pompeyo, y el famoso POTAMÓN, hijo de Lesbonacte, cuyo heroón monumental ha producido una serie notable de inscripciones del mayor interés. Finalmente, en Cos tenemos la curiosa figura de CURCIO NICIAS, filósofo epicúreo, poeta, y hombre de letras en general, amigo de romanos eminentes (Memmio, Pompeyo, Cicerón, Ático, Dolabela y Bruto), que en la última parte de su vida fue tirano de Cos durante ocho años (desde 41-40 a. de J. C.) (98).

A esta corta lista pueden añadir muchos nombres los lectores de los discursos y cartas de Cicerón. Repetidamente men-

ciona, sobre todo en su discurso *Pro Flacco* y en sus cartas a Quinto, miembros destacados y ricos de la burguesía de Asia Menor. Eran muy conocidos en Roma y tenían muchos amigos en la gran ciudad, tanto entre la clase senatorial como entre la ecuestre. Muchos eran amigos íntimos de Cicerón. En este sentido merece leerse el *Pro Flacco*, interesantísimo discurso «anatólico» de Cicerón. Pone ante nosotros este discurso una gran variedad de miembros de la clase media anatolia, de muchos de los cuales Cicerón dice duras palabras, lo que no significa necesariamente que las merezcan; a otros los alaba (si tuviéramos el discurso de Lelio, encontraríamos las alabanzas y vituperios a la inversa). Todos pertenecen a familias muy consideradas en Asia Menor, y probablemente todas heredaron sus fortunas de sus antepasados. De uno de estos personajes, Mitrídates de Pérgamo, ya he hablado. A la rica burguesía se debía el espléndido desarrollo arquitectónico de muchas ciudades de Asia, quizá de todas, a finales del siglo II a. de J. C. La exploración arqueológica de Asia Menor, el estudio cuidadoso de las ruinas de distintas ciudades y templos, ha demostrado la notable abundancia de bellos edificios que esta región produjo en el siglo II a. de J. C., sin excluir su última mitad. Puede tomarse como un ejemplo Priene. Los arqueólogos notan con asombro que sus ciudadanos tenían en esta época medios para ejecutar un ambicioso programa constructivo: la terminación del hermoso templo de Atenea, con su altar y estatua del culto; la reconstrucción del teatro, la erección de un gimnasio y de tres espléndidos pórticos, uno cerca del templo de Atenea, el otro en la plaza del mercado, y el tercero en el estadio. Algunos eruditos se inclinan a relacionar todo el proyecto con el oro de Orofernes. Pero no tenemos información de que parte alguna del dinero depositado por Orofernes haya pasado a la ciudad de Priene. Ni hay indicio alguno de que otros benefactores reales se interesasen por la ciudad. Es más fácil atribuir su eclosión de actividad constructora a la prosperidad firmemente creciente de la ciudad antes y después de Aristónico (99).

Tampoco fue Priene una excepción. Un estudio del artemisión de Magnesia del Meandro ha demostrado que este templo, construido, según Vitruvio, por el famoso arquitecto Hermógenes, no debe fecharse antes de 130 a. de J. C. Además del artemisión, Hermógenes, según el mismo autor, construyó el templo de Dioniso de Teos. Lo poco que queda de este templo muestra el mis-

mo plan y el mismo estilo de arquitectura y escultura que encontramos en Magnesia. A esto debe añadirse el templo de Apolo en Alabanda, del cual dice Vitruvio que fue construido según el mismo plan que los dos templos de Hermógenes. También aquí el estilo de los restos es muy parecido al de los templos de Magnesia y Teos. Además, la planta, el estilo de arquitectura y escultura y las fechas dadas por la inscripción grabada en una de sus paredes nos llevan a atribuir el elegante templo de Hécate en Lagina, cerca de Estratonicea, con gran probabilidad, al período que sigue a la guerra de Aristónico. Hemos visto el papel desempeñado por Estratonicea en esta guerra y conocemos el favor que los romanos mostraron a la ciudad (100).

Finalmente, debe recordarse que el Didimeo de Mileto no estaba en decadencia en la segunda mitad del siglo II a. de J. C. Regalos de los reyes (como Antioco VII y su reina Cleopatra), de ciudades y de personas particulares, son recordadas en los inventarios, y los trabajos de construcción no se interrumpieron. Significación especial tienen las donaciones de algunas ciudades de Asia Menor. Demuestran que la prosperidad relativa de Mileto era compartida por muchas otras ciudades. Puede registrarse, por ejemplo, el regalo de Mirina, y sabemos, además, que las tumbas de esta ciudad atribuidas al siglo II y primera mitad del I a. de J. C. eran excepcionalmente ricas. La participación de los milesios ricos en la celebración de las Didimeas no es menos significativo (101). De todos estos testimonios, podemos concluir con certeza que el siglo II a. de J. C. y los primeros años del I no fueron un período de decadencia económica para Asia Menor; la ruina del país empezó con la guerra mitridática.

Los ricos magnates del siglo I a. de J. C. a que me he referido pueden considerarse excepciones. Eran bastante inteligentes para salir indemnes de las miserias de fines del siglo II y del I antes de J. C. Sin embargo, eran hijos auténticos de la burguesía de Asia Menor, y los cimientos de su riqueza estaban echados antes de las grandes catástrofes de Mitrídates, Sila y las guerras civiles romanas. No sabemos cuántas eran estas familias en Asia Menor. Es probable que la mayoría de la clase media fuera menos afortunada y finalmente se arruinase más o menos completamente. Pero la ruina de toda la clase exigió algún tiempo.

Mi impresión es que la situación económica de la provincia romana de Asia decayó durante los primeros cincuenta años de su existencia, pero la decadencia distó de ser desesperada o catas-

trófica. Estaba reservado a Mitrídates y a Sila, y aún más a sus sucesores, causar la ruina casi completa del mundo helenístico.

Me inclino a creer en la exactitud del preámbulo del famoso discurso de Sila pronunciado al final de la primera guerra mitridática ante los representantes de las ciudades de Asia Menor en Éfeso*. Empieza el discurso con una breve historia de las relaciones entre Roma y Asia Menor. Cita a Antioco III, Éumenes y los rodios, y sus relaciones con las ciudades anatólicas, y prosigue: «Ésta, pues, es la manera como nos hemos portado con vosotros; pero por vuestra parte, cuando Átalo Filométor nos dejó su reino por testamento, luchasteis al lado de Aristónico contra nosotros durante cuatro años, hasta que Aristónico fue capturado y la mayor parte de vosotros reducidos al abandono y la miseria. Sin embargo, aunque os sucedió esto, cuando en veinticuatro años de paz habíais llegado a un alto grado de riqueza y esplendor en los dominios públicos y privados, la paz y el lujo os llevaron a incurrir una vez más en excesos, y después de esperar a que nosotros estuviésemos ocupados en Italia, algunos de vosotros trajisteis a Mitrídates, y otros se unieron a él cuando llegó.»

Las fuentes de la riqueza de la burguesía anatólica son evidentes. Asia Menor, apenas hay que decirlo, era un país fértil Sus ricos burgueses eran, con toda probabilidad, en su mayoría, terratenientes. La industria, como hemos dicho, continuaba floreciendo en muchas ciudades. Había ricas y productivas minas de plata y cobre, y grandes bosques. Todas estas fuentes de riqueza estaban aún a disposición de la población indígena.

Tampoco el comercio de Asia Menor estaba en decadencia. Mostraré más adelante, en este capítulo, cómo las activas relaciones comerciales entre Asia Menor y Siria (véanse págs. 710 y sigs.) terminaron después de la desaparición de los atálidas y trataré de explicar este fenómeno (véanse págs. 936 y sigs.). No obstante, la pérdida fue compensada por el rico comercio entre Asia Menor e Italia, tráfico principalmente de esclavos, ya descrito. Puedo referirme en relación con ello a un tesoro de monedas hallado en Piceno (después de 77 a. de J. C.) que contenía muchos cistóforos. Ha de tenerse en cuenta que todavía se acuñaban en la provincia romana de Asia, según parece, en grandes cantidades y de buena calidad (102).

---

* Apiano, *Mithr.*, págs. 62 y sigs.

En el período que estudiamos se produjeron algunos cambios en los reinos independientes del norte y este de Asia Menor.

BITINIA estaba políticamente en decadencia. Prusias II, sucesor de Prusias I, a quien hemos visto dedicado a «modernizar» la vida bitínica (véanse págs. 716 y sigs.), siguió en lo fundamental la práctica de Nicomedes I, Ziaelas y Prusias I. Pero, a pesar de su actitud servil hacia los romanos y la humillación de su gran rival Éumenes II, de la que esperaba aprovecharse, fue incapaz de realizar nada importante. Heraclea Póntica, apoyada por los romanos, mantuvo su libertad y la importante posición que había heredado en el comercio del Euxino. A pesar de algunos éxitos militares, Prusias fracasó en un intento de aumentar el territorio de Bitinia a expensas de Pérgamo, y quizá de dominar los Estrechos y la Propóntide, asunto de consecuencias vitales no sólo para Pérgamo, sino también para las más grandes ciudades comerciales en los mares griegos: Rodas y Cícico. El fracaso fue debido no sólo a las equivocaciones o falta de habilidad por parte de Prusias (que era más fuerte que Átalo II tanto por mar como por tierra), sino a la vigorosa intervención de Roma. Prusias no comprendió la política del Senado romano. Esperaba que Roma estaría dispuesta a dejar crecer su reino con el fin de debilitar a Pérgamo, pero se equivocó. Bajo Prusias I, Bitinia se había hecho demasiado poderosa y confiada en sí misma en exceso. Así, la guerra terminó sin dar provecho a ninguno de los combatientes (103).

A Prusias II le asesinó y sucedió su hijo Nicomedes II Epífanes (149-128-127 a. de J. C.). Después vino Nicomedes III (128-127-hacia 95-94 a. de J. C.), y finalmente Nicomedes IV, que entregó su reino a Roma en 74 a. de J. C. (104). Los primeros dos sucesores de Prusias II mantuvieron estrictamente la política de los grandes reyes de Bitinia. Fieles y obedientes a Roma, trataron de aumentar su territorio y riqueza en competencia con el Ponto y Pérgamo, y de presentarse en el mundo griego como fuertes apoyos del helenismo. Epífanes fue muy honrado por el κοινόν jonio (una dedicación de Epífanes de un templo, hallada en el Pireo, a su madre Apame, pudo haber sido llevada allí desde Bitinia en época moderna o antigua). Era una figura familiar en Delos y mantuvo amistosas relaciones con otros vasallos coronados de Roma, como Masinisa de Numidia. No fue menos popular en el mundo griego su hijo Nicomedes III. Sus relaciones con Delos fueron muy estrechas. Su filohelenismo fue bien cono-

cido en Delfos, donde era una figura de no menos importancia que Éumenes II y Átalo II antes de él. Tenía relaciones con Epidauro y amigos en este lugar, y fue benefactor de los *technitai* de Argos, que le erigieron una estatua. No es éste el lugar adecuado para tratar de la política exterior de Nicomedes II y Nicomedes III. Sólo debo decir que todos sus esfuerzos por aumentar su territorio, ya adulando a Roma (como hizo Nicomedes II), ya por la diplomacia, intrigas y guerras (métodos usados por Nicomedes III), se vieron abocados al fracaso. Roma se oponía a sus intentos, deseando que ninguno de sus aliados vasallos se hiciera demasiado fuerte (105).

El fracaso político no llevó consigo para Bitinia la decadencia económica. Hay testimonios de que los reyes siguieron siendo tan ricos como antes. No sin razón, el κοινόν jonio estableció el culto de Nicomedes II y le otorgó grandes honores. Granio Liciniano afirma que Nicomedes III tenía fama de ser el gran benefactor de todos los necesitados, lo que probablemente se refiere a las ciudades griegas en particular. Añade que Nicomedes dio 500 talentos a su concubina Hagne de Cícico, cuando la envió con su hijo Sócrates a Cícico para su seguridad (106). Naturalmente, los reyes sacaban su riqueza de las mismas fuentes que en el pasado. El país estaba bien cultivado. Los bosques daban madera, pez y resina, de los que había bastante para la exportación. Además había el activo tráfico de esclavos de que ya he hablado. El reproche dirigido por Nicomedes III al Senado de que los publicanos de la provincia de Asia le habían quitado sus súbditos, transparenta su enfado por la competencia eficaz en el tráfico de esclavos. Su vivo interés en el comercio está atestiguado por una dedicatoria que se le hizo de una *Periégesis* atribuida a Escimno, que presta gran atención a las condiciones contemporáneas de las regiones pónticas. En esta dedicatoria, el autor de esta obra muestra gran entusiasmo por Nicomedes III y los reyes bitinios en general. Con toda probabilidad, fue natural de una de las ciudades griegas de Asia Menor, aunque no súbdito de Nicomedes (107).

Finalmente, parece muy probable que los reyes bitínicos compitiesen con los romanos en el campo de la banca también. Plinio, refiriéndose al intento de Nicomedes (probablemente Nicomedes III) de adquirir la famosa Afrodita de Cnido, repite dos veces la misma versión del relato*: Cnido estaba muy empeñado con el

---

* Plinio, *N. H.*, VII, 12, y XXXVI, 21.

rey («grave aes alienum»; «aes alienum quod erat ingens»), y Nicomedes estaba dispuesto a cancelar la deuda si Cnido le daba la gran Afrodita. Sospecho que estuvo de algún modo relacionado con la actividad de Nicomedes II como prestamista, y esto le hacía bienquisto al κοινόν jonio.

El firme desarrollo del comercio bitinio y el crecimiento concomitante de los puertos de Bitinia, fundados por los reyes bitinios, no podía menos de perjudicar de algún modo la prosperidad de Heraclea y Cícico, las dos ciudades comerciales principales de la costa meridional del Euxino y de la Propóntide, los vecinos más próximos de Bitinia y durante mucho tiempo sus agentes comerciales.

HERACLEA estaba sin duda en decadencia. Ya he dicho que perdió la mayor parte de su territorio fértil en favor de los reyes bitinios y sufrió gravemente no sólo de sus ataques, sino de los gálatas. La historia política de la ciudad en el siglo II a. de J. C. no tuvo acontecimientos. Memnón, su entusiasta historiógrafo, no tiene nada que citar entre el sitio de la ciudad por Prusias I y la guerra mitridática, excepto el envío a Roma, su antigua aliada, durante la guerra social, de una pequeña escuadra de dos barcos: pequeñísima contribución para una ciudad que en el pasado había equipado escuadras mucho mayores en apoyo de sus amigos y aliados.

Sin embargo, su comercio era aún floreciente, y muy grande la riqueza acumulada de la ciudad y de sus ciudadanos particulares. La primera conclusión puede sacarse del hecho ya registrado de que un gran número de heracleotas residía en Atenas en los siglos II y I a. de J. C.; de la última tenemos pruebas en el hecho de que, cuando la ciudad aliada de Mitrídates fue capturada durante la tercera guerra mitridática por Cota y Triario, después de un sitio que duró dos años, suministró a los implacables vencedores un enorme botín de oro, plata, objetos de arte y similares. Después de la guerra se recuperó rápidamente y volvió a su antigua prosperidad (108).

A CÍCICO, la Rodas de la Propóntide, le fue mejor. La ciudad se mantuvo fiel a su política tradicional: conservación de la libertad de los mares en alianza con Rodas, relaciones cordiales con sus poderosos vecinos los reyes pergamenos y los de Bitinia, y, de no menos importancia, partidaria continua e inquebrantable de Roma. Estaba preparada para resistir con las armas en la mano cualquier atentado contra la libertad de los mares.

Hemos visto a la ciudad actuando en la guerra contra Farnaces y contra Prusias II. Por otro lado, su fidelidad a Roma le ocasionó grandes dificultades en la época de Fimbria y de nuevo cuando fue sitiada por Mitrídates, sitio no menos famoso y dramático que el gran sitio de Rodas por Demetrio Poliorcetes.

La prosperidad y reputación de Cícico no declinó en el período de que tratamos. Sus alianzas con Pérgamo y Roma eran probablemente más provechosas para la ciudad que sus antiguas relaciones con los primeros seléucidas. Conservó el grande y fértil territorio, que bastaba para alimentar a su población en época normal. Su comercio continuó floreciendo. La descripción de Estrabón* de la ciudad vale tanto para la primera época helenística como para la última. Fundándose en su conocimiento personal de la ciudad, así como en las fuentes literarias, ensalza a Cícico en términos semejantes a los que él y otros escritores antiguos aplican a Rodas: una ciudad grande y bella, famosa por su buena organización en paz y en guerra (εὐνομία πρός τε εἰρήνην καὶ πόλεμον), bien equipada de barcos, armas, máquinas de guerra y alimentos para todas las eventualidades. En particular llamaron la atención de Estrabón sus grandes almacenes.

La moneda de Cícico ya no era lo que había sido en el pasado, el primer numerario de las regiones pónticas y altamente estimada en el resto de Grecia. Pero aún era una moneda respetada. Como aliada de Rodas, Cícico había adoptado al principio el sistema rodio, pero hacia 200 a. de J. C. los sustituyó por el ático. Hemos visto que en el siglo II a. de J. C. éste era el sistema predominante en el comercio internacional.

Los grandes sufrimientos que Cícico soportó en las guerras mitridáticas no le causaron un daño vital. En los días de Tiberio volvía a ser un mercado internacional, donde los mercaderes (ἔμποροι) y visitantes (ξένοι) de todo el mundo romano (οἰκουμένη) se daban cita para participar en su famosa asamblea (πανήγυρις) (109).

Farnaces (véase pág. 717) dejó el PONTO tan fuerte y rico como Bitinia. La capital del Ponto era ahora SINOPE, el emporio principal en la costa sudoriental del Euxino. Después de su conquista por Farnaces y su conversión en capital de los reyes pónticos, no decayó su importancia comercial. Siguió siendo (con Amiso, la segunda capital del Ponto) el puerto principal, por

---

* Estrabón, XII, 8, 11, pág. 575.

donde se exportaban los productos del Ponto, y al mismo tiempo un centro importante de comercio de tránsito, especialmente para metales y mercancías caravaneras que llegaban de Asia a Fasis por la ruta del Cáucaso meridional, y a Farnacia por el camino del Éufrates. El amplio campo del comercio de Sinope está atestiguado, como ya hice notar, por la presencia frecuente en todas las ciudades importantes del Euxino, e incluso a veces en ciudades como Atenas y Delos, de asas de ánfora estampadas con nombres de astinomos. Una comparación de las estampillas con las monedas de Sinope nos lleva a atribuir una gran proporción de estas asas a la época en que Sinope había dejado de ser ciudad independiente y era capital del reino Póntico. Con las jarras de Sinope vinieron los mercaderes sinopenses. Los sinopenses eran figuras familiares, ahora como en el pasado, en los centros principales de la vida griega, especialmente en Atenas, aunque quizá no tan importantes como los mercaderes de Heraclea, Panticapeo, Quersoneso y Olbia; porque los productos de Sinope tenían en Grecia menos demanda que el grano, pescado, cueros y esclavos de todas las demás ciudades griegas del Euxino. Sin embargo, en estas ciudades había necesidad de metales y de aceite de oliva barato, por lo que la importancia de Sinope iba en aumento (110).

Las relaciones comerciales de Sinope y su estrecha relación con las otras ciudades de la costa del Euxino determinaron en gran medida la política de los reyes más importantes del Ponto: Farnaces y Mitrídates VI Eupátor. La política de Farnaces, de la que ya he hablado, fue abandonada durante algún tiempo por sus sucesores inmediatos, Mitrídates Filopátor Filadelfo y Mitrídates Evérgetes, en lo que se relacionaba con el Euxino. Los dos eran fieles aliados de Roma y trataban de emplear esta alianza para fomentar el aspecto anatólico de la política de Farnaces: la extensión del territorio del Ponto en Asia Menor a expensas de sus vecinos (Bitinia, Paflagonia, Galacia y Capadocia). En lo principal tuvieron éxito. Roma, por alguna razón, confiaba en su lealtad y no se opuso a la expansión de su reino, especialmente durante el gobierno de Mitrídates V Evérgetes, su eficiente aliado en la tercera guerra púnica y en la guerra contra Aristónico. Mitrídates Evérgetes era sin duda el rey más rico y poderoso de Asia Menor en las últimas décadas del siglo II a. de J. C.

Su riqueza y fuerza fueron heredadas después de su muerte por Mitrídates VI Eupátor. Pero Roma se dio cuenta de lo que

desde su punto de vista eran fenómenos anormales de la situación, y de un golpe privó al heredero de todas las adquisiciones de su padre, dejándole en su modesto papel de rey vasallo que gobernaba por la gracia de Roma. Esto llevó al nuevo rey del Ponto a un cambio de política. Sus dos predecesores habían tratado de ensanchar su reino con el permiso de Roma. Eupátor decidió hacerlo como le parecía, sin consultar con Roma. Su principal concepción política, heredada de Farnaces, era la de un imperio póntico, la fusión en una unidad política y económica única de los territorios que rodeaban el Euxino, a pesar de su estructura peculiar: un cinturón de ciudades comerciales griegas y un *hinterland* de tribus indígenas y pueblos estrechamente relacionados con las ciudades griegas económicamente, pero completamente diferentes de ellas en su modo de vida y mentalidad. Como hombre de cultura griega, sincero filoheleno y rey reconocido de sus propias ciudades griegas, una de las cuales era su capital, asistido por consejeros y generales que en su mayor parte eran griegos de Amiso y Sinope, Mitrídates pensó en llegar a ser el caudillo y guía de las otras ciudades griegas del mar Negro. Como descendiente de los grandes reyes persas y gobernante hereditario de parte de Asia Menor, se consideró señor natural y caudillo de todas las tribus que vivían más allá de las ciudades griegas en el Euxino: iranios, anatolios, celtas y tracios. Y sin duda su figura dinámica les atrajo y estaban dispuestos a apoyarle. Tampoco fue impopular entre los griegos, oprimidos como estaban a lo largo de las costas (excepto, por supuesto, en Bitinia y el Ponto) por los crueles jefes de las tribus indígenas, sus vecinos más próximos. Sin duda preferían incorporarse a un reino helenístico, en el que se les aseguraba el papel director en política y economía antes que al papel de víctimas y súbditos de bárbaros ligeramente teñidos de cultura griega.

No es sorprendente que en estas circunstancias Mitrídates lograra incorporar a sus dominios los antiguos clientes de Sinope, las ciudades griegas del Cáucaso, Crimea y las costas norte y oeste del Euxino. Las tribus de sus respectivos *hinterländer* no se opusieron a aceptarle como aliado y a servir en sus ejércitos por buena soldada en doble calidad de aliados y mercenarios.

La gran influencia de Mitrídates V en Asia Menor y los enormes éxitos de Mitrídates VI en Oriente contribuyeron a la popularidad de ambos en el mundo griego en general. Los éxitos de Mitrídates VI fueron presentados al público griego por sus histo-

riógrafos a la misma luz que los fabulosos hechos de Antioco III el Grande de Siria, glorificados en el pasado. El firme crecimiento del comercio del Ponto, que se reflejaba en las cordiales relaciones entre Delos y Atenas, por un lado, y con los reyes del Ponto, especialmente Mitrídates V y Mitrídates VI, por otro, confirmaron a los griegos en la idea de que los mitridátidas pónticos eran los reyes más ricos del mundo y que las arcas de su tesoro estaban llenas de oro y plata. La moneda abundante y espectacular de Mitrídates VI apoyaba esta idea (111).

No nos sorprende, pues, saber que en Delos, el 102/101 antes de J. C., un sacerdote de los dioses que protegían el comercio marítimo (Poseidón Esio y los Cabiros-Dióscuros), Heliánax, hijo de Asclepidoro, ateniense, construyera en el recinto sagrado de los Cabiros un pequeño heroón dedicado a Poseidón y los Cabiros y al rey Mitrídates, identificado con Dioniso, con una estatua del rey en traje militar, que era la imagen de culto del altar. Con Mitrídates se asociaron algunos de sus altos dignatarios, miembros de su estado mayor civil y militar: el conocido Dorileo, «condiscípulo» de Mitrídates (σύντροφος), jefe de su guardia personal (ἐπὶ τοῦ ἐγχειριδίου) y comandante en jefe de su ejército (ἐπὶ τῶν δυνάμεων); su canciller privado y confidente (ἐπὶ τοῦ ἀπορρήτον, *a secretis*); su médico mayor y juez general y otros miembros de su corte, la mayoría de los cuales tenían categoría cortesana de τῶν πρώτων φίλων, casi todos griegos de Amiso. Al lado de ellos aparecen reyes amigos de Mitrídates y probablemente amistades personales de Heliánax: Ariarates Filométor de Capadocia, Antioco VIII Gripo, y dos miembros de la corte de Mitrídates II de Partia. Con esta noble compañía se asociaba el padre del dedicante. Se grabaron retratos de todos estos dignatarios en los medallones en forma de escudos (ὅπλα), con las correspondientes inscripciones encima o debajo de los medallones (112).

Es evidente que no sólo fue por razones políticas por lo que un atenodelio de riqueza y posición dedicó un heroón a Mitrídates. Es muy probable que Heliánax desempeñase una parte importante en las relaciones comerciales entre Delos y el Ponto, especialmente Amiso (113). La misma sugerencia puede hacerse respecto a Diceo, hijo de Diceo, sacerdote de Sérapis, que hacia el 94/93 a. de J. C. dedicó una capilla en el serapeo de Delos por la salvación de Atenas, Roma, el rey Mitrídates Eupátor Dioniso, y su padre y su madre. Otra dedicación del mismo Diceo

a Isis Afrodita asocia también a Mitrídates y su madre; y aún se conserva otra en fragmentos (114).

El significado de estas dedicaciones delias es claro. Vemos cómo la popularidad del rey joven, ambicioso y valeroso, salvador de los griegos del Euxino, el rico benefactor y asociado comercial de Atenas y Delos, se extendía gradualmente desde estos lugares al resto de Grecia y al Asia Menor, y cómo llegó a ser considerado, donde los métodos romanos de trato con las ciudades griegas habían provocado la impaciencia y el disgusto, como salvador de Grecia en general.

Mientras la acción de Mitrídates se limitó a regiones distantes ribereñas del mar Negro, Roma permaneció tranquila. No estaba interesada en la suerte de las ciudades griegas en aquella región y vio sin inmutarse la glorificación de Eupátor salvador y benefactor de la civilización griega. Pero sin la posesión de la costa bitinia y el Bósforo Tracio la obra de Mitrídates quedaba incompleta, e inseguro su reino póntico. Sus esfuerzos principales se dirigieron ahora, después de la conquista de las costas meridionales y septentrionales del Euxino y de la parte norte de la costa occidental, a la costa bitinia. En la larga historia de Bitinia y el Ponto se había demostrado repetidas veces que era fácil para una Bitinia fuerte cerrar el Bósforo y privar así al Ponto de su principal fuente de ingresos, el comercio con el mundo mediterráneo. No fue una casualidad que el conflicto entre Roma y Mitrídates empezase por un intento de Bitinia de cortar al Ponto el acceso al Mediterráneo (88 a. de J. C.).

Sin embargo, estos designios de Mitrídates encontraron una decidida resistencia por parte de Roma, y finalmente ocasionaron una guerra entre ambos. De esta guerra tendré que decir algo en el próximo capítulo. Aquí sólo diré que las ideas principales de Mitrídates sufrieron un cambio notable durante la lucha. Comprendió que el reino póntico que había creado no podía gozar de una seguridad duradera mientras el mundo griego siguiera dominado por Roma. Por ello su actuación se dirigió ahora a la restauración de la unidad de las potencias helenísticas y a hacerlas políticamente independientes de Roma, bajo su propio caudillaje. Su reino póntico ya no fue un objetivo en sí mismo, sino un medio de realizar y sustentar su imperio grecoanatólico.

El reino del Ponto bajo Mitrídates marca un hito en el desarrollo del mundo helenístico. Mientras la ola oriental sumergía

rápidamente las partes helenizadas de Siria, sin que se tomaran medidas efectivas para contenerla, Mitrídates trató de frenar un proceso similar en las regiones del Euxino, apoyando al helenismo contra el orientalismo, o más bien estableciendo un *modus vivendi* entre los dos en el que el helenismo guardaría su identidad y continuaría desempeñando una parte importante en la cultura y la economía. Fracasó porque sustituyó una idea sana y realizable de un reino póntico que podía haber sido tolerado por Roma indefinidamente, por el sueño de una monarquía panhelénica independiente que, por supuesto, era inaceptable para Roma. El resultado fue sumergir el mundo griego en un cúmulo de desgracias y acarrear una decadencia económica rápida y general de la que se hablará más extensamente en el próximo capítulo (115).

Sin embargo, podemos afirmar aquí que la guerra mitridática fue la fase final de la gran lucha entre helenismo y romanismo. Una vez más, el mundo griego movilizó sus recursos no tanto en hombres como en dinero. Es asombroso ver qué grande era la riqueza acumulada especialmente en Asia Menor. Mitrídates lanzó a la lucha ejército tras ejército y armada tras armada. Se acuñaron enormes emisiones de moneda para cubrir los ingentes gastos militares que, como era natural, fueron soportados principalmente por Asia Menor, y en especial por las ciudades griegas. Podemos ver en esta riqueza una evidencia del éxito que había alcanzado la política económica de las monarquías helenísticas anatolias en los siglos de su independencia y del provecho que los griegos de Asia habían sacado de ello.

Las condiciones en GALACIA eran inestables. Bajo la influencia de los estados helenísticos limítrofes y de los gálatas que volvían a su país después de un largo servicio en algún ejército helenístico, sus reyes y jefes sentían un vivo resentimiento por su aislamiento en sus ciudades remotas en medio de un país semiestéril. Como sus vecinos, querían una vida más libre y más civilizada, es decir, helenizada. Fue un fenómeno nuevo en la historia de Galacia, cuando un poco antes de 190 a. de J. C. organizaron una expedición, no de mero pillaje, sino de conquista. Su objetivo era apoderarse de Heraclea Póntica y alcanzar así una salida al mar (Memnón, 28). Su intentona estaba condenada al fracaso porque no habían aprendido a sitiar y tomar ciudades fortificadas. Tenemos noticia de otra aventura, quizá del mismo

tipo, en un oscuro incidente acaecido entre la floreciente ciudad del Lámpsaco y los gálatas tolistoageos*[1].

Los hechos que siguieron a la victoria romana sobre Antioco III pusieron fin a estas aspiraciones. Los romanos accedieron a la sugerencia de Éumenes II y decidieron poner fin a las incursiones de los gálatas en Asia Menor y a sus esfuerzos por engrandecer su territorio. Es probable que Cneo Manlio Vulso fuese espoleado a la acción por el señuelo de la riqueza fabulosa de los gálatas. El resultado fue que el país quedó completamente devastado y que muchos miles de esclavos gálatas fueron enviados a los mercados griegos e itálicos. Más tarde, después de un nuevo estallido de la furia gálata bajo Ortiagón, Galacia fue sometida a Pérgamo en una especie de vasallaje. Hemos visto que los gálatas reaccionaron ante este giro de los acontecimientos con una terrible guerra revolucionaria (168 a. de J. C.) en la que Éumenes II salvó a Asia Menor de los horrores de una nueva devastación gálata. Después de la guerra de 168-167 a. de J. C., Galacia estaba madura para la anexión. Pero Éumenes II había llegado a ser demasiado fuerte y demasiado popular para Roma, y la «libertad» de los galos fue restaurada tal como había existido antes de la conquista de Vulso y de la guerra de Ortiagón.

Sin embargo, esta medida política no pudo detener la transformación gradual de Galacia en uno de los países helenísticos de Asia Menor, esto es, la expansión de la cultura grecofrigia entre la aristocracia gálata. La primera señal de esto fue la aparición de caudillos gálatas en las antiguas ciudades de Frigia, Tavia, Ancira y Pesinunte, y la parte activa que tomaron en la administración del templo-estado pesinuntiano, de lo que tenemos un vivo reflejo en la correspondencia entre el sumo sacerdote de Pesinunte, Atis, y los reyes de Pérgamo Éumenes II y Átalo II (163-156 a. de J. C.)*[2]. Por desgracia, no podemos seguir el proceso de la sumisión de Galacia a las influencias culturales griega y frigia en los últimos tiempos del helenismo. Alcanzó su mayor intensidad después de las guerras mitridáticas, cuando toda Galacia se unió gradualmente bajo una sucesión de jefes únicos, reyes por la gracia de Roma. De éstos, el mejor conocido es Deyotaro. El último fue Amintas, después de cuyo reinado Galacia pasó a ser provincia romana (25 a. de J. C.). Un testimonio

---

*[1] *S. I. G.*[3], 541, 49.
*[2] Welles, *R. C.*, 55-61.

interesante de la helenización de Deyotaro y su familia nos lo dan sus tumbas recientemente encontradas en Karalar: impresionantes túmulos de tipo anatólico y traciomacedónico, tan bien conocidos en su variedad rusomeridional, con sólidas cámaras funerarias de piedra de tipo griego. Es una pena que estas tumbas hayan sido robadas antes de su excavación. Los escasos restos que produjeron de escultura, mobiliario funeral y hallazgos menores, tienen aspecto griego, y fueron obra de artesanos griegos. Algunas de las vasijas habían sido importadas de Egipto y Siria, como, por ejemplo, el plato de vidrio con adornos de oro. Sin embargo, el testimonio es demasiado ligero para conclusiones generales. Las armas, vasos de oro y plata y los arneses de caballo podrían haber presentado un aspecto diferente (116).

En la época que consideramos, la ola helenizadora alcanzó a CAPADOCIA (117). Ya he descrito el aspecto de Capadocia antes de su helenización superficial, que comenzó a mediados del siglo III a. de J. C. y se intensificó en el siglo II y principios del I. En la época de la guerra gálata de Manlio Vulso, la dinastía irania indígena de los ariarátidas de Capadocia entró, para bien, en la órbita de la política romana y se transformó prácticamente en una dinastía de reyes vasallos. Ariarates V Eusebio Filopátor (163-130 a. de J. C.) es considerado como el auténtico helenizador de Capadocia. Sus sucesores siguieron su política, aunque el torbellino de los sucesos políticos a finales del siglo II antes de J. C. les dieron muy pocas oportunidades de realizar su programa. El mejor testimonio de sus esfuerzos, aparte de los matrimonios dinásticos, son sus relaciones con los grandes centros de la vida y comercio griegos de la época: Atenas y Delos. Bastará recordar unos cuantos hechos. Ariarates V fue educado en Atenas y fue condiscípulo de Átalo II; ambos fueron hechos ciudadanos atenienses y honraron a su común maestro Carnéades con una estatua*. Aún se conservan las cartas que Carnéades escribió a Ariarates. Puedo mencionar también el decreto ateniense de los artistas dionisiacos en honor de Ariarates y la estatua de su hermana Estratonice, esposa de Éumenes II y Átalo II, erigida en Delos por el pueblo ateniense. Una vez iniciadas las relaciones cordiales entre Atenas y los reyes capadocios, nunca se interrumpieron hasta el trágico final de la dinastía en la convulsión de las guerras mitridáticas (118).

---

* *S. I. G.*[3], 666.

Lo poco que sabemos de Capadocia en esta época (Capadocia es la parte menos conocida de Asia Menor) no nos permite ni siquiera conjeturar la medida en que la economía y la vida social capadocias se helenizaron por obra de los reyes capadocios filohelénicos. Para un país como Capadocia, la helenización significaba urbanización. Ahora bien: Estrabón*, nuestra mejor autoridad sobre Capadocia, tenía un conocimiento muy escaso de ella. Habla de dos únicos lugares que puedan reclamar el honor de ser llamadas ciudades (πόλεις), Mazaca y Tiana, que recibieron ambos de uno de los reyes capadocios del siglo II antes de J. C. un nuevo nombre griego: Eusebia. Pero incluso a Tiana la llama unas veces πόλις, y otras las describe como πόλισμα.

Los testimonios epigráficos y numismáticos apoyan esta actitud escéptica de Estrabón en lo que se refiere a la urbanización de Capadocia. Su descripción del país es aplicable, sin duda, para las condiciones efectivas tal como estaban en su tiempo o en el de sus fuentes helenísticas tardías, probablemente anteriores al reinado del último helenizador real de Capadocia, Arquelao, a quien Antonio nombró rey de Capadocia.

En Capadocia existían mucho antes del siglo II a. de J. C. «ciudades», aunque no en el sentido de la *polis* griega. En este aspecto no era muy diferente de otras partes de Asia Menor. Eran, o bien templos-ciudades con sus sacerdotes-reyes (por ejemplo, Comana), o ciudades-estados con sus propios dinastas. Algunos estaban ligeramente helenizados, como se ve por las raras monedas de principios del siglo III a. de J. C. de las ciudades-reinos de Tiana, Morima y Anisa. Sus reyes aparecen en las monedas con atuendo persa, pero las inscripciones están en griego (119).

Estas ciudades-reinos fueron absorbidas por la nueva Capadocia unida, creada por los esfuerzos de Ariaramnes y su sucesor Ariarates III. Este último fue el primer rey helenizado de Capadocia. Demostró su política helenizante construyendo una capital al estilo de Antigonia, Casandria, Lisimaquia, Demetrias y Antioquía a la que dio su propio nombre (Ariaratia). Esta política fue después desarrollada por sus sucesores en el siglo II a. de J. C. Es muy probable que bajo su protección y la influencia del desarrollo de los recursos naturales del país muchos griegos

---

* Estrabón, XII, 1, 4 y sigs., pág. 537.

o anatolios y sirios helenizados, terratenientes, artesanos y mercaderes, se establecieran en los centros existentes de vida urbana (κωμοπόλεις o πολίσματα, según Estrabón) y les diesen un aspecto más o menos helenizado. El primer ejemplo de esto ha de verse en la nueva capital de Capadocia, Mazaca-Eusebia. Reemplazó, quizá bajo Ariarates V, a la antigua capital de Ariaratia, que cayó en el olvido (completamente desconocida para Estrabón). El fundador de Mazaca-Eusebia le dio una constitución griega de carácter arcaizante. Estrabón*[1] nos dice que era gobernada por las leyes de Carondas y tenía un intérprete oficial especial para ellas, una especie de jurisconsulto o experto constitucional. Nisa, si realmente fue otra ciudad dinástica de Ariarates como se ha sugerido, tuvo quizá un carácter semejante.

Otras ciudades grandes y pequeñas adoptaron también constituciones griegas y asumieron un aspecto más o menos griego. Así ocurrió con Tiana. El descubrimiento en esta ciudad de un catálogo de gimnasiarcas del siglo II a. de J. C., dedicado a Hermes y Heracles por la salvación de Ariarates VI Epífanes hace muy probable que la ciudad tuviese una especie de organización política griega, probablemente desde la época de Ariarates V*[2].

Finalmente, tenemos la interesante inscripción de la ciudad de Anisa, una de las ciudades cuyo nombre apareció en las monedas dinásticas de principios del siglo III a. de J. C. Es un decreto de la ciudad que lleva la fecha del año 7 y el mes macedonio *dius* (siendo el año 7, sin duda, de acuerdo con la práctica seguida en estas monedas, el año del reinado de uno de los últimos ariarátidas, no el año de la era pompeyana u otra desconocida); el decreto es en honor de un distinguido ciudadano de Anisa, que fue a la capital, Eusebia, e hizo valer, ante el administrador supremo (ἀρχιδιοικητής) del reino y el gobernador real de la ciudad (ἐπὶ τῆς πόλεως), la reclamación de la ciudad a una herencia litigada de un hombre que había muerto intestado (ἀκληρονόμητος). La ciudad poseedora de una constitución regular griega, tiene festivales griegos —Διὸς Σωτήρια y Ἡράκλεια— y goza de los derechos de una persona jurídica y sus propiedades. Sin embargo, no se le llama πόλις, sino πολίτευμα, y en muchos aspectos depende de los funcionarios reales. Su posición era la misma que la de Uruk de Babilonia, Seleucia del Euleo y Dura-

---

*[1] Estrabón, XII, 2, 9, pág. 539.
*[2] *S. E. G.*, I, 466.

Europos del Éufrates, cuando eran ciudades del reino parto. Debe notarse que los ciudadanos de Anisa usan indistintamente nombres griegos y locales.

La urbanización de Capadocia, con el tipo griego de vida económica que implica, duró poco tiempo. Anisa, como Morima, se pierde de vista. Estrabón no las conoce. Quizá aparecerán algún día bajo otro nombre, como Mazaca, que después se llamó Cesarea. No sabemos si su desaparición se debe a la actividad de la línea siguiente de reyes con el nombre dinástico de Ariobarzanes, o a la absorción de centros urbanos pequeños por los grandes. Puede citarse una renovación de la urbanización poco antes de la anexión romana bajo Arquelao. Pero incluso bajo el gobierno romano (desde 17 a. de J. C.) Capadocia aún aparece fundamentalmente como un país limítrofe oriental del imperio romano (120).

B) *EL IMPERIO SELÉUCIDA Y SUS VECINOS*

Después de sus días de grandeza y gloria bajo el gobierno de los primeros seléucidas y después del renacimiento espectacular en la época de Antioco III, que continuó a pesar de la victoria romana sobre Antioco, bajo sus sucesores, Seleuco IV y Antioco IV, el reino seléucida, bajo los sucesores de Epífanes, sufría un estado de decadencia política gradual. Luchas dinásticas continuas, ruinosas y sin objeto, minaron poco a poco la fuerza militar y financiera de los últimos seléucidas y dejaron a Siria desamparada contra sus enemigos exteriores, contra la desintegración interior y contra la ola oriental cada vez mayor, que amenazaba su existencia misma.

En Oriente, los PARTOS avanzaban con paso firme, a pesar de todos los esfuerzos de los seléucidas. Ocuparon gradualmente los países iranios y finalmente, bajo Mitrídates I, establecieron su mando en las riberas de los dos ríos, en Babilonia y Mesopotamia. Su avance ulterior fue frenado temporalmente, en parte por el crecimiento de Armenia, que alcanzó su cúspide en la época de Tigranes I, y en parte por sucesos, desconocidos para nosotros, acaecidos dentro del reino parto y en sus fronteras del Norte, Oriente y Sur.

En el Sur, JUDEA, bajo los Macabeos, estaba metida en una larga y sangrienta lucha con los seléucidas. Con éxito en lo principal, esta lucha aseguró a Judea y a sus nuevos gobernantes

primero una autonomía casi completa y después una independencia política sin trabas. El nuevo reino, bajo el mando de algunos capaces descendientes de Judas, se embarcó en una política imperialista y llegó a ser por algún tiempo uno de los estados más fuertes del Oriente Próximo.

Los vecinos de Judea, los ÁRABES NABATEOS, aprovecharon igualmente su oportunidad. Los reyes nabateos demostraron su capacidad construyendo con firmeza su imperio en el Sur, Este y Norte. Su principal objetivo era, sin duda, conseguir el dominio de las principales rutas caravaneras del desierto arábigo que relacionaban el sur de Arabia, a través de Petra, con Gaza en Egipto por un lado, y con Damasco y las ciudades fenicias por otro, y los que conducían desde Gerra y la costa norte del golfo Pérsico, a través del desierto, a Petra y Bostra respectivamente, los dos centros más importantes del Estado nabateo. Al mismo tiempo desarrollaron los recursos naturales de su país.

Entre el imperio parto y Siria, los árabes del desierto sirio continuaron una vida casi independiente. Algunas de estas tribus que vivían en estrecha proximidad a algunas colonias militares macedónicas importantes lograron establecer su dominio sobre varias ciudades grecomacedónicas. La ciudad de Edesa-Orroe-Antioquía, en el Calirroe, estaba gobernada por los árabes osroenos, con su propia dinastía —la mayoría de los reyes tenían el nombre de Abgaro— desde 130-127 a. de J. C. en adelante. Esto fue probablemente consecuencia de la situación revuelta que dominaba cuando Mesopotamia fue ocupada por los partos. Mucho más cercana a los centros principales de la Siria seléucida, en Emesa, cerca de Aretusa, la tribu de los emesenos tomó posesión de la ciudad e hizo a sus jeques gobernadores del nuevo Estado. En la época de Pompeyo la dinastía de Sampsiceramo y Yámblico estaba ya firmemente establecida. Desconocemos su historia anterior. Tenemos testimonios posteriores (de la época de Craso) de la existencia de algunas pequeñas monarquías similares indígenas o tiranías griegas en otras ciudades. También desconocemos su historia anterior. Algunas de estas monarquías de juguete (por ejemplo, Emesa) dependían nominalmente del imperio seléucida, y la mayoría (por ejemplo, Edesa) de Partia.

Otro estado indígena —el de los ITUREOS— se estableció en Celesiria, entre el Líbano y el Antilíbano. Su capital era Calcis, ὑπὸ τῷ Λιβάνῳ y su segunda capital Heliópolis. Esteban de Bizancio habla de un tal Mánico, árabe, fundador de una dinastía

de jefes indígenas en Calcis. En la época de Pompeyo el gobernante era Tolomeo, hijo de Meneo, itureo helenizado que emitió moneda propia y legó el mando a sus descendientes.

Finalmente, en el Norte, COMAGENE aseguró su independencia, primero por corto tiempo entre 140-130 a. de J. C., y después de un modo permanente, a partir de 96 a. de J. C.

El progreso gradual de la desintegración de Siria sobre la que nuestras escasas y dispersas fuentes proyectan muy poca luz, no puede ser tratada aquí en detalle. Baste decir que mientras al principio fue lenta, progresó rápidamente en las últimas décadas del siglo II y primeras del I a. de J. C. No faltaron intentos de restaurar la unidad del reino seléucida. Los mismos seléucidas hicieron grandes esfuerzos. Todos fueron abortados por la lucha dinástica, fomentada por los romanos. Después la tarea fue reanudada por los rivales más fuertes de los seléucidas. Es muy probable que los partos lo tuvieran presente en la época de Mitrídates II. Tigranes I, en la atmósfera que llevó a las guerras mitridáticas, logró por algún tiempo unir a casi toda Siria bajo su mando. Los esfuerzos partos fracasaron a causa de la intervención de los romanos. Éstos no toleraban la existencia de ningún Estado sirio fuerte (121).

Así, el Estado sirio fue poco a poco reducido a un territorio que comprendía Tetrápolis —su núcleo—, Fenicia y lo que quedaba de Celesiria y Cirréstica. Sin embargo, incluso en este territorio limitado se extendía como el fuego la tendencia a dividirse en fragmentos autónomos separados. Los sátrapas de los reyes adoptaron la actitud de señores feudales. Minúsculos dinastas establecieron su gobierno en varias ciudades, probablemente con el consentimiento de los reyes. Pompeyo puso fin a algunos. Otros se mantuvieron durante más tiempo. Nuestra información, sacada en su mayor parte de Flavio Josefo y Estrabón, nos recuerda en general las condiciones que predominaban en la época de Pompeyo. Tenemos noticia, por ejemplo, de una tiranía en Lisias, cerca de Apamea; de Beroea, con Bambice, y Heraclea, repetidas veces en manos de tiranos, primero durante el reinado de Gripo, y después, en 88 a. de J. C.; del gobierno de tiranos en distintas ciudades fenicias, Biblos, Trípoli, Tiro, Dora, Estratono, Pirgos, Gaza, y en Filadelfia y Gamala, de Transjordania (122).

Además, casi todas las ciudades importantes del reino reclamaban libertad política y la obtenían de los reyes cada vez en

mayor extensión. El final del proceso era otorgar la «autonomía», que en Siria significaba prácticamente casi independencia política completa. Un estudio de las monedas de las ciudades nos permite seguir los pasos por los que se llegó a esta autonomía: del cobre real acuñado por las ciudades, al cobre autónomo, y del cobre autónomo, a la plata autónoma; estos cambios marcan los pasos que llevaron desde el gobierno autónomo a la independencia política. A la acuñación de plata autónoma correspondía, en las relaciones internacionales, la inclusión de las ciudades autónomas en los tratados internacionales, y notificaciones especiales a las potencias extranjeras referentes al nuevo estado de las ciudades autónomas, esto es, casi independiente.

No puedo tratar aquí con pormenor la muy interesante historia de las ciudades autónomas de Siria. Esto ha sido hecho varias veces y con gran cuidado. Me limitaré a algunas notas generales que tienen relación con el tema de este libro, y a algunos ejemplos.

En la mayoría de los casos el otorgamiento de la autonomía completa era precedido por el reconocimiento de una ciudad dada como ἱερα y ἄσυλος (en algunos casos tenemos un avance del título ἱερά en el de ἱερὰ καὶ ἄσυλος). Los eruditos modernos han compilado listas de ciudades reconocidas por los reyes como «santas e inviolables», y no necesitamos repetirlas aquí. Observaré solamente que en ninguno de los reinos helenísticos la concesión de *asylia* a las ciudades fue tan frecuente como en el final de la monarquía seléucida, y en ninguno la *asylia* presenta rasgos tan peculiares.

He tratado antes de la *asylia* como una de las instituciones internacionales griegas más interesantes, y he señalado el papel social y económico que desempeñó en el mundo helenístico en los siglos III y II a. de J. C. Su extensión se debe a la gran inseguridad de la vida, típica de la época. Se empleó como medio de neutralizar esta incertidumbre, como una especie de seguro internacional contra ella.

En Siria la posesión del derecho de *asylia* por algunas ciudades, casi todas ciudades comerciales de la costa, pudo haber tenido, como se ha sugerido recientemente, el mismo significado, y tal vez fue conseguida por los mismos medios que en el resto del mundo helenístico. Las ciudades pudieron haber tratado de protegerse de esta manera de los ataques de ciertas potencias extranjeras, incluyendo a los piratas, sus más temibles enemigos.

Por medio de embajadas especiales requerirían a sus posibles enemigos, ciertamente con el permiso y aprobación del rey, a reconocer su *asylia.* Tal pudo haber sido el procedimiento e implicaciones. Pero debe destacarse que esta opinión es muy hipotética, basada solamente en un hecho positivo: el que todas las ciudades en posesión de la *asylia,* como lo atestiguan las monedas, eran ciudades marítimas. Esto lleva consigo algunas graves dificultades. Dado que los enemigos más peligrosos de las ciudades marítimas eran los piratas, significaría que éstos eran tratados por las ciudades sirias, e implícitamente por los reyes sirios, como un cuerpo político legalmente reconocido, hecho no atestiguado en nuestras fuentes. También significaría que los piratas, quizá por un importante estipendio, se inclinaban a aceptar el trato y a obligarse por sanciones religiosas, hecho, por otra parte, sin atestiguar.

Sea como fuere, el reconocimiento de su «santidad» e «inviolabilidad» por los reyes, aun sin las problemáticas implicaciones internacionales, pudo haber traído consigo importantes privilegios para las ciudades y pudo haber así aportado una importante mejora de la situación. En las condiciones revueltas del último período seléucida, las ciudades, duramente oprimidas por las exacciones tributarias y la jurisdicción arbitraria de los reyes, vieron que su salvación estaba en obtener por algún medio la exención completa o parcial de estas exacciones y jurisdicción reales. El reconocimiento real de la ciudad como ἱερά y ἄσυλος pudo haber evitado estas exigencias. Al ser «santa», la ciudad quizá adquiriese ciertos privilegios respecto a la tributación real; al ser *asylos,* quizá quedase exenta de la jurisdicción real. Además, se transformaba en lugar de refugio para todos los que, ricos y pobres, eran perseguidos y oprimidos política o financieramente por el rey y sus agentes. Significaba para la ciudad un aflujo de capital, un aumento de población (esto es, fuerza militar) y abundancia de trabajo barato. El otorgamiento de *asylia* pudo haber sido, pues, un factor económico importante en la vida de las ciudades sirias.

Es natural que las ciudades usaran todos los métodos a su disposición para alcanzar el reconocimiento por parte de los reyes de «santidad» e «inviolabilidad». Un método muy probable fue ofrecer la compra de la *asylia* a un buen precio. Los reyes accedían a las demandas. Eran demasiado débiles para resistir a las ciudades que aún eran ricas y poseían en algunos casos

una fuerza militar considerable. Además, el dinero pagado por la compra por parte de las ciudades era, sin duda, la gran ayuda para los reyes en sus crónicas dificultades financieras. Así, la *asylia* se extendió por toda Siria y Fenicia.

El paso siguiente a la *asylia* era, pues, el reconocimiento de una autonomía más o menos completa. De la «santidad» a la «inviolabilidad», de la «inviolabilidad» a la «autonomía» era, como he dicho, un progreso característico de la historia de muchas ciudades sirias (123). Aquí damos unos cuantos ejemplos típicos.

SELEUCIA DE PIERIA era una de las ciudades más ricas y fuertes de Siria. Bajo los Tolomeos gozó de un cierto grado de autonomía, quizá mayor que el de otras ciudades tolemaicas. Cuando volvió a ser una ciudad seléucida, los seléucidas (como hemos visto en el caso de Seleuco IV) mostraron gran interés por ella. De Demetrio II recibió el título de «santa» (hacia 145 a. de J. C.), y un poco más tarde el de «santa e inviolable», probablemente de Trifón (ciertamente antes de 138 a. de J. C.). Finalmente, en 109 a. de J. C. recibió la libertad (ἐλευθερία) de Antioco Gripo. Esto fue anunciado por cartas escritas por Gripo a Tolomeo IX, Alejandro I y a los romanos. Parte de esta correspondencia fue publicada en Pafos de Chipre. Desde 109 antes de J. C. usaba Seleucia su propia era, y desde 108 acuñaba plata en grandes cantidades.

Un fenómeno interesante, en la misma esfera, es la formación de una liga monetaria de Tetrápolis a mediados del siglo II antes de J. C. Esta liga emitía monedas con la inscripción ἀδελφῶν δήμων (124).

Aún más fuerte fue la tendencia al separatismo en las ciudades fenicias. La situación geográfica de ÁRADOS y MÁRATOS, las ciudades más septentrionales de Fenicia, y por consiguiente, los más peligrosos rivales de Seleucia y Laodicea de Siria, les daban una posición peculiar entre estas ciudades. Eran prácticamente independientes en la época en que Tolomeos y seléucidas se dividían entre sí el gobierno de la costa siria, fenicia y palestina. Mantuvieron su semindependencia durante el gobierno seléucida, habiendo recibido Árados de Seleuco Calínico el derecho de *asylia*. En el período que consideramos, Árados y Máratos acuñaron grandes cantidades de plata. La moneda de Árados, de un sistema especial, fue particularmente abundante entre 137 y 45 a. de J. C., mientras Máratos usaba el sistema ático, acuñando sin interrupción probablemente hasta 64 a. de J. C. (125).

Un poco después que Árados, TIRO recibió de Epífanes el derecho de *asylia*. A partir de 125 a. de J. C. Tiro gozó de autonomía completa. En esta época su plata era abundante y excelente, y en ocasiones también acuñó oro. Las monedas Τυρίου κόμματος eran muy apreciadas en toda Siria y tenían una amplia circulación; conservaron su reputación durante mucho tiempo. Las otras ciudades fenicias, Biblos, Sidón, Trípoli, Ace y Ascalón, se hicieron autónomas algo más tarde, la mayoría de ellas después del 111 a. de J. C., habiendo recibido previamente el derecho de *asylia*. En el caso de Tiro sabemos que la ciudad pagó en dinero su autonomía. Otras ciudades, las que conservaban su constitución libre y las que prefirieron otro tipo de autonomía, el gobierno de tiranos (veáse pág. 917), no es improbable que hicieran lo mismo (126).

Siendo autónomas, a veces las ciudades arreglaban sus disputas entre sí, sin acudir a los reyes. Sabemos cómo Árados organizó una traicionera conjura contra su vecina Máratos. La conjura fracasó. Sin embargo, Estrabón dice positivamente que Máratos fue destruida por Árados y su territorio dividido entre los aradios. Si esto es verdad, Estrabón sacó su información de alguna fuente literaria de fines del siglo II a. de J. C., contemporánea de la destrucción de Máratos. No ofrece duda que la ciudad fue pronto restablecida a su antiguo esplendor, ya que no hay una interrupción larga y notoria en las emisiones de sus monedas de plata (127). Posidonio recuerda otra guerra entre ciudades, esta vez dos ciudades del núcleo del reino seléucida. Con fino humor describe cómo, hacia 142 a. de J. C., estalló una guerra regular entre Apamea, capital militar de los seléucidas, y su vecina y dependiente Larisa. Los macedonios, dice Posidonio, tomaron sus espadas y lanzas oxidadas, se calaron sus cascos (o sombreros) con viseras, y avanzaban a la manera de un *komos* dionisiaco seguidos por burros cargados con vino, alimentos e instrumentos musicales (128).

En esta atmósfera de anarquía y lucha interna continua, los seléucidas, además, se vieron envueltos en guerras con sus hereditarios enemigos, los Tolomeos.

No es extraño que en estas condiciones la rapiña se hiciese endémica en el reino, y la piratería floreciese en el mar. Incluso Pompeyo fue incapaz de restablecer el orden. Las montañas de la costa y algunas ciudades marítimas ofrecían refugio a los piratas. En las cuevas próximas a las rutas caravaneras, bandas de ladrones profesionales aguardaban a las caravanas. Otras

tribus preferían robar a los paisanos de las fértiles llanuras de Siria. Estrabón, que anota con cuidado las distintas fortalezas y refugios de estos bandidos, menciona, por ejemplo, los ladrones que infestaban el rico oasis de Damasco y los que pillaban los valles de Celesiria (129).

La desintegración política y la creación de nuevos estados independientes en los fragmentos del imperio seléucida no llevó consigo la orientalización total de estos fragmentos ni un cambio radical en su vida económica y social. Debe recordarse que la larga dominación de los seléucidas y, en algunas partes del último imperio seléucida, de los Tolomeos, es decir, de macedonios y griegos, tuvo como consecuencia una helenización de largo alcance, por lo menos de las clases superiores de la población indígena. Los «helenos» de Siria incluían ahora muchos indígenas, especialmente habitantes de ciudades, indígenas que hablaban griego, se habían hecho helénicos en su modo de vida y daban a sus hijos una educación griega. Sabemos que éste era el caso de Palestina en la época de Epífanes, y podemos suponer que Palestina no era una excepción. La civilización griega y el modo de vida griego eran considerados por esta clase de indígenas como una cultura preeminente y como una forma más alta de vida (130).

Cuando la anarquía política en el imperio seléucida y el renacimiento nacionalista en los límites del país reemplazaron al gobierno de los seléucidas por el de las dinastías indígenas, los nuevos gobernantes no fueron ciertamente hostiles a la cultura griega como tal. La mayoría de ellos pertenecían a las clases superiores helenizadas de la población indígena. Los que no lo eran, pronto aprendieron a apreciar los beneficios de esta cultura. Nunca pensaron en desarraigarla de sus reinos y en reemplazarla por algo completamente distinto. De hecho, todos eran más o menos filohelenos, como sus contemporáneos en Bitinia, Ponto y Capadocia. Su objeto no era crear estados de un nuevo tipo ni volver a las condiciones que predominaban en el Oriente Próximo antes de Alejandro. De hecho, no sabían nada de aquellas condiciones. Habían crecido y se habían educado en una atmósfera diferente, y esta atmósfera era helenística.

No ha de sorprendernos, pues, que los estados que crearon fueran de cuño helenístico, reproducciones e imitaciones de la gran monarquía seléucida, como sabemos que ocurrió en muchos de los nuevos estados, si es que no ocurrió en todos.

COMAGENE puede tomarse como ejemplo. Los nuevos reyes indígenas de este país, pequeño pero rico, tenían genealogías construidas para ellos por algunos de sus ayudantes griegos, relacionándolos con los gloriosos aqueménidas y seléucidas, y a través de éstos con Alejandro. El heroón monumental erigido por uno de ellos en la cima del Nemrud-Dagh y las elaboradas inscripciones griegas colocadas por él en este y otros santuarios, son fieles ilustraciones de la nueva civilización y la nueva mentalidad a un tiempo griega y oriental, de la que los reyes pónticos y capadocios ofrecen algunos ejemplos similares. La acuñación de bronce de los reyes de Comagene, continuación de la moneda seléucida, muestra la misma fusión de influencias. Ha de tenerse en cuenta que sus nombres de los reyes eran Mitrídates o Antioco.

No sabemos cuánto contribuyó la dinastía de Comagene a la urbanización de su propio país. A fines del siglo I (69-34 a. de J. C.), la estructura del país era principalmente feudal y rural. En la famosa inscripción de Nemrud-Dagh, Antioco habla del rey de los dinastas (señores feudales de tipo iranio), de los sacerdotes y de los ἄρχοντες, es decir, los magistrados de las ciudades*[1]. Ha de observarse que los ἄρχοντες vienen al final. En la vida social y económica del país, al lado del rey y de los señores feudales desempeñaban un papel muy importante los templos y los pueblos; algunos de estos últimos eran asignados a los templos por el rey*[2]. Las ciudades eran tratadas por el rey exactamente de la misma manera que los pueblos*[3]. Las inscripciones de Nemrud-Dagh y otras del reino apuntan, en su tenor general, a una vida rural, agrícola y pastoril, con una vida ciudadana muy poco desarrollada (131).

No hay duda de que si supiéramos más de las dinastías itureas o emesenas, o incluso osroenas, encontraríamos aproximadamente el mismo cuadro. Tolomeo, hijo de Meneo, tetrarca y archiereo de CALCIS, emitió moneda griega regular. Sus monedas (85-44 a. de J. C.) llevan la cabeza de su dios Zeus en el anverso, y su nombre y título, emparejados con distintos dibujos religiosos y políticos, en el reverso. Su hijo Lisanias reemplazó la cabeza de Zeus por su propio retrato (132).

---

*[1] *O. G. I.*, 383; Jalabert et Mouterde, *Inscr. gr. et lat. de la Syrie,* I, núm. 1, líns. 171 y sigs.; cf. lín. 228.

*[2] Ibíd., líns. 191 y sigs.

*[3] Ibíd., líns. 94 y sigs.

Cerca de Emesa, en el monte Hermel, aún está en pie un monumento majestuoso, excavado recientemente de modo completo y restaurado por el Servicio Sirio de Antigüedades. Los excavadores de este monumento (una pirámide con base cuadrada, de dos pisos, adornada con interesantes bajorrelieves) no han descubierto ninguna cámara sepulcral ni encima ni debajo del suelo. Sin embargo, pudo haber sido un monumento funerario. La construcción es bella e impresionante (véase lám. XCV); presenta una mezcla de elementos griegos y orientales, tanto en arquitectura como en ornamentación escultural, con escenas de caza de un carácter peculiar, en las que se ven los animales cazados y las armas de los cazadores, pero no a estos últimos. Es lamentable que haya desaparecido la tablilla de bronce, con una inscripción, que adornó la fachada del monumento, porque, sin duda, nos habría contado por quién fue construido el monumento y a qué período pertenece. Tal como está, quedamos reducidos a conjeturas, y lo más probable es que haya sido erigido por uno de los reyes emesenos de la última época helenística, un excelente paralelo del *temenos* funerario de Antioco de Comagene.

Muy parecido a la pirámide del monte Hermel es el monumento sepulcral, un mausoleo real construido para sí mismo por el último Sampsiceramo en la misma Emesa antes del 78-79 antes de J. C. Por desgracia, el monumento, que estaba aún intacto en el siglo XIX, ha sido destruido de una manera vandálica en nuestra época «civilizada». Sus ruinas muestran una vez más una mezcla de elementos griegos y orientales en arquitectura y decoración. Un ejemplo de esto es el estilo de incrustación de la decoración del muro, que ahora sabemos que es un rasgo del arte babilónico, como lo demuestran, por ejemplo, los restos de la decoración de las paredes en el palacio de los reyes de Mari (Tell Harir) (133).

Es interesante la historia de los Macabeos y los asmoneos en JUDEA. Ya me he referido (véanse págs. 703 y sigs.) a la política de Epífanes respecto a Judea. Esta política llevó a una feroz revuelta contra el gobierno sirio y el helenismo, dando finalmente por resultado la creación de un Estado judío independiente. Sin embargo, este Estado distaba de ser una restauración del antiguo Estado judío. En manos de los últimos asmoneos llegó a ser una adaptación del Estado seléucida a la vida y religión de los judíos. Podemos ver una ilustración de esto en las monedas asmoneas, que empiezan con Juan Hircano (135-106 a. de J. C.).

Los tipos de estas monedas imitan los del reino seléucida. No menos características son las tumbas del último período asmoneo en Jerusalén y otras partes de Palestina: imitaciones completamente helenizadas de formas más antiguas de enterramiento, con entradas helenísticas y a veces con un mausoleo helenístico. El ejemplo más antiguo y más famoso es el mausoleo construido para Jonatán en Modein y descrito por Josefo*. Los sucesores de los asmoneos, los idumeos, desarrollaron mucha mayor actividad y nos han dejado más monumentos. Pero no fueron los primeros en helenizar su reino política y socialmente (134).

Más allá de Palestina, los NABATEOS desarrollaron su reino (desde 169 a. de J. C.) según los mismos principios. Astutos comerciantes, eran al mismo tiempo pastores expertos y cultivaron su territorio todo lo que pudieron. También pudieron haber heredado de sus predecesores la explotación de las minas de cobre y hierro de Edom (véase cap. VIII). Los reyes helenizados de la dinastía nabatea en el siglo II y principios del I a. de J. C. desarrollaron su reino naciente según los modelos helenísticos, quizá con una ligera mezcla de elementos partos. La administración de los dominios extranjeros era helenística. También era en parte helenística su moneda, que empezó bajo Aretas III el Filoheleno (87-62 a. de J. C.); por ello adoptaron el sistema tolemaico. Las inscripciones griegas y los tipos de sus monedas no son diferentes de los de otras dinastías helenísticas del antiguo reino seléucida.

La antigua fortaleza roquera de Petra, la ciudad de las cuevas y santuarios en la roca, fue transformada por los reyes de la dinastía nabatea en una ciudad típicamente helenística, con una hermosa calle principal y varios edificios religiosos y públicos. El templo conocido por el nombre de Kasr Firaun (su fecha exacta es discutida), por ejemplo, es helenístico, y lo mismo el hermoso heroón o tiqueón de El Jazne (las fechas que se le asignan varían considerablemente). Son escasos los hallazgos menores en la ciudad de Petra. Los más notables son ejemplares de un tipo peculiar de cerámica, continuación de una cerámica local más antigua bajo la fuerte influencia de la *terra sigillata* siria contemporánea y con elementos sacados de la cerámica pintada helenística de Egipto y Asia Menor (por ejemplo, los vasos de Hadra y los *lagynoi*) (135).

---

* Nótese el carácter puramente helenístico de la decoración pintada de las tumbas de Marisa de los siglos II y I a. de J. C., lám. LVIII.

Estando ellos mismos helenizados, los nabateos contribuyeron a la rápida helenización de sus clientes y compañeros de negocio, los SABEOS e HIMIARITAS del sur de Arabia. Tenemos testimonios de esta helenización, por ejemplo, en un interesante hallazgo habido en 1933 en el interior de la Arabia meridional, al sudeste de la capital, Senaa, en la provincia de Caulán y ahora en posesión del imán Yahya, rey del Yemen. Una bonita cabeza de bronce que forma parte de este hallazgo fue regalada hace poco por el imán Yahya al rey Jorge, y está ahora en el Museo Británico (véase lám. XCVI). Algunos de los objetos de bronce incluidos en el hallazgo llevan inscripciones sabeas e himiaríticas, y sin duda fueron fabricados en el sur de Arabia; pero la cabeza de bronce tiene tal parecido con las monedas nabateas del siglo I antes de J. C., que podemos considerarla importada del reino nabateo. Todos los objetos, incluyendo los fragmentos arquitectónicos, muestran una fuerte influencia helenística (136).

El ejemplo más fuerte del prestigio del imperio seléucida es el REINO PARTO. De origen iranio en el carácter de su gobierno central y en la organización social del pueblo gobernante, heredó una gran parte del imperio seléucida, y con ella sus subdivisiones, su administración, su organización financiera, su estructura social y económica y su moneda. Herederos de los seléucidas, los arsácidas no alteraron la organización de las provincias que heredaron, sino que las dejaron intactas. En beneficio de estas provincias continuaron la acuñación de los seléucidas, usando los mismos tipos con ligeras modificaciones, leyendas similares en griego, el mismo tipo y el mismo sistema de datación. El único cambio fue la aparición en las monedas de sus retratos y nombres, y quizá, en algunas monedas, la sustitución de la era seléucida por la era arsácida (137).

Lo que se dice de Partia se puede aplicar igualmente al REINO ARMENIO, también antigua satrapía seléucida. La dinastía armenia emitió moneda (desde el siglo II a. de J. C.) parecida a la de Capadocia, con leyendas griegas y retratos de los reyes. El más emprendedor de los reyes armenios, Tigranes I (97-56 antes de J. C.), durante su breve mando sobre Siria, se aproximó a sus predecesores seléucidas muy de cerca en la forma de su moneda. Es bien conocido su filohelenismo. Su capital —Tigranocerta— fue pensada para ser una segunda Antioquía y una ciudad semigriega. Se formó según el antiguo plan helenístico del sinoicismo (138).

La desintegración de Siria no llevó, pues, consigo cambios radicales en las condiciones sociales y económicas que habían predominado en los nuevos reinos antes de que se hicieran independientes. Las ciudades griegas siguieron siendo el fundamento de la riqueza y la prosperidad de los nuevos gobernantes. Los macedonios y griegos de las ciudades ya no formaban, con exclusión de las otras razas, la clase dirigente de la población, aunque ciertamente fueron una clase privilegiada. Las ciudades conservaron su antiguo sistema político, es decir, un cierto grado de autonomía. No fueron molestadas en lo que se refiere a sus cultos y a su educación intelectual. Conocemos esto con certeza por lo que se refiere a dos de las ciudades macedónicas que formaron parte del reino parto: Dura-Europos del Éufrates y Seleucia del Euleo (Susa).

DURA-EUROPOS, como se sabe por sus numerosas inscripciones y pergaminos de los últimos años del siglo I y de los siglos I y II después de J. C., presenta los rasgos típicos de una colonia macedónica. Su magistrado principal durante la dominación parta era el *estratego* (probablemente, en su origen, nombrado por elección), que al mismo tiempo era *epístate* (gobernador o representante real, probablemente nombrado por el rey). Este cargo, en Dura y en la época parta, parece haber sido hereditario en una misma familia macedónica aristocrática. El origen de este cargo es oscuro. Pudo haber sido una innovación del régimen parto o heredado por los partos del último período seléucida, cuando se establecieron cargos hereditarios parecidos, al estilo de las tiranías en varias ciudades griegas, probablemente con vistas a una protección más eficiente contra los ataques de los vecinos. No podemos decir si Europos tuvo una bulé y una asamblea popular en la época parta y finales de la seléucida.

El magistrado principal de la ciudad estaba subordinado al gobernador parto de la provincia, cargo heredado de los seléucidas por los partos. El representante principal del gobernador provincial de la ciudad pudo haber sido el comandante de la guarnición parta, un frurarca en la terminología seléucida. Pero no es seguro que estuviese estacionada permanentemente una guarnición parta en Europos y en otras ciudades del imperio parto. En época normal, la ciudad probablemente estaba protegida por la milicia local bajo el mando del estratego-epístate. Había otros oficiales reales en la ciudad. Jueces reales (βασιλικοὶ δικασταί, véase cap. IV, pág. 274) presidían los tribunales organizados según el modelo griego, otra herencia de la época seléucida.

Eran nombrados por el rey y pertenecían a familias macedónicas locales. Algunos oficiales reales menores quizá mirasen por los intereses de la corona en el campo de la tributación (por ejemplo, los creofilaces). Otros funcionarios menores pueden haber pertenecido a la administración municipal y no a la real, estando subordinados al estratego. Sacerdotes epónimos de los cultos municipales griegos (entre ellos, cultos dinásticos seléucidas), que eran miembros de las familias macedónicas, estaban encargados de las observancias religiosas.

No hay razón para suponer que los partos privasen a la ciudad de su gran territorio con sus numerosos pueblos indígenas. Muchos documentos de la época parta hallados en Europos, y guardados, a lo que parece, en los archivos de la ciudad, no se refieren a los negocios de los ciudadanos de esta ciudad, sino a los de los habitantes de algunos pueblos. Uno de estos pueblos era Paliga, un establecimiento y fortaleza importante, lejos de Dura, en la desembocadura del Jabur. Es evidente, pues, que la Europos parta siguió siendo el centro de un gran distrito agrícola. Además, es cierto que los partos no se inmiscuyeron en los derechos de propiedad de los ciudadanos de Europos. Puede añadirse que no hubo cambio en las formas de la vida económica o, probablemente, en las leyes civiles. Siguieron siendo en la Europos parta lo mismo que en la época seléucida.

Los cambios importantes en la vida económica y social de la Europos parta no se debieron a ninguna acción por parte del gobierno parto. Fueron resultado del diferente aspecto económico de las regiones siromesopotámicas, de que hablaré ahora. Estos cambios afectaron a Europos porque ésta en la época parta no fue sólo centro de un distrito agrícola floreciente y de industria local, sino que también llegó a ser un centro menor del comercio caravanero y una de sus estaciones fronterizas dominadas por la nueva ciudad de Palmira, cada vez más importante en el comercio de caravanas. Este cambio en el papel de Europos fue causa de su creciente prosperidad, reflejada en el tamaño y esplendor de sus edificios religiosos y civiles, y de su orientalización gradual pero firme. Debemos recordar que el comercio de caravanas en esta época estaba en manos, no de macedonios de la ciudad, sino principalmente de mercaderes orientales. Los macedonios formaban aún el estrato superior de la población de Europos, pero compartían su posición social con muchas familias ricas de nacionalidad semítica (139).

Todavía más próximos al modelo griego del pasado fueron la constitución y modo de vida de SELEUCIA DEL EULEO, como se sabe por varios documentos de los siglos I y II a. de J. C. y I después de J. C. La constitución ciudadana del siglo I d. de J. C. fue, con toda probabilidad, exactamente la misma que había sido en la época seléucida. Dos arcontes, un tesorero y probablemente otros magistrados eran elegidos por el *demos*. Es probable la existencia de una bulé. La juventud de la ciudad se educaba a la manera griega. En el siglo I a. de J. C., un tal Nicolao, macedonio (?) y ciudadano distinguido de Seleucia, vencedor en los *agones* griegos, era gimnasiarca de la ciudad y construyó un estadio para ella. Igualmente tenemos testimonios de la existencia de un gimnasio y de juegos ciudadanos en Babilonia en el año 111 antes de J. C. No cambió la vida mercantil. Se publicaron documentos de manumisión de la misma manera que antes, y la forma de manumisión siguió siendo la misma. Finalmente, dos inscripciones honorarias en verso del siglo I d. de J. C. atestiguan el hecho de que los descendientes de los antiguos colonos de Seleucia estaban todavía en posesión de los κλῆροι de sus antepasados (140).

La misma persistencia de tradiciones helenísticas está ilustrada por los interesantes hallazgos realizados en Shami, pueblecito cercano a Malamir, unos 100 kilómetros al este de Susa. La cuidadosa exploración de un templo de época helenística y parta por sir Aurel Stein demostró que era un santuario adornado con estatuas de bronce de los gobernadores helenísticos (véase cap. IV, nota 237) y de altos dignatarios partos. Una estatua casi intacta de uno de los últimos (ahora en el museo de Teherán, véase lám. XCVIII) ilustra admirablemente las inscripciones en verso de Susa* grabadas en la base de una imagen de bronce de Zamaspes, estratiarca y sátrapa de Susa. Es interesante saber que la cabeza de la estatua de Shami fue importada de Susa, donde probablemente fue también hecha, mientras que el cuerpo es de manufactura local (141).

Por consiguiente no cambió la vida en Europos, Babilonia y Seleucia en la época parta. La única diferencia consistió en que las ciudades no obedecían ahora las órdenes de un gobernador —sátrapa o estratego— seléucida, sino las de un arsácida, no las de un griego, sino las de un iranio. Sin embargo, no había

---

* *S. E. G.*, VII, 13.

nada que impidiese a los ciudadanos ser honrados por el rey parto con títulos cortesanos de tipo seléucida y de llegar a ser miembros del estado mayor real administrativo.

Lo que decimos de Partia puede decirse también, sin duda, de otras monarquías semihelenísticas de la época en que tenían ciudades griegas dentro de sus fronteras. Es lamentable que sepamos tan poco de las ciudades griegas incorporadas al reino asmoneo de Judea. Algunas fueron destruidas por Juan Hircano y Alejandro Janeo. Pero no tenemos noticias de ningún intento por parte de los asmoneos de suprimir la vida griega en Palestina, y, siendo así, no hay razón para suponer que intervinieron en sus constituciones y su organización social y económica. Los nabateos y armenios no lo hicieron.

Nuestra escasa información no nos permite formarnos una opinión segura respecto al efecto de las condiciones políticas de la época sobre la prosperidad del país. Hemos visto que esta prosperidad se basaba principalmente en cuatro pilares: agricultura (incluyendo viticultura, cultivo del olivo y huertos), ganadería en gran escala, industria (particularmente en las ciudades fenicias) y comercio (comprendiendo el tráfico local, pero especialmente el comercio caravanero y marítimo).

He citado antes el pasaje de Posidonio que pinta con brillantes colores la fertilidad y la riqueza de Siria en la época de Antioco Sidetes*. La misma impresión de riqueza se ve en el relato dado por el mismo escritor de la guerra entre Apamea y Larisa a que nos hemos referido. El tono general de la descripción que Estrabón da de Siria no contradice el cuadro dado por Posidonio. Por supuesto, Estrabón menciona frecuentemente el bandidaje, los robos, pillajes y cosas parecidas, y no debemos subestimar el efecto perjudicial de este desorden sobre la vida económica de Siria. Sin embargo, insiste a menudo en la fertilidad y prosperidad agrícola de algunas regiones de Siria, y nunca habla de decadencia a este respecto. Es, pues, probable que estos fértiles territorios no hubieran sido devastados a consecuencia de la anarquía de la época. Las guerras, según parece, no eran muy destructoras, cuidando los beligerantes de no despertar la indignación de los soldados campesinos, sus antiguos y futuros súbditos, de cuyo apoyo dependían en última instancia. Los nuevos dinastas probablemente eran aún más considerados con sus súbditos y

---

* Frag. 10, *F. Gr. Hist.*, 87.

vecinos. Con toda probabilidad, su tributación no fue muy opresora (142).

Tampoco los últimos reyes de la familia seléucida se vieron necesitados y empobrecidos. Me he referido a numerosos pasajes que, por supuesto, son meras historias y divertidas anécdotas, con el fin principal de ilustrar la τρυφή de los reyes y su desmoralización; al mismo tiempo, estos pasajes muestran lo grande que era la riqueza a su disposición y cuán pródigamente la empleaban, sobre todo para sobornar a sus soldados. Volveré a llamar la atención sobre el ejército que Antioco VII Sidetes llevó a Partia con su enorme tren y todas las comodidades que el servicio de intendencia proveía para oficiales y soldados del ejército (143).

Tampoco faltaban ricos en Siria. En el momento más crítico en la vida de Babilonia, quizá en 129-128 ó 124-123 a. de J. C., Posidonio nos habla de un rico babilonio que da un banquete a Himero, tirano de Babilonia y Seleucia, y a sus trescientos compañeros. Cada invitado recibió del huésped una copa de plata que valía cuatro minas (144). Puedo citar también el banquete dado por uno de los ayudantes jefes de Antioco VIII Gripo, Heracleón de Beroea, a sus soldados, un copioso festín servido en mesas en las que se sentaban mil soldados en cada una (145).

La situación de las ciudades griegas que cayeron bajo el yugo de los reyes partos era difícil. En el momento de la conquista parta, sin duda, habían sufrido duramente. El final del siglo II y la primera mitad del I son el período más negro y miserable en la historia de Dura. No queda ningún edificio que podamos atribuirlo a él, y a duras penas se han hallado algunos objetos que pertenezcan a ella. Lo mismo puede decirse de Seleucia del Euleo. Las dos inscripciones métricas de la época de Fraates IV, antes citadas, son en honor de gobernadores del distrito y de sus asistentes por haber restaurado el sistema de riegos y con ello la fertilidad de los κλῆροι de los colonos macedónicos de aquella ciudad. El período de transición entre el gobierno seléucida y el parto fue igualmente desastroso para las dos principales ciudades de Babilonia: Babilonia y Seleucia. Sus sufrimientos fueron especialmente graves durante el gobierno del tirano Himero.

Sin embargo, mientras en conjunto la riqueza de los reyes seléucidas, aunque considerable, disminuía, y ciertas ciudades antiguamente ricas se encontraban en una decadencia temporal,

muchas ciudades del reino eran tan ricas como antes, y tal vez más. Estrabón alaba la industria de púrpura de Tiro y la gran actividad industrial de Sidón, especialmente en lo que se refiere al vidrio. Y Tiro y Sidón no eran excepciones. La misma impresión queda de lo poco que sabemos de Árados y Máratos, de Antioquía y Seleucia de Pieria, y de Berito. Fuere donde fuere la invención del vidrio soplado, lo cierto es que uno de los principales centros de su producción y exportación fue Sidón, vigoroso rival de Egipto. Puedo añadir que esta invención pudo haber ocurrido en algún momento del siglo I a. de J. C. y que la exportación de grandes cantidades de vidrio soplado siguió inmediatamente a su invención (146).

No tenemos razón alguna para suponer que disminuyese el volumen del comercio de las ciudades sirias y fenicias. Ya me he referido a la situación importante e influyente que mantenían fenicios y sirios en la vida comercial y social tanto de Atenas como de Delos. En las actividades mercantiles, sociales y religiosas de Delos los posidoniastas de Berito sólo admitían la supremacía de los itálicos. Esto parece extraño viendo que Estrabón afirma que Berito fue destruido por Trifón y no fue restaurado hasta que lo hicieron los romanos. La destrucción de Berito está bien atestiguada, lo mismo que su restauración a la antigua prosperidad por los romanos en la época de Estrabón. El primer hecho lo conoció probablemente Estrabón por su fuente helenística; el segundo, por sus contemporáneos. Sin embargo, no encontró información en sus fuentes respecto al período intermediario, y conjeturó que Berito había permanecido desierto durante todo él. Su suposición está negada por las monedas, y probablemente es equivocada. La ciudad recobró muy pronto su prosperidad después de la devastación de Trifón. Después vino una decadencia gradual causada probablemente por la decadencia de Delos, con la que Berito estaba tan estrechamente relacionado. Tiro trasladó a tiempo sus actividades comerciales a Puteoli; Berito no lo hizo. De este modo, los romanos la encontraron como una ciudad pequeña e insignificante (147).

Berito fue, pues, una excepción. Las monedas de Seleucia de Pieria y de las ciudades fenicias, especialmente Árados y Tiro, de las que se ha dado alguna noticia anteriormente, muestran que no hubo interrupción en la prosperidad comercial de las ciudades de la costa siria, por lo menos hasta la época de las guerras civiles romanas. Los tejidos teñidos de púrpura de Tiro,

las distintas manufacturas de Sidón, algunos productos de la agricultura siria, eran muy populares en los mercados extranjeros (148).

En primer lugar, hubo una demanda creciente y el consiguiente suministro de productos de lujo árabes, indios y chinos, llevados por las caravanas a los puertos sirios y fenicios. Me he referido a este comercio repetidas veces. El establecimiento de los partos en algunas satrapías iranias de los seléucidas y la ocupación de Babilonia y Mesopotamia por Mitrídates II apenas disminuyeron su volumen. Por el contrario, fue en la época de Mitrídates II cuando se establecieron relaciones diplomáticas directas (las dos embajadas de Chang-K'ien de 128 y 115 a. de J. C.) por primera vez entre China y países tan lejanos como Partia. Esto, sin duda, llevó a una mejor organización de las rutas mercantiles (la llamada «ruta de la seda») entre China y Partia, y a intensificar y regular las relaciones comerciales entre estos dos países. Para Siria esto llevó consigo un aumento considerable de las mercancías importadas (149).

Tampoco decayó en el mundo mediterráneo la demanda de mercancías caravaneras. Debemos tener en cuenta que fue una época de gran prosperidad para Italia el período que siguió al establecimiento del protectorado y dominación parcial romanos sobre el Oriente e incluso el de las guerras civiles. Italia era rica, y su consumo de toda clase de productos extranjeros no disminuía; por el contrario, aumentaba constantemente. Había una gran cantidad de gente rica o acomodada en Roma y en el resto de Italia. También debemos tener en cuenta a los reinos de Numidia y Mauritania en África, Galia y quizá España, en Europa occidental. Tampoco debemos pasar por alto la demanda de mercancías orientales en las monarquías de Asia Menor, a las que ya me he referido (150).

Sin duda, el comercio caravanero sufría mucho por la anarquía de la época. El camino del Éufrates era inseguro, especialmente en su parte norte. Los pequeños dinastas de la Alta Mesopotamia y los jeques árabes de los desiertos sirio y mesopotámico exigían pesados tributos a las caravanas en tránsito. El camino desde Petra a Damasco era igualmente peligroso. Los itureos tenían reputación bien ganada de ser ladrones profesionales.

Ahora bien: la fecunda iniciativa de los conductores de caravanas (más tarde llamados συνοδιάρχαι en Palmira) ingeniaba métodos para aumentar las medidas de seguridad de las

relaciones mercantiles. Estrabón describe uno de esto métodos. Su descripción está sacada de fuentes más antiguas (desgraciadamente de fecha incierta) y contiene una buena parte de inventiva. En lo principal puede reconstruirse como sigue. Con el fin de evitar los robos organizados de los jefecillos árabes (φύλαρχοι) en ambas orillas del Éufrates medio (dice Estrabón que estos jefecillos eran muy pobres y por ello extraordinariamente rapaces; a lo que parece, no estaban bajo el gobierno ni de los seléucidas ni de los partos) se hizo un cambio en las rutas de las caravanas que viajaban desde los puertos de Siria hacia el Oriente. Partía como antes de la costa siria, cruzaba el Éufrates en Antemusia (esto es, con toda probabilidad, en Zeugma-Apamea), y después, en lugar de descender por el Éufrates, cortaba hacia Edesa. Esta parte del camino era segura: pasaba por territorio sirio y después por el principado de Edesa. Desde Edesa, con el fin de evitar la amenaza de los φύλαρχοι, las caravanas iban a través del desierto a una ciudad llamada Σκηναί, capital de los árabes nómadas (Estrabón les llama σκηνῖται y καμηλῖται, árabes «de tienda y camello»), que aseguraba a las caravanas agua, paz y peajes moderadas mientras viajaban por el desierto a Escenas y de aquí a Babilonia. Esto significa que en el desierto mesopotámico, probablemente por acuerdo con los mercaderes de Babilonia y Siria y quizá también de Osroene, se formó un nuevo Estado con una ciudad caravanera en el centro exactamente igual al Estado nabateo con Petra como capital, o después Palmira con su territorio. Este Estado era bastante fuerte para proteger las caravanas contra los jeques bandidos de las riberas del Éufrates. La ciudad de Escenas no ha sido localizada. No puede ser Hatra (151).

Se adoptó un ingenio similar por las caravanas que salían de Árados o Tiro. Los caminos desde Tiro a Damasco y desde Árados a Emesa o Hama no eran muy seguros, pero podían ser protegidos suficientemente por las mismas ciudades. Desde Damasco, Emesa y Hama los mercaderes tenían abiertas dos vías para alcanzar el Éufrates: o tomar el camino de Beroea, y de aquí a Tapsaco, en el Éufrates, o cruzar el desierto y alcanzar así el Éufrates medio o bajo. El primer camino parece que estuvo en uso mientras en Siria hubo orden y la ruta del Éufrates estuvo bien protegida. Era menos duro y más seguro. En el agitado período de fines del siglo II y principios del I a. de J. C. se hizo más conveniente el camino por el desierto, siempre que hubiera

un poder que garantizase su seguridad y el aprovisionamiento de agua. Este poder estaba constituido por una o varias tribus del desierto de Siria, en el oasis de Palmira (Tadmor), y Palmira vino a ser la Escenas del desierto sirio. Aunque desconocida para la fuente helenística que utilizó Estrabón, Palmira fue un rico establecimiento y un centro importante de comercio caravanero a finales de la época seléucida. Sabemos que despertó la codicia de Antonio durante su expedición parta, y que antes de la época de Augusto el establecimiento poseía por lo menos un templo de época helenística. Este crecimiento de Palmira no puede ser explicado a menos que supongamos un cambio en las rutas caravaneras, tal como lo hemos descrito. Su desarrollo hasta llegar a ser una ciudad auténticamente helenística, cuyas ruinas son bien conocidas para todos los amantes de la antigüedad, vino más tarde, poco antes de Augusto, y en época de éste, como resultado de un entendimiento político y comercial entre Partia y Roma (152).

A métodos parecidos, sin duda, recurrieron los nabateos con el fin de salvaguardar los caminos caravaneros que los comunicaban con Babilonia. Aquí también los establecimientos de árabes indígenas, reforzados por las colonias nabateas, protegían las caravanas y aseguraban su abastecimiento de agua. Hay testimonio de esto en inscripciones nabateas halladas entre Dumeta y Forat (Forat era una ciudad caravanera parta de Babilonia conocida por algunas inscripciones palmirenas). Dumeta o Taima, o ambas, pudieron haber desempeñado en el desierto arábigo el papel de Palmira y Escenas. Sin duda, los nabateos hicieron esfuerzos no menos afortunados para salvaguardar su ruta septentrional del bandidaje de los itureos, como lo indica la dominación nabatea sobre Gerasa, Bostra y Damasco (153).

Estas medidas tomadas por las partes interesadas en el comercio caravanero sirio y fenicio lo salvaron, sin duda, de una lamentable desorganización. Pero la situación era difícil, y el comercio, con toda probabilidad, no estaba tan bien organizado como lo había estado en el siglo III y principios del II a. de J. C. Estaba reservado a los romanos devolverle su antigua regularidad. Mientras tanto, Egipto se beneficiaba de la situación, y no hay duda de que hizo buen uso de su oportunidad. Una parte considerable del comercio nabateo probablemente fue atraída a Alejandría, y Egipto aprovechó la ocasión para reavivar la ruta marítima al sur de Arabia y la India desde sus puertos del mar Rojo. Hablaré de esto con mayor pormenor.

Pero el fenómeno más importante respecto al comercio de Siria fue el cambio casi completo en su orientación. Durante más de un siglo el comercio seléucida se había dirigido hacia Asia Menor y Grecia, y había empleado principalmente los caminos de tierra a través de la península anatólica hacia los grandes puertos de Éfeso y Mileto, principales salidas de este comercio, en tanto que los puertos de la Siria seléucida, Laodicea y Seleucia de Pieria, desempeñaban un papel secundario mientras los Tolomeos fueron dueños del mar. Ésta era la situación cuando Asia Menor formaba parte del reino seléucida, y así siguió después de Magnesia y Apamea, cuando Asia Menor se perdió para los seléucidas y fue gobernada por los atálidas. He observado antes que se llegó a una *entente cordiale* entre los seléucidas y los atálidas y que las rutas terrestres de Asia Menor y los puertos de Éfeso y Mileto fueron utilizados por los seléucidas de principios del siglo II a. de J. C., como lo habían sido por sus predecesores. Esta situación empezó a cambiar en la segunda mitad del siglo II a. de J. C., especialmente después de la desaparición de la dinastía pergamena. El comercio sirio abandonó las rutas anatólicas, como se ve por los tesoros monetarios sirios de la época. Las monedas acuñadas en Asia Menor, predominantes en estos tesoros a principios del siglo II a. de J. C., se esfuman casi completamente de ellos a finales del II y en el I. Los tesoros de esta época constan de monedas seléucidas, emisiones municipales sirias y a veces «lechuzas» atenienses. Al mismo tiempo, el comercio sirio se concentró más y más en los puertos fenicios, especialmente Tiro y Berito. Esto coincide con el cambio de orientación de los caminos caravaneros, como ya he dicho. Las ciudades fenicias, ahora dueñas del comercio sirio, le dieron una nueva dirección. Sus relaciones comerciales con Delos e Italia ya han sido tratadas. Otro fenómeno similar es la conexión comercial más estrecha entre las ciudades fenicias y Alejandría. Esto encuentra su expresión más clara en la adopción del sistema fenicio, esto es, tolemaico, por los reyes sirios (entre otros, por supuesto) desde Alejandro Balas en adelante, y por algunas de las ciudades acuñadoras del reino seléucida, especialmente Tiro. Esta innovación no fue una medida exclusivamente política. Los intereses políticos y comerciales iban de la mano en este caso.

Este cambio en la orientación del comercio sirio no es difícil de explicar, y ya se ha dado la explicación. He señalado el crecimiento en importancia del mercado occidental para el comercio

oriental y la disminución de poder adquisitivo del mundo griego, especialmente de Asia Menor, comparado con lo que había sido en los siglos II y III a. de J. C., y esto a pesar de cierta mejora de la situación económica de Asia y Grecia a fines del siglo II y principios del I. Pero, en cambio, no ha de atribuirse solamente a la menor capacidad adquisitiva del Egeo y del mundo póntico. Es más que probable que se debiese en gran parte a las condiciones políticas, que disminuían la seguridad de los caminos de tierra anatólicos. Desaparecidos los atálidas, con ellos desapareció la protección eficaz de las caravanas. Roma no tenía fuerzas militares o de policía en su provincia de Asia. De este modo la ruta principal a través de Asia Menor, la meridional, ya no era tan segura como lo había sido en tiempo de los atálidas. Este estado de cosas explica el que Roma trate de establecer la nueva provincia de Cilicia y los esfuerzos de Servilio Vatia para combatir y aplastar a los isaurios.

No es extraño, pues, que los grandes mercaderes de Fenicia, forzados a escoger entre dos males, encontraran más provechoso, barato y seguro llegar a un *modus vivendi* tolerable con los piratas cilicios y usar el camino marítimo más barato, la ruta de Delos, que correr el riesgo de enviar caravanas por los largos y caros caminos de tierra a Éfeso y Mileto (154).

Podemos citar en este punto un rasgo de la vida social y económica de Siria en el período que consideramos, que ciertos eruditos han relacionado con la decadencia comercial de aquel país. Mientras los *negotiatores* «romanos» eran corrientes en Asia Menor en esta época, realizando activos negocios no sólo en la provincia romana de Asia, sino también en los reinos todavía independientes, sobre todo Bitinia, apenas tenemos testimonios de la presencia de *negotiatores* u otros romanos en Siria y Fenicia, excepto en calidad de enviados políticos o visitantes ocasionales. J. Dobiaš ha atribuido este hecho a la inseguridad del tráfico en las aguas sirias, inseguridad a la que no puso fin ni siquiera la anexión de Siria por Pompeyo. Los mercaderes romanos esperaban tiempos más tranquilos antes de aparecer en los puertos sirios y fenicios. Yo dudo de esta interpretación de un «hecho» que a su vez sólo se establece por testimonios negativos. Sabemos que había gran número de itálicos en Asia Menor, pero son mencionados muy raras veces en nuestras fuentes literarias o epigráficas. La ausencia de estos testimonios por lo que hace a Siria no es, pues, concluyente. Una

exploración arqueológica más completa de las principales ciudades de Siria y Fenicia podría proporcionar estos testimonios. Pero admitiendo la ausencia de itálicos de los puertos sirios, esta ausencia se explica mucho mejor por la existencia de Delos. ¿Por qué los romanos habían de ir a la lejana Siria cuando tenían a su disposición Delos con sus mercaderes sirios? Mientras Delos floreció no había razón para que los *negotiatores* romanos fueran a Siria. Tan pronto como Delos cayó en el olvido, estos mercaderes encontraron su camino hacia Siria. Después de la época de Pompeyo no faltaron romanos en la provincia de Siria, y su número crece constantemente, de acuerdo con su pacificación (155).

Concluiré con una breve observación sobre las razones que llevaron a Pompeyo a anexionarse Siria. Ciertamente, no lo hizo para abrir este país a los hombres de negocios romanos poniendo fin a la piratería y a la situación insegura que allí existía. Esta consideración pudo haber desempeñado un papel secundario en la decisión de Pompeyo, pero en lo fundamental fue guiado por consideraciones políticas. Los episodios de Mitrídates VI y Tigranes I muestran lo fácil que era para un hombre capaz, respaldado por recursos militares y materiales amplios, restablecer la unidad del Oriente helenizado. En cualquier momento podía aparecer un nuevo Tigranes. Y era muy probable, aunque por el momento Partia no era fuerte ni emprendedora, que el papel de Tigranes y Armenia pudiera en un futuro inmediato ser asumido por Partia y uno de sus reyes. No había un peligro parto por el momento, pero Pompeyo conocía Partia demasiado bien para subestimar sus capacidades y sus ambiciones. La guerra contra Partia parecía inevitable en un futuro próximo (la expedición de Craso ya era un adelanto), y era estratégicamente importante tener una provincia pacificada y bien organizada y no un caos de pequeños reinos y dinastas bandidos como punto de partida y base de una expedición militar de gran alcance. Las ambiciones de Pompeyo eran grandes y la fama de Alejandro aún estaba viva en el Oriente (156).

C) *EGIPTO*

Después de la muerte de Filométor, caído en el campo de batalla en Siria durante una de las intervenciones de los Tolomeos en los asuntos de los seléucidas (145 a. de J. C.), Tolomeo νεώτερος volvió de Cirene a Alejandría, llegó a un acuerdo con

Cleopatra II, viuda de Filométor, la hizo su esposa y fue reconocido como gobernador de Egipto. Su nombre sagrado fue Evérgetes.

Con su reinado comienza un nuevo período en la vida de Egipto, un período lleno de luchas dinásticas, acompañadas por una hábil propaganda y disturbios interiores, crímenes lúgubres y ejecuciones sangrientas. En política, la dura mano de Roma, que se había extendido ya sobre Egipto en el encuentro memorable de Antioco IV y Popilio Lenas en Eleusis, se sintió cada vez más fuerte. El período termina con la anexión de Egipto por Roma.

No puedo tratar con pormenor la historia política de este período, que, aunque cuidadosamente estudiado, se le conoce muy imperfectamente. Será suficiente mencionar unos cuantos hechos cardinales que permitan al lector entender mejor sus rasgos sociales y económicos.

Sus personajes mejor conocidos son el rey Evérgetes II y sus dos mujeres: Cleopatra II, denominada su hermana en los documentos oficiales, y su hija, la sobrina de Evérgetes, Cleopatra III, llamada oficialmente su esposa. Evérgetes causó una grande y muy desfavorable impresión a sus contemporáneos. Aún oímos su voz en la excelente descripción de su carácter por el autor a quien Diodoro empleó como fuente*. Sin embargo, debemos recordar que su posición era muy difícil. Heredaba un reino gravemente sacudido por las guerras civiles y exteriores, privado de sus dominios extranjeros, enfrentado con los mayores peligros financieros y económicos. La población distaba de estar tranquila. El descontento crecía tanto en el «país» como en Alejandría. Incluso el ejército estaba desgobernado. La oposición al rey era vigorosa, y su trono inseguro. Se vio obligado por las circunstancias, y quizá por la presión de Roma, a casarse y asociarse en el trono con Cleopatra II, mujer ambiciosa y sin escrúpulos, aunque muy popular en Alejandría, a quien no odiaba menos de lo que ella le odiaba a él. Como contrapeso para ella, Evérgetes se casó con su hija Cleopatra III, que era tan ambiciosa y cruel como su madre. Las dos mujeres se detestaban cordialmente entre sí y lucharon sin cesar por el poder. No es sorprendente, pues, que el largo reinado de Evérgetes sea un período agitado y febril en la historia de Egipto, y que el rey mismo y su trono estuvieran constantemente expuestos a serios peligros.

---

* Diodoro, XXXIII, 6.

El hecho de que lograse mantenerse en el poder durante casi treinta años y los métodos con que lo hizo, demuestran que era un político inteligente, hábil, valiente y enérgico, aunque desprovisto de escrúpulos y sentido moral, extraordinariamente cruel y cínico.

Al comienzo de su reinado (en 145-144 a. de J. C.), Evérgetes, siguiendo en esto el ejemplo de sus predecesores, publicó por lo menos dos «proclamaciones de paz» o «decretos de amnistía», uno en Egipto y otro en Chipre. El segundo iba dirigido principalmente a los soldados de su ejército chipriota, que le habían apoyado fielmente durante su lucha por el poder. Entonces, en 144, vino el entendimiento con Cleopatra II. Se estableció la paz entre ellos y comenzó su gobierno unido, largo y dramático. A su gobierno conjunto fue asociada Cleopatra en 142 a. de J. C. Podemos ver en la asociación de Cleopatra III y los sentimientos que despertó en Cleopatra II alguna relación con la peligrosa revuelta de uno de los grandes del reino, Galaistes, hijo de Aminandro, rey de los atamanios. Galaistes aparece en nuestros textos literarios como caudillo de los desterrados, los enemigos políticos de Evérgetes. Él y sus seguidores fueron apoyados por una pequeña parte del ejército real (140-139 a. de J. C.). Esta revuelta, de la que sabemos muy poco, pudo haber llevado al rey a conceder ciertos privilegios a los sacerdotes, quienes tal vez apoyaran su causa en la lucha.

El suceso más conspicuo en la vida de Evérgetes II, un hecho que tuvo graves consecuencias políticas, sociales y económicas, fue la crisis política que empezó en 132-131 a. de J. C. y duró hasta 127 a. de J. C. Cleopatra II y los otros enemigos de Evérgetes le obligaron en 132-131 a dejar Alejandría (con Cleopatra III) y a refugiarse en Chipre. Desde Chipre, empezó Evérgetes una lucha obstinada con Cleopatra II para recuperar Egipto. El país estaba en una situación caótica. La población estaba dividida en dos campos (ἀμιξία): Alejandría, por lo menos parte de los griegos, los judíos y parte del ejército apoyaban a Cleopatra II; muchos (probablemente la mayoría) de los indígenas, bajo el caudillaje de los sacerdotes y el resto del ejército, tomaron partido por Evérgetes. De hecho, la guerra era una combinación de guerra dinástica y revolución indígena, y en consecuencia adquirió formas caóticas. Sin embargo, en este torbellino, Evérgetes dirigió sus asuntos con inteligencia. En pocos meses se hizo dueño de casi todo el país. Alejandría resistió. La ciudad no

fue tomada por Evérgetes hasta 127 a. de J. C., después que Cleopatra II escapó a Siria (129-128 a. de J. C.). La rebelión se encontró con crueles castigos. Pero Cleopatra II siguió siendo poderosa incluso en el destierro, y Evérgetes se vio obligado finalmente a reconocerlo por una reconciliación con ella (124 a. de J. C.) y a restablecer el gobierno conjunto.

La liquidación de esta lucha dinástica no trajo consigo el fin de la revolución indígena. En nuestros testimonios documentales continúan las citas de estallidos revolucionarios en diferentes lugares. En 123 a. de J. C. hacía Hermontis en Tebaida una guerra en regla contra su vecina Crocodilópolis*[1]. Es de advertir que en esta ocasión los hermontitas movilizaron sus λαοί o πλήθη. En 122-121 a. de J. C. estallaron disturbios en el nomo tinita*[2]. Se nos describen como una ἀμιξία*[3]. Después fue Panópolis la que causó disturbios. El asunto fue tan serio, que los panopolitas no fueron incluidos en la «amnistía» general de 118 a. de J. C.*[4]. Finalmente, ya en 118 a. de J. C., los *laoi* locales del nomo tinita atacaron un dique real*[5]. La impresión producida por las *amixia* en las mentes de la gente se reflejan en muchos documentos. Hay un ejemplo característico en las expresiones empleadas en una queja de un parasquiste*[6] para describir la conducta ultrajante de su adversario. Actúa, dice el acusador, como un rebelde (ἀποστατικῷ τρόπῳ) y como si no hubiera rey en el país (ὡσανεί τις ἀβασιλευσίᾳ περιεχόμενος). Evérgetes y sus corregentes intentaron detener este aluvión de levantamientos, revueltas y disturbios, mediante un nuevo decreto, o más bien serie de decretos, de amnistía publicados en 118 a. de J. C. (véanse págs. 945 y sigs.).

Evérgetes II murió poco después de este intento de pacificar el país (116 a. de J. C.). Pero la situación siguió tan complicada después de su muerte como durante su vida. Él mismo preparó el terreno para ulteriores disturbios con su testamento. Apartándose de las tradiciones establecidas, trató a Egipto como si fuera su propiedad privada. Según Justino*[7], dejó el reino a su

---

*[1] Wilcken, *Chr.*, 11.
*[2] *P. S. I.*, 171.
*[3] Línea 34: ἐν τῇ γενηθείσῃ ἐν τῷ τόπῳ ἀμειξίᾳ.
*[4] *Teb.*, 5, 134 y sigs., y 147 y sigs.
*[5] *P. S. I.*, 168.
*[6] *U. P. Z.*, 196, col. II, 65 y sigs., y 82 y sigs.
*[7] Justino, XXXIX, 3, 1; 5, 2.

mujer más joven, Cleopatra III, con plenos poderes para escoger corregente a uno de sus dos hijos: el mayor, Tolomeo Filométor Soter II, o el más joven, Tolomeo Alejandro. Además, Evérgetes separó Cirenaica del reino y la dio a su hijo bastardo Apión. Quizá actuó de la misma manera respecto a Chipre, isla con la que acaso intentaba hacer un reino separado bajo el mando del hijo legítimo que no fuese escogido como corregente con la reina Cleopatra III. La voluntad y el testamento de Evérgetes fueron por algún tiempo letra muerta. El pueblo de Alejandría rehusó aceptarlo y obligó a Cleopatra III a tomar por corregente, no a Alejandro, el hijo que ella prefería, sino a Soter II, a quien odiaba. No sabemos si esto se hizo por instigación de Cleopatra II y con la aprobación de Roma. Ni sabemos si Cirenaica fue dada a Apión de acuerdo con la voluntad de Evérgetes o siguió bajo el dominio de Cleopatra y Soter. Una inscripción recientemente hallada en Cirene, si está correctamente fechada en 109/108 antes de J. C., puede considerarse como un testimonio de que Cirenaica siguió formando parte del reino, a pesar del testamento de Evérgetes, o fue anexionada temporalmente por Soter después de un breve período de gobierno por Apión.

El auténtico gobernante de Egipto después de la muerte de Evérgetes II y Cleopatra II (que no vivía ya después de 116 antes de J. C.) fue Cleopatra III. Su ambición ilimitada y su incontenida violencia envolvieron a Egipto en una guerra dinástica continua en la que los seléucidas de Siria tomaron parte activa. El reinado conjunto de Cleopatra III y Soter II no fue época de tranquilidad para Egipto. Algunos documentos sugieren que ocurrieron rompimientos entre los dos regentes por dos veces, antes de que Cleopatra lograse al fin expulsar a Soter de Egipto. En 107 estalló una revolución contra Soter, y Cleopatra proclamó como colega a su hijo más joven, Alejandro, en aquella época gobernador de Chipre. Soter encontró refugio y apoyo en Chipre. Hacia la misma época, o un poco después, Apión ocupó Cirene. No hay duda de que era rey allí antes de 100 a. de J. C. Así, Egipto quedaba dividido en tres reinos independientes hostiles entre sí. Tampoco la situación en el país era satisfactoria. Cleopatra no toleraba iniciativa alguna por parte de su nuevo colega. Por ello en Alejandría reinaba la hostilidad y el odio. Finalmente, después de una lucha violenta, Cleopatra murió en 101 a. de J. C., asesinada, como suponen algunos eruditos, por su hijo.

Después de la muerte de Cleopatra quedó Alejandro como único gobernante de Egipto hasta el 89 a. de J. C., cuando fue expulsado por los alejandrinos y pereció en un combate naval cuando intentaba alcanzar Chipre desde Licia. Soter reunificó Egipto con Chipre, y gobernó sobre su reino hasta su muerte (80 a. de J. C.). Un poco antes, en 96, Cirene y Cirenaica se hacían posesión romana por la última voluntad de Apión.

Después de la muerte de Soter se reanudó con nuevos bríos la lucha dinástica. La casa real fue exterminada al principio de la lucha y apareció en el trono, como instrumento en manos de algunos políticos romanos, el conocido Tolomeo Auletes, hijo bastardo de Soter II, que gobernó hasta el 51 a. de J. C., explotado por sus amigos y partidarios romanos, cercado de intrigas y conjuras, odiado y ridiculizado por los alejandrinos. Éstos, al final, lograron expulsarlo del país, pero volvió, con ayuda de Gabinio, el 55 antes de J. C., apoyado esta vez por una fuerza armada romana.

La muerte de Tolomeo Auletes pone fin al período de la decadencia gradual de Egipto. Con su última reina, Cleopatra, el país se eleva de nuevo a gran importancia política, destinado después de esta corta fase de gloria a ser anexionado por Roma el 30 a. de J. C. Los sucesos de este período son demasiado conocidos para relatarlos aquí.

La sombría situación interna que predominó bajo Evérgetes II continuó bajo sus sucesores. Siguieron siendo frecuentes las rebeliones y revoluciones. Así, por ejemplo, se menciona una *amixia* en una petición del 111 a. de J. C. (de Tebaida) diciendo que ocurrió no mucho antes de la fecha del documento*. Esta *amixia* no parece ser la misma de 132-131 a. de J. C. Como de costumbre, trajo confusión en los derechos de propiedad: una viña abandonada de un colono griego se la apropió otro, exactamente lo mismo que la casa del famoso Hermias en Tebas, y otras muchas casas y parcelas de terreno, en Tebaida y otras partes, habían sido arrebatadas a sus legítimos propietarios en la época de Epífanes. Una de las rebeliones del siglo I a. de J. C. es mejor conocida que las otras. Se trata de la στάσις del año 88 antes de J. C. durante el segundo reinado de Soter II. Algunos documentos que se refieren a ella muestran que no difirió de otras revueltas, pero fue una rebelión de las clases bajas contra el gobierno con alguna mezcla de aspiraciones nacionalistas y

---

* *P. Lond.*, II, 401, 20.

fanatismo religioso. Como en otras rebeliones, su foco estuvo en Tebaida, la parte de Egipto más cerca de Nubia y Meroe. Acabó con la toma y despiadada destrucción de Tebas, hecho que causó cierta impresión a los contemporáneos y se menciona en nuestros textos literarios*[1].

Tenemos menos información sobre las revueltas, del mismo carácter al parecer, ocurridas en el reinado de Auletes y probablemente en los primeros años de Cleopatra. Las inscripciones de Hermúpolis y los papiros del nomo heracleopolita demuestran lo revuelto de la situación en 79-78 y 64-63 a. de J. C. Para mantener alguna sombra de orden, se estacionaron fuertes destacamentos de soldados en distintos pueblos y ciudades, y escuadras de la marina real bajo la dirección del dioceta y se garantizó la seguridad del tráfico por el Nilo. Tenemos noticia de que el 58 antes de J. C., cuando la lucha dinástica se enseñoreaba de Alejandría, se desarrollaba alrededor de Heracleópolis una especie de auténtica guerra civil, en la que un cierto Hermaisco desempeñó un papel importante*[2]. Los hechos exasperaron a la población hasta tal punto, que el gobierno fue amenazado con una huelga general. No sabemos si Hermaisco era, como Dionisio Petosérapis, un oficial de la corona que se hizo caudillo de una rebelión, o un jefe de ladrones organizados. Volvemos a encontrar bandidos organizados en *B. G. U.*, 1858 (sin fecha). La mujer que escribe esta petición habla de las condiciones como ὡς ἐν πραγμάτων ἀναρχίᾳ. Se queja del robo a la luz del día. Tenemos el mismo tema del bandidaje en *B. G. U.*, 1780 (51-50 a. de J. C.): Un ὑποστράτηγος (vicegobernador) había sido atacado por un tal Diocles, que había conseguido la ayuda de su propio hermano ἄνωθεν ἐπὶ λῃστήαις γεγονότα (no está claro si se refiere a bandidaje en el Norte o si resistía a los ladrones) (157).

La serie de guerras civiles que empezaron bajo Filopátor y se hicieron endémicas en el país hasta finales del gobierno tolemaico demuestra que la situación distaba de ser satisfactoria. En el último capítulo llamé la atención sobre ciertos rasgos del sistema económico y social en la época de Filopátor, Epífanes y Filométor, que de una manera u otra estaban relacionados con la guerra civil, y sobre los remedios adoptados por el gobierno. Señalé el descontento del pueblo y la actitud de rebeldía adoptada

---

*[1] Pausanias, I, 9, 3.

*[2] *B. G. U.*, 1762; cf. págs. 1763 y 1764.

por éste. Condiciones similares siguieron dominando en el período que ahora estudiamos, para el que tenemos testimonios mucho mejores y más completos que para los reinados precedentes. Podemos, pues, detenernos y preguntar una vez más cuáles fueron las razones para la continua guerra civil, para las guerras dinásticas y para el descontento público que había detrás de ellas. Sin embargo, será conveniente establecer primero los pocos hechos conocidos que nos pueden ayudar a explicar la intranquilidad que reinaba en Egipto y contribuía a la decadencia gradual del poder financiero y económico del país.

El hecho más ilustrativo es «la proclamación de paz» o decreto de «amnistía», o, para usar el término antiguo, la φιλάνθρωπα de Evérgetes II del año 118 a. de J. C. El ejemplar del documento que poseemos es fragmentario. Hay muchas lagunas, y muchos párrafos son difíciles de descifrar completamente. Además, el escriba que escribió el ejemplar cometió muchas faltas, algunas difíciles de corregir. Y finalmente, aunque tuviéramos la copia completa y correcta, no podríamos estar seguros de que pueda considerarse como una copia completa del original. Me inclino a creer que el documento, tal como lo tenemos, es una abreviación de la proclamación original. La sección histórica que encontramos como parte constituyente de la proclamación de Filopátor y Epífanes, que contenía una lista de victorias y donaciones al ejército y a los templos, se omite aquí completamente. Sólo se copió la φιλάνθρωπα, precedida por el anuncio de la amnistía, y de aquélla sólo una selección omitiéndose muchos párrafos. Probablemente, algunos de los que se copiaron fueron abreviados. Así, el documento es incompleto. Sin embargo, da un cuadro muy instructivo de las condiciones de vida dominantes en Egipto a fines del siglo II a. de J. C. (158).

La «proclamación de paz» o φιλάνθρωπα de Evérgetes II no fue el primer documento de este tipo publicado en Egipto. Filopátor pudo haber publicado una, y otras, sin duda, fueron dadas por Epífanes y Filométor (véase pág. 760). El mismo Evérgetes había publicado uno o dos decretos similares al de 118 a. de J. C. en 145-144 a. de J. C. (véase nota 157), y quizá en 140-139 antes de J. C. (véase nota 157). Tenemos citas posteriores de la φιλάνθρωπα, de 118 a. de J. C. o de una enmienda de éstos*.

---

* En *U. P. Z.*, 162, col. 7, 13 y sigs.; cf. *Teb.*, 124, 22 y sigs. (hacia 118 a. de J. C.) y 73 (113-111 a. de J. C.).

Los últimos Tolomeos hicieron probablemente declaraciones parecidas; sabemos que Auletes lo hizo*[1]. La casualidad nos ha conservado una parte sustancial del decreto de 118 a. de J. C. y sólo fragmentos y citas de los anteriores. Pero es muy probable que todas las φιλάνθρωπα tuvieran la misma forma general. Esta forma puede haber sido iniciada por Filopátor o Epífanes. Pero estoy dispuesto a creer que la idea de tal proclamación y su forma general pueden haber sido tradicionales en Egipto. No tengo pruebas directas de ello, pero mi sugerencia tiene algún apoyo en las ἐντολαί o *mandata* tolemaicas. Egipto era un país de tradiciones, y situaciones parecidas a las de los reinados de Filopátor, Epífanes, Filométor, Evérgetes II y Auletes, es decir, de pacificaciones después de períodos de anarquía, no eran una novedad en la historia de Egipto. En sus φιλάνθρωπα, los Tolomeos se dirigían principalmente a los indígenas, y es posible que para este propósito escogiesen una forma familiar a éstos (159).

Las φιλάυθρωπα eran, en principio y ante todo, proclamas de paz o garantías de amnistía*[2]. Todas ellas comienzan con la misma fórmula: los reyes otorgan perdón general (ἀφιᾶσι) a todos sus súbditos por los «errores, crímenes, acusaciones, condenas y cargos de toda clase» hasta una determinada fecha. De este modo se ofrecía la paz a todo complicado en la rebelión. Más particularmente, cuantos habían dejado sus casas (ἀνακεχωρηκότες) y estaban ocultos eran invitados a volver a sus domicilios (ἴδίαι), a reanudar sus antiguas ocupaciones pacíficas y a tomar posesión de nuevo de sus propiedades no intervenidas por el gobierno; en otras palabras: las que no habían sido vendidas (ἄπρατα) como si no tuvieran dueño (ἀδέσποτα). Después seguía una concesión general a toda la población: una remisión de impuestos hasta cierta fecha.

A esta proclamación general y solemne a todos (πάντες) seguían órdenes especiales (προστάγματα) mezcladas con ἀφέσεις (órdenes de amnistía). Éstas se referían, o bien a toda la población, o bien a clases particulares: los que formaban los pilares principales de la vida económica y social del país: los griegos, por un lado —mercaderes de Alejandría, soldados, terratenientes— y los indígenas, de otro —las clases trabajadoras—. Entre los dos estaban los indígenas privilegiados: los soldados indígenas y más especialmente los sacerdotes.

---

*[1] *B. G. U.*, 1185 (59 a. de J. C.).
*[2] συγγνώμη, *O. G. I.*, 116.

Esta parte del documento trata primero de las clases privilegiadas, indígenas y griegos, personas que no se dedicaban al trabajo manual: mercaderes de Alejandría, soldados, sacerdotes y terratenientes. En segundo lugar trata de las clases trabajadoras: los labradores reales (βασιλικοὶ γεωργοί) y todos los que se ocupaban en otros campos de la actividad económica, o para emplear la expresión de los Tolomeos, todos los que se relacionaban de una manera u otra con los ingresos del rey (los ὑποτελεῖς y los ἐπι- o ἐμπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις). Estas dos secciones del documento tienen un carácter diferente.

Los párrafos que tratan de las clases superiores privilegiadas tienen en su mayoría un carácter confirmatorio, y probablemente son medidas de emergencia destinadas a restaurar el orden, después del caos causado por la guerra civil. Había habido dos gobiernos. Cada uno había otorgado ciertos favores a las clases privilegiadas con el fin de asegurarse su apoyo, y había dado su sanción a acuerdos frecuentemente de carácter irregular. El compromiso entre los dos gobiernos se basaba en concesiones mutuas. Sustancialmente implicaba la confirmación, con ciertas restricciones, de las medidas tomadas y garantías dadas por la otra parte.

Sin embargo, las primeras series de προστάγματα, aunque se refieren principalmente al arreglo de los conflictos de la época de la *amixia,* reflejan al mismo tiempo los agravios y reclamaciones de las clases privilegiadas. Se basan, sin duda, en diversas peticiones hechas por los representantes de estas clases al rey y a sus altos funcionarios. Las προστάγματα φιλάνθρωπα son, pues, una respuesta a estas reclamaciones y contienen gran número de concesiones a estos requerimientos de los distintos cuerpos.

De estas προστάγματα podemos deducir cuáles eran los grupos más insatisfechos entre las clases privilegiadas. Mientras los mercaderes de Alejandría obtienen algunos privilegios que se refieren a determinados derechos de aduana, y sólo se dedican dos párrafos a los soldados (uno referente a los κληροῦχοι, y otro a los μάχιμοι), el núcleo de la primera parte del documento trata de los sacerdotes y de los terratenientes particulares. Parece que estos dos grupos eran la causa del mayor interés del gobierno, mientras que los soldados y los alejandrinos preocupaban relativamente poco, aunque también pudiera ser que se tratase de ellos en proclamas especiales.

La segunda sección, que trata casi exclusivamente de las clases trabajadoras, es más larga y aún más tipificada. Aquí ya no se trata de confirmar derechos o reajustar situaciones después de la guerra civil. El gobierno, sin duda, había sido abrumado de peticiones, quejas y recriminaciones de las clases trabajadoras, y el rey y sus ministros reconocían la justicia de sus demandas y trataban de darles satisfacción. La mayoría de estos agravios procedían de las acciones ilegales de los funcionarios de la corona en los distintos departamentos de la administración. El cuadro es sombrío y refleja la atmósfera de opresión, actos arbitrarios, violencia, latrocinio y prácticas de corrupción en medio de las que vivían las clases trabajadoras. Volveré sobre esta formidable lista de desafueros administrativos.

El cuadro sacado de las φιλάνθρωπα se completa y amplía con muchos documentos contemporáneos y posteriores. Entre ellos hay dos grupos de especial significación. Uno consta de cartas particulares y documentos de los archivos de un tal Menques, escriba de pueblo de Cerceosiris, y data de los últimos años de Evérgetes II y los primeros de Soter II*. Para la última época tolemaica este grupo de documentos oficiales y cartas particulares tiene casi la misma importancia que los papiros de Zenón para el reinado de Filadelfo y los primeros años de Evérgetes I. Refleja en aspectos muy importantes la vida de un pueblo del Fayum, mientras detrás de él vemos la actividad del gobierno, empezando por el rey, sus principales funcionarios (entre ellos el dioceta Ireneo, uno de los mejores sucesores del famoso Apolonio), y termina con una lista impresionante de los funcionarios altos y bajos del nomo. De ellos dependía la vida y riqueza de Menques, pero de Menques dependía a su vez la vida y prosperidad de muchos de sus subordinados y colegas: funcionarios menores, agentes del gobierno para el servicio obligatorio (los distintos φυλακῖται), recaudadores de impuestos, contratistas de los monopolios gubernamentales y otros asuntos administrados por el gobierno. Finalmente, en último término están las masas de βασιλικοὶ γεωργοί y de todos los que trabajaban para el gobierno (160).

El segundo grupo de documentos procede de las oficinas gubernamentales del nomo heracleopolita y data de la época de

* Ha sido publicada por Grenfell y Hunt en *P. Teb.*, I, y ha sido objeto de varios comentarios.

Auletes y la última Cleopatra, es decir, de los últimos años de Egipto independiente*. Contribuye a nuestro conocimiento de la situación interna de Egipto en este momento dramático de su historia. Otros varios documentos ayudan a completar el cuadro y hacerlo más instructivo (161).

La vida egipcia tal como se pinta en las φιλάνθρωπα de Evérgetes II y los documentos contemporáneos y posteriores no muestran cambios esenciales al compararla con la de épocas anteriores (véanse caps. IV y V). No se ha alterado nada fundamental en el sistema establecido por Filadelfo. Si consideramos, por ejemplo, la cuestión de las relaciones entre los dos elementos principales de la población de Egipto, los griegos y los indígenas, encontramos, sin duda, que ahora había una mayor interpenetración de los dos grupos que en el pasado. Muchos egipcios se habían helenizado completamente, recibían educación griega y hablaban y escribían el griego correctamente. Algunos adquirieron fortunas relativamente grandes y llegaron a altos puestos al servicio de los Tolomeos. Otros, menos ricos, ocupaban puestos importantes en la administración media y baja. Los sumos sacerdotes de los templos egipcios pertenecían en parte al primer grupo, y eran tenidos en gran consideración tanto por el gobierno como por los griegos de Egipto. La política de asociación iniciada en la época de Filopátor había alcanzado su desarrollo natural (162).

Por otro lado, muchos griegos se habían aclimatado completamente en Egipto, aprendían la lengua egipcia, tomaban gran interés en los negocios egipcios y aceptaban con auténtica devoción a los dioses egipcios ligeramente helenizados. Se formaron muchas familias grecoegipcias, familias en que los nombres egipcios y griegos son igualmente frecuentes. Tal, por ejemplo, fue la conocida familia tebana de Hermias y Apolonio. Algunos documentos demóticos de esta familia fueron enterrados o guardados a finales del siglo II a. de J. C. en una de las tumbas tebanas. La familia estaba en relaciones mercantiles y vivía en términos amistosos con los χοαχύται de Tebas; y al mismo tiempo pudo haber tenido relación con la familia del bravo oficial griego de Ombos, el famoso «coronel» Hermias, acérrimo enemigo de los χοαχύται, a quienes acusó de ocupar su casa paterna durante

* Ha sido recientemente publicado por W. Schubart y D. Schäfer en *B. G. U.*, VIII.

las revueltas de la guerra civil en el reinado de Epífanes (163). Algunos de los griegos egipcianizados, quizá la mayoría (no tenemos información precisa) conservaron su riqueza y su importancia social. Pero había un gran número de ellos que eran mucho más pobres que los egipcios helenizados e incluso que algunos no helenizados. Desde el punto de vista social y económico, la línea divisoria entre las clases alta y baja ya no era entre los griegos que formaban la parte superior y los egipcios la inferior, sino ricos y pobres en general, habiendo muchos egipcios entre los ricos y muchos griegos entre los pobres. Pueden aducirse muchos documentos en apoyo de esta afirmación; tomemos uno como ejemplo. Es la carta* de una madre a su hijo, ambos griegos. La madre felicita al hijo de haber aprendido la lengua egipcia y haber obtenido un empleo como tutor en la familia de un ἰατροκλύστης egipcio (médico de enfermedades internas).

Aunque con el curso del tiempo la clase gobernante se hizo más numerosa y absorbió a muchos indígenas y semindígenas, y aunque el carácter general de su mentalidad cambiaba rápidamente, y se sentían con más fuerza las influencias egipcias, la antigua división en una clase privilegiada de griegos (que comprendía ahora muchos egipcios helenizados) y otra clase subordinada de indígenas continuó existiendo. Tenemos noticias de un gobernador en viaje de inspección. Viaja en un barco. En un desembarcadero se encuentra con los habitantes de una κατοικία. Los primeros en saludarle son los sumos sacerdotes: el προφήτης y otros sacerdotes (ἄλλοι ἱερεῖς). Luego vienen los colonos militares griegos, probablemente los que servían en el ejército: los πεζοὶ καὶ ἱππεῖς. Después de ellos, un grupo oscuro de gente relacionada de alguna manera con una οἰκία, quizá clientes del gobernador (véase más adelante). Junto a ellos están los σύμπαν τῆς κατοικίας πλῆθος, familias de los soldados que sirven en las fuerzas, κάτοικοι que no estaban en el servicio, y sus familias. Y finalmente, ξένοι (gente no residente en la κατοικία), y muy en segundo término, los λαοί (los indígenas). Es una lástima que este interesante documento esté en tan mal estado de conservación. Por supuesto, los sacerdotes eran muy venerados porque así se rendía homenaje a los dioses del país. Pero los indígenas son un elemento despreciable, mera plebe (164).

---

* *U. P. Z.*, 198.

La alta posición ocupada por los sacerdotes en este documento es típica de Egipto en los siglos I y II a. de J. C. Los sacerdotes y templos fueron objeto de gran atención por parte del gobierno. Se escuchaba atentamente sus quejas y se trataba de remediarlas. Las secciones a ellos relativas de las φιλάνθρωπα de Evérgetes II son elocuente testimonio de esto. Las quejas alegadas no eran nuevas. Probablemente eran las mismas que habían sido presentadas de vez en vez a los primeros Tolomeos. Reaparecen en la época de Epífanes*[1] y de nuevo en los primeros años de Evérgetes II, antes de las φιλάνθρωπα de 118 a. de J. C. Puedo referirme una vez más al interesante decreto de Evérgetes II de 140 a 139 a. de J. C.*[2]. Las quejas son todas del mismo carácter, la mayor parte relacionadas con la economía y finanzas de los templos*[3]. Usurpaciones de la γῆ ἱερά, órdenes referentes al conocido impuesto sobre vinos y huertos (ἀπόμοιρα), subsidios pagados a los templos por el gobierno (συντάξεις), acciones violentas e ilegales relacionadas con las violaciones, especialmente de tierra, hechas a los templos (ἀνιερωμένα), exacción de atrasos, contribuciones y entregas de tejidos debidos por los templos; trato duro a los santuarios menores en materias similares; dificultades por la responsabilidad del gobierno de los gastos del entierro de animales sagrados; intromisiones en los derechos de los templos sobre los sacerdocios y otros oficios sagrados «comprados» por los templos a la corona, y violaciones del derecho de ἀσυλία.

Ya he dicho que probablemente habían sido presentadas quejas parecidas por los sacerdotes y templos a los primeros Tolomeos. Pero no están mencionadas en las antiguas declaraciones oficiales de los sacerdotes: en los decretos de sus reuniones en Canopo en la época de Evérgetes I, y en Menfis en la de Filopátor. Aparecen por primera vez en el decreto de Roseta, que cita extensamente partes de la φιλάνθρωπα otorgada a los templos por Epífanes, en parte idéntica a las otorgadas por Evérgetes II. Estas quejas y concesiones pueden considerarse un fenómeno típico de la época. Los reyes estaban cada vez más deseosos de satisfacer a los templos, mientras que los sacerdotes y los templos, cada vez más molestados por los funcionarios reales, a despecho

---

*[1] Piedra de Roseta, *O. G. I.*, 90.
*[2] *Teb.*, 6; Wilcken, *Chr.*, 332.
*[3] Ibíd., 5, 50 y sigs.

de las órdenes del rey, muestran una manera dura y audaz de defender sus antiguos privilegios y de pedir otros nuevos.

Es interesante la importancia dada por los templos a su derecho de recibir y administrar sin intromisión de nadie los regalos que les hacían los reyes y las personas particulares. No hay referencia a estos regalos en la piedra de Roseta, pero el asunto es importante en las φιλάνθρωπα de Evérgetes II (líns. 57-61). Condujo a muchos conflictos agudos entre los templos y la administración. Los agentes del gobierno recurrían a la violencia (βία) e incluso a la tortura (πειθανάγκη). Los sacerdotes protestaron y se quejaron, y la cuestión fue resuelta por Evérgetes I en favor de los templos. La cuestión era ciertamente importante. El derecho ilimitado de los templos a recibir regalos y a poseerlos y administrarlos significaba, en un país tan profundamente religioso como Egipto, un rápido aumento de su riqueza y prestigio.

Lo mismo puede decirse respecto a la *asylia*, que no se menciona en la piedra de Roseta. Volveré sobre este punto.

En el caso de los templos hay dos puntos que merecen especial mención. Vemos a los reyes en conflicto con sus propios agentes, que parecen más regalistas que los mismos reyes. Aquí las φιλάνθρωπα, como en otros departamentos de la administración tolemaica, se dirigían principalmente contra los funcionarios de la corona e intentaban poner un arma poderosa en manos de los sacerdotes contra la administración real. Por otro lado, podemos decir que las órdenes de los reyes tratan más de asuntos de detalle que de cuestiones de principios. Las relaciones entre el rey y los sacerdotes siguen invariables. Las φιλάνθρωπα no son más que concesiones parciales al clero: no implican una rendición por parte de la corona, ni victoria alguna del sacerdocio sobre el rey. En general, el clero muestra una actitud leal hacia el rey, y éste una consideración creciente por los sacerdotes y una profunda devoción a los dioses legítimos. En mi opinión, es una gran exageración hablar de las revueltas de los indígenas considerándolas organizadas y fomentadas por los sacerdotes, y de los templos en general como focos de la oposición indígena al régimen tolemaico. He señalado que muchos templos permanecieron leales en la época de la invasión de Antioco IV y de la revuelta de Dionisio Petosérapis. Cuando, más adelante, en este capítulo, vuelva sobre el tema de la *asylia*, demostraré que los sacerdotes, o por lo menos algunos, temían menos a la administración real que a la actitud revolucionaria de las masas (165).

No menos importante que el sacerdocio, probablemente más importante aún para la seguridad de la dinastía, eran los griegos y otros colonos extranjeros de Egipto, columna vertebral política y militar del país, y principales apoyos de los reyes. Entre ellos, la posición más destacada estaba ocupada por el ejército territorial, los soldados asentados, los κάτοικοι y κληροῦχοι. Es interesante señalar que en las φιλάνθρωπα los soldados asentados como tales son mencionados en un párrafo sólo después de los μάχιμοι. Sin embargo, aunque no hay otra referencia a los μάχιμοι, los κληροῦχοι reciben mucha atención, no en calidad de tales ni como grupo separado, sino como parte de un grupo mucho mayor, el de los propietarios del país.

Ya he hablado de esta clase (pág. 777). Nos gustaría saber más sobre la evolución de esta burguesía campesina, estrechamente relacionada con la burguesía de Alejandría. La mayoría de sus miembros que vivían en el país eran propietarios. He demostrado que adquirieron sus posesiones de distintas maneras: como soldados asentados, comprando la tierra al Estado, roturando barbechos (ἐμφύτευσις, καταφύτευσις), alquilando tierra εἰς πατρικά, es decir, como arrendatarios hereditarios y transformando la tierra en viñedos y huertos.

Precisamente en su calidad de propietarios es como figuran en las φιλάνθρωπα de Evérgetes. La larga sección que trata de ellos sólo se conserva parcialmente, porque una gran laguna interrumpe la serie de órdenes a ellos relativas (líns. 104-134). Sin embargo, es evidente que la mayoría de las órdenes de esta sección tratan de sus intereses como propietarios: primero se trata de ellos en la orden dirigida a los κληροῦχοι referente a la tierra real que ha sido ilegalmente ocupada por ellos y por otros propietarios (líns. 36 y sigs.), y también, más adelante, en una serie de disposiciones que se ocupan todas de la tierra: la falta de propietarios para cultivar la tierra adquirida de la corona (líns. 93 y sigs.); sus compras a la corona de casas, viñas, jardines, barcos (líns. 99 y sigs.); la reconstrucción después de la revolución de casas, que poseían por distintos motivos (líns. 134 y sigs.); el alojamiento de soldados en sus casas (líns. 100 y sigs.); la falsificación de pesos y medidas empleados por los agentes del gobierno en la recaudación de impuestos y otros pagos en especie (líns. 85 y sigs.). La mayor parte de los párrafos que están en el lugar de la laguna tratan de cuestiones de la tierra, dos quizá de contratos del gobierno o cuestiones similares.

Está claro que esta clase sigue siendo lo que había sido antes, la clase, para decirlo en términos modernos, de la burguesía baja y media. Es una lástima que no podamos decir qué proporción de ella era griega. Según parece, desempeñó un papel cada vez más importante en la vida económica y financiera del país. Como antes y quizá más que antes, fue la clase de la que se reclutaban los funcionarios de la corona: los contratistas que recaudaban los ingresos reales de los impuestos y de los distintos apartados industriales y comerciales poseídos o intervenidos por el gobierno, los funcionarios menores que servían bajo el sistema de liturgias, es decir, los numerosos recaudadores de impuestos, especialmente los distintos tipos de φυλακῖται y φύλακες, la fuerza de policía económica del Estado. Otros miembros de la misma clase, si no en servicio activo, estaban detrás de ellos, empleados como sus fiadores (ἔγγυοι), es decir, como responsables por ellos en caso de deficiencia*[1].

Es lamentable que sepamos tan poco de la evolución gradual de esta clase. Los fundamentos de su prosperidad se echaron en la época del gran desarrollo económico de Egipto (véase cap. IV). Muchos hicieron su dinero en el servicio militar o civil de la corona. Lo invirtieron en casas o parcelas de tierra de distintos tipos. Puedo citar para ejemplo de la época que estamos estudiando la familia de Hermias, el ἡγεμὼν ἐπ' ἀνδρῶν de Ombos, a fines del siglo II a. de J. C. Sus «antepasados» habían poseído antes de la revolución muchas casas en Tebas y probablemente varios lotes de tierra en la χώρα colindante*[2]. Muchos otros miembros de la misma clase eran residentes en Alejandría que habían invertido en la χώρα el dinero que habían hecho en la ciudad. Finalmente, la misma clase comprendía miembros de las familias grecoegipcias y gran número de indígenas helenizados. Un ejemplo excelente de los últimos es el de Menques, escriba del pueblo de Cerceosiris y muchos otros egipcios del mismo tipo (166).

No podemos decir cómo le fueron las cosas a esta clase durante la segunda parte del siglo II y primeros años del I a. de J. C. Sin embargo, parece que el gobierno, consciente de sus prosperidad creciente, cada vez sintió más deseos de participar en su riqueza. Para este fin, cada vez empleó con más fuerza su derecho a requerir de ella ciertos servicios (λειτουργίαι). Cuando los

---

*[1] Un caso interesante es *Teb.*, 853, de 173 a. de J. C.
*[2] *U. P. Z.*, 161 y 162.

miembros de esta clase se mostraron menos dispuestos a ofrecerse voluntariamente como contratistas, recaudadores (πράκτορες), y como guardas, porque estas funciones se habían hecho menos productivas, y cuando su patriotismo, en algunos casos, ya no estimulado por la esperanza del provecho, se hizo menos ardiente, probablemente el gobierno recurriría a la presión, extendiendo constantemente la esfera del servicio de liturgias, e incluyendo en su esfera empresas que hasta entonces habían sido simple asunto de negocio (los diferentes contratos del gobierno). Sin embargo, nuestros testimonios son demasiado escasos para permitirnos trazar el proceso de este desarrollo gradual. Sin duda, fue lento, y las medidas del gobierno esporádicas y asistemáticas. Sin embargo, parece que la tendencia a recurrir a las liturgias creció en intensidad y empezó, poco a poco, junto al empobrecimiento general del país, a minar la prosperidad de la clase en cuestión. A este respecto puedo citar las ἐντολαί de Herodes y los documentos que ilustran la situación de los contratistas de impuestos a que nos hemos referido antes (167).

En el período que estamos estudiando, la situación general de esta clase parece haber sido difícil, pero no crítica. Tenían algunos agravios y quejas, tales como los impuestos altos y las liturgias (véase pág. 956), y los reyes querían darles satisfacción; pero estos agravios, como hemos visto, no eran muy importantes, y las quejas probablemente no muy amargas. En general, la mayoría de estas gentes pertenecían a la clase privilegiada de la población.

Una parte constitutiva del cuerpo de propietarios eran los soldados establecidos, los κληροῦχοι y κάτοικοι. Nos agradaría saber más de sus condiciones sociales y económicas. Sabemos por ciertos documentos que hacia el siglo II a. de J. C. sus κλῆροι se habían hecho definitivamente hereditarios en sus familias. De ser soldados remunerados por su servicio militar con el producto de un lote de tierra en lugar de dinero, habían pasado a ser auténticos soldados granjeros, κληροῦχοι no κάτοικοι, y, de este modo, ahora miembros de la gran clase de propietarios, participando de los intereses y de la mentalidad de la burguesía terrateniente (168).

Sabemos muy poco de su vida y del grado de su prosperidad. Ya he mencionado la modestia de las pagas de los soldados en servicio activo. El caso de Apolonio, hermano de Tolomeo el Recluso, probablemente es típico. Hay buenas razones para pensar que el gobierno no se oponía a estafar a los soldados por

una *adaeratio* (valuación) injusta de los pagos que recibían en especie. Pero lo que molestaba de una manera especial a los soldados granjeros era lo pesado de los impuestos y las prestaciones civiles obligatorias (liturgias). Sabemos por el *Teb.*, 27, que en el período que nos ocupa se impuso la dura liturgia de los γενηματοφύλακες a los στρατευόμενοι Ἕλληνες. Sin embargo, no se menciona esto ni la carga de los impuestos en lo que queda del texto de las φιλάνθρωπα de Evérgetes II.

No se puede decir si esta omisión se debe a una inadvertencia por parte del rey o a que al publicar su φιλάνθρωπα general pensaba tratar de los soldados en un decreto aparte. En todo caso, poco después de la publicación de las φιλάνθρωπα el rey dio un decreto especial, una especie de suplemento o enmienda de sus φιλάνθρωπα. Éste se conserva en una copia incompleta o abreviada difícil de interpretar y restaurar*. Sin embargo, es un documento altamente interesante. Su primer párrafo corresponde al capítulo I de *Teb.*, 5, y contiene una amnistía general. Después sigue una ordenación confirmando el *statu quo* respecto a los tenedores de κλῆροι, incluyendo todos los cambios que habían ocurrido en la época de la *amixia*. Luego viene una disposición más importante, por la que, al parecer por primera vez en la historia de los clerucos, la corona confirma los cambios en la propiedad de los fundos efectuados por los mismos clerucos, bajo la fuerza de la pobreza. Estos cambios habían tomado la forma de cesiones de parcelas o de partes de ellas para pagar las deudas a otros clerucos, o quizá ἰδιοκτήμονες u hombres de otro estado jurídico, o cambios de fincas entre un cleruco y otro. Esto era una novedad del momento. Hasta entonces, el κλῆρος, aunque hereditario, no podía ser cedido ni aun con el permiso del rey. Ahora, por supuesto, entraba, aunque con muchas restricciones, en la categoría de tierra de propiedad privada.

El siguiente párrafo no es de menor importancia. Muestra que, a pesar de todas las durezas a que habían estado sujetos los clerucos y la pobreza y las deudas resultantes de ella, su posición era mejor que la de un ἰδιοκτήμων, especialmente en lo que se refiere a las liturgias con ellos relacionadas. Porque esta ordenanza confirma los actos de los funcionarios reales por los que a ciertos ἰδιοκτήμονες se les había otorgado el estado de κάτοικοι y prescribe explícitamente que los nuevos κάτοι-

---

* *Teb.*, 124.

κοι estarán sujetos solamente a las λειτουργίαι κατοικικαί*1. De la última disposición podemos inferir que las λειτουργίαι de los miembros no militares de las clases propietarias eran mucho más duras que las de los κάτοικοι.

La medida de emergencia de Evérgetes que permitía la cesión de un κλῆρος adquirió carácter de precedente. Las condiciones de vida no cambiaron en Egipto, o cambiaron sólo para peor, en el siglo I a. de J. C. No se abandonaron los impuestos opresivos ni las liturgias. No es sorprendente, pues, que estos granjeros soldados, como no eran agricultores capacitados ni buenos hombres de negocios (y esto es aplicable especialmente a sus viudas e hijos menores de edad), encontrasen intolerable el peso de impuestos y pidiesen permiso para ceder sus fundos o partes de ellos a soldados granjeros más fuertes, en pago de las deudas contraídas, para el pago de los impuestos. Estas peticiones se hicieron muy frecuentes y acarreaban un tipo especial de transacción, precursor de la παραχωρήσεις de la época romana. Una serie considerable de estos documentos formó parte de los archivos del nomo heracleopolita*2 (169).

Ahora podemos volver a la situación de las clases inferiores trabajadoras. Entre ellas y los soldados indígenas (μάχιμοι) se reclutaban principalmente los rebeldes. Era natural que algunos de estos rebeldes, aun después de la amnistía, no volviesen a sus casas, sino que prefiriesen la vida de bandidos a la que habían llevado. Ésta fue la razón del descenso gradual en el número de trabajadores y en la existencia de mano de obra. Es de lamentar que tengamos tan poca información sobre la exposición de niños (véase bibliografía, págs. 683 y sigs.). Sin embargo, no sería sorprendente encontrar, en vista de las condiciones en que vivían los indígenas, que la práctica de exponer los niños se extendiese de los griegos a los indígenas en general y a las clases trabajadoras en particular (170).

La política del gobierno con las clases trabajadoras siguió siendo la misma, sin alteración alguna. La función de los βασιλικοὶ γεωργοὶ y la de los ὑποτελεῖς y ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις

---

*1 No está claro si este cambio de situación jurídica fue consecuencia de la compra de un *cleros* o si las personas afectadas quedaban en posesión de las mismas parcelas de tierra que antes, transformándose sólo su situación jurídica y la de sus pertenencias.

*2 *B. G. U.*, 1731-40; cf. *P. Oxy.*, 1635; el documento más antiguo es de 99 a. de J. C.

continuó siendo la de dar ingresos al rey y servir de herramientas en manos del gobierno, gozando de muy poca libertad económica. De diferentes modos, el gobierno trataba de convencer a las clases trabajadoras de que éstas existían en primer lugar para aumentar los ingresos reales con sus esfuerzos. Era natural que millones de felaes, aunque pretendiesen en sus peticiones compartir la opinión del gobierno, fuesen al trabajo sin demasiado entusiasmo (171) y tratasen de engañar al gobierno lo mejor que pudiesen. Eran frecuentes el cultivo descuidado de la tierra, la falta de cuidado en el trabajo de diques y canales y en tiendas y factorías, sustracción de grano de las eras, de aceite de las almazaras, etc. Los *laoi* mostraban falta de iniciativa, repugnancia por cultivar la tierra, que requería un grado excepcional de cuidado y atención, e indiferencia en aumentar la producción en la agricultura y la industria. Estos dos factores, el descenso de la población trabajadora y su apatía, tuvieron sus consecuencias naturales en el campo de la agricultura: deterioro de diques y canales, rápido aumento de la tierra baldía y acumulación de atrasos en los impuestos. Puede observarse un fenómeno parecido en el campo de la industria.

El gobierno, como de costumbre, echaba la culpa a los funcionarios e insistía en la adopción de medidas enérgicas. Los funcionarios responsables ante el gobierno con sus propiedades y personas (para ellos, como para ninguno, no había *habeas corpus*), ejercían presión sobre sus subordinados, los funcionarios menores, y éstos a su vez sobre los obreros. Para aumentar la eficiencia de la maquinaria administrativa, el gobierno dio una gran mano libre a sus funcionarios, y una gran jurisdicción les fue concedida en el campo de los asuntos fiscales (172). El resultado fue el que podía esperarse.

Lo vemos ilustrado en la enorme cantidad de medidas adoptadas por el gobierno contra la arbitrariedad de sus propios agentes. Poseemos una serie de tales medidas en las φιλάνθρωπα de Evérgetes II, que se basan precisamente en una enumeración de los agravios y quejas de los *laoi*. Es una triste e impresionante lista, más impresionante porque es más detallada que las de la piedra de Roseta. A continuación damos las partes más importantes de ella (líns. 155 y sigs.). Evérgetes dio órdenes de reprimir los siguientes desafueros de sus agentes:

1.º Los gobernadores de los nomos, los oficiales de policía, los agentes fiscales y sus subordinados hacían la recaudación

de pagos de los *laoi* en provecho propio, practicando así una especie de concusión organizada.

2.º Los mismos funcionarios escogen para el cultivo que se les exige hacer, no la tierra improductiva de inferior calidad (ὑπόλογος), sino los mejores lotes, defraudando así al gobierno y a los arrendatarios reales.

3.º Las clases trabajadoras sufren un terrible castigo con los σταθμοί o alojamiento obligatorio de los soldados en sus domicilios, carga de la que están exentos según la ley.

4.º Los funcionarios reales tienen la costumbre de obligar a los arrendatarios a servicios particulares. Para este fin requisan ganado, animales de tiro y barcos. Fuerzan a los hombres a trabajar para ellos sin paga. Obligan a los labradores reales y obreros a alimentar (¿sin remuneración?) a los animales (cerdos y terneras) para los sacrificios públicos. Piden a aquéllos gansos, aves de corral y grano a un precio (¿arbitrario?), como regalo con ocasión de la renovación de sus cargos. Estas exacciones probablemente estaban relacionadas con los pagos regulares de los funcionarios a la corona, y constituían una especie de venta organizada de oficios.

5.º Un párrafo prohíbe a los recaudadores de deudas aplicar sin la decisión de los tribunales medidas coercitivas (especialmente arresto o prisión) a la persona del deudor, en lugar de proceder contra su propiedad. El párrafo recuerda que la venta en esclavitud de los deudores de la corona ha sido abolida por los predecesores del rey. Probablemente ocurría todos los días en la época de Filadelfo (véanse págs. 339 y sigs. sobre la situación en Siria).

6.º Los funcionarios reales obligaban a los trabajadores textiles a trabajar para ellos sin pagarles, o pagándoles salarios muy bajos.

7.º Los recaudadores de rentas, atrasos, etc., confiscaban las viviendas, ganado y herramientas de los *laoi* aunque estuviesen exentas de decomiso por la ley.

8.º Los funcionarios arrestaban a las personas y las ponían en prisión en sus casas, con el fin de exigir el pago de deudas particulares, o como venganza en querellas privadas (173).

Las φιλάνθρωπα demuestran que el mal principal que sufría Egipto —por lo menos a los ojos del gobierno y de los *laoi*— estaba en la insubordinación, la falta de honradez, la violencia y las arbitrariedades de los agentes gubernamentales de distintas clases. El gobierno central deseaba mejorar en todo lo posible

el estado económico y legal de las distintas clases de la población, especialmente la clase de los trabajadores. Así, por ejemplo, muchos derechos nuevos y de fundamental importancia fueron garantizados por la ley a los *laoi*, derechos que mejoraban enormemente su situación legal y económica en tanto que fueran estrictamente observados por los agentes del gobierno. Puedo citar como ejemplo la ordenanza que prohibía la venta de los *laoi* en esclavitud, e incluso el encarcelamiento por deudas al fisco, y la que protegía su propiedad privada. El problema estaba en que el gobierno era incapaz de reforzar sus ordenanzas. No era dueño de los subordinados que rehusaban cooperar con él. Las medidas tomadas por el gobierno contra sus propios agentes y la publicidad dada a estas medidas mostraron ser ineficaces. Podemos inferir esto de distintos documentos que demuestran que la situación de las clases trabajadoras en Egipto no mejoró a fines del siglo II ni a principios del I a. de J. C., y que los actos arbitrarios e ilegales de la administración fueron tan frecuentes como antes. Sin pretender ser exhaustivo, aduciré algunos de estos documentos en las páginas siguientes.

En primer lugar, podemos considerar los distintos funcionarios reales, su mentalidad y sus funciones.

Los nombramientos de funcionario gubernamental (con excepción de los de carácter litúrgico, odiados y temidos por las clases ricas)* eran muy codiciados, especialmente los relacionados con la administración fiscal y económica. Estos nombramientos daban a sus poseedores poder y buenas oportunidades de enriquecerse. Sin duda también les esperaban grandes peligros de ruina económica, desgracia o incluso prisión. Sin embargo, los distintos grados estaban tan estrechamente enlazados por intereses comunes y probablemente por un sistema altamente desarrollado de corrupción y cohecho, que los agentes corrompidos del gobierno se sentían seguros. Menques aparece en su correspondencia oficial como un miembro muy honorable de la comunidad del pueblo y como agente ejecutivo eficiente del gobierno; aunque hay buenos fundamentos para sospechar que hacía cohechos con sus superiores y los recibía de sus inferiores (174).

El gobierno se daba bien cuenta de la popularidad de estos cargos y de las causas de ella. Evidentemente, era incapaz de

---

* Véase *Teb.*, 27; Wilcken, *Chr.*, 331, 113 a. de J. C.; cf. *P. S. I.*, 168, 118 a. de J. C., sobre las condiciones de servicio en éstos.

barrer todo el sistema y de poner su casa en orden; admitía el *statu quo* e hizo de la distribución de oficios una de sus fuentes de ingresos. Los cargos, como los sacerdocios, eran prácticamente vendidos a los mejores postores. Tenemos un ejemplo de ello en el caso de Menques, que ciertamente no era excepcional, sino típico (175). El mismo deseo del gobierno de permitir a sus sirvientes sacar provecho de sus cargos, por supuesto a expensas de la población, puede verse en la práctica de dar a los favoritos del rey, como una especie de *dorea*, el derecho de recaudar algunos impuestos menores (176).

No es extraño que en estas condiciones el mismo gobierno tuviese una opinión muy baja de sus propios agentes. Ya he mencionado (pág. 767) lo que Herodes pensaba de sus subordinados. La opinión que el dioceta Ireneo tenía de los escribas de su pueblo no era mucho mejor. Envió dos funcionarios en viaje de inspección para examinar los libros de los escribas del pueblo. El informe que le dirigieron a él y al estratego Tolomeo es duro*[1]. Los escribas del pueblo habían puesto toda clase de obstáculos en su misión y los habían tratado con insolencia. No podrían haber hecho esto si no tuvieran apoyo en las altas esferas. Aún más duras son las observaciones de un funcionario desconocido*[2] sobre los ἀρχιφυλακῖται (?). Un pasaje de su informe es digno de ser citado: «La mayoría de ellos han sido nombrados con el conocimiento del dioceta y algunos se han encaramado a puestos de ecónomo, toparca, sitiólogo, comarca y otros puestos incompatibles con su trabajo; otros han transmitido sus deberes a hijos demasiado jóvenes, y algunas veces a otras personas; otros están metidos en funciones de *topogrammateus* y tienen al menos dos *comogrammateis* en cada división, y han pasado sobre los puestos de epístates, a los cuales han trepado..., o alguno de sus hermanos, contra los decretos...» Un estudioso de la historia de la burocracia no encontrará nada nuevo en este cuadro. Acumulación de cargos, nepotismo, disfrute por distintos medios de varios cargos, son fenómenos bien conocidos en todo régimen burocrático decadente.

No es una exageración decir que a finales del siglo II y en el I a. de J. C. Egipto no estaba gobernado por el rey y algunos de sus ministros, honrados y bien intencionados, sino por una

*[1] *Teb.*, 28 (114 a. de J. C.).
*[2] Ibíd., 24 (117 a. de J. C.).

pandilla de funcionarios orgullosos, corrompidos e ilegales, que formaban una aristocracia nueva, rica e influyente del reino. Las lamentables condiciones de la misma Alejandría, el gobierno de favoritos como Euleo y Leneo, contribuía en parte a estas condiciones. Sin embargo, la causa principal era más profunda. Hablaré de ello en seguida (177).

No nos sorprende que esta administración actuase de la manera descrita en las φιλάνθρωπα e ilustrada por muchos documentos, que pueden ser elegidos al azar. Eran frecuentes los casos de la violencia más insultante. En 141 a. de J. C. un «arrendatario real», se queja de tortura*[1] en una reclamación que nos queda en parte. En una petición de 51/50 a. de J. C., algunas personas piden justicia desde la prisión. Afirman que, aunque inocentes (καθαροί), han sido sometidos a tortura (βασανισθέντες)*[2]. En ambos casos los reclamantes quizá fueran culpables, pero queda en pie el hecho de que la tortura era un procedimiento reconocido en la administración de justicia de la época. En 112 a. de J. C.*[3], una tal Sempoeris había plantado una parcela de tierra con palmeras, en un área dos codos mayor de lo que tenía derecho. Fue sentenciada a una multa. La multa le fue exigida πειθανάγκης προσαχθείσης. Los actos de violencia por parte de los funcionarios de la corona se describen en muchos otros documentos, ninguno tan gráfico como la petición dirigida al jefe de policía de Cerceosiris por el comarca del pueblo y sus «arrendatarios reales»*[4]. «Marres, el *topogrammateus*, tiene la costumbre de venir al pueblo con otros muchos armados de espadas, y con la mayor insolencia hacen objeto de continuos atentados de extorsión a nuestras esposas y a las de otros.»

La violencia, el abuso de autoridad y el peculado predominaban en un departamento de la administración pública tan importante como la administración de las tierras en barbecho. El aumento de estas tierras era rápido y cargado de peligros. En el capítulo precedente he descrito la política adoptada por el gobierno a principios del siglo II a. de J. C. en materia de tierras baldías, y volveré sobre el tema en la sección siguiente. Aquí

*[1] *Teb.*, 789.
*[2] *B. G. U.*, 1847.
*[3] *P. Amh.*, 31; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 367.
*[4] *Teb.*, 41, de 119 a. de J. C., un año antes de las φιλάνθρωπα.

sólo he de consignar que el método a que principalmente se recurría era el de la fuerza y la compulsión (178).

Tampoco fue mejor la situación respecto a la industria y el comercio al por menor. El régimen de monopolios siempre había sido impopular, y el público había tomado siempre partido por los especuladores y vendedores ilegales, y contra los agentes del gobierno y los contratistas. Así fue bajo los primeros Tolomeos, y aún más en el período que estamos estudiando. Dos peticiones* nos dan una viva idea de la lucha llevada con buen éxito por un tratante ilegal, ayudado por casi todo un pueblo con los agentes del monopolio del aceite.

Era natural que la población, privada de medios legales de combatir la opresión a que estaba sujeta, buscase algún medio de librarse de ella. A veces se llegaba a la rebelión abierta, pero todas las rebeliones fallaban porque los rebeldes, aunque numerosos, estaban desorganizados y mal equipados. Tenían contra ellos no sólo la riqueza y el prestigio del rey, sino al ejército regular, que, aunque no estaba bien adiestrado ni muy contento, se hallaba dispuesto a luchar por el rey y por sus propios privilegios. Por otra parte, el pueblo no era un cuerpo unido, porque los indígenas ricos consideraban a los más pobres con recelo y tomaban partido por el gobierno. Finalmente, no había caudillos inspirados, porque en esta lucha los sacerdotes desempeñaban un papel equívoco. Esto explica por qué fracasaban todas las revueltas, y en última instancia llevaban siempre, a pesar de las φιλάνθρωπα, a un desgobierno y empobrecimiento mayores aún.

En épocas de paz los *laoi*, cuando estaban desesperados por sus sufrimientos, recurrían al viejísimo remedio egipcio: a la revolución silenciosa y pasiva, la «huelga» (ἀναχώρησις o ἐκχώρησις, *secessio*). Grupos de hombres, u hombres solos llenos de resentimiento (ὑπόπτως σχόντες) abandonaban el trabajo, dejaban su lugar de residencia y se retiraban a un templo o a otro pueblo. En el templo estarían bajo la protección del dios, y en el pueblo vivirían escondidos, en connivencia con sus compañeros de infortunio. Si un huelguista, por algún acto suyo, estaba en peligro de la vida o desesperado, huía a los marjales o al desierto y llevaba la vida de bandido. Las «secesiones» siempre fueron frecuentes en Egipto. Me he referido a ellas al

---

* *Teb.*, 39; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 276 (114 a. de J. C.), y *Teb.*, 38; Wilcken, *Chr.*, 303 (113 a. de J. C.).

tratar de la época de Filadelfo y más tarde. Eran toleradas por el gobierno, aunque nunca fueron consideradas legales. Sin embargo, es asombroso ver lo frecuentes que llegaron a ser en el período que estudiamos. Aunque nuestros testimonios son fragmentarios y deficientes, las vemos repetidas veces. Eran especialmente frecuentes entre los campesinos reales y otros relacionados con la agricultura*[1]. Eran menos frecuentes entre los ocupados en las manufacturas reales*[2] y en el comercio estatal al por menor*[3]. Constituían una gran calamidad, pues privaban al rey y al país del elemento más importante de su economía: el trabajo, que nunca fue muy abundante ni muy eficiente en Egipto (179).

Bajo los primeros Tolomeos, unos cuantos santuarios poseían el derecho de *asylia*, a veces combinado con el derecho a la inmunidad de liturgias y exención de impuestos (ἀτέλεια); pero este derecho de *asylia*, aunque reconocido por el gobierno, fue gradualmente restringido por varios edictos reales*[4]. La mayor influencia adquirida sobre el rey por los sacerdotes y el hecho de estar el rey cada vez más falto de ayuda en los conflictos con sus propios funcionarios, hizo que los sacerdotes insistieran cada vez más —no sin apoyo del gobierno— en que se respetara y confirmara el derecho de *asylia* de que habían gozado sus templos respectivos. Hemos visto cómo Evérgetes II incluía en sus φιλάνθρωπα una provisión especial confirmando el derecho de *asylia* a los templos que lo habían poseído. En el siglo I a. de J. C., especialmente bajo Alejandro I y Auletes, se extendió el derecho de *asylia* a muchos templos viejos y nuevos, grandes y relativamente pequeños, algunas veces varios en el mismo lugar. Hay testimonio de esto en muchas inscripciones halladas en los pueblos del Fayum y otros lugares, que con orgullo informan al visitante de que el lugar es un ἄσυλον y dan el texto de la petición por la que el templo obtuvo del rey el dere-

---

*[1] Sin tratar de dar todos los testimonios, puedo citar: *Teb.*, 895 (175 a. de J. C.); 1008 (siglo II a. de J. C.); 787 (138 a. de J. C.); 41, lín. 40 (119 a. de J. C.); 81 *b*, 357; 72, 352; 707 (118 a. de J. C.); 24, lín. 34 (117 a. de J. C.); 26 (114 a. de J. C.); *B. G. U.*, 1815, 18 (61-60 antes de J. C.); 1835 (51-50 a. de J. C.); 1843 (50-49 a. de J. C.).

*[2] *Teb.*, 790, siglo II a. de J. C.

*[3] Ibíd., 724 (175 ó 164 a. de J. C.), οἰνοκάπηλοι.

*[4] Véanse las φιλάνθρωπα fragmentarias de Filopátor, que se refieren a un edicto anterior de Evérgetes I, *B. G. U.*, 1212 *c*.

cho de *asylia*. La petición algunas veces fue sometida al rey por los sacerdotes, otras por protectores poderosos del templo, por regla general funcionarios civiles o militares de alta categoría. Es muy probable que los templos, como los individuos, tuviesen sus patronos entre los magnates del día, bajo cuya σκέπη (protección o patronazgo) vivían. Estas peticiones dan una información muy valiosa sobre la importancia económica y social de la *asylia*.

El rasgo más importante del derecho de *asylia* era, sin duda, el privilegio del templo de admitir dentro de sus recintos sólo a quienes los sacerdotes considerasen deseables y excluir a los que no lo eran. Habiendo recibido esta autoridad, ponían con orgullo en los sitios más conspicuos la nota: ὧι μὴ πρᾶγμα, μὴ εἰσιέναι («no se admite a los que no tengan negocios en el templo»). Este derecho de admisión se mencionaba particularmente en las peticiones. Los sacerdotes insistían en que ninguno tenía derecho a forzar los recintos sagrados (εἰσβιάζεσθαι) para molestar a los sacerdotes o a los que habían buscado refugio en el templo (τοὺς αὐτόθι καταφεύγοντας). A estos intrusos se les prohibía sacar fuera del recinto (ἐκβιάζεσθαι o ἐκσπᾶν) tanto a los sacerdotes como a los refugiados, los suplicantes del dios (ἱκέται).

¿Quiénes eran los intrusos contra los que tenían que protegerse los templos? Sin duda, los que tenían alguna queja pública o particular contra los residentes fijos o temporales del templo: acreedores particulares que querían prender a sus deudores con la ayuda del gobierno, agentes del gobierno que querían recaudar impuestos o atrasos por métodos coercitivos, u obligar a los residentes a alguna forma de servicio forzoso (liturgia), etcétera. Los sacerdotes, por supuesto, estaban dispuestos a someterse a las leyes existentes. Con frecuencia repiten en sus peticiones que el derecho de *asylia* no lleva consigo detrimento para el Estado (ἀβλαβής o ἀβαρής). No protestaban contra las leyes, sino contra la violencia y la arbitrariedad o las injusticias de los funcionarios de la corona.

Sin embargo, no era sólo a los funcionarios del gobierno a quienes los sacerdotes veían como visitantes inoportunos. Había otra clase no menos molesta, a saber, grupos de ἱκέται que trataban de introducirse en los templos a la fuerza, de manera desordenada y violenta, sin permiso de los sacerdotes. En una petición del siglo II a. de J. C.* dirigida al estratego, los sacerdotes

---

* *Teb.*, 790.

guardianes del templo de Arsínoe de Oxirrinca (un pueblo del Fayum) se quejan amargamente de algunos ὑποτελεῖς, obreros de los monopolios u otros negocios del Estado, pertenecientes al pueblo, que entraron a la fuerza en el templo, impusieron cargas sobre él y seguían cometiendo exacciones, habiéndose refugiado indebidamente en el templo, y esto «con insolencia e injuria». Los sacerdotes piden ayuda al gobierno y un πρόσταγμα que pueda grabarse en la puerta exterior del recinto bajo la lápida existente (¿dedicación?), con el fin de protegerlo contra los intrusos indeseables (sin duda una lápida con la fórmula ὧι μὴ πρᾶγμα, μὴ εἰσιέναι). El documento demuestra la brutalidad y violento proceder de las clases bajas de la población. Consideran el refugio en el templo como un derecho sagrado. Cuando son rechazadas por los sacerdotes y se les rehúsa la admisión, se meten en el templo a la fuerza. Una vez dentro del recinto sagrado, piden comida y alojamiento. Los sacerdotes injuriados piden ayuda al gobierno. Su conducta explica por qué Dionisio Petosérapis y sus predecesores y seguidores destruían los templos egipcios.

Los decretos de *asylia* muestran que la institución en sí causó pocos inconvenientes al Estado. Éste, con toda probabilidad, se protegía contra dicha institución y sus otorgamientos concomitantes de exención de impuestos y liturgias, por medio de leyes, ordenanzas y disposiciones. Al conferir el derecho de *asylia* a los templos, los reyes trataban de adular a los sacerdotes y asegurarse su lealtad, quizá también de aumentar el prestigio de los templos y fomentar en cierta medida el bienestar material (porque podían emplear a los refugiados en sus talleres, recoger donaciones de ellos y venderles comida). Al mismo tiempo, la *asylia* era considerada por el gobierno como un medio de proteger a los sacerdotes y los templos y a los que en ellos buscaban refugio en sus recintos sagrados de las ilegalidades de sus propios funcionarios, a quienes no podían hacerles obedecer. Tenemos aquí otro testimonio de la impotencia del gobierno para mantener la disciplina entre sus propios agentes y al mismo tiempo de su resistencia a introducir cambios radicales. Como las otras φιλάνθρωπα, la *asylia* era un *testimonium paupertatis*, un intento ridículo de introducir mejoras en las condiciones en la vida de Egipto.

Sin embargo, aunque de efectos limitados, la *asylia* fue un factor importante en el sistema social y económico del país.

Sin duda el número de refugiados fue grande; comprendía muchos obreros ociosos en los templos mientras el gobierno tenía urgente necesidad de mano de obra. Las restricciones impuestas por las leyes y ordenanzas a los templos eran a menudo ineficaces, porque el gobierno vacilaba en hacerlas cumplir. Aunque restringida, la *asylia* sirvió para las clases oprimidas como una especie de sustituto de los derechos civiles (180).

El mismo desamparo de los individuos frente al Estado y sus agentes originó otras instituciones. En muchos casos, los dioses se mostraban menos poderosos que el gobierno y sus funcionarios. Los mismos sacerdotes no estaban seguros en sus recintos sagrados e «inviolables» (ἄσυλος). Los que necesitaban protección se daban cuenta de ello y sabían que había otro poder en el Estado que tal vez era mayor que el de los templos. Este poder era la aristocracia compuesta de burócratas —funcionarios de la corona—, favoritos reales y magnates. Ya me he referido a la burocracia al servicio de la corona. De los magnates que rodeaban al rey, y que a veces eran los verdaderos gobernantes del Estado, sabemos menos. Pero sin duda eran muy ricos, y a veces lo eran de una manera enorme. Parte de su riqueza consistía en regalos del rey (δωρεαί) de los que ya he hablado; pero además de estos regalos revocables, poseían tierras en la *chora* e invertían su dinero en operaciones de banca (préstamos) y probablemente también en el comercio. La cuantía de las fortunas de estos magnates puede deducirse de la afirmación de Diodoro* de que un tal Hiérax, por otra parte desconocido, uno de los mejores generales de Evérgetes II, pagó el ejército de Evérgetes que luchaba contra el rebelde Galaistes, otro «nabab» y miembro de la aristocracia alejandrina, de su propio dinero, por medio de un préstamo hecho al rey. Si un hombre podía vincularse a un miembro de este grupo por lazos de cualquier tipo o por intereses materiales (obteniendo, por ejemplo, un préstamo de él), dependería de dicho miembro, pero sería protegido contra cualquier otro, incluso los tribunales. La protección (σκέπη), como la *asylia*, era de una antigüedad inmemorial en Egipto. Encontramos algunos ejemplos de ella en la época de los primeros Tolomeos en el círculo de Apolonio (véase pág. 323). La volvemos a encontrar en pleno vigor —y probablemente nunca dejó de existir— en la época de decadencia del poder real y de crecimiento

---

* Diodoro, XXXIII, 20, 22.

del poder e influencia de ciertos individuos*. Se desarrolló rápidamente en la época que estamos estudiando, asemejándose, mucho Egipto, a finales del siglo II a. de J. C., a la Roma del período republicano o de finales del imperio, cuando comprendía un gran número de οἶκοι, o grandes casas. Muchos habitantes pertenecían a algún οἶκος, y estaban bajo la σκέπη de alguna persona de importancia. Puedo citar algunos ejemplos. En *Teb.*, 40 (117 a. de J. C.), dos contratistas de los impuestos de la cerveza y el nitro en Cerceosiris supieron que todo el pueblo estaba bajo la protección de Ameneo, el escriba real. En su petición solicitan que se les conceda el mismo privilegio, «porque incumbe a vosotros (¿o a nosotros?), ante todos los demás, velar por los intereses de la corona», y que se notifique la concesión a la administración del pueblo. *Teb.*, 34 (hacia 100 antes de J. C.), es la carta de un tal Filoxeno, que había intercedido por un hombre arrestado por deudas, pero resultaba estar ὑπὸ σκέπην καὶ γεωργός de Demetrio, probablemente un personaje muy importante. En *Teb.*, 41, 35 (hacia 119 a. de J. C.), es Lisanias, el estratego, protector de algunos labradores reales, y en *B. G. U.*, 1833 (51-50 a. de J. C.), una mujer acude a Seleuco el estratego, diciendo ser τῶν ἐκ σῆς οἰκίας (por cuestión de ciertas deudas). He mencionado que algunos templos, lo mismo que los pueblos, estaban bajo la protección de personas influyentes. De este modo, la σκέπη se mezclaba en toda clase de procesos y relaciones: agricultura real, manufacturas reales, deudas y obligaciones privadas (181).

Mientras los «oprimidos» se esforzaban en encontrar alguna forma de protección contra sus opresores, éstos trataban a su vez de salvaguardar sus intereses con argucias más o menos ingeniosas. El gobierno ponía a su disposición toda la maquinaria de leyes, decretos y ordenanzas. Pero en muchos casos esta maquinaria era inútil. Sucedía así cuando los intereses de dos departamentos del Estado chocaban, o cuando el derecho civil entraba en conflicto con el derecho público, o incluso cuando el derecho de *asylia* sacaba a un hombre de su trabajo cotidiano con el fin de protegerlo contra reclamaciones de carácter público o privado. Me refiero, por ejemplo, a los conflictos entre los recaudadores de contribuciones que arrestaban y metían

---

* *Teb.*, 750, 19 (187-186 a. de J. C.), y 758, 30 (comienzos del siglo II); véase cap. V, nota 137.

en prisión a un hombre que trabajaba para un departamento del Estado, y el departamento que tenía necesidad urgente de su trabajo. O sucedía que un deudor privado era encarcelado por no haber pagado un préstamo, y por ello no podía sembrar o cosechar para el Estado; o cuando un «arrendatario real» podía encontrar refugio en un templo para escapar a alguna desgracia que le amenazaba. El Estado, siendo incapaz en estos casos de evitar el conflicto de intereses, recurría a medidas que le asegurasen el trabajo del hombre, al menos temporalmente. Le daba una πίστις, un salvoconducto para cierto tiempo con el fin de que hiciera su trabajo para el gobierno. A veces estas πίστεις eran dadas de un modo confuso por el rey en persona o por distintos funcionarios reales. Su validez era confirmada por προστάγματα especiales*. Las personas influyentes se protegían de la misma manera, pero de un modo más eficiente y duradero. *U. P. Z.* 119 (99 a. de J. C.), es la petición de una orden al rey por parte de un sacerdote en la cual declare «inviolable» (ἄσυλος), su casa y le confiera, más o menos, los derechos de un templo (182).

El mismo deseo del gobierno de protegerse contra los individuos puede verse en la tendencia de aquél a vincular a éstos mediante juramento; por lo que se entiende, no un juramento general de fidelidad, sino juramentos al rey en documentos rutinarios de carácter económico o fiscal, tales como los χειρογραφίαι ὅρκου βασιλικοῦ exigidos a los labradores reales que recibían préstamos de grano de siembra del gobierno. Éste creía que la mayor responsabilidad del hombre cuando estaba ligado por un juramento evitaría que quebrantase de algún modo el contrato con el gobierno (183).

Mientras el gobierno protegía de este modo sus intereses contra instituciones de las que era responsable, los individuos particulares trataban de hacer lo mismo. Las φιλάνθρωπα reales, los decretos relativos a las obras públicas, los πίστεις otorgados por el gobierno, el derecho de santuario, la σκέπη de los funcionarios gubernamentales, chocaban con el crédito particular y dificultaban toda clase de negocios. Con el fin de protegerse, los acreedores no prestaban ni los hombres de negocios hacían contratos sin garantizarse por medio de una cláusula especial en el contrato, según la cual la otra parte no se valdría

---

* *B. G. U.*, 1812 (49-48 a. de J. C.).

de ninguna protección extendida por el Estado. Esto significaba plena libertad para los recaudadores de despreciar cualquier protección de este género (184).

Estos fenómenos, estudiados en las páginas precedentes, desorganizaron la vida económica del país. Padeció el Estado y padecieron los intereses particulares. No sólo hicieron que la autoridad del rey, minada por estos factores, decayese rápidamente, sino que, en consecuencia, disminuyó su riqueza. Sus fuentes principales de ingresos —la renta de la tierra real y los productos de los monopolios e impuestos— disminuían continuamente. Los fundos de los templos, la tierra «particular», incluida la de los soldados establecidos, creció principalmente a expensas de los dominios reales, y su crecimiento, a pesar de los grandes impuestos de la tierra privada, contribuyó a la disminución de los ingresos reales. Aún más perjudicial fue la rápida disminución del área de tierra cultivada —real y no real— y la creciente dificultad de arrendarla, de que ya he tratado, y el consiguiente despoblamiento de los pueblos, de lo que diremos algo en seguida. Finalmente, la falta cada vez mayor de honradez de los funcionarios reales y su abandono de los intereses reales llevaron al rey a un notable grado de pobreza. Todos los esfuerzos del gobierno por detener esta disminución en los ingresos fueron inútiles en la mayoría de los casos. Se adoptaron toda clase de arbitrios sobre los arrendatarios reales, obreros reales, contribuyentes, contratistas y funcionarios de la corona: entendimiento mutuo, exhortaciones y, en última instancia, medidas coercitivas. He descrito cómo se aplicaron estos métodos con el fin de frenar el aumento de tierras baldías y roturar tierras que habían quedado en barbecho. Procedimientos parecidos se adoptaron respecto a la industria intervenida por el Estado y a los impuestos. Si las medidas blandas fracasaban, el último recurso era la confiscación de la propiedad de las personas responsables del cultivo de la tierra, de la gerencia de la industria, el comercio o la recaudación de impuestos. Esta responsabilidad, tanto de las personas vinculadas al Estado por alguna forma de contrato (arrendatarios, obreros industriales, vendedores por menor, contratistas de distinta clase) como de los agentes del Estado para la recaudación de todos los ingresos, era una tradición heredada de la antigua administración pretolemaica. Pero nunca había sido empleada con tanta frecuencia ni tan sistemáticamente como bajo los Tolomeos, especialmente en los siglos II y I antes

de J. C. Ésta fue la época, por ejemplo, en que se introdujo una innovación importante a este respecto. Paralelamente a la responsabilidad individual se hizo un ensayo de responsabilidad colectiva. Esta responsabilidad colectiva se aplicó primero, no a los agentes del gobierno, sino a los que pagaban rentas e impuestos a la corona, a los pueblos de los arrendatarios reales. Tenemos testimonio de esto en varios documentos de los siglos II y I a. de J. C. en tanto que desconocemos documentos parecidos de períodos anteriores (185).

Otro rasgo peculiar de la economía real de la época, estrechamente relacionado con la evolución antes descrita y especialmente con la que sufrió la tierra real y privada, fue el rápido crecimiento de la propiedad «sin dueño» (ἀδέσποτα), especialmente de la tierra mostrenca. Es una pena que tengamos tan poca información sobre este tema, y en general sobre la propiedad privada que por una u otra razón era reclamada por el Estado*. La propiedad sin dueño y la reclamada por el Estado estaban estrechamente vinculadas. Las propiedades más típicamente ἀδέσποτα eran las de personas particulares que morían sin testamento ni herederos. Sin embargo, más importantes eran las *res derelictae*, o propiedad abandonada. Estas *res derelictae* eran especialmente frecuentes en las épocas de revueltas, cuando los propietarios huían de su lugar de residencia y dejaban sus propiedades. Sustancialmente, a la misma clase pertenecía la propiedad confiscada de los deudores insolventes del Estado: deudores en el pago de rentas o impuestos, funcionarios y contratistas del Estado (incluidos sus fiadores) responsables de la recaudación de los ingresos y de la administración de «monopolios». Estos deudores eran muy numerosos en las épocas revueltas. No es extraño, pues, que en nuestras fuentes haya frecuentes referencias a propiedad mostrenca, abandonada o confiscada, a fines del siglo II y en el I a. de J. C., especialmente en los que se llaman decretos de amnistía publicados en Egipto, Chipre y Cirenaica.

Por supuesto, este tipo de propiedad estatal había existido siempre. El gobierno trataba, naturalmente, de disponer de ella, esto es, de venderla. Y había unos funcionarios especiales encargados de ello. Pero es digno de notarse que, como he mencionado antes, en los documentos del siglo II a. de J. C. aparece por

* En la época romana se llamaba τὰ εἰς τὸν Καίσαρα πίπτειν ὀφείλοντα, en la tolemaica probablemente τὰ εἰς τὸν βασιλέα πίπτειν ὀφείλοντα.

primera vez un departamento especial llamado ἴδιος λόγος y un funcionario del mismo nombre. Es evidente que fue en este agitado período cuando se agudizó el problema de la tierra sin propietario y abandonada. Su solución no era fácil, y el gobierno ensayó varios métodos. Pero es claro que en una época de escasez de mano de obra, de desastre económico y de empobrecimiento general, lejos de ser una fuente valiosa de firmes ingresos para la corona, era simplemente una causa de molestia y preocupación (186).

Aunque este estado de cosas era ruinoso para los intereses del rey, no lo era menos para los del público en general, especialmente para la clase trabajadora. Ya me he referido a su situación, pero aquí pueden mencionarse algunos datos más. Una ilustración de las miserables condiciones sociales y económicas en que vivía la clase trabajadora es la despoblación. En algunos casos la despoblación era temporal y debida a secesiones. Sin embargo, en otros era duradera. La despoblación de pueblos particulares se menciona frecuentemente en documentos de los siglos II y I antes de J. C. *Teb.*, 803 (finales del siglo II a. de J. C.), es una petición dirigida por los colonos del pueblo de Oxirrinca al epístate del pueblo, y afirma que, mientras antes eran 140, ahora son, a consecuencia de varios actos de injusticia, sólo 40. En *B. G. U.*, 1815 (61-60 a. de J. C.), es la ἐπιβολή lo que había arruinado al pueblo de Macor y llevado a sus habitantes a la huelga. *B. G. U.*, 1835 (51-50 a. de J. C.), es un informe de los sacerdotes de un templo de Hiera Nesos; el informe expresa la ansiedad de los sacerdotes acerca de los tesoros del templo, porque todos los habitantes del pueblo se han marchado δι' ἀσθένειαν καὶ ὀλι⟨γ⟩ανδρίαν, y han dejado a los sacerdotes completamente solos (μονωτάτους). En 50/49 a. de J. C., la sequía produjo una situación similar en el pueblo de Tenteris, donde todos los extranjeros (ξένοι) residentes temporales habían abandonado sus casas*.

La arqueología apoya los testimonios de los documentos. Las excavaciones sistemáticas de Caranis, en el Fayum, realizadas por la Universidad de Michigan, han demostrado que la extensión del pueblo era menor en la época helenística tardía que bajo los primeros Tolomeos. El descubrimiento de los papiros de Zenón en los cimientos de una casa de Filadelfia demuestra

---

* *B. G. U.*, 1843.

que la casa de Zenón, con toda probabilidad, se arruinó a fines del período tolemaico. Otra casa fue construida en este ψιλὸς τόπος, pero no antes de la época romana (187).

Siendo ésta la situación de los pueblos, no nos sorprenderá saber el efecto desastroso que sobre Egipto tuvo en el siglo I antes de J. C. fenómeno tan ordinario como una escasa crecida del Nilo y la impotencia y apuros del gobierno al enfrentarse con ella. En 49-50 se publicó en Alejandría una orden real*[1] por la que se prohibía bajo pena de muerte exportar grano del Medio Egipto al Alto y al Bajo Egipto, y se ordenaba que todo el grano había de enviarse a Alejandría. La interpretación del documento dista de ser segura, pero en mi opinión ocurriría lo que sigue: Probablemente la cosecha del año 49-50 fue escasa*[2]. El Alto y el Bajo Egipto tenían necesidad de trigo, y había peligro de hambre en Alejandría. El Medio Egipto pudo haber tenido algún sobrante, que los poseedores de grano venderían, como es natural, a los lugares donde el precio fuera más alto. El gobierno, temiendo la ira de los alejandrinos, intervino, y ordenó que todo el sobrante de grano se dirigiese a Alejandría. Se trata de un caso excepcional. De que el Nilo lleve poca agua no tiene la culpa el gobierno, sea bueno o malo. Sin embargo, la despoblación probablemente agravó la situación. El tono histérico del πρόσταγμα transparenta la alarma del gobierno, y las medidas adoptadas demuestran que su primer pensamiento era asegurar su propia salvación, en detrimento del país como tal, por medio de métodos de la coacción y la opresión (188).

Así, pues, la pobreza fue el signo bajo el cual Egipto vivía a fines del siglo II y principios del I a. de J. C. Pobreza para el Estado y para la mayoría de la población. Un síntoma infalible de esto puede verse en los precios, que subieron de un modo vertiginoso y febril. Esta desorbitación de los precios fue debida al estado de la moneda. Puede observarse un nuevo estallido de inflación en la época de la *amixia* bajo Evérgetes II, y es bien sabido que la adulteración desequilibró la calidad de la plata de finales del siglo II y I a. de J. C. (189). Pero el mal no debe ser exagerado. El país no estaba aún totalmente arruinado. Los Tolomeos tenían todavía fama de ser los reyes más ricos del mundo, y su crédito seguía siendo bueno. Sin duda, no dilapi-

---

*[1] *B. G. U.*, 1730.
*[2] Cf. *B. G. U.*, 1843.

daron el tesoro particular acumulado por la dinastía. Esto es evidente por los grandes recursos con que Auletes pudo comprar a sus partidarios romanos, y la última Cleopatra financiar la expedición de Antonio a Accio. Incluso después de esta expedición, Augusto sacó enormes cantidades del tesoro real. La riqueza de Cleopatra no se debía a ninguna mejora de la situación económica de Egipto bajo su gobierno. Los escasos papiros de su reinado y su moneda demuestran que la situación durante su reinado no era mucho mejor que durante el de Auletes. Pudo haber sido más popular entre los indígenas que sus predecesores. Sin embargo, dudo mucho de que fuese debido a mejoras en la administración y en el estado general del país (190).

Tales eran las condiciones sociales y económicas que prevalecían en Egipto a finales del siglo II y en el I a. de J. C. Su explicación es uno de los problemas cruciales de la historia del Egipto tolemaico. La solución más cómoda es hacer responsables de la decadencia general del país a los gobernantes. Tolomeo Soter, Filadelfo, y quizá Evérgetes I, puede decirse que eran reyes buenos y eficientes, y bajo su mando Egipto fue próspero y floreciente. Los últimos Tolomeos fueron descendientes degenerados de nobles antepasados, y poco a poco llevaron a cabo la ruina del país. La misma solución se ha sugerido para el problema que se refiere al imperio romano. Algunos de los últimos Tolomeos pudieron haber tenido buenas intenciones, pero estaban en manos de consejeros y favoritos perversos. Otros murieron demasiado jóvenes para mejorar la situación en bancarrota. Los malos gobernantes forman un aspecto del cuadro. El otro aspecto lo forman las tendencias nacionalistas de las masas de la población y su fanatismo religioso. Finalmente, hubo la siniestra influencia de Roma, que privó a Egipto de sus posesiones extranjeras y chupó su sangre en el siglo I a. de J. C.

En mi opinión, la responsabilidad de la decadencia de Egipto no puede atribuirse sólo a los gobernantes. El sistema de gobierno, tal como lo he descrito, no sufrió cambios radicales desde el tiempo en que fue establecido por los esfuerzos comunes de Soter y Filadelfo. ¿Por qué, si era impecable, había de funcionar bien en el siglo III a. de J. C., peor a principios del II y desastrosamente a fines de éste y durante el I? Los documentos demuestran que todos los Tolomeos repetían constantemente, de acuerdo con las tradiciones inmemoriales de la realeza oriental en general, su deseo de que todos fuesen felices en su reino; y no tenemos

razón alguna para no creerlos. No amaban la opresión por su propio provecho, y trataban de reprimir los desafueros de sus agentes por todos los medios a su alcance y proteger todo lo que podían a las clases oprimidas. ¿Por qué este sentimiento ha de ser sincero en boca de Filadelfo y una fórmula vacía cuando era expresado por sus últimos sucesores? ¿Por qué los mismos métodos de gobierno habían de ser beneficiosos bajo los primeros Tolomeos y perniciosos bajo los últimos? Puede objetarse que el mismo instrumento puede ser creador o destructor, según quien lo emplee, y esto, sin duda, es verdad. Pero aquí la dificultad está en que la máquina creada por Filadelfo era manejada de la misma manera, con las mismas intenciones, con los mismos métodos, y la mayoría de las veces por las mismas gentes bien intencionadas. Sin embargo, los resultados fueron buenos en la primera época y malos en la última.

Tampoco puedo atribuir la decadencia de la última época tolemaica a las aspiraciones nacionalistas de las masas egipcias, que causaron los levantamientos revolucionarios de los siglos I y II a. de J. C. Sin duda, eran las masas quienes en última instancia fueron responsables de la decadencia. Rehusaron activa o pasivamente acudir a la llamada de los reyes. Pero es evidente —y esto fue comprendido por los mismos reyes— que las masas no obraron así porque estuvieran resentidas porque el gobierno estaba en manos de extranjeros, y se sintieran ofendidas en su orgullo nacional y religioso. Esto puede ser un motivo secundario, pero nunca el principal de insubordinación. Los Tolomeos se esforzaron en aparecer ante sus súbditos todo lo faraones que podían, y jamás ofendieron sus sentimientos religiosos. Mostraron la mayor reverencia ante los dioses y los templos egipcios, y la mayoría de los templos fueron sus partidarios decididos. Además, no hay razón para creer que los reyes de los siglos I y II antes de J. C. tuvieran una política prohelénica, es decir, que favorecieran el elemento extranjero de la población como tal. La política de asociación iniciada por Filopátor no fue abandonada nunca. Las clases altas de los egipcios indígenas tenían *de jure* las mismas oportunidades que los extranjeros poco a poco egipcianizados. He destacado repetidas veces que a finales de la época tolemaica las clases privilegiadas pertenecían a la raza mezclada, aunque sin duda era requisito indispensable para el éxito un cierto grado de cultura griega, sólo accesible a las personas más ricas de la población. La masa de los pobres no participaba en ella.

Lo que sentían los indígenas no helenizados, los *laoi*, que constituían la gran mayoría de la población no era la presencia de los extranjeros en el país. A esto se habían ido acostumbrando poco a poco y lo daban por hecho consumado. Lo que sentían era el sistema de gobierno tal como lo aplicaban las clases privilegiadas: la opresión económica, los pesados impuestos, el trabajo obligatorio, los servicios de toda clase, las requisas, y, sobre todo, el trato injusto y desigual de las distintas ramas de la administración. La masa de la población de Egipto no se oponía a los griegos como tales, sino a todo el que formaba parte de la administración y de las clases privilegiadas. Este resentimiento aumentaba, naturalmente, por el hecho de que los opresores hablaban una lengua diferente, vivían una vida diferente y se consideraban seres superiores. En cierto sentido, los miembros de la clase superior eran extranjeros para los indígenas, aunque en muchos casos fuesen tan egipcios racialmente como ellos. La misma situación reinaba en muchos países europeos en los siglos XVIII y XIX, situación que no deja de ser familiar para cuantos conocen el Egipto moderno.

Tampoco puedo ver a Roma participando en gran escala en la responsabilidad de la decadencia gradual de Egipto. Sin duda los reyes egipcios sintieron la mano dura romana. Pero en comparación con lo que Roma hizo por la ruina de Macedonia, de las monarquías de Asia Menor y de Siria, la contribución romana a la ruina de Egipto fue escasa. Roma no restauró el imperio tolemaico después de la primera guerra macedónica; pero tampoco hicieron mucho los propios Tolomeos para tal restauración. Por otra parte, Roma salvó la independencia de Egipto en la época de Antioco IV, y sin buscar remuneración. Sus intervenciones posteriores fueron de escasa importancia. La situación cambió en tiempo de Auletes, pero Egipto ya estaba entonces en completa decadencia.

Puedo conceder que todos los factores anteriormente discutidos pudieron haber tenido su parte en la decadencia de Egipto; pero, en mi opinión, no fueron causas primarias, sino secundarias. Desde mi punto de vista, lo decisivo fue la actitud de la población, especialmente la de la clase baja. Y esta actitud fue creándose gradualmente, poco a poco, por algunos rasgos de la vida egipcia de que ya he tratado.

Estos rasgos pueden recapitularse como sigue: la opresión económica de la clase trabajadora, la división de la población de

Egipto en dos grupos, uno privilegiado social y económicamente, constituido en gran parte por extranjeros, y otro tratado por el gobierno principalmente como fuente de ingresos, como trabajo necesario para la producción de bienes; la antinomia entre la estructura de la vida económica, social y «política», de las dos clases, que encontró su expresión en la división de Egipto en πόλις y χώρα, en γῆ βασιλική y γῆ ἐν ἀφέσει, en λαοί y Ἕλληνες; y la coexistencia de dos tipos de vida económica, uno reservado para los Ἕλληνες, otro para los λαοί, uno basado en un cierto grado de libertad e iniciativa, otro regulado desde arriba y sometido a una intervención estatal que lo abarcaba todo. Ahora bien: estos rasgos predominantes, que no podían dejar de ser conocidos y sufridos por los indígenas y que afectaban a su vida privada y a su prosperidad, fueron todos creación de los primeros Tolomeos y heredados de ellos por sus sucesores. Añádase a esto que el derecho privado de los indígenas, que era individualista y opuesto a la intervención del Estado, pero que, a pesar de esto, nunca fue alterado por los Tolomeos, acentuaba la antinomia inherente a la organización tolemaica. No es exacto decir que el pueblo empezó a sentir este estado de cosas al final de la historia del Egipto tolemaico. Lo hizo desde el comienzo; al principio, tácitamente, con huelgas; más tarde, abiertamente, con revoluciones.

Pero los indígenas tardaron algún tiempo en sentir la opresión del nuevo sistema, más tiempo aún en comprender que no podían esperar una mejor situación por medio de peticiones y quejas, y todavía más en darse cuenta de su fuerza y en organizar la resistencia abierta. Por otra parte, el sistema, mientras fue nuevo y aún no se había endurecido, funcionaba relativamente bien. El gobierno tardó algún tiempo en transformarse en una máquina inhumana, y la burocracia en aprender cómo podía oprimirse a la población sin demasiado daño para los opresores. El sistema burocrático se endureció, y desarrolló una inflexible rutina exactamente en la época en que las condiciones políticas se complicaron y comenzó la serie de revueltas indígenas (191). El resultado de ello fue la situación que he descrito anteriormente*.

---

* Esta interpretación del devenir de la historia tolemaica, expuesta por mí más de una vez hace años (en mi *Staatspacht* (1902), mi *Kolonat* (1910), y en muchos artículos), ha sido criticada por eminentes eruditos, como forzada y fundada en una errónea analogía con ciertos sucesos en la historia del mundo moderno. Pero mi punto de vista fue expresado

Sabemos muy poco de la situación reinante en el siglo II antes de J. C. en los dos dominios exteriores que conservaba Egipto en este momento: CHIPRE y CIRENE, los últimos restos del imperio tolemaico, tan grande en su día. Ya he sacado a colación (págs. 333 y 339) los escasos testimonios que poseemos referentes al aspecto social y económico de estos dos países en el siglo III a. de J. C. Por lo que hace al siglo II a. de J. C., las fuentes son más abundantes.

Para Chipre los testimonios constan de varias inscripciones. La mayoría de ellas, como las del siglo III a. de J. C., se refieren a asuntos de miembros del ejército egipcio de ocupación. Otras dan alguna información sobre la administración egipcia del país y de las condiciones que reinaban en algunas ciudades (192).

La luz más importante sobre la evolución social y económica de la isla nos la da un texto recientemente descubierto allí. Es un fragmento de una proclama que contiene una serie de φιλάνθρωπα otorgadas a Chipre por Evérgetes II, acompañada de una carta del rey al ejército de ocupación. Lo poco que poseemos del texto de las φιλάνθρωπα muestra extensas coincidencias con *Teb.*, 5, la proclama de que hemos tratado anteriormente, aunque el documento de Chipre es mucho más antiguo (145-144) que el otro, y sugiere que la situación de Chipre durante el reinado de Evérgetes II no era muy distinta de la de Egipto*[1]. La carta dirigida a las «fuerzas de tierra y mar» (πεζικαὶ καὶ ναυτικαὶ δυνάμεις) es aún más interesante. Muestra la dependencia del rey del apoyo del ejército en 145-144 a. de J. C. y, por supuesto, después; apoyo que estaba dispuesto a conseguir por medio de la adulación y distintos beneficios. Entre éstos, ninguno más notable que la promesa de otorgar pensiones vitalicias a los soldados y marineros*[2]. Estas pensiones habían de ser necesariamente una pesada carga para los recursos del empobrecido reino de Evérgetes II (193).

Por lo que se refiere a Cirene, nuestra información es menos copiosa, pero más importante. He citado (cap. IV) la inscripción de Cirene que contiene la última voluntad y testamento que Evérgetes hizo por esta época, cuando era gobernador de Cirene.

---

antes de que los hechos en cuestión se dieran ni en sueños, y se basa exclusivamente en el estudio de las fuentes y sigue sustancialmente inalterada.

*[1] Véase especialmente el párrafo sobre los ἀνακεχωρηκότες.

*[2] 27 y sigs.: διὰ βίου τε τὰς σιταρχίας ἅπασιν ἐτάξαμ[εν, ὃ οὐδεὶς] | [τῶ]ν προγόνων μνημονεύεται πεποιηκώς.

De fecha algo más tardía es una inscripción fragmentaria recientemente hallada en Cirene. Contiene copias de por lo menos cuatro documentos separados, y está fechada en el noveno año de Soter II y Cleopatra Selene (109-108) a. de J. C. Sin embargo, la fecha es discutida, y la inscripción puede pertenecer a una época anterior, en el reinado de Filométor (194). Sea como fuere, el informe grabado en las estelas cirenaicas es de gran interés. El primer documento es un decreto de la ciudad de Cirene que prescribe con todo pormenor una celebración religiosa en honor de los gobernantes, su familia y sus antepasados. Recuerda la famosa inscripción de Gitio, de la época de Tiberio. La celebración prescrita en el decreto se ha pensado para señalar la gratitud de la ciudad por las φιλάνθρωπα que le concedieron los gobernantes (líns. 13 y sigs.). Tenemos además la conclusión fragmentaria de un segundo documento, ya fuera un decreto de la ciudad o ya un *diatagma* de los gobernantes referente a un grupo de ciudadanos distinguidos de Cirene, sobre algunos de los cuales pesaban graves acusaciones. El documento dice que, respecto a estas gentes, las órdenes reales y leyes seguirán su curso, pero con la salvedad de que sus propiedades no serán confiscadas, sino que pasarán a sus herederos. Después tenemos dos documentos bien conservados: primero una carta de los gobernantes a los cirenaicos, hablando de cartas dirigidas a sus propios oficiales en Cirenaica (τοῖς ἐπὶ τῶν πόλεων τεταγμένοις) y una orden de los gobernantes (πρόσταγμα), y segundo, el comienzo de un *prostagma* al que se refiere la carta anterior. Este *prostagma* trata (como lo hacían probablemente las cartas a los gobernadores reales de las ciudades, que se han perdido) de la tierra que ha sido declarada bienes mostrencos (ἀδέσποτα) y que de este modo ha pasado a manos de la corona o estaba en estado intermedio: sus propietarios están bajo acusación y la tierra en peligro de ser confiscada (o declarada mostrenca) por la corona (esta tierra era conocida técnicamente con el nombre de κατῃτιαμένα). Parece que las parcelas de tierra de estas dos clases estaban aún, por lo menos en cierta medida, en manos de sus antiguos propietarios. Los reyes prescriben que esta tierra no sea secuestrada («puesta bajo el sello») ni sus propietarios y esclavos arrestados por acción administrativa, sino que se continúe el procedimiento legal.

No puedo entrar aquí en una discusión detallada de todos los problemas que suscitan las inscripciones cirenaicas. Son muchos y de distinto tipo: políticos, constitucionales, administrativos,

etcétera. Me limitaré a los aspectos sociales y económicos del nuevo documento.

Es evidente que todo el informe recuerda una serie de φιλάνθρωπα. No es menos evidente que detrás de las medidas tomadas por el rey se pueden ver las condiciones que distan de ser normales. El país se halla en estado de revolución. Muchas personas eminentes de las ciudades están bajo acusación y esperan el juicio. Otras personas de la *chora,* no de la ciudad, han perdido sus derechos de propiedad sobre su tierra, debido, según parece, a quiebras de la ley, y sus posesiones han sido declaradas mostrencas (ἀδέσποτα). Y otro grupo de personas, probablemente de la misma clase, no han perdido aún su propiedad, pero están bajo acusación y expuestas a hacerlo en cualquier momento. Estos dos grupos han sido duramente tratados por los funcionarios reales. Parece que no son cultivadores indígenas, sino soldados establecidos. Debe tenerse presente que los mismos términos que se emplean para la tierra, confiscada y no confiscada, se emplean en los catastros de la tierra de Tebtunis hacia la misma época respecto a la γῆ κατοικική, y en las φιλάνθρωπα de Chipre antes estudiadas (195).

La inscripción, cualquiera que sea el momento del siglo II antes de J. C. a que pertenezca, refleja una situación revuelta en el país, e implica alteraciones y quizá guerra civil. La historia de Cirenaica se conoce muy poco para permitirnos relacionar con visos de probabilidad el documento con sucesos particulares, pero en todo caso los gobernantes que aparecen en los documentos salieron victoriosos de la lucha, probablemente guerra civil o dinástica; y parece que trataron de restaurar la paz y el orden, sin proclamar, no obstante, la amnistía completa. Trataban de castigar a sus enemigos, pero sin hacer violencia a los tribunales regulares de justicia. Situaciones parecidas fueron frecuentes en Egipto en los reinados de Filométor, Evérgetes II y Soter II, y Cirenaica, sin duda, se vio envuelta en los desórdenes de Egipto.

Como el documento de Chipre, el informe cirenaico revela el estado revuelto e intranquilo a que había sido llevado un país rico y floreciente, a consecuencia principalmente de la guerra civil y de la mala administración.

Las desastrosas condiciones que reinaban en Egipto a finales del siglo II y principios del I a. de J. C. arruinaron su producción y prosperidad. Empobrecieron a sus clases trabajadoras y redujeron los ingresos que el gobierno sacaba de sus fuentes internas.

Pero no tuvieron una influencia directa sobre el desarrollo de las relaciones comerciales de los Tolomeos.

Ya he señalado que estas relaciones comerciales fueron sacudidas profundamente, primero por el estado del mercado occidental durante las guerras púnicas y las guerras orientales, y después por la pérdida que sufrió Egipto de su hegemonía marítima en el Egeo. Finalmente, el comercio de Egipto experimentó un duro golpe con la ocupación de Siria por Antioco III y la concentración del comercio caravanero en manos de los seléucidas.

Sin embargo, no tardaron mucho los Tolomeos en reajustar sus relaciones comerciales y adaptarlas a las nuevas condiciones. La pérdida de sus dominios en el Egeo no implicó, por supuesto, su exclusión del comercio en ese mar, que además perdía importancia con la decadencia económica de Grecia. Por otra parte, el rápido desarrollo económico en el siglo II a. de J. C., especialmente por lo que respecta a la agricultura, del reino de Pérgamo, de Bitinia y del Ponto, y el renacimiento parcial del reino del Bósforo, hizo difícil para Egipto la conservación del papel que había desempeñado en el siglo III a. de J. C. de distribuidor de trigo en el área egea. Además de esto, la producción agrícola de Egipto, como hemos visto, estaba declinando, y es probable que las cantidades de grano para la exportación y de aceite para el consumo decreciesen gradualmente. Pero, sin duda, Egipto exportaba todavía algún grano y algunos otros productos (papiro, telas, vidrio, etc.) a las ciudades del Egeo. No se puede hablar, pues, de nada que se parezca a una ruina completa del comercio egeo de Egipto en los siglos II y I a. de J. C. (196).

Pero ya no era el mercado egeo el que desempeñaba la parte principal en el comercio de estos países. Los mayores clientes de mercancías helenísticas eran ahora Italia y el Occidente. Ya me he referido a este cambio al estudiar el desarrollo del comercio sirio. Lo que Italia necesitaba no era tanto el grano egipcio como los productos de las manufacturas y artículos de lujo importadas a Egipto desde Somalilandia, Arabia e India. Es lástima que tengamos tan poca información sobre las distintas ramas de las manufacturas alejandrinas, especialmente en lo que concierne a la historia del desarrollo de las telas egipcias, tanto de lana como de lino. Naturalmente, en esta época no era Egipto el único proveedor de tejidos en el mercado mundial. Pérgamo y otras varias ciudades de Asia Menor ofrecían sus telas; Cos trabajaba aún, lo mismo que Fenicia y Siria. Nos gustaría saber qué cantidad

exportaba a Italia cada uno de estos centros de producción. Aunque no han sobrevivido fábricas originales del período y hay muy pocas esperanzas de encontrar alguna, ni siquiera en Egipto, tenemos una fuente de información que puede ser de gran utilidad, por lo menos en lo que respecta a los tejidos. Me refiero a las pinturas murales de Roma y Pompeya a principios del segundo estilo, que frecuentemente reproduce colgaduras, alfombras y similares. Sin duda, la mayoría de estas pinturas murales del segundo estilo pertenecen a la época de Sila y Augusto, pero algunas son más antiguas, y dudo mucho de que a este respecto haya alguna diferencia notable entre los siglos I a. de J. C. y I d. de J. C. Un análisis de los ornamentos de estas alfombras pintadas y colgaduras puede revelar su lugar de origen (197).

No estamos mejor informados sobre los vidrios. No sabemos nada de los tipos de vidrio que se empleaban a fines de la época helenística, antes de la invención del vidrio soplado. Los sepulcros de la época que nos ocupa son pocos y difíciles de fechar. Pocos son de alguna riqueza. Las excavaciones cuidadosas de sepulcros del período helenístico final, llevadas con observaciones exactas, son excepcionales tanto en Italia como en Oriente, incluido Egipto. De hecho, sólo conozco un ejemplo, el de Mirina, pequeña ciudad provincial de Asia Menor. Esto quiere decir que por lo que respecta al último período de la evolución del vidrio moldeado, hay una laguna en nuestro conocimiento (198).

La situación respecto a la toréutica es parecida. Ya he dicho lo difícil que es discernir entre los diferentes tipos locales de vajilla de plata y bronce del período helenístico: el pergameno, el egipcio, el sirio, el tarentino, el campaniense. Aún más difícil es distinguir entre el siglo III a. de J. C. y el final de la época helenística. Los testimonios son abundantes, pero nunca han sido colacionados. Un *corpus* de la vajilla de plata y bronce con un cuidadoso registro de las circunstancias en que fueron halladas las distintas piezas podría dar gran ayuda al historiador de la vida económica de la antigüedad. Esto ocurre también con las joyas, que tampoco han sido colacionadas, distribuidas de acuerdo con su lugar de origen, y tipos y cuidadosamente fechadas. Esto se aplica especialmente a Egipto, Siria, Asia Menor e Italia, y también al período que estamos estudiando (199).

Finalmente, por lo que se refiere a la cerámica, no sabemos prácticamente nada de la cerámica usada en Egipto y especialmente en Alejandría en los siglos II y I a. de J. C. Nunca se ha

hecho un estudio completo de la cerámica de esta época. Hasta cierto punto, podemos distinguir entre cerámica helenística y romana, pero somos completamente incapaces de discernir entre la cerámica de principios y la de fines de la época helenística. En la misma ignorancia estamos respecto a Italia. Aparte las ramas locales de cerámica, de Calene, italomegarea y protoaretina, sabemos muy poco de los tipos que se empleaban en Italia en la época helenística final. Se ha dedicado atención al tema de la excavación de ciudades y cementerios en Grecia y Oriente, por ejemplo, Corinto, Atenas, Priene, Pérgamo, Mileto, Olbia, y en algunos lugares menores, pero se ha hecho muy raras veces en Italia. Si aun respecto a estas ciudades excavadas, donde los hallazgos han sido estudiados con todo cuidado*[1], es difícil distinguir entre cerámicas helenísticas tempranas y tardías, y separar las locales de las importadas*[2], cuánto más difícil no será aplicar los mismos principios de clasificación a las cerámicas halladas en Italia.

En estas circunstancias no tenemos medios de saber con certeza ni aun de conjeturar el volumen de la exportación de mercancías manufacturadas de Alejandría a Italia, ni de comparar este volumen con el de las exportaciones de Asia Menor y Siria. Sin embargo, no existe la más leve duda de que Alejandría, de hecho, enviaba productos de sus manufacturas a Italia, y probablemente en grandes cantidades. Podemos suponerlo por el desarrollo en la Italia meridional, a fines de la época helenística, de las ramas industriales que florecían en Alejandría: industria textil, toréutica, joyería, aceites y perfumes. La actividad de estas ramas industriales en Pompeya en el siglo I a. de J. C., reflejada en las pinturas pompeyanas de la época que reproducen escenas de la vida industrial, hace probable que esta emancipación de la Italia meridional respecto de Alejandría fuese precedida por un período en que la importación era un rasgo frecuente de su vida económica. Una cuidadosa investigación de los distintos objetos hallados en Pompeya, especialmente joyas y vajilla de plata, podría confirmar o refutar esta sugerencia. Me doy cuenta perfecta de que todas las ramas de la industria que he mencionado florecían en Italia antes de la época helenística, y

---

*[1] Sin embargo, hay que advertir que los hallazgos menores de Mileto no han sido publicados todavía.

*[2] Nótese el caso de la cerámica megarea anteriormente discutida.

que su actividad en el siglo I d. de J. C. en Pompeya pudo haber sido un renacimiento local y no el resultado de una transferencia de estas industrias de Alejandría a Italia (200).

La existencia de un comercio activo entre Alejandría e Italia puede igualmente inferirse de otro hecho. Había un número cada vez mayor de itálicos en Alejandría en el siglo II a. de J. C., unos que probablemente eran visitantes temporales y otros residentes fijos. Hay un grupo de inscripciones de Delos que sugieren la existencia de relaciones comerciales activas entre los mercaderes itálicos de Delos y los de Alejandría. Me refiero en primer lugar a la dedicación al templo de Delos, por un grupo de mercaderes itálicos, de una estatua de Loco, hijo de Calimedes, en reconocimiento de «los beneficios que les fueron concedidos cuando Alejandría fue tomada por el rey Tolomeo Teos Evérgetes»*[1].

Este texto, corto y aparentemente simple, presenta muchas dificultades de interpretación, que no puedo discutir aquí con pormenores. Es cierto que los mercaderes romanos fueron ayudados por Loco (¿y también por Evérgetes?)*[2] el 227 a. de J. C., cuando Alejandría fue tomada por Evérgetes, después de la *amixia*. Loco es conocido por otros documentos. Era alto dignatario al servicio de Evérgetes, estratego de Tebaida el mismo año de 127-126 a. de J. C., y con toda probabilidad participó activamente en la toma de Alejandría. La manera en que los mercaderes romanos recibieron sus beneficios (o los de Evérgetes) no está al alcance de nuestro conocimiento. Puede que estuvieran en persona en Alejandría el 127 a. de J. C., o que tuvieran agentes, barcos y mercancías en el puerto, salvados por Loco. Sin embargo, no veo razón alguna para pensar que los beneficios les fueran otorgados por Evérgetes como recompensa por los servicios prestados por ellos al rey, porque no dejarían de mencionarlo en su dedicación. A la misma clase de *negotiatores* pertenecían los dos Pedios, residentes fijos en Delos, que honraron a otro dignatario al servicio de Evérgetes: Polemarco*[3]. Tenemos una dedicación similar en Delos a Cayo Mario por *Alexandreae*

---

*[1] Ῥωμαίων οἱ εὐεργετηθέντες ναύκληροι | καὶ ἔμποροι ἐν τῆι γενομένηι καταλή|ψει Ἀλεξανδρείας ὑπὸ βασιλέως | Πτολεμαίου Θεοῦ Εὐεργέτου | Λόχον Καλλιμήδου . . . ἀρετῆς ἕνεκεν καὶ | εὐεργεσίας τῆς εἰς ἑαυτούς, κτλ., *O. G. I.*, 135; Durrbach, *Choix*, 105; *Inscr. de Délos*, 1526.

*[2] ¿Hemos de relacionar el nombre del rey con εὐεργετηθέντες, o con καταλήψει?

*[3] *O. G. I.*, 133; Durrbach, *Choix*, 106; *Inscr. de Délos*, 1527.

*Italicei quei fuere**1. Como había itálicos de Delos en Alejandría, así también había alejandrinos en Delos. Puedo recordar a los lectores la conocida dedicación del σύνοδος τῶν ἐν 'Αλεξανδρείαι πρεσβυτέρων ἐγδοχέων en Delos en honor de Croco, gobernador de Chipre bajo Evérgetes II*2. Las estrechas relaciones entre Alejandría y Delos en el reinado de Evérgetes II, fueron precedidas por relaciones semejantes en la época de Filométor, como atestigua la dedicación, hecha por el ateniense Areo, de una estatua de Crisermo, eminente varon de la corte de Filométor*3, y quizá por la elección de Delos por los mercenarios cretenses de Filométor como lugar de publicación del decreto en su honor*4. Fueron seguidas por relaciones similares entre Soter II y Delos; como está atestiguado por muchos documentos: su conocida dedicación en Delos*5; dos dedicaciones en su honor, una por un sacerdote de Amón*6, y otra por un alejandrino*7; y dos dedicaciones más: una en honor del ateniense Estolo, magnate de Alejandría, por Símalo, rico miembro de una familia chipriota residente en Delos; la otra, por Estolo, en honor de Símalo*8. Finalmente, podemos anotar el rápido crecimiento de los cultos alejandrinos en Delos y la presencia allí de muchos alejandrinos (201).

También se encuentran testimonios que apoyan la misma conjetura en el famoso papiro recientemente publicado por U. Wilcken, el contrato de un préstamo a la gruesa, probablemente a principios del siglo II a. de J. C., otorgado a un grupo de importadores de mercancías de Somalilandia por un tal Arquipo, hijo de Eudemo. Los cinco socios comerciales de nombre griego tienen *ethnica* diferentes: los *ethnica* de tres son desconocidos; de los otros dos, uno es macedonio y el otro masaliota. El préstamo fue negociado a través de un tal Gneo, sin duda itálico, probablemente banquero (¿de Alejandría?) o corredor; como fia-

---

*1 Durrbach, *Choix*, 107; *Inscr. de Délos*, 1699.

*2 *O. G. I.*, 140; Durrbach, *Choix*, 108; *Inscr. de Délos*, 1528; cf. 1529.

*3 *O. G. I.*, 104; Durrbach, *Choix*, 90; *Inscr. de Délos*, 1525.

*4 *O. G. I.*, 116; *Inscr. de Délos*, 1518; cf. Durrbach, *Choix*, 92; *Inscr. de Délos*, 1517.

*5 Durrbach, *Choix*, 124; *Inscr. de Délos*, 1531; cf. 1530 y 1537.

*6 *O. G. I.*, 170; Durrbach, *Choix*, 125; *Inscr. de Délos*, 2037.

*7 *O. G. I.*, 171; Durrbach, *Choix*, 126; *Inscr. de Délos*, 1532; cf. 1535 y 1536.

*8 Durrbach, *Choix*, 127 y 128; *Inscr. de Délos*, 1533, 1534.

dores aparecen tres oficiales del ejército y dos mercaderes, uno de Marsella y otro de Cartago. Es cierto que todos estos fueron residentes fijos o temporales en Alejandría y se dedicaban a negocios de distinta clase. Puede verse la gran proporción de occidentales entre ellos, así como la ausencia completa de sirios y microasiáticos. Sin duda, los miembros occidentales del grupo no habían perdido el contacto con sus ciudades de origen. Estas compañías y otras parecidas probablemente exportaban mercancías alejandrinas a Occidente: Italia, Cartago y Galia (202).

Es improbable que las mercancías exportadas por las compañías de Alejandría cuyos miembros solían visitar Delos, o por los mercaderes itálicos de Delos que visitaban Alejandría, consistieran en productos de las factorías de Alejandría. No había ninguna razón para que los artículos de manufactura alejandrina o egipcia tomaran la tortuosa ruta de Delos para llegar a Italia. Sin embargo, con las mercancías que venían a Alejandría desde Arabia e India y eran en parte mercancías en tránsito, era distinto. Dado que bienes de consumo similares se exportaban en grandes cantidades a Delos por mercaderes sirios, anatólicos y quizá bosforanos, y dado que Delos fijaba probablemente los precios, distribuía las existencias, financiaba las operaciones, etc., en una palabra, actuaba como casa de banca para este comercio, era natural que los mercaderes alejandrinos no exportasen sus mercancías «orientales» directamente a Italia, sino que las enviasen primeramente a Delos. Ya he señalado cómo eran dos gobernadores del Alto Egipto quienes protegían a los mercaderes itálicos de Alejandría durante la época de las revoluciones. Era necesario que los importadores de mercancías «orientales» mantuviesen buenas relaciones con los virreyes del sur de Egipto, centro del comercio «oriental» de este país. Pudo haber ocurrido de otra manera en lo que se refiere a las importaciones de Somalilandia, de las que Alejandría poseía el control completo.

Si esta explicación es exacta, las relaciones entre Alejandría y Delos son testimonio de un renacimiento del comercio de Egipto con el Sudeste y Oriente, comercio que durante algún tiempo había estado paralizado por la anexión seléucida de Palestina y Fenicia. Sin duda, los Tolomeos lograron, poco después de la batalla de Panión, reorganizar su comercio oriental. Los encontramos actuando en Delos bajo Filométor, y mantuvieron sus relaciones mercantiles con la isla-estado hasta su final prematuro después de la guerra mitridática.

Aunque nuestras fuentes son escasas e inconexas, nos permiten reconstruir las líneas principales según las cuales los Tolomeos reorganizaron sus relaciones comerciales con Oriente. Filométor pudo haber iniciado el proceso intensificando el comercio con Somalilandia y renovando la relación entre sus mercaderes y Delos. Pero fue probablemente Evérgetes II el principal restaurador del comercio exterior de Alejandría. La reputación que, como hemos visto, adquirieron él y sus principales colaboradores en Delos fue debida, sin duda, a su éxito en asegurar el control de mercancías en cantidades cada vez mayores, mucho más de lo que lo habían hecho sus predecesores. Esto lo hizo reasumiendo la tarea de los primeros Tolomeos, Filadelfo y Evérgetes I, es decir, estableciendo una ruta marítima segura y bien organizada entre Arabia meridional y Egipto. Para los reyes antiguos, la ruta del mar Rojo, gracias a su dominio de Fenicia y Palestina, era sólo de una importancia secundaria en lo que se refiere al comercio arábigo, mientras que la relación directa con la India no era de gran provecho. Su atención hacia el Sur se dirigía principalmente a la organización de la caza, domesticación y transporte sistemático de elefantes de guerra. Por el contrario, los esfuerzos de Evérgetes II se dirigieron principalmente al desarrollo de sus relaciones mercantiles marítimas con Arabia y África; hizo a éstas más fáciles y seguras por medio de diferentes mejoras en la ruta del mar Rojo, sus puertos y las vías que unían a éstos con el Nilo. La caza de elefantes llegó a su término natural. Puedo citar dos textos que ilustran el interés tomado por Evérgetes II en la navegación del mar Rojo. La conocida inscripción *O. G. I.*, 132, de 130 a. de J. C., menciona a un oficial que estaba al frente de una flotilla de barcos en el mar Rojo (probablemente buques de guardia para protección de los mercaderes que traficaban en este mar y las embarcaciones menores que recogían piedras preciosas en sus islas) y en el camino del desierto por el que se transportaban incienso y otras mercancías extranjeras desde el mar Rojo a Copto. Una observación de Posidonio* demuestra que la costa oriental del golfo Arábigo también estaba guardada, sin duda, contra los piratas nabateos, que no veían con agrado el renacimiento del comercio sudarábigo de los Tolomeos y estaban dispuestos a robar los barcos egipcios exactamente igual que lo habían hecho en la época de Filadelfo. Es punto

* Estrabón, II, 3 y 4, pág. 98.

controvertido si Evérgetes II se vio envuelto en una guerra en regla con los nabateos. Tampoco sabemos nada positivo sobre su relación con el importante puerto de la costa nabatea Leuce Come. No hay testimonios fidedignos de que haya sido el fundador de la ciudad (203).

A este respecto puedo citar el nombre de Agatárquides de Cnido, el conocido gramático, filósofo y geógrafo de Alejandría. Su ἀκμή cae en la época de Filométor y Evérgetes II. En su calidad de miembro de la clientela de Cineas (véanse págs. 762 y 776) y como secretario de Heraclides el Lembo, los dos conocidos consejeros políticos de Filométor, no era desconocido a los gobernantes de su tiempo. No es, pues, extraño que al escribir, ya de edad avanzada, su famoso tratado sobre el mar Rojo, que aún nos queda en fragmentos, que nos conservaron Diodoro y Focio, no sólo pudiera utilizar fuentes literarias, sino que también tuviera acceso a documentos oficiales, a los ὑπομνήματα βασιλικά, guardados en Alejandría, y a los informes de αὐτόπται, probablemente exploradores y mercaderes que a lo que parece llevaban a cabo sus viajes de exploración y de negocios, no sin el conocimiento de los círculos oficiales.

Es interesante destacar que los ὑπομνήματα βασιλικά contenían gran cantidad de material sobre el tema de Agatárquides, material que llegaba a conocimiento del rey, ya directamente, ya incorporado en los informes de los oficiales de la corona. Aún más interesante es el hecho de que Agatárquides eche la culpa del carácter incompleto de su obra a la interrupción de la recepción de informes oficiales, debida, como él dice, a las τὰς κατ' Αἴγυπτον ἀποστάσεις, causadas por la *amixia* de la época de Evérgetes II.

Todos los hechos anteriormente aducidos muestran el gran interés de Evérgetes II por el mar Rojo, por continuar su exploración, y por las posibilidades del comercio en este mar que de ella resultarían. Por supuesto, la intención fundamental de Agatárquides, el famoso y brillante escritor, era, con toda probabilidad, no suministrar a los mercaderes una guía fiel del mar Rojo, sino despertar el interés general por él, recordando a los posibles futuros mercaderes y exploradores los esfuerzos por promover su exploración ya hecha por Filadelfo y Evérgetes I y la importancia que atribuía Evérgetes II a esta región (204).

De este modo, el vivo interés de Evérgetes II por el comercio arábigo y africano de Egipto está fuera de duda. Pero sus ojos

estaban atentos a posibilidades aún mayores. Tenemos buena idea de esto en el conocido cuento de Eudoxo de Cícico*. Cuenta cómo un indio, perdido en el golfo Arábigo, fue llevado a Alejandría, y después de haber aprendido el griego, suministró información a la corte sobre la ruta comercial de la India. Se envió una expedición, entre cuyos miembros se hallaba Eudoxo, que a la sazón estaba en Alejandría como enviado sagrado y heraldo para proclamar la tregua por el festival de Perséfone en Cícico (θεωρὸς καὶ σπονδοφόρος τοῦ τῶν Κορείων ἀγῶνος). La expedición llegó a la India, y el barco de Eudoxo regresó cargado de valiosas mercancías (ἀρώματα y piedras preciosas). No sabemos si todos los miembros de la expedición, suponiendo que comprendía algunos barcos más, volvieron tan afortunados como Eudoxo; con toda probabilidad, fue así. A la vuelta de la expedición, las mercancías traídas de la India por Eudoxo pasaron a poder de la corona, con gran descontento de aquél, cosa que no comprendemos bien. Sin duda, no podía ignorar las leyes tolemaicas sobre la importación de mercancías extranjeras sometidas a monopolio. Tal vez pensó que siendo extranjero, estaría exento de estas regulaciones lo que importaba en su barco propio.

La primera expedición de Eudoxo salió probablemente en los últimos años del reinado de Evérgetes. Parece que el éxito de esta aventura movió el ánimo del rey a enviar otra expedición, y que el mismo Eudoxo tomó parte en ella. Sin embargo, esta expedición no se efectuó bajo Evérgetes, sino poco después de su muerte. Un análisis cuidadoso de nuestras fuentes, hecho por W. Otto y H. Bengtson, sugiere que partió durante el breve reinado de Cleopatra II, el 116 a. de J. C. De esta segunda expedición Eudoxo regresó no sin aventuras. A la vuelta el barco fue arrastrado a la costa somalí. Cuando la expedición volvió a la patria, Cleopatra ya no vivía, y era rey Soter II. El cargamento traído por Eudoxo, también esta vez fue requisado por la corona. Podemos suponer que esta vez habría recibido promesa formal de lo contrario, antes de zarpar.

El éxito de las dos expediciones probablemente condujo a un activo desarrollo del comercio egipcio con la India. Podemos suponer que el ejemplo de Eudoxo fue seguido por otros mercaderes, ya ocupados en el comercio de mercancías somalíes, árabes

---

* El cuento fue narrado por Posidonio y tomado de él por Estrabón, II, 3, 4 y sigs., pags. 98 y sigs.

e indias. Esto puede explicar la posición que tenía Soter en Delos, la gran casa mercantil. Probablemente, no fue Soter el rey quien era tan popular en la isla, sino Soter el hombre de negocios, gran comerciante, dueño de grandes depósitos de mercancías indias, y, por consiguiente, serio rival de los mercaderes sirios.

Es más que probable que el comercio egipcio con la India debiese su desarrollo a algún nuevo factor antes desconocido. Éste pudo haber sido el descubrimiento de los monzones, que permitían a los mercaderes egipcios establecer relaciones directas entre Egipto y la India. Eudoxo pudo haber recibido información sobre el tema del mercader indio naufragado, y pudo haber realizado su primera expedición con su ayuda.

Pero nuestros textos literarios asocian el descubrimiento de los monzones, no con Eudoxo, sino con un marino, un capitán (κυβερνήτης), llamado Hípalo. El *Periplo del mar Rojo* más tardío es positivo sobre este punto. El autor afirma explícitamente que fue Hípalo quien por primera vez hizo un viaje directo a la India con ayuda del monzón sudoeste, después de explorar los *emporia* y el carácter del mar. Bajo su nombre conocían los griegos*[1] el monzón sudoeste, y él fue quien dio su nombre a un importante promontorio del mar*[2].

La fecha de Hípalo y de su descubrimiento es discutida. Muchos eminentes eruditos se inclinan a situar a él y su descubrimiento a principios del imperio romano, dado que su nombre aparece por primera vez en esa época y es desconocido para los autores helenísticos (por ejemplo, Juba). Encuentro difícil aceptar esta conclusión. Se basa exclusivamente en testimonios negativos, y los argumentos *ex silentio* son muy peligrosos. Si Juba realmente nunca oyó hablar de Hípalo, pudo haber sido negligencia suya. Otras consideraciones de peso, por otra parte, apoyan una fecha temprana para Hípalo. He señalado antes que las expediciones de Eudoxo y el siguiente desarrollo de las relaciones comerciales entre Egipto y Delos pueden explicarse fácilmente suponiendo el descubrimiento de los monzones por Eudoxo y la utilización corriente posterior de su descubrimiento. De lo contrario, estos hechos son desconcertantes. Ha de recordarse que la ruta marítima de Egipto a la India en general, el viaje costero tradicional, era bien conocido a los Tolomeos desde comienzos

---

*[1] *Per. Mar. Eryth.;* Plinio, *N. H.*, VI, 100 y 104.

*[2] Plinio, *N. H.*, VI, 172; Tolomeo, IV, 7, 12.

de su gobierno en Egipto. Si no se empleó, se debió a su peligrosidad, a su distancia y a los gastos que suponía. ¿Qué razón tuvo Evérgetes para lanzarse a una aventura tan arriesgada, sin ningún elemento nuevo, y en una época en que las condiciones no eran muy favorables? (205).

Además, poseemos algunos testimonios positivos, fuera de la historia de Eudoxo y el material délico que hemos estudiado antes. A fines del siglo II y comienzos del I a. de J. C. vemos una innovación inesperada en la administración de Egipto, relacionada, según parece, con la nueva situación en los mares Rojo e Índico. Hacia esta época encontramos la primera mención de un funcionario especial al servicio de los Tolomeos, encargado de los intereses egipcios en estos dos mares y denominado ἐπὶ τῆς Ἐρυθρᾶς καὶ Ἰνδικῆς θαλάσσης. Este nuevo puesto estuvo al principio combinado con el cargo de estratego del nomo de Copto, y más tarde con el de epistratego y estrategos de Tebaida (206).

Esta innovación sólo puede explicarse suponiendo que los mares Rojo e Índico, que hasta entonces habían sido de poco o ningún interés para los Tolomeos, empezaron en esta época a desempeñar un papel importante en su política. Había ocurrido algún cambio a este respecto, y este cambio no era político, sino económico. Sin duda, la creciente importancia del comercio indio, relacionada con el descubrimiento de los monzones y con la demanda cada vez mayor de mercancías indias en el mundo antiguo. Este comercio en desarrollo necesitaba protección y organización. La protección en las rutas del desierto desde el Nilo al mar Rojo ya había sido preparada. No sabemos cómo ni en qué medida se le dio esta protección en el mar Rojo y en el Índico. Es posible que una escuadrilla de barcos tolemaicos patrullase permanentemente en el mar Rojo, o por lo menos durante la estación comercial. Además, el comercio había de ser vigilado cuidadosamente desde el punto de vista fiscal, estando las mercancías importadas sujetas a monopolio. Era, pues, necesario concentrar el control de este comercio en las manos de un solo funcionario, y el gobernador general de Tebaida, que era al mismo tiempo comandante de los mares Rojo e Índico, era el indicado para este fin.

Por ello me parece altamente probable que los monzones se descubrieran hacia la época de Eudoxo, probablemente por el mismo Eudoxo. Hípalo era, a lo que parece, contemporáneo suyo, quizá el comandante naval de sus expediciones, o uno de los que le sucedieron en la exploración y explotación sistemáticas de la

nueva ruta, y el primero que suministró copiosa y fidedigna información sobre ella, oral o escrita. No sabemos nada sobre el volumen de este comercio indio. Estrabón nos dice que en la época de los Tolomeos zarpaban de los puertos del mar Rojo no más de veinte barcos al año, mientras que en su propio tiempo había cada año flotas de unos ciento veinte barcos. Esta afirmación debe tomarse con su grano de sal. No conocemos la fuente de la información de Estrabón sobre el comercio tolemaico ni la fecha de la misma. La afirmación puede referirse a los primeros tiempos tolemaicos, o a los últimos años de los Tolomeos, cuando los sucesos políticos pudieron haber afectado al desarrollo del comercio. Por desgracia, Delos, después de la época de Sila, suministra muy pocos testimonios. Sin embargo, sea como fuere, lo cierto es que los reinados de Evérgetes II y Soter II fueron un período de importante expansión de las relaciones comerciales de Egipto, tanto con Occidente, de donde se aprovechaba Alejandría de la destrucción de Cartago, como del Sudeste, donde las condiciones políticas de Siria hacían relativamente fácil para estos reyes restaurar y ampliar sus relaciones comerciales con Arabia y la India. Para concluir, puedo recordar al lector la conocida intención de Cleopatra VII, después de Accio, de zarpar para la India y establecer allí un reino para ella y Antonio. Cleopatra no habría pensado en tal aventura si no hubiera habido en su tiempo relaciones regulares entre Egipto y la India, que estaban bajo el control del gobierno egipcio y suministraban a éste plena información sobre las condiciones del país indio (207).

NOTAS

(1) Las fuentes referentes al método romano de hacer la guerra en la lucha contra Perseo y el trato dado a Grecia después de la guerra, se encontrará en G. Colin, *Rome et la Grèce de 200 à 146 av. J.-C.*, 1905, págs. 406 y sigs. (modo de hacer la guerra) y 447 y sigs. (medidas tomadas por los romanos después de la guerra). Sobre el trato dado a Etolia, Epiro y Acarnania, ibíd., págs. 448 y sigs. Cf. A. Nikitsky, *Diario de la Dirección de Educación Pública*, 1906, abril, págs. 174 y sigs. (en ruso), y las breves notas de Larsen, *Roman Greece*, págs. 291 y sigs. Haliarto y Coronea de Beocia —nótense las dos muchachas coroneas manumitidas en Delfos hacia 148 a. de J. C., *F. D.*, III, 3 (1932), núm. 5, y *G. D. I.*, II, 2288; cf. Tito Livio, XLII, 63; Estrabón, IX, 230, pág. 411; también la muchacha etolia, *F. D.*, III, 3, 9 (hacia 157 a. de J. C.), y *G. D. I.*, II, 2167, 2172; Westermann, *P. W. K.*, supl. VI, 930—, muchos pueblos de Grecia, Calcis de Eubea (T. Livio, XLIII, 7), Abdera (T. Livio,

XLIII, 4), cayeron víctimas de la rapiña e indisciplina de los comandantes y soldados romanos. Recuerdo también al lector la onerosa contribución impuesta a Atenas (véanse págs. 690 y sigs.). Ha de recordarse que en general el Senado no simpatizaba con estas medidas. Así, por ejemplo, trató de anular las inhumanas medidas tomadas contra Coronea y Abdera. El caso de Abdera y su vecino el rey tracio Cotis es bien conocido. Después de la guerra hubo una disputa entre el rey Cotis y Abdera; la disputa fue llevada ante el Senado, siendo Abdera representada por sus embajadores naturales de Teos, metrópoli de Abdera. No sabemos quién salió victorioso del litigio. Véase el decreto de Abdera en honor de los embajadores, *S. I. G.*[3], 656; *I. G. R.*, IV, 1558, estudiado extensamente por Colin, loc. cit., págs. 493 y sigs., y otros; el último y mejor estudio es el de L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 507 y sigs. (con bibliografía completa).

(2) Polibio, XXX, 15; Tito Livio, XLV, 34; Plutarco, *Aem. Paul.*, 29; Cross, *Epirus*, págs. 99 y sigs.; Holleaux, *C. A. H.*, VIII, págs. 272 y sig.; Larsen, *Rom. Greece*, pág. 302, que trata de minimizar los efectos del pillaje romano. Los resultados, devastación y despoblación del país, los describe Estrabón, VII, 7, 8-9, pág. 327, especialmente 9: νῦν δὲ τὰ πολλὰ μὲν ἐρημία κατέχει, τὰ δ'οἰκούμενα κωμηδὸν καὶ ἐν ἐρειπίοις λείπεται.

(3) Se encontrará un detenido análisis de las fuentes, no en el artículo *Korinthos*, en *P. W. K.*, supl. IV, 1003 (Lenschau), sino en el artículo de Münzer *Mummius* (en los Apéndices, 7 *a*), ibíd., XVI, 1197 y sigs. Véanse las breves notas de Larsen, loc. cit., pág. 203, que no cita el artículo de Münzer. La conducta de los soldados y jefes durante la guerra aquea y después de ella no fue mejor que la observada durante la guerra de Perseo; véase G. Colin, *Rome et la Grèce*, págs. 625 y sigs.

(4) Para los resultados y el fondo social y económico de la guerra aquea puedo recordar al lector las conocidas descripciones de Diodoro y Polibio. Diodoro, XXXII, 26, 2 y 3 (146 a. de J. C.): οἱ δὲ (sc. οἱ 'Αχαιοὶ) ἐν ὀφθαλμοῖς ἰδόντες συγγενῶν καὶ φίλων σφαγὰς καὶ πελεκισμοὺς καὶ πατρίδων ἁλώσεις καὶ ἁρπαγὰς καὶ πανδήμους μεθ' ὕβρεως ἀνδραποδισμούς, καὶ τὸ σύνολον τὴν ἐλευθερίαν καὶ τὴν παρρησίαν ἀποβαλόντες, μεγίστων ἀγαθῶν ἠλλάξαντο τὰς ἐσχάτας συμφοράς. Diodoro (tomándolo de Polibio) echa la culpa a los στρατηγοί y su conducta demagógica: καὶ χρεῶν ἀποκοπὰς εἰσηγοῦντο, καὶ πολλοὺς τῶν ἀπόρων χρεωφειλετῶν ἔχοντες συνεργοὺς ἀνέσειον τὰ πλήθη, τινὲς δὲ καὶ δι' ἀφροσύνην ἐνέπεσον εἰς ἀπεγνωσμένους διαλογισμούς. Polibio (XXXVIII, 15) da aproximadamente el mismo cuadro y destaca especialmente la entrega obligada de 12.000 esclavos adultos, «nacidos y criados en casa» (τῶν οἰκογενῶν καὶ παρατρόφων) para el ejército por la burguesía ciudadana de la Liga Aquea. Esta limitación a esclavos criados en casa fue dictada por el deseo de tener en el ejército, no bárbaros o semibárbaros, sino hombres completamente helenizados. Los 12.000 representaban, por supuesto, una pequeña minoría de los esclavos que poseía la burguesía. El resto, naturalmente, en vista de las perspectivas de liberación, no se mantuvo quieto e hizo incierta y peligrosa la situación de las clases acomodadas, oprimidas por duras contribuciones.

(5) Sobre la situación de Atenas después de la guerra de Perseo: Jebelev, *H. A.*, págs. 187 y sigs., y Ferguson, *H. A.*, págs. 312 y sigs.,

caps. VIII: *Athens and Rome,* y IX: *Athens and Delos.* Cf. J. Hatzfeld, *Les Trafiquants italiens dans l'Orient hellénique,* 1919, págs. 41 y siguientes.

(6) Como es bien sabido, el cuadro mejor y más completo de Delos después de la guerra de Perseo lo trazó hace años P. Roussel, *Délos, colonie athénienne,* 1916, y aún sigue en vigor. Véase un resumen en W. A. Laidlaw, *A History of Delos,* 1933, págs. 169 y sigs., y uno más breve en *C. A. H.,* VIII, págs. 643 y sig. (con bibliografía). Interesantes testimonios sobre el período antiguo de la cleruquía ateniense han sido estudiados por P. Roussel, *B. C. H.,* LVIII (1934), págs. 96 y sigs. Sobre la cerámica hallada en Delos, cap. V, nota 68, y nota 63 del presente capítulo. No es seguro que los cuencos «megareos», hornos portátiles, incensarios, etc., hallados en grandes cantidades en Delos sean de manufactura local. Sin embargo, aunque sean importados, no vinieron de Atenas.

(7) Sobre la acuñación de Atenas: Ch. Seltman, *Greek Coins,* página 261; J. P. Shear, *Hesp.,* II (1933), págs. 255 y sigs., y los artículos anteriormente citados de M. L. Kambanis, cap. V, nota 36; cf. Larsen, *Rom. Greece,* págs. 326 y sigs. Sobre las monedas que se empleaban en Delos en la época de su independencia, véanse P. Roussel, *Délos, col. ath.,* págs. 168 y sigs., y Durrbach-Roussel, *Inscr. de Délos,* 1432 B *b,* I, 1-62, y B *a,* II, 1-26 (nota de los editores, pág. 122). El fondo de reserva de la época de independencia estaba aún intacto después de 167 antes de J. C. No se hizo intento alguno de sustituir por moneda ateniense las distintas monedas (en su mayor parte histieas y rodias) guardadas en los στάμνοι que contenía este viejo fondo de reserva. Los nuevos donativos de los peregrinos después de 167 a. de J. C., y que se sacaban de los θησαυροί (cajas de colecta) cada año, constaban de toda clase de monedas: monedas atenienses del nuevo estilo (véase M. N. Tod, *J. H. S.,* LIV (1934), pág. 155), alejandrinas, efesias, συμμαχικά, romanas, etc. (alguna de estas monedas no pueden identificarse); véase *Inscr. de Délos,* 1432 C; cf. 1421 A *b,* I, 1-15. Esto nos da una excelente idea de la variedad de monedas que circulaban en Grecia después de 167 a. de J. C. Sin embargo, el gobierno ateniense cambió por su propia moneda las monedas que sacaba de los θησαυροί para guardarlas como capital de reserva. En general, los magistrados atenienses no favorecieron la circulación de monedas extranjeras en Delos. Esto se ve por los muchos tesoros monetarios hallados en Delos: la mayoría constan de monedas atenienses del nuevo estilo (Noe[2], núms. 303-306, 308-313, 315, 316, 318, 319; cf. P. Roussel, *Délos, col. ath.,* pág. 48, nota 4). Es muy interesante el tesoro mucho más tardío, Noe[2], núm. 307 (cf. J. N. Svoronos, *Journ. Int. Arch. Num.,* IX (1906), pág. 302), que consta de un denario de Juba I y 649 denarios romanos republicanos.

(8) Sobre la circulación de dinero en Siria bajo Epífanes y sus sucesores inmediatos, véase cap. V, págs. 717 y sigs., nota 71, y mi artículo en *Anatolian Studies pres. to W. H. Buckler,* ya citado. El tesoro más característico es el de Til Barsib, Thureau-Dangin y Dunand, *Til Barsib,* pág. 81, con varias «lechuzas» atenienses (no registradas en Noe). Sobre las imitaciones árabes de las «lechuzas» atenienses del nuevo estilo: G. F. Hill, *B. M. C., Arabia,* etc., págs. LIV y sigs.

Ch. Seltman, *Greek Coins,* pág. 262. Véase mi artículo en el volumen en honor de Buckler.

(9) Tesoros de «lechuzas» atenienses del nuevo estilo: Noe[2] registra: Caristo (Eubea) (núm. 212), Halmiro (Tesalia) (núm. 478), Hierapitna (Creta) (núm. 433, cf. E. J. P. Raven, *Num. Chr.*, LXXI (1938), págs. 133 y sig.), lugar desconocido en Creta (núm. 282), tesoro inédito de Creta (Raven, loc. cit., pág. 152, nota 37), Salónica (Macedonia) (núm. 1184, cf. M. L. Kambanis, *B. C. H.*, LVIII (1934), págs. 131 y sigs., e ibíd., LIX (1935), págs. 101 y sigs., 108 y sigs.). Los enios de Hípata de Tesalia «representaron (hacia 168 a. de J. C.) una copia de la cabeza de la Atenea de Fidias en sus didracmas»: Seltman, loc. cit., pág. 262. La ley anfictiónica de finales del siglo II a. de J. C.: *S. I. G.*[3], 729, y *F. D.*, III, 2, 139; texto y traducción, pero sin comentarios, en Larsen, *Rom. Greece,* pág. 382. La obra clásica sobre esta ley es aún la de Th. Reinach, *L'Anarchie monétaire et ses remèdes chez les anciens Grecs,* en *Mém. de l'Ac. d. Inscr.*, XXXVIII, 2, págs. 351 y sigs.; cf. B. Keil, *Z. N.*, XXXII (1915), págs. 56 y sigs. En su artículo, Reinach da un cuadro general de la circulación monetaria del mundo helenístico en el siglo I a. de J. C. Según Keil, la ley anfictiónica se dirigía especialmente contra la competición de la moneda romana con la ateniense. Contra Keil y la fecha 96-95 a. de J. C.: G. Daux, *Delphes au II^{e} et au I^{er} siècle,* págs. 387 y sigs. Es tentador comparar la ley anfictiónica sobre la moneda ateniense con el conocido decreto ateniense que regula pesas y medidas, *I. G.*, II[2], 1013 (copia de Fourmont); cf. B. D. Meritt, *Hesp.*, VII (1938), págs. 127 y sigs., núm. 27: un fragmento de otra copia del mismo decreto (nuevas restauraciones). O. Viedebantt, *Hermes,* LI (1916), págs. 120 y sigs., especialmente págs. 143 y sigs., ha señalado la semejanza de las dos medidas, y de hecho es más que probable que la ley ateniense fuese una consecuencia directa de la política comercial ateniense de la época. Era interés de Atenas que sus pesas y medidas, tanto en el comercio interior como en el exterior, fuesen tan seguras como su moneda. Algunos cambios en el patrón pueden explicarse por el deseo de facilitar el uso de pesas y medidas atenienses por los mercaderes itálicos. Véase nota 14.

Volviendo a la importancia de las «lechuzas» en la vida económica de Grecia durante el siglo I a. de J. C., puedo citar el tesoro de Hierapitna antes mencionado (véase E. J. P. Raven, *Num. Chr.*, LXXI (1938), págs. 133 y sigs.). Este tesoro da una excelente idea de la circulación de moneda a fines del siglo II y principios del siglo I a. de J. C., hasta la época de las guerras civiles. En este rico tesoro, además de la plata cretense, que incluía imitaciones de monedas atenienses (un renacimiento de la moneda cretense, debido a la participación de los cretenses en la piratería de la época), las principales monedas son la plata ateniense del nuevo estilo, los cistóforos y los denarios romanos junto con algunos restos de plata aquea. Las imitaciones cretenses de plata ateniense pudieron haberse debido en parte a cierta escasez de ésta, debida a la revuelta de los esclavos del año 100 a. de J. C. y más tarde al asedio de Sila, pero en conjunto dan muestra de la popularidad de las «lechuzas» atenienses en el mercado egeo. Otra prueba de esto es la acuñación que hicieron en Grecia Lúculo y Sila el año 87 a. de J. C.

de tetradracmas de plata de tipo ateniense, los llamados Λουκούλλειον νόμισμα o πλάτη Λευκόλλεια (véase cap. VII, nota 7).

(10) Asas de ánforas estampilladas rodias halladas en Atenas en las excavaciones del Ágora: V. Grace, *Hesp.*, III (1934), págs. 200 y sigs.; cf. M. Rostovtzeff, *C. A. H.*, VIII, pág. 629. Las ánforas estampilladas cnidias han sido poco estudiadas. Su secuencia cronológica es poco conocida. Según la señorita Grace, loc. cit., págs. 241 y sigs., la mayoría de las ánforas cnidias halladas en Atenas pertenecen a finales del siglo III y principios del II a. de J. C. (66 tipos frente a 11 de los siglos II y I a. de J. C.). Por esta época ya no estaba Cnido en manos de los Tolomeos, sino que formaba parte de la esfera de influencia y más tarde de los dominios de Rodas. Véase cap. V, nota 109.

La señorita V. Grace tuvo la amabilidad de permitirme leer su informe mecanografiado para la Fundación Guggenheim sobre su reciente estudio de las asas de ánforas estampilladas halladas y almacenadas en Egipto, Siria, Chipre y Grecia. Según sus observaciones, mientras que en Atenas abundan las estampillas rodias primitivas, las tardías, halladas en grandes cantidades en Alejandría y Cartago (hasta el 145 antes de J. C.) son muy raras en Atenas. Se inclina a relacionar este hecho con el arreglo de 166 a. de J. C. Yo creo probable que la desaparición de los recipientes rodios de Atenas atestigua la emancipación gradual de Atenas de la hegemonía comercial rodia, emancipación que comenzó antes del 166 a. de J. C. (véase pág. 689), pero que se acentuó después que los romanos ordenaron los negocios griegos después de Pidna. He visto la misma evolución en Pérgamo (cap. V, nota 68). Sería de gran interés estudiar desde el mismo punto de vista las asas de ánfora estampilladas halladas en Delos y las del sur de Rusia y las ciudades de la costa occidental del Euxino.

(11) Es interesante comparar la circulación de las monedas tasias y maroneas con la de las atenienses en los países del norte de los Balcanes. Ya he enumerado antes los tesoros de monedas atenienses. Mucho más larga es la lista de tesoros de monedas macedonias, tasias y maroneas y sus imitaciones locales halladas en las regiones de la península balcánica. No puedo publicarla aquí, pero el lector puede consultar el índice de la segunda edición del libro de Noe. La mayor parte de los tesoros fueron hallados en Bulgaria (he contado 26); la sigue Rumania (12 tesoros); después Hungría, Servia y Turquía. Aún más grandes son los números de monedas macedonias, maroneas y tasias halladas en las ruinas de las ciudades de los países danubianos y balcánicos y de los nórdicos en general (véase V. Parvan, *Dacia,* 1928, págs. 98 y sig.). Sobre las monedas macedónicas, véase Larsen, *Rom. Greece,* pág. 328 (no se mencionan las monedas tasias ni maroneas). Sobre las monedas tasias y maroneas: Head, *H. N.*[2], páginas 251 y 263; F. Hiller von Gaertringen, *P. W. K.*, V A, 1318 y sigs.; K. Regling, ibíd., XV, 475 y sigs. Sobre las imitaciones tracias y célticas: R. Forrer, *Keltische Numismatik der Rhein- und Donaulande,* 1908 (véase nota 30). Sobre los cistóforos, véase cap. V, nota 70; sobre los modestos dracmas rodios posteriores a 166 que siguieron a su presuntuosa acuñación después de 189 a. de J. C.: Head, loc. cit., página 640.

(12) Pueden citarse algunos hechos que ilustran el papel desempeñado por el comercio en la vida de Atenas a fines del siglo II a. de J. C. Una inscripción ateniense del 112-111 a. de J. C. (*S. I. G.*[3], 706) demuestra que los ναύκληροι y ἔμποροι extranjeros de Atenas tenían suficiente influencia para tener su propio πρόξενος ateniense, que al mismo tiempo era ἐπιμελητὴς ἐπὶ τὸν λιμένα, y honrarle, con la anuencia de la βουλή de la ciudad. Los armadores y mercaderes extranjeros de Atenas formaban un σύνοδος religioso, curiosa combinación de asociación profesional y religiosa parecida a las de Delos. La dependencia económica de las principales familias de Atenas de los ricos extranjeros de Delos se refleja en un hecho interesante. El gobierno fuertemente nacionalista de Atenas insistió durante mucho tiempo en admitir sólo a ciudadanos atenienses como efebos de Atenas. Esta lista de efebos de 128-127 a. de J. C. (S. Dow, *Hesp.*, IV (1935), págs. 71 y sigs., nota 37) y de 123-122 (*I. G.*, II[2], 1006) no presenta mezcla de extranjeros. Es en 119-118 a. de J. C. cuando aparece en la lista el primer grupo de diecisiete extranjeros (*I. G.*, II[2], 1008), y desde esa época los extranjeros son miembros regulares de la efebia ateniense. Véase W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 415 y sigs., especialmente pág. 418; C. W. Reinmuth, *The Foreigners in the Athenian Ephebia,* 1929, y S. Dow, loc. cit. Es evidente que la aristocracia ateniense fue obligada a ceder ante la presión de la plutocracia delia de mercaderes sirios e itálicos. Nótese la presencia (temporal o permanente) de muchos itálicos en Atenas en la época que estudiamos: J. Hatzfeld, *Les Trafiquants,* etc., págs. 41 y sigs.

(13) Sobre el hallazgo de Mahdia: A. Merlin y L. Poinssot, *Cratères et candélabres de marbre trouvés en mer près de Mahdia,* en *Notes et Documents publiés par la Dir. des Ant. et Arts.*, Gouv. Tunisien, vol. IX, 1930. Los autores fechan el hundimiento del navío poco después del 86 a. de J. C. (fecha de la toma y saqueo de Atenas por Sila). Al discutir los candelabros y cráteras de Mahdia citan objetos idénticos y parecidos hallados en Italia y otras partes. Véase la publicación de las inscripciones áticas de este hallazgo por A. Dain, *R. E. G.*, XLIV (1931), págs. 290 y sigs.; e *Inscriptions grecques du Musée du Bardo,* 1938, págs. 9 y sigs. Sobre el hallazgo de Anticitera: O. Rubensohn, *Parische Künstler,* en *J. D. A. I.*, L (1935), págs. 50 y sigs. En este artículo se encontrará una buena bibliografía. Añádase: Ch. Picard, *Sculpture antique,* II, 1926, pág. 218, y W. Deonna, en Dar. et Saglio, *Dict. des Ant.*, IV, pág. 1501. A. Köster, *Das antike Seewesen,* 1923, págs. 196 y sigs. Habla de una fecha mucho más tardía (siglo III d. de J. C.), sin citar los testimonios en que funda su afirmación. Sobre la fecha (finales del siglo I a. de J. C.): G. Leroux, *Lagynos,* 1913, pág. 102. Igualmente el naufragio en el cabo Artemisio (norte de Eubea) dio las espléndidas estatuas de bronce de Posidón (o Zeus) y un «jockey» a caballo (esta última, helenística), ahora en el Museo Nacional de Atenas: H. G. Beyen, *La statue d'Artémision,* 1930, cf. R. Herbig, *Gnomon,* V (1929), págs. 636 y sigs. La fecha de este naufragio la da la abundante cerámica hallada en el barco, especialmente *sigillata* helenística tardía (¿siglo I a. de J. C.?). El navío probablemente navegaba de Tesalia o Macedonia. No hay necesidad de suponer que los barcos de Mahdia, Anticitera y Artemisio transportaban botín de guerra romano u objetos robados por los piratas.

Podemos relacionarlos con los acontecimientos de la guerra mitridática o la guerra civil. Pero también puede tratarse de productos comprados en Grecia por mercaderes que deseaban venderlos en Italia. Sobre la exportación de productos de arte de Grecia a Italia en los siglos II y I a. de J. C. en general: H. Fuhrmann, *Philoxenos von Eretria,* 1931, págs. 216 y sigs.; cf. H. U. von Schoenebeck, *Festgabe Th. Wiegand,* 1938, pág. 62, nota 1. Las abundantes esculturas y pinturas halladas en Pompeya, Herculano y Roma, y firmadas por artistas atenienses, parios, samios, rodios y otros, pudieron haber sido importadas o hechas en Italia por escultores y pintores de origen griego; véanse láms. LXXXV y LXXXVI. Sin embargo, el conocido mosaico de Dioscórides de Samos, por ejemplo, probablemente no fue hecho en Pompeya, sino importado: Fuhrmann, loc. cit. Sobre el renacimiento de la prosperidad y la actividad industrial y artística de Paros a finales del siglo II y principios del I a. de J. C.: O. Rubensohn, loc. cit. Nótese que los productos de la artesanía ateniense penetraban hasta Lyon, en la Galia. Estos productos pudieron haber sido importados directamente de Atenas, antes de que Lyon fuese una colonia romana, o en época posterior, y si es así, probablemente de Italia; véase H. Dragendorff, *Der Altar der Roma und des Augustus in Lugdunum,* en *J. D. A. I.*, LII (1937), págs. 117 y sigs. y fig. 5.

(14) Conviene advertir que, en el período que estudiamos, la ley ateniense sobre pesas y medidas efectuaba la equiparación de la mina ateniense con las pesas y medidas romanas: O. Viedebantt, *Hermes,* LI (1916), págs. 141 y sigs., y nota 9 del presente capítulo.

(15) El mejor y más completo tratado del problema se encontrará en S. A. Jebelev, Ἀχαϊκά, 1903, págs. 1 y sigs.; este libro contiene una bibliografía completa; cf. Th. Reinach, *Mithridate Eupator* (traducción alemana, 1895), págs. 128 y sig. Desde entonces no se ha añadido nada esencial; véanse las breves afirmaciones y las referencias bibliográficas en historias generales de la época helenística citadas anteriormente, y en Larsen, *Rom. Greece,* págs. 306 y sigs. Sobre las relaciones entre Grecia y el gobernador de Macedonia: V. Costanzi, *Riv. Fil.*, XLV (1917), págs. 402 y sigs. Sobre la disolución y reconstitución ulterior de los κοινά, G. Daux, *Delphes au IIe et au Ier siècle,* pág. 354, con referencias bibliográficas, y Larsen, pág. 309.

(16) Corinto: Cic., *De leg. agr.*, I, 2, 5, cap. II, 19, 51; Beocia: Cic., *De nat. deor.*, III, 19, 49; senadoconsulto sobre el santuario de Anfiarao, *S. I. G.*[3], 747; Eubea: Plutarco, *Sulla,* 23; senadoconsulto de Asclepiades, Riccobono, *Font. Iur. Rom.*[2], I, núm. 35 + *Bull. Comm. Arch.*, 1941, págs. 109 y sigs.

(17) Apiano, *Mithr.*, 54; Plutarco, *Sulla,* 19, 12; Pausanias, IX, 7, 5-6; cf. G. F. Hertzberg, *Hist. de la Grèce,* I (traducción francesa, 1887), págs. 339 y sigs.; sobre la fecha: G. Daux, *Delphes,* etc., páginas 398 y sigs. Véase pág. 1058 del presente libro.

(18) Referencias en la nota 16. Sus menciones a los artistas dionisiacos ístmicos y nemeos de Tebas: *I. G.*, VII, 2413 y 2414. Para una mejor lectura, fecha y circunstancias de los donativos: G. Klaffenbach, *Symbolae ad hist. coll. art. Bacchiorum,* 1914, págs. 24 y sigs.; cf. Poland, *P. W. K.*, V A, 2475 y 2491; G. Daux, *Delphes,* etc., pág. 358.

Estas subvenciones a los *technitai* no eran nuevas. Poseemos muchos decretos anfictiónicos confiriendo ἀσυλία, ἀσφάλεια y ἀτέλεια a las distintas asociaciones de artistas dionisiacos: la ateniense, la ístmica y la jonia. Con Delfos rivalizaban los reyes helenísticos y las grandes ciudades; véase la inscripción de Cratón: L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 193 y sigs. y G. Daux, ibíd., págs. 210 y sigs. Más tarde eran frecuentes concesiones más pormenorizadas y específicas. Sobre las de Sila y Antonio a los artistas jonios, véase cap. VII, notas 17 y 117; cf. cap. IV, nota 22.

(19) J. Hatzfeld, *Les Trafiquants italiens*, págs. 67 y sigs. (Beocia y Eubea) y págs. 73 y sigs. (Corinto). Recuérdese a los itálicos establecidos en el rico territorio agrícola de Tespia, Cic., *Ad fam.*, XIII, 22, 1; *I. G.*, VII, 1862 (siglo I a. de J. C.); cf. 1826 y 1827. Sin duda fue la agricultura y no el comercio lo que atrajo a los itálicos a Tespia. Naturalmente, no menos populares entre los colonos romanos que el Istmo, Beocia y Eubea, eran los ricos distritos agrícolas y de pastos de la provincia de Macedonia y el Epiro. Véase más adelante.

(20) A. Wilhelm, *Urkunden aus Messene*, en *Jahreshefte*, XVII (1914), págs. 1 y sigs. La inscripción primera es un decreto honorífico a favor del recaudador de εἰσφορά, llamado Aristocles (*I. G.*, V, 1, 1432; Wilhelm, págs. 2 y sigs.); la inscripción segunda (*I. G.*, V, 1, 1433; Wilhelm, págs. 48 y sigs.) da cuenta de la εἰσφορά; la inscripción tercera (*I. G.*, V, 1, 1532; Wilhelm, págs. 86 y sigs.) es una lista fragmentaria de contribuyentes con indicación de su censo; y la inscripción cuarta (*I. G.*, V, 1, 1434; Wilhelm, págs. 116 y sigs.) contiene una lista de atrasos que debían los romanos a propósito de la misma εἰσφορά, o una parecida. La inscripción tercera ha sido realizada por M. N. Tod, *B. S. A.*, 1926-27, págs. 151 y sigs., que ha demostrado que no pertenece al mismo grupo. El profesor Sterling Dow, que prepara una nueva edición de esta inscripción, la considera anterior al siglo I a. de J. C. (Larsen, *Rom. Greece*, pág. 420). Los resultados del análisis de Wilhelm y el material reunido por él han sido utilizados extensamente por los escritores posteriores al describir la vida económica durante la época helenística en general; cf., por ejemplo, W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 95 y sigs. (3.ª ed., págs. 104 y sigs.); R. Cohen, *La Grèce et l'Hellénisation du Monde Antique*, 1934, págs. 545 y sigs. (2.ª ed., 1939; 3.ª ed., 1948, sin modificación); Larsen, *Rom. Grecee*, págs. 419 y sigs. Véase cap. VIII, nota 85, sobre el punto de vista distinto de algunos eruditos modernos acerca de la interpretación económica de las inscripciones de Mesene.

(21) *I. G.*, V, 1, 1379 (siglos II-I a. de J. C.); L. Robert, *B. C. H.*, LII (1928), págs. 426 y sigs. Sobre los esclavos en el Peloponeso en la época de la guerra aquea, véase nota 4.

(22) Renacimiento religioso de Atenas: A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XVII (1914), págs. 84 y sigs. Sobre las espléndidas Pitiadas enviadas a Delfos por Atenas en 138, 128, 106 y 98 a. de J. C.: Colin, *F. D.*, III, 2, págs. 12 y sigs.; P. Roussel, *B. C. H.*, LVIII (1934), págs. 92 y sigs.; G. Daux, *Delphes*, etc., págs. 540 y sigs. Cf. P. Roussel, loc. cit., pág. 93, y las numerosas inscripciones de *thiasoi* de la misma época. Sobre un renacimiento semejante de los cultos y fiestas en el Peloponeso después

de Naupacto, véase cap. V, nota 31. Renacimiento de la autoconciencia y glorificación de Atenas como patria de la civilización y el progreso, tal como se expresa en el decreto anfictiónico de 125 a. de J. C.: *S. I. G.*³, 704 E, 1 y sigs.; *F. D.*, III, 2, 69; *I. G.*, II², 1134; A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, LIX (1922), págs. 25 y sigs. G. Daux, *Rev. É. G.*, XLVII (1934), pág. 177, y *Delphes*, etc., págs. 369 y sigs.; véase el decreto de 97 antes de J. C.; Daux, *Delphes*, etc., pág. 566. Sobre la importancia histórica del decreto: R. Herzog, *Berl. S. B.*, XXXII (1935), pág. 974. Las afirmaciones del decreto son, por supuesto, meras repeticiones de antiguos *topoi*.

Sobre el heroón de Calidón y su fecha (antes de 100 a. de J. C., probablemente mediados del siglo II): E. Dyggve, F. Poulsen, K. Rhomaios, *Das Heroon von Kalydon*, 1934, págs. 397 y sigs. (109 y sigs.), especialmente pág. 406 (118). Puedo citar a este respecto el grupo de tumbas helenísticas pintadas de Egina que datan del 144 a. de J. C. y que demuestran que la isla gozaba de cierta prosperidad bajo el gobierno pergameno: G. Karo, *J. D. A. I.*, XLVI (1931), Anz., págs. 274 y sigs. Puedo también recordar al lector que el renacimiento nacional de Grecia, al que me refiero al hablar del renacimiento de su autoconciencia, no se limitaba a la Grecia propiamente dicha y a las islas, sino que lo encontraremos expresado en las mismas formas en Asia Menor. Era la respuesta de Grecia a la pérdida definitiva de su independencia política.

(23) Sobre la situación política de Atenas a finales del siglo II y comienzos del I a. de J. C., véanse los minuciosos resúmenes de S. Jebelev, *H. A.*, págs. 292 y sigs., y W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 425 y sigs.; cf. J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, pág. 417, y G. Daux, *Delphes*, etc., pág. 561. La cuestión de Delfos de 125 a. de J. C.: G. Colin, *B. C. H.*, XXVII (1903), págs. 104 y sigs.; *S. I. G.*³, 826; cf. *F. D.*, III, 4, 43; G. Daux, *Delphes*, etc., págs. 372 y sigs.

(24) A. Passerini, *Moti politico-sociali della Grecia e i Romani*, en *Athen.*, XI (1933), págs. 309 y sigs. Sobre las dos sublevaciones de esclavos en el Ática: S. Jebelev, *H. A.*, págs. 217 y sigs., y W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 379, 428; cf. W. L. Westermann, *P. W. K.*, supl. VI, 944 y 957 (donde las dos revueltas se confunden en una sola). La revolución de los esclavos de las minas del Laurión pudo ser la causa de cierta escasez de «lechuzas» en el mercado egeo a principios del siglo I a. de J. C.; véase E. J. P. Raven, *Num. Chr.*, LXXI (1938), páginas 150 y sigs. Sobre las revoluciones de esclavos en general: K. Bücher, *Die Aufstände der unfreien Arbeiter*, 1874, y R. Pöhlmann, *Gesch. d. Soz. Fr.*, I, págs. 403 y sigs. Véanse las observaciones de U. Kahrstedt, *G. G. A.*, 1926, págs. 97 y sigs., y 1928, págs. 484 y sigs.; F. Oertel, *N. J. Kl. Alt.*, III (1927), págs. 1 y sigs., y W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 115 (3.ª ed., págs. 124-125). Sobre las sublevaciones en Occidente: J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, págs. 176 y sigs., 332 y sigs.; cf. 512 y sigs., y H. Last, en *C. A. H.*, IX, págs. 11 y sigs., 153 y sigs. (con bibliografía, págs. 913 y sigs.). Sobre la guerra de Espartaco: ibíd., págs. 329 y sigs. Véase también Westermann, loc. cit. Sobre Aristónico: pág. 884. Sobre Saumaco, caudillo de los siervos panticapeos y probablemente aliado de los escitas crimeos: S. Jebelev, *L'abdication de Pairi-*

sadés et la révolution scythe dans le royaume du Bosphore, en *Rev. É. G.*, XLIX (1936), págs. 17 y sigs. Sobre la simpatía del proletariado rural y pequeños terratenientes hacia los esclavos de Sicilia: Diodoro, XXXIV-XXXV, 48 (primera guerra); Diodoro, XXXVI, 6 (segunda guerra): οὐ γὰρ οἱ δοῦλοι μόνον, ἀλλὰ καὶ τῶν ἐλευθέρων οἱ ἄποροι πᾶσαν ἁρπαγὴν καὶ παρανομίαν ἐργαζόμενοι, etc. Nótese el antagonismo entre la burguesía ciudadana y el proletariado rural, ibíd., διὸ καὶ πάντες οἱ κατὰ τὰς πόλεις ὑπελάμβανον τὰ μὲν ἐντὸς τειχῶν μόλις εἶναι ἴδια, τὰ δ' ἐκτὸς ἀλλότρια καὶ δοῦλα τῆς παρανόμου χειροκρασίας, cf. Diodoro, XXXVI, 11: saqueo y matanza por ἐλεύθεροι οἱ τὰς ἐπὶ χώρας κτήσεις οὐκ ἔχοντες.

(25) La fecha de esta inscripción es discutida. Me inclino a aceptar la sugerida por los primeros editores (véase G. F. Hertzberg, *Gesch. Griech.*, I, 1866, pág. 322 y sig., nota 7 *b*), y aprobada por G. Colin, *Rome et la Grèce de 200 à 146 av. J. C.*, 1905, págs. 654 y sigs., y M. Holleaux, *Hermes*, XLIX (1914), pág. 583, nota 4. Cf. íd., Στρατηγὸς Ὕπατος, 1918, págs. 17 y sigs. Véanse los breves comentarios sobre la inscripción de Hertzberg, loc. cit., Colin, loc. cit., y S. Jebelev, Ἀχαικά, 1903, págs. 24 y sigs. Sin embargo, no puedo aceptar la interpretación de Colin de una de las frases más importantes del documento (líns. 14-15). Aquí habla Fabio claramente de los revolucionarios que han abolido todos los συναλλάγματα (contratos de todas clases) y deudas creando así una situación irreconciliable con la libertad de Grecia y los principios de la política de Fabio. Es evidente que los συναλλάγματα eran contratos privados (en gran parte documentos sobre préstamos, hipotecas, etc.) y en parte se referían a la propiedad. El pasaje citado es fragmentario y no ha sido restaurado correctamente. Un breve resumen que trata de «prosperidad, pobreza y el problema de la población» en Grecia desde el 200 al 30 a. de J. C. se encontrará en Larsen, *Rom. Greece*, págs. 418 y sigs. En este resumen, Larsen no distingue entre los períodos de 200 a 146 a. de J. C. y de 146 a. de J. C. a la época de Sila.

(26) Sobre Macedonia y la guerra de Perseo: Geyer, *P. W. K.*, XIV, 751 y sigs., especialmente 762 y sigs. Sobre las medidas tomadas por Paulo Emilio, véanse las principales historias de la época helenística en Roma, especialmente B. Niese, *Gesch. d. Gr. u. Mak. St.*, III, págs. 189 y sigs., y J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, págs. 128 y sigs.; cf. Larsen, *Rom. Greece*, págs. 294 y sigs., 312, 418 y sigs.; V. Ivanov, *De societatibus vectigalium publicorum P. R.*, en *Zapiski of the Classical Section of the Imp. Russ. Arch. Society*, VI (1910), págs. 97 y sig., T. Frank, *Econ. Survey*, I, pág. 156. La interpretación de estas medidas es controvertida. P. V. M. Benecke, *C. A. H.*, VIII, pág. 273, las considera razonables y beneficiosas para la población.

(27) Sobre las guerras del siglo II a. de J. C.: *P. W. K.*, VI A, 438 y sigs. La inscripción de Lete: *S. I. G.*[3], 700 (cf. A. Wilhelm, *Glotta*, XXIV (1936), págs. 133 y sigs.) y 701. M. Minucio y su victoria: *S. I. G.*[3], 710; cf. Münzer, *P. W. K.*, XV, 1962 y sigs., nota 54. Una inscripción en su honor erigida por la ciudad de Europos y recientemente hallada en Asiclar (Europos) ha sido publicada con interesantes comentarios por S. B. Kugeas, *Hellenica*, V (1932), págs. 5 y sigs. Tiene razón al sugerir que la gran victoria de Minucio la obtuvo cerca de Europos.

(28) Sobre Tesalónica: Oberhummer, *P. W. K.*, VI A, 145 y sigs. Las inscripciones de los Apustios fueron publicadas por primera vez por Ch. Avezou y Ch. Picard, *B. C. H.*, XXXVII (1913), págs. 125 y sigs. El texto ha sido mejorado por M. Holleaux, ibíd., XXXVIII (1914), págs. 63 y sigs., y A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XVII (1914), págs. 105 y sigs., y especialmente *Wien. S. B.*, CLXXXIII (publicado en 1924), págs. 21 y sigs., y *Hermes*, LXIII (1928), págs. 229 y sigs. La inscripción de Perinto: G. Seure, *B. C. H.*, XXXVI (1912), pág. 614. M. Apustio Agripa, πραγματικός de esta inscripción, o bien era agente y liberto de los Apustios de Tesalónica, o bien miembro de su familia. Es tentador relacionar los Apustios de Tesalónica con la familia plebeya senatorial de los Apustios. Uno de ellos, L. Apustio, fue legado de P. Sulpicio Galba durante la guerra macedónica, el año 200 a. de J. C. (T. Livio, XXXI, 27; Zonaras, IX, 15). El año 190 a. de J. C. era legado de Lucio Cornelio Escipión (T. Livio, XXXVII, 4, 2) y murió en Licia (ibíd., 16, 12). No hay duda de que los Apustios residían en Tesalónica. En el decreto IV, al hijo se le llama (lín. 2) γινόμε[νος διάδοχος τῆς πατρι]κῆς ἐργασίας, que Wilhelm corrige τραπεζιτι]κῆς. Sin embargo, creo que ἐμπορι]κῆς es más probable que πατρι]κῆς. Sobre Abdera después de la guerra de Perseo y su conflicto con Cotis ante el Senado romano, véase nota 1.

(29) La obra clásica sobre los itálicos en Grecia es el excelente volumen de J. Hatzfeld, *Les Trafiquants italiens dans l'Oriente hellénique*, 1919. Merece una nueva edición y revisión. Sobre la primera expansión itálica, véanse págs. 17 y sigs., donde el lector encontrará citados los textos que se refieren a este período; sobre la época entre mediados del siglo II y la guerra mitridática: págs. 26 y sigs. Véase también, al final del libro, la lista de familias itálicas que residían en Oriente. Romanos en Mesene: A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XXII (1914), págs. 4 y sigs. (Inscripción I, lín. 32) y 48 y sigs. (Inscripción II, líns. 8, 14, 47); cf. págs. 116 y sigs., págs. 56 y sigs. Un gran fundo perteneciente al itálico Nemerio: inscripción II, lín. 26; véase pág. 840. Sobre la formación de grandes fundos propiedad de romanos en Grecia y Asia Menor después de la primera guerra macedónica y más tarde: M. Rostovtzeff, *Kolonat*, pág. 286; véase cap. VII, notas 34 y 35.

(30) Sobre las monedas de Macedonia, Maronea y Tasos, véase nota 11, y sobre Macedonia, H. Gaebler, *Z. N.*, XXIII (1902), págs. 141 y sigs., y *Die Antiken Münzen Nord-Griechenlands*, III: *Makedonia und Paionia*, 1 (1906), págs. 3 y sigs.; cf. 2 (1935), págs. 1-7. Cf. K. Pink, *Die Münzprägung der Ostkelten und ihrer Nachbarn*, en *Diss. Pannonicae*, II, 15, 1939, págs. 119 y sigs. (con excelente bibliografía; Pink anuncia en su libro un estudio del profesor Jonás sobre las monedas tasias). Th. Reinach (citado en la nota 9) probablemente tiene razón al considerar las acuñaciones maroneas y tasias de fines del siglo II (después de 148 ó 146 a. de J. C.) como una especie de acuñación provincial romana. Los romanos se daban cuenta de la gran popularidad de que habían gozado antiguamente en Tracia las monedas macedónicas, tasias, maroneas y abderitas. Es probable que en el siglo II a. de J. C. estas monedas antiguas y sus imitaciones, junto con las monedas de Filipo II, Alejandro y Lisímaco y sus imitaciones, circulasen aún en las regiones

célticas y tracia de la península balcánica. Véase G. Kazarov, *C. A. H.*, VIII, págs. 556, 558 y sig. No es extraño, pues, que el gobierno romano estuviese dispuesto a permitir, e incluso lo deseara, que Maronea y Tasos suministrasen al renaciente comercio entre Grecia y el norte de los Balcanes la moneda que era familiar a los clientes de Grecia. Sobre las imitaciones célticas de los tetradracmas de plata de Filipo II, véase cap. III, pág. 163 y nota 36. Pink, en su estudio citado al principio de esta nota, trata de demostrar que todos los reyes macedónicos hasta finales de la dinastía acuñaban grandes masas de filipos póstumos (estateras de oro y tetradracmas de plata) para pagar a sus mercenarios celtas y para su comercio con los países del norte de los Balcanes. Precisamente cuando cesó esta acuñación fue cuando se acuñaron imitaciones celtas de estas monedas por los celtas orientales y occidentales. Como yo no estaba convencido por este argumento y sospechaba que los tetradracmas de plata póstuma de Filipo II habían dejado de acuñarse después de comenzar el siglo III a. de J. C., y que en esta época fue cuando empezaron las imitaciones tracias y célticas orientales, consulté al doctor E. T. Newell, quien me informó de que mientras los filipos de oro póstumos se acuñaron por algunas ciudades griegas hasta el siglo II a. de J. C., la acuñación de tetradracmas de plata terminó después del reinado de Casandro. Él cree que es natural que las imitaciones bárbaras de estas monedas hayan empezado en la península balcánica tan pronto como su emisión fue suspendida en Macedonia. La historia de las estateras de oro fue distinta. Éstas nunca fueron imitadas por los celtas orientales, pero en el siglo II a. de J. C. fueron la moneda corriente de los celtas occidentales. No puedo entrar aquí en pormenores. Es de desear que el doctor E. T. Newell publique pronto su estudio sobre los filipos póstumos y sus imitaciones bárbaras.

(31) Sobre la situación general de la península balcánica en el siglo II a. de J. C.: C. Patsch, *Beiträge zur Völkerkunde von Südosteuropa*, 5, 1: *Bis zur Festsetzung der Römer in Transdanubien*, 1932 (*Wien. S. B.*, CCXIV, 1); B. Lenk, *P. W. K.*, VI A, 438 y sigs.; para Transilvania, C. Daicoviciu, *La Transylvanie dans l'Antiquité*, 1938. Véase nota 27. Sobre las ciudades griegas: M. Rostovtzeff, *Gnomon*, X (1934), págs. 3 y sigs.; véase cap. V, pág. 727, nota 86.

(32) La fecha de todas las inscripciones mencionadas en el texto es controvertida. Ninguna lleva fecha exacta; las formas de las letras no son una guía segura, y la situación política, económica y militar de las ciudades siguió siendo la misma durante mucho tiempo. La serie de inscripciones, mucho más tardía, que puede agruparse en torno a la bien conocida y exactamente fechada inscripción de Acornión (Dionisópolis, cerca de Odeso-Varna) de 48 a. de J. C. —*S. I. G.*[3], 762; cf. *Gnomon*, X (1934), pág. 6— están escritas exactamente en el mismo estilo y reflejan una situación casi idéntica: véase, por ejemplo, la inscripción de Tomi, anteriormente citada, y compárese con la de Mesembria (G. Seure, *Rev. Arch.*, XVIII (1911), págs. 423 y sigs.). Compárese también la inscripción de Apolonia, *A. E. M. aus Oest.*, X (1886), pág. 163, núm. 1. No es sorprendente que L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), pág. 504 y sigs., no distinga entre los diversos grupos de estas inscripciones en sus valiosas notas sobre ellas. Sobre *S. I. G.*[3], 707,

véase S. Lambrino, *Bull. Soc. Nat. Ant.*, 1933, pág. 80, quien sugiere que la inscripción pertenece a Tomi o Istro.

(33) Aunque no trate aquí de la situación en Italia y los países dependientes política y económicamente de ella, puedo decir que la misma situación existía en el siglo II a. de J. C. en algunas ciudades griegas de la costa dálmata. Véase el decreto de la ciudad de Faros hallado en la isla del mismo nombre, reeditado con comentarios por L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 489 y sigs. Demuestra lo mala que era la situación en Faros en esta época.

(34) Sobre las relaciones políticas entre las ciudades griegas pónticas y los «bárbaros»: V. Parvan, *La pénétration hellénique dans la vallée du Danube*, etc., en *Ac. Roum.*, *Bull. de la Sect. Hist.*, X (1923), págs. 21 y sigs. Sobre las monedas tasias y maroneas y su circulación, véanse notas 11 y 30. Sobre las corrientes de comercio occidentales: E. Gohl, *La circulación de moneda griega en Hungría*, en *Numism. Közlöny*, 1902, 1922 y 1923 (en húngaro, citado y utilizado por A. Alföldi, *Studi ungheresi sulla Romanizzazione della Pannonia*, en *Studi Rom. nel Mondo*, II (1935), págs. 267 y sigs.). Véanse los cuidados estudios de C. Patsch sobre la circulación de monedas de Apolonia y Dirraquio, y otras contribuciones al mismo problema citadas por L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), pág. 496, nota 5, y mis observaciones sobre la vida económica de la costa dálmata, en *Storia Econ. ed Soc. dell'Imp. Rom.*, págs. 282 y sigs. Véase también C. Daicoviciu, *La Transylvanie dans l'antiquité*, 1938, págs. 26 y sigs.

(35) Sobre Rusia meridional en los años anteriores a Mitrídates: M. Rostovtzeff, *C. A. H.*, IX, págs. 227 y sigs. Sobre la revolución de Saumaco: S. Jebelev, *L'Abdication de Pairisadès et la révolution scythe dans le royaume du Bosphore*, en *Rev. É. G.*, XLIX (1936), págs. 17 y sigs. El profesor Jebelev tiene razón al señalar los paralelos entre la revolución de Saumaco y la de Aristónico. Pero su tesis de que Saumaco era caudillo de una revolución de esclavos escitas y que él mismo era esclavo no es convincente. Saumaco no es designado por θρεπτός (esclavo nacido en casa) de Perisades en la inscripción de Diofanto (*I. O. S. P. E.*, I², 352, lín. 34). La inscripción habla de Perisades como un τὸν ἐκθρέψαντα αὐτόν, lo que no quiere decir necesariamente que Saumaco fuera su esclavo. Además, es difícil creer que si Saumaco fuera realmente un esclavo, los quersonesios lo dijesen de una forma tan velada. Además, no sabemos nada sobre el hecho de que la esclavitud fuese un rasgo destacado en la vida económica del Bósforo, mientras que la servidumbre está bien atestiguada, y finalmente el núcleo principal de siervos del reino del Bósforo, ciertamente no estaba formado por escitas: los gobernadores de Crimea, un grupo de guerreros señores y amos de la población indígena. Están bien atestiguadas estrechas relaciones entre los dinastas del Bósforo y de los escitas, y el sistema de rehenes era muy común en el mundo helenístico. Sobre los distintos significados de la palabra θρεπτός, tan frecuente en las inscripciones de Asia Menor: A. Cameron, *Anat. St. pres to W. H. Buckler*, 1939, págs. 27 y sigs. Véase nota 24.

(36) No es necesario repetir aquí la bibliografía sobre Rodas que damos en el cap. V, nota 91. Una enumeración completa de todos los

hechos que se refieren a la historia de Rodas contenidos en nuestras fuentes, se encontrará en Hiller von Gaertringen, artículo *Rhodos,* en *P. W. K.*, supl. V, 796 y sigs. Sobre los grandes ingresos que sacaba Rodas de sus dominios y que obtenía, por lo menos en parte, imponiendo a sus ciudades dependientes un elaborado sistema de impuestos, véase cap. V, pág. 680, nota 22; véase también la inscripción de Hilarima, A. Laumonier, *B. C. H.*, LVIII (1934), págs. 360 y sigs. Sobre los derechos de aduanas, véase cap. V, nota 96.

(37) Sobre esta guerra cretense de 155-153 a. de J. C.: Polibio, XXXIII, 15, 3; 16 y 17; cf. 4; Diodoro, XXXI, 37 y sig.; cf. 43 y sig. Saqueo de Sifnos por los cretenses: Diodoro, XXXI, 45. Sobre la guerra en general: M. Segre, Κρητικὸς πόλεμος, *Riv. Fil.*, LXI (11) (1933), págs. 379 y sigs. Segre publica en su artículo una nueva inscripción de Cárpatos que trata de esta guerra; cf. *S. I. G.*[3], 570, y la lista de suscripción, *G. D. I.*, III, 3590. Las inscripciones *I. G.*, XII, 8, 53 y 159 (Imbros y Samotracia) probablemente son anteriores.

(38) Véase la conducta, algo parecida, de Éumenes II durante su guerra contra Farnaces del Ponto (184-179 a. de J. C., véase pág. 695) para adueñarse de la boca del Helesponto con el fin de «evitar la entrada de barcos para el Euxino», lo que fue impedido por los rodios (Polibio, XXVII, 7, 5). Esta intervención rodia fue el comienzo de un mal entendimiento entre Éumenes II y los rodios. Sobre la guerra entre Átalo II y Prusias II, véase B. Niese, *Gesch. d. Gr. u. Mak. St.*, III, págs. 326 y sigs.; *C. A. H.*, VIII, pág. 282, y L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 111 y sigs.; cf. *O. G. I.*, 327 (con los comentarios de Dittenberg). La última vez que los reyes bitinios se interfirieron en la libertad de los estrechos fue el 88 a. de J. C.: ésta fue una de las causas de la primera guerra mitridática. Véase nota 71.

(39) La copia délfica de la ley concerniente a la piratería: *S. E. G.*, III, 378 (con bibliografía); G. Colin, *F. D.*, III, 4, págs. 34 y sigs.; cf. J. Carcopino, *Mél. Glotz,* I, págs. 117 y sigs. e *Hist. Rom.*, II, págs. 341 y sigs. Iniciativa y participación rodias: *S. E. G.*, III, 378 B, 12 y sigs.: γράμματα [πρὸς] τοὺς βασιλεῖς κατὰ τὸν νόμον τοῦτον ἀποστελ[λόμ]ενα τοῖς ἀ[πὸ | ῾Ρ]ọḍίω̣ṿ π̣ρ̣ẹσβευταῖς [ὅταν μέλλωσιν εἰς τὴν ἑαυτῶν πατρίδα ἀναχωρήσειν ἀποδότω. Acceso de los embajadores rodios al Senado para informar sobre la ley: ibíd., B, 17 y sigs. Actos de los reyes favorables a los piratas: ibíd., 10 y sig.: μὴ ἐκ τῆς βασιλείας αὐτ[ῶν μήτε] τῆ[ς] | χώρας ἢ ὁρίων πειρατὴ[ς μηδεὶς ὁρμήσῃ, μηδὲ οἱ ἄρχοντες ἢ φρούραρχοι οὓς κ]αταστήσουσιν τ[οὺς] πειρατὰς ὑποδέξωνται. [=Riccobono, *Font. Iur. Rom.*[2], I, núm. 9].

(40) Hiller von Gaertringen, loc. cit., págs. 801 y sigs.

(41) Decreto de Céramo: E. Hicks, *J. H. S.*, X (1891), págs. 114 y sigs.; Michel, 458, discutido por L. Robert, *Villes d'Asie Mineure,* 1935, págs. 60 y sigs. Sobre Milasa y Euromo —el decreto en honor de Mosquión—: Le Bas-Waddington, V, 394; Michel 472. El resultado de la συμπολιτεία entre Milasa y Euromo fue, según L. Robert, una apelación a Roma (?) y los rodios (Hula-Szanto, *Wien. S. B.*, CXXXII (1895), pág. 9). Sobre las dos inscripciones, véanse los comentarios de L. Robert, loc. cit., pág. 59. Sobre las φρούρια de los rodios y las de los atálidas, que protegían a las ciudades contra los bandidos de las

montañas, véanse mis notas en *Anat. St. pres. to Sir William Ramsay*, pág. 375 (con bibliografía). Sobre el carácter de la meseta caria: L. Robert, loc. cit., págs. 231 y sigs.

(42) Véase nota 10.

(43) Sobre la cronología de las estampillas rodias, véase nota 10 y especialmente las sensatas observaciones de V. Grace, *Hesp.*, III (1934), págs. 214 y sigs.

(44) Véase pág. 851.

(45) Véase J. Hatzfeld, *Les Trafiquants italiens*, etc., págs. 154 y siguientes.

(46) Sobre Delos, véase la bibliografía citada en la nota 6. Sobre Delos después de 166 a. de J. C., las obras clásicas son P. Roussel, *Délos, colonie athénienne*, 1916, y F. Durrbach, *Choix d'inscriptions de Délos*, I, Textes historiques, 1921, págs. 113 y sigs., maravillosa colección de los textos más importantes que tratan de la historia de Delos con comentarios exhaustivos; cf. F. Durrbach y P. Roussel, *Inscriptions de Délos. Actes des Fonctionnaires Athéniens*, etc., *après 166 av. J.-C.*, 1935, y P. Roussel y M. Launey, *Inscriptions de Délos. Décrets postérieurs à 166 av. J.-C.; dédicaces postérieures à 166 av. J.-C.*, y *Textes divers*, etc., *postérieurs à 166 av. J.-C.*, 1937 (en dos partes). Cf. Larsen, *Roman Greece*, págs. 334 y sigs.

(47) Recuérdese, por ejemplo, el gran número de esclavos sirios en Minturna: J. Johnson, *Excavations at Minturnae*, II, Inscriptions, parte I: Republican Magistri, 1933, págs. 106 y sigs.; W. L. Westermann, artículo *Sklaverei*, en *P. W. K.*, supl. VI, 952.

(48) Inscripciones que mencionan la redención de αἰχμάλωτοι en el siglo II a. de J. C.: *I. G.*, IX, 2, 66 (Tesalia, probablemente época de la guerra de Perseo, Polibio, XXVII, 14, 1); ibíd., 1211; Michel, 423 (decreto en honor de Aratócrito, que redimió varios prisioneros de guerra). Sobre *I. G.*, XII, 8, 53 (Imbros) y 159 (Samotracia), véase nota 37. Es una pena que las inscripciones más interesantes de Astipalea, *I. G.*, XII, 3, 171, no puedan fecharse con precisión; el texto ha sido espléndidamente restaurado por A. Wilhelm, *Ath. Mitt.*, XXVIII (1903), págs. 449 y sigs., y reeditado en esta forma mejorada en *I. G.*, XII, 3, supl. 1286, e *I. G. R.*, IV, 1029. Hiller las considera del siglo II a. de J. C., mientras que los editores de *I. G. R.* se inclinan a atribuirlas a la época de la guerra mitridática (hacia el 85 a. de J. C.). La inscripción da un cuadro dramático de una incursión pirática sobre la costa de Asia Menor. Los piratas invadieron la Pigela (parte del territorio de Éfeso) y desde allí saquearon el templo de Ártemis Muniquia y la χωρία vecina, llevándose a libres y esclavos y robándolos de sus σκεύη (Wilhelm) o ἔπιπλα (según yo). Los astipaleos, avisados por los efesios, salieron a la mar, atacaron a los piratas con gran valor y los vencieron con gran dificultad y peligro. Los piratas, hechos prisioneros, fueron castigados; los efesios y sus hijos, rescatados por los astipaleos, fueron tratados «como si fueran sus propios hijos». En la inscripción no se menciona ninguna sinmaquía entre efesios y astipaleos (Carcopino sugirió su existencia, véase nota 53), y no sabemos qué piratas eran. Sin embargo, dado que los astipaleos tenían un tratado de lealtad con Roma (*I. G.*, XII, 3, 173, y supl., pág. 278), renovado el 105 a. de J. C. (un poco antes de que los

romanos empezaran a luchar contra los piratas); es probable que la causa de su ayuda a los efesios (ἐπικουρία, según se ha restaurado en la inscripción astipalea, lín. 3) fuese la obligación que tenían los astipaleos ante los romanos. La situación se explica bien si admitimos la fecha más tardía para la inscripción astipalea: la del 85 a. de J. C. Es bien sabido que Éfeso pasó a los romanos durante la guerra mitridática y que vivió en un período lleno de peligros. Véase el conocido decreto efesio, *S. I. G.*[3], 742, y cap. VII. Sin embargo, la fecha más antigua es igualmente aceptable. Nótese el tono de la inscripción, que demuestra la profunda indignación que sentían los griegos ante las incursiones piráticas sobre los centros de vida griega.

(49) Diodoro, XXXVI, 3 (respuesta de Nicomedes); J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, pág. 332. Nuestra información sobre la actividad de los bandidos en Asia Menor en la época helenística es muy escasa. Recientemente ha sido recogida por L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 90 y sigs. Un decreto de Temnos publicado por Robert (loc. cit.) habla de algunos ciudadanos de Esmirna raptados por los bandidos. Aún más interesante es un epitafio métrico de un oficial de Apamea en Bitinia (a finales de la época helenística), que a principios de su carrera 'Ασίδο[ς] ἐν γυάλοις ἥ[μο]ς [λ]ηστῆρας ἀλαλκών | σκῦλα δοριδμητ[ῶν ἔ]πραθον ἐνδαπίων, *S. E. G.*, VIII, 497. En los reinos seléucida y pergameno los siervos βασιλικοὶ γεωργοί, probablemente no podían ser vendidos como esclavos por los propietarios de los fundos en que residían, aunque los propietarios fuesen reyes o templos. La situación de los λαοὶ βασιλικοί en estos reinos probablemente era similar a la de los λαοί que vivían en los territorios de las ciudades de Asia Menor. El ejemplo clásico es el de los *mariandyni* en el territorio de Heraclea Póntica (Posidonio, fr. 8, *F. Gr. Hist.*, 87). Sin embargo, las condiciones de los siervos (reales, particulares y de los templos) eran probablemente muy distintas en Bitinia, Ponto, Panfilia, Capadocia y Galacia, siendo parecidas muy probablemente a las de los πελάται en el reino del Bósforo. Estas relaciones más primitivas entre terratenientes y siervos quizá están reflejadas en la información que tenemos sobre las relaciones entre amos y siervos en la parte septentrional de la península balcánica: amos ilirios y siervos tracios (Teopompo, *Phil.*, II, citado por Ateneo, X, 443 *b;* fr. 40, *F. Gr. Hist.*, 115), y los dardanios y sus siervos (Agatárquides de Cnido, fr. 17, *F. Gr. Hist.*, 86). Nótese que Estrabón (XII, 2, 9, pág. 539), al hablar de los castillos fortificados de los reyes capadocios y de los castillos similares de la aristocracia feudal de Capadocia, dice que estos castillos protegían a sus propietarios y a sus σώματα y χρήματα. Sabemos muy poco de los λαοὶ βασιλικοί en Asia Menor; véase mi *Kolonat*, págs. 247 y sigs., especialmente 258 y sigs. (seléucidas); págs. 280 y sig. (atálidas, cf. *Anat. St. pres. to Sir William Ramsay*, pág. 375, y *C. A. H.*, VIII, págs. 609 y sigs.); págs. 281 y sigs. (Capadocia, Armenia, Iberia, cf. *C. A H.*, IX, págs. 213 y sigs.). No veo nada que impidiese a los reyes, sumos sacerdotes o señores feudales de Bitinia, Ponto, Capadocia, Galacia y Paflagonia el vender con uno u otro pretexto algunos de sus siervos a un agente de los publicanos romanos o a un tratante de esclavos delio. Está atestiguado a mediados del siglo I a. de J. C. un vivo tráfico de esclavos frigios en una inscripción de Acmonia, *M. A. M. A.*, VI, 1939, núm. 260.

Sornacio, quien dedicó a la ciudad el σταтάριον, fue probablemente un tratante de esclavos romano.

Sobre la fecha de *O. G. I.*, 345: G. Daux, *B. C. H.*, LVII (1933), pág. 77. Es muy probable que el número relativamente grande de esclavos sirios y anatólicos en el mercado griego, tal como se ve en las actas de manumisión de Delfos para 201-50 a. de J. C., deba relacionarse con el vivo tráfico de esclavos que empezó antes de la actividad de los piratas cilicios y se desarrolló concretamente a mediados del siglo II a. de J. C. Según las estadísticas de A. Calderini, *Manomissione*, etc., 1908, págs. 408 y sigs., y W. K. Westermann, *P. W. K.*, supl. VI, 934 (que necesitan, sin embargo, una cuidadosa revisión y deben completarse con las actas de manumisión publicadas después del libro de Calderini), en las actas se citan cuarenta y siete esclavos de Grecia y las islas, cuarenta y seis de los países balcánicos (eran especialmente numerosos los tracios), diez de las costas del mar Negro, mientras que treinta y siete vinieron de Asia Menor, y cincuenta y tres del resto del Oriente Próximo, siendo treinta y ocho sirios, cuatro judíos y tres egipcios. Las actas publicadas desde el libro de Calderini dan aproximadamente el mismo cuadro. Si tomamos como ejemplo las actas publicadas en *F. D.*, III, 3, encontramos en ellas cinco esclavos sirios, tres de Asia Menor, uno de Tracia, un sármata, un dardanio y uno de Alejandría (la mayoría de las actas pertenecen a mediados del siglo II a. de J. C.). Lo mismo puede decirse de las manumisiones del templo de Asclepio en Buto (cerca de Naupacto) y de Naupacto (véase cap. V, nota 27) fechados entre 170 y 146 a. de J. C. Las numerosas actas de manumisión de Tesalia no dan información sobre la nacionalidad de los esclavos manumitidos. Véase, en general, lo que se dijo en el cap. V, notas 27 y 30; y sobre el número de esclavos en la guerra aquea, véase nota 4. Sobre los esclavos pónticos y capadocios de principios y finales del imperio romano: T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, pág. 636.

(50) Son bien conocidos los mercenarios cretenses en las guerras sirias de la época. El hecho se confirma por algunas monedas cretenses reacuñadas sobre las monedas de Antioco IX (114-95 a. de J. C.). J. N. Svoronos, *Numismatique de la Crète ancienne*, 1890, pág. 78, núm. 99; E. J. P. Raven, *Num. Chr.*, LXXI (1938), pág. 151.

(51) Sobre la piratería cilicia: Ormerod, *C. A. H.*, IX, págs. 350 y sigs. (con bibliografía). Colección de textos sobre esta piratería y un breve resumen de su desarrollo: E. Ziebarth, *Beiträge zur Geschichte des Seeraubes und Seehandels im alten Griechenland*, 1929, págs. 32 y sigs., 110 y sigs., núms. 88 y sigs. Participación de los sirios y judíos en las incursiones piráticas antes y después de Pompeyo: J. Dobiaš, *Les premiers rapports des Romains avec les Parthes*, etc., en *Arch. Orient.*, III (1931), págs. 244 y sigs. Es oscura la mención de Estrabón de una embajada romana del 139 a. de J. C. en relación con los piratas (XIV, pág. 669). El contexto muestra que la información no se hizo en serio. Todo el pasaje de Estrabón que trata de la piratería necesita un detenido estudio. Un pasaje en una carta de Demetrio I (152 a. de J. C.) nos ilustra sobre cuántos αἰχμάλωτοι estaban dispersos por toda Siria. En esta carta otorgaba a los judíos, entre otros privilegios: καὶ πᾶσαν ψυχὴν Ἰουδαίων τὴν αἰχμαλωτισθεῖσαν ἀπὸ γῆς Ἰούδα εἰς πᾶσαν βασιλείαν μου ἀφίημι ἐλευ-

θέραν δωρεάν, I Macabeos, X, 33, Flavio Josefo, *A. J.*, XIII, 2, 3 (52). No puedo discutir aquí la difícil cuestión de la autenticidad de la carta de Demetrio; en general, véanse E. R. Bevan, *C. A. H.*, VIII, págs. 710 y sigs., y E. Bikerman, artículo *Makkabäer*, en *P. W. K.*, XIV, 785, 786 (con bibliografía). Personalmente estoy de acuerdo con E. Meyer, *Ursprung und Anfänge des Christentums*, II (1921), págs. 255, nota 1, págs. 454 y sigs., y E. Bikerman, loc. cit. (cf. su reciente libro *Der Gott der Makkabäer*, 1937), en que los documentos incluidos en los libros I y II de los Macabeos, especialmente las cartas seléucidas, son auténticos. Sin embargo, hay aún eruditos que consideran los documentos como falsificaciones parciales o completas: H. Willrich, *Urkundenfälschungen in der hellenistisch-römischen Literatur*, 1924; H. Volkmann, *Klio*, XIX (1925), págs. 373 y sigs.; E. R. Bevan, loc. cit., cf. R. Laqueur, *H. Z.*, CXXXVI (1927), págs. 247 y sigs. La actitud de las ciudades fenicias frente a la piratería cilicia se ve en la observación de Estrabón sobre Árados (XVI, 2, 14, pág. 754). Teniendo derecho de *asylia*, Árados daba refugio a toda clase de gente. Sin embargo, ὁρῶντές τε τοὺς γειτονεύοντας Κίλικας τὰ πειρατήρια συνισταμένους οὐδ' ἅπαξ ἐκοινώνουν αὐτοῖς τῆς τοιαύτης ἐπιτηδεύσεως, lo que probablemente implica que otras ciudades tenían una política diferente; véase J. Dobiaš, loc. cit., pág. 249.

(52) Véanse: Apiano, *Sic.*, 6; Diodoro, XL, 1, 3; Plutarco, *Pomp.*, 29; cf. Floro, III, 6. Sobre la moneda cretense de fines del siglo II y principios del I a. de J. C., sobre los tesoros cretenses y sobre la prosperidad de Creta debida a la cooperación con Cilicia, véase E. J. P. Raven, *Num. Chr.*, LXXI (1938), págs. 133 y sigs., especialmente 148 y sigs. Sobre las excavaciones de Amniso: S. Marinatos, *J. D. A. I.*, LI (1936), Anz., págs. 215 y sigs.

(53) J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, pág. 334, ha citado tres textos que según él demuestran la temprana extensión de la actividad cilicia al mar Egeo: la inscripción de Astipalea citada en la nota 48, y cuyas fecha y relaciones se discuten; el famoso pasaje de Dion Casio, XXXVI, 20 y sigs., referente a los piratas por la época de Pompeyo (Dion no menciona el tributo o dinero de rescate pagado por las ciudades de Asia Menor); y finalmente la conocida inscripción delia hecha por Damón, hijo de Demetrio, mercader ascalonita, Διὶ Οὐρίωι καὶ 'Αστάρτηι Παλαιστινῆι 'Αφροδίτηι Οὐρανίαι en gratitud por haber escapado de los piratas (σωθεὶς ἀπὸ πειρατῶν), que desgraciadamente no está fechada y puede pertenecer a la época de la guerra mitridática (Clermont-Ganneau, *C. R. Ac. Inscr.*, 1909, págs. 308 y sigs.; *Explor. arch. de Délos*, II, 1909, pág. 58; P. Roussel, *Les Cultes égyptiens à Délos*, 1916, pág. 152; *Inscr. de Délos*, 2305).

(54) Sobre la expedición de Marco Antonio contra los piratas, véanse las principales historias de Roma, como, por ejemplo, J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, pág. 334. Sobre la llamada ley pirática hallada en Delfos, véase nota 39.

(55) Sobre los extranjeros en Delos en la época de independencia, A. Lacroix, *Mél. Glotz*, págs. 501 y sigs.

(56) Hemos mencionado anteriormente las relaciones comerciales de Atenas en Oriente; aquí bastará recordar al lector, como ejemplo, los ἔμποροι de Cicio que están documentados como residentes en Atenas

el 333-332 (*S. I. G.*[3], 280, cf. *I. G.*, II[2], 4636; recuérdese que Zenón, fundador de la escuela estoica, era natural de Cicio) y los de Egipto (*S. I. G.*[3], 280, líns. 44-45). En la época del renacimiento comercial de Atenas a finales del siglo III y especialmente en el II a. de J. C. (véanse págs. 688 y sigs. y 833) los extranjeros, y en particular los orientales, volvieron a desempeñar un papel de importancia en la vida de Atenas, véase W. S. Ferguson, *H. A.*, pág. 316; cf. S. Dow, *The Egyptian cults in Athens*, en *Harv. Theol. Rev.*, XXX (1937), págs. 183 y sigs.

(57) Las inscripciones de las asociaciones religiosas itálicas descubiertas en su mayor parte en las *pastas* itálicas y en el ágora de los competalistas se encontrarán en *Inscr. de Délos*, núms. 1730-1771. Organizaciones profesionales, con toda probabilidad itálicas: ibíd., 1711 (οἰνοπῶλαι), 1712 *(olearii)*, 1713 y 1714 (ἐλαιοπῶλαι). Sobre las asociaciones itálicas en general: P. Roussel, *Délos, col. ath.*, págs. 76 y sigs., y la bibliografía citada en las notas 6 y 46.

(58) Sobre los heraclistas y posidoniastas, véase la bibliografía dada en la nota 46; cf. cap. V, nota 111. El decreto de los heraclistas de Tiro: *Inscr. de Délos*, 1519; el de los posidoniastas de Berito, ibíd., 1520. Sobre el *funduq* de los beritios: Ch. Picard, *B. C. H.*, XLIV (1920), págs. 263 y sigs.; *Explor. arch. de Délos*, VI, 1921; *Rev. Arch.*, serie 6.ª, VIII (1936), págs. 188 y sigs. Las inscripciones halladas en las casas de los beritios: *Inscr. de Délos*, 1772-1796. Aparte el ἱερόν, se discute la aplicación a las distintas habitaciones del edificio de los nombres de sus partes constitutivas encontradas en las inscripciones. Sobre el *funduq* de Dura: M. Rostovtzeff y F. E. Brown, *C. R. Ac. Inscr.*, 1935, págs. 290 y sigs.; M. Rostovtzeff, *Dura-Europos and its Art*, 1938, págs. 44 y pássim, lám. VII, y fig. 8; F. E. Brown, *Rep. VII-VIII*, 1939, cap. V.

(59) Sobre las ἐγδοχεῖς, alejandrinas, véase mi artículo *Foreign Commerce of Ptolemaic Egypt*, en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), págs. 762 y sigs., e *Inscr. de Délos*, 1528, cf. 1526.

(60) *O. G. I.*, 344; Durrbach, *Choix*, 103; *Inscr. de Délos*, 1705.

(61) Los reyes helenísticos honrados en Delos después de 166 antes de J. C.: *Inscr. de Délos*, 1525-39 (Tolomeos); 1540-53 (seléucidas); 1554 (Átalo II de Pérgamo, cf. 1575); 1556-74 (Ponto: Mitrídates V y Mitrídates VI); 1575 y 1576 (Estratonice, hija de Ariarates IV, y Ariarates VII de Capadocia); 1577-80 (Bitinia). Véanse los comentarios de Durrbach, *Choix*, de muchas de estas inscripciones.

(62) Sobre los cultos: P. Roussel, *Délos, col. ath.*, págs. 249 y sigs. W. A. Laidlaw, *A History of Delos*, págs. 217 y sigs., da un resumen útil, aunque omite los cultos de las asociaciones y de la gente particular. Las inscripciones de los santuarios de los dioses extranjeros y menores adorados en Delos se encontrarán reunidas en *Inscr. de Délos*. Véase especialmente 2037-219 (dedicaciones a dioses egipcios); 2220-304 (dioses sirios); 2305-27 (otros dioses orientales); 2328-33 (seguramente judíos). Son especialmente numerosas e ilustrativas las dedicaciones halladas en los serapeos de Delos (P. Roussel, *Les Cultes égyptiens à Délos*, 1916) y las aparecidas en el templo de Hadad y Atargatis (P. Roussel, *Délos, col. ath.*, págs. 252 y sigs.). Sobre los santuarios menores de monte Cinto: A. Plassart, *Expl. arch. de Délos*, XI, 1928, *Sanctuaires et cultes du Mt. Cynthe.*

(63) Podemos ver un testimonio de las activas relaciones comerciales entre Delos, por un lado, y el continente griego, las islas del Egeo y la parte norte de la península de los Balcanes, por otro, en los numerosos hallazgos en estas regiones de cuencos «megareos» de tipos que se consideran característicos de la especie delia de estos cuencos. Además de en estas regiones, se encuentran cuencos del mismo tipo en Rusia meridional, Asia Menor, Egipto e Italia. Véase F. Courby, *Les Vases grecs à reliefs,* págs. 395 y sigs.; sobre los cuencos encontrados en Alejandría, cf. A. Adiani, *La Nécropole de Moustafa Pacha,* en *Ann. du Mus. Gréco-Romain* (Alejandría) (1933-34-1934-35), págs. 145 y sigs., y sobre los encontrados en el bajo Danubio, V. Dumitrescu, *In memoria lui Vasile Parvan,* 1934, págs. 121 y sigs. Sin embargo, en mi opinión, los hechos citados por Courby no son concluyentes. No es seguro el origen delio de los cuencos «megareos» del tipo llamado delio (véase, cap. V, nota 68). Las relaciones comerciales entre Delos y Crimea parecen atestiguadas para finales del siglo II a. de J. C. por *S. I. G.*[3], 1126 (105-104 a. de J. C.); *Inscr. de Délos,* 2128 —una dedicación a Zeus Urio y a los dioses egipcios por un mercader de Ninfeo— (cerca de Panticapeo) por su salvación y la de su hijo καὶ ὑπὲρ τῶν πλοϊζομένων πάντων. ¿Comercio de esclavos? Véase cap. V, nota 89.

(64) M. N. Tod, *J. H. S.*, LIV (1934), págs. 150 y sigs. (*Inscr. de Délos*, 1520), cf. Durrbach, *Choix,* págs. 213. τραπεζιτεύοντες y τραπεζῖται ἐν Δήλῳ se mencionan con frecuencia en Delos, Durrbach, *Choix,* 132 y 138; *Inscr. de Délos,* 1715-29. En un caso actúan como grupo, *Inscr. de Délos,* 1715, cf. 1729.

(65) Véanse los cálculos de P. Roussel, *B. C. H.*, LV (1931), páginas 438 y sigs.

(66) Sobre el aspecto general de la ciudad: P. Roussel, *Délos, col. ath.*, págs. 284 y sigs.; cf. W. A. Laidlaw, loc. cit., págs. 232 y sigs., y las obras citadas por él.

(67) *C. A. H.*, VIII, pág. 649.

(68) Sobre las esculturas encontradas en Delos y las firmas de los artistas, véase P. Roussel, *Délos, col. ath.*, págs. 287 y sigs., e *Inscr. de Délos,* núms. 2489 y sigs., y *Numéros de rappel,* pág. 330, cf. F. Mayence y G. Leroux, *B. C. H.*, XXXI (1907), págs. 389 y sigs.; L. Bizard y G. Leroux, ibíd., págs. 504 y sigs. (monumento corégico de Caristio), y C. Michalowski, *Expl. arch. Délos,* XIII, 1932: *Les portraits hellénistiques et romains.* Sobre las pinturas murales, M. Bulard, *Peintures murales et mosaïques de Délos,* en *Mon. et Mém. Piot.*, XIV, 1908; *Descriptions des Revêtements peints à sujets religieux,* en *Expl. Arch. Délos,* IX, 1926; y *La Religion domestique dans la colonie italienne de Délos,* 1926; cf. M. Swindler, *Ancient Painting,* págs. 342 y sigs., y Ch. Picard, *Rev. Art. ancien et mod.*, 1928, II, págs. 255 y sigs. Sobre los mosaicos: M. Bulard, loc. cit.; J. Chamonard, *Expl. arch. Délos,* XIV, 1933: *Les mosaïques de la maison des Masques.* Es de notar que algunos de los artistas que hicieron los mosaicos y algunas estatuas eran orientales, especialmente sirios (véase cap. V, nota 123).

(69) Lo que digo en el texto se basa en el minucioso estudio de O. Rubensohn, *Parische Künstler,* en *J. D. A. I.*, L (1935), págs. 50 y sigs. Nótese que tenemos muchas firmas de artistas parios. No es necesario

decir que las fechas de algunos artistas de Paros distan mucho de ser seguras.

(70) La guerra gálata de Éumenes II (168-166 a. de J. C.): Tito Livio, XLV, 19, 3; Polibio, XXX, 1-2; Polieno, IV, 8, 1; Diodoro, XXXI, 13. La guerra fue sangrienta y cruel. Es digno de mención que muchos αἰχμάλωτοι fueron sacrificados por los gálatas a sus dioses. Las ciudades del Asia Menor sufrieron mucho y pasaron por un enorme terror. Para Sardes, véase *O. G. I.*, 305, 11; para la Liga Jonia: la carta de Éumenes II, *O. G. I.*, 763; Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 9, núm. 306; C. B. Welles, *R. C.*, núm. 52; para Amlada, las tres cartas —de una persona desconocida, de Átalo III y de Átalo II— en que se menciona un ataque de los gálatas a Amlada: *O. G. I.*, 751; C. B. Welles, *R. C.*, núm. 54 (para la segunda carta) y H. Swoboda, J. Keil, F. Knoll, *Denkmäler aus Lykaonien, Pamphylien und Isaurien*, 1935, págs. 33 y sigs., núms. 74-75 (para las tres cartas y sus fechas). Sobre el estatuto político de Selge y las vicisitudes de la ciudad: cf. A. H. M. Jones, *The cities*, etc., páginas 131 y sigs. y notas 15 y 16 (el autor cita la nueva publicación de las cartas, pero no la utiliza). En esta guerra, Éumenes fue sin duda un benefactor no sólo de las ciudades de su propio reino, sino también de toda el Asia Menor, exactamente como lo había sido durante la guerra ortiagón-gálata, de 184 a. de J. C. Véase la inscripción de Telmeso ya citada, cap. V, nota 45: ἀναδεξάμενος τὸν πόλεμον, dice la inscripción, οὐ μ[όνον ὑπ]ὲρ τῶν ὑφ' αὐτὸν τασσομένων, ἀλλὰ καὶ | [ὑπὲρ ἄ]λλων τῶν κατοικούντων τὴν 'Ασίαν.

(71) Guerras bitinias: B. Niese, *Gesch. d. Gr. u. Mak. St.*, III, págs. 326 y sigs. Sobre las guerras de Átalo II y Átalo III, ibíd., págs. 359 y sigs.; véase nota 38. Sobre la guerra con Selge, véanse los comentarios de J. Keil acerca de las inscripciones de Amlada citadas en la nota precedente. Sobre la guerra empeñada por causa del dinero de Orofernes dejado en depósito a Priene y reclamado por Ariarates V, protegido de Átalo II: Polibio, XXXIII, 6; Diodoro, XXXI, 32. Las amargas quejas de Priene en esta época que repiten la falta de dinero para las necesidades más urgentes, y las amenazas de hambre se mencionan en el conocido decreto en honor de Mosquión, que ayudó a la ciudad repetidas veces con regalos y préstamos de dinero y ventas de grano a precio inferior al del mercado, véase *I. v. Pr.*, 108. Por desgracia, estos diversos beneficios no pueden fecharse con precisión (véase cap. V, nota 124). Pueden relacionarse con el infeliz estado de Priene en esta época las repetidas embajadas de Mosquión, probablemente en busca de ayuda, a Siria, Egipto y los nabateos. Correspondencia de Éumenes II y Átalo con el sumo sacerdote de Pesinunte: C. B. Welles, *R. C.*, núms. 55-61, págs. 241 y sigs. Sobre la guerra tracia, véase la inscripción *O. G. I.*, 330; sobre su fecha (145 a. de J. C.): L. Robert, *B. C. H.*, LII (1928), págs. 438 y sigs; cf. la inscripción de Menas de Sesto, *O. G. I.*, 339 (la inscripción de Bizya no la relaciona Robert con la misma expedición; véase *Rev. É. G.*, XLVIII (1935), pág. 333, y *Villes de l'Asie Mineure*, 1935, pág. 77). Sobre la provincia helespóntica y tracia de los atálidas: M. Holleaux, *B. C. H.*, XLVIII (1924), págs. 14 y sigs. [=*Études*, II, págs. 85 y sigs.]. Celebración por parte de Átalo II de sus éxitos militares en general: *O. G. I.*, 328. La guerra y victoria de Átalo III: *O. G. I.*, 332. Induda-

blemente, las guerras fueron una gran carga para las ciudades del reino que tuvieron que alimentar a los ejércitos: véase cap. V, nota 55.

(72) Sobre la organización del reino de Pérgamo, véanse mis notas, cap. V, nota 58. L. Robert (*Rev. Arch.*, serie 6.ª, III (1934), páginas 88 y sigs., especialmente pág. 91) insiste en el carácter agrícola, no militar de su colonización.

(73) Atenas: *I. G.*, II², 3171, cf. *O. G. I.*, 318. Delfos: *S. I. G.*³, 671 y 672 (para la fecha, G. Daux, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 222 y sigs.); cf. *I. G.*, II², 953, y *S. I. G.*³, 670 y 682, y en general G. Daux, *Delphes*, etc., págs. 497 y sigs., Κοινὸν τῶν Ἰώνων: Rehm, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 9, núm. 306, págs. 144 y sigs.; cf. ibíd., núm. 307; C. B. Welles, *R. C.*, 52; donación de dinero para comprar grano: Th. Wiegand, *Milet, VII. Bericht*, págs. 27 y sigs.; B. Laum, *Stiftungen*, II, págs. 159 y sigs., núm. 129 *b* (bibliografía completa, G. Daux, *B. C. H.*, LIX (1935), pág. 226, nota 5; e ibíd., págs. 226 y sigs., sobre la fecha de este documento). Calauria: *O. G. I.*, 297. Cos: calendario de sacrificios de Cos: Paton-Hicks, 43 *b*, 5 y 18 y sig.; A. Neppi-Modona, *L'isola di Coo*, 1933, pág. 46, nota 8. La fecha es discutida. Paton y Hicks piensan en Éumenes I y Átalo I, mientras que Neppi-Modona se inclinan a identificar los reyes con Éumenes II y Átalo II. Éfeso: Estrabón, XIV, 1, 24, pág. 641. Vuelvo a citar (véase, cap. V, notas 22 y 50) la inscripción de Quíos, que es más antigua (Átalo I) (?), porque es un caso típico de recurso a préstamo por los reyes (?), medio de atraerse a las ciudades independientes. Teos (?): *S. E. G.*, II, 580.

(74) Un texto interesante (*O. G. I.*, 331; C. B. Welles, *R. C.*, números 65-67): tres cartas de Átalo II escritas en favor de Sosandro y Ateneo, parientes lejanos del rey, muestran la gran posición de que gozaban estos parientes en el reino pergameno (véase cap. V, nota 55). Sobre los altos funcionarios de la corona, véase, por ejemplo, el decreto de Pérgamo en favor de un σύντροφος τοῦ βασιλέως (Átalo II), a quien se confió una embajada a Roma, *O. G. I.*, 323, el decreto parecido de Egina en honor de Cleón, gobernador de la isla bajo Átalo II, y el decreto de Sardes en honor de Timarco, antiguo *rhiscophylax* del rey; W. H. Buckler y D. M. Robinson, *Sardis*, VII, 1, núm. 4; cf. núm. 89.

(75) Las inscripciones que hablan de esta gente rica de Asia Menor serán citadas y estudiadas en seguida. Sobre Cratón, cuya vida se conoce por diez inscripciones completas o fragmentarias, véase G. Daux, *Craton, Eumène II et Attale II*, en *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 210 y sigs. Pásparo fue evidentemente un hombre rico. L. Robert, *Ét. Anat.*, páginas 45 y sigs., está en lo cierto al señalar que los honores que le dio Pérgamo fueron en reconocimiento a su gran servicio natural, su embajada a Roma. Sin embargo, Pásparo no habría tenido influencia alguna en Roma sin una riqueza considerable e íntimas relaciones con poderosos amigos romanos, lo que a su vez requería grandes medios de fortuna. Además, los regalos que hizo a la ciudad de Pérgamo no son menos valiosos que los de Menas, y demuestran que fue un auténtico nababo (expresión que utilicé en mis *Historia social y económica del imperio romano*), producto típico de la época.

(76) Sobre las condiciones sociales del reino de Pérgamo, véase pág. 529 y sig. Indudablemente hubo en toda el Asia de la época he-

lenística gran número de esclavos (además de siervos) que se empleaban en cultivar los campos y huertos de los señores, en su mayoría absentistas. Esto está atestiguado, para la época helenística, en la conocida inscripción de Sardes: W. H. Buckler y D. M. Robinson, *A. J. A.*, XVI (1912), pág. 13, col. I, cf. pág. 56, cf. *Sardis*, VII, 1, núm. 1, y algunas inscripciones de Priene (*I. v. Priene*, 18; *O. G. I.*, 215, lín. 24: Larico recibe de la ciudad ἀτέλειαγ καὶ τῶ[γ] | κτηνῶγ καὶ τῶν σωμάτων ὅσα ἂν ὑπάρχηι ἔν τε [τ]οῖς ἰδίοις κτήμασ[ι] | καὶ ἐν τῆι πόλει). Para el período que estudiamos, véase *O. G. I*, 351; *I. v. Priene*, 39: 'Αριαράθης τὴν Πριηνέων] πόλιν πολιο[ρκήσας] | [καὶ κ]τήματα σ[υλήσας, πλεῖστα] δὲ καὶ σώματα [ἰδιωτικά τε καὶ | δημό]σια ἀπ[αγαγών] (155 a. de J. C.). Cf. Polibio, XXXIII, 6, 6 y sigs., y mi *Kolonat*, págs. 250 y sigs. Sobre los esclavos reales, véase cap. IV, nota 332. Para la gente particular, véase, por ejemplo, los esclavos que Cratón facilitó a los artistas dionisiacos: *O. G. I.*, 326 (Átalo II). Bastarán estas referencias. Para Estrabón y Diodoro, el reino pergameno era un Estado tan basado en el trabajo servil como la Sicilia contemporánea: véase Estrabón, XIV, 1, 38, pág. 646: εἰς δὲ τὴν μεσόγαιαν ἀνιὼν (Aristónico) ἤθροισε διὰ ταχέων πλῆθος ἀπόρων τε ἀνθρώπων καὶ δούλων ἐπ' ἐλευθερίᾳ κατακεκλημένων οὓς 'Ηλιοπολίτας ἐκάλεσε; Diodoro XXXIV-XXXV, 1, 26: τὸ παραπλήσιον δὲ γέγονε καὶ κατὰ τὴν 'Ασίαν κατὰ τοὺς αὐτοὺς καιρούς, 'Αριστονίκου μὲν ἀντιποιησαμένου τῆς μὴ προσηκούσης βασιλείας, τῶν δὲ δούλων διὰ τὰς ἐκ τῶν δεσποτῶν κακουργίας συναπονοησαμένων ἐκείνῳ καὶ μεγάλοις ἀτυχήμασι πολλὰς πόλεις περιβαλόντων. Quizá no sea demasiado atrevido relacionar con la guerra de Aristónico el epigrama funerario de Demetrio hallado en Amizón y fechado en el siglo II a. de J. C. Demetrio fue asesinado por su esclavo, y su casa quemada; los ciudadanos de Amizón crucificaron al esclavo, *Greek Inscr. Br. Mus.*, IV, 2, 1936; L. Robert, *Ét. Anat.*, página 389. En todo caso, las inscripciones reflejan bien un aspecto de las relaciones entre esclavos y amos en Asia Menor en el siglo II antes de J. C.

(77) Sin duda debemos distinguir entre los privilegios otorgados por el decreto de Pérgamo a las clases altas de la época de Átalo III (πάροικοι, soldados, κάτοικοι, militares) y los concedidos a las clases bajas. Por este acto, los individuos pertenecientes a las clases altas se transformaban en ciudadanos, y como tales lucharían con los demás ciudadanos en las épocas revueltas que siguieron a la muerte de Átalo III; los individuos pertenecientes a las clases bajas, parte de los cuales ya habían huido de la ciudad y estaban dispuestos a unirse a la revuelta organizada (líns. 25 y sigs.), fueron invitados a volver a sus ἴδια y reanudar su trabajo pacífico en mejores condiciones. *Mutatis mutandis*, la situación era la misma que en Egipto. Los motivos de la ciudad al aprobar su decreto de φιλάνθρωπα se destacan claramente en las líns. 8 y sigs.: ἀναγκαῖ]όν τέ ἐστιν ἕνεκα τῆς κοινῆς ἀσ[φ]αλείας καὶ τ[ὰ ὑποτετα]|γμένα γένη μετέχειν τῆς πολιτείας. Véase el estudio del decreto en M. Segre, *Athen.*, XVI (1938), págs. 123 y sigs.

(78) Los mejores tratados son los de B. Niese, *Gesch. d. gr. u. mak. St.*, III págs. 360 y sigs.; U. Wilcken, artículo *Aristonicus*, en *P. W. K.*, II, 962 y sigs., y G. Cardinali, *La morte di Attalo III e la rivolta di Aristonico*, en *Saggi di St. Ant. e di Arch.*, 1910, págs. 269 y sigs.;

cf. H. Last, *C. A. H.*, IX, págs. 102 y sigs., y T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 505 y sigs.

(79) El decreto de Pérgamo (más bien que de Elea, véase M. Segre, *Athen.*, XVI (1938), págs. 128) acerca de la συμμαχία con Roma, *S. I. G.*[3], 694 (130-129 a. de J. C.), al describir las guerras habla de μεγάλοι κίνδυνοι [κ]αὶ κατὰ γῆν καὶ κ[ατὰ θ]άλασσαν. El *foedus* de Roma con Metimna (*S. I. G.*[3], 693) puede explicarse como una medida preventiva que tomó Roma contra las ambiciones marítimas de Aristónico. Recuérdese que Prusias II devastó a Metimna en la primera guerra bitinia. ¿Ayudaban los piratas a Aristónico? No hay testimonio de esta ayuda, pero los piratas apoyaron a Perseo y, más tarde, a Mitrídates. Es difícil de creer que los efesios tuvieran marina propia bajo los últimos atálidas. Éfeso era su segunda capital y allí se acuñaban los cistóforos. Difícilmente se les habría concedido poseer una marina propia.

(80) La guerra aparece mencionada en las siguientes inscripciones. 1) PÉRGAMO: las numerosas inscripciones en honor de Diodoro, hijo de Heroides, Pásparo (la mayoría de 125 a. de J. C.). La más importante fue publicada por primera vez por Hepding, *Ath. Mitt.*, XXXII (1907), págs. 243 y sigs., núm. 4; cf. *I. G. R.*, IV, 292. Las partes que tratan de la guerra de Aristónico han sido restauradas recientemente por A. Wilhelm, *Wien. S. B.*, CCXIV, 5 (1932), págs. 21 y sigs., donde se encontrará una lista completa de las inscripciones de Pásparo y una bibliografía exhaustiva. Sobre la fecha: L. Robert, *B. C. H.*, LIV (1930), págs. 337 y sigs. Un artículo del mismo autor sobre Pásparo (anunciado loc. cit.) no ha sido aún publicado; cf. su *Ét. Anat.*, págs. 45 y sigs. Véase el interesante aunque fragmentario epigrama votivo a Atenea de uno que fue salvado por ella durante la guerra de Aristónico, *I. v. Perg.*, 14; F. Hiller von Gaertringen, *Hist. gr. Epigramme*, 1926, núm. 111. 2) PÉRGAMO o ELEA (véase nota 79): *S. I. G.*[3], 694. 3) METIMNA, Lesbos: decreto de los νέοι, *S. E. G.*, III, 710; cf. *S. I. G.*[3], 693 (*foedus* entre Roma y Metimna). 4) CÍCICO: decreto en honor de Macaón, *I. G. R.*, IV, 134. 5) SESTO: decreto en honor de Menas, *O. G. I.*, 339. 6) PRIENE: decreto en honor de Mosquión, *I. v. Priene*, 108, 223 y sigs., y en honor de Herodes, ibíd., 109, 92. 7) BARGILIA, Caria: decreto en honor de Posidonio: M. Holleaux, *Rev. É. A.*, XXI (1919), págs. 1 y sigs. [=*Études*, II, págs. 178 y sigs.]; y otro (al principio de la guerra que menciona los apuros de la ciudad y una intervención ἐπιφάνεια, de Ártemis Cindias): L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 459 y sigs.; cf. T. R. S. Broughton, *Cl. Phil.*, XXIX (1934), págs. 252 y sigs., y L. Robert, *Villes d'Asie Mineure*, 1935, pág. 48. 8) HALICARNASO: *C. I. G.*, 2501; A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XI, (1908), págs. 79 y sigs. Cf. Bizancio, *Tac. Ann.*, XII, 62. 9) ESTRATONICEA: decreto en dos fragmentos, *B. C. H.*, XLIV (1920), págs. 70 y sigs., e ibíd., XI (1887), págs. 161 y sigs.; cf. P. Roussel, *B. C. H.*, LV (1931), pág. 70, núm. 1, y A. Wilhelm, en A. Zchober, *Der Fries des Hekateions von Lagina*, 1933, pág. 13. Reeditado y estudiado por L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 461 y sigs., en relación con una discusión del decreto de Bargilia. Por lo que se refiere al intento de un grupo de partidarios de Aristónico de entregarle Pérgamo, véase el decreto de Pásparo, *I. G. R.*, IV, 292; Wilhelm, loc. cit., líns. 11 y sigs.: ἀνεκτήσα] |το δὲ καὶ τοὺς βίους τῶν ἀνειρημένων ὑπὸ Μιθραδ[άτου καὶ τῶν ἄλλων τῶν ....] | ἐν τῶι πο-

λέμωι, ἐξ ὧν ἀφόρητος ἐπηκολούθει τῆι πόλει κί[νδυνος. Es difícil aceptar la restauración ἀποθανόντων en la laguna de la lín. 12. Prefiero ἀποστάντων o ἀφεστακότων, y traducir la frase como sigue: «Aseguró (a la ciudad) los fundos de los que fueron muertos (o ejecutados) por Mitrídates y el resto de los que se rebelaron durante la guerra, hombres cuya acción amenazó la ciudad con un enorme peligro.» No puedo entrar en pormenores; baste decir que la interpretación de este pasaje por Wilhelm es más bien vaga y confusa. Veo que H. Last interpreta el pasaje de la misma forma que yo lo hago: *C. A. H.*, IX, pág. 105. L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 45 y sigs., trata de otras partes del mismo decreto. D. Magie, *Anat. St. pres. to W. H. Buckler*, pág. 181, nota 2, atribuye el decreto de Cícico, *I. C. R.*, IV, 134, a una fecha anterior (135 a. de J. C.). Focea en apoyo de Mitrídates: Justino, XXXVII, 1, 1.

(81) No puedo entrar aquí en un estudio minucioso de las utopías helenísticas y especialmente la de Yambulo. Un buen estudio de ellas, con referencias bibliográficas completas, se encontrará en W. W. Tarn, *Alexander the Great and the Unity of Mankind*, en *Proc. Brit. Acad.*, XIX, 1933, págs. 9 y sigs. (141 y sigs.) (ha demostrado que la obra de Yambulo no es un producto de la filosofía estoica); cf. págs. 43 y sigs., sobre la Pancara de Evémero (aún creo en una relación entre Evémero y el Egipto tolemaico). Sobre la religión solar del Oriente y su influencia en Grecia, especialmente sobre el estoicismo: J. Bidez, *La Cité du Monde et la Cité du Soleil chez les stoïciens*, en *Bull. de l'Ac. Royale de Belgique*, serie 5.ª, XVIII (1932), págs. 244 y sigs. Sobre el dios Sol como amo, liberador y guardián de la justicia: ibíd., págs. 275 y sigs., y los artículos de F. Cumont en *Rend. Pontif. Acc. Rom. Arch.*, I (1925), págs. 65 y sigs., y V (1927), págs. 69 y sigs. Véase también A. Dölger, *Antike und Christentum*, V (1936), págs. 138 y sigs. Sobre los θεοὶ Ὅσιοι καὶ Δίκαιοι de Asia Menor asociados con Zeus Brontón, el Sol y la Luna, y otros dioses: L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), págs. 202 y sigs. y lám. I. Sobre Ἥλιος Δικαιοσύνης compárese el nombre litúrgico Δικαιοσύνη, contemporáneo asociado póstumamente a Tolomeo Filométor por Cleopatra II el 139 y después asumido por Cleopatra III: W. Otto y H. Bengtson, *Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreiches*, en *Bay. Abh.*, XVII (1938), págs. 43 y sig., 140 y sig., 143 y sig. y 150, cf. L. Robert, *Mél. Syr. R. Dussaud*, II (1940), pág. 731. No puedo discutir aquí este nombre litúrgico y el de Δίκαιος adoptado por los reyes de Comagene, Bactriana y Partia.

(82) Sobre la organización del ejército pergameno, véase mi capítulo *Pergamon*, en *C. A. H.*, VIII, págs. 594 y sigs.; cf. G. T. Griffith, *The mercenaries of the Hellenistic world*, 1935, págs. 171 y sigs.; C. A. Forbes, *Neoi*, 1933, pág. 51, niega que se diera adiestramiento militar a los efebos y *nei* de Pérgamo y otras ciudades del reino pergameno, y L. Robert, *Rev. É. C.*, XLVIII (1935), pág. 333 (recensión del libro de Forbes), está de acuerdo con él. Pero aunque ἀκοντισμοί y τοξεῖαι mencionados en la inscripción de Menas y οἱ διὰ τῶν ὅπλων ἀγῶνες en una de las inscripciones referentes a Pásparo de Pérgamo (*O. G. I.*, 764, lín. 24; *I. G. R.*, IV, 294) no son infrecuentes en otras ciudades como parte del adiestramiento físico de los jóvenes, las condiciones particulares de Sesto y Pérgamo me llegan a pensar que en este caso el

adiestramiento se hacía con la intención de hacer aptos a los pobres para el servicio militar. Véase en la inscripción de Menas (*O. G. I.*, 339, líns. 71 y sig.) esta observación general sobre los fines del adiestramiento: ἐξ ὧν αἱ τῶν νεωτέρων ψυχαὶ πρὸς ἀνδρείαν ἁμιλλώμε|ναι καλῶς ἄγονται τοῖς ἤθεσιν πρὸς ἀρετήν (obsérvense las ideas estoicas), cf. *I. v. Priene*, 112, 74 y sig.: δι' [ὧν μὲν] τὸ σῶμα βουλόμενος ἄοκνο[ν] τυγχάνειν, δι' ὧν δὲ τ[ὰς ψυχ]ὰς πρὸς ἀρετὴν καὶ πάθος ἀνθρώπινον προάγεσθαι. Véanse mis observaciones sobre los *iuvenes*, en *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, págs. 54, 120, 125, 148, 268, 379, 500 y 501. La fecha de la organización de los *neoi* en Pérgamo es desconocida. Pudo haber existido antes de 147 a. de J. C. Cf. *O. G. I.*, 748; II, 663, 9-12; Welles, *R. C.*, núm. 51, lám. 24.

(83) El decreto de la ciudad que siguió a la muerte de Átalo III y precedió a la guerra de Aristónico, *O. G. I.*, 338; la ratificación del contenido del testamento del rey por el Senado, *O. G. I.*, 435, de fecha desconocida. Los estudios más recientes de los problemas sobre el decreto de la ciudad y el testamento de Átalo III son los de M. Segre, *Athen.*, XVI (1938), págs. 123 y sig. y T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, pág. 508. Véase nota 77.

(84) Un tratado brillante del desarrollo gradual de los métodos de gobierno empleados por el gobierno romano en las provincias en general, se encontrará en J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, 117 y sigs. El de G. H. Stevenson en *C. A. H.*, IX, págs. 437 y sigs. (con bibliografía) es más arqueológico que histórico. Para la época posterior: J. M. Cobban, *Senate and Provinces*, 78-49 a. de J. C., 1935 (con bibliografía que completa en algunos puntos la que da Stevenson). Sobre la provincia de Asia: V. Chapot, *La Province romaine proconsulaire d'Asie*, 1904, págs. 14 y sigs.; T. Frank, *An economic history of Rome*, 2.ª ed., 1927, págs. 141 y sigs. y T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 535 y sigs.; cf. A. Passerini, *Athen.*, XV (1937), págs. 277 y sigs.

(85) Véase mi *Kolonat*, pág. 283. Sobre la *lex Sempronia*, Cicerón, *Verr.*, II, 3, 6, 12; cf. Schol. Bob., pág. 259 (Orelli); Diodoro, XXXIV-XXXV, 25; Fronto, *Ad Ver.*, II, 1.

(86) Sobre el senadoconsulto y el decreto del pretor de 129 a. de J. C.: F. Miltner y Selahattin Bey, *Türk Tarih, Arkeologya ve etnografya Dergisi*, II (1934), págs. 240 y sigs.; cf. pág. 301; A. Passerini, *Athen.*, XV (1937), págs. 252 y sigs.; M. Segre, ibíd., XVI (1938), págs. 119 y sigs. En su artículo, A. Passerini estudia el pasaje de Apiano a la luz de las nuevas fuentes, sin citar la inscripción de Pásparo. M. Segre, en su estudio, da por establecido que la *chora* de Pérgamo era inmune. La nueva fecha dada por Passerini al senadoconsulto se basa en los nombres de los cónsules en la parte restaurada; antes de que se encontrara el nuevo fragmento, la inscripción se fechaba en 110 a. de J. C.; véase F. Münzer, *P. W. K.*, XV, 618, que ahora afecta la nueva fecha (carta particular). La redacción del senadoconsulto de Adramitio es muy parecida al del senadoconsulto de *Oropo* (73 a. de J. C.), *S. I. G.*³, 747, lo cual hace probable que en el caso de Pérgamo también se discutiesen intereses de templos. Puedo añadir que la carta de Julio César grabada en la misma piedra que la copia de Esmirna del senadoconsulto (M. Segre, loc. cit.), aunque ciertamente trata del territorio de Pérgamo, su estatuto

jurídico en la época de Átalo III, su frontera por la parte del territorio de Elea, también menciona la *asylia* y algo que alguien «consagró a los dioses». Véase la inscripción publicada por M. Segre, *Il Mondo classico*, III (1933), págs. 485 y sigs., e ibíd., IV (1934), págs. 71; un ἐπίκριμα de P. Servilio Isáurico sobre la *asylia* del asclepión y sus «leyes sagradas».

(87) Cicerón, *De lege agr.*, II, 15, 39, y especialmente 18, 50, y 19, 52.

(88) He tratado de la historia de la χώρα βασιλική después de los atálidas en mi *Kolonat*, págs. 283 y sigs. Contra mi punto de vista: T. Frank, *Dominium in solo provinciali*, en *J. R. S.*, XVII (1927), págs. 141 y sigs., y *An econ. hist. of Rome*, 2.ª ed., 1927, págs. 141 y sigs. Su teoría según la cual el *dominium in solo provinciale* era un producto tardío del pensamiento jurídico, no ha sido aceptado *in toto* por otros eruditos; para la bibliografía, véanse las ediciones alemanas e italiana de mi *Historia social y económica del imperio romano*, capítulo VII, nota 1. Cf. J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, págs. 131 y sigs. Las ideas de Frank han sido desarrolladas por T. R. S. Broughton, *Roman Land-holding in Asia Minor*, en *Tr. Am. Phil. Ass.*, LXV (1934), págs. 207 y sigs.; cf. su *Roman Asia Minor*, págs. 509 y sigs. Para Frank y Broughton el argumento decisivo contra la teoría del *ager publicus* es la ausencia de la χώρα βασιλική de los atálidas en la lista de regiones que fueron puestas en venta en Asia Menor por la ley de Servilio Rulo (véase nota 87). Considero este argumento tan falaz como todos los argumentos *ex silentio*. La ley de Rulo no se proponía poner en venta *todo* el *ager publicus* propiedad del Estado. Había trozos de *ager publicus «extra Italiam»* que la ley trataba de someter a un *pergrande vectigal*. La χώρα βασιλική atálida pudo haber sido uno de estos trozos. O César tenía razones de tipo político para no incluirla en la lista de tierras puestas en venta. El silencio de la ley es igualmente intrigante si aceptamos la teoría de que los *agri regii* eran fundos privados de los reyes. Sin duda, existieron algunos fundos privados de los atálidas, y especialmente de Átalo III. Véase *I. v. Priene*, 111, lín. 112; sobre los fundos confiscados por Átalo III: *O. G. I.*, 338, líns. 20 y sigs.; G. Cardinali, *La morte di Attalo III*, etc., págs. 269 y sigs., y mi artículo en *Anat. Stud.*, pág. 376. ¿Qué sucedió con ellos? Broughton dice que desaparecieron. ¿Cómo y por qué? Debo destacar el hecho de que si aceptamos la teoría de Frank y Broughton, es difícil entender por qué en el caso de Asia Menor los romanos se apartaron de su práctica establecida, práctica que seguían regularmente, donde existían condiciones parecidas, en otras provincias tanto en Oriente como en Occidente antes y después, véase, por ejemplo, pág. 835, sobre Grecia, y sobre Bitinia, cap. VII, nota 65. Puedo añadir que en ausencia de testimonios positivos se puede sugerir (si el caso de Asia *fue* excepcional) la posibilidad siguiente. Podemos suponer que la *chora* del reino atálida (si es distinta de la *chora basilike*) fue ya tratada como *ager stipendiarius* por los seléucidas y los atálidas, y pagaba una décuma (δεκάτη), mientras que los *laoi* de la *chora basiliké* pagaban rentas y derechos. En este caso, los romanos no habrían introducido cambio alguno, excepto quizá extender a los territorios ciudadanos el sistema de la δεκάτη, sistema aplicado antes posiblemente también a los *cleroi* militares y tierra de

los templos (?). Puedo decir que es posible interpretar en este sentido los documentos citados por L. Robert, *Ét. Anat.*, pág. 159 y sig. (*O. G. I.*, 488 e *I. G.*, II², 9003 y 9977), donde el pueblo de Castolo aparece como lugar de origen de sus habitantes residentes en el Ática. Pero la solución de los problemas anteriormente indicados deben esperar al descubrimiento de nuevas fuentes.

(89) Los pocos casos de intrusión de los publicanos en tierras de templos incluidas en el territorio de la ciudad están registrados en mi *Kolonat*, pág. 284; cf. Broughton, loc. cit., pág. 220, nota 72. Son: Ilión, *O. G. I.*, 440 (89 a. de J. C.); Priene, *I. v. Priene*, 111, líns. 112 y sigs.; véase ibíd., 117 (siglo I a. de J. C.); Tiatira, *I. G. R.*, IV, 1211. Véase el senadoconsulto de Adramitio y Esmirna, en la nota 86. Sobre Éfeso, Estrabón, XIV, 1. 26, pág. 642.

(90) Sobre los templos-estados en Asia Menor, véanse mis observaciones en *Kolonat*, págs. 273 y sigs.; *Anatol. Stud.*, págs. 369 y sigs.; *C. A. H.*, IX, págs. 214 y sigs.

(91) Sobre Átalo III: B. Niese, loc. cit., III, págs. 363 y sigs., y el artículo de G. Cardinali citado en la nota 78.

(92) Ha de tenerse en cuenta que, en el discurso *Pro Flacco* (7, 17), Cicerón, al citar un psefisma de la ciudad de Pérgamo, votado a instigación de Mitrídates de Pérgamo, dice que los votantes eran *sutores* y *zonarii*, lo que demuestra la gran importancia de la industria textil en Pérgamo el 62 a. de J. C. La mayoría de las ciudades de Asia Menor eran por esta época centros industriales y comerciales. En el mismo discurso (8, 18), Cicerón llama *opifices* y *tabernarii* a los miembros de las asambleas populares de Asia Menor.

(93) Sobre los publicanos y su actividad en Asia Menor, y sobre los sentimientos de los provinciales hacia ellos, véanse los libros y artículos citados en el capítulo VII, nota 45. Los pocos textos relativos a la época anterior a Sila los estudia J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, págs. 74 y sigs., y especialmente 134 y sigs. Sobre los romanos en Pérgamo, véanse las listas de efebos halladas en el gimnasio de Pérgamo: W. Kolbe, *Ath. Mitt.*, XXXII (1907), págs. 415 y sigs.; P. Jacobsthal, ibíd., XXXIII (1908), págs. 384 y sigs.; H. Hepding, ibíd., XXXV (1910), págs. 422 y sigs., especialmente 424. En la lista *Ath. Mitt.*, XXXII (1907), págs. 438, núm. 303, los romanos forman un grupo especial. Cf. C. A. Forbes, *Neoi*, 1933, para los *neoi* (con las fechas de cada lista establecidas por Hepding); T. Frank, *Econ. Survey*, I, pág. 277, y Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 535 y sigs. y 543 y sigs.

(94) Sobre Rutilio Rufo: F. Münzer, *P. W. K.*, I A, 1273 y sigs.; estancia en Asia como legado de Quinto Mucio Escévola 94 a. de J. C.; juicio, 92 a. de J. C. Sobre su actividad literaria y su carácter personal: G. L. Hendrickson, *The Memoirs of Rutilius Rufus*, en *Class. Phil.*, XXVIII (1933), págs. 153 y sigs. Sobre Escévola y su gobierno: F. Münzer, *P. W. K.*, XVI, 437 y sigs. Sobre la fecha de la gobernación de Escévola: J. P. V. D. Balsdon, *Cl. Rev.*, LI (1937), págs. 8 y sigs. Fue durante su gobernación cuando ocurrieron ταραχή, ἔχθρα y διαφορά, entre Éfeso y Sardes que parece que condujo a una guerra formal, acompañada por σύλησις y ἀδικίαι. Escévola llevó a cabo una σύλλυσις: *I. G. R.*, IV, 297; *O. G. I.*, 437. Por fútiles y sin relación con la ac-

tividad de los publicanos que hayan sido las razones de esta ταραχή local, el hecho de la ταραχή demuestra lo excitadas que estaban las ciudades de Asia Menor en la víspera de la guerra mitridática.

(95) Sobre los *negotiatores:* J. Hatzfeld, *Les Trafiquants,* etc., págs. 44 y sigs.

(96) Las inscripciones honorarias halladas en las ruinas de la estoa de Orofernes se encontrarán en *I. v. Priene,* 107-30; cf. 131-139. Sobre la estoa: M. Schede, *Die Ruinen von Priene,* 1934, págs. 49 y sigs., especialmente 55.

(97) Sobre la Μουκίεια, Pfister, *P. W. K.*, III A, 1229, 5 (voz «Soteria»); y F. Münzer, ibíd., VIII, 1146. Sobre el culto de P. Servilio Isáurico, hijo del famoso vencedor de los piratas, P. Servilio Vatia Isáurico (triunfó el año 74 a. de J. C.): F. Münzer, *Römische Adelspartein,* 1921, pág. 356 y sig. (catorce inscripciones referentes a él y sus parientes), cf. íd., *P. W. K.*, II A, 1800.

(98) He tratado de alguna de las familias mencionadas en el texto en dos artículos (ambos publicados en ruso): *La reina Dínamis del Bósforo,* en *J. H. S.*, XXXIX (1919), págs. 88 y sigs., y *César y el sur de Rusia,* en *J. R. S.*, VII (1917), págs. 27 y sigs. Las fuentes sobre la familia de QUEREMÓN se reúnen en las notas a *S. G. I.*[3], 741. Sobre Pitodoris y su relación con Antonio: Th. Mommsen, *Eph. Ep.*, I, págs. 270 y sig.; contra su punto de vista: H. Dessau, *Eph. Ep.*, IX (1913), pág. 691; pero véase W. W. Tarn, *C. A. H.*, X, pág. 112, nota 5. MITRÍDATE DE PÉRGAMO: Su biografía ha sido escrita por distintos eruditos casi siempre en relación con su vinculación a César y a la familia real gálata: G. Hirschfeld, *Hermes,* XIV (1879), págs. 474 y sig.; Th. Reinach, *Mithr. Eup.*, págs. 292 y sig.; F. Stähelin, *Gesch. d. kleinas. Galater,* 2.ª ed., 1907, págs. 92 y sigs., y 118; Geyer, *P. W. K.*, XV, 2205 y sig., núm. 15. Los textos epigráficos que tratan de él hallados en Pérgamo: *I. v. Perg.*, 213 y 247; *I. G. R.*, IV, 1682; H. Hepding, *Ath. Mitt.*, XXXIV (1909), págs. 329 y sigs., e ibíd., XXXV (1910), pág. 471, nota 55; P. Jacobsthal, ibíd., XXXIII (1908), pág. 407, nota 36; véase mi artículo ya citado, *J. R. S.*, VII (1917), págs. 30 y sig., y L. Robert, *Ét. Anat.*, pág. 53, nota 3. Véase la carta de Julio César (parte del informe sobre la *chora* de los pergamenos, pág. 890, nota 86) en la que se cita a Mitrídates como embajador pergameno ante él. La carta, publicada por primera vez por A. Passerini, *Athen.*, XV (1937), págs. 252 y sigs., ha sido estudiada a la luz de otros testimonios por M. Segre, ibíd., XVI (1938), págs. 119 y sigs.; cf. L. Robert, *Anat. Stud. presented to W. H. Buckler,* 1939, págs. 227 y sigs. Respecto a Pérgamo, Mitrídates era el auténtico sucesor del gran Pásparo. La identidad de Mitrídates de Pérgamo con el Mitrídates citado por Cicerón *(Pro Flacco,* 17 y 41: en el último pasaje se le llama *columen accusationes)* fue señalada por A. Du Mesnil en 1883, en su edición del discurso (pág. 82), aunque rechazada por Orelli *(Onom. Tull.)*. Por la misma época llegó a la misma conclusión B. Niese, *Straboniana,* IV, *Rh. Mus.*, XXXVIII (1883), pág. 593, nota 2. Sin embargo, la identificación nunca fue citada ni estudiada por los biógrafos modernos de Mitrídates. Yo la considero muy probable. Coincide muy bien con el retrato de Mitrídates que nos dan las inscripciones y su descripción en el *Bell. Alex.*, 26, que en última instancia se remonta a César: ... «Mithri-

dates Pergamenus magnae nobilitatis domi scientiaeque in bello et virtutis, fidei dignitatis que in amicitia Caesaris»... Un descendiente suyo (βασιλεὺς Μιθριδάτης) pudo haber editado la colección de cartas de Bruto (*Epistol. gr.*, Hercher, págs. 177-191), véase R. Herzog, *H. Z.*, 125 (1922), pág. 211, nota 1. Hierón, Zenón y Polemón: Estrabón, XII, 8, 16, pág. 578, y XIV, 2, 24, pág. 660; cf. Filóstrato, *Vit. Soph.*, I, 25 (530), H. Dessau, *Röm. Kaiserzeit*, II, pág. 618 y pág. 621, nota 1, tiene muy poco que decir de Zenón y Polemón, excepto colocar la casa de Zenón una vez en Laodicea y unas cuantas páginas más adelante en Nisa; véase mi artículo en *J. H. S.*, ya citado. Eutidemo e Hibreas: Estrabón, XIV, 2, 24-25, págs. 659-660. Calixto y Teopompo de Cnido. Sobre Calixto: *S. I. G.*³, 761 A y B, con las notas; G. Daux, *Delphes*, etc. págs. 407 y sig. Sobre Teopompo: F. Münzer, *P. W. K.*, V. 2174, y E. Bux, ibíd., cf. G. Daux, loc. cit. Las abundantes fuentes epigráficas de Cnido se recogen en las notas de Pomtow, *S. I. G.*³, 761 C; cf. mi artículo en *J. R. S.*, ya citado, págs. 35 y sigs. Teófanes y Potamón de Mitilene (Lesbos): sobre Teófanes: *S. I. G.*³, 753 y 755, y notas; R. Laqueur, *P. W. K.*, V A, 2090 y sigs., quien señala su íntima amistad con Pompeyo, y F. Hiller von Gaertringen, *Gött. Nachr.*, Fachgr., I, vol. I, 6 (1936), págs. 107 y sigs. Sobre Potamón y su familia y descendientes: *S. I. G.*³, 754 y 764; cf. *I. G.*, XII. 2, 35, *I. G. R.*, IV, 33; L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 471 y sigs., y mi artículo en *J. R. S.*, VII (1917), págs. 32 y sigs.; cf. F. Hiller von Gaertringen, loc. cit., pág. 121 [= *I. G.*, XII, supl. 7]. Nicias de Cos: R. Herzog, *H. Z.*, CXXV (1922), págs. 189 y sigs.; A. Neppi Modona, *L'isola di Coo*, 1933, págs. 50 y sigs.

(99) Véase M. Schede, *Die Ruinen von Priene*, 1934, págs. 8 y sig.

(100) Vitruvio, III, 2, 3. Sobre el artemisión: J. Kothe, en *Magnesia a. M., Bericht über die Ergebn. der Ausgr.*, 1904, págs. 39 y sigs.; A. von Gerkan, *Der Altar des Artemistempels in Magnesia*, 1929; M. von Massow, *Führer durch das Pergamon Museum*, 2.ª ed., 1936, págs. 28 y sigs. Sobre otros templos de Hermógenes y su escuela, especialmente sobre el templo de Hécate en Lagina: A. Schober, *Der Fries des Hekateions von Lagina, Istanbuler Forschungen*, II (1933), págs. 16 y sigs. y 26; cf. L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 552 y sigs. Sobre la inscripción: L. Robert, loc. cit., págs. 461 y sigs. Robert (*Ét. Anat.*, pág. 427, nota 2) se inclina a atribuir al templo, con J. Chamonard, *B. C. H.*, XIX (1895), págs. 260 y sigs., una fecha más tardía, posterior a la guerra mitridática. Mi impresión es que Schober tiene razón. Al mismo grupo pertenecen, según Schede y Krencker, el templo helenístico de Ancira. Después reconstruido como templo de Roma y Augusto, pero originariamente construido por los atálidas (como el templo de Pesinunte, Estrabón, XII, 5, 3, pág. 567). Aunque este punto no puede demostrarse, el juicio de Estrabón y el templo de Ancira muestran que Galacia participaba de la prosperidad de Asia Menor tanto a fines de la época pergamena como en la romana. Véase D. Krencker y M. Schede, *Der Tempel in Ankara*, 1936, pág. 50.

(101) B. Haussoullier, *Milet et le Didymeion*, 1902 págs. 220 y sig., y sobre los ricos ciudadanos de Mileto, pág. 235; F. Hiller von Gaertringen, artículo *Miletos*, en *P. W. K.*, XV, 1611 y sigs.

(102) Sobre la acuñación de cistóforos en Asia Menor después del 133 a. de J. C., véanse los libros y artículos que tratan de los cistóforos,

antes citados, cap. V, núm. 70, especialmente T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 555 y sigs. La acuñación de estas monedas demuestra la explotación continuada de las ricas minas de plata de Asía Menor y la necesidad de una moneda que fuese igualmente familiar a Asia Menor y a Grecia por un lado, y a Italia por otro; véase el tesoro de Hierapitna en Creta, E. J. P. Raven, *Num. Chr.*, LXXI (1938), págs. 133 y sigs. Si aceptamos la teoría de Broughton según la cual hay que explicar el cese de la acuñación de cistóforos en algunas ciudades importantes de Asia Menor entre el 67 y el 58 a. de J. C. por una escasez de plata en Roma por esta época, podemos suponer que Roma se consideraba dueña de las minas anatólicas con libertad para emplear su producto a su antojo.

(103) Sobre la guerra de Prusias contra Átalo II, véanse notas 38 y 71.

(104) Sobre los últimos tres reyes bitinios y las fuentes literarias que a ello se refieren: Th. Reinach, *Un nouveau roi de Bithynie*, en *Rev. Num.*, 1897, págs. 247 y sigs. (y *L'histoire par les Monnaies*, 1902, págs. 167 y sigs.). Th. Reinach fue el primero en colocar a Nicomedes III Evérgetes entre Nicomedes II Epífanes y Nicomedes IV Filopátor, y en reagrupar las fuentes literarias sobre los últimos reyes que llevan el nombre de Nicomedes. Su punto de partida fue la inscripción délfica *O. G. I.*, 345, reeditada recientemente de una forma más completa por G. Colin en *F. D.*, III, 4, núm. 77. La fecha de la ascensión de Nicomedes III nos la da *I. v. Priene*, 55, y una dedicación en Delos, *O. G. I.*, 346; Durrbach, *Choix*, 101, *Inscr. de Délos*, 1579; cf. A. Plassart, *B. C. H.*, XXXVI (1912), págs. 407 y sigs. Th. Reinach también da un bello resumen de los principales hechos del reinado de Nicomedes III. Sobre los reyes bitinios llamados Nicomedes: F. Geyer, *P. W. K.*, XVII, 493 y sigs.

(105) NICOMEDES II EPÍFANES: Inscripción de Delos (dedicación de Nicomedes II en honor de Masinisa): Durrbach, *Choix*, 93; *Inscr. de Délos*, 1577 y 1577 bis, cf. 1578. Decreto del κοινόν: jonio: *I. v. Priene*, 55. Templo dedicado a su madre Apame: *I. G.*, II^2, 3172; cf. A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XI (1908), págs. 75, 79 y sigs. NICOMEDES III: Inscripciones delias: *O. G. I.*, 346; Durrbach, *Choix*, 101; *Inscr. de Délos*, 1579 (127-126 a. de J. C.); *O. G. I.*, 342; Durrbach, *Choix*, 102; *Inscr. de Délos*, 2038 (110-109 a. de J. C.), cf. *O. G. I.*, 344; Durrbach, *Choix*, 103; *Inscr. de Délos*, 1705 (mercaderes que tratan con Bitinia). Inscripción délfica: véase pág. 866. Argos: *I. G.*, IV, 558, y A. Wilhelm, loc. cit. (115-114 a. de J. C.); Epidauro: *I. G.*, IV^2, 591; cf. A. Wilhelm, loc. cit. NICOMEDES IV (antes de su ascensión) *O. G. I.*, 343; Durrbach, *Choix*, 104; *Inscr. de Délos*, 1580 (105-104-103-102 a. de J. C.). Las referencias en el calendario de sacrificios de Cos, Paton-Hicks, 35, al rey Nicomedes (τᾶι αὐτᾶι] ἁμέραι καὶ βασιλεῖ Νικομή[δει) las atribuye R. Herzog, basándose en la lectura de la copia moderna del texto (la piedra se ha perdido), a la época de Nicomedes I (R. Herzog, *Ath. Mitt.*, XXX (1905), pág. 180; cf. A. Neppi Modona, *L'isola di Coo*, 1933, pág. 183).

(106) Granio Liciano, XXXV, págs. 28 y 29; cf. Th. Reinach, loc. cit. Nótese la caracterización de Nicomedes: «nam postquam Nicomedes Euergetes, ⟨qui⟩ est ita dictus quod beatos egentes faciebat multosque beneficiis alliciebat».

(107) El prefacio a la *Periegesis* del seudo Escimno da datos interesantes sobre la actitud de la población de Asia Menor en los primeros años de la existencia de la provincia romana. El autor rinde homenaje a la gran ciudad de Roma (versos 231 y sigs.). Roma es para él ἄστρον τι κοινὸν τῆς ὅλης οἰκουμένης. Pero su auténtica simpatía va a los gloriosos reyes de Pérgamo, los grandes héroes de la población griega de Asia Menor (versos 16 y sigs.: τοῖς ἐν Περγάμῳ | βασιλεῦσιν, ὧν ἡ δόξα καὶ τεθνηκότων | παρὰ πᾶσιν ἡμῖν ζῶσα διὰ παντὸς μένει). La dinastía bitinia es la auténtica sucesora de los atálidas (versos 50 y siguiente: ἐγὼ δ' ἀκούων διότι τῶν νῦν βασιλέων | μόνος βασιλικὴν χρηστότητα προσφέρεις) protegida por el gran dios de Asia Menor, Apolo de Dídima. En su resumen, el seudo Escimno pone gran énfasis en la parte de su *Periegesis* que trata de las tribus bárbaras y subraya que su obra no es sólo interesante, sino también útil. No deja de destacar que da una lista τῶν ἐμπορίων ὅσα τ' ἐστιν εὐτυχέστατα (verso 86). El interés de Nicomedes III por la poesía didáctica, en manuales científicos, tiene su paralelo en el interés que Átalo III prestaba a los tratados de agricultura. Sobre la identidad del rey y la fecha de publicación del tratado: L. Pareti, *Quando fu composta la «Periegesi» del pseudo Scimno*, en *Saggi di St. ant.*, etc., *dedic. a G. Beloch*, 1910, págs. 133 y sigs.; cf. A. Plassart, *B. C. H.*, XXXVI (1912), pág. 409, nota 2, y G. Daux, *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 77 y sigs. Sobre el carácter de la obra y sus fuentes: mi *Skythien und der Bosporus*, 1933, págs. 28 y sigs.; cf. Gisinger, *P. W. K.*, V A, 685 y sigs. Añádase a mi bibliografía, pág. 28, nota 1. U. Höfer, *Die «Periegese» des sog. Skymnos*, en *Rh. Mus.*, LXXXII (1933), págs. 78 y sigs.

(108) Ayuda a Roma: Memnón, 29. Sobre los heracleotas en Atenas, véase cap. IV, pág. 551, nota 354.

(109) Sobre Cícico, véase cap. IV, págs. 547 y sigs., notas 345 y sigs. Historia de Cícico a finales de la época helenística: F. Hasluck, *Cyzicus*, 1910, págs. 175 y sigs.

(110) Sobre Sinope y su comercio, véase cap. IV, págs. 553 y sigs., nota 356. B. N. Grakov en su *corpus* de estampillas con los nombres de los astinomos (B. N. Grakov, *Estampillas en la cerámica griega antigua con nombres de astinomos*, Moscú, 1929, en ruso), que trata de su cronología. Es muy probable que en la época romana ya no se estampillasen las ánforas, y es evidente, por las listas del autor, que no hubo una decadencia notable en el comercio de Sinope en el siglo II a. de J. C. Sobre los sinopenses en Atenas, véase cap. IV, loc. cit. Cf. Chr. M. Danov, *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 225 y sigs. (en búlgaro, con resumen en francés).

(111) Honores delios a Laódice, hermana de Farnaces I y hermana-esposa de Mitrídates IV Filopátor Filadelfo, Durrbach, *Choix*, 74; *Inscr. de Délos*, 1555-1556; a Mitrídates V Evérgetes, *Inscr. de Délos*, 1557 y 1558; Durrbach, *Choix*, 99 (129 a. de J. C.), cf. Durrbach, *Choix*, 100; *Inscr. de Délos*, 1559. Véase también el catálogo agonístico de Quíos en el cual aparece Mitrídates Evérgetes entre los vencedores de las carreras de caballos: M. Segre, *Il Mondo class.*, II (1932), págs. 132 y sigs. Segre sugiere Eupátor, pero véase L. Robert, *B. C. H.* LIX (1935), págs. 453 y sigs. Honores delios a Mitrídates Eupátor, *O. G. I.*, 369; Durrbach,

Choix, 113; *Inscr. de Délos,* 1560: estatuas de Eupátor y de su hermano Cresto dedicadas en 115 a. de J. C. por un antiguo gimnasiarca; Durrbach, *Choix,* 114; *Inscr. de Délos,* 1561: dedicación a Zeus Urio, gran protector del comercio marítimo y especialmente el comercio póntico, por la salvación de Eupátor y Cresto (la misma fecha). Relaciones entre Ponto y Atenas antes de la subida al trono de Mitrídates: W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 473 y sigs. Durrbach, *Choix,* págs. 216. Monedas de Mitrídates, Head, *H. N.*², pág. 501; Th. Reinach, *Mithridate Eupator,* págs. 476 y sigs. (traducción alemana); Babelon-Reinach, *Rec. Gén.*, I, 1², 1925; Ch. Seltman, *Greek Coins,* págs. 273 y sigs.; cf. L. Laffranchi, *Nuovi testi numismatici sulle vittorie Romane nel Ponto,* en *Hist.*, IX (1935), págs. 39 y sigs., y F. Imhoof-Blumer, *Num. Z.*, XLV (1913), págs. 169 y sigs. (para la acuñación municipal de bronce de la época de Mitrídates VI).

(112) El heroón de Mitrídates: F. Chapouthier, *Le Sanctuaire des Dieux de Samothrace*, en *Expl. Arch. Délos,* XVI, 1935. Las inscripciones revisadas por el mismo autor: ibíd., págs. 32 y sigs. Cf. Durrbach, *Choix,* 133-136 e *Inscr. de Délos,* 1562-1574. Para la construcción y su decoración escultórica: E. Dyggve, F. Poulsen, K. Rhomaios, *Das Heroon von Kalydon,* 1934, págs. 95 y sigs. Sobre Helianax, hijo de Asclepiodoro, véase nota a *Inscr. de Délos,* 1522. Sobre posibles relaciones de esta familia con Rodas, ibíd., nota a 1556.

(113) Nótese que fue un amisio el que erigió en Delos una estatua de un poseedor de un título cortesano de Mitrídates Evérgetes: Durrbach, *Choix,* 100; *Inscr. de Délos,* 1559. En su nota a esta inscripción, Durrbach cita el epigrama funerario de los dos hermanos Farnaces y Mirón, probablemente amisios, quienes, llevados por una tempestad a Sérifos, fueron apresados y asesinados por los campesinos, que los tomaron por piratas: Kaibel, 214. Proto, que les construyó un cenotafio en Renea también era amisio, probablemente residente en Delos, donde sus cuatro hijos le levantaron una estatua, *Inscr. de Délos,* 1984, cf. 2598, lín. 23. A. Wilhelm, *Jahreshefte,* IV (1901), supl., pág. 17 y *B. C. H.* XXIX (1905), págs. 410 y sigs., tiene razón al suponer la existencia de un numeroso grupo de mercaderes amisios en Delos. Véase cap. IV, nota 355, sobre los amisios en Atenas. Es interesante ver que en Delos no aparece documentado ningún sinopense ni entre los amigos de Heliánax, mientras que abundaban tanto en Atenas. ¿Se debió a que Sinope fue principalmente un centro de comercio de tránsito y Amiso el puerto principal para los productos del país, incluidos los esclavos?

(114) Durrbach, *Choix,* 137 y nota; *Inscr. de Délos,* 2039, 2040.

(115) Sobre la política de Mitrídates VI, véase, además de la obra clásica de Th. Reinach, *Mithridate Eupator,* 1890 (y la traducción alemana), mi capítulo *Pontus,* en *C. A. H.*, IX, págs. 225 y sigs. (con bibliografía); J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, págs. 402 y sigs. Recientemente ha proyectado nueva luz sobre la expansión del protectorado de Mitrídates sobre las ciudades de la «izquierda» del Ponto una inscripción fragmentaria de Apolonia Póntica, decreto de la ciudad en honor de un comandante de un destacamento militar enviado por Mitrídates en ayuda (?) de la ciudad, véase Chr. M. Danov, *Jahreshefte,* XXX (1936), supl., págs. 87 y sigs.; íd., *Bol. Soc. Hist. Sofia,* XIV (1937), págs. 65

y sigs., e íd., *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 237 y sigs. Véase la inscripción de Olbia, en el cap. VII, nota 13.

(116) Sobre la historia de Galacia en el siglo II a. de J. C.: F. Stähelin, *Gesch. der Kleinasiatischen Galater*, 2.ª ed., 1907, págs. 49 (Heraclea y Lámpsaco) y 50 y sigs.; cf. Büchner y Brandis, *P. W. K.*, VII, 519 y sigs. y 534 y sigs. Sobre el decreto de Lámpsaco (*S. I. G.*³, 591), véase M. Holleaux, *Rev. E. A.*, XVIII (1916), págs. 1 y sigs.; *Rome et la Grèce*, etc., págs. 53 y sigs., y *C. A. H.*, VIII, pág. 179; E. Bikerman, *Phil.*, LXXXVII (1932), págs. 277 y sigs.; L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), pág. 498, nota 1. Esclavos gálatas en el mercado griego: Stähelin, loc. cit., pág. 47, nota 3; Westermann, *P. W. K.*, supl. VI, 934 (basado en A. Calderini, *La Manomissione*, etc., 1908). Helenización y frigianización de Galacia: J. G. C. Anderson, *J. H. S.*, XIX (1899), págs. 312 y sigs. Túmulo funerario de la familia de Deyotaro: Remzi Uguz, *Kalarar Hafrivati, Türk Tarih, Arkeologya ve etnografya Dergisi*, II (1934), pags. 102 y sigs., y resumen francés, pág. 308; cf. Remzi Uguz Arik y J. Coupry, *Les tumuli de Karalar et la sépulture du roi Deiotaros II*, en *Rev. Arch.*, 6.ª serie, VI (1935), pags. 133 y sigs.

(117) Véanse págs. 536 y sigs.; cf. A. H. M. Jones, *Cities*, etc., págs. 175 y sigs., y Fr. Cumont, *C. A. H.*, XI, págs. 606 y sigs.

(118) Ariarates V y Atenas: W. S. Ferguson, *H. A.*, pág. 300 y sig. Decreto de los artistas dionisiacos: *O. G. I.*, 352; *I. G.*, II², 1330; *B. C. H.*, L (1926), págs. 497 y sig.; A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XXIV (1929), págs. 184 y sigs., L. Robert, *Ét. Anat.*, pág. 449. Estatua de Carnéades: *I. G.*, II², 3781. Ariarates VII y Delos: Durrbach, *Choix*, 136 *g*; *Inscr. de Délos*, 1576, cf. 1575.

(119) K. Regling, *Dynastenmünzen von Tyana, Morima und Anisa in Kappadokien*, en *Z. N.*, XLII (1932), págs. 1 y sigs.

(120) Sobre la urbanización de Capadocia: A. H. M. Jones, loc. cit. Ariaratia era una ciudad griega del siglo II a. de J. C.: *I. G.*, II², 980; cf. Jones, loc. cit., pág. 430, nota 1, y 431, nota 12. Pero, como muchas capitales helenísticas, decayó por completo después del traslado de la capital a otro lugar. La equivalencia Nyssa-Nisa sugerida por Jones es muy dudosa. Sobre Tiana: Jones, loc. cit., pág. 430, nota 9. Las fundaciones de Arquelao, o no fueron conocidas por Estrabón por no mencionarlas su fuente, o no le parecieron dignas de mención. Inscripción de Anisa, Michel, 546 (según Curtius, *Ges. Abh.*, II, 1894, págs. 271 y sigs., 429 y sigs.). Ha sido estudiada recientemente por F. Cumont, *Rev. É. A.*, XXXIV (1932), págs. 135 y sigs. (cf. *C. A. H.*, XI, pág. 608), y K. Regling, loc. cit., pág. 11, cf. W. Ruppel, Πολίτευμα, *Phil.*, LXXXII (1927), pág. 443 y sig.; A. H. M. Jones, loc. cit.; W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, pág. 19; y L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), pág. 211. Ruppel atribuye la inscripción y considera el πολίτευμα como una «griechische Landmannschaft», quizá una colonia militar (J. Oehler, *Monastsschr. f. Gesch. d. Judent.*, XVII (1909), pág. 529, sugiere colonos judíos). No veo razón para fechar la inscripción en época romana, esto es, después de Pompeyo. Aun siendo así, es improbable que Pompeyo concediese en Asia una constitución casi urbana.

(121) Sobre la historia de SIRIA después de Epífanes, véase el resumen de E. R. Bevan en *C. A. H.*, VIII, págs. 518 y sigs., y IX, págs. 397

y sigs. (bibliografía, VIII, págs. 778 y sigs.); cf. Honigmann, artículo *Syria*, en *P. W. K.*, IV A, 1618 y sigs. PARTIA: W. W. Tarn, *C. A. H.*, IX, págs. 574 y sigs.; R. H. McDowell, *Coins from Seleucia-on-the-Tigris*, 1935, especialmente págs. 201 y sigs. N. C. Debevoise, *A political history of Parthia*, 1938. ARMENIA: bibliografía: *C. A. H.*, XI, pág. 880; cf. E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.*, LXXXII (1938), págs. 25 y sigs. JUDEA: no puedo citar aquí la enorme bibliografía sobre los Macabeos. Se encontrarán excelentes resúmenes de los hechos en E. Bikerman, *Die Makkabäer*, 1935, *Der Gott der Makkabäer*, 1937, e *Inst. Sél.*, pág. 168. Sobre los progresos de los NABATEOS antes y después de 130 a. de J. C., y sobre los Estados árabes en Siria: U. Kahrstedt, *Syrische Territorien in hellenistischer Zeit*, en *Gött. Abh.*, N. F. XIX, 2 (1926), págs. 86 y sigs.; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 168. Emesa: Estrabón, XVI, 2, 10, pág. 753, cf. Benzinger, *P. W. K.*, V, 246 y sig., y A. H. M. Jones, *Cities*, etc.; págs. 258, 261 y sig. Sobre Edesa: mi capítulo *Parthia*, en *C. A. H.*, XI, pág. 115, y bibliografía, pág. 881; cf. A. H. M. Jones, loc. cit., pág. 221. CALCIS y los itureos: Benzinger, *P. W. K.*, III, 2091 y sigs., A. H. M. Jones, *The Urbanization of the Ituraean Principality*, *J. R. S.*, XXI (1931), pág. 265, y *Cities*, etc., pág. 255. COMAGENE: Honigmann, *P. W. K.*, supl. IV, 987 y sigs.; A. H. M. Jones, *Cities*, etc., págs. 243 y sigs., y F. Cumont, *C. A. H.*, XI, pág. 608; cf. E. T. Newell, loc. cit., págs. 30 y sigs., y G. Jacopi, *Dalla Paflagonia alla Commagene*, en *Bol. del R. Instit. di Arch. e Stor. dell'Arte*, VII, 1937.

(122) Sátrapas semindependientes: Diodoro, XXXIII, 28. Dinastas locales: LISIAS: Estrabón, XVI, 2, 10, págs. 753 (46-44 a. de J. C.), y Fl. Jos., *A. J.*, XIV, 40 (63 a. de J. C.). Honigmann, *P. W. K.*, XIII, 2530, núm. 5. BEROEA: Posid., fr. 24, *F. Gr. Hist.*, 87; Pomp. Trog., *Prol.*, 39; Fl. Jos., *A. J.*, XIII, 365; Estrabón, XVI, 2, 7, pág. 751; W. Otto, *P. W. K.*, VIII, 511, nota 3; Honigmann, *P. W. K.*, XII, 192 y sigs. Otto cree que fue Dionisio, hijo de Heracleón, quien fundó la tiranía. ESTRATÓN: Fl. Jos., *A. J.*, XIII, 384. Sobre las tiranías en las ciudades fenicias y en Transjordania: G. Hölscher, *Palästina in der persischen und hellenistischen Zeit*, 1903, págs. 83 y sigs. y U. Kahrstedt, *Syrische Territorien*, etc., págs. 91 y sigs.; cf. A. H. M. Jones, *Cities*, etc., pág. 257, y nota 40. No siempre es posible distinguir entre tiranos de ciudades griegas y pequeños dinastas árabes. Sobre las tiranías de las ciudades en el imperio seléucida en general, véase cap. IV, nota 230, y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 106 y sigs.

(123) Sobre la concesión a las ciudades de la condición de ἱερά, ἄσυλος y αὐτόνομος, véase, U. Kahrstedt, *Syrische Territorien*, etc., págs. 73 y sigs., y especialmente las inteligentes observaciones de E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 149 y sigs. (págs. 153, lista de las ciudades ἱεραὶ καὶ ἄσυλοι) y 232 y sigs. (sobre el derecho de acuñación de moneda). Cf. A. H. M. Jones, *Cities*, etc., págs. 227 y sigs., y el interesante artículo de H. Seyrig, *Syria*, XX (1939), págs. 35 y sigs. (cf. E. Bikerman, *Rev. Phil.*, XIII (1939), pág. 339). E. Schlesinger, *Die griechische Asylie*, y A. Heuss, *Stadt und Herrscher*, no menciona la *asylia* de las monedas sirias.

(124) Seleucia de Pieria. Tolomeo: *S. I. G.*³, 475 (hacia 229 antes de J. C.). Seleuco IV: *S. E. G.*, VII, 62; C. B. Welles, *R. C.*, 45; M. Hol-

leaux, *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 6 y sigs. [=*Études*, III, págs. 199 y sigs.]. Demetrio y Trifón: U. Wilcken, *Hermes*, XXIX (1894), págs. 436 y sigs. V. Chapot, *Mém. de la Soc. d. Ant.*, LXVI (1907), págs. 172 y sigs.; C. B. Welles, *R. C.*, 71 y 72. Gripo: *O. G. I.*, 257; C. B. Welles, *R. C.*, loc. cit., cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 140, 192. Monedas: E. T. Newell, en C. B. Welles, *R. C.*, pág. 292, nota 3; cf. Head, *H. N.*², pág. 783; *B. M. C.*, Galacia, etc., Introd., pág. LXXI. Tetrápolis: *B. M. C.*, Galacia, etc., Introd., pág. LVIII, y lám. XVIII, 5-8; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 234. Cobre autónomo de la mayoría de las ciudades sirias: Head, *H. N.*², págs. 778 y sigs.; U. Kahrstedt, loc. cit., A. H. M. Jones, loc. cit., págs. 246 y sigs., 255, y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 234 y sig.

(125) *Asylia* de Árados: Estrabón, XVI, 2, 14, pág. 754. Sobre la moneda de Árados y Máratos: Head, *H. N.*², págs. 788 y sigs., 792 y sigs.; cf. G. F. Hill, *B. M. C.*, Fenicia, Introd., págs. XXXII y sigs. Sobre Máratos: Honigmann, *P. W. K.*, XIV, 1435 y sigs. Cf. U. Kahrstedt, loc. cit.; A. H. M. Jones, *Cities*, etc., págs. 239 y sigs., y 251 y 257, y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 140. Sobre las monedas de Árados y fenicias en general: J. G. Milne, *The coinage of Aradus in the Hellenistic period*, en *Iraq*, V (1938), págs. 22 y sigs.; cf. W. Otto, *Beitr. z. Seleukideng.*, 1928, págs. 15 y sigs.

(126) Autonomía de Tiro: *S. E. G.*, II, 330; A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, LIX (1922), págs. 11 y sigs. (carta de Tiro ἱερᾶς καὶ ἀσύλου a Delfos, probablemente sobre el reconocimiento de su libertad). Véase el decreto de Teos, *S. E. G.*, IV, 601. Sobre la *asylia* de Tiro: Wilhelm, loc. cit.; ninguno de estos documentos ni la autonomía de Tiro se mencionan en el libro de W. B. Fleming, *The History of Tyre*, 1915, págs. 65 y sigs. Dinero pagado por Tiro por su autonomía: Estrabón, XVI, 2, 23, página 757: οὐχ ὑπὸ τῶν βασιλέων δ' ἐκρίθησαν αὐτόνομοι μόνον μικρὰ ἀναλώσαντες ἀλλὰ καὶ ὑπὸ τῶν Ῥωμαίων βεβαιωσάντων τὴν ἐκείνων γνώμην. El procedimiento fue probablemente el mismo en el caso de Seleucia. El rey informó a Roma sobre su donativo. Roma los garantizó y probablemente conservó la autonomía de la ciudad después de la anexión de Siria. Acuñaciones de Tiro: Head, *H. N.*², págs. 799 y sigs.; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 235, y especialmente E. T. Newell, en C. Kraeling, *Gerasa*, 1938, pág. 375; *Num. Notes and Mon.*, LXXXII (1938), págs. 39 y sigs., y *Dura repport*, VII-VIII, 1939, págs. 443 y sigs.; cf. J. G. Milne, *Iraq*, V (1938), págs. 22 y sigs. Según E. T. Newell, la alta reputación de las monedas sirias se confirmó en el siglo II a. de J. C. Bajo Alejandro Balas y sus sucesores la ciudad emitió enorme cantidad de nuevas monedas, la mayoría de patrón tolemaico, con la cabeza del rey reinante por un lado y el águila tolemaica por otro. Desde 124 a. de J. C. al 59 d. de J. C., período de autonomía, Tiro acuñó su propia moneda abundante con el mismo patrón y tipos parecidos: águila en el reverso y Heracles en el anverso. Estas monedas gozaban de gran reputación y se encontraron en toda Palestina, Siria, Fenicia y el Oriente Lejano (tesoro de Teherán, Noe², núm. 1081). La mayoría eran siclos (tetradracmas) y medios siclos (didracmas), con algunas dracmas (cuartos de siclo). Cuando los romanos pusieron fin a esta acuñación, empezaron a acuñar monedas parecidas en Antioquía. Esta acuñación romana en toda Siria y Mesopotamia se consideró como una continuación de la

tiria y gozó del prestigio de ésta. Lo mismo puede decirse del llamado ἀργύριον Τυρίου κόμματος o ἀργύριον Τύριον, nombre que se le da en muchos documentos de los siglos I y II d. de J. C. Este nombre no puede significar «plata de ley tiria», porque su ley no era exactamente la misma. La historia de la moneda tiria, anteriormente resumida, que tiene su paralelo en las acuñaciones de otras ciudades fenicias y de Seleucia de Pieria, es muy característica de la vida económica de la época, y demuestra la fortaleza de estas ciudades a fines del siglo II y principios del I a. de J. C. y la parte que desempeñaron en el comercio de la época, siendo prácticamente rivales, no súbditas, de los reyes. Es muy instructivo comparar la moneda de Tiro con la de Tolemaida-Ace, recientemente ilustrada por E. T. Newell en su magistral monografía *Late Seleucid mints in Ake-Ptolemais and Damascus*, en *Num. Notes and Mon.*, LXXXIV (1939). Recuérdese que Tolemaida-Ace nunca llegó a ser autónoma y fue utilizada por los seléucidas como ceca hasta cerca de 106 a. de J. C.

(127) Guerra entre Árados y Máratos: Diodoro, XXXIII, 5; Estrabón, XVI, 2, 12, pág. 753; cf. Honigmann, *P. W. K.*, XIV, 1432 y sig.

(128) Posidonio, fr. 2, *F. Gr. Hist.*, 87; cf. II *c*, pág. 164 (142 antes de J. C.). Cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 72 y 79.

(129) Estrabón, XVI, 2, 18 y 20, pág. 755; cf. 2, 8: Γίνδαρος ἀκρόπολις τῆς Κυρρηστικῆς καὶ λῃστήριον εὐφυές. Sobre las piraterías que seguían después de Pompeyo: J. Dobiaš, *Les premiers rapports des Romains avec les Parthes*, etc., en *Arch. Orient.*, III (1931), págs. 247 y siguientes.

(130) Sobre los griegos en Siria: W. Otto, *Phil. Woch.*, 1926, páginas 39 y sigs., especialmente 42; cf. W. Graf Uxkull-Gyllenband, *B. G. U.*, V, 2 (1934), pág. 27, y E. Bikerman, *Die Makkabäer*, 1935, y *Der Gott der Makkabäer*, 1937.

(131) Comagene: véase nota 121. Sobre la mentalidad de los reyes, véase mi artículo Πρόγονοι en *J. H. S.*, LV (1935), pág. 63; cf. mi artículo *Dura and the problem of Parthian art*, en *Yale Class. Stud.*, V (1935), págs. 241 y sigs.; H. Schaeder, *Vortr. d. Bibl. Warburg.*, IV, 1924-25, págs. 137 y sigs., H. Junker, *Wörter und Sächen*, XII (1929), págs. 155 y sigs., y A. D. Nock, Σύνναος θεός, *Harv. Stud.*, XLI (1930), pág. 27. Sobre la estructura social y económica de Comagene, véase mi *Historia social y económica del imperio romano*, cap. VII, nota 7 (edición italiana). Para las inscripciones de Antioco, además de los comentarios de Jalabert y Mouterde, véase A. Wilhelm, *Zu der Inschrift König Antiochos I von Kommagene aus Samosata*, en *Wien. Stud.*, XLVII (1929), págs. 127 y sigs., y F. Krüger, *Orient und Hellas in den Denkmälern und Inschriften des Königs Antiochos I von Kommagene*, 1937 (*Greifsw. Beitr. z. Lit. und Stilfr.*, 19). Nuevos fragmentos de las inscripciones de Antioco del mismo tipo que las de Nimrud Dagh, de Samosata y Palas: G. Jacopi, *Dalla Paflagonia alla Commagene*, 1936, págs. 21 y sigs. Para la estructura feudal: Jalabert y Mouterde, *Inscr.*, I, número 47, col. IV, 5, y núm. 51, lín. 14.

(132) Monedas de Tolomeo el tetrarca y su hijo Lisanias: *B. M. C.*, Galacia, etc., Introd., pág. LXXIII, cf. lám. LIV; Head, *H. N.*[2], págs. 783 y siguientes.

(133) Monte Hermel: P. Perdrizet, *Le Monument de Hermel,* en *Syria,* XIX (1938), págs. 47 y sigs. El mausoleo de Sampsiceramo de Emesa: C. Watzinger, *Das Grabmal des Sampsigeramos von Emesa,* en *Kunsthistoriske Sällskapets Publikation,* 1923, págs. 18 y sigs., y *Denkmäler Palästinas,* II, 1935, pág. 37, *Inscripción, O. G. I.,* 604.

(134) Los elementos helenísticos en la vida de Palestina antes de los Macabeos y el carácter helenístico de la monarquía de los asmoneos han sido subrayados recientemente en los dos libros de E. Bikerman, *Die Makkabäer,* 1935, y *Der Gott der Makkabäer,* 1937. Véanse las inscripciones y pinturas griegas en los hipogeos de Marisa, uno de los cuales (*O. G. I.,* 593) menciona un Ἀπολλοφάνης Σεσμαίου, ἄρξας τῶν ἐν Μαρίσῃ Σιδωνίων. Sobre el significado del término «sidonios», véase E. Bikerman, *Rev. Hist. Rel.,* CXV (1937), págs. 203 y sigs., quien lo considera equivalente a fenicios y meridionales. Sean fenicios del sur o auténticos sidonios, los sidonios de Marisa estaban completamente helenizados. Las fuentes arqueológicas han sido reunidas, fechadas y cuidadosamente estudiadas por C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas,* II, 1935, págs. 10 y sigs.: monedas asmoneas, pág. 23; mausoleo de Jonatán, pág. 22; tumbas helenísticas tardías, págs. 59 y sigs.; Marisa, págs. 17 y sigs.; y A. Reichenberg, *Denkmäler der judischen Antike,* 1937, láms. 10 y sigs. Véase mi lám. LVIII.

(135) Los nabateos y Petra: A. Grohmann, *P. W. K.,* XVI, 1453 y sigs., mi *Caravan cities,* 1932, págs. 37 y sigs., especialmente 51 y sigs.; N. Glueck, *A newly discovered Nabatean temple,* etc., en *A. J. A.,* XLI (1937), págs. 361 y sigs. (principios del siglo I d. de J. C.); cf. ibíd., XLIII (1939), págs. 381 y sigs.; G. y A. Horsfield, *Sela-Petra,* etc., en *Quart. Dep. Ant. Pal.,* VII (1938), págs. 1 y sigs. (cuidadosa excavación y descripción de las casas talladas en la roca); G. Hölscher, *P. W. K.,* IX, 1170 y sigs. (historia de la ciudad; no se estudian la topografía ni los monumentos). Monedas: G. F. Hill, *B. M. C.,* Arabia, etc., 1922, Introd., págs. XI y sigs. La moneda nabatea empieza con Aretas III el Filoheleno (87-62 a. de J. C.), quien añadió Damasco a su Estado caravanero y acuñó monedas a imitación de los últimos seléucidas, tanto en su propia capital como en Damasco, con su propio retrato y con leyendas griegas. Los reversos de sus monedas de bronce de Damasco muestran la figura de la Tique de la ciudad (E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.,* LXXXIV (1939), págs. 92 y sigs.). Su sucesor, Obodas II, que ya no poseía Damasco, sustituyó las leyendas griegas por otras arameas. El Jazne lo fecha C. Watzinger, *Denkmäler Palästinas,* II, pág. 77, en la época de Aretas IV Filopatris y Filodemo (9 a. de J. C.-40 d. de J. C.) y lo interpreta como el heroón de este rey. Le atribuye también la construcción de la ciudad helenística. No creo que la helenización de la ciudad empezase tan tarde. Sin embargo, el problema sólo puede resolverse por medio de excavaciones sistemáticas. Cerámica nabatea: J. H. Iliffe, *Quart. Dep. Ant. Pal.,* VI (1936), págs. 12 y sigs.; cf. III (1934), pág. 132. La escultura nabatea representada por los hallazgos realizados por Glueck, sin duda se remonta a la escultura helenística en general. Cf. Ch. Picard, *Rev. Arch.,* X (1937), págs. 244 y sigs., y *C. R. Ac. Inscr.,* 1937, págs. 440 y sigs.

(136) El hallazgo del sur de Arabia: H. Schlobies, *Forsch. und Fortschr.,* X (1934), págs. 242 y sigs. La cabeza del Museo Británico:

R. P. Hinks, *B. M. Q.*, XI (1937), págs. 153 y sigs.; véase mi lám. XCVI y la descripción, para la fecha e interpretación. Se observan fuertes influencias helenísticas en otro hallazgo del sur de Arabia, las ruinas de Ujadud, a saber, las dos cabezas de leones en bronce, ahora en el Museo Británico, publicadas por Sydner Smith, *B. M. Q.*, XI (1937), págs. 154 y sigs., y lám. XLII, y atribuidas por él a la época del 50 d. de J. C. Sobre la vida económica de Arabia: A. Grohmann, *Südarabien als Wirtschaftsgebiet,* I: *Osten und Orient,* I, 4, 1922 y II, *Schr. Philos. Fak. Deutsch. Univ. Prag.*, XIII, 1933.

(137) Partia: véase nota 121; cf. W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India,* caps. I y II, especialmente pág. 30; M. Rostovtzeff, *C. A. H.*, XI, págs. 104 y sigs. y N. C. Debevoise, *A Political History of Parthia,* 1938, págs. 28 y sigs., y 70 y sigs.

(138) Sobre Armenia: véase nota 121. Tigranes I: F. Geyer, *P. W. K.*, V A, 969 y sigs. Sobre la moneda de Tigranes I: E. T. Newell, *Num. Notes and Mon.*, LXXXIV (1939), págs. 95 y sigs.

(139) Sobre Dura en la época seléucida y parta, véanse mis notas en *C. A. H.*, XI, págs. 115 y sigs. (con bibliografía); véanse págs. 457 y sigs. Las inscripciones de Dura-Europos: *S. E. G.*, VII, núms. 331 y sigs. (con bibliografía); véanse los informes anuales, V, VI, VII-VIII. Los pergaminos de papiros de la época seléucida, parta y romana: F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos,* 1926, págs. 281 y sigs., y en los informes anuales: II, págs. 201 y sigs.; V, págs. 295 y sigs.; VI, págs. 416 y sigs.; VII-VIII, págs. 426 y sigs.; *Münch. Beitr. z. Pap.*, XIX (1934), 351 y sigs. (Rostovtzeff) y 379 y sigs. (Welles); cf. A. R. Bellinger y C. B. Welles, *A third-century contract of sale from Edessa in Osrhoene,* en *Yale Class. Stud.*, V (1935), págs. 95 y sigs.; C. B. Welles, *Z. d. Sav.-Stift.*, LVI (1936), págs. 99 y sigs., y *Dura Papyrus 101,* en *Archives d'Hist. du Droit orient.*, I (1937), págs. 261 y sigs. Véase cap. IV, nota 221. Material arqueológico de la época parta; M. Rostovtzeff, *Dura and the problem of Parthian art,* en *Yale Class. Stud.*, V (1935), págs. 157 y sigs., y *Dura-Europos and its Art,* 1938. Véase mi lám. XCVII.

(140) Sobre Seleucia del Euleo: las memorias de Cumont citadas en *C. A. H.*, XI, pág. 116, y Rostovtzeff, *C. A. H.*, XI, págs. 115 y sigs. Todas las inscripciones encontradas en Seleucia fueron reimpresas, en *S. E. G.*, VII, 1-33, véase especialmente 1, 3 (Nicolao el gimnasiarca), 6, 12, 13, 14, 25; cf. F. Cumont, *C. R. Ac. Inscr.*, 1937, págs. 313 y sigs. y 1938, págs. 305 y sigs. Varias restauraciones e interpretaciones nuevas de las dos inscripciones métricas *S. E. G.*, VII, 13 y 14, A. Wilhelm, *Drei griechische Epigramme aus Susa und aus Heliopolis-Baalbek,* en *Gött. Nach.*, Fachgr. I, N. F., I, 4 (1935), págs. 79 y sigs. Manumisiones y su carácter puramente griego: L. Robert, *Rev. Phil.*, X (1936), págs. 137 y sigs. Babilonia en la época seléucida y parta: M. Rostovtzeff, *Seleucid Babylonia,* en *Yale Class. Stud.*, III (1932), págs. 3 y sigs. y *C. A. H.*, XI, págs. 115 y sigs.; cf. M. Enger, *Mnem.*, VII (1938), págs. 136 y sigs. Gimnasio en Babilonia, *S. E. G.*, VII, 39.

(141) Aurel Stein, *An Archaelogical Journey in Western Iran,* en *Geogr. Journ.*, XCII (1938), págs. 324 y sigs.; véase la inminente publicación completa de la cuidada obra de excavación hecha por el autor, que pronto será publicada por Macmillan & Co. Sobre la estatua del

dignatario parto: A. Godard, *Les statues Parthes de Shami,* en *Athar e Iran,* II (1937), págs. 285 y sigs. Véase mi lám. XCVIII.

(142) Véase, por ejemplo, Estrabón, XVI, 2, 4, pág. 749 (Seleucis); 9, págs. 751 y sig. (Laodicea): εἶτα Λαοδίκεια, ἐπὶ τῇ θαλάττῃ κάλλιστα ἐκτισμένη καὶ εὐλίμενος πόλις, χώραν τε ἔχουσα πολύοινον πρὸς τῇ ἄλλῃ εὐκαρπίᾳ· τοῖς μὲν οὖν Ἀλεξανδρεῦσιν αὕτη παρέχει τὸ πλεῖστον τοῦ οἴνου, τὸ ὑπερκείμενον τῆς πόλεως ὄρος πᾶν κατάμπελον ἔχουσα μέχρι σχεδόν τι τῶν κορυφῶν (nótese la floreciente exportación de vino a Alejandría); 10, pág. 752 (Apamea): καὶ χώρας εὐπορεῖ παμπόλλης εὐδαίμονος; 16, pág. 755 (Celesiria): διαρρεῖται δὲ ποταμοῖς ἄρδουσι χώραν εὐδαίμονα καὶ πάμφορον; 20, pág. 756 (Damasco): ἡ Δαμασκηνὴ χώρα διαφερόντως ἐπαινουμένη κτλ. Es cierto que Estrabón sacó mucha información de sus fuentes helenísticas.

(143) Posidonio, fr. 9, *F. Gr. Hist.*, 87; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 91 y 95, quien da detalles sobre el ejército de Sidetes y cita algunos pasajes más que se refieren a la organización del tren (ἀποσκευή) de los ejércitos seléucidas. Puedo citar a este respecto un interesante emblema de plata publicado por A. Sambon, *Le Musée,* III (1906), págs. 75 y sigs., lám. XII. Este emblema está adornado con la cabeza de Antioco VII Sidetes cubierto con un *bashlik* parto y un torques alrededor del cuello. Este atuendo parto puede significar que Antioco después de su victoria sobre los partos aparece aquí representado como rey de sus enemigos vencidos. El plato, cuenco o copa a que perteneció originariamente el emblema pudo haber sido uno de los que Antioco distribuyó entre los oficiales y soldados de su ejército victorioso en memoria de sus hazañas (véase la nota siguiente). El emblema es un bello producto de los artistas seléucidas y demuestra el estado floreciente del arte toréutico en Siria a fines de la época seléucida (véase nota 313 y cap. V, nota 118).

(144) Posidonio, fr. 13, *F. Gr. Hist.*, 87. Sobre la fecha: F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, II *c*, págs. 167 y sigs. El banquete pudo haber sido ofrecido a Himero, o como gobernador parto, o durante la época de su gobierno independiente (124-122 a. de J. C., según las monedas: R. H. McDowell, *Coins from Seleucia on the Tigris,* 1935, págs. 202 y sigs., 219).

(145) Posidonio, fr. 24, *F. Gr. Hist.*, 87; E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 95.

(146) Estrabón, XVI, 2, 23, pág. 757 (Tiro) y 24 y sig. (Sidón); véase nota 126. No puedo ocuparme aquí en la historia del vidrio soplado. El texto básico, una verdadera «historia de bolsillo» de la manufactura del vidrio, es Plinio, *N. H.*, XXXVI, 190-199. Se encontrará una interpretación de este texto y un análisis técnico y estilístico de los primeros ejemplares de vidrio soplado (con referencias bibliográficas) en los valiosos artículos de D. B. Harden, *Romano-Syrian glasses with mould-blown inscriptions,* en *J. R. S.*, XXV (1935), págs. 163 y sigs., y *Bull. Metr. Mus.*, XXXI (1935), pág. 193; cf. W. A. Thorpe, *The prelude to European cut glass,* en *Journ. Soc. of Glass Technology,* XXII (1938), págs. 5 y sigs. Puedo señalar a este respecto que Plinio, en el pasaje citado, no menciona el vidrio dorado ni el vidrio pintado. La gran demanda de vidrio «murrino» en Italia empieza, según otra afirmación de Plinio (*N. H.*, XXXVII, 18; Thorpe, loc. cit., pág. 11) hacia el mismo tiempo, cerca de 60 a. de J. C. Véanse mis láms. CIX y CX.

(147) Estrabón, XVI, 2, 19, pág. 756; cf. W. S. Ferguson, *H. A.*, pág. 391; P. Roussel, *Délos, col. ath.*, pág. 92, nota 1. No puede haber duda de que Trifón tomó y saqueó a Berito. Durante algún tiempo esta ciudad debió de estar en decadencia. Sin embargo, es probable que Berito fuese una ceca seléucida y acuñase su propia moneda autónoma (bajo el nombre de Laodicea de Fenicia) después de Trifón. Por desgracia, estas monedas no pueden fecharse con exactitud; G. F. Hill, *B. M. C.*, Fenicia, Introd., pág. LIII.

(148) Sobre las mercancías exportadas desde Siria en la época romana: L. C. West, *Commercial Syria under the Roman Empire*, en *Trans. Am. Phil. Ass.*, LV (1924), págs. 159 y sigs.; cf. R. Mouterde, *Mél. Univ. St. Joseph*, XII (1927), pág. 288, y F. Heichelheim, *Roman Syria*, T. Frank, *Econ. surv.*, IV, 1938, págs. 203 y sigs. Exportación de vino a Alejandría, véase nota 142. Relaciones entre Tiro y otras ciudades fenicias y Alejandría atestiguadas por el patrón fenicio de sus monedas autónomas, véase nota 126. Algunas antiguas casas de comercio de Fenicia aún trabajaban en el 150 a. de J. C.: R. Eisler, *Zeitschr. d. Morg. Ges.*, LXXVIII (1924), págs. 61 y sigs.

(149) Sobre el comercio de la Siria seléucida con la India y quizá un comercio esporádico con China en el siglo III a. de J. C., véanse págs. 432 y sigs. Sobre el informe de Chang K'ien, conocido en dos versiones, la de Ssu-ma Ch'ien (99 a. de J. C. o algo después) y la de Pan-Ku (92 d. de J. C.): W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 513 y sigs.; cf. 280 y sigs. Sobre la ruta de la seda: A. Herrmann, *Das Land der Seide und Tibet im Lichte der Antike*, 1938, págs. 27 y sigs. (*Quellen u. Forsch. z. Gesch. d. Geogr. u. Völkerk.*, I). Las relaciones comerciales ininterrumpidas entre Siria y Partia están atestiguadas por muchos tesorillos de monedas hallados en la Persia moderna. En estos tesoros, que pertenecen a la época de la dominación parta, la plata y el cobre seléucida están bien representados junto a las monedas partas y bactrianas; véanse, por ejemplo, los tesoros de Ardabil (Noe[2], 63) y el de Kermanshah (Noe[2], 547). (Los tesoros de Kuh-i-Taftan, Noe[2], 583, y el de un lugar desconocido de Persia, Noe[2], 809, contenían sólo monedas seléucidas y bactrianas, lo cual demuestra el comercio entre Siria y Bactriana en el siglo II a. de J. C.) Sobre este punto puedo citar que la moneda seléucida circulaba aún en Dura mucho después de que esta ciudad pasara a poder de los partos; véase la nota de A. R. Bellinger en mi *Dura-Europos and its art*, pág. 138, nota 7. Véanse las interesantes notas de C. G. Seligman sobre el ritón chino con cabeza de toro, que este autor deriva, con probabilidad de acierto, de algunos ritones parecidos de factura seléucida o parta: C. G. Seligman, *Custom is King: Essays presented to Dr. R. R. Marett*, 1936; cf. íd., *Antiquity*, XI (1937), pág. 20.

(150) Las relaciones entre Italia y Sicilia están demostradas por muchos hechos, especialmente por el papel desempeñado por los mercaderes orientales en la vida de Puteoli (R. Annecchino, *Pozzuoli antica nei traffici di Roma con l'Oriente*, en *Atti IV Congr. Naz. St. Rom.*, I (1938), págs. 224 y sigs., con bibliografía) y por la actividad de los mercaderes sirios en Delos (véase cap. V, notas 123 y 124). Es interesante la observación de Ch. Picard (*Syria*, XIV (1933), págs. 318 y sigs.), según

el cual las figuras simbólicas del tridente y del tridente y los delfines que aparecen tanto en los mosaicos sirios de última época helenística en Delos como en algunos mosaicos tardíos de Pompeya y Hadrumeto, pueden considerarse inventados por los fenicios y tomadas de ellos por los mercaderes de Pompeya. Puedo citar además el tesoro de cuarenta monedas de plata hallado en Campli, cerca de Battaglia, en el Piceno (Italia). La mayoría eran cistóforos, pero entre ellos había, además de un tetradracma tardío de Lisímaco, tetradracmas de Demetrio I Soter, de Eucrátides y de Tiro; el tetradracma de Tiro está fechado en 77-76 a. de J. C. Por consiguiente, el tesoro fue enterrado después de 77 a. de J. C.: Noe², 130; K. Regling, *Z. N.*, XXXVIII (1928), pág. 98. El hallazgo es un brillante ejemplo de lo que sobre la orientación del comercio he dicho en los capítulos que tratan del reino pergameno y Delos. Asia Menor y Siria eran países que proveían a Italia de las más importantes mercancías, especialmente esclavos.

(151) Estrabón, XVI, 1, 27, pág. 748; véase especialmente su descripción de los φύλαρχοι: οἱ γὰρ παροικοῦντες ἑκατέρωθεν τὸν ποταμὸν φύλαρχοι, χώραν οὐκ εὔπορον ἔχοντες, ἧττον δὲ ἄπορον νεμόμενοι, δυναστείαν ἕκαστος ἰδίᾳ περιβεβλημένος ἴδιον καὶ τελώνιον ἔχει, καὶ τοῦτ' οὐ μέτριον. χαλεπὸν γὰρ ἐν τοῖς τοσούτοις καὶ τούτοις αὐθάδεσι κοινὸν ἀφορισθῆναι μέτρον τὸ τῷ ἐμπόρῳ λυσιτελές. En este apartado, al describir la ruta caravanera, Estrabón confunde sin duda Hierópolis-Bambice con Edesa. Está fuera de lugar que las caravanas, después de cruzar el Éufrates, tenían que cruzarlo de nuevo para llegar a Bambice. Sobre la situación de Escenas, véase Weisbach, artículo Σκηναί en *P. W. K.*, V A, 470.

(152) Palmira: véase bibliografía en mi *Caravan Cities*, págs. 224 y sigs., y mis notas, págs. 31 y sigs.; cf. D. Schlumberger, *Études sur Palmyre*, en *Berytos*, II (1935), págs. 149 y sigs.; A. von Gerkan, *Die Stadtmauer von Palmyra*, en ibíd., págs. 25 y sigs. y Sęczykowski, *Investigaciones sobre la reconstrucción del plano de la antigua Palmira*, en *Biuletyn historii sztuki i kultury*, VI (1938), págs. 271 y sigs. (en polaco, con resumen en francés). Sobre el estatuto jurídico de Palmira en la época de Augusto: D. Schulumberger, *Syria*, 1939, XX, págs. 43 y sigs. Las cuidadosas excavaciones llevadas a cabo por el Servicio de Antigüedades Sirio ha puesto al descubierto restos preaugustales del templo de Bel en Palmira. Los restos pronto serán publicados y estudiados por M. H. Seyrig. Durante las excavaciones del ágora palmirena por H. Seyrig se descubrieron importantes testimonios sobre el comercio de Palmira en la época romana. Varias inscripciones dan una valiosa información sobre la organización de las caravanas, que probablemente era, *mutatis mutandis*, la misma que en la época helenística. Véase Seyrig, *C. R. Ac. Inscr.*, 1940 (el autor me ha enviado una copia mecanografiada) [=*Syria*, XXII, 1941, págs. 252 y sigs.]. Sobre las rutas comerciales en el desierto sirio: Père Poidebard, *La trace de Rome dans le désert syrien*, 1934; cf. íd., *C. R. Ac. Inscr.*, 1934, pág. 26, y la recensión de su libro por Aurel Stein, *Geogr. Journ.*, 1935, enero, págs. 66 y sigs. Véanse las observaciones de H. Seyrig, *Commerce maritime de Palmyre*, en *Ann. de l'Inst. de Philol. et d'Hist. Or.*, IV (1936), págs. 397 y sigs.

(153) La irradiación del comercio nabateo puede deducirse de la distribución de las inscripciones nabateas tal como se enumeran en

P. W. K., 1457 y sigs. (A. Grohmann). El artículo de Grohmann no tiene una sección que trate del desarrollo del comercio nabateo. Es interesante anotar que muchas inscripciones nabateas se encontraron entre Forat y Dumeta y en la misma Dumeta (Musil, *Arabia Deserta*, págs. 195, 301, 303, 470, 494, 515). Nótese también lo relativamente numerosas que son las inscripciones nabateas en Egipto. Relaciones entre los nabateos y sabeos: J. H. Mordtmann, *Ein Nabatäer im Sabäerlande*, en *Klio*, XXV (1932), págs. 429 y sigs.; véanse notas 135 y 136. Sobre los mercaderes procedentes de los grandes centros comerciales de Arabia en Delos y otras partes de Grecia, véase cap. V, nota 124.

(154) Véanse págs. 864 y sigs. y mi artículo en *Anatol. Stud. pres. to W. H. Buckler*. Sobre el patrón fenicio en la moneda seléucida: Head, *H. N.*[2], págs. 764 y sigs., y notas 126 y 148 de este capítulo.

(155) J. Dobiaš, *Les premiers rapports des Romains avec les Parthes*, etc., en *Arch. Orient.*, III (1931), págs. 258 y sigs.

(156) J. Dobiaš, loc. cit., págs. 215 y sigs., contra Th. Mommsen, *R. G.*, III, pág. 143, y F. Cumont, *Syria*, VI (1925), pág. 282, nota 1, e íd., *Fouilles de Doura-Europos*, 1926, pág. XXVIII, nota 2. No debemos olvidar que los grandes éxitos de Mitrídates II de Partia estaban muy recientes y demostraban que la debilidad de este país era un fenómeno pasajero favorable a Roma que había que aprovechar.

(157) Sobre la historia política de Egipto bajo Evérgetes II y las dos Cleopatras, véase la excelente monografía de W. Otto y H. Bengtson, *Zur Geschichte des Niederganges des Ptolemäerreiches. Ein Beitrag zur Regierungszeit des 8. und des 9. Ptolemäers*, en *Bay. Abh.*, N. F. XVII (1938), págs. 22-194. En este estudio el lector encontrará, citadas y analizadas, todas las fuentes disponibles. Sin embargo, puedo mencionar en esta nota algunos documentos básicos que tratan directamente del tema de este libro. La primera proclamación de paz de Evérgetes II de 145-144 a. de J. C. es conocida, en la forma que fue publicada en Egipto, exclusivamente por citas: *U. P. Z.*, 161, col. 3, 57 y sigs.; 162, col. V, 21, y col. IX, 21; cf. col. VII, 18, y los comentarios de U. Wilcken sobre estos documentos, págs. 60 y 83; *Teb.*, 699; *Ostr.*, *B. G. U.*, 1311; *P. Neut.*, 1, 24; cf. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1933), pág. 147, y W. Otto y H. Bengtson, loc. cit., págs. 26 y 46. Sobre el decreto de Chipre, véase nota 193, y Otto y Bengtson, loc. cit. El decreto de hacia 139 antes de J. C. en favor de los sacerdotes citado en *Teb.*, 6, 40, es estudiado por Otto y Bengtson, loc. cit., pág. 38. Es difícil que formase parte de un decreto general de amnistía del tipo de los de 145-144 y 118 a. de J. C. La actitud de los griegos de Alejandría hacia Evérgetes II durante la *amixia* está ilustrada en la orden del rey de 124 a. de J. C. parcialmente conservada en *Teb.*, 700. Por esta orden, todos los gimnasios, politeumata (?) y otras asociaciones de Alejandría se veían obligados a declarar, bajo pena de muerte, la tierra que poseían en la *chora*. Esta propiedad fue después vendida, ciertamente —por lo menos en parte—, en beneficio del κεχωρισμένος λόγος del rey. Sobre este documento, véase Otto y Bengtson, loc. cit., págs. 67 y sigs. Puedo citar sobre ello que mi interpretación de dos pasajes de *U. P. Z.*, 196, citados en el texto, no coincide con la dada por Otto y Bengtson, loc. cit., pág. 130. Pueden relacionarse con los disturbios de la época de Evérgetes (¿o Filométor?) los servicios

prestados a la ciudad de Heracleópolis por Arquipo, hijo de Zoilo, un macedonio probablemente comandante militar (¿estratego?) mencionado en su epigrama funerario, *S. E. G.*, VIII, 370; *S. B.*, 7803. Sobre las φιλάνθρωπα de Soter II (108 a. de J. C.) mencionados por Diodoro, XXXIV-XXXV, 20, véanse los mismos autores, pág. 171. Probablemente estaban incluidos en una amnistía general decretada por este rey. La inscripción de Cirene de 109-108 (?): G. Oliverio, *Doc. ant. d. Africa Italiana*, II, 2, núm. 538; *S. E. G.*, IX, 5; véase la interpretación de esta inscripción por Oliverio, loc. cit.; V. Arangio-Ruiz, *Riv. Fil.*, LXV (15) (1937), págs. 266 y sigs., Otto y Bengtson, loc. cit., págs. 122 y sigs. y 174 y sig., y P. Roussel, *Rev. É. A.*, XLI (1939), págs. 5 y sigs. Roussel trata de atribuir el documento a la época de Filométor o a la de Evérgetes II; sin embargo, véase W. Otto, *Bay. S. B.*, 1939, 3, págs. 16 y sigs. Véanse notas 186 y 192. Se encontrarán breves resúmenes de los sucesos de la época de Evérgetes II y las dos Cleopatras y una relación de los que siguieron a la muerte de Cleopatra III en E. R. Bevan, *History of Egypt*, etc., págs. 306 y sigs., y P. Jouguet, *L'Égypte Ptolémaïque*, págs. 155 y sigs.; sobre el papel de Evérgetes II y su significación: C. Préaux, *La signification de l'époque d'Euergète II*, en *Actes Ve Congr. Pap.*, 1938, págs. 345 y sigs., y sobre la decadencia gradual de la civilización griega en Egipto a finales de la época tolemaica: F. Oertel, *Der Niedergang der hellenistischen Kultur in Ägypten*, en *N. Jahrb. Kl. Alt.*, XXIII (1920), págs. 361 y sigs.

Sobre las guerras civiles y dinásticas en Egipto durante la época que estudiamos, véanse las notas de C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), pág. 118, e ibíd., XI (22) (1936), págs. 542 y sigs. Sobre el significado de ἀμιξία un término que usan repetidamente las fuentes de la época para designar la guerra civil de la época de Evérgetes, mientras que el término ταραχή se emplea en un sentido más general y especialmente para las revueltas en la época de Epífanes y Filométor (P. Collart y P. Jouguet, *Ét. de Pap.*, II (1933), pág. 33); véase Preisigke, *Wört.*; Liddell y Scott (nueva ed.); C. Préaux, *Chr. d'Ég.* XI (21) (1936), pág. 543 y Otto y Bengtson, loc. cit., pág. 65. Sobre *P. Lond.*, II, 401, 20 (pág. 12), de 111 a. de J. C., y la *amixia* en el mencionado Otto y Bengtson, loc. cit., pág. 160. A las cartas que se refieren a la revolución de la Tebaida el 88 a. de J. C., reproducidas por Wilcken, *Chr.*, 12, y Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 417 y 418, añádanse algunas cartas más de Platón: P. Collart, *Rec. Champollion*, 1922, págs. 273 y sigs., y *P. Bouriant*, 10, 11 y 12; O. Krüger, *Racc. G. Lumbroso*, 1925, págs. 316 y sigs. y *P. Ross.-Georg.*, II, 1929, núm. 10; *P. Bad.*, 16; véase el informe de un escriba de pueblo del nomo patirita, hablando de una invasión de una región de los nomos latopolita y patirita por algunos «rebeldes»: W. Spiegelberg, *Zeitschr. f. Äg. Spr.*, LXV (1930), págs. 53 y sigs. Cf. C. Préaux, loc. cit., pág. 548. En Hermúpolis encontramos el 79-78 a. de J. C. una fuerte guarnición que consistía en un destacamento de soldados mercenarios, en gran parte procedentes de Siria e Idumea: F. Zucker, *Doppelinschrift spätptolemäischer Zeit aus der Garnison von Hermopolis Magna*, en *Berl. Abh., Phil.-hist. Kl.*, VI (1937, publicado en 1938); cf. *Aeg.*, XVIII (1938), págs. 279 y sigs. (un grupo de soldados de este destacamento es denominado οἱ παρεφεδρεύοντες ἐν Ἑρμοῦ πόλει ξένοι Ἀπολλωνιᾶται). El

64-63 a. de J. C., en el nomo heracleopolita se estacionaron οἱ παρεφεδρεύοντες ἐν τῶι νομῶι ἱππεῖς (*B. G. U.*, VIII, 1747, 1748) y οἱ ἀποτεταγμένοι τ[ῶι στρατηγῶι] Θηβαῖοι πεντάρουροι (*B. G. U.*, VIII, 1749, 1750) y además algunas πλοῖα θαλάσσια a disposición del *dioecetes* (*B. G. U.*, VIII, 1744-1746). Sobre este último, véase mi artículo en *Ét. Andréades* (véase cap. V, nota 134). Véase también el documento del siglo I a. de J. C. sobre el transporte de grano a Alejandría: H. Zilliacus, *Aeg.*, XIX (1939), págs. 59 y sigs., y U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XIII (1939), págs. 223 y sigs. Según este documento, los barcos de grano iban protegidos por soldados especiales denominados οἱ [περὶ τὴν] διοίκησιν μαχαιροφόροι καὶ ἐπιπλοι (líns. 19 y sig.).

(158) *Teb.*, 5; cf. Wilcken, *Chr.*, núms. 65, 260, 307 y 339 (secciones del decreto reproducidas en distintos capítulos de la *Crestomatía*), y Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, II, 210 (las partes mejor conservadas del decreto, con algunas lecturas mejoradas). Sobre el carácter general del documento: F. Preisigke, *Die Friedenskundgebung des Königs Euergetes II*, en *Arch. Pap.*, V (1913), págs. 301 y sigs. U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, págs. 498 y sigs., y W. Schubart, *Arch. Pap.*, XII (1936), págs. 10 y sigs. Cf. C. Préaux, *Chr. d'Eg.*, XI (22) (1936), págs. 545 y sigs.

(159) El nombre φιλάνθρωπα se emplea con frecuencia para nuestros documentos, especialmente en citas (por ejemplo, *Teb.*, 73, 3, y 124, 7, y 36: προπεφιλανθρωπη[μένους], cf. 739, 40), véase el artículo de Preisigke citado en la nota anterior y U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, págs. 498 y sigs. Uno se podría inclinar a encontrar el nombre oficial completo de los documentos en citas como *Teb.*, 73, 3 (113-111 a. de J. C.): κατ[ὰ] τὸ ἐκκείμενον τῶν φι[λα]νθρώπων πρόσταγμα o *B. G. U.*, 1156, 24 y sig. (16 a. de J. C.), y *B. G. U.*, 1053; Mitteis, *Chr.*, 105, II, 4 y sigs. (13 a. de J. C.): πρόσταγμα φιλανθρώπων καὶ ἐργασίας, cf. *P. Oxy.*, 785 (I a. de J. C.), especialmente si se acepta la corrección de εὐεργεσία por ἐργασία sugerida por F. von Woess, *Das Asylwesen Ägyptens*, etc., 1923, págs. 97 y sigs.; cf. C. Préaux, *Chr. d'Eg.*, X (19) (1935), pág. 114. Sin embargo, no es necesaria la corrección de Woess. La Πρόσταγμα ἐργασίας era probablemente una orden especial que regulaba el trabajo obligatorio. En este caso πρόσταγμα φιλανθρώπων probablemente significa una orden que contiene una φιλάνθρωπον, una concesión. Así, pues, es más propio emplear para la combinación de ἀφέσεις y προστάγματα, que representan los documentos estudiados, el nombre general de φιλάνθρωπα bajo el cual se conocían en Egipto estos documentos. Los nombres «decreto de amnistía» y «proclamación de paz» son modernos. Se encontrará una lista de φιλάνθρωπα en U. Wilcken, *U. P. Z.*, I, páginas 498 y sigs.; sobre los decretos de Evérgetes II, véase nota 157, y sobre el de Auletes, U. Wilcken, *Arch. Pap.*, VI (1920), págs. 405 y sigs. Sobre los *mandata* tolemaicos, véase mi introducción a *Teb.*, 703, y las contribuciones de distintos eruditos citados anteriormente, cap. IV, nota 77.

(160) Sobre los archivos de Menques, véase especialmente M. Engers, *De Aegyptiarum* κωμῶν *administratione*, etc., 1909; véase mi *Kolonat*, págs. I y sigs. Se encontrará un buen cuadro de Menques como aparece a la luz de los documentos contenidos en sus archivos, en G. McLean Harper, Jr., *Menches, «homogrammateus» of Kerkeosiris*, en *Aeg.*, XIV (1934), págs. 14 y sigs.

(161) Algunos de estos documentos han sido estudiados por W. Kunkel, *Arch. Pap.*, VIII (1927), págs. 187 y sigs., y *Z. d. Sav.-Stift*, XLVIII (1928), págs. 285 y sigs.

(162) Isidoro, que recopiló en el siglo I a. de J. C. cuatro grandes poemas alabando la grandeza de la diosa Hermutis-Isis, constituye un interesante ejemplo de un egipcio completamente helenizado, quizá de casta sacerdotal, o de un griego o un tracio egipcianizado, hombre que estaba muy familiarizado con la religión y la historia egipcias, y al mismo tiempo recibió una excelente educación griega. Los poemas fueron grabados en los pilares del vestíbulo del templo de la diosa en uno de los pueblos (Ibion Eicosipentaruron) cercanos a Tebtunis. Fueron hallados y publicados por A. Vogliano, *Primo rapporto degli scavi... nella zona de Mādīnet Māḍī*, 1936; cf. *S. B.*, 8138-8141; *S. E. G.*, VIII, 548-551. Véanse mis observaciones, pág. 395, y en *R. E. A.*, XLII, 1940, págs. 508-514, y W. Otto y H. Bengtson, loc. cit. (véase pág. 1034), págs. 81 y sigs., y pássim. Es difícil descubrir la nacionalidad de Isidoro. Tiene una gran consideración tanto para los egipcios como para los griegos y tracios, es decir, para los elementos constitutivos de la población de su localidad. Encontramos representantes típicos de la aristocracia intelectual grecoegipcia de los pueblos griegos en las numerosas estatuas de basalto y granito que representan sacerdotes y «presidentes» de los distintos santuarios del Fayum, la mayoría de época tolemaica tardía y romana. Véase lám. C. Como ejemplo de un egipcio que tomó parte importante política y militarmente en la época de Evérgetes II, puedo citar al famoso Paos, general del rey en la Tebaida en la época de la *amixia*. Las fuentes que de él tratan han sido colacionadas varias veces, y de un modo más completo por Otto Bengtson, loc. cit., págs. 69 y sigs.; cf. Fomo, epistratego y estratego de la Tebaida hacia 111 a. de J. C., ibíd., págs. 8 y 161. También puedo citar a Tatas, un egipcio o anatólico, «médico real» (βασιλικὸς ἰατρός) mencionado en un proceso de Hermias, donde se dice que citó en su informe (προσαναφορά) al estratego la orden del rey sobre las ταριχευταί de Tebas. No hemos de considerar necesariamente a Tatas como médico de cabecera del rey. Pudo haber sido un médico egipcio al servicio real (como los βασιλικοὶ δικασταί, etc.), quizá encargado del aspecto sanitario de las operaciones realizadas en los cuerpos de los difuntos por las distintas corporaciones relacionadas con el embalsamamiento de cadáveres (*U. P. Z.*, 162, col. 2, 25, y la nota de Wilcken.) Véase cap. VIII.

(163) La familia que he citado en el texto es conocida por varios documentos demóticos (U. Wilcken, *U. P. Z.*, II, núms. 163-169), hallados, según parece, en la misma tumba en la cual los χοαχύται tebanos enterraron o guardaron sus archivos (*U. P. Z.*, II, pág. IV), entre ellos las actas del famoso proceso de Hermias (*U. P. Z.*, núms. 160-162). Sobre estos documentos y la familia grecoegipcia de Hermias y Apolonio, véase *U. P. Z.*, II, pág. 43 (la genealogía de la familia), y pág. 95 (carácter de la familia). Parecida fue la familia de Horo, un antiguo soldado del nomo patirita, persa o jonio egipcianizado: E. N. Adler, J. G. Tait, F. M. Heichelheim, F. Ll. Griffith, *The Adler Papyri*, 1939; cf. C. Préaux, *Chr. d'Eg.* XIV (28) (1939), págs. 393 y sigs., y U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XIII (1939), pág. 218.

(164) Sobre *U. P. Z.*, 148, véase C. Préaux, *Lettres privées grecques d'Égypte relatives à l'éducation*, en *Rev. Belge*, VIII (1929), págs. 767 y sigs. (con bibliografía). Sobre el uso de las dos lenguas en el Egipto tolemaico: W. Peremans, *Ant. Class.*, IV (1935), págs. 403 y sigs. El hecho de que se invitase a un griego a enseñar en una familia egipcia cuyos miembros parece que no hablaban griego (si no era así, ¿por qué el futuro profesor aprende Αἰγύπτια γράμματα?) es muy significativo. Es interesante la observación de Edgar y Smyly, según los cuales el 171 antes de J. C. la mayoría de los comandantes y propietarios de barcos fluviales que transportaban grano a Alejandría tenían nombres griegos, «mientras que en la lista de los barcos ordinarios que transportaban mercancías y pasajeros en Petronio, III, 107, los nombres son casi todos egipcios». ¿Significa esto que poco a poco los negocios del transporte se fueron concentrando en manos de la burguesía griega de Egipto, es decir, que los griegos, poco a poco, se hicieron la parte más rica de la población, o bien los nombres griegos de los propietarios de barcos no demuestran más que una fusión completa de la burguesía griega y egipcia, la formación de una clase que no era griega ni egipcia? Sobre el problema de los macedonios, griegos, semitas, tracios y otros nombres extranjeros y los nombres egipcios, véase la bibliografía citada en los artículos de F. Zucker, mencionado en la nota 157, y L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), pág. 179. El papel de los κάτοικοι en la vida de una ciudad provincial está ilustrado por una inscripción de Afroditópolis fechada el 57-56 a. de J. C., erigida por οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου a su gimnasiarca, que era al mismo tiempo ἱππάρχης ἐπ' ἀνδρῶν κατοίκων ἱππέων, *S. E. G.*, VIII, 531; cf. *B. G. U.*, 1188 (15-14 a. de J. C.), 2 y sigs.: παρὰ Κάστορος [γ]υμν[ασι]άρχου Κόμα καὶ τῶν ἄλλων [τῶ]ν ἐν τῆι κώμηι κατοίκων καὶ τῶν ἄλλων γεωργῶν καὶ τῶν βασιλικῶν γεωργῶν τ[ῶν] ἐν τῆι κώμηι κατοικούντων. Los κάτοικοι pudieron haber sido de distinto origen. Algunos de ellos se habían helenizado tan sólo de modo superficial (sobre todo los judíos conservaban estrictamente su religión, nombre y modo de vida; véase *Teb.*, 817, 818, y los demás papiros citados en 817, Introduc.; cf. 882), pero socialmente pertenecían a la clase superior, es decir, a la de los griegos. Sobre las relaciones entre griegos e indígenas en general, véase cap. VIII. Puedo citar como prueba del «complejo de superioridad» el tono en que Hermias, ἡγεμὼν ἐπ' ἀνδρῶν de Ombos, en el Alto Egipto, habla de las χοαχύται, tebanas, grupo de sacerdotes menores muy estimados por los indígenas en sus quejas contra ellos. Véase pág. 267, etc.

(165) Sobre las relaciones entre sacerdotes y templos y los Tolomeos, véanse capítulos IV y V. El primero que comparó la inscripción de Canopo con la de Roseta fue U. Wilcken, *Grundz.*, pág. 95; cf. W. Spiegelberg, *Priesterdekrete von Kanopus und Memphis*, 1922; W. Otto, *Siegesfeier des Ptolemaios IV. und Priestersynoden*, en *Bay. S. B.*, 1926, 2, págs. 32 y sig. Sobre la γῆ ἱερά véase cap. V, nota 130. Sobre los regalos y especialmente la γῆ ἀνιερωμένη, véanse mis observaciones, *G. G. A.*, CLXXI (1909), pág. 623, y los comentarios de Wilcken a *U. P. Z.*, 153-155. La mayoría de los eruditos (por ejemplo, C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 486 y sigs.) consideran las concesiones de Evérgetes II a los sacerdotes como una auténtica claudicación, la garantía a los

sacerdotes de una inmunidad y libertad completas en la administración de la γῆ ἱερά, además del reconocimiento completo de sus derechos a la γῆ ἀνιερωμένη. Yo lo dudo. Los párrafos de las φιλάνθρωπα que tratan de las concesiones a los templos (*Teb.*, 5, líns. 57 y sigs.) están muy confusos. En mi opinión, lo que conservamos no es el texto original, sino un resumen. De aquí el carácter aparentemente caótico de estos párrafos. Pero aunque breves, no me sugieren la idea de que los sacerdotes recibiesen de Evérgetes una completa inmunidad. Yo veo en ellos la remisión de algunos impuestos, y nada más. Las líneas que se cree tratan de la γῆ ἱερά, líns. 60 y sigs.: μηδ]ὲ τὰς ἱερὰς [ἀρούρας] σκε[υ]άζειν | παρε[υ]ρ[έ]σι μηδεμιᾷ, ἐὰν δὲ διὰ τῶν ἱερέ[ων . . . . δ]ιοικεῖσθαι aparecen en la φιλάνθρωπα al final del párrafo que trata de la ἀνιερωμένα. Por ello me inclino a considerarlas referidas a la última, no a la γῆ ἱερά. De la γῆ ἱερά se trataba en las primeras líneas del capítulo de las φιλάνθρωπα que se referían a los templos. El juicio del rey sobre la γῆ ἱερά es de carácter confirmatorio, no reformatorio. No se introducía ningún cambio esencial; lín. 50: [προσ]τετάχασι δὲ κ[αὶ τὴν ἱερ]ὰν γῆν καὶ τ[ὰς ἄ]λλας ἱερ[ὰς προσόδους | τ]ὰς ὑπαρχούσας τοῖς ἱεροῖς [[. .]] μένιν [κυρί]ως. Sólo se protegía a los templos contra actos ilegales de los funcionarios. No es extraño que en los documentos que pertenecían a los archivos de Menques la γῆ ἱερά sea tratada por los oficiales de la corona a la manera tradicional. Muy distinto era el problema de la γῆ ἀνιερωμένη. Aunque la γῆ ἀνιερωμένη no era un rasgo nuevo en la vida de los templos, probablemente no existían leyes precisas sobre ella. Los funcionarios de la corona trataban de menguarla en todo lo posible, con el fin de frenar el crecimiento de estos fundos privados de los templos. El resto querían tratarlo como trozos de γῆ ἱερά. Los sacerdotes se resistían. La lucha fue dura. En ella Evérgetes tomó partido como sacerdote.

(166) Es muy necesaria una colección cuidadosa de las fuentes relativas a esta clase. Sobre los contratistas de impuestos, sus garantías y los oficiales de la corona relacionados con la recaudación de impuestos, véanse págs. 326 y sigs.

(167) Los gérmenes de la liturgia inherentes a la organización de los contratos estatales por los Tolomeos han sido señalados en mi *Gesch. der Staatspacht*, págs. 366 y sigs, y U. Wilcken, *Ostraka*, I, págs. 513 y sigs., cf. su *Grundz.*, págs. 182 y sigs.; mi recensión de los *Ostraka in Woch. f. kl. Phil.*, 1900, págs. 124 y sigs. Sobre la liturgia de época tolemaica: F. Oertel, *Die Liturgie*, 1917, págs. 26 y sigs.

(168) Véase mi *Kolonat*, págs. 6 y sigs.; J. Lesquier, *Les institutions militaires de l'Égypte sous les Lagides*, 1911, págs. 230 y sigs.; C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XI (21) (1936), págs. 122 y sigs., y *L'Écon. Lag.*, págs. 468 y sigs. El hecho está atestiguado por las regulaciones oficiales y los testamentos de los κληροῦχοι, por ejemplo, *B. G. U.*, 1185 y 1285, 5.

(169) W. Kunkel, *Z. d. Sav.-Stift.*, XLVIII (1928), págs. 285 y sigs.; cf. U. Wilcken, *Arch. Pap.*, IX (1930), pág. 237, y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 470 y sigs.; *Teb.*, 124. Repito que es muy fragmentario y de interpretación difícil. Son especialmente difíciles las líneas 30-36. El problema principal es de si era permitido adquirir κλῆροι κατοικικοί de sus antiguos tenedores a los que no fueran soldados, probablemente con la obligación del servicio. Lín. 32: ἕτεροι δὲ ἐξ ἰδιοκτη[μόνων] καὶ

ἐξ ἄλλων εἰδῶν μεταβεβή[κασιν] εἰς τὴν κα[τοικίαν] difícilmente justifica la conclusión de que los ἰδιοκτήμονες y otros que cambiaban su estado jurídico por el de κάτοικος lo hicieran comprando un κλῆρος κατοικικός (cf. líns. 37 y sigs.). Pudieron tan sólo haber cambiado de estado jurídico. Sin embargo, el problema es oscuro y debemos esperar nuevos testimonios.

(170) Véase, por ejemplo, la famosa carta del 1 a. de J. C. escrita por Hilarión, jornalero que trabajaba en Alejandría, a su esposa Alis, que había quedado en casa (en Oxirrinco) y esperaba un niño (*Oxy.*, 744; Hunt y Edgar, *Sel. Pap.*, 105). En esta carta, Hilarión da instrucciones a su mujer de que exponga al recién nacido si es una niña. La carta ha sido estudiada varias veces, últimamente por F. Zimmermann, *Act. Ve Congr. Pap.*, 1938, págs. 583 y sigs., quien señala que Hilarión actuaba bajo el peso de la pobreza y la necesidad. Cf. W. L. Westermann, *P. W. K.*, supl. VI, 903 y Preisigke, *Wört.*, voz ἀναιρέω: exposición de niños como una de las fuentes de esclavitud atestiguada en Egipto desde la época de Augusto. Puedo señalar a este respecto que se ha encontrado en Egipto un fragmento del tratado de Musonio Rufo Εἰ πάντα τὰ γινόμενα τέκνα θρεπτέον, que pide grandes familias y combate el aborto, etc.; J. Enoch Powell, *Arch. Pap.*, XII (1937), págs. 175 y sigs.

(171) V. Martin, *Les papyrus et l'histoire administrative de l'Égypte gréco-romaine*, en *Münch. Beitr. z. Pap.*, XIX (1934), págs. 128 y sigs., quien ha reunido algunos testimonios sobre el papel que desempeñaban los intereses fiscales en la determinación de las acciones tanto de los funcionarios de gobierno como de los contribuyentes y obreros. Cf. W. Schubart, *Arch. Pap.*, XII (1936), págs. 18 y sigs. Para un punto de vista diferente, W. L. Westermann, *Am. Hist. Rev.*, XLIII (1938), pág. 284.

(172) No puedo examinar en este libro la jurisdicción administrativa de los oficiales reales. He tratado de ello de pasada en mi *Kolonat*, págs. 67 y sigs. Desde aquella época han aparecido excelentes trabajos en este campo. El estudio fundamental es el de H. Berneker, *Die Sondergerichtsbarkeit im griechischen Recht Ägyptens*, etc., en *Münch. Beitr. z. Pap.*, XXII (1935). Véase el útil resumen de C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 547 y sigs., y E. Balogh, *Act. Ve Congr. Pap.*, 1938, págs. 21 y sigs.

(173) Para esta lista, véase mi *Kolonat*, págs. 71 y sigs. Estudiaré en seguida algunos rasgos de la actividad de los funcionarios, a la luz de otros documentos. Aquí podemos dar algunas fuentes sobre las características que no pienso discutir por extenso en el texto. Sobre los σταθμοί (*Teb.*, 5, 168 y sigs.) y su papel en la vida de Egipto, véanse págs. 285 y sigs.; cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 387 y sigs., 477 y sigs. y *Tab.*, 933 (siglo III). El párrafo de *Teb.*, 5, 221 y sigs., que trata de la exacción de las deudas del Estado de los *laoi* e *hypoteleis* por los *practores*, ha sido corregido e interpretado por E. Schönbauer, *Z. d. Sav.-Stift.*, XLVI (1926), pág. 206; cf. H. Liebesny, *Aeg.*, XVI (1936), págs. 275 y sigs.; V. Arangio-Ruiz, *Riv. Fil.*, LXV (15) (1937), págs. 266 y sigs.; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 542. Podemos suponer por este párrafo de *Teb.*, 5, que los poderes de los funcionarios de la corona sobre los *laoi* e *hypoteleis* que eran deudores de la corona —poderes que aún incluían bajo Filadelfo el derecho de vender al deudor como esclavo— fueron restringidos por

los sucesores de Filadelfo y limitados al del simple arresto. Incluso esto parece haber sido prohibido por Evérgetes II. Sobre *Teb.*, 5, 231 y sigs., puedo señalar que conocemos la costumbre de empeñar los instrumentos de trabajo para pagar las deudas, desde principios de la época tolemaica; Petronio, II, 13 (1), y *P. Cairo Zen.*, 59633, 20. Esto se hacía en 111 antes de J. C. en uno de los pueblos del Fayum, *Teb.*, 878. En este caso los deudores de la corona no eran labradores reales.

(174) G. McLean Harper, Jr., *Aeg.* XIV (1934), pág. 29 y sig. Es interesante comparar el papel desempeñado por Menques en Cerceosiris con el de Herieo, *topogrammateus* de Pois (nomo coptita), en el sur de Egipto, hacia la misma época (116 a. de J. C.). Petenefotes, humilde *paraschistes* de Tebas, describe su posición e influencia con las siguientes palabras (*U. P. Z.*, 196, col. II, 54 y sigs.; A Wilhelm, *Wien. Anz.*, LXXIV, 1937, págs. 71 y sigs.): καὶ τρόπον τινὰ ὄντ[ος τού]του τὰ ὅλα | τῆς Πώεως καί τινων ἄλλ[ω]ν τῶν | ἐμοὶ ἀποδιεσταλμένων κωμῶν | καὶ μάλιστα τῶν ἐν τῆι Πώει πραγμα|τικῶν καὶ τὸ πρεσβεῖον ἔχοντος | παρὰ τοὺς ἄλλους τοὺ[ς] ἐν τῆι κώμηι | κατοικοῦντας καὶ ἅπαντι διαφέροντος, esto es, «él era el centro de la vida (de todo) de Pois y algunos otros pueblos a mí asignados, y especialmente de los funcionarios de Pois, el hombre más considerado entre los residentes en el pueblo, un hombre de quien todo el mundo se preocupaba». Es de notar que Herieo murió en su cargo, que probablemente desempeñó durante mucho tiempo.

(175) *Teb.*, 10; U. Wilcken, *Chr.*, 160, e introducción; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, 339; G. McLean Harper, Jr., *Aeg.*, XIV (1934), págs. 16 y sigs.; cf. mi *Kolonat*, pág. 35 y sig. Véase el caso del οἰκονόμος τῶν σιτικῶν en Dimeh, a quien ordenó el rey pagar cierta cantidad de trigo al templo de este lugar en 198 a. de J. C., *O. G. I.* 177, 179; U. Wilcken, *Chr.*, 168; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 531.

(176) Sobre los *doreai*, véase cap. IV, págs. 290, 400 y sigs. y 404 y sigs., y notas 213, 215 y sigs.; cap. V, pág. 776 y sigs. y nota 150 *a*. La costumbre de asignar a los altos funcionarios el producto de algunos impuestos probablemente fue heredada por los Tolomeos del antiguo Egipto y de Persia, y con toda probabilidad no se limitó al Egipto tolemaico. La práctica da testimonio de la extendida concepción de que los impuestos son parte de los ingresos privados del rey. En Egipto tenemos frecuentes testimonios de Δωρεαί, que adoptan la forma del derecho a recoger impuestos, especialmente desde el reinado de Evérgetes I. Muchas veces los beneficiarios eran destacadas personalidades: Dicearco en la época de Filopátor, el conocido Agatocles. A los textos anteriormente reunidos añádase *B. G. U.*, 1834, 51-50 a. de J. C., que demuestra que la institución estaba vigente bajo los últimos Tolomeos.

(177) V. Martin, *Les papyrus et l'hist. adm.*, en *Münch. Bitr. z. Pap.*, XIX (1934), págs. 138 y sigs., y C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 514 y sigs.: «Les conséquences de la responsabilité des fonctionnaires». La señorita Préaux ha reunido y estudiado en este capítulo muchos testimonios sobre las relaciones entre el gobierno y los funcionarios por un lado, y entre los funcionarios y la población por otro. Con razón, considera que la raíz de todo el mal está en la responsabilidad material de los funcionarios. Pero debe tenerse en cuenta que esta responsabilidad material no era una innovación de los Tolomeos. Un ejemplo

anterior de una inspección oficial es *Teb.*, 788 (C. Préaux, loc. cit., pág. 521).

(178) Véase mi *Kolonat,* págs. 53 y sigs.; véanse también las págs. 763 y sigs. del presente libro. No puedo entrar aquí en la discusión sobre la legalidad de la tortura, bien para sacar la verdad a una persona sospechosa de un crimen o incluso a un testigo, o bien como castigo. La mención explícita de la tortura en las citadas quejas demuestra que, aunque probablemente legal, la tortura no se aplicaba corrientemente a los libres. Un buen tratado sobre el problema de la tortura en el derecho romano (sin mencionar la época helenística) se encontrará en A. Ehrhardt, artículo *Tormenta,* en *P. W. K.*, VI A, 1775 y sigs. Para el Egipto tolemaico, además de los documentos citados en el texto (*Teb.*, 5, lín. 58, y *Amh.*, 31, lín. 11: πειθανάγκη, que probablemente es un eufemismo por tortura; *Teb.*, 789: στρέβλαι, y *B. G. U.*, 1847, lín. 16: βάσανος), véase *P. Lille,* 29, lín. 22 (βάσανος aplicado a los esclavos en el siglo III a. de J. C.).

(179) Un excelente tratado de la ἀναχωρήσεις, especialmente para la época romana, se encontrará en V. Martin, loc. cit., págs. 144 y sigs.; cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, Índice, voces ἀναχώρησις y «grève», especialmente págs. 500 y sigs., y W. L. Westermann, *Am. Hist. Rev.*, XLIII (1938), págs. 276 y sigs. No puedo considerar la *anachoresis* como un derecho concedido a los indígenas por el gobierno (Westermann). Las «escapadas» y «huidas» eran tradicionales en Egipto. Los reyes, enfrentados con el grave hecho de la escasez de mano de obra y la imposibilidad de reemplazar las «manos caídas», sólo tenían dos medios de combatir las huelgas: la violencia y las negociaciones. Emplearon las dos: véase C. Préaux, loc. cit. Tampoco podemos decir, con Westermann, que la *anachoresis* fuese en el Egipto tolemaico una acción colectiva, e individual en la época romana. Los casos de huidas individuales eran frecuentes; véase, además de *B. G. U.*, 1797 (citado por Westermann), el material recogido por la señorita Préaux, loc. cit.; cf. *Teb.*, 895, 71 y 1008.

(180) F. von Woess, *Das Asylwesen Ägyptens,* etc., 1923; cf. U. Wilcken, introducción y notas a *U. P. Z.*, 64, 119, 120 y 121, especialmente pág. 571 (sobre la *asylia* concedida a los esclavos); L. Wenger, *Phil.*, LXXXVI (1931), págs. 427 y sigs.; C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 487 y sigs., con una lista de inscripciones (pág. 487, nota 2). Véase la importante dedicación y petición (95-94 a. de J. C.) de Magdola, *O. G. I.*, 740; *S. B.*, 7259; *S. E. G.*, VIII, 466. Al hablar de la *asylia,* en mi artículo en *J. E. A.*, VI (1920), pág. 178, nota 10, exageré su importancia en la vida egipcia de los siglos II y I a. de J. C. Ahora vuelvo a mis puntos de vista sobre el tema que expuse en mi recensión del libro de Otto (*G. G. A.*, CLXXI (1909), págs. 635 y sigs.) y en mi *Kolonat.* No puedo compartir el punto de vista de la señorita Préaux según el cual los derechos de inmunidad, exención de impuestos (ἀτέλεια), y *asylia* otorgados a varios templos en el siglo I a. de J. C. eran una especie de suplemento legal innecesario de los mismos derechos ya concedidos a todos los templos, pero no respetados por los funcionarios reales. Ya he explicado antes por qué no creo que nunca se extendiese a los templos una concesión general de este tipo. Los decretos de *asylia* con-

firman mi punto de vista. Los que piden la *asylia* nunca mencionan que es una confirmación de derechos ya adquiridos. No hay duda de que con los decretos de *asylia* se conferían nuevos privilegios a algunos templos. Ni creo que la inmunidad (excepción hecha de las liturgias) y la *ateleia* conferidas a los templos los libertaran de todas las cargas impuestas sobre ellos. El hecho de que los templos den garantías a los gobernantes de su disposición a obedecer las leyes demuestra que la inmunidad y la *ateleia* eran concesiones parciales, no generales: exención de *algunas* liturgias e impuestos. Puedo mencionar que en la petición de 95-94 a. de J. C. en beneficio del templo de Herón en Magdola, anteriormente citado, los dos patronos del templo se quejan no sólo de la opresión que ejercían sobre el templo los oficiales de la corona (συκοφαντία καὶ σεισμός), sino también y en particular de su empeño (considerado por los patronos como ilegal) en recaudar de$_1$ χέρσος ἱερᾶς γῆς ciertos impuestos (el ἔνατον y el ναύβιον). Sin duda los funcionarios tenían razones para hacerlo así. Cf. G. A. Petropoulos, *Act. V*[e] *Congr. Pap.* (1938), pág. 338.

(181) F. von Woess, *Das Asylwesen*, pág. 190; C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, X (19), 1935, págs. 114 y sigs.

(182) D. Schäfer, *Phil.*, LXXXVIII (1933), págs. 296 y sigs.; Cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, X (19), 1935, págs. 109 y sigs., y *L'Écon. Lag.*, págs. 543 y sigs.; W. L. Westermann, *Am. Hist. Rev.*, XLIII (1938), pág. 278. El primer ejemplo de una πίστις es *Teb.*, 741 (187-186 a. de J. C.); cf. 895, líns. 37, 117, 124 (referente a la actividad de Hípalo, véase cap. V, nota 137). Préaux, loc. cit., pág. 544, nota 2, da una lista de πίστεις de la época helenística.

(183) E. Seidl, *Der Eid im ptolemäischen Recht*, 1929, págs. 86 y sigs.; C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, X (20), 1935, págs. 358 y sigs.; cf. H. Zilliacus, *Aeg.*, XIX (1939), págs. 70 y sigs., especialmente 73.

(184) C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, X (19), 1935, págs. 114 y sig., y *L'Écon. Lag.*, pág. 546.

(185) Sobre la responsabilidad colectiva: C. Préaux, *L'écon. Lag.*, págs. 513 y sigs.

(186) Sobre el «Idios Logos» y su historia, véase cap. V, págs. 754 y sigs., y notas 128 y 151; cf. *S. E. G.*, VIII, 488 (59 a. de J. C.). Sobre la ἀδέσποτα véanse las notas de P. Collart y P. Jouguet, *Ét. Pap.*, II (1933), págs. 33 y sigs., basado en G. Plaumann, *Der Idios Logos*, en *Berl. Abh.*, *phil.-hist.*, *Kl.*, XVII (1918), pág. 10; cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, pág. 409. Algunos documentos recientes nos han dado nueva luz sobre este tema, especialmente la inscripción de Cirene de 109-108 antes de J. C. (?) anteriormente citada, nota 157 (*S. E. G.*, IX, 5, líns. 61 y siguientes): ἐάν τινες τῶν ἐπὶ χρείαις τεταγμένων | ἢ τῶν ἄλλων τῶν ὑπὸ τὴν βασιλείαν | τασσομένων ἀδέσποτα αἰτήσωνται | ἢ κατη(ι)τιαμένα, μὴ παρασφραγιζέσθωσαν | τὰ ὑπάρχοντα τῶν καταιτιωμένων μηδὲ | εἰς φυλακὴν παραδιδότωσαν μήτε αὐτοὺς | μήτε τοὺς οἰκέτας αὐτῶν ἄνευ τοῦ παρὰ | τῶν χρηματιστῶν κομίσαι χρηματισμούς. Cf. V. Arangio-Ruiz, *Riv. Fil.*, LXV (15), 1937, págs. 273 y sigs. Quizá podamos relacionar con la propiedad confiscada y sin dueño a la propiedad «no vendida» que aparece de cuando en cuando en documentos de los siglos II y I a. de J. C.; véase *Teb.*, 5, 9; 699, 6 (φιλάνθρωπα de Evérgetes II de 145-144 a. de J. C. relativo

a los templos) y especialmente el decreto de amnistía de Evérgetes II hallado en Chipre; T. B. Mitford, *Arch. Pap.*, XIII (1948), pág. 32, líns. 8 y sigs.: καὶ κομ[ίζεσθαι τὰ ἔτι] | ἄπρατα ἀπὸ τῶν ἰδίων αὐτῶν τῶν διὰ ταῦτα [δημευθέντων (?)]. Cf. *Teb.*, 716, 11 (158 a. de J. C.). De la redacción de la inscripción de Chipre podemos inferir que el ἄπρατα formaba un departamento especial de la administración fiscal, que comprendía la propiedad privada confiscada y no vendida aún. La cuestión de la administración y significado real de ἄπρατα debe estudiarse a la luz de los documentos de época romana que tratan de ἄπρατα y γενηματογραφούμενα, véase mi *Kolonat*, págs. 133 y sigs., especialmente 136 y sigs. y 150 y sigs. Sobre la propiedad confiscada en Chipre y Cirenaica, véase más adelante, y sobre las tierras confiscadas en Tera asignadas a los soldados de la guarnición tolemaica, *I. G.*, XII, 3, 327 (mediados del siglo III a. de J. C.).

(187) Sobre la situación de Caranis: A. R. Boak, *Irrigation and population in the Fayûm*, en *The Geographical Review*, XVI (1926), pág. 361.

(188) Sobre *B. G. U.*, 1730, véase W. Kunkel, *Arch. Pap.*, VIII (1928), págs. 212 y sigs., nota 15; cf. U. Wilcken, ibíd., X (1932), pág. 252, y W. Otto, *Hist. Zeitschr.*, CLII (1935), pág. 543. Es interesante ver que el gobierno, antes de recurrir a sus propios almacenes de Alejandría, trata de asegurar un suministro de grano para esta ciudad forzando a los mercaderes. Así, pues, en tiempos normales, Alejandría dependía del comercio privado, del sobrante de grano producido en la χώρα. Probablemente el rey prefería exportar su propio trigo y venderlo en el extranjero por buena plata. O. Krüger, *La producción agrícola en el Egipto helenístico*, en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CVIII (1935), págs. 102 y sigs. (en ruso), sugiere que el propósito de la orden no era asegurar trigo para Alejandría, sino guardarlo en el Medio Egipto, donde hubo malas cosechas el 50-49. Considero esta interpretación extraordinariamente improbable.

(189) F. Heichelheim, *Wirtsch. Schwank.*, págs. 33 y sigs. y 24, y para los precios, sus listas, págs. 111 y sigs.; véase su *Wirtschaftsg.*, pág. 456.

(190) W. W. Tarn, *C. A. H.*, X, págs. 35 y sigs. Hay cierta exageración en el panegírico de Cleopatra que hace Tarn. Puede ser cierto (aunque basado en testimonios negativos) que Egipto estuviera tranquilo bajo su gobierno; pero Antonio la apoyaba con sus legiones, y antes César. Por otro lado, los testimonios negativos en una época en que tanto escasean, son muy poco útiles. Las dos hambres de su tiempo, aunque probablemente causadas por el bajo nivel del Nilo, sin duda se agravaron por el mal estado de los diques y canales y por la despoblación general de Egipto. Esto es obvio a todo el que conoce Egipto. Su popularidad entre los *laoi* se basa en testimonios muy insignificantes. Como los demás Tolomeos, era celosa de su tesoro, y sin duda fue personalmente muy rica. Esto no significa que el país prosperase. Sus graneros pudieron haber estado llenos de trigo mientras escaseaba el grano en el país. Un buen hallazgo de documentos podía proyectar una luz muy necesaria sobre el Egipto de su tiempo. Sobre la moneda de Cleopatra: Th. Reinach, *Rev. É. G.*, XLI (1928), págs. 182 y sigs., y F. Heichelheim, *Wirtsch. Schwank.*, pág. 37. Nótese que las monedas de bronce de

Cleopatra, acuñadas sobre un patrón reducido (un cuarto del peso de las monedas de bronce, de Auletes), que fueron estudiadas por Giesecke, *Das Ptolemäergeld,* págs. 71 y sigs., probablemente pertenecen a los comienzos de su reinado; véase A. Baldwin Brett, *A new Cleopatra tetradrachm of Ascalon,* en *A. J. A.*, XLI (1937), págs. 452 y sigs.; cf. Ph. Lederer, *Num. Chr.*, LXXI (1938), págs. 65 y sigs. Esto demuestra que la situación económica en Egipto no era mejor a principios de su reino que en el momento crítico antes de Accio. El único decreto que queda de Cleopatra, de 41 a. de J. C. (*S. B.*, 7337; Lefebvre, *Mél. Holleaux,* 1913, págs. 103 y sigs.; P. Collomp, *Rech. sur la Chancellerie et Diplomatique des Lagides,* 1926, pág. 196), muestra que los agentes del gobierno no fueron mejores en su tiempo que antes de ella. Nótese el ansia de Cleopatra, reina de Alejandría, por conservar la simpatía de los alejandrinos. Cf. *S. B.*, 7457; E. Breccia, *Bull. de la Soc. Arch. d'Alex.*, XXIV (1920), pág. 66, nota 5.

(191) W. L. Westermann, en su valioso e interesante artículo *The Ptolemies and the welfare of their subjects,* en *Am. Hist. Rev.*, XLVI (1938), págs. 271 y sigs., ha resumido brevemente los distintos puntos de vista expresados por los diversos eruditos sobre la política general de los Tolomeos y añade el suyo propio. Al combatir las exageraciones de algunos eruditos modernos, temo que él mismo exagere en su cuadro, algo idílico, del régimen tolemaico. En lo principal, sus puntos de vista coinciden en cierto modo con los míos, según ya dije, y con los de la señorita Préaux (véase su *Économie royale des Lagides*). La señorita Préaux insiste en que la política de los Tolomeos era «real», no racial. Por «real» probablemente entiende «de acuerdo con la política tradicional de los reyes orientales», que dirigían y organizaban la vida política, social y económica de sus respectivas monarquías y protegían al débil contra el fuerte. Sin embargo, mientras los principios fundamentales —la filosofía— de la realeza oriental siguió siendo la misma durante milenios, su aplicación varió según el tiempo, las circunstancias y las personas. Lo mismo ocurrió con los Tolomeos. Mientras que al principio su política fue en general la misma que la de otros gobernantes helenísticos, es decir, personal y dinástica, gradualmente se fue haciendo más y más relacionada con el país sobre el que reinaba, esto es, más «real», en el sentido oriental, que antes. Sin embargo, por la fuerza de las circunstancias se hizo cada vez más opresiva sobre la población en general e intolerable para ésta. Cf. F. Heichelheim, *Wirtschaftsgeschichte des Altertums,* 1938.

(192) Sobre Chipre, véanse los artículos de T. B. Mitford anteriormente citados, cap. IV, nota 133. Sobre Cirene: G. Oliverio, *Documenti antichi dell'Africa italiana,* II, 1 y 2; *S. E. G.*, IX.

(193) La φιλάνθρωπα de Chipre: T. B. Mitford, *Actes V[e] Congr. Pap.* (1938), págs. 291 y sigs., y *Arch. Pap.*, XIII (1938), págs. 32 y sigs.; W. Otto y H. Bengtson, loc. cit., págs. 26 y sigs., y notas 4 y 5. La fecha 145-144 a. de J. C. no es segura. La inscripción de Cirene: *S. E. G.*, IX, 5; véanse notas 157 y 186 de este capítulo.

(194) Véase nota 157. No puedo repetir aquí el contenido de los artículos citados en la nota 157. Remito al lector a ello para todos los problemas planteados por los documentos no tratados en el texto.

(195) Véase *Teb.*, 61 *a*, líns. 20 y sigs., y 64 *a*, líns. 82 y sigs. (118-117 a. de J. C.) y nota 186 de este capítulo.

(196) A este respecto, es muy interesante un papiro del siglo II antes de J. C., *Teb.*, 886; cf. 728, 7. Son las cuentas de un mercader de aceite. En ellas el aceite extranjero (ξενικὸν ἔλαιον) abunda mucho más que el indígena (Αἰγύπτιον), aunque es más caro (ochenta dracmas por cotila frente a sesenta dracmas). Estos dos documentos muestran que las restricciones para la importación de aceite extranjero en Egipto ya no existían en el siglo II a. de J. C., y que el aceite extranjero circulaba libremente en el mercado egipcio. Esto pudo deberse a que el aceite doméstico era inferior y no se producía en suficiente cantidad. Pero pueden suponerse otras razones. Después de Panión el excelente aceite sirio que completaba el aceite indígena de oliva ya no se podía conseguir en las mismas condiciones que antes, mientras que seguía habiendo gran demanda de aceite de oliva de mejor calidad que el egipcio. Ésta era una excelente oportunidad que tenían los mercaderes egeos y sirios para exportar a Egipto uno de sus principales productos, y para los reyes de Egipto una buena ocasión de atraer el comercio egeo y sirio a Alejandría, sacando al mismo tiempo un buen provecho de los derechos de aduanas. Ésta es la explicación de la diferencia de precio (veinte dracmas de cobre) entre el aceite extranjero y el indígena: los derechos de aduanas subirían a un cuarto del precio de venta. Es una pena que este documento no esté exactamente fechado y que no podamos comparar el precio del aceite extranjero en Egipto con los precios contemporáneos en el Egeo. El precio del aceite es demasiado alto para el tipo 1 : 60 de Filopátor (ocho óbolos de plata). La dracma de cobre estaba muy despreciada, pero no podemos saber cuánto.

(197) Sobre las primeras decoraciones murales del siglo II a. de J. C. en Roma: G. E. Rizzo, *Monumenti della pittura ellenistico-romana*, III, Roma, I: *Le pitture della Casa dei Grifi*, 1936; cf. H. G. Beyen, *Die pompeianische Wanddekoration vom zweiten bis zum vierten Stil*, I, 1938, págs. 46 y sigs., figs. 7, 8 y 9. La fecha de las pinturas de la Casa de los Grifos es probablemente de fines del siglo II o principios del I a. de J. C. (principios de la época de Sila). Nótese especialmente la decoración de lunetas de la habitación 3, Rizzo, loc. cit., láms. B y IV; figuras del texto 16 y 17, que pueden aludir a Alejandría.

(198) Quizá pueda considerarse creación de Alejandría y Egipto en el siglo I a. de J. C. el tipo de vaso de vidrio cubierto con adornos y figuras pintadas en la superficie en oro o colores aguados. Conocemos este vidrio principalmente por los ejemplares hallados en Italia, sur de Rusia y Galia. Los primeros de estos ejemplares son fechados en el siglo I d. de J. C. El origen de estos vasos pintados se ha atribuido, con gran probabilidad de acierto, a Siria y Egipto, aunque el primero es el mejor candidato. Ahora bien: este vidrio es sin duda una continuación del vidrio dorado de la época helenística que he descrito en el cap. IV, notas 165 y 166. El último ejemplo de vidrio de este tipo son los fragmentos de un plato hallados en una de las tumbas monumentales de la casa real gálata de Deyotaro en Karalar (véase nota 116) y pertenecientes, en consecuencia, al siglo I a. de J. C.; véase Remzi Uguz, *Türk Tarih, Ark. ve etn. Derg.*, II (1934), lám. 13, frente a la pág. 124

(túmulo B). El fragmento del mismo tipo de vidrio que se halla en el Museo Metropolitano de Nueva York (lám. XLIII, 4), con adornos dorados y aguados entre dos capas de vidrio, no cabe duda de que no es romano, sino helenístico (*Bull. Metr. Mus.*, XX (1925), pág. 183). Esto puede indicar que fue en el siglo I a. de J. C. cuando se produjeron en Egipto los primeros ejemplares de vidrio pintado. En la Exposición de Arte Augustal, celebrada en el Museo Metropolitano de Nueva York en 1939, se exhibieron bellos ejemplares de vidrio pintado; véase *Augustan art*, 1939, pág. 23 y figs. 51 y 52; véanse también los cuencos pintados recientemente hallados en Locarno; D. Silvestrini, *Bull. d'Arte*, XVI 1938, págs. 430 y sigs., y F. Stähelin, *Anz. Schweiz. Altertumsk.*, 1938, cuaderno 4 (mis artículos citados en el cap. IV, nota 165, son desconocidos de ambos autores). El tipo más frecuente de vidrio pintado (cuencos con una roseta especial en el fondo, repetida en todos los ejemplares conocidos) se exportó probablemente de un solo lugar; la roseta es la marca de fábrica.

Recientemente se han descubierto en Begram (Afganistán) grandes cantidades de vidrio pintado; véase J. Hackin, *Recherches archéologiques à Begram*, 1939. A los fragmentos publicados se han añadido muchos más desde la publicación del primer informe de Hackin. Los fragmentos de Begram deben estudiarse cuidadosamente a la luz de otros ejemplares existentes. Mi impresión es que los últimos son distintos en muchos aspectos, pues, mientras que los encontrados en Italia, sur de Rusia y la Galia probablemente fueron hechos en Egipto, los de Begram pueden considerarse como un producto de Siria. Sobre los hallazgos de Begram, véase adición al cap. IV, nota 317.

(199) No puedo entrar aquí en el estudio de la vajilla de plata de finales de la época helenística y principios de la romana o augustal. Sin embargo, es obvio que en los tesoros de Hildesheim, Boscoreale y la Casa de Menandro, en Pompeya, tenemos piezas que son puramente helenísticas; algunas pueden remontarse a Alejandría. Véase el sugerente artículo de A. Ippel, *Guss und Treibarbeit in Silber*, en *Winckelmanns Progr.*, 97 (1937).

(200) Véase mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 111; véase también pág. 77 del presente libro. Es verdad que en la época augustal y más tarde, en el siglo I d. de J. C., eran muy activas las relaciones entre el sur de Italia y Egipto. Me inclino a creer que lo fueron mucho antes, especialmente después de la decadencia de Delos y el rápido crecimiento de Puteoli. Un buen ejemplo de esto es el reciente hallazgo en Pompeya de una bella estatuilla de marfil de la diosa india Laksmi, del más puro estilo indio, que fue importada a Pompeya vía Alejandría. No siendo especialista en arte indio, no puedo discutir la fecha de esta estatuilla. Mi impresión es que pertenece a finales de la época helenística. Sobre la exportación de objetos de marfil de la India a través de Bactriana, véanse mis observaciones sobre el hallazgo de Kapisa (pág. 512 y nota 317). Sobre la estatuilla encontrada en Pompeya: A. Maiuri, *Statuetta eburnea di arte indiana a Pompei*, en *Le Arti*, I, 2 (1939), págs. 111 y sigs. Véase cap. VIII, nota 192.

Es innecesario recordar al lector los numerosos rasgos de la vida pompeyana que revelan antiguas conexiones entre esa ciudad y Alejan-

dría. Baste mencionar el templo de Isis, construido a finales del siglo II a. de J. C. y reconstruido después del terremoto del 63 d. de J. C. Véase R. C. Carrington, *Pompeii,* 1936, págs. 126 y sigs. (cf. 121 y sigs.) y A. Sogliano, *Pompei nel suo sviluppo storico,* 1937, págs. 221 y sigs. Véanse también las guías de Pompeya más recientes (Mau-Ippel, Warsher, Maiuri, etc.).

(201) Véase mi artículo *Foreign commerce of Ptolemaic Egypt,* en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.,* IV (1932), págs. 754 y sigs. Sobre Loco y la inscripción delia, véanse los comentarios de P. Roussel en *Inscr. de Délos,* 1526, y especialmente la discusión de su carrera y actividad en W. Otto y H. Bengtson, *Zur Gesch. d. Niederg.,* etc., páginas 101 y sigs. No estoy seguro de que Loco fuese nombrado estratego de Tebaida en 127-126 a. de J. C. después de la toma de Alejandría. Pudo haber desempeñado este cargo antes, y participado en la captura de parte del ejército como comandante de la Tebaida. Otto y Bengtson no ofrecen fuentes demostrativas de que los mercaderes romanos ayudaron a Evérgetes en la toma de Alejandría. No es imposible que lo hicieran, pero es muy improbable. No veo razón por la que no siguieran ocupados en sus negocios en Alejandría, y salvaran su vida y propiedades con ayuda de Loco y Evérgetes. Si no, podían haber tenido agentes, mercancías y barcos en el puerto y los muelles de Alejandría. Sobre Estolo y Símalo y su familia, riqueza y residencia, véanse mis notas, *C. A. H.,* VIII, pág. 649. Sobre los cultos egipcios y los alejandrinos en Delos, P. Roussel, *Délos, col. ath.,* págs. 86 y 93, nota 4.

(202) U. Wilcken, *Punkt-Fahrten in der Ptolemäerzeit,* en *Zeitschr. f. Äg. Spr.,* LX (1925), págs. 86 y sigs.; cf. E. Ziebarth, *Seeraub,* págs. 54 y 126, nota 24, y A. Wilhelm, *J. R. S.,* XXVII (1937), págs. 148 y sigs. La fecha del papiro no es segura. El hecho de que aparezca un cartaginés entre los garantes hace probable, pero no necesario, que Cartago aún no hubiera sido destruida. Los capitalistas y mercaderes cartagineses pudieron haber sido residentes en Atenas antes de la catástrofe y permanecido allí después de ella. Sobre el papel de Gneo, véanse las interesantes observaciones de F. Heichelheim, *Aeg.,* XIII (1933), páginas 187 y sigs., quien compara los préstamos marítimos de Catón (Plut., *Cato Ma.,* 21) y el papel de su liberto Quintio, que navegaba con un grupo de mercaderes a quienes Catón había otorgado un préstamo. Para el nombre de Gneo, véase «Cayo» en Calínico, Διηγήσεις, V, 25 y sigs. y J. Stroux, *Phil.,* LXXXIX (1934), pág. 305, nota 6; véase también F. Altheim, *Weltherrschaft und Krise,* 1935, págs. 143 y sigs., y G. De Sanctis, *Riv. Fil.,* XIII (63), 1935, págs. 289 y sigs. Puedo citar en relación con ello que las monedas tolemaicas llegaron a los países danubianos a través de Italia. Un tesoro de monedas hallado en Macin, Croacia (Noe[2], núm. 666), y enterrado hacia el 89 a. de J. C. contenía los ahorros de una familia lentamente acumulados o el depósito de cobre de un herrero. En este tesoro, además del *aes grave, aes signatum,* y *aes rude,* se encontraron grandes cantidades de monedas sicilianas, cartaginesas, númidas, suditálicas y tolemaicas (Tolomeo VIII y Tolomeo IX). El hallazgo demuestra la orientación del comercio egipcio hacia Occidente en el siglo I a. de J. C.

(203) Sobre el renacimiento del comercio oriental, véanse: M. Chwostow, *Estudios de historia de las relaciones comerciales en el período helenístico y la época romana imperial*, I: *Historia del comercio oriental en el Egipto grecorromano*, Kazán, 1907 (en ruso); mi artículo, *Zur Geschichte des Ost- und Südhandels im ptolemäisch-römischen Ägypten*, en *Arch. Pap.*, IV (1907-1908), págs. 304 y sigs.; H. Kortenbeutel, *Der ägyptische Süd- und Osthandel in der Politik der Ptolemäer und römischen Kaiser*, 1931, págs. 44 y sigs.; mi artículo citado en la nota 201; M. Cary y E. H. Warmington, *Les Explorateurs de l'Antiquité*, 1932, págs. 103 y sigs. Para las relaciones con la India: S. Levi, *Alexandre et Alexandrie dans les documents indiens*, en *Mél. Maspero*, 1934, II, págs. 154 y sigs. Sobre las primeras relaciones con China (cuentas de vidrio, quizá importadas de Alejandría): C. G. Seligman, *The Roman Orient and the Far East*, en *Antiquity*, XI (1937), págs. 16 y sigs. Para la amplia literatura sobre el tema, véanse, además de los libros y artículos citados, los volúmenes de Kortenbeutel y Cary. En estos libros y en mi artículo del *Journ. of Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), págs. 737 y sigs., y especialmente 745 y sigs., se discuten las distintas controversias sobre algunos problemas que ofrece la época que estudiamos.

Los elevados impuestos que se cobraban en Leuce Come en la época romana (25 por 100 del valor de la mercancía) tienen su paralelo, por un lado, en la tarifa compensatoria de mercancías importadas del reinado de Filadelfo, y por otro, en la τετάρτη impuesta en la época romana en la frontera parta, como atestiguan inscripciones recientemente halladas por H. Seyrig en el ágora de Palmira [=*Syria*, XXII, 1941, págs. 263 y sigs.] (véase sobre la nota 152). La última puede interpretarse como una tarifa protectora destinada a apartar las mercancías indias de la ruta de tierra que iba a través de Bartia, obligándolas a utilizar la ruta marítima que traía mercancías indias a Egipto y Alejandría directamente.

Sobre el tráfico entre Copto y Berenice, y en general entre el valle del Nilo y las playas del mar Rojo, en la época de Filopátor, y sobre una cacería de elefantes bajo Carimorto, véase L. Amundsen, *Ostr. Osl.*, 1933, nota 2, págs. 8 y sigs., con las correcciones de U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XI (1933), pág. 139, nota 1, y A. S. Hunt, *J. E. A.*, XX (1934), pág. 125. Sobre Egipto y los nabateos en la época de Evérgetes II: H. Kortenbeutel, loc. cit., pág. 45; mi artículo en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), págs. 737 y sigs. Cf. W. Otto y H. Bengtson, loc. cit., págs. 214 y sigs.

(204) Sobre Agatárquides de Cnido: C. Müller, en *G. G. M.*, I, Pról., págs. LIV y sigs., y fragmentos, págs. 111 y sigs.; cf. F. Jacoby, *F. Gr. Hist.*, 86. Sobre su vida y obra, véanse las principales historias de la geografía y literatura antiguas, y especialmente F. Susemihl, *Gesch. gr. Lit. in d. Alexandrinerzeit*, I, págs. 685 y sigs.; M. Chvostov, loc. cit., pág. 51 y 439 (ambas con bibliografía); E. Schwartz, *P. W.*, I, 739 y sig.; W. W. Tarn, *J. E. A.*, XV (1929), pág. 14; *Hell. Civ.*², págs. 209 y sigs. (3.ª ed., págs. 239 y sigs.); H. Kortenbeutel, loc. cit., págs. 8 y sigs.; W. Otto y H. Bengtson, loc. cit., pág. 195.

(205) Sobre Eudoxo e Hípalo, véase mi artículo en *Journ. of Econ. and Bus. Hist.*, IV (1932), pág. 745, y especialmente el estudio magis-

tral de W. Otto y H. Bengtson, loc. cit., cap. III, *Die Aufnahme des direkten Seeverkehrs mit Indien in der Zeit des 2. Euergetes,* págs. 194 y sigs. En éste encontrará el lector todas las fuentes y una bibliografía completa. Véanse las observaciones de W. W. Tarn, *J. H. S.,* LIX (1939), pág. 324. Debo decir que en mi artículo citado (que no tienen en cuenta Otto y Bengtson) he demostrado la relación entre Eudoxo e Hípalo. En las líneas a ellos dedicadas en el texto acepto la mayoría de los resultados del estudio de Otto y Bengtson. Cf. J. H. Thiele, *Eudoxus van Cyzicus,* en *Mededeel. Nederl. Ak. van Wettenschappen.* Nieuwe Recks, Deel 2, núm. 8, 1939, págs. 187 y sigs.

(206) Sobre el nuevo cargo en la administración tolemaica, véase W. Otto y H. Bengtson, loc. cit., cap. I, *Zu einer griechischen Weihinschrift aus Koptos von Jahre* 110/9 *v. Chr.,* págs. 1 y sigs. y 215 y sigs.

(207) Estrabón, II, 5, 12, pág. 118; XV, 1, 4, pág. 686; XVII, 1, 13, pág. 798, y 45, pág. 815. Sin duda, Estrabón creía que fueron los romanos los primeros que organizaron relaciones comerciales marítimas a gran escala entre la India y Egipto. Sobre las afirmaciones de Estrabón, véase W. Otto y H. Bengtson, loc. cit., pág. 212. Sin embargo, no puedo aceptar su punto de vista de la decadencia gradual del comercio indioegipcio en el siglo I a. de J. C. Nuestras fuentes no lo apoyan. Por supuesto, el comercio no podía realizarse en toda su amplitud en esta época revuelta. Pero no veo razón para suponer que los últimos Tolomeos mantenían el cargo de comandante de los mares Rojo e Índico si no hubiera nada que proteger en estos mares y ningún comercio que vigilar y organizar.

CAPÍTULO VII

LA DOMINACIÓN ROMANA

FUENTES DE INFORMACIÓN

Este capítulo puede considerarse como un epílogo a la historia del desarrollo económico y social del mundo helenístico. Contiene un breve resumen de las condiciones que dominaban en él en la época de las guerras mitridática y civiles hasta la batalla de Accio. No tengo que decir que este período es a la vez un epílogo y un prólogo: un epílogo al desarrollo de la economía helenística creada por Alejandro y desarrollada por sus sucesores; un prólogo en cuanto anuncia la nueva fase en la vida económica del mundo antiguo originada por la estabilización y reorganización del imperio romano por obra de Augusto. Es evidente que un nuevo sistema económico no sustituyó al viejo en esta coyuntura. En la historia no se dan estos cortes en la evolución. La vida económica de Oriente se desarrolló después de Augusto en gran parte según los mismos principios que antes de él. La economía helenística y el orden social helenístico estaban demasiado arraigados en la vida del Oriente para cambiar de pronto por cualquier acto de Augusto o de sus sucesores inmediatos. Sin embargo, el firme establecimiento de la *pax romana* en el mundo civilizado unido, y la organización estable y uniforme del imperio romano, cuyos fundamentos fueron sentados por Augusto, puso en movimiento fuerzas nuevas y poderosas que afectaron profundamente al mundo antiguo en general. Ya he tratado de este período de la historia económica en otra obra, donde he indicado los lazos que unían al imperio romano con los países helenísticos.

El período en cuestión es aquel en que la dominación romana, firmemente establecida en algunas partes de Oriente, fue

amenazada por el levantamiento de parte del mundo helenístico por iniciativa y bajo el caudillaje del rey del Ponto helenizado, Mitrídates VI Eupátor, y después reanudada y extendida a casi todo este mundo en medio de la tempestuosa atmósfera de las guerras civiles romanas.

No nos ocupamos aquí de la historia de las guerras mitridática y civiles, estudiadas repetidas veces. Mi propósito es investigar el efecto de estas guerras y de la subsiguiente reorganización por parte de Roma de la administración de las provincias antiguas y nuevas del Oriente helenístico, sobre la vida económica y social de esas regiones. Es importante saber la forma que habían tomado las provincias helenísticas senatoriales cuando fueron entregadas a Augusto. En el capítulo anterior he tratado de Egipto, que fue provincia romana después de Accio. La evolución social y económica de este país en el siglo I a. de J. C. no fue afectada directamente por las guerras mitridática y civiles, excepto la guerra de Accio. Estas guerras no fueron la causa de la crisis, anteriormente descrita, que por esta época sufría Egipto, aunque pudieron haberla agudizado. En este capítulo me limitaré a Grecia, incluyendo Macedonia y Tracia, las viejas provincias de Asia y Cilicia y las nuevas provincias de Bitinia, Ponto y Siria después de su anexión al imperio romano.

No se encontrará un resumen general del aspecto económico y social de estas regiones en el siglo I a. de J. C. en las modernas historias, tanto de la época helenística como de Roma. La mayor parte de las primeras terminan su narración en una época anterior, mientras que las últimas, naturalmente, se ocupan mucho más del desarrollo político, militar, administrativo y social del Estado romano en general que de la agonía del mundo helenístico, un renacimiento moribundo que desempeña un papel secundario en estos resúmenes generales. La única excepción en lo que respecta a una parte del período en cuestión es el brillante cuadro de todo el mundo helenístico (excluido Egipto) dado por Th. Reinach en su magistral libro sobre Mitrídates Eupátor. Entre otras valiosas contribuciones, pueden mencionarse los resúmenes de Grecia en esta época por Finlay y Hertzberg, en sus excelentes historias de Grecia bajo la dominación romana, y recientemente por J. A. O. Larsen, y otros resúmenes parecidos de la historia de la provincia romana de Asia por Chapot, de Asia Menor en general por T. R. S. Broughton y de la provincia de Siria por Dobiaš. El lector puede también consultar algunas monogra-

fías sobre los métodos de administración provincial del Senado romano a fines del siglo I a. de J. C. (1).

Nuestra información es mejor para el período que consideramos que para cualquier otro de la historia del mundo helenístico, lo que no quiere decir que sea completamente satisfactoria. Apiano en sus *Mithridatica* y en su historia de las guerras civiles, Plutarco en muchas de sus biografías, fragmentos de Dion Casio para los años 133 a 69 a. de J. C. y su narración seguida de los acontecimientos desde el 68 al 44 a. de J. C. (libros XXXVI a XLIV, conservados en parte) y los *periochae* de Tito Livio contienen mucha información sobre la vida social y económica del Oriente. Aún se encontrará más información en las obras de Cicerón, especialmente en sus discursos y cartas, algunas de las cuales* dan un retrato vivo, aunque no del todo exacto de las condiciones en Asia Menor, Siria y Grecia, con gran riqueza de detalles. Lo mismo, aunque en menor grado, se puede decir del *Corpus Caesarianum*. Todas estas obras literarias y algunas compilaciones históricas posteriores, hay que admitirlo, representan en lo fundamental el punto de vista romano, y lo mismo ocurre con la obra del gran Posidonio, en la medida en que podemos formarnos una idea de ella, y aún más para los escritores griegos panegiristas de Roma, como Nicolao de Damasco y Teófanes de Mitilene, amigo y protegido de Pompeyo.

Tenemos que lamentar que la voz de los griegos hostiles a Roma o, más bien, sin prejuicios en su favor, que daban su interpretación del curso de los hechos y de su reacción ante ellos, no la podemos oír o solamente nos llega muy apagada a través de los textos literarios. La obra de Pompeyo Trogo sobrevive solamente en una abreviación muy escasa de Justino y no contiene nada que se refiera a la vida social y económica del mundo helenístico. Josefo y aún más los libros de los Macabeos presentan el punto de vista judío y dan alguna idea de la atmósfera que rodeaba a una de las partes más peculiares de ese mundo. La historia de Heraclea Póntica de Memnón es de un valor incalculable, porque presenta los hechos desde el punto de vista de una de las ciudades griegas más fuertes de la época. Finalmente, el gran historiador y geógrafo Estrabón nos da de cuando en cuan-

---

* Por ejemplo, las *Verrinas, De imperio Cn. Pompei, Pro Flacco, Pro Sestio, De provinciis consularibus, In Pisonem, Pro rege Deiotaro,* y varias cartas de su correspondencia con su hermano Quinto y con Ático.

do, en una digresión histórica, un cuadro sustancial y fiel de las condiciones existentes en esta época en distintas ciudades de Asia Menor. Especialmente interesantes son sus descripciones de su Ponto nativo y de Capadocia y sus digresiones referentes a la historia de las partes de Asia Menor, Mitrídates y sus sucesores, y de la historia del reino del Bósforo. Es probable que estos pasajes fueran sacados de un historiador local del Ponto, Hipsícrates, natural de Amiso (2).

Sin embargo, ninguno de estos autores últimamente nombrados representa en modo alguno de una manera adecuada el punto de vista de los griegos sin prejuicios. Por ello debemos prestar más atención a estos reflejos de la vida real del mundo helenístico que podemos percibir en muchas inscripciones halladas en distintas partes de él, principalmente en Grecia y Asia Menor. Sin duda, la mayoría de éstas son documentos oficiales romanos, o de un carácter prorromano: inscripciones erigidas en honor de los amos del día o de sus partidarios. Sin embargo, tales como son, contienen una información documental valiosa sobre la vida, sufrimientos y esperanzas de la población de los países helenísticos. Las monedas y el material arqueológico dan una información más restringida.

No pretendo haber explotado este rico material de modo exhaustivo. Ofrezco aquí un mero esbozo, un breve epílogo. En el curso de ese esbozo no he citado todos los textos literarios e inscripciones, sino solamente algunos, una selección que presenta, sobre todo, el aspecto negro del cuadro y que no siempre se refiere a su aspecto social y económico. Esto se hace inevitable por el carácter de nuestras fuentes de información. Un tratado con más pormenores implicaría discusiones difíciles y complicadas, que para ellas solas requerirían un volumen que tuviese en cuenta el carácter general de la dominación romana antes de Augusto, sus principios de gobierno, administración, política económica y fiscal, etc. Este tema fascinante exige un examen adecuado y más completo por un joven investigador, no tanto como epílogo cuanto como prólogo a un nuevo capítulo en la historia del mundo antiguo.

1. MITRÍDATES

No puedo contar aquí la historia de la primera guerra mitridática (3), pero sí puedo señalar algunos aspectos importantes de ella, a la que ya se han hecho alusiones, teniendo en cuenta

su grande y duradera influencia sobre la vida social y económica del mundo egeo.

Después de su conquista del Ponto, Mitrídates dirigió sus esfuerzos a la organización y consolidación de su reino. No estaban aún completas, porque parte del territorio póntico permanecía en manos de los reyes bitinios. Además, para ser dueño de sus dominios, Mitrídates necesitaba ejercer un control completo sobre los Estrechos. En estos dos puntos, los intereses de Mitrídates eran irreconciliables con los de Roma, y por ende la solución no podía darse sin la guerra.

Ninguna guerra podía dirigirse contra Roma con esperanza de éxito mientras ésta controlase Grecia y Asia Menor y gozase de su apoyo. La estabilidad y prosperidad del reino póntico de Mitrídates dependía en gran medida de la asistencia de Grecia y Asia Menor, y ésta sólo podía asegurarse si había simpatía y cooperación entre él y ellas. Sinceramente filoheleno o no, Mitrídates se dio cuenta de que sin la ayuda activa de Grecia, sin los recursos acumulados de la riqueza y la inteligencia griegas, todo intento de crear un Estado fuerte en Oriente y de asegurar su independencia estaba condenado al fracaso. Para él era de vital importancia poner de su parte la bolsa griega y el cerebro griego.

En particular, no se podía organizar un ejército o una marina eficientes sin una extensa ayuda griega. Los soldados pónticos de Mitrídates y los mercenarios tracios e iranios eran buen material de guerra, pero no un obstáculo para los legionarios romanos. Para enfrentarse con éstos en pie de igualdad, las tropas de Mitrídates tenían que transformarse en primer lugar en un auténtico ejército moderno, y esto no se podía hacer sin la ayuda activa de los griegos, que en ciencia militar eran considerados todavía como los segundos, después de los romanos. Y lo mismo puede decirse de la marina. En el mundo antiguo, especialmente después de la caída de Cartago y la decadencia de las marinas tolemaica y seléucida, no había más expertos en asuntos navales que los griegos de la Grecia propiamente dicha, las islas y Asia Menor.

Así, pues, era condición indispensable del éxito el que Mitrídates ganase la simpatía, el apoyo y la cooperación del mundo griego, especialmente de la burguesía griega. En esto, sobre todo después de sus primeras victorias, Mitrídates tuvo un éxito fácil. Asia Menor y Grecia le prestaron su apoyo espontánea-

mente y con cierto entusiasmo. Pero este apoyo no era unánime ni del todo entusiástico.

La mayoría de la población de Grecia y Asia Menor se impresionó ante el espectacular despliegue de las fuerzas armadas de Mitrídates y ante sus primeros éxitos militares en las regiones pónticas y después en Asia Menor y Grecia. El efecto de todo ello aumentó con el fuerte resentimiento contra el gobierno romano que sentían todas las clases de la población de estos países. Pero no hay que exagerar el odio a los romanos y la exaltación de Mitrídates. Los impuestos, las contribuciones de guerra, las levas obligatorias y las requisas impuestas por Roma, aunque afectaban en cierta medida a la burguesía, pesaban principalmente sobre las clases bajas. Hay que tener en cuenta que la resistencia romana a Mitrídates antes de la llegada de Sila descansaba principalmente en un ejército reclutado en Asia Menor y compuesto sobre todo por artesanos y labradores*. Por supuesto, estas clases deseaban las *res novae,* vinieran de donde vinieren. Mitrídates les ofreció el señuelo de las *res novae,* y ellos se pusieron de su parte, dispuestos a exterminar a sus opresores, por lo menos los extranjeros.

Por otra parte, las clases acomodadas, especialmente la burguesía urbana, aunque se dolía de la actividad de los publicanos, las cargas de guerra y la competencia de los *negotiatores* en los negocios, no podía tener posiblemente sentimientos muy fuertes contra los «romanos». Las decenas de miles de itálicos asentados en Asia Menor no eran todos opresores extranjeros. Muchos eran tranquilos y honrados hombres de negocios, y propietarios que habían vivido en Grecia y Asia durante varias generaciones, en estrecho contacto social y económico con la burguesía indígena de las ciudades. Hay que recordar que la mayoría de los llamados «romanos» eran itálicos del Sur, algunos de origen griego, y todos estaban más o menos helenizados.

Así, pues, no es sorprendente que el apoyo dado a Mitrídates por las ciudades y sus clases medias estuviese muy lejos de ser unánime. Primero pasaré revista a la situación en Asia Menor. Algunas ciudades resistieron a Mitrídates, entre ellas Magnesia del Sípilo, Tabes, Estratonicea y quizá otras ciudades de Caria y algunas de Licia, Panfilia y Pisidia. Éfeso y Quíos se pasaron al bando de Mitrídates no sin vacilaciones. Rodas y su

---

* Apiano, *Mithr.,* 17.

dependencia de Cos mostró la misma actitud que las ciudades de Caria, Licia y Panfilia. Es evidente que muchos miembros de las clases dirigentes de las ciudades de Asia Menor desconfiaban y recelaban. La acción de Queremón de Nisa antes mencionado (véase pág. 896) es característica y ofrece un buen ejemplo de la actitud de estas clases.

Así, es cierto que las clases medias griegas no pueden ser consideradas como los únicos perpetradores del gran pogromo organizado por Mitrídates en Asia. Ni creo que toda la población de las ciudades tomase parte activa en él. Como otros muchos actos de tiempos antiguos y modernos, la matanza asiática fue ejecutada por la hez de las ciudades. Sin duda, a estos asesinos y ladrones les gustó incluir entre sus víctimas a algunos que no eran itálicos. Ciertamente, los esclavos tomaron parte activa tanto como asesinos de hecho como delatores (μηνυταί), y fueron recompensados por Mitrídates por su participación en la obra otorgándoles la libertad. Estoy convencido de que la matanza despertó entre las clases altas más un sentimiento de terror que de satisfacción. Sin embargo, esto no evitó que tomaran parte en el pillaje. Tenemos noticia de que las ciudades pudieron pagar sus deudas con los provechos del pogromo.

Después de la matanza, Mitrídates necesitaba más que nunca el apoyo de la burguesía griega. Durante algún tiempo estuvo bien provisto de dinero, por haberse apropiado de una gran parte del botín. Por ello tuvo un gesto de generosidad y perdonó los impuestos de toda la gente de Asia por cinco años. A esto añadió algunos actos de generosidad hacia las ciudades griegas: dio un subsidio a Apamea, que había sufrido un terremoto; subvencionó la celebración de juegos (en Esmirna); otorgó regalos a los templos; confirmó y extendió el *asylum* de Éfeso, etc. Sus actos fueron parecidos a los de Aristónico en sus primeros meses de poder. Algunas de sus medidas produjeron cierta alarma en la burguesía. Tales fueron, por ejemplo, el dar privilegios a los esclavos delatores (μηνυταί), y la confiscación del dinero judío en la isla de Cos. Sin embargo, la burguesía no se opondría activamente a Mitrídates ni lo entregaría a los romanos mientras tuviese éxito en el campo de batalla.

La situación en Grecia era parecida. Allí la principal victoria estratégica y moral de Mitrídates fue la defección de Atenas del bando romano. Bajo el caudillaje primero de Atenión y después de Aristión, o, con menos probabilidad, de Aristión, a quien Po-

sidonio llama Atenión por equivocación o a propósito (4), los atenienses se declararon aliados de Mitrídates. Este hecho se ha explicado de varias maneras. Se han destacado las antiguas relaciones de amistad entre los mitridátidas y Atenas, el amargo recelo contra Roma, el ansia natural y romántica de libertad. En mi opinión, se trata principalmente de un hecho igual a muchos otros en la historia de Atenas. Fue una victoria de la «democracia» sobre el régimen oligárquico establecido y apoyado por los romanos. Las clases superiores permanecieron fieles a su política filorromana. La responsable del cambio en la dirección de la política ateniense fue la masa de la población. Fue embaucada en la aventura por demagogos ambiciosos que le prometieron las reformas económicas y sociales de costumbre, y se cegó por los informes exagerados de los éxitos, fuerza y riqueza de Mitrídates. Lo mismo sucedió en toda Grecia.

Grecia pagó por ello un duro precio. Todas las calamidades de la guerra de liberación y de la guerra de esclavización se renovaron en gran escala. Se acabó de pronto la «pentecontecia» de la recuperación y prosperidad de la clase media de Grecia bajo la protección de los romanos. No es este lugar adecuado para repetir la triste historia de la guerra de Sila en Grecia. Los sufrimientos del país empezaron tan pronto como Sila apareció con su ejército sobre su territorio. La ocupación mitridática de Grecia fue un breve preludio; inmediatamente le siguió el conflicto entre Mitrídates y Sila.

El ejército de Sila no era muy grande. Pero como estaba cortado de Italia y del Oriente y no tenía flota que le apoyase, vivió enteramente de los recursos de Grecia. Comida para los soldados, pienso para los caballos, medios de transporte, cuarteles para el ejército, material y trabajo para la construcción de máquinas militares, suministro de vestidos, zapatos, armaduras y armas para equipar a los soldados, todo tenía que ser suministrado por la población de Grecia. Sila tampoco tenía dinero. Además, su pequeño ejército, que experimentó grandes pérdidas durante la campaña, tenía que ser reforzado por levas forzosas de entre los elementos más belicosos de la población griega. Finalmente sobrevino la ruina por los continuos sitios y tomas de ciudades, las incursiones de los medas tracios y los bastarnos (una de las cuales, realizada por los primeros, llegó a Delfos y tuvo por resultado la toma y saqueo de la ciudad y el templo) y por los ataques de piratas a las ciudades y templos indefensos (por ejemplo, el saqueo de Epidauro el 88 a. de J. C.) (5).

Puedo ilustrar cuanto he dicho con unos cuantos ejemplos. El episodio mejor conocido, realmente el episodio central de la guerra, fue el sitio y toma de Atenas y el Pireo por Sila. Apiano y Plutarco nos dan un vivo cuadro del sitio. Su éxito dependió enteramente de la perfección de las máquinas de sitio. Sila no tenía ninguna y tuvo que construirlas sobre el lugar. El trabajo especializado, los materiales y especialmente el hierro, fueron suministrados por Tebas; la madera fue cortada en el Ática —es bien sabido cómo cayeron víctimas de esta operación los famosos plátanos de la Academia—; diez mil pares de mulas se ocuparon en el transporte de material y en mover las máquinas de sitio; por supuesto, las mulas y sus conductores fueron requisados en el país (6).

El resultado del sitio es bien conocido y no necesito recordarlo en detalle: el saqueo de la ciudad, la matanza de la población, la ejecución de los caudillos, la confiscación de la propiedad. Es significativo del nivel de riqueza de la ciudad que todo lo que pudo almacenar Aristión en la Acrópolis, después de una campaña completa de confiscaciones y robos, sólo subía a cuarenta libras de oro y seiscientas de plata*. Sila, en su urgente necesidad de dinero, no dudó en confiscar o tomar prestado oro y plata de los santuarios más ricos y famosos de Grecia: Olimpia, Delfos y Epidauro, y probablemente también de otros. Hay buenas razones para creer que debemos considerar los regalos de Sila al santuario de Anfiareo de Oropo a la misma luz que la concesión de ayuda del territorio de Tebas a Olimpia y Delfos, es decir, como compensación por la confiscación de su capital acumulado (7).

Los abusos que resultaban del alojamiento de los soldados en las ciudades de Grecia se observan claramente en dos inscripciones. Una es un decreto de la ciudad de Queronea (de 87-86 antes de J. C.) en honor de Sadalas, comandante de un destacamento de soldados enviado a Sila por el rey tracio Amatoco. Queronea alaba mucho a Sadalas porque mantuvo la disciplina entre sus soldados estacionados en la ciudad (8).

La otra es una inscripción de Dáulide. Nos da una buena ilustración de los terribles apuros de las ciudades pequeñas y de los peligros que las amenazaban entre el torbellino de la guerra. Ha de observarse que Dáulide estaba situada en una región que

---

* Apiano, *Mithr.*, 39.

sufrió mucho de las hostilidades. Arquelao había saqueado a las vecinas de Dáulide, Panopeo (Fanotea) y Lebadea, y, naturalmente, Dáulide temía por su existencia (Sila era muy blando con sus soldados)*1. Rodeada como estaba por terrores y peligros*2, recurrió (con éxito) a los buenos oficios de Hermias, un hombre de Estratonicea de Caria (ciudad que había apoyado abiertamente a los romanos), y probablemente persona de influencia con Sila. La ciudad le pidió que interviniese en su favor ἐπὶ τῶν ἀγειμένων (9).

Aún más elocuentes son dos inscripciones de Delfos: una que menciona a un focio de Drimo a quien la ciudad pidió ayuda; otra, en honor de Cafisias de Orcómeno, que socorrió a la ciudad en momentos difíciles con un donativo de grano. Ha de observarse que las Pitias de 86 a. de J. C. no se celebraron (10).

Los hechos son bien conocidos y no puedo citarlos todos. Hay que recordar que durante la lucha las tropas pónticas se portaron exactamente lo mismo que las romanas. En su entrevista con Arquelao*3, Sila no exageraba cuando decía que los hombres del Ponto, después de invadir Grecia, mataron gran número de habitantes y se apropiaron «tanto de la propiedad pública y sagrada de las ciudades, como de la privada del asesinado»*4. Puedo recordar al lector la expedición de Arquelao contra Delos. Después de la toma de la ciudad, muchos itálicos y otros residentes en ella (algunos atenienses que tomaron partido por los romanos) fueron muertos (la cifra dada es de veinte mil), sus viudas e hijos vendidos en esclavitud, y su propiedad confiscada y dividida entre Atenas y Mitrídates (11).

Puede verse en Hertzberg (traducción francesa, pág. 359) un cuadro de Grecia en conjunto, por esta época, basado en fuentes literarias*5: «Macedonia sufrió duramente, y Tesalia experimentó grandes trabajos. Al sur de las Termópilas, incluso regiones que no habían sido teatro de la guerra fueron terriblemente arrasadas por contribuciones de guerra, requisas y levas..., y los campos de Beocia y Ática, en particular, fueron prácticamente devas-

---

*1 Salustio, *Cat.*, 11.

*2 Líneas 1 y sigs.: περιστά[ντων] τὰ[ν] | [πόλιν φόβων πολλ]ῶν καὶ κινδύνων μεγάλων.

*3 Apiano, *Mithr.*, 54.

*4 τά τε κοινὰ καὶ ἱερὰ τῶν πόλεων καὶ τὰ ἴδια τῶν ἀνῃρημένων.

*5 Apoyado por los testimonios epigráficos, desconocidos para Hertzberg, que he citado en parte anteriormente.

tados por los ejércitos de los beligerantes.» En muchos lugares la recuperación fue imposible. Hay testimonios de que algunas ciudades no renacieron. Tales fueron Panopeo de Fócida y Alalcómenas de Beocia, cuyo santuario fue robado. Tebas en la época de Estrabón no era más que un miserable pueblo.

Mientras tanto, en Asia Menor (12) las noticias de las grandes victorias de Sila causaron un cambio considerable en la actitud de la población. Allí se sintió duramente la carga de la guerra. No sabemos cuántos hombres libres reclutados en Grecia y Asia Menor servían en los ejércitos de Mitrídates, pero una mención incidental del alistamiento de esclavos es sugerente. En la batalla de Queronea* las primeras filas de la falange póntica comprendían quince mil esclavos, a quienes el general del rey había libertado mediante edictos y alistado entre los hoplitas. Probablemente estos esclavos venían de Grecia, pero lo mismo se hizo, sin duda, en Asia Menor también. ¿Cuántos hombres libres servían además en el ejército de Mitrídates? Además, no hay duda de que la marina de Mitrídates, igual que la marina reunida por Lúculo para Sila, comprendía casi exclusivamente barcos con sus tripulaciones, y los remeros los proporcionaban las ciudades de Asia Menor y las islas. Finalmente, ha de recordarse que la parte del ejército de Mitrídates que estaba con él en Asia Menor vivía sin duda a expensas del país.

Las pesadas cargas, exacciones y confiscaciones arbitrarias de la propiedad, el temor de cargas aún más duras, el terror extendido por los invencibles romanos y la liberación en masa de esclavos por Mitrídates aumentaban el sentimiento de aversión hacia éste entre los hombres dirigentes en las ciudades y en el campo. Hubo una inquietud general en toda Asia Menor. Mitrídates lo sabía por sus espías y actuaba de acuerdo con ello. Se establecieron tiranías en varias ciudades (Trales, Adramitio, Colofón), se nombró un gobernador militar en Éfeso. Sin embargo, la hostilidad hacia el rey crecía cada vez más y provocó represalias. Algunos tetrarcas gálatas, acusados de haber organizado una conjura contra él, fueron sorprendidos y asesinados. Quíos, sospechosa de simpatía hacia los romanos, fue sometida a un trato ignominioso: toda la población fue transportada a Cólquida, escoltada por sus propios esclavos, y colonos pónticos los reemplazaron en Quíos (13). Éfeso fue amenazada por la misma suerte,

---

* Plutarco *Sulla,* 18, 5.

y se sublevó. Las medidas demagógicas de Mitrídates habían causado gran impresión y los jefes de la ciudad desconfiaban de la lealtad de las clases bajas. Un decreto o ley de la ciudad, que aún se conserva, muestra cómo ésta trató de ganar el apoyo de la población concediéndole, especialmente a las clases trabajadoras, distintos privilegios económicos, sociales y políticos. El ejemplo de Éfeso fue seguido por Trales, Hipepa, Metrópolis (?) y, un poco después, Esmirna, Sardes, Colofón y quizá Mileto. Hay razón para pensar que estas ciudades trataban de asegurarse la lealtad de las clases bajas por medio de medidas parecidas a las adoptadas por Éfeso. Finalmente, se sublevó Galacia (14).

El contragolpe de Mitrídates fue terrible. Varias ciudades fueron sitiadas, tomadas y saqueadas*[1]. Constantemente se sucedían las ejecuciones. La provincia fue robada y saqueada sistemáticamente*[2]. Pero la medida más radical del rey fue una revolución social y económica impuesta desde arriba, a la manera de Aristónico. Sila, en su discurso efesino, después de hablar de la gran matanza organizada por Mitrídates y ejecutada por las ciudades, nota con cierta satisfacción: «Por todo esto os ha impuesto castigos Mitrídates, que demostró seros infiel y os colmó de sangre y confiscaciones. Mandó repartir las tierras, cancelar las deudas, libertar los esclavos, someteros a los tiranos y cometer rapiñas numerosas tanto por mar como por tierra, de tal modo que os disteis cuenta en seguida, por la experiencia y la comparación, de qué suerte de protectores teníais antes y qué especie escogisteis en su lugar»*[3]. En su narración histórica, Apiano*[4] describe así las medidas de Mitrídates: «Temiendo la defección de otras ciudades, dio la libertad a las ciudades griegas, proclamó una cancelación de deudas, dio la ciudadanía a los metecos en todas las ciudades y liberó a los esclavos.» No nos sorprende saber que gran número de hombres dirigentes en las ciudades organizaron una conspiración contra Mitrídates que fue delatada y acabó en una matanza general de los conspiradores. Perecieron unos mil seiscientos. Después de la batalla de Orcómeno la situación empeoró aún más*[5] (15).

---

*[1] Tito Livio, LXXXII.
*[2] Apiano, *Mithr.*, 54.
*[3] Ibíd., 62.
*[4] Ibíd., 48.
*[5] Ibíd., 92.

He recordado estos hechos, muy conocidos, porque muestran la atmósfera de ruina, opresión y sospecha mutua que inundó Asia Menor durante el duelo decisivo entre Mitrídates y Sila en Grecia. La situación se agravó más cuando el centro de hostilidades pasó a Asia Menor, donde actuó durante algún tiempo Fimbria cometiendo actos de barbarie y crueldad en competencia con Mitrídates. Su saqueo de Nicomedia, su devastación del territorio de Cícico y de Troade, especialmente el trato cruel dado a Ilión, son mencionados en los textos.

Con la aparición de Sila en Asia Menor y la rendición del ejército de Fimbria llegó para la provincia de Asia el día de la reconciliación. En la reunión de Éfeso, a que me he referido, Sila declara en primer lugar su actitud hacia la política de Mitrídates y sus medidas: «Lejos de los romanos —dice— siquiera el pensamiento de matanzas impías, confiscaciones arbitrarias, revueltas de esclavos o todo bárbaro resto de ello» (traducido por A. M. Harmón).

Sin embargo, sus propias medidas no fueron menos radicales y completas, aunque en dirección opuesta. Las condiciones sociales y económicas que habían prevalecido antes de la revolución social de Mitrídates fueron restablecidas. Era una operación difícil, porque algunas ciudades no quisieron obedecer. Las expediciones de castigo contra ellas acabaron en matanzas de esclavos y hombres libres, pillaje y devastación. Mitilene fue sitiada y ofreció resistencia abierta. Varias ciudades fueron saqueadas por los piratas, después de haber sido perdonadas por Sila (Yaso, Clazómenas, Samos, Samotracia). La provincia tuvo que pagar un duro castigo por su conducta. Se había aprovechado por la munificencia de Mitrídates de la remisión de los impuestos regulares. Ahora Sila exigió en un año la suma total de estos impuestos correspondientes a cinco años. Además, se obligó a la provincia a pagar el coste de la guerra y de su reorganización. Esto subió a 20.000 talentos. Y finalmente el ejército de Sila, después de las durezas de dos campañas, tuvo unas agradables vacaciones a expensas de las provincias. Los soldados fueron alojados durante el invierno del 84 a. de J. C. y quizá también del 83, en casas particulares. Cada soldado recibía de su huésped 16 dracmas por día y comida gratis para él y sus huéspedes, sin limitación de número. Los centuriones (ταξίαρχοι) recibían 50 dracmas por día. También se les suministraban vestidos, uno para usar en casa y otro para la calle.

De este modo se impuso una carga fiscal muy pesada a las ciudades de Asia, que tanto habían sufrido en manos de Mitrídates, Fimbria y Sila. Se hizo que pareciese aún más pesada por comparación con los privilegios otorgados a las ciudades que habían permanecido fieles a Roma: Ilión, Quíos, Magnesia del Sípilo, Laodicea del Lico, Estratonicea y Tabes en Caria; Rodas, probablemente Cos, algunas ciudades de Licia, probablemente también Éfeso y Apolonis; también por los favores otorgados a personas particulares y corporaciones (los *technitai* dionisiacos). No es sorprendente que estas ciudades no pudiesen cumplir sus obligaciones fiscales con los recursos acumulados y se vieran obligadas a pedir dinero prestado y a empeñar sus edificios públicos, sus derechos aduaneros municipales y otros ingresos (16).

No causó tantas dificultades la suma pedida como la necesidad de pagarla en seguida y el método extraordinario y brutal de exigirla. Se hizo responsable a las ciudades mancomunadamente del pago del φόρος y de la multa. Los publicanos fueron eliminados durante algún tiempo. Se obligó a las ciudades a entregar directamente a los agentes de Sila las sumas recogidas de los contribuyentes. Para hacer efectiva la recaudación, Sila dividió a Asia en cuarenta y cuatro regiones y nombró a uno de sus delegados con una fuerza armada a su disposición para cada una.

La retirada de los publicanos no fue permanente. Volvieron con el ejército de Sila. Plutarco y Apiano dicen de ellos que oprimían las ciudades al mismo tiempo que los prestamistas de dinero. Tal vez continuaron recaudando los impuestos anuales, incluida la décuma, y administrando los fundos públicos del pueblo romano, pero este punto es discutido. Un pasaje de Cicerón sugiere que después de la época de Sila no tenían nada que ver con la décuma, que era recaudada, como el *phoros* y la multa, directamente por las ciudades. Pero pudieron haberse procurado contratos para la recaudación de la *scriptura* y los *portoria* y para la administración de los fundos públicos. Estando allí y poseyendo dinero (la crisis producida en el mercado de moneda romana por la matanza del 88 a. de J. C. fue dura, pero breve), probablemente tomaron parte en las operaciones de préstamo de dinero de los banqueros profesionales (17).

Como era de esperar, se demostró que era imposible, a pesar de todos los esfuerzos de los legados de Sila, recaudar en un año toda la suma impuesta por él a Asia. Después de su partida,

su cuestor Lúculo fue encargado de continuar la recaudación. Lúculo hizo lo mejor que pudo durante los cuatro años que desempeñó el cargo (84 a 80 a. de J. C.). Su obra fue muy alabada por los contemporáneos (por ejemplo, Cicerón). Según Plutarco*[1], trató de moderar y humanizar los métodos de los prestamistas y recaudadores de impuestos y de vencer la fiera resistencia de las ciudades que seguían oponiéndose, a pesar de las expediciones punitivas de Sila. Logró pacificar las ciudades, pero no pudo recaudar todas las sumas debidas por ellas. Diez años después, aún había enormes atrasos de los que tuvo que ocuparse Lúculo en la época de la tercera guerra mitridática (18).

La primer guerra mitridática vino como una tempestad violenta y dejó a Grecia y Asia Menor en ruinas. Pero la recuperación no era imposible. Unos cuantos años de paz y benévola administración habrían ayudado poco a poco a que los habitantes se recobrasen otra vez. Por desgracia, no hubo paz ni descanso.

Cuando Sila dejó Grecia (83 a. de J. C.), se encontró en Italia con una peligrosa guerra civil. Su ejército no era grande, y sus recursos financieros eran insuficientes para soportar unas hostilidades prolongadas. Es natural que reforzase su ejército en Grecia y Macedonia con levas obligatorias*[2] y pidiese una dura contribución a las ciudades que le daban sus recursos financieros: Grecia, Macedonia y Asia Menor. Apiano*[3] dice expresamente que durante la guerra civil en Italia «todas las provincias y los reyes y ciudades aliados, no sólo las ciudades tributarias, sino también las que se habían rendido en condiciones especiales bajo juramento especial, o eran como aliadas, o, por algún servicio, autónomas e inmunes, a todas ellas se les obligó ahora a prestar contribuciones y a servir. Algunas perdieron parte de su territorio o de los ingresos de sus puertos concedidos por el tratado».

En Grecia se puede encontrar alguna traza de estos εἰσφοραί. He mencionado el ὀκτώβολος εἰσφορά de Mesene, que puede atribuirse a estos años. Esparta*[4] pagó quizá en esta época contribuciones parecidas. La ciudad estaba sobrecargada de impuestos (ἐπιτάγματα), algunos de los cuales eran atrasados. Tuvo que recurrir a una contribución voluntaria (ἐπίδοσις) de los ciudada-

---

*[1] Plutarco, *Luc.*, 4, 1.
*[2] Peloponenses y macedonios, Apiano, *B. C.*, 1, 79.
*[3] Ibíd., I, 102.
*[4] *I. G.*, V, 1, 11.

nos acomodados y obtuvo un préstamo de un tal Diotimo, probablemente banquero.

La alusión de Apiano a la confiscación de los ingresos de los puertos de las ciudades aliadas quizá pueda hallar una ilustración en la bien conocida *lex Gabinia-Calpurnia* de 58 a. de J. C. referente a Delos. La isla había sido en un tiempo *sacra lib[era et immunis]*, pero probablemente en algún momento de su historia final estuvo sometida a *vectigalia**1. La ley en cuestión restablece la inmunidad de Delos. ¿Podemos relacionar la suspensión de su inmunidad con las medidas de Sila descritas por Apiano? Hay que tener en cuenta que Delos no tenía marina y era incapaz de suministrar barcos como otras ciudades marítimas (19).

Finalmente, puedo sugerir que la renovación en 72 a. de J. C., por una ley tribunicia especial, de los privilegios de la ciudad de Termeso en Pisidia —privilegios otorgados algunos ya en el 91 antes de J. C. y otros después de la primera guerra mitridática— pueden relacionarse con los abusos subsiguientes sobre estos privilegios por la administración romana. De estos abusos pueden haber sido los primeros los εἰσφοραί de Sila y su confiscación o requisa de los derechos de aduanas de la ciudad*2 (20).

Parece que fue C. Antonio Híbrida, quizá dejado en Grecia por Sila al mando de una pequeña fuerza, el encargado de hacer cumplir las órdenes de Sila referentes a las contribuciones. Su obra fue continuada por C. Cornelio Dolabela, gobernador de Macedonia (81-78 a. de J. C.), cuyo legado era el famoso Verres. No hay que recordar al lector todos los desafueros cometidos por Verres durante su residencia en Grecia y Asia Menor (21). Ya he mencionado que era Lúculo el encargado de la recaudación de fondos en Asia. La primera guerra mitridática dejó tras sí en el mar Egeo un triste legado de piratería. Es bien sabido que los piratas eran aliados de Mitrídates y tomaron parte activa en la guerra. En su tiempo los piratas cilicios florecieron como nunca, y los cretenses volvieron a su antiguo oficio. Sila y su cuestor Lúculo fueron incapaces de frenar efectivamente sus

---

1 Se hace mención especial de la obligación [¿pro?*] *custodia publica fe*... (o *fr*...).

*2 Nótese que la inmunidad de la ciudad de la ἐπισταθμία y εἰσφραί y la facultad de la ciudad para recaudar derechos aduaneros según su propio νόμος ὠνῆς (excepto de los publicanos) se tratan con pormenor (*Lex. de Termess.*, col. II, 1, 7 y sigs., y 1, 33 y sigs.).

depredaciones. Después del fin de la guerra se unieron a sus filas gran número de los que habían tomado partido por Mitrídates y que se habían aprovechado de su revolución social, especialmente esclavos liberados por él. La piratería llegó a ser un mal intolerable.

La primera expedición contra los piratas después de la partida de Sila la organizó, el año 82 a. de J. C., A. Terencio Varrón, legado de Lucio Licinio Murena, gobernador de Asia, y está relacionado con la llamada segunda guerra mitridática, la guerra de Murena contra Mitrídates. Esta expedición ha dejado algunas huellas en nuestros textos literarios y en las inscripciones. Probablemente se realizó en gran escala y con éxito. La flota de Varrón constaba exclusivamente de barcos suministrados por distintas ciudades griegas. Cicerón*[1] menciona diez barcos milesios. Los marinos de Cos que sirvieron en la flota de Varrón*[2] dedicaron una inscripción del templo de Zeus Urio. Y finalmente tres inscripciones dedicatorias (dos fueron halladas recientemente en Cos y la tercera pudo haber venido del mismo sitio) fueron erigidas por un destacamento de la marina rodia, la tripulación milesia de un ἄφρακτος, y por halicarnasios que servían en un cuatrirreme (22).

Cicerón describe cómo se reunió la fuerte flota de Varrón*[3]: «Decem enim naves iussu L. Murenae populus milesius ex pecunia vectigali populo romano fecerat, sicut pro sua quaeque parte Asiae ceterae civitates.» ¿Quiere esto decir que la suma requerida para la construcción de barcos se deducía de los pagos anuales (phoros) debidos por las ciudades al Estado romano bajo las disposiciones de Sila? ¿O hemos de suponer que la *pecunia vectigalis* era una adición al tributo regular? El segundo parece haber sido el arreglo corriente, el de Sila antes de Varrón, y de Pompeyo y Valerio Flaco después de él*[4]. En todo caso, la contribución fue pagada, en un año u otro, por todas las ciudades de la provincia, en especie o en dinero (23).

Sabemos que Varrón fue después acusado de *repetundae* en Roma, y absuelto como resultado de un desvergonzado cohecho. Es cierto que su conducta en la recaudación de las contribuciones

---

*1 Cicerón, *Verr.*, II, I, 34, 87.
*2 *I. G.*, XII, 8, 260.
*3 Cicerón, *Verr.*, II, I, 35, 89.
*4 Íd., *Pro Flacco*, 14, 33.

navales de los *socii*, como la de Flaco más tarde, fue deshonesta y arbitraria (24).

A Varrón le sucedió Publio Servilio Vatia (78 a. de J. C.), cuya expedición isáurica fue apoyada por acción naval contra las fortalezas cilicias de los piratas. Es cierto que su flota constaba de barcos entregados por las ciudades griegas de Asia Menor. Es tentador relacionar una inscripción ateniense en honor de un navarca con esta expedición. La piedra está decorada con coronas, dentro de las cuales están los nombres de los tripulantes de sus τριημιολίαι, del κοινόν de los licios, de las ciudades de Faselis, Mira, Side, Celenderis, Citnos y Atenas*1. No es preciso suponer que la persona honrada mandase un destacamento de barcos dado por Atenas; pudo haber sido un rodio. Sin embargo, la fecha de la inscripción no es segura; igualmente puede atribuirse a la época de las grandes operaciones de Pompeyo contra los piratas. También puedo mencionar que tres inscripciones de Janto, en Licia*2, nos hablan de las victorias y servicios de un tal Ecmón, comandante del ejército y la marina licia, que luchó contra los piratas. Pudo haber hecho esto al servicio de los licios y no a requerimiento de los romanos, o pudo haber sido uno de los generales locales bajo el mando de Servilio Isáurico (25). Las ciudades de Asia Menor, además de ser robadas y saqueadas por los piratas, tenían que soportar el peso de la llamada segunda guerra mitridática. Por supuesto, Grecia no sufría la piratería menos que Asia Menor. Además, sus vecinos nórdicos estaban más inquietos que antes porque eran apoyados e instigados por Mitrídates (26).

Después vino la tercera guerra mitridática. Grecia no fue afectada por ella directamente, pero fue un período muy desgraciado de su historia. Los piratas dificultaron mucho las operaciones de Lúculo contra Mitrídates. Se hizo un esfuerzo vigoroso para vencer su actividad. Se creó un mando especial, precursor del que tuvo Pompeyo. Marco Antonio, padre del gran Antonio, fue nombrado comandante en jefe con *infinutum imperium* (74 antes de J. C.). No hizo nada, pero fue una gran carga para las ciudades griegas. Así lo dice expresamente Cicerón*3, y varias inscripciones apoyan su afirmación. Quizá sea una casualidad que todas las inscripciones relacionadas con esta guerra vengan

---

*1 *I. G.*, II², 3218.

*2 *O. G. I.*, 552, 553, 554; *T. A. M.*, II, 1, 264, 265, 319.

*3 Cicerón, *Verr.*, II, III, 41, 213.

del Peloponeso, pero puede sugerirse que Gitio y Epidauro, donde se encontraron las inscripciones, fueran bases navales de Antonio. De hecho, estas dos ciudades eran buenos puntos de partida para su expedición contra Creta, que terminó en un completo desastre.

Las inscripciones de Gitio y Epidauro hablan de contribuciones, de levas obligatorias, y de alojamiento de soldados, así como de hambre y desastre económico en las dos ciudades. Unas cuantas notas sobre estas inscripciones hará más fácil la comprensión de la situación de Grecia en esta época, y las implicaciones que para las ciudades griegas tuvo una operación al parecer tan sencilla como era una expedición contra los piratas. La primera inscripción es un decreto de Epidauro en honor de Euantes*[1]. Antonio colocó una fuerte guarnición en la ciudad, creando así dificultades en el abastecimiento de víveres y causando escasez de grano (σπάνις σίτου). Sin embargo, Euantes, como agoránomo, pudo procurar abundancia de grano y venderlo a la mitad del precio corriente. Además ayudó a la ciudad a celebrar un festival, y con esta ocasión financió un sacrificio y un banquete e hizo una distribución general de grano a razón de medio medimno por cabeza. Aunque gozaba de inmunidad (ἀτέλεια), actuó como agonoteta durante las Dionisias, y finalmente, cuando se ordenó una leva de soldados, pudo conseguir librar de ella a la ciudad. Es tentador atribuir a la misma época otra inscripción de Epidauro, un decreto en honor de Aristobulo*[2], benefactor de la ciudad, que le vendió grano en un momento difícil.

Aún son más explícitas dos inscripciones de Gitio. Una es el famoso decreto de la ciudad en honor de sus ricos banqueros, los dos hermanos Cloacios*[3]. La ciudad contrajo varios préstamos con ellos y recibió ayuda en varias ocasiones en relación con las cargas impuestas sobre la ciudad. Primero vinieron una leva obligatoria y varias requisas. Los Cloacios intervinieron cerca de P. Autronio y L. Marcilio (a quien tuvieron en su casa, relevando así a la ciudad de esta pesada obligación) y lograron que la ciudad se liberase de estas cargas. Poco después los legados de Antonio (C. Julio, P. Autronio y Fulvio) aparecieron en la ciudad, y una vez más intervinieron en su favor los Cloacios. Después C. Galio pidió a la ciudad una contribución de grano,

---

*1 *I. G.*, IV², 66.
*2 Ibíd., IV², 65.
*3 *S. I. G.*³, 748.

y Q. Ancario una entrega de vestidos, contribuciones que se habían extendido sobre las ciudades de Grecia (de acuerdo con los procedimientos de Sila). Otra vez intervienen los Cloacios, con éxito. Finalmente llegó el mismo Antonio e impuso a la ciudad una pesada εἰσφορά. No tenía fondos y nadie le prestaba dinero. Los Cloacios aceptaron prestarle 4.200 dracmas al 48 por 100, pero el año siguiente redujeron el tipo de interés al 24 por 100.

Tenemos un bello retrato de nobleza de carácter en la segunda inscripción de Gitio, un decreto en honor de un médico lacedemonio llamado Damiadas*[1]. Sirvió a la ciudad durante dos años como doctor y se mostró «digno de su profesión»*[2]. Nunca distinguió entre ricos y pobres, esclavos y libres. Después de desempeñar su cargo durante dos años, en el año de Biadas (73-72 a. de J. C.) vio a la ciudad «sobrecargada y exhausta por las contribuciones» (ἐξαντλου]μέναν ἐν ταῖς εἰσφοραῖς) y ofreció sus servicios profesionales gratis (27).

Así, el período desde el final de la primera guerra mitridática al final de la tercera, no dio a Grecia el respiro necesario para poder recuperarse de sus sufrimientos. Lo propio puede decirse de Asia Menor. La provincia de Asia misma no fue afectada directamente por la tercera guerra mitridática, pues las hostilidades se limitaron a Bitinia y el Ponto, regiones terriblemente devastadas. Las ciudades comerciales griegas, las únicas que habían escapado a las miserias de los últimos quince años —Cícico, Heraclea, Sinope y Amiso—, experimentaron ahora los horrores de un sitio, y las tres últimas incluso de la toma y el saqueo.

Aunque no afectada directamente por la guerra, Asia tenía que soportar algunas cargas similares a las que se impusieron a Grecia. La flota de Lúculo fue reclutada exclusivamente en su propia provincia. Cuando el Senado le ofreció 3.000 talentos para la construcción de una flota, declinó con orgullo el ofrecimiento diciendo que vencería a Mitrídates en el mar con la ayuda de solos los *socii**[3]. Además, seguramente la provincia abasteció al ejército de Lúculo de víveres y otros artículos y sus ciudades le dieron cuarteles. Mientras tanto, la provincia estaba

---

*[1] *I. G.*, V, 1, 1145.
*[2] Líneas 22 y sig.: ἄξιος γινό[μενος τᾶς] τέχνας ἇς μεταχειρίζεται.
*[3] Plutarco, *Luc.*, 13, 4; véase nota 29.

aún sufriendo la opresión de las contribuciones de Sila, de las que no se había librado aún del todo. Los atrasos se acumulaban, las deudas crecían y los trabajos eran más duros. Los préstamos contraídos con los *negotiatores* y publicanos, aunque pagados dos veces *de facto* por las ciudades, habían aumentado constantemente *de jure*, y ahora (71-70 a. de J. C.), si hemos de creer la exactitud de la afirmación y del texto de Plutarco*[1], ascendía a la fabulosa suma de 120.000 talentos. Plutarco nos da un cuadro terrible de las consecuencias de esta situación monstruosa. Algunos de los deudores se veían obligados a vender a sus hijos e hijas, y ellos mismos eran vendidos en esclavitud. Las ciudades vendían sus ofrendas votivas, cuadros y estatuas sagradas. Se recurría con frecuencia a la tortura. Plutarco pudo haber exagerado la suma de la deuda y los sufrimientos de la población, y probablemente lo hizo para glorificar a su héroe Lúculo; pero no puede negarse el hecho de que se cometían crueles desafueros y en esta época reinaba en la provincia la falta de honradez.

Lúculo, después de sus éxitos decisivos —la toma de Heraclea y Amiso—, volvió a Asia (71-70 a de J. C.) y se dedicó a poner orden en su provincia. Sus medidas aparecen en dos grupos, registrado uno por Apiano*[2] y otro por Plutarco*[3]. Este último autor habla de la liquidación de préstamos contraídos por las ciudades. Se adoptaron tres medidas para permitir a los deudores satisfacer a sus acreedores: el tipo de interés se redujo al normal del 12 por 100 anual; todo interés que excediera del principal quedaba sin efecto, y, por último, la suma pagada anualmente al acreedor se reducía a la cuarta parte de los ingresos del deudor. Además, todo acreedor que añadiera interés al capital (interés compuesto) perdía toda su reclamación.

Por su parte, Apiano registra ciertas medidas tomadas por Lúculo para facilitar el pago de los atrasos de la contribución de Sila. Dice que Lúculo impuso nuevos impuestos, probablemente de carácter temporal. Se obligó a los propietarios a pagar un impuesto del 25 por 100 de las cosechas, y un impuesto sobre los esclavos y las casas. Estos impuestos probablemente eran recaudados por las ciudades mismas, dado que el sistema de re-

---

*[1] Plutarco, *Luc.*, 20, 4.
*[2] Apiano, *Mithr.*, 83.
*[3] Pluíarco, *Luc.*, 20, 23.

caudación instituido por Sila —por el cual se eliminaba a los publicanos— aún estaba en vigor el 71 a. de J. C. (28).

De creer a Plutarco, las medidas de Lúculo tuvieron un efecto casi inmediato: en menos de cuatro años (esto es, antes de que Pompeyo tomase posesión de las provincias) «se pagaron todas las deudas, y las propiedades fueron devueltas sin cargas a sus propietarios»*[1].

Pero Lúculo, aunque tuvo éxito en la guerra contra Mitrídates, no pudo nada contra los piratas. Su flota —reclutada en su mayor parte entre las ciudades griegas— no era bastante fuerte para evitar la toma y saqueo de Delos (69 a. de J. C.) por un osado pirata llamado Atenodoro. C. Valerio Triario, comandante de la flota romana, llegó demasiado tarde para salvar a la ciudad. Sin embargo, fue muy honrado por los delios por haberla fortificado después de la incursión de Atenodoro. La suerte de Delos no fue una excepción. Los piratas nunca habían sido tan osados como durante la primera fase de la tercera guerra mitridática. Para una narración detallada de sus actividades debo remitir al lector a la viva narración de Apiano*[2] y Plutarco*[3] (29).

Tampoco éste es el lugar adecuado para discutir la gran expedición naval de Pompeyo contra los piratas (67 a. de J. C.), precedida por la ocupación de Creta por Metelo. Baste decir que Pompeyo logró en pocos meses limpiar el mar de la mayoría de esta peste. Por supuesto, las ciudades de Grecia tuvieron otra vez que pagar contribuciones y suministrar barcos. El sistema de Sila de distribuir la carga entre las ciudades fue otra vez puesto en vigor (véanse págs. 1066 y sigs.). Pero el resultado compensó los sacrificios. El mar quedó libre de piratas.

Cuando Pompeyo sucedió a Lúculo, el año 66 a. de J. C., como comandante en jefe del Oriente, su política administrativa fue tan benévola y justa como la de Lúculo. Los publicanos, que probablemente habían logrado, el año 70 a. de J. C., reanudar su función de recaudadores de la décuma, y además se habían enriquecido recaudando los impuestos provinciales en Bitinia, se mantuvieron tranquilos y se portaron con moderación durante algún tiempo.

---

*[1] Flegón de Trales, 12, en *F. H. G.*, III, pág. 606.
*[2] Apiano, *Mithr.*, 91-96.
*[3] Plutarco, *Pomp.*, 24.

2. DE LA ÉPOCA DE MITRÍDATES A LAS GUERRAS CIVILES

El período que siguió a la pacificación de Asia Menor por Lúculo (70 a. de J. C.) y la guerra de Pompeyo con los piratas (67 a. de J. C.) fue una época de paz en el mundo helenístico, interrumpida solamente por las invasiones de los tracios, celtas e ilirios en la península balcánica, y de los árabes y partos en la nueva provincia de Siria. Esta paz duró unos veinte años, hasta el estallido de la guerra civil entre el Senado y César. Es lógico que este período fuera no sólo de paz, sino también de recuperación. El desarrollo económico de las partes constitutivas del mundo helenístico puede, por consiguiente, considerarse desde este punto de vista.

Se nota una cierta recuperación en la provincia de Asia, y particularmente en las ciudades a las que Sila había otorgado valiosos privilegios, que conocemos con certeza por algunos documentos oficiales: la ley sobre los privilegios de Termeso y los senadoconsultos sobre Estratonicea y Tabes (30). Exentos de los impuestos federales, de las contribuciones extraordinarias, de las requisas y de la carga del alojamiento de tropas (ἐπισταθμία), en quieta posesión de los ingresos de su tierra, de sus edificios públicos, de sus puertos, y gozando además, en algunos casos, del privilegio de la *asylia* para ellas y los templos de sus respectivos territorios, estas ciudades pudieron dedicar parte de sus ingresos a «lujos». Sabemos que algunas ciudades, Tralles y Mileto, y probablemente algunas más, restablecieron sus juegos municipales que habían sido suspendidos desde la primera guerra mitridática (31). Se reanudó la actividad constructora en algunas de las ciudades más importantes, como Samos y Halicarnaso, «que —con otras ciudades— había caído en ruina y casi en la desolación»*[1]. Cicerón*[2] atribuye el renacimiento de estos lugares a la bendición del gobierno de su hermano, pero debemos tomar esto con su grano de sal. Es cierto que la actividad constructora comenzó en varias ciudades porque la burguesía empezó a recobrarse de sus heridas. Y esto no es sorprendente, pues la provincia de Asia era un país muy rico y conservaba fama de riqueza incluso en la época que estudiamos. Puedo citar el conocido pasaje de Cicerón*[3]: «Asia —en contraste con otras provincias—

---

*[1] Cicerón, *Ad Q. Fr.*, I, 1, 25.
*[2] Ibídem.
*[3] Cicerón, *De imp. Pomp.*, 6, 14.

es tan rica y fértil, que en la productividad de su tierra, la variedad de sus cosechas, la extensión de sus pastos y la cantidad de bienes que exporta es superior a todos los demás países.» La recuperación de Tralles, por ejemplo, hay que atribuirla a la fertilidad de su territorio —excepcional incluso en Asia Menor— y a su ventajosa situación por lo que respecta al comercio. Estrabón describe la ciudad como una de las más ricas y populosas de la provincia (32).

La recuperación de que estoy hablando no sólo se manifiesta en los pocos hechos que he citado. Más importante es el tono general de los textos literarios, y especialmente las referencias de Cicerón a Asia Menor en los días de Lúculo y Pompeyo. Detras de las quejas y amargas censuras de la administración romana que se encuentran en toda la literatura de la época, especialmente en las cartas y discursos de Cicerón, nos damos cuenta de un trasfondo de obra tranquila y serena que el pueblo persigue en todas las esferas de la economía: agricultura, industria y comercio. Vemos cuadros de una vida fácil y relativamente confortable en la mayoría de las ciudades anatólicas. En los discursos y cartas de Cicerón encontramos muchos representantes de la burguesía anatólica. La mayoría son ciudadanos tranquilos, acomodados y respetables, muy conocidos y respetados en Roma, y que mantienen relaciones amistosas con las familias romanas distinguidas.

Parece, pues, como si volvieran los tiempos de los atálidas y de la primera dominación romana, por lo menos en cierta medida, y como si después de los grandes trabajos de los días de Mitrídates y Sila, la burguesía de Asia (no sabemos nada de la población rural, y muy poco del proletariado urbano) pudiera haber reanudado sus quehaceres habituales y la acumulación de riqueza. Ésta es la impresión general que se saca de una lectura cuidadosa y sin prejuicios de nuestras fuentes de información. Esta impresión se confirma por la historia ulterior del país. A menos que supongamos una recuperación económica parcial, no podremos entender cómo Asia, en el torbellino general de las guerras civiles y duramente oprimida por los gobernadores de la época, pudo resistir esta opresión y suministrar a los caudillos revolucionarios los medios materiales para estas guerras desastrosas.

La recuperación a que me refiero se debe a muchos factores. Los más importantes fueron los grandes recursos de Asia Menor y su vida económica muy desarrollada, firmemente establecida

en muchas ciudades anatólicas. Después viene la actitud liberal del gobierno romano en materia de impuestos. La contribución regular impuesta por Roma tal como se describió anteriormente (véanse págs. 1082 y sigs.) no era pesada, y podemos suponerla menos pesada que la de la época de los seléucidas y atálidas. Es evidente que el impuesto principal —el diezmo de las cosechas— no puede considerarse muy opresor. El impuesto del ganado —*scriptura*— era familiar en Asia, y probablemente administrado de la misma manera que bajo los atálidas. Y finalmente los *portoria*, impuestos de aduanas, probablemente no eran más altos que en el pasado, o que después bajo el imperio romano, seguramente un 2,5 por 100 sobre las importaciones y exportaciones. Los otros impuestos provinciales, que corresponden a los antiguos impuestos reales, no eran permanentes como en el pasado, sino, como hemos visto y veremos más adelante, impuestos locales y temporales de emergencia.

No es fácil estimar la suma total de los ingresos que el Estado romano sacaba de la provincia de Asia y de otras provincias anatólicas. Cálculos cuidadosos, aunque necesariamente hipotéticos, llevan a la conclusión de que el total en el período de que tratamos no excedía de 15 millones de denarios al año, suma que incluso desde el punto de vista contemporáneo, teniendo en cuenta la intensidad más bien baja de la vida económica en el mundo antiguo en general, no puede considerarse muy alta (33).

Otro factor importante en la vida económica de la época, y que no puede pasarse por alto, es la afluencia de capital extranjero a Asia Menor después de las guerras de Mitrídates y la inversión de una gran proporción de él en empresas anatólicas. Este capital era traído al país por los *negotiatores* «romanos», que ahora volvían después de haber sido expulsados temporalmente de Grecia, Asia Menor y las islas por las guerras mitridáticas. Es significativo que la mejor y más copiosa información que poseemos sobre ellos proceda de fuentes literarias y de numerosas inscripciones, se refiere a la época entre Sila y Augusto (34). Las fuentes reunidas y analizadas por Hatzfeld nos permiten formarnos una idea general de algunos aspectos de sus negocios en Asia Menor a mediados del siglo I a. de J. C. No eran muy diferentes de lo que habían sido antes de la época de Sila (véanse págs. 847 y sigs.). Volvieron con el fin de reanudar sus antiguas actividades. Como en el pasado, invirtieron el dinero principalmente en la agricultura, viñedos y olivares, huertas

y ganadería. Asia Menor y las islas siguieron siendo, como antes, países agrícolas principalmente. Al administrar sus fundos, la mayoría adquiridos de propietarios indígenas, los *negotiatores* heredaron los métodos desarrollados bajo los atálidas y en los primeros tiempos de la dominación romana por los propietarios locales, es decir, métodos progresistas basados en una experiencia cuidadosamente reunida y examinada por agricultores particulares y formulada en docenas de tratados de agricultura en forma de libros. Es una pena que no conozcamos casi nada de estos tratados, fuera de los nombres de los autores (véase cap. VIII). Podemos formarnos una idea de su contenido y carácter general por el estudio de sus versiones publicadas en Italia (especialmente el libro de Varrón). Pero ha de recordarse que los manuales itálicos de agricultura no eran meras traducciones de originales griegos y púnicos, sino producciones basadas tanto en el estudio cuidadoso de las condiciones económicas y físicas de Italia y de la experiencia acumulada por los propietarios y labradores itálicos como en tratados de origen extranjero (35).

Además de ocuparse de la agricultura, los *negotiatores* participaban, sin duda, con los mercaderes locales en el comercio interno y externo de Asia Menor. Delos, como hemos visto, sufrió poco a poco una muerte natural. Aún existía, pero ya no desempeñaba un papel director. Se establecieron relaciones comerciales directas entre Asia Menor e Italia, especialmente con el puerto de Puteoli, cada vez mayor. No nos sorprende encontrar algunas de las grandes familias comerciales de Delos establecidas en Asia Menor. Éfeso fue probablemente el mayor centro del comercio asiático heredado de Delos, por lo menos en parte. Es evidente que no ocurrieron en el mundo griego de esta época cambios importantes en los métodos de comercio o en el carácter de los bienes intercambiados, excepto que algún tiempo después de la exterminación de los piratas decayó temporalmente el comercio de esclavos (36).

Gran parte de la actividad de los *negotiatores* se dedicaba, como antes, a las operaciones de banca, especialmente a préstamos de distinta clase. Había habido una dura sangría del capital acumulado en Asia y las islas en la época de Mitrídates y Sila, y el mercado estaba escasamente surtido de dinero contante y sonante. Por otra parte, se necesitaba con urgencia dinero para el renacimiento de la agricultura, la industria y el comercio, y para satisfacer las demandas del gobierno romano (véase más

adelante). Era de esperar que tanto los *negotiatores* —ya fueran recién llegados, ya antiguos residentes en Oriente— como los ricos capitalistas de Italia que tenían abundancia de fondos para invertir, estuvieran dispuestos y deseosos de poner su dinero a interés, en competencia con los escasos capitalistas locales supervivientes, como, por ejemplo, los antiguos banqueros y mercaderes de Delos.

Hay muchas referencias contemporáneas a las operaciones de crédito de la época. La atención pública fue atraída, naturalmente, hacia estas transacciones que a menudo llevaron a exacciones crueles y despiadadas. No debemos olvidar que entre los acreedores había muchos hombres eminentes en la vida política romana (Pompeyo, Bruto, Ático, etc.). Pero además de estas operaciones anormales, aunque frecuentes, se realizaban gran cantidad de negocios corrientes. Parece que estos negocios ordinarios no eran muy distintos de lo que habían sido en el pasado. El tipo normal de interés parece haber sido de un 12 por 100 al año. Por lo menos ésta es la opinión de Lúculo y Cicerón (37).

Las condiciones económicas de Asia en la época de Cicerón se reflejan claramente en su moneda. Aún se acuñaban en muchas ciudades los cistóforos, las monedas populares anatólicas de la época anterior y tenían todavía una circulación estable y segura. No tenemos medios de estimar el volumen de plata acuñada en el país en esta época. Es muy probable que se redujese el número de cecas y que la acuñación se concentrase en unas cuantas ciudades más ricas y fuertes, como Éfeso. Pero sabemos por Cicerón que los cistóforos eran todavía en esta época la moneda predominante en Asia, suplementada en épocas de emergencia por emisiones temporales hechas por los magistrados romanos. Los únicos ejemplos que conocemos de estas emisiones pertenecen a la época de Sila y a la de la guerra civil (38).

Hemos indicado anteriormente los síntomas que denotan una recuperación económica gradual en Asia Menor durante el período que precedió a las guerras civiles. Pero el alcance de esta recuperación no debe ser sobrestimado: fue parcial y local. Su carácter limitado se debe exclusivamente al mal gobierno de las provincias asiáticas, que alcanzó su punto culminante durante la confusión que dominó entre la vuelta a Italia de Pompeyo y el comienzo de la guerra civil entre éste y César. Los vicios del sistema administrativo y fiscal adoptados por Roma en las provincias se ven en su peor aspecto en este período de desastre y anarquía política.

Su política general en las provincias siguió siendo, sin duda, la misma, y no vamos a discutirla aquí. El sistema de administración puede considerarse eficiente en sí mismo y bien adaptado a las condiciones de la época y a los fines y metas del gobierno romano. Pero era incuestionablemente en sus rasgos fundamentales un sistema «colonial» de gobierno, basado en la idea del predominio de conquistadores sobre conquistados, de un pueblo o raza sobre otro, de los *romani rerum domini* sobre los provinciales. Este gobierno pudo ser algunas veces justo y eficiente, pero siempre fue arrogante, arbitrario, egoísta y muchas veces cruel y despiadado.

En los territorios griegos este sistema de gobierno fue algo modificado y mitigado por el respeto que los romanos sentían ante la civilización griega, el pasado de Grecia y el genio griego. Pero esta admiración por el pasado griego nunca impidió a los romanos considerar a la mayoría de los griegos contemporáneos con profundo desprecio, aunque reconocieran su inteligencia y sus dotes intelectuales. Veían con peculiar desdén a los griegos de descendencia mixta, los levantinos, tales como misios, lidios, frigios, que de hecho eran en esta época tan griegos como los griegos del continente (39).

Entre las turbulentas condiciones de las guerras mitridáticas el filohelenismo romano llegó a ser poco más de una fórmula vacía, y difícilmente influyó en la conducta de los amos del Oriente. No faltaban, incluso en esta época, hombres justos y honrados entre los senadores romanos. El Senado y los tribunales de justicia defendían en principio un trato justo y benévolo para las provincias. Pero la administración provincial degeneró rápidamente y cada vez fue más colonial en el ambiente corrompido de la vida política de esta época. Hombres como Lúculo, Pompeyo, los dos Cicerones y Servilio Isáurico el joven fueron raras excepciones; ellos sabían que eran excepciones y destacaban el hecho repetidas veces en sus expresiones públicas y privadas (40).

En el momento de que tratamos, cuando había acabado una guerra civil y otra estaba en el horizonte, el carácter despótico, egoísta y casi anárquico del gobierno provincial alcanzó su ápice. Sin duda, no es fácil dar su propio valor a las alabanzas ciceronianas de Valerio Flaco o a sus denuncias de Gabinio y Pisón. Debemos procurar tomar con su grano de sal el panegírico de la administración de Asia por su hermano Quinto que

hace Cicerón y el contraste que saca entre su propia administración de Cilicia y la de Apio. Pero después de hacer todas las concesiones uno tiene que admitir que respecto a los métodos administrativos el breve período de paz que estoy estudiando no fue mejor, sino quizá peor que el de las guerras mitridáticas que le precedieron.

No es necesario reunir una vez más, principalmente de las obras de Cicerón, el material que se refiere a los procedimientos de los funcionarios y de los contratistas de impuestos en las provincias orientales en esta época, porque se ha hecho repetidas veces. Baste indicar los rasgos principales de la situación y algunos hechos sobresalientes. La carga que pesaba más duramente sobre los contribuyentes no eran los impuestos regulares, no muy pesados. Muchísimo más exasperantes, como ya he señalado, eran los pagos irregulares impuestos por la administración y toda suerte de requisas. Los pedidos de esta clase, la distribución de las cargas y los métodos de recaudación (llevados por regla general por agentes especiales del gobierno) eran de un carácter arbitrario. Era de esperar que estas medidas irregulares y despóticas desapareciesen después del final de la guerra mitridática, pero no fue así. Los gobernadores se atribuían el poder de imponerlos al menor pretexto, no tanto en beneficio del Estado como en su propio provecho.

Ya he mencionado la introducción de nuevos impuestos temporales por Lúculo como una medida de emergencia y la manera más efectiva y menos opresiva de liquidar los atrasos de la desventurada multa impuesta por Sila. A la misma medida extraordinaria recurrió Apio Claudio en su provincia de Cilicia, probablemente con pretexto de la amenaza parta y con muy poca justificación. Impuso un *tributum* extraordinario, una capitación (ἐπικεφάλαιον, *exactio capitium*) y un impuesto sobre casas *(exactio ostiorum)* y las exigió cruel y despiadadamente. Cuando Cicerón estaba de viaje a su provincia se vio rodeado de quejas de las ciudades: «No se oía otra cosa en las ciudades —dice en su carta a Ático— sino que no podían pagar las ἐπικεφάλαια que les habían impuesto; que sus ὠναί (arriendos de impuestos) estaban todas vendidas; suspiros y lamentaciones por doquier.» Sin duda quiere decir que se había impuesto una suma a las ciudades de su provincia calculada *pro capite* de su población y se exigió su pago inmediato. Las ciudades no podían pagar las sumas impuestas porque todos los impuestos habían

sido arrendados y pagados a los contratistas y se habían gastado el dinero. Cicerón estaba indignado y lleno de simpatía hacia las ciudades oprimidas. Describe los procedimientos de Apio como «actos de salvajismo dignos de alguna bestia salvaje antes que de un hombre» (41).

Me he referido repetidas veces a las pesadas cargas derivadas de la obligación de los *socii* de contribuir a las guerras dando al Estado romano una marina eficiente. Podría esperarse que estas levas desapareciesen después de la pacificación del Egeo por Pompeyo y el final de la guerra mitridática, y que las levas de emergencia fuesen reemplazadas por algún sistema más satisfactorio y mejor organizado. Pero una vez establecidas y legalizadas por el gobierno romano, las levas de barcos fueron una rutina, y el derecho de movilizar barcos griegos para uso del gobierno o de levantar una contribución naval especial fue ejercido libremente por los sucesores de Pompeyo con el pretexto de que el Egeo no estaba completamente libre de piratas (lo que por otra parte era verdad), y que la existencia de una flota fuerte en las aguas del Egeo era la mejor manera de impedir su recrudecimiento. La idea, en general, era buena, y era necesaria una flota permanente para la policía del mar. Pero resolver el problema repetidas veces con medios de emergencia era ultrajante y vejatorio, aunque fuese en conformidad con las leyes especiales votadas por el pueblo y confirmadas por el Senado. La distribución de la carga y la recluta de barcos, hombres y dinero estaban enteramente en manos del gobernador. El procedimiento fue el adoptado por Sila para la recaudación de su multa y probablemente para la formación de su marina, y la práctica fue seguida después por todos los que reunían una flota para el pueblo romano en las aguas del Egeo (véase lo dicho anteriormente) incluido el mismo Pompeyo. Se empleaban agentes especiales asistidos por soldados, y su manera de proceder en el asunto era arbitrario y cruel. Ciertamente fue el peor método posible de organizar una defensa eficaz de la larga línea de costas de Asia Menor, las islas y Grecia. Las quejas presentadas por la provincia de Asia contra Valerio Flaco a este respecto estaban plenamente justificadas, y Cicerón encontró dificultades en defender a su cliente contra ellas. No es sorprendente que gobernadores más honrados, como Quinto Cicerón, prefiriesen arreglarse con una flota permanente con el fin de evitar abusos y remover los bien fundados agravios de los *socii* (42).

Habían pasado las guerras mitridáticas, pero no lo métodos emergentes de guerra, que, como la leva de barcos, llegaron a ser una carga periódica que oprimía duramente a las provincias. El ejército acantonado en las provincias anatólicas no era grande. Sin embargo, la carga impuesta a las ciudades de dar cuarteles de invierno para los destacamentos de tropa siguió siendo pesada. No eran menos onerosas las requisas de distinto género para cubrir las necesidades del ejército. Aún más opresoras eran las peticiones constantes, relacionadas con los movimientos de un lugar a otro de la administración provincial, de medios de transporte, comida y cuarteles; y eso no sólo para el estado mayor regular, sino también para los funcionarios que hacían viajes de inspección y para los que tenían *legationes liberae.* Estas personas eran arrogantes en su conducta y exigentes en sus demandas. Antes nunca habían sido las quejas tan amargas ni tan frecuentes. Así, por ejemplo, se mencionaba con frecuencia el *frumentum aestimatum* y la *cellae nomine* para el gobernador y su estado mayor*1. Cicerón nunca se cansa de insistir en que él y su estado mayor nunca recurrieron a estos procedimientos, aunque en sí no fueran ilegales, sino de completo acuerdo con las tradiciones de la administración romana*2 (43).

Sin duda, ninguna de estas demandas hechas por las autoridades a la población eran nuevas para los habitantes de Asia Menor y otras partes del mundo helenístico. Me he referido a ellas más de una vez en capítulos anteriores y he demostrado que formaban parte del sistema fiscal de todos los reinos helenísticos, especialmente Egipto. Tales fueron, por ejemplo, la ἐπισταθμία (acuartelamiento de tropas), la ἀγγαρεῖαι y παρουσίαι (obligación impuesta a la población de transportar, alojar y alimentar al gobernante, sus funcionarios y sus fuerzas militares cuando pasaban de un lugar a otro). Los reyes helenísticos también recurrían libremente a requisas de distinta clase, especialmente en tiempo de guerra, pero la mayor parte de las veces en países enemigos (44).

No era, pues, la novedad de estas exacciones lo que exasperaba a la población. Era el hecho de que nunca habían sido impuestas por extranjeros ni exigidas con arrogancia y a menudo

---

*1 Cicerón, *Verr.*, II, 3, 83, 192; cf. 191; 90, 209 y sig.; *Pro Flacco,* 45.
*2 Íd., *Ad Att.*, V, 10, 2; 16, 3; 21, 5.

de una manera contraria a la ley romana (*lex Porcia* y después *lex Julia*) y a la tradición helenística.

Uno de los principales agravios de la población era el sistema romano de recaudación de impuestos. Incluso Cicerón, amigo político de los publicanos y socio de muchas *societates vectigalium*, admite explícitamente el conflicto irreductible entre sus intereses y los de las provincias; admite igualmente la conducta egoísta y despiadada de los publicanos. Puedo recordar el conocido pasaje de su carta a Quinto respecto a los publicanos*: «Sin embargo, el mayor obstáculo a tu buena voluntad y cuidadosa política está en los publicanos; porque si nos oponemos a ellos, apartamos de nosotros mismos y del Estado un sistema que nos ha sido muy útil y que ha sido vinculado al Estado por nuestros esfuerzos; si, por el contrario, cumplimos con ellos en todo momento, permitiremos la completa ruina de aquellos por cuyo bienestar e intereses estamos obligados a cuidar.» Expresiones similares aparecen frecuentemente en sus cartas y oraciones y en otros escritos de la época. «El publicano es un fastidio» era un lugar común en el siglo I a. de J. C.; otro lugar común, que era deber de todo administrador honrado combatirlo. ¿Qué razón había para el odio con que se les veía? Yo he tratado del sistema de impuestos y su recaudación en las provincias orientales en la parte de este libro que trata de la época anterior a Sila. Nuestra información respecto a ese período es muy pobre: para el que estudiamos ahora es algo mejor. Por consiguiente, resumiré el tema y trataré de reconstruir en sus rasgos principales el sistema fiscal romano en Oriente (45).

Las fuentes de que disponemos se refieren sobre todo a la provincia de Asia. Alguna información adicional se refiere a las provincias romanas más tardías: Cilicia, Bitinia, Ponto, Siria, Chipre. Sabemos muy poco de Macedonia y de Grecia.

En la provincia de Asia, y probablemente también en otras provincias orientales, existían antes de la época de Sila, durante ella y también después, dos grupos de impuestos regulares. Uno era el de los impuestos provinciales romanos recaudados por los agentes del gobierno romano para su tesoro. El otro era el de los impuestos municipales locales. Trataré brevemente del primero.

Ya he mencionado los tres impuestos provinciales regulares —la décuma, la *scriptura* y la *portoria*— y los distintos impuestos

---

* Cicerón, *Ad Q. Fr.*, I, 1, 11, 32.

de emergencia. Los tres impuestos regulares eran recaudados, antes de la ápoca de Sila y lo mismo en el período que estudiamos, arrendándolos a asociaciones de contratistas, las *societates vectigalium publicanorum*, es decir, a los publicanos. Además, los publicanos administraban (*frui*, καρπίζειν: véase pág. 835) las fincas del pueblo romano en Asia. Ya he tratado (págs. 891 y sigs.) de la cuestión del *ager publicus* cultivable en la provincia de Asia. Además, tenemos noticias de las salinas, y podemos añadir las minas, las canteras, los bosques, las pesquerías, etc.

El otro grupo de impuestos comprendía los impuestos municipales heredados del pasado y ya mencionados por mí. Estos impuestos eran recaudados, según la antigua tradición, por los recaudadores de impuestos municipales, *telonai*, en beneficio de la ciudad. Los publicanos romanos no tenían nada que ver con ellos. Los contratistas también se encargaban de administrar los fundos públicos de las ciudades. Algunas ciudades estaban exentas de la tributación provincial romana (46).

No tenemos información sobre el modo de recaudar los impuestos provinciales por los publicanos antes de la época de Sila. Probablemente, como hemos visto, Sila eliminó las *societates vectigalium publicanorum* de la recaudación de la décuma, pero pudo haberlas dejado encargadas de la recaudación de otros ingresos provinciales. Después de Sila, la décuma parece haber sido administrada por las mismas ciudades, siendo pagado su producto al cuestor provincial. Podemos inferir que en las ciudades la décuma fue recaudada de los contribuyentes por medio de la agencia de los *telonai* municipales (véase nota 17). Así, pues, la décuma romana era en esta época una especie del φόρος helenístico modificado.

Cuando los publicanos, probablemente el año 70 antes de J. C., lograron volver a disponer de la décuma, la base del sistema de Sila, esto es, la recaudación de la décuma por las ciudades, fue conservada. Los publicanos fueron impuestos a las ciudades como suscriptores y garantía para el Senado y pueblo de Roma del pago completo de los *vectigalia* (47). Una *lex censoria* especificaba las sumas que habían de pagar los publicanos y el modo de pago, y definía la extensión de sus derechos y deberes. Se publicaron regulaciones edicionales en los edictos anuales de los gobernadores provinciales (48).

Por supuesto, el montante aproximado del pago que cada ciudad tenía que hacer era conocido de los censores de Roma y de

los gobernadores de las provincias. Las ciudades tenían sus archivos y llevaban cuidadosamente sus cuentas (49), pero la suma exacta variaba necesariamente de un año para otro, especialmente en países como Asia Menor, donde la cosecha dependía mucho de la lluvia.

Ésta es la razón de la existencia de contratos anuales o acuerdos (*pactiones* συγγραφαί), que se hacían entre las ciudades y los publicanos. Conocemos estas *pactiones* y su importancia para las ciudades y los contratistas en Cilicia y Siria, y es muy probable que fueran igualmente la base de la recaudación de impuestos en Asia Menor y en Bitinia-Ponto. No tenemos información sobre Grecia y Macedonia (50).

Las *pactiones* probablemente se establecían (no tenemos información sobre este punto) después de una estimación cuidadosa y de repetidas inspecciones de campos y cosechas por las autoridades de la ciudad y los agentes de los publicanos. El procedimiento era probablemente muy parecido al que se seguía en Egipto y Sicilia. Antes de la cosecha y durante la misma, representantes de la ciudad y miembros de la *familia publicanorum* observaban cuidadosamente las cosechas y especialmente su recolección y el pago de la décuma por los cultivadores. Estas operaciones requerían el empleo de un gran equipo por los publicanos, no sólo en las ciudades, sino también en el campo *(in agris)* (51).

No sabemos exactamente cuándo se hacían las *pactiones*. Cicerón, en dos cartas a Ático *1 escritas en su viaje por la provincia a finales de julio del 51 a. de J. C. (esto es, en junio según el calendario juliano), dice que ya estaban completas. Esto puede indicar que las *pactiones* se hacían en la época de la cosecha, como en Sicilia y Egipto.

Se desconoce el contenido de las *pactiones*, pero sin duda incluían la suma a pagar, el modo de pago y la forma de liquidar los atrasos. En una de sus cartas a Ático*2, Cicerón menciona que los contratos hechos en su provincia preveían tipos de interés exorbitantes sobre los atrasos, provisiones confirmadas por el edicto de Servilio Vatia. Pero Cicerón cambió la práctica. Concedió un tiempo razonable para el pago con un tipo de interés de sólo el 12 por 100. Si el pago no se hacía dentro de este período, el interés había que pagarlo a razón del tipo de interés estipulado en el

---

*1 Citado en la nota 49.
*2 Cicerón, *Ad Att.*, VI, 1, 16.

contrato. En otra carta, Cicerón*[1] habla de todos los atrasos pagados a los publicanos por su provincia durante su año de gobierno.

Sin duda, el resumen que he dado del sistema fiscal incluye muchos elementos hipotéticos, porque no poseemos una información detallada sobre el Oriente. Pero hay buenas razones para creer que el sistema de reparto y recaudación no era muy diferente del que existía en Sicilia y que estaba regulado en última instancia por la *lex Hieronica,* versión modificada de los νόμοι τελωνικοί de los primeros Tolomeos. El sistema no era malo en sí. Demostró ser muy eficaz en Egipto y en las épocas normales en Sicilia. Sin embargo, en Oriente tuvo resultados desastrosos. La tasación para la recaudación de impuestos en Oriente era una empresa esencialmente azarosa, porque el éxito dependía de muchos factores incalculables. Las cosechas escasas, la guerra, las incursiones de los piratas o (como sucedió en Siria bajo Gabinio y en Macedonia bajo Pisón) la testaruda hostilidad de los gobernantes, podían invalidar los cálculos más cuidadosos (52). Sin embargo, en muchos casos las poderosas *societates publicanorum* conocían bien la situación y se aseguraban; y en caso de error de cálculo podían obtener reducciones del Senado (53).

La situación de las ciudades y de los contribuyentes era muy diferente. Estaban protegidos por la ley y las ordenanzas. Suponiendo que los gobernadores cumplieran su deber hacia el Senado y sus súbditos, los contribuyentes estaban a salvo. Los gobernadores conocían, sin duda, los términos de las *pactiones* y podían modificarlas o anularlas si era necesario*[2]. El mal estaba en el gran poder de las *societates publicanorum,* su riqueza y su enorme influencia política. Arruinaron a Rutilio Rufo y a Lúculo, y los discursos de Cicerón demuestran que sabían ganarse el apoyo de abogados capaces de minar la reputación de sus enemigos Gabinio y Pisón.

Otro factor perjudicial era la falta de honradez de los magistrados griegos. En las condiciones turbulentas de la época, muy a menudo actuaban de acuerdo con los publicanos y prevaricaban por su propia cuenta. Cicerón*[3] nos cuenta cómo mediante una hábil presión y después de una cuidadosa investigación obli-

---

*[1] Cicerón, *Ad Att.,* VI, 2, 5.
*[2] Íd., *De prov. com.,* 5, 10 y sigs.
*[3] Íd., *Ad Att.,* V, 21; VI, 1-3.

gó a los magistrados de su provincia a confesar su falta y devolver lo que se habían apropiado indebidamente.

De acuerdo con ello, no es sorprendente que la principal preocupación de un gobernador tan honrado y bien intencionado como Cicerón, que era al mismo tiempo campeón de la *concordia ordinum* y políticamente dependiente del apoyo de los équites, fuese encontrar una manera de salvaguardar los intereses de los publicanos mientras trataba con benevolencia a las ciudades de su provincia. Esto es lo que en 60 a. de J. C. aconseja hacer a su hermano Quinto*[1] y lo que él mismo hizo diez años después. El principal tropezadero estaba en las *pactiones*. Cuando estaban completas y debidamente firmadas, se sentía feliz (54).

Sin embargo, en muchos casos las ciudades se veían obligadas a firmar *pactiones* injustas y opresivas que las obligaban a tener atrasos y a pedir prestado a un interés exorbitante a estos mismos publicanos y a los prestamistas de dinero en la provincia y en Roma. El mismo método se empleaba para hacer frente al pago de los impuestos suplementarios a que me he referido. Tampoco los prestamistas eran muy tiernos con sus clientes. No hace falta recordar, por ejemplo, el caso de Bruto y los salaminios de Chipre*[2], que causaron tantos disgustos a Cicerón, pero a los que éste no los consideraba como excepcionales. Puedo recordar al lector que los diligentes benefactores de la ciudad de Gitio —los Cloacios— al principio fijaron el tipo de interés de su préstamo a la ciudad en un 48 por 100 y que la reducción de este interés al 24 por 100 (el tanto por ciento legal fijado por Cicerón en su provincia fue del 12 por 100) fue considerado por la ciudad como un favor (véanse págs. 1070 y sigs.) (55).

Es interesante observar que mientras Cicerón y nuestras demás fuentes nos dan mucha información sobre las relaciones entre el gobierno romano y los publicanos por un lado, y las ciudades de las provincias por otro, nunca mencionan los territorios, cultivables o no, bajo el control de las ciudades. Sin embargo, estos territorios existían y daban ingresos al gobierno romano (véase nota 85). ¿Se debe esto a que las ciudades hablaban y contendían y eran una fuente de auténtico peligro para gobernadores y publicanos, mientras que el campo, con sus pueblos, se sometía y sufría en silencio? Es muy poco posible la su-

---

*[1] Cicerón, *Ad Q. Fr.*, I, 1, 11-12.
*[2] Íd., *Ad Att.*, V, 21; VI, 1-3.

posición de que los pueblos, con la tierra asignada a ellos, fueran todos atribuidos a una u otra ciudad y que sus impuestos fueran recaudados por los magistrados de la ciudad y los *telonai* urbanos. Es evidente, y fue un lugar común en la literatura de la época, que los publicanos (incluidos sus socios y participadores) se aseguraban un producto justo y a veces excesivo del dinero invertido en la recaudación de impuestos. El volumen del capital así invertido es desconocido y no puede ser calculado ni siquiera aproximadamente. Menos todavía podemos formarnos una idea de los provechos netos de las *societates*, aun suponiendo que legalmente no se les permitía más del 10 por 100 del montante de cada *pactio* como compensación por el riesgo y molestias. Tratando en grandes cantidades de grano y manejando considerables sumas de dinero, los publicanos no se limitaban a los negocios de arrendatarios de contribuciones. Al mismo tiempo eran importantes tratantes de grano y de dinero, que se ocupaban de toda clase de operaciones bancarias. En este aspecto eran peligrosos rivales de los hombres de negocios locales (56).

En las condiciones antes descritas, no podemos suponer que la vida en la provincia de Asia fuese tranquila y feliz. La política de los romanos trataba de establecer en las ciudades de sus provincias orientales un régimen aristocrático, o más bien oligárquico: el gobierno de las clases acomodadas. La rica burguesía del pasado helenístico siempre había sido apoyada por el gobierno romano, y ahora era próspera. Los hechos que se refieren a algunas familias ricas y destacadas de Asia Menor en los siglos I y II a. de J. C. han sido mencionados en los dos capítulos precedentes. Un cuidadoso estudio de Cicerón, como ya hice notar, añadiría a esta lista los nombres de otro gran número de hombres de posición, riqueza y cultura, miembros de buenas familias anatólicas, que formaban la aristocracia gobernante de las ciudades. Sin duda, la burguesía era molestada y maltratada a menudo por el gobierno provincial, para servir intereses particulares. Ya he citado ejemplos de esto, y pueden añadirse otros muchos; el discurso de Cicerón en defensa de Flaco es bastante ilustrativo a este respecto. Sin embargo, estos ricos aristócratas anatolios tenían muchos amigos en Roma y eran capaces de defenderse a sí mismos.

Su posición estaba sólidamente establecida. Eran allí los amos y sabían cómo hacer uso de sus oportunidades. Roma otorgó a muchos de ellos el privilegio de la inmunidad de los impuestos

incluida la exención de los impuestos extraordinarios, tanto romanos como municipales. Casos de esta inmunidad fueron frecuentes desde la época de Sila hasta Pompeyo, y se hicieron aún más frecuentes en la época de la guerra civil; Pompeyo y César, Bruto y Casio, Antonio y Octaviano, eran pródigos a este respecto. Algunos de sus partidarios incluso recibieron la ciudadanía romana, además de la inmunidad, como recompensa por sus servicios. Es escasa la información sobre el tema, pero puedo recordar a Euantes de Epidauro, que fue nombrado agonoteta mientras gozaba de inmunidad, y los Cloacios de Gitio, que tenían a los funcionarios romanos en sus casas, aunque sin duda gozaban del privilegio de ἀνεπισταθμία (véanse págs. 1068 y sigs.). He mencionado anteriormente el senadoconsulto*[1] de 78 antes de J. C. que confiere la inmunidad a los tres oficiales de marina griegos. Octavio otorgó un privilegio similar a Seleuco, navarca de Roso, Siria, durante la guerra civil. Y no hay duda de que otros muchos, de una manera u otra, lograron obtener privilegios que implicaban el de inmunidad (57). Para las ciudades estos privilegios eran fuentes de dificultades. Sabemos que estos favores a griegos, itálicos y romanos eran agudamente sentidos por sus conciudadanos. Los que debían ser los primeros en soportar la carga de la tributación romana y municipal, y las liturgias romanas y municipales, los miembros más ricos de la comunidad, quedaban exentos de ellas, y el peso había de ser soportado enteramente por la clase media y los ciudadanos y residentes más pobres. Si el rico decidía asumir su parte de la carga, lo consideraban él y cuantos lo rodeaban como una merced que hacía, no como un deber.

No es extraño, pues, que los de Mitilene, en una petición dirigida a César y resuelta por éste en favor de la ciudad*[2], se quejasen amargamente de este estado de cosas e insistiesen en que todo el mundo debía participar en el τέλη. Como herencia del pasado, casos semejantes se daban también en Cirene en tiempos de Augusto (58).

Estos miembros ricos de la clase superior no sólo estaban libres de las cargas que amargaban las vidas de sus conciudadanos, sino que empleaban su influencia y su derecho exclusivo de admisión en la magistratura y la bulé en su provecho personal.

---

*1 *C. I. L.*, I², 588.

*2 *I. G.*, XII, 2, 35, col. *b*, líns. 26 y sigs.; *I. G. R.*, IV, 33.

He citado el caso de los notables frigios que confesaron su crimen ante Cicerón, pero su caso no era excepcional.

Era natural que Asia estuviese intranquila. Motines acompañados de asesinatos eran frecuentes en las ciudades. Bandas de ladrones infestaban los caminos; salteadores y ladrones hacían insegura la vida en las ciudades, mientras que las denuncias de los particulares envenenaban la atmósfera.

Ésta era la situación cuando Lúculo fue procuestor, y siguió siendo en los primeros años de su mandato, e incluso después de su benevolente gobierno y del de Pompeyo. Cicerón, en su famosa carta a su hermano Quinto, tratando de glorificar la administración de éste, traza un cuadro lamentable del estado de Asia en el 60 al 59 a. de J. C. Debe citarse un pasaje de esta carta*[1]: «Es deber no sólo de los que gobiernan a aliados y ciudadanos, sino incluso de los que están a cargo de esclavos y animales mudos, servir los intereses y el bienestar de los que están a su cargo. A este respecto, veo que todos están de acuerdo en que haces todo lo que puedes: No se han contraído nuevas *deudas* por las ciudades, mientras que muchas se descargaron de las viejas. Has dado *nueva vida* a muchas ciudades que se veían arruinadas y casi desiertas; entre ellas, una de las más célebres de Jonia, y otra de Caria: Samos y Halicarnaso. No hay *motines* en las ciudades, ni luchas civiles. Te preocupas de que las ciudades sean administradas por la *clase mejor (consiliis optimatium)*. Se ha acabado el *bandidaje* en Misia. El *asesinato* (*caedes:* ¿se refiere al homicidio común, o al asesinato político?) ha sido suprimido en muchas partes. Se ha establecido la *paz* en toda la provincia. No sólo se han acabado por completo los *robos* en los caminos y en el campo, sino también los robos, más graves y más numerosos, en las ciudades y en los templos*[2]. La *calumnia* (¿significa «acusaciones insidiosas», o «persecuciones vejatorias», o quizá la actividad de los *delatores?*), ese cruel instrumento del agrado de los gobernantes, ha cesado de socavar la reputación, las fortunas y la tranquilidad de los ricos. Los *gastos* de las ciudades y los *tributos* impuestos son soportados equitativamente por todos los que viven en sus territorios (Cicerón se refiere, por supuesto, a

---

*[1] Cicerón, *Ad Q. Fr.*, I, 1, 8, 24 y sig.

*[2] El significado de *furta* y *latrocinia* en este pasaje no es muy claro. ¿Quiere decir Cicerón los ataques de bandas de ladrones a las ciudades y templos, o robos y sustracciones dentro de ellos?

la injusta distribución del peso de los impuestos y de las liturgias y a los privilegios concedidos a los ricos y ciudadanos más influyentes, de que he hablado anteriormente). El *acceso* a ti es todo lo fácil posible, y tus oídos están abiertos a las quejas de todos. Ningún hombre, por pobre y desamparado que esté (es decir, sin ayuda de sus amigos) está excluido de llegar no sólo a ti en público y en el tribunal, sino a tu casa y a tus habitaciones particulares.»

Ésta es una lastimosa revelación de lo que Cicerón creía ser las condiciones normales de vida en la provincia de Asia. Muchos otros pasajes de sus discursos y cartas confirman las deducciones que se pueden sacar de lo extractado anteriormente*.

El sistema de gobierno aplicado por los romanos a su provincia de Asia se extendió a sus demás dominios asiáticos: la provincia de Cilicia, organizada primero hacia el 101 a. de J. C., consolidada por Servilio Vatia y reorganizada por Pompeyo después del 67 a. de J. C.; la de Bitinia, anexionada en 74 a. de J. C.; la del Ponto, añadida a Bitinia después de la guerra mitridática, y finalmente la más reciente de las provincias asiáticas, la de Siria, anexionada por Pompeyo después de la guerra mitridática. No puedo entrar aquí en la historia de estos países bajo el yugo romano, especialmente en su organización como provincias romanas, de lo que fundamentalmente es responsable Pompeyo, porque excedería del alcance de este libro. Sin embargo, puedo mencionar ciertos hechos relacionados directa o indirectamente con los cambios económicos ocurridos en estos países en los primeros años de la administración romana.

No necesito repetir aquí lo que dije de CILICIA cuando traté de la provincia de Asia. Es bien sabido que el nombre de «Cilicia» dado a la nueva provincia romana era de hecho una equivocación. En su primera época la provincia constaba de varias partes de Frigia, Pisidia y Panfilia de las Milias y nominalmente de Licia. Cilicia propiamente dicha fue añadida a esta unidad administrativa por Pompeyo después de aplastar a los piratas cilicios. Para los romanos, la provincia era principalmente una base de operaciones militares, primero contra los piratas cili-

---

* Estos pasajes deben ser colacionados y examinados cuidadosamente a la luz de documentos de la época. Esto no puedo hacerlo aquí, pero recomiendo vivamente este tema a la atención de los colegas más jóvenes.

cios, y después contra las tribus montañeras que amenazaban las vías militares que unían Asia Menor con Siria (59).

La parte costera de la provincia era muy rica en recursos naturales. El suelo era extraordinariamente fértil. Los viñedos de Cilicia han sido famosos desde tiempo inmemorial. La principal deidad de la región de Tarso —Sandón— era el dios de la fertilidad y protector de la viticultura. Su culto floreció en Tarso en la última época seléucida y en la época romana. Las monedas helenísticas y romanas y las terracotas helenísticas tardías lo representan en su templo o en otro edificio de culto. No menos floreciente que la agricultura era el cultivo de lino y la industria de tejidos con él relacionados. Tarso fue, desde época muy temprana y hasta el final del imperio romano, uno de los centros principales de tejido de lino, lo mismo que Anazarbo y Córico. Aún más prósperas eran las ciudades costeras de Panfilia. He mencionado el importante papel desempeñado por sus emisiones de plata en la vida comercial de Siria a mediados del siglo II a. de J. C. No eran menos abundantes los recursos de algunas ciudades del interior de esta gran provincia (60).

Por consiguiente, la provincia fue fuente de un ingreso firme e importante para el tesoro romano y un campo a propósito para los publicanos. Sin embargo, los primeros días de la dominación romana no fueron época de prosperidad para la mayoría de sus ciudades y tribus. Varias ciudades se aprovecharon del desarrollo de la piratería, especialmente en sus primeros momentos, pero la mayoría de ellas sufrieron mucho de la caza de esclavos y de las incursiones ocasionales de los piratas, especialmente durante las guerras mitridáticas. Además, los recursos de las ciudades eran empleados por los gobernadores romanos con toda libertad para fines de sus operaciones contra los piratas y las tribus depredadoras del interior. Un cuadro excelente de la vida económica de la provincia y de las dificultades que sufrió puede encontrarse en las cartas escritas por Cicerón durante el corto período de su mando en Cilicia. Ya he utilizado este material al hablar de la provincia de Asia, y las condiciones que revela son las mismas que las que predominaban allí. Las principales preocupaciones de las ciudades eran sus relaciones con los publicanos y las cargas militares que les imponían los gobernadores: levas de hombres, distintas requisas y especialmente el alojamiento de soldados. Chipre pagaba 200 talentos áticos al año para conseguir la exención de dar cuarteles de invierno a

las tropas romanas, y las ciudades libres de la provincia (por ejemplo, Termeso) luchaban por obtener inmunidad en este y otros aspectos (61).

Vinieron mejores tiempos cuando Pompeyo, después de su guerra con los piratas, reorganizó la provincia, especialmente la Cilicia propiamente dicha. Encontró algunas de sus ciudades en triste decadencia y en extrema pobreza. Por Apiano sabemos que Pompeyo repobló Adana, Epifanía y Malos con los piratas capturados; probablemente hizo lo mismo con Zefirio, Mopsuestia y Alejandría, todas las cuales aceptaron la era pompeyana de 67 antes de J. C. (62).

El gobierno romano en Cilicia no se extendía mucho tierra adentro. Las belicosas tribus del interior y las escasas ciudades semigriegas fueron abandonadas en manos de los dinastas locales vasallos de Roma. Uno de ellos fue Tarcondimoto (64-31 antes de J. C.), conocido por una mención que de él hace Cicerón y por los historiadores de la época, así como por algunas inscripciones. Su capital fue Castabala Hierópolis, y su tetrarquía o reino era de extensión considerable. Una de las inscripciones nos da un cuadro de la organización de su capital. Fue erigida por el *demos* de la ciudad en honor de un tal Isidoro que era magistrado jefe (demiurgo) y al mismo tiempo tenía un título cortesano y gobernador militar (στρατηγός y φυλακάρχης) de la ciudad. Además tenía el cargo de ministro de la guerra del rey (ἀρχυπηρέτης τῶν κατὰ τὴν β[α]σιλείαν δυνάμεων). Es interesante observar la fuerza de la influencia seléucida en la estructura de estos reinecillos de Asia Menor y la similitud de la organización de las ciudades con la de Capadocia, Comagene, y especialmente las partes urbanizadas de Partia (63).

Más antiguo que el reino de Tarcondimoto era el de los teucridas, reyes sacerdotes hereditarios de Olbia, que he mencionado anteriormente (cap. IV, nota 230). Su dinastía estaba extinguiéndose, aunque el reino aún existía en esta época. El resto de las regiones montañosas de Cilicia, Pisidia e Isauria estaba nominalmente en manos de los reyes y vasallos vecinos de Galacia, Capadocia y Comagene, pero de hecho era independiente y un gran peligro para las partes más civilizadas de la provincia.

La parte norte de Asia Menor —BITINIA, PAFLAGONIA y el PONTO— y la grande y próspera Hansa del Norte —incluido Cícico, Bizancio, Calcedonia, Heraclea Póntica, Sinope y Amiso— no fue, con la excepción de Cícico y Bizancio, directamente afec-

tada en la primera guerra mitridática (64). Con la tercera guerra mitridática empezó para ellas un período de miseria y desastres. Bitinia, después de la muerte de su último rey, se hizo provincia romana el 74 a. de J. C. por la última voluntad y testamento de Nicomedes IV. Una revuelta de la población contra el nuevo gobierno romano, parecida a la de Aristónico, fue rápidamente seguida por la ocupación de Bitinia por Mitrídates. Inmediatamente después de la ocupación de la provincia por los romanos, sus ingresos fueron arrendados a una *societas publicanorum*. La inclusión de Heraclea, ciudad libre y aliada antigua y fiel de Roma, en la esfera de operaciones de los publicanos, en otras palabras, su trato, no como aliada, sino como sometida (con el pretexto de que había suministrado recursos a Mitrídates y que dos ricos ciudadanos habían puesto a su disposición cinco trirremes), despertó la indignación del pueblo y condujo a la matanza de publicanos y sus *familiae*[*1]. El trato romano a la ciudad probablemente hizo más fácil a Mitrídates su posesión un poco después[*2].

Aquí no podemos dar una descripción completa de la tercera guerra mitridática. Bastará decir que se concentró primero en Bitinia y después en el Ponto. La historia del sitio de Cícico y de las operaciones que lo siguieron revela la dureza de los sufrimientos de la ciudad y el gran alcance de la devastación de Bitinia. Después le tocó el turno al Ponto. Las principales ciudades de la costa póntica —Heraclea, Amiso, Sinope— fueron tomadas por los romanos y padecieron mucho. Panticapeo, el último refugio de Mitrídates, nunca fue tomado, pero sus recursos y los del reino bosforano estaban exhaustos por el indomable rey, que fue asesinado cuando estaba preparando una última expedición contra Roma.

No sabemos nada de la organización de la provincia de Bitinia por Lúculo, ni sabemos mucho de la *lex Pompeia* que reorganizó Bitinia y el Ponto. Es muy probable que en Bitinia no hubiese cambio de sistema en lo que concierne a la vida de la ciudad, administración e impuestos. El lugar del rey fue ocupado por el gobernador, y el de los recaudadores de impuestos reales, contratistas o funcionarios, por los publicanos y sus agentes. No sabemos qué parte de la χώρα o χώρα βασιλική fue asignada a

---

*1 Memnón, 38.
*2 Ibíd., 42.

las ciudades. Cicerón*[1] afirma explícitamente que el *regnum Bithynicum* —con sus *agri, urbes, stagna, portus*— era *publicum populi romani*, y también que los *agri Bithyniae regii* estaban en manos de los publicanos*[2] (65).

En el Ponto la situación era distinta. Allí Pompeyo llevó a cabo una reorganización radical: una urbanización del país según el modelo griego y en gran escala. Sin embargo, es dudoso hasta dónde las once ciudades del gobierno de Pompeyo —algunas, grandes ciudades griegas antiguas: Amiso, Sinope Abonuticos y Amastris; otras, ciudades reales más helenizadas: Amasia, Cabira y Zela, Eupatoria (Magnópolis); otras, fundaciones nuevas de Pompeyo: Pompeyópolis, Neápolis, Megalópolis— se extendían sobre el territorio del Ponto. Lo mismo podemos suponer en lo que respecta a algunos de los demás templos. Las grandes fincas de la nobleza pudieron haber sido confiscadas en parte o por completo. Dado que legalmente formaban parte de la χώρα βασιλική, no es improbable que ellas y las porciones de la χώρα βασιλική no asignadas a las once ciudades pónticas sean aquellas a las que se refiere Cicerón*[3] cuando habla de los *regii agri Mithridatis qui in Paphlagonia qui in Ponto qui in Cappadocia fuerunt*, que se transformaron en *ager publicus populi romani* por la conquista de Pompeyo y fueron puestas en venta por Rulo. No sabemos si los ingresos del Ponto y su *ager publicus* después del arreglo de la provincia fueron dejados o no a una *societas vectigalium* especial. No hay mención de una *societas pontica* paralela a la *societas bithynica* en nuestras fuentes de información, aunque por César sabemos que había publicanos en el Ponto en la época de Farnaces (66).

La región montañosa de Paflagonia, al sur de la cadena de Olgasis, situada entre Bitinia y el Ponto, tuvo su minúscula historia propia y su propia dinastía en el siglo II a. de J. C. En el siglo I a. de J. C. era un muro de contención entre Bitinia y el Ponto. El Senado la declaró libre y la dividió en muchas pequeñas *dynasteiai*. Pompeyo las reunió y restauró en el trono a Átalo, un descendiente de la antigua dinastía de Morceo y Pilémenes. Sobre su estructura social y económica, que se parecía a la del Ponto y Comagene, tenemos poca información, tanto del siglo II

---

*[1] Cicerón, *De leg. agr.*, II, 40.
*[2] Ibíd., II, 50.
*[3] Ibíd., II, 51.

como del I a. de J. C. No sabemos exactamente dónde estaban situados los *agri regii* de Mitrídates, a los que me he referido antes. El país no está mejor explorado que Bitinia y el Ponto. Un estudio más cuidadoso de él podría revelar algunos rasgos interesantes (67).

La reorganización de Bitinia por Pompeyo le sobrevivió y su *lex* era aún el fundamento de su vida administrativa, social y económica en la época de Plinio el Joven. Los cambios radicales introducidos por él en el sistema político del Ponto fueron, por el contrario, de corta duración. Pronto revivió su estructura feudal, e incluso la monarquía póntica, después del fracasado intento de Farnaces de restaurar el gran reino póntico de su padre, fue reconstituida por Antonio, y el trono póntico dado a Darío, hijo de Farnaces y nieto de Mitrídates.

Una gran parte de Asia Menor, incluso después de la reorganización del Oriente por Pompeyo y de su intento de modernizarlo, es decir, de urbanizar las regiones atrasadas, quedó en manos de los reyes indígenas, que se hicieron REYES CLIENTES o VASALLOS de Roma; tales fueron los gobernadores de Capadocia, Galacia, Comagene y otros que ya he mencionado. Su estado legal no nos concierne aquí. Su situación económica no era mejor que la de las provincias. Su carga principal la constituían las contribuciones. Con frecuencia se les pedían destacamentos de caballería e infantería, dinero y toda clase de abastecimientos. Tenían que pagar grandes presentes a sus patronos y a sus enemigos en Roma para asegurarse el mantenimiento de sus tronos. Su miserable situación está ilustrada en la descripción de Ariobarzanes por Cicerón: su pobreza, sus escasos ingresos, sus deudas a Pompeyo y Bruto. El carácter arbitrario de la política romana hacia los reyes vasallos se ve en muchos hechos, como, por ejemplo, en el trato dado a Galacia y especialmente al templo de Pesinunte. Cicerón menciona* que el sacerdote de la Gran Madre de Pesinunte fue privado de su cargo por una *lex tribunicia* especial de 59 a. de J. C. y el cargo vendido a buen precio al conocido gálata Brogitaro, un canalla de la peor calaña, si hemos de creer a Cicerón. Fuese o no un canalla, la transacción por parte de Roma fue algo brutal y arbitrario (68).

Para concluir, diremos algo sobre SIRIA (69).

El antiguo reino de los seléucidas fue anexionado a Roma por Pompeyo y se transformó en la provincia romana de Siria. Prácticamente, esta provincia constaba de los territorios de las

---

* Cicerón, *Pro Sest.*, 26, 56.

ciudades que habían sido antiguamente, por lo menos de nombre, partes del Estado seléucida. A éstas se añadieron muchas ciudades que hasta entonces habían estado en manos de los jefes judíos. Algunas ciudades comprendidas en la provincia habían sido libres y autónomas en la época seléucida, otras habían estado en manos de tiranos, y otras habían sido tributarias. Así quedaron sujetas a ciertos cambios (tales como la abolición de algunas tiranías) después de su anexión.

Este núcleo estaba rodeado por una serie de reinecillos vasallos, la mayoría gobernados por dinastías de jeques árabes indígenas. Más allá de estos estados vasallos, al Norte, Este y Sur, estaban las grandes monarquías orientales independientes y semindependientes, los grandes enemigos de los seléucidas y de Roma: Armenia y Partia, y los reinos menores de los nabateos, los judíos, los itureos, Comagene y Capadocia, todos más o menos dependientes de Roma.

La provincia de Siria fue organizada más o menos según el mismo modelo que las otras provincias romanas de Oriente. El rey fue reemplazado por el gobernador; su corte y administración, por el estado mayor del gobernador. Con los gobernadores vinieron los publicanos.

A pesar de la anarquía política de las décadas que precedieron a la anexión, el país era todavía rico y ofrecía a los hombres de negocios romanos un buen campo de actividades. Cicerón* habla de las *pacatissimae et opulentissimae gazae* de Siria, de las grandes cantidades de oro que contenían, de las *veteres inlibataeque divitiae*. El cuadro debe de ser exacto, por lo menos en cierta medida. La fertilidad de Siria no había disminuido y hemos visto que el comercio caravanero, aunque su desarrollo normal había sido obstaculizado por la tercera guerra mitridática, era todavía una fuente de riqueza para las ciudades de Siria, Fenicia y Palestina, especialmente durante los pocos años de la dominación de Tigranes, y después en el período inmediatamente posterior a la anexión de Siria. Los piratas y bandidos no habían sido exterminados completamente por Pompeyo, pero las condiciones eran mucho mejores que antes.

Poco después de la anexión se hicieron más numerosos los *negotiatores* romanos, que hasta entonces habían sido escasos en Siria, y tomaron parte activa en los negocios del país (70).

---

* Cicerón, *Pro Sest.*, 43, 93.

Sabemos muy poco de la situación económica de Siria después de su anexión o de la influencia que ésta tuvo sobre ella, de los métodos romanos de gobierno y de los publicanos. Algunas afirmaciones hechas por Cicerón dan alguna luz, por un momento muy breve, sobre las condiciones que reinaban allí. Estas afirmaciones se refieren a la época entre 57 y 55 a. de J. C., cuando el famoso A. Gabinio era gobernador de la provincia. Gabinio era enemigo acérrimo de Cicerón y de los publicanos. Cicerón, en sus acusaciones a Gabinio y su contemporáneo Pisón (véanse págs. 1101 y sigs.), nos da de cuando en cuando, en medio de las explosiones retóricas de indignación, imágenes de la actividad del gobernador en Siria, que sin duda se basan en información de primera mano (71).

Estas fuentes fragmentarias nos muestran muchas ciudades sirias en completa decadencia. Su prosperidad había sido socavada durante años por la anarquía, el bandidaje y las incursiones de piratas. Gabinio lo comprendió y trató de ayudar a las ciudades a costa de los publicanos y no sin provecho para sí mismo. Muchas de las ciudades habían recibido de los últimos seléucidas libertad, autonomía e inmunidad fiscal (véase pág. 917). Gabinio confirmó en varios casos estos privilegios y quizá los amplió: Tiro es un ejemplo famoso, y no fue una excepción. Pudo ser que Gabinio (por un precio cuantioso) librase a algunas ciudades de su dependencia de los publicanos, sin otorgarles inmunidad completa, permitiéndoles pagar sus impuestos directamente a la tesorería de la provincia. En otros casos pudo haber perdonado en parte la suma que bajo las condiciones de sus *pactiones* estaban obligadas a pagar a los publicanos (72).

Las operaciones de los publicanos no se extendían a las ciudades gobernadas por tiranos. Éstas habían sido numerosas en Siria, pero Pompeyo había acabado con varias tiranías. Sin embargo, quedaron muchas, y es posible que Gabinio incrementase su número en consideración a los sobornos que le pagaban. Los tiranos recaudaban los impuestos de las ciudades y sus territorios directamente, sin participación de los publicanos. Sus tributos eran pagados al gobernador y sus *pactiones* hechas con él y no con los publicanos. La situación de muchos dinastas indígenas, algunos jefecillos árabes, parece haber sido similar (73).

El resto de la provincia estaba en manos de los publicanos. Recaudaban el *stipendium* y el *vectigal.* Se nos escapa la diferencia entre estos dos impuestos. No podemos decir si el *stipendium*

era un φόρος fijo basado en la décuma, y el *vectigal* el ingreso del *ager publicus*, o si el *stipendium* era el tributo de las ciudades, y el *vectigal* el de la *chora* y sus pueblos. En todo caso, sabemos por Cicerón que los publicanos hacían *pactiones* con las ciudades con fines de recaudar estos ingresos, *pactiones* que Gabinio cancelaría a veces, aunque estuviesen contratadas *sine ulla injuria*. ¿Hemos de suponer que en el caso de esta cancelación el gobernador hacía sus propias *pactiones* con las ciudades?

El *portorium* o derechos de aduana también era recaudado por los publicanos. Cicerón dice que Gabinio quitó sus *custodiae*, es decir, los guardas que vigilaban los puertos y las fronteras terrestres; lo que sugiere que pudo haber intentado en última instancia reemplazar a los publicanos por sus propios agentes; en otras palabras, introducir la recaudación directa de los *portoria*.

Como en otras provincias orientales, se llevaron ante el tribunal del gobernador pleitos entre los publicanos y los contribuyentes. Sabemos que Gabinio rehusó actuar como juez en tales casos. El motivo que hay detrás de esta actitud es oscuro. Si él no actuaba como juez en estos pleitos, ¿quién iba a actuar? Sin embargo, sabemos que Gabinio nunca perdió ocasión de molestar a los publicanos y someterlos a pagos fuertes, infamias e incluso la muerte. En Siria, como en otras provincias, los publicanos eran numerosos y se encontraban en todas partes. Se nos dice que Gabinio no toleraba su presencia o la de sus agentes en ninguna ciudad en la que residía (74).

Muchos de los juicios de Cicerón a que nos hemos referido son breves y, por consiguiente, oscuros. Su auditorio le entendía, pero nosotros estamos en una situación distinta. No obstante, parece que Gabinio tenía una política definida respecto a la recaudación de impuestos en su provincia. No tenía poder para eliminar completamente a los publicanos, e hizo lo que pudo para estrechar el ámbito de su actividad recaudando los impuestos directamente, dando así quizá el primer paso —después de Sila— hacia el sistema que poco a poco sustituyó la recaudación de impuestos mediante contratistas.

La dura guerra que hizo Gabinio contra los publicanos no quiere decir que éstos se portaran peor en Siria que en otras provincias. Las medidas tomadas por él no eran dictadas por ninguna mala conducta excepcional por su parte. Por un lado, estas medidas eran de carácter político, dirigidas contra el sis-

tema del que los équites sacaban su influencia política; por otro, pudieron haber sido sugeridas a Gabinio por el convencimiento de que los publicanos no eran necesarios para la recaudación de impuestos, dado que podía realizarse fácilmente sin ellos en beneficio tanto de los contribuyentes como del Estado. No es exacto decir que las medidas de Gabinio fuesen perjudiciales para el Tesoro. Sin duda los publicanos conseguían una reducción de sus pagos al Estado. Pero con toda probabilidad esta reducción fue ampliamente cubierta por las sumas recaudadas por Gabinio de los contribuyentes directamente (75).

Siria, como otras provincias, tenía que soportar, además de los impuestos, la pesada carga de contribuciones, requisas, alojamiento de soldados, etc. Incidentalmente se menciona que, aun antes de la anexión, Filipo, uno de los reyes rivales de Siria, tuvo que pagar a Quinto Marcio Rex, gobernador de Cilicia en 67 antes de J. C., una fuerte contribución, probablemente con el pretexto de ayudar a Pompeyo en sus operaciones contra los piratas, pero de hecho para asegurarse por un breve tiempo el reconocimiento romano (76). Podemos estar seguros de que después de la anexión los nuevos gobernantes no abandonaron la práctica de hacer las guerras en la provincia a expensas de la provincia misma. El 49 a. de J. C., Quinto Cecilio Metelo no dudó en imponer grandes contribuciones a Siria con el fin de ayudar a Pompeyo en su lucha contra César. Entre otras cosas, obligó a los publicanos a entregarle el dinero que debían al Estado; en otras palabras, puso las manos en los fondos depositados en su tesorería provincial (77). Probablemente ocurrieron hechos parecidos, aunque no en la misma escala, entre 64 y 49 antes de J. C.

De hecho, este breve período no fue de paz para Siria. No puedo entrar en pormenores, sino que me limitaré a recordar algunos hechos destacados (78). Poco después de la anexión, Escauro, agente de Pompeyo, inició una guerra con los nabateos. Los dos gobernadores de Siria que le sucedieron estuvieron ocupados en resistir repetidas incursiones de las tribus árabes. Tampoco fue pacífico el gobierno de Gabinio. Cicerón habla de sus grandes pérdidas, y conocemos muchos pormenores sobre su guerra con los judíos y los nabateos, así como su intervención en los negocios de Partia. Incidentalmente sabemos que durante el gobierno de Gabinio en Siria los piratas actuaron mucho a lo largo de la costa del país, y que después de la partida de Gabinio, en

55 a. de J. C., estas incursiones se hicieron tan frecuentes y devastadoras, que los publicanos fueron incapaces de recaudar por completo las cantidades que se les debían (79).

Tan pronto como marchó Gabinio, su sucesor Craso, después de una preparación financiera cuidadosa, inició su infortunada expedición contra Partia. Después de la muerte de Craso, su cuestor Cayo Casio tuvo que enfrentarse con una revuelta de los judíos y con una peligrosa incursión de los partos (52 antes de J. C.). Antes de que Casio dejase Siria y le sucediese Marco Calpurnio Bíbulo, los partos conducidos por Pacoro, hijo del rey Vorodes, invadieron toda Siria. La incursión fue breve, pero ruinosa, y terminó con la victoria parcial de Casio. Pero fue renovada bajo Bíbulo, a finales del 51 a. de J. C., y toda Siria, excepto Antioquía, volvió a estar durante varios meses en manos de los partos.

Todas las expediciones de sus señores romanos y todas las incursiones de sus enemigos hereditarios eran, por supuesto, pagadas por las ciudades y dinastas de Siria. Aún más importante era el hecho de que los conflictos con los nabateos y judíos, la guerra de Craso y el revés parto desorganizaban terriblemente el comercio caravanero y el comercio exterior de las ciudades sirias. La pérdida de Siria era ganancia de Egipto. Los nabateos preferían tratar con los Tolomeos antes que con los publicanos romanos, y la ruta marítima de Egipto a la India, una vez descubierta (véase pág. 989), fue preferida por los mercaderes egipcios e internacionales.

La escasa información que poseemos sobre MACEDONIA y GRECIA en el período que estudiamos demuestra que las condiciones en estos países se parecían mucho a las de Asia Menor. Los principales alteradores de la paz eran los vecinos septentrionales y occidentales de Macedonia. Muchos ilirios (especialmente los dardanios), tracios, celtas (escordiscos y bastarnos) y germanos (esciros) eran aliados de Mitrídates y le ayudaron de muchas maneras, especialmente con incursiones en el territorio y ciudades de Macedonia. Desde la época de Sila, todos los gobernadores de Macedonia emprendieron operaciones en Grecia contra los enemigos del Norte. Todos tenían victorias que anunciar y triunfos que reclamar y recibir. Cicerón, tratando de demostrar por contraste el espíritu innoble y la ineficacia de Pisón, da una lista de ellos; Cn. Dolabela (80-78), Cayo Curio (*bellum dardanicum,* 75-73), Marco Lúculo (véase más adelante), y muy recientemente,

dice, Lucio Torcuato (64-63)*[1]. Omite a Apio Claudio Pulcro (78-76) y a Cayo Antonio Híbrida, el último probablemente porque no tuvo éxito como sus predecesores y contemporáneos, y tenía mala fama como administrador.

Algunas de estas expediciones fueron auténticos éxitos. Tales fueron las de Curio y de Marco Terencio Varrón Lúculo (72-70 a. de J. C.). Estos generales lograron romper la resistencia de los dardanios y tracios y alcanzaron el Danubio. Lúculo tomó posesión de las ciudades griegas del Euxino occidental, hasta entonces en manos de Mitrídates y que estaban defendidas por sus guarniciones. Por Eutropio*[2] y otras fuentes sabemos que ocupó Apolonia, Calatis, Partenópolis, Mesembria, Dionisópolis, Tomi, Istro, Bizona*[3]. El resultado fue la extensión de la dominación romana al Danubio y a la costa occidental del Euxino. Las relaciones entre Roma y las ciudades griegas de la última región tomaron la forma de alianza. Aún tenemos un fragmento de un tratado de alianza entre Roma y Calatis que no está fechado, pero probablemente pertenece a la época de Lúculo o un poco después.

Todo lo ganado por Curio y Lúculo fue perdido en 62-60 antes de J. C. Habiendo estallado una revuelta entre los dardanios, una expedición dirigida contra ellos por Cayo Antonio Híbrida acabó en una aplastante derrota de las fuerzas romanas (62 antes de J. C.). Igualmente fracasó otra contra los tracios, especialmente contra las ciudades griegas que habían roto la alianza romana probablemente a causa de las exacciones arbitrarias. Las ciudades griegas recibieron ayuda de los bastarnos, con quienes habían mantenido amistosas relaciones desde la época de Mitrídates, y estos bastarnos infligieron una seria derrota a Antonio ante los muros de Istro*[4]. El desastroso gobierno y los procedimientos ilegales de Antonio le llevaron al proceso de 59 a. de J. C.; fue defendido por Cicerón (80).

Bajo la impresión de estas calamidades —porque los gobernadores que siguieron, y entre ellos Cayo Octavio, padre de Augusto (59 a. de J. C.), fueron incapaces de hacer mucho por recupe-

---

*[1] Cicerón, *In Pis.*, 19, 44.

*[2] Eutropio, VI, 10.

*[3] Cf. Rufo Festo, 9, 2-4; Apiano, *Ill.*, 30.

*[4] Dion Casio, XXXVIII, 10, 2-3; Tito Livio, CIII; Julio Obsecuente, 61 *a* (122), cf. *S. I. G.*[3], 762, cuarteles de invierno levantados por Cayo Antonio cerca de Dionisópolis.

rarlas—, el Senado decidió tomar medidas más eficaces. Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en el año famoso de 58 antes de J. C., suegro de César y enemigo acérrimo de Cicerón, fue enviado a Macedonia con poderes extraordinarios (58-55 antes de J. C.). Contraviniendo la *lex Julia,* se añadió a su provincia toda Grecia, incluyendo Acaya, Tesalia y Atenas; esto es, se le dieron plenos poderes para tratar a Grecia como parte de ella. Esto significa que recibió plena libertad para sacar recursos de Grecia, dado que Macedonia era incapaz de soportar sola el peso de la gran guerra. Reclutó un fuerte ejército en Italia y recibió amplio apoyo financiero del Tesoro (81).

Conocemos muchos pormenores de la expedición y de los procedimientos de Pisón en Grecia por su enemigo Cicerón, que habla de él en muchos discursos pronunciados en esta época *(Pro Sestio, De domo sua,* y especialmente *De prov. cons.* e *In Pisonem).* El cuadro trazado por Cicerón es, por supuesto, injusto y lleno de odio enconado. Sin embargo, ayudándonos de nuestro conocimiento de las prácticas corrientes de los gobernadores durante las guerras importantes, podemos tratar de sacar, de la apasionada retórica de Cicerón, los hechos lamentables de la campaña de Pisón.

Los pormenores de sus operaciones militares no pueden darse aquí. Por los juicios de Cicerón, parece que Pisón trató de armar una parte de los tracios contra los demás. Adelantó subsidios al rey Cotis (de la dinastía Cotis-Sadalas) (82), y le entregó los enviados de los besios. Al mismo tiempo emprendió operaciones contra los dardanios y llevó la guerra a los vecinos inmediatos de Macedonia, los denteletas, que habían sido fieles aliados de Roma en el pasado. El resultado fue una terrible derrota de su ejército y una tremenda invasión y devastación de Macedonia por los dardanios, besios y denteletas. Los romanos perdieron el dominio de la vía Egnacia, y Tesalónica se vio amenazada. Finalmente, Pisón disolvió su ejército y dejó indefensa la provincia. Dos de sus legados, Lucio Valerio Flaco y Quinto Marcio, restauraron el orden hasta cierto punto en la Macedonia central (83).

Para financiar su expedición, y ya para suplementar los fondos recibidos del Senado *vasarii nomine,* ya, si hemos de creer a Cicerón*, para ahorrar en su provecho el dinero del Senado,

---

* Cicerón, *In Pis.,* 35, 86.

Pisón recurrió a los mismos procedimientos adoptados por todos sus predecesores, por ejemplo, Antonio Híbrida y Antonio Crético, y por muchos gobernadores en Asia Menor:

1.º Se impusieron contribuciones anuales (εἰσφοραί) a las ciudades de Acaya, y probablemente a otras ciudades de Grecia y Macedonia. Estas εἰσφοραὶ con toda probabilidad, no fueron idénticas al *aurum coronarium,* del que los aqueos debían pagar cien talentos (84).

2.º Se introdujo un nuevo impuesto provincial (según el método de Lúculo y Apio Claudio): un impuesto sobre las ventas (ἐπώνιον). Los recaudadores no fueron los publicanos, sino los esclavos de Pisón, que actuaban como agentes suyos; esta forma de recaudación fue probablemente uno de los agravios de los publicanos contra Pisón. El hecho en sí es interesante. Ya he indicado que Gabinio probablemente actuó en Siria de la misma manera. Esta forma de recaudación era precursora del posterior sistema de recaudación de impuestos por los esclavos y libertos imperiales (85).

3.º En Dirraquio se apoderó Pisón del *vectigal* y el *portorium* de la ciudad, es decir, hizo de menos a los publicanos y recaudó él mismo estos impuestos. Probablemente este hecho no fue tan perjudicial para la ciudad como para los publicanos, dado que el *vectigal* y el *portorium* no eran probablemente ὠναί municipales, sino impuestos provinciales (86).

4.º Se hicieron requisas en gran escala. Sabemos del *frumentum imperatum, aestimatum, honorarium.* Cicerón habla con especial enojo del *frumentum honorarium,* como contrapartida al *aurum coronarium.* La contribución fue exigida *vi et metu;* los que más sufrieron fueron los botieos, los de Bizancio (ciudad libre), Quersoneso y Tesalónica. De esta manera, Pisón concentró en sus propias manos todo el grano de la provincia* (87). Lo mismo hizo con los cueros. Todo el ganado de la provincia (o por lo menos parte) fue requisado para equipar el ejército (armaduras, escudos, arreos) (88).

5.º Se pidieron barcos a las ciudades, probablemente de transporte (89).

6.º Se alojaron tropas en las ciudades prescindiendo de su estatuto legal. Los soldados se portaron como siempre. Especial-

---

* Conocemos la naturaleza de las contribuciones anteriormente mencionadas por la práctica de Verres.

mente cruel fue el trato dado a Bizancio, ciudad libre que acababa de pasar por una peligrosa crisis interna. Probablemente se le impuso una εἰσφορά. Como no podía o no quería pagarla, Pisón la designó como cuartel de invierno para varias cohortes, y él mismo puso allí su residencia. En esta ciudad libre actuó como juez (en virtud de sus poderes extraordinarios, véase pág. 1102), dictó penas de muerte y fue la causa del suicidio de una muchacha inocente. A falta de εἰσφορά, confiscó algunas estatuas. Otras ciudades griegas fueron tratadas de la misma manera (90).

7.º Finalmente, con el fin de restablecer la solvencia de las ciudades de su provincia, intervino en las transacciones de numerosos *negotiatores* itálicos de Macedonia y Grecia en favor de los deudores (91).

Quien haya leído las páginas precedentes habrá visto que no había nada desacostumbrado en la conducta de Pisón. Actuaba dentro de los límites de los poderes extraordinarios que le habían sido conferidos en forma legal y en cierto modo en interés de las ciudades griegas (recaudación directa de algunos impuestos, protección de los provinciales contra los prestamistas). En este aspecto hizo lo que había hecho Gabinio. Sin embargo, esto no quiere decir que sus procedimientos no fueran egoístas, despiadados, crueles y desastrosos para su provincia. Ha de tenerse en cuenta que Cicerón estaba bien familiarizado con la opinión pública de la provincia porque había residido en Macedonia (en Tesalónica y Dirraquio) en 58 y 57 a. de J. C.

Los sucesores de Pisón restauraron un relativo orden en Macedonia. Pero el país siguió rodeado de enemigos, y la proyectada extensión de la provincia hasta el Danubio y el mar Negro fue abandonada. Se dio libertad completa al inteligente rey dacio Birebista para construir su grande y efímero reino tracio, ilírico y céltico, que comprendía, además de numerosas tribus, casi todas las ciudades griegas del Ponto occidental, incluso Olbia, siendo capturadas y destruidas las que se resistían. Era un reino rico y poderoso, aunque nunca logró absorber todas las tribus tracias ni todas las ciudades griegas en cuestión. La fuerza de Birebista fue reconocida por Pompeyo, que trató de conseguir su apoyo, y por César, que pensaba conquistar su reino como preludio de su expedición parta. Pero una revolución interna puso fin a este imperio antes de llegar a un conflicto armado con Roma (92).

3. LAS GUERRAS CIVILES

Habían pasado menos de veinte años desde que Pompeyo había establecido una paz relativa en tierra y mar cuando guerras a gran escala desgarraron una vez más el mundo helenístico en el momento en que se estaba recuperando lentamente de su depresión. El año 49 a. de J. C. empezó el conflicto armado entre Pompeyo y César (con sus secuelas la guerra alejandrina y la guerra contra Farnaces), que duró en el Oriente más de dos años. Inmediatamente siguió una nueva guerra civil, la lucha más enconada entre el Senado y los herederos de las ideas y el poder de César: Antonio y Cayo César (Octaviano u Octavio) (42 antes de J. C.). También esta vez se luchó en Oriente. La lucha fue breve, pero afectó profundamente a todo el mundo helenístico, que después de una corta calma de unos diez años —interrumpidos por la violenta incursión de los partos en Siria y Asia Menor (41-38 a. de J. C.)— se vio sumergido nuevamente en una guerra todavía más formidable: el duelo mortal entre Antonio y Octaviano.

El pueblo de Grecia y el Oriente no simpatizaban con ninguna de las partes contendientes. La guerra les era ajena. Las ciudades y los caudillos de Oriente tomaban parte por el combatiente que estaba más cerca e imponía su voluntad de hierro mediante la fuerza armada sobre sus apáticos aliados. No obstante, los países helenísticos fueron los que soportaron la mayor parte del peso de las guerras civiles romanas.

Si en el pasado Oriente se había visto obligado a pagar las guerras romanas que se libraban en su suelo, había habido por lo menos una sombra de justificación: el que los romanos decían luchar en territorio griego con el fin de proteger a los griegos de la opresión de un rey bárbaro (Mitrídates) o de enemigos exteriores (los piratas, las tribus septentrionales de la península de los Balcanes, los armenios o los partos). Si las ciudades griegas habían tenido que pagar duros impuestos y contribuciones ruinosas durante estas guerras y en los intervalos entre ellas, los romanos bienintencionados, como Cicerón, dirían que así compraban la paz interna y externa y la seguridad. El sacrificio era grande, pero estaba compensado por alguna esperanza de un futuro tranquilo.

Pero las guerras civiles demostraron que incluso esta débil esperanza había sido ilusoria. Únicamente reinaba la fuerza bruta y la violencia. Los rivales luchaban por sus vidas, y en esta lucha

todos los medios eran buenos. En este aspecto no hay diferencia entre Pompeyo, César, Bruto, Casio, Antonio y Octavio. Ninguno de ellos pretendió nunca que la guerra beneficiase de algún modo a los países helenísticos. Se pretendía que los griegos y otros orientales apoyasen a uno u otro de los combatientes, no como hombres libres que tenían derecho a escoger, sino como súbditos y casi como esclavos.

Lo que pedían a Grecia y al Asia helenizada sus amos romanos era exactamente lo mismo que pidieron durante la guerra mitridática y después. Además de los distintos impuestos regulares, se exigieron contribuciones: hombres (soldados, remeros y trabajadores), barcos de guerra, dinero, medios de transporte, cuarteles, comida, tejidos y armas para las tropas. Las contribuciones eran una gran pérdida para quienes las daban sin esperanza de compensación alguna. Rehusar el cumplimiento a la primera demanda atraía crueles expediciones punitivas sobre la ciudad recalcitrante o el dinasta vasallo, mientras que se imponían enormes multas al que tomaba partido por el enemigo, como si el gobierno helenístico tuviese siquiera la sombra de libre elección. En mi opinión, no hay fundamento para creer que los griegos tuviesen simpatía por alguno de los combatientes. En lo profundo de sus corazones los odiaban a todos. Las expresiones de gratitud y los honores cosechados por los caudillos del día eran la mayoría de las veces adulación y halago, sólo algunas veces gracias emocionadas por los favores inesperados y plegarias por su renovación.

Un relato de las guerras civiles, incluso desde el punto de vista de Grecia y del Asia helenística, estaría aquí fuera de lugar. Difícilmente oímos la voz de los griegos en este terrible período de su historia. Las inscripciones son escasas, y la mayoría de las veces de una trivialidad decepcionante. Sin pretender ser completo, me limitaré a una breve selección de estos hechos en cuanto se refieren a las condiciones económicas de Grecia y el resto del mundo helenístico.

Es bien sabido que, en su lucha con César, Pompeyo utilizó en gran escala a Grecia y Oriente para el suministro de fondos y provisiones y para reclutar su marina y hasta cierto punto su ejército, especialmente algunas tropas especiales (arqueros, honderos y caballería). Poseemos alguna información detallada sobre este último punto. Pompeyo empezó movilizando los escasos veteranos romanos en Macedonia y Creta, y probablemente tam-

bién los ciudadanos romanos de Grecia, las islas y Asia Menor. Había muchos, porque el número de colonos itálicos en Oriente había aumentado rápidamente desde la primera guerra mitridática, y ahora los itálicos formaban una parte notable de la burguesía de muchas ciudades helenísticas. Los propietarios y hombres de negocios (*negotiatores*), los publicanos y su equipo de libres y esclavos probablemente no eran material de guerra de primera clase, pero eran muy numerosos.

La defensa de la costa occidental de Grecia fue confiada a las milicias etolia, epirota y tracia, sumadas a las itálicas. Las legiones fueron completadas con levas en Macedonia, Tesalia, Epiro, Beocia, Acaya, Atenas y el Peloponeso. Laconia, Creta, el Ponto, Siria y otros lugares suministraron al ejército arqueros y honderos, y Macedonia, Tesalia, Tracia, Galacia, Capadocia y Comagene, caballeros, algunos de éstos, arqueros montados.

La gran flota a disposición de Pompeyo (de 500 a 600 barcos) era casi toda griega y oriental: se componía de navíos egipcios, rodios, sirios, fenicios, cilicios, pónticos y bitinios, junto con barcos de Quíos, Lesbos, Cos, Esmirna, Mileto, las Cícladas, Atenas, Acaya, Bizancio y Corcira. Estaba dividida en cuatro escuadrones, según el origen de los barcos: egipcio, asiático, sirio y aqueo y liburnio. Es cierto que ninguna de las ciudades marítimas de Grecia o de Oriente se exceptuó de la carga naval, es decir, de la obligación de construir y tripular barcos. El resto —las ciudades de las islas— fueron obligadas a pagar una gran contribución naval en dinero.

No tenemos una información exacta sobre la importancia de los ejércitos rivales, pero, según el cálculo más moderado, debemos admitir que el número de hombres armados que vivieron más de un año de los recursos de Grecia y de los países helenísticos no bajó de 100.000, a lo que hay que añadir la marina y los trenes de los dos ejércitos, especialmente el de Pompeyo, con su Senado itinerante. No hay duda de que cada senador iba acompañado por todos los miembros posibles de su familia y por muchos esclavos.

Además de la provisión de hombres y barcos, se exigieron grandes contribuciones a Siria, Asia, los reyes y dinastas vasallos y a Acaya. Además, todos los días había requisas de comida, de material de guerra o de vestidos en toda la esfera de influencia de Pompeyo, incluyendo Egipto y la Cirenaica.

César da en su *Guerra civil** un vivo cuadro de lo que sucedía a este respecto en Siria y Asia Menor, donde Escipión actuaba ayudando a Pompeyo. Escipión empezó las operaciones en Siria imponiendo grandes contribuciones a las ciudades y tiranos, y apropiándose del dinero que los publicanos debían al Senado, según contrato de los dos últimos años, y además, como adelanto, del del año siguiente.

Después Escipión llevó su ejército a Asia. Lo primero que hizo fue distribuir las tropas en cuarteles de invierno entre las ricas ciudades de Asia (incluida Pérgamo), permitiendo a los soldados robar a su gusto. Después vinieron las exacciones de dinero. Se exigieron contribuciones e impuestos extraordinarios a la manera instituida por Lúculo, Apio Claudio y Pisón: una capitación (ἐπικεφάλαιον) sobre libres y esclavos y un impuesto sobre las casas con distintos nombres *(columnaria, ostiaria)*. Se organizaron en gran escala levas y requisas: por un lado, soldados y remeros; por otro, armaduras y armas, máquinas de guerra y medios de transporte. Esto era exigido no sólo a las ciudades, sino también a las villas fortificadas (*vici* y *castella:* prueba interesante de la existencia en la provincia de pueblos y granjas no incluidos en los territorios de las ciudades).

El modo de recaudación fue el empleado por Sila y sus sucesores en Asia: se empleaban agentes especiales con poder militar extraordinario *(imperium* con *lictores)*, y ciertamente con destacamentos de soldados a su disposición. César les llama *praefecti* y *exactores*. Sin duda, mientras pedían dinero para Pompeyo, no dejaron de llenar sus propios bolsillos.

Vino el resultado acostumbrado. Se pidió dinero prestado a los prestamistas, y las deudas de la provincia aumentaron rápidamente: se doblaron en dos años.

Los *negotiatores* y publicanos romanos no sufrieron menos que los provinciales. Se les trató individualmente y como comunidades organizadas, que César llama *conventus*, y también como grupos extranjeros residentes en ciudades particulares; estas dos últimas categorías no parecen haber sido idénticas. Es probable que se les sacase el dinero en concepto de préstamos obligatorios. Así, por ejemplo, a los publicanos se les obligó a adelantar al tesoro los pagos del año siguiente. Por otra parte, el dinero depositado por particulares con los publicanos fue requisado por los

---

* César, *B. C.*, III, 31-33.

agentes de Pompeyo; estas confiscaciones probablemente se consideraron como préstamos obligatorios de los capitalistas particulares. Así fue cómo Cicerón perdió en esta época los ahorros que había depositado en los publicanos en Éfeso. Pompeyo trató de hacer lo mismo con el dinero depositado en el templo de Éfeso, que se salvó dos veces por casualidad* (93).

Mientras el problema de financiar su expedición y formar y constituir su ejército y marina lo resolvió Pompeyo según hemos dicho, la situación de César era diferente. No nos interesa su movilización en Occidente. Una vez en Oriente, César utilizó para sus suministros casi exclusivamente los recursos de la Grecia propiamente dicha. Sabemos que sus fuerzas ocuparon poco a poco todo el centro y noroeste de Grecia. Esto lo hizo, sin duda, principalmente por razones estratégicas, pero la cuestión de los suministros desempeñó cierto papel en esta ocupación.

Un par de textos grabados en la casa del tesoro cnidio en Delfos refleja la situación que dominaba en la Grecia central. Demuestran que César estuvo acompañado en Grecia por dos cnidios notables, el famoso Teopompo y el influyente Calixto. En el estado mayor de César desempeñaron el mismo papel de consejeros y expertos en los negocios griegos que Teófanes de Mitilene en el de Pompeyo. En Delfos ayudaron con su consejo a Fufio Caleno, encargado de varias tareas en Grecia central, relacionadas de algún modo con las operaciones militares. Una frase oscura en una de las inscripciones sugiere que era responsable de la seguridad del golfo de Corinto y del puerto de Delfos: Cirra. Pudo haber tenido que ocuparse de los piratas locales y pudo haber tenido la misión de proteger el transporte de suministros de intendencia. Puede recordarse que algunos piratas, capturados por Pompeyo en el curso de sus operaciones, habían sido asentados en Dime y aprovecharon la ocasión del torbellino de las guerras civiles para reanudar su antigua actividad (94).

Podemos imaginarnos cuán desastrosamente afectó esta guerra a Grecia, especialmente a Tesalia. Puedo citar la suerte de Gonfi y los sitios de Atenas y Mégara, terminado este último con la toma de la ciudad, la matanza de la población y la esclavización de los supervivientes (95). No nos sorprende que Servio Sulpicio, en su carta de 45 a. de J. C. a Cicerón, describa la situación de Grecia diciendo que es peor de lo que había sido después

---

* César, *B. C.*, III, 33 y 105.

de la campaña de Sila: «Detrás de mí estaba Egina, delante Mégara, a la derecha el Pireo, a la izquierda Corinto, ciudades florecientes en el pasado y que ahora están ante mis ojos en ruina y decadencia» (96).

El fin de la guerra no significó el de las exacciones y contribuciones. César necesitaba dinero y no dudó en recaudarlo de una manera u otra. Empezaron las exacciones tan pronto como acabó la guerra, siendo testigo las grandes sumas pedidas a los reyes vasallos que habían tomado partido por Pompeyo. Deyotaro de Galacia, por ejemplo, organizó tres subastas para satisfacer al vencedor*[1] (97). Dion Casio*[2] nos da un resumen luminoso de la actividad de César después de su victoria sobre Farnaces (quien además contribuyó mucho durante su invasión del Ponto a la ruina y desolación de aquel país, Capadocia y Armenia Menor). César fue primero a Bitinia y después a Grecia en su viaje a Italia, «recaudando mucho dinero, con cualquier pretexto, de todo el mundo, exactamente como había hecho antes, (esto es, durante la guerra y poco después). En primer lugar exigió todo el dinero que cada uno había prometido anteriormente a Pompeyo, e hizo además otras peticiones so color de distintas acusaciones. Se apropió de todas las ofrendas votívas a Heracles de Tiro, porque los tirios habían ofrecido hospitalidad a la mujer e hijo de Pompeyo. Obtuvo también de los potentados y reyes muchas coronas de oro, en honor de sus victorias». Además, para los fines de su expedición alejandrina y después de su guerra con Farnaces, reunió fuerzas de mar y tierra, especialmente en Siria y Asia Menor. Así, el Oriente, que se había recuperado lentamente de los golpes asestados sobre él por Sila y Mitrídates, volvía a ser despiadadamente expoliado, primero por Pompeyo y después por César (98).

Sin embargo, César, durante el breve período de su gobierno, hizo algo por compensar a Oriente de sus depredaciones. En Grecia otorgó ciertos privilegios a Tesalia*[3], restauró a Corinto y ofreció regalos a Atenas. La reparación que hizo a Asia fue más sustancial. La más importante de sus medidas fue la remisión de un tercio de las sumas pagadas a los publicanos por las ciudades

---

*[1] Sería interesantísimo saber lo que se vendió en estas subastas: ¿tierra, ganado, vajilla de oro y plata?

*[2] Dion Casio, XLIII, 49; cf. 6.

*[3] Apiano, *B. C.*, II, 88, y Plutarco, *César*, 48, hablan de liberación, lo que pudo haber incluido una remisión temporal de impuestos.

de la provincia de Asia y la restauración del sistema silano de recaudación directa de impuestos por las mismas ciudades sin la intervención de los publicanos. Tenemos pocas fuentes sobre la última reforma, pero parece claro que César volvió al sistema originariamente instituido por Sila, que el Senado modificó después introduciendo los publicanos entre las ciudades y el gobierno, para actuar de suscriptores y garantes. César apartó a los publicanos y estableció o restableció relaciones directas entre las ciudades y el gobierno provincial. Cada ciudad era responsable del pago de un tanto alzado, pero esta suma no la pagaba, como antes, a los publicanos, sino al cuestor de la provincia. No sabemos si este tributo o φόρος era una suma fijada de una vez para todas y calculada sobre la base que representaba principalmente la décuma de una cosecha normal, o era determinada cada año y acordada por una *pactio* anual entre la ciudad y el gobernador (sistema de Gabinio, una modificación del cual había estado vigente en la época de los publicanos). En todo caso, los propietarios o cultivadores de la tierra continuaban pagando una décuma como antes. Antonio, cuando se refiere en su discurso a la reforma de César, no alude a cambio alguno sobre este asunto (99).

Encontramos menciones ocasionales de otras medidas ventajosas para las ciudades de Grecia y Asia Menor. Me he referido (página 1088) a una queja de los de Mitilene sobre el número de personas privilegiadas residentes en su ciudad, pero que no participaban de sus cargas; César dio reparación a esta queja. Pero él mismo era pródigo en otorgar privilegios y exenciones a los particulares. Con frecuencia otorgó la franquicia romana y otros favores a los que le apoyaron y ayudaron en la guerra*. No fue menos pródigo en otorgar privilegios a las ciudades. El año 48 antes de J. C. se otorgaron estos favores a Cnido, patria de los amigos de César antes mencionados, y a Ilión, y después a Amiso y Mitilene. Cícico, Mileto, Pérgamo, Atenas, Mégara y Tespias recibieron de él privilegios de una u otra clase. Incluso el lejano Quersoneso, en Crimea, se benefició de sus favores. Una inscripción de Quersoneso menciona a un embajador enviado por la ciudad a César y al Senado romano el 47 ó 46 a. de J. C. La cuestión a tratar era la libertad de la ciudad. Quersoneso había sido en el pasado políticamente dependiente de Mitrídates y de su sucesor Farnaces, y después de muerto éste, de Asandro, cau-

---

* He reunido las fuentes sobre este punto en otro lugar (100).

dillo del Bósforo. Es muy probable que César diese a la ciudad la libertad que pedía (101).

Algunos de estos beneficios fueron dictados por consideraciones sentimentales o de propaganda (Ilión, Atenas, quizá Tespias y Mégara); otros, por el deseo de satisfacer a amigos influyentes en Oriente (tal fue el caso de Cnido y algunas otras ciudades apoyadas por amigos cnidios de César; también probablemente, en el caso de Mitilene, y sin duda en el de Pérgamo). Pero en lo fundamental las razones de la política liberal de César en el Oriente eran de carácter político. Durante la guerra civil la fuerza de las circunstancias le había obligado a tratar a Grecia y Asia con dureza y someterlas a la expoliación. Cuando había pasado la gran lucha y César había llegado a ser el único y supremo caudillo del imperio romano, tenía necesidad imperiosa del apoyo moral y material de Oriente. Estaba planeando sus grandes expediciones contra Birebista y los partos. Para asegurarse el éxito de estas campañas, César debía tener a su retaguardia un país próspero, pacificado, tranquilo y feliz, y sus medidas se dirigían a este fin.

Corinto fue restaurado como una de sus principales bases en Grecia, excelente lazo de unión entre Italia y Oriente. La gente que César envió a residir allí eran expertos en los negocios y profundamente devotos hacia él. No estaba interesado en Delos, que recibió el golpe de gracia con la restauración de Corinto.

César necesitaba paz y prosperidad en Macedonia y Grecia con el fin de que estos países apoyasen su expedición contra Birebista, que se había hecho demasiado fuerte y podía amenazar sus comunicaciones con Italia.

El completo dominio de los Estrechos, de la Propóntide, del Ponto y de los recursos de Crimea era una condición vital del éxito de César en su expedición parta. Por ello fue por lo que aplastó a Farnaces y otorgó favores a Cícico, Heraclea, Sinope y Amiso. Téngase presente que en las dos últimas y también en Apamea, Mirlea y Lámpsaco —o Parión (?)— puso colonias militares romanas (102). Y esto explica igualmente su política en Crimea: la emancipación de Quersoneso y la humillación de Asandro.

Las fuentes sobre las medidas políticas de César en Grecia y Oriente son, por supuesto, muy escasas e incompletas. Sin embargo, es cierto que el arreglo de esta región del mundo fue una de las principales preocupaciones de César en los últimos años de su

vida. Sabemos que en 46 y 45 a. de J. C. estaba César continuamente ocupado con asuntos orientales. Docenas de embajadores venían de Oriente a Roma en esta época, y se sometieron a votación muchos senadoconsultos que regulaban los asuntos de Oriente. A este respecto es muy ilustrativa una carta de Cicerón a Peto en la segunda mitad del año 46 a. de J. C.*[1], en la que Cicerón habla de ser el ponente, sin saberlo, de varios senadoconsultos y de recibir cartas de agradecimiento de potentados de Oriente de quien nunca había oído hablar antes.

A la luz de las reformas de César en Asia Menor, que en lo principal tuvieron por modelo el reajuste de impuestos hecho por Sila (y el sistema de Sila parece haber sido, por lo menos en parte, una vuelta parcial a las tradiciones helenísticas), quizá podamos entender mejor lo poco que sabemos de la política fiscal de César en Siria. Aunque sobre esto no tenemos información directa, podemos formarnos una idea de su carácter por un estudio de sus dos edictos del 47 y 44 a. de J. C. referentes a Judea, reproducidos, aunque en forma abreviada, por Josefo*[2].

Después de la anexión de Siria por Pompeyo y la conquista de Judea, este último país pasó a formar parte de la provincia romana de Siria. He descrito el sistema helenístico de impuestos que privaba en Judea tal como lo conocemos por los libros de los Macabeos y por Josefo. Bajo Jonatán, el 152 a. de J. C., el país pagó un tributo y un impuesto territorial muy alto (un tercio de la cosecha y la mitad de la cosecha de árboles frutales), además de gran número de impuestos reales y un impuesto sobre los ingresos de los sacerdotes.

Es oscura la historia del elevado impuesto territorial, que no aparece entre los impuestos de Judea en la época de Antioco III (véase pág. 443). Veremos que reaparece en Judea en los días de César, y probablemente era la base de la tributación allí en todo el período que va desde el final del gobierno seléucida y la conquista del país por César. Pudo haber sido el impuesto fundamental de Judea desde tiempo inmemorial, un impuesto que constituía la base del tributo, y pudo haber sido recaudado temporalmente por el gobierno seléucida como un impuesto separado adicional

---

*[1] Cicerón, *Ad fam.*, IX, 15, 4.

*[2] Flavio Josefo, *A. J.*, XIV, 10, 5 y 6 (200 y sigs.). Traté de este punto hace treinta y cinco años en mi *Staatspacht*, y no veo razón para modificar la interpretación de los edictos que entonces expuse.

al tributo, es decir, como un impuesto punitivo de emergencia, correspondiente a impuestos similares pedidos por Lúculo, Apio Claudio y Ariobarzanes. Bajo los asmoneos volvió a ser una vez más el impuesto principal de Judea, y como tal fue heredado por los romanos (103).

Por supuesto, se trata tan sólo de una hipótesis. Sabemos poco del sistema de impuestos establecidos por los asmoneos, pero es muy probable que no cambiaran lo que heredaron de los seléucidas y que Pompeyo tomase de ellos el mismo sistema. Sin embargo, Pompeyo siguió en Judea el mismo camino que los romanos habían seguido generalmente en Oriente. Simplificó las relaciones entre Roma y Judea, ordenando pagar al gobierno romano un *stipendium**, una cierta cantidad de grano y dinero calculado probablemente sobre el producto normal del impuesto territorial helenístico y asmodeo y otros impuestos. La recaudación del *stipendium* en la época de Gabinio fue arrendado a los publicanos de Siria, procedimiento que no fue ciertamente iniciado por él. Dividió Judea para fines fiscales en cinco distritos, cada uno con su propia metrópoli. Con estas capitales de distrito hicieron los publicanos sus *pactiones*, que a veces fueron canceladas por Gabinio, quien a su vez probablemente hizo sus propias *pactiones* con las ciudades. Ya me he referido a este sistema de *pactiones* directas practicado por Gabinio en los casos de emergencia.

Este procedimiento —su reconstrucción es hipotética— estuvo en vigor hasta la época de César, que introdujo algunos cambios. Pudo haber conservado temporalmente el sistema pompeyano con ligeras modificaciones en favor de Judea: el tributo se calculaba sobre la base de un cuarto (no un tercio) de la cosecha en el segundo año del *lustrum*, dándose una exención completa cada siete años (año sabático). Los pagos en especie debían ser entregados en Sidón, probablemente a los graneros centrales de la provincia de Siria Éste puede ser el significado del edicto del 47 a. de J. C., aunque su interpretación es muy difícil y dudosa. Joppa, restaurada a Judea, formaba un distrito fiscal separado.

El año 44 a. de J. C. parece que se introdujeron cambios más radicales. Para el nuevo *lustrum* el *stipendium* dejó de ser recaudado por los publicanos, y el sistema de impuestos fue modificado. Pero el privilegio referente al segundo año de cada *lustrum*,

---

* Flavio Josefo, *A. J.*, XIV, 4, 4 (74): *B. J.*, I, 7, 6 (154).

y probablemente al año sabático, se mantuvo. No hay razón para creer que fuese el etnarca —Hircano II— quien se hizo responsable del pago del *stipendium*.

De este modo, es más que probable que César pusiese fin en Judea y en Asia a la actividad de los publicanos, con gran satisfacción de los judíos, que además estaban exentos del servicio militar y de la ἐπισταθμία. Con estas medidas César mantuvo contentos a los judíos, asegurándose su apoyo para su proyectada guerra pártica y llenando sus graneros militares de Sidón.

¿Podemos dar un paso más y sugerir que César actuó más o menos de la misma manera también en Siria? Sabemos que otorgó muchos favores a algunos de los dinastas de Siria y a varias ciudades sirias, especialmente a Antioquía. Es significativo que fundase la primera colonia militar en Siria, la de Berito. Y quizá sea permitido pensar que libertó a Asia Menor y Judea, como libertó a Siria para siempre, de los publicanos y entró en relaciones directas con las ciudades, siguiendo en esto el camino de Gabinio (104).

El mundo helenístico apenas tuvo tiempo de recobrarse de las depredaciones en el breve período del benevolente gobierno de César. El año 44 a. de J. C. fue asesinado César, y el 43 empezó la actividad de Bruto y Casio en Grecia, Asia Menor y Siria. Llegaron a Oriente sin hombres ni dinero, siendo su intención crear de sus recursos un ejército y una flota y asegurarse bastante dinero para pagar sus fuerzas y financiar la guerra en general. Volvió la época de las exacciones de Pompeyo y César, con la única diferencia de que Bruto y Casio mostraron una energía más despiadada que Pompeyo o César. Tenían que obtener hombres, barcos, dinero y equipo con la máxima rapidez, y para este fin no dudaron en recurrir a las medidas más violentas.

Bruto y Casio encontraron Oriente caótico y desgarrado. En Siria había empezado la guerra civil antes de la muerte de César, ofreciendo Cecilio Baso, un pompeyano aliado con Partia, resistencia abierta a los generales de César. En esto llegó Casio, que logró dominar a Baso y a sus enemigos cesarianos ganando la alianza de sus legiones. No había menos confusión en Asia Menor, donde Trebonio, legítimo gobernador de Asia, rehusaba entregar el mando a Dolabela, que estaba de camino para Siria. Dolabela le asesinó brutalmente, pero fue a su vez vencido por Casio, sitiado en Laodicea y obligado a suicidarse. En Grecia la situación era menos complicada. Aquí el éxito de Bruto fue rápido y com-

pleto. Pero Grecia estaba ahora exhausta, y Bruto, para obtener los medios de mantener y aumentar pronto sus fuerzas, se dirigió a Asia Menor (105).

Todos los caudillos temporales de Siria vivían con sus ejércitos a expensas de la provincia. Tenemos alguna información sobre sus métodos en el caso de Casio. Sus medidas en Siria iban destinadas a obligar a las ciudades y reyes vasallos a una sumisión incondicional y a sacar de ellos todo el dinero y la ayuda militar que necesitaba. Los que se le oponían tenían que pagar una dura pena. Josefo*[1] nos cuenta cómo Casio fue de una ciudad a otra de Siria reuniendo armas y soldados e imponiendo duras contribuciones tratando a los caudillos vasallos de la misma manera. Antípatro e Hircano, en Judea*[2], tuvieron gran dificultad para reunir la contribución de 700 talentos que se les había impuesto. Algunas ciudades que eran incapaces o no querían pagar vieron a su población vendida como esclavos.

Tenemos información más detallada sobre la suerte de dos ciudades que habían apoyado a Dolabela: Laodicea y Tarso. Laodicea fue tomada por Casio. Sus tesoros públicos y sagrados fueron robados, la ciudad fue destruida en parte y se le impuso una enorme multa. Aún más cruel fue el trato dado a Tarso. Según Dion Casio, en Tarso usó Casio el método después aplicado por él y Bruto a Rodas y Licia: confiscó todo el dinero público y ordenó a los ciudadanos particulares entregar todo su oro y plata. Se tomaron cuidadosas medidas para asegurar el éxito de esta operación, entre las que se demostraron muy eficaces el espionaje y las denuncias. Apiano lo relata de manera ligeramente distinta: habla de una contribución de 1.500 talentos. Para el pago de esta suma dice que la ciudad agotó todos sus recursos públicos y sagrados, y finalmente, siendo incapaz de satisfacer toda la demanda, vendió como esclavos a gran parte de su propia población (106).

Además de estas medidas, Casio, con el fin de llenar su caja de guerra, recurrió al recurso que habían adoptado frecuentemente los antiguos caudillos de Siria: vendió el gobierno de varias ciudades a ricos postores; en otras palabras, estableció tiranías en ellas (107).

Métodos semejantes fueron empleados por Dolabela, Casio y Bruto en Asia Menor y Grecia. Dolabela, durante su corta

---

*[1] Flavio Josefo, *A. J.*, XIV, 2 (272).
*[2] Ibídem.

estancia en Asia Menor, actuó con prontitud y crueldad. Léntulo, el procuestor, informando a Roma en el verano de 43 a. de J. C.*[1], habla de la provincia de Asia diciendo que fue devastada por Dolabela, que se apoderó de los *vectigalia* y mostró especial severidad hacia los ciudadanos romanos. Apiano*[2] menciona además las contribuciones que impuso a las ciudades, mientras que respecto a la marina prefirió alquilar barcos de los rodios, licios, panfilios y cilicios. Tampoco dejó Dolabela de reforzar su ejército con levas forzosas. Como Metelo, exceptuó de estas levas a la población judía de Asia Menor (108).

Los procedimientos de Casio y Bruto son bien conocidos y no vamos a detenernos en ellos, aunque pueden mencionarse algunos hechos sobresalientes. Rodas ofreció resistencia al primero, y la ciudad fue tomada después de un sitio difícil. No fue saqueada por las tropas de Casio, pero le costó muy cara la resistencia. Le fueron confiscados los barcos, así como el dinero hallado en los templos y el tesoro público. Además, se dio la orden de que todos los ciudadanos particulares debían entregar, bajo pena de muerte, todo el oro y la plata que poseyeran. Esta orden, hecha cumplir a la fuerza, de la misma manera que en Tarso, produjo más de 8.000 talentos. Finalmente, si hemos de creer a Plutarco (que, sin embargo, no menciona la confiscación de los fondos públicos y sagrados), se impuso a la ciudad una multa de 500 talentos (109).

En Asia Menor sufrieron la misma suerte que los rodios los licios y Ariobarzanes III de Capadocia. Bruto y Casio hicieron expediciones militares, el primero a Licia y el segundo a Capadocia. En Licia las ciudades habían rehusado pagar las contribuciones y entregar reclutas, y Bruto se vengó con su expedición. Janto, que había ofrecido resistencia, fue sitiada y después tomada, pero sus habitantes se suicidaron y destruyeron la ciudad. Su triste destino causó una gran impresión a los contemporáneos. Patara se rindió y, según Apiano, sufrió en manos de Bruto el mismo trato que Casio había aplicado con éxito a Rodas. Todo el oro y la plata que poseían los ciudadanos particulares fue confiscado, y además, según Plutarco, las ciudades de Licia pagaron una contribución general de 150 talentos (110). Capadocia fue invadida, y el tesoro y material de guerra de Ariobarzanes, confiscado (111).

---

*[1] Cicerón, *Ad fam.*, XII, 15, 1.
*[2] Apiano, *B. C.*, IV, 60, 58.

La provincia de Asia no ofreció resistencia alguna. Bajo una fuerte presión sus ciudades hicieron lo que pudieron (vendiendo su plata y joyas) para satisfacer a Bruto y Casio, que les impusieron (como en otras provincias de Asia Menor) una contribución equivalente a la suma de sus *phoros* de diez años. Para la recaudación de esta enorme suma, los tiranicidas, sin duda, adoptaron el sistema de Sila y Pompeyo (112).

Puedo anotar de pasada que en Asia Menor, como en Siria, los caudillos del día preferían tratar, no con ciudades libres, sino con ciudades gobernadas por tiranos. Estrabón menciona varias tiranías como instituciones características de su tiempo, y de las monedas e inscripciones podemos sacar información sobre algunos tiranos. Ya me he referido a los representantes más típicos de esta clase, y volveré sobre el tema más adelante, en este mismo capítulo. Algunos de estos potentados eran tiranos de cuerpo entero; otros, aunque no tiranos en el auténtico sentido de la palabra, eran prácticamente amos de sus propias ciudades. Su influencia y poder se basaba en sus relaciones con los caudillos del momento, y el apoyo que recibían de éstos ciertamente no era gratuito. Si no pagaban un tributo regular de sus propios bolsillos, indudablemente ayudaban a sus protectores a obtener contribuciones de sus conciudadanos (113).

Además de las contribuciones, el Oriente, como siempre, suministraba a los caudillos romanos hombres para sus ejércitos y barcos con sus tripulaciones y remeros para su flota. El 43 antes de J. C. se formaron dos legiones de macedonios. Casi toda la caballería de Bruto y Casio (17.000 si hemos de creer a Apiano) se componía de tesalios, tracios, ilirios y orientales (árabes, medos, partos, gálatas) (114).

Y por último, pero no lo menos importante, durante los dos años Asia Menor y Grecia tuvieron que soportar el ejército grande y cada vez mayor de Bruto y Casio (en Filipos contaba, según Apiano, 100.000 hombres) y su flota, y después el ejército de Cayo César (Octaviano) y Antonio (115).

El final de la guerra en Filipos no trajo descanso a Asia ni a Grecia. Los triunviros tenían urgente necesidad de dinero para pagar y licenciar a sus soldados. Sólo de legionarios había que buscar dinero para 170.000*. Al mismo tiempo, Antonio no tenía intención de permanecer ocioso, sino que preparaba su expedición parta.

---

* Discurso efesio de Antonio, Apiano, *B. C.*, V, 5.

Su manera de proceder en Oriente, como era de esperar, fue exactamente la misma que la de Sila, Pompeyo, César y Bruto y Casio. Poseemos relatos de ella en las historias de Apiano, Plutarco y Dion Casio, todos, por supuesto, enemigos de él.

Como César, Antonio concedió privilegios a las ciudades, dinastas y personas particulares que le fueron leales y que habían sufrido mucho durante la guerra de Filipos y después de ella. Licia logró ser inmune, Janto fue reconstruida, Rodas recibió un aumento de territorio, lo mismo que Atenas. Laodicea y Tarso fueron tratadas de la misma manera que los licios, y, por un edicto especial (διάταγμα), a los tarsos que habían sido vendidos como esclavos les fue devuelta la libertad. Con toda probabilidad, fue mantenido el sistema cesariano de recaudar impuestos (116).

Al mismo tiempo se dieron libremente privilegios a grupos y a individuos que no tenían especiales reclamaciones políticas. Aún conservamos una carta de Antonio al *koinón* de griegos de Asia (τὸ κοινὸν τῶν ἀπὸ τῆς Ἀσίας Ἑλλήνων), muy parecida a la carta de Sila antes citada, en que se menciona la garantía de distintas inmunidades y favores*, a petición de su amigo Artemidoro, famoso atleta, a la famosísima asociación de vencedores en los juegos (σύνοδος τῶν ἀπὸ τῆς οἰκουμένης ἱερονικῶν καὶ στεφανειτῶν). Este documento puede fecharse en 42-41 antes de J. C. o en 33 a. de J. C., durante la gran movilización del Oriente por Antonio. Podemos también recordar el gran número de provincianos, tanto de soldados que habían servido en su ejército como de civiles de distinta clase que recibieron de él la ciudadanía romana (117).

Por otro lado, las medidas tomadas por Antonio para sacar dinero de sus provincias asiáticas eran vigorosas y sin contemplaciones. En su famoso discurso en Éfeso el 41 a. de J. C. ordenó a las ciudades de la provincia de Asia pagar en el curso de un año la misma cantidad que habían pagado a Bruto y Casio, tanto como castigo por su apoyo a los asesinos de César como por su participación en la liquidación de la guerra civil. Después de algunos regateos, se decidió que Asia pagase un *phoros* de nueve años en dos. Éste es el relato de Apiano, y Plutarco añade algunos detalles interesantes. Describiendo lo que probablemente

---

* ἀστρατευσία, ἀλειτουργησία, ἀνεπισταθμία, ἐκεχειρία περὶ τὴν πανήγυριν, ἀσυλία, y πορφύρα.

fue la misma reunión en Éfeso, recuerda que Hibreas de Milasa, el famoso retórico con quien Estrabón nos familiarizó (véase página 822), notaba con sarcasmo en su discurso: «Si puedes recibir una contribución dos veces en un año, puedes igualmente darnos el verano dos veces y la cosecha tres.» El mismo discurso de Hibreas contenía un cáustico comentario de los métodos de los agentes fiscales de Antonio. La suma exigida a Asia ascendía, según Hibreas, a 200.000 talentos, lo que, por supuesto, es una gran exageración, o bien de Hibreas, o bien de Plutarco y el autor de quien la sacó (118). Esta suma fue recaudada por los mismos métodos adoptados por Sila. Fueron nombrados agentes especiales para grupos de ciudades, y éstos recibían las contribuciones ayudados por soldados*[1].

Es muy probable que los ciudadanos romanos en el Oriente griego sufrieran tanto como la población indígena. Es cierto, por ejemplo, que Antonio confiscó las fincas rústicas y otras propiedades de los proscritos, y pudo haberse apropiado trozos de lo que había sido o era el *ager publicus,* parte del cual podía estar en aquella época en posesión de romanos de la clase alta. Es un hecho interesante que tengamos noticia de muchos Antonii con *cognomina**[2] extranjeros en el siglo I a. de J. C. en los distritos rurales de Asia. Esto puede explicarse más fácilmente suponiendo la existencia en estas regiones de fincas que pertenecían a Antonio. Los Antonii serían, pues, los descendientes de los miembros indígenas del grupo que regía las fincas de Antonio o de sus libertos. Otra explicación, aunque menos probable, lo relacionaría con los veteranos del ejército de Antonio (119).

Hay que decir que Antonio pervivió en la memoria de las gentes de Asia Menor como un ladrón despiadado y duro de corazón. Augusto, en sus *Res Gestae**[3], cree oportuno referirse al despojo de los templos de Asia que Antonio se había apropiado: «In templis omnium civitatium provinciae Asiae victor ornamenta reposui quae *spoliatis templis* is cum quo bellum gesseram privatim possederat.»

Puede añadirse a este respecto que Antonio, como sus predecesores Dolabela, Bruto y Casio, protegían a los tiranos e impo-

---

*[1] Uno de estos recaudadores fue Anaxenor, un músico nombrado φορολόγος para cuatro ciudades (Estrabón, XIV, 1, 41, pág. 648).

*[2] Debemos tener en cuenta que nuestra información para los siglos I a. de J. C. y I d. de J. C. es muy escasa.

*[3] *Mon. Anc.,* IV, 49-51.

nían nuevas tiranías en algunas ciudades hasta entonces libres. Ya he aludido a Hibreas de Milasa, notable por su resistencia a Quinto Labieno y persona grata a Antonio. Tenemos en el relato de Estrabón sobre Tarso un cuadro vivo de las condiciones predominantes en algunas ciudades de Asia Menor. Antonio instaló allí como tirano a Boeto, «un mal poeta —dice Estrabón— y un mal ciudadano» y durante su reinado hasta que fue depuesto por Augusto, entró a saco en los negocios de la ciudad. Del mismo tipo era Estratón, tirano de Amiso, por el favor de Antonio. Pero la figura más pintoresca fue Curcio Nicias, a quien ya me he referido. R. Herzog ha trazado un retrato maestro de este hombre, personaje muy característico de su tiempo. Era un eminente erudito y filósofo, y probablemente poeta, hombre que, como amigo de Memmio, Pompeyo, Cicerón, Ático, Dolabela y Bruto, desempeñó un papel importante en la vida social y política de Roma. A juzgar por su estilo de vida en Roma, era muy rico. Volvió a su ciudad natal de Cos durante los desórdenes que siguieron a la muerte de César. Una vez en Cos, tomó parte destacada en los asuntos de la ciudad, y por sus amistades y relaciones y su tacto político la salvó de la suerte de su patrona y aliada Rodas. En la época del predominio de Antonio llegó a ser tirano regular de la ciudad y durante ocho años acuñó en nombre de la ciudad su propia moneda con su retrato (lám. CIII, 8). Murió de muerte natural, y aunque sus restos después de la caída de Antonio fueron arrojados del mausoleo, siguió siendo famoso como benefactor de la ciudad y su gran héroe. Se han encontrado catorce inscripciones en distintas partes de la isla de Cos, dedicaciones a los *patrōoi theoi* por la salvación de Nicias, el hijo de la ciudad, el patriota, el héroe, el benefactor del estado (120).

La conducta de Antonio fue la misma en el resto de Asia Menor y Siria, que había visitado en su viaje de inspección el 41 a. de J. C. Por todas partes impuso grandes contribuciones, que a veces provocaron agudos conflictos. Así Árados, duramente oprimida por dinero por parte de las tropas de Antonio, se sublevó y dio muerte a cuatro cohortes de soldados romanos (Jerónimo dice que las quemaron vivas). Los motivos de la política de Antonio en Siria eran en parte financieros y en parte políticos. Deseaba sacar dinero, pero también deseaba salvaguardar su retaguardia durante su proyectada expedición pártica. Por ello depuso a varios tiranos de ciudades, en su mayoría propartos, que huyeron a Partia y la incitaron a atacar a Roma. A las

ciudades y al resto de la población (incluyendo probablemente los dinastas vasallos de las regiones fronterizas) exigió grandes subvenciones. Especialmente célebre fue su fracasada expedición a Palmira, que tenía fama de ser muy rica como intermediaria entre Roma y Partia a causa de su dominio del nuevo camino caravanero a través del desierto de Siria. La acusó de mantener una estricta neutralidad entre Partia y Roma (121).

Las exacciones de Antonio indudablemente levantaron una ola de indignación tanto en Siria como en Asia y prepararon las condiciones para la invasión parta de Siria y Asia Menor bajo el caudillaje de Cayo Labieno y Pacoro, que empezó a fines del 41 o a principios del 40 a. de J. C.

No es necesario repetir aquí lo poco que sabemos de esta invasión. Bastará recordar que Labieno quedó dueño de gran parte de Asia Menor durante casi año y medio y que la guerra en Siria no se acabó hasta 38 a. de J. C. Los sufrimientos de Asia Menor fueron muchos. Ciudades que como Milasa y Alabanda resistieron a Labieno fueron tomadas y saqueadas. Pero la mayor parte de ellas se rindieron voluntariamente, y lo mismo muchos dinastas (122).

Tenemos algunas fuentes documentales sobre las crueldades sufridas por Asia Menor en la época de Dolabela, de Bruto y Casio y de Antonio y Labieno. Una inscripción honoraria fragmentada de Tabes publicada recientemente se refiere a un notable de la ciudad que había sido miembro del *consilium* de Dolabela. La enumeración de sus servicios, aunque seca e incompleta, es muy ilustrativa. Dicho notable fue de embajada al «jefe de los caudillos» (ὕπατοι τῶν ἡγουμένων) y a los «dinastas que vinieron a Asia Menor». Por la palabra ὕπατοι probablemente quiere decir, no los cónsules, ni siquiera los gobernadores de la provincia de Asia, sino quizá los efímeros amos de cada día, cualquiera que fuera su título, que uno después de otro aparecieron en el suelo de Asia. El término «dinasta» probablemente significa caudillos vasallos de Asia de paso para los campamentos de los caudillos romanos. En época de crisis este notable movilizó la caballería de la ciudad, pero no sabemos si por orden de uno de los caudillos o con el fin de defender a la ciudad contra los partos. Es de lamentar que el texto de la inscripción sea tan imperfecto (123).

Aún más elocuentes son las inscripciones que se refieren a la invasión parta. Ésta produjo una gran impresión entre la gente

de Asia Menor. Parecía que habían vuelto los tiempos de las incursiones gálatas, y con ello aparecieron cuentos sobre la ayuda divina prestada a las ciudades por sus dioses y protectores. Un largo texto grabado en las paredes del templo del gran Zeus de Panamara (cerca de Estratonicea) da un relato vivo de las epifanías del dios y del socorro prestado por él a este santuario cuando los partos, marchando contra Estratonicea, trataron de asaltarla. Menos afortunado fue otro templo del κοινόν, el de Lagina (124).

En general, Labieno no mostró consideración para las ciudades de Asia Menor. Como a otros saqueadores romanos de la provincia, a Labieno le faltaba dinero, que exigía implacablemente a las ciudades además de saquear los templos*[1]. Los embajadores de Milasa que aparecieron ante Cayo César (Octaviano) en Samos el 31 a. de J. C. trazan un triste cuadro del estado de su ciudad después de su asedio y captura por Labieno*[2]: muchos ciudadanos han sido muertos; muchos otros, cautivados; los templos, dentro y fuera de la ciudad, saqueados; la campiña, devastada; las granjas, quemadas, y calamidades de todo género han caído sobre la ciudad.

Es tentador relacionar con los mismos hechos el decreto fragmentario de Afrodisias en honor de un hombre que ayudó a la ciudad en un momento de hambre; era magistrado en tiempo de guerra, y quizá tomase parte activa en una de las batallas (125).

Las devastaciones de Labieno no llevaron a Antonio a aflojar en sus esfuerzos de levantar fondos. Tenía urgente necesidad de dinero para su expedición parta y después para la gran lucha con Octaviano. Había determinado desde el principio adquirir una grande y poderosa flota. Ésta la reunió y organizó a expensas de sus provincias asiáticas y europeas. Prestó numerosos barcos el 36 a. de J. C. a Octaviano para la lucha con Sexto Pompeyo, y algunos de éstos, o los miembros más eficaces de sus tripulaciones, probablemente fueron retenidos por Octaviano a su servicio. Aún tenemos el rol de un bravo capitán de uno de los grandes barcos de guerra, natural de Roso de Siria, distinguido en la guerra contra Sexto Pompeyo y que después de ella sirvió con Octaviano y permaneció en su marina sin interrupción hasta la batalla de Accio. Los triunviros honraron al capitán del navío

---

*[1] Dion Casio, XLVIII, 26.
*[2] *S. I. G.*[3], 768.

con la ciudadanía y la inmunidad, y más tarde, a instancia suya, después de la batalla de Accio, Octaviano concede perdón y ciertos privilegios a la ciudad natal del marino y recomendaba a éste a la atención de sus conciudadanos (126).

Tampoco Grecia quedó sin molestias después de sus anteriores dificultades en grado mayor que Asia. Es cierto que por lo menos Acaya tuvo que pagar grandes contribuciones a Antonio, que las exigió con rigor de las ciudades antes de entregar el país a Sexto Pompeyo, de acuerdo con el tratado de Miseno (127).

El epílogo de esta larga historia de robos y opresiones fue el duelo final entre Antonio y Octaviano, en que Oriente fue una vez más obligado a participar, y, por supuesto, según los métodos acostumbrados. Los hechos de esta última lucha son bien conocidos y no añaden nada al cuadro que he trazado. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que los ejércitos y marinas movilizados en esta guerra eran los más grandes que hasta entonces se habían visto. El ejército de Antonio comprendía por lo menos 75.000 infantes y 12.000 caballos, mientras su flota de 500 barcos de guerra grandes y cientos de transportes llevaban tripulaciones que debemos calcular entre 125.000 y 150.000 hombres. Además, tenía una reserva de once legiones y muchos auxiliares. El ejército y la flota de Octaviano eran aproximadamente iguales.

Para alimentar, pagar y vestir fuerzas de esta magnitud y proveer remeros a la flota, Antonio estaba naturalmente obligado a acudir a todos los recursos de Grecia y Oriente. Egipto suministró parte de sus demandas, pero el grueso fue dado por Siria, Asia Menor y Grecia (128).

Sería a propósito acabar este resumen refiriéndonos al conocido pasaje de Plutarco* en el que describe la desolada miseria y la inaudita humillación de la población de Grecia la víspera de Accio. Después de la batalla, Octaviano zarpó hacia Atenas, llegó a un arreglo con los griegos y distribuyó el trigo que quedaba al final de la campaña entre las ciudades porque éstas estaban en una lamentable necesidad, ya que habían sido esquilmadas de dinero, esclavos y bestias de carga. El trigo que Octaviano distribuyó era sin duda el que antes había requisado a los mismos griegos. Plutarco concluye su juicio con una nota personal: «Mi abuelo Nicarco solía contarnos cómo sus conciudadanos (él era de Queronea) fueron obligados a acarrear el trigo a sus propios

* Plutarco, *Ant.*, 68, 6-8.

hombros hasta el mar en Anticira, mientras con el látigo les hacían avivar el paso. Habían acarreado una carga de esta manera y se les asignó una segunda; pero cuando estaban para empezar, llegó la voz de que Antonio había sido derrotado, y ésta fue la salvación de la ciudad; porque inmediatamente los agentes y soldados de Antonio escaparon, y los ciudadanos dividieron el trigo entre sí» (129).

4. EPÍLOGO

Acabo de resumir la extensión del dominio romano sobre parte del mundo helenístico a finales del siglo II y en el I a. de J. C., y he tratado de mostrar el efecto de sus fases sucesivas sobre el desarrollo social y económico del territorio conquistado. Puedo ahora detenerme un momento y sacar algunas conclusiones generales del material utilizado.

Roma intervino en Oriente con el pretexto de restaurar la libertad del mundo griego. Según la teoría oficial romana, el protectorado que establecía sobre las ciudades griegas como resultado de esta intervención era un bien real para sus aliados *(socii)*, como llamaba oficialmente a sus asociados en Oriente, ciudades y monarcas. Respecto a las ciudades se decía que garantizaba su libertad y autonomía, ponía fin a la opresión real y a las intromisiones reales en sus libertades, y las salvaba de sus enemigos exteriores y les daba la paz interior, es decir, que era el fin de las pequeñas guerras entre ellas, de las guerras civiles y de los disturbios sociales y políticos. Se partía de la base de que para las monarquías significaba el establecimiento de una base sólida de equilibrio inalterado por las guerras o por las ambiciones de los gobernantes particulares.

Durante el corto período desde la intervención de Roma hasta las guerras mitridáticas, su protectorado benevolente fue más o menos inofensivo para sus ciudades aliadas. Se realizaron algunas de las bendiciones arriba mencionadas, por lo menos en algún aspecto; pero no trajo un progreso real comparable al que habían realizado las ciudades griegas bajo el protectorado y la dominación reales.

Por lo que se refiere a su estado jurídico constitucional, Roma no introdujo ningún cambio fundamental. La teoría romana las consideraba cuerpos políticos independientes aliados con ella. Pero en la práctica no tenían más independencia política

de la que habían tenido como ciudades aliadas o súbditas de las monarquías helenísticas. Roma nunca dudó en imponer su voluntad sobre las ciudades cuando era necesario, exactamente como habían hecho los caudillos helenísticos.

Tampoco la protección romana contra los enemigos exteriores sobrepasó ni siquiera igualó en eficacia a la que las ciudades griegas habían recibido de sus antiguos protectores y amos, especialmente los antigónidas y seléucidas, y los sucesores de los últimos, los atálidas. Finalmente, nunca se eliminó la guerra civil dentro de las ciudades mientras éstas conservaron un reflejo de su independencia política.

Por lo que se refiere a las relaciones de Roma con las monarquías helenísticas, nunca existió la pretendida balanza y equilibrio. Las monarquías más fuertes fueron aplastadas por el puño de hierro de Roma, pero el resultado no fue la libertad política de las más débiles. De hecho, todas las monarquías helenísticas perdieron su independencia casi por completo y se hicieron prácticamente vasallas del Estado romano.

Incluso así, el período de protectorado romano y dominación parcial contribuyó en Grecia a un cierto renacimiento económico del desastre causado por las primeras grandes guerras de liberación y esclavización. En Asia Menor fue una época de brillante progreso que no fue muy perjudicado ni siquiera por la transformación del reino pergameno en provincia romana de Asia. El factor más importante en la vida económica del mundo helenístico en esta época no era tanto la dudosa paz establecida por Roma cuanto el contacto más estrecho entre Este y Oeste, y su creciente demanda de mercancías helenísticas en el mercado occidental. Además, el nuevo capital y las nuevas energías que muchos emigrantes de Italia, los *negotiatores*, traían a Grecia y Asia Menor ayudó a estos países a desarrollar sus recursos económicos.

Con las guerras mitridáticas empezó una nueva fase en las relaciones entre el Oriente helenístico y sus dominadores, los romanos. En teoría la situación del Oriente helenístico siguió siendo la misma, pero de hecho cambió completamente. Durante estas guerras y después de ellas, se hizo evidente a todo habitante de estas regiones que los beneficios de la protección romana eran una mera ficción. Se vio que la libertad política de las ciudades y de los reyes independientes era una fórmula vacía. La defensa militar del territorio helenístico contra los enemigos exteriores se mostró mal organizada y profundamente defectuosa.

Las guerras sucesivas en la región septentrional de la península balcánica, las guerras mitridáticas, las repetidas expediciones contra los piratas, los intentos fracasados de contener no sólo el imperio parto, sino incluso potencias mucho menores, como Armenia y los nabateos, demostraron palpablemente la ineficacia de la organización militar romana. Se ganaron victorias parciales a costa de un esfuerzo ingente y de unos gastos enormes, cuya carga caía sobre los aliados de Roma.

Se alcanzó el estado final de esta evolución con las guerras civiles. Mientras los romanos tenían algún fundamento para decir que sus guerras en Oriente y la lucha con los piratas eran después de todo empresas en las que Roma y los aliados tenían un interés común y que su éxito tenía quizá más importancia para los aliados que para Roma, las guerras civiles romanas, como ya he señalado, no tenían nada que ver con la seguridad, prosperidad y libertad de los aliados. Sin embargo, los aliados eran los que soportaban las cargas más pesadas. Cuando Sila castigó a Grecia y Asia Menor por el apoyo prestado a Mitrídates y por haber tomado parte en la matanza de «romanos», cuando sus sucesores les pidieron ayuda contra los aliados de Mitrídates, las tribus del norte de los Balcanes y los piratas, los *socii* aceptaron las grandes multas y las requisas arbitrarias como una gran calamidad, pero en última instancia tal vez pudieran entender su significación. Mas cuando Pompeyo y César, pretendieron los dos ser los caudillos legítimos de Roma, pedían alianza y apoyo material a los «aliados», cuando hicieron lo mismo Bruto y Casio por un lado y Octaviano y Antonio por el otro, y después de Antonio y Octavio, y cuando cada partido castigaba con la máxima severidad a los que trataban de permanecer neutrales, los «aliados» se vieron reducidos a la más amarga desesperación.

Así, pues, en lo que atañe a la seguridad, el régimen romano demostró ser la más grande y cruel impostura. Los países helenísticos nunca habían sufrido antes en una forma tan terrible por guerras, cuyas causas y fines, por regla general, no les importaban lo más mínimo, en el caso de que comprendieran algo de ellas.

Tampoco tuvieron éxito los métodos de gobierno establecidos por los romanos en Oriente. Después de un período durante el cual Roma ejerció un protectorado por medio de legaciones, comisiones y embajadas, se fue creando poco a poco un sistema

más directo de gobierno conocido por régimen provincial en las antiguas monarquías helenísticas. En teoría, la intención de este régimen era el mismo que el del protectorado: asegurar la paz, la justicia y una justa administración, un sistema de impuestos equitativo y la felicidad y prosperidad de ellos derivados para las provincias, que eran llamadas «aliados» *(socii)* de Roma. La única diferencia era de método: en vez de enviar misiones temporales a Oriente, ahora el Senado y el pueblo romano tenían allí representaciones permanentes en la persona de los gobernadores de las provincias, investidos de plenos poderes civiles y militares, desempeñando el cargo por un año. Prácticamente, los nuevos gobernadores anuales desarrollaban en sus provincias el sistema de administración e impuestos de los reyes helenísticos. No se cambió ningún factor esencial, excepto uno: el espíritu con que se aplicaba. En lugar del gobierno personal paternal y benévolo de los reyes hereditarios, cuyos intereses eran idénticos a los del país, gobierno que al menos era considerado tolerable por el pueblo, se estableció un régimen auténticamente «colonial», arrogante, egoísta, corrompido, cruel, despiadado e ineficaz. Algunos gobernadores eran hombres de altos principios, ilustrados, bienintencionados y benévolos; pero todos ellos, los buenos y los malos (y los últimos eran más típicos de la clase que los primeros), gobernaban sobre las provincias como sobre «fincas» del pueblo romano *(praedia populi romani)*, meros anejos, no partes constituyentes del Estado romano, habitados por una raza inferior. Esta lamentable actitud se agravaba con el empleo de recaudadores de impuestos, los publicanos, gente romana, no local, imbuida del mismo espíritu que los gobernadores y sus equipos. La institución en sí no era mala, pero adoptaba formas opresoras en la atmósfera de explotación que privaba en las provincias y en la corrupción política de Roma. La administración provincial romana era un auténtico gobierno «bajá» de la clase con que nos ha familiarizado la práctica de los sultanes turcos y los chaes persas del pasado. Ciertamente era muy inferior al gobierno de los antigónidas, seléucidas y atálidas.

Estas condiciones eran muy desfavorables para el desarrollo económico de los países a ellos sometidos. Necesariamente los provincianos se daban cuenta de que eran meros instrumentos en manos de los extranjeros, sin derechos ni libertad, incluso ni en el campo económico. Trabajaban y sufrían, no en su beneficio, ni siquiera en el de su propio país, sino en el de extranjeros,

porque los gobernantes extranjeros absorbían todas sus ganancias, en épocas normales por un minucioso sistema de opresión fiscal, y en los casos de emergencia por exacciones violentas y arbitrarias.

Los provincianos no podían dejar de trabajar y producir, pero lo hacían por necesidad y en una atmósfera de profunda desmoralización. La enorme mayoría no trataba más que de mantenerse y mantener viva a su familia y librarse de la cárcel y de la muerte.

Sin duda, no todos los provincianos eran tratados de la misma manera. Había una minoría, los magnates ricos e influyentes de las ciudades, que mediante el servilismo y el cohecho y una elección juiciosa de amigos y protectores lograban mantener y aumentar sus fortunas asegurándose una posición excepcional y privilegiada entre sus conciudadanos, como inmunes entre las masas de provincianos oprimidos. He mencionado algunos de estos magnates, y las guerras civiles crearon situaciones favorables al aumento de su número. A éstos hay que añadir los inmigrantes itálicos, los *negotiatores,* que formaban otro grupo privilegiado entre la multitud de los que tenían muchos deberes, pero ningún derecho. Como propietarios de tierras y tiendas, como mercaderes y armadores, o como prestamistas, ganaban mucho más que los indígenas ocupados en las mismas profesiones.

De este modo, la carga del gobierno romano pesaba con especial gravedad sobre las clases medias y trabajadoras de las ciudades y el campo.

Sin embargo, las condiciones descritas no formaban más que una superestructura de la vida económica de Oriente, cuyo núcleo permanecía sano y prometedor. Como he dicho, el período de dominación del Senado y pueblo romanos no fue simplemente la triste conclusión de un largo proceso de desarrollo, una época de destrucción sistemática y espasmódica. También fue la preparación para un renacimiento. Las guerras y la opresión constituyeron un factor importante en la evolución económica de Oriente, aunque de carácter exclusivamente negativo. Pero paralelamente a este factor negativo y restrictivo hubo otro de tipo positivo, del que fueron autores los romanos. Me refiero a las nuevas oportunidades de expansión económica que el establecimiento gradual del Estado universal romano ofrecía a Oriente. Se dio nuevo impulso a sus esfuerzos económicos en el siglo II an-

tes de J. C. ofreciendo Italia como mercado para sus productos y por el rápido aumento de capacidad adquisitiva de sus clientes itálicos. Durante el período de lucha civil, este nuevo mercado occidental, aunque duramente zarandeado por guerras interiores y exteriores, siguió extendiéndose hasta llegar a unirse y consolidarse para pedir productos orientales de toda clase en cantidad cada vez mayor. La unidad económica del mundo antiguo realizada en parte por Alejandro en Oriente, se restauró poco a poco allí, y se extendió a Occidente. Desde el punto de vista de la historia económica, el estrecho contacto entre Oriente y Occidente que resultó del gobierno romano era tan importante como había sido la apertura de Oriente al comercio occidental realizada por Alejandro. Se añadieron nuevos recursos materiales en Occidente a las existencias mundiales y se abrieron nuevas posibilidades económicas a causa de su urbanización y pacificación graduales. Por supuesto, no se descubrió ningún país nuevo. Una vez más la comparación con Colón y América es equivocada. Europa occidental había estado en contacto comercial y económico con Europa y Oriente Próximo desde tiempo inmemorial. El nuevo fenómeno no fue un descubrimiento de mercados enteramente nuevos y de recursos completamente desconocidos. Fue la incorporación de Occidente a la fábrica de Oriente, una extensión de la economía oriental y del modo de vida oriental, con todas sus exigencias, a amplias zonas hasta entonces poco afectadas por ellas. Oriente y Occidente estaban unidos no sólo políticamente. Estaban ligados en una unidad económica por el establecimiento de relaciones económicas y sociales duraderas e ininterrumpidas entre el Occidente unificado y el Oriente que asimismo lo estaba.

Este proceso empezó muy temprano, pero fue lento y difícil de percibir en sus comienzos. En el torbellino de las guerras civiles, en la tempestuosa atmósfera del siglo I a. de J. C. se echaron sólidos fundamentos de la nueva unidad del mundo. En este período Occidente sufrió una evolución momentánea tal como había empezado mucho antes en Oriente. Hemos visto cómo allí poco a poco y gradualmente, antes y especialmente después de Alejandro, se creó y consolidó una nueva nación griega «ecuménica», con una misma lengua, una misma civilización, una misma mentalidad y las mismas formas de vida económica y social. Y así sucedió con algunas diferencias en Occidente. Nació una nación itálica a pesar de la diversidad de las unidades

etnográficas que la formaban. La evolución empezó con la latinización y romanización de Italia, que hizo progresos asombrosos en la época de las guerras civiles. Sobre el caos de lenguas y civilizaciones surgió una nación itálica nueva y compacta con un sólo lenguaje y una sola civilización. Esta nueva nación se extendió hacia el norte y al oeste detrás de las legiones romanas. Primero se sobrepuso y después penetró poco a poco profundamente en las zonas de la cultura bereber, celta, ibérica, iliria y en cierta medida tracia, a donde llevó el desarrollo gradual y fecundo de un nuevo tipo de hombres y un pueblo nuevo.

La romanización o latinización de Occidente fue un fenómeno complicado no fácil de entender. La nueva cultura latina estaba vinculada desde su mismo origen por miles de lazos con la cultura urbana griega de Oriente. En el campo de la vida cultural e intelectual, y en gran medida en la estructura social y económica, era *de facto* una nueva edición occidental de la cultura griega y especialmente helenística. Su auge y consolidación contribuyeron decisivamente a la unificación, según los modelos inventados por Grecia de todo el mundo antiguo civilizado en general. Y fue en la época de las guerras civiles cuando esta unificación se hizo efectiva, no sólo en su aspecto político.

Occidente no hizo ningún esfuerzo por latinizar a Oriente, y menos aún lo hizo Oriente por helenizar a Occidente. Pero por una evolución interna, cada una de estas dos secciones del mundo civilizado llegó a un punto en que la unión entre ellos se hizo posible y natural. Su concepción de la vida, su mentalidad, su organización social y económica, aunque diferentes en muchos aspectos, eran de un mismo tipo. Los «romanos» de Occidente y los «helenos» de Oriente se entendían muy bien entre sí y tenían más o menos las mismas exigencias y los mismos deseos e ideales. En el aspecto económico el resultado de la unificación fue que Occidente estuvo dispuesto a absorber en mayor cantidad los productos orientales, de hecho en la cantidad en que Oriente podía producirlos, y que Oriente estaba dispuesto a abrir sus mercados a los productos occidentales siempre que éstos fueran tan buenos o mejores que sus propios productos.

Las guerras y la opresión nunca minaron completamente los fundamentos económicos de Oriente. Sin duda Grecia había visto su territorio devastado. Su población disminuida por el suicidio racial y la inmigración, desmoralizada por los métodos romanos de gobierno, y reducida a una pobreza general. Su

caudillaje económico se había acabado y nunca volvió a recuperar su antigua prosperidad. Siempre había sido pobre en recursos naturales, y a este respecto se hizo aún más pobre a finales de la época helenística por la progresiva deforestación, el empobrecimiento y la erosión del suelo, el agotamiento de algunas minas, etcétera. Su riqueza y esplendor antiguos no se debieron a los favores de la naturaleza, sino a su genio creador único, que le había dado la supremacía en la esfera intelectual y artística, y a su preeminencia económica. Pero estos tiempos habían pasado, y en la vida económica del mundo unificado Grecia se vio obligada a desempeñar un papel muy modesto. Los productos griegos, excepto las antigüedades y la educación —y la prosperidad no puede basarse en la exportación de éstos—, no tenían demanda en el resto del mundo civilizado.

La situación de Asia Menor, Siria y Egipto era distinta. La fertilidad de su suelo no había disminuido. Se había mantenido y aumentaba rápidamente la demanda de sus productos especiales. Mantenían su posición como países de tránsito y su papel de intermediarios del comercio con el Irán, India y China. Ni las calamidades de la guerra ni la dureza de la opresión podían matar el emprendedor espíritu económico del Oriente Próximo. Es evidente que Asia Menor y Siria no habrían pagado las enormes sumas que se les exigían si no tuvieran fuentes inagotables de riqueza que la guerra y la opresión no podían destruir del todo. Estas fuentes eran su agricultura, sus pastos, su industria y su comercio.

Es curioso saber que una de las mayores invenciones en el campo de la industria antigua, la del vidrio soplado, invención que revolucionó el comercio de la cerámica, se hizo en Siria o en Egipto, probablemente en la segunda mitad del siglo I a. de J. C. (láms. CIX y CX). Menos importante, pero también sintomática, fue la producción de un nuevo tipo de cerámica barnizada, la elegante cerámica de color amarillo, marrón y verde cubierto con lo que se llama *bleiglazur*. Se inventó probablemente en la segunda mitad del siglo I antes de J. C., quizá en algún lugar de Asia Menor, y se exportó por todo Oriente y Occidente, pero especialmente a Italia (láminas CVII y CVIII).

Las fechas de estas invenciones se consideran controvertibles. Podemos asimilarlas a la época de la paz augustal, y comparar su conquista del mercado con la importante invención de los

ceramistas aretinos. Pero es evidente que tales mejoras y descubrimientos estaban en el aire y que su camino había sido preparado por una larga serie de experimentos (130).

Otro rasgo significativo es la agudeza de los mercaderes de la época para inventar nuevos métodos de comercio y buscar nuevas rutas comerciales. Lo atestiguan el descubrimiento de los monzones y el uso que de él hicieron los mercaderes griegos de Egipto* (131). De modo parecido, en el Mediterráneo los canales de tráfico se alteraron radicalmente a fines del siglo I a. de J. C., de acuerdo con la nueva situación, y vemos un cambio de orientación similar al que siguió a la guerra de Perseo y la destrucción de Corinto. Delos había perdido su posición de gran emporio itálico en el Egeo y ahora estaba agonizando. Factores peculiares políticos y comerciales lo habían hecho la gran casa de cambio para el comercio entre el mundo helenístico e Italia. Estos factores dejaron de existir en la época de las guerras civiles. Siria era ahora una provincia romana; los piratas habían desaparecido. Corinto empezaba una nueva vida. Era natural que los mercaderes sirios prefiriesen establecer sus *funduqs* en Italia meridional y que los comerciantes anatolios y pónticos hicieran lo mismo o empleasen Corinto antes que Delos para sus relaciones comerciales con Italia. No fue Mitrídates ni los piratas quienes destruyeron a Delos. Murió de muerte natural. El comercio la abandonó poco a poco, y una vez más volvió a ser lo que había sido antes de Antígono Gonatas: una famosa isla sagrada y a veces un puerto de arribada para los mercaderes.

Rodas estaba mejor situada, pero nunca recuperó la posición que había tenido antes de que Delos entrase en la brillante fase de su historia. Siguió siendo un puerto de arribada conveniente para los mercaderes sirios y egipcios que comerciaban con el Egeo y el Euxino. Pero esos mercaderes, cuando comerciaban con Italia, no tenían necesidad de usar la empobrecida Rodas como centro comercial. Sin embargo, Rodas siguió siendo un puerto excelente y bien organizado, y nunca fue olvidado completamente del tráfico internacional.

Las grandes ciudades comerciales de la nueva edad fueron los puertos sirios y fenicios, Alejandría, los puertos de Asia Menor, Corinto y los puertos de las costas sudorientales y sudoccidentales

---

* Es interesante observar que al mismo tiempo organizaba China la gran «ruta de la seda» a través de Asia.

de Italia. No observamos cambio en la orientación del comercio póntico, ni era posible.

No tenemos medios de calcular el volumen del comercio del mundo antiguo a fines del siglo I a. de J. C. No tenemos datos estadísticos fidedignos. El material arqueológico es disperso y nunca fue objeto de un estudio cuidadoso desde el punto de vista económico. Sin embargo, es evidente que el suelo estaba preparado para el brillante renacimiento económico de la época de Augusto. Todo lo que se necesitaba para esto era paz y buen gobierno. Tanto Oriente como Occidente tenían urgente necesidad de ellos y estaban dispuestos a usarlos bien; y ahora los tuvieron gracias a la unidad del mundo antiguo establecido por Roma. Sin embargo, queda en pie el gran problema: ¿Fue esta unidad una bendición sin mácula? ¿No llevaba consigo los gérmenes del estancamiento y la decadencia? He tratado de ello en otro libro y he mostrado cuáles fueron los resultados finales de esa unidad.

NOTAS

(1) Para la historia de la época de Mitrídates y la de las guerras civiles, véanse los capítulos relativos de *C. A. H.*, IX y X (con la bibliografía en apéndices); cf. J. Carcopino, *Histoire romaine*, II, 1936 (hasta 44 a. de J. C.), y E. Kornemann, *Römische Geschichte*, I, 1938, págs. 411 y sigs. Visiones generales del mundo helenístico en Grecia: Th. Reinach, *Mithridate Eupator* (cito la traducción alemana por A. Goetz, 1895); G. F. Hertzberg, *Histoire de la Grèce sous la domination des Romains*, I, 1887 (empleo la edición francesa de esta obra porque fue revisada por el autor); G. Finlay, *Greece under the Romans*, 1844, I, págs. 28-36 (hay traducciones alemana y rusa de este libro); J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, en T. Frank, *Econ. survey*, IV, 1937, págs. 422 y sigs.; V. Chapot, *La province romaine proconsulaire d'Asie*, 1937, págs. 512 y sigs.: cf. B. Haussoullier, *Études sur l'histoire de Milet et du Didymeion*, 1902; J. Dobiaš, *Dejiny Rimske Provincie Syrske (Historia de la provincia romana de Siria)*, I, 1924 (con resumen en francés). Sobre la administración provincial de Roma: R. O. Jolliffe, *Phases of corruption in Roman Administration*, etc., 1919; G. H. Stevenson, *The provinces and their government*, en *C. A. H.*, IX, págs. 437 y sigs.; W. Kroll, *Die Kultur der ciceronischen Zeit*, 1933, págs. 99 y sigs., y J. M. Cobban, *Senate and Provinces 78-49 B. C.*, 1935 (superficial). Todos contienen buenas bibliografías, lo que me exime de citar tratados más antiguos sobre el tema.

(2) Sobre las fuentes literarias de la época comprendida entre 133 y 44 a. de J. C.: *C. A. H.*, IX, págs. 882 y sigs. (con bibliografía). Magistral, aunque ligeramente anticuada, es la enumeración de fuentes en el *Mithridate* de Th. Reinach, págs. 413 y sigs. Sobre Estrabón y sus relaciones con el Bósforo: M. Rostovtzeff, *Strabo as a source for the*

history of the Bosporus, en *Volume in honour of Prof. Buze cul*, 1914, págs. 366 y sigs.; cf. *Skythien und der Bosporus*, págs. 125 y sigs.

(3) Además del brillante relato de Th. Reinach, se encontrarán buenos resúmenes, basados todos en su obra, en: *C. A. H.*, IX, págs. 225 y sigs. (con bibliografía, págs. 924 y sigs.); J. Carcopino, *Hist. rom.*, II, págs. 402 y sigs., y Geyer, *P. W. K.*, XV, 2163 y sigs., voz «Mithridates», núm. 12. Sobre el papel de Atenas en la primera guerra mitridática: W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 440 y sigs. y S. Jebelev, *H. A.*, pág. 226. Véanse los libros citados en la nota 1.

(4) Sobre la identidad de Atenión-Aristión, véanse, por un lado, Th. Reinach (la misma persona; cf. Geyer, loc. cit., 2171) y, por otro, Niese, Wilcken, Jebelev, Ferguson y Wilamowitz (dos caudillos sucesivos). Cf. U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Kl. Schriften*, V, 1, 1937, págs. 204 y sigs. J. Carcopino, loc. cit., pág. 389 (nota bibliográfica) y pág. 417, nota 106, y C. De Sanctis, *Der Hellenismus und Rom*, en *Propyläen Weltgeschichte*, II, pág. 338.

(5) Las fuentes están citadas en los libros enumerados en la nota 1. Para las levas de Sila en Grecia: *S. I. G.*[3], 744, honores otorgados por el *koinon* de los etolios a Ladameas de Calidón, que sirvió en el ejército de Sila y éste le honró con condecoraciones militares. Sobre el saqueo de Delfos por los medas y su fecha, G. Daux, *Delphes*, etc., págs. 392 y sigs. (85-84 a. de J. C.); para la fecha anterior (89-88 antes de J. C.): A. Piganiol, *Rev. É. A.*, XXXIX (1937), págs. 108 y sigs.

(6) Plutarco, *Sulla*, 12; Apiano, *Mithr.*, 30. Las demás fuentes están citadas en Hertzberg, loc. cit., pág. 339; y Reinach, loc. cit., pág. 151 (Reinach habla de 100.000 pares de mulas: ¿errata de imprenta?).

(7) Plutarco, *Sulla*, 19, 12; Apiano, *Mithr.*, 54, y Pausanias, IX, 7, 5-6. Esta tierra fue más tarde devuelta a Tebas. Sobre el templo de Anfiarao: *S. I. G.*[3], 747. Cf. G. Daux, *Delphes*, etc., pág. 406. Es bien sabido que Sila, y en su nombre su cuestor Lúculo emitieron, en 87-84 a. de J. C., abundantes series de monedas, tanto en Grecia como en Asia Menor. Éstas fueron en parte áureos y denarios romanos de cuatro picos: sólo con el nombre de Sila, con los de Sila y su procuestor L. Manlio (dos tipos), y con la inicial *Q(uaestor)* solamente. Sin embargo, además de estas monedas, fueron acuñadas en el Peloponeso y puestas en circulación por Lúculo, el año 87 a. de J. C., abundantes dracmas y tetradracmas de tipo griego. Reproducen las monedas áticas de la época, pero omiten el nombre de la ciudad y añaden a la lechuza dos trofeos (a derecha e izquierda de la lechuza; véase mi lám. CV, 2). Plutarco (*Luc.*, 2, 2, y 4, 1) menciona la moneda de Lúculo emitida en nombre de Sila en Grecia y Asia Menor. En el primer pasaje: δι' ἐκείνου γὰρ ἐκόπη τὸ πλεῖστον ἐν Πελοποννήσῳ περὶ τὸν Μιθριδατικὸν πόλεμον, καὶ Λουκούλλειον ἀπ' ἐκείνου προσηγορεύθη καὶ διετέλεσεν ἐπὶ πλεῖστον, ὑπὸ τῶν στρατιωτικῶν χρειῶν ἐν τῷ πολέμῳ λαμβάνον ἀμοιβὴν ταχεῖαν. Con toda probabilidad, Plutarco se refiere a las «lechuzas» de Lúculo, como ha demostrado recientemente G. Daux, *Rev. N.*, XXXVIII (1935), págs. 1 y sigs. Estas monedas se conocían en Grecia con el nombre de πλάτη, apodo de los tetradracmas silanos. Se mencionan en una manumisión de Delfos hacia el 30-20 a. de J. C.: ταῦτα ἐν ἑνὶ ἀπ[έδοντ]ο πλατέων Λευκολλε[ίων ἑ]κατὸν καὶ πέντε [= *F. D.*, III, 3, 282]. En su

artículo, G. Daux da una bibliografía de la moneda silana en Grecia y Asia Menor. Cf. Ch. Seltman, *Greek coins*, pág. 263, lám. LXIII, 12, *C. A. H.*, vol. de láms., IV, pág. 10, *n-p*, E. J. P. Raven, *Num. Chr.*, LXXI (1938), págs. 153 y sigs. Sobre la moneda ateniense después de la toma de la ciudad por Sila: M. L. Kambanis, *B. C. H.*, LXII (1938), págs. 60 y siguientes.

(8) Inscripción de Sadalas, M. Holleaux, *Rev. É. G.*, XXXII (1919), págs. 320 y sigs. [=*Études*, I, págs. 143 y sigs.]; G. Daux, *Delphes*, etc., pág. 401. Sadalas era un noble tracio enviado en ayuda de Sila por el rey Amatoco. La inscripción de Sadalas debe relacionarse con la historia de Plutarco (*Cim.*, 1 y sigs.), que no podemos referir aquí, sobre Damón Peripoltas, joven noble de Queronea. Baste decir que el joven fue víctima de la lujuria de un oficial romano acantonado en la ciudad. Desesperado, organizó una banda, mató al oficial, y después a los magistrados de la ciudad y finalmente se dedicó al bandidaje. Su ciudad fue hecha responsable de estos crímenes y habría sufrido un duro castigo si no hubiera sido por la intervención de Lúculo, quien en su viaje de vuelta a Italia el 80 a. de J. C., arregló el asunto y llevó la guarnición de Queronea con él a Italia.

(9) Inscripción de Dáulide: *F. D.*, III, 4, núm. 69; *S. E. G.*, I, 175; G. Daux, *Delphes*, etc., pág. 402.

(10) La inscripción en honor del hombre de Drimo: *F. D.*, III, 4, núm. 54; en honor de Cafisias, ibíd., núm. 55; *S. B. G.*, I, 173; G. Daux, loc. cit., pág. 400. Sobre la interrupción de las Pitias, véase la inscripción en *B. C. H.*, LIII (1929), págs. 34 y sigs. G. Daux, loc. cit., pág. 405. Decreto en honor de un tal Polignoto de Tebas, arpista, que no pudo tomar parte en las ceremonias διὰ δὲ τὸν ἐνεστακότα [πόλεμον (ο καιρὸν) οὐ συ] ντελεσμένου τοῦ ἀγῶνος.

(11) Toma y castigo de Delos: P. Roussel, *Délos, col. ath.*, págs. 317 y sigs.; F. Durrbach, *Choix*, págs. 234 y sig. (comentarios al núm. 146; cf. *Inscr. de Délos*, 1742, con nota) y pág. 236; cf. págs. 239 y sigs., comentarios a los números 150-151 (*Inscr. de Délos*, 1710, 1854), basados en testimonios arqueológicos que muestran la magnitud del daño causado a la ciudad y al templo por la toma de Arquelao. Los atenienses de Delos tomaron parte por los conservadores de Atenas y ofrecieron resistencia al caudillo demócrata, con la esperanza de la ayuda romana.

(12) Las fuentes sobre Asia Menor en la época de la primera guerra mitridática han sido reunidas varias veces. No es necesario amontonar aquí referencias que se encontrarán en los libros y artículos citados en la nota 1. En las notas siguientes y en el texto, me remito a algunos textos básicos o a textos y contribuciones modernos que no son discutidos en los principales tratados históricos sobre Mitrídates. En algunas de estas notas expongo mi opinión sobre las cuestiones disputadas.

(13) Sobre el trato dado a Quíos y el establecimiento de gentes del Ponto en la ciudad: F. Koepp, *Rh. Mus.*, XXXIX (1884), pág. 216; Geyer, *P. W. K.*, XV, 2174-2175. La política de transplantar masas de nuevos colonos de un lugar a otro, algunos a ciudades recién fundadas, política tradicional de las monarquías orientales, fue adoptada en gran escala, en la época que estudiamos, por Tigranes en Armenia, Mesopotamia y Siria. Mitrídates hizo lo mismo en el reino del Bósforo, llevando

allí sus súbditos pónticos (véase mis *Iranians and Greeks,* pág. 149). Puede verse un ejemplo de la aplicación de esta política en el trato dado a Olbia por Mitrídates, si aceptamos como correcta la ingeniosa restauración e interpretación de *I. O. S. P. E.*, I², 35, por A. Wilhelm, *Klio,* XXIX (1936), págs. 50 y sigs. Véase L. Robert, *Istros,* II (1936), págs. 50 y sigs. Parece que Mitrídates trasladó a Olbia una colonia (¿militar?) de armenios en algún momento de su reinado. Un armador amisio trajo provisiones a esta colonia desde Amiso, y deteniéndose en Sinope durante su viaje a Olbia, embarcó una embajada olbia que venía a Sinope probablemente con el fin de ver a Mitrídates, así como un refuerzo (βοήθεια) para los colonos militares armenios de Olbia, que prácticamente formaban allí una guarnición póntica. Por este servicio le honró la ciudad. Refuerzos parecidos fueron enviados por Mitrídates a otras ciudades pónticas (¿durante la segunda guerra mitridática?), como se ve en el caso de Apolonia: Ch. M. Danoff, *Jahreshefte,* XXX (1936), supl. págs. 87 y sigs., y *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 235 y sigs. (en búlgaro, con resumen en alemán), donde el refuerzo puede relacionarse con la expedición de M. Terencio Varrón Lúculo (F. Münzer, *P. W. K.*, XIII, 414, especialmente 417) el 72-71 a. de J. C. contra las ciudades de la orilla noroeste del Ponto; cf. M. S. Lambrino, *C. R. Ac. Inscr.*, 1933, págs. 278 y sigs. (fragmento de un *foedus* concluido por Lúculo con la ciudad de Calatis por esta época; cf. A. Passerini, *Athen.*, XIII (1935), págs. 57 y sigs.).

(14) *S. I. G.*³, 742; cf. J. H. Oliver, *Am. J. Phil.*, LX (1939), págs, 468 y sigs. El decreto o ley del *demos* de Éfeso es uno de los documentos más importantes sobre la vida económica de Éfeso en el siglo I a. de J. C.: véanse los comentarios sobre la inscripción en *Inscr. Jur. Gr.*, núm. 4; Th. Reinach, *Mithr. Eup.*, pág. 175; E. Ziebarth, *Seeraub und Seehandel,* pág. 58, y T. R. Broughton, *Roman Asia Minor,* págs. 518 y 559 (donde se traduce parte del texto, sin comentarios ni bibliografía). Es una pena que no pueda fecharse exactamente la inscripción de Mileto: A. von Gerkan, *Milet: Erg. d. Ausgr.*, II, 3, *Die Stadtmauer,* 1935, págs. 129 y sigs., nota 400 (cf. I, 3, nota 172), atribuida a la época de Mitrídates. Menciona a un tal Diares, encargado del Didimeo, las murallas y torres de la ciudad y la defensa del puerto (κλειστὸς λιμήν).

(15) Un breve sumario de los hechos de Mitrídates se da en Apiano, *Mithr.*, 58, en un discurso que le dirige Sila en la conferencia de ambos. Nótese que los que denunciaron la conspiración a Mitrídates, más tarde fueron ejecutados por Sila o se suicidaron. Algunos huyeron al Ponto.

(16) Sobre el castigo de algunas ciudades por Sila y las concesiones y privilegios a otras, véanse las fuentes reunidas en los libros y artículos citados en la nota 1. Parece que Sila trató a Cos con benevolencia, en recompensa por su conducta prorromana durante la matanza (*Tác., Ann.*, IV, 14) y después de la evacuación de la ciudad por Mitrídates (Apiano, *Mithr.*, 23; Plut., *Luc.*, 3), según se puede suponer por la publicación que allí se hizo a petición de Sila de su carta y el correspondiente senadoconsulto en ayuda de los *technitai* dionisiacos (83-81 antes de J. C.), M. Segre, *Riv. Fil.*, LXVI (16) (1938), págs. 253 y sigs. Sobre la contribución que Sila impuso a Asia, véase la nota siguiente.

(17) Los textos básicos acerca de las cargas impuestas por Sila a las ciudades de Asia Menor son los que registran el discurso efesio de Sila, que muy probablemente refleja un documento oficial: Apiano, *Mithr.*, 62; cf. 63, y Plutarco, *Sulla,* 25, y *Luc.*, 4, 1, y 20. Estos textos y otras noticias de las mismas medidas se discuten en los libros y artículos citados en la nota 1; cf. C. Lanzani, *Riv. Fil.*, XXXVIII (1910), págs. 520 y sigs.; T. Frank, *Econ. hist.*, 2.ª ed., págs. 151 y sigs., y *Econ. survey,* I, pág. 342, y A. Momigliano, *Atti IV Congr. Naz. St. Rom.*, I (1938), págs. 280 y sigs. El tema del tributo de los cinco años y la indemnización impuestos por Sila es muy controvertido, dado que los textos que tratan de ello son ambiguos y difíciles de interpretar. Me inclino a creer que la cantidad de 20.000 talentos que cita Plutarco se refiere a la suma de las indemnizaciones de guerra y no incluye el φόρος de los cinco años. El método de recaudar la indemnización (y el φόρος) por medio de agentes especiales, nombrados para cada región y acompañados por soldados, volvió a emplearse repetidas veces por los sucesores de Sila en el Oriente Próximo y no pudo haber sido inventado por él. La cuestión del renacimiento de las regiones se discute en Chapot, *La prov. rom. precons. d'Asie,* 1904; cf. T. R. S. Broughton, *Quantulacumque,* 1937, pág. 133 (sin citar a Chapot).

Otro punto de controversia es la privación de recaudar la décuma a los publicanos por orden de Sila. El texto fundamental sobre ello (Cic., *Ad. Q. Fr.*, I, 1, 33, citado *in extenso,* en la nota 46) ha sido interpretado de distintos modos. Al argüir acerca de los publicanos y la actitud de los griegos hacia ellos, dice Cicerón que los griegos (esto es, las ciudades) no tenían derecho a exceptuarse de la acción de los contratistas de impuestos, porque el sistema de estos contratos existía en Asia antes de los romanos, y además cuando Sila había distribuido el *vectigal* por igual entre las ciudades, éstas fueron incapaces de recaudarlo sin la ayuda de los contratistas. Si interpretamos *vectigal* como la indemnización y tributo de los cinco años, el texto significaría solamente que las ciudades recaudaron esta εἰσφορά con ayuda de los *telonai* locales con el fin de entregarle a los agentes especiales de Sila. Sin embargo, esto no es probable. El significado corriente de *vectigal* no es el de contribución extraordinaria, sino el de un impuesto anual regular como la décuma. Si significa esto último, la conclusión indudable es que fueron los *telonai* locales y no los publicanos los que recaudaban anualmente la décuma que Sila distribuyó por igual entre las ciudades, haciendo a éstas responsables del pago. Esto parece una vuelta a la práctica de los seléucidas y atálidas y recuerda vivamente la organización fiscal de Sicilia, donde las *scriptura* y los *portoria* eran recaudados por los publicanos romanos, y la décuma por los decumanos locales. Yo interpreté el texto en este sentido en mi *Staatspacht,* pág. 29, y me inclino a interpretarlo ahora de la misma manera. Para una interpretación distinta, véase T. R. S. Broughton, *Rom. Asia Minor,* pág. 519.

El alojar los soldados en las ciudades y en casas particulares era una antigua práctica y duró hasta finales del mundo antiguo. Anteriormente he hablado de ello con frecuencia. Es probable que el derecho de los soldados alojados a invitar huéspedes, que eran alimentados

a expensas del patrono, fuese aún práctica corriente en Dura en el siglo III d. de J. C.: véase el grafito publicado en *Dura Rep.*, V, pág. 39; cf. VI, págs. 176 y sigs. y 301 y sigs. Es interesante recordar el terror con que la gente veía la posibilidad de contribuciones extraordinarias y el alojamiento de soldados (y de otros romanos también) en las casas particulares. No hay duda de que todos trataron de escapar de una manera u otra a esta carga. Los *technitai* dionisiacos de Asia, que, como otras asociaciones de *technitai*, gozaban de inmunidad general (concedida o confirmada por los reyes pergamenos), se apresuraron a pedir a Sila la confirmación de esta inmunidad por una carta especial y un senadoconsulto correspondiente, que Sila, gran amigo del arte y los artistas, concedió con gusto. Los documentos sobre esto fueron publicados en muchas ciudades y santuarios, entre ellos Cos, donde recientemente se hallaron copias de una carta de Sila, su carta a los *technitai* y el senadoconsulto (M. Segre, *Riv. Fil.*, LXVI (16) (1938), págs. 253 y sigs.). Será de interés repetir aquí la lista de cargas de que se libraban los *technitai:* λειτουργίαι y στρατεῖαι (servicios personales obligatorios de cualquier clase que fuesen y servicio militar); εἰσφορά (contribuciones extraordinarias), y δαπάναι (gastos causados por cualquier medida extraordinaria, en el caso de Sila la reorganización de la provincia); ἐπισταθμία (alojamiento de soldados u otros extranjeros), y παροχή o παρουσία (suministro de comida, madera y sal). Todas estas cargas extraordinarias eran familiares al mundo helenístico. Las conocemos por muchos documentos de principios de la época helenística, impuestas por ciudades y reyes (véanse en el Índice las voces respectivas), y en la época del protectorado y dominación de Roma, cuando eran exigidas por los nuevos amos: véase, por ejemplo, la carta de un magistrado romano a los artistas de Istmo y Nemea (*I. G.*, VII, 2413 y sigs.; G. Klaffenbach, *Symb. ad hist. coll. art. Bacch.*, 1914, págs. 26 y sigs.; R. Herzog, *Berl. S. B.*, pág. 974; G. Daux, *Delphes*, etc., pág. 358; F. Poland, *P. W. K.*, V, 2491; véase cap. VI, nota 17), y la de Antonio a los *technitai* de Asia: véase nota 117; concesiones parecidas a particulares: véase pág. 1088, nota 57.

(18) M. Gelzer, *P. W. K.*, XIII, 380, que ha recogido las fuentes literarias epigráficas que tratan de la actividad de Lúculo como cuestor y procuestor (la inscripción delia: F. Durrbach, *Choix*, 154; *Inscr. de Délos*, 1620). Nuestra tradición es unánime en alabar la honestidad y comprensión de Lúculo al recaudar la indemnización de guerra: Plutarco, *Luc.*, 4, 1; Cicerón, *Acad. pr.*, 1, 1: «ibi (esto es, en Asia) per multos annos admirabili quadam laude provinciae praefuit».

(19) *Lex Gabinia-Calpurnia:* F. Durrbach, *Choix*, 163; *Inscr. de Délos*, 1511, y los comentarios de los editores (texto muy mejorado). Nótese que en la línea 28 del documento fragmentario se menciona el nombre de Mitrídates. Es desconcertante el impuesto (si es un impuesto) para la *custodia publica*. Si restauramos *frumenti* después de *custodia publica*, podemos pensar, con Cuq, en algún impuesto relacionado con el abastecimiento de trigo a la ciudad. Los Σιτοφύλακες y σιτοφυλακία eran instituciones conocidas en las ciudades griegas (Thalheim, *P. W. K.*, III A. 399 y sigs.: Atenas, Tauromenio, Priene). El *frumentum publicum* de las ciudades era recogido por los gobernadores de las provincias para

el *frumentum in cellam* o *frumentum emptum* (por ejemplo, Cicerón, *Pro Flacco,* 19, 45: «custos T. Aufidio praetore in frumento publico est positus»). Funciones similares, esto es, venta de trigo público, están atestiguadas para los σιτοφύλακες de Tauromenio, *S. I. G.*³, 954 (siglo II a. de J. C.). Sin embargo, esto no explica el texto delio.

(20) *Lex Antonia de Termessensibus.* H. Dessau, *I. L. S.*, 38; *C. I. L.*, I², 2, núm. 589; cf. R. Heberdey, *Termessische Studien,* en *Denkschr. Wien., Akad., phil.-hist. Kl.*, LXIX, 3 (1929); íd., *P. W. K.*, V A, 723 y sigs., especialmente 749 y sigs. Sobre la fecha: H. M. Last, *C. A. H.*, IX, pág. 896, que no cita las contribuciones de Heberdey. Era práctica común de los magistrados romanos la intromisión en los derechos de aduanas de las ciudades libres, aunque probablemente el acto de Pisón en Dirraquio no se dirigía contra la ciudad, sino contra los publicanos: Cicerón, *De prov. const.*, 3, 5.

(21) Las fuentes están recogidas por A. Wilhelm, *Jahreshefte,* XVII (1914), pág. 101; cf. Hertzberg, *Hist.*, I, pág. 396, y los libros y artículos citados en la nota 1.

(22) M. Segre, *Clara Rhodos*, VIII (1936), págs. 240 y sigs. La inscripción de los coeos no procede de Samotracia, sino del templo de Zeus Urio: C. F. Lehmann-Haupt, *Klio,* XVIII (1923), págs. 366 y sigs.; cf. A. Maiuri, *N. S.*, núm. 18 y F. Hiller von Gaertringen, *P. W. K.*, XV, 1613, y supl. V, 802. Hay varias inscripciones en honor de Varrón: en Delos (erigida por los *negotiatores* italianos y griegos): F. Durrbach, *Choix,* 155; *Inscr. de Délos,* 1698; en Euromo: H. Dessau, *I. L. S.*, 8773. Cf. *S. I. G.*³, 745; H. Dessau, *I. L. S.*, 8872 (Rodas). Los textos epigráficos citados en esta nota no aparecen citados en Broughton, loc. cit., pág. 522.

(23) Sobre las contribuciones navales: R. O. Jolliffe, *Phases of corruption,* etc., págs. 33 y sigs. La colección de materiales de Jolliffe es incompleta. Véanse la nota anterior y las notas 25 y 29. Jolliffe basa sus afirmaciones casi exclusivamente en los casos de Flaco y Verres y menciona las demás fuentes tan sólo de pasada (pág. 47). Cicerón (*De imp. Pomp.*, 23, 67) caracteriza cáusticamente los métodos de guerra naval empleados por los romanos antes de Pompeyo: «videbat enim (Pompeyo) praetores locupletari quotannis pecunia publica praeter paucos, neque nos quicquam aliud adsequi classium nomine nisi ut detrimentis accipiendis maiore adfici turpitudine videremur».

(24) Sobre la carrera y proceso de Varrón: F. Münzer, *P. W. K.*, V A, 678 y sigs.

(25) Sobre P. Servilio Vatia Isáurico: F. Münzer, *P. W. K.*, II A, 1812 y sigs. Sobre la fecha de la inscripción ateniense: P. Foucart, *B. C. H.*, VI (1882), pág. 281 (expedición de Servilio); S. Jebelev, *H. A.*, págs. 265 y sigs. (expedición de Pompeyo). Chr. Blinkenberg, *Triemiolia,* en *Det Kgl. danske videnskabernes selskab, Arch.-Kunsth. Medd.*, II, 3 (1938), págs. 15 y sigs., fecha de la inscripción en la segunda mitad del siglo II a. de J. C. y cree que el comandante del escuadrón era rodio, a pesar de que la inscripción no está escrita en su dialecto. Sobre las inscripciones de Equemón: Kalinka, en sus notas a las inscripciones, se inclina a atribuir las victorias de Equemón a una época anterior a la expedición de Servilio. Cf. H. A. Ormerod, *C. A. H.*, IX, págs. 354 y sigs.

(26) Sobre las incursiones de los tracios, etc.: A. Reinach, *B. C. H.*, XXXIV (1910), págs. 322 y sigs.; Geyer, *P. W. K.*, XIV, 762 y sigs. (artículo *Makedonia*). Los vecinos septentrionales de Macedonia nunca cesaron en sus invasiones entre 85 a. de J. C. (expedición de Sila contra ellos) y la tercera guerra mitridática.

(27) Sobre la guerra de Marco Antonio Crético: P. Foucart, *J. d. Sav.*, 1906, págs. 569 y sigs., y *Rev. É. G.*, XXII (1909), págs. 405 y sigs.; A. Wilhelm, *Jahreshefte,* XIV (1917), pág. 102; A. Passerini, *La preparazione della guerra contro Creta nel 70 a. C.*, en *Athen.*, XIV (1936), págs. 45 y sigs. Sobre los Cloacios: J. Hatzfeld, *Les trafiquants italiens,* etc., 1919, págs. 80 y sigs.; cf. A. Wilhelm, loc. cit., pág. 63.

(28) Sobre la situación de Asia Menor y las medidas de Lúculo, véanse los libros citados en la nota 1 y el estudio completo de las fuentes por M. Gelzer, *P. W. K.*, XIII, 394. La mayoría de los autores que tratan de las medidas de Lúculo creen que Plutarco y Apiano hablan de las mismas cosas; tratan por ello de combinar los dos relatos. Yo creo que sus esfuerzos son inútiles (como los de Th. Reinach, *Mithr. Eup.*, pág. 348, y T. Frank, *Econ. survey,* I, pág. 343): el nuevo impuesto del 25 por 100 sobre la cosecha no puede equivaler a la orden de Lúculo a los acreedores de no tomar más que un cuarto del ingreso de los deudores. La segunda serie de las medidas de Lúculo suponían de hecho una restauración de la práctica fiscal de los seléucidas y atálidas. Los impuestos sobre los esclavos y las casas son del mismo tipo que muchos de los llamados «impuestos reales» de los seléucidas y atálidas, de los que hemos hablado anteriormente (págs. 445 y sigs., 700 y sigs.). Tampoco un impuesto territorial del 25 por 100 de la cosecha era práctica desconocida en el mundo helenístico. Hay testimonios de este impuesto o renta en Palestina (véase pág. 1113). Como los impuestos de Lúculo, algunos impuestos reales helenísticos eran impuestos de emergencia (por ejemplo, los *galatica*). Las medidas de Lúculo fueron después repetidas por Apio Claudio y Pisón. El impuesto del 25 por 100 fue probablemente recaudado además de la décuma acostumbrada, y sin la ayuda de los publicanos. Es sabido que el mismo año (70 a. de J. C.) los publicanos lograron de los censores el contrato para la recaudación de la décuma para el nuevo lustro. Esto implica que la décuma no estaba comprendida en el nuevo impuesto del 25 por 100. El 66 a. de J. C. la décuma de Asia fue ciertamente recaudada por los publicanos: Cicerón, *De imp. Pomp.*, 6, 15 y sigs. Véase V. Ivanov, *De soc. vect. publ.*, pág. 102.

(29) Saqueo de Delos por los piratas: cinco inscripciones en honor de C. Valerio Triario en Delos: F. Durrbach, *Choix,* 159, 160; *Inscr. de Délos,* 1621, 1855-1858; tres de ellas (*Inscr. de Délos,* 1855-1858) fueron erigidas por las tripulaciones de dos barcos, compuestas una por milesios y otra por milesios y esmirneos. Cf. B. Haussoullier, *Ét. sur l'hist. de Milet,* pág. 248, y P. Roussel, *Syria,* XV (1934), pág. 44. Sobre la actividad constructora de Triario y su fortificación de Delos: Flegón de Trales, *F. H. G.*, III, pág. 606. Sobre los testimonios arqueológicos: Ch. Picard, *C. R. Ac. Inscr.*, 1911, págs. 872 y sigs.; Ch. Avezou y Ch. Picard, *Mél. Holleaux,* págs. 12 y sigs.; P. Roussel, *Délos, col. ath.*, pág. 332, y *B. C. H.*, XLIX (1925), pág. 446. Las mencionadas inscripciones ofrecen una buena ilustración a Plutarco, *Luc.*, 13, 4, citado en

el texto, y demuestran que la flota de Lúculo constaba exclusivamente de barcos donados por las ciudades de la provincia. A los piratas del mar correspondían los bandidos de la tierra firme, que hacían muy peligrosas las comunicaciones entre Asia Menor y Siria y dentro de Asia Menor; véase T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 524 y sigs. Las medidas tomadas por los romanos contra estos bandidos organizados fueron tan esporádicas e ineficaces como las tomadas contra los piratas. Las condiciones no mejoraron hasta la época de Augusto.

(30) Sobre las ciudades de Asia que eran libres e inmunes después de Sila, véase Th. Reinach, *Mithr. Eup.*, pág. 204; una lista más completa: A. H. M. Jones, *Cities*, etc., págs. 62 y sigs., y nota 51; cf. Broughton, loc. cit., pág. 517. Sobre Termesos, véase nota 20. Sobre Estratonicea: Tácito, *Ann.*, III, 62; *O. G. I.*, 441 (senadoconsulto de 81 a. de J. C.), y P. Viereck, *Sermo Gr.*, núm. XX, pág. 41 (senadoconsulto de 39 antes de J. C.); cf. L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 416 y sigs. y págs. 461 y sigs. Sobre Tabes: *O. G. I.*, 442, y *M. A. M. A.*, VI, 1939, núm. 162. Sobre Alabanda: E. Bikerman, *Rev. É. G.*, L (1937), págs. 221 y 239 (nota adicional); cf. Jones, loc. cit. Sobre la fecha de la concesión de la libertad a Tabes y Alabanda: D. Magie, *Anat. St. pres. to W. H. Buckler*, 1939, págs. 175 y sigs. Otras ciudades que se transformaron en libres e inmunes más tarde están citadas en Jones, loc. cit. Añádase a su lista Mileto, que el 62 a. de J. C. recobró algunos privilegios importantes de que había sido privada después de su defección de los romanos (inscripción inédita, B. Haussoullier, *Rev. Phil*, XLV (1921), pág. 58; cf. L. Robert, *Ét. Anat.*, pág. 428, nota 1).

(31) L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 426 y sigs. Cita también el establecimiento del culto de Apolo Eretinio en Rodas el 63 a. de J. C. No es improbable que podamos atribuir, con Robert, a esta recuperación gradual de algunas ciudades de Asia Menor la renovación de la acuñación de los cistóforos por Trales, Pérgamo, Laodicea y Apamea el año 58 antes de J. C. Dudo en suponer, con T. R. S. Broughton, *A. J. A.*, XLI (1937), pág. 248 y sigs., una ley especial que reservase la plata de Asia Menor para Roma y prohibiese la acuñación de cistóforos. La hipótesis de una escasez de plata y oro en Roma después de la expedición de Pompeyo contra los piratas se basa en testimonios muy ligeros, y la medida, como tal, no tiene paralelo en la historia de Roma y es improbable. Por otra parte, la lenta recuperación de las ciudades de Asia después de Lúculo y Pompeyo es un hecho perfectamente demostrado. Nótese que Afrodisias no parece haber empezado a ganar importancia hasta el siglo I a. de J. C.: L. Robert, *Villes d'Asie Mineure*, pág. 64, y *Ét. Anat.*, pág. 338.

(32) Estrabón, XIV, 1, 42, págs. 648-649. Sobre Pitodoro y Menodoro, miembros de ricas familias de Trales, págs. 826 y sigs., nota 98. Sobre la fertilidad del territorio de Trales y la prosperidad de la ciudad: O. Rayet, *Milet et le Golfe Latmique*, 1877, págs. 34 y sigs., y 71 y sigs., y las interesantes observaciones de L. Robert sobre las *ficeta* y *oliveta* de Trales y de Caria en general, en sus *Ét. Anat.*, pág. 416 y nota 7.

(33) Varias veces se intentó calcular la suma total de los ingresos que el gobierno romano sacaba de sus provincias anatólicas. Los resultados varían hasta cierto punto, pero sólo en pormenores. Véase V. Cha-

pot, *La province*, etc., págs. 324 y sigs.; K. Böttcher, *Die Einnahmen der römischen Republik im letzten Jahrhundert ihres Bestehens,* tesis doctoral, Leipzig, 1915; Broughton, loc. cit., págs. 562 y sigs.; A. Momigliano, *Atti IV Congr. Naz. St. Rom.*, I (1938), págs. 280 y sigs.

(34) Sobre los *negotiatores*, véase cap. VI, págs. 847 y sigs. y nota 29. Una visión breve pero completa de las fuentes que de ellos tratan, destacando los distintos aspectos de su actividad económica, y que aunque se basa en Hatzfeld contiene algunas nuevas contribuciones, se encontrará en Broughton, loc. cit., págs. 543 y sigs. No hay necesidad de repetir aquí los conocidos resultados a que llegan estos dos autores. En las notas siguientes citaré tan sólo algunos de los textos más importantes que se refieren a los distintos aspectos de la actividad de los *negotiatores*.

(35) *Negotiatores* como terratenientes: un ejemplo típico es el famoso Apuleyo Deciano, de Pérgamo, y más tarde de Apolonis, hombre de buena familia romana residente en Asia Menor durante décadas, que desempeñó un papel tan importante en el proceso de L. Valerio Flaco. Cicerón, en su oración en favor de Flaco, da un informe muy instructivo sobre la manera como había llegado a poseer un fundo, cerca de Temnus, que había pertenecido a Lisanias, miembro de la aristocracia temnia, y un cuadro aún más vivo de cómo adquirió un latifundio, en la región de Apolonis, que pertenecía a la suegra de Amintas, destacado ciudadano de Apolonis (Cic., *Pro Flacco,* 51 y 70 y sigs.). Algunos ejemplos más, que podían aumentarse fácilmente, se encuentran en Broughton, loc. cit., páginas 549 y 551 (sobre los propietarios no residentes en Asia Menor).

(36) Sobre las familias delias en las demás islas y en Asia Menor, véanse las mismas listas de Hatzfeld. Una interesante enumeración de «romanos» dedicados al comercio y al préstamo de dinero en Asia Menor, se encontrará en Broughton, loc. cit., págs. 549 y sigs.

(37) Se encontrará una colección de las fuentes sobre tipos de interés en Asia Menor a mediados del siglo I en muchos libros; el último publicado de ellos es el de Broughton, loc. cit., pág. 561 (sin bibliografía).

(38) Sobre los cistóforos, véase nota 31.

(39) Véanse, por ejemplo, las agudas observaciones de Cicerón, gran filoheleno, en su discurso *Pro Flacco;* verbigracia: 4, 9 y 27, 64-66, y las notas de Du Mesnil a estos pasajes.

(40) En sus preceptos para su hermano Quinto (*Ad Q. Fr.*, I, 1), Cicerón formula con gran elocuencia los altos principios que guiaron a los romanos ilustrados y «humanos» en su gobierno de las provincias, principios que probablemente se remontan a Panecio y eran parecidos a los que encontramos en los *mandata* de los reyes helenísticos a sus subordinados (*Teb.*, 703) y en los tratados περὶ βασιλείας dirigidos a los mismos reyes por los filósofos de distintas escuelas (véase cap. VIII). Véase R. Harder, *Nachträgliches zu humanitas,* en *Hermes,* LXIX (1934), págs. 71 y sigs.; cf. U. Knoche, *Magnitudo animi,* en *Phil.*, supl. XXVII, 3 (1935). Estoy convencido de que Cicerón era sincero en las advertencias a su hermano, y él actuó según sus propios principios, en la medida que pudo.

(41) Cicerón, *Ad Att.*, V, 16, 2; cf. *Ad fam.*, III, 8, 5; XV, 4, 2; *Ad Att.*, VI, 1, 3. Para una interpretación de estos pasajes, especialmente el primero, véase mi *Staatspacht,* págs. 357 (29) y sigs. Los pasajes que

estudiamos son mal interpretados por R. Laurent-Vibert, *Mél. d'Arch. et d'Hist.*, XXVIII (1908), págs. 178 y sigs.; cf. H. Dessau, *Gesch. d. röm. Kaiserz*, I, 1924, pág. 151, nota 2, y T. R. S. Broughton, *Am. J. Phil.*, LVII (1936), pág. 173, y *Roman Asia Minor*, págs. 567 y sigs., que da una exacta interpretación de ellos, y T. Frank, *Econ. survey*, I, pág. 144. No creo que Broughton (loc. cit., pág. 174) tenga razón al explicar la *exactio capitum et ostiorum* como un nuevo impuesto municipal introducido por las ciudades bajo la opresión de Apio. Los dos impuestos, lo mismo que el *tributum* adicional, fueron establecidos por Apio (a imitación de Lúculo y de los reyes helenísticos: véase nota 28) como nuevos impuestos provinciales de emergencia, siendo las ciudades responsables de su pago; véase nota 93, sobre los mismos impuestos exigidos en Asia Menor por Pompeyo, y nota 68 sobre el *tributum* establecido por Ariobarzanes III de Capadocia sobre sus súbditos *Appi instituto.*

(42) Véase nota 23. No creo que Quinto Cicerón pusiera fin a la práctica y que no volviera a aparecer antes de la guerra civil. Las leyes que la regulaban no habían sido derogadas.

(43) No puedo recoger aquí todos los testimonios sobre estas exacciones. Algunos ejemplos han sido citados en el párrafo anterior de este capítulo. Para una colección más completa y un estudio más minucioso, véase R. O. Jolliffe, *Phases of corruption*, etc., págs. 7 y sigs. (acuartelamiento de tropas), 12 y sigs. (requisa de equipo y suministro), 85 y sigs., especialmente págs. 87 y sigs. (*hospitium* —παροχή, παρουσία— suministrado a los gobernadores, su estado mayor, y los legados, tanto oficiales como *liberi*) y Broughton, loc. cit., págs. 571 y sigs., que nunca cita el útil libro de Jolliffe.

(44) También las contribuciones navales se remontan a la época helenística. Véanse mis observaciones sobre la τριηραρχία en el imperio tolemaico, en el cap. IV, nota 84. Es muy poco conocida la organización de las marinas de los seléucidas, atálidas, antigónidas y otras monarquías helenísticas. Pero he mencionado frecuentemente que las ciudades «aliadas» estaban obligadas a colaborar con los reyes en esta esfera. Sobre la marina seléucida, véase E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 98 y sigs. Respecto a otras exigencias extraordinarias del estado sobre sus súbditos y aliados, véanse en el Índice de este libro las voces εἰσφορά y ἐπίταγμα, ἀνεπισταθμία, ἐπισταθμία y σταθμός, ἀγγαρεῖαι, y παρουσία. En el Oriente los romanos indudablemente heredaron el sistema y la práctica de las requisas helenísticas. No podemos discutir aquí el problema de en qué medida influyó la tradición helenística sobre el establecimiento del sistema de requisas (como lo hemos descrito antes) en Italia y las provincias occidentales.

(45) He tratado este tema brevemente en mi *Geschichte der Staatspacht in der römischen Kaiserzeit bis Diokletian* (en *Philologus*, supl. IX), 1902 (con más pormenor en la edición rusa de este libro), donde el lector encontrará citadas las obras anteriores a 1902 que tratan de este tema; cf. mi artículo *Frumentum*, en *P. W. K.*, VII, 150 y sigs., especialmente 154 (sobre Asia). Desde la publicación de mi *Staatspacht* se ha escrito mucho sobre el tema, la mayor parte de lo cual trata del sistema de impuestos y recaudación de los mismos en Sicilia según se sabe por las *Verrinas*. Son de importancia fundamental las contribuciones de J. Car-

copino: *Decumani*, en *Mél. d'Arch. et d'Hist.*, XXV (1905), págs. 401 y sigs.; ibíd., págs. 3 y sigs.; *La loi de Hiéron et les Romains*, 1914-19; y su planteamiento magistral de distintos problemas relacionados con los publicanos en *Hist. Rom.*, II, págs. 72 y sigs., 134 y sigs.; cf. A. Schenk, conde de Stauffenberg, *König Hieron der zweite von Syrakus*, 1933, págs. 64 y sigs., y V. M. Scramuzza, *Roman Sicily*, en T. Frank, *Econ. survey*, III, 1937, págs. 237 y sigs. También es excelente la breve disertación de V. Ivanov, *De societatibus vectigalium publicorum populi Romani*, 1910 (*Zapiski* de la Sección Clásica de la Sociedad Arqueológica Rusa Imperial, VI), la cual ha permanecido desconocida para la mayor parte de los estudiosos de la historia y el derecho romanos. Cf. T. Frank, *Econ. survey*, I, págs. 255 y sigs., 342 y sigs.; Steinwenter, artículo *Manceps*, en *P. W. K.*, XIV, 987 (con bibliografía) y los artículos *Publicanus, Societas, Vectigal*, en Dar et Saglio, *D. d. A.*; véase también el superficial resumen de B. Jenny, *Der römische Ritterstand während der Republik*, 1936, págs. 8 y sigs., 68 y sigs.

(46) Cicerón y otros autores enumeran con frecuencia los impuestos provinciales arrendados a los publicanos; véase V. Ivanov, *De sec. vect. publ.*, págs. 111 y sigs. Todos estos impuestos fueron heredados de antiguo por los romanos. Antonio, en su discurso efesio, atribuye a los romanos la introducción de la décuma en Asia. Sin embargo, hemos visto que la décuma (δεκάτη) de la cosecha era un impuesto muy corriente en el Asia Menor helenística y prehelenística (véanse pág. 421 e Índice, en su voz). Es muy posible que existiese en todas las monarquías un impuesto sobre el ganado, con carácter de impuesto estatal. Lo mismo cabe decir de las *portoria*. Tampoco hay duda de que la mayoría de los reyes helenísticos poseían latifundios más o menos grandes (véase mi artículo *Frumentum*, en *P. W. K.*, VII, 151 y sigs.). Además de los impuestos estatales, en todas las ciudades de los reinos helenísticos se recaudaban impuestos de las ciudades. En el cap. V, nota 22, he tratado de estos impuestos y la manera de recaudarlos. Es evidente que no sufrieron cambio en la época del protectorado y la dominación de Roma. Cicerón cita repetidas veces los impuestos y los *telonai* municipales de Asia Menor. La mención más explícita de los impuestos y sus recaudadores en la época anterior a la dominación romana es la de Cicerón, *Ad. Q. Fr.*, I, 1, 11, 33: «ac primum Graecis id quod acerbissimum est, quod sunt vectigales, non ita acerbum videri debet, propterea quod sine imperio populi romani suis institutis per se ipsi ita fuerunt. Nomen autem publicani aspernari non possunt, qui pendere ipsi vectigal sine publicano non potuerint quod iis aequaliter Sulla discripserat. Non esse autem leniores in exigendis vectigalibus Graecos quam nostros publicanos hinc intellegi potest, quod Caunii nuper omnesque ex insulis quae erant a Sulla Rhodiis attributae confugerunt ad Senatum, nobis ut potius vectigal quam Rhodiis penderent». Sin duda este pasaje es ambiguo. Podemos suponer que los *vectigalia* que las ciudades griegas pagaban *suis institutis* antes de la dominación romana quiere significar los impuestos reales, no los impuestos de la ciudad. Sin embargo, creo que Cicerón habla de impuestos griegos y su recaudación en general, sin distinguir entre impuestos reales e impuestos de las ciudades. Evidentemente, Cicerón habla de impuestos urbanos en las ciudades de Cilicia en *Ad Att.*, V, 16, 2

(véase nota 41): «audivimus nihil aliud nisi imperata ἐπικεφάλαια solvere non posse, ὠνὰς omnium venditas, civitatum gemitus, ploratus». Los ὠναί eran impuestos municipales arrendados a los *telonai;* cf. Cicerón, *Pro Flacco,* 20. Más difícil es la interpretación de Cicerón, *Pro Flacco,* 91. Aquí Falcidio compra el *fructus* de Trales por 900.000 sestercios, y Flaco es acusado de injerirse en el contrato mediante un cohecho. Se han dado varias interpretaciones de este pasaje. Ivanov, loc. cit., pág. 103, cree que en aquella época (62 a. de J. C.) la recaudación de la décuma regular estaba temporalmente otra vez en manos de las ciudades. T. R. S. Broughton (*Am. J. Phil.*, LVII (1936), pág. 175) estima que el *fructus* son los impuestos municipales. Yo más bien estoy de acuerdo con Ivanov. O quizá pueda pensarse que el *fructus* era un *tributum* suplementario, tal vez relacionado con las contribuciones navales exigidas por Flaco (véase nota 23); cf. la observación de Cicerón sobre el *tributum* impuesto por Apio (*Ad Fam.*, III, 8, 5). Las palabras de Cicerón implican que legalmente la recaudación del impuesto —fuese la décuma regular o un *tributum* adicional, parecido a la *alterae decumae* en Sicilia— estaba en manos de la ciudad misma. Sin embargo, en el caso de Trales, el gobierno de la ciudad, quizá con permiso especial del gobernador, pudo haber arrendado su recaudación a un *negotiator* «romano», probablemente porque los *telonai* locales no eran bastante fuertes desde el punto de vista financiero. Parece que lo mismo sucedió en Bitinia antes de su anexión, es decir, durante el gobierno real. Para el pago de su φόρος al rey, las ciudades recurrieron a los buenos servicios de los ricos financieros de la provincia de Asia.

(47) Por consiguiente, el papel de las *societates publicanorum* era aproximadamente el mismo que el de los contratistas de impuestos en el Egipto tolemaico (véanse págs. 276 y 326) y en Sicilia en la época de Hierón II y más tarde. Cicerón lo define de una manera tan precisa que no deja lugar a error (*Verr.*, II, 3, 11, 27): «cum omnibus in aliis vectigalibus, Asiae, Macedoniae, Hispaniae, Galliae, Africae, Sardiniae, ipsius Italiae quae vectigalia sunt, cum in his, inquam, rebus omnibus publicanus petitor aut pignerator, non ereptor neque possessor soleat esse, ut de optimo, de iustissimo, de honestissimo genere hominum, hoc est de aratoribus, ea iura constituebas, quae omnibus aliis essent contraria? Utrum est aequius, decumanum petere an aratorem repetere?, iudicium integra re an perdita fieri?, eum qui manu quaesierit, an eum qui digito sit licitud possidere?». Este texto básico ha sido discutido en todos los libros y artículos citados en la nota 46. Véase, por ejemplo, J. Carcopino, *La loi de Hiéron,* pág. 141 y sig. Es obvio que el publicano como tal no tenía derechos administrativos y era tan sólo un intermediario entre el Estado y los contribuyentes.

(48) Sobre la *lex censoria*: F. Kniep, *Societas publicanorum,* 1896, págs. 114 y sigs.; E. Weiss, *P. W. K.*, XII, 2317, artículo *Lex.* Sobre el edicto provincial del gobernador y la sección sobre los publicanos que en él se incluye: Cicerón, *Ad Att.*, VI, 1, 16.

(49) No puedo tratar aquí del punto que se refiere a contabilidad y archivos de las ciudades griegas. Puedo remitirme a lo que he dicho sobre esto en el cap. IV, nota 241, y a mi *Seleucid Babylonia,* págs. 57 y sigs., especialmente la pág. 61, nota 5 (sobre los archivos de las ciuda-

des de Asia Menor); cf. L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 453, 457 y sigs., 486 y sigs. El cuidadoso procedimiento que se seguía cuando los pagos habían de ser efectuados por el tesoro de la ciudad está descrito para la época que consideramos en Cicerón, *Pro Flacco*, 19, 44.

(50) Nuestra información sobre las *pactiones* en general (esto es, acuerdos para todos los impuestos provinciales) se refiere a Cilicia y procede principalmente de Cicerón, especialmente de sus cartas del 51 a. de J. C., cuando fue gobernador: *Ad Att.*, V, 13, 1; V, 14, 1; VI, 1, 16; para Asia, véase *Ad Q. Fr.*, I, 1, 12, 35, y para Siria, *De prov. cons.*, 5, 10 y sigs. Para la *scriptura*, *Ad fam.*, XIII, 65. Estos textos fueron recogidos y estudiados por mí en *Staatspacht*, pág. 357 (29); cf. F. Kniep, *Societas publicanorum*, pág. 10, e Ivanov, *De soc. vect. publ.*, págs. 89 y sigs. Sobre las *pactiones* en Sicilia que se acordaron entre los contratistas y los contribuyentes con la participación de las ciudades: J. Carcopino, *La loi de Hiéron*, págs. 12 y sigs.; cf. mi *Kolonat*, págs. 366 y sigs.; A. Schenk, conde de Stauffenberg, *König Hieron der zweite*, pág. 66, y V. M. Scramuzza, *Roman Sicily*, T. Frank, *Econ. survey*, III, 1937, págs. 237 y sigs. Sobre las *pactiones* en Egipto, véanse mi *Kolonat*, loc. cit., y *Large Estate*, págs. 75 y sigs. Creo que las *pactiones* son acuerdos anuales, mientras que Broughton, loc. cit., pág. 537, nota 18, cree que son quinquenales. No puedo entender cómo en un país como Asia podía preverse el producto de las cosechas a cinco años de distancia. Es muy probable que al reorganizar la recaudación de la décuma en Asia, hacia el 70 a. de J. C., el Senado romano siguiera, *mutatis mutandis*, la práctica establecida en Sicilia desde muy antiguo.

(51) Sobre las frecuentes inspecciones de las cosechas por los oficiales reales en Egipto, véase *Teb.*, 703, 40 y sigs., y los comentarios a esta sección del documento; véanse págs. 281 y sigs. Sobre el gran equipo de publicanos: Cicerón, *De imp. Pomp.*, 6, 16: «quo tandem igitur animo esse existimatis aut eos qui vectigalia nobis pensitant, aut eos qui exercent atque exigunt, cum duo reges cum maximis copiis propter adsint, cum una excursio equitatus perbrevi tempore totius anni vectigal auferre possit, cum publicani familias maximas quas in salinis habent, quas in agris, quas in portubus atque custodiis, magno periculo se habere arbitrentur?». Cf. Apiano, *B. C.*, II, 1, 13, e Ivanov, *De soc. vect. publ.*, págs. 74 y sigs.

(52) Cicerón, *De imp. Pomp.*, 6, 15; cf. *Verr.*, II, 3, 11, 27; *De imp. Pomp.*, 7, 17 y sigs.

(53) Ésta era la situación el 61 a. de J. C. Véase el estudio de los textos relativos a este asunto por R. Laurent-Vibert, *Mél. d'Arch. et d'Hist.*, XXVIII (1908), págs. 176 y sigs.; cf. T. Frank, *Econ. survey*, I, pág. 346. No creo que el éxito de los publicanos se deba, como sugiere Laurent-Vibert, a una «fusión» de todas las compañías de publicanos en las provincias anatólicas. Véase el estudio de los textos reunido por Laurent-Vibert, y particularmente Cicerón, *Ad fam.*, XIII, 9, por Ivanov, *De soc. vect. publ.*, págs. 19 y sigs., y especialmente 24 y sigs. (cf. 26, nota 137, opinión de Th. Mommsen sobre este punto).

(54) Véanse sus cartas *Ad Att.*, V, 13, 1, 14, 1.

(55) Sobre el asunto de Salamina, véanse las observaciones y la bibliografía compilada por M. Gelzer, *P. W. K.*, X, 977, y W. Kroll,

Die Kultur der ciceronischen Zeit, 1933, I, págs. 93 y sigs.; cf. R. O. Jolliffe, *Phases,* etc., págs. 104 y sigs.

(56) Sobre los problemas mencionados en este párrafo, véase T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor,* págs. 540 y sigs., quien cita las pocas fuentes que a ello se refieren. La comisión del 10 por 100 asignada a los publicanos recuerda el ὀψώνιον del 10 por 100 de los contratos de impuestos de fines de la época tolemaica (*U. P. Z.*, 112, V, 3-11, con comentarios de Wilcken), pero su existencia en la práctica romana es una mera suposición (basada en Cicerón, *Pro Rab. Post.*, 11, 30). El cálculo del producto neto de los publicanos, que en ella se basa necesariamente, carece de valor.

(57) Algunos testimonios sobre los privilegios otorgados por los caudillos del día durante el siglo I a. de J. C. a los particulares han sido recogidos en mi artículo *Caesar and the South of Russia,* en *J. R. S.*, VII (1917), págs. 27 y sigs., especialmente 38. Los privilegios que suponen se enumeran en las inscripciones citadas en el texto; véase en las notas 16 y sig. la carta de Sila a los *technitai* de Asia Menor. Sobre la inscripción de Rhosus: P. Roussel, *Un Syrien au service de Rome et d'Auguste,* en *Syria,* XV (1934), págs. 33 y sigs., especialmente 51 y sigs. [=Riccobono, *Font. Iur., Rom.*^{2}, I, núm. 55]; M. A. Levi, *Riv. Fil.*, LXVI (16) (1938), págs. 113 y sigs., y E. de Visscher, *C. R. Ac. Inscr.*, 1938, págs. 24 y sigs.; cf. 1939, 111 y sigs. Cf. Ch. E. Goodfellow, *Roman Citizenship,* 1935, especialmente págs. 41 y sigs., 90 y sigs.

(58) El texto del pasaje de la inscripción de Mitilene que trata de la ἀτέλεια ha sido mejorado por L. Robert, *Rev. É. G.*, XLII (1929), págs. 427 y sigs. El texto del edicto de Cirene, con bibliografía, se encontrará en *S. E. G.*, IX, 8; véase mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 56, nota 6 *a* y especialmente 55, nota 5, donde el lector encontrará algunas notas sobre los ciudadanos romanos privilegiados de origen griego en las comunidades griegas del siglo I a. de J. C. Me parece evidente que las personas que gozaban de inmunidad en Mitilene no eran exclusivamente *negotiatores* «romanos» (como sugiere Hatzfeld, *Trafiquants,* etc., págs. 90 y sigs.), sino también personajes tanto «romanos» como del país favorecidos por la administración romana. Así sucedía en Quíos (*I. G. R.*, IV, 943); cf. Chapot, *Prov. Rom. d'Asie,* pág. 125; Hatzfeld, loc. cit., págs. 95 y sigs. Sobre el problema de la inmunidad y ciudadanía en general: P. Roussel, loc. cit.; Goodfellow, loc. cit., especialmente 44 y sigs. (sobre la inscripción de Rhosus); E. de Visscher, *C. R. Ac. Inscr.*, 1939, págs. 111 y sigs. (sobre el tercer edicto de Cirene).

(59) Sobre Cilicia, véase A. H. M. Jones, *Cities,* págs. 192 y sigs., y los libros y artículos citados por él en la pág. 548; cf. J. Keil, *C. A. H.*, XI, págs. 602 y sigs. (bibliografía, pág. 917). Sobre la historia de la provincia romana de Cilicia, véase el enjundioso artículo de R. Syme, *Observations on the province of Cilicia,* en *Anat. St. pres. to W. H. Buckler,* 1939, páginas 299 y sigs. Sobre las relaciones entre Apio Claudio Pulcro y Cicerón, L. A. Constans, *Un correspondant de Cicéron: Ap. Claudius Pulcher,* 1921.

(60) Sandón en la época helenística final y romana: H. Goldman, *A. J. A.*, XLI (1937), pág. 275. Industria del lino: mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 211; A. H. M. Jones, *Cities,* etc., págs. 207 y sig. y nota 28; para Córico, véanse J. Keil y A. Wilhelm, *M. A. M. A.*, III,

págs. 131 y sigs., e Índice, voces λινοπώλης, λινυφαντάριος, ληνοπώλης, λινοξός, véase T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor*, págs. 868 y sigs. Sobre la moneda de las ciudades panfilias, especialmente Aspendo y Side, véanse págs. 710 y sigs.

(61) Cicerón habla a menudo de estas cargas de Cilicia y Chipre; véase especialmente *Ad Att.*, V, 21, 6-7.

(62) A. H. M. Jones, *Cities*, etc., pág. 203.

(63) *O. G. I.*, 754; *I. G. R.*, III, 901; cf. *O. G. I.*, 752 y 753, y el artículo de Stein, *P. W. K.*, IV A, 2297.

(64) Sobre estas provincias, véanse las obras citadas anteriormente; cf. J. Keil, *C. A. H.*, XI, págs. 575 y sigs. (bibliografía, págs. 915 y 917), y Broughton, loc. cit., págs. 530 y sigs.; cf. 525 y sigs. sobre la devastación de Bitinia y el Ponto, y sobre el botín de guerra tomado por Lúculo y Pompeyo.

(65) Sobre la *societas Bithynica*: Ivanov, *De soc. vect. publ.*, págs. 107 y sig. Cicerón, *De l. agr.*, II, 15, 40: «quid?, quod disputari contra nullo pacto potest, quoniam statutum a nobis est et iudicatum, quam hereditatem iam crevimus, *regnum Bithyniae, quod certe publicum est populi romani factum,* num quid causae est, quin *omnes agros, urbes, stagna, portus,* totam denique Bithyniam decemviri vendituri sint». Cicerón trata de comparar con Bitinia el caso de Mitilene, cuyos *agri iucundi et fertiles* también pasaron a ser propiedad del pueblo romano. Un poco más adelante (sección 50) vuelve al territorio que trataba de vender la *lex agraria* de Rulo, y cita los territorios de algunas ciudades de Asia Menor que corresponden al territorio de Mitilene en el pasaje anterior, y después habla del *ager publicus populi romani.* En otros reinos anteriores, citando en primer lugar a los *agros Bithyniae regios, quibus nunc publicani fruuntur.* Estos dos textos demuestran que todo el territorio de Bitinia fue considerado por los romanos propiedad del rey, y por ello pasó a propiedad de Roma, *ager publicus populi romani.* Rulo propuso vender la χώρα βασιλική, de este territorio, esto es, la tierra que no formaba parte de los territorios de las ciudades griegas. Las medidas tomadas por los romanos en Bitinia nos ayudan a comprender mejor la situación de Asia después de la muerte de Átalo III, problema crucial y muy debatido del que he hablado en las págs. 891 y sigs. Es evidente que Bitinia no fue organizada según nuevas directrices, sino a la manera tradicional, esto es, como Asia después de su anexión. Si Asia no aparece en la lista de Rulo, esto no quiere decir que Asia estuviese organizada originariamente de manera distinta que Bitinia, sino simplemente que durante el medio siglo de gobierno romano en Asia se había fijado definitivamente el estatuto jurídico de la χώρα βασιλική (véase cap. VI, nota 88) y que Rulo (y después de él César) no se atrevió a *quieta movere.* No sabemos cómo se fijó, pero la analogía de Bitinia demuestra que, en principio, después de la anexión, todo el territorio del reino atálida se hizo *publicum populi romani,* y los *agri regii,* esto es, la χώρα βασιλική, que corresponden a los territorios no asignados a las ciudades, se transformaron en *ager publicus populi romani.*

(66) *Bell. Alex.*, 70, cf. 41. Estrabón, XII, 3, 40, pág. 562, que describe el σανδαρακουργεῖον cerca de Pompeyópolis, en el Ponto, explotado por publicanos.

Sobre la organización del Ponto por Pompeyo, véase W. G. Fletcher, *The Pontic cities of Pompey the Great*, en *T. A. P. A.*, LXX (1939, publicado en 1940), págs. 17 y sigs. Fletcher se inclina a admitir que Pompeyo no intentó colonizar el Ponto a la manera helenística, es decir, creando ciudades griegas o helenizadas, sino que su división del Ponto en once ciudades (algunas creadas por él) fue una medida de carácter puramente administrativo y fiscal. Y se basó en su experiencia en España y en las tradiciones romanas, no helenísticas. No hay hechos concluyentes que apoyen esta opinión. Ninguna de las ciudades pónticas ha sido excavada, y el material arqueológico y epigráfico a nuestra disposición es escaso. No sabemos nada del plano, rasgos arquitectónicos o constituciones de las ciudades pónticas en las épocas helenística y romana. No se pueden fundamentar conclusiones en un material tan pobre. El paralelo con España es forzado. Pompeyo siguió la tradición helenística por lo menos en un aspecto, el de dar a algunas nuevas ciudades nombres «dinásticos» (Pompeyópolis, Magnópolis, Megalópolis). Tampoco se puede probar otra hipótesis de Fletcher según la cual el territorio del Ponto se dividió entre los nuevos centros administrativos y fiscales. Los datos que da Estrabón no son concluyentes. Además, es cierto que una parte importante del Ponto —los estados de Mitrídates— no se incluían en ningún territorio ciudadano, y lo mismo puede decirse del templo de Comana y quizá de otros. Otra afirmación sin prueba es la de que la nueva división en ciudades puso fin a la servidumbre en el país. Vuelvo a citar los antiguos estados de Mitrídates y el templo. Además, la servidumbre no era incompatible con la estructura de la ciudad-estado, especialmente en Asia Menor. No es posible una discusión más minuciosa del trabajo de Fletcher.

(67) Sobre Paflagonia: A. H. M. Jones, *Cities*, etc., págs. 162 y sigs.

(68) Sobre Ariobarzanes: R. O. Jolliffe, *Phases*, etc., págs. 64 y sigs. Sobre su situación es muy instructiva una de las cartas de Cicerón a Ático del año 50 a. de J. C. (VI, 1, 3-4). Demuestra las enormes deudas que tenía, siendo Pompeyo su principal acreedor, cuyos *sescenti procuratores* actuaban en Asia Menor. Debe recordarse que para pagar el interés del préstamo de Pompeyo, Ariobarzanes *Appi instituto tributa imperat*. Esto demuestra que los *tributa* de Apio (véase pág. 1079) era un impuesto provincial, no municipal. Además de Ariobarzanes, había en Capadocia dos o tres hombres ricos que eran «amigos» del rey, mientras que el resto de la población parece haber estado sumido en la pobreza. Sobre el templo de Pesinunte, su estatuto jurídico, vicisitudes y trato dado por Clodio y Brogitaro: B. Niese, *Straboniana*, IV: *Galatien und seine Tetrarchen*, en *Ph. Mus.*, XXXVIII (1883), págs. 588 y sigs. Sobre Brogitaro: F. Stähelin, *Gesch. kleinas. Gal.*, 2.ª ed., 1907, págs. 112 y sigs.; cf. 88; R. O. Jolliffe, *Phases*, etc., págs. 71 y sigs.; F. E. Adcock, *J. R. S.*, XXVII (1937), págs. 12 y sigs.

(69) Sobre Siria, véanse págs. 936 y sigs.; cf. A. H. M. Jones, *Cities*, etc., págs. 227 y sigs., y bibliografía, págs. 549 y sigs.; J. Dobiaš, *Historia de la provincia romana de Siria*, I, 1924 (en checo, con resumen en francés), y *Les premiers rapports des Romains avec les Parthes*, en *Archiv Orient.*, III (1931), págs. 215 y sigs.; F. Cumont, *C. A. H.*, XI,

pág. 613 (bibliografía, págs. 919 y sigs.); N. Debevoise, *A political history of Parthia*, 1938, págs. 96 y sigs.

(70) Sobre los *negotiatores* romanos en Siria a mediados del siglo I antes de J. C.; César, *B. C.*, III, 102, 6 (Antioquía); Estrabón, XVI, 4, 21, pág. 779 (Petra); cf. J. Dobiaš, *Les premiers rapports*, etc., pág. 253.

(71) Las fuentes más importantes sobre Siria en la época de Gabinio se encuentran en Cicerón, *De prov. cons.*, 4, 9, y 5, 10 y sigs.; *In. Pis.*, 17, 41; 21, 48; *Ad Q. Fr.*, II, 11, 2; III, 2, 2; cf. Dion Casio, XXXIX, 59, y Cicerón, *Pro Rab. Post.*, 11, 30. Todos los textos sobre los publicanos en Siria son recogidos por completo y estudiados por V. Ivanov, *De soc. vact. publ.*, págs. 110 y sigs. Sobre la actividad de Gabinio en Siria: Von der Mühll, *P. W. K.*, VII, 427-428, voz «Gabinius»; sobre su carrera y personalidad, véase el interesante artículo de Eva Matthews Sanford, *The career of Aulus Gabinius*, en *T. A. P. A.*, LXX (1939, publ. en 1940), págs. 64 y sigs., especialmente 82 y sigs. (sobre su administración de Siria). J. Dobiaš, *Syrsky Prokonsulat M. Calpurnia Bibula*, en *Rozpr. Česke Akad. vet. a umeni, phil.-hist. Cl.*, LXV (1923), e *Hist.*, etcétera, págs. 97 y sigs., 553 y sigs. (con bibliografía); y H. Box, *J. R. S.*, XXII (1932), pág. 183. Véanse las breves observaciones de E. Ciaceri en *Processi politici e relazioni internazionali*, 1918, págs. 215 y sigs., y *Cicerone e i suoi tempi*, II, 1930, pág. 136. Sobre la restauración que hicieron Pompeyo y Gabinio de muchas ciudades en decadencia: A. H. M. Jones, *Cities*, etc., pág. 259, y nota 42.

(72) El caso de Tiro: Cicerón, *Ad Q. Fr.*, II, 11, 2; III, 2, 2; Dobiaš, *Hist.*, etc., pág. 117, y notas 119-121. Gabinio legalizó de hecho y quizá aumentó los antiguos privilegios de la ciudad. Es sabido que Tiro compró su autonomía a los seléucidas (véase cap. VI, nota 126), y esta concesión fue más tarde confirmada por los romanos (probablemente no sin un pago suplementario); Estrabón, XVI, 2, 23, pág. 757. La confirmación de la concesión seléucida pudo haber sido en primera instancia obra de Pompeyo o Escauro, y pudo haber sido repetida por Gabinio. Sobre las demás ciudades y el resto del país, Cicerón, *De prov. cons.*, 5, 10: «vectigalis multos ac stipendiarios liberavit». Se puede deducir que existió una liberación de las ciudades de manos de los publicanos y que se instituyeron contratos directos con estas ciudades, basándolos en la afirmación concisa y algo vaga de Cicerón, ibíd., 5, 12: «retinete igitur in provincia diutius eum, qui de sociis cum hostibus, de civibus cum sociis faciat pactiones». La concesión de estos privilegios a las ciudades pudo haber tenido el efecto de excluir de ellas a los publicanos y a sus agentes. Quizá piense en esto Cicerón en su afirmación algo oscura sobre Gabinio, ibíd., 5, 10: «quo in oppido ipse esset aut quo veniret, ibi publicanum aut publicani servum esse vetuit». Las ciudades en que pensaba Cicerón probablemente fueron excluidas por Gabinio de la esfera de actividad de los publicanos. Sobre las remisiones parciales, véase nota siguiente.

(73) Cicerón, *De prov. cons.*, 4, 9; «igitur in Syria imperatore, illo nihil aliud <neque gestum> neque actum est nisi pactiones pecuniarum cum tyrannis, decisiones, directiones, latrocinia, caedes»... Dado que el propósito principal de Cicerón es describir el acto de Gabinio contra los publicanos, podemos interpretar las «*pactiones* con tiranos» como contratos sobre su φόρος hechos con ellos directamente que pueden haberse

relacionado con el reconocimiento (por supuesto pagado) de su gobierno en las ciudades. Las *decisiones* pueden significar contratos con las ciudades (que es el significado de la palabra en las *Verrinas*). Sin embargo, en los *Glosarios*, esta palabra se traduce por διάλυσις, es decir, *pactio, transactio*, o por ἀποκοπὴ χρέους, χρεοκοπία. Véase *Thesaur., l. L.*, voces correspondientes. Transacciones directas con los contribuyentes indígenas —tiranos y dinastas— en detrimento de los publicanos, se alude probablemente en *De prov. cons.*, 5, 10: «iam vero publicanos miseros... tradidit in servitutem iudaeis et syris, nationibus natis servituti».

(74) Cicerón, *De prov. cons.*, 5, 10: «statuit ab initio et in eo perseveravit, ius publicano non dicere; pactiones sine ulla iniuria factas rescidit, custodias sustulit, vectigalis multos ac stipendiarios liberavit; quo in oppido ipse esset aut quo veniret, ibi publicanum aut publicani servum esse vetuit». Cf. *In Pis.*, 17, 41: «nam ille... cum equites romanos in provincia, cum publicanos nobiscum et voluntate et dignitate coniunctos omnis fortunis, multos fama vitaque privasset».

(75) En *De prov. cons.*, 5, 11, Cicerón pide al Senado ayuda para los publicanos arruinados por Gabinio. Mi nota en el texto sobre las consecuencias de los actos de Gabinio se oponen a Dobiaš, *Hist.*, etc., págs. 116 y sigs. (resumen francés, 553 y sig.).

(76) Malalas, pág. 225, 7-12, ed. Bonn.; cf. Dobiaš, *Hist.*, etc., pág. 549, y G. Downey, *Q. Marcius rex at Antioch*, en *Cl. Phil.*, XXXII (1937), págs. 144 y sigs.

(77) César, *B. c.*, III, 31.

(78) Los hechos se encontrarán en Dobiaš, *Hist.*, etc., págs. 1 y siguientes.

(79) Dion Casio, XXXIX, 56, 1, y 5; 59, 2; cf. Dobiaš, *Les premiers rapports*, etc., pág. 250, sobre estas y otras fuentes.

(80) Sobre las guerras en el norte de los Balcanes después de Sila, véase A. Reinach, *B. C. H.*, XXXIV (1910), págs. 322 y sigs.; A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XVII (1914), pág. 101 (Dolabela); cf. F. Münzer, *P. W. K.*, IV, 1297, núm. 134; C. Patsch, *Beiträge zur Wölkerkunde von Südosteuropa*, V (*Wien. S. B., phil.-hist. Kl.*, 214, 1), 1932, págs. 34 y sigs. Véase mi recensión de este libro en *Gnomon*, X (1934), pág. 6; Geyer, artículo *Makedonia*, en *P. W. K.*, XIV, 762 y sigs.; B. Lenk, artículo *Thrake*, en *P. W. K.*, VI A., 441 y sigs. Sobre M. Terencio Varrón Lúculo: F. Münzer, *P. W. K.*, XIII, 414 y sigs., especialmente 417. Tratado con Calatis: M. S. Lambrino, *C. R. Ac. Inscr.*, 1933, págs. 278 y sigs.; A. Passerini, *Athen.*, XIII (1935), págs. 57 y sigs.

(81) Sobre M. Calpurnio Pisón Cesonino, *P. W. K.*, III, 1387 y sigs., núm. 90; R. Syme, *The Roman revolution*, 1939, Índice, en su voz. Sobre su poder extraordinario: Cicerón, *In Pis.*, 16, 37; *De domo sua*, 23, 60; sobre la inscripción de Delos (dedicación de un templo por los hermaístas) fechada en el proconsulado de Pisón: F. Durrbach, *Choix*, 164; *Inscr. de Délos*, 1737, y las observaciones de J. Hatzfeld, *B. C. H.*, XXXIII (1909), págs. 522 y sigs., y de Durrbach, loc. cit. Modernamente no se hizo ningún resumen crítico de su administración en Grecia y Macedonia, basado en el material contemporáneo. Hertzberg (*Hist.*, etc., I, pág. 400) y Drumann (Drumann-Groebe, *Gesch.*, etc., II, págs. 56

y sigs.), repiten sin crítica las afirmaciones de Cicerón. Algunos estudiosos actuales de la historia romana dedican sólo breves noticias al gobierno de Pisón (J. A. O. Larsen, *Roman Greece,* pág. 431, no es una excepción). Véanse, sin embargo, las breves e interesantes observaciones de E. Ciaceri, *Cicerone e i suoi tempi,* II, 1930, págs. 111 y sigs., e Ivanov, *De soc. vect. publ.*, pág. 98. En los libros de Jolliffe y Cobban, citados en la nota 1, se menciona a Pisón varias veces.

(82) Sobre esta dinastía y su papel en la historia de la época, B. Lenk, artículo *Thrake,* en *P. W. K.*, VI A, 440 y sig. Cf. P. Collart, *Philippes, ville de Macédoine,* 1937, pág. 245. La dinastía de Cotis y Sadalas gobernó parte de los odrisios o sobre los nestos.

(83) Sobre las operaciones militares, véase la bibliografía citada en las notas 80 y 81. Mi reconstrucción no coincide con la de los libros y artículos citados en estas notas.

(84) Cicerón, *Pro Sestio,* 43, 94: «certam achaeis in annos singulos pecuniam imperasse»; *De prov. cons.*, 3, 5: «cum interea quis vestrum hoc non audivit, quis ignorat, achaeos ingentem pecuniam pendere L. Pisoni quotannis?». Estos pagos eran una ἐνιαύσιος εἰσφορά y difícilmente pueden identificarse con el *aurum coronarium* exigido por Pisón a los aqueos; Cicerón, *In Pis.*, 37, 90.

(85) Cicerón, *In Pis.*, 36, 87: «quid?, vectigalem provinciam, singulis rebus quaecumque venirent certo portorio imposito servis tuis a te factam esse meministi?». Un impuesto sobre las ventas (ἐπώνιον) era característica común de la economía real helenística y de la organización financiera de las ciudades griegas (Índice, voz ἐπώνιον). Véase lo dicho anteriormente sobre las contribuciones provinciales extraordinarias impuestas por Lúculo y Apio Claudio, y lo que digo en las págs. 1107 y sig. sobre los impuestos extraordinarios de Pompeyo.

(86) Cicerón, *De prov. cons.*, 3, 5: «vectigal ac portorium Dyrrachinorum totum in huius unius quaestum esse conversum»; cf. *Pro Sestio,* 43, 94: «cogere pecunias maximas a Dyrrachinis».

(87) Cicerón, *In Pis.*, 35, 86 y sig.: «qui modus tibi fuit frumenti aestimandi, qui honorarii?; siquidem potest vi et metu extortum honorarium nominari. Quod cum peraeque omnes, tum acerbissime Bottiaei, Byzantii, Cherronesus, Thessalonica sensit. Unus tu dominus, unus aestimator, unus venditor tota in provincia per triennium frumenti omnis fuisti»; cf. 37, 90: «mitto rationem exacti imperatique frumenti». Sobre «frumentum imperatum, aestimatum, honorarium», mi artículo *Frumentum,* en *P. W. K.*, VII, 165, y véase el cuidadoso estudio del problema por J. Carcopino, *La loi de Hiéron,* págs. 172 y sigs.

(88) Cicerón, *In Pis.*, 36, 87: «quid?, illam armorum officinam ecquid recordaris, cum omni totius provinciae pecore compulso pellium nomine omnem quaestum illum domesticum paternumque renovasti? Videras enim grandis iam puer bello italico repleri quaestu vestram domum cum pater armis faciendis tuus praefuisset».

(89) Cicerón, *In Pis.*, 37, 90: «mitto numerum navium».

(90) Cicerón, *In Pis.*, 35, 86: «nonne, hiberna cum legato praefectoque tuo tradidisses, evertisti miseras funditus civitates, quae non solum bonis sunt exhaustae, sed etiam nefarias libidinum contumelias turpitudinesque subierunt?». Sobre Bizancio: Cicerón, *De prov. cons.*, 3,

5-4, 7. Cf. *Pro Sestio,* 43, 94, sobre la sustracción de estatuas, cuadros, etcétera, de otras ciudades griegas, lo cual puede explicarse de la misma manera como garantías del pago de la εἰσφορά.

(91) Cicerón, *Pro Sestio,* 43, 94: «eundemque bona creditorum civium romanorum cum debitoribus graecis divisisse»; *De domo sua,* 23, 60; *In Pis.,* 35, 86: «nonne cum CC talenta tibi Apolloniatae Romae dedissent, ne pecunias creditas solverent, ultro Fufidium, equitem romanum, hominem ornatissimum, creditorem debitoribus suis addixisti?»; cf. 41, 98. Véase también *In Pis.,* 34, 84, y *De prov. cons.,* 6, 13, sobre las interferencias de Pisón en los derechos de los publicanos. Sobre los *negotiatores* romanos en Macedonia en la época de Pisón: J. Hatzfeld, *Les trafiquants,* págs. 54 y sigs.

(92) Sobre el reino de Birebista: C. Patsch, *Beitr. z. Völkerk. von Südosteuropa,* V (*Wien. S. B., phil.-hist. Kl.,* 214, 1), págs. 42 y sigs.; mis observaciones en *Gnomon,* X (1934), pág. 6; B. Lenk, artículo *Thrake,* en *P. W. K.,* VI A, 441; A. Alföldi, *C. A. H.,* XI, págs. 82 y sig.

(93) Varias veces se han colacionado las fuentes sobre la movilización de Oriente por Pompeyo. La mejor relación de fuentes se encontrará en Hertzberg, *Hist.,* etc., I, págs. 417 y sigs., y en T. Rice Holmes, *The Roman Republic,* III, págs. 113 y sigs., pág. 431 (sobre los Gabinios), y 432 (sobre la flota de Pompeyo; crítica de los cálculos de Kromayer en *Phil.,* LVI (1897), págs. 433 y sigs.). Cf. F. E. Adcock, *C. A. H.,* IX, pág. 656 (bibliografía, pág. 955), y J. Carcopino, *Hist. Rom.,* II, págs. 854 y sigs. Sobre Cecilio Metelo en Siria: J. Dobiaš, *Hist.,* etc., cap. 3 (resumen francés, pág. 556). Sobre la magnitud de los ejércitos de Pompeyo y César, véanse las obras anteriormente citadas, y sobre el ejército de César y Pompeyo el 49-48 a. de J. C., A. von Domaszewski, *Die Heere der Bürgerkriege in den Jahren 49 bis 42 vor Christus,* en *N. Heid. Jahrb.,* IV (1894), págs. 157 y sigs., especialmente 167 y sigs. La intensidad de la movilización del potencial humano de Oriente por Pompeyo, puede verse, por ejemplo, en la famosa historia de la exención de los judíos del servicio militar que hizo Cornelio Léntulo en nombre de Pompeyo. Los documentos oficiales sobre este asunto se encontrarán en Flavio Josefo, *A. J.,* XIV, 10, 13 (228 y sigs.). No puedo dar aquí la voluminosa bibliografía de obras modernas que tratan de estos documentos; véase, por ejemplo, M. S. Ginsburg, *Rome et la Judée,* 1928, págs. 94 y sigs. Sobre el pasaje de César a que nos referimos en el texto: Broughton, loc. cit., págs. 579 y sig. No puedo estar de acuerdo con su traducción de «in capita singula servorum ac liberorum tributum imponebatur»: «se imponía un tributo sobre cada cabeza de esclavos *y niños*». Un impuesto especial de este tipo sobre los niños no se menciona jamás en nuestras fuentes. Lo que César quiere decir es una capitación general sobre los *libertos* y esclavos, forma corriente de la capitación. Cf. César, *B. C.,* III, 14, 3: «qui de servis liberisque omnibus ad impuberes supplicium sumit» (debo esta cita al profesor G. L. Hendrickson). Sobre el dinero de Cicerón en Éfeso «prestado» a Pompeyo o, como a veces dice Cicerón, «confiscado» por él, véase Cicerón, *Ad fam.,* V, 20, 9; *Ad Att.,* XI, 1, 2, 3; 13, 4; cf. 3, 3. No puedo entrar aquí en la discusión de este complicado caso. Dado que legalmente la confiscación del dinero era

un préstamo, Cicerón pudo haber recobrado parte de este dinero de una u otra manera. Cf. O. E. Schmidt, *Ciceros Briefwechsel*, pág. 186; J. Hatzfeld, *Les trafiquants*, pág. 200, nota 1 (con bibliografía); W. Kroll, *Die Kultur der ciceronischen Zeit*, I, pág. 115, y nota 116. El caso de Cicerón debe considerarse a la luz de la descripción que hace César de los hechos de Pompeyo en Asia.

(94) G. Daux, *Delphes*, etc., págs. 407 y sigs. Sobre los piratas establecidos en Dime el 67 a. de J. C.: Estrabón, VIII, 7, 5, pág. 388; XIV, 3, 3, pág. 665; Plutarco, *Pomp.*, 28; Apiano, *Mithr.*, 96. Dejaron Dime y volvieron a su antigua vocación durante la guerra civil: Cicerón, *Ad Att.*, XVI, 1, 3; Lucano, *Phars.*, II, 636.

(95) Gonfi: César, *B. c.*, III. 80; Apiano, *B. c.*, II, 64; Dion Casio, XLI, 51, 4; Floro, II, 13, 41; Plutarco, *Caesar*, 41, 3. Atenas y Mégara: Dion Casio, XLII, 14; Plutarco, *Brutus*, 8, 3-4.

(96) Cicerón, *Ad fam.*, IV, 5, 4.

(97) Exacciones de los reyes vasallos en general (y entre ellos Deyotaro): Dion Casio, XLI, 63, 1-3. Sobre Deyotaro y sus subastas: Cicerón, *Pro rege Deiot.*, 14 y 25; cf. *B. Alex.*, 34. Sobre el reino de Deyotaro y las tumbas de su familia, véase cap. VI, págs. 911 y sigs., nota 116.

(98) J. Carcopino, loc. cit., págs. 873 y sigs., especialmente 884; cf. 919.

(99) Los textos básicos sobre la reforma de César son: el discurso efesino de Antonio, Apiano, *B. c.*, V, 4; no se hace mención de abolición alguna de la décuma; Antonio habla de la eliminación de los publicanos y de la reducción de los pagos en un tercio, y termina con las siguientes palabras: ὑμῖν γὰρ τοὺς φόρους ἐπέτρεψεν ἀγείρειν παρὰ τῶν γεωργούντων; cf. Apiano, *B. c.*, II, 92, y Plut., *Caes.*, 48 (remisión de un tercio de los φόροι a los habitantes de Asia). Dion Casio, XLII, 6, 3, confirma las afirmaciones de Apiano y Plutarco; dice: τοὺς γοῦν τελώνας πικρότατά σφισι χρωμένους ἀπαλλάξας, ἐς φόρου συντέλειαν τὸ συμβαῖνον ἐκ τῶν τελῶν κατεστήσατο. Esto significa, naturalmente, que las ciudades pagaban cantidades alzadas de dinero (el φόρος helenístico) que representaba una *adaeratio* de la media que producía la δεκάτη, esto es, de la décuma o de todos los impuestos provinciales (τέλη), exactamente como habían hecho antes, pero que no se pagaba a los publicanos. Entre los eruditos modernos que han tratado de la reforma de César, debo citar primero y ante todo a H. F. Pelham, *Transact. Oxf. Philol. Soc.*, 1881-82, págs. 1 y sigs., cuya interpretación de los textos anteriormente citados me inclino a aceptar, aunque es rechazada por V. Chapot, *Prov. rom. procons. d'Asie*, pág. 329. Cf. T. Rice Holmes, *Rom. Rep.*, III, págs. 179, 482, y las breves notas de T. Frank. *Econ. Hist.*, 2.ª ed., pág. 195, nota 11, y pág. 371; cf. su *Econ. survey*, I, pág. 337.

(100) M. Rostovtzeff, *Caesar and the South of Russia*, en *J. R. S.*, págs. 27 y sigs.; Ch. E. Goodfellow, *Roman citizenship*, 1935, págs. 93 y sigs., y notas 57 y 58 de este capítulo.

(101) Véase mi artículo citado en la nota anterior, págs. 29 y sigs., 35 y sigs., y J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, pág. 982. Cf. Broughton, loc. citada, pág. 581. Sobre Pérgamo y los buenos servicios prestados por Mitrídates de Pérgamo, véase cap. VI, notas 86 y, especialmente, 98. El texto fundamental de la carta de César a los pergamenos acerca de

sus privilegios, carta que formaba parte de un largo informe que trataba de la χώρα de los pergamenos. Los privilegios otorgados a Pérgamo eran, sin duda, de gran importancia; de otro modo no nos explicaríamos cómo Mitrídates de Pérgamo, enviado como embajador a César, fue altamente honrado en Pérgamo y denominado segundo *ktistes* de la ciudad. Véase el texto de la carta con comentarios en el artículo de M. Segre, *Athen.*, XVI (1938), págs. 119 y sigs.

(102) Sobre la colonización de César: J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, pág. 986, y Broughton, loc. cit., pág. 582. Nótese el cinturón de ciudades que César colonizó, o a las que otorgó beneficios, a lo largo de los estrechos, la Propóntide y las playas del mar Negro: Lámpsaco (¿y Parión?), Cícico, Apamea-Mirlea, Heraclea Póntica, Sinope, Amiso, Quersoneso: una serie de importantes puntos de apoyo para una expedición al Oriente que sería de presumir larga y peligrosa. La cuidadosa preparación de César para la expedición demuestra cuán en serio la tomaba y el largo alcance de sus planes. Algunas de sus colonias (Lámpsaco y Heraclea) no le sobrevivieron.

(103) Sobre el sistema de impuestos seléucida en Judea, véanse págs. 442 y sigs. Sobre los impuestos pagados por Judea el 152 a. de J. C. y sobre los impuestos territoriales en particular: E. Bikerman, *Inst. Sél*, págs. 131 y sig., 179 y sig. Mi hipótesis en el texto sobre la interpretación del libro I de los Macabeos, XI, 34, y X, 30, no es más que eso: una hipótesis. Sin embargo, explica la reaparición del impuesto territorial en la época de César.

(104) Los pasajes de Josefo que se refieren a las reformas de los impuestos por César en Judea son los siguientes: edicto del 47 antes de J. C.: *A. J.*, XIV, 10, 6 (202-203): Γάϊος Καῖσαρ, αὐτοκράτωρ τὸ δεύτερον, ἔστησε κατ' ἐνιαυτὸν ὅπως τελῶσιν ὑπὲρ τῆς Ἱεροσολυμιτῶν πόλεως, Ἰόπης ὑπεξαιρουμένης, χωρὶς τοῦ ἑβδόμου ἔτους ... καὶ ἵν' ἐν Σιδῶνι τῷ δευτέρῳ ἔτει [es decir τῆς μισθώσεως, vid. infra.] τὸν φόρον ἀποδιδῶσι, τὸ τέταρτον τῶν σπειρομένων· πρὸς τούτοις ἔτι καὶ Ὑρκανῷ καὶ τοῖς τέκνοις αὐτοῦ τὰς δεκάτας τελῶσιν, ἃς ἐτέλουν καὶ τοῖς προγόνοις αὐτῶν. ... Siguen algunos privilegios más (ἀνεπισταθμία) y las prescripciones sobre el φόρος de la ciudad de Joppa. Mucho más breve es el resumen que hace Josefo del edicto del 44 a. de J. C.: *A. J.*, XIV, 10, 5 (200-201): ὅπως τε Ἰουδαίοις ἐν τῷ δευτέρῳ τῆς μισθώσεως ἔτει τῆς προσόδου κόρον ὑπεξέλωνται καὶ μητ' ἐργολαβῶσί τινες μήτε φόρους τοὺς αὐτοὺς τελῶσιν. Estos pasajes los interpreté en mi *Staatspacht*, págs. 148 (476) y sigs. (citando las obras modernas que tratan de ello en la nota 313). Mi interpretación no ha sido tomada en consideración por la mayoría de los estudiosos actuales de la historia de Judea durante el período que consideramos, como T. Rice Holmes, *Rom. Rep.*, III, págs. 210, 507 y sigs.; M. Ginsburg, *Rome et la Judée*, 1928, págs. 85 y sigs. y especialmente 99 y sigs.; M. A. Levi, *Ottaviano capoparte*, 1933, I, págs. 169 y sigs. (con referencias a algunas obras modernas); E. R. Bevar, *C. A. H.*, IX, págs. 404 y sig.; J. Carcopino, *Hist. Rom.*, II, pág. 980, y las interesantes observaciones de A. Momigliano, *Ann. d. R. Scuola Norm. di Pisa*, 1934, págs. 34 y sigs. (referencia aplicada por E. Bikerman). Quizá tenga razón Ginsburg al suponer que el *stipendium* se pagaba generalmente en dinero, y sólo en especie el segundo año. La entrega en Sidón parece

que es la contrapartida de la *deportatio ad aquam*, obligación de transportar el grano de Sicilia a los puertos impuesta a los decumanos por la *lex Hieronica* (Cic., *Verr.*, II, 3, 14, 36; cf. J. Carcopino, *La Loi d'Hiéron*, pág. 18). Es posible que la reducción del tributo (de un tercio a un cuarto) concedida por César fuese una compensación a la entrega a un lugar tan distante como Sidón. Los edictos de César citados por Josefo, sin duda son auténticos. Muestran enormes parecidos con los hallados en Mitilene; véanse mis observaciones, *J. R. S.*, VII (1917), págs. 32 y sigs. Sobre la actividad de César en Siria en general, véase Ginsburg, loc. cit., y especialmente J. Dobiaš, *Hist.*, etc., I, págs. 158 y sigs. (resumen francés, págs. 556 y sigs.). Sobre la organización de Judea por Pompeyo y Gabinio, véase mi *Staatspacht*, págs. 146 (474) y sigs.; véase nota 71.

(105) Los estudios más recientes y minuciosos de esta época, con referencias a las fuentes y obras modernas, son los de T. Rice Holmes, *The architect of the Roman empire*, 1928, y M. A. Levi, *Ottaviano capoparte*, I, II, 1933; cf. *C. A. H.*, X, caps. I (M. P. Charlesworth) y II-IV (W. W. Tarn, y M. P. Charlesworth); véase también R. Syne, *The Roman revolution*, relato detallado de la historia de la época que va desde la muerte de César hasta la de Augusto, con unas cuantas palabras sobre Pompeyo y César. Sobre la historia de Siria: J. Dobiaš, *Hist.*, etcétera, caps. 3 y 4 (resumen francés, págs. 556 y sigs.). Sobre Asia Menor: V. Chapot, *La prov. rom. procons. d'Asie*, págs. 53 y sigs., Broughton, loc. cit., págs. 582 y sigs. Sobre Grecia: Hertzberg, *Hist.*, etc., I, págs. 431 y sigs.; Larsen, loc. cit., págs. 432 y sigs.

(106) Laodicea: Apiano, *B. C.*, IV, 62; Dion Casio, XLVII, 30, 7; Estrabón, XVI, 2, 9, pág. 752. Tarso: Dion Casio, XLVII, 31, 3; Apiano, *B. C.*, IV, 64. Cf. T. Rice Holmes, *The architect*, etc., pág. 77. Recuérdese que tanto Dolabela como Casio formaron flotas locales: Dolabela, en Rodas, Asia y Egipto; Casio, en Fenicia.

(107) Flavio Josefo, *A. J.*, XIV, 12, 1 (297): συνεμάχει δ' αὐτῷ (esto es, a Tolomeo, hijo de Meneo, dinasta itureo) καὶ Μαρίων, ὃν Τυρίων κατελελοίπει Κάσσιος τύραννον, τυραννίσι γὰρ διαλαβὼν τὴν Συρίαν οὗτος ἀνὴρ ἐφρούρησεν; cf. Apiano, *B. C.*, V, 10; U. Kahrstedt, *Syrische Territorien*, etc., *Gött. Abh.*, 1926, II, pág. 102, nota 1; L. Graven, *Antony's oriental policy*, *Univ. of Missouri Stuf.*, III, 2, 1920, pág. 19.

(108) Sobre la actividad de Dolabela, véanse los libros y artículos citados en la nota 105. Cf. R. Herzog, *H. Z.*, CXXX (1921-22), págs. 190 y sigs. La carta de Dolabela sobre la ἀστρατευσία de los judíos: Flavio Josefo, *A. J.*, XIV, 10, 11-12 (223-227). El sistema de alquilar barcos o tripulaciones de las ciudades, y ocasionalmente escuadras de barcos a los piratas, era de uso común entre los monarcas helenísticos (véanse: para los Tolomeos, *C. A. H.*, VII, pág. 118; para los seléucidas, E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 100), pero no está atestiguado específicamente para ningún gobernador romano de Oriente antes de Dolabela. Los magistrados romanos en Oriente preferían el sistema, bien conocido para el mundo helenístico, de levas obligatorias de barcos de los «aliados» y contribuciones navales (véase nota 23). Pero nuestra información es muy pobre, tanto para la época helenística como para la romana.

(109) Véanse los minuciosos relatos de Apiano, *B. C.*, IV, 73, y Plutarco, *Brutus*, 32; cf. Dion Casio, XLVII, 33, 4.

(110) Licia: Apiano, *B. C.*, IV, 76-80 (Janto), 81 (Patara), 82 (el resto de Licia); Plutarco, *Brutus*, 32; Dion Casio, XLVII, 34, y la conocida correspondencia de Bruto; véase la colección completa de textos, E. Kalinka, *T. A. M.*, II, págs. 98 y sigs., 146. Sobre la correspondencia de Bruto y el problema de su autenticidad: Broughton, loc. cit., pág. 584 (con tablas de los datos del saqueo de Asia Menor por Bruto). La correspondencia, si es auténtica (y yo no veo argumentos decisivos contra su autenticidad), da un vivo retrato de la vida de Asia Menor en la época del gobierno de los libertadores. Sin embargo, Bruto, en sus tratos con las ciudades, siguió el ejemplo de sus predecesores.

(111) Ariobarzanes III y Casio: Apiano, *B. C.*, IV, 63; Dion Casio, XLVII, 33; cf. Plut., *Cato Minor*, 73.

(112) Apiano, *B. C.*, IV, 74; V, 4-5, y Dion Casio, XLVII, 32, 4; cf. Apiano, *B. C.*, V, 6; en la reunión de Éfeso, los griegos expusieron a Antonio la dureza de esta contribución; dijeron que habían entregado a Bruto y Casio todo su dinero, y también sus joyas y vajillas.

(113) Véanse, en este mismo capítulo, págs. 1116 y 1121.

(114) Apiano, *B. C.*, III, 79; IV, 75, 88; V, 75.

(115) Sobre el ejército de Bruto y Casio y el de Antonio y Octaviano: T. Rice Holmes, *The architect*, etc., págs. 80 y sigs.; M. P. Charlesworth, *C. A. H.*, X, pág. 23.

(116) Se encontrará una relación detallada de los privilegios otorgados a las ciudades en Apiano, *B. C.*, V, 7.

(117) Carta de Antonio (papiro en el Museo Británico): F. Kenyon, *Cl. Rev.*, VII (1893), págs. 476 y sigs.; C. G. Brandis, *Hermes*, XXXII (1897), págs. 514 y sigs.; *S. B.*, 4224. Un fragmento de una placa escrita hallada en Trales contenía parte de la misma carta: J. Keil, *Jahreshefte*, XIV (1911), supl., pág. 124; *Ann. ép.*, 1913, núm. 58. Artistas profesionales amigos de Antonio: Plutarco, *Ant.*, 24, 2-4. Concesión de ciudadanía: a soldados: O. Cuntz, *Legionare des Antonius und Augustus aus dem Orient*, en *Jahreshefte*, XXV (1929), págs. 70 y sigs.; Ch. E. Goodfellow, *Rom. citizenship*, págs. 63 y sigs.; a civiles: ibíd., págs. 97 y siguientes.

(118) Discurso efesino de Antonio: Apiano, *B. C.*, V, 4 y sigs.; discurso de Hibreas: Plutarco, *Ant.*, 24. En general, Dion Casio, XLVIII, 24, 1. Es bien sabido que Antonio hizo algunos cambios radicales, poniendo nuevos reyes en los reinos vasallos existentes y creando nuevos reinos del mismo tipo. Cf. L. Craven, *Antony's oriental policy until the defeat of the Parthian expedition*, en *Univ. of Missouri Stud.*, III, 2, 1920, y R. Syme, *Roman revolution*, 1939, págs. 259 y sigs., que no cita el trabajo de Craven. Estos reyes pagaban a Roma un tributo regular. No sabemos si esto fue una innovación de Antonio (Broughton, loc. cit., pág. 585) o una práctica establecida. Algunas observaciones sobre la actividad de Antonio en Oriente recaudando dinero se encontrarán en el artículo de E. Groag en *Klio*, XIX (1914), pág. 49 y sigs.

(119) Sobre los Antonios en Asia Menor, véase mi *Kolonat*, páginas 290 y sigs.; cf. *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 299, nota 1. Broughton, loc. cit., pág. 587; cf. págs. 648 y sigs., rechaza mi explicación sin dar otra mejor: la prodigalidad en la concesión de la ciudadanía romana en pueblos apartados no es una explicación y no aclara la con-

centración de Antonios en una región de Asia Menor. Sus argumentos se basan en testimonios negativos, no positivos: la falta de fuentes sobre el *ager publicus* en Asia Menor y en la época republicana y las escasas noticias de latifundios augustales en la provincia de Asia. El estado de nuestros conocimientos me impide aceptar los testimonios negativos como concluyentes.

(120) En general, Dion Casio, 48, 24, 1: después de Filipos, Antonio llegó a Asia κἀνταῦθα τὰ μὲν αὐτὸς περιιών, ἐς δὲ τὰ ἄλλους πέμπων, τάς τε πόλεις ἠργυρολόγει καὶ τὰς δυναστείας ἐπίπρασκε. Boeto de Tarso: Estrabón, XIV, 5, 14, pág. 674; Estratón de Amiso: Estrabón, XII, 3, 14, pág. 547; Nicias de Cos: R. Herzog, *Nikias und Xenophon von Kos*, en *H. Z.*, CXXX (1921-22), págs. 190-216. Broughton enumera algunos tiranos menores más en Bitinia y el Ponto (Adiátorix en Heraclea Póntica, Musa Orsobaris y Orodaltis, hija de Licomedes en Cíos) y en otras partes de Asia Menor (el conocido Cleón, gobernante-bandido del Olimpo Misio, Aba de Olba), loc. cit., pág. 589. Sobre los pequeños tiranos de Asia Menor en el siglo I a. de J. C., especialmente sobre Antípatro de Derbe y Laranda: R. Syne, *Anat. St. pres. to W. H. Buckler*, 1939, págs. 309 y sigs.

(121) Antonio en Siria: Apiano, *B. C.*, V, 7; 10. Palmira: Apiano, *B. C.*, V, 9; cf. 10; véase cap. VI, nota 152; Árados: Dion Casio, XLVIII, 24, 3; Jerónimo (Eus., II, 139, ed. Schöne). En general, J. Dobiaš, *Hist.*, etc., I, págs. 206 y sigs. (resumen francés, pág. 558); M. A. Lavi, *Ottaviano capoparte*, II, págs. 100 y sigs., y sobre las pequeñas tiranías en Siria en general, véase cap. VI, notas 121 y 122.

(122) Sobre la guerra parta de Labieno y Pacoro: T. Rice Holmes, *The architect*, etc., págs. 121 y sigs.; J. Dobiaš, *Hist.*, etc., págs. 210 y sigs. (resumen francés, pág. 559); M. A. Levi, *Ottaviano capoparte*, II, págs. 113 y sigs.; W. W. Tarn, *C. A. H.*, X, págs. 47 y sigs.; N. C. Debevoise, *A political history of Parthia*, 1938, págs. 108 y siguientes. En estas obras se encontrarán referencias a tratados anteriores sobre el tema.

(123) L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 324 y sigs.; nótese la mención de ἀναγκαιότατοι καιροί dos veces en un breve fragmento, en las líns. 6 y sigs. y 10; la mención de ὁμόνοια en la lín. 3 señala desórdenes internos en la ciudad.

(124) P. Roussel, *B. C. H.*, LV (1931), págs. 91 y sigs. (Zeus de Panamara). Cf. Ch. Diehl et G. Cousin, *B. C. H.*, XI (1887), pág. 151, núm. 56, y pág. 161 y sig., núm. 71: dos inscripciones del templo de Hécate; una habla de la restauración que hizo Augusto de un templo de la diosa ἀσεβηθείσης, en otra se mencionan los ἀ]σεβήσαντες sobre el territorio del templo y algunos que ἐπέβαλεν ἐλασσώματα.

(125) L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 312 y sigs.: decreto fragmentario del siglo I a. de. J. C.; además de un hambre terrible (χαλεπωτάτη σιτοδεία) y una batalla, se habla de ἀναγκαιότατοι καιροί (lín. 2), πόλεμοι (lín. 5) y παντοδαποὶ κίδυνοι (lín. 7). La inscripción no está fechada con precisión y puede referirse a situaciones de la guerra mitridática.

(126) P. Roussel, *Un Syrien au service de Rome et d'Octave*, en *Syria*, XV (1934), págs. 33 y sigs. [=Riccobono, *Font. Iur. Rom.*[2], I, núm. 55]. No está fechada la concesión de la ciudadanía y la *immu-*

nitas. Considero el 41 a. de J. C. más probable que el 36 antes de J. C.; cf. Ch. E. Goodfellow, *Roman citizenship*, págs. 44 y sigs. véase nota 57.

(127) Apiano, *B. C.*, V, 77; Dion Casio, XLVIII, 39, 1; 46, 1; Zonaras, X, 23; Hertzberg, *Hist.*, etc., I, pág. 445; A. Wilhelm, *Neue Beitr.*, I, pág. 37; M. Hadas, *Sextus Pompey*, 1930, págs. 101 y sigs. y nota 6; M. P. Charlesworth, *C. A. H.*, X, pág. 56; Larsen, *Roman Greece*, pág. 434. Cf. Plut., *Ant.*, 67, 3: ejecución de Lácares por Antonio. Lácares fue padre del famoso Euricles, uno de los hombres más ricos e influyentes de Grecia en la época de Augusto. Lácares fue ejecutado por bandidaje, lo que da idea de la situación del Peloponeso. Un motivo que contribuyó a la ejecución de Lácares pudo haber sido su riqueza. Sobre Euricles, su hijo, véanse las referencias en mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 65, nota 15 y pág. 173, nota 13.

(128) Sobre el ejército de Antonio: W. W. Tarn, *Cl. Quart.*, XXVI (1932), págs. 75 y sigs.; véase mi artículo *The battle of Actium*, en *J. R. S.*, XXI (1931), págs. 173 y sigs. Sobre la movilización de Oriente por Antonio, y sobre su ejército y armada: W. W. Tarn, *C. A. H.*, X, pág. 100; sobre el ejército y la flota de Octaviano: ibíd., pág. 102. En su trabajo sobre la batalla de Accio, pág. 179, Tarn ha llamado la atención sobre una observación de Orosio (VI, 19, 5) en la que cita una frase de Antonio según la cual no habría falta de remeros mientras quedase un hombre en Grecia. Lo mismo dice Plutarco en *Ant.*, 62, 1: Antonio forzaba al servicio en sus barcos «a los caminantes, conductores, labradores, efebos de la sufrida Grecia». Es una buena ilustración de los métodos de Antonio.

(129) No hay necesidad de aducir testimonios del empobrecimiento gradual del mundo helenístico en la época de las guerras civiles. Incluso la burguesía más rica, a pesar de su posición privilegiada, declinaba en prosperidad. Puedo citar una observación muy instructiva de Vitruvio (VI, 7, 4 [150, 7-13]). Hablando de las casas nobles griegas —a las que se parecen mucho las casas de lujo de Delos y que seguramente sirvieron de modelo para las casas de Asia Menor (véase A. Rumpf, *Zum hellenistischen Hause*, en *J. D. A. I.*, 1 (1935), págs. 1 y sigs.)—, Vitruvio describe los pequeños apartamentos *(domunculae)* reservados para los huéspedes, y añade: «nam cum fuerunt graeci delicatiores et *fortuna opulentiores*, hospitibus advenientibus instruebant triclinia, cubicula, cum penu cellas primoque die ad cenam invitabant, postero mittebant pullos, ova, holera, poma reliquasque res agrestes, ideo pictores ea, quae mittebantur hospitibus, picturis imitantes xenia appellaverunt».

(130) Véase cap. VI, nota 146 (vidrio). Sobre la cerámica vidriada (vidriado de plomo y no de cobre como en Egipto) de la última época helenística, imitando vajilla de metal: R. Zahn, *J. D. A. I.*, XXIII (1908), pág. 74, y *Amtl. Ber. K. Kunstsamml. Berl. Museen*, 1914, julio, pág. 281; H. Kusel, *J. D. A. I.*, XXXIII (1917), Anz., pág. 58; R. Zahn, Κτῶ Χρῶ, *Berl. Winckelmannspr.*, LXXXI, 1923; A. Merlin, *Mon. et Mém. Piot*, XXX (1929), págs. 51 y sigs., y lám. V; G. M. A. Richter y Chr. Alexander, *Augustan Art*, 1939, pág. 21. Véanse los ascoes hallados en Alejandría: E. Breccia, *Le Mus. gr.-rom.*, 1931-32, pág. 19 y lám. VI, 23-24. Se discuten los problemas de fecha, origen y relaciones

con otros tipos de porcelana (china, mesopotámica, siria y egipcia). Los materiales necesitan un estudio nuevo y minucioso. Véanse mis observaciones en la descripción de las láminas CVII y CVIII. Debe recordarse a este respecto que incluso después de un largo período de anarquía en la época de Pompeyo y César, Antioquía siguió siendo un gran centro de arte, como se ve por la hermosa cabeza de mármol allí hallada recientemente: F. Poulsen, *Syria,* XIX (1938), págs. 357 y siguientes.

(131) Véanse págs. 990 y sigs.

CAPÍTULO VIII

SUMARIO Y EPÍLOGO

NUEVOS ASPECTOS DE LA VIDA SOCIAL Y ECONÓMICA DEL MUNDO HELENÍSTICO

INTRODUCCIÓN: FASES DE LA EVOLUCIÓN

He descrito en los capítulos precedentes el desarrollo económico y social del mundo helenístico durante los tres siglos que siguieron a la muerte de Alejandro. Para conveniencia del lector, puedo ahora resumir brevemente lo que he escrito. La conquista del Oriente Próximo por Alejandro libró a las ciudades-estados griegas de la Grecia continental y de las islas de una crisis aguda, política, económica y social, que habían encontrado su expresión en la esfera económica y social, en una superpoblación cada vez mayor de Grecia, en la reducción de las masas a la indigencia y la concentración de riqueza en manos de una clase pequeña; mientras una demanda cada vez menor de los productos de la industria griega en los mercados interiores y exteriores acarreó una disminución gradual de la producción industrial y una decadencia consiguiente de la actividad comercial.

Las conquistas de Alejandro en Oriente dieron a los griegos nuevos mercados para sus productos y les ofrecieron excelentes oportunidades de emigrar y restablecer su situación económica. Ayudaron a poner en marcha de nuevo a Grecia y la llevaron a un período de gran actividad comercial y prosperidad. Pero este renacimiento fue de corta duración. Se vio dificultado desde su origen no sólo por las guerras incesantes de los sucesores de Alejandro, que afectaron especialmente a Grecia, sino también por el boyante desarrollo económico del Oriente Próximo según

el modelo griego, que lentamente pero sin tregua redujo la demanda de productos griegos en las regiones asiáticas y africana del antiguo imperio de Alejandro.

Los años que siguieron, conocidos por época del equilibrio de potencias, atestiguan cierta estabilización de las condiciones económica y social en el mundo helenístico. Las tres monarquías hegemónicas que surgieron de la época agitada de los diádocos se ocuparon activamente en consolidar su posición y reformar su vida económica y social. En Oriente esto se realizó con la ayuda del contingente cada vez mayor de inmigrantes macedonios y griegos, distribuidos por todas las antiguas monarquías orientales en grandes y pequeños grupos. El mismo proceso se inició en algunos estados monárquicos menores y en algunas de las principales ciudades-estados griegas que habían logrado mantener su independencia política.

El papel principal, tanto político como en otros aspectos, fue desempeñado por las dos regiones más grandes y ricas del mundo helenístico: Egipto bajo los Tolomeos y Siria bajo los seléucidas. Tolomeos y seléucidas tenían ante sí la gran tarea de reorganizar sus estados según nuevas directrices administrativas, financieras, sociales y económicas, conducentes a alcanzar su fuerza, riqueza y bienestar y su consolidación política. El principal problema con que se enfrentaban era el de establecer un *modus vivendi* razonable entre las dos partes constitutivas de la población de su reino, los dos fundamentos en que se asentaba su dominio: de una parte los nuevos colonos, en su mayor parte asociados al rey e instrumentos en sus manos, macedonios y griegos principalmente; por otra, los indígenas, la espina dorsal económica de los dos países. Estos dos grupos tenían al principio muy poco en común: su mentalidad era radicalmente diferente, y lo mismo la estructura de sus relaciones sociales, comerciales e industriales. Era indispensable en cada reino una nueva organización económica que produjese la cooperación armónica de las dos partes, pero conseguirlo era asunto muy difícil. Sin esta cooperación, los Tolomeos y los seléucidas no podían alcanzar sus principales objetivos: la fusión de sus reinos en unidades políticas sólidas y el fortalecimiento y enriquecimiento mediante el desarrollo y explotación más racional de sus recursos naturales.

Los esfuerzos de los primeros Tolomeos, que conocemos bien, y de los primeros seléucidas, que conocemos mucho peor, parece

que tuvieron franco éxito. Egipto y el imperio asiático de los seléucidas llegaron a ser, si no unidades políticas, económicas y sociales duraderas (porque el problema de la amalgama de griegos e indígenas no fue resuelto satisfactoriamente ni por los Tolomeos ni por los seléucidas), por lo menos estados fuertes y ricos; éstos permitieron a sus gobernantes desempeñar en el mundo helenístico no sólo el papel de líderes políticos, sino también económicos, a expensas de otras partes de ese mundo, especialmente de las ciudades griegas del continente y las islas, aunque sin un detrimento aplastante. El resultado de esta hegemonía fue una cierta estabilización y un equilibrio político y económico de potencias, que parecía duradero.

Pero la estabilización y el equilibrio de potencias así establecidas nunca estuvieron firmemente fundamentados ni jamás permanecieron tranquilos por mucho tiempo. Fueron socavados desde muy pronto por algunos elementos de la situación: por la rivalidad política entre las tres monarquías hegemónicas, que originó guerras continuas en que los estados menores tomaron parte activa; por la lucha feroz de las ciudades griegas por su independencia política y sus conflictos entre sí, agravada y complicada por las discordias internas y revoluciones sociales en algunas ciudades principales; por la desintegración lenta pero continua de la monarquía seléucida bajo la presión de las guerras exteriores, de la invasión gálata de Asia Menor y del renacimiento del espíritu nacional en India e Irán. Las consecuencias de la inestabilidad del equilibrio de potencias se sintieron con más agudeza en Grecia, la parte más débil y menos consolidada del mundo helenístico. El rasgo principal de su vida fue un empobrecimiento gradual relacionado con la cada vez más firme emancipación económica de Oriente respecto de la madre patria griega, empobrecimiento que fue responsable del renacimiento de un desasosiego social y económico muy agudo.

A finales del siglo III a. de J. C. Antioco III de Siria y Filipo V de Macedonia hicieron un gran esfuerzo por dar mayor estabilidad política y económica al mundo helenístico, sobre la base de la hegemonía de las potencias principales, en detrimento de Egipto, que hasta entonces había sido el Estado helenístico más fuerte y el punto de apoyo del equilibrio helenístico. Bajo la presión militar combinada de Macedonia y Siria, Egipto perdió su dominio del Egeo y su posición rectora en la vida comercial del mundo helenístico. No pudo recobrarlas porque se vio en-

vuelto en una difícil lucha interna debida a la incapacidad de los Tolomeos para encontrar una solución satisfactoria al principal problema con que se enfrentaban: el fomento de relaciones amistosas entre griegos e indígenas y lograr su cooperación armónica en la vida económica del país, que estaban organizando sobre la base de un estricto control estatal. El resultado fue una decadencia gradual de la prosperidad de Egipto y su aislamiento cada vez mayor.

Mientras tanto, los esfuerzos de Antioco y Filipo, afortunados al principio, se vieron desconcertados por un nuevo factor. Los estados menores, cuya existencia era amenazada por esos intentos de unificar el mundo helenístico, llamaron a la arena política a una nueva fuerza que se mostró insospechadamente decisiva. Apelaron a Roma, la nueva potencia hegemónica de Occidente.



La intervención de Roma tuvo dos consecuencias importantes. Los protagonistas del intento de estabilización —Macedonia y Siria— fueron eliminados por Roma en una serie de golpes decisivos. Roma asumió la tarea de pacificar y estabilizar el mundo helenístico bajo su benévola hegemonía, y lo hizo con éxito por algún tiempo. Después de una época durante la cual las ciudades-estados griegas, en particular del continente, las islas y Asia Menor, experimentaron grandes desgracias y sufrieron duras pérdidas como resultado de las guerras de liberación y esclavización, los territorios helenísticos tuvieron al final un respiro. Esta paz obligada tuvo resultados benéficos. Grecia y Asia Menor gozaron de una fase de prosperidad, más clara en Asia Menor que en Grecia. Pero esta prosperidad no era compartida por Egipto ni por Siria, pues Egipto, luchando desesperadamente todavía con sus problemas internos, se hallaba en rápida decadencia, y Siria, en su aislamiento oriental, se veía impedida del tranquilo disfrute de su riqueza natural y sus oportunidades económicas por las fuerzas de desintegración, apoyadas e intensificadas por la acción política de Roma.

Más importante aún que la paz parcial y obligada fue otro factor en el desarrollo económico en los estados helenísticos que también era consecuencia de la intervención y el protectorado romanos. Aludo a la más estrecha conexión política, social y económica de las dos partes del mundo civilizado de la época: Occidente, centrado en torno a Italia y Roma, y Oriente, más o menos reunificado bajo la presión del protectorado romano. Para la región oriental la interpenetración cada vez más íntima de los

dos mundos significaba no sólo un nuevo mercado para sus productos, mercado cada vez mayor en amplitud y capacidad adquisitiva, y quizá un nuevo campo para la inmigración (la mayor parte por la esclavitud), sino también un influjo de nuevo capital y nuevas energías de Occidente. Uno y otras entraron en Oriente con la corriente continua de colonos emprendedores y acomodados, los *negotiatores* «romanos». Lo que éstos traían consigo era no sólo un inquieto espíritu de negocio, sino también capital para inversiones. Sin duda era capital anteriormente acumulado por Oriente y que había sido trasladado a Occidente en forma de botín e indemnizaciones. Sin embargo, para Oriente era una compensación para el hecho de que, por lo menos en parte, no fuese invertido en Occidente, sino que retornase a su patria originaria para reavivar y reorganizar la anémica y desorganizada economía oriental.

Sin embargo, la recuperación del mundo helenístico que trajo el protectorado romano fue parcial y local. No afectó a las partes más ricas de él —Siria y Egipto—, y por consiguiente nunca restauró por completo la prosperidad que había existido bajo los diádocos y los creadores del equilibrio de potencias helenísticas. Nunca volvió aquella edad feliz. Además, la recuperación fue efímera, interrumpida y sacudida hasta sus mismos fundamentos por la revolución, dirigida por Mitrídates, de Asia Menor y Grecia contra la dominación romana; y completamente trastocada durante las guerras civiles que siguieron, cuando Oriente fue explorado sin piedad y profundamente humillado por sus amos, que libraban sus batallas particulares por el poder en el suelo griego y con ayuda de los recursos de Oriente. Ni siquiera en los breves intervalos entre los momentos decisivos de la guerra civil tuvo descanso Oriente. La dominación romana y el sistema romano de administración provincial pesaban gravemente y sin descanso sobre él.

Tales son, en breve resumen, las fases sucesivas del desarrollo social y económico del mundo helenístico. Había fracasado en encontrar soluciones para sus principales problemas: el establecimiento de la unidad política o por lo menos de una cooperación política más o menos pacífica, es decir, de un equilibrio de potencias duradero. Esto se hizo imposible a causa de las luchas incesantes por la hegemonía política, que tuvieron un efecto desastroso no sólo en la esfera política, sino también en la económica y en la social. Sin duda, estas luchas estimularon

las energías de los rivales obligándolas a esfuerzos por los que se aumentó la productividad y comercio de sus respectivos territorios. Pero, por otra parte, las guerras absorbían y destruían un volumen enorme de energía humana que de otro modo habría actuado en el campo económico, y grandes cantidades de bienes actuales o en perspectiva; fomentaban y desarrollaban el espíritu destructivo de individuos y grupos (por ejemplo, la piratería) y creaban en las masas de la población un sentido cada vez mayor de inseguridad que gradual e inevitablemente llevaba a la depresión y la apatía.

Dentro de los grandes estados monárquicos (distintos de Macedonia), los gobernantes nunca lograron alcanzar la estabilización ni la consolidación. Nunca encontraron una salida a la gran antinomia en la vida política social y económica de sus dominios que había producido la conquista de Alejandro: el conflicto entre las dos formas principales de vida civilizada, la oriental y la occidental, entre las ciudades-estados griegas y las monarquías orientales, entre los *politai* griegos y los súbditos orientales; entre el sistema económico griego, basado en la libertad y la necesidad privada, y la economía estatal de Oriente supervisada, dirigida y controlada. Y finalmente se enfrentaron con el eterno gran problema de la sociedad humana, tan agudo en el mundo antiguo como en el moderno: la antinomia entre los gobernantes y los gobernados, los que poseen y los que no poseen nada, la burguesía y las clases trabajadoras, la ciudad y el campo.



La incapacidad del mundo helenístico para encontrar, si no la solución de estos problemas, por lo menos un compromiso aceptable, fue la principal responsable de su fácil derrota por Roma y su incorporación al edificio del imperio romano. Los destinos de los antiguos estados helenísticos como parte del imperio romano han sido estudiados por mí en otro libro y no nos importan ahora. Sin embargo, puedo observar que aunque el problema de la unidad política fue resuelto por los romanos, por lo menos durante algún tiempo, los otros problemas no lo fueron; y fue la incapacidad de resolverlos lo que constituyó la causa subyacente de la disolución política del imperio romano.

En tres siglos de existencia del mundo helenístico se produjeron muchos rasgos sociales y económicos en el curso de su evolución, rasgos desconocidos para los imperios orientales y la Grecia clásica. He llamado la atención sobre éstos e hice cuanto

pude por elucidarlos en los capítulos anteriores, en su esencia y su desarrollo gradual. El lector atento de mi libro podría ordenarlos, sin mi ayuda, en un orden sistemático y formarse una idea de su carácter e importancia. Pero con el fin de facilitar este proceso, debo —a riesgo de repetirme— ofrecer un breve resumen sistemático de los nuevos rasgos más destacados, tal como nos los revelan nuestras escasas fuentes, más en formas de problemas que de hechos seguros. Al hacerlo trataré más explícitamente algunos rasgos a los que he prestado menos atención en mi narración histórica. No es mi propósito tratar sistemáticamente en este capítulo todos los nuevos rasgos de la vida económica y social, porque esto requeriría un volumen entero. Me limitaré a una pequeña selección de lo que considero más interesante para los estudiosos del mundo antiguo. En la primera parte de mi resumen me dedicaré al aspecto social de la época, y en la segunda me ocuparé del aspecto económico.

I. *ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA SOCIAL*

1. UNIDAD DEL MUNDO HELENÍSTICO

La conquista del imperio persa por Alejandro produjo un cambio considerable en el aspecto de la parte oriental del mundo antiguo. Incluyó dentro del área de acción griega las antiguas partes constitutivas del imperio persa, sus distintas satrapías. Toda la extensión de estas satrapías era familiar a la administración y a muchos habitantes del Estado persa. Las satrapías estaban cruzadas por caminos bien organizados y cuidadosamente separados, caminos militares y comerciales que formaban un sistema bien equilibrado. Aunque nos faltan fuentes directas sobre este tema, no hay duda de que la administración persa poseía itinerarios, es decir, descripciones de estos caminos con la nota de distancias entre las estaciones; estos itinerarios fueron después conocidos por los griegos con el nombre de ὁδοιπορίαι o σταθμοί, y de los romanos por el nombre de *itineraria*. Para fines de impuestos y movilización, los reyes y sátrapas persas tenían a mano, sin duda, listas de centros habitados de cada satrapía, y por lo menos una idea aproximada de los territorios que pertenecían a estos centros habitados, su población y sus recursos materiales. Por supuesto, todas las satrapías del inmenso

imperio persa no eran igualmente familiares a sus gobernantes. Partes del imperio, como Egipto, Asia Menor, Fenicia, Palestina, Mesopotamia, Babilonia, centros de alta cultura y de una organización administrativa y económica muy desarrollada, eran conocidos con todos sus detalles, y su conocimiento, sin duda, registrado por escrito. Los gobernantes persas estaban menos familiarizados con sus satrapías iranias y sus dependencias árabes, así como con algunos lugares de Asia Menor, Armenia y el Cáucaso. Pero incluso respecto a estas regiones podemos conceder a los administradores civiles y militares persas cierto grado de información (1).

Siendo bien conocidas para sus gobernantes y los mercaderes que residían en el imperio persa, las satrapías persas no eran desconocidas para los griegos. He mencionado en el segundo capítulo cuán activas fueron las relaciones comerciales de los griegos con algunas partes del imperio persa, especialmente Egipto y las ciudades costeras sirias, fenicias y palestinas. Puedo añadir que las relaciones comerciales están ilustradas por los datos contenidos en el conocido *Periplo* del seudo Escilax, que pertenece a mediados del siglo IV a. de J. C. Es una pena que esté mal conservada la parte de este *Periplo* que trata de la costa de Siria y Fenicia, pero su carácter general se conoce suficientemente. Además, las relaciones diplomáticas entre los estados hegemónicos de Grecia y Persia y un constante intercambio de embajadas fueron práctica establecida en el siglo IV a. de J. C. Finalmente, grandes cuerpos de mercenarios griegos estaban al servicio de los reyes persas y de los gobernantes de Egipto. Sin embargo, la familiaridad de los griegos con Persia era parcial y distaba mucho de ser exacta. Una ojeada a las descripciones del imperio persa por Herodoto y a *La retirada de los diez mil* por Jenofonte nos permite darnos cuenta de lo vaga e imperfecta que era la información que los griegos poseían sobre Egipto y los territorios asiáticos del imperio persa.

La situación cambia completamente con Alejandro y sus sucesores. La mayor parte de las antiguas satrapías del imperio persa pasan a ser partes constitutivas del mundo helenístico. Alejandro y los caudillos de las monarquías helenísticas heredaron de sus antecesores la información sobre sus dominios. No tenemos fuentes sobre la medida en que Alejandro y sus sucesores utilizaron la información acumulada en los archivos centrales del imperio persa y de las satrapías, pero sabemos con certeza

que la maquinaria administrativa de Alejandro y sus sucesores fue prácticamente una continuación de la de los reyes persas, y es igualmente cierto que tal continuidad no sería posible sin la ayuda de los documentos y la información reunidos en los archivos persas. Los nuevos colonos de origen macedónico, griego y extranjero en general —soldados, colonos y mercaderes— complementaban su conocimiento personalmente adquirido del país con las noticias sobre otras partes de él, obtenidas de la misma o parecida manera. Pronto se familiarizaron completamente con las nuevas adquisiciones del mundo griego, y ciertamente no guardaron la información para sí solos. Este nuevo conocimiento de algunas regiones del imperio persa inevitablemente había de pasar, antes de mucho tiempo, a ser propiedad común de los griegos en general.

Y así sucedió, en efecto. La extensión y características de los territorios recién adquiridos fueron debidamente registrados y descritos en la literatura contemporánea, en obras de distinto género: poéticas, dramáticas, históricas y geográficas.

No puedo analizar con pormenor la actitud de los escritores helenísticos ante esta nueva accesión al mundo griego porque excedería el ámbito del presente libro, pero sí puedo dar algunas notas sobre ciertos puntos especiales que ayudarán al lector a un mejor entendimiento del mundo helenístico en su aspecto general tal como aparecía, por lo menos, a los griegos destacados de la época.

He mencionado en el capítulo IV que la mayor parte de las obras que nos quedan del período helenístico ven con entusiasmo el nuevo mundo abierto por las conquistas de Alejandro. Este entusiasmo se destaca especialmente respecto a Egipto y las actividades de los Tolomeos. He señalado que en general los juicios de los escritores contemporáneos sobre este tema, especialmente en el siglo III a. de J. C., eran una mezcla de adulación y propaganda. Pero había excepciones. Poseemos expresiones de opinión de carácter diferente: algunas son censorias, otras imparciales. Si tuviéramos más textos literarios de esta clase sobre el reino seléucida, encontraríamos probablemente la misma diversidad. Todos estos juicios, aduladores, censorios o imparciales, dan por sentado un punto cardinal: el nuevo mundo que describen o mencionan era a sus ojos una extensión y continuación del mundo griego. Los nuevos reyes son griegos y persiguen una política griega; gobiernan sobre griegos y están rodeados

por griegos y dispuestos a ofrecer excelentes oportunidades a los griegos que estén dispuestos a emigrar al nuevo mundo.

A este respecto las obras geográficas de la época tienen un valor especial. Sus fines principales eran prácticos y científicos: registrar y describir sin alabar ni denigrar. Sería, pues, muy oportuno tratar *in extenso* del cuadro que los geógrafos helenísticos dieron del nuevo mundo.

Las obras geográficas eran una forma de literatura familiar a los griegos del período clásico. No puedo tratar aquí del aspecto más general de este hecho bien conocido; unas cuantas palabras bastarán para resaltar los puntos salientes que tratan directamente del tema del presente libro (2). En el mundo griego del siglo IV a. de J. C. eran corrientes varios tipos de tratados geográficos de carácter semiliterario o literario: περίπλοι, σταθμοί, ὁδοιπορίαι por un lado, y γεωγραφίαι, περίοδοι, y περιηγήσεις por el otro, eran los títulos que se les daba más corrientemente. Todas ellas eran de carácter y tono prácticos o científicos.

Las obras más antiguas eran los περίπλοι. Se basaban en la experiencia personal de viajeros y comerciantes (ἐμπειρία), a veces incorporaban en relatos escritos noticias de exploraciones de regiones desconocidas hasta entonces. La intención de los primeros περίπλοι era práctica. Se destinaban a ayudar a los marinos y mercaderes y a completar el conocimiento que habían adquirido personalmente. Contenían una enumeración de las estaciones, especialmente puertos, ordenados geográficamente, con notas sobre la orientación y con las distancias entre ellos. Abarcaron todo el Mediterráneo o partes de él. Tenemos, por ejemplo, periplos que tratan exclusivamente de las regiones pónticas, es decir, del Euxino. Los datos contenidos en estas guías no siempre eran de fiar y nunca fueron precisos. Los de orientación, por ejemplo, eran más bien vagos (la brújula es una invención moderna), y el cómputo de distancias era siempre aproximado, ya que los métodos de medida usados por los griegos eran bastante primitivos.

Algunos de estos periplos se destinaban exclusivamente al uso de marinos y contenían datos en su mayor parte de carácter náutico (σταδιασμοί), otros eran guías para mercaderes. Pero la mayoría eran de carácter mixto, guías para viajeros en general. En éstos pronto se añadió a la seca enumeración de estaciones y distancias, información de distinta clase sobre la naturaleza de las regiones, su aspecto físico, población, historia y particula-

ridades. La mayoría de los nuevos periplos se han perdido, excepto algunos fragmentos y un manual completo de direcciones náuticas, del seudo Escílax (hacia 350 a. de J. C.) ya mencionado. Pero es cierto que algunos periplos posteriores de época romana y bizantina sacaron su carácter general de obras más antiguas y mejor ilustradas. Por ejemplo, son valiosísimas la guía náutica *Stadiasmus Maris Magni* de finales del imperio romano, y la guía de mercaderes *Periplus Maris Erythraei*, del siglo I después de J. C. Añadiré que en los tiempos antiguos los itinerarios para viajes por tierra eran de menos importancia, y por tanto dejaron poco rastro en la tradición literaria prehelenística.

Sobre los periplos y *hodoiporiai*, combinados con especulaciones sobre la forma general del mundo habitado, se basaban los primeros intentos de una descripción general de la Tierra (γεωγραφίαι, o γῆς περίοδοι y περιηγήσεις), con toda clase de datos, especialmente sobre geografía humana. La intención de estos tratados era dar un cuadro completo de todo el mundo habitado, incluyendo regiones muy poco conocidas o prácticamente desconocidas. Pero, naturalmente, el núcleo de estas descripciones se refería a la porción que era conocida, la zona mediterránea, incluyendo las regiones pónticas, con especial atención a la parte mejor conocida: el Egeo y los países ribereños.

En la época helenística la geografía sufrió un desarrollo espectacular. No se inventaron nuevas formas literarias y las obras geográficas mantuvieron el mismo carácter que antes. Aparecieron en la época helenística con los mismos títulos que antes y trataron el material de que disponían según los mismos métodos. Pero su contenido ya no era el mismo. No me interesa aquí el progreso fundamental en el campo de la geografía matemática, relacionado con los nombres de Eratóstenes e Hiparco, ni puedo tratar de las múltiples adiciones valiosas al conocimiento del pasado en el campo de la geografía física. Sólo puedo mencionar de pasada la ampliación del horizonte geográfico de los griegos, debido en parte a la asimilación por parte de los geógrafos griegos del nuevo conocimiento de Oriente, y en parte a los esfuerzos de los seléucidas y los Tolomeos por explorar las zonas limítrofes de sus respectivos reinos, esfuerzos que he citado antes. Me limitaré a algunos aspectos del desarrollo de la geografía humana que tienen relación directa con el tema de este libro.

En primer lugar llamaré la atención sobre un rasgo capital de los tratados geográficos de la época. El lector atento de lo

que queda de éstos percibirá que para sus autores los territorios de las monarquías helenísticas, grandes y pequeñas, de Oriente ya no eran países apartados y remotos en la periferia del mundo civilizado, poco conocidos y superficialmente descritos, como aparecen en las obras geográficas antiguas, sino partes constitutivas de él y parte del núcleo griego de la οἰκουμένη. Estas regiones orientales eran ahora tan conocidas como las ribereñas del Mediterráneo y descritas con el mismo espíritu, el mismo interés, la misma exactitud y según los mismos métodos que las últimas.

Esto se debía, indudablemente, en especial por lo que se refiere a los territorios de las monarquías orientales, al hecho de que los geógrafos helenísticos tenían acceso a fuentes frescas de información que les permitían reunir gran abundancia de material nuevo y fidedigno, incorporarlo en sus tratados y dar así un nuevo cuadro del mundo griego. Este nuevo material, repitámoslo y destaquémoslo, se derivaba, en última instancia, de los datos oficiales de las monarquías helenísticas, y en particular de sus itinerarios militares y administrativos, basados, como he dicho, en itinerarios persas similares. Estos itinerarios —llamados por los griegos σταθμοί— fueron, sin duda, revisados, mejorados y helenizados, primero por los conocidos *bematistae* de Alejandro y después por los que estaban al servicio de los seléucidas, Tolomeos y caudillos de las monarquías anatólicas.

Estos itinerarios pudieron haber ido acompañados de mapas en los que se indicaban y colocaban las estaciones (σταθμοί), enumeradas por el orden en que se sucedían en los itinerarios. Mapas como el mapa militar de *stathmoi*, pintado en el escudo de un soldado romano hallado en Dura, podían remontarse a los antiguos mapas helenísticos. Debe mencionarse que el único itinerario conservado, sacado sin duda casi directamente de los itinerarios de Alejandro y sus sucesores, fue recopilado a principios del imperio romano por Isidoro de Cárax y se basó en los itinerarios oficiales partos, sucesores de los de los reyes helenísticos. Los itinerarios seléucidas, aunque basados en los persas, eran sin duda más completos y más exactos que los últimos y se hacían según un nuevo estilo griego, dado que estaban destinados a ser usados por los administradores y oficiales militares griegos (3).

La base sobre la que se hacían los itinerarios seléucidas era el nuevo sistema de vías, más amplio y mejor planeado. Sabemos muy poco del sistema de caminos establecido por los seléucidas,

los atálidas y los Tolomeos. Pero lo poco que sabemos demuestra que a las grandes vías y a los caminos locales de la época persa añadieron los reyes helenísticos muchos otros nuevos, tanto vías principales de carácter estratégico y comercial que enlazaban sus nuevas capitales con el antiguo sistema de vías existentes, como caminos locales. Estos últimos unían los nuevos establecimientos macedónicos y griegos entre sí y con los caminos principales nuevos y antiguos. Sabemos poco de este sistema de comunicaciones, excepto los grandes caminos que corrían desde Antioquía a Mesopotamia e Irán, por un lado, y a Asia Menor, por otro. Pero es obvio que sin una red bien planeada de caminos principales y locales no podría realizarse ninguna movilización de fuerzas militares de los reinos helenísticos con facilidad y sin excesiva tardanza. Es lamentable que sepamos tan poco de los esfuerzos de los monarcas helenísticos respecto a la construcción de caminos. Pero podemos sugerir que los romanos, aunque mejoraron y ampliaron el sistema vial de sus provincias orientales, heredaron en su mayor parte el de sus predecesores junto con algunos procedimientos técnicos en la construcción de caminos (4).

Los escritores geográficos se preocupaban de aprovechar la actividad de la administración y de registrar todos los progresos hechos en el campo de la construcción y descripción de caminos. Sin duda eran animados por los caudillos del momento, puesto que interesaba a éstos que sus súbditos tuviesen a su disposición guías fidedignas para sus frecuentes viajes por sus respectivos reinos; además de que estas descripciones eran un poderoso medio de propaganda. El interés oficial por los tratados geográficos está atestiguado por obras como el *Periplo del mar Rojo* de Agatárquides.

Los resultados de la diligencia de los geógrafos helenísticos en el campo de la geografía descriptiva y humana se perciben aún en los escasos fragmentos que sobreviven de sus producciones principales. Me refiero a obras tan famosas como las de Eratóstenes, a las partes geográficas de la historia de Polibio, a los tratados geográficos de Agatárquides de Cnido (escrito en la época de Filométor y Evérgetes II) y de Artemidoro de Éfeso (compuesto a finales del siglo II a. de J. C.) y a las contribuciones a la geografía descriptiva hechas por Posidonio. Es una pena que estas obras nos queden sólo en fragmentos, pero hasta cierto punto estamos compensados de su pérdida por la gran compilación de Estrabón conservada casi por entero. Por supuesto, Estrabón per-

tenece al mundo nuevo del imperio romano. En su geografía descriptiva, por lo que se refiere a Oriente, añadió al antiguo acervo de información geográfico sus propias contribuciones personales, los resultados de sus observaciones y algún material reunido en Oriente por los conquistadores romanos, especialmente Pompeyo y su equipo geográfico. Pero el núcleo de su obra, en lo que se refiere a Oriente, es helenístico, y casi reproduce la descripción de Oriente dada por Eratóstenes, Polibio, Agatárquides y Posidonio.

Es lástima que no podamos comparar el cuadro de Oriente dado por Estrabón con los de los últimos geógrafos de la época anterior a Alejandro cuyos relatos se reflejan con tanta viveza en las partes geográficas de las obras históricas de Éforo y Teopompo. El *Periplo* del seudo Escílax no es más que un pobre sustituto de sus escritos perdidos. Pero es casi cierto que Oriente se presentaba todavía en él a la misma luz que lo presentaba Herodoto a sus contemporáneos. Los cambios eran parciales y las mejoras ligeras. Completamente diferente es el cuadro que nos da Estrabón, y todavía más diferente, con toda probabilidad, era el que daban sus fuentes helenísticas. En la descripción estraboniana, Oriente, es decir, las provincias orientales de Roma, aparecen como una parte del mundo civilizado, exactamente conocido, relativamente seguro para los viajeros, lleno de interés, rico y bien organizado. Mientras no se especifique lo contrario, se da por supuesto que las ciudades mencionadas por Estrabón son ciudades griegas. La época de Estrabón y la de sus fuentes inmediatas, Artemidoro y Posidonio, son muy agitadas, y su cuadro refleja estas condiciones. Podemos creer que Egipto, Siria y Asia Menor aparecerían mucho más atractivas y civilizadas en las descripciones de Eratóstenes y Agatárquides y sus fuentes. El estudioso hará muy bien echando una ojeada a los libros XVI y XVII de Estrabón.

Los tratados geográficos eran, pues, una demostración asequible a todos de un hecho bien establecido: la unidad y homogeneidad del mundo helenístico desde el punto de vista de la cultura y el modo de vida. El lector podía aprender en ellos dónde terminaba el mundo civilizado y el semicivilizado, y dónde empezaba el mundo sólo a medias conocido. Daban descripciones atractivas y equilibradas de los territorios recién incorporados a los dominios de la cultura griega e implicaban la idea de que el visitarlos, después de todo, no tenía ningún riesgo serio, apenas más difícil y peligroso que un viaje alrededor del Egeo. Además,

podía verse por los periplos e itinerarios que la vida en estas nuevas regiones del mundo griego no era muy diferente de la de la madre patria, pero probablemente era más atractiva y ofrecía mejores perspectivas (5).

La impresión que daban no era engañadora. Un viajero del Egeo que partía para las monarquías helenísticas de Oriente era un hombre de negocios, un mercader, un soldado o un colonizador en perspectiva, y podía fácilmente planear su viaje y escoger su camino consultando los *periploi* y *periodoi* más recientes y mejores (6). Preguntando personalmente, podía saber lo numerosas y variadas que eran las oportunidades de navegar desde su país a los puertos de Egipto, Siria, Fenicia y Palestina. De hecho, había muchos barcos de distintas clases que navegaban con frecuencia entre los puertos del Egeo y los de Egipto y Siria. Por su experiencia del Egeo, sabía que en general el viaje por mar no era rápido, cómodo ni seguro. Pero a esto estaba acostumbrado. Sabía que a pesar del tráfico marítimo cada vez mayor en la época helenística, las condiciones de navegación no habían mejorado mucho. Incluso en estos momentos los progresos en los métodos marinos griegos eran lentos y limitados. No se introdujeron innovaciones básicas en la ciencia náutica. Los barcos mercantes, que también llevaban pasajeros —no había un tráfico especial de pasajeros—, eran más numerosos y de mayor variedad que antes; con frecuencia, los barcos tenían un tamaño mayor y en general eran un poco más confortables. El viaje tal vez fuese algo más rápido y más seguro (desde el punto de vista náutico) gracias a algunos instrumentos nuevos (por ejemplo, el sextante) y a mejoras en la forma y manejo de remos y anclas. Pero en lo esencial, las condiciones de navegación seguían siendo las mismas que en el pasado. Tampoco más tarde mejoraron los barcos en la época romana, bizantina e incluso moderna hasta la invención de los barcos de acero y la propulsión a vapor. Las principales contrariedades que sufría el tráfico marítimo siguieron siendo las mismas: la dificultad de orientación (antes de la invención de la brújula), la impotencia frente a las tormentas, y la falta de seguridad ante un ataque (el lector recordará lo que se dijo en capítulos anteriores sobre el desarrollo de la piratería); estas contrariedades no podían vencerse con los medios a disposición de los marinos (7).

En su viaje podían atracar en distintos puertos. El viaje era lento porque los barcos seguían la costa y eran necesarias paradas

frecuentes para reparaciones y renovar el abastecimiento de agua y provisiones. El Mediterráneo no carecía de buenos puertos, y la protección que ofrecían estaba casi siempre reforzada con diques y dársenas, construidos con inteligencia y eficacia. Se construían *emporia* bien estudiados, a lo largo de las playas de estos puertos, y había mercados relacionados con ellos. Así sucedió en la Grecia clásica y continuó sucediendo en la época helenística, excepto que los puertos protegidos por muelles y malecones se hicieron más numerosos, y los puertos viejos se hicieron mayores y mejor organizados, aunque construidos o reconstruidos según los mismos principios que antes. Tampoco en este aspecto se introdujeron innovaciones radicales. Pero algunos puertos viejos y nuevos, aunque desarrollados según los mismos modelos, eran ejemplo de planificación inteligente y eficaz y creaciones artísticas de primer orden, bien situados y adornados con imponentes edificios y esculturas decorativas. Tal era sobre todo el puerto más famoso del mundo antiguo, el de Alejandría, o más bien de todo Egipto, ideado por Alejandro y construido por los Tolomeos. No es éste el lugar adecuado para describirlo en detalle. Sólo debo recordar al lector sus dos grandes partes, el gran puerto y el Eunosto, separados por el famoso Heptastadio, un ancho dique que unía el continente con la isla de Faros; la ancha y monumental entrada en el gran puerto, señalada a un lado por la masa impresionante de la torre de Faros, que en esta época pudo haber sido o no un faro; y la espléndida bahía interior, reservada para el rey y unida al palacio real. Esta bahía, pequeña pero planeada con inteligencia, era de hecho una bolsa del gran puerto, cerca del cabo Loquias, protegido de las olas y tormentas por dos malecones especiales. Por un lado la dominaba el cabo Loquias, con sus edificios decorativos y quizá su parque real, mientras que por el otro estaba la elegante isla de Antirrodas, que poseía su pequeño puerto y quizá estuvo cubierta de edificios reales en forma de villas. Podemos suponer que un bonito mosaico del siglo II d. de J. C. hallado en Leptis Magna representa este pequeño puerto y la entrada de la villa real (lám. XL, 2). El original helenístico de este mosaico probablemente trataba de glorificar las realizaciones del comercio tolemaico bajo la protección de la poderosa marina tolemaica, combinación destacada por el planeamiento del gran puerto, donde el *neorion* estaba muy próximo al *emporion*. En la playa sur del gran puerto, enfrente de la torre de Faros, construyó después Antonio su famoso Timonión. El

dique que la unía con el continente aislaba la bahía real de los puertos comercial y militar, con su *emporion* y *neorion*, y del mercado del puerto, que servía como lazo de unión entre el gran puerto, la puerta del mundo mediterráneo, y el puerto Eunosto, centro distribuidor de las mercancías fletadas Nilo abajo hacia Alejandría.

Eran rivales de Alejandría los puertos reorganizados de Mileto (lám. LXXV y fig. 5) y el espléndido puerto reformado de Cartago, casi tan famoso en el mundo helenístico como el de Alejandría. Tampoco eran menos impresionantes los puertos de Rodas (lám. LXXVI, 1; cf. lám. CXII, 1, puerto de Cnido), aunque el contrapunto rodio a la torre de Faros tolemaica, el coloso de Rodas, fue destruido por el famoso terremoto poco después de su erección. Puede sugerirse además con gran probabilidad de acertar, que Seleuco, cuando planeó y construyó los nuevos puertos sirios de Seleucia y Laodicea, no olvidó los planes adoptados por Alejandro y Soter en Alejandría, y después por los arquitectos griegos al servicio de Cartago.

Otros puertos se desarrollaron según líneas diferentes. Tales fueron los de Corinto (el Lequeo) y especialmente Delos (lámina LXXXVII y fig. 8) el cual, como la ciudad, crecía por proceso natural desde sus comienzos modestos con el rápido desarrollo de Delos, que se convertía en principal puerto comercial y casa de cambio del comercio mediterráneo (8).

Detrás de los puertos estaban las ciudades portuarias, en las que los viajeros pasaban con frecuencia varios días. La atmósfera de estas ciudades les era familiar. Todas eran, incluso en los nuevos países griegos, o griegas (como Alejandría, Seleucia y Laodicea), o completamente helenizadas (como las ciudades cilicias y fenicias y las de la costa de Palestina). Tenían cierto carácter exótico, pero en ello no había nada nuevo para el griego.

Si el viajero decidía adentrarse en el interior, desde los puertos de Anatolia, Egipto o Siria, no encontraba dificultad alguna en hacerlo. En Egipto el tráfico estaba bien organizado por el río y por tierra, igual que en Asia Menor, Siria y Mesopotamia. Por lo que respecta a Mesopotamia, ya me he referido al sistema de caminos reales desarrollado por los seléucidas y los atálidas. Ciertamente hubo un desarrollo similar en las monarquías anatólicas menores. Los caminos estaban bien provistos de paradas y paradores, y éstos estaban probablemente a disposición de otros viajeros además de los agentes del gobierno (9).

Apenas tenemos información sobre las condiciones del viaje por tierra en la época helenística en los reinos asiáticos. Tal vez variaron con el tiempo y los lugares. Es cierto que el viaje por tierra, como por mar, nunca fue seguro. El bandidaje por tierra era una institución tan bien establecida en el mundo antiguo como la piratería en el mar. En las montañas y el desierto ocurrían todos los días incursiones de ladrones profesionales o de tribus semisalvajes, especialmente en tiempo de guerra. Pero en épocas normales las vías principales y los ríos estaban bien protegidos. Sabemos que así ocurría en Egipto. Los Tolomeos organizaron una disciplinada y numerosa fuerza de policía especialmente para el desierto y el río (10). No hay razón para suponer que estas condiciones fueran diferentes en la monarquía seléucida y en los reinos anatólicos. Aquí, como en Egipto en épocas normales, los caminos principales y locales y los escasos ríos navegables estaban bien guardados por una fuerza especial de policía, y los caminos principales quizá también por destacamentos militares. Tenemos buena información para la época romana sobre la organización de la policía municipal, especialmente en Asia Menor; el oficial jefe de policía era un παραφύλαξ o un εἰρηνάρχης. El παραφύλαξ iba montado, pero no sus subordinados, conocidos por distintos nombres. Es cierto (véase pág. 430 y nota 250) que esta institución fue heredada por los romanos de sus antecesores helenísticos. No tenemos medios de decidir si todos los παραφύλακες y policías de la época helenística eran oficiales municipales, o algunos, como ciertos agentes fiscales de la corona (por ejemplo, los χρεοφύλακες), estaban al servicio del gobierno central. Me inclino a creer que en el reino seléucida existía, como en el Egipto tolemaico, no sólo una fuerza de policía municipal, sino también una estatal, aunque no sabemos prácticamente nada de la organización de este departamento de la administración. No se puede inferir nada del hecho de que el sistema de guardar los caminos del desierto por policía montada, en su mayoría mercenarios, de lo que hay testimonio en Palmira en la época romana, no fue un nuevo sistema inventado por los palmirenos o prescrito por Roma, sino una herencia de la época seléucida, imitación de una institución similar del gobierno seléucida (11).

Además de ser algo inseguros, los viajes por tierra eran muy lentos. Los correos reales, montados en ligeros corceles o en camellos, viajaban de prisa. Pero las personas particulares, la

mayor parte de las cuales empleaban burros y mulas y generalmente viajaban en grupos para mayor seguridad, formaban caravanas grandes o pequeñas y probablemente caminaban con gran lentitud. Ir a caballo o en coches tirados por caballos se reservaba ciertamente a los ricos (12). Pero el viaje por tierra en las monarquías helenísticas no difería en cuanto a lentitud e inseguridad de los viajes en Grecia y en los territorios de las ciudades de Asia Menor. Puedo recordar al lector la descripción dada en el capítulo IV, del bandidaje en Grecia en el siglo III a. de J. C. y las condiciones que predominaban más tarde en Asia Menor, como sabemos por algunos documentos ocasionales (véase cap. VI).

En los nuevos países, como en la madre patria, los caminos llevaban viajeros por pueblos y aldeas, de una ciudad a otra. Estas ciudades en las monarquías helenísticas de Oriente eran todas griegas o, si eran orientales, tenían considerables grupos de griegos entre sus habitantes. El viajero griego, si se detenía en una de estas ciudades, se encontraba en una atmósfera familiar. No necesitaba conocer las lenguas orientales. El griego en su nueva forma —la κοινή— llegó a ser, cada vez en mayor grado y extensión, la lengua franca de Oriente Próximo, en competencia con el arameo. Hemos visto que era la lengua del gobierno y del ejército, y que poco a poco fue transformándose en la lengua de los negocios. No es sorprendente, pues, que los orientales se esforzasen por aprenderlo por razones prácticas, mientras que es dudoso que los griegos se aficionasen a las lenguas orientales. La κοινή era un instrumento flexible y no muy complicado. Podía fácilmente ser aprendida por extranjeros y no presentaba dificultad para los griegos, que aún hablaban los distintos dialectos (13).

Todo lo demás, en esta nueva parte del mundo helénico, era tan familiar a los recién llegados griegos y viajeros como el lenguaje. No obstante la desintegración política de la monarquía de Alejandro, sus partes continuaban siendo gobernadas de la misma manera. En la forma de gobierno central, en el sistema de administración, en la organización de los tribunales, en la tributación, había muy poca diferencia entre la Siria seléucida y las monarquías anatólicas, o entre las monarquías asiáticas y Egipto. Y los recién llegados podían vencer fácilmente las diferencias que hubiera.

Lo mismo puede decirse de la vida mercantil. Todas las monarquías helenísticas adoptaron rápidamente el uso del dinero como medio de cambio, en lugar del trueque, en las transacciones

oficiales y particulares. Todos los reyes helenísticos acuñaron un numerario abundante y bueno para su propio uso y el consumo. Este numerario fue continuación del de Alejandro, es decir, griego. Fue uniforme con ligeras variantes de monarquía a monarquía. La mayoría de las monarquías mantuvieron el sistema ático que Alejandro había adoptado para su moneda. Las monedas que no eran acuñadas en el sistema ático fácilmente podían reducirse a él. En todas las ciudades, tanto de Grecia como de las monarquías helenísticas de Oriente, había banqueros griegos —reales, municipales y privados— que estaban dispuestos a cambiar la moneda extranjera por moneda local y hacer negocios para sus clientes a la manera griega. Naturalmente, los precios de los productos cambiaban de un lugar a otro, pero estas variaciones no eran considerables. Todas las partes del mundo helenístico estaban vinculadas entre sí por relaciones comerciales casi ininterrumpidas, y fue este comercio internacional el que determinó en última instancia los precios de las mercancías más importantes, especialmente el trigo (véase más adelante) (14).

Nos gustaría saber más de las formas corrientes de transacciones mercantiles, pero una *Urkundenlehre* comparativa, como pedía U. Wilcken, aún sigue siendo un *pium desiderium*. Sin embargo, parece que los negocios se contrataban en los círculos griegos casi en la misma forma en todo el mundo helenístico. Puede hacerse una comparación instructiva entre los pocos documentos de negocios hallados en Dura-Europos y los encontrados en gran número en Egipto. Se ven muy pocas diferencias, si es que hay alguna. Los contratos hallados en Avromán, Media, muestran grandes diferencias, pero todavía son de tipo griego (15). El problema de la base de las distintas transacciones mercantiles, esto es, el derecho civil vigente en las distintas partes del mundo helenístico, es de gran dificultad. Volveré al tema en la próxima sección. Nuestro material es muy escaso. Estamos bien informados sobre la cuestión en lo que respecta a Egipto, poseemos alguna información respecto a Asia Menor; y finalmente tenemos documentos de Dura, la mayor parte de época posterior. Es natural que el tema despierte vivos debates entre los eruditos modernos. Mi impresión es que tenemos una especie de fundamento común con variaciones locales, una κοινή jurídica helenística en vías de desarrollo.

Quizá más importante que la uniformidad en el gobierno y los negocios fuese la uniformidad del modo de vida adoptado

por los griegos en sus nuevas patrias orientales. Un visitante a una de estas ciudades griegas orientales se encontraría en un ambiente completamente familiar. En todas partes encontraba las mismas formas de vida «política», basadas en constituciones tomadas de las ciudades de Grecia o Asia Menor, la misma *bulé* y el mismo *demos,* los mismos magistrados, la misma organización de las finanzas de la ciudad, los mismos impuestos municipales, etc. Lo propio sucedía en la esfera de la religión. Los dioses griegos, con la adición de nuevos dioses —Alejandro y la dinastía reinante—, eran adorados en los templos griegos con asistencia de sacerdotes griegos que representaban los mismos ritos que en la madre patria.

Los niños se educaban en escuelas griegas. Hay buen testimonio de que había escuelas elementales particulares griegas en todos los asentamientos griegos en Egipto, e igualmente numerosas eran en la monarquía seléucida. Los gimnasios griegos establecidos por doquier eran una institución tan fundamental de la vida griega en las monarquías helenísticas como lo eran en Grecia y Asia Menor. Tendré más que decir sobre este tema en la próxima sección.

Un rasgo importante de la cultura y la vida de los griegos era su manera de pasar las horas de descanso: sus diversiones y recreos; pero este punto tampoco es necesario tratarlo por extenso. Las representaciones dramáticas y la música por un lado y los deportes por otro eran tan esenciales en la vida griega como la educación del gimnasio. De hecho, eran parte y continuación de esta educación. No es preciso decir que los griegos no cambiaron sus costumbres en este aspecto cuando emigraron a Oriente, ni es necesario ningún testimonio sobre este punto.

Sin embargo, puedo ofrecer una ilustración importante. Me refiero a las relaciones de los reyes helenísticos con una creación tan típica de su tiempo como las asociaciones profesionales y religiosas de lo que conocemos con el nombre de *technitai* dionisiacos, miembros de la profesión dramática y musical agrupados en torno a Dioniso, su patrono (16). Hasta comienzos del siglo III ninguna organización profesional apareció en Grecia, y es característico de la mentalidad griega el hecho de que la primera asociación constituida lo fuese en el campo de la actividad artística y religiosa. La organización ateniense era la más antigua, y pronto fue seguida en la Grecia continental por la ístmica y la nemea. La existencia de estas asociaciones facilitaba la cele-

bración de los grandes festivales religiosos, y estaban, por consiguiente, patrocinadas por los anfictiones de Delfos y por las ciudades más importantes de Grecia. Estas ciudades les conferían a ellos y a sus miembros importantes privilegios (véase cap. VI, nota 18) de consecuencias vitales para ellas en la agitada atmósfera política de la época helenística.

Es interesante encontrarse con que muy poco después de la creación de la asociación ateniense se formó en Egipto una asociación correspondiente, probablemente por iniciativa de Filadelfo y en estrecha relación con el culto dinástico*[1]. La actividad de esta asociación no se limitaba a Alejandría (los *technitai,* por ejemplo, tomaron parte importante en la gran pompa de Filadelfo), sino que se extendía a Tolemaida*[2] y quizá a otros centros de vida griega en Egipto. Pronto se formó en la isla de Chipre una organización similar —una rama local de la de Alejandría—, para satisfacer las necesidades de su población griega, y podemos suponer, aunque no tenemos testimonio de ello, que los Tolomeos proveyeron de algún modo para satisfacer parecidas demandas de los griegos en Siria y Fenicia.

La política de los reyes pergamenos a este respecto no fue distinta de la de los Tolomeos. Entraron muy pronto en estrecha relación con la asociación de los *technitai* jonios y helespónticos que se fundó en Asia Menor quizá a mediados del siglo III antes de J. C., o tal vez antes, con sede en la pequeña ciudad de Teos. A esta asociación afiliaron su propia creación, la asociación *technitai* vinculados al culto de Dioniso Categemón en Pérgamo. Estas dos asociaciones se hallaban estrechamente relacionadas con el culto dinástico de los atálidas y estuvieron bajo estrecho control de los reyes de Pérgamo.

Es una pena que no tengamos información sobre la política de los seléucidas respecto a los *technitai* dionisiacos. Sus relaciones con la asociación jonia y helespóntica en el siglo III antes de J. C. son desconocidas. Tampoco sabemos si siguieron la política de los Tolomeos y tuvieron sus propias asociaciones de *technitai* dionisiacos para los fines de sus propias fiestas religiosas en Antioquía y otras partes. Sin duda, una asociación de este tipo era muy necesaria. Cuán grande y extendida era la demanda se ve por el notable pero no sorprendente descubrimiento de



*1 *O. G. I.*, 50 y 51, mediados del siglo III a. de J. C.

*2 Véanse las inscripciones antes citadas.

Koldewey de las ruinas de un teatro griego en Babilonia, en la parte de la ciudad (Homerah) que probablemente fue el centro de la población griega de Babilonia. El teatro estaba construido de ladrillo, y fue reconstruido por lo menos una vez. Su fecha no se ha fijado con certeza. Pero las formas de las letras de la inscripción que recuerda su construcción parecen indicar una época no posterior a 150 a. de J. C. (la fecha sugerida por C. B. Welles), y los expertos en historia de los antiguos teatros le han asignado la misma fecha. El teatro debe, pues, sin duda, relacionarse con los esfuerzos de Antioco IV y sus sucesores inmediatos por reforzar y organizar la población griega y helenizada de sus ciudades orientales, y debe considerarse como un testimonio de la profunda vinculación de los griegos babilonios a sus antiguas costumbres. Si los seléucidas tenían su propia asociación de *technitai* dionisiacos, sus miembros viajaban por todo el reino seléucida (17).

Finalmente, puedo recordar lo ya dicho sobre las relaciones de Ariarates V de Capadocia con los *technitai* de Atenas y de Nicomedes III de Bitinia con los de Argos. El carácter íntimo de estas relaciones y los grandes honores conferidos por los *technitai* a los reyes sugiere el entusiasmo de los últimos por el drama y la música, y refleja su filohelenismo en general. Pero no es improbable que los dos reyes, valiéndose de sus estrechas relaciones con los *technitai*, invitaran a compañías de actores y bandas de músicos o actores y músicos en particular, miembros de estas asociaciones, para dar representaciones de cuando en cuando en las capitales y en otras ciudades griegas de su reino. Debe recordarse que la asociación jonia y helespóntica, que era la más cercana a ellos, dependía enteramente de los atálidas, que no siempre estuvieron en amistosas relaciones con los reyes de Bitinia y Capadocia.

Junto con las peculiaridades de su vida política, religiosa e intelectual, los griegos llevaron a sus nuevas patrias los rasgos fundamentales de su familia y organización social. Se podría decir mucho sobre el tema, pero debo limitarme a unas cuantas notas. Es interesante observar que los contratos de matrimonios griegos de Egipto en la época helenística eran esencialmente reproducciones de los contratos matrimoniales atenienses del siglo IV antes de J. C. Siguieron siendo esencialmente griegos hasta finales del gobierno de los Tolomeos y sufrieron sólo ligeras modificaciones de carácter puramente formal. Estas modificaciones tra-

taban de hacer más definidos y explícitos ciertos rasgos básicos de la vida griega familiar; no están sacados del derecho matrimonial egipcio, que difería en muchos aspectos del griego, y no ofrecen señales de una interpretación de los dos derechos a pesar de la existencia de matrimonios mixtos entre griegos e indígenas. Al parecer, lo mismo puede decirse del Estado seléucida. En Dura-Europos, en la época parta y romana aún estaba vigente el derecho puramente griego de la herencia intestada, con ligeras modificaciones resultantes de las relaciones peculiares entre los colonos de Europos y el rey, pero sin mostrar influencias locales. La tradición familiar griega fue tan persistente en Oriente como la cultura griega (18).

Finalmente, puedo señalar que los griegos de la diáspora continuaron en sus nuevas patrias con su afición a las asociaciones y clubs de distintos tipos y caracteres: religiosos, sociales y a veces profesionales. Tenemos abundantes testimonios de esto en Egipto, donde las asociaciones griegas apenas muestran en su organización diferencia alguna de las de Grecia y Asia Menor. Por lo que respecta al reino seléucida, no tenemos fuentes, pero las condiciones a este respecto no eran muy diferentes de las que predominaban en Egipto. Volveré sobre el tema más adelante, en este capítulo.

Nos queda por citar en este breve resumen un aspecto del mundo helenístico, que destaca su unidad, tan fuerte como los demás rasgos de la vida griega a que me he referido, y que es el carácter uniforme de los establecimientos griegos, en las distintas partes del Oriente griego, por lo que respecta a la planificación de ciudades y a los tipos y formas de edificios, tanto públicos como privados. Los testimonios de que disponemos son limitados. De las ciudades de Egipto y del reino seléucida fundadas o reconstruidas por los reyes helenísticos, muy pocas han sido excavadas, y éstas se nos han revelado en su último aspecto, por regla general, de época romana. Puedo citar como ejemplo las ruinas de Dura-Europos, en Mesopotamia, y del pueblo de Caranis, en Egipto, las cuales han sido cuidadosamente excavadas. No necesito repetir lo que dije en un capítulo anterior sobre las impresionantes ruinas que se ven en Siria y Transjordania. Todas son romanas o bizantinas.

Sin embargo, incluso el escaso material a nuestra disposición muestra que, como he dicho, las ciudades de Siria y Mesopotamia construidas o reconstruidas por completo por los reyes helenís-

ticos lo fueron según el mismo plan, que, en cuantos casos ha sido bien estudiado, ha revelado ser el plan griego hipodámico. Probablemente se adoptó en Antioquía y Apamea, ciertamente en Laodicea, Damasco y Dura-Europos. En Egipto, Alejandría y Tolemaida probablemente fueron construidas según este plan, y quizá se encuentre que también fue seguido en los nuevos establecimientos de poblados griegos, especialmente en el Fayum. Debe señalarse que la adopción del plan hipodámico para las nuevas ciudades del Oriente griego no chocaba con la tradición oriental de urbanización. Las últimas ciudades babilónicas y algunas ciudades faraónicas de Egipto presentan un aspecto no muy distinto al de las ciudades hipodámicas griegas (19).

Una discusión de los planes y formas arquitectónicas de los edificios públicos y privados en las nuevas ciudades del Oriente griego presenta mayor dificultad. Poseemos muy pocos testimonios. Lo poco que queda de los templos helenísticos en Dura-Europos muestra planos griegos y formas arquitectónicas griegas. Pero, aparte de Dura, poseemos muy pocos datos, incluso de Egipto. La boga de la arquitectura griega en el primitivo reino seléucida y, en cierta medida, en Egipto en la época romana, puede ser la continuación de una vieja tradición, pero, por el contrario, también puede deberse en gran parte a un renacimiento griego sólo muy ligeramente relacionado con el pasado.

Aún más vaga es nuestra información por lo que respecta a las casas particulares, y tenemos muy poco material sobre ello. En Egipto conservamos muchas descripciones de casas particulares en los papiros tolemaicos. Dan una idea general del tipo de casa, pero nada más. Unas cuantas tumbas de Alejandría parecen representar casas, pero no son reproducciones. Además se han excavado muy pocas ruinas de casas tolemaicas. Por consiguiente, es extraordinariamente difícil decir si los griegos de Egipto construían sus casas de tipo especial, o si aprendieron pronto a darse cuenta de la comodidad de las casas egipcias, adaptadas al clima y de construcción barata, y si adoptaron su casa de peristilo (no muy distinta de la egipcia) a la moda egipcia, o si construyeron casas de tipo puramente egipcio para ellos y sus familias.

Nuestra información es aún más vaga sobre los dominios seléucidas. Los tipos de casa griega empleados en la época helenística de las ciudades griegas del continente y de las islas, y en las antiguas ciudades de Asia Menor se ve claramente, por

las ruinas de las casas, especialmente las de Olinto, Olbia, Priene y Delos, y en los tratados de Vitruvio. Pero ignoramos si en las nuevas ciudades de Siria, Fenicia, Palestina y Mesopotamia, los países iranios, etc., los emigrantes construyeron sus casas griegas o casas de tipo local, que después variaron según el lugar, el clima y la tradición. Muchas casas particulares han sido excavadas en Dura-Europos. Naturalmente, no todas son conocidas en el aspecto que adquirieron en la época parta y romana. Las casas construidas de adobes se deshicieron pronto. Las casas de la época parta y romana en Dura son ciertamente orientales de planta y construcción, con algunos elementos griegos secundarios (empleo de la columna griega, cornisas griegas, etc.). Sus prototipos son las casas locales mesopotamias, semejantes a las babilonias, pero con algunas particularidades locales. De las primeras casas helenísticas tenemos muy pocos restos, y por esto no podemos decir de qué tipo son (20).

El breve resumen que he dado, basado en pocos hechos, muestra que el mundo helenístico poseía una cierta unidad, a pesar de su diferenciación política y rápida desintegración. Por los esfuerzos de Alejandro y sus sucesores, el mundo griego se extendió, sin duda, muy lejos en el Oriente. Se le incorporaron grandes zonas en Asia Menor, Siria, Mesopotamia y Egipto.



Pero cuanto más avanzaba el viajero hacia el Sur y Oriente en el reino seléucida, y al Sur, Este y Oeste en Egipto, tanto menos presentaban las regiones por que pasaban un aspecto griego a sus ojos. No había oasis griegos en Arabia, excepto en la medida en que lo era Petra; muy pocos fueron creados por Alejandro y sus sucesores en los territorios iranios, excepto en Bactriana; y el curso superior del Nilo conservó su estructura social y rasgos culturales pretolemaicos. Sin embargo, estas regiones no fueron nunca partes constitutivas de las monarquías helenísticas, o sólo lo fueron en breves períodos.

2. LOS GRIEGOS Y LOS INDÍGENAS EN LAS MONARQUÍAS ORIENTALES, Y LOS GRIEGOS DE LA MADRE PATRIA

La unidad del mundo helenístico, de la que he dado un breve resumen en las páginas precedentes, fue un fenómeno peculiar único en su género en la evolución de la humanidad. Fue una unidad que comprendía todos los griegos (incluidos los de la madre patria), pero no toda la población de las monarquías orien-

tales, donde se reducía a su superestructura griega. Los indígenas, que formaban la inmensa mayoría de la población, no estaban (con escasas excepciones) incluidos en esta unidad. La población indígena seguía siendo tan diversa en su vida nacional, social, religiosa, económica y cultural como lo había sido antes, y conservó todas las características principales de esta vida hasta finales del período helenístico.

En los capítulos precedentes me he referido con frecuencia a este rasgo importante en la estructura del mundo helenístico y he descrito su evolución. Teniendo en cuenta su importancia fundamental para un mejor entendimiento de este mundo, puedo ahora resumir en una visión sistemática los hechos anteriormente aducidos y desarrollar la breve exposición de ellos contenida en las páginas precedentes. Empezaré por el estrato superior, los griegos en las monarquías orientales, y señalaré su organización peculiar y los rasgos más salientes de su vida social. Después diré algunas palabras sobre los indígenas y terminaré con un resumen de los nuevos elementos sociales en la vida de los griegos de la antigua Grecia.

A) *LOS GRIEGOS DE LA DIÁSPORA*

a) *La emigración griega a Oriente*

Durante la conquista de Alejandro y después de ella, miles de inmigrantes afluyeron a las distintas partes de su imperio, que después se hicieron reinos independientes helenísticos. La mayoría eran hombres de civilización griega, macedonios, ciudadanos de distintas ciudades griegas, grupos de gente campesina más o menos helenizada de la península de los Balcanes, y en el caso de Egipto y los países iranios, de Asia Menor, Palestina, Fenicia y Siria. Probablemente, muchos de estos emigrantes en principio no tenían intención de asentarse permanentemente en el nuevo mundo, pero la mayoría lo hicieron así de un modo u otro. Los emigrantes a Oriente y Egipto eran hombres de distintas nacionalidades, ocupaciones y categoría social. La clase superior, la aristocracia de los emigrantes, estaba formada por varios grupos de hombres de nacionalidad macedónica y griega y cultura griega: refugiados políticos (miembros de familias reales, hombres públicos, caudillos políticos de las ciudades griegas y otros), generales y oficiales de talento, del ejército y la marina, hombres de for-

mación política y experiencia o distinguidos en las esferas intelectual y artística, especialistas eminentes en distintos campos. Éstos se establecieron en su mayoría en las nuevas capitales del mundo helenístico, alrededor de las cortes reales. Conocemos los nombres de muchos, y en algunos casos podemos seguir sus destinos en sus nuevas patrias. Pero éstos eran una escasa minoría. El grueso de los emigrantes constaba de miles de soldados de los ejércitos reales y miles de civiles de distintas ocupaciones, clases y nacionalidades: hombres de profesiones liberales (profesores de distintas materias, doctores, abogados, artistas relacionados con el teatro, arquitectos e ingenieros, pintores, escultores, la mayoría griegos), mercaderes y otros hombres de negocios dispuestos a invertir su dinero en negocios provechosos, públicos o privados, distintos artesanos hábiles, y finalmente individuos emprendedores sin empleo ni perspectivas de obtenerlo en sus viejas patrias y dispuestos a ocuparse en cualquier empleo que se les presentase.

Ya he observado que no tenemos datos estadísticos sobre el número de inmigrantes, pero es cierto que en todas las monarquías helenísticas, especialmente en Oriente y Egipto, formaban un elemento importante en la población puesta sobre los indígenas.

Algunos vinieron a sus nuevas patrias invitados por los gobernantes y se establecieron en ellas según un plan bien pensado. En el reino seléucida, grupos compactos, grandes y pequeños —soldados y civiles—, se organizaron como ciudades-estados de tipo griego o establecimientos de población que gozaban de cierta autonomía. En Egipto los inmigrantes fueron tratados de modo algo diferente. Sólo se construyeron para ellos dos ciudades: Alejandría, la capital, y Tolemaida, el baluarte meridional del helenismo. El resto fue distribuido por todo el país, por individuos o por grupos, en ciudades indígenas preexistentes o en centros nuevos del mismo tipo creados por los Tolomeos.

Además de los grupos organizados invitados por los gobernantes, miles de inmigrantes llegaron a Asia y Egipto por su propia cuenta y a su propio riesgo. Sabemos poco de ellos. Pero es natural suponer que se establecieron en distintas ciudades, villas y pueblos griegos y orientales, en grupos o individualmente, de una manera irregular, según las oportunidades económicas que se le presentaban.

Los emigrantes a Oriente pertenecían, como ya he dicho, a distintas nacionalidades. Macedonios y griegos formaban el núcleo

principal, la parte más activa y civilizada. Los macedonios se identificaron pronto con los griegos, y en el siglo III a. de J. C. no se distinguían de ellos ni en lengua ni en civilización. El proceso de amalgamación en estos aspectos —en otras palabras, la helenización de los macedonios— empezó muy pronto. En la época de Filipo y Alejandro había poca diferencia entre griegos y macedonios educados de las clases superiores. Bajo Alejandro, y todavía más bajo sus sucesores, se extendió la helenización a las clases media y baja de los macedonios de la diáspora. La gran fuerza helenizadora que actuaba sobre los macedonios en esta época era el ejército. No hay duda de que, por lo menos en el siglo III a. de J. C., la lengua oficial de todos los ejércitos helenísticos y su estructura general eran griegos. Lo mismo debemos suponer en lo que se refiere a los establecimientos militares de los macedonios. En este proceso de helenización participaron los elementos no griegos y no macedónicos de los ejércitos helenísticos.

Esta helenización de los macedonios y de los elementos no griegos entre los emigrantes penetró aún más profundamente cuando la colonización se consolidó y extendió. Los nuevos establecimientos —militares y civiles— fueron organizados todos según modelo griego. El grueso de los colonos eran o griegos o ya muy helenizados. No es sorprendente, pues, que la helenización del resto avanzase rápidamente en estos establecimientos y pronto fuese completa. Por consiguiente, la colonización era, de hecho, una extensión de la nación griega y de la civilización griega al Oriente. Siendo al principio un amasijo de naciones, el estrato de emigrantes se hizo pronto griego en su modo de vida y en su civilización.

A pesar de esto, debe tenerse en cuenta que los griegos de esta dispersión oriental nunca formaron parte de un solo Estado, excepto durante el breve gobierno de Alejandro. El imperio de Alejandro se desintegró pronto después de la muerte de su fundador, y con su desintegración la red de establecimientos griegos se dispersó en grupos más pequeños o más grandes bajo el gobierno de sus sucesores, los distintos dinastas helenísticos. Por otra parte, incluso dentro de las distintas monarquías helenísticas, los grupos de griegos que formaban el estrato superior de la población nunca fueron tratados como unidades «políticas», ni formaron jamás un solo cuerpo corporativo. Vivían en grupos grandes o pequeños dentro de las monarquías, y estos grupos nunca se re-

lacionaron entre sí. El único lazo político de unión entre ellos era el hecho de que sus miembros eran todos súbditos de un mismo rey.

Sin embargo, formaban en realidad una unidad y tenían conciencia de ello. Su unidad no era política, como nunca lo fue en la larga historia de los griegos, ni tampoco racial. Era, como he dicho en la sección precedente, una unidad de civilización, siendo el vínculo entre los miembros de esta unidad la unidad de lenguaje, de educación, de mentalidad, de organización, en grupos, de modo de vida y de concepciones religiosas. Este vínculo unía colonos que vivían en grupos pequeños y dispersos, rodeados por multitudes de hombres de tipo completamente diferente, y algunos muy civilizados. ¿Cómo, a falta de una organización política, fue posible no sólo mantener y consolidar esta unidad, sino incluso extenderla gradualmente, absorbiendo en ella algunos elementos indígenas? Estamos aquí ante uno de los problemas principales y más fundamentales de la historia helenística, y no estaría fuera de lugar alguna consideración más.

Por ello daré en las páginas siguientes un cuadro más detallado, aunque imperfecto, de las condiciones en que vivían los colonos en su nueva patria, dado que estas condiciones son las que explican en gran medida la persistencia de la civilización griega en Oriente y el papel desempeñado por ella en la vida del mundo helenístico oriental.

b) *"Status civitatis" de los "helenos". Educación. Formas de vida corporativa*

He destacado el hecho de que los griegos en las distintas monarquías helenísticas nunca formaron un cuerpo «político». Desde el punto de vista constitucional, los extranjeros no eran un elemento diferente en el Estado. Su situación política era exactamente la misma que la del resto de la población. Todos eran súbditos del rey.

Pero —y esto es un hecho muy importante— los reyes nunca desearon que este grupo de sus súbditos fuese absorbido por el resto —los indígenas— ni amalgamado en él. Deseaban que los griegos conservasen su identidad nacional y cultural, y tomaron medidas para conseguirlo.

En Egipto los reyes exigían que los súbditos extranjeros indicasen, al nombrarse en documentos oficiales, la ciudad o país

de origen, es decir, su estatuto nacional y, en cierto modo, político. De esta manera, los extranjeros se distinguían claramente de los indígenas y entre sí. Esta regla, esta distinción se mantenía por ordenanzas reales muy severas, que además prohibían bajo pena de muerte el cambio arbitrario de un grupo de población a otro, todo cambio en el estatuto nacional o político de un individuo. Para estos cambios era necesario el permiso especial del rey. Hay buenos testimonios de la existencia de estas ordenanzas tanto en el siglo III como en el II a. de J. C. La misma práctica existía también, con toda probabilidad, de una forma u otra, en el reino seléucida (21).

Además, aunque individualmente súbditos del rey, los extranjeros se suponía que vivían, no como individuos aislados, sino en grupos organizados. Algunos se hicieron ciudadanos de las *poleis* griegas creadas para ellos por voluntad y decisión del rey. Estas *poleis* no eran cuerpos políticos independientes, pero todos ellos poseían la autonomía inherente a la noción de la *polis* griega. A otros grupos, no organizados como ciudades de tipo griego, no sólo se les impedía formar asociaciones, κοινά o *politeumata,* constituidas, según el modelo de las *poleis* griegas y con cierto grado de autonomía (22), sino que incluso probablemente se les animaba a ello.

Dentro de estos cuerpos «políticos», la cohesión nacional y cultural de los griegos se basaba en la educación de los jóvenes según el modelo griego. Esta educación estaba organizada en torno al gimnasio griego. Los gimnasios, como es bien sabido por todos los estudiosos del mundo griego, habían sido el fundamento y el apoyo de la vida y la mentalidad griegas en todas las ciudades griegas desde tiempos muy antiguos. Fueron llevados a Oriente con los emigrantes griegos, y en los lugares en que éstos se asentaron llegaron a ser una institución tan fundamental como lo habían sido en la madre patria. En las monarquías helenísticas, los gimnasios nunca fueron establecidos ni dirigidos por los reyes como instrumento de su política. Fueron y siguieron siendo instituciones particulares o municipales, pero algunas veces patrocinadas y materialmente apoyadas por los reyes.



Los gimnasios se extendieron por doquier en todos los países helenísticos, es decir, por las partes de ellos que Alejandro y sus sucesores abrieron por primera vez a la colonización griega. La información más abundante, aunque algo escasa, nos viene de Egipto. En este país tenemos pruebas de la existencia de

gimnasios no sólo en las escasas ciudades griegas, sino también entre grupos pequeños de inmigrantes que vivían en ciudades y pueblos viejos y nuevos de tipo indígena. En ellos las jóvenes generaciones de extranjeros recibían la formación intelectual y física al viejo estilo griego. Sobre esta formación sabemos muy poco, pero lo poco que sabemos indica que era exactamente la misma que encontramos en muchos documentos de la época helenística descubiertos en las antiguas ciudades griegas de Grecia y especialmente de Asia Menor.

Pero el papel de los gimnasios en las comunidades extranjeras de Egipto no se limitaba a la educación de la juventud. Los gimnasios eran tan importantes en la vida de los griegos adultos como en la de sus hijos. Eran el punto de unión de todos los que habían recibido educación griega, οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου. Éstos formaban compactos grupos organizados como unidades corporativas y reconocidos como tales por el gobierno. Su fin principal era mantener los gimnasios con sus contribuciones, donativos y fundaciones, y regularlos e inspeccionarlos. En calidad de tales, las asociaciones gimnásticas recibían del rey importantes privilegios, como, por ejemplo, poseer propiedad: dinero, edificios, muebles y tierra. A su cabeza estaba un gimnasiarca elegido. El trabajo educativo estaba en manos de un *cosmetes* y de un equipo mayor o menor de profesores.

Para οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου, los gimnasios no eran sólo escuelas. Eran también el centro de sus actividades recreativas e intelectuales, esencialmente griegas. Los gimnasios desempeñaban en sus vidas el papel de casas-clubs permanentes: eran su principal centro social. Dentro del gran grupo de οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου había varias asociaciones subsidiarias de tipos diferentes, como, por ejemplo, las de los *alumni* de determinados años, los llamados αἱρέσεις.

Dado que los principales apoyos de los gimnasios estaban de una parte en las ciudades y de otra en el ejército, especialmente los soldados asentados, las asociaciones de los οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου estaban estrechamente relacionadas con las ciudades y las distintas comunidades en su mayoría étnicas, las *politeumata,* que sin duda eran instituciones tanto «políticas» como militares. Por desgracia, nuestra defectuosa información no nos permite ser más precisos sobre este punto.

La admisión en los gimnasios y en el grupo de los οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου estaba regulada por las leyes de las distintas corpora-

ciones y por los decretos de sus «asambleas populares», y probablemente también por leyes y ψηφίσματα de las ciudades. Por desgracia, no conocemos pormenores sobre este punto, ni podemos decir si también existían leyes y ordenaciones reales de carácter general. Sin embargo, es cierto que los οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου constaban exclusivamente de hombres de educación griega, aunque no exclusivamente de nacionalidad griega (23).

La existencia de los gimnasios y la posición importante que tenían en la vida de Egipto explica en parte los esfuerzos hechos por las altas clases de la población por dar a sus hijos una educación primaria adecuada según el modelo griego. Decenas de libros de texto y ejercicios escolares hallados en todo Egipto, especialmente en los pueblos de la *chora* (los primeros datan de la primera época tolemaica), fragmentos de manuscritos de escritores clásicos griegos, algunos procedentes de bibliotecas escolares o particulares, y unos cuantos textos que se refieren a los maestros de escuela y alumnos, son un testimonio elocuente de los esfuerzos hechos por los griegos de Egipto para enseñar a sus hijos la lengua griega y los elementos de la educación primaria griega con el fin de facilitar su entrada en los gimnasios. Hay que notar que, por regla general, la educación primaria no era promovida por grupos organizados de colonos griegos, sino que se dejaba a la iniciativa privada de las familias. El sistema de educación primaria, tal como se revela en los documentos que he señalado, muestra un alto grado de estabilidad y uniformidad. El ya mencionado libro de texto de principios del siglo III a. de J. C., recientemente descubierto y publicado, es casi igual a otro libro de texto hallado en Egipto en la época cristiana (24).

Con toda probabilidad, lo que sabemos sobre la educación de los jóvenes griegos en Egipto vale también, *mutatis mutandis*, para el reino seléucida y otras monarquías asiáticas menores. Tenemos solamente información escasa y dispersa, pero sabemos positivamente que los gimnasios y *agones* con ellos relacionados eran rasgos destacados de la vida de las nuevas ciudades creadas por los seléucidas, no sólo la capital —Antioquía— y las grandes ciudades de la monarquía seléucida, sino también lugares tan distantes como Babilonia y Seleucia del Euleo*. A este respecto, puedo recordar al lector el papel desempeñado por la educación

---

* *S. E. G.*, VII, núm. 39 (111-110 a. de J. C.): Babilonia; e ibíd., núm. 3 (hacia 100-50 a. de J. C.): Susa.

gimnasial en la helenización de Jerusalén en la época de Antioco III y Antioco IV y de la posibilidad de haber existido una palestra en Dura-Europos.

En lo referente a la educación griega primaria y a la familiaridad de los griegos del reino seléucida con la literatura griega, especialmente con Homero, puedo señalar el hecho que de los griegos de Dura-Europos y de Seleucia en las épocas helenística y parta hablaban y escribían un buen griego y podían componer, sin ayuda, poemas métricamente correctos y de buen estilo, con citas clásicas. Un grupo de estos poemas de época helenística tardía y romana fue hallado en Seleucia del Euleo*[1], y debo mencionar que recientemente han aparecido en Dura*[2] restos de papiros literarios y fragmentos de varios libros en griego. Un grupo de éstos fue identificado por el profesor L. A. Post como parte de un bello manuscrito de Herodoto de hacia mediados del siglo II a. de J. C. (el fragmento es del libro V, 113-114). Estos fragmentos serán brevemente discutidos por él y el profesor C. B. Welles. Pudieron haber pertenecido a una escuela o a una biblioteca privada.

Menos importantes que las ciudades, los grupos políticos organizados y los gimnasios, existían otras células de vida corporativa de tipo griego distribuidas por todo el mundo helenístico, esto es, las distintas asociaciones griegas particulares de carácter religioso y social, que conocemos muy bien en lo que se refiere a Egipto, pero muy poco en lo que concierne al reino seléucida y Asia Menor. En Egipto existían estas asociaciones entre los extranjeros antes de la época de los Tolomeos, pero fue en dicha época cuando se hicieron importantes y destacadas. Hablando de estas asociaciones en Egipto, debemos, según mi interpretación de las fuentes —cuya inmensa mayoría pertenece a los períodos helenístico y romano—, cuidar y distinguir entre las asociaciones de extranjeros y las de indígenas*[3]. Lo mismo puede decirse del reino seléucida y de las monarquías de Asia Menor. Debemos recordar que hasta nuestra vaga y escasa información sobre los períodos saíta y persa establece, en mi opinión con toda certeza, la existencia en Egipto de asociaciones indígenas por lo menos de tres tipos: asociaciones particulares, asociaciones

*[1] *S. E. G.*, VII, núms. 11-14.
*[2] *Rep.*, VI, 417, lám. XXXVI, 2.
*[3] Véase cap. IV, núm. 105.

pertenecientes a la vida religiosa y económica de los templos, y asociaciones relacionadas con el Estado y la economía real.

De las asociaciones indígenas puramente privadas tenemos un conocimiento muy escaso. Con toda probabilidad, estuvieron estrechamente relacionadas con la vida religiosa del país, los dioses y diosas y sus templos y altares. Parece que no fueron muy distintas de los *thiasoi* griegos y de las asociaciones indígenas similares de Siria y Mesopotamia (de las que tenemos testimonios particularmente buenos en Palmira y Dura en época posterior) y quizá de Babilonia. Debemos no confundirlas con los distintos grupos de sacerdotes, especialmente sacerdotes menores, y «esclavos sagrados» de los templos, que también pudieron haber estado organizados en cuerpos corporativos de un tipo (por ejemplo, los *choachytai*, los *taricheutai*, etc.), según la parte que desempeñaban en los negocios de los templos. También eran diferentes (y no menos imperfectamente conocidas que los dos primeros tipos) las asociaciones profesionales, al parecer corporativas, estrechamente vinculadas con los asuntos del Estado y quizá organizadas por él: comunidades locales de terratenientes reales, de hombres que trabajaban para el Estado en el campo de la industria, transporte, minería, construcción, caza, etc. Algunas de estas asociaciones pudieron haber sido grupos de carácter temporal, pero otras indudablemente trataban de ser, por parte de sus organizadores, instituciones permanentes.

Todos estos tipos de asociaciones indígenas continuaron bajo los Tolomeos, y su existencia en este período está atestiguada por muchos documentos. Algunas asociaciones, por lo menos, adoptaron poco a poco ciertos rasgos griegos, y por ello no son fácilmente reconocibles como instituciones indígenas originariamente. Éste es el caso de las asociaciones sociales y religiosas privadas, que no diferían mucho en fines y organización de las asociaciones griegas del mismo tipo. Con la interpenetración de griegos e indígenas en Egipto y el crecimiento en importancia de los cultos egipcios en la vida religiosa de los griegos de Egipto, los miembros de estos tipos de asociación pudieron haberse reclutado lo mismo entre los griegos que entre los indígenas, y la organización de las asociaciones pudo haber sido afectada por influencias mutuas.

Lo mismo podemos decir del segundo y tercer tipo de asociaciones: las asociaciones de los templos y las asociaciones profesionales estatales. Sabemos muy poco de las primeras, excepto

en lo que se refiere a la organización de los *choachytai*, que se nos conserva en los conocidos documentos tebanos admirablemente reeditados e interpretados por U. Wilcken en sus *Urkunden der Ptolemäerzeit*. Las asociaciones profesionales estatales probablemente siguieron siendo en la época tolemaica lo que habían sido antes: grupos locales de hombres de una misma profesión organizados y estrechamente vigilados por la administración económica y financiera del rey. También pudieron haber sido helenizados poco a poco, es decir, que pudieron haber adoptado algunos rasgos de la vida colegial griega. Pero hay que tener en cuenta que, aparte de Egipto, apenas tenemos alguna fuente sobre las organizaciones profesionales en otras partes del mundo helenístico. En la época romana, con el cambio general en la administración económica de Egipto, los gremios tolemaicos de artesanos siguieron existiendo, tomando la forma de asociaciones profesionales privadas y siendo su organización tal vez influida por la de los *collegia* romanos del mismo tipo.

Las asociaciones particulares griegas de distinto tipo y nombre se superponían, a fines de la época pretolemaica y comienzos de la tolemaica, sobre las asociaciones indígenas existentes que ya he descrito. Muchas fueron probablemente fundadas a principios de la época tolemaica. Sin embargo, nuestra información se refiere casi exclusivamente a fines de la época tolemaica, cuando ya habían estado expuestas a las influencias locales. En su organización no diferían mucho de las de las ciudades griegas de la madre patria. Su popularidad en Egipto puede relacionarse con la tendencia general de los griegos de la época helenística a apoyar y desarrollar sus instituciones colegiales. De esta tendencia hablaré con gran pormenor más adelante en este capítulo. Ahora puedo mencionar que en las ciudades-estados griegas eran más frecuentes entre los habitantes que no pertenecían al cuerpo de ciudadanos de la ciudad en cuestión (esto es bien sabido en el caso de Atenas y Rodas). Para estos «extranjeros» las asociaciones eran una especie de sustitutivo de la ciudad. Lo mismo —*mutatis mutandis*— pudo haber sido la razón última del crecimiento de asociaciones particulares en Egipto. Ha de recordarse que en Alejandría sólo una minoría de los residentes griegos eran ciudadanos de la *polis*, teniendo la mayoría el estado legal de *alexandreis*, que no era muy distinto al de los metecos en otras ciudades griegas. En la *chora* los griegos no vivían en ciudades, sino desparramados por las ciudades y aldeas in-

dígenas. En estas circunstancias era natural que se crearan para sí algunos sustitutivos de la vida ciudadana, entre los que estaban las asociaciones religiosas y sociales particulares.

El gobierno miraba con buenos ojos este crecimiento espontáneo de la vida corporativa, siempre que estas asociaciones no fuesen causa de inquietud política, como ocurría de cuando en cuando en Alejandría*. Les dieron un estatuto legal y les otorgaban algunos importantes privilegios, como el derecho a poseer propiedades (25).

Estamos mucho menos informados sobre las asociaciones particulares griegas en las demás monarquías helenísticas. En cuanto a las regiones siria, mesopotámica y palestina del reino seléucida, tan sólo tenemos testimonios directos sobre las asociaciones gimnasiales. Podemos presumir que las asociaciones particulares griegas no eran tan numerosas en estos territorios como en Egipto. En Siria, Mesopotamia y Palestina la mayoría de los griegos vivían en ciudades con plenos derechos de ciudadanía.

Por otro lado, las instituciones indígenas colegiadas no eran desconocidas en las regiones siria, mesopotámica, fenicia y palestina del imperio seléucida antes de Alejandro. Las asociaciones religiosas florecían por todo el mundo helenístico mucho antes de esta época, y fueron las progenitoras de las *thiasoi* de Palmira y Dura, de las que tenemos testimonios en algunas inscripciones y téseras de la época romana. Por lo que hace a las asociaciones profesionales, es probable que el κοινὸν τῶν μαχαιροποιῶν mencionado en una inscripción de Sidón del 47 a. de J. C. (la metalurgia era desde tiempos antiguos una industria especial de Sidón) fuese, como sugiere Clermont-Ganneau, un gremio indígena ligeramente helenizado. En estas condiciones, los griegos de Siria, Fenicia, Mesopotamia y Palestina, que tenían una gran reverencia por los dioses indígenas y estrechos lazos económicos con las gentes oriundas del país, tal vez deseasen unirse al antiguo *mazzah* y *gev* semíticos de las ciudades en que se habían establecido, y por ello diesen a estas instituciones un carácter externamente heleno. Debe recordarse que los miembros indígenas de estas asociaciones, que en su mayoría surgían en grandes ciudades, se helenizaban poco a poco y formaban parte de la misma burguesía acomodada a que pertenecían los griegos, con quienes tenían

---

* Sobre las medidas tomadas por Evérgetes II contra estas sociedades y contra los gimnasios, véase cap. VI.

muchos intereses religiosos y económicos comunes. Era natural que admitiesen de buena gana a los griegos en sus asociaciones religiosas y profesionales. Pero este proceso fue lento. En Dura una ἑταιρεία formada por devotos de Aflad, patrono de Anath, ciudad vecina de Dura, aunque recordado en griego en sus dedicaciones (de 54 d. de J. C.), estaba formado exclusivamente de semitas (con una sola excepción: probablemente un semita que había tomado nombre griego). La situación era parecida en Palmira (26).

No estamos más familiarizados con las instituciones colegiadas en las satrapías anatólicas de las monarquías seléucida y anatólicas menores. Las viejas ciudades griegas de Asia Menor habían desarrollado la vida corporativa según los mismos principios que las demás *poleis* griegas. Sobre este punto poseemos alguna información, por ejemplo, de Mileto. El desarrollo continuó en el período helenístico. Ya he mencionado los *technitai* dionisiacos jonios y helespónticos, cuya sede estaba en Teos, y sus relaciones particulares con los reyes de Pérgamo. Puedo añadir que, en general, Teos era el gran centro de actividades colegiales en la época helenística. Estamos seguros también de la prosperidad y gran desarrollo de los gimnasios y de las asociaciones con ellos relacionados en todas las ciudades griegas de Asia Menor. En los reinos anatólicos estaban apadrinadas y vigiladas por los reyes (véase cap. V por lo que se refiere a Pérgamo).

La historia de las asociaciones profesionales en Asia Menor es una cuestión distinta, pero no puedo tratar aquí de ella con amplitud. Es bien sabido que en la época imperial romana existía en Asia Menor, lo mismo en las ciudades grandes que en las pequeñas, decenas y acaso centenas de estas asociaciones, especialmente de artesanos, obreros manuales y mercaderes, llamadas de varias maneras y de distinta clase, más numerosas quizá que en Egipto. Este fenómeno —excepcional en el mundo griego de la época— ha sido explicado corrientemente como resultado del brillante progreso económico de Asia Menor durante los primeros tres siglos después de Jesucristo. Las asociaciones profesionales crecieron espontáneamente según los modelos y bajo la influencia de los grupos colegiados, que eran rasgo tan destacado de la evolución social y económica de la parte occidental del imperio romano. En resumen, según esta opinión, no fue un nuevo desarrollo de origen extraño, sin precedente en el pasado. Pero se ha sugerido otra interpretación de este fenómeno.

El profesor Radet y William Ramsay han indicado la posibilidad de que estas asociaciones fueran continuación de los gremios prehelenísticos que existían, por ejemplo, en Sardes, y pudieron haber sido, como en Egipto, un rasgo importante en la organización de los templos orientales de Asia Menor antes de la época de Alejandro. Como en Egipto, estos gremios pudieron haber sobrevivido en la época helenística como corporaciones libres en las ciudades helenizadas y como instituciones en los templos. En la época romana, bajo la influencia de la paz y la prosperidad, su desarrollo fue notable, liberándose las asociaciones de los templos de la tutela de los sacerdotes. Poco a poco se extendieron por toda Asia Menor. Yo admití esta segunda interpretación en mi *Historia social y económica del imperio romano,* y aún la considero probable. Sin embargo, debe tenerse en cuenta que no tenemos testimonio directo y que las conclusiones *ex silentio* son siempre peligrosas (27).

c) *Derecho civil*

La misma tendencia por parte de los reyes helenísticos de Oriente de ayudar a los griegos a mantener su identidad nacional y cultural puede verse en lo poco que sabemos de su política respecto al derecho civil vigente en sus dominios respectivos. Lo que tendré que decir sobre este punto se basa en su mayor parte en los testimonios que nos proporciona Egipto. Sin embargo, es muy probable que a este respecto la política de la monarquía seléucida siguiese un curso similar.

Los Tolomeos, los seléucidas y los monarcas de los estados anatólicos hallaron en sus respectivos territorios un derecho civil bien establecido, que regulaba la vida social y económica de la población. No es sorprendente que lo aceptaran en su integridad, introduciendo mediante sus propias leyes, ordenanzas y regulaciones, sólo cambios muy ligeros en la medida que eran requeridos por la reorganización de sus reinos. Sabemos que ocurrió así en Egipto y Babilonia. Los inmigrantes extranjeros presentaban un problema más difícil. Los griegos venían de su patria acostumbrados al derecho civil de sus respectivas *poleis*. Otros colonos extranjeros, especialmente los judíos, estaban en un caso parecido. Los reyes helenísticos se veían, pues, frente a una seria dificultad. Sólo conocemos imperfectamente la forma en que la superaron. Naturalmente, las ciudades griegas de nueva

fundación recibían de sus fundadores sus constituciones y códigos. Sabemos poco del carácter de éstos. En el caso de Alejandría el código parece que fue hecho según el modelo de Atenas. En otros casos pudieron haberse adoptado otros modelos, con alteraciones y reajustes de acuerdo con las condiciones de vida de los nuevos colonos. La situación era más complicada donde los inmigrantes griegos no estaban relacionados con alguna ciudad determinada*. Los jueces reales que en nombre del rey administraban justicia entre los inmigrantes griegos quizá tuvieran en consideración las leyes de sus distintas comunidades, los *politeumata* nacionales. El mismo camino pudieron haber seguido respecto a ciertos grupos extranjeros distintos de los griegos, especialmente los judíos. A éstos tal vez se les permitió en Egipto el uso de su propio código *in toto*, bajo la jurisdicción de sus propios representantes.

Esta variedad de sistemas jurídicos fue superada por la legislación y jurisdicción reales. Es evidente que siempre era considerada superior una ley, ordenación o regulación real en conflicto con otras leyes, y el veredicto real en los procesos era definitivo. Lo mismo puede decirse de las decisiones de algunos funcionarios reales que a menudo administraban justicia en nombre del rey en concurrencia con los tribunales regulares. Es claro que la autoridad real se ejercía activamente en la esfera del derecho civil. Esto era inevitable teniendo en cuenta los distintos problemas legales que constantemente se sometían a esa autoridad como consecuencia natural de la reorganización de los estados helenísticos y de las relaciones mercantiles y sociales que necesariamente se desarrollaban donde indígenas y extranjeros vivían en estrecho contacto.

En estas circunstancias es cierto que no había uniformidad alguna en el aspecto legal de la vida en las monarquías helenísticas. Sin embargo, algunos hechos denotan cierto grado de aproximación a la unidad en este aspecto, especialmente en lo que se refiere al derecho civil griego. Los códigos dados por los reyes a las distintas ciudades que fundaron, aunque diferentes en detalle, se basaban, sin duda, en algunos principios jurídicos comunes característicos del derecho civil griego en general. Y es probable que el reajuste de estas leyes por el ejercicio de la autori-

* También tenemos testimonios de su existencia en las ciudades como, por ejemplo, en Dura-Europos; véase cap. IV, pág. 419 y nota 241.

dad legislativa y judicial del rey tendiese a la unificación y no a la diferenciación. Podemos suponer que había una tendencia similar en lo que se refiere al derecho civil que poco a poco surgió del ejercicio de esta autoridad cuando se ocupaba de los griegos que no pertenecían a una ciudad determinada y fueron perdiendo poco a poco su antiguo *status* «nacional». Así fue cómo de modo lento y gradual se desarrolló probablemente en las monarquías helenísticas de Oriente un nuevo derecho que se basaba en principios griegos, pero tenía en cuenta las condiciones peculiares de las distintas partes de estas regiones, una especie de κοινή jurídica, similar a la κοινή lingüística que surgió gradualmente del caos de los dialectos griegos.

Nuestra información sobre esta κοινή jurídica es extraordinariamente escasa. Se refiere casi exclusivamente a Egipto (con algunos testimonios más sobre Siria y Mesopotamia) y se deriva del estudio de los documentos mercantiles en que se refleja el derecho, pero muy raras veces citado textualmente y por lo mismo sujeto a distintas interpretaciones. Sin embargo, parece que los contemporáneos se daban cuenta de la existencia de esta κοινή griega, reformada y adaptada por las leyes y ordenanzas reales. (διαγράμματα y προστάγματα). Para distinguir este derecho griego común del derecho indígena (ἐγχώριος νόμος), la llamaban derecho de los πολῖται, πολιτικοὶ νόμοι; era completada por decretos (ψηφίσματα) de las distintas comunidades políticas griegas en Egipto. Por el término πολιτικοὶ νόμοι se entendía probablemente el derecho de Alejandría y demás ciudades griegas, y el de los distintos πολιτεύματα, incluyendo las innovaciones jurídicas y cambios introducidos por la autoridad real. En la época romana la terminología aparece ligeramente modificada. En esa época la burguesía «griega» residente en la χώρα aún se distinguía claramente de los alejandrinos y de los indígenas. Por otro lado, los distintos grupos nacionales más antiguos también residentes en la χώρα se habían fundido en una clase, distribuidos entre las ciudades y pueblos y que llevaban un mismo modo de vida. No es sorprendente, pues, que documentos de esta época hablen de las ἐγχώρια νόμιμα, con lo que significan la κοινή jurídica griega vigente para la χώρα, distinguiéndola del derecho de los indígenas, el derecho de Alejandría (ἀστικοί νόμοι), y el derecho romano.

Como ya he dicho, la κοινή jurídica creada en la época helenística era esencialmente de carácter griego. Pero es natural que

en el proceso de su formación penetrasen en él algunos rasgos del derecho indígena egipcio. Debemos tener en cuenta que la vida social y económica de los «griegos» de Egipto estaba vinculada por miles de lazos a la de los indígenas. En consecuencia, los reyes, en su capacidad legislativa y judicial, inevitablemente tendrían que readaptar el derecho indígena en alguna medida y crear también aquí una especie de κοινή, un cierto compromiso. A este respecto podemos seguir a algunos estudiosos modernos que hablan de la adopción del derecho griego en Egipto, aunque el rasgo principal de la evolución jurídica del Egipto helenístico no fue la aceptación completa de un sistema jurídico desarrollado por poblaciones que habían tenido antes derechos civiles propios distintos, sino la adaptación de varias formas de derecho griego a las tradiciones sociales y económicas de Egipto. Y lo mismo puede decirse de las demás monarquías helenísticas orientales. Lo poco que sabemos sobre Dura parece indicar una evolución similar, aunque no idéntica, en la monarquía seléucida.

El nuevo derecho griego de las monarquías helenísticas orientales estaba en formación cuando empezó su decadencia política. Por consiguiente, no tenemos que sorprendernos de no ver signos de un intento por parte de los reyes helenísticos de codificar el derecho vigente en sus respectivas monarquías y de establecer un sistema jurídico único para todas las partes, constitutivas de su reino. Además, probablemente, tal idea, de un modo general, les era extraña y no conforme con los principios fundamentales de su política interna o con las condiciones políticas y sociales de sus dominios (28).

d) *Papel social de los helenos en la vida de las monarquías orientales*

Las características políticas, educativas, sociales, religiosas y jurídicas antes descritas ejercieron una poderosa influencia sobre los destinos de los extranjeros en las monarquías helenísticas. Ayudaron a los griegos a mantener su vida nacional y a resistir con éxito el proceso natural de orientalización. En este aspecto fue aún más eficaz la participación asignada a los extranjeros por los reyes en los negocios políticos, militares y económicos del país. En estos terrenos nunca se hizo distinción legal entre extranjeros e indígenas. Incumbía al rey emplear miembros de cada grupo como sus asociados y asistentes y conferirles privi-

legios tanto individualmente como por grupos. Sin embargo, de hecho fue política constante de los reyes de todo el mundo helenístico, por las razones antes expuestas, tratar a los griegos como clase privilegiada muy superiores en situación social a la masa de indígenas. He tratado de este tema repetidas veces en capítulos precedentes y por ello puedo resumir aquí muy brevemente mis conclusiones. Los reyes reclutaban su ejército entre los extranjeros, lo mismo oficiales que soldados. Los extranjeros ayudaban a los reyes en la administración de sus reinos. Por supuesto los indígenas no eran excluidos legalmente del ejército ni de la administración, pero de hecho desempeñaban un papel menor y subordinado en ambos campos. Es aún más notable que los extranjeros tenían una parte importante, quizá decisiva, en la vida de las monarquías helenísticas de Oriente. La mayoría, o por lo menos una proporción importante, tuvieron éxito en sus aventuras económicas y prosperaron. Como hombres acomodados, llegaron a ser la clase superior de la población de Egipto, el estrato superior de lo que podemos llamar la burguesía de este país. Y lo mismo ocurrió en otras monarquías. Era el resultado, no de privilegios definidos que les otorgasen los reyes, sino de su posición preeminente de hecho en los negocios del país en general. Como oficiales y soldados del ejército, como altos funcionarios civiles, tenían oportunidades excepcionales de ganar y ahorrar dinero y de invertirlo con provecho, a menudo como socios y agentes de los reyes en la administración de sus fincas y sus ingresos de la tierra real, de los monopolios, de los impuestos y de la administración del dinero real; o como tenedores de los fundos regalados, como recaudadores de impuestos y monopolios, como concesionarios en el campo del comercio, como banqueros, etc.

Esta situación privilegiada de los extranjeros hizo que su estado legal, el de «helenos», antes descrito, fuese muy atractivo para los indígenas, especialmente para sus clases superiores. Dado que el encumbramiento en el mundo administrativo, y en cierto grado en el económico, dependía en la práctica no tanto de los privilegios jurídicos como del grado de helenización del aspirante, la educación griega y el modo de vida griego fueron adoptados por muchas familias distinguidas indígenas. Fue un proceso natural y se hizo cada vez más corriente con el tiempo. He citado varios ejemplos de ello en Egipto y en el reino seléucida. He mencionado, por ejemplo, varios fenicios distinguidos de Sidón que tomaron nombres griegos y maneras griegas y en consecuencia

desempeñaron un papel importante no sólo en los negocios de su ciudad, sino también en los del reino tolemaico en general. Puedo añadir aquí dos ejemplos sobre fenicios de Chipre. Uno de éstos es Zenón, hijo de Mnaseas (o Demeas), natural de Cicio de Chipre, fundador completamente helenizado de la escuela estoica de Atenas*[1]. El otro es el héroe de uno de los cuentos del libro II del *Leontium* de Hermesianacte de Colofón, contemporáneo de Filetas de Cos. La heroína que presenta Hermesianacte es Arsínoe, hija de Nicocreón, rey de Salamina, probablemente aliado de Tolomeo en su lucha contra Antígono. El amante de Arsínoe es Acreofón, rico fenicio como Zenón y su padre. Nicocreón se opone al matrimonio «a causa de la vergüenza de su estirpe, porque sus antepasados son fenicios»*[2]. También sucedía el caso opuesto. En el nuevo ambiente, debido a frecuentes matrimonios con indígenas, los «griegos» de las monarquías helenísticas se orientalizaban algo. Pero esta orientalización natural no se destacaba tanto como el proceso de helenización entre las clases superiores de los indígenas, o por lo menos le es más difícil apreciarlo al estudioso moderno.

Los gobernantes no se oponían a esta tendencia a la helenización. La asociación con los indígenas, y no la dominación sobre ellos, llegó a ser, por muchas razones políticas y militares antes indicadas, el rasgo director de su política interna desde la época de Filopátor en Egipto, y, por lo menos desde la de Antioco IV, en el reino seléucida. Los reyes se inclinaban cada vez más a incrementar las filas de la clase dirigente, no sólo trayendo más inmigrantes a Egipto y Siria, sino empleando indígenas en la administración superior. Además ha de notarse que, por muchas razones, el aflujo de inmigrantes de cultura griega se hizo cada vez más escaso, y la mayor parte de los nuevos mercenarios venían de Tracia, las regiones anatólicas, y (especialmente en lo que se refiere a Egipto) de las regiones sirias (véanse caps. V y VI).

Pero la asociación tenía sus límites. Los reyes no estaban dispuestos, llevando demasiado lejos la política de asociación, por un lado, a transformar sus dominios en estados orientales,

---

*[1] Diógenes Laercio, VII, 1; sobre Cicio, véase Oberhummer, *P. W. K.*, XI, 535.

*[2] Νικοκρέων δ' οὐκ ὑποδέχεται τὸν γάμον κατ' αἰσχύνην γένους τοῦ' Ακρεοφῶντος ὅτι αὐτῷ πατέρες ἦσαν Φοίνικες, Antonino Liberal *Met.*, 39; cf. E. Rohde, *Der gr. Roman*, 2.ª ed., págs. 84 y sigs.

ni, por el otro, a arruinar su sistema económico, que dependía del trabajo de los indígenas bajo un minucioso control. Exigían, pues, que los nuevos miembros de la clase superior se helenizasen en idioma, educación y modo de vida. A estos indígenas helenizados estaban dispuestos a tratarlos como iguales a la burguesía gobernante de vieja cepa. Y, naturalmente, no tolerarían que se borrase la línea divisoria entre la burguesía helenizada gobernante y las clases trabajadoras, siendo los primeros «los helenos» y los segundos los indígenas.

Como resultado de este proceso de amalgamación antes descrito y de la política de los reyes, la clase superior de Egipto, del reino seléucida y probablemente de los reinos anatólicos también, siguió siendo griega en el siglo II a. de J. C., aunque muchos de sus miembros eran indígenas helenizados (29).

e) *Mentalidad de los helenos*

En las páginas precedentes he tratado de describir el *status civitatis* de los «helenos» en sus nuevas patrias del Oriente, así como algunos rasgos peculiares de su vida social, que eran en parte creación suya y en parte producto de la política de sus gobernantes. Puedo decir ahora unas palabras sobre su actitud mental, fines y aspiraciones que perseguían y medios con que las realizaban. También aquí nuestras fuentes son escasas. Aparte las obras de los poetas helenísticos y de los eruditos y otros autores, en su mayoría alejandrinos, de este período, que muy raras veces hablan de sí mismos y sólo algunas nos dan visiones del mundo real tal como lo veían, tenemos los papiros egipcios, en los que se reflejan los distintos aspectos de la vida real de los griegos de Egipto. Las demandas y procesos de esta gente son especialmente instructivos, pero sobre todo lo son sus cartas particulares. En algunos casos, como ya he dicho (cap. IV, página 261), se han conservado fragmentos importantes de archivos domésticos. La mayoría de éstos pertenecen a hombres de la clase de los «helenos». Tales son los archivos de Zenón, los de los arquitectos Cleón y Teodoro, y para un período posterior, los de Tolomeo el Recluso, y de un típico indígena helenizado, Menques, el escriba de la aldea de Cerceosiris.

Excepto en muy pocos casos, no sabemos cuáles habían sido las condiciones de vida ni la clase social de los emigrantes griegos a Oriente en sus antiguas patrias. Se ha sugerido que la ma-

yoría —asemejándose en esto a los soldados mercenarios del siglo IV a. de J. C.— eran metecos o κατοικοῦντες en sus antiguas patrias, es decir, en una de las ciudades griegas de la Grecia continental, las islas o Asia Menor, y que llevaron consigo en su emigración la característica «política», o más bien «no política», de esta clase con su vivísimo espíritu creador y su correspondiente experiencia en los distintos campos de la actividad económica y social. Es bien sabido que, por ejemplo, en Atenas y en otros grandes e importantes centros de vida económica en el siglo IV a. de J. C., como Rodas, los negocios comerciales y de otra clase, y en cierta medida las profesiones liberales, estaban en manos de residentes extranjeros y no de miembros del grupo exclusivo de los *politai*. De hecho, veremos ahora que el espíritu de los nuevos colonos en las monarquías helenísticas de Oriente recordaba mucho el espíritu de los metecos de la antigua Grecia. Pero esto no significa necesariamente que la mayoría hubiese tenido el estado social de metecos en sus ciudades de origen. Por supuesto, nuestro conocimiento sobre este punto es defectuoso, pero es interesante observar que en uno de los pocos casos en que poseemos información fidedigna las fuentes no apoyan el juicio general anteriormente indicado. No estoy hablando de la aristocracia política e intelectual, sino de la masa de emigrantes. Así, por ejemplo, Zenón, el famoso ayudante de Apolonio, pertenecía a una familia de respetables ciudadanos de la ciudad caria de Cauno, y los demás caunios que desempeñaron un papel tan importante en el *dorea* de Apolonio probablemente pertenecían a la misma clase social.

Los nuevos colonos en el Oriente helenístico que habían sido metecos o ciudadanos en sus antiguos países trajeron con ellos y desarrollaron en sus nuevas patrias una peculiar actitud de espíritu, que difería mucho de la del siglo IV a. de J. C., aunque en última instancia se derivaba de ella. Puedo señalar brevemente algunos de sus rasgos, los mejor conocidos y que tienen relación más importante con el tema del presente libro; pero para un entendimiento completo de la materia los estudiosos deben completar este resumen con la lectura de los pasajes relativos de los libros y artículos que tratan de este punto con mayor extensión (30).

Sabemos muy poco del espíritu político de los nuevos colonos, su actitud como *homines politici*. A principios de la época los macedonios de los ejércitos de las monarquías helenísticas aún

se consideraban como el cuerpo político tradicional de su madre patria, estrechamente vinculado con los reyes. Pero estas aspiraciones políticas de los ejércitos macedónicos se evaporaron rápidamente. Si los ejércitos (que de hecho dejaron de ser macedónicos) desempeñaron cierto papel en los asuntos políticos de los grandes reinos helenísticos, especialmente en cuestiones de sucesión dinástica, lo hicieron sobre todo, no como cuerpo regularmente organizado con derechos políticos, sino como parte constitutiva de la población de las grandes capitales helenísticas, que en las épocas revueltas ejercía cierta influencia política (31).

Por lo que respecta a los griegos no soldados residentes en las grandes capitales, puedo observar que, en mi opinión, una de las razones de la colonización seléucida de Oriente fue el deseo de los reyes de crear en sus monarquías núcleos de espíritu político griego que poseyeran una devoción natural y congénita hacia sus *poleis* y la disposición a defenderlas contra los ataques de los núcleos que no poseían tal devoción. Junto con la vinculación a la dinastía, esta devoción constituiría una garantía de la estabilidad de estas monarquías. Así sucedía, *mutatis mutandis,* en el imperio tolemaico. De hecho, aunque nuestra información sobre este punto es muy escasa, los griegos de la diáspora mostraron en sus nuevas patrias la misma devoción por sus *poleis* que les había caracterizado en sus patrias de origen. A este respecto, la actitud mental de estos griegos no puede considerarse impolítica o cosmopolita. Estaban orgullosos no sólo de ser «helenos», sino también de ser miembros de una comunidad política griega, ya fuese una *polis,* o ya algún sustituto de ella. Éste fue su espíritu en Egipto y bajo el gobierno seléucida, y sobrevivió aún después de su incorporación a los imperios parto y romano. Remito al lector a lo que he dicho sobre este tema al tratar de Dura-Europos y Seleucia del Euleo, por no hablar de ciudades grandes, como Seleucia de Pieria. Pero sin duda este espíritu quizá no fuese tanto «político» como «municipal».

Esta actitud la podemos ver ilustrada en la historia de las ciudades griegas, macedónicas e indígenas helenizadas del reino seléucida. He demostrado (cap. VI, pág. 917) lo ansiosos que estaban, tan pronto como las condiciones políticas eran favorables a sus aspiraciones, en asegurarse por todos los medios una libertad y una autonomía que los llevase en última instancia a la independencia política. Sus razones eran en parte económicas, pero el motivo subyacente de sus esfuerzos era el amor innato

de los griegos por la vida política independiente. Es indiferente que por regla general no ganasen su libertad con hechos, sino que la recibiesen como regalo y concesión de manos de sus señores.

Mientras que no es fácil encontrar rastros del *homo politicus* en nuestras fuentes, se manifiestan ampliamente el *homo domesticus* y el *homo oeconomicus* en particular. Menos perceptibles son los intereses intelectuales y artísticos de los griegos orientales, entre los que no incluyo los griegos de las grandes capitales, y mucho menos de Alejandría. Aquí, en los pequeños círculos de la gente muy ilustrada a quien los grandes poetas y escritores de las capitales se dirigían principalmente, el interés literario y artístico era muy vivo y altamente refinado. Los griegos a quienes me refiero son los de la *chora.* Puede ser casualidad que en los documentos que ilustran su vida (me refiero principalmente a los papiros de Egipto) los intereses domésticos, económicos y técnicos predominen sobre los relacionados con la literatura y el arte. Eran de esperar documentos de negocios y cartas privadas que tratasen de otros temas que los asuntos económicos, profesionales y domésticos. Podemos aducir como testimonio de la existencia de intereses literarios entre los griegos los descubrimientos frecuentes en la *chora* de fragmentos de papiros literarios. La mayoría de los libros, de los que son tristes restos, se usaban probablemente en las escuelas, pero algunos pertenecían a bibliotecas particulares domésticas.

No obstante, me inclino a considerar la correspondencia de Zenón y los fragmentos de la correspondencia de otros griegos de comienzos de la época tolemaica (y lo mismo puede decirse de finales del período tolemaico) como fieles reflejos de la mentalidad predominante de las personas que en ellos aparecen. Lo que realmente les importaba era la vida material, con sus negocios económicos y mercantiles. Incluso los cuidados familiares, por no hablar de los intereses intelectuales, son de importancia secundaria para ellos. Debemos recordar que Zenón no sólo archivaba documentos exclusivamente de negocios. Probablemente no distinguió entre sus cartas, sino que las guardó todas en sus archivos domésticos. De hecho, entre ellas encontramos de cuando en cuando algunas cartas familiares interesantísimas (especialmente su correspondencia con sus paisanos de Caria), cartas que reflejan sus relaciones sociales y sus tareas deportivas e intelectuales, y hasta fragmentos de libros que muestran que no era indiferente a la literatura y la música. Pero éstas son excep-

ciones. Su escaso número es testimonio elocuente de que en su mente predominaban los intereses y preocupaciones de carácter económico y técnico (32).

Es, pues, evidente que en sus nuevas patrias orientales los griegos se preocupaban principalmente de asegurarse para sí y sus familiares una vida de prosperidad material y, si era posible, de brillo social. Para alcanzarlo trabajaban con diligencia y entusiasmo. Un estudio más completo del que he dado en los capítulos anteriores, de los medios por los que alcanzaron su objeto, sería de gran interés.

f) *Profesionalismo*

La mayoría de los emigrantes a Oriente, tanto en Egipto como a otras partes asiáticas del mundo helenístico, se nos presentan como profesionales y especialistas expertos en algún oficio (τέχνη). Eran originariamente *technitai* en el amplio sentido de esta palabra, o se hicieron en sus nuevas patrias. Había gran demanda de hombres de este tipo en las monarquías orientales, puesto que de su trabajo dependía en gran medida la prosperidad y el papel político de estos reinos. En todas las monarquías helenísticas, el principio fundamental de la vida era la eficacia técnica: las vocaciones se especializaron en gran medida. Me detendré algo en este punto, porque trata directamente del tema de este libro (33).

Los reyes. Empecemos con los reyes. Su oficio no era una sinecura, ni su tarea fácil. Requería no sólo capacidad personal, sino también un cierto grado de formación especial. Esto fue bien entendido por todas las dinastías helenísticas. Sus fundadores fueron autodidactos que habían logrado su eficacia por un duro trabajo y la más seria reflexión, y habían desarrollado una admirable adaptabilidad a las situaciones con las que tenían que enfrentarse. Habiéndose abierto su propio camino, trataron de transmitir a sus herederos el conocimiento que habían adquirido por la experiencia, su ἐμπειρία. Para empezar, les dieron una excelente educación destinada a hacerlos respetados y admirados en el mundo griego. Aún más importante fue la formación profesional que los príncipes reales recibían del rey y de los que con él compartían la administración del país. Esto se lograba, no con instrucción teórica, sino iniciándolos, en particular al presunto heredero cuando era joven, en los asuntos del reino para prepa-

rarlo a ser, él u otro príncipe, primero corregente del rey y después su sucesor. Ésta fue la práctica de los primeros Tolomeos y seléucidas, seguida también en la casa de los atálidas. Las princesas reales participaban de esta formación práctica, y algunas llegaron a ser excelentes gobernantes, no inferiores a sus hermanos y esposos. No tengo que recordar al lector ejemplos como los de Arsínoe, hermana y esposa de Filadelfo, y las distintas Cleopatras de la dinastía tolemaica, culminando en Cleopatra VII, esposa de Antonio. La preparación técnica de los futuros reyes, como he dicho, no era teórica, sino práctica, formándose en la acción. No había manuales escritos dirigidos a la educación de los futuros gobernantes. Los múltiples tratados περὶ βασιλείας les ofrecían el fundamento filosófico moral de la realeza, no la formación profesional en el oficio de gobernar hombres. Esto era natural, porque los filósofos no se interesaban en la vida práctica, mientras que los reyes no necesitaban manuales escritos para ellos y sus sucesores. Lo que todos necesitaban en el mundo helenístico —filósofos, reyes, lectores, cada uno a su manera— era entender la realeza desde el punto de vista filosófico, percibir su carácter esencial y convencerse de la necesidad y beneficios de esta nueva forma de gobierno griego, tan diferente del de la ciudad-estado. Es exactamente lo que las escuelas filosóficas, cada una a su manera, ofrecían a sus lectores. Dado que, en cuanto podemos juzgar por nuestra información, la mayoría de los tratados, de acuerdo con las ideas generales filosóficas de sus autores, aceptaban la realeza con algunas restricciones y bajo ciertas condiciones, y le daban una especie de legitimación filosófica, eran bien recibidos por los reyes y por sus súbditos griegos. En compensación a esta legitimación filosófica, los reyes estaban dispuestos a reconocer y aceptar los principios morales de conducta que les dictaban los filósofos. Por otra parte, sus súbditos se sentían dichosos con que se les diesen razones para aceptar sin escrúpulos la sujeción y obediencia en lugar de la antigua libertad de la *polis* (34).

Burocracia. Los deberes de un rey no podían desempeñarse sin la ayuda de un cuerpo experto de ayudantes profesionales, es decir, una burocracia bien organizada. La rápida y eficaz creación de este ejército de funcionarios, esta maquinaria burocrática griega, fue una de las grandes realizaciones de los reyes helenísticos. Empezamos poco a poco a reconstruirla de los escasos documentos, a entender su organización, su jerarquía, su

esfera y modo de acción. Es una tarea difícil y laboriosa. Más difícil aún es entender cómo los reyes pudieron crear tal maquinaria en un país extraño, en condiciones nuevas y un tanto revueltas, con elementos enteramente desprovistos de cualidades adecuadas. Hay que recordar que los miembros más altos de este personal, directores de los distintos departamentos y sus subdivisiones, eran casi exclusivamente griegos cuyos antecedentes no les habían preparado en modo alguno para la complicada tarea que se les asignaba.

Sin duda la maquinaria burocrática de los Tolomeos, y probablemente de los seléucidas y atálidas, fue heredada en parte del pasado. Hasta cierto punto, pero sólo hasta cierto punto, fue una continuación y helenización de la burocracia oriental. De la última sabemos muy poco; pero si comparamos cómo era en Egipto, donde la información sobre ella es más completa, con la maquinaria burocrática de los Tolomeos, veremos que la última era muchísimo más refinada, lógica y coherente, y ofrecía muchos caracteres nuevos griegos. Este nuevo elemento griego no se limitaba a los nombres griegos de los cargos, a la terminología administrativa y financiera griega, vaga al principio, pero que cada vez se hacía más precisa; ni al uso de la lengua griega en la administración y los impuestos; ni al sistema de numeración griego; consistía sobre todo en el plan general de la administración y en el espíritu que la impregnaba.

La labor que se exigía a los funcionarios civiles también era nueva. Al principio los reyes no se conformaban con la obra rutinaria, en su mayor parte heredada del pasado por sus subordinados. Tenían sus propios fines, muy diferentes de los de sus predecesores. Para adaptarse a ellos trataban de reorganizar los antiguos sistemas administrativos, financieros y económicos que encontraron en los países que gobernaban. Exigían, pues, a sus equipos un trabajo creador, no rutinario. Puedo recordar lo dicho en el capítulo IV sobre el sistema económico de los Tolomeos (por ejemplo, sobre sus monopolios) y llamar la atención sobre el alto grado de inteligencia requerido por parte de los funcionarios reales para concebir un documento del tipo de las llamadas leyes de los Ingresos de Tolomeo Filadelfo, una regulación elaborada, lógica y precisa de algunas ramas de la nueva organización tolemaica financiera y económica. Es más que probable que una obra de reorganización y adaptación similar se realizase en otras monarquías helenísticas de Oriente.

La reconstrucción y transformación del sistema burocrático de Oriente de acuerdo con un plan general y con propósitos decididos debe considerarse como una de las realizaciones más asombrosas del genio griego y como testimonio de su adaptabilidad y flexibilidad.

Lo conseguido por los primeros reyes helenísticos era más notable porque ellos y sus ayudantes no traían consigo ningún conocimiento especial o formación profesional para la tarea. Sus asuntos privados en sus propios países los habían llevado de una manera más bien primitiva. La administración de sus asuntos municipales, de los que algunos emigrantes podían haber tenido cierta experiencia, estaba más desarrollada, pero era aún completamente elemental comparada con el sistema tolemaico. El resto, es decir, la mayor parte de este sistema, había de ser desarrollado por sus rápidos y fértiles cerebros, que en seguida se dieron cuenta de las líneas principales de la organización oriental y fueron capaces de rehacerlas de acuerdo con la política real. Ciertamente, el esquema general fue formulado por los mismos reyes y sus principales ayudantes y consejeros personales. Pero la maquinaria había de ser construida por el esfuerzo de los funcionarios menores, y eran éstos los que tenían la tarea de transformar las leyes escritas en práctica actual.

La tarea de la burocracia tolemaica fue realizada con eficiencia y éxito en todos los departamentos de la administración. La maquinaria, aunque no perfecta (nunca existieron burocracias perfectas), se mostró completamente adecuada a los propósitos de los reyes. Sin duda, no carecía de defectos: inconsecuencias e irregularidades, conflicto de autoridades, terminología imprecisa, algunas vagas concepciones de responsabilidad, etc.; pero en conjunto, el resultado, tal como lo percibimos nebulosamente y como lo he descrito en el capítulo IV respecto a Egipto y Siria, fue maravilloso en su lógica y claridad de concepción, en su coordinación con el pasado y en la flexibilidad con que facilitó los cambios de detalle.

Es notorio que en los grandes estadios de su historia la burocracia tolemaica (la única cuya evolución conocemos) degeneró y se transformó en un instrumento intolerable y deshonesto de opresión. Sin embargo, esto no se debió al plan de la maquinaria, sino a las condiciones generales antes discutidas bajo las que operó, y al carácter de los fines para que fue creada.

Al principio los reyes escogían sus funcionarios más o menos al azar, tomando los mejores de que disponían. Estos hombres,

como el mismo rey, acumularon un acervo de conocimientos profesionales, en parte heredado del pasado, pero en parte elaborado por ellos mismos mediante un duro trabajo y una experiencia personal. No tenían guía alguna en sus esfuerzos. Como los reyes, facilitaron su experiencia acumulada a sus sucesores y establecieron una tradición. Probablemente sus oficinas fueron desde el principio, a un mismo tiempo, departamentos de la administración y escuelas de formación para los «escribas» más jóvenes: oficinistas y copistas jóvenes, como les llamaríamos hoy. Los funcionarios, como los reyes, no podían aprender su oficio de los libros. Los principios generales de conducta podían encontrarlos explicados en algunos tratados filosóficos parecidos a los περὶ βασιλείας, especialmente los múltiples συναγωγαί compilados por Aristóteles y sus discípulos; y éstos sin duda podían componerse sacándolos de las instrucciones generales dadas por los reyes, los llamados ἐντολαί o ὑπομνήματα, después de los *mandata* romanos, que en sus admoniciones generales muestran la influencia de la filosofía contemporánea. Pero la práctica de la administración la aprendían de sus jefes. Cuando los romanos vinieron a Oriente, encontraron a mano, dispuesto, un sistema administrativo bien establecido y un ejército de especialistas en este oficio. De ellos dependía si lo emplearían, y si lo empleaban, cómo lo harían (35).

Ejército y marina. El ejército y la marina constituían otros dos grandes grupos de profesionales en todas las monarquías helenísticas. No puedo tratar aquí por extenso este tema fundamental. El único punto en la organización de estos ejércitos y marinas que deseo destacar en este lugar es su carácter puramente profesional. Los mismos reyes eran sobre todo y ante todo caudillos de sus ejércitos y marinas, *technitai* experimentados. Y lo mismo eran sus generales, almirantes, oficiales y la mayoría de los soldados. La guerra por mar o por tierra era una ocupación muy especializada en la que los hombres sin adiestramiento no eran útiles. Por el contrario, se necesitaban y buscaban hombres perfectamente adiestrados. No sabemos cómo recibían adiestramiento los cuadros y tropas de este ejército. Los soldados establecidos en el país podían aprender los primeros rudimentos de su oficio en los gimnasios. Se enseñaban juegos de carácter militar en los gimnasios del mundo antiguo (véase cap. VI, nota 82). Los mercenarios profesionales eran disciplinados por los oficiales que los reclutaban y mandaban. Los mercenarios «bárbaros»,



como gálatas y tracios, eran educados en pueblos y aldeas de su patria. La guerra era su ocupación tradicional, y la preparación para la guerra lo elemental de su educación. Pero el adiestramiento final se daba a los hombres en los campamentos y barcos, especialmente cuando había estallado o era inminente una de estas guerras frecuentes. Lo mismo puede decirse respecto a los oficiales. No tenemos testimonio de la existencia de escuelas militares. Los estrategos y tácticos del mundo antiguo se hacían profesionales y especialistas por su experiencia en hechos en el servicio militar (36). Sin duda tenían algunos libros para ayudarles. Había libros generales sobre táctica y estrategia, e interesantes colecciones de las llamadas estratagemas, pero en su mayor parte eran de carácter teórico y probablemente desempeñaron una parte secundaria en el adiestramiento militar de comandantes y oficiales. Algunos oficiales helenísticos pudieron haber estudiado los informes sobre las campañas de Alejandro reunidos por especialistas en asuntos militares (por ejemplo, Tolomeo Soter) y los de las guerras de los diádocos en las obras históricas escritas por contemporáneos competentes. Probablemente puede decirse lo mismo de los oficiales de marina (37).

Estado mayor técnico del ejército y la marina. La tarea de los que formaban el equipo técnico del ejército y la marina no era nada fácil. Aquí no bastaba la formación empírica. Los ingenieros que construían y manejaban las máquinas de sitio, cada vez más complicadas, y las piezas de artillería antigua, así como los arquitectos que construían las imponentes fortificaciones, de las que aún quedan algunos ejemplos, tenían que estar al día de las nuevas invenciones, que se sucedían unas a otras rápidamente. Eminentes eruditos familiarizados con los descubrimientos de la ciencia pura trabajaban en este departamento de la técnica militar, y algunas veces hicieron descubrimientos espectaculares. Bastará recordar los famosos nombres de Ctesibio, Filón, Bitón y quizá Herón y Ateneo, y el más famoso y eminente de todos ellos, Arquímedes. Excepto Arquímedes, todos estos científicos dejaban sus inventos en tratados especiales (πολιορκητικά, βελοποιϊκά y similares), y podemos suponer que estos libros eran ampliamente usados por los equipos técnicos de los ejércitos y marinas helenísticos. No puedo detenerme aquí en los complicados problemas relacionados con la técnica de la guerra en general y en la época helenística en particular. Sólo debo decir que, de acuerdo con los más famosos especialistas en este campo, los

científicos e ingenieros helenísticos agotaron las posibilidades de los conocimientos mecánicos de la época puestos a su disposición en la mejora rápida de las máquinas de sitio, de la artillería de la época y de los métodos de fortificación. Respecto a la artillería los conocimientos se limitaban a los propulsores, a la torsión y al aire comprimido (el último de los cuales no lo usaron de hecho), dado que desconocían los explosivos. Estudiaron estas dos fuerzas completamente y con gran éxito. Sus descubrimientos formaron la base de la técnica militar para muchos siglos venideros. Los romanos añadieron muy poco.

Lo que he dicho sobre las operaciones militares en tierra vale también para la marina. He mencionado la competencia entre los reyes helenísticos en la construcción de barcos de guerra de tamaño cada vez mayor y su equipo con las últimas invenciones. Destaqué (cap. V) el papel que en la marina rodia desempeñó el equipo técnico como parte tan importante como el personal naval y los marinos. Es una pena que nuestra información sobre este punto sea vaga y general. Pero el hecho está bien establecido.

Es, pues, evidente que ningún rey helenístico dispuesto a hacer su Estado todo lo poderoso posible olvidaba los grandes progresos técnicos de su tiempo. Para estos fines, todos los gobernantes necesitaban gran cantidad de equipos eficientes de especialistas profesionales (38).

Profesiones liberales. El profesionalismo no se limitaba a los que estaban al servicio del Estado tanto en la administración civil como en el ejército y la marina. Se desarrolló rápidamente en esta época en todas las esferas de la vida. Más adelante, en este capítulo volveré a tratar de este fenómeno como factor de importancia en la agricultura, la industria y el comercio. Aquí puedo hablar del rápido crecimiento del profesionalismo en lo que conocemos como profesiones liberales.

El Museo de Alejandría. El gran papel desempeñado por el famoso Museo de Alejandría en el desarrollo de la literatura, la enseñanza y la ciencia es muy significativo. Los científicos más distinguidos y los hombres de letras del día vivían en esta institución alojados y alimentados por los reyes, gozando de inmunidad de impuestos y otras cargas, y enteramente dedicados a su labor de investigación o creación literaria. Algunos realizaban trabajos especiales que les confiaba el rey, tales como la organización de la biblioteca y la catalogación de su contenido, con lo que se asocia el nombre de Calímaco, y quizá la organiza-

ción racional del servicio médico*1; pero la mayoría estaban simplemente dedicados año tras año a sus propios estudios, sin preocupaciones de orden material o político. Sus necesidades materiales eran cuidadas por los ἐπιστάται y ἀντεπιστάται*2, nombrados por el rey, mientras que en Alejandría no había oportunidad para actividades políticas. Los miembros del Museo se transformaron, pues, en poetas, escritores, filósofos y eruditos profesionales en el verdadero sentido de la palabra. Una institución similar no se encuentra en otras monarquías helenísticas. No se sabe que existiera en Antioquía o Pérgamo ninguna institución igual al Museo de Alejandría. Pero la Biblioteca de Pérgamo rivalizaba con la de Alejandría, y era el punto de reunión de hombres de letras, filósofos, eruditos y artistas patrocinados por los atálidas; y es difícil suponer que los seléucidas no hicieran esfuerzos en la misma dirección, aunque con menos vigor y éxito que los Tolomeos y los atálidas. En apoyo de esta opinión, puedo mencionar que en la época helenística produjo Siria un grupo numeroso de escritores, filósofos y eruditos, algunos de los cuales siguieron sus vocaciones en su patria y otros en algunos centros más antiguos de la vida griega culta, como Atenas y Rodas. Sus nombres son bien conocidos y han sido recogidos frecuentemente*3. La afición literaria helenística era tan fuerte en Siria, que en época romana este país fue tan fecundo en escritores y eruditos eminentes como las demás provincias del imperio romano*4 (39).

«Technitai» dionisiacos. Los *technitai* dionisiacos de que he hablado anteriormente ofrecen otro ejemplo de la misma tendencia. El carácter profesional de estas instituciones corporativas es evidente. En estas asociaciones sólo eran elegidos los oficiales relacionados de alguna manera con el teatro, como artistas, directores de escena, actores, músicos, bailarines y otros profesionales ocupados en montar y producir comedias o en organizar conciertos musicales, es decir, los que hacían profesión perma-

---

*1 Véase pág. 1223.

*2 Nótese el título de los últimos «encargados de abastecer a los hombres, exentos de impuestos, que se alimentan en el Museo» —καὶ ἐπὶ τῆς εὐθηνίας τῶν ἐν τῶι Μουσείωι σιτουμένων ἀτελῶν— *S. E. G.*, VIII, 652, siglo I a. de J. C.

*3 Puedo referirme, por ejemplo, a las espléndidas páginas sobre el tema en W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India,* 39 y sigs.

*4 Véase la lista en F. M. Heichelheim, *Roman Syria,* en T. Frank, *Econ. Survey,* IV, pág. 167 y sigs.

nente del trabajo dionisiaco. El resto eran miembros honorarios (πρόξενοι) o φιλοτεχνῖται y συναγωνισταί, que puede significar «amigos del arte» y «aspirantes», respectivamente. Mientras en Grecia los *technitai* estaban organizados como corporaciones autónomas, en las monarquías orientales, como he dicho, aunque mantenían su organización corporativa peculiar y un alto grado de autonomía, dependían más o menos de los gobernantes. La situación de los *technitai* en el reino tolemaico recuerda, *mutatis mutandis,* la de los miembros del Museo, y puede considerarse quizá como el primer intento del mundo griego de dar un carácter completamente oficial a una rama de la vida artística (40).

Así, organizados como las asociaciones religiosas y profesionales, los miembros del Museo y los de las asociaciones dionisiacas, por la fuerza de las circunstancias, se hicieron también maestros. Los grandes especialistas del Museo, así como los jefes de las escuelas de Atenas y los filósofos individuales destacados en otras partes, atrajeron a jóvenes ávidos de aprender, y los *technitai* necesitaban discípulos y jóvenes asociados para ayudarles en sus oficios. Es bien sabido que en Europa los teatros solían ser y aún son eficaces escuelas de todo lo perteneciente al arte dramático.

Poetas, etc. Muchos poetas, oradores sobre distintos temas, músicos, etc., no pertenecían a las asociaciones dionisiacas ni a otras organizaciones profesionales, sino que seguían manteniendo su independencia. Sin embargo, eran tan profesionales, *technitai,* como los que formaban parte de grupos organizados. En la época helenística, con frecuencia ganaban la vida viajando por todo el mundo helenístico, dando recitales, pronunciando discursos o conciertos musicales al público mediante pago. En nuestras fuentes se observan muchos rastros de su actividad y éxito, que se refieren en su mayoría al continente griego (41).

Mimos. Otra clase de profesionales rivalizaba con los anteriores en ubicuidad y popularidad: los actores, bailarines y músicos que cultivaban, no los anticuados géneros de interpretaciones dramáticas y musicales más o menos clásicos, sino el género más moderno y ligero de lo que en la época antigua se llamaba el mimo o pantomima, con sus distintas subdivisiones. La popularidad de este nuevo tipo de drama, combinación de comedia ligera o farsa con *ballet* que sólo se menciona raras veces en textos literarios e inscripciones, está atestiguada por varias estatuillas de arcilla halladas en las tumbas y casas particulares,

las cuales reproducen, con toda probabilidad, los caracteres más famosos y populares en los mimos (véanse láms. XXXI y XXXIII). Quizá sean más frecuentes que las estatuillas populares de autores cómicos y trágicos (lám. XXII), aunque menos reconocibles. Además puedo mencionar que escenas de mimos se emplearon a veces para decorar los llamados cuencos «megareos» y los primeros ejemplares de la *terra sigillata* (lám. XXV) (42).

En un plano inferior, encontramos los entretenimientos, que nunca faltan, del populacho en calles, plazas, ferias y casas particulares, en ciudades y pueblos. Sabemos poco de ellos, pero sin duda eran tan numerosos y populares en el mundo helenístico como lo habían sido antes y aún lo son hoy: músicos y cantantes, acróbatas de distintas clases, como equilibristas (σκανδαλισταί), bailarines de fantasía (por ejemplo, bailarines con castañuelas —κροταλίστριαι o κροταλιστρίδες—, en Egipto y en otras partes), encantadores de serpientes, exhibicionistas de monos, osos y otros animales domesticados, adivinos y milagreros (θαυματοποιοί), etc. No puedo omitir éstos de mi resumen porque pertenecían a la gran familia de profesionales de que estoy hablando, aunque estuvieran algo más abajo en la escala social (43).

Atletas. Finalmente puedo mencionar un hecho bien conocido de todos los estudiosos del mundo antiguo: el profesionalismo cada vez mayor de los deportes, el crecimiento de una clase de atletas profesionales que eran tan famosos y populares como los actores y cantantes de mayor éxito. Entre éstos la moda del día colocaba en el lugar más alto a los luchadores y púgiles. La famosa estatua de bronce del púgil en el Museo de las Termas de Roma demuestra la gran boga y honor de que estos hombres gozaban a finales de la época helenística (44).

Escuelas. Del teatro y otras diversiones podemos pasar a las escuelas. Ya he señalado la importancia de éstas en la vida de los helenos de las monarquías orientales. Los maestros, tanto públicos como privados, no eran especialistas en su profesión. No había establecimientos especiales para formarlos en el mundo griego, ni siquiera en la época helenística. En las ciudades griegas los maestros públicos eran elegidos como otros funcionarios ciudadanos. Muchos de ellos pudieron haber sido maestros de escuela sólo temporalmente. No tenemos noticia de que se exigieran calificaciones especiales distintas de un alto concepto moral de conducta. Pero en la práctica la mayoría de los maestros eran profesionales. Nuestra información sobre ellos se refiere casi ex-

clusivamente a Atenas y a algunas ciudades antiguas de Asia Menor. Pero podemos deducir por ello una idea general de la vida de los maestros de escuela en las monarquías orientales. El empleo no estaba muy bien pagado, y realmente no lo ha estado nunca en la historia de la humanidad. Sabemos que a fines del siglo III a. de J. C. los maestros de la escuela pública de Mileto recibían una dracma o un poco más cada día*[1], que era el salario de un obrero especializado, y en Teos, más tarde, un poco más*[2]. No obstante, entonces como ahora, muchos hacían de la enseñanza la profesión de su vida y eran muy estimados y honrados por sus discípulos. Puedo recordar a mis lectores el bajorrelieve sepulcral de Jerónimo de Rodas erigido por sus devotos y agradecidos discípulos. La popularidad del maestro, tanto en la vida real como en el teatro, se ve en numerosas estatuillas de arcilla que nos permiten seguir la educación de un niño (chico o chica) desde sus primeros años escolares: los vemos primero en manos (o a hombros) de un pedagogo doméstico (generalmente un esclavo) y después aprendiendo los conocimientos elementales con un maestro de escuela (véanse láms. XXX y L, 1).

Médicos. Una figura no menos importante en la vida de un griego educado era la del doctor. Su profesión estaba bien situada en Grecia en los siglos V y IV a. de J. C. En las obras literarias de esta época abundan las referencias a los médicos y la discusión de su oficio. El enfermo iba a los grandes templos de los dioses curativos (especialmente Asclepio) y buscaba la curación por la intervención milagrosa (incubación). Pero al mismo tiempo la medicina científica, la de Hipócrates y su escuela de Cos, con sus progresos, se hacía cada vez más popular. En la época helenística, por todas partes había médicos, y también veterinarios. No existía en el mundo griego ciudad que se respetase —ni en el continente, ni en las islas, ni en Asia Menor— que no tuviese por lo menos un doctor público y algunos practicones privados. En las emergencias —epidemias y guerras, o con ocasión de los grandes festivales y ferias, cuando las grandes multitudes se reunían y vivían en condiciones muy insanas— las ciudades alquilaban médicos famosos de otras ciudades, especialmente de Cos, o invitaban a distinguidos practicantes privados de otros lugares y les mostraban su gratitud mediante honores públicos

---

*[1] *S. I. G.*[3], 577, 1, 51 y sigs.
*[2] Ibíd., 578, 1, 10 y sigs.

recordados en los decretos honorarios. También se honraba de la misma manera a los doctores residentes en una ciudad, en reconocimiento a su extraordinaria habilidad o a un servicio distinguido. Aún quedan muchos de estos decretos, y constituyen nuestro principal testimonio sobre el papel social de los médicos en la vida de los ciudades griegas (45).

Desde el punto de vista griego, los médicos eran profesionales (τεχνῖται), y su arte una τέχνη. Como otros profesionales, eran muy nómadas. Viajaban de un sitio para otro, y en la mayor parte de las ciudades que residían no eran ciudadanos, sino extranjeros o metecos. En su oficio dependían no sólo de su formación teórica y práctica, sino también de ciertos productos de otros oficios. Desde tiempos muy antiguos era corriente el empleo de instrumentos quirúrgicos y de otra clase. Mejoraron mucho en finura de construcción con el progreso de la habilidad mecánica en la época helenística. Aún conservamos descripciones detalladas de distintos instrumentos quirúrgicos de épocas antiguas y posteriores, y en las antiguas tumbas y en las ruinas de ciudades antiguas han sido hallados ejemplares excelentes. Los ejemplares conservados en nuestros museos pertenecen en su mayor parte a la época romana, pero no hay duda de que en su mayor parte derivan de originales helenísticos. Tan excelentes y bien fabricados como los instrumentos quirúrgicos eran los vendajes, que conocemos exclusivamente por descripciones en los tratados médicos. La preparación y aplicación de los vendajes requería especial habilidad. Finalmente debo mencionar los cientos de distintas drogas, preparadas y vendidas por los mismos médicos y sus aprendices. En esto competían con los farmacéuticos profesionales (φαρμακοπῶλαι), que en el mundo antiguo tenían la mala fama de actuar como médicos sin formación profesional, de vender toda clase de drogas preparadas por ellos (incluso venenos) y de impresionar al público con distintos trucos que los hacían figurar entre los θαυματοποιοί. No obstante, eran muy populares entre la gente común, como siguen siéndolo sus sucesores en los tiempos modernos (46).

Tal era la situación de la profesión médica en la antigua Grecia. En las monarquías helenísticas las condiciones eran algo diferentes. En ellas la profesión médica era tan especializada como en Grecia, y los médicos tenían la misma demanda, pero sus relaciones con el Estado asumían una forma diferente. Tenemos mucha menos información sobre la profesión médica en las mo-

narquías helenísticas que en las ciudades-estados griegas. En el reino seléucida apenas existen fuentes; por lo que respecta a Egipto, son algo más abundantes. Sin embargo, tales como son muestran claramente que los reyes helenísticos no olvidaban una rama tan interesante para el público, y que en la vida de las monarquías orientales los médicos desempeñaban un papel tan importante como en la de las antiguas *poleis* griegas.

No hay que decir que los reyes tomaban a su servicio los mejores médicos que podían conseguir, para atenderlos a ellos mismos, a sus familias y a los miembros de sus grandes οἶκος. Sabemos, por ejemplo, que Dífilo de Sifnos fue médico de Lisímaco*[1], que Menandro de Pérgamo cuidó de la salud de Éumenes II*[2], que Antígono Gonatas empleó varios doctores famosos, y que los seléucidas tenían también muchos practicones de gran reputación para atenderlos. Puedo mencionar entre los últimos al famoso médico Metrodoro, natural de Anfípolis, que curó la herida en el cuello recibida por Antioco I en una batalla en Asia Menor hacia 270 a. de J. C.*[3].

Algunas inscripciones atestiguan la existencia del alto título cortesano de ἀρχίατρος en el reino seléucida y en los reinos organizados según el mismo modelo. El hecho de que archimédico sea un título cortesano sugiere que los que lo llevaban estaban con toda probabilidad especialmente encargados del servicio médico de la corte, aunque necesariamente no fuesen ellos mismos médicos. En parte para procurarse mejor asistencia médica para sí mismo, y en parte tal vez para procurar una organización eficiente del servicio médico en sus reinos respectivos, todos los monarcas helenísticos rivalizaban entre sí en obtener los servicios de los mejores médicos de la época y en establecer en sus capitales escuelas médicas dirigidas por regla general por médicos de formación hipocrática de Cos. Hay buen testimonio de estas escuelas médicas en Alejandría; sobre Macedonia, Pérgamo y Antioquía tenemos menos información (47).

Más importancia tiene el hecho de que todas las monarquías helenísticas parece que trataron de organizar servicios médicos especiales, tanto para las capitales y los ejércitos como para la población civil en general. Aunque nuestra información sobre el

---

*[1] M. Wellmann, *P. W. K.*, V, 1155.
*[2] *I. G.*, II², 946: 166-165 a. de J. C. (?); cf. Suidas, voz Λεσχίδης.
*[3] *O. G. I.*, 220; cf. Welles, *R. C.*, pág. 64.

punto es muy pobre, basta para hacer muy probable la existencia de este servicio en Egipto. Su origen debe buscarse en parte en las tradiciones locales: una especie de servicio médico real que existió probablemente en Egipto antes de los Tolomeos. Por otro lado, los griegos estaban acostumbrados en su propio país a los servicios de doctores públicos de la ciudad (δημόσιοι ἰατροί)*[1], y esperaban encontrar un servicio similar organizado para ellos en sus nuevas patrias, tanto por las nuevas ciudades como por el gobierno central. Los Tolomeos, en su reino sin ciudades, parecen haber combinado las tradiciones locales con las de las ciudades-estados griegas y haber creado lo que fue el primer servicio sanitario estatal y sistema «socializado» de asistencia médica de que tenemos testimonios en la historia de la humanidad civilizada. No estará, pues, fuera de lugar pasar revista a las escasas fuentes que tenemos sobre este punto.

La asistencia de un servicio público médico en Alejandría puede conjeturarse por una interesante inscripción delia del siglo II a. de J. C. erigida en honor de un noble alejandrino, Crisermo, hijo de Heráclito, que tenía algunos altos cargos reales en Alejandría*[2]. Los cargos eran: exegeta de Alejandría, ἐπὶ τῶν ἰατρῶν (jefe de doctores), y epístate (presidente) del Museo. Los cargos pudo haberlos tenido al mismo tiempo o sucesivamente. Todos se limitaban a Alejandría. Por ello es difícil compartir la opinión unánime de los eruditos modernos según la cual Crisermo era jefe del servicio médico real de Alejandría y del país *(chora)*. Pero es evidente que ocupaba una alta posición en el servicio médico. Dado que el cargo médico le llevaba a la presidencia del Museo, o estaba relacionado con ella, es lógico presumir que era cabeza de la sección médica del Museo que muy probablemente constaba de miembros que al mismo tiempo eran médicos de corte. Quizá podamos dar un paso más y considerarlo responsable del servicio médico real de la ciudad de Alejandría, incluida la guarnición. Pero dudo en extender su esfera de acción más allá de esto a causa del carácter alejandrino de su cargo y de la existencia de otro testimonio que parece denotar una organización algo diferente del servicio médico en la *chora*.

---

*[1] Véase pág. 1220.

*[2] *O. G. I.*, 104; F. Durrbach, *Choix*, 90; *Inscr. de Délos*, 1528, época de Filométor.

Este testimonio parece demostrar que había un servicio médico centralizado para toda la *chora* egipcia, con sede central en Alejandría. Diodoro (I, 82), reproduciendo probablemente a Hecateo de Abdera, contemporáneo de Soter, que era su fuente principal, dice que los soldados de la *chora*, mientras estaban en servicio militar activo o prestaban otro servicio, eran tratados gratuitamente por los médicos locales. Los médicos cobraban ἐκ τοῦ κοινοῦ, es decir, estaban al servicio público o real. Esta institución parece haber sido heredada del pasado por los Tolomeos. La profesión médica estaba muy especializada y ampliamente difundida en el Egipto pretolemaico (Herodoto, II, 84). En el Egipto tolemaico la asistencia médica fue una rama bien organizada del servicio público. Sabemos que se impuso en esta época una capitación especial (ἰατρικόν) para todos los habitantes de la *chora*, incluyendo los soldados establecidos. En el período romano parece que se abolió este impuesto. Esta contribución era la misma que se imponía en las ciudades griegas para financiar el servicio médico público, y difícilmente pudo haber tenido otro significado en Egipto. Puede mencionarse que en un caso la cuota individual de un contribuyente pasaba directamente al médico (*Hib.*, 102).

Otros textos nos dan testimonios adicionales sobre el carácter y organización de este servicio médico. En una carta particular del siglo I a. de J. C.*, un griego, Atenágoras, llamado ἀρχίατρος, da una orden a los momificadores (στολισταί) y a sus sacerdotes del Laberinto en el Fayum de ocuparse del cuerpo de su ayudante, muerto allí casualmente. Para transportar el cuerpo hasta Tolemaida, Atenágoras envió a dos de sus agentes, Nicias y Croco, y dice en esta carta que los momificadores de Alejandría han escrito a sus colegas del Laberinto en el mismo sentido. Esto sugiere que Atenágoras residía en Alejandría, que era un alto funcionario y que su cargo se relacionaba con las funciones del gran cuerpo de sacerdotes, sacerdotes menores y asistentes encargados de los complicadísimos menesteres de preparar el entierro de los cuerpos de egipcios que morían en Alejandría y en la *chora*. Éste era un cargo de extrema importancia desde el punto de vista sanitario, porque los entierros requerían gran cuidado e inspección médica para evitar cualquier clase de

* Hunt Edgar, *Sel. Pap.*, 104; cf. C. C. Edgar, *Arch. Pap.*, XIII (1938), pág. 76.

epidemia. Ha de recordarse que en nuestros días Egipto es un país donde muchas enfermedades infecciosas son endémicas.

Otra persona, según parece, relacionada con los mismos asuntos de inspección sanitaria fue Tatas, un egipcio (?) denominado βασιλικὸς ἰατρός (véase cap. VI, nota 162). Aparece en el proceso de Hermias*1, donde se le menciona diciendo que envió un informe al estratego sobre las restricciones de residencia impuestos a los ταριχευταί de Tebas, refiriéndose en el curso de él a una orden especial sobre este asunto emitida por el rey.

Parece, pues, que podemos sugerir que había un servicio sanitario médico real que actuaba sobre la *chora* en general. A su cabeza estaba el médico jefe residente en Alejandría y asistido por un gran equipo de funcionarios griegos. Sus subordinados en la *chora* eran «médicos reales», algunos quizá egipcios. Era deber suyo inspeccionar desde el punto de vista sanitario las funciones de los sacerdotes en relación con los entierros. El mismo servicio y los mismos médicos reales, además de atender a sus deberes sanitarios, probablemente estaban obligados de cuidar de la salud de los mismos habitantes de Egipto. Un servicio separado pudo haberse organizado para Alejandría bajo los ἐπὶ τῶν ἰατρῶν (48).

Además del servicio médico público, en Egipto, como en otras partes, probablemente había practicantes privados. Podemos considerar que pertenecía a esta clase un médico (?) griego llamado Demas, que es alabado en su epitafio del siglo II antes de J. C. como «auxiliador de muchos hombres por medio de su saber (o sabiduría)»*2, y un egipcio (mencionado en el cap. VI, pág. 950), denominado en una carta privada ἰατροκλύστης*3.

Menos información tenemos sobre la organización del servicio médico en los dominios seléucida y pergameno. Podemos suponer que el ἀρχίατρος de los seléucidas y de Mitrídates antes mencionado (nota 47), como el ἐπὶ τῶν ἰατρῶν de los Tolomeos, no sólo estaba encargado de los médicos cortesanos, sino también del servicio médico de las capitales y de los ejércitos. Las ciudades de los reinos asiáticos probablemente organizaron sus propios servicios médicos según el modelo de las ciudades de la antigua

---

*1 *U. P. Z.*, 162, col. II, líns. 25 y sigs.

*2 πολλῶν ἀνθρώπων βοιθὸς ἐὼν συν[έσει] ο σο[φίαι] (*S. E. G.*, VIII, 483).

*3 Wilcken, *Chr.*, 136; *U. P. Z.*, 148.

Grecia. Por lo que se refiere a los *laoi*, me temo que se dejaba a los dioses y sacerdotes el cuidado de ayudarlos a morir en paz.

Abogados. En la complicada vida jurídica de los reinos helenísticos orientales, donde estaban vigentes varios códigos al mismo tiempo y los tribunales con frecuencia tenían que ver en conflictos entre estos derechos, y entre ellos y los edictos y reglamentaciones reales, las partes en los procesos e incluso los mismos jueces (que no tenían formación profesional, especialmente los que actuaban como jueces en calidad de funcionarios administrativos) tenían urgente necesidad de abogados expertos para aconsejarlos. Hay abundantes testimonios de que estos abogados (συνήγοροι y ῥήτορες por un lado, y νομικοί por otro) existían en la época romana. Nuestras fuentes de la época helenística son mucho más escasas, pero suficientes para demostrar que los abogados profesionales eran un elemento ordinario en el sistema social egipcio de esta época. El gobierno lo reconocía, pero trataba de restringir su actividad de tal modo que no pudieran inmiscuirse en la recaudación de impuestos. Por orden del rey (mencionada en *Amh.*, 33 de 157 a. de J. C.) no se permitía a los abogados (συνήγοροι) intervenir en los casos criminales relacionados con los impuestos. Por otra parte, eran figuras familiares en los tribunales. Sabemos que un impuesto especial de los abogados (συνηγορικόν) era recaudado por el gobierno*[1]. La naturaleza de este impuesto y el modo de su distribución son desconocidos. Pudo haber sido un impuesto sobre los que deseaban ser asistidos en sus procesos por abogados, o un impuesto sobre un gran grupo de pagadores de la remuneración de abogados en general, que en tal caso serían especialistas intervenidos por el gobierno.

Finalmente, podemos formarnos alguna idea de los métodos y la capacidad de los abogados por los documentos del proceso de Hermias. En estos documentos figuran dos abogados, los dos griegos, uno en representación de los intereses de Hermias, y otro de los *choachytai**[2]. Es evidente que los abogados (cuya competencia e inteligencia al tratar el proceso de Hermias despierta nuestra admiración) no eran formados en escuelas jurídicas especiales, pues no tenemos noticias de estas escuelas. Adquirían sus conocimientos por la práctica, por ἐμπειρία, y la transmitían a sus ayudantes y aprendices (49).

---

*[1] *U. P. Z.*, 172 de 126-125 a. de J. C.

*[2] Ibíd., 161, 34-35, y 162, IV, 35.

Los hombres que se dedicaban a profesiones liberales formaban una gran parte de la población «griega» de las monarquías helenísticas de Oriente. A estos hombres debemos añadir otro grupo importante, quizá igualmente grande, pero menos conocido: hombres que en ocasiones participaban activamente en los negocios económicos del Estado y la mayor parte de las veces trabajaban por su propia cuenta. Probablemente eran más numerosos en el reino seléucida y en Asia Menor que en Egipto, donde no se puede trazar una línea divisoria exacta entre los negocios particulares y los del Estado, tanto en lo que se refiere a las clases bajas de la población como a las altas. Hablaré ahora de este segundo grupo, cuando haya pasado revista a las innovaciones económicas que aparecieron por primera vez en la época helenística.

g) *Temperamento de los helenos*

Poco puede decirse sobre el espíritu que animaba a los extranjeros en las monarquías helenísticas. El tema es difícil y delicado. Nuestras fuentes son escasas y susceptibles de distintas interpretaciones. En consecuencia, sólo puedo dar mis propias impresiones, que no pueden demostrarse exactamente, pero que están apoyadas por el tono y el carácter generales de la información de que disponemos. Me limitaré en estas notas al Oriente helenístico. De Grecia y el antiguo mundo helenístico diré algo ahora.

Mi impresión es que la actitud dominante de los griegos orientales de la primera época helenística no fue de depresión y pesimismo, ni de resentimiento por la libertad perdida. Por el contrario, predominaba un optimismo boyante. Había confianza y fe apoyadas por las enseñanzas de las principales escuelas filosóficas en las posibilidades ilimitadas del hombre y su razón; había agresividad y una lucha por la vida y la felicidad. Tal espíritu se encuentra en todos los grandes hombres de la época en las esferas política, intelectual y económica. Puedo recordar a los grandes generales de Alejandro, fundadores de un nuevo mundo; sus sucesores los intrépidos constructores de un nuevo Estado, los grandes poetas y eruditos, ingenieros y arquitectos, escultores y pintores, actores y músicos. Todos se dedicaban, no a la rutina, sino a la obra creadora. Todos daban a luz nuevos valores. Con el debido respeto para el pasado, trataban de decir cosas propias, a veces revolucionarias, para fundir

y modelar de nuevo la vida antigua. No hay necesidad de fuentes para apoyar este juicio. Su demostración implicaría repetir la historia política de la época junto con la de la literatura, el arte y la cultura en general de principios de la época helenística.

Este espíritu era compartido por los personajes de menor cuantía del momento. Conocemos pocos, pero puedo recordar al lector lo que dije sobre Apolonio, el administrador financiero y económico empleado por Filadelfo, de su ayudante Zenón y del grupo de hombres que lo rodeaban. La nota dominante en las cartas y otros documentos de los archivos de Zenón es un trabajo sin descanso, una febril actividad en beneficio del Estado, de su superior y de sí propio. En esta atmósfera no podía haber pesimismo, y ninguno lo habría tolerado. Me inclino a extender el cuadro ofrecido por la correspondencia de Zenón y las demás cartas que nos quedan de este período a la mayoría de los griegos, tanto de Egipto como del resto del mundo helenístico oriental.

Por supuesto, la gran actividad que encontramos en los primeros días no podía mantenerse indefinidamente. Poco a poco, las monarquías orientales se fueron estableciendo y organizando sistemáticamente para un futuro perdurable. La fase de experimento y construcción dio paso a la rutina diaria. Además, la evolución política de los siglos I y II arruinó los fundamentos de las monarquías helenísticas de Oriente, llevando a la debilitación política, al empobrecimiento, al mal gobierno y a la desmoralización de las clases rectoras. No es extraño que en estas condiciones el espíritu creador y el optimismo vibrante fueran reemplazados poco a poco por la resignación, y que el ritmo europeo y la firmeza de propósitos en el trabajo fueran sustituidos por el *tempo* lento de Oriente. Aquella parte del mundo helenístico fue cayendo gradualmente en la pasividad oriental, y de este modo un fuerte sabor oriental caracteriza las producciones de esta época. Los intereses intelectuales, económicos y profesionales dejaron de estar en primer término, al que pasaron otros intereses distintos, especialmente las preocupaciones religiosas. No puedo tratar de este tema en este libro. Sólo tengo que decir que la suerte nos ha facilitado documentos de esta época que nos familiarizan con hombres de tipo completamente diferente a los del pasado, tales como el mencionado Apolonio, Zenón, Cleón, Teodoro y las personas que los rodeaban. He mencionado algunos representantes de esta última época que me inclino a considerar como típicos: Hermias, el oficial de la guarni-

ción en el sur de Egipto; Menques, el escriba del pueblo de Cerceosiris, representante de la clase de miembros helenizados de la burocracia tolemaica tardía, y sobre todo Tolomeo, el recluso del serapeo de Menfis, y su hermano menor Apolonio. Es lamentable que no existan fuentes parecidas respecto al Oriente asiático. Pero puedo recordar lo que dije en el capítulo VII de los *graeculi* según la definición romana del momento. Sin embargo, debo destacar que el cambio fue lento y gradual, y el proceso se hallaba en su estado inicial cuando las monarquías helenísticas dejaron de existir como cuerpos políticos independientes (50).

h) *Estabilidad del helenismo en Oriente*

La evolución anteriormente resumida en sus líneas generales y estudiada con más pormenor en los capítulos precedentes, atestigua la notable estabilidad del helenismo en las monarquías orientales, a pesar de las tribulaciones políticas, la rápida desintegración, los disturbios internos y la creciente decadencia económica. Es un hecho que las islas de cultura griega en Oriente no perdieron nunca su carácter griego. Jamás fueron sobrepujadas en modo alguno por sus ambientes orientales. A este respecto demostraron una gran tenacidad y persistencia. Sin ello, todos los esfuerzos de los reyes por mantener la identidad griega de sus reinos habrían sido vanos. No sólo las ciudades-estados griegas de Asia Menor y Egipto, sino también las organizaciones corporativas menores mostraron un notable éxito en la resistencia a la presión de su mundo en torno oriental. Las monarquías helenísticas, mientras sobrevivieron, continuaron absorbiendo y helenizando sus elementos orientales sin sufrir desintegración por éstos y acabando por dominarlos. Sus concesiones al orientalismo fueron ligeras en Egipto y en Siria, donde el gobierno helenístico duró hasta su incorporación al imperio romano. Incluso los puestos avanzados del helenismo en el reino parto y en Bactriana e India, aunque perdieron el apoyo del gobierno, mantuvieron intactos algunos rasgos destacados de su helenismo —su lengua y sus antiguas instituciones—, aunque sucumbieron al orientalismo en su vida religiosa y doméstica. Más aún: los reyes orientales que sucedieron a los caudillos helenísticos en algunas partes de Asia Menor y Siria nunca se apartaron, al comienzo de su historia, de las tradiciones helenísticas. Continuaron en esencia la organización política de las monarquías helenísticas y nunca

trataron de destruir por la fuerza los núcleos de vida griega dentro de sus estados.

Podemos, pues, hablar de una unidad del mundo helenístico desde el punto de vista social e incluso político. Esta unidad fue mantenida por la red de colonos griegos en que descansaba la estructura política de todos los Estados que formaban ese mundo. Las instituciones fundamentales de vida civilizada heredadas por los romanos en su porción occidental y por los partos en la oriental, debían su carácter griego, en última instancia, a la existencia de esta misma red.

B) *LOS INDÍGENAS EN LAS MONARQUÍAS HELENÍSTICAS ORIENTALES*

Sin embargo, la unidad de que he hablado era, como antes dije, parcial y limitada. Nunca penetró muy hondo. Los reyes helenísticos jamás lograron convertir sus dominios en estados nacionales con una misma lengua, una misma estructura social y económica y una misma manera de pensar. La antinomia entre Occidente y Oriente con que se enfrentó Alejandro después de su conquista del imperio persa fue atenuada, pero nunca eliminada por los esfuerzos de sus sucesores. Tomó un aspecto algo diferente, pero siguió siendo en esencia tan aguda como lo había sido en la época de Alejandro.

Esta situación, tal como se desarrolló en las distintas monarquías helenísticas, ha sido estudiada en los capítulos precedentes; ahora destacaré brevemente el carácter parcial de la unidad del mundo helenístico complementando mi descripción de los destinos de los «griegos» en estas regiones con unas cuantas palabras acerca de los indígenas.

Empezaré por Egipto. He señalado que el término moderno «indígenas» tal como se aplica por los modernos eruditos al Egipto tolemaico, tiene significados algo diferentes en la época tolemaica primitiva y en la tardía. En el siglo III a. de J. C. aún es aplicable en su implicación nacional originaria, como opuesto al término «extranjeros», siendo la mayor parte de éstos griegos que se habían transformado en los gobernantes del país. Es mucho menos apropiado si se aplica en las condiciones que dominaban en Egipto durante los siglos II y I a. de J. C., después de que la política de asociación había estado en vigor y se había formado una burguesía de nacionalidad mixta. Ahora se encontraban gran

número de indígenas en el grupo de «griegos», y griegos en el grupo de «indígenas». El significado real de la palabra griega *laoi* en Egipto durante este período no es el de «indígenas» como opuesto a «extranjeros», sino el de clase campesina como opuesta a burocracia, clero, ejército y marina, y a la burguesía. La masa de los *laoi* constaba prácticamente de los que ganaban su vida con el trabajo manual: los labradores reales, arrendatarios de ricos terratenientes, trabajadores agrícolas a jornal, por un lado, y por otro, todos los artesanos de distinta clase que poseían mayor o menor libertad económica; los esclavos formaban un grupo aparte, y excepto los esclavos caseros, desempeñaban un papel menor en la vida económica de la *chora*, especialmente en los siglos II y I a. de J. C. No hay duda de que la mayoría de las clases trabajadoras eran egipcios en lengua, religión, vida y aspecto, mientras que la clase superior era griega en estos particulares. Esto era inevitable, dado que la educación griega era cara y las escuelas griegas algo exclusivistas. Para los millones de *laoi* era imposible mezclarse con los griegos, helenizarse, aunque se esforzasen en esta dirección. Oficialmente nunca se intentó helenizar a los *laoi*. La noción de «helenizar» fue completamente extraña a los Tolomeos. Esta diferencia de lengua, religión y aspecto, aumentó mucho el contraste entre estas dos clases y contribuyó cada vez más a un antagonismo entre ellas.



La división en dos grupos sociales y económicos, tal como se resumió anteriormente, y no era nueva en Egipto, y no fue una creación del Egipto tolemaico. Las mismas condiciones habían existido en el Egipto pretolemaico. Los *laoi* siempre formaron allí los fundamentos del Estado, y la clase dirigente siempre había sido una superestructura sobre estos fundamentos. Como es bien sabido, el trabajo estuvo siempre más o menos vinculado al Estado por numerosas obligaciones. Las relaciones entre las clases trabajadoras y sus señores en la época tolemaica no se basaron probablemente en regulaciones y leyes específicas, sino en la costumbre y la tradición. En este aspecto, el régimen tolemaico, que en general era una continuación del pasado, representa casi un completo rompimiento con él. Los Tolomeos, al planear su economía nacional, no se contentaron con la costumbre y la tradición. Exigieron más precisión, más regularidad, más lógica, y por consiguiente trataron de transformar las anticuadas relaciones tradicionales en relaciones basadas en leyes, regulaciones, ordenanzas, instrucciones, etc., y en gran medida en obli-

gaciones individuales contractuales. Mediante este arreglo de leyes más o menos precisas, la situación de los *laoi* vino a quedar fijada jurídicamente en todos los aspectos esenciales. Los labradores reales se transformaron *de jure* en labradores libres, arrendatarios del rey; los artesanos trabajaban para el rey sobre una base contractual. Por supuesto, había limitaciones importantes de su libertad personal, parte necesaria de una economía planificada, y se impusieron a las clases trabajadoras algunas obligaciones accesorias que no estaban exactamente reguladas ni basadas en contratos. Pero en lo principal las relaciones entre el rey y el trabajo se organizaron sobre una base legal y quedó muy poco espacio a la acción arbitraria por parte de la administración. Los *laoi* estaban protegidos contra los actos ilegales de funcionarios y personas particulares por otra serie de leyes y ordenanzas reales. No hay que decir que obligaciones contractuales mutuas protegidas por la ley regulaban las relaciones económicas entre el trabajo y las clases ricas entre sí.

Hay que reconocer que los Tolomeos nunca buscaron una política clasista favorable a la burguesía y que comportase opresión sobre las clases trabajadoras. Eran imparciales y justos y estaban inclinados antes a proteger al débil y al pobre contra los funcionarios y la burguesía que a dar mano libre a los últimos.

Mientras que de este modo el estatuto económico de los *laoi* fue regulado, y puede decirse que mejorado (desde un punto de vista europeo), y su libertad personal y el interés real en su bienestar permaneció inalterable, su situación general en la práctica no experimentó ninguna mejora notable. Por el contrario, sus obligaciones hacia el rey, ahora legalizadas y sistematizadas, pesaban probablemente mucho más sobre ellos que antes, a consecuencia especialmente de la minuciosa intervención que los funcionarios reales ejercían sobre su trabajo, las pesadas rentas y la variedad siempre creciente de impuestos, y el trabajo obligatorio de carácter regular o de emergencia. No había escapatoria de todas estas obligaciones estrictamente reguladas y rigurosamente exigidas por una hueste de funcionarios. La única manera de protestar contra las cargas que se les imponían y contra el desarrollo natural de la falta de honradez y la dureza por parte de los funcionarios, estaba en la secesión, la huida o la revolución abierta. Cuando predominaban estas condiciones, en agudo contraste con los derechos jurídicos y la libertad personal de las clases trabajadoras, mientras la situación de las clases superiores, extran-

jeros a los ojos egipcios, era (por lo menos desde el punto de vista indígena) infinitamente mejor, no es sorprendente que aumentase el descontento y que en ciertos momentos, cuando se debilitaba el poder gubernamental, estallase la resistencia organizada en forma de revueltas. Ésta era la consecuencia natural de la evolución general del país bajo el sistema de economía planeada, construido por los Tolomeos.

Los Tolomeos trataban de protegerse contra estas revueltas movilizando y ampliando la clase superior, que en lo fundamental y con algunas excepciones les permanecía fiel, y otorgando a los *laoi* algunas concesiones parciales, mas sin cambiar fundamentalmente el sistema general económico y fiscal establecido. La primera medida tuvo un éxito completo. Permitió a los Tolomeos seguir siendo dueños de Egipto hasta la batalla de Accio y la ocupación de Alejandría por Octaviano. La segunda medida —concesiones a los *laoi*—, no yendo acompañada por reformas radicales y decisivas y medidas estrictas contra sus opresores, se mostró ineficaz. De hecho, agravó la situación.

En la otra parte del mundo helenístico, es decir, en los territorios de los seléucidas y en partes de Asia Menor, la situación de las clases trabajadoras y sus relaciones con el rey y la clase superior era diferente. Allí los *laoi* en la época persa prehelenística probablemente no eran proporcionalmente menos numerosos que en Egipto. Algunos dependían directamente del rey persa y vivían en la tierra real en sus aldeas y pueblos; otros eran «esclavos sagrados» de los templos; otros, en fin, vivían en las ciudades comerciales e industriales. Nuestra información sobre su estatuto antes de la época de los seléucidas es desesperadamente insuficiente. Sin embargo, es más que probable que tanto en Asia como en Egipto las relaciones entre rey, templos, señores feudales y arrendatarios de parcelas de tierra real en el período anterior a Alejandro se basara en la religión, costumbres y tradición, y no sólo en las leyes y ordenanzas. Los seléucidas introdujeron algunos cambios radicales en estas relaciones. Su actividad colonizadora llevó necesariamente a un desmembramiento de largo alcance de la tierra real y probablemente de la de los templos. A las ciudades se les asignaron grandes trozos de estas tierras, y lo mismo a los macedonios y a otros establecimientos militares. A las ciudades griegas prehelenísticas de Asia Menor se les vendieron o regalaron muchos pueblos con sus territorios. Muchos otros pueblos fueron asignados como fundos regalados

revocables a los miembros de la familia real y a los oficiales y funcionarios de alta categoría. No sabemos exactamente lo que sucedió con los pueblos de los *laoi* vendidos o asignados a las ciudades nuevas y viejas. Dado que los pueblos de los territorios urbanos del reino seléucida, tanto en la época prehelenística como en la romana, eran habitados por hombres llamados κάτοικοι o πάροικοι, podemos suponer que los mismos términos se aplicaban a los que habían sido *laoi basilikoi* de los seléucidas, de cuyos pueblos habían pasado a formar parte de los territorios ciudadanos. Es lamentable que sepamos tan poco del estatuto de estos κάτοικοι o πάροικοι en la época helenística y sobre sus obligaciones hacia sus nuevos amos. Pero debemos considerar que los siervos *(laoi)*, como fundamento de la vida económica rural, eran un rasgo familiar en muchas ciudades grandes e independientes de la parte septentrional de Asia Menor (Cícico, Celea, Bizancio, Heraclea Póntica, véase cap. IV, págs. 547 y sigs.) y que tenemos muy pocas noticias de un cambio radical en las relaciones entre los *laoi* y estas ciudades en la época helenística.

Se sabe más sobre la situación de estos *laoi* que pasaron a depender de los tenedores temporales de los fundos regalados. Es cierto que mantuvieron el estatuto que habían tenido cuando trabajaban directamente para el rey. No eran esclavos, como tampoco en Egipto. Eran hombres libres que no estaban estrictamente vinculados a su pueblo o parcela de tierra. Tenían una buena dosis de libertad de movimiento (probablemente bajo intervención y con permiso de los señores). Sus obligaciones con los amos consistían en el pago de una renta y probablemente de impuestos reales consiguientes. Y una buena dosis de trabajo obligatorio para su señor o para el Estado. No se sabe si su disfrute de una libertad personal limitada fue una innovación debida a los seléucidas. Tampoco podemos decir si, como en Egipto, sus obligaciones para con sus amos se determinaban por leyes, ordenanzas, instrucciones y regulaciones. Igualmente ignoramos el grado de autonomía que se les concedía dentro de sus pueblos (en la época romana hay testimonios de la existencia de un tipo de gobierno autónomo de aldea), y si esta organización corporativa (si la hubo en el período seléucida, como es probable) fue puramente tradicional o regulada y legalizada por sus gobernantes.

En conjunto, no parece improbable que los seléucidas efectuasen algún tipo de legalización del estatuto de los *laoi*, tanto

sobre los que pasaron a ser πάροικοι de una ciudad griega, como los que vivían en pueblos de la tierra real. Una de estas innovaciones, como en el Egipto tolemaico y en sus dominios, pudo haber tomado la forma de ciertas restricciones sobre el derecho de los señores a transformar el vínculo de sus *laoi* en esclavitud regular. Es menos probable, aunque no imposible, que se hicieran ciertos cambios por los reyes en las relaciones entre los templos y sus «esclavos sagrados», en el sentido de dar más libertad personal a los *laoi,* fijando sus obligaciones respecto a sus amos y desarrollando sus organizaciones corporativas en las líneas de un autogobierno limitado.

Se conoce muy poco sobre la historia de la parte de la clase trabajadora relacionada con las industrias del país, por una parte en los templos, y por otra en las ciudades industriales de Oriente. Me he referido a esto al estudiar la evolución de las asociaciones profesionales. No disponemos de ningún testimonio directo y debemos esperar más información antes de poder dar un juicio sobre el estatuto social del trabajo industrial en las épocas prehelenística y helenística.

Las medidas tomadas por los seléucidas en beneficio de las clases bajas no trajeron la tranquilidad. Los *laoi* del reino seléucida eran desdichados y estaban descontentos con su suerte. Es una pena que no sepamos nada de sus agravios, pero el hecho de su descontento es cierto. En el reino seléucida este descontento se desarrolló según formas algo diferentes de las que hemos observado en Egipto. En el reino urbanizado de los seléucidas, con sus cientos de ciudades antiguas y nuevas, donde residía la burguesía griega y helenizada, se produjo un antagonismo, desconocido en Egipto, entre la ciudad y el campo, entre pueblos y ciudades, entre los «griegos» de las ciudades y los habitantes de los pueblos, entre quienes las maneras y la cultura griegas habían penetrado muy poco. En Mesopotamia y Siria probablemente la burguesía ciudadana fue considerada por los *laoi* como opresora e innovadora antes que los funcionarios de la corona. Dado que la religión fue un factor enormemente importante en la vida de los *laoi,* su resentimiento adoptó la forma de una lucha en favor de los dioses de sus antepasados contra los nuevos dioses adorados en las ciudades.

Este movimiento desembocó en revueltas y secesiones, en el establecimiento del Estado independiente de Palestina, de varios Estados árabes semindependientes en distintas partes del imperio

seléucida, y de tiranías en algunas ciudades griegas de Siria y Mesopotamia. También contribuyó probablemente al éxito de los partos y armenios en sus ataques al imperio seléucida. Pudo ocurrir que el movimiento hacia la independencia práctica de las ciudades sirias no fuese simplemente el resultado del espíritu político (esto es, separatista) griego de las ciudades, pero debe considerarse en parte como una manifestación de la resistencia de la burguesía a la creciente ola de orientalismo, apoyada por los indígenas y los pueblos y que los reyes no resistían con suficiente vigor.

En Asia Menor el curso de la evolución parece haber sido algo diferente. Sabemos muy poco de la estructura del reino pergameno y la política de los atálidas para dejarnos llevar a generalizaciones superficiales. Los atálidas heredaron su reino de los seléucidas. No continuaron en la misma escala que sus predecesores la política de urbanización y de parcelación de las tierras reales y de los templos, pero después de Magnesia fundaron algunas ciudades nuevas y establecieron algunas nuevas κατοικίαι. No tenemos noticia de ninguna acción respecto a los *laoi* heredada de los seléucidas. Sin embargo, sabemos que el antagonismo entre los pueblos y las ciudades era tan agudo en su reino como lo fue en el imperio seléucida. Mientras los atálidas fueron fuertes, este antagonismo permaneció tranquilo. Pero tan pronto como se eclipsó el gobierno de los atálidas, los distritos rurales se manifestaron apoyando a Aristónico y luchando a su lado contra los romanos apoyados por la burguesía de las ciudades. Lo mismo sucedió en la época de Mitrídates. La participación activa de los esclavos en el movimiento y su cooperación con la población rural agravó la situación. Es cierto, como ya he indicado, que la esclavitud desempeñó un papel muchísimo más importante en la economía del reino pergameno, y probablemente de las ciudades griegas y helenizadas de Asia Menor, que en la de Egipto y quizá también de Siria. Es imposible entender la vida de Asia Menor en la época helenística sin suponer que los atálidas empleaban gran número de esclavos y que había muchos de éstos en las ciudades griegas grandes y pequeñas, empleados en la agricultura y en la industria, así como en el servicio doméstico. La importancia de los esclavos se ilustra no sólo por los hechos de Aristónico y Mitrídates, sino también por las concesiones que les hicieron distintas ciudades griegas de Asia Menor, tales como la garantía de vacaciones legales (lo

mismo que las de los escolares) y quizá facilidades para obtener una buena educación (51).

Todos los hechos y las consideraciones aducidos muestran que en las monarquías orientales del mundo helenístico nunca se alcanzó una completa unidad. La masa de indígenas nunca fue absorbida por la cultura griega y jamás llegó a helenizarse. Mantuvieron su modo de vida tradicional en sus aspectos religioso, social, económico, jurídico y cultural. Nunca se sintieron parte de una unidad más amplia cuyo estrato superior estaba formado por la burguesía griega y helenizada. Hasta qué punto consideraban a las dinastías helenísticas de su tiempo como sus propios reyes, no como jefes de los griegos, como amos extranjeros y no como gobernantes legítimos, no nos lo permiten decir las fuentes de que disponemos. Pero es cierto que el eterno antagonismo social y económico entre trabajo y burguesía se agravó y complicó en las monarquías orientales por los contrastes nacionales y religiosos, que apenas fueron menos agudos a finales de la época helenística que a principios de la misma. Externamente el mundo helenístico era una unidad, internamente estaba dividido en dos partes desiguales, una griega, otra indígena, una centrada en las ciudades y en los establecimientos urbanos, la otra extendida sobre el país, sus pueblos, sus aldeas y sus templos.



C) *LOS GRIEGOS DE LA ANTIGUA GRECIA*

Mientras en Oriente los griegos edificaban una nueva vida adoptando a las nuevas condiciones y ambiente las formas tradicionales de la cultura griega que habían llevado con ellos en su migración, la antigua Grecia, en sus cientos de ciudades, permanecía inalterada. El aspecto general de muchas ciudades seguía siendo el mismo. No se efectuó ninguna reconstrucción extensa en ninguna de estas ciudades en la época helenística. Los deberes políticos y religiosos eran cumplidos regularmente por la mayoría de los ciudadanos; había vivas discusiones en las asambleas populares y en las reuniones de la bulé; se pronunciaban discursos en los tribunales; la guerra interrumpía de cuando en cuando el pacífico curso de los acontecimientos, y las ciudades se movilizaban para el servicio militar; surgían conflictos internos dentro de las ciudades, y en algunos casos llegaron a revoluciones, guerra civil y cambios en la forma de gobierno. Los jóvenes frecuentaban las escuelas y recibían allí su formación intelectual,

artística, religiosa y física. Los negocios y las ocupaciones sociales seguían su curso normal: el ágora estaba llena de tiendas, artesanos, minoristas y buhoneros; se veían los talleres en plena actividad en calles y plazas públicas; los barcos entraban y salían de los puertos importando y exportando distintas mercancías; los bancos realizaban sus negocios cotidianos; los clubs y asociaciones se reunían en determinados días para banquetes y otras fiestas, y los sucesos del día se discutían en calles y plazas, alrededor de los templos, en las barberías y herrerías y en los muelles del puerto. Los extranjeros residentes continuaban tomando parte activa, como los ciudadanos, en el movimiento económico y social, y los esclavos se ocupaban en el servicio público, en el trabajo doméstico, en las tiendas y en los puertos. No es necesario describir en detalle la vida diaria de las ciudades griegas en la época helenística: mostraría en general el mismo aspecto que en los siglos V y IV a. de J. C.

Sin embargo, hubo algunos cambios momentáneos, estrechamente relacionados con los sucesos políticos y los avances económicos de la época. De los acontecimientos políticos ya he hablado, y trataré de la nueva fase económica en la segunda parte de este capítulo. Aquí resumiré brevemente los nuevos rasgos principales en las condiciones sociales y en el aspecto intelectual de la época que estamos considerando, resumiendo lo ya dicho sobre estos temas en los capítulos precedentes.

Estos nuevos rasgos, tal como los entiendo, fueron, de un lado, la conciencia cada vez más clara, entre los griegos de la madre patria, de su unidad nacional y cultural, de su cohesión y de los intereses y peligros comunes que formaban el fondo de su sistema, y, por otro lado, el crecimiento y consolidación de una burguesía urbana, más o menos claramente dividida de las clases trabajadoras y que poco a poco desarrolló una actitud mental peculiar propia. Estos dos desarrollos fueron comunes a los griegos de la madre patria y a los de la diáspora, pero muestran algunas diferencias fundamentales en su carácter y progreso en las dos partes del mundo helenístico.

Unidad de los griegos

La unidad de los griegos de que hablo nunca fue política. Políticamente Grecia siguió dividida en cientos de estados independientes. Todos los esfuerzos por unir políticamente el país

fracasaron. Las fuerzas centrífugas siguieron siendo más fuertes que las centrípetas. Sin embargo, la conciencia de la unidad nacional creció rápidamente a pesar de la rivalidad política y de los conflictos entre las ciudades-estados, incluidas las ligas. Esta conciencia encontró expresión en algunos fenómenos nuevos tanto en la esfera política como en la dirección de la vida social de las ciudades griegas. Los fenómenos en cuestión han sido compilados y discutidos más de una vez por los eruditos modernos, especialísimamente por W. W. Tarn (52). No es, pues, necesario tratarlos en detalle en este breve sumario. Bastará mencionar los más destacados.



En la esfera política puedo citar como ejemplos de conciencia nacional el desarrollo de algunas instituciones antiguas que nunca habían desempeñado un papel importante en el pasado, y la creación de algunas nuevas. No me refiero solamente a hechos tan destacados como el crecimiento y consolidación de las Ligas Etolia y Aquea, sino también a hechos menores: por ejemplo, el rápido desarrollo del arbitraje para el arreglo de conflictos políticos menores entre las ciudades; la conclusión más frecuente de tratados de isopolitia entre estados particulares; la protección de ciertas ciudades y santuarios contra represalias, corsos e incursiones piráticas mediante el reconocimiento por parte de los estados de la «santidad» e «inviolabilidad» de estos lugares; algunas medidas de acuerdo entre estados sobre la esclavización de sus respectivos ciudadanos que fueran hechos prisioneros de guerra o capturados por piratas; la prodigalidad en otorgar ciudadanía honoraria y proxenia a los ciudadanos de otras ciudades; el recurso frecuente a jueces extranjeros para decidir en pleitos de una ciudad; los pactos regulares entre estados sobre el arreglo de disputas privadas entre sus ciudadanos; y el préstamo de una ciudad a otra de especialistas experimentados (distintos de los jueces antes mencionados) en caso de emergencia, como, por ejemplo, médicos capaces de curar los enfermos de epidemia o heridos en la guerra o en terremotos. He discutido todas estas innovaciones políticas en los capítulos precedentes, especialmente en el capítulo IV, y he tratado de demostrar que la mayoría de estas medidas tendían a proteger a las ciudades contra la inseguridad de la vida, cada vez mayor. Estas medidas protectoras, todas las cuales tienden a la sustitución del antagonismo por la cooperación, atestiguan por su frecuencia el nacimiento entre los griegos de la madre patria de una conciencia de su

unidad y solidaridad, la existencia de intereses comunes vitales entre ellos. Poco a poco la exclusividad «política» griega fue dando paso a una concepción más amplia de una especie de hermandad entre todos los que podían llamarse «helenos».

Esta concepción más amplia no llevó sólo a actos políticos. Se manifestó también en la vida privada diaria de los helenos de la antigua Grecia. Me he referido frecuentemente a estas manifestaciones de hermandad y puedo recordar alguna de ellas. La opinión pública griega en los siglos III y II a. de J. C. se resentía vivamente del trato brutal a los griegos en las guerras frecuentes entre estados griegos: las matanzas totales y la esclavización de la población de ciudades tomadas, la violación de los santuarios, la devastación salvaje y sin motivo del país por los beligerantes. Nunca aceptó, sino que repudió, la esclavización de individuos griegos por los piratas. He mencionado casos de ayuda prestada particularmente a personas esclavizadas, de amabilidad y caridad hacia ellas, no obstante el hecho de ser completamente extranjeros, y de que los que los socorrían no sacaban beneficio inmediato de estos actos de pura benevolencia. Tampoco las ciudades ni los individuos permanecían indiferentes a los trabajos sufridos por sus compatriotas a causa de alguna calamidad. De esto hay muchos ejemplos, como la ayuda prestada por Cirene a las ciudades griegas durante la gran hambre de finales del siglo IV a. de J. C., los regalos y préstamos de mercaderes particulares y banqueros a distintas ciudades en circunstancias similares y a la eclosión de simpatía entre los griegos cuando Rodas fue destruida por el famoso terremoto.

Paralelamente al desarrollo de la noción de «heleno» que se expresó en actos de distinta clase, iba otra concepción aún más amplia: la de la hermandad del hombre y de los seres humanos en general. Esta idea estaba en el aire. Fue formulada e invocada en discusiones lógicas por distintas escuelas filosóficas de la época, especialmente los cínicos y estoicos, que trataron de demostrar, con restricciones que variaban en las diferentes escuelas, lo artificial, convencional e impertinente que desde un punto de vista filosófico eran las distinciones entre hombre y mujer, bárbaro y griego, esclavo y libre. La nueva idea atrajo a muchos en el mundo griego, especialmente en la antigua Grecia. Sin duda, nunca fue adoptada generalmente ni llegó a ser socialmente operativa en gran escala, pero influyó en la conducta de algunos y puede ser oscuramente percibida en la conducta de ciertas ciudades.

Nunca condujo, por ejemplo, a una emancipación completa de las mujeres, pero hizo posible para algunas cooperar con los hombres al mismo nivel en varios campos de actividad. No tengo que recordar al lector las princesas de gran espíritu y talento, algunas de las cuales desempeñaron un papel importante en la vida de su época. Hubo también mujeres muy conocidas entre filósofos y poetas. Éstas, hay que admitirlo, fueron excepciones, y la inmensa mayoría de las mujeres siguieron como antes, confinadas en el gineceo. Pero, no obstante, ellas fueron características de este período.

Tampoco puede decirse que la nueva idea de la hermandad trajese consigo ningún cambio radical y esencial en la situación de los esclavos. En general, la ley de esclavitud siguió siendo lo que había sido. Pero que esa idea ejerció cierta influencia puede deducirse de las escasas innovaciones en el trato de los esclavos por propietarios particulares y por algunas ciudades. Puedo recordar al lector algunos hechos que ya he mencionado. Algunas ciudades concedieron a los esclavos vacaciones legales, las mismas que daban a los escolares. Tal vez se dieron a los esclavos oportunidades de educación en algunas ciudades. Los donantes particulares a veces rehusaban distinguir entre esclavos y hombres libres en la distribución de alimentos por ellos organizados en ciertas ocasiones. Algunos fundadores particulares de asociaciones religiosas también prescindían de hacer esta distinción y admitían esclavos en la comunidad, como en el caso de la famosa asociación de Filadelfia, en Asia Menor*. Muchos ejemplos parecidos pueden encontrarse también en la historia de Rodas. En algunos lugares, como, por ejemplo, en Atenas y Rodas, a los esclavos, especialmente en su clase superior —los esclavos públicos—, no se les impedía formar asociaciones propias con fines religiosos y sociales. Tal vez se otorgó a los esclavos una mayor libertad económica, permitiéndoles acumular ahorros, y finalmente comprar su libertad. Esto explicaría la frecuencia de manumisiones en la época helenística, como atestiguan varios documentos. Los derechos de los hombres libres probablemente estaban mejor protegidos que antes, garantizados por las ciudades y los santuarios.

En muchos casos el trato más liberal de los esclavos no era dictado solamente por consideraciones de humanidad. Detrás

---

* *S. I. G.*[3], 985, siglo I a. de J. C.

de éstas pueden verse motivos sociales y económicos, que pudieron haber sido decisivos, pero nadie dejará de ver la influencia de las nuevas ideas en las nuevas condiciones entre esclavos y amos que desarrolló la época helenística. Esta distinta concepción de sus relaciones está muy bien ilustrada, por ejemplo, en la alabanza que la ciudad de Gitio otorgó a Damiadas de Esparta, médico eminente que estuvo a su servicio durante algún tiempo (véase cap. VII, pág. 1070). En el decreto en su honor, la ciudad hace hincapié en el hecho de que en el ejercicio de su profesión «no hizo diferencia entre ricos y pobres, libres y esclavos». Esto no es sólo un testimonio del noble carácter del médico, sino también expresión de la idea corriente de que constituía una conducta adecuada hacia los demás. El mismo espíritu puede verse en el conocido epigrama de Teócrito sobre el banquero Ceco que he citado antes (cap. V, pág. 739). Teócrito, al describir la actividad del banquero, destaca no tanto su eficiencia como el servicio social que presta día y noche a todos sus clientes, quienesquiera que sean (véase más adelante sobre la filosofía de la época).

La solidaridad y la unidad de los griegos en la madre patria no era el resultado de tener por vecinos a «bárbaros»; no era un apiñarse, por así decirlo, para protección mutua, como sucedía en gran medida en la nueva Hélade de Oriente. Era un desarrollo orgánico de la vida y el pensamiento griegos en la atmósfera de la época helenística. Uno de los factores que contribuyeron más poderosamente a producir este desarrollo fue la movilidad de los griegos, que dio por resultado la extensión del mundo griego. Los griegos no se sintieron nunca atados a un lugar. Gustaban del cambio y el movimiento, y jamás se asustaron de emigrar y construirse una nueva vida en nuevas condiciones, lo mismo una cualquiera de las ciudades griegas, como metecos, que en países extranjeros, como colonos y colonizadores. En la época helenística la movilidad llegó a ser una característica destacada de los griegos, quizá más en la antigua Grecia que en Oriente. No quiero decir con esto que el viaje se hiciese más fácil y seguro de lo que había sido. Pero, como he explicado, llegó a formar parte de la rutina de la vida no sólo en el mundo egeo, sino más allá de él. Las nuevas posibilidades económicas, la esperanza de escapar al hambre y la miseria cambiando de lugar o emigrando de la patria fueron factores poderosos en la evolución de la Grecia helenística y tendieron a ampliar el horizonte hasta entonces estrecho de los *polites* de la ciudad griega.

Sobre esto puedo recordar al lector algunos hechos elocuentes que dan una excelente ilustración de la movilidad de los griegos de esta época: el intercambio constante que predominó entre los griegos de la antigua Grecia, y entre ellos y sus compatriotas de Oriente. De los viajeros profesionales —mercaderes— trataré en la segunda parte de este capítulo. Pero puedo mencionar aquí que miles de griegos estaban continuamente de viaje de un lugar a otro, vendiendo y comprando. Otro factor que mantuvo a cientos de hombres en movimiento fue la actividad política. Las ciudades enviaban con frecuencia embajadas grandes y pequeñas para visitar a los reyes helenísticos, discutir asuntos de mayor o menor importancia con el gobierno de otra ciudad, como representantes de los grandes festivales organizados por reyes o ciudades, como árbitros y jueces o para otros fines similares. Entre los viajeros profesionales distintos de los mercaderes, había muchos especialistas, expertos en algún oficio, τεχνῖται, según la terminología antigua. De un nomadismo especial fueron los miembros de profesiones liberales, particularmente médicos y artistas. Ya me he referido a ellos, y sólo debo añadir unas cuantas palabras. Los médicos y artistas raras veces se consideraban vinculados a un lugar, sino que estaban en constante movimiento: *ubi bene, ibi patria.* Y hacían esto no sólo por consideraciones materiales. Algunos médicos, por ejemplo, eran idealistas genuinos. Deseaban actuar y ser útiles y estaban dispuestos a ir dondequiera que se les necesitase.

Esta movilidad de la vida griega fue un factor importante al que en cierta medida el mundo antiguo debió algunas innovaciones importantes. Entre ellas se destaca el desarrollo de una lengua común, que hizo posible el intercambio político y social entre las ciudades de la antigua Grecia y las de la nueva. Ya me he referido a la κοινή griega. No fue una creación artificial superpuesta a la variedad de los dialectos griegos, sino un resultado natural de las nuevas condiciones de la vida griega.

Pero ninguno de los cambios sociales y políticos anteriormente descritos implicaba una transformación radical de la vida tradicional, a la moda antigua, de las ciudades griegas. Estos cambios eran todos parciales, resultado de circunstancias especiales, paliativos para compensar la característica dominante de las instituciones griegas: el particularismo ciudadano. No debemos, pues, sorprendernos de que no se hiciese intento alguno para introducir uniformidad —por acuerdos, a parte de las presiones desde

arriba— en algunos de los rasgos más vitales de las costumbres griegas. La lista de las diferencias que nunca se reconciliaron es muy larga, y sólo debo mencionar algunas de ellas. Nunca se intentó un sistema uniforme de cronología; cada ciudad tenía su método tradicional de fechar los sucesos de su historia, y su calendario tradicional, y no hubo ninguna que impusiera unidad en este aspecto sobre las demás, como se hizo hasta cierto punto, con los reyes helenísticos en sus dominios respectivos. Si hubo una cierta aproximación a una unidad monetaria entre las ciudades griegas, no fue porque éstas lo desearan, pues mantuvieron su moneda tradicional mientras pudieron. Nadie les sugirió las ventajas de una mejora eficaz de caminos y un sistema bien planeado de vías para toda Grecia. A pesar de la gran inconveniencia que se derivaba del revuelto estado de las relaciones mercantiles, a su causa de la diversidad de leyes de las distintas ciudades, nunca se hizo esfuerzo alguno por reorganizar el derecho civil sobre los principios generales comunes a todas las ciudades de Grecia, ni por nombrar para este fin un legislador panhelénico según la costumbre de los legisladores ciudadanos del pasado. La única excepción fue el llamado derecho marítimo rodio. Pero, como ya he señalado, este derecho nunca fue codificado, y probablemente no fue más que una serie de regulaciones de carácter práctico cuya utilidad era tácitamente reconocida por los navegantes de las aguas griegas. La práctica de los tribunales, especialmente la de los jueces extranjeros, pudo haber llevado a alguna unificación del derecho civil, pero esto es una simple conjetura no apoyada en los hechos. En tal estado de confusión jurídica se esperaría encontrar en las ciudades griegas muchos expertos jurídicos, abogados de gran formación preparados para apoyar a las partes y aconsejar a los jueces. Hemos visto algunos de éstos actuando en el Egipto helenístico, y hay algunas referencias a su existencia en otras partes, incluso en nuestras escasas fuentes. Puedo citar como ejemplos el proceso entre la ciudad de Calimna y algunos coeos arbitrado por los cnidios*[1] y la disputa entre la ciudad de Testia, en Etolia, y los arrendatarios de impuestos de la enigmática τὰ διάλαυρα, en los que cada parte tenía un abogado*[2].

---

*[1] *S. I. G.*[3], 953, 11, 18 y sig. y 88 y sigs., siglo II a. de J. C.; cf. capítulo VIII, nota 49.

*[2] G. Klaffenbach, *Berl., S. B.*, 1936, págs. 380 y sigs., siglo II antes de J. C.

Pero es interesante anotar que el famoso mozo de burdel Bátaro, del mimo segundo de Herondas, defiende su propia causa (hay que decir que con elocuencia y eficacia) ante los jueces coeos. No le asiste ningún abogado ni menciona que le asista a su rival, el extranjero Tales. Quizá fueran demasiado pobres para pagar abogados.

La burguesía

Otra vez la unidad de Grecia. En la medida en que existió esta unidad, no fue, de hecho, una creación de todo el pueblo griego, sino sólo de parte de él, es decir, de la clase superior de la población, la burguesía de las ciudades griegas. Una clase burguesa no fue una novedad social en Grecia de la época helenística. Ya he dicho que Atenas en el siglo IV a. de J. C. era una ciudad de burgueses, si hemos de creer al cuadro que de ella nos dan los autores contemporáneos, como Menandro y otros dramaturgos de la «comedia nueva», y Teofrasto en sus *Caracteres;* lo mismo ocurría en otras ciudades, como vemos en los mimos de Herondas, Teócrito y en otras partes. Se ha dedicado poca atención por parte de los estudiosos al papel desempeñado por esta clase en la historia griega en la época prehelenística y especialmente en la helenística. Con frecuencia me he referido a ello, y sólo debo añadir aquí algunas palabras.

En las ciudades griegas la clase burguesa era un fenómeno tanto social y económico como político. Era un elemento importante y a menudo decisivo en la política griega durante las vicisitudes de la época helenística. Sin embargo, lo que yo deseo destacar no es el aspecto político, sino el social de la burguesía, y el papel que desempeñó en la formación de una nueva actitud de pensamiento griega.

Puedo empezar por establecer lo que entiendo exactamente por el término moderno, algo confuso, de *burguesía*. Por él entiendo —en la época helenística y especialmente respecto a las ciudades griegas de esa época— una clase de hombres que habían adquirido por su esfuerzo o heredado de sus antepasados un cierto grado de prosperidad y no vivían de la ganancia sacada de su trabajo manual, sino de las inversiones de su capital acumulado en alguna rama de la actividad económica. En el campo de la agricultura los burgueses de las ciudades griegas eran o bien propietarios cuya tierra la cultivaban los arrendatarios, mano de obra alquilada y esclavos, o bien eran ellos mismos arrenda-

tarios que utilizaban el trabajo asalariado y esclavo. En el campo de la industria eran propietarios de taller que dirigían e inspeccionaban el trabajo de sus empleados, esclavos o libres. En el campo del comercio eran propietarios de tiendas minoristas o de barcos y almacenes para el comercio entre ciudades o estados. Muchos eran prestamistas de una clase u otra, que prestaban su capital acumulado sobre todo en hipotecas a los que las necesitaban. Algunos pudieron haber sido *trapezitai* (banqueros), aunque esta profesión se clasificaba como una τέχνη y los banqueros como *technitai* (véase más adelante). Muchos eran propietarios de esclavos y sacaban su dinero de los esclavos alquilándolos a los propietarios de minas, tiendas o barcos, o permitiéndoles llevar negocios suyos a condición de pagar una cantidad regular. En muchos casos sus inversiones eran de distinta clase y se interesaban en muchas empresas.

Sin embargo, el rasgo principal y más característico de la burguesía, desde el punto de vista económico, no fue la manera de invertir su capital, sino el hecho de que no tenían profesión, no eran artesanos de una u otra clase, sino inversores de capital acumulado y contratistas de trabajo.

Esta clase era la que formaba la sociedad respetable de las ciudades griegas y que se destaca en las fuentes literarias y epigráficas referentes a la vida de estas ciudades en la época helenística. Por regla general, sus miembros eran ciudadanos de sus respectivas ciudades. Pero algunos también podían ser metecos. La línea precisa que separa estos dos grupos, típica de la época prehelenística, se desvanece poco a poco en la época helenística. Los burgueses no eran necesariamente aristócratas o descendientes de familias aristocráticas del pasado, aunque algunos pudieran aspirar a esta categoría. De hecho eran clase media, probablemente de origen mixto, aunque la mayoría pertenecía al viejo tronco de ciudadanos de la ciudad. Tampoco podemos decir que fuesen una especie de plutocracia o pequeño grupo de hombres muy ricos. La mayoría eran acomodados, a juzgar por el antiguo patrón, lo que no quiere decir que fuesen ricos. Había entre ellos algunas personas ricas, pero eran excepciones; el hombre extraordinariamente rico que sobresale mucho sobre el nivel de su clase y ejerce una influencia soberana en la vida de la ciudad, no era una figura típica del siglo III a. de J. C., ni siquiera del II. Estos hombres se hicieron corrientes en la época de miseria y ruina generales, es decir, a finales del siglo II y el I a. de J. C.

Desde el punto de vista moderno, nos inclinaríamos a clasificar en la misma categoría a los miembros de las llamadas profesiones liberales, especialistas en una u otra rama de los oficios técnicos, intelectuales o artísticos. Este grupo se hizo cada vez más numeroso y desempeñó un papel importante en las ciudades de la época helenística. El crecimiento del profesionalismo no se limitó a las monarquías orientales. Por estos especialistas *(technitai)* entiendo los funcionarios al servicio de las ciudades, algunos de ellos esclavos públicos (δημόσιοι), oficiales y soldados mercenarios, profesores, tanto empleados asalariados en las escuelas públicas o tutores independientes que recibían su paga de los alumnos, doctores al servicio de la ciudad o particulares, ingenieros y arquitectos, escultores y pintores, artistas de distintas clases y abogados. Pero debo destacar el hecho de que, desde el punto de vista griego, esto es, el punto de vista de las ciudades griegas, que no fue adoptado totalmente por los griegos de las monarquías helenísticas, éstos eran *technitai* de la misma clase que los distintos artesanos. La mayoría, vivían como los demás artesanos, de las soldadas que les pagaban sus empleadores, o de lo que recibían de sus clientes. Sus salarios —incluyendo los de los mercenarios— eran muy modestos, algo mayores que las soldadas de los empleados de distintas profesiones, y sus pagas —con raras excepciones— no eran muy altas. La mayoría eran residentes extranjeros que vivían en las ciudades griegas, y algunos esclavos. No tenían interés para los dramaturgos de la «comedia nueva» y no eran miembros de la sociedad respetable ciudadana (53).

Conocemos relativamente bien, por distintas fuentes, los rasgos principales de la burguesía de la época helenística, su tono moral y las características de sus actividades políticas, sociales y económicas. Por lo que respecta a Atenas a fines del siglo IV antes de J. C., me he referido a las comedias que nos quedan y a los múltiples fragmentos de las comedias perdidas de Menandro, y a las similares de estilo «nuevo» de otros autores (en versiones griegas y latinas). También he citado sobre este punto los *Caracteres* de Teofrasto. Y asimismo me he referido a la importancia de los mimos de Herondas y Teócrito como ilustrativos de las condiciones que predominaban en Cos a principios del siglo III antes de J. C.

Las fuentes sobre este tema que pueden sacarse de las obras de estos pintores profesionales de la vida humana son ricas,

variadas y muy instructivas, pero tienen sus limitaciones. Su testimonio se reduce a dos lugares y a dos períodos relativamente cortos. Además, los cuadros trazados por estos autores, aunque detallados y fascinantes, no son, ni trataron de ser nunca, representaciones completas de la vida de la clase burguesa en conjunto, ni siquiera de miembros particulares de ella. Menandro, Teofrasto, Herondas y Teócrito se preocupan de otros fines muy distintos, especialmente de carácter literario. Fueron creadores de nuevos géneros de literatura y trataron de producir los mejores ejemplos posibles de ellos. Para alcanzar sus pretensiones literarias, que son bien conocidas y no pueden discutirse aquí, naturalmente escogieron como tema de su observación y análisis las gentes que mejor conocían, con quienes vivían, con quienes se encontraban todos los días, representantes típicos de la burguesía ciudadana y sus dependientes. Al tratar de ellos, al sacarlos a escena, naturalmente se limitaban a los rasgos de sus caracteres que mejor los distinguían, y al analizar estos rasgos tenían mucho cuidado de que su público, sus jueces, hombres y mujeres de la clase que era objeto de su estudio psicológico, no se ofendieran demasiado. Su fin era estimular a sus auditorios divirtiéndolos y deleitándolos, no hiriéndoles con un sarcasmo amargo. Esto explica la eliminación en sus cuadros de muchos rasgos salientes de la vida de la época que son muy interesantes para nosotros, pero que carecen de importancia para ellos. En su lugar presentan de modo predominante motivos puramente personales, tales como el amor, los celos y la avaricia. E incluso en estos campos los cuadros no son realistas ni individualizados; son típicos y representan situaciones típicas y acciones típicas. Si al formar nuestro juicio estimativo de la burguesía ciudadana en su aspecto y papel sociales nos limitásemos a los autores antes indicados, nuestra información sería desesperadamente incompleta y equivocada (54).

Por fortuna, podemos completarla con las noticias que sacamos de otras fuentes de carácter documental o literario. Aludo a los pasajes ocasionales en otros textos que iluminan este o aquel aspecto de la vida burguesa, especialmente algunas páginas muy instructivas de la obra de Polibio, y a los cientos de inscripciones desparramadas por todo el mundo helenístico y que pertenecen a todas las épocas de su historia. A estas fuentes he acudido principalmente al referirme a la burguesía urbana en los capítulos precedentes, y en ellos se basan los rápidos trazos aquí presentados (55).

Es imposible valorar las cifras de ciudadanos de esta clase en las distintas ciudades de la época helenística en sus distintas épocas. Por lo que se refiere a las ciudades, no tenemos la menor idea de su proporción respecto a las clases trabajadoras (incluyendo los *technitai*) y los esclavos. No disponemos de estadísticas, aparte algunas cifras que se refieren a Atenas, susceptibles de más de una interpretación (56).

Sin embargo, la burguesía, sea cual fuere su fuerza numérica, constituía la espina dorsal de las ciudades helenísticas. Los testimonios acumulativos que poseemos son decisivos sobre este punto, y no pueden interpretarse de otra manera. El rasgo más decisivo de su conducta y actitud mental es la ferviente devoción a sus respectivas ciudades, a los rasgos tradicionales de la vida urbana, política, religiosa y social.

Algunos eruditos modernos gustan de hablar de la muerte política de las ciudades griegas después de la época de Filipo y Alejandro, y de considerar el *homo politicus*, su principal apoyo, como muerto también o limitado a un papel muy modesto en los asuntos contemporáneos. Esta concepción de la situación política del mundo helenístico creo que no está apoyada por los hechos, que, tal como anteriormente se han expuesto, parecen más bien indicar lo contrario. Ningún monarca helenístico lo habría admitido, y menos aún las mismas ciudades griegas. Todo monarca helenístico consideraba las ciudades griegas como un factor en política no menos poderoso que sus rivales los demás monarcas helenísticos. Ésta era también la opinión de los romanos cuando aparecieron por primera vez en el horizonte político del helenismo. Espero que todo el que haya leído los capítulos precedentes se haya dado cuenta de la importancia del papel desempeñado por casi todas las ciudades griegas, políticamente independientes o no, en la evolución política del mundo helenístico y de cada una de las monarquías helenísticas. Si la ciudad-estado era todavía un factor importante en la historia helenística, sin duda lo era porque el griego seguía siendo ante todo y sobre todo un *homo politicus*, especialmente en la madre patria.





El hecho de que los héroes de Menandro o de sus colegas dramáticos, los caracteres de Teofrasto, los personajes de Herondas y Teócrito, apenas mencionen la política y que aparentemente no muestren gran interés en ella, no ha de interpretarse como indicación de indiferencia completa por el tema. Tampoco indica una indiferencia semejante por parte de Menandro y Teofrasto

o incluso de Herondas y Teócrito. Simplemente significa que las reacciones de sus caracteres ante los sucesos políticos no eran de interés desde el punto de vista artístico, y que su público prefería que no se les recordase este tema grave y melancólico cuando buscaba recreo, impresiones estéticas y diversión.

Tampoco parece posible invocar a los filósofos de la época en apoyo de la tesis de que la ciudad-estado y el *homo politicus* habían muerto de muerte prematura en la Grecia helenística. Sin duda, todas las filosofías en cuestión centraban su interés en el individuo. Todas eran filosofías dogmáticas sobre la conducta, doctrinas semirreligiosas destinadas a guiar al individuo en la vida, en las relaciones con Dios, el universo, el Estado, la familia y él mismo, todo de acuerdo con la estructura general del mundo tal como la concebían las distintas escuelas del pensamiento. Esta tendencia del pensamiento filosófico puede explicarse en parte por las condiciones políticas y sociales de la época y por la creciente demanda que hacía el ciudadano intelectual de guía y ayuda en sus dudas y dificultades. Pero debe recordarse, por otra parte, que el desarrollo general de la filosofía había ido en esta dirección desde la época de los sofistas, y que las nuevas escuelas helenísticas no eran innovadoras ni revolucionarias sobre este punto. No es éste lugar adecuado para una discusión completa del tema, pero puedo señalar que ninguna filosofía helenística ignoró la existencia del Estado, de la *polis*, y su importancia en la vida del individuo. Cada escuela trataba de manera distinta el problema de la relación del individuo con el Estado, pero ninguna lo pasaba por alto o lo consideraba superfluo. Los epicúreos y los cínicos repudiaban toda relación y recomendaban un retiro completo de la vida política. La más influyente entre las nuevas escuelas, la Estoa, al principio ignoraba al Estado existente y lo sustituía por su propio ideal, el Estado universal, en que encontraba expresión la unidad del mundo; pero muy pronto cambió de actitud. Ante el hecho de la importancia que el Estado actual desempeñaba en las vidas de sus discípulos, muchos de los cuales eran estadistas en Roma y Grecia, la Estoa Media hizo grandes esfuerzos por reconciliar su individualismo y «cosmopolitismo» con el Estado existente, que también para ellos era la ciudad-estado. No dedicaban tanta atención a la βασιλεία (véase nota 34), sino que concentraron sus esfuerzos en la guía de estadistas y ciudadanos de la ciudad-estado. En este sentido, la actividad de Panecio fue decisiva, y

al estructurar su filosofía «política» no tuvo en cuenta solamente a sus influyentes amigos romanos (57).

Quizá se pueda sugerir que la clase superior e intelectual perdió en general su interés por la política, que sólo sobrevivió entre escasos políticos y la plebe. También considero esto sin apoyo de los hechos. Si el *homo politicus* estaba muerto y la política era un asunto indiferente por completo para un grupo tan grande e influyente de la población urbana como era la burguesía, incluyendo los intelectuales, ¿cómo podemos explicar la lucha política de las ciudades griegas, que nunca cesó hasta los últimos días de la época helenística? Es imposible que la clase media construyera barcos y organizara ejércitos para defender la libertad política de sus ciudades o para extender sus territorios y su esfera de influencia, tan sólo bajo la presión de unos cuantos políticos y del proletariado. Preferían emplearlo en mercenarios para hacer las guerras. ¿Ocurrió esto exclusivamente porque eran cobardes y no querían arriesgar la vida, o fue en parte porque la superioridad militar y técnica de los mercenarios sobre los ciudadanos era universalmente reconocida en el mundo helenístico? En mi opinión, la burguesía ciudadana fue la principal responsable de la gran lucha por la libertad que hicieron las ciudades, lucha a menudo equivocada y, según se demostró, desesperada.

Devoto a su ciudad como cuerpo político, el burgués no era menos devoto de sus dioses tradicionales y a la religión de sus abuelos. Fueron miembros de esta clase los que construyeron nuevos templos y repararon los antiguos, quienes los adornaron con estatuas y cuadros de los mejores artistas, y los llenaron de ofrendas votivas, a veces muy costosas. También fue la burguesía la que mantuvo los antiguos festivales e inauguró otros nuevos, donde los profesionales y los jóvenes de las ciudades rivalizaban en juegos y pruebas*, y la que organizó las brillantes procesiones, tan típicas de la vida religiosa de la época. Fueron miembros de la misma clase quienes hicieron peregrinaciones a los grandes santuarios panhelénicos (todos muy prósperos en esta época); quienes enviaron embajadas sagradas (θεωροί) para representar a sus ciudades en las fiestas importantes de estos y aquellos notables santuarios y quienes llenaron sus tesore-

---

* Puedo recordar al lector Magnesia del Meandro y la propaganda que hizo en favor del nuevo festival de la diosa de la ciudad, Ártemis Leucofrina; asimismo el asclepión de Cos, entre otros muchos ejemplos.

rías con regalos e instituyeron fundaciones para sostener algunas ceremonias religiosas en ellos. Los cientos de inscripciones en Delfos, Delos, Olimpia, Epidauro, que recuerdan los honores conferidos a extranjeros, y las listas de próxenos de estos santuarios, son pruebas elocuentes del celo religioso de los burgueses.

Es habitual de los modernos historiadores de la religión griega atribuir estas prácticas a la vanagloria de la burguesía y no a sus auténticos sentimientos religiosos. Las ciudades-estados, dicen, estaban muriendo y con ellas moría la devoción a los grandes dioses olímpicos y a los dioses de la ciudad; el esplendor de sus cultos era una antigualla vacía. La mayor parte de los griegos ilustrados de la época helenística, aseguran, eran escépticos y agnósticos, algunos ateos; si algunos eran religiosos, su devoción era a los dioses nuevos y a las nuevas concepciones religiosas. No hay duda de que la religión griega no permaneció estática en la época helenística: las concepciones religiosas cambiaron ciertamente; se organizaron nuevos cultos, surgieron nuevas formas de pensamiento religioso, se adoraron nuevos dioses, y entre ellos muchos dioses extranjeros. Pero esto no significa que muriese la antigua religión. No tenemos medios de penetrar en las almas de los que adoraban sus dioses ancestrales a la manera antes descrita, y no estamos autorizados a censurar sus prácticas religiosas como demostraciones de mero tradicionalismo y ostentosa vanidad. Explosiones de fe religiosa como las que alentaron sobre todo el mundo helenístico cuando los galos casi capturaron Delfos, fueron sin duda auténticas. Igualmente fueron despliegues inequívocos de sentimiento religioso fenómenos tardíos de la misma clase en Asia Menor, relacionados con los sucesos catastróficos; la creencia en la epifanía de los dioses de sus antepasados en los momentos críticos de la vida de la ciudad; la inclusión de estas manifestaciones en obras históricas especiales, de lo que hay testimonio en Lindos, en el Quersoneso en Crimea y en otras partes. Esto lo entendió la filosofía de la época. Epicuro, a pesar de su concepción materialista de la vida, nunca descartó completamente a los dioses. Los estoicos hicieron los mayores esfuerzos por reconciliar sus concepciones filosóficas con la piedad tradicional. Sin discutir el tema en detalle, puedo decir que, teniendo en cuenta todos los factores, considero la devoción de la burguesía griega hacia los dioses panhelénicos y ciudadanos como un reflejo auténtico de su sentimiento religioso, no menos

auténtico que la veneración de la Τύχη, de los grandes hombres de la época y de algunos dioses extranjeros (58).

Además de apoyar a la religión tradicional, los burgueses de las ciudades hicieron todo lo que pudieron para embellecer a éstas y hacerlas más confortables. Como en la América moderna, en la medida de sus posibilidades, gustaban de regalarles nuevos edificios bellos de distintas clases. Si no eran suficientemente ricos para hacerlo particularmente, contribuían con lo que podían a las suscripciones organizadas por las ciudades para estos y otros propósitos semejantes.

La burguesía mostró gran entusiasmo por mantener y extender la educación tradicional de la juventud tal como la había recibido en su propia juventud. Conocemos varias donaciones y fundaciones de este tipo. El cargo de gimnasiarca era uno de los más importantes de la ciudad. Trataban de procurar los maestros más meritorios y fidedignos para sus escuelas, haciendo hincapié en su moral, como más importante que sus cualidades técnicas. Siendo ellos bien educados, ponían vivo interés en la filosofía, la literatura y el arte. Pedían las mejores compañías de actores para sus teatros, sin pensar en el precio; estaban dispuestos a pagar grandes sumas a los oradores, recitadores de poemas propios y músicos ambulantes; gastaban pródigamente en el adorno de sus templos y edificios públicos con las estatuas, bajorrelieves y pinturas más bellas; les gustaba adornar sus casas de la misma manera, y enterraban con sus muertos exquisitos productos de las artes menores. No eran indiferentes a la salud pública, como lo atestigua la extensión del servicio médico público de que ya he hablado. Y luchaban duramente para ahuyentar el espectro del hambre de sus ciudades, problema vital para todos, de que ya he tratado. Los cargos de agoránomos (administradores del mercado) y σιτῶναι y ἐλαιῶναι (compradores de trigo y aceite) tenían en la vida de las ciudades una importancia igual a la del gimnasiarca.

Es verdad que en muchos casos la burguesía, como ya he explicado (cap. V, pág. 683), actuaba, por completo o en parte, a la fuerza en estas materias. La atención que dedicaban a los suministros y ostentaciones, en sus frecuentes distribuciones de comida y aceite ha de atribuirse en parte a su deseo de mantener tranquilo al proletariado, a conservar la concordía (ὁμόνοια) entre las clases, a evitar las revoluciones sociales y políticas. También podía ocurrir con frecuencia que algún miembro de la

burguesía aceptase una liturgia bajo presión del gobierno. Pero esto no quiere decir que todo se hiciera a la fuerza y que otros factores, especialmente patrióticos, no fueran los más importantes en despertar el celo de la burguesía por ayudar a sus ciudades nativas o adoptivas (59).

Para resumir este breve bosquejo sobre la burguesía urbana, que podía hacerse mucho más largo, impresionante y convincente, puedo decir que se debió principalmente a su patriotismo y espíritu conservador, a su sincera devoción por las instituciones y tradiciones cívicas, el que las ciudades griegas no experimentasen cambios radicales en su estructura política, social, económica y cultural, que podrían habérsele impuesto por la presión desde arriba por parte de los gobernantes autocráticos de los estados helenísticos, o desde abajo por parte del proletariado. Es ocioso especular sobre qué línea de conducta habrían seguido los reyes si no se hubieran encontrado con una fidelidad tan decidida hacia los rasgos tradicionales de su modo de vida por parte de la población de las ciudades y en especial de su clase dirigente, la burguesía. Sin duda, los reyes mostraron gran respeto a la ciudad-estado griega y, por supuesto, la burguesía estaba con frecuencia dispuesta a hacer grandes concesiones a los reyes, especialmente cuando se enfrentaban con la revolución social interna. Pero parece que los reyes sabían muy bien que las medidas extremas conducirían a conflictos interminables, y, por otra parte, sabían que la cultura griega, que era su propia cultura, moriría si se arruinaban los fundamentos de la ciudad-estado griega tradicional. Esta es la razón principal por la que aceptaron cambiar fundamentalmente su constitución y prefirieron negociaciones interminables, y a veces grandes inconveniencias políticas, a cualquier reforma radical (60). Es difícil decir lo que hubiera sucedido a la ciudad griega si el proletariado hubiese triunfado en sus intentos de modificar profundamente su estructura social y económica. La revolución social estuvo siempre en el aire en las ciudades griegas de la época helenística. Pero nunca tuvo un éxito duradero, por lo menos en gran escala. Los esfuerzos conjuntos de la burguesía y los reyes, y después de los romanos, evitaron siempre este peligro, a veces en el último momento.



Algunos de mis lectores podrían creer que la descripción que he dado de la burguesía urbana es demasiado brillante y halagüeña y no está de acuerdo con el carácter más bien sombrío que se encuentra en la mayoría de nuestras fuentes literarias. El burgués ate-

niense pintado por Menandro y Teofrasto, y los respetables ciudadanos de Cos, tal como los pinta Herondas, no son figuras muy atractivas. En muchos aspectos, los *graeculi* de los romanos son sus descendientes y revelan en gran medida el mismo carácter. Ciertamente, eran egoístas; su concepción de la vida era materialista; sus ideales, algo desagradables, y su moralidad, baja. Querían una vida de placer, tranquila y fácil, con el mínimo de trabajo y molestias. Mostraban muy poco interés hacia el Estado o la religión. Su principal ideal era aumentar sus posesiones materiales y transmitirlas a sus descendientes. El amor desempeñaba un papel importante en su vida, pero no era la base del matrimonio: éste era simplemente una transacción económica. Mostraban alguna ternura con sus hijos, pero en caso de necesidad estaban dispuestos a exponer los que no querían, especialmente las niñas.

Sin duda este cuadro es cierto aunque algo exagerado. Pero sus elementos fundamentales pueden aplicarse hasta cierto punto a la burguesía de todas las épocas y de todos los países. No contradice lo que he dicho ni es irreconciliable con ello. Ningún ser humano es perfecto, y la burguesía de la época helenística no fue una excepción a esta regla. Además, cuando pasó el tiempo, sus defectos fueron aún mayores. Sin embargo, lo que he dicho de su papel en los destinos de Grecia es exacto. Fue principalmente la burguesía helenística la que conservó —para bien o para mal— los rasgos principales de la vida griega y los transmitió, con la sanción de su propio apoyo, a la posteridad.

El proletariado

Un hecho concomitante a la creación y consolidación de la burguesía urbana fue la formación de la clase de trabajadores. Algunos estaban en situación confortable: gozaban de unos ingresos modestos, pero seguros y firmes, suficientes para sustentarlos a ellos y a sus familias. Pero la mayoría vivían en gran pobreza y puede denominárseles proletariado de las ciudades, opuesto a la burguesía. He tratado más de una vez de esta clase, y sólo tengo que recordar al lector algunos hechos sobresalientes.

El proletariado de las ciudades griegas de la Grecia continental, de las islas y de las costas del Euxino constaba principalmente de jornaleros y esclavos que a veces se denominan de un modo característico en nuestras fuentes literarias: «asalariados

de por vida» (*perpetuus mercenarius*)*. Por lo que hace al trabajo libre, había poco y cada vez menos y más irregular. Rápidamente creció el empleo temporal y prolongado. Cuantos más parados había, más bajos eran los jornales. Debemos tener en cuenta también la competencia del trabajo esclavo. Ya he mostrado antes, al hablar de las guerras aquea y primera mitridática, cuán grande era el número de esclavos en la Grecia continental a fines del siglo II y principios del I a. de J. C. Tampoco debe despreciarse su número en el siglo III y principios del II antes de J. C. (véanse cap. IV, pág. 219, y cap. V, pág. 686). Probablemente la situación no era distinta en las islas, y sin duda no lo era en Asia Menor (véase pág. 723). Podemos suponer que en la Grecia continental y en las antiguas ciudades griegas en general la mayor parte eran esclavos domésticos de los burgueses acomodados. Siendo los jornales bajos, la competencia de esclavos con el trabajo libre en las factorías y en el campo no podía ser muy aguda; de hecho, el trabajo servil en general era menos eficaz y probablemente más caro que el trabajo libre. Pero nuestra información sobre este punto es escasa, y los métodos de explotación del trabajo esclavo fueron muchos. Aunque la mayoría fueran esclavos domésticos, debemos tener presente que su trabajo, tal como se aplicaba en la economía doméstica griega, era de por sí un rival del trabajo libre. Así, por ejemplo, fueron los esclavos domésticos quienes producían la mayoría de los vestidos de las familias burguesas, y hacían la harina y el pan en las casas de los griegos acomodados.

El problema del trabajo se agravó especialmente en las ciudades griegas cuando terminó la emigración civil y militar a las nuevas regiones del mundo griego, cuando los ejércitos de las monarquías helenísticas dejaron de absorber las grandes cantidades de mercenarios de antes y cuando estuvo casi completa la colonización de los nuevos territorios, y por otra parte la situación política se hizo cada vez más grave y aumentaron las dificultades económicas. Grecia reaccionó ante la dificultad con la limitación de la familia, la exposición de los niños, etc. Pero la despoblación de Grecia fue un proceso lento y el crecimiento del proletariado no se detuvo por ello.

No es extraño que en estas condiciones la atmósfera social de las ciudades griegas se hiciera cada vez más tormentosa. En

* Crisipo, en Séneca, *De benef.*, III, 22.

estas ciudades había una franca carencia de armonía entre la estructura política y social y la económica. Por otro lado, en la esfera económica hubo una rápida disminución en la demanda de trabajo libre, mientras en la esfera social la burguesía se hizo cada vez más exclusiva y trató de modelar la vida de la ciudad de acuerdo con sus propios intereses, sin preocuparse debidamente de las necesidades del proletariado. Por otro lado, políticamente, la parte asignada al proletariado en los asuntos de la ciudad siguió siendo tan insignificante como antes. No es extraño que se esforzaran por intervenir en la administración política de las ciudades, ni que, cuando lo consiguieron, intentaran realizar las reformas sociales y económicas más ambicionadas: la cancelación de deudas y el reparto de la tierra. Si este programa no se realizó nunca con efectos duraderos, ni siquiera en pequeña escala*, la razón está principalmente, como he señalado, en la resistencia de la burguesía y en la intervención desde arriba. En los pocos casos en que tuvo éxito la revolución social, fue resultado de coyunturas políticas que movieron a los caudillos del día a prestar su apoyo a las aspiraciones sociales del proletariado. Éste fue el motivo por el que actuaron Cleómenes y Nabis en Esparta, Filipo y los romanos durante los breves períodos en que utilizaron al proletariado para asustar a la burguesía de las ciudades griegas, y Aristónico y Mitrídates (véanse caps. IV, V, VI y VII).

De este modo, nunca se intentó seriamente solución alguna de la clara antinomia en la vida ciudadana griega: la de la riqueza y la pobreza, el lujo y la indigencia, la burguesía y el proletariado, ni por parte de las ciudades particulares, por su propia iniciativa, ni por parte de un gran reformador que tratase de imponer una reforma radical sobre toda Grecia. El gobierno de la ciudad era demasiado conservador y temía demasiado a un cambio violento para emprender cualquier experimento en ese terreno. El caso de Rodas, muy poco conocido, es una rara excepción. Pocas ciudades eran bastante ricas para seguir su ejemplo y alimentar al proletariado sistemáticamente a expensas de la ciudad y de la burguesía. Por lo que respecta a posibles reformadores de fuera, hemos visto que en sí el problema de la distribución de la

---

* Sin embargo, puedo recordar al lector la actividad de Nabis de Esparta y las condiciones en Beocia, Tesalia y otras partes de Grecia a comienzos del siglo II a. de J. C., estudiadas en el cap. V, págs. 671 y siguientes.

riqueza y del antagonismo entre burguesía y proletariado despertaba muy poco interés en los amos políticos del momento.

Tampoco la filosofía de la época sugirió ninguna solución teórica. Las principales escuelas helenísticas, por supuesto, se daban cuenta de la existencia e importancia del problema. Pero lo planteaban y trataban desde su propio punto de vista, de acuerdo con sus supuestos filosóficos generales. Ha de recordarse que la filosofía helenística no se interesaba por los problemas sociales y económicos como tales. Los estudios sociológicos murieron en la infancia después de su brillante aparición bajo los auspicios de Platón y especialmente de Aristóteles. El principal objetivo de las escuelas helenísticas era guiar al individuo en su vida interior, mostrarle cómo debía vivir, como individuo y hasta cierto punto como miembro de la sociedad, según la ley natural; cómo conseguir paz interior y equilibrio, es decir, la perfección individual que equivalía a la sabiduría. Siendo éste su principal ideal, consideraban el problema de la πενία y πλοῦτος, no como algo importante social y económicamente, sino como una cuestión de moral individual. El tema no puede ser estudiado por extenso en la presente obra. El material que a él se refiere es abundante y disperso y nunca ha sido reunido por completo y estudiado, aunque varios eruditos le han dedicado alguna atención. Unas cuantas notas bastarán para ilustrar el juicio general que expresé anteriormente (61).

La escuela que mostró más interés por el problema de la riqueza y la pobreza fue la de los cínicos. Me he referido antes (capítulo IV, pág. 221 y nota 34) al meliambo de Cércidas que contiene un violento ataque sobre la αἰσχροκέρδεια del rico, contra la acumulación de riqueza en pocas manos y contra la protección que dan a esto los dioses y los hombres. Pero los ataques violentos y frecuentes de los cínicos, abogados de la vida según la naturaleza y de la pobreza, y grandes enemigos de las normas civilizadas, eran simples salidas de mal humor. No tenían remedios que recomendar, y si los tenían, nunca los propusieron. No aconsejaban a los pobres unirse y organizar una revolución social. Su filosofía era demasiado individualista para permitir esto, y su indignación era de un carácter puramente moral. Para ellos los ricos no eran, como para algunos de sus sucesores modernos, criminales, sino locos.

El planteamiento del problema según los estoicos y los epicúreos no era tan duro, pero también era puramente moral e

individualista. Ambos consideraban la riqueza como sin importancia, pero ninguno la consideraba un mal ni se oponía a una acumulación moderada de riqueza en manos de los sabios, ya que esta acumulación garantizaba al σοφός el grado de libertad y bienestar que necesitaba para otros propósitos más altos. De las dos escuelas, los estoicos eran (desde el punto de vista de la burguesía) más conservadores; los epicúreos, un poco más radicales. No es improbable que la actitud de ambas escuelas hacia la riqueza fuese en parte dictada por su consideración hacia sus discípulos y seguidores, que en su mayor parte pertenecían al círculo de los intelectuales y a la burguesía. Como ejemplo del punto de vista estoico y epicúreo, podemos citar dos breves observaciones, una de Crisipo y otra de Epicuro. Crisipo*[1] dice solemnemente: «Son locos los que no se preocupan ni se esfuerzan en procurarse seguridad, riqueza, salud, bienestar y una completa sanidad del cuerpo.» Y el mismo punto de vista se expresa en muchos otros fragmentos de sus distintas obras (62). El punto de vista de Epicuro es diferente en varios aspectos, pero similar en lo esencial. En muchos de sus fragmentos se encuentran referencias al problema de la riqueza. Uno de los más interesantes es el del fragmento A, 67 (Bailey): «La vida libre no tolera la acumulación de bienes en grandes cantidades, dado que ello es difícil sin servir a las multitudes o a los gobernantes; pero el hombre libre (como tal) posee todas las cosas en suficiente abundancia; y si por casualidad adquiere grandes medios (además) estará dispuesto a compartirlos entre los que están a su alrededor, con el fin de ganar su benevolencia»*[2] (63).

Puedo citar de pasada que al tratar del filósofo, el σοφός, como un ser económico, tanto los epicúreos como los estoicos consideran la filosofía como una τέχνη especial y a los filósofos como *technitai*. Al hablar de la riqueza adquirida por los filósofos, la ven como sacada no de negocios provechosos en el campo de la agricultura, la industria o el comercio, sino del ejercicio de su «profesión» especial. Acabo de citar la observa-

---

*[1] *Stoic. Vet. Fr.*, III, pág. 33, fr. 138, von Arnim: μαίνεσθαι τοὺς τὸν πλοῦτον καὶ τὴν ὑγίειαν καὶ τὴν ἀπονίαν καὶ τὴν ὁλοκληρίαν τοῦ σώματος ἐν μηδενὶ ποιουμένους, μηδ' ἀντεχομένους τῶν τοιούτων.

*[2] ἐλεύθερος βίος οὐ δύναται κτήσασθαι χρήματα πολλὰ διὰ τὸ πρᾶγμα ⟨μὴ⟩ ῥᾴδιον εἶναι χωρὶς θητείας ὄχλων ἢ δυνάστων, ἀλλὰσ ὑνσυνεχεῖ δαψιλείᾳ πάντα κέκτηται· ἂν δέ που καὶ τύχῃ χρημάτων πολλῶν καὶ ταῦτα ῥᾳδίως ἂν εἰς τὴν τοῦ πλησίον εὔνοιαν διαμετρῆσαι.

ción de Epicuro. La actitud de Crisipo es la misma. En su tratado *De quaestu** dice que el σοφός adquiere la riqueza o la «realeza» de una manera directa o indirecta, siendo él mismo rey o participando de alguna manera (probablemente como consejero de los reyes) en la μοναρχικὰ κτήματα, o sacando sus medios de la ciudad y de amigos de alta posición, caudillos de la ciudad (también probablemente como consejeros), o incluso de un ejercicio más directo de su τέχνη, recibiendo, como los sofistas, salario de sus alumnos (ἀπὸ σοφιστείας εὐπορήσειν). Estos pasajes sirven para corroborar las fuentes que he aducido sobre los filósofos que actúan como consejeros de hombres destacados en la vida política.

Sin embargo, ni los filósofos estoicos ni los epicúreos trataron nunca seriamente el problema de la distribución de la riqueza ni en sus escritos ni en su calidad de consejeros personales. Se interesaban por el problema, lo estudiaban desde el punto de vista metafísico y moral, pero en sus discusiones nunca lo consideraron como una cuestión económica y social, sino como uno de los problemas personales morales con que se enfrentaban los individuos que trataban de conseguir la εὐδαιμονία y ἀταραξία.

Algunos filósofos participaban como particulares en los consejos de algunos reformadores y quizá les aconsejaron la adopción de reformas. Tenemos noticias de Esfero y Cleómenes (véase capítulo IV, nota 34), de Blosio y Aristónico por un lado, y de Tiberio Graco por otro (véase cap. VI, pág. 885). Conocemos varios filósofos que asesoraban a los reyes y que pudieron haberles recomendado una política radical adaptando varios principios generales de su credo a la vida real. Pero nunca encontramos estos temas discutidos ni medidas radicales de carácter general defendidas en sus tratados teóricos.

Las únicas excepciones de esto fueron las múltiples utopías de la época, como las de Zenón, Hecateo de Abdera, Evémero y Yambulo. Pero estas utopías eran simples productos de especulación teórica e imaginación brillante y no tenían relación alguna con la política práctica ni ejercían influencia sobre ella. La única excepción posible, la de la influencia de Yambulo sobre Aristónico, es muy dudosa (véase cap. VI, pág. 885) (64).

Tampoco las principales escuelas filosóficas se acercaron con un espíritu más progresivo a otros problemas cardinales del sistema social. Podemos descartar a los cínicos y sus extravagantes

---

* *S. V. F.*, III, fr. 685 y 686; cf. Diógenes Laercio, VII, 189.

sugestiones, ya que sus ocurrencias nunca fueron tomadas completamente en serio. Las demás escuelas eran muy moderadas en sus puntos de vista sociales. Incluso los estoicos, a pesar de su doctrina de la igualdad de todos los seres humanos, nunca defendieron, por ejemplo, la emancipación de la mujer ni una mejora general de su estado. Consideraban a algunas mujeres excepcionales capaces de llegar a ser «sabias», pero en general las trataban como a seres muy inferiores a los hombres, destinadas a trabajar para ellos. A este respecto Aristóteles profesaba puntos de vista mucho más profundos y más liberales en sus excelentes estudios sociológicos sobre la familia. La actitud estoica ante la esclavitud era más favorable a la reforma. La antigua Estoa defendía firmemente la igualdad de esclavos y hombres libres y su igual capacidad para alcanzar la sabiduría. Sin embargo, también aquí la discusión de la cuestión era puramente teórica y ética. Nunca defendieron la emancipación completa de los esclavos, y la Estoa Media —quizá bajo la presión de sus seguidores— volvió temporalmente a la idea aristotélica de que la esclavitud era una institución natural basada en la inferioridad de algunos hombres y algunas razas (65).

En general, ninguna escuela filosófica, excepto la cínica, tomó muy en serio las cuestiones sociales y económicas. Y ninguna, incluso la cínica, exigió nunca una solución general y completa de estas cuestiones. Se mantuvieron estrictamente en discusiones teóricas y demostraron en lo principal un gran conservadurismo, aunque eran radicales en sus postulados teóricos. Es interesante ver, por ejemplo, cuán conservadoramente se aferraban al espíritu chapado a la antigua de la burguesía urbana los tratados «económicos» de los neopitagóricos de fines de la época helenística: me refiero a los de Brisón (Οἰκονομικός), de Calicrátidas (Περὶ οἴκου εὐδαιμονίας), de Perictione (Περὶ γυναικὸς ἁρμονίας), y de Fintis (Περὶ γυναικὸς σωφροσύνης). Estos tratados eclécticos son típicamente representativos de la época. Su nivel moral es bastante alto, y no hay señal alguna de la decadencia moral de la familia a que se refieren sus consejos. Aborrecen el lujo y la acumulación de riqueza. Pero no les preocupan ni les interesan ninguna de las grandes cuestiones económicas y sociales. Ni siquiera las mencionan (66).

Con todo, no podemos decir que la filosofía no ejerciera cierta influencia sobre la actitud de las clases intelectuales hacia muchos vitales problemas económicos y sociales del día. Las nuevas concep-

ciones filosóficas estaban en el ambiente. Los que no leían obras filosóficas ni escuchaban a los filósofos recibían sus ideas del medio ambiente de la literatura contemporánea, especialmente el drama. La «comedia nueva», sin seguir a una u otra escuela filosófica, está llena de máximas y expresiones sacadas de ellas. Así, por ejemplo, tiene alusiones frecuentes al problema de la πενία y la πλοῦτος, así como también las tiene la poesía helenística y la prosa en general, de la que los romanos heredaron el problema (67).

Era, pues, natural que muchas personas, incluso reyes y ciudades, adaptasen su conducta a las ideas más liberales y humanas de la filosofía de su tiempo. Ya he citado la política liberal de algunos individuos y ciudades hacia los esclavos, así como los principios de conducta de algunos médicos y banqueros. Respecto a este punto, no es preciso recordar al lector la influencia de la filosofía de aquel tiempo sobre algunos reyes helenísticos.

Sin embargo, todo esto sólo trajo una mejora parcial. La filosofía nunca vio la necesidad de reformas generales y radicales en gran escala o no quiso defenderlas. A este respecto la filosofía era y siguió siendo también individualista.

Es asombroso lo limitado de nuestro conocimiento sobre la vida, ideales y manera de pensar del proletariado de las ciudades griegas en la época helenística. Incluso Menandro y otros autores de la «comedia nueva» nos dicen muy poco, y Herondas y Teócrito no mucho más, ofreciéndonos muy poco detrás de las semiconvencionales figuras de esclavos, cocineros y parásitos. Es evidente que no estaban interesados en la psicología de las clases bajas como tales. Pocos títulos de comedias o mimos (que a veces tratan los mismos temas que las comedias) se refieren a las clases trabajadoras. E incluso estas obras que tratan de ellos pueden haber tenido como caracteres principales a miembros de las clases burguesas. Por desgracia, no tenemos fragmentos importantes de ninguno de ellos e ignoramos por completo su contenido. Temo que debamos suponer que incluso en estos dramas perdidos los miembros de las clases bajas se presentaban a la misma luz que en los que se conservan (68).

Podemos formarnos alguna idea estimativa de la condición miserable del proletariado en general mediante una comparación de sus jornales con la media de los precios y por sus estallidos de indignación en las épocas de revolución social y política; pero esto nos ayuda muy poco a formarnos una idea de su actitud mental, su modo de vida, su moral e incluso sus aspiraciones religiosas.

II. *ALGUNOS ASPECTOS DE LA VIDA ECONÓMICA*

No es fácil dar en pocas páginas un breve resumen sistemático de los hechos económicos más importantes que distinguían el mundo helenístico de la época entre Alejandro y Augusto. Los testimonios a nuestra disposición son muy escasos y tan sólo proyectan una luz escasa sobre temas tan fundamentales como la población y el capital, las nuevas fuentes de riqueza y la influencia de la ciencia y la técnica en el desarrollo de la vida económica. Además, no estamos mejor informados sobre la estructura económica del mundo griego y oriental en la época prehelenística que en la edad siguiente, y a menudo es imposible decir si algún rasgo de la vida económica mencionado por primera vez en el período helenístico fue un hecho desconocido en los siglos V y IV a. de J. C. Es aún más difícil distinguir entre la época helenística y la mucho mejor conocida de principios del imperio romano. Así, por ejemplo, algunos casos de progreso técnico mencionado por primera vez por los escritores del imperio romano pudieron haber sido invenciones de los primeros siglos después de Jesucristo, pero también pueden serlo de la época helenística y haber sido adoptadas y quizá mejoradas después. Por consiguiente, todas las afirmaciones que siguen, basadas en su mayor parte en testimonios aducidos y discutidos en capítulos precedentes, deben tomarse por lo que son: sugerencias hipotéticas fundadas en hechos aislados y más o menos seguros.

1. POBLACIÓN Y CAPITAL

Entre los requisitos esenciales para entender la vida económica de una región del mundo en cualquier período se halla, por un lado, el conocimiento más o menos exacto de la densidad de población en esa región y de su disminución o aumento, y por otro, el de la suma de capital acumulada por su población mediante la explotación de sus fuentes naturales de riqueza.

Desde un principio debo admitir que, por lo que respecta al mundo helenístico, nuestro conocimiento es escaso y defectuoso. Los datos estadísticos de que disponían los contemporáneos son muy raras veces mencionados en nuestros textos, y si lo son, es de una forma que hace difícil y muy discutible su interpretación. La ciencia moderna ha reunido cuidadosamente

todos los datos que poseemos y ha intentado, ayudada por los métodos modernos de investigación, utilizarlos para construir un esqueleto estadístico como base de una investigación económica del mundo antiguo en general, incluyendo la parte helenística. Sin embargo, estos intentos, aunque valiosos, solamente han dado resultados escasos, deficientes, muy especulativos y controvertibles. Ya me he referido antes a los distintos problemas relacionados con los datos estadísticos que nos quedan. En las páginas siguientes trataré de resumir estas observaciones dispersas.

Población. Empezaré exponiendo las escasas fuentes que tenemos sobre la población del mundo helenístico (69). Para GRECIA y las islas no disponemos de estadísticas. Consideraciones generales y algunas cifras sobre la población de parte del Peloponeso y en especial de Atenas en la época de Demetrio de Falero sugieren que en los primeros años de la época helenística la población de Grecia y las islas permaneció estática e incluso pudo aumentar en algunos lugares. Muchos griegos emigraron a las nuevas monarquías (no disponemos de cifras), pero las pérdidas pudieron haberse compensado por el creciente número de extranjeros residentes, esclavos y libres, especialmente en las grandes ciudades, y por el aumento natural de la parte de población originaria que permanecía en la patria, aumento promovido principalmente por la prosperidad general. Pero, como he explicado, la situación cambió gradualmente. La guerra continua en Grecia, la inseguridad general y la decadencia económica fueron factores contrarios a un crecimiento firme de la población, y nuestras autoridades son unánimes (sin darnos, por otra parte, cifras que apoyen su punto de vista) en insistir en la despoblación gradual de Grecia, despoblación que se agudiza a fines del siglo III y principios del II a. de J. C. Este proceso, con algunas fluctuaciones locales, persistió hasta la época de Augusto (70).

No se sabe mucho más sobre MACEDONIA. Es probable, por consideraciones generales, que en los días de Filipo II y Alejandro el Grande de Macedonia fuese sangrada al máximo en su población. Miles de varones adultos macedónicos dejaron su patria para no volver jamás. Gran parte del ejército macedónico de Alejandro no volvió a ser desmovilizado nunca después de la muerte de su caudillo; por el contrario, de cuando en cuando fue reforzado por nuevos reclutas macedónicos. Muchos de ellos y los hijos que tuvieron mientras estaban en servicio activo per-

manecieron en Oriente como colonos en las fundaciones de Alejandro y sus sucesores.

Bajo Antígono Gonatas y sus inmediatos sucesores la población de Macedonia —país rural— probablemente volvió a su antiguo nivel prealejandrino, y siguió siendo alta hasta las guerras de Filipo y Perseo. He citado ya (cap. V, pág. 692) testimonios del deseo de Filipo, después de las guerras de la primera parte de su reino, de aumentar tanto la población urbana como la rural de su reino. Ésta sufrió nuevas pérdidas en la época de Andriscos. Para el período siguiente no tenemos medios de estimar los efectos causados sobre la población por las continuas guerras de la frontera norte de Macedonia y las incursiones frecuentes de sus vecinos del Norte (71).

De las monarquías orientales helenísticas, estamos mejor informados sobre la población de EGIPTO. Nuestros textos han conservado algunas cifras que hacen posible formarnos una idea aproximada del volumen y densidad de la población del Egipto tolemaico en los distintos períodos de su historia. Estas cifras han sido estudiadas más de una vez a la luz de los recientes descubrimientos papirológicos, siendo el tratado clásico el de U. Wilcken (72). El texto básico es Diodoro, I, 31, 6-8. En su referencia a la gran población de Egipto en el pasado y en su propio tiempo, repite, por lo que se refiere al Egipto antiguo, los datos de Hecateo de Abdera, contemporáneo de Tolomeo Soter; para su propio tiempo, probablemente se funda en la información (de fuentes oficiales y semioficiales) que recibió durante su estancia en Egipto el 60 a. de J. C. Por desgracia, el texto del juicio de Diodoro, tal como lo tenemos, parece estar corrupto, pero ha sido enmendado de modo convincente (73).

Según este juicio de Diodoro las fuentes oficiales (ἱεραὶ ἀναγραφαί) atestiguan la existencia de 18.000 ciudades y pueblos en la época pretolemaica, mientras que en el reinado de Soter su número había ascendido a 30.000, número que permaneció inalterado hasta sus propios días; los números pueden estar corruptos, pero la relación entre la cifra menor y la mayor probablemente es correcta. La diferencia entre el número de pueblos de la época tolemaica y el de la pretolemaica puede atribuirse al aumento en el número de establecimientos en Egipto después de Alejandro, pero es más probable que en las fuentes pretolemaicas sólo se tuvieran en cuenta los pueblos más grandes, mientras que en las listas oficiales tolemaicas se registrarían todas

las κῶμαι grandes y pequeñas. Sin embargo, es sorprendente que el número siguiese siendo el mismo hasta el 60 a. de J. C. Sabemos que los primeros Tolomeos, especialmente Filadelfo, crearon multitud de nuevos establecimientos, grandes y populosos muchos de ellos. Puede sugerirse o bien que el número de pueblos aumentó entre Soter y Filadelfo y después volvió aproximadamente al número que existía bajo Soter (las cifras de Diodoro son números redondos), o bien que las nuevas fundaciones de Filadelfo fueron realmente pueblos preexistentes reconstruidos y ampliados (confróntese el caso de Alejandría y Racotis). En el mismo pasaje, Diodoro añade que el número total de λαός en Egipto era de siete millones, tanto τὸ παλαιόν como en su propio tiempo. Como definición de una época, la expresión τὸ παλαιόν es vaga. Con toda probabilidad significa la época pretolemaica. Si es así, la cifra que da se refiere solamente a la población de la χώρα, no incluyendo la de Alejandría, y era la misma en la época pretolemaica que en la suya propia. Podemos, pues, suponer que entre estas dos fechas la población pudo haber sido y probablemente fue mucho más grande. La exactitud de las cifras de Diodoro está confirmada por el conocido juicio de Flavio Josefo (*B. J.*, II, 16, 4, párrafo 385), que estima la población total de Egipto en el reino de Nerón en siete millones y medio de habitantes, sin incluir Alejandría. En apoyo de su afirmación aduce datos referentes a la capitación, que probablemente le habían suministrado en términos generales las fuentes en que se basa. No disponemos de medios para calcular el número de centros habitados ni la población total del Egipto tolemaico en su fase más brillante. La densidad de la población de Egipto ha sido estimada por A. Segré con alguna probabilidad en 280 habitantes por kilómetro cuadrado.

En las cifras mencionadas probablemente no se incluye la población de Alejandría, pero se registran algunos datos fidedignos sobre ella. Diodoro (XVII, 52, 6), basando su afirmación en los datos recibidos de «los que guardan los registros de la población», dice que el número total de habitantes libres de Alejandría era en esta época de más de 300.000 (parece que había un registro especial para los esclavos) (74). Un poco después, en el reinado de Augusto, este número, según Estrabón (véase más adelante sobre Antioquía y Seleucia), subió a cerca de 500.000 y más tarde, hacia 37 d. de J. C., pudo haber subido a un millón, según algunos eruditos modernos.

La última cifra se saca de un interesante documento de origen egipcio, recientemente publicado, llamado *Actas de la Gerusia*, que es una parte de la conocida colección de las *Actas de los mártires* de Alejandría (75). Este documento, en el curso de un informe sobre la audiencia concedida a los representantes de Alejandría por Calígula, menciona un cuerpo de 173 gerontes de Alejandría recientemente elegidos por un censo de 180.000 ciudadanos (76). Dado que este censo de hombres adultos implica la existencia de una población total griega en Alejandría de unos 500.000 habitantes, y los documentos alejandrinos de la época de Augusto (publicados en *B. G. U.*, IV) (77) hacen probable que los habitantes de la ciudad no griegos y esclavos, igualen en número a los griegos, el total de la población de Alejandría en la época de Calígula debe estimarse en un millón por lo menos.

Es sorprendente un crecimiento tan rápido de la población de Alejandría mientras la de la *chora* permanecía inalterada. No puedo entrar aquí en una discusión detallada sobre el grado de confianza que hay que conceder a los datos suministrados por las *Actas de la Gerusia*. Pero debo llamar la atención de mis lectores sobre dos consideraciones. La existencia de un *numerus clausus* de 180.000 ciudadanos de Alejandría nunca se menciona en las fuentes que poseemos sobre esta ciudad, ni siquiera en otras secciones de las *Actas de los mártires*. Por consiguiente, pudo ser una invención del autor de las *Actas de la Gerusia*, con el fin de dar una idea impresionante de la grandeza de la comunidad en cuyo nombre hablaba la diputación al emperador. Además, la existencia de un gran censo de ciudadanos podía ser simplemente el resultado de la transformación que hizo Calígula de la constitución aristocrática de Alejandría, tal como existía en la época de los Tolomeos y de Augusto y Tiberio, en una flamante democracia por la que consiguió la ciudadanía el tumultuoso proletariado de Alejandría. Y una transformación de este tipo en una época tan agitada me parece más que dudosa.

Las fuentes anteriormente citadas sobre la población de Alejandría suscitan de nuevo la cuestión antes discutida (cap. IV, páginas 329 y sigs.) del volumen de la población griega de Egipto. ¿Cuál era el número de inmigrantes, y particularmente de griegos, comparado con el número de indígenas en Egipto? Si Alejandría tenía realmente el año 60 a. de J. C. una población de 300.000 habitantes libres, teniendo en cuenta la información sobre la proporción de griegos con extranjeros en la época de

Augusto que nos dan los documentos alejandrinos antes citados, debió de haber más de 150.000 griegos residentes en Alejandría hacia el año 60 a. de J. C. El número de griegos en Alejandría en época anterior pudo haber sido mayor o menor. Podemos suponer que se redujo por las persecuciones de Evérgetes II, pero, por otra parte, entre los «griegos» de los siglos II y I a. de J. C. hubo probablemente muchos indígenas helenizados. De este modo, quizá podamos admitir la cifra de 150.000 como cifra media de los griegos en Alejandría en la época tolemaica en general. Debemos añadir a éstos los griegos de Tolemaida y Naucratis (no conocemos cifras) y los griegos establecidos en la *chora*. Por lo que se refiere a estos últimos, sabemos que los «griegos» del Fayum, formaban en la época de Nerón y más tarde un cuerpo político, un *numerus clausus* de 6.475*. Pero el sentido en que los «helenos» del Fayum contaban 6.475 es controvertible, y además este número se refiere sólo al Fayum. No es, pues, posible una estimación general del número de griegos en Egipto en las épocas tolemaica antigua y tolemaica última (78).

Sobre el IMPERIO SELÉUCIDA no tenemos testimonios similares a los que se refieren a Egipto. No conocemos el número total ni la densidad media de la población. Evidentemente, la densidad media de población varió mucho de un lugar a otro. Después de la pérdida de la India, Bactriana y las partes más populosas y mejor cultivadas de las satrapías iranias orientales, las partes más densamente pobladas del imperio seléucida eran, sin duda, Babilonia y el núcleo de la Siria seléucida, y después Fenicia y Palestina. Pero incluso para estas regiones carecemos de datos. Las únicas excepciones son Antioquía del Orontes y Seleucia del Tigris. Estrabón (XVI, 2, 5, pág. 750) dice que la población de Antioquía (probablemente en su tiempo y no en el de Artemidoro de Éfeso) era algo menor que la de Alejandría o Seleucia del Tigris. Ahora bien: en la época de Plinio (*N. H.*, VI, 122) se dice que Seleucia tenía una población de 600.000 habitantes (cifra aproximada, cuya fuente se desconoce), y no es improbable que Alejandría pudiese tener una población del mismo volumen en el reinado de Augusto (79). Pero estas dos cifras no nos ayudan a estimar el total de la población del imperio seléucida, ni siquiera la de Babilonia y la Siria seléucida. No disponemos de cifras parecidas para las ciudades de Fenicia y Palestina, cier-

---

* *O. G. I.*, 668; *I. G. R.*, I, 1124.

tamente prósperas y en crecimiento. El cálculo de 30 millones de Beloch, con una densidad de 9 a 10 habitantes por kilómetro cuadrado en la época de Antioco I, es una simple conjetura*. Tampoco conocemos nada positivo sobre el número de macedonios y griegos establecidos en el imperio seléucida, y los cálculos de A. Segré son muy especulativos (véase cap. IV, página 471 y nota 275). Un punto es cierto: los primeros seléucidas vieron, sin duda, un rápido crecimiento de la población griega y macedónica establecida en muchas ciudades por ellos fundadas. Esto se demuestra en las ruinas de Dura-Europos. La ciudad fue planeada en gran escala con ambiciosas fortificaciones, calles anchas, un ágora espaciosa y una ciudadela considerable. Es más que probable que muchas otras colonias seléucidas fuesen establecidas según la misma escala. Pero el plan del fundador de Dura nunca llegó a realizarse. Las fortificaciones, el ágora y la ciudadela siguieron sin terminar. Algunos barrios de la ciudad quedaron desiertos o semidesiertos. Probablemente el fundador consideraba los primeros colonos de Dura tan sólo como el núcleo de una futura ciudad, pero este núcleo nunca llegó a desarrollarse. ¿Fue la historia de Dura típica de otras colonias seléucidas, o fue una excepción? ¿Crecieron otras ciudades, especialmente las de la Siria seléucida, como Antioquía del Orontes y Seleucia del Tigris? Y si lo hicieron, ¿fue por la adición de nuevos grupos de colonos griegos al viejo tronco, o por la rápida infiltración en las ciudades de elementos indígenas, como parece que sucedió en Dura en época posterior? (80).

Sería inútil intentar calcular de nuevo, después de Beloch, a la luz de los nuevos datos, la población del resto del mundo helenístico en el período comprendido entre Alejandro y Augusto, especialmente la de ASIA MENOR. De hecho, es posible un cálculo aproximado para algunas ciudades, especialmente las que han sido cuidadosamente excavadas, como Priene y Mileto. Así, por ejemplo, podemos intentar determinar el volumen de la población de Mileto en la época de Éumenes II basándonos en la cantidad de trigo que éste donó a la ciudad. Del número de gálatas que lucharon contra Manlio Vulso podemos sacar alguna información sobre la población de Galacia. Pero esto no nos permite formarnos una idea adecuada sobre la población de los distintos reinos y

---

* Sobre algunos datos referentes a Siria seléucida, véase cap. IV, pág. 471, y nota 276.

ciudades helenísticos de Asia Menor en los diversos períodos de su existencia (81).

De las pocas cifras conocidas y del desarrollo general del imperio seléucida y de las partes de Asia Menor que no pertenecieron a él, podemos sacar la impresión de que, como en Egipto en el siglo III y primera parte del II a. de J. C., no hubo descenso en la población de las monarquías helenísticas asiáticas, sino, por el contrario, un aumento firme y rápido. Esto puede inferirse con certeza de los hechos ya estudiados (cap. IV) sobre el primer imperio seléucida, es muy probable por lo que se refiere a los reinados de Antioco III, Seleuco IV y Antioco IV, y parece valer incluso para el período de decadencia de la monarquía seléucida respecto a los territorios que aún permanecían en manos de los descendientes de Seleuco. También se puede dar por seguro un aumento firme de la población de Pérgamo y otras monarquías de Asia Menor. Algunas ciudades griegas antiguas de Asia Menor, como Mileto, pudieron haber compartido el destino de las ciudades de la Grecia continental y despoblarse gradualmente; sabemos cómo los milesios intentaban atraer a los extranjeros a su ciudad, probablemente con el fin de detener este proceso (véase cap. IV, pág. 719), pero el peso de los testimonios muestra que para la mayor parte de Asia Menor la tendencia era en dirección opuesta. Puedo citar como prueba la parte que tomaron las ciudades jónicas de Asia Menor (por ejemplo, Magnesia del Meandro) en la colonización de algunas áreas del imperio seléucida (82). Indudablemente tenían un sobrante de población. Y éste siguió siendo el caso, aparte de fluctuaciones temporales y locales, hasta fines de la época helenística. Puedo citar, siguiendo a Beloch*[1], los ejemplos de Alejandría de Tróade, que pudo poner en armas 4.000 hombres contra los gálatas en 216 a. de J. C.*[2], y de algunas ciudades del sur de Asia Menor, como Aspendo y la ciudad y tribu de Etena, que pudieron contribuir al ejército de Aqueo en 218 a. de J. C. con 4.000 y 8.000 hoplitas respectivamente*[3]; Cibira tampoco encontró dificultad en movilizar para sus tiranos 30.000 infantes y 2.000 caballos*[4]. También puedo recordar al lector la decidida resistencia que la milicia local de

*1 Beloch, *Bevölkerung*, págs. 236 y sigs.
*2 Polibio, V, 111, 4.
*3 Ibíd., 73, 3.
*4 Estrabón, XIII, 4, 17, pág. 631.

las ciudades carias ofreció a Labieno y a los partos (véase capítulo VII).

Siendo estas las fuentes de que disponemos, debemos admitir que no nos permiten formarnos una idea ni siquiera aproximada de la densidad de la población del mundo helenístico, de sus fluctuaciones o del volumen relativo de los distintos elementos de la población, tales como la proporción de hombres libres y metecos y esclavos en las ciudades y de indígenas e inmigrantes en las monarquías orientales.

Riqueza acumulada. No menos escasa e inadecuada es nuestra información sobre la riqueza acumulada del mundo helenístico, las proporciones de sus partes componentes y su distribución entre las distintas clases de la población.

Es evidente que los habitantes de la GRECIA continental, de las ISLAS y de las antiguas COLONIAS GRIEGAS en Asia Menor, en la costa norte del Egeo y en las costas del Euxino habían acumulado mucha riqueza en la época prehelenística por su duro trabajo, su inventiva incomparable y su ingenio. Los recursos naturales, relativamente pobres, de la Grecia continental y de las islas, y la riqueza más abundante de los territorios colonizados habían sido ampliamente explotados por la numerosa población. La agricultura había alcanzado un alto nivel, se había criado ganado en gran número y los recursos minerales eran bien conocidos y activamente explotados. Además, florecía la industria griega, y sus productos, debido a sus cualidades técnicas y artísticas, gozaban de una reputación universal, mientras que las obras de arte griego habían alcanzado fama incomparable. El comercio estaba bien desarrollado y unía las distintas regiones y ciudades del mundo griego entre sí y con sus vecinos. Una gran parte del capital acumulado había sido invertido en edificios públicos y religiosos, de modo que las ciudades de Grecia eran las más hermosas y mejor planificadas del mundo civilizado. No había en Grecia ninguna ciudad que no pudiera vanagloriarse de bellos templos, teatros, gimnasios y palestras, pórticos adornados en su mayoría con exquisitas estatuas y pinturas de artistas locales y extranjeros. No menos impresionantes eran las ciudades de los muertos, verdaderos museos de arte. Los grandes santuarios del mundo helenístico rivalizaban en esplendor con las ciudades. No tengo más que recordar al lector, por un lado, Atenas, con el Pireo; Corinto; ciudades menores del Peloponeso, como Figalia y Licosura, con sus famosos templos; Mileto, Éfeso, Magnesia

del Meandro y la pequeña ciudad de Priene en Asia Menor Rodas, Lindos, Samos, Tasos, Cos y las demás ciudades de las islas; Olinto de Calcídica, Olbia y Panticapeo en las playas nórdicas de Euxino, por no hablar de las gloriosas ciudades del sur de Italia y Sicilia; y por otro lado, los grandes santuarios de Olimpia, Delfos, Epidauro, Eleusis, Delos y templos menores como el Ptoión de Beocia.

Las ruinas de estas y otras ciudades y santuarios, algunas de las cuales han sido excavadas, son testimonio no sólo del genio creador ilimitado y desembarazado de los griegos, sino también de la gran riqueza acumulada por ellos en las épocas arcaica y clásica de su existencia. No podemos calcular en cifras el capital invertido en la profusión de edificios —por lo menos, nadie lo ha intentado, aunque las cuentas de construcción de algunos grandes edificios podrían utilizarse como punto de partida para este cálculo—, pero es cierto que reflejan una gran prosperidad.

Alguna de esta riqueza fue destruida durante la guerra del Peloponeso y en el período siguiente de anarquía política, pero la mayor parte fue heredada por el mundo helenístico. En algunas ciudades probablemente aumentó en la época de Alejandro y los diádocos. Éste pudo haber sido el caso en las grandes ciudades comerciales de la época, rivales de Atenas, como Rodas, Mileto y Éfeso por un lado, y por otro, Cícico, Bizancio y otros centros del comercio euxino. El conocido hecho de que el producto que sacaba Rodas de sus derechos de aduana ascendía en el siglo II antes de J. C. a un millón de dracmas ilustra las fuentes de su riqueza. También puedo recordar que las pérdidas de Atenas, a pesar de sus vicisitudes políticas y la competencia de las ciudades antes mencionadas no fueron tan graves como se podría suponer. Sabemos que bajo el gobierno de Demetrio de Falero los ingresos de la ciudad llegaban a 1.200 talentos (83)*. La cantidad de capital acumulada en toda Grecia tal vez siguió siendo la misma, con fluctuaciones locales.

La situación ya no era la misma en la segunda mitad del siglo III a. de J. C. y más tarde. Bajo la presión de la guerra y las distintas condiciones económicas en general, Grecia empezó a gastar su capital, y nunca dejó de hacerlo, hasta fines de la época helenística. He descrito este proceso anteriormente, y sólo

---

* Duris de Samos, fr. 10, *F. Gr. Hist.*, 76.

tengo que referirme a lo ya dicho sobre el tema en los capítulos IV (referente, por ejemplo, a Mantinea y Megalópolis, págs. 206 y sigs.), V, VI y VII para indicar qué gran cantidad de riqueza acumulada de Grecia se destruyó durante las épocas de guerra y anarquía a fines de los siglos III, II y I a. de J. C., y qué parte de ella fue exportada a Italia por los romanos. El volumen de esta exportación no puede ilustrarse con cifras, ni siquiera con la ayuda de datos sobre el botín y las sumas pagadas por Grecia como indemnizaciones de guerra; pero el hecho es bien conocido y debe darse por cierto. En los dos últimos siglos a. de J. C. hubo una enorme sangría de riqueza acumulada en Grecia, pues sus ingresos regulares eran insuficientes para cubrir el coste de las guerras.

Pero debemos procurar evitar un juicio demasiado general. En algunas partes de Grecia, en ciertos períodos, la riqueza no cesó de acumularse o se reanudó su acumulación. El primer caso fue el de las grandes ciudades comerciales, especialmente Rodas y Delos, las islas relacionadas con ellas y las ciudades de los estrechos y la Propóntide; el último, el de Atenas durante los siglos II y principios del I a. de J. C. (véanse caps. V y VI).

Sabemos muy poco de la distribución de la riqueza en la Grecia helenística. No podemos calcular qué parte estaba en posesión de las corporaciones, ciudades, templos y asociaciones. Por lo que se refiere a personas particulares, en los capítulos precedentes y en la primera parte de este capítulo he mostrado que la mayor parte de la riqueza acumulada se concentraba en manos de la burguesía urbana. Al discutir los testimonios, en su mayoría procedentes de la «comedia nueva», he sugerido que muy pocos de los miembros de esta clase eran excesivamente ricos a principios de la época helenística, si es que lo era alguno. Sus ingresos eran modestos y su vida diaria simple. Algunos nuevos ricos se habían enriquecido durante la conquista de Oriente por Alejandro. Ciertos comerciantes extranjeros, tales como Zenón el chipriota, fundador de la escuela estoica, importaron grandes fortunas de su país (la voz pública estimaba la fortuna de Zenón en más de 1.000 talentos, invertidos en préstamos garantizados)*; pero ciertamente Zenón era una excepción. Los tesoros de monedas de esta época hallados en Grecia (descritos en el cap. III, nota 38) son mucho más pobres que los de Oriente y Macedonia.

* Diógenes Laercio, VII, 13.

Algunos eruditos modernos, al hablar de la riqueza acumulada en manos de particulares, citan los ejemplos de los atenienses Eutícrates (60 talentos), Dífilo (160 talentos) y Epícrates (300 talentos); pero estos hombres pertenecían a la clase media del siglo IV a. de J. C. y se hicieron ricos en circunstancias especiales, explotando las minas de plata. Son productos de épocas distintas y de diferente situación económica. Otro ejemplo citado es Crates, a quien se le suponía tener 200 talentos antes de su conversión. Pero es evidente que esta cifra no es fidedigna, porque nuestras autoridades querían destacar la magnitud del sacrificio hecho por Crates. Mucho más instructivos son los testimonios de los dramaturgos de la «comedia nueva», especialmente Menandro, sobre las dotes que los burgueses acomodados de Atenas tenían costumbre de dar a sus hijas*[1], y los conocidos testamentos de los jefes del Peripato conservados por Diógenes Laercio. Estos hombres —Aristóteles*[2], Teofrasto*[3], Estratón*[4], Licón*[5]— eran todos acomodados.

Por desgracia, sus testamentos no nos dan cifras sobre el valor total de sus fortunas. Pero el hecho de que Aristóteles, favorito de Filipo II y Alejandro, no dejase a su concubina más de un talento (además de sus anteriores regalos) muestra que su fortuna no puede calcularse en cientos de talentos. La misma impresión producen el número de esclavos poseídos por los jefes del Liceo. Debemos, pues, aceptar como bueno el juicio general de Plutarco antes citado (cap. IV, pág. 217), que asegura que la riqueza de los más ricos reyes de Esparta, Agis y Cleómenes, no era más que una bagatela comparada con la de los esclavos de los sátrapas orientales y los criados de Tolomeo y Seleuco (84).

Para el período posterior puede verse un ejemplo del nivel de riqueza que predominaba entre la burguesía de la Grecia continental en el conocido juicio de Polibio, muy familiarizado con la Grecia de su tiempo, según el cual el hombre más rico de Grecia hacia 200 a. de J. C. era Alejandro Isio, uno de los caudillos políticos de Etolia. Su fortuna, que pudo haber sido adquirida, por lo menos en parte, mediante el latrocinio, se estimaba en

---

*1 Véase cap. III, págs. 164 y sig., y nota 37.
*2 Diógenes Laercio, V, 12 y sigs.
*3 Íd., V, 51 y sigs.
*4 Íd., V, 61 y sigs.
*5 Íd., V, 69 y sigs.

más de 200 talentos*[1]. Pero debemos compararla con las fortunas de los burgueses ricos de Asia Menor de una época algo posterior —por ejemplo, Queremón y su hijo Pitodoro de Nisa (que poseía una fortuna de 2.000 talentos), Hierón de Laodicea (2.000 talentos) y otros que se mencionan como hombres muy ricos*[2]—, con el fin de darnos cuenta de lo bajo que era el nivel de la riqueza burguesa en la Grecia continental comparada con la de Asia Menor, y sin duda con la de los ricos mercaderes en las grandes ciudades comerciales del Egeo, la Propóntide y el Euxino.

Otra ilustración de la magnitud de la riqueza acumulada de ciudades e individuos puede sacarse de las inscripciones de Mesene de fines del siglo II y principios del I a. de J. C. ya estudiadas (cap. VI, págs. 836 y sigs.). La riqueza total de Mesene sometida a una contribución extraordinaria (ὀκτώβολος εἰσφορά) era de 1.256 talentos. Como todas las estadísticas de nuestros textos, la interpretación de esta cifra es difícil y controvertible. ¿Representa tan sólo la propiedad rústica, o incluye las casas y la propiedad mueble? ¿Representa el valor de la riqueza acumulada de la ciudad de Mesene y su territorio solamente, o de toda Mesenia? ¿Era toda la riqueza imponible, o parte de ella, y la *timema* era la parte sujeta a impuesto? Ya he indicado anteriormente mi opinión hipotética (loc. cit.), pero la interpretación de la inscripción sigue abierta a la discusión. En todo caso, la suma, si se compara con otras similares, aunque da idea de una cierta recuperación en Mesene, atestigua el bajo nivel general de riqueza que existía en Grecia. Lo mismo puede decirse de la riqueza media de individuos en esta época, como puede suponerse de las inscripciones de Mesenia. Parece que un talento es el mínimo de propiedad requerida para cualificar a un ciudadano para ciertos cargos. La suma es más bien baja, y, en mi opinión, demuestra un nivel bajo de riqueza entre los burgueses de Mesene, probablemente más bajo que el de Atenas en la época de Menandro. Nuestras fuentes son escasas y ambiguas, pero parece claro que el nivel de riqueza en la Grecia continental no aumentaba ni siquiera permanecía fijo a fines del siglo III y II a. de J. C. (85).

Mientras la prosperidad de la clase media en Grecia disminuía, unos cuantos miembros de esta clase adquirían grandes fortunas,

---

*[1] Polibio, XXI, 26, 14.

*[2] Véase cap. VI, descripción de la lám. XCIII, págs. 896 y sig., y nota 98; véanse págs. 882 y sig., y nota 75.

mucho mayores que antes. Este fenómeno no puede considerarse señal de una prosperidad mayor. En algunos casos y en algunas épocas puede ser así, pero su significación es precisamente la contraria. En tiempos de guerra y devastación individuos osados y sin escrúpulos aprovechan la situación revuelta y amasan grandes propiedades a expensas del resto de la población. Esto sucedió ciertamente en la Grecia continental en el siglo II antes de J. C. Es característico de la época que muchos de estos hombres ricos no fueran griegos, sino itálicos inmigrantes que se establecían por toda Grecia en número cada vez mayor en los siglos I y II*[1]. No podemos calcular sus fortunas en cifras, pero algunos eran, sin duda, muy ricos y sobresalían en riqueza e influencia sobre la masa de la población indígena. Sin embargo, no podemos decir que tuvieran un monopolio de grandes fortunas, pues había muchos griegos que eran tan ricos como los itálicos (cap. VI, págs. 850 y sig.). Es interesante anotar que aparecen sobre todo en la periferia de la Grecia continental y en las ciudades del Euxino muy afectadas por las guerras e incursiones de los vecinos bárbaros. Por lo que se refiere a la región que forma el núcleo de Grecia, puedo también recordar al lector las inscripciones de Mesene en las que determinados hombres ricos (algunos de ellos itálicos) figuran entre los contribuyentes de impuestos extraordinarios. Puedo citar también el cuadro de la sociedad ateniense a fines del siglo II a. de J. C. trazado por W. S. Ferguson*[2]. Aquí el poder político estaba en esa época concentrado en las manos de unos cuantos ricos que lo detentaban tan sólo por su riqueza.

No tenemos medios de calcular qué proporción de riqueza de la clase burguesa estaba en manos de ciudadanos de pleno derecho y de metecos respectivamente. Debe recordarse que las ciudades griegas ya no eran tan estrictas como antes en reservar el derecho de adquirir tierra sólo a los ciudadanos, y puedo citar la parte bien conocida que los metecos tomaban en la vida mercantil de Atenas en el siglo IV a. de J. C. y probablemente siguieron tomando en la época helenística. A este respecto, la ciudad de Rodas ofrece un ejemplo interesante. En ella el cuerpo ciudadano era muy pequeño. En la época del asedio por Demetrio, los ciudadanos adultos capaces de defender la ciudad no pasaban

---

*1 Véase cap. VI, págs. 846 y sigs., y nota 29.
*2 *Hell. Ath.*, pág. 435.

de 6.000 lo que indica un cuerpo ciudadano (incluyendo mujeres y niños) de 24.000*. El grueso de la población constaba, como ya he dicho (cap. V, págs. 737 y sig.) de residentes extranjeros de distintas clases y esclavos. Podemos suponer que los ciudadanos eran principalmente terratenientes, y que los negocios estaban en gran parte en manos de metecos libertos y esclavos. Pero Rodas probablemente fue una excepción.

La proporción de la riqueza griega poseída por miembros de las clases bajas era muy escasa. A través de la época helenística su situación material siguió siendo la misma, con ligeras variantes. La gran mayoría de las clases trabajadoras vivían en la indigencia, sin ahorros y con muy poca propiedad en su poder. Vivían de lo que ganaban con su trabajo manual como propietarios campesinos, la mayor parte cargados de deudas, arrendatarios de parcelas de tierra propiedad de las ciudades, los templos, distintas corporaciones y personas particulares, o como asalariados en la agricultura y la industria. La única diferencia entre ellos y los esclavos era su libertad personal y su situación más precaria en cuanto a trabajo y alimentación. Por lo menos los esclavos estaban seguros de recibir de sus amos una alimentación regular y un mínimo de vestidos.

Mucho más grande era el capital acumulado en MACEDONIA y las MONARQUÍAS ORIENTALES. Los griegos siempre vieron la riqueza de estos países con admiración y envidia. Consideraban a los monarcas orientales grandes poseedores y distribuidores de riquezas. No es sorprendente que con frecuencia mendigaran subsidios y regalos, a veces con éxito. El capital acumulado de las ciudades griegas tal como se ve en los edificios y adornos, fue aumentado en la época helenística, principalmente por los imponentes y lujosos templos, pórticos, mercados, etc., que les concedieron los monarcas helenísticos. Un catálogo de estos y otros regalos reales a las ciudades griegas, que no puede hacerse aquí, sería ciertamente impresionante. Me he referido a ellos varias veces en los capítulos precedentes.

No podemos calcular en cifras la riqueza acumulada de Macedonia y de las monarquías orientales, pero puede sacarse una idea aproximada de las posesiones de algunos reyes por los testimonios casuales que se refieren a la suma de sus ingresos anuales. En primer lugar tenemos algunas cifras seguras que se refieren

---

* Diodoro, XX, 84, 2.

a los ingresos de los TOLOMEOS. Jerónimo (*In Dan.*, XI, 5, página 560, Migne) dice que los ingresos de Filadelfo, sólo de Egipto (no incluyendo los dominios exteriores), alcanzaban 14.800 talentos de plata y un millón quinientas mil artabaes de trigo. Estas cifras han sido interpretadas de distinta manera por los eruditos modernos. Algunos creen la cifra de plata muy exagerada. Yo no veo razón para poner en duda la exactitud de la cifra que ciertamente no inventó Jerónimo, sino que la sacó de alguna fuente. Sus fuentes son fidedignas en su mayor parte, y el caso que consideramos no es una excepción. El *basilikon* de Filadelfo guardaba cuidadosamente las cuentas de los ingresos anuales, y Filadelfo no tenía razón para guardar secretas estas cuentas. Los historiadores de la época estaban profundamente interesados en este aspecto de su gobierno, y sobre él emplearían la información que habían recogido en Alejandría. En sí, la suma no es muy grande, si tenemos en cuenta todo lo que sabemos del sistema financiero y económico de los Tolomeos. Los ingresos en dinero sacados por los Tolomeos de sus propiedades en Egipto (minas de oro, pesquerías, ramas monopolizadas de la industria, etc.) y de los impuestos pagados en dinero debieron de haber sido enormes. Sin duda, una gran parte del dinero que las cecas tolemaicas ponían en circulación volvía al tesoro real.

Tampoco hay aquí una incompatibilidad manifiesta entre la cifra dada por Jerónimo y lo que dice Herodoto sobre el tributo que Egipto, Libia y Cirenaica pagaban a Darío: 700 talentos (babilonios) de plata y 120.000 artabaes de trigo, este último para manutención del ejército de ocupación*. Esta afirmación no es muy clara y ha sido interpretada de distintas maneras. Pero es evidente, por un lado, que el tributo en plata representaba sólo parte de los ingresos personales que los reyes persas sacaban de Egipto; porque Herodoto también dice que las pesquerías del lago Moeris les daban un gran producto en plata, y esto pudo haber sido solamente parte de los ingresos sacados de las propiedades privadas de los reyes de Egipto, como, por ejemplo, de canteras y minas. Por otra parte, las 120.000 artabaes de trigo mencionadas por Herodoto no representan el costo total de la manutención del ejército de ocupación. El resto parece que era suministrado por el sátrapa, y lo mismo el coste de ad-

* Herodoto, III, 91.

ministración. Los medios para cubrir este gasto, que Filadelfo sacaba de sus ingresos generales, indudablemente el sátrapa los sacaba de los impuestos, de los que sólo una parte se empleaba para pagar el tributo real.

La cifra de los ingresos anuales en trigo presenta grandes dificultades. Los cálculos modernos de la producción total de trigo de Egipto y de la parte pagada por los productores al rey, cálculos basados en el estudio de numerosos documentos, demuestran, a pesar de los problemas que lleva consigo, que el tributo del rey en trigo era mayor que la suma mencionada por Jerónimo. Pero es evidente que sólo una parte de este gran tributo formaba el ingreso neto del rey. Se gastaban grandes cantidades de trigo en el lugar o se guardaban en los graneros reales para casos de emergencia. *P. Teb.*, 703, 70 y sigs., en el pasaje que trata del transporte de trigo a Alejandría, contiene este mandato expreso: «Cuida de que el trigo de los nomos, exceptuado el que se gasta en el lugar para simientes y el que no se puede transportar por agua (ἀπλώτου, la lectura es incierta), sea traído río abajo.» Del trigo embarcado para Alejandría, una gran parte se aplicaba a las necesidades de la casa real, incluyendo el Museo, la guarnición de Alejandría y algunas guarniciones del extranjero. Es, pues, posible que cuando Jerónimo habla de un millón y medio de artabaes se refiera al trigo no gastado por el rey en la *chora* y en Alejandría, es decir, al ingreso neto del rey en trigo que podía enviarse al exterior o guardarse en los almacenes de Alejandría. Pero, aun así, su cifra parece baja; por lo menos no es exagerada.

Las cifras de Jerónimo, especialmente las de ingresos en plata, serían valiosísimas para calcular los impuestos en dinero de toda la población de Egipto si supiéramos qué proporción representaba de este ingreso. La presión fiscal del sistema tolemaico de impuestos era alta, y los métodos para extraer dinero de la población eran muy numerosos, pero nuestra información es insuficiente para permitirnos una evaluación general. Por lo que respecta al trigo, A. Segré ha calculado, con cierta probabilidad de certeza, que los ingresos del rey constituían un tercio de la producción total.

Las sumas mencionadas por Jerónimo, probablemente no incluían los ingresos de los primeros Tolomeos de su comercio exterior (en trigo y algunos productos de Egipto, parcial o totalmente monopolizados por los reyes, como papiro, *aromata*, te-

jidos de lino), que era ciertamente importante y de sus dominios exteriores en Palestina, Fenicia, Siria tolemaica, Asia Menor y Tracia. Algunas cifras de ingresos de las provincias, conservadas en documentos oficiales (véase cap. IV, págs. 333 y sigs.) muestran que era grande y regular. La suma de 8.000 talentos al año citada por Flavio Josefo (*A. J.*, XII, 175), que se dice sacada de los dominios sirios en general, puede que, después de todo, no se aleje mucho de la verdad.

Es difícil decir qué parte de ella separaban los Tolomeos para constituir su reserva, esto es, su tesoro. Los gastos que llevaban consigo su política exterior y sus guerras eran grandes y muy raras veces compensados por el botín obtenido. Parece sorprendente, pues, encontrar en Apiano (*Prooem.*, 10) la cifra de 740.000 talentos de plata como cifra del dinero acumulado por Filadelfo. Pero tengo que estar de acuerdo con Wilcken en que no podemos rechazar ni aceptar esta cifra, ni sustituirla por otra, teniendo en cuenta lo escaso de nuestra información. Sin embargo, hay una cosa cierta: Apiano (o su fuente) sin duda deseaba impresionar a sus lectores con la enorme cantidad de riqueza acumulada por Filadelfo, y pudo haber exagerado la cifra. Pero no debemos olvidar que Cleómenes de Naucratis, durante su breve gobierno en Egipto, se hizo unas reservas de 8.000 talentos*[1].

Para el último período, cuando se había iniciado un proceso de decadencia y empobrecimiento, tenemos dos cifras, las cuales se refieren al reinado de Auletes. Cicerón, en uno de sus discursos perdidos (probablemente *De rege Alexandrino*), dice que los ingresos anuales del rey*[2] eran 12.500 talentos, mientras Diodoro (XVII, 52, 6) habla de 6.000 talentos, probablemente como el mismo ingreso total. Esta discrepancia no puede discutirse aquí. Los eruditos modernos han sugerido muchas interpretaciones de estas dos cifras. Quizá la explicación más satisfactoria sea la que considera que la suma de Cicerón está sacada de datos oficiales donde el ingreso se daba en la moneda tolemaica desvalorizada de la época, mientras que Diodoro pudo haber calculado los mismos ingresos según su valor real (86).

La distribución de la riqueza en Egipto en la época tolemaica no puede ilustrarse con cifras. Puedo recordar al lector lo que he dicho sobre este tema en las secciones de los capítulos IV, V y VI

---

*[1] Diodoro, XVIII, 14, 1.

*[2] Estrabón, XVII, I, 13, pág. 798.

que tratan de Egipto. En los últimos tres siglos a. de J. C. había en Egipto muchas personas extraordinariamente ricas. Pero es evidente que todos los que conocemos participaban de la riqueza del rey, para emplear la expresión de Crisipo (véase pág. 1260). Eran ricos por el favor real. Tenemos ejemplos de estos hombres en Apolonio, el *dioecetes*, y los demás poseedores de distintas clases de *doreai*. Sus fortunas eran parte de la fortuna real, otorgadas como donación revocable. Pero, sin duda, en el curso de la explotación de los dones que los reyes les habían confiado, habían ahorrado grandes sumas y adquirido la propiedad de casas, tierras, ganado y otras cosas que eran propiedad suya particular. Lo mismo puede decirse de los que eran ayudantes de distinto grado. Una figura típica es Zenón, el criado de Apolonio, en su finca de Filadelfia. Al final de su vida su correspondencia demuestra que ya no estaba al servicio de Apolonio, sino que era un hombre rico dedicado a distintos negocios. Lo mismo puede decirse de los funcionarios que en distintos grados y calidades ayudaban al rey u otros magnates en la administración de sus grandes οἶκοι. Debemos suponer que algunos tenedores de *cleroi* militares estaban en el mismo caso, como, por ejemplo, Horo, del nomo patirita, de finales del siglo II a. de J. C., cuya carrera de negocios se nos ha revelado por el papiro Adler, recientemente publicado (87). Podemos también incluir en la misma categoría a muchos sacerdotes de los florecientes templos egipcios.

Así se formó gradualmente la burguesía peculiar de Egipto, cuya prosperidad duró hasta finales del régimen tolemaico. Conocemos muy poco de su historia. Bajo la presión del gobierno se arruinaron muchos de sus miembros y pasaron a ser proletarios. Pero la clase, como tal, aparece tan fuerte a finales de la época tolemaica como lo había sido bajo Filadelfo y Evérgetes. Tenemos pruebas de esto, por ejemplo, en el crecimiento, en la última época, de los γεοῦχοι, y el desarrollo de una alegre vida de club, principalmente, según parece, entre los miembros más o menos prósperos de la burguesía, tanto griegos como indígenas (88).

Es una lástima que sepamos tan poco de la vida económica de los residentes en Alejandría. En la época romana la burguesía de Alejandría era rica, orgullosa, levantisca e influyente. También lo había sido probablemente en la época tolemaica. Por desgracia, no sabemos nada sobre sus fuentes de riqueza. El comercio pudo haber contribuido a ella en un grado importante (89).

La situación de las clases trabajadoras era distinta. Nuestra información sobre este tema es defectuosa, pero es cierto que la mayoría de los arrendatarios reales tenían muy poca propiedad: una casa, o parte de una casa en el pueblo, unas cuantas herramientas agrícolas y algún ganado*. Lo mismo puede decirse de los artesanos. La mayor parte de lo que ganaban con su trabajo era absorbido por el Estado y la poderosa burocracia. Probablemente lo que quedaba era lo justo para el sostenimiento de la familia y alimento del ganado. Tal es la impresión producida por las fuentes documentales. La situación de los *laoi* pudo haber variado de tiempo en tiempo, pero estas fluctuaciones fueron insignificantes. Una parte muy pequeña de la riqueza acumulada de Egipto estaba en manos de los *laoi*, y su capital principal era su capacidad de trabajo (90). Finalmente puedo recordar al lector lo que he dicho anteriormente (cap. IV, págs. 318 y sigs.) sobre el papel desempeñado por los esclavos en la vida económica de Egipto. Ciertamente fue insignificante en la *chora*, pero pudo haber sido mucho más importante en Alejandría.

Tenemos mucha menos información sobre los ingresos de los SELÉUCIDAS (91). Justino (XIII, 1, 9) dice que los ingresos generales de Alejandro subían a 30.000 talentos. Generalmente esta suma se considera exagerada, pero, en mi opinión, sin buenas razones para ello. Aunque es mucho mayor que los ingresos sacados por los reyes persas del tributo de las satrapías, ha de recordarse que en la época persa las satrapías tenían que soportar además el costo del ejército de ocupación y de la administración (92). Pudo haber sucedido de otra manera bajo Alejandro. En la época de Antígono (315 a. de J. C.), que conservaba casi toda la parte asiática del imperio de Alejandro, los ingresos totales de este reino, según Diodoro (XIX, 56, 5, basado en Jerónimo de Cardia), eran 11.000 talentos. Esto se ve que es más de lo que se sacaba en la época persa, pero menos que bajo Alejandro. Podemos suponer que en los días de Antígono sus satrapías sufragaban sus propios gastos y habían aumentado las propias contribuciones.

Para el período siguiente no tenemos datos. Pero las consideraciones generales expuestas en los capítulos precedentes sugieren que los ingresos de los seléucidas —después de hacer las debidas concesiones para lo que sacaban antes de sus satrapías perdidas— más bien subieron que bajaron hasta la muerte de An-

---

* *Teb.*, 5, 231 y sigs.; Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, 210.

tioco IV, con algunas fluctuaciones, debidas en su mayor parte a guerras, especialmente en los años calamitosos que siguieron a la muerte de Antioco II. Bajo los sucesores de Antioco IV comienza una decadencia. Pero la prosperidad del núcleo de la monarquía seléucida y el producto del comercio caravanero garantizaron unos ingresos firmes a los últimos seléucidas. En la época de desintegración y anarquía completas, sin duda, estos ingresos disminuyeron de manera catastrófica. Así, pues, no es de extrañar que después de su anexión por Pompeyo, las tres nuevas provincias asiáticas del Ponto, Bitinia y Siria no diesen a Roma más que unos 6.000 talentos de plata.

No sabemos más de la distribución de la propiedad en el reino seléucida que de sus ingresos totales. No hay duda de que, como en Egipto, varias personas —generales y altos funcionarios— participaban de la riqueza del rey. He mencionado las frecuentes referencias en nuestros escasos textos a los grandes *doreai* otorgados por los reyes en Asia Menor, Siria y Babilonia. No sabemos el grado de riqueza de los tenedores de los *doreai*. El fundo sardiano de Mnesímaco estaba valorado en 1.325 estateras de oro. Pero no sabemos si este fundo era su única fuente de ingresos (93). Pueden darnos una idea del volumen de las fortunas acumuladas por ciertos magnates algunas menciones ocasionales en nuestras fuentes literarias, tales como la afirmación de Polibio (V, 50, 2) sobre Hermias, primer ministro de Antioco III, que (hacia 200 antes de J. C.) pudo adelantar la paga del ejército real de su propio dinero, o sobre Dionisio, uno de los ayudantes de Antioco IV, que poseía la vajilla de plata que se desplegó en la pompa de Antioco IV por un valor de un millón de dracmas*. Algunos ejemplos más han sido mencionados en los capítulos precedentes.

Con estos opulentos funcionarios rivalizaban en riqueza grupos de ricos ciudadanos de las antiguas ciudades fenicias, palestinas, sirias, mesopotámicas, babilónicas y elamíticas del reino, su aristocracia secular y sacerdotal. He citado anteriormente ejemplos de ricos fenicios, y puedo recordar al lector la rica aristocracia de judíos helenizados, capitaneada por el sumo sacerdote, tal como aparece en los libros de los Macabeos, y las familias indígenas ricas de Uruk y Babilonia. No conocemos las fuentes de su riqueza, pero se puede pensar que muchos se habían enriquecido por el comercio, mientras otros poseían grandes fundos.

---

* Polibio, XXX, 25, 16.

Después viene la clase media, la burguesía, compuesta en parte por emigrantes establecidos en las nuevas ciudades de los seléucidas, como los ciudadanos de Dura-Europos y otros que establecieron su residencia en las antiguas ciudades orientales, y en parte por habitantes indígenas acomodados de estas ciudades, que poco a poco se mezclaron con los primeros. Como he dicho, no podemos formarnos una idea numérica de esta clase, que formaba la espina dorsal del imperio seléucida. Pero es cierto que poseían la mayor parte del capital acumulado del reino.

Finalmente, llegamos a las clases trabajadoras. Su historia, como he dicho, no era exactamente la misma en el imperio seléucida que en el egipcio. Hubo ciertamente una tendencia bajo los seléucidas a transformar gradualmente en pueblos y aldeas los grupos grandes y pequeños de *laoi* residentes siervos vinculados a sus pueblos en campesinos más o menos libres, propietarios de su tierra, casas, ganado y aperos de labranza. Nuestra información sobre este proceso es defectuosa, como lo es también la que poseemos sobre la situación jurídica y económica de los antiguos siervos. Pero la formación gradual de una clase de labradores libres en el imperio seléucida parece muy probable. Sabemos mucho menos de la situación de los «esclavos sagrados» en los grandes y poderosos templos orientales, algunos de ellos cultivadores del suelo, y otros criados y artesanos de los templos. Prácticamente, no se puede averiguar nada en nuestras escasas fuentes sobre los estratos inferiores de la población de las ciudades orientales y de las nuevas ciudades griegas en los dominios seléucidas. Tampoco podemos decir el volumen del capital invertido en esclavos en las distintas partes de dichas ciudades y dominios.

Bastarán unas cuantas palabras para dar una idea aproximada del capital acumulado en las monarquías de Asia Menor. La mejor conocida es PÉRGAMO. También aquí la mayor parte de la riqueza se concentraba en manos de los reyes. No tenemos cifras, excepto sobre el tesoro de 9.000 talentos depositado por Lisímaco en Pérgamo y del que se apoderó Filetero; pero el conjunto de las fuentes atestigua que los atálidas acumularon gran cantidad de capital y que éste aumentó considerablemente. Los atálidas eran propietarios de vastas extensiones de tierra, de bosques y minas, de lagos y pesquerías, de empresas industriales en las que trabajaban numerosos esclavos de ambos sexos; exportaban gran cantidad de productos de su propiedad y sacaban gran-

des ingresos del tributo e impuestos pagados por sus súbditos directos y por los habitantes de las ciudades griegas de su reino.

La distribución de la riqueza entre los distintos elementos de la población era parecida a lo que observamos en los reinos de los Tolomeos y los seléucidas. Encontramos en Pérgamo un grupo de hombres ricos que ayudaban al rey en la administración de su reino. Algunos parecen haber sido ciudadanos ricos de las ciudades griegas que aumentaron su riqueza por las donaciones reales. Un hecho nuevo, más característico del reino pergameno, y menos de los dominios de los Tolomeos y seléucidas, fue la rápida acumulación de gran riqueza en manos de la burguesía urbana, especialmente en los distritos ricos de aquel reino. Las fuentes que he reunido antes (cap. VI, págs. 882 y sig., 896 y sig.) se refieren en su mayor parte al período posterior a la transformación del reino pergameno en la provincia romana de Asia. Pero es evidente que las grandes fortunas poseídas en esa época por los habitantes de las ciudades no fueron adquiridas en la época romana. Se remontaban a los días de la independencia de Pérgamo y de los demás reinos helenísticos de Asia Menor. Fortunas de 2.000 talentos se consideraban muy grandes, pero no excepcionales. Así, pues, no hay duda de que se acumuló mucha riqueza o fue añadida a un capital preexistente, especialmente en el siglo II e incluso en el I a. de J. C., porque durante el siglo III la mayor parte de Asia Menor había sufrido mucho. Esta acumulación de riqueza en manos de la burguesía urbana, explica, como ya he dicho antes, su capacidad de satisfacer las exigencias de sus amos romanos en el siglo I a. de J. C.

No hay duda de que paralelamente a la plutocracia del reino pergameno y de las ciudades de Asia Menor sometidas a los reyes pergamenos había una numerosa clase media acomodada, tanto en las antiguas ciudades griegas de Anatolia como en las primeras allí fundadas por seléucidas y atálidas. Esta clase fue la que, con ayuda de los reyes y de algunas personas de gran riqueza, puso los fundamentos del esplendor de la mayor parte de las ciudades anatólicas, tal como se ve en sus ruinas, esplendor heredado y acrecentado por el imperio romano. Puedo citar una vez más ciudades como Mileto, Éfeso, Esmirna, Magnesia del Meandro, Priene, Teos, y varias ciudades de Caria, que en el siglo II antes de J. C. desarrollaron una febril actividad constructora y aumentaron su belleza con la construcción de edificios bellos y costosos.

Las clases trabajadoras tenían, con toda probabilidad, una participación muy modesta en la riqueza del reino pergameno. La situación de los cultivadores de la tierra no está ilustrada por ningún documento, pero se puede registrar una cosa: que mientras en las monarquías tolemaica y seléucida se empleaba poco el trabajo de los esclavos en la agricultura, en Asia Menor se menciona con frecuencia a los esclavos agricultores. Las tradiciones y costumbres de la madre patria eran, según parece, más fuertes en las ciudades de esta región, y los reyes pergamenos las adoptaron de las ciudades griegas. También los esclavos desempeñaban un papel importante en las empresas industriales propiedad de los reyes, y probablemente las mismas condiciones predominaron en algunas ciudades griegas de Asia Menor. He citado ejemplos de ello en los capítulos anteriores de esta obra.

Es muy probable que el resumen que damos del reino pergameno pueda aplicarse igualmente a las demás monarquías helenísticas de Asia Menor —Bitinia, Ponto, Capadocia, Armenia—, al reino del Bósforo y a las ciudades comerciales libres de los Estrechos, el mar de Mármara y las costas meridionales, occidentales y septentrionales del Euxino. La riqueza del reino póntico de los mitridátidas, como se revela en la actividad de varios de estos reyes y especialmente de Mitrídates el Grande, se concentraba en gran parte en las manos del rey, sus ayudantes y la próspera burguesía de las ciudades. No es exacto afirmar que en su inmensa mayoría fue resultado del pillaje de Asia Menor. A menos que supongamos la existencia de un fuerte fundamento económico constituido por la riqueza acumulada del mismo reino póntico, no puede explicarse la carrera de Mitrídates.

2. NUEVAS FUENTES DE RIQUEZA

Creo que no hay razón para un resumen detallado de las fuentes de riqueza del mundo helenístico como introducción a esta sección. Ya he mencionado las más importantes en mis capítulos anteriores, al tratar de los distintos territorios helenísticos. Para listas y tablas más detalladas puedo remitir a los resúmenes compilados por los eruditos modernos para las regiones en cuestión, en las épocas prehelenística y posthelenística, es decir, romana. He enumerado las primeras en el capítulo II; las segundas se encontrarán en una forma manual para Egipto, Siria y Asia Menor en las secciones correspondientes de la *Economic survey* de T. Frank.

Es de lamentar que no se hayan compilado estas listas para Grecia y Macedonia en la sección oportuna de la *Survey* de Frank, mientras que los países danubianos, Tracia y las costas norte y oeste del Euxino no se han incluido en absoluto (94).

Una lista correspondiente para el período helenístico sería en lo esencial una repetición de las mencionadas tablas, dado que, naturalmente, la mayoría de las fuentes de riqueza siguieron siendo las mismas en el período helenístico que lo que habían sido antes, y siguieron siéndolo después. He creído, pues, más útil e ilustrativo indicar en breves líneas generales las nuevas fuentes de riqueza desarrolladas por primera vez en el período helenístico, y legadas por él a la época romana. No se puede dar aquí una lista completa de ellas. Las fuentes sobre el tema son escasas y ambiguas, y sin duda no he podido reunirlas de un modo exhaustivo. Pero las líneas generales de la evolución son discernibles.

Tierras roturadas. He mencionado repetidas veces, y tendré ocasión de volver sobre el tema, que la fuente de riqueza más importante del mundo antiguo en todas las épocas fue la agricultura, con sus ramas derivadas, y la ganadería. El período helenístico no fue una excepción. GRECIA y las islas, el núcleo fundamental del mundo helenístico, en esta época eran cultivadas con gran cuidado, energía y perseverancia. Muy poco podía añadirse al territorio de Grecia por los esfuerzos individuales. Pero en muchas partes del país había franjas de tierra fértil en potencia, cubierta de lagos poco profundos o formando charcas y marjales. De cuando en cuando se hacían intentos de desecar estas zonas, quizá desde los primeros tiempos de la historia de Grecia. Es característico del estado próspero del mundo helenístico, y especialmente de Grecia y del espíritu boyante de la población durante el reinado de Alejandro e inmediatamente después del mismo, el hecho de oír repetidas veces que se hacían en este momento intentos de desecación en lagos y charcas, para aumentar el área cultivable de Grecia. El caso más famoso es el del lago Copáis, en Beocia. Sabemos por Estrabón*[1] y Diógenes Laercio*[2] que Crates, uno de los μεταλλευταί o ταφρωρύχοι (es decir, zapadores mineros e ingenieros hidráulicos) de Alejandro, llevó a cabo, a requerimiento del rey, obras extensas, aunque no terminadas, para la desecación





*[1] Estrabón, IX, 2, 18, pág. 407.
*[2] Diógenes Laercio, IV, 23.

del lago. Algunos investigadores modernos creen que los restos importantes de construcciones de este carácter que se ven en esta región deben atribuirse parcial o totalmente a la actividad de Crates (95). Un trabajo parecido, probablemente en la misma época, se hizo, según Teofrasto*1, en la región circundante de Larisa, en Tesalia. Finalmente, una inscripción hallada en Eretria de Eubea*2 —un contrato (συνθῆκαι) entre esta ciudad y un grupo de capitalistas particulares capitaneados por Queréfanes— habla con pormenor de la proyectada desecación del lago. En caso de éxito, la tierra fértil recuperada por las obras hidráulicas de Queréfanes y sus asociados se le dejarían a Queréfanes durante diez años mediante el pago de sesenta talentos. La inscripción se atribuye, con grandes probabilidades de certeza, a la época entre 322 y 309 a. de J. C. Estamos tentados de sugerir que Queréfanes pudo haber aprendido su oficio y adquirido sus medios al servicio de Alejandro. Sin embargo, no tenemos testimonios de este tipo de obras durante el período posterior, lo que puede no ser una casualidad.

El mismo tipo de trabajos fue ejecutado en MACEDONIA y TRACIA por Filipo y Alejandro, y probablemente también por sus sucesores. El establecimiento de colonias macedonias en Tracia implicaba, naturalmente, no sólo la introducción de nuevos métodos agrícolas, sino también el mejor cultivo de la tierra que hasta entonces sólo había sido cultivada de una manera muy primitiva, y la roturación de barbechos. Puedo recordar al lector la inscripción de Filipos (cap. V, nota 38) que se refiere a los esfuerzos hechos por Alejandro por aumentar la superficie cultivable en el territorio de la ciudad y mejorar su riego.

Tenemos testimonios de operaciones similares, en escala mayor y realizadas más sistemáticamente, en las monarquías orientales. Ya he mencionado antes (cap. IV, págs. 356 y sigs.) las importantes obras de esta clase efectuadas por los primeros Tolomeos en EGIPTO. La mejora y ampliación de las obras de riego y desecación de la tierra pantanosa en el Fayum y probablemente en el Delta, especialmente en los nomos situados alrededor de Alejandría, son bien conocidos. La misma labor fue iniciada en BABILONIA por Alejandro (96), y es cierto que sus sucesores Seleuco y los seléucidas hicieron mucho en el mismo sentido.

---

*1 *C. P.*, V, 14, 2.

*2 *I. G.*, XII, 9, 191; *Inscr. jur. gr.* IX.

He citado*[1] las inscripciones de Susa que hablan de la restauración de canales alrededor de la ciudad en la época parta, sistema que ciertamente estaba en función en la época helenística, aunque probablemente de un origen más antiguo. La misma actividad, con toda probabilidad, se desplegó en las cercanías de las nuevas colonias de Siria, Mesopotamia y otras partes, tanto de restauración de las antiguas obras de riego como creación de nuevos canales y depósitos. Es muy probable que el territorio agrícola de Dura-Europos, incluida la zona baja del Jabur, estuviese tan bien regado en la época helenística como antes, o quizá mejor.

Animales y plantas. Podemos considerar como una adición a los recursos naturales de un país la introducción de nuevas plantas ya cultivadas y aclimatadas y la cría de nuevas razas de animales domésticos, con frecuencia por cruce (97). Esto no era una novedad en el mundo griego. Desde los tiempos más antiguos eran un rasgo común de la vida económica de Grecia los intercambios de este tipo entre los distintos centros de la vida griega, y la introducción de nuevas plantas y animales desde países extranjeros, especialmente de Oriente. A veces la infiltración era esporádica y casual, pero en algunos casos se hacían experimentos en este terreno en gran escala. Conocemos la actividad demostrada en este punto por los tiranos griegos, cuyo ejemplo mejor conocido es Polícrates, tirano de Samos, que causó una impresión tan fuerte a sus contemporáneos, y quedó como una figura importante en la literatura de los siglos IV y III antes de J. C. Fuentes bien informadas dicen que importó perros de Epiro y Lacedemonia, cabras de Esciros y Naxos, ovejas de Mileto y Ática, y cerdos de Sicilia*[2]: verdadero ejemplo de intercambio entre las distintas ciudades griegas. Leemos también que Dionisio el Antiguo plantó un plátano en Regio*[3], y que los bosforanos (probablemente los espartócidas) se anticiparon a Hárpalo y los primeros Tolomeos en tratar (en vano), de aclimatar en Panticapeo el laurel y el mirto, intentos repetidos después por Mitrídates*[4].

En la conocida carta de Darío a su sátrapa Gadates tenemos testimonio del trasplante de plantas orientales a Asia Menor y

---

*[1] Cap. IV, págs. 462 y sig., y nota 270; cap. VI, pág. 929, y nota 140.

*[2] Ateneo, XII, 540 *c-d*, citando a Clito el Aristotélico y en Σάμιοι Ὧροι de Alexis.

*[3] Teofrasto, *H. P.*, IV, 5, 6; Plinio, *N. H.*, XII, 7.

*[4] Teofrasto, *H. P.*, IV, 5, 3; Plinio, *N. H.*, XVI, 137.

Siria como parte de la política económica de los reyes persas*[1]: «Alabo tus intenciones —dice el rey—, por las que estás mejorando mis tierras trasplantando plantas frutales desde más allá del Éufrates a las regiones bajas de Asia, y la casa real te guarda mucha gratitud» (líns. 8 y sigs.). Es de lamentar que no conozcamos qué plantas estaba aclimatando Gadates: si eran nuevas especies de trigo o verduras, o distintos árboles frutales, orgullo de las tierras iranias. Estos experimentos no los hacía Gadates como afición particular, sino con el fin de agradar al rey; y no eran excepción. Sabemos que los persas intentaron plantar vides calibonias, cuyo fruto era tan estimado en la corte persa, en el territorio de Damasco*[2], y que fue Darío el primero en introducir la alfalfa en Grecia*[3], probablemente con el fin de proveer a los caballos de su caballería con el forraje acostumbrado. Podemos suponer que el pistacho fue plantado primero en Siria, cerca de Alepo, por los persas, y que las famosas nueces del Ponto fueron cultivadas por primera vez en Grecia por la misma época (98).

Los reyes helenísticos, por lo que sabemos de casi todos ellos, heredaron la política de los tiranos griegos y de los aqueménidas. Puedo citar algunos ejemplos, sin pretender ser exhaustivo. En la *Historia de los animales* de Aristóteles hay dos referencias, en pasajes incluidos después por los editores del tratado, a medidas de este género tomadas por el famoso Pirro, rey del Epiro. Tenía fama de haber producido cruces especiales de vacas (Πυρρικαὶ βόες) y ovejas (Πυρρικὰ πρόβατα) de talla excepcionalmente grande, que causaron la admiración de sus contemporáneos. Se hicieron intentos de aclimatar estas nuevas razas en otros países, pero sin éxito. Puedo mencionar de pasada que los establos de cría de ganado de los eácidas en el Epiro estaban organizadas de un modo moderno. Se nos dice que Neoptólemo, el predecesor de Pirro, tenía un funcionario especial encargado de los rebaños reales de bueyes y ovejas (99).

Anteriormente he aducido testimonios del interés que se tomaban los REYES PERGAMENOS en estos asuntos; pero los experimentos más conocidos en este caso son los de los TOLOMEOS (véase cap. IV, págs. 349 y sig.). Los Tolomeos deseaban viva-

---

*[1] Copia en piedra del siglo I d. de J. C., hallada en Magnesia del Meandro, de un documento de principios del siglo V a. de J. C.; *S. I. G.*[3], 22.

*[2] Posidonio, en Ateneo, I, 28 *d*, fr. 68, *F. Gr. Hist.*, 87.

*[3] Plinio, *N. H.*, XVIII, 144.

mente mejorar la calidad del trigo producido en sus reinos, aclimatando nuevas especies de trigo (sirio y distintas clases de trigo griego). Intensificaron la plantación de vides y olivos e introdujeron especies nuevas y mejores. Trataron de cultivar en el suelo egipcio nuevas especies de plantas oleaginosas (probablemente sésamo), verduras y árboles frutales. Introdujeron animales domésticos nuevos o poco empleados (por ejemplo, camellos), nuevas variedades de ovejas (milesias y árabes) y de perros y aves de corral. Al hacerlo recurrían a la experiencia (ἐμπειρία) de los nuevos colonos en su reino, tanto griegos como orientales. Puedo referirme a este respecto a Apolonio y Zenón y a su equipo agrícola. Pero no olvidaban los tratados de botánica, agricultura, viticultura, jardinería, apicultura, etc., de los que hablaré con más extensión en el próximo capítulo. Su intención era no sólo aumentar la prosperidad de su reino y sus propios ingresos colocando en el mercado griego mejor grano y en mayores cantidades, sino también suministrar a la nueva población de Egipto los productos a que estaban acostumbrados, y rodearlos de su ambiente congénito (plantando árboles decorativos sin ningún valor económico) que les hiciera sentirse como en su casa en su nueva patria (100).

Lo mismo hicieron los SELÉUCIDAS en Siria, Mesopotamia, y probablemente en las satrapías iranias también. Es sorprendente leer en Estrabón* que los macedonios fueron los primeros en plantar vides (dice expresamente que nunca se había hecho antes) en Susiana y Babilonia; y añade algunos pormenores fidedignos sobre el modo de cultivar la vid. Ahora sabemos con certeza que la vid era cultivada en Babilonia y Asiria (y probablemente en Susiana también) desde la época sumeria, con excelentes resultados. Es probable, pues, que Estrabón entendiera mal su fuente buena y fidedigna. Podemos suponer que aquí ocurrió exactamente lo mismo que en Egipto. Los colonos macedonios plantaron vides en grandes extensiones, en los lotes de tierra que se les asignó en Babilonia y Susa, y aplicaron sus propios métodos de hacerlo. Puedo citar como paralelo los procedimientos de los macedonios en Dura-Europos. En todo caso, Estrabón atestigua un hecho interesante, característico de los nuevos establecimientos tanto de los seléucidas como de los Tolomeos. Encontramos la misma semejanza entre Egipto y el reino seléucida en lo que se refiere a la aclimatación de plantas europeas en grandes ex-

---

* Estrabón, XV, 3, 11, pág. 731.

tensiones de las nuevas colonias macedónicas. Los famosos intentos de Hárpalo de plantar árboles y arbustos griegos en los parques de Babilonia, que Teofrasto estudia tan cuidadosamente, recuerdan los experimentos de Apolonio en su finca de Filadelfia (101). La introducción de algunas plantas típicamente egipcias en Palestina, y quizá después en Siria y Babilonia, tales como judías egipcias, lentejas, mostaza y calabazas, pudo haberse efectuado cuando Palestina y parte de Siria eran provincias de los Tolomeos, o más tarde, en época romana (102).

Los seléucidas, como herederos de los reyes persas, no se dieron por satisfechos con helenizar la vegetación de su reino, sino que también procuraron introducir plantas del Oriente Lejano en sus distintas satrapías. Una noticia casual de Plinio*[1] habla de los intentos hechos por Seleuco (probablemente Seleuco I) de aclimatar en su reino el amomo y el nardo indios, traídos de la India por mar*[2]. Los términos en que Plinio habla del canelo en el mismo párrafo («non habet vires frutex cinnami in Syriae vicina perveniendi») sugieren que se hicieron experimentos similares con esta planta cingalesa. Plinio menciona*[3] igualmente, al tratar del incienso, que «Asiae reges» habían plantado árboles del incienso en su reino. Por «Asiae reges» quiere decir los seléucidas. Es, pues, probable que los seléucidas intentaran producir en su propio reino algunos de los productos árabes e indios tan solicitados de sus súbditos y de sus clientes europeos. Intentos similares pueden atribuirse con verosimilitud a los Tolomeos, pues Plinio menciona los esfuerzos de éstos, como auténticos sucesores de Hatchepsut, en plantar en Egipto árboles del incienso*[4] y en aclimatar el *ladanum* (lentisco)*[5]. Pero estos intentos fueron siempre esporádicos, y no dieron resultado, distinguiéndose en esto completamente de los que intentaban europeizar la agricultura del Oriente Próximo. De hecho, estos esfuerzos de aclimatación no lograron nada que cambiase algo esencial en la vida económica de las monarquías orientales. Podía haberse hecho mucho con poco esfuerzo, pero nunca se intentó. Por vía de ejemplo, puedo citar algunos casos típicos.

---

*1 Plinio, *N. H.*, XVI, 135.

*2 «Non ferunt amomi nardique deliciae, ne in Arabiam quidem, ex India et nave peregrinari; temptavit enim Seleucus rex.»

*3 Plinio, *N. H.*, XII, 57.

*4 Ibíd., XII, 56.

*5 Ibíd., XII, 76.

Algunos árboles frutales iranios, como el albaricoque, el durazno y las cerezas, probablemente nunca fueron vistos en Egipto en la época tolemaica (por supuesto, nuestras fuentes son defectuosas y algunas interpretadas de distintas maneras). Parecen haber sido aclimatadas por primera vez en Italia por los romanos y llevadas desde este país al Oriente helenístico (103). Probablemente sucedió lo mismo con las naranjas y limones. La *citrus medica Risso*, única especie de *agrumi* que se plantó en grandes cantidades en el mundo clásico, parece que fue aclimatada primero en Italia por los romanos (104). Los plátanos, bien conocidos para los botánicos de Alejandro, permanecieron completamente extraños al mundo helenístico. Aún más curioso es el hecho de que el algodón, aunque conocido en Egipto desde época muy antigua y familiar para el mundo clásico en general, cultivado en las islas de Bahrein, en el golfo Pérsico y en Meroe y empleado para telas, nunca fue cultivado en gran escala en las monarquías helenísticas, y las telas de algodón, tanto las caras como las baratas, fueron en su mayoría de importación (105). Lo mismo puede decirse del arroz. En la época de Alejandro y los diádocos, el arroz se cultivaba no sólo en Bactriana, sino también en Babilonia y Susiana*[1], pero parece no haber penetrado en Egipto hasta finales del imperio romano y nunca fue un rival de las plantas cerealistas del mundo antiguo. Este abandono del arroz en los países mediterráneos no se limita a la antigüedad, y debe explicarse por las dificultades que su cultivo presenta en ellos (106). Es bien sabido que parte del papel desempeñado por el azúcar en la época moderna se reservaba en la antigüedad exclusivamente a la miel. La producción de miel era, por supuesto, limitada, y era de desear algún suplemento o sustitutivo. Este sustitutivo existía en la India, y era conocido, aunque imperfectamente, de los visitantes helenísticos de aquel país*[2]. Sin embargo, no se hizo ningún intento en las épocas helenística y romana para saber más acerca de él o aclimatar alguna de las plantas azucareras en el mundo grecorromano, aunque el azúcar (σάκχαρον) se importaba a veces de India, con seguridad en la época romana, pero quizá también en la helenística*[3] (107).

*[1] Estrabón (Aristobulo), XV, 1, 18, pág. 692; Diodoro, XIX, 13, 6.

*[2] Véase, por ejemplo, Nearco en Estrabón, XV, 1, 20, páginas 693-694.

*[3] Diodoro, XIX, 94, 10.

Tampoco se hizo intento alguno por producir seda auténtica. Durante mucho tiempo la única materia prima para los tejidos de seda griegos hechos en casa era la seda de baja calidad llamada asiria y coea (quizá hecha también en la isla de Amorgos), extraída de capullos producidos en el Oriente Próximo. La seda auténtica de China era importada (108).

Nuestra información sobre la aclimatación de nuevas plantas y animales en distintas ciudades de GRECIA es muy escasa. Sin duda, conoceríamos más sobre ellos si tuviéramos a nuestra disposición los numerosos tratados de agricultura escritos en la época helenística en Grecia y las islas griegas. Pero estos tratados están irremediablemente perdidos. Nos vemos, pues, reducidos a algunas citas ocasionales. Por lo que respecta a los árboles frutales, un pasaje de las *Geopónicas* (X, 12, 3-4) sacado de Paxamo, escritor de agricultura, probablemente del siglo I a. de J. C., indica que este autor fue el primero en describir el cultivo del pistacho en Grecia. El árbol fue probablemente importado por primera vez de Siria a Grecia en la época de Paxamo. También puedo mencionar las experiencias del cultivo de palmeras en la época de Teofrasto*, y el intento hecho por los rodios, amigos de los Tolomeos y sus asociados en el comercio, de plantar el árbol *persea* egipcio en Rodas. Sobre animales domésticos, es probable que los primeros patos domésticos fueran criados en Grecia en la época helenística (109).

En conjunto, las medidas tomadas por los reyes helenísticos añadieron un gran número de nuevas plantas de gran valor económico en las anteriormente cultivadas en sus reinos. Así, por ejemplo, el paisaje agrícola de grandes regiones de Egipto se alteró considerablemente. Ya no fue tan monótono como había sido. En muchos aspectos, como, por ejemplo, el cultivo del trigo, se hicieron cambios de gran importancia en beneficio de la población y de los gobernantes. Sin embargo, no se intentó ni se realizó nada comparable a la actividad posterior de los árabes. El paisaje agrícola de Egipto se helenizó hasta cierto punto, pero sus rasgos fundamentales siguieron siendo los mismos de antes. Otro tanto puede decirse probablemente de las demás regiones del mundo helenístico.

Bosques. Seguían en importancia a la agricultura (en el amplio sentido de la palabra, incluidos el cultivo de la vid y el olivo

---

* Teofrasto, *H. P.* II, 2, 10; III, 3, 5; cf. *C. P.*, II, 3, 7, y Plinio, *N. H.*, XVI, 111 y 135.

y plantas oleaginosas, además de los pastos y la apicultura), los bosques y la minería (incluyendo las canteras de piedra). Éstos suministraban al mundo antiguo madera de construcción y leña, y metal y piedra para construcción y otros fines. Sabemos poco de la explotación de los bosques por los gobernantes helenísticos. Hemos de anotar que todas las principales monarquías helenísticas poseían buenos bosques, que no sólo les daban madera y leña, sino también pez y brea. En este aspecto es bien conocida la riqueza de Macedonia; no carecían de excelente madera los territorios de Asia Menor (excepto Galacia), y algunas regiones, como el monte Ida, el Olimpo Misio, el Ponto, Licia y Cilicia, eran excepcionalmente ricas. Los seléucidas tenían a su disposición los bosques de Siria y Mesopotamia, además de dominar en los primeros tiempos de su gobierno algunas de las regiones que acabamos de citar, y disponer en sus últimos años de las maderas de cedro del Líbano. Finalmente, los Tolomeos, aunque poseían muy poca madera en su propio país de Egipto, sacaban abundante provisión de madera de Chipre, y en sus primeros tiempos, del Líbano y de Licia y Cilicia. Grecia era una excepción. Grandes zonas de ella habían sido talladas en la época helenística. Otras regiones, especialmente islas, nunca tuvieron bosques. Estas zonas dependían, pues, de la madera, la pez y la resina importadas. El ejemplo clásico es Delos, que, como demuestran muchos textos, tenía que importar estos productos, además de la leña y carbón. Sin embargo, aún quedaban en Grecia algunas zonas ricas y célebres por sus hermosos bosques. Algunas partes de Élide y Laconia, los montes Taigeto, Parnaso, Olimpo, Pelión y Osa, y especialmente Arcadia con el monte Cilene, son mencionados por Teofrasto y otros como cubiertos de arboledas y bosques. Entre las islas, Creta tenía todavía abundancia de bosques naturales, que los cretenses aprovechaban para construir sus flotas piráticas (110).

Es evidente que la gran abundancia de madera para construcción de casas y buques, carros, armas y máquinas de guerra, herramientas y combustible llevó a los caudillos helenísticos a explotar los bosques más sistemáticamente de lo que había sido costumbre.

Sabemos por una cita casual que Antígono el Cíclope y su hijo Demetrio, para construir sus propios barcos y los de sus aliados, cortaron grandes cantidades de madera en los bosques de Chipre, que habían sido protegidos y explotados con mesura por los reyes

locales de la época. No hay duda de que los sucesores de Antígono y Demetrio en Chipre, es decir, los Tolomeos, obraron de la misma manera. Podemos suponer sin lugar a dudas que todos los monarcas helenísticos realizaron la misma explotación intensiva de los bosques: los seléucidas, los atálidas, los reyes de Bitinia y del Ponto (111).

No sabemos cómo se efectuaba esta explotación intensiva. La tala de árboles debió de hacerse con más método que en el pasado. Los reyes tenían ahora a su disposición un conocimiento exacto y una clasificación científica de árboles silvestres, así como una descripción cuidadosa de las variedades más importantes, y una valiosa información sobre el valor en el mercado de las distintas clases de madera y los procesos técnicos empleados por los madereros (ὑλοτόμοι) y carpinteros de Grecia, Macedonia, Asia Menor, Siria y Egipto. El admirable tratado de Teofrasto sobre *Historia de las plantas* y sobre las *Causae plantarum* fueron, sin duda, publicados o en vida suya, o quizá poco después de su muerte, que ocurrió probablemente hacia 285 a. de J. C. (112).

Es de lamentar que desconozcamos la política de los reyes helenísticos sobre deforestación, el problema más vital de la explotación maderera en general y resultado natural de la explotación intensiva. Los bosques que heredaron de sus antecesores no eran bosques vírgenes, sino que habían sido, por regla general, despojados sin piedad en el pasado. Podemos saber por un pasaje muy ilustrativo de Eratóstenes relativo a Chipre, que puedo reproducir literalmente*: «Eratóstenes dice que en la antigüedad las llanuras de la isla estaban tan espesamente pobladas de árboles, que los bosques las cubrían sin solución de continuidad, y no eran cultivadas. Algún remedio a esto fue proporcionado por el laboreo de las minas, puesto que se talaban los árboles para fundir las menas de cobre y plata, y también ayudó la construcción de barcos, tan pronto como la navegación gozó de cierta seguridad y las fuerzas navales surcaron el mar. Pero como no se ganaba de este modo una victoria completa [sobre los bosques], a todo el que quería y podía se le permitió cortar árboles y poseer la tierra así ganada, en propiedad libre de impuestos.»

Por desgracia, no sabemos si seléucidas y Tolomeos dieron algún paso no sólo para explotar sus bosques intensivamente, sino también para evitar una deforestación completa. Ya he di-

---

* Citado por Estrabón, XIV, 6, 5, pág. 684.

cho que en Chipre los reyes indígenas que precedieron a los caudillos macedónicos habían protegido ya sus bosques. Podemos sospechar que se aplicó algún sistema de protección y de tala metódica, por lo menos en época romana, a los famosos cedros del Líbano. Tanto si los Tolomeos aprendieron algo de los reyes de Chipre como si las medidas tomadas por los romanos en Siria se remontaban o no a los Tolomeos y seléucidas, el hecho es que los Tolomeos se dieron cuenta de la importancia del problema en lo que a Egipto se refiere. He mencionado antes la previsora administración tolemaica de los árboles de Egipto, los pasos que dieron para protegerlos donde los había y plantar los diques y bancales sistemáticamente con árboles y arbustos (113).

Minas. De más importancia todavía para los estados helenísticos eran las minas. La demanda de metales aumentó rápidamente en el mundo helenístico. Se necesitaba oro, plata y cobre para la abundante y siempre en aumento acuñación de moneda. Todos los monarcas guardaban como capital de reserva y atesoraban metales preciosos acuñados, pero principalmente en forma de vajillas de oro y plata. Lo mismo hacían muchos templos ricos. La vajilla de oro y plata, y las joyas de oro eran usadas por particulares y al mismo tiempo constituían sus ahorros y su capital de reserva. El cobre aún tenía mucha demanda para vajilla, estatuas y estatuillas, muebles, artículos de tocador, herramientas, instrumental quirúrgico y armas. Más importante aún era el hierro. No había rama de la actividad humana que no necesitase una abundante provisión de hierro; la guerra, la agricultura e industria, el transporte y la navegación absorbían cantidades cada vez mayores. Para muchos países, como Egipto, la verdadera edad del hierro no empezó hasta la época helenística.

Los recursos minerales modernos que empleó el mundo helenístico son poco conocidos y han sido estudiados de modo desigual. Grecia, Macedonia y Egipto, completamente explorados, son excepciones. Se ha hecho muy poco a este respecto en gran parte del mundo helenístico antiguo: Asia Menor, Siria, Mesopotamia, las tierras iranias y Arabia. Tampoco son mejores nuestras fuentes —literarias, epigráficas y arqueológicas— sobre épocas antiguas. Las minas son mencionadas esporádicamente en nuestros textos literarios. El mismo Estrabón, que se interesaba mucho por el tema, tampoco trata exhaustivamente ni siquiera las regiones del mundo helenístico que conocía mejor, como, por ejemplo, Asia Menor, por no mencionar las que conocía sólo por fuen-

tes literarias. Las fuentes epigráficas (excepto para el Laurión, en Ática) y papirológicas son muy escasas. Tampoco los arqueólogos han contribuido mucho, excepto para Grecia, Macedonia y Egipto (114).

En estas circunstancias, es muy difícil valorar la actividad de los caudillos helenísticos en el campo de la prospección y minería: decir cuántas nuevas minas alumbraron, y cuántas antiguas fueron explotadas con más intensidad que antes. Hay razones *a priori* para suponer que se hicieron grandes esfuerzos en los estados helenísticos en este aspecto. Una abundante provisión de metales era de tan vital importancia para todos ellos, que hay que suponer que hicieron cuanto pudieron por desarrollar los recursos minerales de sus territorios respectivos. Sabemos cuánto dependió el éxito de Filipo II de sus esfuerzos sistemáticos por aumentar, mediante la conquista y la prospección, la producción de metales bajos y preciosos de sus territorios. La política fue heredada por Alejandro y continuada por éste en Macedonia y después en su nuevo imperio asiático. Por una cita ocasional*, sabemos que tenía un ingeniero y prospector de minas especial (μεταλλευτής) en su estado mayor durante su gran expedición. El ingeniero, llamado Gorgo, estudió los recursos minerales del reino de Sopites (entre Jarotis e Hífasis, cerca de la actual Lahore), y encontró, además de minas de sal, ricas vetas de oro y plata explotadas de una manera muy primitiva por los indios. Presentó su informe a Alejandro y después lo publicó en un libro. No hay duda de que Alejandro organizó la explotación de estas minas de un modo más sistemático, y que Gorgo no fue el único *metalleutes* del ejército de Alejandro que tuvo éxito en sus prospecciones (115).

Es evidente que todos los sucesores de Alejandro actuaron del mismo modo. En GRECIA se podía hacer muy poco (116). Los griegos eran excelentes prospectores y conocían bien la riqueza mineral de Grecia y las islas. Todas las minas existentes habían sido explotadas mucho antes de la época helenística, muy pocas eran ricas y algunas estaban agotadas. Por consiguiente, en lo que respecta al abastecimiento de metales, muchas ciudades griegas de la época helenística dependían principalmente de la importación de productos semiacabados. En Macedonia la situación era diferente (117). Aquí la riqueza mineral era muy grande y

---

* Estrabón, XV, 1, 30, pág. 700.

estaba lejos de agotarse. Es cierto que los sucesores de Alejandro en Macedonia prestaron mucha atención a sus minas, igual que Filipo y Alejandro. Podemos suponer, por ejemplo, que bajo Perseo se hicieron muchas prospecciones y que las minas existentes en el país fueron explotadas a pleno rendimiento*[1]. Por este medio y aumentando los impuestos acumuló grandes cantidades de oro y plata, parte de las cuales, al fin, cayó en manos de los romanos*[2]. Puedo también decir que, según los investigadores modernos, las minas de Calcídica, relativamente ricas en oro y plata, fueron descubiertas por primera vez en tiempos de Filipo II y después explotadas activamente en la época helenística. Lo mismo parece que puede decirse de las minas de cobre de Otris, Tesalia.

En EGIPTO los Tolomeos demostraron mucha energía en la prospección de metales y la minería. Investigaciones modernas en el desierto egipcio oriental probaron que: «los antiguos... habían dejado muy poco de valor; cerca de Umm Hat probaron todas las manchas azules de cobre argentífero» (118). Los Tolomeos heredaron los conocimientos de sus predecesores y no quedaron atrás en aplicarlos tanto en Egipto como en sus demás territorios. He mencionado anteriormente la intensidad con que explotaron las minas de oro de Media y las minas de oro, cobre y hierro del desierto arábigo oriental (119). Mientras duró el gobierno de los Tolomeos, estas minas (quizá con breves interrupciones) estuvieron activas y probablemente dieron importantes compensaciones. A Egipto le seguía en importancia Chipre, que era más rico en cobre, plata y hierro (120). No hay duda de que los Tolomeos intensificaron la minería en esta isla y sacaron de ella todo el cobre que necesitaban, además de alguna plata y hierro. La riqueza de Chipre en cobre explica, en mi opinión, el abandono por los Tolomeos de las minas de cobre del Sinaí, que eran difíciles de explotar y su producto probablemente escaso. Los Tolomeos tal vez añadieron a los recursos minerales que poseían en Chipre los de sus posesiones en Asia Menor y Siria, Fenicia y Palestina. Es imposible decir cuánta plata y cuánto oro recibían de Asia Menor, y qué minas poseían allí. El sudoeste

---

*[1] Tito Livio, XLV, 40.

*[2] Diodoro, XXX, 9 y 19; XXXI, 14 (sobre sus mercenarios y aliados), y Tito Livio, XLV, 40, I; cf. 29; Veleyo Patérculo, 1, 9, 6; Plinio, *N. H.*, XXXIII, 56 (botín tomado por los romanos).

de Asia Menor ha sido poco explorado en este aspecto en la época moderna y estamos mal informados sobre la extensión del territorio tolemaico más allá de la línea de ciudades costeras. Podemos suponer, por ejemplo, que tenían acceso a las minas de donde Cibira se abastecía de hierro*[1] (121). La riqueza en cobre y hierro de Palestina, especialmente Idumea (antigua Edom) y los distritos adyacentes de Arabia, se ha revelado recientemente. Estos depósitos eran, según parece, explotados exclusivamente en la época prehelenística. Uno de los centros de fundición y refinado de cobre y hierro desde el siglo XI al VII a. de J. C. fue la famosa ciudad industrial y comercial de Ezión Geber, del golfo de Akaba, recientemente excavada. Según la carta del seudo Aristeas, el trabajo de las minas idumeas se suspendió durante la dominación persa (122). Pudo haber sido reanudado por los nabateos, que dominaban Idumea, y que los metales fueran empleados por ellos y exportados a la Palestina tolemaica, y más tarde al reino seléucida. No tenemos testimonios positivos al efecto. Las minas de cobre y hierro no estaban agotadas, y eran capaces de gran producción. Es desconcertante ver que Estrabón*[2] afirma que los nabateos, aunque eran ricos en oro y plata indígenas, tenían que importar el hierro y el cobre que necesitaban para su propio uso. ¿Se vieron los reyes nabateos forzados a abandonar la producción de estos metales por presiones políticas (lo que es muy probable, especialmente durante el final de la época seléucida y comienzos de la romana, período de gran expansión política de los nabateos), o por falta de combustible? La continuación del estudio arqueológico de la región nabatea, tan espléndidamente iniciado por el doctor Nelson Glueck, resolverá probablemente el problema. También los Tolomeos pudieron haber explotado algunas minas en Palestina, y las minas de cobre y hierro del Líbano (123). Por supuesto, todas estas fuentes de aprovisionamiento de Asia Menor y Palestina fueron perdidas para los Tolomeos después de la batalla de Panión.

Prácticamente, nada sabemos de la actividad de los SELÉUCIDAS en el campo de la minería y de la prospección. En sus primeros tiempos fueron autárquicos en materia de metales básicos: oro, plata, cobre, hierro, estaño, plomo, etc. (124). Había minas de estos metales desparramadas por todo el inmenso im-

---

*[1] Estrabón, XIII, 4, 17, pág. 631.
*[2] Íd., XVI, 4, 26, pág. 784.

perio de los primeros seléucidas. La región más pobre era el núcleo central. Las minas de cobre y hierro, estaban situadas especialmente en el Líbano (bajo el dominio de los Tolomeos en la primera época seléucida) y en las regiones del alto Éufrates y Tigris, algunas relativamente ricas (las minas de cobre de Argana, cerca de Diarbekir, la antigua Amida). A éstas podemos añadir las minas de cobre del golfo Pérsico, especialmente las de Omán y las islas de Bahrein. Había algunas minas mucho más ricas en Irán, especialmente las de Carmania (Luristán), descritas por Estrabón*[1], de las que dice que poseían abundancia de toda suerte de metales, incluso oro y plata. Estrabón menciona además las minas de estaño de la Drangiana*[2]. La India también fue alabada por los griegos a causa de su riqueza en distintos metales. He mencionado las minas de los cateos, y puedo añadir que las alusiones a la riqueza mineral de la India son relativamente frecuentes en nuestros textos literarios*[3]. Más cerca del centro del primitivo reino seléucida, y probablemente bajo el dominio de los primeros seléucidas, estaban las ricas minas de plata y hierro del Cáucaso Meridional, Armenia y la célebre región de los Cálibes, entre Amiso y Trapezunte. Conocemos la reputación de que gozaban sus minas de hierro y sus trabajos en este metal en todo el mundo griego. La riqueza de esta región minera y la habilidad de los herreros cálibes fueron un lugar común en la literatura griega desde principios del siglo V antes de J. C. Los griegos creían generalmente que el hierro y las armas de hierro eran un descubrimiento de los escitas, porque probablemente se abastecían de hierro principalmente en esta región. Las minas estaban todavía en plena explotación a principios*[4] y finales*[5] de la época helenística (125). Finalmente, los seléucidas poseían algunas de las ricas minas de las montañas del Tauro, tales como las minas de plata de la moderna Bulghar Maaden (Cilicia).

En lo que respecta al abastecimiento de metales, la situación de los seléucidas empeoró en gran manera durante su último período, cuando perdieron una parte tras otra de su imperio,

---

*[1] Estrabón, XV, 2, 14, pág. 726.

*[2] Íd., XV, 2, 10, pág. 724.

*[3] Etesias, en Focio, *Bibl.*, ed. I. Bekker, 1824, pág. 46 B, 25; Diodoro, II, 36, 2, y Plinio, *N. H.*, VI, 67.

*[4] Apolonio de Rodas, *Argon.*, II, 1002 y sigs.

*[5] Estrabón, XII, 3, 19, pág. 549.

tanto en Oriente como en Occidente. Especialmente desastrosas fueron las pérdidas en Occidente. Casi todos los ricos distritos mineros de Asia Menor cayeron en manos de los reyes anatólicos. Asia Menor central, con su riqueza mineral, pasó a ser propiedad de los reyes de Pérgamo, mientras que Mitrídates del Ponto dominaba los ricos distritos mineros de la costa sudoriental del Euxino, los del Cáucaso meridional y Armenia y algunos del Tauro. Finalmente, toda Asia Menor fue separada del reino seléucida por el tratado de Apamea. Los seléucidas del siglo II antes de J. C. quedaron, pues, confinados al núcleo de su reino, incluidas Fenicia y Palestina. No sabemos si hicieron todo lo que estaba en sus manos para sacar partido de esta situación, ni si trataron de desarrollar el producto de las minas de su reducido territorio y aumentar su número mediante una prospección sistemática.

Hablando de los recursos mineros del reino seléucida, debo mencionar de pasada el betún y el petróleo. Estos dos productos eran muy conocidos y usados para muchos fines en la época prehelenística. Cuando los macedonios y griegos tomaron posesión de los ricos campos petrolíferos de Mesopotamia y de betún del mar Muerto, mostraron gran interés por ellos y registraron todas sus fuentes conocidas. Pero nunca hicieron esfuerzos serios por utilizar estas materias. Se aferraron a la pez y al alquitrán y nunca pensaron en sustituirlos por el betún. Nunca intentaron hacer uso extenso del petróleo para fines militares, o como combustible, o como posible sustituto del aceite vegetal para el alumbrado. El empleo del betún y el petróleo en las épocas helenística y romana fue muy limitado (126).

No es preciso repetir aquí lo poco que sabemos de los trabajos de minería de los reyes menores del mundo helenístico. Podemos suponer que no mostraron menos interés en desarrollar los recursos mineros de sus respectivos reinos que los antigónidas, Tolomeos y seléucidas.

Canteras. Estrechamente relacionada con la minería está la explotación de las canteras de distintas clases de piedra, tanto de material de construcción como de cualidades raras y más costosas, como las variedades de mármol, gloria de Grecia y Asia Menor, y los famosos alabastro, granito diorita, basalto, pórfido, etcétera, de Egipto. Sabemos muy poco del tema en general y de lo que se refiere al mundo helenístico en particular. Es evidente que en la época helenística debió de realizarse un trabajo

activo en la mayor parte de las canteras, porque los grandes trabajos constructivos en todos los estados helenísticos originaron una creciente demanda de piedra. Sin embargo, debe notarse que en la mayor parte de los estados las canteras fueron explotadas a una escala más reducida que después en época romana. Puedo citar como ejemplo las canteras de Docimio-Sinada, que producían una excelente variedad de mármol jaspeado, parece que fueron mucho menos explotadas en la época helenística que en la romana*, y que en Egipto muchas ricas canteras de las piedras más raras y mejores fueron abiertas por primera vez probablemente en época romana (127).

No puedo pasar revista aquí a todas las demás fuentes de riqueza del mundo helenístico. Por lo que a ellas respecta, el cuadro general será aproximadamente el mismo: grandes esfuerzos hechos en la época helenística por intensificar su explotación con el fin de subvenir a las necesidades de los respectivos estados y exportar el resto.

Pesca. Sin embargo, puedo hacer una excepción y decir algo sobre la pesca. Debemos tener presente que esta industria desempeñaba un papel muy importante en la economía del mundo antiguo en general, en todos los períodos de su evolución, papel quizá más importante que el que desempeña en el mundo moderno. El pan y el pescado, además del aceite y el vino, constituían en la antigüedad los elementos más importantes de la alimentación del pueblo, lo mismo del rico que del pobre. El pescado, fresco o salado, en escabeche o seco, era consumido en grandes cantidades, y las clases bajas dependían casi enteramente para su *opson* de las variedades baratas y especialmente del pescado salado y seco. Así ocurrió en Grecia desde época muy temprana, y lo mismo en el Oriente Próximo. Las necesidades de Oriente Próximo eran provistas por las ricas pesquerías de sus grandes ríos, Tigris y Éufrates, en Mesopotamia, con sus regiones adyacentes del golfo Pérsico, y el Nilo, con el lago del Fayum, en Egipto. El pescado de mar, excepto a lo largo de las costas sirias y fenicias, desempeñaba un papel secundario, y eran los ríos los que proveían la parte principal del abastecimiento de pescado. Las ciudades griegas proveían a sus necesidades en parte por una extensa pesca local a lo largo de las costas del Egeo y en algunos ríos y lagos (por ejemplo, el lago Copáis, en Beocia),

---

* Estrabón, XII, 8, 14, pág. 577; cf. IX, 5, 16, pág. 437.

pero también en gran parte por la importación de pescado de las florecientes pesquerías del Euxino, los Estrechos, la Propóntide, y de los grandes ríos del Norte: Danubio, Dniéster, Bug, Dniéper, Don y Cubán (128).

La popularidad de la pesca y el vivo interés por el pescado en el mundo griego se reflejan en las frecuentes menciones del tema en la literatura griega clásica y helenística. La ictiología se transformó en una ciencia en manos de Aristóteles y sus sucesores, mientras que los múltiples autores de la *Haliéutica*, principalmente de épocas helenística y romana, hicieron de la pesca una τέχνη basada en los informes de los pescadores sobre los métodos que empleaban. El mismo Ateneo se interesa vivamente por la pesca desde distintos puntos de vista, y da una interesante lista de estos métodos (I, 13). El único ejemplo de la *Haliéutica* que nos queda, el de Opiano de Anazarbo, en Cilicia, contemporáneo de Ateneo, da probablemente una idea justa de cómo eran las antiguas *Haliéuticas:* una combinación de un catálogo razonado de las distintas clases de pescado, basado en los estudios ictiológicos, con descripciones detalladas de las distintas clases de pescado. La misma popularidad de todo lo relacionado con el pescado y la pesca está atestiguado por la abundancia de monumentos de arte en que se representa. Puedo recordar al lector los platos de pescados de figuras rojas suditálicos, distribuidos por todo el mundo griego*, y continuados en los mosaicos de peces italianos de la época helenística, cuyos ejemplares de Pompeya son bien conocidos. Éstos, a su vez, fueron imitados en los mosaicos de peces italianos posteriores, y los de las provincias orientales y occidentales. Puedo citar también a este respecto los numerosos vasos pintados de la época clásica y los mosaicos aún más numerosos y pinturas de la época romana, mosaicos y pinturas derivados de originales helenísticos que presentan las distintas maneras de pescar, y las estatuas helenísticas y estatuillas representando figuras típicas de pescadores (129).

Nuestra información sobre la pesca y las pesquerías en la época helenística es defectuosa. Difícilmente se descubrieron nuevas pesquerías en esta época. Las costumbres de los peces de los grandes ríos orientales eran bien conocidas para la población local desde tiempos muy antiguos. Lo mismo puede decirse de

---

* Se ha encontrado un fragmento en Uruk; véase pág. 84, nota 22.

Grecia. El arte de la Grecia egea y micénica demuestra cuán perfectamente familiarizados estaban en aquella época los habitantes de Grecia con las distintas clases de peces del Egeo. Este conocimiento fue heredado y ampliado por los griegos. Las magistrales descripciones de los distintos peces por Aristóteles están basadas en este conocimiento acumulado, y probablemente fueron la fuente de los datos sobre pescados y pesca reunidos por las autoridades helenísticas tardías sobre las que se fundan Eliano, Plinio y Opiano. Así, por ejemplo, no hay la menor duda de que los griegos de Panticapeo, Quersoneso, Olbia, Bizancio, Cícico, Sinope y otras ciudades que desde su fundación se habían dedicado con toda energía a la pesca, estaban completamente familiarizados, antes de la época helenística, con las emigraciones estacionales de los atunes y las *pelamydes* (atunes de un solo ojo) y con los mejores lugares y artes para pescarlos. Probablemente fue muy poco lo que pudo añadirse a este conocimiento en la época helenística. Sin embargo, pudieron haberse introducido métodos nuevos e importantes en la organización de la industria pesquera, especialmente en lo que se refiere a la preparación del pescado para el mercado y a su conservación. Pero precisamente sobre este particular nuestras fuentes son muy escasas y no nos permiten distinguir entre los métodos nuevos y los tradicionales. Puedo decir algo aquí sobre el tema para evitar volver a él en la sección siguiente.

La pesca propiamente dicha, es decir, la captura del pescado por distintos métodos descritos en nuestros textos, había sido realizada desde tiempo inmemorial por pescadores aislados o en grupos, y probablemente siguió siendo la costumbre en la época helenística, tanto en Oriente como en Grecia. Desde el punto de vista económico, había más complejidad en la preparación del pescado salado, escabechado y secado, y en la organización para su exportación. Estas operaciones requerían capital y planificación, que en Grecia probablemente eran proporcionados por capitalistas particulares. Tenemos algunos testimonios aislados sobre el tema. Así, por ejemplo, la ciudad de Sinope construyó θαυμαστὰ πηλαμυδεῖα, tan excelentes y admirables como sus famosos ναύσταθμα y probablemente contiguos a ellos*. Por desgracia, desconocemos la fecha de su construcción. En Cos, en el siglo II a. de J. C., y en otras partes había σκοπαί (torres de

---

* Estrabón, XII, 3, 11, pág. 545.

observación para los atunes*[1]) públicas y particulares. A veces hay menciones de ricos exportadores de pescado, que tal vez organizasen al mismo tiempo la preparación de la pesca para la exportación. Puedo citar el ejemplo famoso de Queréfilo, tratante en τάριχος, contemporáneo de Demóstenes, que recibió la ciudadanía por sus servicios a la ciudad*[2]. Sin duda, tuvo sucesores en la época helenística. Para las monarquías helenísticas, las fuentes que tenemos son algo mejores. Aquí puedo también citar (cap. IV, pág. 298) algunos papiros de Tebtunis que dan una idea justa de la organización de la captura del pescado en gran escala en algunas pesquerías grandes del Fayum que pertenecían al rey o al tenedor del fundo regalado. No puede asegurarse si todo era nuevo en la organización de esta gran empresa.

3. EXPLOTACIÓN DE LAS FUENTES NATURALES DE RIQUEZA

Como consecuencia de la extensión oriental del mundo griego, los griegos de la época helenística, tanto en sus patrias originales como en los nuevos reinos, se enfrentaron con muchos nuevos factores en su vida social y económica. Era inevitable, pues, que cambiaran hasta cierto punto sus métodos antiguos de explotación de los recursos a su disposición. Algunos eran nuevos; otros, aunque conocidos antes, habían sido puestos a su alcance por Alejandro. Lo mismo puede decirse de la población indígena de Oriente, que después de la época de Alejandro entró en una nueva fase de su larguísima evolución económica y social.

De acuerdo con esto, esperaríamos *a priori* encontrar distintas innovaciones en los métodos de agricultura, industria y comercio, destinados a hacer frente a la creciente demanda de más y mejores productos, resultado de exigencias más diferenciadas y refinadas. Podemos aceptar, por ejemplo, el punto de vista de muchos eruditos modernos, según los cuales el brillante desarrollo de las ciencias exactas en la época helenística contribuyó ampliamente a la mejora de los métodos de producción y cambio, con la invención de nuevos ingenios técnicos en las esferas económicas en cuestión.

Este capítulo trata de facilitar la intelección del tema resumiendo el material a él relativo, cuya mayor parte ha sido sa-

---

*1 *S. I. G.*³, 1000.

*2 Ateneo, III, 119 y sig.

cado a colación en los capítulos precedentes. De este modo, el lector podrá darse cuenta de las innovaciones introducidas por primera vez en este campo en la época helenística, y los grandes cambios que originaron en el aspecto económico del mundo helenístico.

A) *AGRICULTURA*

Durante la época helenística la agricultura siguió siendo lo que había sido anteriormente: la principal industria de todos los estados que formaban el mundo helenístico. Según las ideas griegas, la agricultura era la ocupación natural de los hombres libres, de los ciudadanos de cualquier ciudad; una profesión (τέχνη) lucrativa, sana, respetable y fácil de aprender. Tal es, por lo menos, la filosofía de la agricultura formulada por Jenofonte*[1] para un caballero labrador, figura típica de su propio tiempo. Lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis,* con respecto al mundo oriental.

Por consiguiente, puedo empezar mi resumen económico con unas cuantas notas sobre esta industria, tratando primero de las ciudades GRIEGAS*[2] y después de las monarquías helenísticas.

Régimen de la tierra. Los principales rasgos del régimen de la tierra en el sistema de ciudades griegas son poco conocidos. No tenemos datos estadísticos, ni siquiera aproximados, sobre la distribución de la tierra entre las distintas clases de la población. No obstante, es cierto que hubo importantes cambios en este terreno. La tierra poseída por labradores, característica de la Grecia del siglo V, perdió importancia poco a poco. La tierra pasó de las manos de los pequeños labradores o granjeros a las de las distintas entidades corporativas: ciudades, subdivisiones de las ciudades (tales como *phylae,* fratrías y *demos*), templos y distintas corporaciones, y a las de los terratenientes residentes en las ciudades o que vivían de sus granjas, pero que explotaban su propiedad, no aplicando el producto de la granja a su sostenimiento y el de sus familias, sino sacando un ingreso seguro, aunque modesto, de la venta de este producto, o alquilando la tierra a arrendatarios (130).

Este proceso de concentración de la propiedad rústica empezó muy pronto. Fue un rasgo típico del siglo IV a. de J. C. (véan-

---

*[1] Jenofonte, *Oec.*, V, 1 y 17; cf. 3 sobre la cría de ganado.

*[2] Como en los capítulos precedentes no tuve ocasión de tratar con pormenor del régimen de la tierra y la agricultura en las ciudades de la Grecia continental y las islas, dedico aquí algunas páginas al tema.

se caps. II y III, págs. 90 y 164). Los caballeros labradores para quienes Jenofonte escribió sus libros sobre οἰκονομία nos son bien conocidos por las distintas fuentes de aquel siglo, especialmente los oradores y autores de la «comedia media» y «nueva». Tenemos un ejemplo característico en el fundo de Fenipo contemporáneo de Demóstenes, con una extensión media de 750 acres (300 hectáreas). Su trigo, vino y leña producían al propietario, en los años de buena cosecha y buenos precios, unos ingresos superiores a los cinco talentos (131). Fundos como éste o más pequeños eran propiedad de muchos de sus contemporáneos, como se ve en las comedias de Menandro y otros dramaturgos. Aún más frecuentes eran los fundos que constaban de pequeñas granjas diseminadas en una amplia región. Mientras encontramos distintas menciones de fundos medianos de estos dos tipos, cultivados por esclavos y jornaleros o por arrendatarios, tenemos raras noticias de labradores propietarios y de poseedores de grandes latifundios. Por consiguiente, la forma típica de propiedad de la tierra del siglo IV a. de J. C. era probablemente la propiedad de los burgueses.

Para el período posterior (siglo III a. de J. C. y siguientes) nuestros testimonios son muy escasos. Sin embargo, podemos suponer que no hubo cambios sustanciales en este aspecto hasta los tiempos revueltos del siglo II y I a. de J. C., cuando se arruinaron muchos miembros de la clase media, y de estas ruinas surgieron unos cuantos magnates que podían invertir su capital en grandes fundos. La aristocracia gobernante de Atenas de los siglos II y I a. de J. C. pudo haber pertenecido a este pequeño grupo (132).

Sistema de cultivo. Sabemos muy poco del sistema de alternancia de cosechas que privaba durante este período. Sin embargo, parece que la economía tradicional de labrador al estilo antiguo dio paso poco a poco a los nuevos métodos inspirados por el deseo de producir las mejores calidades y los productos de más venta en la cantidad mayor posible para obtener la máxima ganancia*. Se ve que la agricultura en manos de los terratenientes de nuevo cuño, pasó a ser una τέχνη, y se escribieron muchos manuales para ayudar a los propietarios en la administración de su propiedad. Estos manuales eran familiares a Platón (?) y Aristóteles y fueron utilizados por Teofrasto. Entre ellos podemos cla-

---

* Aristóteles, *Pol.*, I, 11, 1258^{b}, 1259.

sificar los libros de Jenofonte sobre οἰκονομία y la mayor parte de las antiguas fuentes de los *scriptores rei rusticae* romanos, en la medida que estos antiguos manuales eran auténticos y no *pseudepigrapha*, es decir, obras posteriores que circulaban con nombres famosos (133).

Podemos formarnos una idea del carácter de estos manuales estudiando los tratados botánicos de Teofrasto. Parece que fueron colecciones de máximas de práctica agrícola, resultados de la ἐμπειρία de los labradores, sistemáticamente clasificadas y lógicamente interpretadas. Teofrasto, en sus obras botánicas, trató de combinar esta ἐμπειρία con su estudio teórico y científico de plantas, pero su intento nunca se repitió ni extendió a otros escritores, y su obra fue rechazada por los agricultores prácticos posteriores por demasiado científica y teórica. Varrón*, al citar las obras de Teofrasto entre las que tratan de agricultura, dice que eran «non tam idonei iis qui agrum colere volunt quam qui scholas philosophorum» (134).

Es evidente que los tratados de agricultura posteriores al de Teofrasto retornaron al tipo antiguo y lo desarrollaron ampliamente. Hubo muchos de estos tratados (135). Es lamentable que, aunque conocemos muchos nombres de autores de estas obras (Varrón habla de que había cincuenta, y cita cuarenta y nueve, *R. R.*, I, 1, 8), no ha sobrevivido ninguno de los manuales del período helenístico, ni se puede reconstruir por las escasas citas de los *scriptores rei rusticae* de la época romana, excepto quizá el manual popular, citado con mucha frecuencia (Γεωργικά), de Bolo Demócrito, de Mendes, en Egipto. Este manual ha sido recientemente reconstruido, con mucho ingenio, por M. Wellmann. Puede anotarse que Bolo tomó su segundo nombre con el fin de presentarse al lector como una especie de segundo Demócrito, el famoso filósofo de Abdera, que poco a poco pasó a ser una figura semimítica, fuente de la sabiduría más importante (136).

De los cincuenta escritores griegos sobre agricultura mencionados por Varrón (en su «bibliografía», repetida por Columela y Plinio), no hicieron uso directo ni Varrón ni sus sucesores (quizá con algunas excepciones). Pero fueron leídos y estudiados por Casio Dionisio e incorporados a su obra sobre agricultura, traducción del famoso manual de agricultura del cartaginés Magón, que igualmente hizo amplio uso de las fuentes griegas, lo mismo

---

* Varrón, *R. R.*, I, 5, 1-2.

que Catón en Roma (137). Ahora, el tratado de Casio Dionisio, tanto en su original como en la abreviación de Diófanes de Bitinia, fue la fuente principal de todos los escritores romanos sobre agricultura. De esto se deduce que los libros latinos sobre agricultura (y las últimas *Geopónicas* griegas) contenían gran cantidad de material griego y pueden considerarse en muchos aspectos como una continuación de la literatura rústica griega.

Es de lamentar que estemos tan pobremente informados sobre los escritores agronómicos griegos. No sólo no podemos reconstruir sus obras, sino que incluso ignoramos las fechas de sus autores, y en algunos casos incluso sus lugares de origen. La inmensa mayoría de aquellos cuyo lugar de origen era conocido por Varrón eran habitantes de las islas y Asia Menor. Muy pocos procedían de la Grecia continental, y éstos eran todos atenienses.

La relación entre la literatura agronómica griega y la romana, que he indicado antes, y que se refleja en la terminología griega, adoptada (en forma latina) por los escritores romanos sobre agricultura (138), como en otros casos, puede sugerir no sólo que ciertos procesos técnicos fueron tomados por los latinos de los griegos, sino también que el espíritu general de la τέχνη agrícola romana no era muy diferente de la de sus predecesores y contemporáneos griegos. Los romanos, como los griegos prehelenísticos y helenísticos, trataban el tema como una ciencia sistemática, basada en la experiencia y la lógica, y cuyo fin era extraer del suelo la mayor cantidad posible de productos. Su propio sistema contrastaba con el de la agricultura a la moda antigua, basada exclusivamente en la tradición y recelosa ante las innovaciones.

Para ilustrar este punto, puedo referirme al famoso pasaje de Varrón* donde, hablando del trabajo empleado en la agricultura, contrapone los labradores a los cultivadores modernos, pasaje que creo fue tomado por Varrón, en una u otra forma, de sus fuentes helenísticas últimas. En este pasaje dice Varrón: «Todos los campos se cultivan, o por esclavos, o por hombres libres, o por ambos: por hombres libres cuando trabajan su (propia) tierra con sus propias manos (los αὐτουργοί griegos), tales como mucha pobre gente *(pauperculi)* con sus familias, o cuando trabajan como jornaleros..., o los que los romanos llaman *obaerarii*, y que aún existen en gran número en Asia, Egipto e Iliria.»

---

* Varrón, *R. R.*, I, 17, 2.

Esta observación casual de Varrón es muy interesante. Su mención de labradores y siervos muestra que la economía campesina basada en el trabajo del campesino y la que se basaba en el trabajo servil le eran familiares, pero las consideraba como supervivencias indignas de un estudio especial y sin interés ni importancia desde el punto de vista del labrador progresivo. Es digno de notar que considera a los labradores como un rasgo de la economía rural itálica, mientras los siervos tienen cierta importancia en el sistema económico de Asia y Egipto (obsérvese la omisión de Siria) y de algunas tribus bárbaras de la península balcánica. Grecia no es mencionada ni como país de economía de labradores libres ni como de economía servil (Esparta, Tesalia, Creta), ni hay mención alguna de Cartago. Parece que la afirmación de Varrón se deriva en parte de una fuente helenística que desconocía Grecia y África, y en parte de la observación personal.

Aunque carecían de interés para el agricultor progresivo, los cultivadores libres y esclavos eran aún, no obstante, elementos importantes en la vida rústica en la época del escritor helenístico fuente de Varrón y en la de éste último. Esto lo sabemos no sólo por Varrón, sino también por otras fuentes. Aunque adoptada en muchas partes, la economía rústica sistemática de los escritores agronómicos no predominaba en la época helenística de una manera completa. La economía del pequeño agricultor y la del siervo aún sobrevivió y conservó alguna importancia. Hablaré de las monarquías helenísticas más adelante en esta sección. Aquí puedo decir algo sobre Grecia.

En la Grecia continental la economía servil, aunque muy poco conocida, existía sin duda en algunas ciudades. Perdió su importancia en Esparta después de la época de Nabis, pero pudo haber mantenido una vitalidad relativa en Tesalia y Creta (139). Tampoco la economía del pequeño agricultor fue eliminada completamente por la concentración de tierra en manos de las corporaciones de la burguesía urbana. El grueso de nuestra información sobre el régimen de la tierra y los métodos de cultivo procede de los numerosos contratos de arriendo de tierra grabados en piedra y hallados en distintas partes de Grecia y Asia Menor. En estos arriendos, las partes son distintas entidades corporativas de un lado, y personas particulares de otro. No nos quedan contratos entre propietarios particulares y sus arrendatarios. Por supuesto, esto no quiere decir que los propietarios particulares no arren-

daran nunca su tierra. La ausencia de contratos privados de arriendo grabados en piedra debe explicarse de otra manera: o los contratos eran orales o, más probablemente, nunca fueron grabados en piedra, procedimiento caro, no necesario en transacciones privadas. Un estudio cuidadoso de los arriendos anteriormente mencionados quizá revelaría el nivel de los arrendatarios y sus métodos de cultivo y podría demostrar si la mayoría eran pequeños cultivadores o ricos que invertían su capital en arriendos de este tipo. Mi impresión es que ambos estaban representados y que en Tespias predominaban los pequeños cultivadores mientras que los arrendatarios ricos eran característicos de Delos. Pero sin un estudio minucioso no se pueden sacar conclusiones definitivas (140).

No es fácil decir qué progresos se alcanzaron en general en la agricultura en la Grecia helenística. Nuestras fuentes sobre este punto son muy pobres y las opiniones de los eruditos modernos difieren ampliamente. Jardé, por ejemplo, no ve progreso alguno, mientras que Heichelheim adopta un punto de vista mucho más favorable. Yo me inclino más hacia Jardé que hacia Heichelheim. Puedo aducir algunos hechos, y en primer lugar sobre la producción de trigo.



Métodos y aperos de labranza. Empecemos con los aperos de labranza. Parece que éstos siguieron siendo en la Grecia helenística los mismos que existían en la época clásica. Tenemos algunos testimonios sobre el arado (141). Por sus representaciones en vasos y monedas y por las escasas descripciones que existen, se diría que no se hicieron cambios esenciales en su concepción y construcción desde los días de Hesiodo. Hay testimonio de algunas mejoras parciales por primera vez a fines de la época helenística en Italia. Es interesante anotar que la reja de hierro (ὕνις, *vomer*), la única parte del arado que no se hacía de madera, no se menciona en Hesiodo, y muy raras veces en autores posteriores, y parece muy probable que no se empleara corrientemente en Grecia incluso en la época helenística. En Italia puedo decir que era la pieza principal del arado, pero en el suelo suelto de Grecia no sería indispensable. Tampoco podemos citar ningún progreso o cambio importante en los métodos de cultivo. El sistema bienal —siembra y barbecho alternantes (en griego ἀροῦν τὴν γῆν ἐναλλάξ), el barbecho es a veces sembrado de leguminosas— siguió siendo el sistema tradicional y general de cultivo. El sistema trienal, llamado sistema de «tres hojas», con rotación

de cosechas, no es frecuente ni se menciona en nuestros textos, quizá con la excepción de Jenofonte* (142). Tampoco hubo cambios notables en los métodos de preparar la tierra para la siembra, en el sistema tradicional de abono (aunque Teofrastro discute la importancia del tema y eran posibles y deseables mejoras en él), ni en la recolección y trilla del trigo. Quizá se dedicó más atención por parte de los agricultores progresistas al trigo de siembra (selección del grano mejor y empleo de variedades extranjeras) y al cultivo de nuevas plantas (por ejemplo, la alfalfa; véase pág. 1290). En algunas partes fértiles de Grecia incluso se practicó el sistema de «dos cosechas al año» (δισπορεῖν). Pero esto fue excepcional (143).

Sin embargo, no es posible sacar conclusiones generales. Pudieron haberse adoptado mejoras en la técnica agrícola y en los métodos de cultivar cosechas anuales en las partes más ricas de Grecia y en las fincas de los agricultores más progresivos. Pero el carácter general de la agricultura difícilmente se transformó por estas mejoras parciales. Era dictado por la naturaleza del suelo, a la que los griegos se adaptaban con gran habilidad. Aunque eran métodos primitivos, eran los mejores posibles, y los griegos los aplicaban con paciencia y tenacidad.

Cultivo cerealístico. Una gran parte del territorio de Grecia estaba sembrado de cereales (trigo y cebada). Después del trigo seguían en importancia la vid y el olivo. No podemos decir si la superficie plantada de vides y olivos aumentó o disminuyó en la época helenística. No pudo extenderse indefinidamente. El mercado de vino y aceite era limitado, porque la producción local en Grecia y en las monarquías de Oriente competía con las importaciones. Además, era natural que la producción de trigo siguiera siendo el principal objetivo de los pequeños labradores, que buscaban en primer lugar satisfacer las necesidades de sus familias y de su ganado. Por otra parte, la producción de grano tampoco dejaba de ser lucrativa en los fundos mayores: el mercado del vino y el aceite era inestable, mientras que siempre había una demanda local de trigo y cebada. En momentos de escasez de alimentos y de importaciones insuficientes, como ocurre a menudo en la historia griega, cuando los precios del trigo local eran muy altos, la producción de grano era mucho más provechosa que la de vino y aceite.

---

* Jenofonte, *Oec.*, XVI, 12-15.

Viticultura. El cultivo de la vid estaba muy adelantado. Sería muy instructivo comparar las observaciones casuales sobre su cultivo que hace Teofrasto en sus dos tratados con las estipulaciones impuestas por los terratenientes a los arrendatarios en ciertos arriendos de viñas, principalmente en el siglo IV antes de J. C., tales como el contrato que se refiere a la tierra sagrada de Arcesine que contiene una enumeración de las distintas labores que había de realizar el arrendatario en la viña*[1]. No menos valioso sería un estudio de la terminología de la viticultura en el siglo IV a. de J. C. y del carácter de las distintas operaciones realizadas en las viñas en esta época, a la luz de las sugerencias mucho más elaboradas que hacen a este respecto los agronomistas romanos y la *Geopónica,* y de las operaciones exigidas a ciertos concesionarios de viñas (o contratistas del trabajo en las viñas, μισθωταὶ ἔργων) en contratos de la época romana hallados en Egipto*[2]. Estas comparaciones no son posibles aquí. Al apurar los documentos citados, he encontrado una gran coincidencia entre Teofrasto y los contratos de su época, y entre la práctica del siglo IV a. de J. C. y la de épocas anteriores. Estas coincidencias no pueden explicarse a menos que admitamos que el elaborado sistema de viticultura tal como aparece a fines de la época helenística y en la época romana, fuera creado en lo esencial por los cosechadores de vino de la Grecia clásica, y adoptado en sustancia, con cambios y mejoras parciales, por los viticultores de Grecia, Italia y Egipto en la época helenística y romana. No podemos decir exactamente lo que se añadió a la práctica originaria en estas épocas posteriores. Conocemos los nombres de muchos autores de la época helenística que publicaron tratados especiales de viticultura o trataron de ella en manuales generales de agricultura, pero no conocemos nada del contenido de sus obras. Podemos suponer que al reunir información sobre la viticultura y sus métodos en las distintas partes del mundo helenístico, pudieron haber aconsejado a sus lectores la introducción de ciertas mejoras en las prácticas existentes, y que éstos lo hicieran así. Puedo citar como ejemplo el caso de Quereas, el ateniense que parece estar muy familiarizado con los métodos practicados en Babilonia y con algunas innovaciones hechas por

---

*[1] *S. I. G.*[3], 963; cf. el contrato de arriendo del *demos* de Aexone, de 346-345 a. de J. C.; ibíd., 966.

*[2] Los más elaborados son *Oxyr.*, 1631 y 1692.

los viticultores de aquel país, pues menciona una clase de vino babilonio especialmente agradable, al que llama néctar*; Bolo Demócrito, de Mendes, probablemente estaba bien familiarizado con la técnica egipcia, y así los demás. Los sucesores romanos de los agrónomos helenísticos que estaban familiarizados (a través de Casio Dionisio) con la práctica de los viticultores helenísticos, pudieron haber tomado buena nota de sus nuevas contribuciones y haber añadido algunas innovaciones practicadas en Italia y en el África púnica. Pero todo esto es mera conjetura. Para un mejor conocimiento tenemos que esperar nuevos testimonios que pudieran suministrar el descubrimiento en Grecia, Asia Menor, el reino seléucida o más probablemente en Egipto, de nuevos contratos de arrendamiento con prescripciones detalladas sobre el cultivo de las viñas (144).

Cultivo del olivo, etc. Tenemos menos información sobre el cultivo del olivo, la higuera y otros árboles frutales, y de la explotación de los huertos. No necesito insistir en la importancia de la producción de aceite en la economía griega. Tampoco debemos subestimar el papel desempeñado por los higos en la dieta griega. Los agrónomos antiguos eran tan explícitos sobre estos temas como sobre la viticultura. Conocemos varios escritores posteriores a Teofrasto que tuvieron mucho que decir sobre los olivos en general, y trataron en particular de los métodos de cultivarlos. También tenemos noticia de manuales especiales sobre horticultura (κηπουρικά). No es necesario recordar al lector la importancia de la oleicultura en la economía itálica en las épocas republicana e imperial, porque bastará una ojeada a los tratados de Catón, Varrón, Columela y Plinio. Pero los testimonios de que disponemos no nos permiten determinar qué mejoras se hicieron en este campo en la época helenística. No poseemos contratos elaborados de arrendamientos de plantaciones de olivos en esa época, y los contratos de época romana hallados en Egipto son pocos y apenas contienen pormenores técnicos (145).

Como conclusión puedo añadir que se sabe poco sobre los aperos empleados en las viñas y olivares. Puede suponerse que los hallados en Pompeya se empleaban no sólo en Italia, sino también en el mundo helenístico (146). Ya se ha señalado el lento desarrollo de los lagares y almazaras en la época helenística (capítulo IV, pág. 360 y nota 158).

---

* Ateneo, I, 32 *b*.

Ganadería. La cría de bueyes, ovejas y cabras y animales de tiro —asnos, caballos y mulas— fue desde los tiempos más antiguos una de las principales ocupaciones de los griegos de la Grecia continental e insular. Algunas partes de Grecia tenían una naturaleza apropiada para ello. Epiro, Acarnania, Tesalia, Beocia y Eubea, y algunas partes del Peloponeso, especialmente Arcadia, fueron siempre áreas de grandes rebaños y de ganadería. Además, no era posible la agricultura sin ganado, especialmente bueyes y mulas, que se necesitaban incluso en la primitiva economía de pequeños labradores. Así ocurría en la época homérica y en los días de Hesiodo, y así siguió ocurriendo después, y la época helenística no fue una excepción. Puedo citar como testimonio de la importancia de la ganadería en la época helenística el famoso idilio XXV de Teócrito, su viva descripción de los «rebaños lanudos» de Augeas, rey de los epeos, en Élide, y de su gran finca ganadera. No era una pintura exacta, pero reflejaba la vida real. Sin duda, no era la vida de las ciudades griegas y de los granjeros de los territorios de las ciudades en la época del autor. Lo que Teócrito describe son las grandes vaquerías bien organizadas de la época helenística, especialmente las de los reyes. Sin duda, había visto en la Sicilia de Hierón II y el Egipto de los Tolomeos algunos de estos grandes fundos reales que se ocupaban principalmente en la ganadería, mientras que el cultivo del trigo y el vino venía en segundo lugar. No trata de describir un fundo en particular. Da un cuadro elaborado, una visión impresionista, bajo el velo del mito de una gran finca ganadera en general. Podía aplicarse tanto a Sicilia y Egipto como al Epiro, Tesalia, Macedonia o Pérgamo. Incluso quizá se parecieran en sus rasgos principales a algunas grandes fincas de propietarios privados de Acarnania, Arcadia y Eubea.

Es raro encontrar en los escasos textos que han llegado a nosotros una descripción tan deliciosamente romántica y al mismo tiempo tan realista y exacta de un aspecto de la vida económica en la época helenística. Se nos presenta en toda su actividad la vaquería real. Vemos el ganado en el campo moviéndose de unos pastos a otros, según las estaciones*[1]; un gran equipo de boyeros y capataces*[2] siervos del rey; sus chozas; los feroces perros guardianes de los rebaños; al rey en persona inspeccionando sus pro-

*[1] Véase nota 29, sobre los rebaños de Pirro.
*[2] Véase la misma nota.

piedades, y miles de vacas con sus terneros y sus toros. Después la vuelta de las lentas vacas a sus establos, construidos de sólida piedra; el ordeñado hecho de una manera extraña a Grecia, que Teócrito pudo haber observado en Egipto; el acceso de las terneras a sus madres, el cuajado de la leche «para un buen queso gordo». Todo esto no es pura imaginación, sino una hermosa presentación de impresiones familiares a Teócrito y a muchos de sus lectores. Puedo anotar de pasada que en el v. 117 y sig. podemos incluso ver una alusión a las fincas de algunos ricos propietarios relacionados con los reyes, quizá las fincas reales donadas del mundo helenístico.

En estas grandes fincas modelos se realizaban muchos experimentos y se lograban muchos resultados. Ya he mencionado lo que hicieron en este aspecto los eácidas del Epiro, los atálidas de Pérgamo (cuya senda fue seguida después por Amintas) y los Tolomeos en Egipto. Sin duda, se efectuaron también experimentos similares en las ciudades griegas. Así, por ejemplo, sabemos por Esquílides, autor de Γεωργικά, en la que parece haber tratado principalmente de la agricultura de Ceos, su ciudad natal, que los habitantes de esta isla, mediante una comida especial seleccionada para las ovejas, vencieron las dificultades que presentaba la cría de estos animales en su isla rocosa, donde no había pastos y el suelo era muy pobre, y producían una especie de queso que rivalizaba con éxito con el famoso queso de sus vecinos los citnios, y que los animales alcanzaban un alto precio*. Ha de recordarse que el queso era una parte muy importante de la dieta griega, especialmente entre las clases más pobres (147).

Apicultura. Un elemento importante de la agricultura griega era la apicultura. Como hemos dicho la miel era para el mundo antiguo lo que el azúcar para el moderno. La cera se usaba mucho y para muchas cosas. No es extraño, pues, que la apicultura fuese una de las ocupaciones más lucrativas de los terratenientes y que colmenas grandes y pequeñas fueran un rasgo típico en la vida campesina. Por ello su organización racional fue un asunto importante. Se basaba en una investigación minuciosa de la vida, costumbres y actividad de las abejas. Es bien sabido que este asunto había sido objeto de atención en Grecia desde época muy remota. Desde el punto de vista zoológico, el mejor estudio sobre las abejas es el de Aristóteles, complementado por la discusión

---

* Eliano, De *Nat. An.*, XVI, 32.

sobre apicultura, principalmente desde el punto de vista práctico, por el autor del libro IX de la *Historia animalium* [de Aristóteles], filósofo peripatético y probablemente un apicultor del siglo III antes de J. C. Entre sus contemporáneos figuraban los autores de poemas didácticos sobre apicultura, como Menécrates, maestro de Arato, y el famoso Nicandro de Colofón (finales del siglo III antes de J. C.), fecundo poeta que entre otras cosas escribió un poema sobre la cría de las abejas (Μελισσουργικά). Probablemente, a la misma época pertenecen dos entusiastas apicultores y estudiosos de las abejas, Aristómaco de Soli (en Cilicia o Chipre), que dedicó cincuenta y ocho años de su vida exclusivamente al estudio de las abejas, y quizá Filisco de Tasos «in desertis apes colentem» (Plinio, *N. H.*, XI, 19). A éstos podemos añadir un tal Neoptólemo. Fueron las fuentes (a través de Casio Dionisio) de la mayoría de lo que leemos en las detalladas descripciones de las abejas y la apicultura en Varrón, Virgilio, Columela, Plinio, Paladio y la *Geopónica*, que exhiben un vasto conocimiento y una organización racional y práctica del oficio. La mera enumeración de nombres que anteriormente damos muestra que existía mucho interés en la apicultura y que probablemente se hicieron grandes progresos en la época helenística; después se añadió muy poco al conjunto de conocimientos helenísticos. La organización de esta profesión en el Egipto tolemaico (donde era tradicional) fue influida, sin duda, por la experiencia griega, a través de expertos apicultores de Caria, y probablemente de otras partes de Grecia y Asia Menor (véanse págs. 296 y sigs.). Es de lamentar que la correspondencia de Zenón nos dé solamente cuadros de estos métodos y no nos permita determinar hasta qué punto se basaban en la práctica egipcia o en innovaciones griegas (148).

Aves de corral. La cría de volatería, principalmente pichones y pollos —gansos y patos (véase pág. 1294) eran mucho más raros— fue, sin duda, un hecho frecuente en las granjas de Grecia. Alguna volatería criada en las granjas, quizá la mayor parte, era vendida por los granjeros en el mercado de la ciudad. Puedo recordar al lector varias estatuas y estatuillas de época helenística que representan campesinos palurdos y viejas aldeanas llevando al mercado, en asnos y mulas o a mano, cestos con pollos, verduras, probablemente huevos, queso y otros productos de sus granjas (láms. XXXII y XXXIII). Pero parece que la cría de aves se organizó en escala mucho mayor en algunas partes del

mundo helenístico. Varrón*[1] se refiere a la floreciente *villatica pastio* de su tiempo, es decir, a la cría de gansos, pollos, pichones, grullas, pavos, peces y algunos animales salvajes, como liebres, lirones *(glires)* y jabalíes, que se guardaban, respectivamente, en gallineros *(ornithones)*, conejeras *(leporaria)* y estanques *(piscinae)*; habla de esto como de una innovación de algunos granjeros progresistas de su tiempo, siendo el innovador un tal Seyo. Con esta ocasión menciona que se encontrarían útiles instrucciones sobre el tema de la *villatica pastio* en Magón y Casio Dionisio, «et alii quaed[am] separatim ac dispersim in libris reliquerunt, quae Seius legisse videtur et ideo ex iis pastionibus ex una villa maiores fructus capere quam alii faciunt ex toto fundo». Los «et alii» son ciertamente las fuentes griegas de Casio Dionisio, los escritores griegos sobre agricultura. Fue probablemente en el mundo helenístico (y quizá también en Cartago) donde se organizó por primera vez y describió con pormenor la *villatica pastio*, aunque no sabemos exactamente dónde. La vecindad de las capitales helenísticas, Alejandría, Antioquía, Pérgamo y también Cartago, con su vida de lujo y gran demanda de productos refinados, sugiere más bien estos lugares que las ciudades griegas de la Grecia continental, donde predominaba una vida más sobria. Puedo recordar al lector los faisanes y gallinas de Guinea criadas por Tolomeo Evérgetes II en su palacio de Alejandría, donde tenía muchas de estas aves; importaba faisanes, y producía unos híbridos de faisanes y gallinas de Guinea que se servían a su mesa como un manjar exquisito*[2].

En el curso de mi estudio de la agricultura y las ramas de producción con ella relacionadas en las ciudades helenísticas de la Grecia continental y las islas, me he referido más de una vez a ciertos rasgos que no eran característicos de esta parte del mundo helenístico, sino de las MONARQUÍAS HELENÍSTICAS. La agricultura era un asunto tan vital para estas monarquías como para Grecia. El principal ingreso de los reyes helenísticos procedía de la agricultura en sus distintas formas: de la explotación directa de sus fincas, de las rentas de los arrendatarios de la tierra real y de los impuestos de la tierra real y privada.

Era natural, pues, que todos los reyes helenísticos dedicaran mucha atención al desarrollo de la agricultura en sus reinos

---

*1 Varrón, *R. R.*, III, 2, 13 y sigs.
*2 Ateneo, XIV, 654 *c*.

respectivos. Todos estaban interesados en su progreso, y no sólo leían y estudiaban los manuales de agricultura, sino que consultaban y patrocinaban a los expertos agrónomos, e incluso ellos mismos contribuían a la literatura sobre el tema. Entre los autores de temas agrícolas empleados por Casio Dionisio en su traducción de Magón y citados por Varrón, Columela y Plinio, aparecen Hierón II y Átalo III, cuyo interés por la agricultura está atestiguado por otros testimonios; además, Plinio, en sus libro XVIII, dedicado a la agricultura*[1], cita a Arquelao, rey de Capadocia (por nombramiento de Marco Antonio), quien pudo, por consiguiente, haber escrito un libro especial sobre el tema o tratar de ello en su obra corográfica. Sabemos también que un tal Arquibio dedicó un libro, según parece de agricultura, a uno de los seléucidas*[2], y que Diófanes de Bitinia hizo un resumen de la traducción de Magón por Casio Dionisio para el rey Deyotaro de Galacia*[3]. Como ya he dicho, en la lista de Varrón de escritores agrónomos, la mayor parte de aquellos cuyo lugar de origen conocía el autor procedían de las islas grandes y fértiles*[4], o de Tracia y Macedonia*[5], o de Asia Menor*[6]. Es evidente que, por lo menos, algunos de estos autores, como Esquílides de Ceos, antes citado, trataron de enriquecer el acervo de saber reunido por sus predecesores, con nuevas observaciones sacadas de su propia experiencia local, y de adaptar la ciencia general a las condiciones locales. Lo mismo puede decirse de Bolo Demócrito, de Mendes, para Egipto, y de Arquibio, para Siria.

No podemos decir exactamente qué innovaciones se introdujeron en la antigua práctica griega y en la agricultura tradicional de Oriente por los esfuerzos de los agricultores griegos progresistas en Asia y Siria: por los reyes en sus grandes fundos, por los tenedores de fundos regalados, por los grandes y pequeños terratenientes en los territorios de las ciudades, y por los colonos militares en sus κατοικίαι. Las fuentes sobre este tema son extraordinariamente pobres. He mencionado los esfuerzos de los reyes

---

*[1] Plinio, *N. H.*, XVIII, 22; y en el Índice de fuentes.

*[2] Ibíd., 294.

*[3] Varrón, *R. R.*, I, 1, 10; columna I, 1, 10.

*[4] Quíos (uno), Rodas (dos) y Tasos (dos).

*[5] Maronea (dos) y Anfípolis (uno).

*[6] Pérgamo (uno), Mileto (uno), Cime (uno), Priene (dos), Colofón (uno), Malos y Soli de Cilicia (dos), Nicea de Bitinia (uno) y Heraclea (¿Póntica?) (uno).

por introducir plantas y animales domésticos nuevos, por mejorar las variedades locales de estos animales, por inventar nuevos métodos de agricultura, por organizar las vaquerías reales de un modo sistemático y por montar la cría de aves para el mercado en gran escala. Pero todos los testimonios sobre estos puntos son vagos y sólo nos permiten inferir las líneas generales en que estos granjeros progresivos y especialmente los reyes se movían en sus intentos de mejorar la producción agrícola de Asia Menor y el imperio seléucida.

Pero la cuestión principal sigue sin respuesta: ¿Hasta qué punto la práctica agrícola de la época prehelenística se cambió en las regiones en cuestión por los esfuerzos que he descrito? Hay que recordar que lo poco que sabemos de los fundos reales y su administración por los seléucidas demuestra que su principal producto consistía en las rentas pagadas por los *laoi*. Los reyes, además de recoger estas rentas, ¿trataron también de mejorar sus métodos de cultivo de la tierra real? Lo mismo puede decirse de los fundos regalados, que constaban de pueblos habitados por *laoi*. ¿Hasta qué punto los tenedores de estos fundos se interfirieron en los métodos agrícolas de sus siervos? Cuando algunos de estos *laoi* se hicieron πάροικοι de las ciudades griegas ¿quiso esto decir que los métodos de cultivo se alterasen? Conjeturando que la política de los reyes seléucidas se dirigió a la transformación de los antiguos siervos *(laoi)* en pequeños labradores propietarios o arrendatarios hereditarios de su tierra, ¿hemos de suponer que su cambio de situación fue acompañado por un cambio en sus métodos agrícolas? No se puede dar una respuesta satisfactoria a estas cuestiones. No poseemos testimonios directos.

Sin embargo, es cierto que algunos propietarios del imperio seléucida y Asia Menor, en vez de arrendar sus fincas, grandes o pequeñas, en parcelas a los cultivadores locales, las explotaban ellos mismos mediante esclavos y jornaleros. Podemos conjeturar que éste fue el método de cultivo adoptado por los atálidas en algunas de sus fincas. Hay testimonios de la misma práctica en las fincas de algunos ricos terratenientes en los territorios ciudadanos (por ejemplo, Priene), y puede suponerse haber sido el sistema predominante en los fundos —*cleroi*— de los colonos extranjeros en las κατοικίαι y ciudades creadas por los reyes helenísticos cuando estos *cleroi* no eran arrendados o arrendatarios locales. Ésta era, según parece, la práctica de Mnesímaco y sus

colegas clerucos cerca de Sardes. Aquí no hay duda de que los propietarios cultivaban parte de sus tierras de acuerdo con la experiencia acumulada de los granjeros griegos, adaptada a las condiciones locales de suelo y clima. ¿Cuál fue la influencia de estos labradores progresivos sobre sus colindantes, sobre la economía agrícola de sus vecinos? No podemos dar una respuesta satisfactoria a esta cuestión. La impresión general del estudioso es que los fundos administrados a la manera griega seguían siendo islas dispersas en el mar oriental de pequeños tenedores campesinos y grandes fundos, cuyos dueños indígenas tenían sus propios métodos tradicionales de explotación y cultivo. Y es muy discutible si los métodos de los labradores y propietarios indígenas eran muy inferiores a los introducidos por los nuevos colonos (149).

Egipto es la única parte del mundo helenístico donde el método de explotación agrícola adoptado por los nuevos amos del país es objeto de una información fidedigna y relativamente abundante. Los testimonios que poseemos sobre su transformación agrícola en manos de los Tolomeos, ha sido estudiada en el capítulo IV de este libro y en las secciones precedentes de este mismo capítulo, y por ello sólo debo resumir brevemente lo ya dicho. Los cambios introducidos por los primeros Tolomeos en la administración de los dominios reales fueron muchos y muy importantes. En su economía planificada se tomaron gran interés en organizar el trabajo agrícola de los labradores reales según principios que creían razonables y provechosos, y prometían aumentar la producción. Insistieron sobre la irrigación sistemática y las labores de arado cuidadosas; obligaron a los labradores a utilizar las semillas mejores (incluyendo algunas variedades extranjeras) que ellos mismos escogían; prescribían lo que había de sembrar cada labrador; regulaban las rotaciones de cosechas; proveían a los labradores de bueyes para el trabajo de la tierra; en caso de necesidad, les suministraban mejores aperos, y procuraban que las escardas, siegas y trillas se realizasen con todo cuidado. Su objeto principal no era tanto un cambio radical en el sistema tradicional de la agricultura egipcia —estaba demasiado profundamente arraigada y bien adaptada a las condiciones del país— como su mejora parcial (por la rotación de cosechas, mejores semillas, etc.) y su organización sistemática.



Así, por ejemplo, en la época tolemaica se introdujeron muy pocos cambios en los aperos de labranza. El arado egipcio nunca fue sustituido por el modelo griego, y no es extraño, porque el

arado griego era muy primitivo y poco adaptable al suelo de Egipto. En Caranis se encontraron varios arados de la época romana, todos de tipo tradicional egipcio. Es de notar que las rejas de arado de hierro conocidas en el Egipto faraónico, se emplearon alguna vez en el fundo filadélfico de Apolonio, pero nunca fueron de uso general. En Caranis no se hallaron rejas de hierro. Por otra parte, se encontraron azadas y probablemente un pico de hierro. Parece que la reja de hierro nunca se consideró muy adecuada a la tierra egipcia (150). He dado antes algunas noticias sobre las innovaciones en la irrigación y la maquinaria agrícola*.

Al gran οἶκος agrícola real, que comprendía toda la tierra real de Egipto, seguían en importancia los οἶκοι menores de los principales ayudantes y amigos del rey, los fundos que les concedían los reyes. Conocemos los nombres de muchos tenedores de estos fundos (cap. V, pág. 776), pero estamos familiarizados con su administración solamente en un caso, el de *dorea* o *doreai* de Apolonio, tan frecuentemente citado en los capítulos anteriores. El fundo regalado de Apolonio constaba de 10.000 aruras de tierra recién roturada, suelo virgen que podía explotarse como se quisiera. Su tenedor no estaba ligado, como el rey, por una tradición transmitida por los antiguos arrendatarios hereditarios del rey, el «pueblo real». De hecho, Apolonio, en nombre de su real amo Filadelfo, realizó en su tierra virgen muchos experimentos que podían imponerse al resto del dominio real.

Parece que la tierra empleada para sembrar trigo y otras cosechas anuales era utilizada de distintas maneras. Los testimonios sobre la materia están dispersos en muchos documentos de la correspondencia de Zenón. Desde que traté de este tema en mi *Large Estate* han aparecido muchos documentos nuevos y se han enmendado los textos e interpretación de otros. Nadie ha estudiado el tema minuciosamente desde entonces, y aquí no puedo intentarlo. Basten unas cuantas palabras sobre el tema.

La cuestión principal es la siguiente. Filadelfia fue una creación nueva, y por lo menos la mayor parte de las 10.000 aruras de Apolonio era tierra recién roturada. Pero había viejos pueblos egipcios, con su población campesina, en los alrededores de Filadelfia, y muchos campesinos que pertenecían al nomo menfita y al Delta asentados en Filadelfia. ¿En qué relación estaban estos campesinos, viejos residentes y recién llegados, con la finca

---

* Cap. IV, págs. 355 y sigs., y notas 155-157.

de Apolonio respecto al cultivo de la tierra? ¿Formaban los antiguos pueblos, con su territorio, parte del fundo? Estos territorios ¿se cultivaban a la manera tradicional después de la creación del fundo? Los recién llegados ¿eran residentes temporales, o permanentes? ¿Recibían tierra para cultivo del fundo por un término indefinido de años, o se daba a estos recién llegados, individualmente o por grupos, cesiones anuales de la tierra del *dorea,* para sembrarla con cosechas especiales en condiciones semejantes a las de los labradores reales administrados directamente por la corona? No podemos responder con certeza a estas preguntas. Por lo que respecta a los nuevos colonos, me inclino a pensar que la práctica fue la de las cesiones anuales, y que los *laoi* que residían temporalmente en Filadelfia no tenían derechos definidos respecto a la tierra del *dorea.* Iban a Filadelfia en busca de empleo y se les trató de acuerdo con esto. Pero no es más que mi impresión personal.

Pero el cultivo por medio de *laoi* según el viejo sistema con ligeras modificaciones, fue sólo uno de los métodos adoptados por Apolonio. Gran parte de la tierra triguera la explotaba directamente el tenedor del fundo mediante el empleo de jornaleros y a veces de esclavos bajo la vigilancia de superintendentes griegos, subordinados de Zenón. Además, algunas parcelas, grandes y pequeñas, se arrendaron a arrendatarios individuales (γεωργοί), macedonios, griegos e indígenas. Estas parcelas pertenecían principalmente a la clase de tierra que, aunque regada, no estaba por completo lista para el cultivo. Es evidente que en la tierra administrada directamente por Apolonio y su equipo y en la arrendada a macedonios y griegos se podían emplear con más libertad nuevos métodos de cultivo. Es dudoso si esto se hizo así o no. Los arrendatarios macedonios, griegos e indígenas pudieron haber sido sólo intermediarios que subarrendaban parcelas de su tierra a pequeños labradores indígenas.

La situación era distinta en lo que se refiere a viñas, olivares, huertos y jardines. La plantación de viñas, olivos, etc., era uno de los principales intereses de Zenón (véanse págs. 349 y sigs.). Es razonable suponer que aquí Zenón y sus subordinados aplicaban principalmente métodos griegos. Sabemos que la mayoría de los vinateros que trabajaban para Apolonio como jornaleros o arrendatarios o una combinación de ambos, eran griegos. Pero, como he dicho, no se conoce nada exacto sobre los métodos de cultivo que empleaban, excepto por las coincidencias antes mencionadas entre Teofrasto y las cesiones de viñas de los si-

glos II y III d. de J. C. encontrados en Egipto respecto a la terminología del oficio y en las distintas operaciones que efectuaban los vinateros. Lo mismo puede decirse de huertos y jardines. Ya he dicho que, excepto las palmeras, la mayoría de los árboles frutales no eran originarios de Egipto. Los κηπουροί eran, naturalmente, griegos y empleaban métodos familiares (151).

Lo que he dicho sobre el fundo de Apolonio puede decirse también de los κλῆροι grandes y pequeños asignados por los Tolomeos a los funcionarios civiles, oficiales y soldados establecidos. La mayoría de los tenedores de estos *cleroi* eran extranjeros, principalmente griegos. Los que no cedían su tierra a labradores indígenas, sino que se interesaban en el desarrollo y mejora de su productividad, adoptarían, naturalmente, métodos griegos y cultivarían la tierra a la manera griega. He dicho en otra parte cuán popular era entre ellos la plantación de vides y olivo y podemos suponer que la clase de γεοῦχοι de que he hablado en el capítulo V mostraba una inclinación parecida.

Pero el punto principal, esto es, en qué medida los nuevos métodos y el nuevo espíritu penetraron en el corazón de la población egipcia, sigue siendo una cuestión crucial que no puede contestarse con los testimonios de que disponemos. La tierra que tenían los templos, especialmente en el Sur, estaba en manos de tenedores o propietarios hereditarios, algunos de los cuales pertenecían a la clerecía alta y baja, y probablemente escapaba a la presión del gobierno y se cultivaba a la manera tradicional. Lo mismo puede suponerse para los numerosos *cleroi* que tenían los *machimoi* egipcios. Hemos de tener en cuenta que nuestra información se refiere principalmente al Fayum, creación de los Tolomeos. Sigue siendo un misterio hasta qué punto los Tolomeos desearon y pudieron romper la rutina tradicional de la agricultura en otras partes de Egipto donde estaba más arraigada. Tampoco sabemos si los métodos progresistas de los primeros Tolomeos fueron continuados por sus sucesores en el campo de la agricultura.

B) *INDUSTRIA*

Sería interesante conocer la importancia del papel desempeñado por la industria en la vida económica de la época helenística; qué innovaciones técnicas se introdujeron en los métodos antes conocidos y aplicados en Grecia y en las monarquías orientales; hasta qué punto se intensificó la producción industrial por las

nuevas condiciones de vida y por las innovaciones técnicas; si llegó a parecerse a la moderna producción en masa para un mercado indefinido, y finalmente, en qué medida la organización de la producción industrial difería de la que nos es más o menos familiar en épocas anteriores, tanto en Oriente como en Grecia.

Temo que no puedan darse contestaciones concluyentes a estas preguntas. Los testimonios literarios sobre el desarrollo de la industria son mucho más escasos que los que se refieren a la agricultura. No tenemos nada comparable a los tratados de los escritores romanos sobre la agricultura. Algunos capítulos de la *Historia natural* de Plinio, referentes principalmente a la metalurgia y a la fabricación de tejidos, son sustitutivos muy inadecuados, sobre todo porque no podemos distinguir entre las afirmaciones de Plinio que se derivan de sus fuentes helenísticas y prehelenísticas, y las que representan el progreso hecho en Italia a finales de la república y principios del imperio.

El material arqueológico, si fuera recogido de un modo exhaustivo y estudiado debidamente, sería de gran ayuda. Pero hay que tener en cuenta que para la época helenística, prácticamente, no existen restos de establecimientos industriales, tales como talleres y su equipo en ciudades y pueblos, o de minas y establecimientos mineros, y las herramientas empleadas en los distritos campesinos. Gran parte de nuestro material sobre los establecimientos industriales procede principalmente de Pompeya, Herculano y Ostia, e ilustra el aspecto, algo diferente, de la evolución de Italia; en lo que respecta a los establecimientos mineros y a las herramientas empleadas por los campesinos, con la excepción del Laurión, la mayoría de los restos de explotación que quedan pertenecen a finales de la época romana.

Tampoco estamos mejor surtidos con representaciones de artesanos trabajando en sus talleres. El Egipto pretolemaico (incluyendo la tumba de Petosiris) ha dado algunos de éstos, material inapreciable para el estudio de los distintos oficios; algunos cuadros instructivos han sido encontrados en Babilonia, y los vasos griegos, *pinakes*, y figurillas de terracota antiguas, en sus bellas ilustraciones de la vida griega de la época arcaica y clásica, nunca olvidan las distintas profesiones en que se ocupaban los griegos*.

---

* Los últimos ceramistas griegos que a veces nos dan representaciones de escenas industriales son los que fabricaron los primeros vasos «megareos»; véanse láms. XXV y sigs.

Después viene un vacío. El arte helenístico secular y religioso —en la madre patria y el Oriente— no se interesaba por escenas de la vida real. Dedica su atención principalmente a los temas mitológicos de un lado, y a los motivos ornamentales de otro. Las únicas excepciones son algunas estelas funerarias pintadas y grabadas (que, sin embargo, nunca representan artesanos trabajando en sus talleres o con herramientas en su mano) y las figurillas de terracota. Pero las últimas, en su mayoría, ilustran la vida como se ve en el escenario, en comedias y mimos, y de este modo, aunque a menudo representan labradores y a veces pescadores, no muestran interés alguno por los artesanos (véanse láminas XXII y XXX).

Nos quedan los productos de los distintos oficios, incluyendo sus herramientas y los miles de objetos hallados en ruinas y tumbas. He tratado de ellos repetidas veces en los capítulos anteriores, y he señalado cuán incompleta y aisladamente han sido estudiados, en especial para el fin de fecharlos exactamente y comprenderlos desde los puntos de vista económico y técnico. La única excepción notable es la cerámica. Pero incluso en este campo se han planteado más problemas que se han resuelto. Además, entre los productos de la artesanía helenística, los estudiosos han dedicado mucha más atención a los del arte y la industria artística que a los que, aunque de menor valor artístico, son de gran significación económica, tales como las distintas herramientas e instrumentos y los artículos comunes producidos por las distintas industrias.

Siendo éste el carácter de nuestras fuentes, es claro que la tarea de los estudiosos modernos de la industria helenística es muy difícil. No es sorprendente que la mayoría de los que han estudiado la industria antigua, en general desde el punto de vista económico[*1], dedicasen su atención principalmente a la época clásica de Grecia mejor conocida, y que los pocos que han tratado del desarrollo del período helenístico[*2] tengan muy poco que decir sobre el tema que nos ocupa. La única excepción es F. M. Heichelheim, que ha dedicado una parte importante de su *Virtschaftsgeschichte* al desarrollo de la industria en el mundo helenístico.

Para comprender ese desarrollo es requisito esencial el conocimiento de la evolución de la técnica industrial en la época.

[*1] Véase cap. II, notas 25 y 35.

[*2] Véase cap. III, nota 1.

Mucho trabajo útil se ha hecho en este campo. Varios especialistas en técnica y ciencia modernas y muchos filólogos clásicos familiarizados con los asuntos técnicos han hecho valiosas contribuciones al estudio de la técnica antigua en general y de la industrial en particular. Pero estas contribuciones ayudan poco al estudioso de la historia económica helenística. Un grupo de escritores —la mayoría ingenieros y científicos— tratan la industria y técnica del mundo antiguo como un todo único, sin distinguir entre las diferentes regiones y períodos. Ignoran el método histórico. Otro grupo dedica su atención principalmente a los distintos tratados técnicos de la antigüedad, de los que una gran parte pertenece a la época helenística. Sin embargo, como ya he dicho, estos tratados son de un carácter particular. Algunos, o son puramente teóricos, o se refieren exclusivamente a la arquitectura y las industrias militares, especialmente a la construcción de máquinas militares. Otros se preocupan más de cuestiones seudofilosóficas, y sus referencias a la industria se relacionan con experimentos relacionados con los principios «filosóficos» de sus credos respectivos. Hablaré de estos dos grupos con detalle en una sección posterior.

Teniendo en cuenta el carácter de las fuentes, sería perder el tiempo discutir uno tras otro todos los oficios de la época helenística. Será preferible concentrar nuestra atención sobre algunas industrias básicas y mejor conocidas, como la cerámica, la metalurgia, los tejidos, la construcción y la ingeniería. El cuadro que de ellas trazaremos podrá aplicarse a otras ramas de la industria menos conocidas (152).

Al tratar del desarrollo de la industria en la época helenística, debemos tener en cuenta algunos hechos fundamentales ya discutidos. Empezaremos diciendo que el modo de vida siguió siendo tan simple como antes. Los artículos de vestido seguían siendo pocos y sencillos: camisas de noche, zapatos y medias, y eran desconocidas, o muy poco usadas, las formas refinadas de zapatos y sombreros. Los muebles domésticos eran muy escasos: constaban de unas cuantas camas, sillas, mesas y cofres de formas variadas. En las casas ricas, las camas —los muebles mejor conocidos— eran auténticos productos de arte, adornadas con esculturas de bronce (en las patas, en las cabeceras y los costados), incrustadas de marfil y cristales de colores y cubiertas con lujosos colchones, colchas y almohadas (véase cap. IV, nota 177 y lám. XLVI). Pero en las casas corrientes todos los

muebles eran de diseño sencillo y material barato. Los utensilios de mesa y domésticos, incluso las lámparas, en su mayoría eran de cerámica y relativamente poco variadas y hechas con sencillez (véase más adelante sobre la cerámica). La gente rica podía permitirse el lujo de poseer utensilios de cocina y lámparas de bronce y cobre, candelabros de bronce y vajilla de oro y plata, sirviendo esta vajilla al mismo tiempo como capital de reserva de una casa rica. Las mujeres, por supuesto, eran aficionadas a perfumes y cosméticos y a las joyas. Había joyas de diferentes clases, baratas y caras. La compra de las mejores y más caras joyas era otra forma de acumular capital de reserva en una familia.

La gran mayoría de la población, como ya he dicho, tenía ingresos modestos. La mayoría de las clases trabajadoras vivían al día, y su poder adquisitivo era muy bajo. Lo que compraban en el mercado era principalmente alimentos y unos cuantos productos industriales de la clase más barata: vestidos, muebles, utensilios de mesa y cocina. Y lo mismo ocurría con sus escasas herramientas e instrumentos: los labradores y artesanos pobres no podían comprar herramientas caras. Hemos visto el gran papel que desempeñaban en la producción agrícola los pequeños labradores y veremos en esta sección que gran parte de la producción industrial estaba en manos de los artesanos pobres.

El poder adquisitivo de la burguesía era mayor. Pero, como he tratado de demostrar, tampoco era muy alto su nivel medio de riqueza, ni siquiera en los períodos de prosperidad general. Entre la burguesía, la gente rica era una excepción. He intentado demostrar que en todas las regiones del mundo helenístico, después de un período mayor o menor de prosperidad, hubo una fase de decadencia relativa, más rápida en algunas regiones y relativamente lenta pero segura en otras. La burguesía media se empobreció gradualmente. El rápido crecimiento de la riqueza en manos de unos pocos miembros de la burguesía no compensaba del empobrecimiento de esta clase en general. En consecuencia, el nivel de vida del burgués, con algunas excepciones, siguió siendo modesto, y su capacidad adquisitiva más bien baja. Podemos comparar, por ejemplo, entre las pocas casas de la burguesía urbana que han sido excavadas, las de época helenística con las romanas en las mismas ciudades, o el aspecto general de estas ciudades, como ejemplo de la riqueza de esa clase en las dos épocas.

Mucho mayor era la capacidad adquisitiva de la poca gente rica del mundo helenístico: los reyes, sus auxiliares y asociados ricos, los escasos miembros opulentos de la clase media urbana. Pero sabemos poco de su vida. Las anécdotas que he citado sobre el lujo de este pequeño grupo se refieren en su mayoría a una ostentación pública de riqueza con fines propagandísticos. Incluso entre los reyes había muchos que vivían una modesta vida burguesa. Sólo tengo que referirme otra vez al ejemplo de los atálidas y sus pequeños palacios en el acra de Pérgamo. Pero, incluso por lo que hace a los Tolomeos y seléucidas, estoy convencido de que, aunque sus palacios y villas (lám. XXXVIII) y su tren de vida general pudieron haber sido más artísticos y más refinados que los de los emperadores y magnates romanos, no podían competir con éstos en las dimensiones de sus edificios y en el ostentoso despliegue de lujo.

La tarea con que se enfrentaba la industria de la época, era, pues, la siguiente. Para satisfacer las exigencias de las clases trabajadoras, tenía que producir los bienes más baratos y sencillos, no en cantidad grande ni cada vez mayor. Para la burguesía, tenía que producir bienes mejores y en cantidad grande, pero fluctuante. También aquí se pedían sobre todo productos baratos, pero con pretensiones, imitando en materiales baratos los productos de lujo empleados por los ricos. Finalmente, las mercancías mejores y más finas se hacían para la escasa gente rica. La demanda de estas mercancías era intermitente, y no debemos olvidar que las casas más ricas pudieron haber tenido entre sus esclavos especialistas en distintos oficios, que, según la antigua tradición, trabajaban para su amo, cabeza de un οἶκος grande y opulento. Además, sobre todo en Egipto, donde la industria estaba bajo el control del Estado, las demandas del οἶκος real probablemente se servían, no sólo por los *ergasteria* reales, sino también por artesanos del país, que trabajaban por encargo y bajo la dirección del rey y sus funcionarios.

Tras estas notas preliminares, paso a estudiar algunas ramas de la industria.

Cerámica. La industria del mundo helenístico mejor conocida, y estudiada de un modo más completo, es la cerámica. Aquí sólo tengo que recordar al lector ciertos rasgos básicos de su historia. La cerámica más barata, de la que sabemos poco y que ha sido poco estudiada, se producía, sin duda, en la localidad o era importada de las vecinas. Este era el caso, según

H. A. Thompson, de Atenas, donde la cerámica corriente se importaba tal vez de Egina, y lo mismo ocurría en otras ciudades griegas de la época helenística, pocas de las cuales han sido estudiadas desde este punto de vista (153).

Los tipos de cerámica helenística que predominaban en nuestros museos son de las calidades mejores, la cerámica producida para las necesidades de la burguesía. El aspecto de esta cerámica, si se compara con la de épocas anteriores, muestra cambios considerables. Puede dividirse en dos clases. Una consta de tipos de cerámica de forma, técnica y decoración únicas, que se encuentran en todo el mundo helenístico; podemos llamarla cerámica panhelenística. Al lado de ésta había tipos especiales de cerámica, que tenían un mercado más restringido y se limitaban a una sola región, grande o pequeña; podemos llamar a este grupo cerámica local.

Durante algún tiempo, a principios de la época helenística, la cerámica ática todavía dominaba en el mercado. Durante esta época los vasos negros barnizados áticos pueden llamarse cerámica panhelenística. Hemos visto que todas las clases de esta cerámica ática pronto fueron imitadas en los distintos lugares (por ejemplo, en Asia Menor, Alejandría e Italia) y se fabricaron localmente. Especialmente popular (en la monarquía seléucida y otras partes) fue la cerámica corriente negra de formas áticas, sin adornos o con adornos impresos (154).

Esta última cerámica pronto fue reemplazada en Oriente por un tipo especial de cerámica roja con un barniz rojo brillante llamado generalmente cerámica «pergamena» o «samia». Tuvo un gran éxito. Introducida durante el siglo II a. de J. C., pronto ocupó el lugar de su predecesora negra y se transformó en la cerámica más corriente de mejor calidad, aunque no de lujo, en todo el mundo helenístico (155).

Las cerámicas áticas negras, más finas y más artísticas, y sus imitaciones encontraron rivales, a principios de la época helenística, en varias clases nuevas de cerámica que pueden llamarse todas panhelenísticas (156). Aquí sólo debo recordar al lector las más populares, sin pretender ser exhaustivo. En el campo de la cerámica pintada, el papel principal fue desempeñado por los distintos tipos de cerámica cubierta de un barniz blanco, o sin él y adornada con motivos de distinto carácter. Los más populares fueron los llamados *lagynoi*, con sus dibujos monocromos impresionistas, en distintos tonos de marrón en su mayoría, adornos

geométricos o plantas e instrumentos característicos del culto dionisiaco. Los *lagynoi* eran botellas de vino y se adornaron de acuerdo con ello. Parecidos eran los vasos de distintos tipos con barniz blanco, adornados con dibujos policromos. Algunas de estas clases fueron panhelenísticas; otras fueron locales. Las clases locales de vasos fueron especialmente populares en Italia (por ejemplo, la famosa cerámica de Centuripe y la cerámica de Canosa, mezclas ambas de cerámica en relieve y pintada). Algo diferente fue una cerámica itálica muy popular (la llamada cerámica gnatia), con barniz negro y adornada con dibujos en su mayoría blancos, pero también rosados y amarillos, réplica itálica, hasta cierto punto, de la cerámica ática «del tajo occidental». Empezó en Apulia en el siglo IV a. de J. C. y tuvo gran éxito y larga vida en Italia. Pero penetró también en Oriente, donde rivalizó con las ramas orientales de la cerámica pintada. También puede clasificarse como panhelenística (157).

Mucho más populares y mucho más extendidos que la cerámica pintada fueron los vasos con relieves, imitaciones de la vajilla metálica. Tales fueron, por ejemplo, los vasos con relieves aplicados, muy conocidos en Pérgamo y en el Egipto tolemaico, especialmente los estimadísimos cuencos «megareos», y tipos de cerámica con ellos relacionados, de los que he hablado tantas veces en los capítulos precedentes. A éstos podemos añadir los vasos esculpidos, muy conocidos. Las últimas ramificaciones de los vasos en relieve helenísticos fueron los vasos de distintas formas que imitaban la vajilla metálica, cubiertos con un barniz vidriado. Se hicieron muy populares en el siglo I a. de J. C. (158).

Paralelamente a estos tipos de cerámica panhelenística existían en distintas partes del mundo helenístico productos locales de una cerámica mejor y fabricada con más arte que la cerámica corriente. Algunos se extendieron sobre amplias zonas; otros se limitaron a una región o alguna ciudad en particular. He mencionado antes las distintas ramas de cerámica que aparecieron en Egipto en la época helenística y se emplearon casi exclusivamente en aquel país (los ejemplares hallados fuera de Egipto son raros). En el campo de los vasos pintados puedo recordar las hidrias de Hadra (empleadas principalmente como urnas funerarias y contruidas con una técnica similar a las de los *lagynoi*), y en el de la cerámica de relieves, los múltiples tipos de porcelana egipcia, combinación de la porcelana corriente del antiguo Egipto con los vasos pintados a la moda y la cerámica de relieve (159).

Otro centro importante de porcelana helenística estaba en Mesopotamia. También aquí se desarrolló la porcelana como una rama peculiar de la cerámica de relieves. Esta cerámica mesopotámica fue característica de todo el reino parto en la época de su máxima expansión, y encontró su réplica más a Oriente, en la porcelana china de la época de los Han (160). Otras ramas de cerámica se limitaban a áreas más restringidas. Puedo citar como ejemplo la cerámica póntica de la época helenística conocida por los hallazgos de Amiso (véase descripción de las láms. LXIV y LXV).

Este breve resumen indica las muchas novedades ocurridas en el mercado cerámico en el período helenístico. Las formas de los vasos variaban considerablemente. Pero todas ellas se remontaban, en la región del Egeo, a formas bien conocidas en el pasado. Algunas eran continuaciones de estas formas, otras eran resurgimientos de modelos arcaicos *(lagynoi)*, cuencos «megareos». En las ramas locales de la cerámica oriental notamos una combinación de formas orientales y griegas. La decoración muestra los mismos principios. En los vasos pintados en la región egea y en Italia se reflejan los nuevos modelos y el nuevo estilo de pintura que predomina en la época helenística, y en los vasos en relieve sigue de cerca sus originales metálicos. En Oriente la ornamentación participa en el desarrollo artístico de las distintas regiones del mundo helenístico. De origen griego, se va orientalizando ligeramente poco a poco. A este respecto es interesante anotar que, desde el punto de vista técnico, no se introdujeron innovaciones revolucionarias en el oficio del ceramista en la época helenística. No siendo yo un especialista en materias técnicas, he consultado a la señorita Gisela M. A. Richter, del Museo Metropolitano de Nueva York, y al profesor R. Zahn, de Berlín, y lo que sigue es una combinación de la información que me dieron con mis propias observaciones. Puedo añadir que mis consejeros y yo nos encontramos completamente de acuerdo en todos los puntos que se exponen a continuación.

Es evidente que los vasos adornados *(lagynoi)* con pintura monocroma o policroma eran una continuación de vasos áticos semejantes por un lado, y por otro, de algunos productos cerámicos de los talleres insulares y de Asia occidental. Para los últimos puedo citar con Leroux (*Lagynos,* 1913) algunos vasos arcaicos de Chipre y referirme a la cerámica helenística de Amiso. (Para los adornos monocromos, véase lám. LXVI, 2.) También la cerámica gnatia (barniz negro) tiene sus prototipos en el Ática.

Por lo que se refiere a los vasos de relieves, el relieve aplicado y de otros tipos, se empleaban comúnmente en la cerámica griega más antigua. No menos frecuente en la Grecia del siglo VI al IV a. de J. C. eran los vasos hechos en moldes. «Sin embargo —dice la señorita Richter—, en la época antigua la pasta era siempre prensada en el molde, mientras que en la época helenística a veces era echada en el molde en forma fluida.»

Finalmente, la porcelana, tanto de Egipto como de Mesopotamia, se produjo por los mismos métodos técnicos que en la época antigua. Los cuerpos de los vasos se hacían del mismo material silíceo, y el «vidriado» era del mismo tipo: un revestimiento de vidrio puro (161). La porcelana anatólica del siglo I antes de J. C. presenta un problema particular. Si el «vidriado» es de vidrio de plomo (por otra parte desconocido en el mundo antiguo, excepto en China) la aparición de esta cerámica fue una gran innovación, lo mismo que la producción de cristal soplado (véase nota 158).

Muy interesante, aunque no nuevo por completo, fue el método de fabricación de los cuencos «megareos». Combinando las observaciones de H. A. Thompson con las de la señorita Richter, puedo describir el proceso técnico como sigue. Se centraba un molde para el cuenco en el torno, se apretaba la arcilla contra el molde, se modelaba, y «los agujeros en la parte interior, hechos al apretar la pasta contra el molde, se llenaban con arcilla blanda mientras el vaso giraba» (señorita Richter). De esta manera, «el cuenco y su borde eran hechos a rueda, y su superficie inferior a molde. Las impresiones negativas en el molde eran producidas, o bien haciendo el molde sobre otra vasija de metal y terracota, o bien, con más frecuencia, por presión en su arcilla aún blanda de estampillas con escenas individuales, hojas, flores, etcétera, en la combinación deseada... Estos métodos permitían una variedad casi infinita» (Thompson). El resultado fue que apenas se conocen duplicados de los vasos «megareos», dado que los moldes, naturalmente, duraban poco.

Desde el punto de vista económico, la anterior descripción de los ingenios técnicos empleados por los ceramistas helenísticos, además de mostrar que no se introdujeron en el oficio innovaciones básicas, sino solamente modificaciones de la técnica, indican que, aunque hubo cierta tendencia entre los ceramistas helenísticos a hacer la obra más mecánica y más rápida, produciendo cerámica de tipo más uniforme, el método de fabricación

no fue el de factoría, ni de producción en masa de los mismos tipos de vasos de las mismas formas, mediante ingenios puramente mecánicos. El oficio siguió siendo en gran parte individualista, especialmente en el campo de la cerámica pintada. Así, por ejemplo, no existen duplicados de *lagynoi*. Pero se puede observar una tendencia hacia la producción en masa. Ésta es la razón por la que la cerámica en relieve producida más mecánicamente desterró a las variedades pintadas, y por la que el molde triunfó sobre el torno del ceramista.

Aún más importante desde el punto de vista económico es la distribución de la cerámica panhelenística y sus peculiaridades locales, de las que he hablado varias veces. Todos los tipos más frecuentes de cerámica panhelenística surgieron cada uno en un lugar distinto. Durante algún tiempo la producción se concentró en ese lugar. Pero tan pronto como un tipo de cerámica local se puso de moda y se popularizó entre los compradores extranjeros, fue producido por los ceramistas locales dondequiera que la demanda fue mayor. La descentralización de la producción fue la tendencia de la época, y la producción local no centralizada el rasgo dominante de la industria cerámica. Ya he mostrado esto en lo que se refiere a los cuencos «megareos», y lo mismo puede decirse de todas las demás clases de cerámica panhelenística que tenían una demanda grande. Esto, junto con el carácter de la técnica, fue otra razón por la que la producción en masa nunca llegó a ser una característica acusada de la industria cerámica.

No sabemos cómo se organizó la industria cerámica en sus numerosos centros. Puede sugerirse que se crearon empresas de tipo factoría para la producción de los envases cerámicos utilizados en el transporte de mercancías y para almacenamiento, las grandes tinajas tan características del mundo antiguo. Podemos ver un testimonio de esto en las grandes tinajas que se encuentran en todos los países helenísticos, y en el depósito (?) de estas tinajas en Villanova de Rodas (lám. CXII, 2). Además, algunas ramas especiales de cerámica, tales como la cerámica ática de principios de la época helenística, ciertos tipos de cuencos «megareos» de principio y finales del helenismo (por ejemplo, el llamado tipo delio), algunos braseros y vasijas de cocina de formas, pasta y factura especiales, y los *unguentaria* fusiformes que se encuentran en todas partes, se sabe que fueron exportados en grandes cantidades, y por consiguiente debieron de producirse en gran número. Podemos suponer que hombres de negocios em-

prendedores organizaron para esta producción establecimientos parecidos a factorías. Aristón pudo haber sido uno de éstos. Se encuentran estampillados con su nombre, lámparas construidas con molde, cántaros de cerámica en relieve y tinajas en cantidades relativamente grandes en el siglo II a. de J. C. en muchas partes del mundo helenístico. Desconocemos la localización de su «factoría». Pudo haber estado en Rodas. Pero en conjunto nuestros testimonios no son concluyentes, y estos artículos pudieron haber sido producidos no en grandes establecimientos de tipo factoría, sino por artesanos individuales o en pequeños *ergasteria* sobre pedido de un tratante emprendedor.

Finalmente, debo decir que no nos quedan manuales sobre el oficio cerámico ni se mencionan en nuestros textos literarios.

Lámparas y terracotas. Una parte del oficio del ceramista era la producción de lucernas y estatuillas en terracota. Las terracotas, aunque la mayor parte repetían los mismos tipos, fueron en su mayoría de producción local (véase Índice, voz «Terracotas»). Lo mismo puede decirse de las lucernas. Éstas, desde el siglo II a. de J. C. ya no se fabricaron a torno, sino con molde.

Vidrio. Por lo que respecta al vidrio, bastarán unas cuantas palabras (véase Índice, voz «Vidrio»). El vidrio se usaba ampliamente en Egipto y Fenicia para distintos fines. Sin duda alguna, se conocía en Grecia, pero no desempeñó ningún papel importante en su economía. La mayor parte de los vasos de vidrio —objetos de lujo— mencionados en nuestras fuentes literarias y epigráficas relacionadas con Grecia, probablemente se importaban de Oriente. Sólo a finales del siglo I a. de J. C. se revolucionó la industria del vidrio por la invención del vidrio soplado.

Metalurgia. La segunda rama de la industria antigua, más importante aún que la cerámica y artes afines, fue la de los metales y la metalurgia. Nuestra información sobre ella es de la misma clase que la de los otros oficios. Las fuentes literarias son muy pobres. Plinio, en su *Historia natural*, en los libros en que trata de los metales (XXXIII y XXXIV), da un resumen breve pero sustancioso del aspecto técnico del asunto. Es mucho más informativo en lo que respecta al empleo medicinal de los metales, su historia (con trasfondo moral) y los productos artísticos de la metalurgia. Probablemente esto se debe al carácter de sus fuentes, ninguna de las cuales parece que trataba de temas técnicos, con excepción quizá de Teofrasto y Bolo Demócrito (sobre Bolo, véase más adelante). Por otras fuentes sabemos que además de

Teofrasto (Περὶ μετάλλων)*[1], Estratón el físico, sucesor de Teofrasto, escribió Περὶ μεταλλικῶν μηχανημάτων*[2], y un tal Filón*[3] una obra con el título de Μεταλλικόν. Es probable que la fuente principal de Plinio fuese el tratado de Teofrasto, que probablemente era muy similar a su Περὶ λίθων (en parte conservado). También pudo haber obtenido alguna información de los contratistas de minas y los funcionarios imperiales relacionados con las ricas minas de España. Esto puede indicar que después de Teofrasto el estudio científico de los metales hizo muy pocos progresos (162).

El material arqueológico es muy rico. Los objetos metálicos de distinta clase son tan frecuentes en nuestros museos como los objetos cerámicos; entre estos objetos metálicos se encuentran, por ejemplo: instrumentos y herramientas; partes de máquinas, de vehículos, de barcos y de muebles; armaduras y armas; jaeces de caballo; productos artísticos (estatuas, bajorrelieves, etc.), y distintos tipos de vasijas de oro, plata y bronce, utilizados como vajilla de mesa o como ofrendas votivas a los dioses; lámparas y candelabros, artículos de tocador, joyas de distintas clases, etc. Algunos de estos objetos —especialmente los productos de arte y de industria artística— han sido cuidadosamente estudiados. El otro material ha sido algo olvidado. Pero en general se ha prestado mucha menos atención a los productos metalúrgicos que a la cerámica. En este breve sumario no se puede ofrecer al lector un estudio de la metalurgia helenística, pero puedo decir algo sobre el tema, especialmente en lo que se refiere a su técnica y organización.

Minería. Ya he hablado de las minas explotadas por los gobernantes de las distintas partes del mundo helenístico. Un establecimiento minero era algo familiar a los griegos helenísticos. Me he referido a la descripción que hace Agatárquides de las minas de oro nubias y a nuestra extensa información sobre las minas de plata del Laurión sacada de las fuentes literarias, epigráficas y arqueológicas. Puedo recordar al lector otra vez la σανδαρακουργεῖα póntica, cerca de Pompeyópolis, y el castillo póntico de Pimolisa tal como lo describe Estrabón*[4]. Un bello

---

*[1] Diógenes Laercio, V, 44.

*[2] Íd., V, 59 (sobre maquinaria de minas).

*[3] Discípulo de Aristóteles (?), ibíd., 38, mencionado por Ateneo, VII, 322 *a*.

*[4] Estrabón, XII, 3, 40, pág. 562.

cuadro impresionista de un establecimiento minero se encontrará en la descripción de Apolonio de Rodas, probablemente inspirado por su conocimiento personal de un establecimiento minero helenístico, de la ciudad de los cálibes, que no conocían la agricultura ni la ganadería, «pero perforan la tierra ferruginosa y cambian su jornal por el sustento diario; nunca amanece para ellos la aurora sin trabajo, sino que en medio del humo y de las negruzcas llamas soportan un duro trabajo» (163)*.

La técnica de extraer, fundir y refinar las menas de distintos metales es relativamente bien conocida por el estudio de las fuentes (la mayoría del siglo IV a. de J. C.) que se refieren al Laurión y a las minas romanas. Estas fuentes han sido reunidas repetidas veces y discutidas por especialistas (164). No necesitamos repetir aquí sus conclusiones. La principal cuestión que se nos plantea, esto es, en qué medida progresó en la época helenística la técnica de la extracción, fundición y refinado, difícilmente se puede resolver con el material de que disponemos. La impresión general es que los principios básicos según los cuales se realizaban estos procesos, y las principales herramientas e instrumentos empleados en las minas y hornos, eran bien conocidos en el siglo IV a. de J. C. en el Laurión, y que sólo sufrieron mejoras parciales en la época posterior. Así, por ejemplo, una comparación de la descripción que hace Agatárquides de las minas de oro nubias con lo que sabemos sobre el Laurión, es instructivo porque indica la semejanza de las distintas operaciones en ambos lugares.

Aún más interesante es una comparación de los métodos técnicos seguidos en el Laurión y en las minas romanas. Las características más importantes de los dos lugares, tal como éstos han sido minuciosamente descritos por numerosos eruditos (el último, O. Davies), son casi las mismas, con algunas diferencias atribuibles a las condiciones locales (por ejemplo: un mayor uso del agua en las minas romanas de Occidente) y algunas mejoras parciales, probablemente de invención romana. Así, por ejemplo, los instrumentos y herramientas esenciales en minería, como picos de hierro, cuñas, martillos, palancas de hierro, palas y azadas, que se encuentran corrientemente en las minas antiguas, tienen aproximadamente las mismas formas y

---

* Apolonio de Rodas, *Arg.*, II, 1002 (Biblioteca Loeb, traducido por R. C. Seaton).

se usaban para los mismos fines en el Laurión, en Egipto en la época helenística y en las provincias occidentales del imperio romano.

Sin embargo, se pueden atribuir a la época helenística algunas mejoras en el trabajo de las minas, como, por ejemplo, las máquinas empleadas por los romanos en sus minas para desecación: la rueda hidráulica y la bomba de Arquímedes (*coclea*, cap. IV, nota 156). Aunque no se ha demostrado que se empleasen en las minas helenísticas, ambas eran invenciones del helenismo, y sin duda se emplearían no sólo para riego de campos y jardines, sino también para desecación de minas, si era preciso. Además, competentes eruditos modernos han sugerido que algunos instrumentos ópticos geodésicos del tipo de la dioptra de Herón (precursor del teodolito moderno) pudieron haberse usado para la vigilancia en el Laurión y más tarde en España (165).

Las principales operaciones después de la extracción de la mena, las resume Plinio*[1]: «quod effossum est, tunditur, lavatur, uritur, mollitur (*v. l.* molitur)», o en la *lex metalli Vipascensis:* «purgare, tundere, [ure]re, expedire, frangere, cernere, lavare»*[2], eran todas, hasta donde alcanza nuestra información, conocidas en el mundo griego y se ejecutaban con los mismos medios, tanto en Grecia (en las épocas clásica y helenística) como en Roma. Había la misma similitud en el proceso de machacar la mena en molinos de mano de distintas formas, lavándola en un complicado sistema de estanques y canales bien conocidos en las minas de Laurión, tostando, fundiendo y copelando la mena en hornos de distintos tipos, de los cuales los más perfeccionados, los hornos excavados, eran de uso frecuente en el Laurión, y antes en otras minas griegas. En el proceso de fundición y copelación, desde época muy antigua se empleaban corrientemente en todo el mundo antiguo fuelles y sopladores del mismo tipo. El tipo mejor conocido de fuelles era una piel con un agujero cerrado por el talón del operario y un cabo para inflarlo. Menos corriente, si es que se conoció, era el tipo moderno de fuelle con una tabla y una válvula, del que quizá hay reproducciones en lucernas romanas (si estas lucernas son auténticas). Pudo haber sido inventado por primera vez en la época helenística o en la romana, pero parece que nunca se empleó mucho (166).

---

*[1] Plinio, *N. H.*, XXXIII, 69.

*[2] Dessau, *I. L. S.*, 6891, 1, 46 y sig.

Metalurgia. a) *Oro, plata, bronce.* Tampoco hubo muchas innovaciones en los métodos del trabajo del metal. Apenas hay dudas de que la manipulación del oro y la plata estuvo muy desarrollada en Oriente y en Grecia mucho antes de la época helenística, y es más que probable que esta última añadiese bien poco a los métodos de uso corriente en el siglo IV a. de J. C. Puedo citar, por ejemplo, el juicio de un erudito tan competente sobre Egipto como A. Lucas*: «El oro se trabajaba por el forjado y la fundición; se grababa y damasquinaba; se reducía a finas láminas para decorar muebles, sarcófagos de madera y otros objetos; para dorar el cobre y para cortarlo en finas tiras para hacer alambre; se batía en hojas aún más delgadas para dorados. Se le coloreaba y soldaba; de hecho, hay muy pocas prácticas modernas de trabajar el oro que no se conocieran y emplearan en el antiguo Egipto.» Puedo añadir que una ojeada a la joyería griega de los siglos V y IV a. de J. C. demostrará que Grecia no iba a la zaga de Egipto en este aspecto. Lo mismo puede decirse de otras ramas de la industria artística del metal en Oriente y en Grecia, como, por ejemplo, la toréutica y la industria del bronce. Además de lo que ya han dicho sobre el tema varios eruditos modernos autorizados, puedo citar un ejemplo destacado. Los moldes de yeso hallados en Atenas, empleados como modelo por los antiguos artistas toréuticos y atribuidos a los siglos VI, V y IV a. de J. C., tienen exactamente el mismo aspecto y se empleaban para los mismos fines que los de los siglos III y II a. de J. C. hallados en los talleres de Mit-Rahineh. Lo mismo podemos decir de los moldes. En este terreno no se podía añadir nada, y nada se añadió de hecho en las épocas helenística y romana, al conocimiento que había adquirido el mundo antiguo en épocas anteriores. Un estudio muy minucioso tal vez descubra algunas innovaciones de menor cuantía, pero no he podido descubrir ninguna, como tampoco pudo descubrirla la señorita Chr. Alexander, del Museo Metropolitano de Nueva York, a quien he consultado sobre el tema (167).

Sin duda en la industria del bronce, plata y oro, pueden observarse los mismos cambios de estilo, diseño y tipo de producción que hemos visto respecto a la cerámica. Circulaban algunos productos «panhelenísticos» de formas y ornamentación de tipo único, hallados en todo el mundo helenístico. Pudo haber

---

* *Ancient Egiptian materials and industries*, 1934, pág. 188.

habido, pues, algunos centros importantes de producción y exportación. Pero el rasgo sobresaliente era la diferenciación y la producción local, tanto de objetos panhelenísticos como de los que mostraban y continuaban diseños y tradiciones locales. Se puede ver un cambio de gusto y moda común a todo el mundo helenístico. Puedo recordar al lector lo que dije en el capítulo III sobre la tendencia a producir joyería y vajilla policroma por medio de la incrustación de piedras, esmaltado y nielado. Además de las características mencionadas, podemos ver la tendencia general a fabricar artículos baratos y en grandes cantidades para uso de los consumidores pobres, a producir formas y decoración de tipo único y a usar métodos más mecánicos y rápidos de manufactura. Así, por ejemplo, puedo mencionar la falsa granulación de la época helenística y romana, comparada con la granulación auténtica de los períodos anteriores, y el empleo más frecuente del moldeado. Había, pues, como en el caso de la cerámica, una tendencia a la producción masiva. Pero en lo principal el trabajo del metal nunca llegó a mecanizarse de modo apreciable. La producción de los orfebres, plateros y broncistas, aunque tendía a ser una industria más que un arte, siguió siendo individualista, y son muy raras en nuestros museos las repeticiones exactas de piezas de joyería y vajilla de plata y bronce, excepto las de calidad más corriente.

b) *Hierro.* Desde el punto de vista económico, el metal más importante era el hierro. Fue el último que se empleó en el mundo antiguo y el más difícil de trabajar. Aunque las armas, herramientas e instrumentos de hierro sustituyeron rápidamente a los de cobre y bronce, y aunque la antigüedad en la época helenística llegó a tener cada vez más «una mentalidad de hierro», los métodos de manipulación de este metal siguieron siendo más bien primitivos. El hierro dulce y el forjado fueron conocidos y muy usados, pero la antigüedad siguió desconociendo el hierro fundido, aunque se practicaba corrientemente la soldadura del hierro. El problema crucial del mundo antiguo fue la producción del hierro duro y el acero. Es bien sabido que el hierro extraído de las menas por los métodos empleados para otros metales contenía poco carbono y era, por consiguiente, poco más duro que el cobre y el bronce. Es natural, pues, que desde muy antiguo en la historia del hierro se intentara producir una calidad más dura, es decir, carburarlo. Esto se hacía desde época muy antigua por métodos muy simples. Un análisis cuida-

doso de los instrumentos de hierro egipcios ha demostrado que la carburación y el temple eran bien conocidos en Egipto en 1200-800 antes de J. C. (168). Lo que se conocía en Egipto, sin duda llegó a ser familiar para el resto del mundo antiguo. Fue por este método por el que se produjo en todo el imperio romano*[1] el hierro carburado o acero, de mejor o peor calidad, que dependía principalmente de la calidad de la mena. En las épocas griegas y helenística el problema del acero era tan agudo como después en el imperio romano. Es interesante anotar que el mejor acero empleado en Grecia y en las monarquías helenísticas en la época clásica y helenística se producía en Oriente. Para los griegos de la época clásica, el hierro y el acero iban siempre asociados a los escitas y los cálibes de la costa póntica (véase pág. 1301), y siguió siendo así en la época helenística. Daimaco, escritor de comienzos de la época helenística (distinto, en opinión de C. Jacoby, del personaje del mismo nombre contemporáneo de Seleuco Nicátor y autor de *Indica*), en su Πολιορκητικὰ Ὑπομνήματα, probablemente un tratado técnico sobre asuntos militares, dice*[2] que el mejor acero de su época era el que producían los cálibes, en Sinope, Lidia y Laconia.

Es una pena que no sepamos qué métodos se empleaban en la obtención de este acero superior del mundo griego y helenístico y la extensión en que se usaba. Un análisis comparativo cuidadoso de las pocas armas de hierro de las tumbas escitas y las excavaciones en el Ponto, y especialmente en el país de los cálibes, podría ayudarnos a un mejor conocimiento del problema. Así, por ejemplo, no es imposible que la técnica empleada en algunas partes de Asia Menor para producir acero (quizá tomado por los laconios) fuese superior a la corrientemente empleada en la época antigua en el resto del Oriente Próximo, Grecia y Occidente. Al fin y al cabo, pudo haberse derivado del Extremo Oriente y la India.

Es bien sabido que el imperio romano importaba*[3] el acero producido por los seres y partos por considerarlo muy superior al de fabricación propia. De hecho, sabemos que China y la India producían excelente acero en la época antigua. La primacía probablemente correspondía a la India, que fue sin duda el país

---

*[1] Plinio, *N. H.*, XXXIV, 145.
*[2] Frag. 4, *F. Gr. Hist.*, 65.
*[3] Plinio, *N. H.*, XXXIV, 145.

de origen del famoso acero damasceno de la Edad Media y la época moderna, tema recientemente estudiado por los especialistas. Con toda verosimilitud, el acero damasceno posterior se producía por los mismos métodos que el excelente acero de que se hizo una barra «encontrada en la cima del pilar de piedra del Kan Babá» (antes de 125 a. de J. C., según sir Robert Hadfield) y el famoso pilar de Delhi de hacia el 300 de la era cristiana, pieza sólida de acero de 7,32 metros de largo y que pesaba 6,5 toneladas. Este acero probablemente se fabricaba como el acero damasceno posterior: fundiendo magnetita negra pura de Hyderabad con una mezcla de carbón de madera de la mejor clase. De este método indio se derivó el de los persas (¿heredado por éstos de los partos?), en el que la carga del crisol se hacía de hierro blando y grafito (169).

El método empleado por los cálibes y los lidios para la manufactura de su acero pudo haber sido el mismo o parecido. Recientemente ha sugerido Richardson que la cita de los cálibes por el seudo Aristóteles* implica que éstos usaban el método del crisol (170).

En todo caso, y el hecho es importante, el mundo helenístico tuvo a su disposición algunos productos de técnica superior y de mejor calidad que los frecuentemente empleados en el mundo griego y oriental. Algunos artesanos helenísticos probablemente estaban familiarizados con los métodos de fabricación de estos productos superiores. Pero no hay testimonio de que esta técnica superior tuviese mucha aceptación en la época helenística, ni siquiera por los reyes seléucidas, que durante algún tiempo fueron dueños y después vecinos de la India y Partia. ¿Se debe esto a que la técnica era aplicable sólo a algunas menas especiales y no era adecuada para menas de calidad inferior o diferente? ¿O es otro testimonio del espíritu conservador de la época helenística respecto a las innovaciones técnicas en el campo de la industria? ¿O acaso los seléucidas y reyes anatolios emplearon los mejores métodos para la producción de acero y después se perdieron éstos en las épocas de anarquía y de principios de la dominación romana?

La organización de la industria metalúrgica en la época helenística es tan poco conocida como la de la cerámica. Es cierto *a priori* que el mundo helenístico hizo cuanto pudo por

---

* *De mirab. auscult.*, 48.

obtener el máximo producto de las minas de que disponía, porque los metales tenían gran demanda y el suministro era insuficiente. Sus métodos de intensificar la producción de metales brutos son peculiares. No se hizo esfuerzo alguno por mejorar las condiciones del trabajo en las minas, ni por hacerlas más sanas y seguras para los trabajadores. El progreso en los ingenios técnicos fue lento. La única manera de aumentar el rendimiento era emplear grandes cantidades de trabajo barato. A penas se podía emplear mano de obra libre de una manera abundante en las minas antiguas, porque ningún hombre libre se suicidaría lentamente de esta manera. Así, pues, no nos sorprende que donde quiera que tenemos noticias de explotaciones de minas y canteras, encontramos esclavos y criminales, o a veces trabajo forzado de hombres libres empleados en la obra. Tal era el caso de las minas de oro nubias de los Tolomeos, en sus canteras y en la σανδαρακουργεῖα del Ponto, por un lado, y en las minas del Laurión y en las de la república romana en España, por otro. La producción masiva de metales no podía organizarse de otra manera. Sin duda, al lado de estas grandes empresas pudieron haber existido pozos aislados en los que trabajaban sus propietarios o arrendadores. Pero no tenemos testimonios directos de esto excepto en el Laurión. En ciertos casos algunas tribus pudieron haber realizado la extracción y fundición de menas de una manera primitiva. En algunos lugares este método pudo haberse desarrollado y perfeccionado, como, por ejemplo, en la región de los cálibes. Pero, por nuestras escasas fuentes, parece que la mina típica era la gran propiedad del Estado y en la que trabajaban en gran escala esclavos y criminales.

Una vez extraído y fundido el metal, pasaba a manos de los artesanos. Esperaríamos encontrar en las monarquías helenísticas una producción masiva de algunos artículos, en primer lugar armas defensivas y ofensivas. Es muy probable que en el imperio romano existieran y se distribuyeran en toda su extensión factorías para la manufactura de armas, de los distintos instrumentos empleados por los soldados, de máquinas y equipos militares para tropas y caballos. Puede admitirse que el mismo método, en menor cuantía, se adoptó para satisfacer las demandas de los ejércitos helenísticos. Referencias aisladas en nuestros textos literarios sugieren que Alejandro, durante su expedición, suministró armas defensivas y ofensivas a su ejército regular mientras que sus «aliados» y mercenarios tenían que procurarse

ellos mismos la satisfacción de sus necesidades en este terreno, excepto en casos de emergencia. Es probable que los soldados del ejército regular tolemaico, cuando se alistasen por primera vez, recibieran del rey su equipo militar. Después el equipo pasaba a ser propiedad particular (¿tenían que pagar por él?) y era legado por los soldados a sus hijos. Por supuesto, los mercenarios tenían que aportar su propio equipo. En caso de emergencia o de una guerra apurada, los arsenales reales podían proveer a los ejércitos movilizados de equipo uniforme de buena calidad y un número suficiente de máquinas militares. Así, por ejemplo, sabemos por Polibio (V, 64) que Sosibio y Agatocles, antes de Rafia, rearmaron a sus fuerzas completamente, dando a cada soldado «armas y equipos adecuados, sin tener en cuenta los que habían usado antes». Esto parece referirse principalmente a los mercenarios, pero hay toda la razón para suponer que el mismo sistema se aplicaba a los «macedonios» movilizados, y sin duda a los μάχιμοι egipcios. Sin embargo, ésta era una medida de emergencia, y Polibio la describe como tal. En general, los soldados, cuando se movilizaban para servicio de guarnición, o de policía, aparecían con sus uniformes y armas propios. Lo mismo puede decirse probablemente del ejército seléucida. Puedo recordar al lector el relato dado por Posidonio de la guerra entre Larisa y Apamea, en la que los soldados del ejército territorial sirio tomaron el campo con sus armas y cascos oxidados (171).

No hay duda, pues, de que los arsenales de todos los estados helenísticos —monarquías y ciudades— estaban bien equipados con armas y máquinas militares. Apiano*[1] menciona que Filadelfo almacenaba armas de reserva para 300.000 hombres. Ya he mencionado que aún se conservan las ruinas de los arsenales pergamenos*[2], y que eran famosos en el mundo antiguo los de Cícico, Sinope, Rodas y otras ciudades-estados grandes y ricas. El almacén de armas y máquinas tenía que ser completado y reparado de cuando en cuando. Por ello es probable que muchos metalúrgicos, carpinteros y especialistas en el trabajo del cuero estuvieran al servicio permanente de los estados helenísticos, mientras que en momentos de emergencia su número aumentaría considerablemente. En el Egipto tolemaico, como

*1 Apiano, *Prooem.*, 10.
*2 Nota 38 a este capítulo y lám. LXXI.

he indicado anteriormente, aunque nunca existió un monopolio estatal completo de la industria del metal, probablemente los metalúrgicos, lo mismo que los tejedores, pertenecían a los ἐπιπεπλεγμένοι ταῖς προσόδοις, donde se les registraba cuidadosamente y estaban obligados a dar prioridad a los pedidos del rey. En caso de emergencia, podían ser movilizados y obligados a trabajar para el Estado con gran facilidad. Una organización similar pudo haber existido en otras monarquías helenísticas, y pudieron haberse tomado medidas parecidas por las ciudades-estados griegas en caso de guerra. Sin embargo, en tiempo de paz no había producción masiva de equipos de guerra en el mundo helenístico, y eran fácilmente satisfechas las necesidades de los pequeños ejércitos movilizados. Puedo mencionar a este respecto que no se ha hecho ningún estudio sistemático del abundante material sobre los distintos tipos de equipo de guerra que empleaban los ejércitos helenísticos. Es un tema fascinante y prometedor que merece atención (véanse mis notas a las láminas XVII, XIX, XXXVII y LVII). Faltando este estudio, es difícil decir hasta qué punto el equipo de los ejércitos regulares helenísticos era uniforme y de tipo único* en comparación con el variado equipo de los soldados de las ciudades-estados griegas. Las estelas funerarias sidonias que representan mercenarios muestran una gran uniformidad en este aspecto.

El trabajo del metal estaba muy diversificado en la época prehelenística, tanto en Oriente como en Grecia, y siguió estándolo en el período que estudiamos. Había especialistas que se limitaban a la fabricación de un solo artículo. En la producción de objetos de metal más grandes, como candelabros y grandes estatuas de bronce, cooperarían varios especialistas. Sin embargo, no había nada nuevo en esta organización. Aunque no tenemos testimonios directos, la impresión general que se saca de nuestras fuentes de información es la de que el trabajo del metal se concentraba principalmente en pequeños talleres, en manos de artesanos individuales ayudados por sus familias, aprendices y unos cuantos esclavos. El producto de cada taller se vendía a los clientes, por regla general, en el mismo taller. Comúnmente, la organización era la misma que predominaba, por ejemplo, en la industria del calzado, tal como la describe Herondas (mimo VII,

* Por supuesto, los contingentes de tropas «aliadas» en el reino seléucida iban armados cada uno a su manera.

Σκυτεύς), o en los tipos de industria bien ilustrados en Pompeya y Herculano. Pudieron haber existido empresas mayores, con más obreros, como existían antes en Atenas, pero sin duda eran excepciones. Para comprar objetos de metal, el cliente iba directamente al productor. Puedo recordar lo que dije sobre los talleres de Menfis y los modelos de bronce hallados en el taller en Galjub*, Egipto. Una parte de la producción del artesano podían comprarla los mercaderes y venderla a los clientes de los países extranjeros o de las grandes ciudades del mismo país.

Industria textil. La industria textil alcanzó un alto estado de perfección en el mundo antiguo, mucho antes del período helenístico. Por lo que a Egipto se refiere, tenemos testimonio de esto en varios ejemplares de tejidos de lino hallados en las tumbas de la época faraónica, y estamos familiarizados con los métodos técnicos de su producción por numerosos bajorrelieves pintados, pinturas y modelos que representan tejedores trabajando. No fue Babilonia menos famosa que Egipto por sus tejidos de lana y lino, ni Persia cedió a Babilonia. Apenas necesito recordar los tejidos teñidos de Fenicia y la famosa y floreciente industria textil de Chipre y Asia Menor, especialmente Frigia y Lidia, países de los cuales fue tomada y desarrollada por varias ciudades griegas de la costa anatólica, notablemente Mileto, y del continente anatólico. En Grecia la industria textil no estaba menos extendida, pero era técnicamente menos perfecta. Eran famosos algunos centros de producción. Puedo mencionar los productos fabricados con la llamada seda salvaje en Cos y acaso también en Amorgos (véase nota 108).

La primacía de la industria textil perteneció por completo al Oriente Próximo, tanto en la época prehelenística como en la helenística. Así, por ejemplo, por lo que se refiere al primer período, una comparación de los fragmentos de los siglos V y IV antes de J. C. hallados en el sur de Rusia con los productos egipcios de época ligeramente anterior, es completamente favorable a Egipto (172).

Nuestra información sobre la industria textil en la época helenística es muy defectuosa. Para este período no tenemos representaciones de tejedores trabajando, parecidas a las pinturas en los vasos de la Grecia clásica o a los de época romana, especialmente las pinturas de Pompeya y los bajorrelieves funerarios

* Cap. IV, notas 169 y 173.

de las provincias romanas. Tampoco se han encontrado en las ruinas de las ciudades helenísticas restos de establecimientos dedicados a la producción de tejidos similares a los de Pompeya, Herculano y otras ciudades del imperio romano. Finalmente, mientras conocemos fragmentos de materiales de lana, lino e incluso algodón y seda de la época faraónica, griega clásica y romana, nunca se han encontrado productos de la época helenística. La única excepción son los tejidos de lana hallados en Noin-Ula, Mongolia, que aunque su fecha es hacia comienzos de la era cristiana, sin duda representan tradiciones helenísticas o de Siria, como me inclino a creer, o del sur de Rusia (173).

En estas circunstancias es imposible decir qué progresos se hicieron en la época helenística en la industria textil. Proyectaría luz sobre el problema una cuidadosa investigación y comparación de los tejidos de distinta fecha en diferentes lugares, tales como los productos egipcios de época faraónica, los ejemplares de tejidos de lana griegos hallados en el sur de Rusia (de calidad corriente y refinada), incluso los numerosos productos de época romana hallados principalmente en Egipto (los llamados tejidos coptos), Mesopotamia y Siria (en Dura-Europos, Palmira, Halibiyeh), Asia central (en Mongolia, montes Altai y Lu Lan) sur de Rusia y también en Italia y en las provincias occidentales. Pero nunca se hizo este análisis comparativo (174).

La impresión general producida por el pobre material de que disponemos sugiere que el hilado, tejido, limpiado, teñido, estampado, blanqueo y confección se hacían, en la época helenística, en Egipto y las monarquías asiáticas y Grecia, por los mismos métodos y con los mismos instrumentos que en la época prehelenística. Sin embargo, en la época helenística se introdujeron algunas novedades en el oficio textil de Occidente. Podemos suponer que la unidad del mundo helenístico favoreció la transmisión de algunos métodos orientales mejorados a los países helenísticos occidentales y septentrionales. En Egipto, por ejemplo, se empleaban telares de distintos tipos. El telar horizontal se conocía desde tiempo inmemorial; después, durante el Imperio Nuevo, empezó a usarse el telar vertical para la producción de tejidos más finos del tipo gobelino. Este telar vertical se mejoró poco a poco y se adaptó cada vez mejor al tejido de los productos más finos. En Grecia parece que el telar horizontal fue completamente desconocido y que predominó el telar vertical. Durante mucho tiempo conservó su forma primitiva, heredada de la época

prehistórica. En los vasos griegos del siglo V a. de J. C., nuestra única fuente de información, sólo se representan telares de este tipo. Pero en algún momento entre el siglo V a. de J. C. y comienzos del imperio romano, el telar vertical de tipo egipcio (y quizá también el horizontal) aparecieron en Grecia e Italia. Se puede suponer que éste fue el resultado de la interpenetración técnica de las dos partes del mundo antiguo en la época helenística (175).

Algunas otras innovaciones pueden adscribirse a la época helenística y atribuirse a los progresos de la ciencia helenística, como, por ejemplo, la prensa de tejidos conocida por una pintura de Pompeya y un ejemplar bien conservado hallado en Herculano. Teniendo en cuenta que se funda, como la prensa de vino y la de aceite de hacia la misma época, en el empleo del tornillo de Arquímedes, no puede ser anterior al siglo III a. de J. C. Pero puede ser muy posterior.

La época helenística dedicó gran atención al problema del teñido en general y al de los tejidos en particular. Nuestra información sobre este punto es de un carácter muy particular. Un filósofo muy conocido, escritor y enciclopedista de principios del siglo II a. de J. C., Bolo Demócrito, de Mendes, un greco-egipcio a quien ya he mencionado antes en relación a sus *Geórgicas,* compuso varios libros sobre el teñido, quizá como una parte de su gran Enciclopedia. El título exacto de su obra es desconocido: Φυσικαὶ βαφαί, Βίβλοι φυσικῶν βαφῶν o Βαφικά. Estos libros tuvieron un destino interesante. Fueron muy empleados por un tal Anaxilao de Larisa (siglo I d. de J. C.), filósofo y mago, autor de un libro parecido en contenido al de Bolo y que en época posterior probablemente fueron excerptados para distintos fines. Finalmente dieron origen a la famosa seudociencia de la alquimia, que empezó a desarrollarse en los siglos II y III d. de J. C.

Podemos formarnos una idea del contenido de los Βαφικά de Bolo por un libro con excerptas de ellos (del siglo III de la era cristiana) hallado en Egipto en dos fragmentos, uno de ellos ahora en Leyden *(P. Leid., X),* otro en Uppsala *(P. Holmiensis),* y por los tratados de alquimia de distintas clases. Éstos sugieren que una buena parte de la obra de Bolo consistía en recetas para la imitación del oro y la plata, las perlas, las piedras preciosas y los tejidos de púrpura. No puedo entrar aquí en la cuestión, muy debatida, de los fines de la Βαφικά y de las excerptas en cuestión. Es probable que Bolo reuniese experimen-

tos del proceso de teñido realizados por los βαφεῖς profesionales en Egipto, y que él mismo, con ayuda de sus discípulos y colegas, hiciese experimentos del mismo tipo, principalmente para mejorar e ilustrar el principio básico de su credo (era un neopitagórico) de la simpatía y antipatía cósmicas: «Una naturaleza goza de la otra, una naturaleza viola a la otra, y una naturaleza conquista a la otra*[1].» Por otra parte, el autor de las recetas del siglo III pudo haber tenido un fin puramente práctico: compilar un vademécum para la imitación de materias preciosas (176).

Sin embargo, sea de ello lo que fuere, las recetas de Bolo y de sus excerptadores, aunque no de mucho valor técnico*[2] (177), y las notas de Plinio sobre el teñido de telas, en parte sacadas de Bolo Demócrito*[3], indican que existía alguna actividad en el oficio textil, especialmente en el del teñido, en la época helenística; que se realizaban distintos experimentos y que había una tendencia a crear una rama de conocimiento más o menos parecida a nuestra química aplicada*[4]. El sentido de esta actividad es característico de la época. La tarea principal era producir, como en la cerámica, sustitutivos baratos de los productos costosos inaccesibles a los pequeños burgueses que, como he dicho, tenían grandes pretensiones, pero poco dinero. A ellos era a quienes los «químicos» ofrecían sus diferentes «sustitutivos»: oro sintético, vidrios de colores y piedras baratas simulando piedras preciosas, perlas de imitación y sustitutivos baratos de tejidos de púrpura (178).

Lo poco que sabemos sobre la industria textil en la época helenística, aparte los datos anteriormente expuestos, muestra que prosperó en el nuevo mundo y continuó fabricando excelentes productos. Nuestra información se refiere, naturalmente, a productos excepcionales, principalmente mercancías de lujo; bastará mencionar la popularidad de las alfombras babilonias y egipcias en Roma en la época imperial*[5], heredada de la época

---

*[1] ἡ φύσις τῇ φύσει τέρπεται καὶ ἡ φύσις τὴν φύσιν κρατεῖ καὶ ἡ φύσις τὴν φύσιν νικᾷ, H. Diels, *Fr. d. Vorsokr.*, II, 3.ª ed., 131, 6 y sig.

*[2] R. Pfister cree que la mayoría de ellos no son utilizables y que los tintes recomendados para los tejidos son muy pobres.

*[3] Plinio, *N. H.*, IX, 125 y sigs., XIX, 47.

*[4] En nuestros textos antiguos se le llama χημεία o χυμεία; se discute el significado de estos términos.

*[5] Marcial, XIV, 150: «haec tibi Memphitis tellus dat munera: victa est pectine Niliaco iam Babylonos acus»; cf. II, 16, 3.

helenística. Puedo volver a citar *exempli causa* la minuciosa descripción que da Calixeno de las alfombras de la tienda en el banquete de Filadelfo*[1], donde al lado de elegantes artículos locales se exponían los de Fenicia y Persia, y puedo recordar al lector los conocidos *beluata tonsilia tapetia* alejandrinos de Plauto*[2].

A los antiguos centros de producción se añadieron otros nuevos. Sólo he de mencionar las *aulaea**[3] y *vestes* de Pérgamo, todas nombradas por el nombre de Átalo (véase cap. IV, págs. 528 y sigs.).

Es evidente que los talleres alejandrinos babilonios, borsipanos*[4], fenicios y anatolios continuaron su producción según los mismos principios que antes. Su técnica siguió siendo la misma, pero modificaron los diseños y ornamentación de los productos que fabricaban, para adaptarse al gusto de sus nuevos clientes. He citado y en ciertas ocasiones he reproducido*[5] algunas pinturas y mosaicos de Alejandría, Siria y Pérgamo que dan una idea exacta del aspecto de los productos de sus telares. Una breve ojeada mostrará lo profundamente que se han helenizado. Puedo mencionar otra vez las «túnicas bordadas de oro y las capas lujosas, algunas de las cuales llevan bordadas retratos de los reyes, y otras, escenas míticas*[6]», ostentadas por Filadelfo (véase cap. IV, notas 177-179).

Pero al lado de mercancías de lujo, de cuando en cuando tenemos noticia de la manufactura y exportación de artículos de vestir corrientes. A este respecto es interesante una nota casual de Teofrasto*[7]. Hablando del yeso, dice que un barco que llevaba yeso y un cargamento de *himatia* se incendió cuando este último se empapó de agua.

Pero no debemos exagerar la extensión de la producción de tejidos para el mercado en el mundo helenístico. Debemos tener en cuenta que en este campo, más que en el de la cerámica y la metalurgia, la industria doméstica competía con los artesanos profesionales que trabajaban en *ergasteria* grandes o pequeños.

---

*[1] Ateneo, V, 196 y 197.

*[2] Planto, *Ps.*, I, 2, 14.

*[3] Plinio, *N. H.*, VIII, 196; Propertio, II, 32, 12; *tori*, ibíd., 13, 22.

*[4] Tejidos de lino: Estrabón, XVI, 7, pág. 739.

*[5] Págs. 367 y sigs. y láms. XXXV, XLVI, LXXIV y LXXXIX.

*[6] χιτῶνες χρυσοϋφεῖς ἐφαπτίδες τε κάλλισται, τινὲς μὲν εἰκόνας ἔχουσαι τῶν βασιλέων ἐνυφασμένας, αἱ δὲ μυθικὰς διαθέσεις, Calixeno, en Ateneo, V, 196 y sig.

*[7] Teofrasto, *Lap.*, 68.

Es evidente que en las ciudades griegas las mujeres de la casa y las esclavas domésticas, especialmente en las familias burguesas, se ocupaban activamente en surtir la casa de telas corrientes baratas. El ejemplo clásico es el de Gorgo en las *Adoniazusae* de Teócrito (v. 18 y sig., donde el marido trae a casa cinco πόκοι de lana inservible). Lo mismo puede decirse de las casas más grandes y ricas. Las numerosas esclavas trabajaban sin cesar. Por supuesto, no ocurría lo mismo con el proletariado, que probablemente compraba, principalmente en el mercado, lo poco que necesitaba. Los artículos de lujo, naturalmente, se compraban en las tiendas, y en parte se importaban, como sabemos por Menandro. También se compraban en el mercado las materias primas, teñidas y sin teñir, para hilarlas y tejerlas en las casas. En las casas particulares no muy ricas tampoco era posible cardar ni prensar las telas, ni teñirlas. Esto requería un tratamiento especial y alguna maquinaria, como se ve claramente en las numerosas *fullonicae* de Pompeya. Lo mismo puede decirse de los accesorios de las camas y lechos, como colchones, almohadas y colchas, que conocemos por los lechos pintados de la Alejandría helenística y por la correspondencia de Zenón (véanse págs. 367 y siguientes).

En estas condiciones, difícilmente podemos hablar de una producción masiva en el campo de la industria textil. Indudablemente, el oficio estaba más diversificado y especializado que antes, como puede suponerse por los numerosos términos nuevos empleados para describir las distintas clases de obreros textiles, términos que han recogido y ordenado Blümner, Chvostov y Heichelheim. Esto denota que los talleres desempeñaron un papel más importante que antes en la producción de tejidos, pero no implica una producción en masa muy especializada. Puedo citar un ejemplo. En el *Teb.*, 703, líns. 91 y sigs., se supone que los tejedores (ὑφάνται o λίνυφοι) también bordan o hacen telas con adornos de colores incrustados o figuras (ποικιλία), y son, por consiguiente, al mismo tiempo ποικιλεῖς o ποικιλταί (bordadores). Las fuentes, en conjunto, hacen más que probable que en Grecia la forma típica de producción fuese el artesanado, que trabajaba en *ergasteria* más o menos importantes, con aprendices, jornaleros y esclavos, mientras que eran desconocidas las grandes factorías. Incluso en lugares donde se producían tipos especiales de telas, como, por ejemplo, las telas de seda de Cos, no tenemos testimonio de la existencia de algo parecido a factorías.

La situación no era muy distinta en las monarquías helenísticas. Es muy de lamentar que no sepamos nada de la organización de la industria de Pérgamo por los atálidas. Es cierto que se empleaba mucho el trabajo de los esclavos, especialmente mujeres, pero esto es todo lo que sabemos. La misma observación vale para el *testrinum* de Alejandría (cap. IV, nota 332).

Sobre Egipto tenemos más información. La organización de la industria textil en la χώρα, tal como nos la presentan varios documentos, certifica que los fabricantes de algunas especialidades textiles eran pequeños artesanos que residían en sus propias casas y poseían sus herramientas. No se menciona la concentración de obreros en las grandes *ergasteria* con muchos telares y perfeccionada maquinaria. Un pasaje de *Teb.*, 703, líns. 99 y siguientes, indica que el lavado se hacía también por λινεψοί en sus propios establecimientos (ἑψητήρια), y que el aceite *kiki* y el nitro eran suministrados por el gobierno. Estos artesanos, distribuidos por todo Egipto, trabajaban en parte para el rey, y ejecutaban sus pedidos especiales. Pero también pudieron haber trabajado para el mercado. No sabemos si la producción de tejidos de lino era tolerada por los reyes. Ya he dicho que la situación pudo haber sido distinta en la industria de la lana, que ofrecía más oportunidades para la producción casera. Paralelamente a los artesanos de la χώρα y los *ergasteria* reales y pequeños artesanos de Alejandría*, los templos aún producían tejidos de lino, probablemente en grandes cantidades, para uso de los dioses, los sacerdotes, la población del templo mismo y los fundos del templo, y quizá para los muertos, es decir, las momias. Aparte de ciertos hechos en sus relaciones con la corona como productores de tejidos, conocemos muy poco de la organización de la industria textil en los templos. Pero es razonable suponer que no era muy distinta de la que predominaba en la χώρα en general.

A este respecto, los *doreai* se parecían a los templos. Es cierto que algunos tejidos eran fabricados por artesanos que residían en sus fundos y trabajaban para sus propietarios. Pero la relación de estos artesanos con los propietarios de los *doreai* y con el gobierno, el tipo y el montante de su producción y su destino, tanto para uso de los propietarios y del personal de su οἶκος solamente, o para venderla en el mercado público, también sigue

* A los últimos se les menciona varias veces en los papiros de Abusir, *B. G. U.*, IV.

siendo tema de controversia. Las fuentes, recientemente muy acrecentadas, siguen siendo inconcluyentes y pueden interpretarse de distinto modo. Me parece muy problemática la existencia de grandes factorías en los *doreai* administradas por los propietarios y sus ayudantes, según me inclinaba a suponer en mi *Large Estate* (véase cap. IV, nota 169).

El somero resumen que he dado del desarrollo de las tres industrias básicas —cerámica, metalurgia e industria textil— en la época helenística, permitirá al lector de este breve sumario ver los rasgos principales de la industria helenística en general: su lento progreso técnico y su limitada producción, que nunca alcanzó el estado de producción masiva concentrado en unos cuantos centros industriales. Las causas de estas limitaciones han de encontrarse principalmente, por un lado, en la producción local de mercancías manufacturadas y la detención del proceso de desarrollo de los grandes centros industriales, y por otro en la baja capacidad adquisitiva del restringido número de clientes. Una enumeración de las escasas fuentes que poseemos sobre el desarrollo de otras ramas industriales difícilmente añadiría nada nuevo al cuadro que he trazado.

Sin embargo, debo añadir que las características anteriormente descritas no se aplican a dos ramas importantes de la industria helenística en las cuales el progreso técnico fue mucho más rápido y los resultados mucho más notables. Me refiero a la industria de la construcción y a la industria militar, esfera de acción de arquitectos e ingenieros.

Industria de la construcción e industria militar. He mencionado con frecuencia que la actividad constructiva fue muy activa en el mundo helenístico. Mientras en la Grecia continental se añadió poco a los edificios existentes en la mayoría de las principales ciudades, y este poco se debió sobre todo a la munificencia de los donantes ricos, especialmente los reyes de la época del equilibrio de potencias, en las principales islas, las grandes ciudades comerciales de las costas de Asia Menor, los Estrechos y la Propóntide se llevaron a cabo grandes construcciones. El grado de actividad desplegado dependía de las condiciones políticas cambiantes de la época, como demuestran las fuentes que he aducido. Ya he mencionado la reconstrucción de grandes y pequeños puertos (véase nota 8), el replanteo y la reconstrucción de Mileto, Éfeso y Esmirna, la gran actividad constructiva que reinó en estas ciudades a principio y final de la época helenística.

Lo mismo sucedió en las ciudades menos importantes de las islas y Asia Menor.

A este respecto puedo mencionar que la descripción que da Vitruvio (VI, cap. 7) de una casa particular griega de aspecto palacial se refiere claramente a casas típicas de las grandes ciudades comerciales de las islas y Asia Menor (mejor conocidas en Delos), y puedo añadir los nombres de algunas habitaciones impresionantes en tales casas, que, como dice el mismo autor, todas se derivan de las principales ciudades comerciales de la Grecia continental, las islas, Asia Menor y Egipto. Tales son el *atrium**[1] corintio; las distintas salas y comedores denominadas οἶκοι, es decir, los οἶκοι*[2], corintio, egipcio (esto es, alejandrino), y ciciceno, el *triclinium**[3] ciciceno, el peristilo*[4] rodio (179).

Aún más espectacular fue el celo demostrado en este sentido por los reyes helenísticos. Construyeron en todas las partes de sus dominios, a principios de la época helenística, nuevas ciudades, todas ellas fortificadas según los más modernos principios; en Macedonia, en los reinos anatólicos, en la Siria seléucida, Mesopotamia y Asia Menor y en el Egipto tolemaico. Algunas —capitales de las nuevas monarquías y otras grandes ciudades— se desarrollaron en centros grandes, hermosos y bien planificados de vida urbana, y crecieron continuamente en dimensiones y esplendor. En las capitales se levantaron palacios reales cuya magnificencia tenía su rival en la de los santuarios, edificios públicos y villas suburbanas impresionantes. De cuando en cuando, los reyes erigían espléndidas construcciones temporales para celebraciones impresionantes y manifestaciones de su poder (lámina XLIX, 2). Además construyeron en todo el mundo helenístico esplendorosos mausoleos para sí y sus antepasados, al estilo del mausoleo de Halicarnaso. Como ejemplo, no tengo más que mencionar el mausoleo de Alejandro y los Tolomeos en Alejandría, el monumento funerario de los seléucidas cerca de Antioquía y el de Antioco II cerca de Éfeso (Behlevi) (lám. LII, 1), y el altar mayestático de la dinastía de Comagene. No contentos con construir nuevos templos y ciudades, los reyes helenísticos se aplicaron a reconstruir los que ya existían, en su mayoría se-

---

*[1] Vitruvio, VI, 3, 1.
*[2] Íd., VI, 3, 9 y sig.
*[3] Íd., VI, 7, 3.
*[4] Ibídem.

gún el modelo griego. He citado muchos casos de éstos: por ejemplo, Damasco.

Al mismo tiempo que se ocupaban en construir, los reyes y las ciudades griegas también se dedicaban (como he dicho) a mejorar el sistema de carreteras de sus territorios y a hacer la vida fácil y confortable en las ciudades, manteniendo las calles en buen estado, construyendo excelentes acueductos y diseñando eficientes sistemas de saneamiento. Pero nos queda muy poco de lo que hicieron. El imperio romano, con sus construcciones aún más grandiosas, dejó atrás la mayoría de las realizaciones de la época helenística. Pero lo poco que sobrevive y las fuentes literarias y epigráficas sobre lo que ha desaparecido nos permiten entrever la febril actividad constructiva que reinó en todo el mundo helenístico, casi sin interrupción, pero que variaba según los lugares, de acuerdo con las vicisitudes políticas. Puedo aducir dos ejemplos: la historia de la construcción de Filadelfia, la modesta aldea del Fayum, tal como se refleja en la correspondencia de Zenón, y la conocida historia de Pérgamo y su gran acra real. No se debe pasar por alto la importancia económica de esta actividad. Cientos de arquitectos (término en el que los antiguos incluían a los ingenieros) y miles —probablemente decenas de miles— de obreros especializados y sin especializar trabajaban para las ciudades y los reyes. Tenemos algunas referencias sobre este punto en las fuentes literarias y en las inscripciones de Mileto y Delos. Se gastaron sumas inmensas en trabajo y materiales de construcción. La explotación de minas, canteras y bosques; la industria del metal, la carpintería, el trabajo de escultores, pintores y musivarios, etc., todos fueron estimulados por ella.

Lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis*, de la industria de la guerra en la época helenística. Los reyes helenísticos lucharon sin cesar por la hegemonía o la independencia; las ciudades griegas independientes hicieron enormes esfuerzos por conservar su libertad política. El éxito no sólo dependía de los contingentes humanos, del adiestramiento militar de los ejércitos y del caudillaje inteligente; estaba estrechamente vinculado también a la mejora del aspecto técnico de la guerra, y a la adopción de nuevos ingenios en el arte militar. Puedo recordar el papel de los elefantes en los ejércitos helenísticos, los «tanques» de la antigüedad; la resurrección por los seléucidas de los «carros acorazados», carros de guerra con hoces; la incorporación a la

caballería de los jinetes acorazados, catafractarios, tomados de los persas por los seléucidas. Estas innovaciones fueron acompañadas por esfuerzos en mejorar las armas ofensivas y defensivas, y especialmente por perfeccionar todo lo posible las máquinas de sitio y la artillería heredadas de sus predecesores. Todo esto estimulaba a la industria de guerra. El dinero se gastaba con tanta prodigalidad en los preparativos de guerra como en la construcción. Decenas de ingenieros militares se ocupaban en diseñar y construir nuevos tipos de máquinas militares, y se empleaban muchos obreros para este fin. Lo mismo puede decirse también, *mutatis mutandis,* de las marinas de la época.

Naturalmente, los reyes y las ciudades hacían todo lo posible por asegurarse los servicios de los mejores especialistas disponibles, y no dudaron en remunerarlos de acuerdo con ello. Esto estimulaba a los «arquitectos», que rivalizaban entre sí en la invención de ingenios siempre nuevos y en la construcción de máquinas cada vez más eficaces. A este respecto, es muy instructiva la historia del sitio de Rodas por Demetrio Poliorcetes, tal como la refiere Vitruvio. Cuenta la competición durante el sitio entre Calias de Árados y Diogneto de Rodas, arquitecto de la ciudad, «que recibía del Estado como honorarios un salario fijo proporcionado a su capacidad profesional*». Calias derrotó temporalmente a su rival y consiguió su puesto en la ciudad mostrando en un concurso público un nuevo tipo de grúa destinado a coger las máquinas de sitio del enemigo y transportarlas al interior de la ciudad.

Por ello no es sorprendente que las dos profesiones de arquitecto e ingeniero y sus representantes ocupasen una posición especial entre los demás oficios y oficiales, y que existiera una colaboración mucho más estrecha entre ciencia y técnica en estos oficios que en otras ramas de la industria, y que los progresos en sus inventos técnicos fuesen más rápidos y continuos. Podemos decir algo sobre estos tres puntos.

Un vivo retrato del arquitecto e ingeniero ideal es el que trazó Vitruvio, uno de los más grandes hombres de estas profesiones. Fue contemporáneo de las guerras civiles romanas, y a su vejez, después de una larga vida dedicada a la arquitectura y la ingeniería prácticas al servicio del Estado, escribió sus libros sobre arquitectura y los dedicó a Cayo César (Augusto), proba-

---

* Vitruvio, X, 16, 3 y sig.

blemente algo antes de 27 a. de J. C. En su obra da un nivel muy alto para el hombre de su oficio, tan alto como el que su contemporáneo Cicerón señalaba para un orador. Según Vitruvio, un arquitecto, además de una amplia experiencia en su oficio, debe poseer una buena formación general y especialmente un interés grande por ciertas ramas de la ciencia estrechamente relacionadas con su profesión. Éstas eran, según él, la filosofía, el derecho, las ciencias exactas, principalmente matemáticas, mecánica, astronomía, física y medicina. Además exigía al arquitecto ideal un alto nivel moral y un elevado concepto de su tarea.

¿Era este arquitecto ideal de Vitruvio una creación de la imaginación de su autor, y la posición social de un arquitecto, de hecho, era mucho más baja de lo que nos llevaría a suponer? Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente me inclino a pensar que, de hecho, la profesión de arquitecto era considerada mucho más elevada que la del artesano ordinario, y que su responsabilidad y las cualidades que se le exigían eran, en consecuencia, de un nivel muy diferente. Además, opino que Vitruvio no creó este cuadro del arquitecto ideal, sino que lo heredó de la época helenística; en otras palabras, creo que la profesión de arquitecto tenía una categoría tan alta en la época helenística como en la romana.

Uno de los rasgos más salientes del cuadro trazado por Vitruvio es su insistencia en una armoniosa cooperación en el ejercicio de las funciones del arquitecto, entre ciencia y conocimiento de una parte, y su oficio práctico de otra. También esto lo considero tomado de sus predecesores helenísticos. En la época helenística esta cooperación era un hecho y no un *pium desiderium*. Debemos recordar que muchos de los grandes científicos de esta época eran al mismo tiempo ingeniosos inventores de distintas máquinas, la mayoría diseñadas para emplearlas en la construcción y en la ingeniería militar. No tengo más que mencionar los nombres de unos cuantos hombres destacados en este campo: Ctesibio de Alejandría, contemporáneo de Filadelfo; su sucesor y contemporáneo Filón de Bizancio, y Arquímedes de Siracusa, uno de los más grandes matemáticos de todos los tiempos. Con su investigación teórica prepararon el terreno para la invención de nuevas máquinas y la mejora de las antiguas. Pero también eran inventores. Sus estudios teóricos en el campo de la mecánica, de la presión del aire, del vapor, los llevaron a la construcción de distintos ingenios, algunos de los cuales nunca

pasaron del estado de proyecto, mientras otros prestaron grandes servicios a sus contemporáneos y a la posteridad: además de las máquinas de sitio y otras de tipo militar, podemos mencionar el tornillo de Arquímedes, adaptado a distintos fines (ya descritos), la bomba impelente, el reloj de agua, el órgano de agua, el hodómetro, autómatas de distintas clases, etc.

La tradición creada por estos grandes científicos se conservó viva por sus contemporáneos y sucesores, algunos de los cuales fueron constructores profesionales de máquinas, y arquitectos. A la época helenística pertenece sin duda Bitón de Pérgamo, constructor de catapultas y contemporáneo de Átalo I; mientras que Herón de Alejandría, Vitruvio, Ateneo y Apolodoro vivieron en la época del imperio romano (las fechas de Herón y Ateneo son disputadas) (180).

Los arquitectos e ingenieros eran muy populares en el mundo helenístico. No sólo gozaron de la protección del Estado, sino que fueron estimulados por un constante contacto con la ciencia teórica, se los empleó en grandes construcciones (algunas de ellas incluidas entre las «maravillas del mundo») y estuvieron relacionados con sucesos espectaculares y famosos. Muchos se preocuparon de asegurarse la eternidad de su fama describiendo sus realizaciones en sus propios escritos.

Sobre los arquitectos propiamente dichos, Vitruvio, en su libro VII (Prefacio, 11 y sigs.), enumera veinticuatro autores de las épocas clásica y helenística, cuyas obras leyó y empleó. Todos eran arquitectos prácticos. La mayoría describieron sus edificios célebres, algunos trataron del arte, de la arquitectura en general y de algunas cuestiones teóricas. Los mejor conocidos de la época helenística son Piteo (a fines del siglo IV antes de J. C.) y Hermógenes (siglo II a. de J. C.*[1]), ambos relacionados con famosas construcciones de Asia Menor, conservadas en parte.

Algunos otros grandes arquitectos no fueron escritores. Sin embargo, sus nombres eran muy conocidos y recordados en la literatura y documentos contemporáneos. Tales fueron, por ejemplo, los dos grandes arquitectos relacionados con la primera época de Alejandría: Deinócrates, que planeó la ciudad, y Sóstrato, que construyó su famoso faro*[2]. Puedo añadir a Arquías

---

*[1] Véanse págs. 174 y 899.
*[2] Véase pág. 384, fig. 3.

de Corinto, ingenioso constructor del barco gigante *Siracosia-Alexandris* de Hierón II, que realizó su obra bajo la inspección de Arquímedes*[1]. Pero no han llegado a nosotros los nombres de muchos grandes arquitectos cuyas obras conocemos y admiramos, como los de quienes planearon los cientos de nuevas ciudades del mundo helenístico, y los de aquellos que cubrieron el acra de Pérgamo con nobles construcciones y erigieron otros grandes edificios en Asia Menor.

No eran menos famosos los ingenieros militares. Algunos de éstos fueron también escritores, y he nombrado antes aquellos cuyas obras nos quedan. A ellos puedo añadir los doce autores de obras tituladas περὶ μηχανημάτων, enumerados por Vitruvio en su libro VII. Todos fueron ingenieros prácticos famosos. De algunos trata Vitruvio con gran pormenor en su historia de la ingeniería militar (libro, X), y sus nombres reaparecen en el llamado *Laterculi Alexandrini* (181). Éstos están en su mayor parte relacionados con los famosos sitios de la época helenística: los de Bizancio por Filipo (Polieido), de Tiro y otras ciudades fortificadas por Alejandro (Diades y Carias*[2]), de Rodas por Demetrio Poliorcetes (Diogneto y Calias por parte de Rodas, Epímaco y Epícrates (?) por la de Demetrio), de Cíos, de Apolonia (Trifón), de Masalia*[3]. Pero también aquí, ¡cuántos nombres de ingenieros eminentes desconocemos, aunque conocemos sus obras! Puedo citar como ejemplo los bellos acueductos de varias ciudades griegas, de los que el mejor conocido y mejor estudiado es el acueducto recién excavado de Pérgamo (182).

No puedo entrar en un análisis de las realizaciones técnicas de los arquitectos e ingenieros helenísticos. Esto lo han hecho repetidas veces competentes eruditos modernos, cuyas conclusiones no puedo exponer inteligentemente por falta de conocimiento especial de la mecánica. Las facilidades técnicas a disposición de los antiguos ingenieros y arquitectos no eran muy numerosas. La presión del vapor, aunque conocida teóricamente, nunca fue utilizada en las máquinas que construían, y la presión atmosférica muy pocas veces. Se desconocía la electricidad. Sin embargo, por la combinación inteligente de palanca, balanza, barra, cabria, rodillo, ruedas (incluyendo la dentada y la de pedal), polea,

---

*[1] Ateneo, V, 206 *d* y sigs.
*[2] Vitruvio, X, 13, 1 y sigs.
*[3] Ibíd., X, 16, 1 y sigs.

tornillo, plano inclinado, cabrestante, etc., lograron, por intuición y cálculo, notables resultados.

También es interesante anotar la gran diferencia entre las profesiones de ingeniería constructiva y militar y las otras τέχναι anteriormente expuestas. Mientras en la ingeniería constructiva y militar, la combinación de ciencia y τέχνη se daba por supuesta y producía notables resultados, en las demás profesiones era la experiencia, y no los experimentos científicamente realizados, la que gobernaba la práctica. Basta comparar la actitud de Varrón ante los comienzos de la agricultura científica, representada por las obras de Teofrasto, con la de su contemporáneo Vitruvio ante la mecánica teórica, aunque quizá pudieran haber estado de completo acuerdo en cuanto a la arquitectura. ¿Hemos de atribuir esta diferencia al brillante progreso hecho por la mecánica teórica en la época helenística, mientras que la ciencia biológica, estéril, era abandonada después de la época de Teofrasto, y no había aún nacido la química? ¿O hemos de suponer que la mecánica era estimulada por la demanda de métodos más perfeccionados en la construcción y la ingeniería, mientras no había incentivos parecidos en el campo de la agricultura y la industria? Las mejoras técnicas modernas en la agricultura y la industria se deben a la demanda cada vez mayor de productos agrícolas y la consiguiente necesidad de producción masiva. He mostrado anteriormente que en el mundo helenístico no se observa este aumento del consumo. Tampoco el problema de la mano de obra fue realmente agudo. Había suficiente mano de obra barata, de hombres libres, siervos y esclavos, con algunas excepciones locales. No era la esclavitud la que la hacía abundante y barata. Eran las condiciones generales de la clase trabajadora, tales como las he descrito en páginas anteriores. En estas condiciones no se sentía necesidad urgente de maquinaria y otras mejoras técnicas en la agricultura y la industria. La producción, aunque primitiva y limitada, satisfacía las necesidades de la población y producía una compensación satisfactoria a los productores. No tenemos noticia de superproducción o de competencia en la agricultura y la industria durante la época helenística. Pero, como hemos visto, la situación era muy diferente en la construcción y la ingeniería. Aquí la demanda era activa y creciente, y la competencia muy dura (183).

C) COMERCIO Y BANCA

Cuando hablamos del comercio del mundo helenístico (184), debemos distinguir entre dos tipos de comercio. Uno era el comercio interno del sistema helenístico de estado, tanto comercio local, comercio entre distintas partes de un mismo Estado, o comercio entre diferentes estados que pertenecían a este sistema. El otro era el del mundo helenístico con estados y regiones fuera de este sistema; a éste podemos denominarlo comercio exterior.

Por lo que se refiere al comercio exterior son precisas unas cuantas notas preliminares, porque el tema se entiende de distinta manera por los eruditos modernos. El comercio exterior más importante del mundo helenístico se efectuaba con los estados muy civilizados, vecinos por el Oriente y el Sur, y el Oeste. Todos eran políticamente independientes y todos tenían su religión, constitución, cultura y estructura social y económica peculiares. Por otro lado, todos estaban sujetos a la influencia helenística en distintos grados. Algunos eruditos modernos se inclinan por ello a incluir estos estados, especialmente desde un punto de vista económico, en el mundo helenístico, y a considerarlos a este respecto como partes constitutivas de él. Yo no comparto su punto de vista.

En mi opinión, el comercio con la India, Partia y los estados árabes del Sur era para el mundo helenístico comercio exterior no menos que el comercio con los ilirios, tracios, celtas, sármatas y escitas en Europa, o con los libios, nubios y etíopes en África. Era un comercio con estados y naciones de una cultura y estructura política económica y social completamente diferentes, aunque más o menos helenizados.

Algo diferentes y excepcionales eran las relaciones comerciales de los estados griegos helenísticos con los itálicos, sus vecinos y después sus amos. Mientras que en los siglos IV y III antes de J. C. las relaciones entre Italia y los estados griegos eran mucho menos estrechas de lo que habían sido, y la estructura económica de Italia se diferenciaba aún más de la del mundo griego helenístico, en los siglos II y I a. de J. C., Italia, aunque conservó su estructura económica y social peculiar y originaria, reformó algunas ramas de su economía según modelos helenísticos, de tal modo que, en algunos aspectos, la organización económica itálica puede parecer al observador como algo helenístico. Pero esta reforma nunca llegó muy lejos ni afectó jamás

a los fundamentos tradicionales de la vida económica itálica. Por otra parte, la relación política entre Italia y el mundo helenístico se hizo cada vez más estrecha y cada vez fueron cayendo bajo el dominio directo de los magistrados romanos trozos y más trozos de territorio helenístico. En consecuencia, el mundo helenístico llegó a ser, poco a poco, desde el punto de vista político, una parte constitutiva del imperio romano, y los dos se vincularon por lazos económicos cada vez más estrechos. En esta época, pues, podemos considerar el comercio entre Italia y el mundo helenístico como un comercio dentro de un mismo sistema de estados de los que un estado era el protector y amo de los demás.

Además de distinguir entre comercio interno y exterior, podemos clasificarlo también según su carácter, organización y medios de transportes. Según esto, podemos subdividirlo en comercio marítimo, comercio terrestre y comercio fluvial. El más importante era el marítimo, en primer lugar en el Mediterráneo, y en segundo en el mar Negro, el golfo Pérsico y el mar Rojo. El comercio terrestre estaba mucho menos desarrollado. Su rama más considerable y peculiar era el comercio caravanero de Siria, Mesopotamia, Arabia y los países iranios. El comercio fluvial desempeñaba un papel menor y tenía casi exclusivamente un carácter local. De los ríos que tenían comercio, el más importante era el Nilo, vía principal para el comercio interno de Egipto y para las mercancías de la India, Arabia y África oriental en tránsito hacia el Mediterráneo. Parecido, aunque menos importante, era el papel del Éufrates. En el resto del mundo helenístico los ríos navegables eran escasos. El sistema de ríos centroeuropeos y rusos permanecía fuera del ámbito de los mercaderes helenísticos, aunque estos ríos se emplearan mucho para llevar mercancías a los mercados de algunas ciudades helenísticas.

Del desarrollo del comercio helenístico he tratado en los capítulos precedentes, donde he explicado su carácter y su importancia en la economía helenística. Las pocas páginas que le dedicaré aquí serán más de resumen y repetición que las que he dedicado a la agricultura y a la industria. Unas cuantas notas de carácter general sobre el alcance del comercio helenístico no estarán fuera de lugar.

La actividad del comercio en general y del comercio griego en particular aumentaron en la época helenística. A esto con-

tribuyeron muchos factores. He llamado la atención sobre la unidad del mundo helenístico, realizada por Alejandro y sus sucesores. Las vastas regiones del Oriente helenístico se conocieron mucho mejor y se hicieron mucho más fácilmente accesibles de lo que habían sido. La relación entre sus distintas partes, a pesar de las diferencias políticas entre ellas, fue más estrecha que en la época del imperio persa, principalmente a consecuencia de la superestructura griega uniforme que se extendió a todas. Esto mismo puede decirse del mundo helenístico en general y aún más de sus partes componentes, especialmente de aquella mezcla de naciones y civilizaciones que constituyeron el imperio seléucida. Se hicieron mucho más fáciles las relaciones mercantiles dentro de los distintos reinos helenísticos y entre ellos, no sólo por la mejora del sistema de caminos, sino también por la extensión general del empleo de la moneda como medio de cambio, a lo que contribuyó grandemente la moneda abundante, segura y uniforme en lo fundamental. Esto fue acompañado por la difusión en todo el mundo helenístico de una lengua común, la κοινή griega, que facilitó mucho el intercambio comercial entre sus distintas partes, y la difusión paralela de un derecho griego uniforme y de formas idénticas en las transacciones mercantiles.

Por supuesto, es imposible evaluar el volumen del comercio helenístico. No disponemos de estadísticas, excepto en lo que se refiere al comercio de tránsito de Rodas en 170 a. de J. C., tema que ha sido discutido anteriormente (cap. V, nota 96). Pero consideraciones generales sugieren que el intercambio comercial de la época helenística fue más considerable que el del período anterior. El mercado griego a fines del siglo IV y a principios del III a. de J. C. muestra un poder mayor de absorción. Esto se debe a una creciente aunque efímera prosperidad, que elevó el nivel de vida de la burguesía griega urbana y quizá de parte de las clases trabajadoras. Macedonia participó de la prosperidad de Grecia. Los nuevos colonos en Oriente eran en su mayor parte acomodados, mientras el cambio de las condiciones políticas no ocasionó la ruina de la clase de indígenas ricos de la época anterior. Poco a poco se formó en los reinos orientales una burguesía mixta indígena y griega, cuyo número aumentaba constantemente con toda probabilidad.

El empobrecimiento gradual de Grecia a finales del siglo III antes de J. C. y la decadencia de la prosperidad de Macedonia,

Egipto, y quizá también en Siria, en el siglo II a. de J. C., como consecuencia de los acontecimientos políticos, fue compensada por la prosperidad cada vez más firme de Asia Menor, que duró hasta la época de la guerra mitridática. Al mismo tiempo creció la prosperidad de Italia, que paulatinamente se transformó en el país más rico del Mediterráneo oriental. Sus exigencias comerciales eran peculiares, y el comercio helenístico tuvo que adaptarse a ellas, pero esto trajo consigo un reajuste, no la decadencia. Al mismo tiempo, aunque el empobrecimiento de los territorios helenísticos que he citado reducía su capacidad adquisitiva, no cambió su situación económica general. Su necesidad de mercancía extranjera continuó, y tuvo que importar regularmente, o de cuando en cuando, una parte mayor o menor de su suministro diario de comestibles y productos industriales.

Así, pues, el comercio florecía en la época helenística. Tuvo sus períodos de expansión y decadencia en esta o aquella región del mundo helenístico y en una u otra de sus ramas, pero en conjunto esta rama de la economía helenística mostró gran vigor y actividad.

Sin embargo, existieron desde el principio serios obstáculos a un desarrollo libre, firme y rápido del comercio en el mundo helenístico, obstáculo que retardaron el crecimiento del comercio y redujeron su volumen más de lo que admiten generalmente los autores modernos. Repetidas veces he señalado que el más importante de estos obstáculos fue la tendencia, por otra parte legítima, de todos los estados del equilibrio de potencias helenístico, tanto ciudades como reinos, a conseguir por todos los medios a su alcance el más alto grado posible de autarquía, de tal modo que las necesidades de cada uno pudieran satisfacerse con sus propios recursos. Me he extendido sobre este punto en relación con las ciudades griegas, pero especialmente con Egipto.



Esta tendencia afectó gravemente a la expansión del comercio. Aunque en la atmósfera internacional de la época el comercio era libre y los precios de las mercancías, con ligeras excepciones, los determinaba la ley de la oferta y la demanda, la búsqueda de la autarquía estorbaba esta libertad y exigía repetidos reajustes de sus métodos. Puedo mencionar como ejemplo de ello la economía planificada y la intervención estatal de los Tolomeos en Egipto. Examinaré ahora su influencia sobre el desarrollo del comercio interno y externo, mediante tarifas protectoras, la prohibición de algunas clases de exportaciones, como, por

ejemplo, esclavos, y quizá el registro y empleo obligatorio de los mercaderes que al mismo tiempo eran armadores. De menor importancia, pero no exentos de influencia, fueron ciertos rasgos de la política monetaria de los estados helenísticos, tales como el rígido monopolio monetario de los Tolomeos con su exclusión completa de monedas extranjeras de la circulación en Egipto, y la exclusión similar de las monedas tolemaicas por los seléucidas*. Estas medidas habían sido frecuentes en las ciudades-estados griegas en la época prehelenística, pero eran un paso atrás en comparación con la política monetaria de Alejandro, cuyas ideas vivían y operaban todavía en la época helenística. Algunas medidas políticas drásticas adoptadas por los romanos fueron aún más perturbadoras y perjudiciales al crecimiento firme y a la regularidad del comercio, aunque sin relación con la política de aislamiento seguida por los estados helenísticos. No tenían relación directa con el comercio, pero causaron violentas crisis en su desarrollo. Me refiero a hechos como la destrucción de Cartago y Corinto y la proclamación de Delos como puerto libre.

Un factor que no contribuyó menos a detener el crecimiento del comercio en todas sus ramas fue la inseguridad política general característica del mundo helenístico. He estudiado repetidas veces el efecto perjudicial sobre su desarrollo económico de las guerras casi incesantes entre los estados helenísticos y con las potencias extranjeras. A la inseguridad general causada por la guerra debe añadirse la producida por la piratería en el mar y el bandidaje en la tierra. He tratado de mostrar las graves consecuencias que para la vida económica del mundo helenístico tuvo una piratería bien organizada, que nunca se suprimió por completo, y no es necesario detenernos más en este punto. Finalmente, puedo mencionar las frecuentes revoluciones políticas y sociales en las ciudades griegas y las guerras internas dentro de las monarquías. La profesión mercantil llevaba consigo riesgo y ansiedad. Además de la guerra, la piratería y el bandidaje, había otros peligros debidos a los elementos. Probablemente perecían más barcos a causa de las tormentas, dificultades de navegación y falta de buenos mapas que a manos de enemigos y piratas. Ya he señalado que no hubo progresos en la ciencia náutica que pudieran mitigar estos peligros. El comercio por mar siguió siendo lento e inseguro, mientras que el transporte por tierra era aún más lento.

* Véanse cap. IV, págs. 210, 711 y sigs., y cap. V, págs. 934 y sigs.

Comercio exterior

Ahora podemos pasar revista a las distintas ramas del comercio según la clasificación anterior, empezando por el comercio exterior. El comercio con la India, Arabia y África oriental se hacía en parte por mar y en parte por caravanas. He descrito su evolución general y las rutas que seguía (185). Parte del comercio exterior estaba intervenido por los seléucidas, y parte por los Tolomeos. Las rutas dominadas por los seléucidas terminaban, a comienzos de la época helenística, en Siria y los puertos anatólicos, y las dominadas por los Tolomeos, en Palestina, los puertos fenicios y Alejandría. La única ruta que no estaba en manos de estas dos dinastías era una de las rutas chinas de la seda posteriores, que bordeaba las playas septentrionales del mar Caspio y terminaba en el reino del Bósforo (Tanáis y Panticapeo). A principios de la época helenística esta última ruta tenía poca importancia. La situación cambió considerablemente en el curso del siglo II a. de J. C. Los trayectos orientales de las rutas caravaneras asiática en general e india corrían ahora a través del reino parto. Los partos también dominaban el mar Caspio y el golfo Pérsico. En Occidente, después de Panión, las salidas palestina y fenicia del comercio sudarábigo estuvieron en manos de los seléucidas. Los Tolomeos conservaron su dominio sobre las rutas del mar Rojo del comercio indio y sudarábigo. Las rutas caravaneras occidentales y orientales desde el sur de Arabia nunca estuvieron en la esfera de influencia de los seléucidas ni de los Tolomeos. Los trayectos septentrionales de estas rutas estaban en manos de los gerreos en Oriente y de los nabateos en Occidente.

A principios de la época helenística los seléucidas y los Tolomeos organizaron con eficacia sus respectivas partes del comercio indio, sudarábigo y africano oriental. Nuestra información sobre el tema es escasa y se refiere principalmente a las medidas adoptadas por los primeros Tolomeos. Pero es evidente que los primeros seléucidas no fueron menos activos y dieron pasos acertados para salvaguardar el comercio que pasaba por su reino.

La situación se complicó más a finales de la época helenística. Podemos suponer que los trayectos orientales de las rutas comerciales india y asiática en general fueron eficazmente protegidos por los partos. Pero en los trayectos occidentales reinaba una gran

confusión. El desierto sirio y la Alta Mesopotamia estaban sumidos en un caos político. Las caravanas que tenían que cruzar estas regiones para alcanzar los puertos fenicios, sirios y anatólicos estaban expuestas a grandes riesgos. He explicado cómo esta anarquía originó el nacimiento del Estado caravanero palmireno, que poco a poco concentró en sus manos el dominio de las rutas caravaneras del desierto sirio*[1]. El mismo papel lo desempeñó al Oeste el Estado caravanero nabateo, que creció rápidamente en extensión e importancia y llegó a ser la casa de cambio principal para el comercio caravanero indio y sudarábigo, dirigiendo las mercancías que pasaban a través del desierto del norte de Arabia a Alejandría o a los puertos palestinos y fenicios*[2].

Mientras tanto, Egipto, con el fin de desarrollar sus relaciones marítimas con África oriental, Arabia e India, trató de restaurar su comercio con dichas regiones, que se había desorganizado bajo los últimos Tolomeos a causa de los disturbios internos. En el capítulo VI*[3] describí las medidas tomadas por los Tolomeos y examiné los importantes resultados que alcanzaron. El más notable fue la ventaja que sacaron de los monzones para establecer relaciones directas entre los puertos egipcios de la costa occidental del mar Rojo y la India.

El objeto de este rápido resumen de la historia del comercio oriental y meridional es recordar al lector las vicisitudes a que estuvo expuesto este comercio en la época helenística, tal como lo describimos con gran pormenor en los capítulos precedentes, sobre todo en los capítulos IV, V y VI, e indicar su importancia. En los períodos más agitados de la historia de los seléucidas y Tolomeos el comercio se adaptó, a veces con ayuda de los gobernantes, pero a menudo por sus propios esfuerzos, a las condiciones políticas cambiantes, y nunca se interrumpió, ni siquiera por un breve período, en ninguna de sus rutas. Ni los peligros, ni las privaciones ni las exorbitantes exacciones de los voraces potentados pudieron intimidar a los mercaderes ni apartarlos de sus negocios. La demanda de mercancías que importaban parece haberse mantenido firme, y ni siquiera los altos precios descorazonaron a los clientes.

---

*[1] Véase cap. VI, pág. 934 y nota 152.
*[2] Ibíd., pág. 935 y nota 153.
*[3] Págs. 986 y sigs. y notas 203 y sigs.

Esto es tanto más notable cuanto que los bienes a que me refiero eran, desde nuestro punto de vista, artículos de lujo y no de primera necesidad: incienso para los dioses, ungüentos, perfumes y cosméticos para hombres y mujeres, algunos materiales de tintorería (como el índigo), especias para los gastrónomos, piedras preciosas y perlas, productos de seda y algodón caros, etc. Sin embargo, es obvio que, en opinión de los orientales y griegos antiguos, estos artículos no eran exactamente de lujo, sino casi necesarios para la vida, a los que no se podían encontrar sustitutivos, a pesar de todos los esfuerzos por inventarlos.

Sabemos muy poco sobre la organización del comercio en las épocas helenísticas y prehelenísticas, es decir, la manera como trataban en estas mercancías los mercaderes antes de llegar a los puertos mediterráneos, cuando se transformaban en una de tantas clases de mercancías que se cambiaban entre los estados y se disponía de ellas como de las demás.

Las mercancías que el comercio exterior meridional y oriental traía al mundo helenístico eran transportadas desde sus lugares de origen a los centros seléucidas y tolemaicos de exportación por caravana o por mar. No sabemos nada de la organización del tráfico marítimo, excepto que los seléucidas crearon algunos puertos griegos para él en la costa oriental del golfo Pérsico, y los Tolomeos un grupo de lugares de desembarco en las costas occidental o egipcia del mar Rojo. Por lo que se refiere al comercio marítimo de los Tolomeos con la India, sabemos que a principios de la época helenística estaba principalmente en manos de los mercaderes de la Arabia meridional, como fue el caso durante algún tiempo del tráfico con Somalilandia. No sabemos qué parte tomaban en este comercio los mercaderes griegos del reino helenístico. A finales del período helenístico, tanto el tráfico directo que Egipto realizaba con la India, favorecido por los monzones, como el tráfico marítimo entre Somalilandia y los puertos del mar Rojo parecen haber pasado a manos de mercaderes internacionales que residían en Alejandría. He mencionado el papiro de Berlín, que proyecta una viva luz sobre los procedimientos de una compañía temporal de estos mercaderes de distintas nacionalidades*. En cuanto al comercio marítimo costero a lo largo de las playas del golfo Pérsico, la ruta oriental debió de haber estado desde el principio en manos de los mercaderes grie-

* Cap. VI, pág. 985 y nota 202.

gos y babilonios del imperio seléucida, mientras que el occidental se vio administrado por los gerreos*.

No menos escasa es nuestra información sobre el comercio caravanero por tierra en la época prehelenística y helenística. Hasta el período parto-romano no sabemos más sobre él. Las principales rutas caravaneras en el desierto mesopotamio y sirio con sus pozos y *khanes* recientemente estudiados y cartografiados por Père Poidebard y Aurel Stein con ayuda de la fotografía aérea, pertenecen a este período; lo mismo que las inscripciones de Palmira, Dura y Petra, que arrojan alguna luz sobre la organización de las caravanas, y el edificio de Dura que se empleó de casa de reunión por los mercaderes caravaneros de Palmira que allí residían. De la misma fecha son los escasos bajorrelieves y dibujos de Dura y Palmira que representan caravanas, individuos de la policía montada del desierto, los dioses protectores de las caravanas y que a veces aparecen cabalgando sobre camellos o caballos y armados (186).

De esta información y de lo que leemos en los textos orientales posteriores y podemos averiguar por el estudio de las caravanas modernas (187) es posible sacar una idea justa del tráfico caravanero en el período helenístico. Porque el Oriente es muy conservador y el comercio caravanero, sin duda, tuvo su origen en época muy antigua y persistió durante muchos siglos sin cambios esenciales. La caravana oriental es una institución complicada y bien organizada. Era un Estado viajero dirigido por un monarca, el jefe de la caravana. Avanzaba lentamente desde su punto de partida por caminos bien conocidos, provistos de pozos y guardados entre una estación y la siguiente. Las grandes ciudades caravaneras como Seleucia del Tigris en Mesopotamia, Palmira en Siria, y Petra y Gerra en Arabia, no sólo eran lugares de descanso, sino también grandes lugares de intercambio comercial. En estos centros residían mercaderes y banqueros ricos que organizaban las caravanas y las financiaban. Su radio de acción era a veces muy amplio y pudo haberse extendido a los puertos mediterráneos. Pero una misma caravana, es decir, los mismos hombres y bestias de carga, nunca iban muy lejos: por regla general, sólo iban de un gran centro de intercambio a otro. En cada uno de estos centros se formaban nuevas caravanas y, muy a menudo, la mercancía transportada por las caravanas cambia-

---

* Cap. VI, págs. 434 y sigs., y nota 253.

ba de dueño. No puedo entrar en mayores detalles en este resumen. Lo que importa para nuestro objeto son las grandes cantidades de dinero invertidas por muchas personas en una caravana, y que, a pesar de los distintos peligros y del gran riesgo, los inversores ricos y pobres, probablemente encontraron en el comercio caravanero un negocio provechoso. Desconocemos la proporción de griegos que había entre los inversores. En la época romana, en Palmira y Petra, los jefes de las caravanas y probablemente la mayoría de los inversores eran hombres de negocios indígenas. Pudo haber sido de otra manera en la época helenística. Sin embargo, puedo recordar al lector los muchos mercaderes semitas que encontramos en esta época en las ciudades comerciales griegas, especialmente en Delos (cap. V, pág. 749 y nota 124). Pero esto puede deberse a que el comercio caravanero volvió a recuperar su carácter oriental en la última parte de ese período, y a la creciente importancia política y comercial del reino nabateo y del Estado palmireno.

Conocemos poco de lo que el mundo helenístico ofrecía a cambio de las mercancías orientales y meridionales. Las primitivas fuentes romanas nos dan alguna información sobre el tema, y puede suponerse, no sin dudas, que esta información vale también para la época helenística. En Somalilandia el comercio era por trueque. Los mercaderes egipcios ofrecían productos de su país por mercancías somalíes. El tráfico pudo haber sido similar, aunque sobre base menos primitiva, con los árabes de Arabia del Sur y con los indios. En todo caso, no se han encontrado grandes cantidades de moneda tolemaica de plata u oro en la India, por lo menos nada comparable a la abundancia de monedas romanas. Por otra parte, mientras en el sur de Arabia se han encontrado productos de la industria helenística, no se conoce ninguno procedente de la India central y meridional. Esto puede significar que en el período siguiente a la secesión de Bactriana y la formación de Partia fueron Bactriana y Partia las que pagaban las mercancías indias con su dinero y productos, y las reexportaban al reino seléucida contra pago en moneda o productos; mientras que los Tolomeos, hasta finales del siglo II, recibían sus mercancías indias desde Arabia, cambiando por ellas sus propios productos y revendiéndolos después a los mercaderes tolemaicos por dinero y mercancías.

Comercio entre los estados helenísticos

De vitales consecuencias para el bienestar, e incluso para la existencia de las distintas partes del mundo helenístico, fue su comercio mutuo en alimentos, materias primas, mercancías semiacabadas y productos industriales. Nuestra información sobre este tráfico, su volumen y la demanda de distintos productos en uno u otro país, es muy escasa. Prácticamente, la única rama de comercio sobre la que tenemos alguna información, aunque insuficiente, es el comercio de trigo. Sin embargo, el carácter de esta información es particular: decretos de las ciudades griegas en honor de donantes de trigo (en escala grande o pequeña) o de mercaderes que habían suministrado trigo y vendido a precio razonable en épocas de escasez o hambre, completados por algunas fuentes literarias sobre regalos de trigo por reyes a ciertas ciudades, decretos en honor de magistrados que habían resuelto con éxito el difícil problema del abastecimiento y la distribución del trigo, citas de las medidas tomadas por las ciudades para asegurarse un suministro regular de trigo, y otros documentos similares. He citado muchos de ellos y sacado conclusiones sobre la estructura económica y las vicisitudes de las ciudades griegas. A estas fuentes que se refieren a Grecia podemos añadir algunos documentos egipcios que nos suministran una información miscelánea sobre el comercio de grano egipcio. Acerca de otras ramas del comercio tenemos de cuando en cuando noticias aisladas en nuestros textos literarios, inscripciones, y especialmente en papiros, pero de estos escasos materiales no podemos formarnos una idea adecuada de la importancia de los negocios en cuestión o de los países entre los que se contrataba.

Es natural, pues, que los modernos estudios del comercio helenístico sean pobres en resultados positivos, y no creo que pueda hacerse más con las fuentes de que disponemos. De este modo, resumiré en las páginas siguientes lo que he dicho sobre el desarrollo y carácter del comercio entre los estados helenísticos, por generales e hipotéticas que sean mis condiciones (188).

Comercio del grano. Para destacar la enorme importancia del comercio de grano he insistido muchas veces en la dependencia de muchas ciudades griegas, incluso algunas situadas en Asia Menor, del grano importado, y en este aspecto pocas ciudades griegas eran autárquicas. Ofrecían un mercado firme y capaz para el trigo extranjero, aunque la demanda variaba con la

calidad de las cosechas en los territorios ciudadanos. La situación de los reinos helenísticos era diferente. En época normal producían grano suficiente para alimentar a sus poblaciones, y además un sobrante, en cantidad variable, para la exportación. Ésta era la situación de Macedonia, Tracia, los reinos anatólicos, el imperio seléucida, el Egipto tolemaico, el reino del Bósforo y el de Sicilia de Hierón II. En apoyo de esta afirmación puedo citar el pasaje de Polibio (V, 88 y sig.) sobre la ayuda prestada a Rodas después del terremoto de 227-226 a. de J. C. por los principales monarcas de la época. Todos los reyes mencionados por Polibio —Hierón y Gelón, Tolomeo Evérgetes I, Antígono Dosón y Seleuco Calínico— podían en mayor o menor medida ayudar a Rodas con donaciones de trigo (véase pág. 239). Los países más ricos en grano, y por consiguiente capaces (en años normales) de exportarlo de modo regular y en cantidades relativamente grandes, eran Egipto, el reino del Bósforo y Tracia. Pero debe destacarse que en Rusia meridional y Tracia la cosecha dependía enteramente de la lluvia, y en Egipto de la inundación. Cuando éstas faltaban, esos países también tenían necesidad de importar grano. Lo mismo puede decirse de Asia Menor y el reino seléucida. Además, debemos darnos cuenta de que las guerras en gran escala obligaban a veces a importar trigo. Puedo añadir que Italia y Cartago a principios de la época helenística, cuando se enfrentaban con la necesidad de hacer grandes y peligrosas guerras, eran incapaces de exportar trigo, aunque lo producían en grandes cantidades, y se veían obligadas a comprarlo de cuando en cuando en Sicilia e incluso en Oriente. La demanda de trigo en el mundo helenístico y especialmente en las ciudades griegas del Egeo fue, pues, muy grande e irregular, lo mismo que el suministro. No debe sorprendernos, pues, que en estas condiciones el comercio de grano estuviera sujeto de cuando en cuando, incluso en tiempo de paz, por no hablar de épocas de guerra, a convulsiones espasmódicas que lo llevaron a una escasez aguda, y hasta al hambre. La intensidad de estos fenómenos varió con la situación política y económica general.

Sólo tengo que recapitular brevemente unos cuantos ejemplos que ya he dado. Las hambres a principios del período helenístico eran frecuentes, extensas y graves. Dos de ellas han dejado muchas huellas en nuestras fuentes, una en 331-323 a. de J. C.* y otra

---

* Véanse pág. 88 y nota 29.

en 289-288-282-281 a. de J. C.*[1] Estas terribles calamidades probablemente se debían a la combinación de varios factores: malas cosechas, guerra, reajuste económico de Grecia y desorganización del comercio existente. Parece que el abastecimiento fue insuficiente para satisfacer las crecientes exigencias del mundo griego, cuyo poder adquisitivo nunca fue tan alto como en la época de Alejandro y los diádocos. Debemos tener en cuenta que Egipto y Siria estaban organizándose, que Asia Menor se veía gravemente afectada por guerras desastrosas y que Tracia, después de la época de Lisímaco, experimentaba todas las calamidades de la invasión céltica. La fuente de abastecimiento más importante era el sur de Rusia. No es extraño que el cierre de los Estrechos tuviese el efecto inmediato de la subida de precios y que las relaciones griegas con el reino del Bósforo fueran de tan vital importancia (189).

Después de estos tiempos tempestuosos el mundo helenístico gozó de algunas décadas de orden y calma relativos. A pesar de las guerras, de la actividad incesante de los piratas, de la decadencia económica de la Grecia continental y de la escasez ocasional de alimentos en los países de producción, como, por ejemplo, Egipto en los reinados de Filadelfo*[2] y Evérgetes I*[3], los Tolomeos en colaboración con Rodas*[4], y los reyes del Bósforo*[5] podían, durante el período de hegemonía tolemaica en el Egeo, abastecer a las ciudades griegas de trigo de un modo regular y a un precio relativamente bajo. Además de Egipto, cuya producción de grano había aumentado, y el reino del Bósforo, cuya prosperidad era muy alta, los fértiles territorios de Asia Menor, especialmente Bitinia y Pérgamo, participaban en este abastecimiento como hacían Macedonia y el reino seléucida. Por ello es natural que tengamos tan pocas noticias de escaseces y hambres en las ciudades griegas durante este período*[6].

La situación empeoró en los últimos años del siglo III, antes de J. C., antes y después de la intervención romana. Las guerras desastrosas, especialmente las de Filipo V y Antioco III, y las de la intervención romana, redujeron el aprovisionamiento de

*[1] Véanse pág. 167 y nota 41.
*[2] Remediada por Hierón II (Ateneo, V, 209 *b*).
*[3] Decreto de Canopo.
*[4] Véase cap. IV, págs. 234 y sigs.
*[5] Ibíd., págs. 554 y sigs.
*[6] Véase cap. IV, nota 42.

grano, mientras que la anarquía del Egeo dio nuevo ímpetu a la piratería. La producción de Egipto disminuía, los recursos de Siria eran absorbidos por Antioco III para sus guerras, Asia Menor era atacada y saqueada por Filipo V, el reino del Bósforo desorganizado, y la situación de Tracia no era mejor. Además declinaba gradualmente la capacidad adquisitiva no sólo de la Grecia continental, sino también de las islas. No es raro que volvamos a tener noticias de hambres y escaseces en los países egeos, y que las quejas sobre la piratería sean más amargas (véase cap. V). Sin embargo, no se debe exagerar la gravedad de la crisis. Disminuía la producción de grano en Egipto, pero no hay razón para suponer que no hubiese sobrante disponible para la exportación. Los disturbios en el Bósforo y Tracia eran intermitentes, y pudo haber venido algún trigo de Occidente, especialmente de Cartago*[1].

Una vez desorganizado, el comercio de grano nunca se recuperó. El problema del grano siguió siendo grave en el mundo helenístico a través de los siglos II y I a. de J. C., hasta su incorporación al imperio romano. No obstante, en algunos períodos podemos notar mejoras temporales, como, por ejemplo, después de las primeras victorias romanas en Oriente, en los momentos de euforia de Rodas y Pérgamo, y en la época del renacimiento de Atenas (véanse págs. 688 y sigs.) cuando el reino bien organizado y en continuo crecimiento de los atálidas contribuía con una considerable cantidad al abastecimiento de trigo que se podía obtener del exterior, y cuando Rodas limpiaba de piratas el mar y organizaba el mercado. Esta mejora persistió, con un ligero empeoramiento después de Pidna, hasta la primera guerra mitridática. Puedo recordar al lector que, aunque Egipto iba perdiendo su importancia en el mercado del grano, el abastecimiento sacado de Asia Menor, que seguía siendo próspera incluso después de la muerte de Átalo III, se veía complementada por el trigo pergameno, que volvía a aparecer en el Egeo*[2], y el de Numidia, que ahora hacía su primera aparición en el Mediterráneo oriental. Respecto al período de las guerras mitridáticas y al que las sigue, nuestra información es muy ligera, pero es evidente que durante estas épocas miserables el comercio y aprovisionamiento de trigo se agravó seriamente.

---

*[1] Véase cap. V, págs. 678 y sigs., y nota 20.
*[2] Véase cap. V, notas 87 y 89.



Este rápido resumen histórico indicará la importancia vital del comercio de grano para el mundo helenístico. En cierto modo, este comercio fue la espina dorsal de la vida económica helenística. Para los consumidores, una importación suficiente de grano era a menudo asunto de vida o muerte; para los productores, una exportación suficiente era una de sus principales fuentes de ingresos; esa es la razón de que oigamos hablar tanto de ello. El volumen de este comercio no puede ser calculado en cifras, pero debió de haber sido muy grande, probablemente mucho mayor que en la época prehelenística. Se emplearon cientos o tal vez miles de barcos para llevar trigo de una parte a otra del mundo helenístico, y un número correspondiente de mercaderes y sus empleados, de marinos y cargadores de muelle se ocupaban en las operaciones del comercio.

Vino y aceite de oliva. Grecia tenía que pagar el trigo que importaba. Durante algún tiempo lo hizo exportando principalmente vino y aceite. A principios de la época helenística, uno de los más importantes clientes de estos productos griegos era Egipto. Es interesante ver la gran cantidad de envíos que se hacían a Apolonio en el reinado de Filadelfo, y esto a pesar de la alta tarifa que se imponía a su importación*[1]. Después, cuando Egipto había desarrollado su propia viticultura en gran escala, disminuyó considerablemente la importación de vino de Grecia. También se vio afectado el vino griego por la competencia de Siria (véase más adelante). Sin embargo, no sucedió lo mismo con el aceite. El aceite producido en Egipto era de inferior calidad, y fracasaron todos los esfuerzos por mejorarlo. La mayoría del aceite consumido en Egipto era, en consecuencia, importado de Siria y Grecia, tanto a principios como a fines de la época tolemaica*[2]. No tenemos testimonios directos sobre la importación de aceite y vino griegos en Siria, pero la consideración general del problema hace probable que la cantidad fuese importante. Siria producía vino excelente desde época muy antigua, y fue famosa por su aceite. En la correspondencia de Zenón y otros papiros vemos repetidas veces aceite sirio importado a Egipto, y ya he citado que durante la época en que Siria dependía de Egipto, a finales de la época helenística, Laodicea del Mar enviaba grandes cantidades de vino a Alejandría*[3]. Por consiguiente, si el vino

---

*[1] Véase cap. IV, pág. 236 y notas 53 y 55.
*[2] Véase cap. VI, nota 196.
*[3] Ibíd., nota 142.

griego y el aceite se importaban a Siria, debieron de ser de las mejores calidades, artículos de lujo. La exportación de vino y aceite griegos a las regiones pónticas y a los países danubianos fue considerable; así había sido en la época prehelenística y lo siguió siendo en la época helenística. Por lo que se refiere a la costa meridional del Euxino, puedo recordar al lector*[1] la compra que hizo Sinope (hacia 220 a. de J. C.), cuando estaba sitiada por Mitrídates IV del Ponto, de 10.000 *keramia* de vino de Rodas, siendo tomado en préstamo a esta última el dinero para la operación. Por lo que se refiere a la costa norte, puedo mencionar las grandes cantidades de ánforas griegas estampilladas de época helenística encontradas en estas regiones, algunas de las cuales, por lo menos, habían contenido vino y aceite. Maronea y Tasos (véase cap. VI, nota 30) eran los principales productores del vino exportado a Tracia y a los países célticos; éste tenía un rival en los vinos enviados al nordeste por Rodas (no rodio necesariamente). Finalmente, en los siglos II y I antes de J. C. Italia consumía grandes cantidades de vino y aceite griegos. Incluso en el siglo I a. de J. C., cuando la producción de vino en Italia era considerable y algunas calidades habían alcanzado gran reputación, el vino griego era preferido aún por la población del país (190). En compensación de esta importación, Italia parece que exportaba alguno de sus vinos y aceites a Grecia. Pero la presencia de mercaderes itálicos de vino y aceite en Delos en el siglo I a. de J. C. y el descubrimiento allí de algunas ánforas itálicas estampilladas no implica necesariamente que hubiese en Grecia demanda de vino y aceite itálicos. Los mercaderes pudieron haber sido exportadores de productos griegos, mientras que las ánforas con estampillas en latín pueden haber indicado tan sólo una importación a Delos para el consumo de los muchos itálicos que allí residían, tal vez principalmente de clases bajas*[2].

Pesca y otros alimentos. El pescado salado, seco y en escabeche, alimento principal de los griegos, se importaba en grandes cantidades en Grecia, Egipto y probablemente Siria desde las regiones pónticas y Sicilia. Alguna de estas importaciones —las clases más finas de escabeches y salsas de pescado— eran artículos de lujo, pero en su mayor parte la importación se desti-

---

*[1] Véase cap. V, pág. 729 y nota 92.
*[2] Véase cap. VI, pág. 871 y nota 57.

naba a las familias más modestas. La situación en este punto no cambió mucho en los tiempos modernos, excepto que ahora las regiones pónticas han sido reemplazadas por Noruega. Puedo señalar que, a pesar de las grandes cantidades de pescado indígena consumido en Egipto (págs. 298 y sigs.), Hierón II, en una época de escasez de alimentos, exportó a Alejandría, además de trigo, 10.000 *keramia* de τάριχος siciliana*[1]. De mucha menos importancia —si tuvo alguna— fue el mercado de carne. Ésta era un lujo en la alimentación griega, y muy pocas veces tenemos noticias de la carne salada o seca (191). Puedo añadir que la sal, una necesidad universal, no se producía en grandes cantidades ni de buena calidad en todas las partes del mundo helenístico, y que muchas ciudades y regiones tenían que importarla. El comercio marítimo de la sal era, en consecuencia, relativamente importante. Puedo señalar que en las *Cercidea* un poeta moralizante, hablando de la inestabilidad de la riqueza, emplea este símil, «el barco de la sal vuelve de donde fue»*[2]. Finalmente, en el mundo helenístico se realizaba un vivo intercambio de los más finos alimentos: miel, verduras, frutas secas (especialmente higos) y nueces. Vuelvo a recordar las listas de mercancías importadas por Apolonio o enviadas a éste (véase pág. 237).

Materias primas: a) *Madera.* A los alimentos seguía en importancia el comercio de materias primas y productos semiacabados para las distintas ramas de la industria, tales como la construcción y la industria militar. Sabemos poco del volumen del tráfico en estas mercancías, pero los testimonios indirectos nos dicen que fue considerable. Por lo que se refiere a la madera, las monarquías eran autárquicas, y algunas tenían gran sobrante de ella. Ya he mencionado el regalo de madera chipriota que hicieron Antígono y Demetrio a Atenas para la construcción naval. La lista que da Polibio (V, 88 y sigs.) de los regalos a Rodas después del gran terremoto de 227-226 a. de J. C. también es muy instructiva. Además de dinero, los reyes de la época la ayudaron con materiales de construcción y equipo militar. Entre estos materiales, desempeñaba un gran papel la madera para construir barcos y para otros usos. Tolomeo Evérgetes I suministró a Rodas madera (de sus dominios extranjeros) para cons-

*[1] Ateneo, V, 209 *a*.

*[2] *Cercidea*, V, 106, en *Herodes, Cercidas*, etc., de A. D. Knox, pág. 239.

truir diez quinquerremes y diez trirremes, y le dio además «40.000 codos de tablones cuadrados». Aún más pródigo, por ser más rico en madera, fue Antígono Dosón: «10.000 piezas de madera de ocho por dieciséis codos para emplear como vigas, 5.000 vigas maestras de siete codos de largo, 5.000 talentos de pez y 1.000 ánforas de pez bruta»*. Hasta Seleuco Calínico pudo ofrecer a Rodas diez quinquerremes completamente equipados, con 10.000 codos de madera y 1.000 talentos de cerdas y resina. Polibio dice que hicieron regalos parecidos Prusias de Bitinia y Mitrídates II del Ponto, ambos propietarios de ricos bosques. No se menciona a Átalo I.

La anterior enumeración de regalos de madera demuestra no sólo la gran cantidad de ella a disposición de todos los monarcas helenísticos a finales del siglo III a. de J. C., sino también la gran demanda que de ella hacían las ciudades comerciales griegas, y su dependencia del suministro extranjero. Hemos de recordar que la madera era para ellas de vital importancia: los antiguos barcos eran de corta duración y considerable la actividad constructora de la época, especialmente en las ricas ciudades comerciales. Muchas ciudades menos importantes estaban en la misma situación. Las cuentas de Delos, por ejemplo, muestran que la ciudad y el templo importaban toda la madera que necesitaban para la construcción y combustible, así como la pez y resina que necesitaban, principalmente de Macedonia. Los eruditos modernos han demostrado lo mucho que fluctuaban los precios de estos productos, y lo irregular de su abastecimiento, porque dependían, como es natural, de las condiciones políticas de la época.

A las ciudades griegas importadoras de madera debemos añadir con toda probabilidad Egipto a fines de la época helenística. Por esta época podemos suponer que los bosques de Chipre estaban en gran manera agotados, mientras que se habían perdido los demás dominios egipcios ricos en bosques. Sin embargo, la demanda de madera era urgente, porque Egipto necesitaba una fuerte marina para su protección, incluso en la época de su decadencia política, y su comercio marítimo y fluvial era aún considerable. No podemos decir de qué países importaba Egipto la madera en esta época. Una de sus fuentes de importación pudieron haber sido los bosques de Sila, en el sur de Italia.

b) *Metales.* Lo que he dicho sobre la madera es aplicable asimismo a los metales. He demostrado que también aquí la

* Las traducciones son de W. R. Paton, Biblioteca Loeb.

mayoría de los reinos helenísticos proveían a sus necesidades con sus propios recursos. Una excepción, hasta cierto punto, fue Egipto (incluido Chipre), que poseía muy poco hierro nacional, si es que poseía alguno. Por otro lado, la mayoría de las ciudades griegas tenían que recurrir a la importación para el abastecimiento de metales. También Rodas es un caso típico. En el pasaje de Polibio anteriormente citado, los metales aparecen ampliamente entre los regalos reales que se le hicieron. Hierón y Gelón, además de moneda acuñada, mandó calderos e hidrias de plata; Tolomeo dio 300 talentos de plata, 1.000 talentos de cobre acuñado, y para la reerección del Coloso otros 3.000 talentos, al parecer de cobre y bronce (¿lingotes, o monedas?). Finalmente, Antígono Dosón, que tenía la mayor abundancia de metales, concedió a Rodas 100 talentos de plata (¿acuñada?) y 3.000 talentos de hierro, y su mujer Criseida añadió la misma cantidad de plomo. Debe decirse que a Seleuco le era imposible rivalizar con sus colegas reales en este aspecto.

Una enumeración de otros materiales de construcción no tendría objeto, porque nuestros testimonios sobre ellos son muy escasos. Mas por ello no debe subestimarse el volumen del comercio en estos productos. Gran parte de la materia prima que se necesitaba, por ejemplo, para la industria textil, era, por supuesto, producida en la vecindad inmediata de los lugares en que se hilaba y tejía. Pero alguna se importaba. En muchas regiones no crecía el lino, y la lana de algunas partes del mundo helenístico era de inferior calidad. He mencionado los esfuerzos que hicieron los primeros Tolomeos para mejorar la lana egipcia, importando ovejas árabes y milesias (págs. 354 y sigs.). Al mismo tiempo se importaba a Egipto una calidad superior de lana para uso de griegos de Alejandría y de la χώρα. Así, pues, no es de extrañar que Hierón II enviase a Filadelfo en su *Siracosia* 20.000 talentos de lana. En muchos países helenísticos la producción de cáñamo y cueros era insuficiente para las necesidades locales.

Finalmente, debo mencionar que algunos de los artículos exportados de la India, Arabia y África oriental llegaban a los mercados egeos e itálicos como productos industriales acabados (ungüentos, perfumes, cosméticos, joyas), pero otros se vendían en Grecia e Italia en la forma en que eran exportados desde sus lugares de origen.

Artículos manufacturados. Bastarán unas breves palabras sobre el mercado de productos manufacturados. Nunca fue muy

importante en la época helenística. Como ya he demostrado, la necesidad de ellos en cualquier lugar determinado se proveía por la producción casera o los artesanos locales. Unas cuantas cosas se importaban de los lugares inmediatamente vecinos y de otros más distantes dentro del territorio del Estado.

Por supuesto, había algunas excepciones a esta regla. Algunos productos industriales eran peculiares de una región o lugar determinados, y no había sustitutivos equivalentes. Tales eran, entre los productos de uso común, el papiro egipcio y su rival el pergamino de Siria y Pérgamo. Igualmente había algunos productos de lujo especiales. Entre éstos puedo citar como ejemplos las telas teñidas de púrpura de Fenicia; las alfombras y tapices de Persia, Babilonia, Lidia y Egipto; las colgaduras, almohadas y vestidos de calidad especial que se fabricaban en Pérgamo; clases especiales de lanas teñidas de Asia Menor; vestidos de seda de Cos y acaso de Amorgos; batas finas de lana fabricadas en Tarento; etc. A estos productos podemos añadir el vidrio y la porcelana egipcios y sirios (?), algunos tipos especiales de vajilla de plata y oro, joyas y muebles y varios artículos hechos principalmente en Siria y Egipto con materias primas importadas de países extranjeros, especialmente India, Persia, sur de Arabia y África oriental: ungüentos, perfumes, cosméticos, objetos manufacturados con maderas raras y marfil, joyas y vajilla adornadas con piedras preciosas, gemas, tejidos de seda y algodón, etc. Algunos artículos manufacturados en India y Persia también eran traídos a Grecia e Italia, probablemente como curiosidades (192).

Finalmente, de cuando en cuando, como hemos visto, surgían en algún centro industrial nuevos tipos de productos manufacturados como nuevas clases de cerámica, se ponían de moda en otros estados helenísticos y eran exportados a éstos. Pero tan pronto como estos artículos llegaban al mercado, eran imitados en todas partes y producidos en el lugar. En consecuencia, el comercio de productos manufacturados entre los estados helenísticos estaba relativamente poco desarrollado. Principalmente era un comercio de artículos de lujo cuya demanda era escasa e irregular.

Esclavos. Mucho más importante era el tráfico de esclavos, tanto entre los estados helenísticos como con otros países. Los eruditos modernos, huyendo de la doctrina marxista, exagerada e insostenible, sobre el papel de la esclavitud en el mundo antiguo, se inclinan a subestimar el número de esclavos y el papel

que desempeñaron en la economía griega prehelenística. Sin embargo, ha de destacarse que la antigüedad fue unánime en su idea de que los esclavos eran muy numerosos en las antiguas ciudades-estados griegas, aunque las cifras que dan a veces de la población esclava de algunas grandes ciudades de los siglos V y IV a. de J. C. son probablemente exageradas; pero no puede discutirse aquí esta cuestión. Tampoco la esclavitud fue desconocida en Oriente, en sus distintos tipos. No puede siquiera conjeturarse el número de esclavos del imperio persa.

En todo caso, los estados helenísticos fueron ciudades-estados o reinos, heredaron gran número de esclavos del pasado. Estas cifras no disminuyeron a comienzos de la época helenística. La guerra y la piratería, aunque la primera era más humana de lo que había sido, suministraron al mercado de esclavos multitud de prisioneros de guerra y víctimas de raptos*[1], y sin duda alguna continuó el mercado de esclavos en el Norte con tanta actividad como antes.

Pudo haber alguna disminución en el número de seres humanos vendidos en los mercados de esclavos durante la época del equilibrio de potencias, cuando las guerras se hacían con la misma relativa humanidad que en la época de los diádocos; y la piratería, aunque sobrevivía, se veía hasta cierto punto detenida por los esfuerzos de los rodios y los Tolomeos*[2]. Pero con el final del siglo III a. de J. C., cuando las hostilidades volvieron a ser tan crueles como siempre, y cuando se volvió a la práctica de vender a la población entera de las ciudades y regiones, y cuando la piratería floreció como nunca, los esclavos volvieron a aparecer en gran número en el mercado*[3].

En la primera parte de nuestro período, los esclavos ofrecidos en los mercados helenísticos eran absorbidos principalmente por las ciudades-estados griegas y los nuevos reinos. Con la intervención de Roma en los asuntos de Oriente apareció un nuevo comprador en la parte oriental del Mediterráneo. Roma, en la segunda mitad del siglo II y en el I a. de J. C. reorganizó su vida económica. La mano de obra escaseó en Italia después de las guerras púnicas, y la organización más sistemática y moderna de la agricultura, el pastoreo y la industria (especialmente la

---

*1 Véase cap. IV, págs. 207 y sig. y 214 y sigs., y notas 24 y sigs.

*2 Véanse cap. IV, pág. 219, nota 32, y cap. V, notas 23, 27 y 30.

*3 Véanse cap. IV, notas 23, 27 y 30, y cap. VI, nota 49.

minería), ahora introducida en Italia por los capitalistas romanos e itálicos, así como el carácter más lujoso que tomó la vida económica itálica, exigían gran cantidad de mano de obra cualificada y sin cualificar. Por ello aumentó considerablemente la demanda de esclavos en Occidente. Parte del abastecimiento de esclavos venía de Occidente, pero los mejores, los más civilizados y dóciles, eran enviados a Italia desde Oriente.

Naturalmente, estas condiciones condujeron a un rápido aumento, en el siglo II y especialmente en el I a. de J. C., de la demanda y oferta de esclavos. Grecia, especialmente las grandes ciudades comerciales, tenía aún necesidad de esclavos, aunque disminuía su capacidad adquisitiva; Asia Menor, particularmente la monarquía pergamena, absorbía gran número de ellos; además, vino la demanda de Occidente, cada vez mayor. Esto azuzó la empresa de los mercaderes de esclavos e hizo que este tráfico fuese una de las características principales del comercio internacional de finales del mundo helenístico (véase cap. VI).

De este modo, el mercado de esclavos fue un elemento importante en la economía helenística en todas las fases de su desarrollo. La demanda de esclavos variaba en intensidad con el tiempo y los lugares, pero siempre fue grande en los países helenísticos. Seré algo más explícito sobre este punto.

En las ciudades griegas los esclavos fueron un factor importante en todas las ramas de la vida económica. Las ciudades empleaban gran número de esclavos como servidores públicos de distinta clase (δημόσιοι), como trabajadores en las minas, construcciones, cecas, etc. Los templos también poseían esclavos. En todas las casas ricas, el trabajo doméstico lo hacían los esclavos. Todo artesano y tendero empleaba esclavos si podía comprarlos, y los terratenientes hacían lo mismo.

En las monarquías helenísticas, la parte griega de la población —reyes, aristocracia y burocracia, los burgueses corrientes y los artesanos de toda clase— poseía esclavos. Puedo citar, por vía de ejemplo, el gran número de esclavos de la casa de Apolonio, el *dioecetes* de Alejandría, y los que él y sus ayudantes compraban en Siria y Palestina. Puedo referirme una vez más a las estelas funerarias pintadas de soldados de la primera época helenística halladas en Alejandría y Sidón (láms. XIX y XXXVII) que muestran constantemente al muerto, a pie o a caballo, acompañado por un sirviente, con toda probabilidad un esclavo. Podemos suponer que los mercenarios, y probablemente también los soldados del

ejército territorial, tenían cada uno, por lo menos, un servidor esclavo. Además, todos los reyes helenísticos emplearon ampliamente el trabajo servil en algunas ramas de su vida económica, principalmente las minas.

Pero la importancia del trabajo de los esclavos y la política de los monarcas helenísticos sobre él variaban de un país a otro. Los Tolomeos nunca favorecieron la esclavitud. Frenaban la importación de esclavos por medio de regulaciones especiales e imponían grandes impuestos a los propietarios de ellos*[1]. Además, la organización peculiar de la agricultura y la industria en el Egipto tolemaico casi excluía el trabajo esclavo, y los Tolomeos no deseaban ver a los esclavos extranjeros compitiendo con los indígenas en estas esferas.

La situación pudo haber sido algo diferente en el imperio seléucida. La esclavitud era una institución establecida en Babilonia en la época prehelenística y siguió siéndolo bajo los seléucidas, como se ve por un impuesto especial (ἀνδραποδική) establecido en Babilonia, sea cual fuere el carácter y el alcance de este impuesto*[2]. Es razonable suponer que lo mismo puede decirse de las grandes ciudades fenicias. Pero, según parece, en el resto del imperio seléucida, como en el Egipto tolemaico, el trabajo de los esclavos, por lo menos en el campo de la agricultura, era incapaz de competir con éxito con la mano de obra agrícola indígena. Sin embargo, no hay duda de que los inmigrantes griegos empleaban mano de obra esclava en las labores domésticas tanto como lo hacían en su país.

La esclavitud desempeñaba un papel mucho más importante en la vida de Asia Menor en general y el reino de Pérgamo en particular. La burguesía de las ciudades anatolias griegas empleaban mano de obra esclava en gran escala, probablemente aún mayor que en la Grecia continental y las islas*[3]. Y es cierto que los reyes pergamenos poseían muchos esclavos de ambos sexos a quienes utilizaban en la administración de sus grandes fincas y distintas *ergasteria* industriales*[4].

Por último, en Occidente, en el imperio cartaginés y en Italia, y después de la tercera guerra púnica en el naciente imperio

---

*[1] Véase cap. IV, págs. 319 y sigs., y nota 119.

*[2] Véase cap. IV, pág. 447 y nota 260.

*[3] Esto se ve de modo palmario en la parte que tomaron los esclavos en la guerra de Aristónico.

*[4] Véanse cap. IV, págs. 529 y sig., y cap. VI, págs. 863 y sig., y nota 76.

romano, se empleó siempre el trabajo de los esclavos, en mayor medida en Cartago, en las demás ciudades fenicias y en las provincias cartaginesas, menos en Italia. Pero con la reorganización de la vida económica itálica, que antes hemos descrito, el trabajo de los esclavos se transformó en uno de sus rasgos dominantes. Los hechos son bien conocidos y no hay que tratarlos aquí con extensión. Puede verse un ejemplo en el número de esclavos en Minturna*[1].

El abastecimiento de esclavos a los mercados helenísticos se hacía por distintos métodos. Los esclavos nacidos en casa (οἰκογενεῖς y παράτροφοι)*[2] formaban una gran parte de la población esclava de las ciudades griegas, y lo mismo de las monarquías. La exposición de niños y la institución de los θρεπτοί aumentaba esta producción casera de esclavos por lo menos en Grecia y Asia Menor. Pero las fuentes más abundantes del abastecimiento eran la piratería, el bandidaje y el tráfico regular de esclavos realizado por mercaderes profesionales con los vecinos septentrionales de Grecia (tracios, ilirios, dardanios, celtas, escitas, y sármatas) y con algunos monarcas helenísticos de Oriente. He citado los testimonios de las manumisiones délficas de 201 a 50 a. de J. C. (cap. VI, nota 49): menos de un tercio de estos esclavos procedían de Grecia; un poco más, del Norte; pero la mayoría venían de Asia Menor, Siria y Palestina. En Rodas, donde los esclavos desempeñaban una parte importante en la vida económica y social de la ciudad, el cuadro es aproximadamente el mismo. No poseemos datos estadísticos similares a los de Delfos. Las fuentes nunca han sido reunidas por completo, pero parece que la gran mayoría de los esclavos rodios venían de Asia (Asia Menor, Siria, Armenia, Media) y unos cuantos de Tracia y del sur de Rusia*[3]. Es de lamentar que nuestra información sobre Delos sea tan escasa. Es muy probable que también aquí la mayoría de los esclavos vendidos y empleados procedieran de Asia. Y la misma suposición puede hacerse por lo que respecta a Alejandría y Egipto, basándose en la correspondencia de Zenón. Sabemos que la situación era exactamente la misma en Italia en los siglos II y I a. de J. C.*[4].

---

*[1] Véase cap. VI, nota 47.
*[2] Polibio, XL, 2, 3 (XXXVIII, 15, 3); véase pág. 219, nota 32.
*[3] Cap. V, pág. 727, y nota 87, cf. 741.
*[4] Cap. VI, nota 76.

Hay razón para suponer que pocos de estos esclavos septentrionales y asiáticos fuesen prisioneros de guerra vendidos directamente por sus cautivadores. Un número mayor pudo haber sido llevado a los mercados internacionales de esclavos directamente por los piratas. Pero la mayoría eran conducidos al mundo griego e itálico por tratantes de esclavos profesionales. Su mercancía humana era adquirida en parte en el tren de los ejércitos combatientes, y en parte de los piratas y bandidos. Pero yo creo que muchos de los esclavos vendidos en estos mercados fueron antiguos siervos a quienes sus amos (en el Norte y en Oriente) vendían a tratantes de esclavos bajo alguna argucia de legalidad. Es digno de notarse que casi nunca aparecen egipcios entre los esclavos del mundo helenístico. Me inclino a creer que esto se debe a las serias medidas tomadas por los Tolomeos contra «la esclavización de personas libres» en su reino. Además, puedo recordar al lector que los Tolomeos, probablemente con el mismo objeto de salvaguardar la libertad de los *laoi*, prohibieron completamente la exportación de esclavos de Egipto, o la sometieron a medidas restrictivas (págs. 319 y sigs.) (193).

Organización del comercio entre los estados helenísticos. La organización del comercio entre los estados helenísticos, tráfico efectuado en gran parte por mar, sólo es conocida de un modo imperfecto. Sus centros eran, naturalmente, los puertos del mundo helenístico. Algunos no eran más que salidas al mar de la región situada tras ellos, ya fuese el territorio de una ciudad, ya una parte del territorio de una monarquía grande o pequeña, o todo su territorio. Otros podían tener mayor importancia por ser también término de una o más rutas comerciales que pasaban por distintos estados y traían al mar mercancías de origen extranjero. Finalmente, algunos, además de servir a estos fines, o incluso sin hacerlo, se destacaban como centros de un gran comercio de tránsito, y al mismo tiempo como casas de cambio en las que las mercancías, que venían de distintos países, eran seleccionadas y reembarcadas según los pedidos acordados con los mercaderes que residían en los puertos.

A la primera clase pertenecían la mayor parte de los puertos del Egeo. Éstos sumaban cientos, y no tendría objeto enumerar algunos de ellos.

De la segunda clase puedo dar algunos ejemplos, sin aspirar a ser exhaustivo, lo que es imposible en el estado de nuestra información. Panticapeo, de Crimea, era no sólo una de las salidas

(con Teodosia y el Quersoneso) para las mercancías producidas en aquella península, sino también el centro de exportación de mercancías desde el mar de Azof (pescado) y parte de las estepas del sur de Rusia. Además de esto, era el término del camino de caravanas que venía de Asia central, papel que compartía probablemente con Tanáis y quizá con Fanagoria. Olbia, en la desembocadura del Bug y el Dniéper, desempeñaba un papel similar. Expedía a Grecia los productos de los territorios, algo helenizados, de las márgenes de estos ríos y los de Rusia central, que eran enviados por vía fluvial. Menos importante eran Tiras, en la desembocadura del Dniéster, y las numerosas ciudades de la costa occidental del mar Negro; entre ellas, Istro, término de las grandes rutas comerciales que convergían hacia el Danubio, era la más notable. En Macedonia ocuparon una posición paralela Tesalónica y Demetrias. En Asia Menor puedo citar, para empezar, Sinope, en la costa sur del mar Negro, una de las salidas (con Amiso) para los productos del reino del Ponto y, al mismo tiempo, principal distribuidor de los metales que se extraían en la costa póntica y en el Cáucaso meridional. Era al mismo tiempo uno de los términos (con Heraclea Póntica) de las rutas marítimas que venían de Oriente y el Norte, y probablemente de un camino terrestre que corría desde Oriente y bordeaba la costa sur del Euxino. Más importante que Sinope, Amiso y Heraclea eran Esmirna, Éfeso y Mileto, los puertos exportadores más activos de Asia Menor y términos de los grandes caminos reales de Anatolia por donde discurría el comercio oriental. Parecido fue el papel de los puertos sirios (Seleucia de Pieria y Laodicea del Mar, y los puertos fenicios: Arados, Sidón y Tiro, por citar sólo los más importantes), y de Alejandría de Egipto. De todos éstos ya he hablado en los capítulos precedentes.

De la tercera clase, es decir, de los puertos de tránsito y casas de cambio, puedo citar, por lo que se refiere al comercio marítimo, Bizancio, el gran depósito del comercio póntico; Cícico, puerto de atraque de los barcos y casa de cambio para las mercancías del mismo comercio; Corinto, principal puerto de tránsito del comercio occidental (especialmente con Italia); y sobre todo Rodas, la más importante casa de cambio en el Egeo para el comercio marítimo oriental y el comercio con Egipto. Más tarde, Delos desempeñó en el período helenístico, durante algún tiempo, el mismo papel que Rodas, y en el reino seléucida hizo lo mismo Seléucida del Tigris para el comercio indio, asiático y del sur de Arabia.

El comercio helenístico como la industria, estaba descentralizado. Ninguna potencia se hallaba en situación de imponerse a las grandes ciudades marítimas comerciales, a menos que estuvieran dentro del territorio de algún poderoso Estado helenístico. No hay nada en la época helenística comparable a la hegemonía ateniense en el mar (talasocracia). Los Tolomeos ejercieron durante algún tiempo el dominio político sobre el Egeo, pero este dominio no fue nunca completo ni inalterado. Después de su colapso no surgió nada parecido. Con ayuda de otras potencias, Rodas trató de limpiar de piratas el mar, pero nunca intentó ningún género de dominación política ni comercial. Su consigna era comercio libre en mares seguros. Comercial y políticamente, el mundo helenístico era un equilibrio de potencias.

A principios de la época helenística el papel que antiguamente había desempeñado Atenas como principal casa de cambio del comercio Egeo, especialmente en grano, se distribuyó entre varios puertos egeos. Rodas se transformó en el principal agente de los Tolomeos; era un depósito ideal para las mercancías que venían por mar de los dominios tolemaicos de Asia, y quizá también, hasta cierto punto, para las que se enviaban desde los puertos de Seleucia de Pieria y Laodicea. Esmirna, Éfeso y Mileto eran los principales distribuidores de mercancías traídas por tierra de Asia Menor y el resto del reino seléucida. Al mismo tiempo, Mileto trató de renovar sus relaciones con las ciudades pónticas y atraerse una parte del grano que exportaban. El reino pergameno empleaba el puerto de Elea para despachar sus productos al Egeo. La Hansa póntica seguía dominando el comercio del Euxino. Macedonia tenía Tesalónica y Demetria. Tanto la Hansa póntica como los reyes macedónicos (y quizá también los atálidas) parece que preferían a Delos y Rodas como depósito para sus mercancías en el Egeo, aunque los mercaderes delios dependían financieramente de sus socios y amigos rodios, mucho más ricos*.

Después de la caída del poderío naval tolemaico aumentó considerablemente el papel desempeñado por Rodas en el comercio egeo. Por consentimiento tácito de las potencias interesadas, Rodas fue reconocida como principal centro comercial en el mundo helenístico. Los hechos que apoyan esta afirmación se

---

* Véanse cap. III, págs. 168 y sigs., cap. IV, págs. 234 y sigs. (Rodas); págs. 239 y sigs. (Delos); págs. 550 y sigs. (las ciudades pónticas).

han expuesto en el capítulo V, págs. 731 y sigs. El más elocuente es la unanimidad de casi todos los estados que participaban en el comercio egeo, y con ellos de los gobernantes de Sicilia, en prestar ayuda a Rodas después del terremoto de 227-226 antes de J. C. No menos elocuente es la distribución de ánforas rodias estampilladas por todo el mundo helenístico, lo cual demuestra que los servicios de Rodas eran indispensables a los comerciantes pónticos, y al mismo tiempo a los de Occidente (comprendidas Sicilia y Cartago), para disponer sus mercancías en los países helenísticos y el suministro de las mercancías helenísticas que necesitaban. Bizancio (págs. 725 y 729) y después Éumenes II y Prusias II*[1] intentaron estorbar la libertad de comercio de que Rodas era campeona, pero se vieron obligados a la sumisión y a la cooperación (194).

La posición de Rodas y su papel en el tráfico del Egeo, o más bien del Mediterráneo, se consolidó al principio por la parte que tomó en los sucesos políticos relacionados con la intervención romana. Como abierta partidaria de Roma, gozó por algún tiempo del apoyo y confianza completas de la gran potencia occidental. Pero éste fue el principio del fin. Después de la guerra de Perseo empezó a declinar rápidamente su influencia comercial. Recelosa de la potencia rodia, Roma hizo a Delos puerto libre y su agente principal en las crecientes relaciones comerciales con Oriente. En Delos era donde los mercaderes romanos se proveían de las mercancías pedidas en Italia: esclavos y productos importados al mundo griego desde China, India, Partia, sur de Arabia y África oriental. Como puerto libre y centro principal del comercio itálico, Delos, naturalmente, atrajo a muchos antiguos clientes de Rodas que preferían disponer de sus mercancías sin pagar derechos de aduanas. Pero yo he tratado de demostrar que Delos nunca sustituyó por completo a Rodas, y que la última, a causa de su experiencia comercial y su riqueza acumulada, siguió siendo un centro importante del comercio egeo, incluso en la época de protectorado y dominación romanos*[2].

Se conoce muy imperfectamente cómo se concentraba el comercio de tránsito en el puerto de Rodas. Es probable que los mercaderes y banqueros rodios desarrollaran una práctica notable de créditos otorgados a los mercaderes extranjeros, actuasen

---

*[1] Véase cap. VI, págs. 856 y sig., y nota 38.
*[2] Ibíd., págs. 855 y sigs., y nota 36.

como agentes comisionistas y ellos mismos tomasen parte activa en las operaciones comerciales, comprando mercancías consignadas a Rodas, reuniéndolas en sus almacenes y distribuyéndolas entre sus clientes de las regiones egea, póntica, del Mediterráneo meridional y del occidental. Me parece muy probable que las ánforas rodias que llevan estampillas oficiales (cualquiera que sea el significado de estas estampillas) se emplearan no sólo para exportar mercancías rodias, es decir, producidas en la isla, sino también productos de distinto origen, traídos por los mercaderes rodios y reembarcados por ellos en nuevos envases a sus clientes. No sabemos cuál era el contenido de las ánforas rodias exportadas en tan gran número, pero es difícil suponer que todas contuvieran vino, aceite, frutas secas y similares, de producción rodia. En mi opinión, son testimonio de la actividad de los mercaderes rodios y de los distribuidores de productos tanto rodios como extranjeros (195).

Los negocios de los banqueros y mercaderes delios de distintas nacionalidades eran probablemente del mismo tipo. Se conocían según una terminología antigua, como τραπεζῖται por un lado, y como ἔμποροι, ναύκληροι, y ἐκδοχεῖς por otro. Es muy probable que en la época helenística los tres últimos términos se emplearan para distintas modalidades de la profesión mercantil: mercaderes al por mayor, armadores que al mismo tiempo serían mercaderes, y en tercer lugar, quizá distribuidores de mercancías, propietarios de grandes almacenes, aunque el verdadero significado de ἐκδοχεῖς es una cuestión difícil. Los tres tipos de negocio pudieron haberse combinado, pero no hay ejemplos seguros de ello. La profesión de un ἔμπορος probablemente estaba diferenciada a veces, especializándose un ἔμπορος en una clase de mercancías y otro en otras. Pero, por lo común, ἔμπορος significa «tratante al por mayor» en general. Más dudoso es el significado de los términos προπράτωρ, προπωλητής, προπώλης, que se han explicado por «intermediario», el *Makler* alemán (196).

No es necesario repetir que la actividad de Rodas y Delos no chocó con la de otros grandes centros del mundo helenístico. La Hansa póntica seguía tan activa como antes, Atenas recuperaba por lo menos parte de su antiguo comercio. Éfeso en manos de los atálidas reemplazaba a Elea como centro de la exportación pergamena, y Tesalónica ganaba en importancia cada día. Tampoco eran menos activos que en otros tiempos los puertos

sirios y fenicios. En cierta medida lo mismo puede decirse, sin duda, de Alejandría.

Los negocios de los mercaderes de la época helenística conservaron su antiguo carácter individualista. No se sabe que existieran compañías comerciales. De cuando en cuando, tal vez algunos grupos emprendieran una aventura comercial y actuaran como compañía. He mencionado en esta sección el grupo internacional de mercaderes del siglo II a. de J. C. que se formó para organizar una expedición comercial a Somalilandia. Las caravanas del mundo oriental pudieron haber tenido una organización parecida, pero firmas comerciales que comprendiesen un determinado número de socios, parece que fueron completamente desconocidas en el mundo antiguo.

Las distintas asociaciones de mercaderes, la mayoría nacionales, de que tenemos noticia en Atenas, Samos, Tasos y especialmente Delos, eran completamente distintas. Su carácter era religioso y social, aunque constasen de individuos de la misma profesión. Su fin era principalmente el servir de centros para la celebración de algunos actos religiosos y de casinos de intercambio social. En estos casinos, sin duda, era muy frecuente la discusión de asuntos profesionales y transacciones mercantiles que implicaban la exhibición de muestras almacenadas en los casinos. De este modo las asociaciones desempeñaron una parte importante en la vida mercantil del mundo helenístico (197).

La parte que tomaron los estados helenísticos como tales en el comercio, es poco conocida. Sin duda, las ciudades eran compradores importantes de alimentos, que después se vendían a la población. En el capítulo V he tratado de sus agentes compradores: *sitonai* y *elaionai*. Éstos aparecían con frecuencia en las grandes casas de cambio del comercio helenístico, y probablemente también en otros centros exportadores. Menos aún sabemos de las transacciones de los reyes de estados con grandes sobrantes para la exportación, de los cuales eran propietarios los monarcas en una gran proporción. En Egipto, Cleómenes realizó operaciones comerciales en gran escala. Pero no es seguro que los Tolomeos actuasen de la misma manera, ni que realizaran estas operaciones por medio de sus agentes. No tenemos testimonios de que lo hicieran así. Por otro lado, la presencia de mercaderes extranjeros en Alejandría, sus transacciones en el país, de que da testimonio la carta de Demetrio (cap. IV, nota 201), y la frecuente mención en las leyes de los ingresos ἔμποροι, probable-

mente indígenas y extranjeros, que trataban en mercancías extranjeras, sugiere que no eran los agentes del rey quienes iban a los puertos extranjeros a vender sus mercancías y comprar otras, sino mercaderes extranjeros que venían a Alejandría para vender sus productos y comprar los del rey. Tenían la cooperación de los mercaderes indígenas al por mayor, armadores y propietarios de almacenes, que actuaban tanto por su cuenta como en función de agentes reales. Con el fin de saber exactamente quiénes eran y de qué medios disponían, los reyes pudieron haberles permitido o exigido la formación de asociaciones profesionales.

Entre estos tratantes en productos extranjeros y exportadores de mercancías egipcias, tanto del rey como de particulares, pudieron haber estado los propietarios de los grandes fundos regalados, la mayor parte hombres de influencia en los consejos reales. La correspondencia de Zenón hace evidente que Apolonio solía comprar y vender distintos productos tanto en Egipto como en los dominios egipcios. Pero no es seguro que extendiera sus operaciones comerciales (de cualquier tipo que fueren) a países extranjeros ni compitiese con los mercaderes extranjeros y los mercaderes indígenas profesionales dedicados a estos negocios. Antes de especular sobre la nueva clase de mercaderes que eran al mismo tiempo propietarios de grandes fundos y funcionarios importantes, y sobre su papel en el comercio exterior, debemos esperar testimonios concluyentes de que Apolonio tomó parte activa tanto en el comercio interior como en el exterior de Egipto. El paralelo trazado por F. M. Heichelheim entre Apolonio y Catón el Viejo, en este aspecto, es rebuscado y no convincente (198).

Lo que he dicho de los Tolomeos probablemente vale para los demás gobernantes que disponían de mercancías. Hay toda la razón para creer que los espartócidas no tenían flota comercial propia, sino que vendían la mayor parte de sus productos a mercaderes extranjeros que venían a Panticapeo y a mercaderes que eran súbditos suyos. No tenemos testimonios sobre otros reyes, y es inútil hacer hipótesis sobre la parte que tomaron en el comercio internacional (199).

En conclusión, puedo añadir que el papel social de los mercaderes al por mayor en el mundo helenístico tuvo cada vez más importancia. Es razonable suponer que los hombres más ricos de las ciudades —y la concentración de riqueza en manos de pocas gentes fue uno de los rasgos más destacados de los siglos II y I

antes de J. C.— fueron mercaderes o terratenientes, o una combinación de ambos. Con toda probabilidad, se dedicaron primero al comercio, adquiriendo por él sus fortunas, y después invirtieron su dinero en tierras. Otro fenómeno social relacionado con el comercio fue el carácter cada vez más internacional de la clase mercantil en todos los centros comerciales. La compañía de mercaderes son Somalilandia, establecida en Alejandría, de que he hablado, es un ejemplo; otro es Delos, con sus mercaderes griegos, sirios, itálicos y árabes. Debo recordar al lector que entre los mercaderes residentes en Delos había muchos semitas ligeramente helenizados.

Comercio interno y local. Bastarán unas breves palabras sobre el comercio interno y local. Al hablar de la agricultura y la industria mencioné que el habitante de una ciudad griega corriente proveía sus necesidades vitales —alimentos y productos industriales—, por regla general, en el mercado y las tiendas, perdiendo su importancia la producción casera excepto quizá en las casas ricas. El pan se preparaba en panaderías (lám. XXV) y lo vendían los tenderos; el vino, el aceite, las verduras, el pescado y la fruta se compraban en tiendas; los utensilios domésticos de cerámica o metal, muebles, herramientas, etc., de la misma manera. La única excepción era el vestido, que en parte lo hacían aún las amas de casa, las hijas y las criadas. Todo esto se compraba al contado y frecuentemente en pequeñas cantidades. La abundancia de monedas de cobre, moneda fraccionaria, halladas en casi todas las ciudades helenísticas, atestigua esta práctica.

Así había sucedido en la madre patria, y lo mismo ocurrió en los centros de vida urbana en todo el mundo helenístico. Tenemos un testimonio de ello en las espaciosas *agorai* helenísticas de las colonias macedónicas de Oriente, rodeadas de tiendas, como en Dura-Europos, y en las grandes cantidades de moneda fraccionaria halladas en todas las excavaciones de esta región, como, por ejemplo, en Dura-Europos y en las ciudades de Palestina.

El comercio por menor del mundo helenístico estaba en manos de pequeños tratantes que a veces comerciaban en distintas mercancías (παντοπῶλαι y κάπηλοι [?]), pero que por regla general se especializaban en algún producto particular; de artesanos que vendían los productos de su oficio, de buhoneros y de campesinos que traían sus productos al mercado y los vendían directamente a los clientes. El cuadro que presentaban Pompeya y

Herculano a principios del siglo I de la era cristiana, con cientos de tiendas a lo largo de las calles, con muchos *thermopolia* (nótese la palabra griega), con buhoneros y artesanos exhibiendo sus mercancías en el foro, puede aplicarse con toda confianza a las ciudades helenísticas de los siglos III y II a. de J. C. A este respecto puedo recordar de nuevo al lector las múltiples terracotas y estatuillas de bronce de la época helenística que muestran pescadores y labradores (hombres y mujeres), llevando sus mercancías a la ciudad, y buhoneros vendiendo, por ejemplo, pasteles y dulces*. La réplica oriental de una ciudad de tamaño medio como Pompeya, que no difiere mucho de las ciudades medias modernas de Oriente, está perfectamente representada por la Dura-Europos de la época parta, con sus cientos de tiendas agrupadas para formar largas calles, precursoras de los modernos zocos.

Las mercancías vendidas al público de una ciudad de tamaño medio o pequeño en la Grecia continental y las islas en la época helenística, se producían en su mayor parte en su territorio (alimentos) y en sus talleres (productos industriales). Algunos artículos eran importados de sus vecinos inmediatos. El cambio de productos entre las ciudades del Egeo fue una de las principales características de la vida económica de esa región desde época muy antigua, y así continuó en el período helenístico. Algunos de estos productos venían en barcos, otros por los caminos que enlazaban los territorios de las ciudades vecinas. Ya me he referido, como ejemplo, a la cerámica corriente barata. En general, el aspecto del mercado de una ciudad griega de este tipo y de esta época no difería mucho de la del mercado ateniense en el siglo V tal como lo describe Aristóteles. Lo mismo se puede aplicar a las ciudades griegas antiguas y nuevas de Asia Menor y el reino seléucida. Las monedas halladas en Priene y Pérgamo hacen pensar en los intercambios comerciales entre ciudades vecinas. En estas ciudades pequeñas y medianas no había gran abundancia de productos importados de otros estados y de más allá del mundo helenístico. Por regla general, éstos eran artículos de lujo, caros, que tenían pocos compradores. De cuando en cuando, en momentos de crisis y hambre, la ciudad vendería a la población hambrienta grandes cantidades de trigo, aceite, vino y pescado extranjeros (200).

---

* Véase el bello servicio de mesa en bronce encontrado en Pompeya.

En este último aspecto, las grandes ciudades del mundo helenístico ofrecían un panorama algo diferente: las capitales reales, grandes centros industriales y comerciales, importantes cuarteles generales militares y administrativos. En la mayoría de los casos, incluso en época normal, sus territorios eran incapaces de alimentar su numerosa población. Por consiguiente, se importaban, sin duda, alimentos en cantidades grandes o pequeñas desde lugares más lejanos. En Alejandría, por ejemplo, el grueso de éstos se embarcaba Nilo abajo, mientras que algunos de calidad más fina venían de los dominios y del extranjero. En Antioquía la situación pudo haber sido parecida, y el producto de su territorio, amplio y fértil, sería complementado con productos de otras partes de Siria. Otras ciudades comerciales que poseían una gran extensión de tierra fértil eran tal vez casi autárquicas, como Rodas, Cícico, Heraclea Póntica, Amiso, Sinope, Esmirna, Éfeso y Mileto; mientras que Corinto, Atenas y Delos dependían mucho de las importaciones. La situación era parecida por lo que se refiere a los productos manufacturados. Por supuesto, todas las grandes ciudades eran importantes centros industriales. Sus artesanos no sólo suministraban a la población de la ciudad sus productos, sino que producían para subvenir a las necesidades del resto del territorio del Estado y de los clientes extranjeros. Al mismo tiempo, la parte rica de la población de estas ciudades, no contentándose con los productos de su ciudad y país propios, absorberían, naturalmente, grandes cantidades de productos importados de mejor calidad.

Aunque el carácter del abastecimiento era distinto en las grandes ciudades, no creo que el método de distribución difiriese mucho del que predominaba en las ciudades pequeñas y medianas. En las primeras las tiendas de los minoristas pudieron haber sido mayores y mejor surtidas, y los tenderos más ricos y con varios ayudantes. Los propietarios de talleres *(ergasteria)* quizá empleasen cierto número de esclavos, pero el carácter general del comercio por menor, incluso en las mayores ciudades, no se diferenciaba del de las más pequeñas. En el Oriente Próximo hasta 1914 no había diferencia fundamental entre los negocios en los bazares de Esmirna, Alepo, Beirut, Bagdad y Constantinopla y lo que se negociaba en los más modestos zocos de las ciudades más pequeñas. La ganancia era mayor, pero el tipo del comercio era el mismo. Los minoristas vendían alimentos, los pequeños restaurantes y cafés satisfacían las necesidades de sus

clientes y el artesano comerciante era el típico productor y vendedor de artículos manufacturados.

Puedo concluir con algunas notas sobre organización peculiar del comercio dentro del Egipto tolemaico. En su aspecto exterior, Alejandría se parecía probablemente a otras capitales del mundo helenístico. Es difícil decir hasta qué punto el comercio libre estaba aquí restringido por la existencia de monopolios reales y la intervención del Estado. Los productos monopolizados se vendían sin duda en Alejandría de la misma manera que en la *chora*, es decir, por concesionarios del Estado. En la *chora* el comercio minorista estaba en manos de mercaderes autorizados y se hacía probablemente en pequeñas tiendas. Los precios de muchos artículos los fijaba el Estado, y los mercaderes eran prácticamente sus agentes. En otros casos, los mercaderes minoristas, aunque no obligados rígidamente por precios fijos, sufrían la intervención del Estado. Puedo citar de nuevo la directriz general dada a este respecto por el dioceta a los ecónomos de la *chora*[*1]: «Mira también que las mercancías en venta no sean vendidas a precios superiores a los prescritos. Haz también una cuidadosa investigación de qué productos no tienen precio fijo y a los que los vendedores pueden poner el precio que quieran; y después de poner una ganancia justa [esto es, una adición justa al costo de producción] sobre las mercancías que se vendan, hazlos [¿a los comerciantes?] disponer de ellos.» Cualquiera que fuere el significado de la última frase incompleta, «es evidente que aún en las ramas del comercio en que no se habían señalado oficialmente precios fijos, tampoco era libre su comercio. Porque los precios estaban sujetos a intervención»[*2].

Sin embargo, el sistema de monopolios y de intervención estatal de la producción y el comercio, por el que se fomentaba efectivamente el comercio local y se privaba a la población de todo el dinero que la tributación dejaba a su disposición, no era completo ni general. Cualquier sobrante de producción que pudiera quedar a los terratenientes y artesanos después de satisfacer las demandas del gobierno (y ciertamente existió este sobrante en las ramas no monopolizadas de la agricultura y la industria), era vendido en mercado libre en tanto que no era consumido ni empleado por los mismos productores. La intervención estatal de

---

*1 *Teb.*, 703 (Hunt y Edgar, *Sel. Pap.*, 204), 174-182.
*2 Ibíd., pág. 97.

precios de los productos no monopolizados, que probablemente no se extendía a los comerciantes por mayor, parece que dejaba un margen justo y no estrictamente limitado de provecho a los minoristas. En todo caso existió un activo intercambio de mercancías en la *chora* de Egipto tanto a principios como a fines del período tolemaico.

Esto está atestiguado por muchos documentos sobre los que puedo decir algunas palabras. Por lo que se refiere al comercio por mayor, tenemos una mina de información en las cartas de la correspondencia de Zenón que se refieren a la venta y compra de productos por Apolonio y el mismo Zenón. Ya he descrito sus operaciones*[1], y sólo debo recordar al lector la flotilla de mercantes que poseía Apolonio, cuyo comandante era Critón el στολάρχης, y los múltiples agentes comerciales de Apolonio que compraban y vendían varios productos en las diversas partes de Egipto.

Apolonio no fue un caso excepcional en la actividad comercial. No sólo los demás propietarios de grandes fundos regalados, sino también los comerciantes por mayor profesionales, tanto extranjeros como indígenas, se dedicaban al mismo género de negocios. He mencionado antes (cap. IV, nota 201) la carta de Demetrio*[2], en la que, refiriéndose a los resultados de la real orden de que las monedas extranjeras y algunas locales debían ser reacuñadas, el escritor dice que los mercaderes por mayor (ἔμποροι) y los propietarios de almacenes (ἐγδοχεῖς), cuya mayoría probablemente residía en Alejandría, y los «extranjeros que navegan» (ξένοι οἱ εἰσπλέοντες), estaban indignados a causa del perjuicio de la operación, que les imposibilitaba «enviar (su dinero) al país para la compra de mercancías» (líns. 23 y sig.). Una gran parte de estas mercancías eran enviadas a Alejandría, y parte de ellas probablemente exportadas. Pero los ἔμποροι vendían sin duda algunas en el país a personas particulares y a los numerosos minoristas.

Los mismos métodos, aunque en menor escala, eran seguidos por otros propietarios particulares de mercancías para la venta. Aún poseemos muchas actas de venta y otros documentos que tratan de estas transacciones entre individuos particulares. Demuestran un tráfico activo en alimentos, materias primas, productos manufacturados, animales domésticos, esclavos, etcétera.

---

*[1] Cap. IV, págs. 374 y sig., con nota 184, y pág. 384, con nota 200.
*[2] Hunt y Edgar, *Sel. Pap.*, 409.

Una lista de estos documentos sería demasiado larga para darla aquí. Tampoco puedo enumerar las diversas clases de minoristas a quienes se vendía gran cantidad de estas mercancías y que ellos revendían después a los consumidores. Comprendía tratantes que vendían una gran variedad de mercancías sin especificar (παντοπῶλαι (?)), y también los que se especializaban en algún producto particular (tales como σιτοκάπηλοι, etc., ὀθονιοπῶλαι, ἐριοπῶλαι, etc.); algunos eran al mismo tiempo artesanos que producían artículos de una u otra clase (201).

De estos tratos comerciales entre personas que no eran comerciantes, y de los negocios de los minoristas, puede sacarse una idea exacta por los contratos privados anteriormente mencionados, y por muchos documentos de la correspondencia de Zenón que tratan de transacciones de este género en Filadelfia. He tratado de estos documentos en otra parte*[1] y no voy a repetir aquí lo que allí dije. Un cuadro excelente de este aspecto de la vida egipcia lo ofrece también un documento fragmentario hallado en Tebtunis y publicado recientemente (*Teb.*, 890, siglo II antes de J. C.). Un estudio cuidadoso del documento a la luz de la correspondencia de Zenón y los distintos contratos individuales, etc., de la época tolemaica daría una idea más viva de las condiciones de hecho que una tabulación o las llamadas estadísticas.

El documento en cuestión contiene fragmentos de las cuentas diarias de una banca rural del nomo heracleopolita en la que se registran, no las transacciones de la banca como departamento del tesoro real, sino los pagos hechos por orden de sus clientes, incluyendo funcionarios del gobierno. Es sorprendente el número de residentes en pueblos que no son agricultores (que parece llevaban negocios a través de los bancos del trigo del Estado, los θησαυροί), tenían depósitos o cuentas corrientes en el banco y hacían uso de ellas para efectuar sus pagos (ἀπὸ τραπέζης, *Teb.*, 891, 36, siglo II a. de J. C.).

El banco tenía muchos clientes de distintas clases. Entre ellos se destacaba la aristocracia de los negocios. En primer lugar pueden mencionarse los mercaderes (ἔμποροι), todos griegos; uno —Megaleo, hijo de Apolonio— era especialmente activo*[2]. Estaba en relación con los minoristas y, según parece, trataba en distintas mercancías, entre otras, bueyes. Después venía un

---

*[1] *Large Estate*, págs. 118 y sigs.

*[2] Líneas 94, 164-165, 225; cf. 116 y 174.

armador y fletador (ναύκληρος), también griego (lín. 80). Hay varias menciones de un banquero, Apolonio (líns. 82, 90, 132). Un tratante de miel, un griego «de la ciudad», parece ser un tratante por mayor (μελιτοπώλης, líns. 36 y sigs.). Un trierarca al mando de un barco de guerra que patrullaba por el río y cuya tripulación sacaba dinero del banco con frecuencia*. Y muchos funcionarios del Estado recibían del banco sus salarios y dinero para sus propios gastos. Hombres relativamente ricos son escasos. El grueso de los clientes del banco son minoristas y artesanos indígenas. Los principales negocios del lugar parecen haber sido los tejidos y paños. Tratantes en tejidos de lino (ὀθονιοπῶλαι), en *himatia* (ἱματιοπῶλαι), en fibra de lino (λινέμποροι: una era una mujer indígena, lín. 23, otro un griego, lín. 32) y en lana (ἐριέμπορος, también griego, lín. 169), bataneros (γναφεῖς), tejedores de bisos (βυσσουργοί), y sastres (ἠπηταί), aparecen repetidas veces en las cuentas. Realizaron activos negocios plateros y orfebres (χρυσοχόοι) y un calderero (χαλκεύς). Es interesante encontrar que un platero, de nombre Opo, paga sus deudas en plata sin acuñar (ἄσημος) y oro, según la antigua tradición egipcia (202). También son mencionados un batanero (σκυτεύς) y un arquitecto (οἰκοδόμος). Tampoco faltan los tratantes en alimentos: tratantes de grano (σιτοκάπηλοι), en aceite (ἐλαιοπώλης), en terneras (μοσχοπώλης), un carnicero (μάγειρος), y muchos posaderos (κάπηλοι); véase nota 196.

Todos estos tratantes indígenas realizaban distintas operaciones mercantiles a través del banco, en su mayoría pagos de mercancías y liquidación de préstamos privados (no bancarios). Con frecuencia especificaban el fin con que se hacían estos pagos: compra de fibra de cáñamo (στυππεία), de un *himation* y *sindon*, de un quitón de lino, de una talega, de cobre, de bueyes, etc.

Sobre las demás monarquías del mundo helenístico no tenemos una información comparable a la que se refiere a Egipto. No conocemos cómo se organizaba el comercio por menor en las partes del imperio seléucida que no dependían de alguna ciudad griega o macedónica. En Babilonia parece que no hubo cambios notables, en este aspecto, en los métodos prehelenísticos. Por lo que se refiere a los grandes centros urbanos de vida oriental que conservaron su constitución y estructura económica antiguas, no tenemos información.

---

* Líneas 20 (?), 34, 93; véase cap. V, pág. 762 y nota 134.

Banca. Las operaciones bancarias (203) eran tan antiguas en el mundo griego como el uso de la moneda emitida y garantizada por el Estado. Dado que se acuñaban monedas de diferente tipo, peso y calidad, en las distintas ciudades y en Lidia y Persia (véase lám. XI), el cambio de moneda se transformó desde antiguo en una profesión en manos de especialistas inteligentes y experimentados. Los primeros banqueros —cambistas de monedas— se sentaban detrás de sus mesas (τράπεζαι) en las calles y mercados como sus sucesores en el Oriente moderno. Por ello se llamaban *trapezitai* y los bancos *trapezai*. Desempeñaron un papel cada vez más importante en la vida económica de las ciudades griegas en la época clásica. Sus negocios se extendieron constantemente y su maquinaria se complicó cada vez más. Siendo honrados, inteligentes, fieles y ricos, los *trapezitai* no sólo ayudaban a la población y especialmente a los mercaderes de la ciudad en sus negocios en moneda extranjera, sino que aceptaban la custodia de sus ahorros y actuaban como socios, asistentes e intermediarios en toda clase de transacciones realizadas por sus clientes.

Grandes cantidades de dinero acuñado se acumulaban en los tesoros de los templos como ofrendas, donaciones y fundaciones. Los estados, corporaciones e individuos particulares que poseían fondos sobrantes deseaban, naturalmente, depositar sus reservas en los templos como lugares seguros. La custodia de depósitos de distintas clases tendía, pues, a ser un hecho corriente en los negocios del templo. Naturalmente, los templos invertirían sus propios fondos de distinta manera, principalmente en préstamos, y con el consentimiento de los propietarios de los depósitos y sujetos al pago de interés podían emplear de la misma manera el dinero que custodiaban. De este modo los templos se transformaron en bancos corrientes.

Finalmente, algunas ciudades que emitían grandes cantidades de dinero y disponían de reservas de capital, además de las sumas que recibían como donaciones y fundaciones, requerían la ayuda de especialistas en sus transacciones monetarias. Y en vez de recurrir a banqueros privados o templos, creaban bancos de la ciudad, donde sus fondos eran administrados por expertos en cooperación con las cosas y los distintos departamentos financieros de la administración. El paso siguiente fue concentrar todas las operaciones de banca en manos del banco de la ciudad, es decir, establecer un monopolio bancario ciudadano.

De este modo, en las ciudades griegas participaban en la custodia e inversión del dinero distintos tipos de bancos: bancos de los templos, bancos de la ciudad y bancos particulares. Las operaciones de dinero corrientes de cualquier banco serían: contratación de moneda extranjera, especialmente el cambio de moneda extranjera en moneda local y viceversa; cuidar de los depósitos de distinta clase, tales como los simples ahorros, depósitos corrientes sin interés, y el llamado *depositum irregulare* sujeto a interés; lo que se conoce por *giro* o *incasso*, esto es, distintos tipos de operaciones de transferencia; operaciones de crédito de distintos tipos: préstamos con garantía colateral, depósitos e hipotecas, y un tipo muy especial y popular, los préstamos a la gruesa.

Encontramos los negocios de banca muy desarrollados según todos estos principios en muchas ciudades griegas del siglo IV antes de J. C. El mayor centro de banca era, naturalmente, Atenas, y tenemos buenos testimonios literarios y epigráficos sobre los bancos particulares de la ciudad.

Las ciudades helenísticas heredaron los bancos del pasado. Una de las principales características de esta época fue la expansión de los bancos de la ciudad, que aparecen con relativa frecuencia, incluso en nuestros escasos testimonios epigráficos: los mejor conocidos son los de Cos y Mileto, pero se mencionan de cuando en cuando en muchas otras ciudades. Sin embargo, es de notar que la mayoría pertenecen a época posterior al 200 antes de J. C. (204).

Otro fenómeno notable de la época helenística fue el desarrollo ulterior de los templos como instituciones bancarias y de los bancos privados. Por lo que se refiere a los primeros, sabemos algo de las transacciones monetarias de los templos de Delos. Tenemos noticia de ciudades que guardaban allí sus depósitos y de préstamos otorgados por los templos a ciudades y particulares. Me he referido ya* a la ayuda que prestó Filadelfo a Delos recaudando sus deudas en varias ciudades. Un hecho interesante en los negocios de los templos de Delos es su cooperación con los banqueros particulares residentes en la isla. Mientras que guardaban en depósito el dinero de sus clientes, los templos, a su vez, depositaban su propio dinero en banqueros particulares. No hay testimonios de un banco de la ciudad en Delos antes de la segunda dominación ática (205).

---

* Cap. IV, págs. 143 y 240, con nota 57; cf. 242 y sigs.

Otros templos tan ricos como los de Delos, o quizá más ricos, probablemente siguieron la misma práctica. Entre ellos se destacaban los templos anatólicos de origen oriental afiliados a las ciudades griegas, como los templos de Éfeso y Sardes. De Éfeso sabemos que en la época de los lidios y persas el templo era el principal lugar de seguridad, donde reyes, ciudades y particulares guardaban el dinero. Es muy improbable que esta práctica se abandonase en la época helenística. No tenemos información directa, y todos nuestros testimonios sobre el Éfeso helenístico son muy pobres. Sin embargo, es cierto que incluso en la difícil época de Mitrídates sus templos tenían grandes ingresos y otorgaban muchos préstamos a interés. El decreto o ley de Éfeso de 85 a. de J. C., al que me he referido varias veces (cap. VII, página 1062, nota 14), menciona los deudores insolventes del templo*[1] y los préstamos de distinta clase otorgados de los fondos sagrados*[2]. Hay testimonios relativamente buenos de que el templo continuó las mismas operaciones financieras en la época romana (206). Por lo que se refiere a Sardes, sabemos que probablemente en la segunda mitad del siglo III a. de J. C. el templo prestaba dinero a ricos propietarios sobre hipoteca de sus fincas*[3]. Incluso los templos menores de Asia Menor, como los de Caria, realizaban, a escala más reducida, los mismos negocios que los templos de Éfeso y Sardes*[4]. No veo testimonio de ninguna disminución en la actividad bancaria de los templos en la época helenística.

Pero los bancos de los templos eran de menos importancia comparados con los bancos privados, especialmente los de las mayores ciudades comerciales. Al hablar de Rodas mencioné los préstamos*[5] otorgados por ricos rodios a distintas ciudades, y examiné la inscripción funeraria de un banquero rodio*[6]. Es lastimoso que sepamos tan poco de los negocios de los banqueros de Rodas. Sobre Delos nuestra información es más abundante. Las inscripciones delias nos cuentan el nombre de varios banqueros en cada período de la historia de la isla. La mayoría vie-

---

*[1] *S. I. G.*³, 742, 11, 29 y sigs. (cf. J. H. Oliver, *A. J. Phil.*, LX (1939), págs. 468 y sigs.).

*[2] Ibíd., líns. 38 y sigs.

*[3] Véase cap. IV, pág. 470 y nota 274; cf. pág. 443 y nota 255.

*[4] Véase cap. V, pág. 725 y nota 82.

*[5] Véase pág. 169 e Índice, voz «Rodas».

*[6] Véase cap. V, pág. 731, con nota 95, y pág. 739, con nota 106.

nen de otros lugares, como los banqueros atenienses del siglo IV antes de J. C. Algunos grupos de éstos formaban asociaciones como los mercaderes. Tenemos algunas indicaciones sobre el carácter de sus operaciones, que, como sería de esperar, se relacionaban principalmente con el tráfico cada vez mayor de Delos*[1]. No hay duda de que había banqueros particulares en todas las grandes ciudades helenísticas, aunque no se les menciona con mucha frecuencia*[2]. Es una pena que la información sobre sus negocios, el volumen de sus transacciones, la administración de distintas ramas de la banca, y su técnica, sea tan escasa, y que realmente casi falte por completo. El conjunto de los testimonios, tales como son, denotan un desarrollo firme y casi ininterrumpido de los negocios bancarios, cambiando sus centros principales de lugar según las vicisitudes del comercio internacional (207).

Los bancos del período helenístico, aunque rasgo típico de la vida económica de las ciudades griegas de la Grecia continental, de las islas y de las colonias griegas en Occidente y Oriente, no se limitaban a estas localidades. Con los griegos, los bancos emigraron a las monarquías orientales. No tenemos testimonios positivos de la existencia de bancos privados y de las ciudades en los establecimientos griegos del Oriente. Pero no hay razón para afirmar lo contrario, al menos en los centros griegos y macedónicos de más entidad del imperio seléucida.

No sabemos lo que sucedió con los ricos y bien organizados bancos privados de tipo oriental que con certeza se sabe existieron en Babilonia en la época neobabilónica y probablemente también en la época prehelenística en las grandes ciudades comerciales de Siria, Fenicia y Palestina. Tampoco estamos bien informados sobre los negocios financieros en la época helenística de los grandes templos orientales, que conservaron su riqueza e importancia.

Sin embargo, es cierto que bajo los seléucidas los templos no fueron privados de una cierta autonomía política y económica, y fueron muy respetados por aquéllos, por lo menos en los primeros años de la dinastía*[3]. He mencionado que algunos de los templos de las regiones orientales del imperio seléucida continuaron probablemente emitiendo su moneda, y que todos fueron

---

*[1] Véase cap. IV, pág. 242, con nota 62, y VI, pág. 876, con nota 64.
*[2] Véase nota 204 de este capítulo.
*[3] Cap. IV, págs. 415 y sigs., y notas 233 y sigs.

muy ricos hasta que las dificultades financieras temporales obligaron a Antioco III, Seleuco IV y Antioco IV a exigir la entrega de una gran parte de sus riquezas*[1]. No sólo poseían capital acumulado en forma de fincas, ganado, esclavos, vasos y utensilios sagrados de oro y plata y moneda acuñada, sino que también tenían depósitos privados de oro, plata y monedas. Éste era, por lo menos, el caso de Jerusalén, en el reinado de Seleuco IV, cuando, presionado por sus dificultades financieras, intentó confiscar el tesoro del templo. El atentado levantó la indignación de los sacerdotes y de la población, no sólo a causa de su carácter sacrílego, sino porque el grueso del dinero estaba formado por depósitos particulares, en parte propiedad de viudas y huérfanos. Yo no discuto la autenticidad de la historia tal como se cuenta en el libro de los Macabeos*[2], pero es evidente que la afirmación sobre los depósitos particulares en el templo no puede haber sido inventada. Está apoyada por lo que sabemos de negocios parecidos emprendidos por el templo de Jerusalén en la época romana*[3] (208). Tenemos noticia de otros tipos de operaciones bancarias, como, por ejemplo, las realizadas por el templo oriental helenizado de Sardes, anteriormente mencionado. Es muy probable que la aceptación de estos negocios por el templo no fuese una innovación, sino de acuerdo con una antigua tradición oriental.

En Egipto la banca asumió un carácter peculiar y único. Conocemos relativamente bien el sistema bancario tolemaico, tanto por los testimonios contemporáneos como por los documentos de época romana. Ya he resumido brevemente lo que sabemos de ello*[4]. Su principal novedad fue la centralización de la banca, es decir, la creación de un banco central del Estado en Alejandría, con sucursales bancarias en las capitales de los nomos y subsucursales en todos los pueblos más importantes. Los bancos particulares donde existían jugaban un papel secundario en la vida económica del país.

El banco estatal de los Tolomeos estaba organizado según el modelo griego. La terminología, la contabilidad y las operaciones eran griegas. No se percibe influencia local, excepto en la organización peculiar del departamento que trataba en el trigo

---

*[1] Cap. V, págs. 743 y sig., y nota 115.
*[2] II Macabeos, III, 3, 10, y 15, y IV, 4 y 7.
*[3] Flavio Josefo, *Bell. Jud.*, VI, 282.
*[4] Cap. IV, págs. 390 y sigs., con nota 203.

(los θησαυροί con sus administradores los σιτολόγοι). En general, el βασιλικὴ τράπεζα tolemaico no era muy diferente de un banco ordinario de una ciudad griega. Con toda probabilidad sus operaciones se planeaban en mucha mayor escala, la administración era más elaborada, el personal más especializado, la contabilidad mucho más detallada, y la teneduría de libros mucho más precisa, pero en conjunto los bancos estatales tolemaicos tenían las mismas funciones generales y estaban organizados según los mismos modelos que los bancos de las ciudades griegas.

Como éstos, el banco real egipcio era una institución estatal y su fin principal era servir los intereses del Estado. De hecho, era tanto un departamento de la administración financiera del país como un banco estatal que se ocupaba principalmente de la custodia e inversión del dinero del Estado. La administración de los fondos privados y los intereses de los clientes particulares del banco eran de un interés secundario para él. Como departamento de la tesorería, cooperaba con los funcionarios reales y los arrendatarios de impuestos en la recaudación de éstos, en cuanto se trataba de dinero, y tenía la obligación de hacer efectivos, también con la cooperación y bajo la inspección de los funcionarios reales, todos los pagos que hacía el Estado a personas oficiales y particulares. Custodiaba el dinero recaudado por él e invertía en beneficio del Estado los fondos que no se gastaban.

Es de lamentar que, mientras conocemos mucho de la actividad de los bancos como departamento del tesoro, nuestra información sobre los métodos de invertir el dinero del Estado es muy escasa. Por las leyes de los Ingresos de Filadelfo (cols. 77-78) sabemos que los préstamos eran la forma corriente de esta inversión. Por desgracia no sabemos nada de las condiciones en que se hacían estos préstamos. En un documento (*Teb.*, 766, ¿de 136 a. de J. C.?) tenemos a un individuo particular que pide al banco un préstamo a corto plazo que le permita pagar una deuda a la corona. Por lo demás, en la medida de mis conocimientos no hay testimonio de préstamos bancarios a personas particulares. Es difícil que esto sea casual. Con toda probabilidad el Estado exigía distintas garantías a los que intentaban conseguir un préstamo y complicaba el procedimiento hasta hacerlo dificilísimo. Las personas que necesitaban dinero tenían que recurrir a prestamistas particulares, sin excluir a los usureros profesionales. Volveré sobre este punto.

Como consecuencia de su buena administración y por la seguridad que ofrecían (gracias a la intervención real y al apoyo de la autoridad del Estado), los bancos reales de Egipto ofrecían atractivo, naturalmente, a los particulares que tenían dinero para el depósito de sus ahorros y capital líquido y como medio de efectuar y recibir pagos. Los reyes no se oponían a esta extensión de las funciones bancarias, ya que esto significaba un aumento de sus ingresos y llevaba consigo muy poco riesgo. Los bancos llegaron a ser grandes instituciones depositarias y desarrollaron grandes negocios de esta clase, recibiendo dinero de sus clientes, guardándolo en depósito y efectuando pagos de estos depósitos.

Precisamente sobre este aspecto de la actividad bancaria que se ocupaba de los negocios de sus clientes particulares es sobre lo que estamos mejor informados. La correspondencia de Zenón es muy instructiva. Apolonio, director del banco central de Alejandría, tenía depósitos, como persona particular, en distintas sucursales del banco real. De cuando en cuando pagaría en dinero a una u otra sucursal, y sus agentes comerciales y otros subordinados sacarían dinero de estos depósitos. Tenemos ejemplos del pago por parte de sus subordinados de distintas obligaciones por su cuenta por medio del banco, además de emplearlo en gran escala para sus propios negocios particulares (209). Aún más importante, por más explícito, es el testimonio que nos dan las cuentas mencionadas de uno de los pequeños bancos del nomo heracleopolita en el siglo II a. de J. C. (*Teb.*, 809). Demuestra lo mucho que usaban el banco los particulares para el depósito de dinero y para efectuar pagos.

La contabilidad del banco heracleopolita es relativamente sencilla. Pueden distinguirse dos tipos de entradas: las que se atribuyen a un nombre en genitivo y las que se ponen a un nombre en dativo. Según los editores, «los dativos son nombres de personas a quienes, o a cuenta de quienes, hacen pagos por el banco, mientras que los genitivos son los nombres de aquellos por quienes se pagaban las sumas entradas o a quienes se les ponía en cuenta». En muchos casos es evidente que los pagos se efectuaban por transferencia de una cuenta a otra sin cambio de dinero. Tales son evidentemente las entradas de las líneas 5 y 6, 7 y 9, 179 y 181. En las líneas 21-23 se dice: «un pago indirecto de Tolomeo a Tabis de 5.100 dr.; de esta suma recibe 2.000, dejando un crédito de 3.100». He mencionado este pormenor de los procedimientos bancarios corriente en la época moderna, porque muchos eminen-

tes historiadores creen improbable que se hicieran esas transferencias en la época antigua. No podemos asegurar si este procedimiento, empleado también en las transacciones de grano, era o no una innovación de la banca tolemaica (210).

Las cuentas de la banca son especialmente interesantes porque demuestran la frecuencia con que recurría a los bancos el pueblo egipcio. Ya ocurría así a principios de la época tolemaica, y la costumbre se hizo aún más corriente a finales de esta época, como demuestran estas cuentas. Ha de recordarse que la mayoría de los clientes del banco eran indígenas: minoristas, artesanos, funcionarios modestos. La organización tolemaica de Egipto tuvo éxito en promover el empleo del dinero y en ayudar al pueblo a utilizarla como medio de cambio. Conveniente en sí mismo, el sistema de pagar las deudas a través del banco tenía además la ventaja del registro oficial de las transacciones y producía así un testimonio importante en caso de litigio.

Sin embargo, la existencia de facilidades por parte de la banca no eliminó por completo las transacciones comerciales particulares en las que el dinero pasaba de mano en mano (διὰ χειρός o expresiones similares), en préstamos privados de dinero, en oposición a los pagos a través del banco (δι[ά τε] χειρὸς καὶ τῆς Κάστορος κολλυβιστι[κῆς] τραπ[έζ]ης)*. Este procedimiento, menos embarazoso y más elástico, evitaba a las partes ciertas enojosas restricciones en la libertad del contrato, tales como el tanto por ciento máximo de interés (24 por 100) prescrito por un *diagramma* real ya en el siglo III a. de J. C., y por ello válido en todo Egipto, tipo de interés mucho más alto que el que prevalecía en el resto del mundo helenístico (8 por 100, con algunas excepciones). Este alto tanto por ciento demuestra que el dinero era escaso en Egipto. Esto se debía en parte al hecho de que los Tolomeos extraían ingeniosamente el dinero del pueblo mediante monopolios e impuestos, empleándolo en pagar sus gastos exteriores, el costo de las guerras y el sueldo de sus mercenarios, y acumulando grandes reservas. Puede considerarse probable que otra razón para la escasez de dinero fue la manía de los Tolomeos de excluir del mercado egipcio el capital extranjero. Un ejemplo característico de esta escasez que conducía a la usura y al mercado negro, y del corto alcance de las operaciones bancarias en el campo de los préstamos particulares, se encontra-

* *B. G. U.*, 1156, 8-9, siglo I a. de J. C.

rá en uno de los papiros de Zenón que posee la Universidad de Columbia (Inv. 272), a punto de ser publicado por el profesor W. L. Westermann, que ha tenido la amabilidad de permitirme citarlo a este respecto. Es una petición (ἔντευξις) a Filadelfo por Antípatro, un griego de Filadelfia, sobre un préstamo que había contraído su esposa con otro griego de Heracleópolis (?), llamado Nicón, quizá un usurero profesional, que pedía un tipo de interés exorbitante (6 por 100 al mes, esto es, el 72 por 100 al año). El negocio es oscuro y los hechos reales se nos escapan, pero es evidente que los préstamos de este género, aunque probablemente ilegales (Antípatro cita en las líneas 15-16 los *diagrammas* reales sobre los tipos de interés), eran frecuentes, y que los usureros recurrirían de cuando en cuando a métodos violentos, aunque no del todo ilegales, para reunir su dinero (detención del deudor como ἐνέχυρον o rehén en custodia privada) (211).

Aunque el empleo del dinero se popularizó mucho en Egipto bajo el patrocinio de los reyes y la administración, y gracias a las facilidades que daba el desarrollo de los bancos, no se trató de eliminar completamente, como ya he dicho repetidas veces, la economía tradicional triguera de Egipto. El grano en Egipto era casi un equivalente del dinero. Era natural, pues, que el banco no se limitase a transacciones de dinero, sino que también se dedicase a tratar en trigo. Los graneros del gobierno (θησαυροί), extendidos por todo el país y heredados por los Tolomeos, se transformaron en una red de bancos de trigo con su centro en Alejandría. Eran administrados por un equipo especial (σιτολόγοι y sus subordinados) que tenía las mismas funciones que los banqueros; es decir, recibían impuestos y rentas pagadas en especie y efectuaban pagos en trigo de los graneros del gobierno en beneficio del Estado. Al mismo tiempo, como los banqueros, actuaban como agentes de personas particulares. Guardaban su trigo en depósito y efectuaban pagos en trigo en su beneficio. Los testimonios sobre estas transacciones son más abundantes que sobre los bancos. Se han estudiado con frecuencia* y no puedo entrar aquí en pormenores.

En conclusión, puedo mencionar un problema importante en relación con el sistema bancario tolemaico. He señalado que era griego en esencia y que su organización no difería de la de los

---

* Véase cap. IV, nota 204.

bancos estatales griegos. ¿Hemos de atribuir a los Tolomeos la idea de hacer de los bancos una institución estatal, con los reyes como únicos banqueros y todos los negocios bancarios del país concentrados en sus manos, o fue tomado por los Tolomeos de algunas ciudades-estados griegas? Los escasos testimonios que se refieren al siglo IV y principios del III a. de J. C. no indican ninguna ciudad donde la banca privada fuese eliminada y los negocios bancarios pasasen a ser un monopolio gubernamental. Ciertamente, esto no ocurrió en Atenas, el mayor centro bancario del mundo griego en el siglo IV a. de J. C. Pero un monopolio parcial de la banca se registra en algunas ciudades griegas que eran centro de comercio internacional. En Bizancio se introdujo un monopolio bancario a fines del siglo IV a. de J. C.*[1], como ocurrió también en Olbia*[2]. Pero la existencia de este monopolio era natural, en tanto que las ciudades de Grecia, que acuñaban su propia moneda, se inclinarían a proteger su dinero por una medida de este tipo. Sin embargo, monopolio de cambio no significa completa eliminación de la banca privada. En el estado actual del problema, parece probable que los Tolomeos fueran los primeros en hacer de la banca una empresa gubernamental. Pudo haber sido bajo su influencia directa o indirecta (quizá ejercida a través del reino pergameno, que pudo haber adoptado el sistema bancario tolemaico) el que después de 200 a. de J. C. algunas ciudades griegas, principalmente el Asia Menor, creasen los bancos estatales anteriormente mencionados. Sin embargo, esto no es más que una hipótesis.

El sistema bancario tolemaico no desapareció con el gobierno de los Tolomeos. Se conservó con algunas modificaciones durante la administración romana de Egipto e influyó en el sistema romano de recaudación de impuestos y rentas*[3]. Es interesante anotar que incluso sobrevivió la idea de un banco central estatal. Dion Casio, en el famoso discurso de Mecenas, sugería la organización de un banco parecido, con institución de crédito para todo el imperio romano (LII, 28 y sigs.) (212).

Moneda. El comercio y la banca estaban estrechamente relacionados con la moneda y la política monetaria de los estados

---

*[1] Seudo Aristóteles, *Oecon.*, II, pág. 1346[b], 24.

*[2] *S. I. G.*[3], 218.

*[3] Las *mensae* (τράπεζαι) romanas estaban distribuidas por todo el imperio.

helenísticos. He resumido las líneas generales de la evolución de la moneda y estudiado sus particularidades locales, ilustrándolas con reproducciones de distintas monedas, y sólo me queda tocar aquí brevemente el tema. Un estudio más completo de la moneda helenística requeriría mucho espacio y está fuera de mi competencia. En los últimos años la numismática se ha transformado en una rama del saber muy especializada, basada en minuciosas observaciones técnicas. Además, el estudio apurado de la moneda helenística está en sus principios, y no existe todavía un estudio general importante (213).

El uso de la moneda llegó a ser en la época helenística un factor económico de gran importancia. Ya estaba bien establecido en las ciudades-estados griegas del siglo IV a. de J. C. y fue un rasgo relativamente destacado del imperio persa. En la época helenística arraigó firmemente en Oriente, y en gran medida sustituyó al trueque en la vida económica de lo que había sido aquel imperio. Fue heredado de los seléucidas por el reino griego de Bactriana y por los partos y llegó a predominar en la India, bajo la influencia helenística. Los saces y después los cusitas continuaron la tradición helenística en Bactriana y el norte de la India. De la misma manera fue heredado por los árabes, especialmente los nabateos, y por otros estados indígenas menores, que se separaron del imperio seléucida, como Palestina, Armenia, etc. En el Norte el uso de la moneda se adoptó extensamente en el norte de la península balcánica entre tracios y celtas. Éstos, desde principios de la época helenística (véase lám. LXVII, 4), emitieron grandes cantidades de moneda, en las que se imitaban las monedas de Filipo II y Alejandro, y después la de Tasos y Maronea. No tengo que añadir que el uso de la moneda, que durante mucho tiempo era corriente en las ciudades griegas de Occidente, hizo grandes progresos en Italia y Cartago durante la época helenística.

Había, pues, en todo el mundo helenístico y fuera de él, una gran demanda de moneda: hasta cierto punto de moneda de oro, pero especialmente de la de plata y cobre. El dinero se usaba cada vez más en toda clase de comercio interno y externo. Una gran proporción de metales extraídos en las minas del mundo helenístico se transformaba en moneda, que circulaba por todas sus regiones. El volumen de moneda en circulación dependía, por supuesto, de muchos factores: circunstancias políticas, política monetaria de los distintos estados y cantidad de metal de que disponía cada uno.

A principios de la época helenística el dinero era abundante y barato. Las fluctuaciones violentas de precios en la época de los diádocos fueron pasajeras y han de atribuirse al caos de la época. Cuando se logró la estabilidad política, el mercado de dinero se hizo más regular y firme, y lo mismo, hasta cierto punto, ocurrió con los precios y el tipo de interés, aunque éstos no fueron uniformes en las distintas partes del mundo helenístico. La situación cambió a fines de la época helenística. El abastecimiento de metal se redujo por distintas causas, tales como el agotamiento de algunas minas, que no compensó completamente el descubrimiento de otras nuevas*. La reducción de la superficie de algunos reinos helenísticos, que llevó consigo la pérdida de ricas minas, y las medidas políticas, como la suspensión temporal por parte de los romanos de la explotación de todas las minas productivas de Macedonia. La práctica de atesorar dinero, adoptada como regla general por razones políticas por los estados (especialmente los reyes helenísticos de Roma), por los templos y por los particulares, inmovilizó durante períodos más largos o más cortos una parte del dinero que antes había estado en circulación; el comercio con países extranjeros absorbía una cierta proporción de él; y finalmente, la absorción por los romanos de dinero y metales preciosos de Oriente aumentaron la gravedad de la situación.

Pero la demanda de dinero siguió siendo activa y probablemente tendió a aumentar antes que a disminuir. No tenemos medios para calcular el volumen y valor del dinero acuñado a finales del período helenístico. Pero las consideraciones generales indican más bien una relativa escasez de dinero a finales del siglo II y en el I a. de J. C. Sabemos poco de los precios en este agitado período. Tampoco conocemos exactamente el tipo de interés que predominaba. Lo poco que sabemos denota que el mercado de dinero estaba desorganizado e inestable. Esta desorganización y la escasez de oro y plata en circulación puede explicar el importante papel que desempeñaba el cobre durante este período en las transacciones mercantiles, así como la adulteración temporal de las monedas de plata, de que hay indicaciones en algunos países. Pero, aparte de Egipto (véase más adelante), en ningún

---

* Puedo mencionar como ejemplo probable de nuevos suministros de metal el caso de la acuñación de Histiea, en Eubea, a principios del siglo II a. de J. C., que durante algún tiempo fue de una abundancia especial.

Estado helenístico hay señal de una inflación real y duradera. Mas es preciso decir que nuestra información general sobre este período es insuficiente y no permite conclusiones. Hay un punto cierto: el único Estado que poseía un abastecimiento grande y cada vez mayor de oro y plata era Roma. Este abastecimiento venía en gran parte de las minas españolas y en parte del pillaje y explotación del Oriente. No es sorprendente, pues, que la moneda romana empezase poco a poco a reemplazar las emisiones helenísticas y que éstas emisiones (por ejemplo, las de Atenas) se vieran obligadas a adaptarse a la moneda de Roma. Además, ahora eran los capitalistas romanos quienes dominaban el mercado de dinero y hacían activos negocios en el préstamo de dinero, con frecuencia a intereses exorbitantes (214).

Después de estas notas generales pueden decirse algunas palabras sobre la política monetaria de cada uno de los estados helenísticos. Esta política varió con el tiempo y el lugar. Pero en todos los tiempos y en todas las regiones estuvo sometida a ciertas ideas básicas que se manifiestan en la vida general, económica, social y política griegas. Me refiero a las dos tendencias del mundo griego, profundamente arraigadas ambas, contradictorias y conflictivas entre sí: una que tiende a la unidad efectuada por la imposición de la voluntad de un Estado sobre los otros, y otra que propende al particularismo y el aislamiento, expresada en la búsqueda de la libertad política a toda costa y de la autonomía económica.

Alejandro fue el principal promotor activo de la idea de la unidad de la cultura del mundo civilizado. Esta idea caracterizó a su política monetaria. Planeó establecer en su imperio una moneda que por su abundancia, confianza y baratura y con ayuda de algunos principios políticos, pondría fin al caos monetario y a la anarquía que dominaba. Los esfuerzos de Alejandro fueron enormes. Su dinero se transformó en el dinero de su imperio. Sus sucesores continuaron su moneda, pero cada uno por sí y por su propio nombre: el dinero fue uno de los símbolos y señales de la independencia política, fue un instrumento poderoso de la influencia y la propaganda políticas, y produjo una renta muy apreciable. Con la desintegración posterior de su imperio, la moneda se diversificó cada vez más, y cada estado soberano, fuese monarquía o ciudad, emitió su moneda propia. El resultado fue que después de Apamea las monedas del mundo antiguo presentaban casi el mismo aspecto que en el siglo IV a. de J. C.

Algunas observaciones pueden añadirse sobre el sistema monetario de los principales estados helenísticos. El particularismo en la política monetaria fue especialmente fuerte en las ciudades-estados griegas, idéntico al que hemos visto en los otros campos de su vida económica. Como era natural, ciudades como Atenas, Rodas y otros grandes centros comerciales, mientras conservaron su independencia, nunca cerraron sus cecas; tampoco lo hicieron las poderosas Ligas Aquea y Etolia, ni las Ligas Menores, como la Acarnania, Beocia, Arcadia, Eubea, Tesalia y Epirota, en la Grecia continental; ni la Licia, en Asia Menor. Las ciudades griegas que estuvieron bajo la dominación de los reyes se veían obligadas a interrumpir su acuñación. Pero tan pronto como recobraban la libertad, en seguida volvían a acuñar dinero. Vemos esto en el caso de las ciudades liberadas por Roma en 197 y 189 a. de J. C. y en el de las ciudades sirias que recibieron libertad y autonomía de manos de sus propios reyes.

La acuñación en las ciudades griegas era monopolio del Estado, y el uso de las monedas locales era obligatorio en el territorio de una ciudad determinada. Este exclusivismo condujo en algunos casos a medidas muy estrictas, como la monopolización por parte del Estado del cambio de moneda extranjera (véase página 1408). Toda ciudad griega trataba de asegurarse la mayor circulación posible para su dinero, adoptando distintos medios para este fin. De estos medios sabemos poco, pero daremos alguna idea de sus resultados. Sabemos que Rodas conservó una amplia circulación para sus dracmas, que Atenas mantenía la antigua reputación de su dinero, que Tasos y Maronea consiguieron una gran circulación para sus tetradracmas en el Nordeste, y que Apolonia y Dirraquio hicieron lo mismo para sus monedas de plata en el Noroeste. He discutido sobre el intento hecho por Atenas a principios del siglo I a. de J. C. por obtener el predominio para sus monedas en el mercado griego mediante un decreto anfictiónico.

Las ciudades griegas, aunque su política monetaria se inspiraba en el particularismo y la autarquía, hicieron algunas concesiones importantes al principio de la unidad monetaria, recomendada por consideraciones económicas y políticas. Puedo aducir unos cuantos hechos tomados al azar. La acuñación de las ligas griegas se guiaba por esta idea de unidad, es decir, una unidad dentro de cada liga. Más importante y más general fue la extensión del patrón monetario ático sobre el mundo helenístico. Nun-

ca fue aceptado por todas las ciudades, pues muchas conservaron sus antiguos patrones o introdujeron otros nuevos, como, por ejemplo, Rodas. Pero la característica sobresaliente fue la adopción del patrón ático, que facilitó mucho el comercio entre los estados. Fueron las mismas consideraciones las que dictaron la emisión en gran escala de los alejandros y lisímacos póstumos. Tales emisiones las hicieron muchas ciudades antes de 197 y 189 a. de J. C., y después muchas más. Éste fue un legado de la unidad monetaria de Alejandro y un intento por crear una especie de sustituto parcial para una moneda internacional. El mismo principio, en menor escala, puede verse en la acuñación por algunas ciudades de las llamadas *Ausgleichsmünzen*, es decir, monedas adaptadas a dos patrones diferentes. Esto se hizo, por ejemplo, en Éfeso y Priene con monedas de pequeño valor (215).

Las mismas tendencias generales determinaron la política monetaria de las monarquías helenísticas. En todas ellas el sentido predominante era hacia el aislamiento y la autarquía. Todas las monarquías, tan pronto como se establecían, emitían sus propias monedas reales. La acuñación fue desde el principio, y siguió siendo, prerrogativa exclusiva de los reyes. Nunca toleraron competencia en este campo y nunca abandonaron el derecho de acuñar a ninguna de sus ciudades súbditas. El uso de la moneda real en cada reino era obligatorio y no se permitía *de jure* la circulación a ninguna moneda extranjera.

Algunos reyes eran más consecuentes que otros en realizar estos principios. Así, por ejemplo, los seléucidas hicieron muchas concesiones a la idea de la unidad monetaria por un lado y al particularismo de las ciudades-estados griegas por otro. He citado cómo desde el principio toleraron la circulación en su imperio de monedas extranjeras de su propio patrón ático. Esta fue, naturalmente, una concesión a las necesidades del comercio internacional. Cuando, después del reinado de Antioco III, hubo una gran escasez de plata, los seléucidas abrieron de par en par las puertas de su imperio a los tetradracmas de plata de las distintas cecas anatólicas, incluyendo la de los reyes pergamenos, probablemente como resultado de un entendimiento con los atálidas. Algunas de estas monedas fueron autentificadas como moneda legal por medio de contramarcas seléucidas. Entre estas monedas de acuñación extranjera había, como antes, alejandros y lisímacos póstumos.

Por otro lado, aunque insistían en su monopolio monetario, los seléucidas no se opusieron a la acuñación de pequeñas monedas de plata y cobre por parte de sus ciudades sometidas, incluso algunas colonias. Fue una sabia medida dictada por las necesidades del comercio local, necesidades que las cecas reales apenas podían satisfacer. Aún fueron más allá los seléucidas: Antioco IV otorgó el derecho de acuñación de monedas reales a muchas ciudades de su reino, y sus sucesores estuvieron dispuestos a otorgar el mismo derecho a varias ciudades, junto con el privilegio de autonomía (216).

La política monetaria de los atálidas fue similar en muchos aspectos a la de los seléucidas. La moneda de los atálidas fue sana y abundante. Como los seléucidas, los atálidas insistieron en su prerrogativa monetaria. Pero Éumenes II, con el fin de aumentar la emisión de plata acuñada y promover con ello el comercio, no dudó en otorgar a distintas ciudades de su reino el derecho de acuñar bajo su intervención, monedas uniformes especiales, los llamados cistóforos, que pronto se transformaron en una moneda pananatólica y circularon en grandes cantidades por Asia Menor y el extranjero. Tampoco los atálidas se diferenciaron de los seléucidas en su política de permitir la acuñación local de calderilla (217).

No puedo examinar la política monetaria de los otros reyes de la parte oriental del mundo helenístico, porque esto requeriría mucho espacio y un estudio minucioso. Pero estoy convencido de que las principales medidas que tomaron son parecidas a las de los seléucidas y atálidas. Puedo recordar al lector lo que ya dije, por ejemplo, de las monedas de Filipo y Perseo*[1].

Los Tolomeos eran mucho más consecuentes que los seléucidas en la adopción del monopolio monetario y la autarquía. No hicieron concesiones ni a la tendencia hacia la unidad monetaria ni al particularismo de sus ciudades sometidas. Su política monetaria se siguió casi exclusivamente por sus intereses, principalmente fiscales y hasta cierto punto nacionales.

Sin duda, muchos puntos de esa política permanecen oscuros y controvertibles; pero pueden percibirse las tendencias principales. Como ya he tratado del tema anteriormente*[2], ahora puedo ser breve.

---

*1 Cap. V, pág. 693.

*2 Véase cap. IV, págs. 385 y sigs.; véase también el apéndice de F. S. G. Robinson, al final de este libro.

Los Tolomeos persiguieron desde el principio su propia política monetaria, sin preocuparse de lo que sucedía a este respecto en el resto del mundo. Por razones que desconocemos, pero probablemente dictadas principalmente por consideraciones económicas antes que políticas, se separaron ellos mismos y separaron a su reino severamente del resto del mundo helenístico: abandonaron el patrón ático y adoptaron, después de algunos experimentos, su propio patrón, llamado generalmente fenicio, pero que puede denominarse mejor tolemaico.

Dentro del territorio egipcio establecieron un rígido monopolio de la moneda. La circulación de monedas extranjeras de cualquier patrón estaba prohibida, probablemente en todo el imperio tolemaico, pero sin duda en el Egipto propio. Las monedas extranjeras traídas a Egipto por mercaderes extranjeros e indígenas tenían que ser reacuñadas y transformadas en moneda tolemaica, con el fin de ser empleadas en este país. Es probable que una consecuencia de este monopolio de la moneda fuese la exclusión del capital extranjero del comercio del dinero egipcio.

El paso siguiente hacia el aislamiento y la autonomía puede verse en la política de los Tolomeos respecto al cobre. Como concesión a las ancestrales costumbres de la población indígena, el cobre, del que los Tolomeos tenían gran abundancia, fue acuñado en grandes cantidades y tratado de la misma manera que la plata y el oro. Se introdujo así un sistema trimetálico desconocido en el mundo helenístico. En un momento determinado del reinado de Filopátor el cobre llegó a ser la moneda patrón de Egipto, y se estableció una relación fija entre el cobre y la plata (1 a 60). La política de los primeros Tolomeos sobre el cobre, por lo que se refiere al patrón de acuñación, fue una medida local que tendía a realizar alguna de sus aspiraciones. Por un lado era una concesión a las costumbres de los indígenas, y por otro un medio eficaz de concentrar el oro y la plata en sus propias manos. Estos metales los necesitaban los Tolomeos para las guerras, subsidios diplomáticos, pago de mercenarios y compras en el extranjero. Una gran parte se almacenaba en el tesoro de los reyes como reserva. Llamo la atención sobre lo que dije antes (pág. 1280) acerca de las reservas acumuladas por Filadelfo.

La política monetaria de los primeros Tolomeos, tal como se resumió anteriormente, tuvo consecuencias importantes. Es difícil decir si pensaron o no hacer de su moneda una moneda universal, o por lo menos panhelenística; no es muy probable que

tuviesen tal intención, pero si la tuvieron, nunca la realizaron. El resultado de su adopción de un patrón propio fue dividir al mundo helenístico en dos áreas monetarias: una que comprendía el Egipto tolemaico, y otra el resto de este mundo; y finalmente, con la decadencia política de los Tolomeos, aislar a Egipto, con su patrón de cobre, del resto del mundo helenístico.

El efecto sobre la vida económica del propio Egipto fue menos importante. No sabemos con qué ritmo llevaron los Tolomeos la acuñación. La impresión general es que el dinero emitido por las distintas cecas tolemaicas fue abundante. Las monedas de oro y plata tolemaicas abundan mucho en nuestras colecciones numismáticas, y en Egipto se encontró mucho cobre en tesorillos. Si el dinero era escaso y de gran valor a principios del Egipto tolemaico, si los precios de los bienes eran bajos y el tipo de interés alto (véase pág. 1407), no fue debido a que se acuñase poco dinero. Las razones de este estado de cosas, que ya he estudiado, fueron de un carácter más general, es decir, la acumulación de dinero por los reyes y la extracción de dinero de la población por medio de los monopolios y los impuestos.

Tampoco fue la política monetaria de los Tolomeos la que causó la decadencia catastrófica del poder adquisitivo de la moneda en los siglos II y I a. de J. C., o sea la llamada inflación tolemaica. Fue la evolución política y económica general la que llevó a la moneda a la ruina también general. Los productos se encarecieron en Egipto porque la cantidad producida era escasa, y esta disminución era debida a las guerras y revoluciones internas y a la oposición activa y pasiva de las clases trabajadoras al gobierno. La plata subió de precio y fue adulterada por los reyes porque se importaba poca del exterior y no venía ninguna a Egipto de sus dominios perdidos. No es preciso repetir aquí lo dicho sobre este tema en los capítulos V y VI.

Sin duda, la política monetaria de los Tolomeos fue particular. Pero no hay nada nuevo en los arbitrios que adoptaron. De hecho, su política consistió en adaptar a las condiciones económicas peculiares de Egipto las ideas que entonces prevalecían en el mundo helenístico, adaptación realizada con rigidez y consecuencia.

Pesos y medidas. Estrechamente relacionado con la moneda de los distintos estados del mundo helenístico y de gran importancia para su vida económica fue el régimen de pesas y medidas. La historia de los distintos sistemas de pesas y medidas y los problemas de su interrelación no pueden tratarse aquí, porque

el tema es difícil y muy controvertible. Tampoco puedo entrar en un examen de las disposiciones mediante las cuales los estados civilizados conservaban un cierto orden en este campo estableciendo sistemas metrológicos oficialmente reconocidos y bien pensados, dentro de sus fronteras, y prohibiendo el uso de pesos y medidas falsas por sus agentes y ciudadanos particulares. Mientras el tema de la historia de los sistemas de pesas y medidas ha sido estudiado con frecuencia, se ha dedicado muy poca atención al examen de las disposiciones mediante las cuales los estados establecían y conservaban tales sistemas (218).

En estas condiciones no es fácil indicar las innovaciones introducidas en este campo en la época helenística. Me he referido más de una vez al tema en los capítulos anteriores, y sólo tengo que añadir aquí algunas notas generales.

Encontramos realmente muy poco nuevo en este campo en la vida de las ciudades helenísticas. Como antes, cada ciudad tenía sus propios pesos y medidas y magistrados encargados de ellos. Estamos relativamente bien informados sobre sus funciones en Atenas a fines del siglo II a. de J. C. por un decreto ateniense (*I. G.*, II², 1013) ya citado (cap. VI, nota 9), que contiene varias regulaciones sobre el tema. Existieron sin duda leyes y decretos similares en muchas ciudades helenísticas (219). Puede sacarse alguna idea de la actividad de las ciudades griegas en este asunto, de sus esfuerzos por llevar, incluso a la fuerza, a la población a usar pesas y medidas conformes a los patrones aprobados por la ciudad y verificados por las autoridades ciudadanas, no sólo por la inscripción anteriormente citada, sino también por los cientos de pesas y otras numerosas medidas de piedra, bronce y plomo, halladas en las ruinas de las antiguas ciudades, y que eran de uso diario. La abundante serie de pesas áticas de distintas denominaciones, verificadas de manera uniforme y oficial, es especialmente instructiva (220).

No sabemos qué cambios se introdujeron por primera vez en la época helenística en los distintos sistemas de pesas y medidas empleados por las ciudades griegas; tampoco sabemos si estas ciudades hicieron algún intento (después del fracaso de Atenas para imponer su propio sistema de pesos y medidas en el mundo griego) para conseguir algún tipo de unificación en este campo, parecido a los intentos de unificación de la moneda. Eran naturales algunos reajustes, y de ellos tenemos alguna información. Pero se atribuyó más importancia a la cuestión de la polí-

tica adoptada a este respecto por los nuevos señores de las ciudades, los monarcas helenísticos. ¿Trataron de que un sistema real único y bien concebido de pesas y medidas sustituyese a la variedad de sistemas que existían en las ciudades? Aunque no tenemos testimonios sobre este punto, dudo mucho de que los reyes helenísticos hiciesen tal intento o coartaran de esta manera la libertad de las ciudades griegas ahora incluidas en sus repectivos dominios.

Esto nos lleva a la cuestión de la política general de los monarcas helenísticos respecto a las pesas y medidas que se usaban en sus territorios. Parece que en esto las monarquías (con excepción de Macedonia) heredaron del imperio persa un cierto dualismo. Puede suponerse que mientras para la acuñación y los fines de la administración central los reyes persas empleaban un sistema real de pesas y medidas, nunca se ocuparon de los sistemas consuetudinarios en las distintas satrapías. En Egipto, por ejemplo, encontraron que existía un sistema de pesas y medidas admirable, equilibrado y estable. No parece que hayan pensado nunca en sustituirlo por su propio sistema. Por el contrario, basaban sus relaciones con la población de Egipto en el sistema de pesas y medidas local y no en el «federal». Lo mismo puede decirse, *mutatis mutandis,* de otras satrapías helenizadas y sus partes constitutivas, especialmente Babilonia. No puedo entrar en análisis minucioso del tema, y en particular de las relaciones entre el sistema babilónico de pesas y medidas y el mencionado sistema oficial del imperio persa (221).

Siendo éstas las condiciones prehelenísticas, se plantea esta cuestión: ¿Cómo actuaron los reyes helenísticos —seléucidas, Tolomeos y atálidas— frente a ellas? ¿Las conservaron tales como las habían heredado de los persas, o las cambiaron radicalmente? La situación en sus reinos fue aún más complicada que bajo los persas, puesto que ahora los griegos formaban un elemento director en la vida política, social y económica de los reinos y traían consigo sus propios sistemas de pesas y medidas.

Esta cuestión nunca ha sido tratada de un modo exhaustivo por los eruditos modernos. Los pocos que se han ocupado de las pesas y medidas empleadas en las distintas monarquías se limitaron a reunir el material: los nombres de pesas y medidas, el significado de estos nombres, los equivalentes de las pesas y medidas, y su relación con las que antes se usaban en los distintos países (222).

No siendo un especialista en metrología, no puedo tratar el problema en toda su integridad. Sin embargo, puedo examinar

algunos puntos y ofrecer unas cuantas notas al azar sobre ello. Es interesante observar, por ejemplo, que los llamados *scriptores metrologici* de la época romana, cuando registran los distintos sistemas de pesos y medidas, mencionan sistemas que llaman tolemaico, filetérico y real. ¿Significa esto que en Egipto y en Pérgamo los romanos heredaron sistemas especiales de pesas y medidas a los que dieron los nombres reales que acabamos de citar, sistemas que habían existido en las monarquías helenísticas antes de la conquista romana? Si es así, sería una hipótesis lógica que estos sistemas fueran una continuación de los anteriormente en vigor, en la época de la dominación persa, es decir, una continuación de los sistemas metrológicos ancestrales de los distintos países, ligeramente modificados, primero por los sátrapas persas y después por los monarcas helenísticos (223).

Las fuentes documentales que tenemos sobre el problema, aunque escasas y difíciles de interpretar, no contradicen esta hipótesis. En Egipto estamos seguros de que no hubo cambios en el sistema metrológico. Todas las pesas y medidas que se usaban en la época tolemaica, a pesar de los nombres persas y griegos con que se designan algunas, son tradicionales y se remontan al sistema indígena egipcio. Además, parece que los Tolomeos nunca trataron de introducir una uniformidad completa en este campo. Aunque probablemente prescribieron el uso de algunas medidas en los distintos departamentos de su administración financiera, estas medidas no eran uniformes. Así, por ejemplo, se empleaban artabaes de distinta capacidad para diferentes tipos de áridos, y lo mismo ocurría con las metretas y *keramia* empleadas para el vino, aceite y otros líquidos. Parecería que los Tolomeos heredaron del pasado este más bien complicado sistema y que nunca lo alteraron. Tampoco podemos afirmar que exigiesen de sus súbditos el empleo exclusivo de pesas y medidas reales. En Egipto se empleaban diferentes artabaes de distinta capacidad, además de las medidas oficiales en las transacciones privadas en la época tolemaica, y después en la romana. No tenemos testimonios de que se hiciera ningún intento por parte de los Tolomeos de introducir uniformidad en esta materia. Lo mismo puede decirse de las medidas griegas. En las tarifas aduaneras, los derechos de aduana del vino importado y otras mercancías se calculaban de acuerdo con los recipientes extranjeros, equivalentes a unidades métricas extranjeras en las que se importaba la mercancía. Incluso en el mismo Egipto estas unidades extranjeras

siguieron usándose tanto en la época tolemaica como en la romana (224).

Parece que la misma política fue adoptada por los seléucidas en su imperio. Me he referido anteriormente a las pesas reales y municipales halladas en gran número en Siria*. Estas pesas nunca fueron completamente colacionadas ni estudiadas de modo exhaustivo, y hasta que poseamos esta colación y este estudio no se pueden sacar conclusiones generales. Pero de las que han sido publicadas parece razonable deducir, con A. Segré, que las pesas reales de Siria se remontan a un mismo sistema, a una especie de intermedio entre la dracma ática y el siclo de la mina persa. Al mismo tiempo, además de las pesas reales, se reconocían fácilmente las pesas locales, y probablemente se empleaban en las transacciones mercantiles privadas (225).

Aunque flexible y liberal, la política de los reyes helenísticos sobre pesas y medidas estuvo animada por el deseo de regular estrictamente este departamento de la vida económica. Tenemos poca información sobre el tema, pero algunos documentos atestiguan cuán cuidadosos eran los Tolomeos en evitar que sus funcionarios defraudasen a la población usando medidas arbitrarias más grandes que las prescritas para recaudar impuestos y rentas en especie. El castigo de esta falta era la muerte (*Teb.*, 5, 91 y siguientes). También puedo citar lo detallado de las instrucciones dadas y la eficacia de las medidas que se tomaban para evitar que los hombres encargados del transporte de trigo defraudasen al gobierno con falsas medidas (226).

En general, aunque no tenemos información exacta, parece que las pesas y medidas fueron tema de gran interés para los gobernadores reales egipcios, y es probable que, tanto en Egipto como en el reino seléucida, hubiera oficiales especiales encargados de este departamento de la administración real.

III. *CONCLUSIÓN*

EL LEGADO DE LA ÉPOCA HELENÍSTICA

No necesito hablar del legado del mundo helenístico en los campos de la literatura, el arte, la religión, la filosofía y la ciencia. El tema y los problemas que implica son familiares a todos

---

* Cap. IV, págs. 430 y sigs., y láms. LIV y LV.

los que se interesan por la historia antigua, y un libro dedicado a la historia social y económica no es lugar apropiado para su estudio. Pero unas cuantas palabras sobre la herencia social y económica que el mundo helenístico transmitió al imperio romano formará la conclusión natural de la presente obra. Por la palabra «herencia» no pretendo significar, por supuesto, que los romanos tomaran, imitaran o reprodujeran conscientemente de sus predecesores helenísticos alguna de sus instituciones; empleo la palabra «herencia» para significar el desarrollo continuado de algunos rasgos de la vida social y económica helenística en la atmósfera del imperio romano.

Uno de los más importantes de esos rasgos fue la unidad del mundo helenístico, de la que he hablado con tanta frecuencia. Esta unidad, aunque sacudida y amenazada por vicisitudes políticas, nunca dejó de actuar como un factor poderoso en la vida helenística. Ya he mostrado cómo el grupo de ciudades-estados altamente civilizadas de Italia —griegas, samnitas, etruscas, umbrías y latinas— absorbieron en su evolución peculiar muchos rasgos helenísticos y llegaron a una relación más estrecha con los países helenísticos. Este proceso terminó en la unión política de las dos partes del mundo civilizado, en la que predominó políticamente la parte occidental. Con la unión política se hizo más rápida la interpenetración cultural, social y económica. En este proceso la «romanización» del mundo helenístico fue ligera, siendo mucho más notable la «helenización» del mundo latino en constante expansión. Poco a poco la estructura social y económica de Occidente se asemejó de un modo extraordinario a la de Oriente. Después de Augusto, y especialmente en el siglo II de la era cristiana, había en este aspecto, por lo menos en lo que se refiere a las ciudades-estados, poca diferencia entre una comunidad urbana de habla latina en Italia y las provincias occidentales y las comunidades grecoparlantes del Oriente.

Algunos aspectos de este proceso pueden tratarse con más detalle. En el campo económico el genio griego no desarrolló en la época helenística nuevas concepciones de carácter revolucionario. Pero se efectuaron algunos cambios parciales y notables mejoras. Entre ellos pueden señalarse algunas innovaciones técnicas en la agricultura, la industria y el comercio, basadas en parte en los descubrimientos científicos y en parte en el intercambio de métodos viejísimos entre los elementos constituyentes del mundo helenístico. Este intercambio se vio facilitado por la ta-

bulación y clasificación sistemática hecha por la ciencia técnica griega de los resultados de una experiencia acumulada durante siglos en los distintos países helenísticos. Italia y Occidente adoptaron los nuevos inventos y los emplearon ampliamente al rehacer su sistema económico. Le añadieron la experiencia de Occidente —Italia, Cartago y las provincias occidentales del imperio romano— y resumieron los resultados en tratados técnicos copiados de originales griegos. Aún podemos seguir este proceso si leemos atentamente los tratados romanos sobre agricultura y arquitectura y la enciclopedia de Plinio el Viejo. También ilustrará esto el estudio de algunos productos de la actividad industrial, como la cerámica.

Podemos ver un proceso semejante en la organización de las distintas ramas de la vida económica. En esto no se produjeron cambios revolucionarios, pero la reforma y el reajuste de los métodos del pasado condujeron a ciertas mejoras. Tales fueron la administración más inteligente y sistemática de las fincas agrícolas grandes y pequeñas que no se explotaban con el fin de alimentar al propietario y su familia, sino principalmente con el de obtener la mayor cantidad posible de los mejores productos para la venta. Para este fin se adoptaron nuevos métodos: aumento de la producción mediante mejores métodos de cultivo, empleo de un equipo mejor cualificado y más especializado de inspectores en los grandes fundos, la solución de los problemas de mano de obra de acuerdo con las distintas condiciones de lugar y época. Puedo mencionar como ejemplo el empleo del trabajo esclavo en diferentes países y en diferentes épocas.

Parecido, aunque menos progresivo, fue el desarrollo de la industria. Tampoco aquí se introdujeron innovaciones radicales en la organización de los distintos oficios. Pero en todas las ramas de la industria puede verse una tendencia general hacia la uniformidad y la producción de grandes cantidades de productos uniformes. No se llegó a la producción en masa en sentido moderno, pero se dio un paso hacia ella.

La evolución del comercio y la banca fue parecida. Éstas evolucionaron según viejos modelos, pero su campo de acción se extendió mucho y el intercambio de mercancías, ayudado por la mejor organización de las operaciones bancarias, se hizo más fácil y sencillo que antes. Si se pueden sacar consecuencias de los testimonios escasos y dispersos, puedo sugerir que una información más completa sobre el comercio y la banca revelaría la

introducción en la época helenística de rasgos más modernos en estas empresas que en la agricultura y ciertamente en la industria.

Las innovaciones en la organización de la vida económica, tendentes todas hacia lo que, con reservas, podemos llamar «capitalismo» (dudo emplear un término cuyo significado es tan discutido), no se limitaron al mundo helenístico. Muy pronto fueron familiares en Occidente. Es difícil decir hasta qué punto la organización económica de Occidente en los siglos II y I antes de J. C. se parecía a la de Oriente. Pero su evolución fue del mismo sentido, y no sería demasiado atrevido suponer que se debió a la incorporación de Occidente a la οἰκουμένη económica; porque dentro de esta οἰκουμένη el intercambio de métodos era un fenómeno natural. Puedo recordar al lector lo que he dicho sobre la agricultura, y debo añadir que la producción de tipos cerámicos, como la cerámica aretina y de las vasijas con vidriado de plomo, probablemente introducidas en Italia por inmigrantes de Oriente, debió de haberse organizado más o menos estrechamente sobre los modelos familiares a estos hombres.

En el último estadio de la historia del mundo antiguo, el proceso que empezó en los siglos II y I, condujo a una asimilación de largo alcance. Dudo mucho que en el imperio romano existiesen diferencias importantes entre Occidente y Oriente en la administración de una granja progresiva, una rama de la industria, o un negocio comercial, que no sean atribuibles al clima, a las condiciones geofísicas o a las peculiaridades nacionales. El comercio se organizó de la misma manera y siguió siendo tan complicado y altamente desarrollado, tan internacional y ecuménico como lo había sido en la época helenística. No veo señales de simplificación alguna de formas en comparación con la época helenística.

Sin embargo, la herencia más importante del mundo romano fue la incorporación de las ciudades-estados griegas en el gran edificio del imperio romano. El proceso empezó muy pronto en la historia romana, pero no tomó grandes dimensiones hasta la segunda mitad del siglo II a. de J. C.

He demostrado en los capítulos precedentes, y en la primera parte de éste, que las ciudades-estados griegas no sufrieron ningún cambio importante en su estructura política, económica y social en la época helenística. Las constituciones ciudadanas griegas, la organización financiera y económica griega y la vida

griega siguieron siendo en los tres últimos siglos a. de J. C. las mismas que habían sido antes.

No es necesario extenderse sobre este punto. Por lo que se refiere a su estructura económica, las ciudades griegas de la época helenística siguieron estando tan centradas en sí mismas como en el pasado. Pudieron haberse introducido algunas innovaciones en los impuestos, en la administración de las cecas de la ciudad, en la administración financiera, en la organización del suministro alimenticio, en la regulación de las liturgias y la banca. Pero el carácter general de la economía ciudadana siguió siendo la misma, tanto en las ciudades que siguieron independientes o conservaron una sombra de independencia política como en las ciudades viejas y nuevas sometidas a los reyes helenísticos. Los monarcas helenísticos (con pocas excepciones) nunca mostraron deseo de cambiar la estructura económica de las ciudades que eran partes constituyentes de sus reinos respectivos.

Pero en este período ocurrieron algunos avances momentáneos en la vida de las ciudades griegas. El más importante de estos avances fue la consolidación de la burguesía griega, que se transformó poco a poco en el soporte de su sistema social. He tratado de la burguesía anteriormente, en este capítulo. He mostrado cómo llegó a ser la clase dirigente en todas las ciudades del mundo helenístico, y asumió la responsabilidad de la administración de la ciudad y del bienestar y comodidad de la población. Finalmente, fue esta clase la que, con regalos y donaciones, contribuyó pródigamente al embellecimiento de las ciudades y al mantenimiento de los templos y ceremonias religiosas, juegos, *agones* e instituciones similares.

Además, en estas ciudades, viejas y nuevas, que dependían directamente de los reyes helenísticos, la burguesía estuvo en relación inmediata con el poder central y sirvió de intermediaria entre el rey y su burocracia, por un lado, y los habitantes en general, por otro. Como poseedores de los cargos administrativos, miembros de los consejos ciudadanos, y en virtud de su influencia en la asamblea popular, la burguesía soportó la responsabilidad de todas las demandas del poder central respecto al tributo regular, los impuestos extraordinarios, el alojamiento de tropas, las entregas en especie al ejército, transporte de fuerzas militares, conservación de los caminos en el territorio de la ciudad, movilización de soldados y equipo de barcos para el ejército y la marina reales, gastos ocasionados por las visitas reales, y otras

cargas parecidas. Nuestra información sobre este aspecto de la vida de las ciudades es imperfecta, pero sabemos cuán profundamente se vieron afectadas por las εἰσφοραί, las ἐπισταθμίαι, las παρουσίαι, las ἀγγαρεῖαι, etc. No hay duda de que la administración urbana fue la que, en colaboración con los funcionarios reales, tuvo que organizar estos servicios y recaudar, o ayudar a recaudar, las contribuciones, ni de que la burguesía tenía que soportar la mayor parte de las cargas financieras.

Finalmente, no es menos notable que los magistrados electos, los senados y las asambleas populares de distintas ciudades, aunque tenían poca relación entre sí (y la que tenían, en Asia Menor, surgía de su calidad de miembros de las κοινά religiosas), o ninguna, tomadas en conjunto formaban una especie de gobierno subordinado y representativo, que desempeñaba importantes funciones administrativas y financieras en la parte de las monarquías formada por ciudades y territorios. Este fue el caso, en mayor o menor grado, en todas las monarquías helenísticas, excepto Egipto. La significación del papel desempeñado por las ciudades, es decir, por la burguesía principalmente, no debe subestimarse. Fue un gobierno local, gobierno regulado y estrechamente vigilado por el poder central, pero que ejercía una influencia decisiva en muchos aspectos de la vida de una parte grande e importante de la población de un reino helenístico. Aún es más importante tener en cuenta que fue la población, no sólo de la capital, sino de todas las ciudades griegas del reino, la que formaba su opinión pública, de la que dependía en gran medida la popularidad general del rey, y que a menudo determinaba su éxito o su fracaso.



A pesar de las grandes dificultades causadas por las guerras, de las enconadas luchas internas y de las onerosísimas cargas materiales, la burguesía se estableció firmemente en las viejas ciudades de Grecia a principios de la época helenística y sin cesar creció en riqueza e importancia. En el mismo período arraigó firmemente en las nuevas ciudades de los reinos helenísticos y aumentó de manera continua en número, asimilando los estratos superiores de la población indígena. Por ello fue capaz de sobrevivir a las duras pruebas de los siglos II y I a. de J. C., que diezmaron, humillaron y desmoralizaron a sus miembros y fueron causa de su empobrecimiento gradual, y en algunos casos, de su ruina completa. Postrada pero subsistente, la burguesía, y con ella el estado-ciudad (o viceversa), fueron heredados por sus

nuevos amos los romanos, quienes, después de tratarlos con dureza durante algún tiempo, finalmente se reconciliaron con las ciudades y su clase media dominante. No sólo apoyaron y protegieron a la clase media contra las clases bajas, sino que la mantuvieron en todas las funciones que desempeñaba en la ciudad y sistemas estatales y la hicieron pilar de su gobierno sobre las provincias orientales, excepto, como es natural, en Egipto.

No puedo detenerme en el papel desempeñado por la burguesía ciudadana bajo la dominación romana en lo que había sido el mundo helenístico. He estudiado este aspecto vital de la vida del imperio romano en mi libro que trata de su historia social y económica. El único punto que aquí nos interesa es que la burguesía de la parte helenística del imperio romano no fue creada por Roma, y no fue Roma la que inventó e integró sus funciones en la maquinaria del Estado romano. Fueron un legado de la época helenística.

De más importancia aún es recordar que el papel de las ciudades y la burguesía no se limitó a la parte oriental del imperio romano. La urbanización de su parte occidental, que he estudiado extensamente en mi libro sobre Roma, fue un proceso complicado al que cooperaron muchos factores, y la política de los emperadores romanos fue tan sólo uno de estos factores. Lo mismo puede decirse de la formación de la burguesía urbana occidental. Pero el papel asignado por el gobierno romano a las ciudades y a la burguesía en Occidente, y que casi era exactamente el mismo que desempeñaban en Oriente, fue una creación deliberada de los emperadores romanos, y de este modo, otro legado del mundo helenístico.

Además de las ciudades griegas con sus territorios, los reinos helenísticos comprendían grandes trozos de tierra que nunca formaron parte de territorios ciudadanos y se subdividían en pueblos con sus respectivos distritos. Anteriormente he analizado varias veces su estado jurídico, y sólo tengo que recordar aquí al lector sus principales características. La mayoría de los pueblos dependían directamente de los reyes, y sus habitantes cultivaban el suelo, primero como siervos reales y después, probablemente, como «arrendatarios del rey» o «gente del rey» (λαοί o γεωργοὶ βασιλικοί). Ésta era la situación en Egipto, donde formaban una gran parte de la población, y muy parecida en casi todas las monarquías asiáticas. A la misma clase pertenecían los esclavos sagrados de los dioses y templos, tanto en Egipto como en el resto

del mundo helenístico, y también los arrendatarios de los grandes fundos que los reyes daban como regalos revocables a miembros de la familia real o a miembros influyentes de su estado mayor. Es probable que el estado jurídico de los arrendatarios reales, tanto en los fundos reales como en los regalados, fuese mejorado poco a poco por sus amos y señores, de modo que los antiguos siervos llegaran a ser tratados como inquilinos hereditarios libres del rey o del estado, casi como propietarios, aunque todavía sujetos a algunas restricciones sobre su libertad personal y económica. Por lo que se refiere al estado jurídico de los labradores de los templos durante la época helenística, apenas tenemos información en lo que concierne a los reinos más progresivos: Egipto, la monarquía seléucida y Pérgamo.

En Egipto los «labradores reales» fueron heredados por los romanos y se transformaron en labradores estatales hereditarios, cuya posición fue ligeramente modificada en comparación con la que habían tenido bajo los Tolomeos. Su suerte bajo el gobierno romano en las antiguas monarquías de Asia es poco conocida y objeto de controversia. El problema ha sido tratado en el capítulo anterior y en éste. Aun suponiendo con algunos eruditos modernos, que la mayor parte de los labradores reales llegasen a ser propietarios libres, dueños de sus parcelas de tierra, bajo los romanos, lo que me parece muy improbable, siguieron siendo, en su propia opinión, los labradores reales o estatales del pasado. Su estado jurídico sólo cambió externamente. Cuando en el curso del desarrollo económico de las provincias orientales se transformaron, de una manera u otra, en labradores hereditarios de los emperadores, de miembros de la familia imperial o de propietarios de grandes fundos, no se sintieron ciertamente degradados o defraudados. Volvieron a su situación tradicional, que probablemente nunca habían olvidado. Pero no hay razón para creer que la evolución fuese distinta. En muchas regiones de Asia, los antiguos labradores reales nunca cambiaron de estado jurídico. Como en Egipto, pasaron a ser labradores del Estado romano en lugar de ser labradores del rey. Algunos de manera que desconocemos, pudiendo haber cambiado su estado jurídico por el de propietarios libres. Pero muchos, con toda probabilidad más tarde, después de vicisitudes sobre las que no tenemos información directa, se transformaron en encomenderos de los emperadores romanos o de propietarios particulares. Aún estoy convencido, como hace treinta años, de que las raíces del colonato romano,

tal como existió en Oriente, deben buscarse en la época helenística.

Esto no quiere decir que el colonato de Occidente fuese instituido conscientemente por los emperadores como una réplica de su rama oriental. En Occidente la historia del colonato es aún más complicada que en Oriente, y difiere de un lugar a otro. Fue el resultado de múltiples procesos políticos, sociales y económicos generales y locales. Tampoco está claro hasta qué punto el establecimiento del estado legal y económico de los labradores del Estado o del emperador en Occidente, que encontramos bien atestiguado bajo el último imperio romano, fue influido por las relaciones antiquísimas entre estos labradores y sus señores en el Oriente. Esta influencia merece un estudio cuidadoso y no puede ser descartado a primera vista como improbable.

Egipto ocupó una situación especial en el mundo helenístico. He estudiado su estructura económica y social y trazado su evolución, y sólo tengo que añadir aquí breves palabras. En el Egipto tolemaico, en contraste con los demás reinos helenísticos, encontramos dos clases frente a frente, apartadas por entero de las pocas ciudades que formaban un enclave extranjero en la estructura homogénea del país. Me refiero a la burguesía de origen extranjero, que en su mayor parte se empleaba en el servicio del Estado y siempre conservó su identidad griega, y a la masa de trabajadores de la población indígena. Todo Egipto era el οἶκος del rey, su casa particular, que poseía en su calidad de dios viviente. Podía confiar parte de este οἶκος a la administración de los sacerdotes para mantener el culto de los dioses, o podía cederla a miembros de su casa: generales u otros oficiales militares, funcionarios, miembros de su familia o favoritos. Pero, no obstante, todo Egipto seguía siendo su οἶκος, parcialmente subdividido en οἶκοι menores y de menos importancia.

La principal tarea de los Tolomeos, hombres de estirpe macedónica y mentalidad griega, fue organizar la explotación de este οἶκος oriental con ayuda de sus auxiliares, la mayoría griegos o helenizados, que desde el punto de vista social y económico pueden llamarse la burguesía egipcia. Los Tolomeos realizaron su propósito creando una ingeniosa maquinaria burocrática para realizar su economía dirigida por el Estado, cuidadosamente planeada.

Tal era, en líneas generales, la estructura de Egipto, establecida por los primeros Tolomeos y ligeramente modificada por sus sucesores. Fue su elaborado οἶκος lo que heredaron los romanos,

y los pocos cambios que hicieron éstos en su estructura se planearon según el espíritu de los últimos Tolomeos y carecieron de importancia fundamental.

Como un cuerpo extraño, Egipto continuó siendo durante siglos una de las provincias de su imperio romano. Los emperadores romanos comprendieron su estructura, porque Egipto era una de sus principales fuentes de ingresos. ¿Intentaron aplicar sus conocimientos a la organización del resto de su imperio? ¿Introdujeron en la estructura del imperio algunos métodos de la burocracia y de la economía dirigida por el Estado de los Tolomeos? Estas cuestiones han sido discutidas con frecuencia por los eruditos modernos, y entre ellos por mí mismo, y no puedo tratarlas aquí. Algunos rasgos de la organización de la ciudad de Roma pudieron inspirarse en la de Alejandría. La administración central, cada vez más elaborada, de los primeros emperadores, que de hecho era en su origen una administración del οἶκος imperial (un οἶκος profundamente diferenciado en carácter, origen y evolución de los οἶκοι orientales en general, y del tolemaico en particular), pudiendo haber sido de origen helenístico, aunque no necesariamente tolemaico. La rígida intervención estatal a que se fueron sometiendo gradualmente los arrendatarios de impuestos y la transición final a la recaudación directa de los mismos por agentes del Estado, pudo haber sido sugerida a los emperadores romanos por la organización fiscal de Egipto. La organización de la recaudación de impuestos directa por recaudadores estatales responsables ante el emperador con su persona y propiedades, por medio de *mensae* (τράπεζαι) con su contabilidad y libros elaborados, fue probablemente una extensión a otras provincias romanas del sistema egipcio de recaudación de impuestos. Algunas otras características de la administración pueden quizá añadirse a las anteriores, pero el elemento distintivo de la economía tolemaica, intervención y planificación por el Estado, nunca fue llevado de Egipto a otras provincias. Estas provincias se caracterizaban por una economía de ciudad dirigida por la administración imperial de un modo que recuerda más a los reinos seléucida y atálida, que al de los Tolomeos.

Hasta la época de Diocleciano, la intervención estatal y la economía planificada no se transformaron en el fundamento de la vida del imperio romano. Pero el sistema de aquel emperador no tenía relación alguna con los métodos refinados y muy elaborados de los Tolomeos.

Unas palabras para concluir. El lector del presente libro puede sacar la impresión de que he minimizado las realizaciones de la época helenística en el campo social y económico. Mi intención no ha sido ni disminuir ni exagerar estas realizaciones, sino reunir los pocos hechos conocidos sobre ellas, clasificarlos e interpretarlos, y sacar las conclusiones que sugieren. Deseo que mis lectores se den cuenta de la dificultad de esta tarea y de la escasez de nuestra información. Pero esta información es suficiente para poner de manifiesto la importancia de la época helenística en la evolución de la antigüedad. El mundo helenístico en sí mismo fue una maravillosa creación del genio griego y tuvo influencia de gran alcance sobre el futuro. Esta influencia descansa principalmente en el campo de la literatura, el arte, la religión, la filosofía, la ciencia y la enseñanza, pero fue también considerable en las esferas social y económica. Es inútil tratar de comparar las realizaciones de la época helenística con las del imperio romano, hablar de que la época helenística alcanzó cimas en el desarrollo social y económico que el imperio romano nunca consiguió. No tenemos bases para esta comparación. En muchos aspectos el imperio romano creó instituciones e inventó métodos que han sobrevivido y aún existen, pero fueron desconocidos o poco desarrollados en la época helenística. En nuestro campo especial, la paz romana produjo condiciones de las que nunca gozó el mundo helenístico, y condujo a resultados que éste nunca alcanzó, resultados que pueden describirse y cuya evolución puede entenderse, pero que no puede medirse.

Sin embargo, hay una cosa cierta. El genio helenístico pudo haber creado más de lo que en efecto creó. Su fuerza generadora se arruinó demasiado pronto en esta evolución. Aunque nunca llegó a esterilizarse ni envejecer, por lo menos en la época helenística, se vio lastrada en su desarrollo natural por causas externas. Después de casi un siglo de intensa creación, la evolución peculiar de su vida política, y algunas ideas políticas inherentes a la mentalidad griega, pusieron un temprano fin al progreso en casi todos los campos de la actividad griega. Fueron esas condiciones políticas y las guerras incesantes las que incapacitaron al mundo helenístico para consecuciones aún mayores. La culpa no ha de echarse a los individuos. El deseo de independencia política y dominio, los celos y la tendencia implacable a suprimir al débil, eran características destacadas del griego no menos que su indomable impulso creador.



Estas peculiaridades de la mente griega fueron las que primero debilitaron el mundo helenístico y después abrieron la puerta a la intervención romana, y así acarrearon la dominación de Roma. Por su rivalidad y celos políticos, los griegos dieron a los romanos un pretexto para una intervención activa en sus asuntos políticos, y esa misma rivalidad y celos les impidieron unirse para frenar los rápidos progresos de los intrusos. Estos fallos fueron fatales para Grecia. La destrucción romana fue radical. Pero no puede culparse sólo de ello a los romanos: ellos aceleraron el proceso de desintegración y destrucción, pero no lo empezaron.

Es en vano especular sobre la suerte del mundo helenístico sin la intervención romana en sus asuntos. Roma existía en el horizonte político como un cuerpo inteligente, civilizado, unido y magníficamente organizado, consciente de su fuerza e imbuido del deseo de dominio, mientras que Grecia estaba desgarrada en cientos de estados, dispuestos todos a alcanzar sus propios fines por todos los medios. En estas condiciones la intervención romana era inevitable tarde o temprano. Y la intervención romana como ahora sabemos, significaba para sus oponentes la destrucción, la humillación y la desmoralización.

Es otro ejemplo triste en la historia de la humanidad, de la antinomia de las fuerzas destructoras y creadoras dentro de un mismo gran pueblo.

NOTAS

(1) He tratado de Persia en el cap. II. Sobre el sistema de los caminos persas existe una copiosísima bibliografía. El tema ha sido tratado desde el punto de vista técnico por: C. Merckel, *Die Ingenieurtechnik im Altertum,* 1899, págs. 222 y sigs.; A. Neuburger, *The Technical Arts and Sciences of the Ancients,* 1930 (pássim), y R. J. Forbes, *Notes on the History of Ancient Roads and their Construction* (Allard Pierson Stichting, Arch.-Hist. Bijdragen, III), 1934, págs. 80 y sigs. (con algunas referencias bibliográficas); y desde el punto de vista comercial por: W. Götz, *Die Verkehrswege im Dienste des Welthandels,* 1888, págs. 161 y sigs.; F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.,* págs. 362 y sigs., 967, nota 31, y pág. 1014, nota 47 (amplia bibliografía sobre las rutas de mar y tierra; no se dedica un capítulo aparte al sistema de comunicaciones persa).

(2) No es necesario enumerar aquí las contribuciones modernas al estudio del desarrollo de la geografía antigua. Bastará mencionar los resúmenes mejores y más seguros: F. Gisinger, artículo *Geographie,* en *P. W. K.,* supl. IV, 521 y sigs. (período helenístico, 602 y sigs.); W. Kubitschek, artículo *Erdmessung,* en *P. W. K.,* supl. VI, 31 y sigs.; R. E. Dickinson y O. J. R. Howarth, *The Making of Geography,* 1933;

E. H. Warmington, *Greek Geography*, 1934 (con excelentes traducciones de los textos básicos); H. F. Tozer, *A History of Ancient Geography*, 2.ª ed., 1935 (con notas de M. Cary); cf. M. Cary y E. Warmington, *Les Explorateurs de l'Antiquité*, 1932, y R. Henning, *Terrae incognitae*, I, 1936. Sobre los mapas: Kubitschek, artículo *Karten*, en *P. W. K.*, X, 2022 y sigs.; cf. W. A. Heidel, *The frame of the ancient Greek Maps*, 1937.

(3) Sabemos poco sobre los itinerarios oficiales en la época helenística. Sobre los *bematistae* de Alejandro: H. Berve, *Das Alexanderreich*, etc., I, 1926, págs. 51 y sigs.; cf. 44, y los estudios posteriores de las campañas de Alejandro (véase cap. III). Sobre los *bematistae* de Seleuco I: Plinio, *N. H.*, VI, 63, y E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 63. El servicio postal, bien organizado por los persas (U. Wilcken, *Alexander der Grosse und die hellenistische Wirtschaft*, en *Schmollers Jahrb.*, XLV (1925), pág. 357), mejorado por Alejandro (Berve, loc. cit., págs. 53 y sig.), y sin duda conservado por los gobernantes helenísticos, probablemente se basaba en estos itinerarios. Sobre los σταθμοὶ Παρθικοί de Isidoro de Cárax y sobre los datos de Isidoro, véanse mis observaciones, *C. A. H.*, XI, pág. 126, y W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, págs. 53 y sigs. W. Kubitschek en *P. W. K.*, IX, 2308 y sigs., artículo *Itineraria*, no menciona el itinerario de Isidoro. El mapa de Dura de σταθμοί: F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos*, pág. 335. No puedo enumerar aquí las discusiones sobre este mapa.

(4) Todas las afirmaciones del texto son, por supuesto hipotéticas, ya que se basan en testimonios de muy poco peso; véase K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*, IV, 1, 2.ª ed., págs. 280 y sigs.; mis observaciones en *C. A. H.*, VII, pág. 175; F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 571. En apoyo de mis afirmaciones puedo citar el ὁδὸς βασιλικὴ ἡ ἀρχαία en la inscripción de Laodicea: *O. G. I.*, 225, 41; Welles, *R. C.*, 20, 10, y la información que poseemos sobre los caminos alrededor de Pérgamo. En el reino pergameno la conservación de los caminos en el territorio de la ciudad era obligación de los propietarios de las tierras por las que pasaban, según se ve en la conocida ley de los astinomos de Pérgamo (*O. G. I.*, 483, notas 24 y sigs.); los caminos principales tenían una anchura mínima prescrita de veinte πήχεις, los demás, ocho. La ley, que era una ley real y estaba en vigor en la época romana, da la impresión de que en el reino pergameno, y parece que también en el seléucida, los caminos, incluso los locales, eran asunto de gran interés para el gobierno central, y se mantenían en buen estado. ¡Cuánto más se preocuparían por las grandes vías militares y comerciales!

(5) No puedo referirme aquí a todas las obras modernas que tratan del desarrollo de la geografía en la época helenística y los principales geógrafos de este período. Un buen resumen de nuestros conocimientos sobre el tema se encontrará en los libros y artículos citados en la nota 2. Es muy útil la lista de geógrafos helenísticos de F. Susemihl, *Gesch. d. gr. Lit. in d. Alexandrinerzeit*, I, 1891, págs. 649 y sigs. y los artículos sobre cada uno de los geógrafos, en *P. W. K.* Sobre el seudo Escílax y su descripción de la costa siria y palestina: K. Galling, *Die syrischpalästinische Küste nach der Beschreibung bei Pseudo-Scylax*, en *Z. d. pal. Ver.*, LXI (1938), págs. 66 y sigs.

(6) Sobre los periplos, véase el reciente artículo de F. Gisinger, *P. W. K.*, XIX, 841 y sigs.; cf. A. Köster, *Das antike Seewesen*, 1923, págs. 187 y sigs. (sobre los mapas y periplos). El empleo corriente de los periplos por los viajeros está ilustrado, para principios de la época romana imperial, por el epigrama de Crinágoras, *Anth. Pal.*, IX, 559, dirigido a Menipo de Pérgamo, probablemente autor del conocido periplo: πλοῦς μοι ἐπ' Ἰταλίην ἐντύνεται · ἐς γὰρ ἑταίρους | στέλλομαι, ὧν ἤδη δηρὸν ἄπειμι χρόνον. | Διφέω δ' ἡγητῆρα περίπλοον ὅς μ' ἐπὶ νήσους | Κυκλάδας, ἀρχαίην τ' ἄξει ἐπὶ Σχερίην, κτλ. Sobre la revisión total de los periplos del mar Negro por Diofando y Demetrio de Calatis, véase mi *Skythien und der Bosporus*, 1931, págs. 25 y sigs.

(7) Sobre el tráfico marítimo y transporte de mercancías y pasajeros en la época helenística: A. Köster, *Das antike Seewesen*, 1923, págs. 157 y sigs; W. Kroll, artículo *Schiffahrt*, en *P. W. K.*, II A, 408 y sigs.; F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 569 y sigs. y nota 33 (copiosa bibliografía de obras que en su mayoría dicen muy poco o nada de la época helenística). Sobre las formas de los barcos: F. Milthner, artículo *Seewesen*, en *P. W. K.*, supl. V, 917 y sigs. (sobre los barcos mercantes de la época clásica, helenística y romana). Cf. Fr. Moll, *Das Schiff in der bildenden Kunst*, 1929, sección B IV. Este libro es un repertorio útil, pero no completo, de monumentos de arte e industria artística en los que se representan barcos. El texto de las copiosas reproducciones contiene algunas valiosas notas técnicas. En la sección que trata de Grecia no se intentó distinguir entre las épocas clásica y helenística. Véase el artículo del mismo autor, *Der Schiffbauer in der bildenden Kunst*, en *Deutsches Museum, Abh. u. Ber.*, II (1930), págs. 153 y sigs. y E. Pfuhl, *Sepulcrale Bilder von Segelschiffen*, 'Εφ.' Αρχ, 1937, págs. 92 y sigs. Sobre las mejoras técnicas en la navegación: sextante (?) hallado en Anticitera (¿de origen helenístico, o romano?): A. Köster, loc. cit., págs. 196 y sigs. Los nuevos inventos técnicos atestiguados por el descubrimiento de los barcos de Nemi: A. Köster, *Studien zur Geschichte des ant. Seewesen*, en *Klio*, XXXII (1934), pág. 22; mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 209, nota 40; G. Cultrera, *Nemi*, etc., *Not. d. Sc.*, 1932, págs. 279 y sigs.; A. W. Persson, *Die hellenistische Schiffsbaukunst und die Nemischiffe*, en *Opusc. Archaeol.*, IV (1935), págs. 10 y sigs., y *Mostra Augustea della Romanità*, Catálogo, 1937, I, págs. 256 y sigs., y II (bibliografía), pág. 124. Sobre el timón: R. Lefebvre des Noettes, *De la marine antique à la marine moderne: La révolution du gouvernail*, 1935; cf. G. La Roëire, *Les transformations du gouvernail*, en *Ann. d'Hist. Econ. et Soc.*, VII (1935), págs. 564 y sigs.; E. de Saint-Denis, *Le gouvernail antique. Technique et vocabulaire*, en *Rev. Ét. Lat.*, XII (1934), págs. 390 y sigs., y la recensión por H. de Saussure, del libro de Lefebvre *De la marine antique à la marine moderne*, en *Rev. Arch.*, serie 6.ª, X (1937), págs. 90 y sigs. (un resumen general de la navegación griega a la luz de las condiciones climáticas en el mar Egeo); véase también L. Laurand, *Note sur le gouvernail antique*, en *Rev. Phil.*, XI (63) (1937), págs. 131 y sig., y P. Nordmann, ibíd., XII (64) (1938), págs. 330 y sigs. Los barcos gigantes de la época helenística: la *Syracosia-Alexandria* de Hierón II de Siracusa (3.310 tons.); A. Köster, *Das antike Seewesen*, págs. 158 y sigs., y el citado artículo de Persson; el

barco de placer (talamegos) de Filopátor: A. Köster, *Studien,* etc., cap. III, págs. 20 y sigs. Los barcos gigantes de la marina (rivalidad de los monarcas helenísticos en construir cada vez barcos mayores): W. W. Tarn, *J. H. S.,* XXX (1910), págs. 209 y sigs. (véase su *Hellenistic Military and Naval Developments,* 1930); cf. W. L. Rodgers, *Greek and Roman Naval Warfare,* 1937, págs. 254 y sigs. (sobre el buque insignia de Demetrio, con reconstrucción). Véase también cap. IV, nota 353, sobre las *octeres* de Heraclea.

(8) Sobre los puertos: K. Lehmann-Hartleben, *Die antiken Hafenanlagen des Mittelmeeres,* en *Klio,* XIV (1923), págs. 122 y sigs.; véanse las descripciones de las láminas LXXV (y fig. 5), LXXVI y CXII. No es éste el lugar adecuado para completar la bibliografía de cada uno de los puertos que da Lehmann-Hartleben. Sin embargo, en el caso de los faros puedo hacer una excepción remitiéndome al resumen de la controversia que sobre ellos existe, en mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.,* pág. 202, nota 34. Tampoco puedo colacionar las escasas fuentes que poseemos sobre las ordenanzas de los puertos y la vida portuaria en general. Puedo citar las ordenanzas tasias sobre el fondeamiento de los barcos y su pago: M. Launey, *B. C. H.,* LVII (1933), págs. 394 y sigs. [=*I. G.,* XII, supl. núm. 348]; cf. W. Peek, *Ath. Mitt.,* LIX (1934), págs. 35 y sigs.

(9) También aquí el texto es hipotético y basado en una probabilidad general. Por ejemplo: nuestra información sobre las posadas de las ciudades y paradores en las grandes rutas es escasa y dispersa. Los textos sobre posadas han sido recogidos por E. Ziebarth, *Gasthäuser im alten Griechenland,* Εἰς Μνήμην Σ. Λαμπροῦ, 1935, págs. 339 y sigs., y un poco antes por W. C. Firebaugh, *The Inns of Greece and Rome,* 1923 (no citado por Ziebarth); se refiere principalmente a los grandes santuarios y puertos de mar del mundo griego y helenístico. Ya he hablado de los *funduqs* —centros religiosos y mercantiles de los mercaderes extranjeros— en Delos. Y puedo citar el modo cómo Palmira, en el siglo I a. de J. C., proveía sus rutas de caravanas con pozos y posadas (M. Rostovtzeff, *Les inscriptions caravanières de Palmyre,* en *Mél. Glotz,* págs. 795 y sigs.). G. E. Kirk, *Gymnasium or Khan? A Hellenistic building at Babylon,* en *Iraq,* II (1935), págs. 223 y sigs., ha tratado (no de modo convincente) de interpretar el edificio relacionado con el teatro helenístico de Babilonia, no como una *palaestra,* sino como un *khan* o posada de caravanas. No sé por qué razón había de construirse un *khan* junto al teatro. En el artículo de Kirk, el lector encontrará algún material sobre las antiguas posadas y caravasares (el libro de Firebaugh y el artículo de Ziebarth, antes citados).

(10) Sobre la organización de la policía en Egipto: F. Oertel, *Die Liturgie,* 1917, págs. 50 y sigs., que cita las obras anteriores sobre el tema.

(11) Sobre los παραφύλακες de la época helenística, véase cap. IV, nota 250. Sobre los gendarmes de Palmira, véase mi artículo en *Mél. Glotz* citado en la nota 9, y sobre las fuentes acerca de los arqueros palmirenos al mando de un estratego, hallados en Dura, pero que se refieren sólo a la época romana, véase mi *Dura-Europos and its Art,* 1938, pág. 23.

(12) En el mundo antiguo se disponía solamente de la fuerza animal para el transporte por tierra. No sabemos exactamente con qué eficacia se utilizaba esta fuerza. He tratado de esta cuestión, para la época del imperio romano, en mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 439, y he citado las obras de Lefebvre des Noettes; cf. A. Rehm, *Arch. f. Kulturg.*, XXVIII (1938), págs. 160 y sigs. Para la época helenística, el material es mucho más escaso (cf. W. L. Westermann, *On inland transportation and communication in antiquity*, en *Pol. Sc. Quart.*, XLIII (1928), págs. 364 y sigs.). No sabemos, por ejemplo, si se empleaba la herradura en la época helenística. Algunos distinguidos eruditos (véase la bibliografía en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 1096, y C. Blümlein, Bursian's *Jahresb.*, CCLXI (1938), págs. 53 y sigs.), están seguros de que se empleaba corrientemente ya en esta época. Tengo mis dudas sobre ello. En Dura, donde hubo estacionados grandes destacamentos de caballería durante casi un siglo, y la ciudad era visitada con frecuencia por las caravanas, no se encontró una sola herradura en circunstancias que garantizasen su origen antiguo, mientras que en los niveles superiores se encontraron abundantes herraduras modernas. Lo mismo puede decirse de otros lugares donde se encontraron herraduras. Si se emplearon, fue excepcionalmente, no como práctica corriente. De otro modo, las ruinas habrían producido docenas de ellas, lo que no ocurre en modo alguno.

(13) Sobre los muchos y distintos estudios recientes dedicados a la Κοινή véase el trabajo de A. Debrunner, *Nachklassisches Griechisch 1930-1935*, Bursian's *Jahresb.*, CCLXI (1938), págs. 140 y sigs.

(14) Las afirmaciones del texto se basan en las fuentes aducidas en los capítulos anteriores o en los distintos libros y artículos citados en las notas de estos capítulos.

(15) Remito al artículo básico sobre este tema de U. Wilcken, *Antike Urkundenlehre*, en *Münch. Beitr.*, XIX (1934), págs. 42 y sigs., especialmente pág. 55.

(16) No puedo citar aquí todos los libros y artículos modernos que tratan de los textos epigráficos (nuestra fuente principal de información) sobre los *technitai* dionisiacos. Sólo me referiré al útil resumen reciente de F. Poland en *P. W. K.*, V A, 2473 y sigs.; cf. L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 193 y sigs. Es de lamentar que sepamos tan poco del papel desempeñado por estas asociaciones en la vida económica de sus miembros. La observación de Poland referente a Antioco IV y los *technitai* (loc. cit., 2490) es equivocada.

(17) Sobre el teatro de Babilonia: R. Koldewey, *Das wieder erstehende Babylon*, 1913, págs. 293 y sigs., cf. *Die Königsburgen von Babylon*, II, 1932, pág. 44. La inscripción sobre la losa de alabastro (no citada por B. Haussoullier, *Klio*, IX (1909), págs. 252 y sigs., ni por F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos*, págs. 452 y sigs., en sus listas de las inscripciones griegas de las regiones orientales del reino seléucida ni reimpresa en *S. E. G.*, VII) habla de la construcción (¿o reconstrucción?) del teatro y la *skene:* Διοσκουρί[δης] | ὁ Φιλοδόξου | τὸ θέατρο[ν] | καὶ σκηνήν. Sin duda pertenece a la última época helenística (¿reinado de Epífanes, o un poco más tarde?). Mi impresión ha sido confirmada por un atento examen de la inscripción por C. B. Welles, y la forma

de la *skene* apoya este punto de vista: véanse mis observaciones; C. B. Welles, VII, pág. 188; A. Frickenhaus, *Die altgriechische Bühne* —Schr. d. wissensch. Ges. in Strassburg, XXXI (1917)—, pág. 44, fig. 17; ídem, *P. W. K.*, III A, 444, artículo Σκηνή;; H. Bulle, *Untersuchungen an gr. Theatern*, en *Bayr. Abh.*, XXXIII (1928), pág. 246, cf. 300; C. Fensterbusch, Bursian's *Jahresb.*, CCXXVII (1930), pág. 42; sobre la *palaestra* de este teatro, véase, G. E. Kirk, *Iraq*, II (1935), págs. 223 y sigs.; véase nota 9.

(18) Mucho se ha escrito sobre los contratos de matrimonio del Egipto tolemaico. Me inclino a aceptar el punto de vista de F. Bozza, *Il matrimonio nel diritto dei papiri dell'epoca Tolemaica*, en *Aeg.*, XIV (1934), págs. 205 y sigs.; R. Taubenschlag, *Die Geschichte der Rezeption des griechischen Privatrechts in Ägypten*, en *Atti IV Congr. Pap.*, 1936, págs. 268 y sigs., y H. J. Wolff, *Written and unwritten marriages in Hellenistic and postclassical Roman law*, en *Philol. Monogr., Am. Philol. Assoc.*, IX, 1939 (en estos artículos encontrará el lector una bibliografía completa). Sobre los matrimonios mixtos: O. Montevecchi, *Ricerche di sociologia*, etc., en *Aeg.*, XVI (1936), pág. 32; cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XII (1937), pág. 120. Sobre las concubinas indígenas de los soldados tolemaicos y residentes extranjeros en la provincia tolemaica de Siria y Fenicia, véase cap. IV, págs. 341 y sigs. y nota 135. No puedo mencionar todo lo que se ha escrito sobre las leyes de Dura. El texto se encuentra en F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos*, pág. 309, y una corrección importante de D. Pappulia en 'Συμβολὴ εἰς τὴν ἱστορίαν τῆς ἐξ ἀδιαθέτου κληρονομικῆς διαθήκης ἐν τῷ 'Ελληνικῷ δικαίῳ', 'Ακαδημ. 'Αθην. Συνεδρία, 28 nov. 1929; cf. L. Wenger, *Arch. Pap.*, X (1932), pág. 130 y sigs. (la lectura de Pappulia ha sido confirmada por C. B. Welles).

(19) Sobre la planificación de ciudades y el sistema hipodámico en general: G. Cultrera, *Architettura Ippodamea*, en *Mem. Acc. Lincei*, XVII (1924), págs. 357 y sigs.; A. von Gerkan, *Griechische Städteanlagen*, 1924; K. A. Doxiadis, *Raumordnung im gr. Städtebau*, 1937. Sobre Egipto: F. Luckhard, *Das Privathaus im ptolemäischen und römischen Ägypten*, 1914 (tesis doctoral de Bonn); H. Schmitz, *Die hellenistisch-römischen Stadtanlagen in Ägypten*, 1921; P. Viereck, *Philadelphia*, en *Morgenland*, XVI (1928), y la bibliografía *C. A. H.*, VII, pág. 894. Cf. A. E. R. Boak y E. E. Peterson, *Karanis 1924-29*, 1931; *1929-31*, 1933; A. E. R. Boak, *Soknopaiu Nesos*, 1935. Sobre la reconstrucción de ciudades antiguas egipcias, véanse los informes de las excavaciones alemanas en Hermúpolis por G. Roeder y otros, especialmente el último *Bericht über die Ausgrabungen der deutschen Hermopolis-Expedition*, 1935, en *Mitt. d. inst. in Kairo*, VII (1937). Puedo notar que los Tolomeos nunca reconstruyeron antiguas ciudades egipcias por completo; esto estaba reservado a los romanos. Sobre Siria: bibliografía, *C. A. H.*, VII, pág. 900 y sig. Sobre Apamea: F. Mayence, *Ac. R. de Belgique, Bull. cl. d. Lettres*, etc., XXV (1939), págs. 328 y sigs. Sobre Dura-Europos: mi *Dura and the problem of Parthian art*, en *Yale Cl. Stud.*, X (1935), págs. 203 y sigs., y *Dura-Europos and its art*, 1938, págs. 33 y sigs. Sobre Laodicea: J. Sauvaget, en *Bulletin d'Études orientales*, IV (1934), págs. 81 y sigs.; véase su nota *Le plan de Laodicée sur mer*, ibíd., VI (1936), págs. 51 y sigs. Sobre Damasco: J. Sauvaget, *Esquisse d'une histoire de Damas*, en *Rev. Ét. Islam.*, 1934, págs. 422 y sigs.

(20) Un buen estudio de la casa privada tolemaica se encontrará en *Der Typus des hellenistisch-ägyptischen Hauses*, etc., 1936 (tesis doctoral, Wurzburgo), con excelentes referencias bibliográficas; véanse los informes de la expedición de Michigan sobre la excavación de Karanis citada en la nota anterior. Sobre las casas particulares de Dura-Europos, véanse mis dos libros citados en la misma nota. Sobre la casa griega de las épocas prehelenística y helenística: D. M. Robinson, *Prähistorische und griechische Häuser*, en *P. W. K.*, supl. VII, 223 y sigs.; cf. D. M. Robinson y J. W. Graham, *The Hellenistic House*, en *Excavations at Olynthus*, VII, 1938.

(21) En el capítulo IV, nota 121, he dado una bibliografía de la literatura moderna sobre el *status civitatis* de los extranjeros en Egipto. Sobre el reino seléucida, ibíd., pág. 517, notas 292 y sigs. En esta nota puedo citar las dos referencias a leyes y reales órdenes sobre el cambio de estatuto político de distintos grupos de la población de Egipto discutidos por Bikerman. En *B. G. U.*, 1213 (lista de leyes y reales órdenes del siglo III a. de J. C.), encontramos en la línea 3 el título: περὶ μετα [βολῆ]ς πατρίδος καὶ ὀνομάτων. En *B. G. U.*, 1250, 11 y sigs. (siglo II antes de J. C.), en una queja sobre cambio de nombres no autorizado leemos: προστεταγμένον γὰρ | [πᾶσι τοῖς ἐπὶ τῶν πρ]αγμάτων μηθένα μετε|[νομάζειν μηδ' αὐτὸν] μηδὲ τὴν πατρίδα, εἰ δὲ [μή, τὸν ποιήσαντα θ]ανάτωι ζημιοῦσθαι (la forma μετενομάζει se vuelve a encontrar en la línea 15). Es difícil creer que los reyes tomasen estas medidas por motivos puramente administrativos y fiscales.

(22) Bibliografía, cap. IV, nota 121.

(23) Sobre los gimnasios, véanse las obras modernas citadas en el capítulo IV, nota 121. De gran importancia es la inscripción hallada recientemente en Egipto y publicada por Kortenbeutel (*S. E. G.*, VIII, 641). Da una idea de la vida corporativa de un grupo de griegos formado en torno a un gimnasio (οἱ ἐκ τοῦ γυμνασίου). Probablemente existía un número fijo de miembros, y reglas estrictas sobre la admisión de otros nuevos. La organización del grupo es casi una copia de la organización de la ciudad. Es una lástima que no sepamos si el gimnasio de la inscripción era el de Tolemaida (lo que es dudoso) o el de un pueblo o ciudad indígena. Cf. *S. E. G.*, VIII, 694 (siglo III-II a. de J. C. de Luxor.) Íntima conexión entre los gimnasios y el ejército: *P. Enteux.*, 8 (221-220 a. de J. C.); P. Jouguet, *Raccolta Ramorino*, 1927, págs. 381 y sigs. = *S. B.* 7245 (gimnasio construido en Samaria del Fayum por un rico oficial del ejército allí establecido); P. Roussel, *Mél. Maspéro*, II, 1934, págs. 37 y sigs. = *S. E. G.*, VIII, 531, Afroditópolis, 57-56 a. de J. C. (Herodes, hijo de Demetrio ἱππάρχης ἐπ' ἀνδρῶν τῶν κατοίκων ἱππέων, gran benefactor del gimnasio, organizó una gran recepción para el στρατηγός y soldados); *S. E. G.*, VIII, 357, siglo III-II a. de J. C. (un grupo de oficiales de una ciudad o pueblo desconocidos honra a su συστρατιώτης, el gimnasiarca). Se menciona con frecuencia a los Οἱ ἐκ τοῦγυμνασίου, por ejemplo, en inscripciones: *S. E. G.*, VIII, 504, 531, 641, 694. Liturgias gimnasiales (λαμπαδαρχία ἀνδρῶν), relacionadas con los *agones*: *B. G. U.*, 1256 (primera mitad del siglo II a. de J. C.); F. Zucker, *Aeg.*, XI (1931), págs. 488, notas 4 y 493; el hombre que se queja —caso curioso para el *komogrammateus*— de esta carga que

se le imponía era un macedonio ὀγδοηκοντάρουρος de Filadelfia. Sobre los gimnasia y *agones* de la correspondencia de Zenón, véase mi *Large Estate*, pág. 174; E. Norman Gardiner, *Class. Rev.*, XLIV (1930), págs. 211 y sigs. Gimnasios que poseen tierra: *Teb.*, 700 (124 antes de J. C.).

(23 *a*) C. B. Welles, *T. A. P. A.*, LXX (1939) (publicado en 1940), págs. 203 y sigs., reproduce y discute los fragmentos de Herodoto y Apiano (*Bell. Mithr.*, 101) encontrados en Dura.

(24) Los TEXTOS ESCOLARES hallados en Egipto han sido cuidadosamente reunidos, editados y estudiados por eminentes investigadores. Las contribuciones más importantes son las de P. Bendel, *Qua ratione Graeci liberos docuerint*, etc. (tesis doctoral, Greifswald), 1911; E. Ziebarth, *Aus der antiken Schule*, Lietzmann, *Kleine Texte*, 65, 2.ª ed., 1913; H. J. M. Milne, *Greek Shorthand Manuals. Syllabary and Commentary*, con 9 láms., 1934 (Eg. Expl. Soc.); P. Collart, *Les papyrus scolaires*, en *Mél. Desrousseaux*, 1937, págs. 69 y sigs. Recientemente se hizo un descubrimiento espectacular: un rollo fragmentario que contenía un manual escolar destinado a dar a un escolar griego de Egipto de la época de Filopátor nociones elementales de lectura, deletreo, matemáticas y literatura, publicado e ilustrado por P. Jouguet y O. Guéraud, *Un Livre d'écolier du III^e siècle av. J. C.*, 1938 (Publ. de la Soc. R. Eg. de Papyrologie); cf. A. Körte, *Arch. Pap.*, XIII (1938), págs. 104 y sigs., quien demuestra el gran parecido de este manual con el de finales del imperio romano, *P. Bour*, 1.

Sobre los FRAGMENTOS DE LIBROS hallados en la *chora* de Egipto, algunos de los cuales son restos de bibliotecas escolares, véase C. H. Oldfather, *Greek literary texts from Greco-Roman Egypt*, en *Univ. of. Wisc. Stud.*, IX, 1923; F. G. Kenyon, *Books and Readers in Ancient Greece and Rome*, 1932, págs. 25 y sigs. (sobre la época helenística). Los restos de libros de la época tolemaica son, por supuesto, menos numerosos que los de los tres primeros siglos de la era cristiana. Es interesante observar que los restos de libros del siglo III a. de J. C. son más numerosos que los del II y I. Esto puede ser casual, pero quizá pueda explicarse por un interés mayor por los libros entre los primeros colonos, si se comparan con sus descendientes, más orientalizados.

La existencia de BIBLIOTECAS (bien conocida para las ciudades griegas) está atestiguada para la *chora* en muchas listas fragmentarias de libros halladas en Egipto, desde el papiro «profético» de San Petersburgo, procedente de Menfis y publicado por V. Jernstedt (U. Wilcken, *Chr.*, 155), hasta el de Varsovia (G. von Manteuffel, *P. Vars.*, 5), y la carta, muy interesante, sobre los libros «útiles» recientemente publicada por A. Vogliano, *Dal I^o volume dei Papiri d. R. Univ. di Milano*, 1935, número 2 (véase cap. IV, nota 232). Estas listas pertenecen al período imperial, pero hay dos documentos de principios del período tolemaico que atestiguan la existencia de bibliotecas en aquella época. Una es *P. Col. Zen.*, 60, Col. Univ. Press, 1940 (debo al profesor W. L. Westermann el acceso a este documento antes de su publicación), fragmento de una lista sin fecha de libros (de la biblioteca de Zenón) que fueron facilitados a su hermano Efarmosto; la otra (*P. Cairo Zen.*, 59079), recibida por Zenón el 257 a. de J. C., en Arsínoe Dionos, lugar, por otra

parte, desconocido, contiene una lista de muebles (entre ellos κίσται) compilada por Dionisio, a quien el documento probablemente da el título de βιβλι[οφύλαξ], y puede indicar la existencia de una biblioteca o archivo (¿o ambos?) en la casa de Apolonio el dioceta. Las obras literarias cuyos fragmentos se hallaron en la casa de Zenón en Filadelfia pudieron haber pertenecido a su biblioteca particular. Una de estas obras (quizá una de las tragedias de Agatón) tenía anotaciones musicales (*P. Cairo Zen.*, 59533; cf. C. C. Edgar, *P. Mich. Zen.*, Introd., pág. 49, y H. I. Marrou, *Rev. Phil.*, XIII (65), 1939, págs. 308 y sigs.). Puedo recordar al lector que se ha hallado recientemente en Rodas una lista de libros de época helenística (¿biblioteca de un gimnasio?), véase cap. IV, nota 83 y cap. V, nota 113; cf. L. Robert, *B. C. H.*, LIX (1935), págs. 421 y sig. (lista de suscripción de Cos para la biblioteca de un gimnasio, del siglo II a. de J. C.) y las observaciones de W. A. Oldfather, *Library Quarterly,* VIII (1938), págs. 287 y sigs. Más de una vez se han estudiado la arquitectura y el equipo de las bibliotecas antiguas a la luz de los nuevos descubrimientos. Las ruinas mejor conocidas de una biblioteca helenística son las de la biblioteca de Pérgamo. Sobre esta y otras bibliotecas conocidas, principalmente de época romana, véanse B. Götze, *Antike Bibliotheken,* en *J. D. A. I.*, LII (1937), págs. 225 y sigs., y C. Wendel, *Neues aus alten Bibliotheken,* en *Zentralbl. f. Bibliothekswesen,* LIV (1937), págs. 585 y sigs., y LV (1938), págs. 641 y sigs. (con bibliografía). La organización de las antiguas bibliotecas está bien ilustrada en una breve inscripción recientemente hallada en Atenas (*Hesp.*, V (1936), página 41), que parece ser un extracto de las ordenanzas de la biblioteca sobre el préstamo de libros y las horas de trabajo de la biblioteca. La inscripción probablemente perteneció a la biblioteca de Trajano en Atenas; cf. W. A. Oldfather, *Library Quarterly,* VII (1937), pág. 437. Es muy probable que las ordenanzas de bibliotecas apareciesen por primera vez en la gran biblioteca de Alejandría.

Sobre la VIDA ESCOLAR en Egipto en las épocas helenística y romana: C. Préaux, *Lettres privées grecques d'Égypte relatives à l'éducation,* en *Rev. Belge de Phil. et d'Hist.*, VIII (1929), págs. 757 y sigs. P. Collart, *À l'école avec les petis Grecs d'Égypte,* en *Chr. d'Ég.*, XI (1936), págs. 489 y sigs.; W. Peremans, *Vreemdelingen,* etc., págs. 173 y sigs. La vida de los escolares en las monarquías helenísticas orientales no difería de la que de modo tan pintoresco nos describe Teles περὶ τοῦ μὴ εἶναι τέλος ἡδονήν (ed. O. Hense, 1909, pág. 50).

(25) He citado los estudios modernos que tratan de los gremios en Egipto, tanto indígenas como griegos, en el cap. IV, notas 105 y 121. La cuestión del origen de las asociaciones particulares tolemaicas (conocemos alguna bastante bien, incluso el carácter de sus estatutos, gracias a los papiros demóticos y griegos) es muy controvertida. M. San Nicolò y A. E. R. Boak, *Tr. Am. Phil. Ass.*, LXVIII (1937), págs. 212 y sigs., se inclinan a considerar como muy probable que todas las asociaciones de época tolemaica y romana tuviesen origen griego, mientras que A. D. Nock, en *Harv. Th. Rev.*, XXIX (1936), págs. 74 y sigs., señala en sus estatutos muchas particularidades que no pueden ser griegas. Mi opinión personal es que a fines del período tolemaico los dos tipos de asociaciones se influyeron mutuamente, mientras que en la época

pretolemaica y principios de la tolemaica existieron independientemente. Se encontrarán nuevas fuentes sobre un tipo especial de asociaciones religiosas y sociales con un ligero matiz de elementos profesionales en las inscripciones de los γεοῦχοι del Bajo Egipto a que nos referimos en el cap. V, nota 151. Recientemente U. Wilcken, *U. P. Z.*, 161 (proceso de Hermias del 119 a. de J. C.), ha estudiado las asociaciones de φιλοβασιλισταί y βασιλισταί. A la lista de asociaciones profesionales compilada por M. San Nicolò (en el primer volumen de sus *Vereinswesen*) pueden añadirse otras muchas, como, por ejemplo, los gremios de molineros, saladores de pescado y tratantes en general, *Teb.*, 840-841; véanse los apicultores, que tenían su propio templo, *Teb.*, 853, 21, 26. No puedo tratar aquí de las asociaciones profesionales del período tolemaico. Las considero heredadas del pasado, y los πρεσβύτεροι de los γεωργοί de la época tolemaica (semejantes a los πρεσβύτεροι de otros gremios profesionales) como precursores y modelos de los πρεσβύτεροι κώμης de la época romana; contra este punto de vista, que yo expuse por primera vez en mi *Kolonat*, M. San Nicolò, *Vereinswesen*, II, 1915, págs. 89 y sigs.; cf. W. Peremans, *Vreemdelingen*, pág. 88, y *P. Bad.*, 170, 54 d. de J. C. (un arriendo de tierra «pública»), que atestigua la existencia de los πρεσβύτεροι γεωργῶν y las organizaciones corporativas de δημόσιοι γεωργοί a principios de la época romana: véase la útil introducción de G. A. Gerhard a este papiro y las observaciones de U. Wilcken, *Arch. Pap.*, XIII (1939), págs. 239 y sigs. Sobre la división de grupos profesionales en δεκαταρχίαι, W. Hellebrand, *Festschrift Paul Koschaker*, 1939, págs. 247 y sigs. El derecho de propiedad que poseían los βασιλικοὶ γεωργοί de cada uno de los pueblos (*Teb.*, 53, 5 y sigs.) no deja de tener relación con el carácter de sus asociaciones tal como se expone en el texto.

(26) Lo poco que sabemos de las asociaciones profesionales en Siria y Mesopotamia se refiere al período imperial romano; véase F. M. Heichelheim, *Roman Syria*, T. Frank, *Econ. surv.*, IV, pág. 208. El κοινὸν τῶν μαχαιροποιῶν (Clermont-Ganneau, *Rev. Arch.*, serie 3.ª, III (17), 1891, págs. 107-108), puede ser, como sugiere Clermont-Ganneau, un gremio fenicio helenizado (el nombre fenicio era *gêv*). Sobre los *thiasoi* de Palmira se ha escrito mucho, pero el problema de su carácter sigue en discusión. Sin embargo, no hay duda de que asociaciones de este tipo se remontan a épocas muy antiguas (parece que su nombre semítico era *marzah*), y que los banquetes rituales desempeñaban un papel muy importante en su vida. Véase J. C. Février, *La religion des Palmyréniens*, 1931, págs. 201 y sigs.; cf. H. Ingholt, *Un nouveau thiase à Palmyre*, en *Syria*, II (1926), págs. 135 y sigs. y lám. XXXIV. Sobre los banquetes rituales, para los cuales se construían triclinios especiales en los santuarios de Palmira y sus cercanías y en los de Dura: H. Seyrig, *Syria*, XIV (1933), pág. 263, y D. Schlumberger, *J. D. A. I.*, 1 (1935), Anz., págs. 595 y sigs., y especialmente págs. 606 y sigs.; véanse las observaciones de F. E. Brown en *Dura rep.*, VII-VIII (1939), págs. 157 y sigs. Sobre las téseras de arcilla relacionadas con estos banquetes, véanse mis artículos en *J. R. S.*, XXII (1932), págs. 107 y sigs., y *A. J. A.*, XXXVII (1933), págs. 58 y sigs. Está en preparación un *corpus* de las téseras por H. Seyrig y H. Ingholt. Sobre la ἑταιρεία de Dura, C. Hopkins, *Dura rep.*, V (1934), págs. 112 y sigs., núms. 416 y 418.

(27) Con frecuencia se han reunido y estudiado las fuentes que tratan de los gremios profesionales en general y de los de Asia Menor en particular. Listas de las inscripciones y otras menciones conservadas se encontrarán en J. P. Waltzing, *Étude hist. sur les corp. prof.*, etc., 1895; E. Ziebarth, *Das gr. Vereinswesen,* 1896, págs. 101 y sigs.; J. Oehler, *Eranos Vindobonensis,* 1893, págs. 277 y sigs.; F. Poland, *Gesch. d. gr. Vereinswesens,* 1909, págs. 116 y sigs., con las listas al final del libro; véanse págs. 527 y sigs.; T. R. S. Broughton, *Roman Asia Minor,* T. Frank, *Econ. surv.*, IV, págs. 841 y sigs. (sin citar a sus predecesores). En el material allí recogido se basan los resúmenes de E. Kornemann, artículo Κοινόν, *P. W. K.*, supl. IV, 915 y sigs.; supl. V, 453 y sigs.; Stöckle, *Berufsvereine,* ibíd., supl. IV, 155 y sigs.; Kahrstedt y Poland, *Synodos,* ibíd., IV A, 1415 y sigs. La opinión común de los eruditos modernos es la del origen romano; por ejemplo, Waltzing, loc. cit.; H. Francotte, *L'industrie dans la Grèce ancienne,* II, 1901, págs. 212 y sigs.; F. Poland, loc. cit., R. T. S. Broughton, loc. cit., y algunos otros. Se sugiere la posibilidad de un origen local en G. Radet, *La Lydie et le monde grec au temps des Mermnades,* 1893, pág. 226, nota 2; W. M. Ramsay, *Cities and Bishoprics of Phrygia,* 1895, págs. 105 y sigs., y 440 y sigs., y aceptado por E. Ziebarth, loc. cit., J. Kaerst, *Gesch. d. Hell.*, II, 2.ª ed., págs. 161 y sigs.; y yo mismo, *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, págs. 210 y sigs. Al combatir la última opinión (que dice ser la más generalizada, cuando ocurre todo lo contrario), Broughton no ha aducido ningún material nuevo ni ha añadido nuevos argumentos de valor. Ningún erudito moderno ha tenido en cuenta el hecho significativo de que el desarrollo de las organizaciones profesionales en el este del imperio romano se limitaba a Egipto y Asia Menor, los dos centros más destacados de desarrollo industrial en las épocas prehelenística y helenística. Es una pena que sean tan pobres las fuentes sobre Babilonia y Fenicia. Sin embargo, sobre las de Fenicia, véase la nota precedente: Clermont-Ganneau señala, con gran probabilidad de acierto, que el κοινὸν τῶν μαχαιροποιῶν de esta ciudad era una *gêv* fenicia helenizada. Recuérdese que el nombre del dedicante (Heliodoro), presidente del gremio, es claramente una traducción griega de un nombre semítico, y que el «santo dios» a quien se hace la dedicación es esencialmente semítico (véase Palmira).

(28) Sobre la evolución jurídica del Egipto helenístico, véanse las obras modernas citadas en el cap. IV, nota 121. Se emplea el término πολιτικοὶ νόμοι, por ejemplo, en el proceso de Hermias, junto con el de τὰ ψηφίσματα, en aparente oposición a las leyes egipcias como base de la jurisdicción de los λαοκρίται, *U. P. Z.*, 162, col. VII, líns. 8 y sigs. Sobre los πολιτικοὶ νόμοι en la época tolemaica en general: R. Taubenschlag, *Atti IV Congr. Pap.*, 1936, págs. 259 y sigs. Sobre la terminología de la época romana: E. Bikerman, *Arch. Pap.*, IX (1930), págs. 40 y sig. Sobre los pergaminos y papiros de Dura y de Avromán, véase cap. IV, nota 221, y cap. VI, nota 139. En los artículos de C. B. Welles citados en las notas anteriores, el lector encontrará referencias de las contribuciones de otros investigadores al estudio de los pergaminos y papiros de Dura. No es necesario recordar al lector que fue L. Mitteis, en su *Reichsrecht und Volksrecht in den östlichen Provinzen des römi-*

schen Kaiserreiches, 1891 (reimpreso en 1935), quien primero afirmó la existencia de un sistema de derecho helenístico. Su obra tuvo una influencia duradera; véase L. Wenger, *Ludwig Mitteis und sein Werk,* 1923, y *Ludwig Mitteis und die hellenistische Rechtsgeschichte,* en *Archives d'Hist. du Droit oriental,* I (1937), págs. 181 y sigs.; cf. íd., *Festschrift Paul Koschaker,* 1939, pág. 7 (de la reimpresión). Desde el momento en que la investigación sobre el derecho en los papiros la llevan a cabo sobre todo romanistas, el esfuerzo principal va dirigido, no hacia el estudio del nacimiento, desarrollo y distintos aspectos del derecho helenístico, sino hacia las relaciones entre el derecho romano y el helenístico, poco conocido en sus diferentes versiones dentro del imperio romano. Sobre los tribunales judíos a principios del Egipto romano: E. R. Goodenough, *The Jurisprudence of the Jewish Courts in Egypt... as described by Philo Judaeus,* 1929 (este libro originó una viva controversia, que no puedo discutir aquí).

(29) En capítulos anteriores he tratado de la helenización de los indígenas y la orientalización de los griegos. El proceso se ve mejor en el campo de la vida religiosa. La helenización de los cultos indígenas fue un fenómeno sobresaliente en la vida religiosa de la época y ha sido registrado y descrito repetidas veces por los autores modernos. Véase, en general, en primer lugar la obra clásica de F. Cumont, *Les religions orientales,* 3.ª ed., 1929, aunque su principal atención se dedica a la época del imperio romano, y A. D. Nock, *Conversion,* 1933, pero especialmente K. Latte, *Religiöse Strömungen in der Frühzeit des Hellenismus,* en *Die Antike,* I (1925), págs. 146 y sigs.; Schubart, *Die religiöse Haltung des frühen Hellenismus* (*Der alte Orient,* XXXV, 2), 1927. En O. Kern, *Die Religion der Griechen,* III (1938), se dice muy poco sobre el tema. Para Egipto en particular, debo citar el útil resumen de T. A. Brady, *The reception of the Egyptian cults by the Greeks* (330-30 a. de J. C.), 1935; cf. E. Visser, *Götter und Kulte im ptolemäischen Alexandrien,* 1938, y F. W. von Bissing, *Ägyptische Kultbilder der Ptolemäer- und Römerzeit* (*Der alte Oriente,* XXXIV, 1, 2), y para Siria las obras de Bikerman y otros autores discutidos y citados en el cap. V, nota 125.

(30) Se encontrará una buena bibliografía en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.,* pág. 1113, nota 51. A esta bibliografía pueden añadirse los libros más importantes que tratan de literatura helenística, especialmente poesía, como, por ejemplo, A. Rostagni, *Poeti alessandrini,* 1916; U. von Wilamowitz-Moellendorf, *Hellenistische Dichtung,* 1924; A. Körte, *Die hellenistische Dichtung,* 1925; W. W. Tarn, *Hell. Civ.* 2.ª ed., págs. 235 y sigs. (3.ª ed., págs. 268 y sigs.); y de filosofía helenística como exponente de la mentalidad de la época, como, por ejemplo, W. W. Tarn, *Antigonos Gonatas,* 1913; J. Kaerst, *Geschichte des Hellenismus,* II, 2.ª ed., 1926, cap. II, págs. 84 y sigs.; W. S. Ferguson, C. A. H., VII, págs. 1 y sigs. (con bibliografía); W. W. Tarn, *Hell. Civ.,* 2.ª ed., págs. 290 y sigs. (3.ª ed., págs. 325 y sigs.), y varios estudios de los estoicos, epicúreos y cínicos que no pueden enumerarse aquí. La lista sería realmente larga. Se encontrará un cuadro general en A. D. Nock, *Conversion,* 1933, y las secciones correspondientes en las historias generales de la época helenística citadas en el cap. I, nota 1. Por lo que hace al papel de los metecos o κατοικοῦντες en el establecimiento

de las monarquías helenísticas orientales, véase F. M. Heichelheim, loc. cit.; cf. A. Rehem, *Arch. f. Kulturg.*, XXVIII (1938), págs. 154 y sig. (sobre el espíritu de los metecos y el papel que desempeñaron en la vida económica de la época clásica de Grecia).

(31) No puedo tratar aquí del problema, tan importante y discutido con tanto calor, de la vida constitucional de las monarquías helenísticas. En general me inclino hacia el punto de vista recientemente sostenido por E. Bikerman, *Inst. Sél.*, caps. I y II (véase cap. I, nota 3), y por P. Jouguet en su interesante recensión del libro de Bikerman, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXIII (N. S., x, 2) (1939), págs. 381 y sig.

(32) Hay que reunir y estudiar con más cuidado de lo que hasta aquí se ha hecho las cartas de Zenón que no se refieren a su actividad administrativa y económica. Ciertamente, era muy devoto de su familia, aunque es característico de su mentalidad el hecho de que su correspondencia nos da una idea muy vaga de su vida de familia. No sabemos con seguridad si estaba casado y tenía hijos. Sobre sus gustos literarios, véase *P. Cairo Zen.*, 59532-59535; cf. G. A. Gerhard, *P. Bad.*, 176, introducción; véase nota 24.

(33) Se encontrarán algunas observaciones sobre este punto en casi todas las obras generales de historia helenística. La mejor presentación desde el punto de vista histórico y filosófico, tratando de la teoría y la práctica en Grecia en las épocas clásica y helenística, se encontrará en J. Kaerst, *Gesch. d. Hell.*, II, 2.ª ed., cap. III, «Der rationalistisch-technische Charakter der hell. Kultur», págs. 146 y sigs. No pienso dar aquí un resumen de este capítulo. Mi intención es demostrar con unos cuantos ejemplos la importancia del profesionalismo en la mentalidad y la vida social y económica del mundo helenístico oriental, recogiendo y comentando materiales de que se han ocupado autores modernos desde puntos de vista distintos al mío. Véase la bibliografía confusa y de aluvión en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 1100, nota 42.

(34) Sobre los deberes y educación del reino helenístico, véanse los libros y artículos acerca de las distintas monarquías helenísticas citados en el cap. IV. Sobre las reinas, cf. G. H. Macurdy, *Hellenistic Queens* (Johns Hopkins Univ. St. Arch., XIV), 1932, y sobre las princesas posteriores sus *Vassal queens... in the Roman empire* (ibíd., XXII), 1937. Sobre los tratados περὶ βασιλείας véase cap. III, notas 15 y 24 y IV, nota 83. No puedo ocuparme aquí con extensión de estos tratados. Se necesita con urgencia una recolección completa de todo el material. De las obras modernas que tratan de esta cuestión, además de las obras generales sobre realeza helenística mencionadas en mis caps. III y IV, puedo citar al azar la tesis doctoral en Marburgo de G. Burner, *Comparantur inter se graeci de regentium hominum virtutibus auctores*, 1889; W. W. Tarn, *Antigonos Gonatas*, págs. 254 y sigs.; J. Kaerst, *Gesch. d. Hell.*, II, 2.ª ed., págs. 296 y sigs.; E. R. Goodenough, *The political philosophy of Hellenistic Kingship*, en *Yale Class. Stud.*, I, 1928; págs. 55 y sigs.; J. Bidez, *La cité du monde*, etc., págs. 26 y sigs. (267 y sigs.) (cita completa en el cap. IV, nota 232); U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Der Glaube der Hellenen*, II, pág. 284, nota 1. Sin embargo, debo señalar que en casi todas las escuelas filosóficas existen tratados περὶ βασιλείας. Con el fin de aclarar esto al lector, daré algunos ejemplos

sin pretender ser exhaustivo. El tema fue muy popular entre los ESTOICOS antiguos y tardíos. Me limitaré a los primeros: Perseo, *S. V. F.*, I, pág. 96, nota 435; Cleantes, ibíd., I, pág. 107, núm. 481; Esfero, ibíd., I, pág. 139, núm. 620; Crisipo, ibíd., III, págs. 158 y sigs., núms. 617-622; cf. págs. 172 y sigs., núms. 685-689, 691 y 693. Estoicos originarios del reino seléucida: véase cap. IV, nota 232. Sobre los fragmentos de Suidas, véase cap. III, nota 24. Para EPICURO y su escuela, H. Usener, *Epicurea*, pág. 94; cf. Filodemo, περὶ τοῦ καθ' Ὅμηρον ἀγαθοῦ βασιλέως, ed. Olivieri, 1909. La actitud de los CÍNICOS frente a la realeza puede deducirse por alguna de sus expresiones. Véanse, por ejemplo, las observaciones de Teles sobre los reyes. La idea fundamental es que no hay diferencia esencial entre un rey y una persona corriente, y que su poder y riqueza no protegen al rey de las necesidades y desgracias. Véase Teles (ed. Hense); περὶ πενίας καὶ πλούτου, pág. 43, 9, cf. 37; περὶ φυγῆς, pág. 24, cf. 23; περὶ αὐταρκείας, págs. 5 y sigs. Sobre Teles: D. R. Dudley, *A history of cynicism.*, 1937, págs. 84 y sigs. PERIPATÉTICOS: tratado atribuido a Aristóteles, V. Rose, *Aristot. Fr.*, sect. LII, frs. 646-647; Teofrasto, Dionisio de Halicarnaso, V, 73; *P. Oxyr.*, 1611, líns. 38 y sigs. NEOPITAGÓRICOS: E. R. Goodenough, loc. cit.; cf. A. Delatte, *Esai sur la politique pythagoricienne*, 1922, págs. 42 y sigs. Sobre la fecha de los distintos tratados, véase cap. III, nota 15. Puedo recordar que la justificación de la avaricia por parte del rey que hace Diotógenes (Estobeo, IV, 7, 61 y sigs.) puede indicar que este filósofo tenía formaciones alejandrinas. Debo citar como curiosidad el consejo al rey (o a un rey) de seguir la política económica de los reyes persas, *P. Ryl.*, 20.

(35) Sobre la administración tolemaica, véanse todos los libros en general que tratan de la historia y estructura del Egipto tolemaico, especialmente *Grundzüge* de Wilcken y la *Einführung* de Schubart, y las obras de Bouché-Leclercq, Mahaffy-Bevan y Jouguet sobre la historia del Egipto tolemaico. Además de éstos, existen varios libros, artículos y trabajos especiales. Un resumen interesante de los resultados de la investigación moderna se encontrará en V. Martin, *Les Papyrus et l'histoire administrative de l'Égypte gréco-romaine*, en *Papyri und Altertumsw.*, *Münch. Beitr.*, XIX, 1934, págs. 102 y sigs. Una buena bibliografía al día, en C. Préaux, *L'Écon. Lag.*; cf. *C. A. H.*, VII, págs. 116 y sigs. y 893. Sobre la formación profesional de los aspirantes a puestos administrativos, véanse las observaciones de U. Wilcken, *U. P. Z.*, pág. 474. Es muy probable que el rollo que contiene los documentos *U. P. Z.*, 110, 144 y 145, fuese escrito por uno de estos aspirantes que copió algunos documentos oficiales que sus maestros juzgaban excelentes ejemplos del estilo oficial. Él añadió algún material distinto (astrológico), probablemente por su propia cuenta. A este respecto es muy interesante el papiro de Columbia citado en la nota 24 (*P. Col.*, IV, «Zenon and other Ptolemaic Papyri», núm. 60). En esta carta fragmentaria se informa a Zenón sobre unos libros (βιβλία), probablemente pertenecientes a su biblioteca, enviados (ἃ κατηνέχθη) a su hermano Efarmosto. Los dos libros citados en el fragmento son συναλωλαί de la escuela peripatética (uno de Calístenes), es decir, «colecciones de materiales muy característicos de las actividades de los peripatéticos» (Westermann, *P. W. K.*, X, 1685). Es natural que el estudio de este libro, si no se exigía a los

funcionarios tolemaicos, era considerado por ellos como una formación útil para su actividad administrativa y diplomática al servicio del reino, y el poder citarlos en sus conversaciones con los superiores era una ayuda en su carrera. Sobre los συναγωλαί véase la introducción de Westermann al papiro anteriormente citado. Sobre los principios morales que se suponía dirigían la conducta de los funcionarios tolemaicos y se incorporaban a las ἐντολαί (instrucciones) de carácter práctico emitidas por el rey y altos oficiales de la corona a sus subordinados, véase cap. IV, nota 83; cf. *Teb.*, 703, Introd., pág. 71, donde cité un fragmento muy interesante de una comedia que refleja estos tratados, A. Körte, *Arch. Pap.*, VII (1927), pág. 257. Sobre la estructura administrativa del reino seléucida: E. Bikerman, *Inst. Sél.*, caps. II y V; véase cap. IV, pág. 419, nota 241 del presente libro. Sobre el reino de Pérgamo, véase la bibliografía dada en mis capítulos sobre él, caps. IV, V y VI.

(36) Sobre el ejército y la marina tolemaicos: *C. A. H.*, VII, págs. 116 y sigs., y bibliografía, pág. 893; véase cap. III, nota 7, y cap. IV, nota 91. Sobre el ejército seléucida: E. Bikerman, *Inst. Sél.*, cap. III. Sobre el ejército pergameno: *C. A. H.*, VIII, págs. 594 y sigs. y 788 y sigs.; véanse caps. IV y V.

(37) Sobre los tratados de táctica: J. Kromayer en J. Kromayer y G. Veith, *Heerwesen und Kriegführung der Griechen und Römer*, en *Handb. d. Altertumsw.*, IV, 3, 2, 1928, págs. 9 y sigs., especialmente págs. 12 y sigs., sobre Eneas Táctico (357-356 a. de J. C.) y otros tratados posteriores. El único tratado de época helenística es el de Asclepiodoto, alumno de Posidonio, que fue utilizado por Eliano en la época de Trajano y a través de él por Arriano.

(38) La cuestión de la fecha de los autores conocidos de poliorcética y belopeya es muy debatida. Conocemos con exactitud las fechas de Ctesibio (época de Tolomeo II), Bitón (época de Átalo I) y Filón de Bizancio (hacia 250 a. de J. C.). Sobre Herón y Ateneo se dividen las opiniones. Pero no hay duda de que todos los tratados que nos quedan se remontan a la época helenística y que los romanos no añadieron mucho a las invenciones de esta época. Véase E. Schramm en Kromayer-Veith, loc. cit., págs. 209 y sigs.; Orinsky, artículo Μηχανή, *P. W. K.*, XV, 10 y sigs.; E. Pernice, en *Literarische Zeugnisse*, en W. Otto, *Handb. d. Archäologie*, II, 1937, págs. 260 y sigs. (con la colaboración de A. Rehm); A. Rehm, *Phil.*, XCII (1937-38), pág. 319, nota 1, y *Arch. f. Kulturg.*, XXVIII (1938), pág. 143. La excavación de los arsenales de Pérgamo es muy importante: Akos von Szalay y E. Boehringer, *Die hellenistischen Arsenale*, en *Alt. v. Perg.*, X, 1937; cf. mi lám. LXXI. Debe recordarse que en Dura se hallaron cientos de balas de piedra exactamente iguales a las aparecidas en Pérgamo. Son restos del último sitio de Dura. Se encontrarán excelentes análisis de las fortificaciones conservadas en las ciudades helenísticas en F. Krischen, *Die Befestigungen von Herakleia am Latmos*, en *Milet: Erg. d. Ausgr.*, III, 2, 1922; A. von Gerkan, *Die Stadtmauern*, ibíd., II, 3, 1935, especialmente págs. 124 y sigs., y su capítulo en *Dura rep.*, VII-VIII, 1939, cap. I, sobre las fortificaciones de Dura; cf. mi *Dura Europos and its Art*, pág. 11 y sig. Sobre la guerra naval y el equipo técnico en los barcos de la marina rodia, véase cap. V, págs. 734 y sigs., notas 100 y 101; cf. A. Köster en Kromayer-Veith, loc. cit., págs. 163 y sigs.

(39) Mucho se ha escrito sobre el Museo de Alejandría. Un buen resumen (con bibliografía) se encontrará en el artículo Μουσεῖον de Müller-Graupa, *P. W. K.*, XVI, 801 y sigs. Los miembros del Museo gozaban de la *ateleia*, y recibían sustento y habitación y un cierto estipendio. La expresión ἀτελεῖς σιτούμενοι ἐν τῶι Μουσείωι es el título oficial de los miembros de la Asociación de Adoradores de las Musas en Alejandría.

(40) Sobre los *technitai* dionisiacos, véase nota 16. Una interesante lista de los miembros y afiliados se encontrará en la conocida inscripción de Tolemaida, *O. G. I.*, 51; cf. W. Peremans, *Vreemdelingen*, págs. 135 y sigs. y B. D. Meritt, *Hesp.*, VII (1938), págs. 77 y sigs., núm. 22. Sobre Pérgamo, véanse caps. IV y V; bibliografía en la nota 16; sobre los seléucidas, la colección completa de nuestra escasa información por E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 38 y sigs.

(41) Debo citar el estudio reciente del tema por M. Guarducci, *Poeti vaganti e conferenzieri dell'età ellenistica*, en *Mem. Acc. Lincei*, serie VI, II (1926-29), págs. 629 y sigs.; cf. L. Robert, *Rev. Arch.*, serie 5.ª, XXIV (1926), págs. 173 y sigs.; *B. C. H.*, LIII (1929), págs. 34 y sigs. La mayoría de las inscripciones se refieren a poetas venidos de Delfos y Delos. Por todo el mundo helenístico se encuentran inscripciones que citan músicos, historiadores, gramáticos, filósofos e incluso doctores viajeros.

(42) L. Robert, *Pantomimen im griechischen Orient*, en *Hermes*, LXV (1930), págs. 106 y sigs.; cf. su artículo en *R. E. G.*, XLIX (1936), págs. 235-254 (ἀρχαιολόγοι, μειμολόγοι, βιολόγοι) y *Ét. ép. et phil*, 1938, págs. 7 y sigs.

(43) Sobre los acróbatas y en general sobre el *fahrendes Volk*: *Fahrendes Volk im Altertum*, en *Bay. S. B.*, 1918, págs. 12 y sigs.; equilibristas (σκανδαλισταί): *S. I. G.*[3], 847; A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, 1922, II-VII, págs. 17 y sigs.; sobre los θαυματοποιοί en general y especialmente en Delfos, cf. L. Robert, *B. C. H.*, LII (1928), págs. 422 y sigs.; *R. E. G.*, XLII (1929), págs. 433 y sigs., y W. Kroll, *P. W. K.*, supl. VI, 1278 y sigs. Bailarines con castañuelas aparecen en Egipto en la época romana: W. L. Westermann, *The castanet dancers of Arsinoe*, en *J. E. A.*, X (1924), págs. 134 y sigs.; cf. ibíd., XVIII (1932), págs. 16 y sigs. y *P. Corn.*, 9. Los enanos, mimos, etc., así como los danzantes de castañuelas y danzarinas, fueron temas favoritos del arte helenístico y más tarde del romano. Para la época helenística me remito a los famosos enanos bailando de Mahdia (véase mi lám. LXXXIV); véanse varias figurillas de bronce parecidas de Galjûb (descripción de la lám. LXXXI), reproducida y descritas por A. Ippel, *Der Bronzefund von Galjûb*, 1922, págs. 45 y sigs., núms. 30-35, lám. IV. P. Perdrizet ha publicado y discutido de manera magistral una serie de figuras de bronce que representan bailarines de castañuelas de época helenística y romana, en su trabajo *Bronzes grecs d'Égypte de la coll. Fouquet*, 1911, págs. 62 y sigs., núms. 101-103, y láms. XXIX-XXXI; cf. P. Ducati, *Jahreshefte*, XIII (1911), págs. 167 y sigs., e I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt*, 1937, pág. 101 y en general, págs. 97 y sigs. Un copioso material sobre figuras grotescas bailando usadas como motivos decorativos en distintos productos de las artes menores o aplicadas, ha sido reunido por R. Zahn,

Amtl. Ber. Kön. Kunsts., XXXV (1913-14), págs. 301 y sigs., e íd., Κτῶ χρῶ, *Winckelmannspr.*, LXXXI (1921).

(44) No es posible enumerar aquí las obras principales sobre el atletismo griego y su historia; la lista sería interminable. Sobre las asociaciones de atletas profesionales: G. Glotz, *Xystus*, en Dar. et Saglio, *D. d. A.*, V, 1027 y sigs. Sobre el papel del atletismo en Grecia en general: E. N. Gardiner, *Athletics of the ancient world*, 1930.

(45) Se han reunido varias veces los textos, relativamente abundantes, sobre la profesión médica en las ciudades griegas. Véase R. Pohl, *De graecorum medicis publicis*, tesis doctoral, Berlín, 1905, especialmente págs. 19 y sigs., lista de inscripciones que mencionan médicos públicos; de doce inscripciones de época prerromana, once pertenecen a la época helenística; en las págs. 20 y sigs. se citan las inscripciones sobre médicos honrados con motivo de sus servicios a las ciudades; muchas de estas inscripciones pertenecen a la época helenística. Veterinarios: *I. G.*, IX, 2, 69; *G. D. I.*, 1447. Se encontrarán muchas adiciones a las listas de Pohl en J. Oehler, *Epigraphische Beiträge zur Geschichte des Ärztestandes*, en *Progr. Maximilians Gymnasium*, Viena, 1907. Un excelente resumen de todas las fuentes, literarias, epigráficas y arqueológicas sobre los médicos, veterinarios y droguistas se encontrará en el artículo *Medicus* de S. Reinach, en Dar. et Saglio, *D. d. A.*, III, 1669 y sigs., y su artículo *Mulomedicina*, ibíd., 2011 y sigs. Véase la importante colección de algunos textos de antiguos escritores médicos (con traducciones) sobre la actividad profesional de los doctores en W. Müri, *Der Arzt im Altertum*, 1938. Desde la época de Pohl, Oehler, y S. Reinach, se han encontrado muchas inscripciones y bajorrelieves nuevos que se refieren a médicos o los representan, de la época helenística, y se han revisado algunas inscripciones ya conocidas. Puedo citar algunas, sin pretender ser completo.

Especialmente abundante es la serie de inscripciones que se refieren a los MÉDICOS DE Cos encontradas principalmente en esta ciudad. Algunas están aún inéditas. En su mayoría son decretos de las ciudades extranjeras en honor de los médicos de Cos: Cnosos (Creta): R. Herzog, *J. D. A. I.*, XVIII (1903), Anz., pág. 11; *S. I. G.*³, 528 (221-219 a. de J. C.); *Inscr. Cret.*, I, VIII, núm. 7 (para Hermias, doctor de Cos, enviado por esta ciudad a Cnosos). Gortina (Creta): L. Laurenzi, *Historia*, V (1931), págs. 620 y sigs. (para el mismo médico) (*Inscr. Cret.*, IV, 168). Áptera (Creta): decreto del siglo II a. de J. C. parecido a los dos anteriores, a favor de un médico de Cos; R. Herzog, loc. cit., pág. 198 (*Inscr. Cret.*, II, pág. 16, núm. 3). Yaso (Caria): siglo III a. de J. C.; R. Herzog, loc. cit. (inédita). Halicarnaso (Caria): Paton-Hicks, núm. 13; L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), pág. 163 y sig. Delos: *I. G.*, XI, 4, 1078 = *Choix*, 61. Delfos (encontrada en esta ciudad): *S. I. G.*³, 538 A (hacia 215-205 a. de J. C.). Además, puedo añadir dos decretos de los pueblos de Cos en honor de médicos: R. Herzog, loc. cit., pág. 198 (inédita). Sobre la escuela médica de Cos y su actividad fuera de esta ciudad, véase R. Herzog. *J. D. A. I.*, XLVII (1932), Anz., págs. 274 y sigs.; *Kos: Erg. d. Ausgr.*, I, 1932, págs. 72 y sig.; *Die Asklepiosheiligtümer als Heilstätten und Gnadenorte*, en *Nünch. Med. Wochenschr.*, Jubiläumsausgabe, 1933, págs. 1 y sigs.; véase cap. IV, nota 70.

Después de Cos viene DELFOS, con una rica cosecha de inscripciones en honor de los médicos. Puedo citar unos cuantos: además de lo dicho sobre Delfos en el párrafo anterior, al tratar de Cos, y L. Robert, *B. C. H.*, LII (1928), págs. 172 y sigs., véase el decreto en honor de algunos médicos de origen pergameno, pero empleados o educados en el Museo de Alejandría: A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, 1922, págs. 20 y sigs.; *S. E. G.*, II, 332. Asimismo puedo mencionar al azar algunos decretos típicos de otras ciudades: ATENAS (en honor de un doctor rodio, 304-303 a. de J. C.), *S. I. G.*[3], 335; GITIO: véase cap. VII, pág. 1069, nota 27; ELATEA: un médico conferenciante, siglo II a. de J. C., *I. G.*, IX, 1, 104; A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, LXI (1924), págs. 130 y sigs., núm. 7; *S. E. G.*, III, 416; M. Guarducci, *Poeti vaganti e conferenzieri dell'età ellenistica*, en *Mem. Acc. Lincei*, serie VI, II (1926-29), págs. 629 y sigs. SAMOS: decreto de hacia 200 a. de J. C. en honor de un médico público de la ciudad que pasó varios años en este puesto y prestó espléndidos servicios durante los terremotos: G. Klaffenbach, *Ath. Mitt.*, LI (1926), págs. 28 y sig.; L. Robert, *B. C. H.*, LII (1928), pág. 178; A. Wilhelm, *Wien. S. B.*, CCLXIV (1932-33), págs. 48 y sigs.; L. Robert, *Rev. Phil.*, XIII (65) (1939), pág. 165 y sigs. TENOS y los nesiotas: para un doctor milesio, después de 188 a. de J. C.: *S. I. G.*[3], 620. ANDROS: W. Peek, *Ath. Mitt.*, LIX (1934), págs. 67 y sigs., núm. 23. ERESO (Lesbos): *R. E. G.*, II (1938), pág. 428; PARIÓN: un benefactor que paga los servicios de un médico durante una feria, principios del siglo II a. de J. C.: *S. I. G.*[3], 596: COLOFÓN: decreto de los asclepiastas de esta ciudad: *S. E. G.*, IV, 566; L. Robert, *Rev. Phil.*, VIII (60) (1934), pág. 272, núm. XXXV. MESEMBRIA: A. Salač, *Rev. Arch.*, serie 6.ª, X (1937), págs. 14 y sigs.

La combinación de medicina científica y curación religiosa y la coexistencia de ambas en los mismos establecimientos sanitarios, están bien ilustradas en las inscripciones de Epidauro —R. Herzog, *Die Wunderheilungen von Epidauros*, etc., 1931 (no podemos dar aquí una bibliografía de las numerosas obras que tratan de estas inscripciones)— y por la historia del asclepión de Pérgamo (la ciudad era uno de los grandes centros de investigación médica, especialmente en la época romana), para la cual véase O. Deubner, *Das Asklepieion von Pergamon*, 1938; cf. R. Herzog, *Ein Asklepios-Hymnus des Aristeides von Smyrna*, en *Berl. S. B.*, 1934, págs. 753 y sigs. y L. Robert, *Ét. Anat.*, págs. 384 y sigs. (sobre otros asclepiones). Puede verse un ejemplo interesante de la combinación de cura científica y religiosa en un bajorrelieve votivo hallado en el anfiareón, que representa a Anfiareo actuando como médico, es decir, realizando una operación quirúrgica; V. Leonardos 'Εφ. 'Αρχ, 1916, pág. 120.

(46) Sobre el nivel social de los médicos en la vida griega, véase la nota anterior. La mejor colección e ilustración de los instrumentos quirúrgicos se encontrará en J. S. Milne, *Surgical instruments in Greek and Roman Times*, 1907; adiciones a su bibliografía en H. Diels, *Antike Technik*, 3.ª ed., 1924, págs. 26 y sig.; véase también G. Lafaye, *Note sur deux instruments antiques de chirurgie vétérinaire*, en *Bull. Soc. Ant. France*, 1927, págs. 194 y sigs. P. Capparoni, *L'armamentario chirurgico greco e greco-romano*, en *Atti e Mem. Acc. Stor. Arte Sanitaria*, 2.ª serie, IV (1938), págs. 169 y sigs., y N. Scalinci, *Sui alcuni strumenti*

di chirurgia oculare, ibíd., págs. 225 y sigs.; cf. J. Orient, *Röm. chirurg. Instrumente aus dem Randgebiet Pannoniens,* en *Arch. f. Gesch. d. Medicin,* XXXII (1939), pág. 136 (que no he visto). Análisis médico de algunos instrumentos ginecológicos: E. Buchheim, *Die geburtshilflichen Operationen und zugehörigen Instrumente des klassischen Altertums,* 1916, págs. 42 y sigs. (tesis doctoral, Jena), y J. Kalthoff, *Die theoretischen und praktischen Grundlagen der operativen Geburtshilfe der Hippokratiker,* 1933, págs. 27 y sigs. (tesis doctoral, Munich). No puedo citar aquí los numerosos hallazgos recientes de instrumentos quirúrgicos desde que se publicó el libro de Diels. Muy ilustrativo es el grupo hallado en Colofón, R. Caton, *J. H. S.*, XXXIV (1914), págs. 116 y sigs., láms. X-XII. No conozco un nuevo *corpus* de instrumentos quirúrgicos ni un estudio de ellos desde el punto de vista histórico. Sobre los vendajes, véase el excelente trabajo de J. Ilberg, *Verbände in der griechischen und römischen Heilkunde,* en *Zeitschr. für Samariter- und Rettungswesen,* 1911, nota 24. Drogas y droguistas: Teofrasto, *H. P.*, IX, 16, 8, y 17; Teles περὶ φυγῆς (ed. Hense), pág. 18: ὥσπερ εἰ τὸν ἄριστον ἰατρὸν ἀφέντες φαρμακοπώλην εἵλοντο καὶ τούτῳ τὸ δημόσιον ἔργον ἐνεχείρισαν. Sobre las drogas y fármacos: S. Reinach, loc. cit., págs. 1679 y sigs.; A. Schmidt, *Drogen und Drogenhandel im Altertum,* 1924, págs. 75 y sigs., y *Drogen,* en *P. W. K.*, supl. V, 172 y sigs.; cf. W. Morel, *Pharmacopoles,* en *P. W. K.*, XIX, 1840 y sigs. e ibíd., supl. VI, 1278, y H. Diller, *Wunderarzt und Aitiologe,* 1934. Sobre los tratados farmacológicos: M. Wellmann, *Hermes,* LIX (1924), págs. 129 y sigs.; cf. ibíd., LXVIII (1933), págs. 93 y sigs.

(47) Sobre los médicos de corte al servicio de los reyes helenísticos: S. Reinach, loc. cit., págs. 1689 y sigs.; cf. M. Wellmann, *Beiträge zur Geschichte der Medizin im Altertum,* en *Hermes,* LXV (1930), págs. 322 y sigs., sobre los seléucidas: E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 36 y sig. «Médico jefe» de Antioco IX Ciciceno: *O. G. I.*, 256; *Inscr. de Délos,* 1547. El cargo aparece aquí como de corte. Crátero fue primero «educador» del rey (τροφεύς), después «médico jefe», y finalmente chambelán de la reina. Y lo mismo fue el médico jefe de Mitrídates VI, *Inscr. de Délos,* 1573. No puedo tratar aquí de la historia de la medicina y del papel que desempeñaron en su evolución las escuelas de Alejandría, Pérgamo y Antioquía, pero puedo remitirme a algunas obras recientes sobre su historia: I. L. Heiberg, *Mathematics and Physical Science in Classical Antiquity,* 1922 (con breve bibliografía), y *Gesch. der Mathematik und Naturwissenschaften im Altertum,* en *Handb. der Altertumsw.*, V, 1, 2, 1925; Ch. Singer, *Greek Biology and Greek Medicine,* 1922; G. Senn, *Die Entwicklung der biologischen Forschungsmethode in der Antike,* etc., 1933 (con copiosa bibliografía); A. Rehm y K. Vogel, *Exacte Wissenschaften,* en Gercke y Norden, *Einleitung in d. Altertumsw.*, II, 2, 5, 4.ª ed., págs. 58 y sig. G. Sarton, *Introduction to the history of science,* I, 1927, especialmente págs. 158 y sigs. y 175 y sigs. Sobre el papel que desempeñaron los médicos de Cos en la fundación de escuelas médicas de las grandes monarquías helenísticas, véanse los artículos de R. Herzog citados en la nota 45.

Además de las referencias dadas en esta nota, puedo citar que Diógenes Laercio (VII, 186) habla de un médico de uno de los Tolomeos,

llamado Crisipo, «que por una calumnia fue arrastrado y castigado con azotes», lo que demuestra que la vida de un médico de corte no era un placer continuo. La popularidad de la ciencia médica en el mundo helenístico está ilustrada por una estatuilla de terracota hallada en Pompeya, pero probablemente fabricada en Egipto, que representa a un médico tomándose el pulso a sí mismo. Se ha supuesto que la estatuilla representa al famoso Herófilo, descubridor del pulso; véase A. Ippel, *J. D. A. I.*, LIV (1939), pág. 367 y fig. 15 (con bibliografía).

(48) Sobre los médicos miembros del Museo de Alejandría: Müller-Graupa, 'Μουσεῖον', *P. W. K.*, XVI, 813; A. Wilhelm, *Wien. Anz.*, LIX (1922), págs. 20 y sigs.; *S. E. G.*, II, 332; L. Robert, *B. C. H.*, LII (1928), pág. 178; véase nota 45 (médicos de origen pergameno formados en el Museo alejandrino). Sobre la organización del servicio médico en Egipto y sobre el ἰατρικόν, K. Sudhoff, *Arztliches aus griechischen Papyrus-Urkunden*, 1909, especialmente págs. 254 y sigs. y 266 y sigs.; U. Wilcken, *Ostraka*, I, 1899, págs. 375 y sigs.; C. Préaux, *L'écon. Lag.*, págs. 45 y 132 y sigs.; E. Breccia, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XIV (1912), N. S., III, pág. 195. Nótese que además del ἰατρικόν los clerucos pagaban un impuesto especial por el servicio de los veterinarios (ἱππιατρικόν). No hay mención del impuesto en Sh. L. Wallace, *Taxation in Egypt*, 1938, porque no se recaudaba en el Egipto romano.

(49) Véase artículo Συνήγορος, en *P. W. K.*, IV A, págs. 1353 y sigs. (Atenas en el siglo IV a. de J. C., por L. Latte, y Egipto, por Seidl). Véanse los comentarios de U. Wilcken en *U. P. Z.*, 161 y 162. No conozco ninguna colección de fuentes que estudie la actividad de los abogados profesionales en la época helenística, fuera de Egipto, aunque en las inscripciones helenísticas aparecen con frecuencia los συνήγοροι ayudando a las partes. Añádase a los documentos en que aparecen abogados como asistentes de las partes la inscripción de Calimna publicada por M. Segre, *Epigraphica* (presentada al Primer Congreso de Epigrafía), 1938, págs. 9 y sigs. (que no he visto); cf. L. Robert, *Rev. É. G.*, LII (1939), pág. 488, núm. 270: decreto de la ciudad (finales del siglo IV o comienzos del III a. de J. C.) en honor de un abogado milesio (συνάγορος) Hecatonimo, hijo de Prítanis. Como los médicos, los abogados no estaban vinculados a un lugar.

(50) Sobre los griegos típicos del Egipto tolemaico, véanse caps. IV, V y VI. Sobre la actitud predominante de los griegos de la diáspora oriental puedo citar como complemento de las obras enumeradas en la nota 30 mi breve conferencia en la Fundación Ingersoll: *The mentality of the Hellenistic world and the afterlife*, 1939.

(51) He tratado de la esclavitud en Asia Menor en las secciones de los capítulos precedentes dedicadas a la región y especialmente al reino pergameno (caps. V y VI; cf. F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 640 y sigs.). A los esclavos se les concedía, como a los escolares, días festivos, según se ve en muchas inscripciones recogidas e interpretadas por L. Robert, *B. C. H.*, LVII (1933), pág. 521, especialmente los decretos de Pérgamo de 129 a. de J. C., *S. I. G.*³, 694, lín. 55, y de Magnesia, *S. I. G.*³, 695, lín. 25. Algunos textos que pueden interpretarse como si aludiesen a oportunidades dadas a los esclavos de recibir educación han sido recogidos por E. Ziebarth, *Aus dem griechischen Schul-*

wesen, 2.ª ed., 1914, pág. 39, nota 1. Puedo citar a este respecto la fórmula «escuelas para los niños libres» que se emplea con frecuencia en las actas de donación. ¿Significa esto que existían escuelas donde los niños libres se sentaban en los mismos bancos que los esclavos?

(52) Los mejores estudios de las ciudades griegas en la época helenística son los de W. W. Tarn citados en el cap. IV, nota 2. Véanse las secciones correspondientes en mis caps. IV, V, VI y VII.

(53) No conozco ninguna colección de las escasas referencias de nuestras fuentes literarias y epigráficas a los salarios y jornales de los *technitai* en la época helenística. Los tipos de remuneración mejor conocidos son los de los soldados. He hablado de ellos en el cap. III, nota 7. Sobre los salarios de los maestros de escuela, véanse págs. 1219 y sig. El salario más alto registrado es el de un médico (100 dracmas al año): W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., pág. 100 (3.ª ed., pág. 109); cf. A. Wilhelm, *Neue Beitr.*, IV, pág. 56 y sigs. De este escaso material podemos sacar una conclusión general. La remuneración media de un servicio técnico (con escasas excepciones) era de una media de una dracma diaria. El salario de un «capataz» (por ejemplo, un ἡγεμών en el servicio militar) no era más del doble del salario de un *technites* corriente. Esto demuestra lo bajo del nivel de vida de un *technites*: poco más que un jornal para sustentarse, mientras que los peones a jornal, sin especializar, ganaban un poco menos de lo necesario para vivir. Por supuesto, los oficiales y soldados tenían la perspectiva de vivir en país enemigo a expensas de la población, de adquirir su botín particular, de recibir premios de sus amos en caso de victoria. Pero no debemos olvidar que su remuneración no incluía sólo el precio de su inteligencia, sino también el de su sangre y vida. Véase H. Francotte, *L'industrie dans la Grèce ancienne*, I (1900), págs. 309 y sigs., F. M. Heichelheim, *Wirtschaftliche Schwankungen*, página 125.

(54) Sobre el cuadro de la vida ateniense que dan Menandro y otros escritores contemporáneos, y sobre los aspectos económicos de la vida de la burguesía ateniense de este período, véase cap. III, págs. 164 y sigs. y nota 37; cf. A. Körte, *Die Menschen Menanders*, en *Ber. Sächs. Akad., phil.-hist. Kl.*, LXXXIX, 3 (1937), págs. 3 y sigs. (mentalidad de los caracteres de Menandro). Sobre la burguesía de Cos, véase cap. IV, págs. 246 y sigs., y notas 70 y sigs. Es imposible citar aquí todo lo que se ha escrito sobre Menandro y la «comedia nueva» en general y sobre Herondas y Teócrito. Muchos estudios literarios sobre estos autores contienen interesantes observaciones sobre la vida y mentalidad de los hombres por ellos retratados. Véanse las referencias dadas en la nota 30.

(55) Nunca encontré un estudio que intentase presentar un cuadro completo de la burguesía griega de la época helenística; véase la bibliografía dada en las notas 22 y 30.

(56) Los únicos datos estadísticos sobre las cifras de la burguesía en Atenas son los dados por Diodoro (XVIII, 18, 4-5) para el 322 a. de J. C. Por orden de Antípatro, se restringió la ciudadanía a los que poseían más de 2.000 dracmas, reducidas por Casandro a 1.000 en la época en que fue nombrado *epimeletes* Demetrio de Falero (Diod., XVIII, 74, 3). El número de éstos era 9.000, mientras que los excluidos eran 12.000

(corrección de 22.000); cf., Plutarco, *Phoc.*, 28, 4. La suma total de ciudadanos es la misma que la del censo de Demetrio de Falero (la fecha es discutida: a comienzos del gobierno de Demetrio, o 309 antes de J. C.), que conocemos por Ctesicles (¿Estesiclides?) de Atenas (Ateneo, VI, pág. 272 *c;* fr. 1, *F. Gr. Hist.*, 245; véase en el lugar designado la nota de F. Jacoby). Diodoro explica la restricción de Antípato como una medida política destinada a crear una situación tranquila en Atenas suprimiendo la ciudadanía a todos los elementos revoltosos. Los 9.000 poseedores de más de 2.000 dracmas cada uno eran considerados por Antípato elementos tranquilos y de confianza, que no desearían *res novae,* la burguesía conservadora acomodada de Atenas. Sobre el censo de Demetrio de Falero, véase pág. 1264 y nota 70.

(57) Mucho se ha escrito sobre las distintas escuelas filosóficas de la época. No puedo enumerar aquí todas las historias de la filosofía antigua y las monografías que tratan de las escuelas de filosofía helenística. Sin embargo, puedo mencionar, además de las referencias a la nota 30, algunas obras en las que el lector encontrará un estudio detallado de la actitud de los estoicos frente a la vida política. Sobre la Πολιτεία, de Zenón: N. Festa, *I frammenti degli stoici antichi,* 1932, págs. 9 y sigs., y J. von Armin, *S. V. F.*, I, núms. 259-271. Véanse los estudios más recientes de la ética estoica en general: O. Rieth, *Grundbegriffe der stoischen Ethik,* 1933 (Problemata IX); cf. íd., *Über das Telos der Stoiker,* en *Hermes,* LXIX (1934), págs. 13 y sigs.; E. Elorduy, *Die Sozialphilosophie der Stoa,* en *Philol.*, supl. XXVIII, 3 (1936), con amplia bibliografía, y R. Philippson, *Zur Psychologie der Stoa,* en *Rh. Mus.*, LXVI (1937), págs. 140 y sigs. Sobre la actitud de Panecio y la Estoa Media: W. Gemoll, *Der stoische Philosph Hekaton,* 1934, y especialmente M. Pohlenz, *Antikes Führertum: Cicero «De officiis» und das Lebensideal des Panaitios,* en *Neue Wege zur Antike,* II, 3 (1934), y Lotte Labowsky, *Die Ethik des Panaitios,* 1934.

(58) La mejor colección de material ilustrativo de la vida religiosa tradicional de las ciudades griegas en la época helenística se encontrará en U. von Wilamowitz-Moellendorff, *Der Glaube der Hellenen,* II, 1932, y O. Kern, *Die Religion der Griechen,* III, 1938, págs. 152 y sigs. Sobre las epifanías de los dioses en la época helenística, véase cap. VII. Nunca se intentó un estudio completo y exhaustivo de este tema.

(59) He recogido algún material que ilustra esta actividad de la burguesía ciudadana en los capítulos precedentes, especialmente cap. V, págs. 678 y sigs. Una colección mejor y más completa y un estudio de las fuentes sería de gran utilidad para los estudiosos de la historia helenística. Nunca se ha intentado. Debe basarse en el estudio cuidadoso de la vida y ruinas de las ciudades helenísticas. Daría resultados muy importantes una estadística parecida a la que hizo T. R. S. Broughton en su *Roman Asia Minor* para las ciudades de Asia Menor en la época romana.

(60) Mis ideas sobre la tenacidad, o más bien la inmortalidad (ἀθανασία, Isocr., *De pace,* pág. 183 *d*), de la ciudad griega coinciden en parte con lo que dice sobre el tema J. Burckhardt en su *Griechische Kulturgeschichte* (Obras completas, VIII, I, 1930, pág. 261). Las nuevas ciudades en la expansión oriental del mundo griego continuaron bajo

el patronazgo de los reyes, aunque en condiciones distintas y a su propia manera, las tradiciones de la antigua ciudad-estado griega.

(61) Sobre los estudios sociológicos e ideas de Platón y Aristóteles, véase A. Menzel, *Griechische Soziologie,* en *Wien. S. B., phil.-hist. Kl.,* CCXVI, 1 (1936), quien demuestra con qué agudeza veía Platón y aún más Aristóteles, las cuestiones sociales, y cómo en muchos aspectos anticiparon ideas modernas sobre el tema. Sobre el problema de la riqueza y la pobreza tal como se veía en la época prehelenística, véase la tesis doctoral en Utrecht de J. Hemelrijk, Πενία, en Πλοῦτος, 1925 (en holandés con resumen en francés). En la época helenística (junto con la imperial romana) ha sido recientemente estudiada en otra tesis doctoral de Utrecht: J. J. van Manen, Πενία, en Πλοῦτος *in de periode na Alexander,* 1931 (en holandés). Lamento que mi ignorancia de la lengua holandesa me impidiera utilizar en toda su extensión este interesante artículo. Véanse también algunos otros estudios citados por F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.,* pág. 1114, nota 52. Sobre la lucha de clases en Grecia, véanse mis notas en las secciones que tratan de este país, en los caps. IV, V y VI. Vuelvo a remitirme al bello resumen de F. Oertel, *Die soziale Frage in Altertum,* en *N. J. F. Wiss. u. Jugendb.,* III (1927), págs. 1 y sigs.

(62) Para Zenón, véase Diógenes Laercio, VII, 106; para Crisipo, *S. V. F.,* III, frs. 623 y 689, y en general el índice de *S. V. F.,* voces Πλοῦτος y Πενία.

(63) Epicuro y los epicúreos: frs. A, 25, 44*, 58, 67 (citado en el texto); cf. *Vita Epicuri,* 120[a] y 121[b]. Sobre estos y otros fragmentos: C. Bailey, *The Greek Atomists and Epicurus,* 1928, pág. 501; F. Castaldi, *Il concetto della ricchezza in Epicuro,* en *Rend. Acc. Lincei, Cl. di Sc. Mor.,* etc., serie 6.ª, IV (1928), págs. 278 y sigs.

(64) R. von Pöhlmann, *Gesch. der Soz. Frage,* II, 1925, págs. 274 y sigs.; J. Kaerst, *Gesch. d. Hell.,* II², 1926, págs. 149 y sigs.; cf. 181 y sigs., y 373 y sigs.; W. W. Tarn, *Hell. Civ.,* 2.ª ed., págs. 112 y sigs.; véase cap. VI.

(65) Véase E. Elorduy, *Die Sozialphilosophie der Stoa,* en *Philol.,* supl. XXVIII, 3 (1936), págs. 194 y sigs.; véase nota 61.

(66) Véase F. Wilhelm, *Die Oeconomica der Neupythagoreer Bryson, Kallikratidas, Periktione, Phintys,* en *Rh. Mus.,* LXX (1915), págs. 161 y sigs.; cf. A. Delatte, *Essai sur la politique pythagoricienne,* 1922 (Bibl. de la Fac. de Phil., etc., de l'Univ. de Liège, XXIX), págs. 42 y sigs. (sobre πενία y πλοῦτος en las Πυθαγορικαὶ ἀποφάσεις de Aristóxeno) y pág. 156 (doctrina parecida de Hipodamo); cf. págs. 160 y sigs. (sobre Calicrátidas). Véase también el seudo Ocelo Lucano, ed. R. Harder, 1926, párrafos 52-57 y 46.

(67) Sobre Menandro, véase nota 54. Sobre la πενία y πλοῦτος según los poetas helenísticos: M. Pohlenz, *Die hellenistische Poesie und die Philosophie,* Χάριτες (Leos Festschrift), 1911, págs. 76 y sigs.

(68) Títulos de la «comedia nueva» y «media» que se refieren a una profesión aparecen de cuando en cuando, por ejemplo, Ἁλιεῖς, Γεωργός, Κιθαριστής, Κυβερνῆται, Ναύκληρος, Χαλκεῖα de Menandro, y títulos parecidos de comedias en otros autores (véase el índice de Kock). Pero los fragmentos que quedan del Γεωργός (Menandro, *Reliquiae,*

ed. A. Körte, I, 1937, págs. XLII y sigs. y 91 y sigs.) muestran que el γεωργός de Menandro era un propietario acomodado, y los de Κιθαριστής (ibíd., págs. XLVI y sigs. y 104 y sigs.) que la comedia era una comedia burguesa corriente, siendo el κιθαριστής un respetable ciudadano ateniense cuya hija probablemente era la heroína de la pieza; no sabemos qué papel desempeñaba el padre en la comedia. Por consiguiente, no podemos saber si en comedias como los Αἰπόλοι de Alexis, Ἀμπελουργός del mismo autor, Ζωγράφος de varios autores, Καπήλιδες de Teopompo, Κηπουρός de Antífanes, Μυλωθρίς de Eubulo, Μυλωθρός de Alexis, Μυλών de Antífanes, Σκυτεύς de Eubulo, Φαρμακοπώλης de Alexis y Mnesímaco, Χρυσοχόος de Anaxilas y Dífilo, los títulos indicaban que se representaba en el escenario la vida de individuos de estas profesiones. Por lo que se refiere a los mimos, aparecen títulos semejantes entre los de Laberio, pero algunos cuencos «megareos» sugieren que la vida de profesionales y obreros constituía el tema de los primeros mimos helenísticos. Véase mi artículo en *A. J. A.*, XLI (1937), pág. 99, y la descripción de la lámina XXV del presente libro,

(69) La obra clásica sobre la población del mundo antiguo sigue siendo aún el brillante libro de K. J. Beloch, *Die Bevölkerung der griechisch-römischen Welt,* 1886. Las conclusiones de este libro se repiten, a veces algo ligeramente modificadas, en la *Griechische Geschichte* del mismo autor, y han sido utilizadas extensamente por otros historiadores del mundo antiguo como punto de partida para sus propios cálculos. La obra de Beloch necesita ser cuidadosamente revisada y reeditada a la luz de las nuevas fuentes. Pero incluso revisada conservará su carácter primero. El cálculo de la población del mundo antiguo se basa en algunos casos en unas cuantas (muy pocas) cifras que dan el número de habitantes de alguna parte de él en determinado momento, siendo en su mayor parte cifras ambiguas y susceptibles de distintas interpretaciones. Pero en la mayoría de los casos la población total la deducen los eruditos modernos de cifras específicas mencionadas casualmente en nuestros textos, o del número de hombres movilizados para el ejército y la marina en un determinado momento, o del de distintos cuerpos políticos, o de la cantidad de trigo consumida por la población, o de algún otro factor parecido. Si faltan estos datos, la población se calcula de acuerdo con la extensión del territorio habitado, o la de alguna ciudad o parte mayor del área habitada. Es obvio que las conclusiones derivadas de este material son necesariamente problemáticas y por ello sujetas a controversia. Además se refieren sólo a determinados momentos, y muy raras veces dan idea de las fluctuaciones de la población en una u otra parte del mundo antiguo.

(70) Sobre la población de Atenas y el Ática en el siglo IV a. de J. C., véase cap. II, pág. 89 y nota 30. Sobre el censo de Demetrio de Falero (Ctesicles o Estesiclides de Atenas, fr. 1), *F. Gr. Hist.*, 245, véase W. S. Ferguson, *H. A.*, págs. 54 y 97, y otras contribuciones modernas citadas en el cap. II, nota 30 (cf. F. Jacoby, nota al fr. 1, *F. Gr. Hist.*, 245, y P. Roussel, en G. Glotz, *Hist. gr.*, IV, I, 1938, pág. 327). Según Ferguson, el número total de habitantes era entre 200.000 y 250.000, incluidos los metecos y esclavos, un poco menos que a finales del siglo IV a. de J. C. Más tarde, incluso después de la recuperación de prin-

cipios del siglo II a. de J. C., la población de Atenas y el Ática nunca alcanzó el antiguo nivel, aunque tampoco decreció catastróficamente. Según Ferguson (*H. A.*, pág. 316), los habitantes del Ática, incluidos metecos y esclavos, pudieron, después de la época de Perseo, haber alcanzado de 100.000 a 150.000, es decir, de 100 a 150 por milla cuadrada; cf. K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*[2], IV, 1, pág. 279, nota 2. Sobre la población del Peloponeso en la época helenística: K. J. Beloch, *Bevölkerung*, págs. 155 y sigs.; cf. pág. 149. Sobre la despoblación gradual de Grecia a fines del siglo III y principios del II a. de J. C., véase cap. V, páginas 683 y sigs., y notas 23-25, y sobre las recuperaciones parciales de algunas regiones de Grecia en el siglo II a. de J. C., véase cap. VI, págs. 836 y sigs. Para algunas hipótesis sobre el número y fluctuación de la población de Grecia en la época helenística en general, véase K. J. Beloch, *Bevölkerung*, pág. 498; *Gr. Gesch.*[2], IV, pág. 279; J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, págs. 418 y sigs. Algunos eruditos modernos se inclinan a considerar las sugerencias de Beloch como hechos seguros. Véase, por ejemplo, A. Segré, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (N. S., VIII, 3) (1934), pág. 292 (lista de algunas ciudades griegas con su población).

(71) Sobre las vicisitudes de Macedonia, véanse las secciones a ella dedicadas en los capítulos IV, V y VI. La estimación general de la población de Macedonia en la época helenística sugerida por K. J. Beloch (*Gr. Gesch.*[2], IV, pág. 331) —tres a cuatro millones— es, por supuesto, hipotética, y se basa en el número de hombres movilizados para el ejército en la época de Filipo II y Alejandro Magno, y de nueve durante la segunda y tercera guerras macedónicas.

(72) U. Wilcken, *Ostraka*, I, págs. 488 y sigs.; cf. 329; K. J. Beloch, *Bevölkerung*, págs. 254 y sigs.; C. Wachsmuth, *Klio*, III (1908), págs. 272 y sigs.; K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*[2], IV, 1, pág. 330; A. Segré, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (N. S., VIII, 3), págs. 256 y sigs. E. Cavaignac, *Population et capital dans le monde méditerranéen antique*, 1923, pág. 2, estima la población de Egipto, en la época pretolemaica, en cinco a seis millones, contra la afirmación explícita de Diodoro.

(73) Diodoro, I, 31, 7: ἐπὶ μὲν γὰρ τῶν ἀρχαίων χρόνων ἔσχε κώμας ἀξιολόγους καὶ πόλεις πλείους τῶν μυρίων καὶ ὀκτακισχιλίων ὡς μὲν ἐν ταῖς ἱεραῖς ἀναγραφαῖς ὁρᾶν ἔστι κατακεχωρισμένων, ἐπὶ δὲ Πτολεμαίου τοῦ Λάγου πλείους τῶν τρισμυρίων ἠριθμήθησαν, ὡς τὸ πλῆθος διαμεμένηκεν ἕως τῶν καθ' ἡμᾶς χρόνων. τοῦ δὲ σύμπαντος λαοῦ τὸ μὲν παλαιόν φασι γεγονέναι περὶ ἑπτακοσίας μυριάδας καὶ καθ' ἡμᾶς οὐκ ἐλάττους εἶναι [τριακοσίων] (Wilcken corrige la última palabra por τούτων). La enmienda de Wilcken no ha sido aceptada por Beloch, *Gr. Gesch.*[2], IV, 1, pág. 330 y nota 2. Se adhiere al texto del manuscrito e interpreta la cifra de tres millones para la población masculina que paga capitación, siendo el total de la población unos diez millones.

(74) Diodoro, XVII, 52, 6: τὸ δὲ τῶν κατοικούντων αὐτὴν πλῆθος ὑπερβάλλει τοὺς ἐν ταῖς ἄλλαις πόλεσιν οἰκήτορας. καθ' ὃν γὰρ ἡμεῖς παρεβάλομεν χρόνον εἰς Αἴγυπτον ἔφασαν οἱ τὰς ἀναγραφὰς ἔχοντες τῶν κατοικούντων εἶναι τοὺς ἐν αὐτῇ διατρίβοντας ἐλευθέρους πλείους τῶν τριάκοντα μυριάδων. Sobre este pasaje, K. J. Beloch, *Bevölkerung*, págs. 259 y 279; U. Wilcken, *Ostraka*, I, págs. 487 y sigs.; *Grundz.*, pág. 173; K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*[2],

IV, pág. 287; A. von Premerstein (memoria citada en la nota siguiente), pág. 48.

(75) A. von Premerstein, *Alexandrinische Geronten vor Kaiser Gaius*, etc. (P. Bibl. Univ. Giss, 46), *Mitt. Papyruss. d. Giess. Universitätsbibliothek*, V (1939), artículo póstumo de este llorado historiador del mundo antiguo. El documento se conserva en fragmentos. La mayor parte del texto ha sido restaurada ingeniosamente por el editor. Por fortuna, las partes del texto sobre la Gerusia y los 180.000 están casi intactas y seguras.

(76) Las actas de la Gerusia, col. I, 12 y sigs. (discurso del acusador): ἄκουσόν μου, Καῖ]σαρ. 'Αλεξανδρέων ὁ | [δῆμος ἐπιθυμεῖ, κύ]ριε αὐτοκράτωρ, πο | [λειτικῆς γερουσί]ας ἀπὸ ρ γ γερό[ντω]ν | [ἣ ἤδη ἐν συνόδῳ δ]έκα καὶ ὀκτὼ μυριάδα[ς] | [περιεχούσῃ ἐχειροτον]ήθη. Cf. col. II, 2: ἔπλευσαν [οὖν οἱ] | [πρῶτοι τῶν] ρογ διὰ τοὺς ρογ καὶ Εὔλ[αλος] | [ὁμοῦ καὶ ἦλ]θον εἰς 'Ωστίαν. [ἐκ]εῖθεν κέ[λευμα] | ἀ[νελάμβ]ανον τῶν μυρίων.ηι. Las restauraciones, ingeniosas pero más bien atrevidas, son de Premerstein.

(77) Sobre estos datos estudiados por W. Schubart y A. Segré, véase Premerstein, loc. cit., pág. 49 y sigs. (con bibliografía).

(78) Sobre el número de griegos en Egipto, véanse mis notas sobre los cálculos de A. Segré, en el cap. IV, pág. 330 y nota 126. Sobre los 6.475 «helenos» del Fayum, véase Premerstein, loc. cit., págs. 43 y sigs. (con bibliografía).

(79) Véase Premerstein, loc. cit., pág. 55 (con bibliografía), y cap. IV, pág. 472 del presente libro.

(80) Sobre la población total de Siria, véanse las notas de K. J. Beloch, *Bevölkerung*, págs. 242 y sigs.; cf. *Gr. Gesch.*², IV, 1, págs. 329 y siguiente.

(81) Sobre Mileto, véanse los artículos citados por Hiller von Gaertringen, *P. W. K.*, xv, 1610. Para Asia Menor y sus ciudades en general, véase la cuidadosa colación de material de K. J. Beloch, *Bevölkerung*, págs. 223 y sigs. Por lo que se refiere a los territorios sin ciudades, tenemos algunas cifras útiles para Galacia (ibíd., págs. 238 y sigs.).

(82) W. W. Tarn, *The Greeks in Bactria and India*, 1938, págs. 6 (2.ª ed., 1951).

(83) Cf. P. Roussel en G. Glotz, *Hist. gr.*, IV, 1, 1938, pág. 327. Debe recordarse que no todos los eruditos modernos aceptan como exacta la afirmación de Duris.

(84) Se encontrarán algunas observaciones sobre individuos de gran riqueza en el mundo helenístico (sin distinción de tiempo ni lugar) en K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*², IV, 1, págs. 323 y sigs.; W. W. Tarn, *Hell. Civ.*, 2.ª ed., págs. 102 y sig. (3.ª ed., págs. 111-112); F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 566, con bibliografía en la nota 32, pág. 1093. Sobre los ricos propietarios de minas de Atenas a mediados del siglo IV a. de J. C.: G. Glotz, *Hist. gr.*, III, 1936, págs. 246 y sigs. Sobre Crates: D. R. Dudley, *A history of cynicism*, 1937, págs. 42 y sigs. Sobre el número de esclavos que poseían Aristóteles y sus sucesores: W. L. Westermann, *P. W. K.*, supl. VI, 934.

(85) Sobre las inscripciones de Mesene, véase cap. VI, págs. 836 y sigs. y nota 21. Lo que hemos dicho en el capítulo VI y repetimos aquí representa, en forma ligeramente modificada, los resultados del

estudio de Wilhelm. Su interpretación de los datos de las inscripciones, especialmente en lo que se refiere a la historia económica de Grecia, ha sido recientemente discutida por E. Cavaignac, *Population et capital,* 1923, págs. 128 y sigs., y F. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 1093, nota 32. No puedo entrar aquí en una discusión de sus puntos de vista. Sin embargo, debo observar que el método de cálculo de Cavaignac daría exactamente los mismos resultados para cualquier período, bueno o malo. Se basa en el área total del territorio cultivable y da por establecido que se cultivaba en su totalidad. No admite la posibilidad de que durante las guerras y devastaciones se acumulasen tierras sin cultivo o cultivadas a medias, especialmente la tierra en que se habían plantado viñas y olivos y que no podían explotarse por la escasez de mano de obra y capital. Las casas estaban allí, ¿pero cuántas estaban en buen estado y no arruinadas? Los esclavos existían, ciertamente, ¿pero cuántos estaban en manos de miembros de la burguesía? Los cálculos mecánicos no son útiles en historia. Sobre las causas del empobrecimiento de la burguesía, véase cap. V, págs. 665 y sigs.

(86) La discusión más completa y mejor de las cifras de que se trata en el texto es la de U. Wilcken, *Ostraka,* I, págs. 412 y sigs., *Grundz.*[8], cf. pág. 172 y sigs. y *Schmollers Jahrb.*, XLV (1921), págs. 392 y sigs. (88 y sigs.). Los estudios posteriores se basan todos en el material recogido por Wilcken. No puedo dar aquí una bibliografía completa. Las últimas contribuciones son las de K. J. Beloch, *Gr. Gesch.*[2], IV, 1, pág. 340; C. Préaux, *L'écon. Lag.*, págs. 424 y sigs., y S. L. Wallace, *Taxation,* etc., cap. XVIII. Sobre el tributo de Egipto bajo Darío: E. Cavaignac, *Population et capital,* 1923, págs. 1 y sigs.; cf. E. Meyer, *Geschichte des Altertums,* IV, 1, 3.ª ed., 1939, págs. 78 y sigs. Sobre el ingreso en trigo de los Tolomeos, véase A. Segré, *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXIX (N. S., VIII, 3), págs. 277 y sigs. No es preciso decir que los cálculos de Segré son hipotéticos; cf. C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 136 y 148; S. L. Wallace, *Taxation,* págs. 336 y sigs. Sobre la discrepancia entre Cicerón y Diodoro: C. Préaux, loc. cit., pág. 424, y S. L. Wallace, loc. cit., págs. 492, notas 25 y 26. La explicación (diferencia de moneda en que se calculó) es más probable que la de Wilcken, el cual cree que la suma citada por Diodoro representa el producto de la tierra que poseían los alejandrinos en la *chora.*

(87) E. N. Adler, J. G. Tait, F. M. Heichelheim y F. Ll. Griffith, *The Adler papyri,* 1939; cf. C. Préaux, *Chr. d'Ég.*, XXVIII (1939), págs. 393 y sigs.

(88) Véase cap. V, pág. 778 y sig. (sobre los γεοῦχοι), y este capítulo (sobre los clubs y asociaciones). Un documento ilustrativo de la vida de club (el aumento más reciente de nuestros conocimientos) es *Teb.*, 894.

(89) No tengo que insistir sobre este punto. La importancia de la burguesía de Alejandría a sus propios ojos y los del gobierno imperial romano se refleja en nuestros textos que tratan de la lucha entre aquél y la población judía de Alejandría (la bibliografía de las «actas de los mártires» de Alejandría se encontrará en el artículo de Premerstein antes citado); véase la famosa carta de Claudio del 41 d. de J. C.: Hunt-Edgar, *Sel. Pap.*, 212. No puedo remitirme aquí a todos los estudios

modernos e interpretaciones de esta carta; véase mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 89, nota 2; cf. Fr. M.-J. Lagrange, *La lettre de Claude aux Alexandrins*, en *Rev. Bibl.*, XL (1931), págs. 270 y sigs., y A. Momigliano, *Claudius*, 1934, pág. 98, nota 25 (bibliografía). Debo añadir que el famoso edicto de Ti. Julio Alejandro contiene mucho material que ilustra el papel de los alejandrinos en la vida de Egipto: *O. G. I.*, 669; véase la revisión reciente del texto del edicto por H. G. Evelyn-White y J. H. Oliver en *The temple of Hibis in El Khārgeh oasis* (Museo Metropolitano de Arte, de NuevaYork, *Egyptian Expedition Publications*, XIV, 1939), parte II: *Greek Inscriptions*, núms. 3 y 4, páginas 23 y sigs.

(90) De los *laoi* de Egipto he tratado en los caps. IV, V y VI, y en éste.

(91) Véanse visión general y cálculos muy hipotéticos de E. Cavaignac, *Population et capital*, 1923, págs. 107 y sigs.; cf. E. Bikerman, *Inst. Sél.*, págs. 106 y sigs., y cap. IV, págs. 440 y sigs.

(92) H. Berve, *Das Alexanderreich*, I, 1926, págs. 312 y sigs.

(93) Sobre el fundo de Mnesímaco y su rendimiento, véase cap. IV, págs. 441 y sigs. y 469 y sig., y notas 255 y 274. El texto se encontrará en *Sardis*, VII, 1932, nota 1; véanse las correcciones del texto de G. Klaffenbach, *Gnomon*, XII (1936), págs. 211 y sigs. Análisis económico del fundo sardiano de Mnesímaco: E. Cavaignac, *Population et capital*, 1923, págs. 122 y sigs.

(94) Añádase a las referencias del cap. II: J. R. Partington, *Origins and Development of Applied Chemistry*, 1935. El título de este libro es algo equívoco. La obra es realmente un resumen sistemático de las fuentes de riqueza del Oriente antiguo desde las épocas más remotas hasta Alejandro (con referencias ocasionales a las fuentes más tardías) y de los métodos técnicos adoptados en su utilización. Especialmente importante es el estudio que hace el autor de los distintos metales y su empleo. Para la época romana, véase T. Frank, *Economic survey of ancient Rome*, II (A. Ch. Johnson), 1936, págs. 1 y sigs. (Egipto); IV, 1938, págs. 127 y sigs. (Siria romana, por F. M. Heichelheim) y págs. 607 y sigs. (Asia Menor romana, por T. R. S. Broughton). Para Tracia y las provincias danubianas se encontrará alguna información en los resúmenes de A. Alföldi y J. Keil en *C. A. H.*, XI, 1936, págs. 540 y 570 y sigs. Para Tracia en las épocas clásica y helenística puedo remitirme además a las obras antes citadas, caps. II, III, IV, V y VI (partes que tratan de la historia de las ciudades griegas de la costa noroeste del mar Negro), a la valiosa memoria de Chr. M. Danov, *Historia económica de la costa occidental del mar Negro en la antigüedad, hasta la caída del imperio romano*, en *Bol. Inst. Arqueol. Bulg.*, XII (1939), págs. 185 y sigs. (en búlgaro, con resumen en alemán).

(95) Sobre Crates de Olinto o Calcis: H. Berve, *Das Alexanderreich*, II, 1926, pág. 227, núm. 448. Se ha escrito mucho sobre las ruinas de las obras de desecación. Los estudios más recientes son: E. J. A. Kenny, *The ancient drainage of the Copais*, en *Liv. Ann. of Arch.*, XXII (1935), págs. 187 y sigs., especialmente pág. 204 (atribuye la mayoría de los restos a la época prehistórica, y afirma que sólo un canal es obra de Crates), y U. Kahrstedt, *J. D. A. I.*, LII (1937), Anz., págs. 1 y sigs. (atribuye

todos los restos a principios de la época helenística). Sobre Larisa y Eretria: P. Guiraud, *La propriété foncière en Grèce,* 1893, pág. 461.

(96) Estrabón, XVI, 1, 10 (descripción de los canales de Babilonia) y 11, pág. 740 y sigs. (después de Aristóbulo, los trabajos hechos por Alejandro); Arriano, *Anab.*, VII, 19, 3 y sigs., 21. Cf. U. Wilcken, *Alexander der Grosse,* 1931, pág. 217; G. Glotz y R. Cohen en G. Glotz, *Hist. gr.*, IV, 1, pág. 180.

(97) Los libros clásicos sobre el tema son aún V. Hehn, *Kulturpflanzen und Hausthiere in ihrem Übergang aus Asien nach Griechenland und Italien sowie in das übrige Europa,* 8.ª ed., 1911, y O. Keller, *Die antike Tierwelt,* I-II, 1909-13, cf. Orth, artículo *Landwirtschaft,* en *P. W. K.*, XII, 624 y sigs., y Olck, artículo *Gartenbau,* ibíd., VII, 768 y sigs., especialmente 779 y sigs. Son excelentes las notas de H. Bretzl, *Botanische Forschungen des Alexanderzuges,* 1903, especialmente páginas 234 y sigs. y 351 y sigs. Véanse también los artículos en *P. W. K.*, sobre plantas y animales; se encontrará una lista completa de ellos y algunas referencias bibliográficas en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 1102 y sigs., nota 46. Para la historia de las plantas iranias en su emigración hacia el Este y el Sur y en cierta medida hacia el Oeste, véase el excelente libro de B. Laufer, *Sino-Iranica,* Field Mus. of Nat. Hist. Publ., 201, Anthropol., serie XV, 3, 1919.

(98) Alfalfa: Orth, artículo *Klee,* en *P. W K.*, XI, 585; V. Hehn, loc. cit., págs. 410 y sigs.; A. Jardé, *Les céréales dans l'antiquité grecque,* 1925, pág. 89. El escepticismo de Jardé sobre el papel desempeñado por la alfalfa en la agricultura griega en el siglo IV a. de J. C. y en la época helenística no está justificado. Aristóteles (*Hist. An.*, III, 21, pág. 522 *b;* cf. VIII, 8, pág. 595 *b*) habla de la alfalfa y citiso como forraje verde corriente para los animales domésticos; Teofrasto lo conoce bien (*C. P.*, II, 15, 6; *H. P.*, VIII, 7, 7); y sabemos que el famoso Anfíloco de Atenas escribió un tratado especial Περὶ κυτίσου καὶ μηδικῆς (E. Oder, en F. Susemihl, *G. d. gr. Lit. in Alex.*, I, 1891, págs. 836 y sig.; M. Wellmann, *P. W. K.*, 1940-41) en el cual recomendaba su cultivo y daba consejos sobre el tema. Pistacho: V. Hehn, loc. cit., págs. 421 y sigs. Sin embargo, ha de recordarse que mientras Teofrasto (*H. P.*, IV, 4, 7) habla del árbol basándose en la información que había recibido de personas que lo habían visto en Bactriana, Posidonio (ápud Ateneo, XIV, pág. 649 *d;* fr. 3, *F. Gr. Hist.*, 87) cita el pistacho diciendo que producía excelentes nueces en Siria, cerca de Beroe-Alepo. Podemos, pues, suponer que en la época de los primeros seléucidas este árbol fue plantado en Siria y desde allí introducido en Egipto. Pero debemos tomar en consideración que la información de Teofrasto sobre la flora de la Siria seléucida es más bien pobre. Por otro lado, es más que probable que la variedad póntica especial del árbol se plantara en Grecia en la época aqueménida. Conocemos las nueces en Grecia y Egipto con el nombre de κάρυα Περσικά o βασιλικά (Plinio, *N. H.*, XV, 87 y 88); cf. M. Schnebel, *Landwirtschaft,* 1925, pág. 314, y V. Hehn, loc. cit., págs. 393 y sigs.

(99) Pirro y sus rebaños en el Epiro, vacas y ovejas llamadas Πυρρικαί (βόες) o Πυρρικά (πρόβατα), Aristóteles, *Hist. An.*, III, 21, pág. 522b 23; después de citar los animales especialmente desarrollados y los ricos pastos del Epiro, el autor añade: μέγιστοι δ' οἵ τε βόες εἰσὶ

καὶ τὰ πρόβατα τὰ καλούμενα Πυρρικά, τὰ τὴν ἐπωνυμίαν ἔχοντα ταύτην ἀπὸ Πύρρου τοῦ βασιλέως e ibíd., VIII, 7, pág. 595b 18: διὸ οἱ ἐν τῇ Ἠπείρῳ τὰς καλουμένας Πυρρικὰς (πυρρίχας codd.) βοῦς ἐννέα ἔτη διατηροῦσιν ἀνοχεύτους ὅπως αὐξάνωνται· τούτων δὲ τὸ μὲν πλῆθος εἶναί φασι περὶ τετρακοσίους, ἰδίους τῶν βασιλέων, ζῆν δ' ἐν ἄλλῃ χώρᾳ οὐ δύνασθαι, καίτοι πεπειρᾶσθαί τινας. Plinio repite la última información, *N. H.*, VIII, 176, cf. Eliano, *De Nat. An.*, III, 34. El Pirro mencionado en la *Hist. An.* de Aristóteles no puede ser el gran Pirro, que nació unos cuantos años después de la muerte de Aristóteles. Ambos pasajes son, pues, interpolaciones, pero ciertamente muy antiguas. Se puede suponer que se deben a Teofrasto o a un filósofo peripatético que pudo haber recopilado el libro IX de la *Hist. An.* y emplear como fuente principal la περὶ ζῴων φρονήσεως καὶ ἔθους de Teofrasto; véase L. Dittmeyer en la edición Teubner de *Hist. An.* (prefacio, pág. VII y ad. III, 21). Sobre el rebaño de Neoptólemo: Plutarco, *Pyrrh.*, 5: γυνὴ Σάμωνος τοῦ τὰ ποίμνια καὶ τὰ βουκόλια τῷ Νεοπτολέμῳ διοικοῦντος. Cf. B. Büchsenschutz, *Besitz und Erwerb*, 1869, pág. 222, cf. 219, nota 4; K. Zeissig, *Die Rinderzucht im alten Griechenland*, 1934 (tesis doctoral, Giessen), pág. 28; O. Brendel, *Die Schafzucht im alten Griechenland*, 1934 (tesis doctoral, Giessen), pág. 47 (lleno de citas equivocadas).

(100) Puedo añadir aquí lo dicho en el cap. IV, págs. 303 y 351 y sigs. y notas 150-153: que el sésamo, según algunos autores modernos, fue cultivado por primera vez en Egipto poco antes de la época de Teofrasto: Steier, artículo *Sesamon*, en *P. W. K.*, II A, 1849; cf. M. Schnebel, loc. cit., pág. 197. Pero dado que se cultivaba extensamente en Egipto en el reinado de Filadelfo, quizá sea más probable que viniese a Egipto (desde Babilonia) un poco antes (quizá en época persa).

(101) Sobre las viñas cultivadas en Babilonia y Siria, véanse las referencias en B. Meissner, *Babylonien und Assyrien*, I, 1920, págs. 207 y sig. Sobre Dura, véase cap. IV, pág. 463. Puedo señalar que los métodos del cultivo de la viña empleados en Macedonia son los mismos que Teofrasto, *C. P.*, III, 12, 1, prescribe para el cultivo de la viña en suelo húmedo. Sobre los experimentos de Hárpalo: Teofrasto, *H. P.*, IV, 4, 1; *C. P.*, II, 3, 3; Plinio, *N. H.*, XVI, 144; Plut., *Symp.*, III, 2, 1; y H. Bretzl, loc. cit. (nota 97), págs. 234 y sigs.

(102) F. M. Heichelheim, *Roman Syria*, en T. Frank, *Econ. Surv.*, IV, págs. 130 y sigs.

(103) Olck, *P. W. K.*, II, 270 y sigs. (albaricoque); Steier, ibíd., XIX, 1022 y sigs. (durazno); M. Schnebel, *Landwirtschaft*, págs. 312 y sigs. La μῆλα Ἀρμενιακά y μῆλα Περσικά, como llamaban los griegos a los albaricoques y melocotones, no aparecen citados en los papiros egipcios de la época tolemaica y romana; la Περσικά aparece por primera vez con la κίτρια a finales de la época romana (Schnebel, loc. cit., pág. 312). Pero Edgar ha sugerido que la μῆλα ἐαρινά en la famosa carta de Zenón sobre viñas y árboles frutales cultivados (*P. Cairo Zen.*, 59033) no significa manzanas, sino albaricoques. Esto es dudoso. Pero si es así, podemos opinar, con M. Wellmann, que los albaricoques, los melocotones, el pistacho y el *Citrus medica Risso* fueron conocidos por Bolo Demócrito, de Mendes, en Egipto (hacia 200 a. de J. C.), un famoso sabio con inclinaciones al misticismo y a las ciencias ocultas, quien,

entre otros libros, escribió uno sobre agricultura (Γεωργικά). Volveré sobre él en el apartado siguiente. Véase M. Wellmann, *Die Georgika des Demokritos*, en *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.*, 1921, núm. 4, págs. 19 y 52, y 51, 53, 54, 55, en el cual los escritores árabes y romanos sobre agricultura, citando a Demócrito, hablan de los árboles antes mencionados. Pero no es cierto que todas las citas de Demócrito que aparecen en los escritores tardíos hayan de referirse necesariamente a Bolo Demócrito. Parece probable que en la antigüedad tardía circulaban bajo el famoso nombre de Demócrito de Abdera muchos escritos falsamente atribuidos a él y que existieron ediciones tardías de las *Geórgicas* de Bolo Demócrito con adiciones. Debemos esperar nuevos descubrimientos papirológicos para aclarar esta difícil cuestión. Mientras tanto, lo mejor es reservarnos el juicio. La historia del cerezo es particular. El cerezo salvaje es un árbol europeo. Las cerezas dulces eran conocidas en el mundo griego; las del monte Ida y las cultivadas cerca de Mileto eran famosas. Pero no tenemos noticias de las cerezas en los papiros hallados en Egipto. A Italia el cerezo dulce no fue llevado de Mileto ni de la Tróade, sino directamente del Ponto, por Lúculo; véase V. Hehn, loc. cit., págs. 404 y sigs.; Olck, artículo *Kirschbaum*, en *P. W. K.*, XI, 509 y sigs.

(104) Sobre el *Citrus medica:* V. Hehn, loc. cit., pág. 456; H. Bretzl, loc. cit., pág. 312, y la nota precedente. Si el *Citrus medica* fue conocido y plantado en Egipto en época helenística, la historia de este árbol en Italia se nos presenta difícil. Sobre el árbol del pistacho, véase nota 98 de este capítulo, y cap. IV, nota 152.

(105) No puedo dar aquí referencias de las obras modernas que tratan de la historia del algodón. Bastará remitirnos al trabajo esencial sobre la historia del algodón y su cultivo en el mundo grecorromano, por M. Chvostov, *Historia del comercio oriental en el Egipto grecorromano,* 1907, págs. 130 y sigs. (en ruso), y por E. H. Warmington, *The Commerce between the Roman Empire and India,* 1928, págs. 210 y sigs. Cf. Wagler, artículo *Baumwolle,* en *P. W. K.*, III, 167 y sigs., y sobre el cultivo del algodón en Asia occidental y Babilonia, F. M. Heichelheim, *Roman Syria,* pág. 131. Sobre Egipto: F. Ll. Griffith y señora G. K. Crowfoot, *On the early use of cotton in the Nile Valley,* en *J. E. A.*, XX (1934), págs. 5 y sigs.; A. Lucas, *Ancient Egyptian Materials and Industries,* 1948, págs. 169 y sigs.

(106) V. Hehn, loc. cit., págs. 502 y sigs.; M. Chvostov, loc. cit., págs. 117 y sigs.; E. H. Warmington, loc. cit., págs. 218 y sigs.; M. Schnebel, loc. cit., pág. 100 y F. M. Heichelheim, loc. cit., pág. 129, nota 18.

(107) Sobre el azúcar, las ideas que el mundo helenístico y romano tenían sobre él, y su importancia en el imperio romano: M. Chvostov, loc. cit., págs. 107, 124, 251; E. H. Warmington, loc. cit., págs. 208 y sigs.; Maur. Schuster, artículo *Mel,* en *P. W. K.,* XV, 372 y sigs.; cf. B. Laufer, loc. cit., págs. 376 y sigs., y para Egipto: A. Lucas, loc. cit., págs. 34 y sig.

(108) Mau, *P. W. K.*, III, 678; Blümner, artículo *Serica,* en *P. W. K.*, II A, 1724 y sigs.; M. Chvostov, loc. cit., págs. 147 y sigs.; E. H. Warmington, loc. cit., págs. 174 y sigs. Sobre la *amorgina:* G. M. A. Richter, *A. J. A.*, XXXIII (1929), págs. 27 y sigs. Seda en Egipto: A. Lucas, loc. cit., pág. 170.

(109) Árbol del pistacho en Grecia y Páxamo: E. Susemihl, *Gesch. d. gr. Lit. in Alex.*, I, 1891, pág. 842. Sobre el árbol del pistacho aclimatado en Egipto, véase nota 104. Patos domésticos en Grecia: Orth, *P. W. K.*, VII, 903 y sigs.; cf. Olck, artículo *Ente*, V, 2639 y sigs. Sobre los intentos de aclimatar tipos extranjeros de trigo en el territorio de las ciudades griegas en la época de Teofrasto, y sus malos (¿temporales?) resultados, A. Jardé, *Les céréales dans l'antiquité grecque*, 1925, págs. 17 y siguientes.

(110) Podemos sacar una buena idea de la distribución de bosques en el mundo antiguo leyendo los libros III a V de la *Historia de las plantas*, de Teofrasto; véase especialmente IV, 5, 5, una lista de países que producían la mejor madera para construcciones navales, y IX, 2, en que se trata el tema de los árboles resinosos y los métodos para recoger la resina y la pez (los juicios de Plinio derivan de Teofrasto). Es evidente, por el material recogido por Teofrasto, que los países más ricos en madera eran Macedonia, algunas partes de Asia Menor mencionadas en el texto, y Siria. No es fácil saber si por Siria entiende Teofrasto toda ella o sólo el Líbano. Se encontrará una breve enumeración de las regiones ricas en madera durante la época romana en T. Frank, *Econ. Surv.*, IV, págs. 134 y sigs., para Siria, y págs. 616 y sigs. para Asia Menor. Sobre Grecia: P. Guiraud, *La propriété foncière en Grèce*, 1893, págs. 504 y sig., y A. Jardé, op. cit., págs. 99 y sig.

(111) Explotación de los bosques de Chipre: Teofrasto, *H. P.*, V, 8, 1 (protección de los bosques por los últimos reyes chipriotas), cf. 7, 2 (sobre los abetos y los pinos de Alepo en Chipre). Antígono y Demetrio: Teofrasto, *H. P.*, V, 8, 2; Plinio, *N. H.*, XVI, 203; cf. Plutarco, *Dem.*, 43. Regalo de madera (chipriota) a Atenas el 306-305 a. de J. C.: Diodoro, XX, 46, 4; Plutarco, *Dem.*, 10; *S. I. G.*^{3}, 334. Cf. nota 113.

(112) Sobre Teofrasto y sus obras de botánica: W. Christ-W. Schmid, *Gesch. d. gr. Lit.*, II, 1, 1920, págs. 62 y sig. (con una breve bibliografía). Desde 1920 han aparecido muchos estudios importantes sobre Teofrasto como botánico y biólogo: véanse especialmente las contribuciones de G. Senn enumeradas en su *Die Entwicklung der biologischen Forschungsmethode in der Antike und ihre grundzügliche Förderung durch Theophrast von Eresos*, Veröff. d. schweiz. Ges. f. Gesch. d. Medizin u. Naturwissenschaften, VIII (1933), págs. 244 y sig. Especialmente importante para la historia económica es el libro V de la *Historia de las plantas*, de Teofrasto. Resumen completo y excelente de las distintas clases de madera, con observaciones técnicas importantísimas; se dedica una sección especial a la leña y a la preparación del carbón de madera, y otra (IX, 2) a la resina y pez extraídas de los árboles.

(113) La historia de los bosques de Chipre pudo haber sido la siguiente: 1) Desforestación antigua después de la ocupación griega y fenicia de la isla. 2) Protección de árboles y bosques por los reyes del siglo IV a. de J. C. 3) Nuevo período de explotación intensiva por Antígono y Demetrio, y 4) Administración de los bosques por los Tolomeos, según el modelo de los reyes chipriotas. No debemos olvidar que los Tolomeos necesitaban gran cantidad de madera de Chipre, para su intensiva minería y construcciones navales en la isla, y también para la exportación como material de construcción a Alejandría y Egipto. Sobre la reforesta-

ción de Egipto por los Tolomeos, véase cap. IV, págs. 300 y sigs., nota 103. La fuente más importante es *Teb.*, 703, 191-211; véanse mis observaciones sobre este documento. Sobre la actividad romana en los bosques del Líbano, véase mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 323, nota 32. La protección de bosques y árboles en las tierras cultivadas era cosa corriente en Grecia. A menudo nos encontramos con pasajes referentes a ello en los arriendos de tierra; véase A. Jardé, op. cit., págs. 100 y sig. Sobre los arrendamientos de la fratría de los clítidas de Quíos (mediados del siglo IV a. de J. C.), véase la memoria de A. Wilhelm, *Die Pachturkunden der Klytiden*, en *Jahreshefte*, XXVIII (1933), págs. 197 y sigs., con una lista completa de otras contribuciones a la restauración de estos importantes documentos. Véase especialmente la colección de textos en la pág. 209 que atestiguan la protección de los bosquecillos sagrados. Es posible que los clítidas requiriesen a sus arrendatarios llevar a cabo una reforestación de los bosquecillos plantando árboles (Inscr. A, II, 43 y siguientes).

(114) La *Historia natural* de Plinio (XXIII-XXIV) contiene una visión general de los métodos de la extracción del oro, plata, cobre, hierro y plomo. Pero esto, naturalmente, se refiere más bien a Occidente, mucho más rico en minerales que Oriente. Los pasajes pertinentes han sido reeditados, traducidos y publicados por K. C. Bailey, *The elder Pliny's Chapters on Chemical Subjects*, I, 1929: Plinio, XXXIII, caps. 66-77 (oro), caps. 95-100 (plata), y II, 1932: Plinio, XXXIV, caps. 2-4 (cobre), cap. 142 (hierro), cap. 156 (plomo).

(115) Sobre Gorgo: H. Berve, *Das Alexanderreich*, II, 1926, págs. 114 y sigs.; U. Wilcken, *Alexander d. Grosse*, pág. 171; G. Glotz-R. Cohen, *Hist. Gr.*, IV, 1, págs. 159 y 247.

(116) Recientemente, O. Davies, *Roman Mines in Europe*, 1935, págs. 239 y sigs., ha llevado a cabo una cuidadosa exploración de Grecia en cuanto a minas se refiere.

(117) O. Davies, loc. cit., págs. 226 y sigs.

(118) O. Davies, loc. cit., pág. 17; A. Ch. Johnson, *Roman Egypt*, 1936, págs. 239 y sigs. Puedo citar a este respecto un hecho mencionado por Plinio (XXXI, 78). Uno de los Tolomeos descubrió minas de sal mientras construía un campamento cerca de Pelusio. Este descubrimiento le llevó a la consiguiente prospección de minas de sal en el desierto.

(119) Véase cap. IV, págs. 370 y sigs.; cf. J. R. Partington, *Origins and Development of Applied Chemistry*, 1935, págs. 32 y sigs.

(120) Véase cap. IV, págs. 298 y sigs. y 337 y sigs.; cf. J. R. Partington, loc. cit., págs. 360 y sigs. Repito que el producto de las minas de plata de Chipre probablemente era muy escaso.

(121) Sobre las minas de Asia Menor en la época romana: T. R. S. Brougton, *Roman Asia Minor*, págs. 620 y sigs.; para el período anterior: S. Przeworski, *Die Metallindustrie Anatoliens in d. Zeit v. 1500-700 v. Chr.*, en *Intern. Arch. f. Ethn.*, XXXVI (1939); en la página 91 hay un mapa excelente que ilustra la distribución de las minas de cobre y hierro de Asia Menor.

(122) Sobre el cobre y hierro de Edom (Idumea): N. Glueck, *Bull. Am. School Or. Res.*, LXIII (1936), págs. 4 y sigs., que cita los textos del seudo Aristeas, y sobre Ezión Geber, íd., ibíd., LXXI (1938), págs. 3

y sigs. Sobre el sur de Arabia: A. Grohmann *Südarabien als Wirtschaftsgebiet,* I, *Osten und Orient,* I, 4, 1922, págs. 164 y sigs.

(123) Sobre las minas de Siria y Palestina: F. M. Heichelheim, *Roman Syria,* págs. 156 y sigs.; la investigación de J. R. Partington es mucho más completa, loc. cit., pág. 486 (plata), pág. 488 (cobre), pág. 490 (hierro). Véase el instructivo artículo de G. E. Wright, *Iron: the date of its introduction into Palestine,* en *A. J. A.,* XLIII (1939), págs. 458 y sigs. Todo el Líbano y el Antilíbano pertenecieron a los Tolomeos hasta la época de Antioco III: K. J. Beloch, *Gr. Gesch.,* 2.ª ed., IV, 2, 1927, págs. 323 y sigs.

(124) En el citado libro de J. R. Partington se encontrará un resumen general muy útil de las minas del Oriente Próximo conocidas por las fuentes prehelenísticas, helenísticas y romanas; por lo que se refiere a las minas de hierro, véanse los trabajos de H. C. Richardson citados en la nota siguiente y el volumen de S. Przeworski mencionado en la nota 121. Para las referencias a las fuentes antiguas y obras modernas me remito a este libro y a los capítulos sobre Siria y Asia Menor romanas en T. Frank, *Econ. surv.,* IV.

(125) No puedo citar aquí todos los libros y artículos en que se discuten las fuentes sobre los cálibes desde distintos puntos de vista, especialmente en relación con el problema del origen del hierro. A la escasa y anticuada bibliografía de J. R. Partington, loc. cit., págs. 379 y sigs. puedo añadir la siguiente: mis observaciones a un fragmento de Helánico recientemente publicado en *Skythien und der Bosporus,* 1931, pág. 22 (con referencias bibliográficas a obras desconocidas a los autores de los estudios más recientes antes citados); A. W. Persson, *Eisen und Eisenbereitung in ältester Zeit,* en *Bull. Soc. royale des Lettres de Lund,* VI (1933-34), págs. 111 y sigs.; H. C. Richardson, *Iron, prehistoric and ancient,* en *A. J. A.,* XXXVIII (1934), págs. 555 y sigs., especialmente 558; cf. Am. Hertz, ibíd., XLI (1937), págs. 441 y sigs.; H. C. Richardson, ibíd., págs. 447 y sigs., y G. E. Wright, ibíd., XLII (1939), págs. 458 y sigs. El estudio mejor y más completo de la historia del hierro se encontrará en el libro de S. Przeworski citado en la nota 121.

(126) Estos últimos años se ha escrito mucho sobre el asfalto y el petróleo en la antigüedad. Citaré aquí tan sólo los estudios más recientes y completos: R. J. Forbes, *Bitumen and petroleum in antiquity,* 1936 (con excelente bibliografía); íd., *Mnemosyne,* serie 3.ª, IV (1936), págs. 67 y sigs.; íd., *Fifteen centuries of Bitumen,* 1937; A. Seguin, *Recherches sur le pétrole dans l'antiquité,* en *Rev. Quest. hist.,* LXVI (1936), págs. 1 y sigs.; íd., *Nouvelles recherches sur le pétrole dans l'antiquité,* 1937, y *Étude sur le pétrole,* en *Rev. Quest. hist.,* LXVI (1938), págs. 36 y sigs.; J. Toutain, *Histoire et Archéologie du pétrole,* en *Rev. Intern. d'Enseignement,* LXXXVI (1937), págs. 181 y sigs.; R. J. Forbes, *Noues z. ältesten Gesch. d. Bitumens,* en *Bitumen,* VIII (1938), págs. 128 y sigs. y 161 y sigs.; íd. *Petroleum and bitumen in Antiquity,* en *Ambix,* II (1938), págs. 68 y sigs. (que no he visto). También conocían los antiguos el carbón de piedra (Teofrasto, *Lap.,* XVI: lignito empleado en Élide por los herreros), pero nunca se empleó de una manera amplia, ni siquiera en la época romana en las provincias ricas en minas de carbón (O. Davies, *Roman Mines in Europe,* 1935, pág. 153, nota 6).

(127) Sobre las canteras del mundo helenístico en el período romano, la mayoría de las cuales fueron explotadas en las épocas prehelenística y helenística, véase T. Frank, *Econ. surv.*, II, págs. 240 y sigs. (Egipto, A. Chr. Johnson); IV, págs. 156 y sigs. (Siria, F. M. Heichelheim), 462 y sigs. (Grecia y Macedonia, J. A. O. Larsen), 624 y sigs. (Asia Menor, T. R. S. Broughton). Sobre las minas y canteras en general de la época helenística, véase F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 629 y sigs. y bibliografía, nota 50.

(128) Sobre la pesca y las pesquerías, véase la interesante serie de ensayos acerca de varios aspectos de la pesca griega y oriental, por W. Radcliffe, *Fishing from the Earliest times*, 1921. No existe un buen estudio de la pesca griega desde el punto de vista económico. Recogió algún material L. Bohelen, *Die Bedeutung der Fischerei im Altertum*, 1936 (tesis doctoral, Hamburgo). Cf. F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 594 y sigs., nota 45. La importancia de la pesca, incluso en las ciudades griegas más pequeñas, está ilustrada por la inscripción de Acrefia, en Beocia, que contiene una lista de peces de mar y río con sus precios; véase cap. IV, nota 35.

(129) Sobre haliéutica: W. Susemihl, *Gesch. d. gr. Lit. in Alex.*, I, pág. 850 y sigs.; cf. 906. Sobre Opiano y el desarrollo de la zoología y las τέχναι de caza, pesca y caza de aves: A. W. Mair, *Oppian, Colluthus, Tryphiodorus* (Loeb Library), 1928, Introd. Sobre los platos para pescado: L. Lacroix, *La faune marine dans la décoration des plats à poisson*, etc., 1937; cf. *Mél. Boisacq*, VI, 1938, págs. 49 y sigs. (sobre los nombres de pescados en la inscripción de Acrefia), y Ch. P., *Rev. Arch.*, XIII (1939), págs. 290 y sigs. Sobre los mosaicos con peces de Pompeya y su relación con la cerámica del sur de Italia: E. Pernice, *Die hellenistische Kunst in Pompeii*, VI, 1938: *Pavimente und figürliche Mosaikon*, págs. 149 y sigs. y láms. 52 y sigs. Mosaicos romanos con peces y su posible relación con los tratados ilustrados περὶ ἰχθύων, mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, pág. 202, nota. Los mosaicos con peces son muy frecuentes en las provincias occidentales del imperio romano; los de Antioquía (R. Stillwell y otros, *Antioch-on-the-Orontes*, II, 1938, láms. 38 y 39, figs. 50 y 51), y quizá los del África italiana pueden remontarse a originales helenísticos orientales. Puede considerarse copia de un original alejandrino un excelente mosaico de Leptis Magna que representa distintos métodos de pesca; véase mi artículo *Mélanges G. Radet* y mi lámina XL.

(130) Las dos obras clásicas sobre el régimen de la tierra en Grecia y la agricultura griega son aún P. Guiraud, *La propriété foncière en Grèce jusqu'à la conquête romaine*, 1893, y A. Jardé, *Les céréales dans l'antiquité grecque*, I: *La production*, 1925 (nunca apareció el segundo volumen, que estaba destinado a describir la importancia del trigo en la vida del mundo griego). Cf. Olck, artículo *Ackerbau*, en *P. W. K.*, I, 264 y sigs.; Orth, artículo *Landwirtschaft*, XII, 624 y sigs., y Olck, artículo *Gartenbau*, VII, 768 y sigs. En estos libros y artículos se dedica especial atención a las épocas arcaica y clásica de Grecia. Se encontrarán más referencias bibliográficas sobre el régimen de propiedad y la agricultura en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 386 y sigs., y núm. 44. Sobre la época helenística: G. Glotz, *Le travail dans la Grèce ancienne*,

1920, págs. 407 y sigs. (sobre la Grecia propiamente dicha, págs. 413 y sigs.), y F. M. Heichelheim, loc. cit., págs. 596 y sigs., y notas 46-60. Siento no haber podido volver a leer para utilizarlo en este libro el enjundioso estudio de B. L. Bogaevsky, *Bosquejo de la agricultura ateniense*, I, II, 1915 (en ruso). E. Savoy's, *L'agriculture à travers les âges*, II, 1935, carece de toda importancia para los estudiosos de la antigüedad.

(131) Sobre el fundo de Fenipo (*Prosop. Attica*, 13978): P. Guiraud, loc. cit., pág. 565; A. Jardé, loc. cit., págs. 157 y sigs.

(132) Véase cap. VI, págs. 836 y sigs., y notas 84 y 85 de este capítulo.

(133) Primitivos escritores griegos sobre agricultura (después de Hesiodo): seudo Platón, *Minos*, 316 E (la fecha es discutida); Aristóteles, *Pol.*, I, 11. 1258^b 39 y sigs. Todo el párrafo sobre la economía campesina está escrito desde el punto de vista de un terrateniente, no de un campesino; la idea principal es cómo invertir el dinero lo mejor posible y obtener un buen ingreso. Cf. E. Oder, en F. Susemihl, *Gesch. gr. Lit. in d. Alex.*, I, 1891, págs. 832 y sig. Sobre las fuentes literarias de Teofrasto, S. A. Liaskovsky, *La ciencia agrícola en relación con la evolución de las ciencias naturales en la Grecia clásica antes de Teofrasto*, en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CVIII (1935), págs. 184 y sig. (en ruso); véanse los artículos de *P. W. K.* sobre cada uno de los autores citados por Aristóteles y Teofrasto.

(134) Sobre Teofrasto: G. Senn, *Die Entwicklung der biologischen Forschungsmethode in der Antike und ihre grundzügliche Förderung durch Theophrast von Eresos* (Veröff. d. schweiz. Ges. f. Gesch. d. Medizin u. Naturwissenschaften, VIII), 1933. La copiosa bibliografía que este libro lleva en apéndices me exime de citar aquí las obras más conocidas sobre Teofrasto.

(135) E. Oder en F. Susemihl, loc. cit.

(136) Sobre Bolo Demócrito y su manual de agricultura: M. Wellmann, artículo *Bolus*, en *P. W. K.*, III, 676 y sigs., y especialmente *Die Georgika des Demokritos*, en *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.*, 1921, núm. 4. Volveré sobre Bolo en la subsección siguiente. El ingenioso estudio de Wellmann muestra cómo las *Geórgicas* de Bolo fueron ampliamente empleadas en época tardía (véanse notas 103 y 176).

(137) M. Wellmann, *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.*, 1921, núm. 4, págs. 34 y sigs.

(138) Véase la lista de estos términos en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 1108 y sigs., nota 49. En la misma nota da una buena bibliografía de las obras modernas que tratan de los *scriptores rei rusticae* romanos. Es de lamentar que su lista de términos sea breve y no esté apoyada por argumentos, por lo que no es del todo convincente, en especial en lo que respecta a los términos que se suponen derivados del neobabilónico, hebreo bíblico y fenicio. Es de desear que amplíe su nota en una monografía sobre este interesante tema.

(139) Dedicó un estudio especial a los penestas tesalios R. V. Schmidt, *De la historia de Tesalia*, en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CI (1934), págs. 75 y sigs. (en ruso).

(140) No hay un estudio especial sobre las condiciones del régimen de la tierra en Grecia en la época helenística. Véase nota 130. Se encon-

trarán algunas observaciones sobre la evolución del régimen de la tierra en Tesalia en el artículo de R. V. Schmidt citado en la nota anterior, págs. 106 y sigs.; sus conclusiones sobre la decadencia de la agricultura en Tesalia en la época helenística y el desarrollo de pequeñas parcelas no están apoyadas por las fuentes que aduce. En Tesalia, como en el resto de Grecia, la tierra se concentró poco a poco en manos de las corporaciones, y probablemente también de terratenientes particulares; mientras que el modo de explotación predominante parece haber sido el de pequeños arrendatarios (¿incluidos los penestas?). Es imposible decir cuántos esclavos (conocidos por las actas de manumisión) se dedicaban en Tesalia al trabajo agrícola; véase cap. V, nota 30. En O. Schulthes, art. Μίσθωσις, *P. W. K.*, XV, 2098 y sigs., se encontrará una lista de μισθώσεις, o contrato de arrendamiento (entre ellos arriendo de tierra) de las épocas clásica y helenística para el mundo griego en general (excepto Egipto). Puedo añadir a sus referencias algunos artículos básicos sobre el tema. Ática: A. Wilhelm, *Arch. Pap.*, XI (1935), págs. 189 y sigs. Beocia: los arriendos de tierra en Tespias (siglo III antes de J. C.): véase cap. IV, nota 35. Etolia: arriendo de tierra en Testia (siglo II a. de J. C.): G. Klaffenbach, *Berl. S. B.*, 1936, págs. 380 y sigs.; cf. S. von Bolla, *Jahreshefte*, XXXI (1939), supl., págs. 170 y sigs. Quíos: los arriendos de tierra de los clítidas (siglo IV a. de J. C.): A. Wilhelm, *Jahreshefte*, XXVIII (1933), págs. 179 y sigs. Delos: arriendos de los fundos del templo: véase cap. IV, pág. 243 y nota 66; cf. J. A. O. Larsen, *Roman Greece*, págs. 402 y sigs.; y sobre la ἱερὰ συγγραφή A. Wilhelm, *Arch. Pap.*, XI (1935), pág. 215. Olimo y Milasa de Caria: véase cap. V, nota 82. En los artículos de Wilhelm y Klaffenbach encontrará el lector citas y estudios de muchos más contratos de arrendamiento de tierra sólo parcialmente citados por Schulthess. El único contrato fragmentario de arriendo (de una casa) entre dos personas particulares es el garrapateado en un fragmento cerámico y publicado y discutido por E. Szanto, *Ausgewählte Abh.*, 1906, págs. 92 y sigs.

(141) Sobre el arado: A. S. F. Gow, *The ancient plough*, en *J. H. S.*, XXXIV (1914), págs. 249 y sigs.; A. Jardé, loc. cit., págs. 19 y sig.; A. G. Drachmann, artículo *Pflug*, en *P. W. K.*, XIX, 1461. Drachmann (1466 y sigs.) no registra ninguna reja de arado de hierro encontrada en Grecia o Italia, mientras que estudia algunas encontradas en las provincias occidentales romanas (prehistóricas y romanas). Sobre las almazaras y los lagares, véase cap. IV, pág. 360, y nota 158. Cf. Hörle, artículo *Torcular*, en *P. W. K.*, VI A, 1727 y sigs.

(142) Sobre la rotación de cosechas: A. Jardé, loc. cit., pág. 87. Frente a su punto de vista: F. M. Heichelheim, *P. W. K.*, supl. VI, 834, que cita el arriendo de tierra en Sunio, *I. G.*, II², 2493 (339-338 a. de J. C.), que, según él, atestigua la rotación trienal de cosechas. Pero este arrendamiento afirma explícitamente, líns. 7 y sigs.: ὁ δὲ μισθωσάμε[νος τὸ χωρίον] γεωργή|σει ἀρῶν τὴν γῆν ἐναλλ[άξ. τὰ μὲν ἡμίσε]α πυροῖς καὶ κριθαῖς, τῆς δ' ἡμι[σέας τὴν μὲν ν]εὰν ὀσπρίοις, τὴν δὲ ἄλλην γῆν [χερρὸν οὐ σπερεῖ]. La restauración de este pasaje es dudosa, ya que νεάν y χερρόν (*I. G.*, II², 2492, lín. 16, arrendamiento de los aexonis de 345-344 a. de J. C.) significan la misma cosa (tierra en barbecho). No sé si se ha sugerido otra restauración más satisfactoria, pero el sentido

general está claro. La palabra clave es ἐναλλάξ, que es el término técnico para el sistema bienal; véase el arriendo de Arcesine del siglo IV antes de J. C., *S. I. G.*[3], 963, 7, y cf. *I. G.* II[2], 1241 (arriendo de la fratría de los dialis de 300-299 a. de J. C.), lín. 21: σπερεῖ δὲ τῆς γῆς σίτωι τὴν ἡμίσειαν, τῆς δ' ἀργοῦ ὀσπρεύσει ὁπόσην ἂν βούληται. Se opone al sistema ἐναλλὰξ ἀροῦν, el sembrar año tras año; véase el arriendo de tierra en Delfos del siglo III o II a. de J. C., *S. E. G.*, II, 293, líns. 10 y sigs.: τὰν δὲ γᾶν | [μὴ σπείρε]ν ἀπ[αυστί, véase el pasaje citado del arriendo de Arcesine, *S. I. G.*[3], 963, lín. 7: τὴν δὲ γῆν ἀρόσει ἐναλλὰξ καὶ οὐκ ἀμφιετεί.

(143) Sobre los fundos mencionados en el texto: A. Jardé, loc. cit., págs. 19 y sigs. (las técnicas agrícolas) y su sumario, págs. 29 y sig.; véanse págs. 14 y sigs. (sobre la siembra del trigo). En mi opinión, Jardé adopta, sin motivo, un punto de vista desfavorable a la atención que se presta al trigo de simiente. Sobre διoπορεῖν, véase cap. IV, pág. 361 y nota 160.

(144) Sobre los escritores de viticultura: E. Oder en F. Susemihl, loc. cit., págs. 839 y sig. Es bien sabido que Teofrasto dedica especial atención a los vinos (véanse índices de la edición Teubner de Teofrasto y de la edición de la Loeb Library, voz ἄμπελος) y que grandes secciones de las obras romanas sobre agricultura y de las *Geopónicas* se dedican a la viticultura y a la fabricación del vino. Sobre la viticultura tal como aparece en los tratados de los agronomistas romanos, véase R. Billiard, *La vigne dans l'antiquité,* 1913, especialmente cap. V, págs. 156 y sigs., sobre los contratos de arriendo, y el excelente artículo *Vinum,* de A. Jardé, en Dar. et Saglio, *D. d. A.*, V, págs. 912 y sigs., especialmente 917 y sigs. (viticultura); véase su artículo *Vinitor,* ibíd. Sin embargo, Jardé trata el tema de manera sistemática, no históricamente.

(145) Sobre los tratados de época helenística que se ocupan del cultivo del olivo y la jardinería: E. Oder, en F. Susemihl, loc. cit., páginas 841 y 845; cf. A. S. Pease, artículo *Ölbaum,* en *P. W. K.*, XVII, 1998 y sigs. (tratado sistemático, no histórico).

(146) Véase mi *Storia soc. ed econ. dell'imp. rom.*, lám. XI. Véanse las observaciones de F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 1104, nota 47, sobre los nombres de los instrumentos agrícolas en general en Grecia y Roma, observaciones que demuestran que las herramientas empleadas en Grecia (incluido el Egipto helenístico) e Italia eran en su mayor parte idénticas. Sólo unos cuantos nombres latinos no tienen equivalente en griego, mientras la terminología general griega es más rica; pero debe recordarse que nuestras fuentes para los nombres latinos son mucho mejores que para los griegos. Es de desear que Heichelheim dedique una monografía especial a este tema, y al hacerlo utilice debidamente el material arqueológico. Se han hallado muchos instrumentos agrícolas de época romana (incluso los empleados para las plantaciones de vides y olivos) en Priene (Asia Menor), en Caranis (Egipto) y en otras ciudades del Fayum (ahora en el Museo de la Universidad de Michigan, en el Museo de Toledo de Estados Unidos y en el Museo de Toronto) y muchos más en las provincias occidentales del imperio romano. Véase, por ejemplo, para Priene: Wiegand y Schrader, *Priene,* pág. 391, figs. 496-502. Galia y las provincias del Rin: B. Champion, *Outils en fer du Musée de Saint-Germain,* en *Rev. Arch.*, III, serie 5.ª (1916), págs. 210 y sigs. (herramientas halladas en las villas cerca del bosque de Compiègne);

66

L. Lindenschmidt, *Altert. uns. heidn. Vorzeit,* V, 1906, págs. 255 y sigs., lám. 46; K. Schumacher, *Der Ackerbau* (Kulturg. Wegweiser durch das röm.-germ. Zentralmuseum), 1922, págs. 20 y sigs. En general, véase R. V. Schmidt, *Problemas de la historia de la civilización material,* 1933, núms. 5-6, sobre las herramientas agrícolas (en ruso). Lagares y almazaras: véase nota 141. Relacionado con esto, puedo citar un arriendo muy interesante de una viña, un olivar y quizá un huerto del 228-221 a. de J. C., en el que se enumeran varias herramientas agrícolas empleadas especialmente en las viñas: *Teb.*, 815, fr. 6, col. III, 69 y sig.; cf. 720, 5 (238 a. de J. C.) sobre herramientas en la viña de Berenice, hija del rey, y 878 (hacia el 111 a. de J. C.). En el primer documento, lín. 69, yo intento leer ἀ[ρπε]δόνας (sogas).

(147) Después del libro de Aristóteles sobre zoología no se añadió mucho al acervo de conocimientos por él recogidos (cf. W. Kroll, *Zur Geschichte der aristotelischen Zoologie,* en *Wien. S. B.*, CCVIII, 2, 1940). Raramente se mencionan tratados especiales sobre cría de ganado. Puedo citar la obra de Alejandro de Mindos Περὶ κτηνῶν. En la época moderna los agronomistas han estudiado la cría de ganado antigua; véase la serie de tesis doctorales de Giessen de los discípulos del profesor Kraemer: A. Hörnschemeyer, *Die Pferdezucht im kl. Altertum,* 1929; K. Winkelstern, *Die Schweinezucht im kl. Altertum,* 1933; K. Zeissig, *Die Rinderzucht im alten Griechenland,* 1934; O. Brendel, *Die Schafzucht im alten Griechenland,* 1934. Véanse los artículos correspondientes en *P. W. K.: Schaf* (Orth), II A, 373 y sigs.; *Schwein* (Orth), ibíd., 801 y sigs.; *Pferd* (Steier), XIX, 1430 y sigs. En estos libros y artículos encontrará el lector buenas referencias bibliográficas. Sobre la leche y el queso, véanse los artículos *Käse* (por Kroll) y *Milch* (por G. Herzog-Hauser) en *P. W. K.*, X, 1489 y sigs., y XV, 1569 y sigs.; cf. E. Hardi, *Die Herstellung und Verwendung des Käse in gr.-röm. Altertum,* 1917 (tesis doctoral, Berna).

(148) Tratados de apicultura: E. Oder en F. Susemihl, loc. cit., págs. 838 y sigs., y sobre Bolo Demócrito y su tratado del tema, M. Wellmann, *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.,* 1921, núm. 4, págs. 23 y sigs., el estudio moderno fundamental de la apicultura antigua es el de J. Klek y L. Armbruster, *Die Bienenkunde des Altertums,* I: *Aristoteles;* II: *Varro und Vergil;* III: *Columella und Plinius;* IV: *Die Biene in Ägypten;* V: *Die Spätzeit,* en *Archiv für Bienenkunde,* I (1919), II (1920), III (1921), VIII (1926); cf. Olck, artículo *Biene,* en *P. W. K.*, III, 348 y sigs.; Klek, artículo *Bienenzucht,* supl. IV, 211 y sigs., y Maur. Schuster, artículos *Mel* y *Met,* XV, 364 y sigs. y 1298 y sigs. Más breve y popular es H. M. Fraser, *Beekeeping in Antiquity,* 1931 (con copiosa bibliografía al final). Sobre apicultura en Egipto, véanse págs. 296 y sig. y nota 99; cf. P. E. Newberry, *Man,* XXXVIII (1938), págs. 31 y sigs.

(149) Véanse las secciones dedicadas a Siria, Pérgamo y otras monarquías de Asia Menor en los caps. III, IV, V y VI.

(150) Sobre el arado empleado en Egipto en la época tolemaica y romana: M. Schnebel, *Landwirtschaft,* págs. 101 y sigs. Puede añadirse a este material el hallado en Caranis. Debo al profesor A. E. R. Boak de Michigan la información sobre las herramientas agrícolas halladas en Caranis, que utilicé en el texto.

(151) En mi *Large Estate* se encontrará un estudio más detenido de todos los problemas planteados en el texto. C. C. Edgar no añadió nada esencial en su introducción al *p. Mich. Zen.* Sus breves discusiones concluyen generalmente con una confesión de ignorancia. Considero esta actitud demasiado escéptica. F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 616 y sigs., ha analizado las esculturas de la tumba de Petosiris desde el punto de vista económico, como si reflejaran la vida de un gran οἶκος a principios de la época helenística. Me inclino a creer que los temas escogidos son más bien repeticiones de los representados en las tumbas de propietarios de grandes latifundios en el Imperio Antiguo, Medio y Nuevo, antes que reflejos de la vida real en el fundo de Petosiris. Puede que la elección de temas haya sido inspirada en la vida real, pero también puede que no. Sobre la «modernización» en la tumba de Petosiris que afectó al estilo de las esculturas y a la forma de algunos objetos representados, véase cap. II, pág. 77 y nota 14; cf. A. Adriani, *Rhyta*, en *Bull. Soc. Arch. Alex.*, XXXIII (N. S., x 2), págs. 350 y sigs. (sobre la fecha de la tumba, pág. 361). A los documentos que tratan del cultivo de la vid y los impuestos pagados por los propietarios de viñedos (κτήματα) debe añadirse un documento muy instructivo de la correspondencia de Zenón en la colección de Yale, que pronto se publicará.

(152) Sobre el estado de la industria en la época helenística, véase F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 576 y sigs., con abundantes citas bibliográficas en las notas. En esta obra encontrará el lector una discusión de las ramas industriales que he omitido en mi resumen. Las mejores exposiciones de la técnica industrial antigua, basadas en una investigación independiente, están en la obra de H. Blümner, *Technologie und Terminologie der Gewerbe und Künste bei Griechen und Römern*, vols. I-IV, 1875-87 (vol. I en la 2.ª edición, 1912), y para el ramo de la construcción e ingeniería, en la de C. Mercklin, *Die Ingenieurtechnik im Altertum*, 1899. El estudio de materiales e industrias en Egipto por A. Lucas, *Ancient Egyptian Materials and Industries* (3.ª ed., 1948) es igualmente excelente y basado en una investigación muy minuciosa. Añade muy poco a los datos ya conocidos Blümner en A. Neuburger's *The Technical Arts and Sciences of the Ancients* (traducción del alemán), 1930, y en *Die Technik der Antique und des Mittelalters*, 1931, de F. M. Feldhaus (es muy útil la obra anterior del mismo autor *Die Technik der Vorzeit*, 1914); véanse los breves compendios de E. Stemplinger, *Antike Technik*, 3.ª ed. (Tusculum Schr., III) (ordenado históricamente), y L. J. Peters, *Die Technik im Altertum*, 1925 (*Kultur und Technik*, I). H. Diels, *Antike Technik*, 3.ª ed., 1924, es una obra maestra de investigación histórica que reúne un conocimiento exacto con una interpretación ingeniosa de los textos literarios y del material arqueológico; cf. E. Kornemann, *Klio*, XVII (1921), págs. 287 y sigs. Con el mismo espíritu están escritas las valiosas contribuciones a la historia de la técnica antigua por A. Rehm: véase su breve resumen en Gercke y Norden, *Einleitung*, II, 2, 5, págs. 55 y sigs. y 71 y sigs. (con bibliografía al día) y la discusión general del papel de la técnica en el mundo griego y romano en su artículo *Zur Rolle der Technik in der griechisch-römischen Antike*, en *Arch. f. Kulturg.*, XXVIII (1938), págs. 135 y sigs. Véanse diferentes artículos valiosos en *P. W. K.*, por ejemplo: Μηχανή, Μύλη, *Schraube*, etc.

(153) Véase el excelente estudio de H. A. Thompson de la cerámica descubierta en Atenas en las excavaciones americanas del Ágora, *Two centuries of Hellenistic pottery*, en *Hesp.*, III (1934), págs. 311 y sigs.; sobre la cerámica común, págs. 464 y sigs.; véase cap. III, nota 30. Sobre las demás ciudades del mundo helenístico, Priene y Pérgamo han sido mejor estudiadas a este respecto (véanse caps. III, notas 35 y 44; IV, nota 311, y V, nota 66).

(154) Sobre la extensión de esta cerámica por todo el mundo helenístico primitivo, véase cap. III, págs. 162 y sig. y las notas correspondientes.

(155) Sobre esta cerámica, véanse cap. V, nota 66, y Apéndice IV, por F. O. Waagé, al final de este libro.

(156) Sobre el desarrollo de la cerámica helenística en general, véase el reciente manual de C. W. Lunsingh Scheurleer, *Grieksche ceramiek*, 1936, págs. 146 y sigs. (con bibliografía).

(157) No puedo dar aquí una bibliografía completa de los libros y artículos que tratan de la cerámica pintada helenística. Puedo remitir a las excelentes referencias bibliográficas en los conocidos libros de E. Pfuhl, *Malerei und Zeichnung*, 1923, y M. H. Swindler, *Ancient painting*, 1929, págs. 460 y sigs., en los artículos de Thompson y Pease citados en el cap. III, nota 30, y en el libro de Scheurler citado en la nota anterior. Puedo añadir algunas referencias que no se encontrarán en estas obras. Sobre los *lagynoi*, además de los estudios de G. Leroux, *Lagynos*, 1913, y Ch. Picard, *Rev. Arch.*, XXII (1913), págs. 161 y sigs.; véase H. A. Thompson, *Hesp.*, III (1934), págs. 450 y sig. Sobre los interesantes vasos pintados de Centuripe, precursores de las pinturas murales pompeyanas: G. M. A. Richter, *Metr. Mus. Studies*, II, 2 (1930), págs. 187 y sigs., y IV, 1 (1932), págs. 45 y sigs. Cerámica gnatia: C. W. Lunsingh Scheurleer, *J. D. A. I.*, LI (1936), Anz., págs. 285 y sigs.

(158) En el cap. IV, nota 163, he enumerado las obras principales sobre la cerámica de relieves helenística; véanse caps. IV, nota 311, y V, nota 66, y el Índice, voz «Cerámica». Sobre la cerámica pergamena con relieves aplicados: O. Deubner, *J. D. A. I.*, LIV (1939). págs. 340 y sigs. (con bibliografía; según él, la fecha de esta cerámica es 157-57 antes de J. C.). Sobre los vasos en relieve con vidriado de plomo, véase capítulo VII, nota 130. Debe recordarse aquí que el tipo de vidriado empleado para esta cerámica es muy discutido, y depende de un cuidadoso análisis químico que está llevando a cabo el Museo Metropolitano de Nueva York. Sobre los inventos técnicos empleados en Italia para la producción de cerámica en relieve: G. M. A. Richter, *Studi Etruschi*, X (1936), págs. 63 y sigs.

(159) Véase cap. IV, nota 163.

(160) Véanse caps. IV, nota 311, y V, nota 120.

(161) A. Lucas, *Ancient Egyptian Materials and Industries*, 1948, págs. 178 y sigs. Sobre el vidriado babilónico y asirio, que no se diferencia de la porcelana mesopotámica: E. O. von Lippmann, *Entstehung und Ausbreitung der Alchemie*, II, 1931, pág. 95, y el artículo de A. Lucas, en *J. E. A.*, XXII (1936), págs. 141 y sigs. Un estudio químico exhaustivo de la cerámica vidriada mesopotámica se encontrará en la sección oportuna de *Dura final report*, IV, 1, 1, por N. P. Toll.

(162) Sobre Plinio y los libros de su *Historia Natural* que tratan de los metales, véase K. C. Bailey, *The Elder Pliny's Chapters on Chemical Subjects,* I, 1929, y II, 1932 (los pasajes correspondientes en Plinio con traducción y comentarios).

(163) Sobre el pasaje de Apolonio de Rodas: J. W. Mackail, *Lectures on Greek Poetry,* 1910, pág. 259 (llama a la ciudad minera de los cálibes una antigua Pittsburg o Middlesborough).

(164) Me he referido repetidas veces (notas 116 y 125) a los libros de S. Przeworski, J. R. Partington y, especialmente, O. Davies, y a los artículos de H. C. Richardson que tratan de la técnica minera y la producción de materias primas; cf. Orth, *Bergbau,* en *P. W. K.*, supl. IV, 108 y sigs., y el resumen útil, aunque superficial, de R. V. Schmidt de los tratados «burgueses» (sobre los que amontona abusos), *Estudios de historia de la minería y metalurgia en la Grecia antigua,* en *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, CVIII (1935), págs. 222 y sigs. (en ruso). Cf. U. Täckholm, *Studien über den Bergbau der römischen Kaiserzeit,* tesis doctoral, Uppsala, 1937.

(165) F. Freise, *Geschichte der Bergbau- und Hüttentechnik,* I: *Das Altertum,* 1908, pág. 63; Orth, *P. W. K.*, supl. LV, 125. Sobre la dioptra: Hultsch, *P. W. K.*, V, 1073 y sigs.

(166) Las dos lámparas a que me refiero van decoradas con figuras de mineros o herreros con los fuelles delante. Estas lámparas fueron publicadas primeramente por Liceto, *De lucernis antiquis,* 1652, págs. 739 y sigs., y después por Bartoli, Montfaucon, y finalmente por E. Saglio para ilustrar su artículo *Follis* en Dar. et Saglio, *D. d. A.*, II, 1227, figs. 3133 y 3134. H. Blümner, *Technologie,* II, págs. 109 y sigs., ha expresado dudas sobre su autenticidad; cf. Mau, *P. W. K.*, VI, 2829. El profesor Zahn, a quien he consultado sobre el asunto, se inclina a creer en la antigüedad de las lámparas y no en su origen renacentista. En apoyo de su opinión aduce la forma plana de las lámparas y un fragmento de lámpara de arcilla en el Museo de Saalburgo que se adorna con una figura escultórica de un hombre que se calienta las manos en la llama de la lámpara. Una lámpara romana de Tarso representa un obrero metalúrgico con fuelles de forma corriente; H. Goldman, *A. J. A.*, XXXIX (1935), págs. 538, fig. 29.

(167) No puedo dar aquí una bibliografía completa de las obras que tratan de la técnica y de la metalurgia en Oriente y en Grecia. Bastarán unas cuantas referencias a las contribuciones más recientes. Joyería: Egipto: C. Ransom Williams, *Gold and Silver Jewelry,* New York Hist. Soc., 1924, y el capítulo en la obra de A. Lucas citado en el texto. Sobre la joyería helenística en Egipto, véase cap. IV, nota 168, y láms. XLV y XLVII. Grecia: La obra más reciente sobre joyería griega (con buenas referencias bibliográficas) es B. Segall, *Katalog der Goldschmiedearbeiten,* Museo Benaki, 1938, págs. 27 y sigs. (sobre la época helenística); sobre las nuevas adquisiciones del rico Museo Benaki, en Atenas: *J. D. A. I.*, LIV (1939), Anz., 226, y figs. 3-7. Sobre los métodos de hacer hilo de oro y filigrana: *Geschichte der Goldschmiedekunst: Granulation,* 1918; H. Kuthmann-Kusel, *Ath. Mitt.*, L (1925), págs. 183 y sigs.; R. Zahn, *Zur hellenistischen Schmuckkunst,* en *K. Schumacher Festschrift,* 1930, págs. 202 y sigs. Nielado (una antigua técnica egipcia

muy popular en la época helenística y romana): M. Rosenberg, *Gesch. d. Goldschmiedekunst: Nielio,* 1924. TORÉUTICA: Un buen resumen con una bibliografía al día se encontrará en G. Lippold, *Toreutik,* en *P. W. K.*, VI A, 1750 y sigs. Sobre el dorado de la plata: H. Nachod, *Röm. Mitt.*, XXXIII (1918), págs. 103 y sigs. Sobre las distintas escuelas: véanse caps. IV, notas 169 y sigs. (Egipto), 313 (Siria), y cap. V, nota 65 (Pérgamo). Sobre los vaciados y moldes de Mit-Rahineh, véase cap. IV, nota 189, láms. XLV y XLVIII, y sobre los de Atenas, D. B. Thompson, *Mater Caelaturae,* en *Hesp.*, VIII (1939), págs. 285 y sigs. BRONCE: Estatuaria: K. Kluge y K. Lehmann-Hartleben, *Die Antiken Grossbronzen,* I, 1927; estatuillas: A. Ippel, *J. D. A. I.*, LIV (1939), Anz., págs. 350 y sigs.; sobre el hallazgo de Galjub, véase cap. IV, nota 173. Vasijas y herramientas: F. Winter y E. Pernice, *Die hellenistische Kunst in Pompeii,* IV: E. Pernice, *Gefässe und Geräte aus Bronze,* 1925. Se encontrarán notas instructivas sobre la historia primitiva de la metalurgia en S. Przeworski, *Die Metallindustrie Anatoliens in d. Zeit von 1500-700 v. Chr.*, 1939.

(168) H. Carpenter y J. M. Robertson, *Nature,* CXXV (1930), págs. 859 y sigs.; A. Lucas, *Anc. Egyp. mat. and indust.*, págs. 274 y sigs.

(169) Sobre el acero de Damasco y su origen: N. Belaiev, *Damascene Steel,* en *The Journ. of the Iron and Steel Institute,* XCVII (1918) págs. 417 y sigs.; H. C. Richardson, *A. J. A.*, XXXVIII (1934), págs. 580 y sigs.; cf. Robert Hadfield, *History of Metallurgy of Iron and Steel,* 1915.

(170) H. C. Richardson, loc. cit., pág. 581.

(171) Alejandro: H. Berve, *Das Alexanderreich,* I, 1926, pág. 193. Egipto tolemaico: J. Lesquier, *Les Instit. mil.*, 1911, pág. 102. Reino seléucida: E. Bikerman, *Inst. Sél.*, pág. 91 (no se estudia el problema del abastecimiento). Apameos y lariseos: véase cap. VI, nota 128. Puedo citar que en la batalla de Carres el rey parto abastecía de flechas a sus arqueros montados transportándolas en camellos. Arsenal de Pérgamo: véase nota 38.

(172) M. Chvostov, *Aspectos de la organización de la industria y el comercio en el Egipto grecorromano* (Publicaciones de la Universidad de Kazán), 1912-14, y tirada aparte, 1914, págs. 1 y sigs. (en ruso).

(173) Sobre los hallazgos de Noin-Ula, en Mongolia, y los hallazgos probablemente contemporáneos de Schibe y Pazuruk en el Altai, véanse las obras citadas en mi *Skythien und der Bosporus,* págs. 544, nota, y 579, nota. Algunos tejidos de Noin-Ula han sido analizados desde el punto de vista técnico en el *Bol. Ac. Hist. Civ. Mat.*, XI, 7-9, 1932 (en ruso).

(174) No puedo dar aquí referencias bibliográficas sobre los hallazgos de tejidos en general. Sin embargo, puedo citar algunos libros que tratan de hallazgos ocurridos en la Rusia meridional, Asia Central y Mesopotamia. Sobre las dos primeras, véanse las referencias en las notas precedentes. Sobre Mesopotamia y Siria: Palmira: R. Pfister, *Textiles de Palmyre,* 1934; *Études textiles,* en *Rev. d. Arts. As.*, VIII (1934), págs. 84 y sigs. (Palmira y Dura); *Nouveaux textiles de Palmyre,* 1937; *Textiles de Palmyre,* III, 1940; cf. M. Th. Schmitter, *Subsericae vestes,* en *Rev. Arch.*, serie 6.ª, IX (1937), págs. 201 y sigs. Dura-Europos: F. Cumont, *Fouilles,* pág. 251, y láms. XCII, XCIII, *Dura rep.*, II, págs. 178 y sigs. Halibiyeh: N. P. Toll, *Ann. Inst. Kond.*, IX (1937), págs. 18 y sigs.

(175) Sobre el telar egipcio: H. Kees, *Ägypten,* en *Handb. d. Altertumsw.*, III, I, 3, 1, pág. 73; A. Lucas, *Anc. Eg. Mat. and Ind.*, pags. 165 y sigs. Sobre el telar griego: H. Blümner, *Techn. u. Term.*, I, 2.ª ed., págs. 135 y sigs. Sobre los telares en el Egipto tolemaico y romano, véase *P. Fouad,* 37, y los comentarios de J. Scherer sobre este papiro. El papiro es un contrato de aprendizaje. Al muchacho se le enseñará τὴν λινυφικὴν τῶν καθημένων τέχνην (lín. 2) que es el correspondiente del ὀρθοΰφος (el tejedor de pie) *P. Grenf.*, II, 79, I, lín. 3.

(176) Sobre Bolo Demócrito y su Βαφικά y los dos papiros que contienen recetas: M. Wellmann, *Bolus,* en *P. W. K.*, III, 676 y sigs. H. Diels, *Ant. Techn.*[3], 1924, págs. 121 y sigs.; M. Wellmann, *Die Φυσικά des Bolos Demokritos und der Magier Anaxilaos aus Larissa,* I, *Berl. Abh., phil.-hist. Kl.*, 1928, núm. 7; E. O. von Lippmann, *Entstehung und Ausbreitung der Alchemie,* I, 1919, págs. 1 y sigs. (sobre los papiros), y II, 1931, págs. 58 y sigs. (sobre Bolo Demócrito); W. Kroll, *Hermes,* LXIX (1934), págs. 228 y sigs.; O. Lagercrantz, *Das Wort Chemie,* en *K. Vetenskapssoc. Arsbok* (Uppsala), 1937, págs. 25 y sigs.; J. Bidez y F. Cumont, *Les Mages hellénisés,* I, 1938, págs. 117 y sigs., y pássim. Recientemente ha publicado C. Gallavotti un fragmento de un libro que contenía recetas para teñir diferentes clases de tela, en *Riv. Fil.*, LXVII (17) (1939), págs. 252 y sigs.; cf. K. Reinking, *Die in den griechischen Handschriften aus dem Altertum erhaltenen Vorschriften für Vollfärberei,* 1938 (que no he visto).

(177) R. Pfister, *Teinture et alchimie dans l'Orient hellénistique, Sem. Kond.*, VII (1935), págs. 1 y sigs., y *Nouveaux textiles de Palmyre,* 1937, págs. 10 y sigs.

(178) Puedo mencionar de pasada que la degradación de la ciencia en prácticas mágicas y espiritistas puede observarse en la historia del estudio de las piedras, especialmente piedras preciosas, de Teofrasto y Sotaco a los sudines babilonios y sus sucesores; véase, en general, Hopfner, Λιθικά, *P. W. K.*, XIII, 747 y sigs.; cf. Kind, III A, 1211 (Sotaco) y Kroll, IV A, 563 (sudines). Véase también J. Bidez y F. Cumont, *Les mages hellénisés,* I, 1938, págs. 191 y sigs.

(179) Hay una asombrosa coincidencia en la planta y disposición de la casa palacial de Delos recientemente excavada, casa que parece perteneció a un rico comerciante sirio (J. Chamonard, *Expl. arch. Délos,* XIV *(Les mosaïques de la maison des Masques),* 1933; cf. *B. C. H.*, LVII (1933), págs. 98 y sigs.), y la anteriormente mencionada descripción que hace Vitruvio de una casa griega en general. A. Rumpf ha llevado a cabo recientemente un minucioso estudio comparativo de las dos en su *Zum hellenistischen Haus,* en *J. D. A. I.*, L (1935), págs. 1 y sigs. La diferencia entre estas casas y las más modestas de Priene es muy notable. Del mismo tipo palacial es la casa «rodia» helenística primitiva excavada por Farmakovski en Olbia (B. Farmakovski, *Bull. Comm. Imp. Arch.*, XIII (1903), págs. 37 y sigs., y láms. XI, XII; cf. E. H. Minns, *Scythians and Greeks,* 1913, págs. 456 y sigs.). Puedo citar también el retrato de un *nuevo rico* (Νεόπλουτος) trazado por Fénix de Colofón (a principios del siglo III a. de J. C.), en el cual se menciona su casa palacial, que vale muchos talentos, con στοαὶ τετράστυλοι y pisos de malaquita (*Herodes, Cercidas,* etc., por A. D. Knox (Loeb

Library), pág. 248, versos 7 y sigs.; cf. G. A. Gerhard, *Phoenix von Kolophon,* 1909, págs. 115 y sigs.; T. Fyfe, *Hellenistic Architecture,* 1936, págs. 148 y sigs., es decepcionante en este aspecto, como en todos los demás). Las breves notas sobre la arquitectura helenística de A. Rumpf en Gercke-Norden, *Einleitung,* II, 1, 3 (4.ª ed.), 1932, págs. 65 y sigs., son mucho más valiosas; en las págs. 66 y 68 da listas de los templos helenísticos y edificios seculares cuyas ruinas existen.

(180) Sobre Ctesibio, Filón y Arquímedes, y su relación con la técnica antigua, véanse las obras de H. Diels, y A. Rehm citadas en la nota 152. Sobre sus inventos: H. Diels, *Ant. Techn.*, 3.ª ed., 1925; sobre los sifones y relojes de agua: A. G. Drachmann, *Hero's and Pseudo-Hero's adjustable siphons,* en *J. H. S.*, LII (1932), págs. 116 y sigs., y sobre berbiquí de Herón: íd., ibíd., XLVI (1936), págs. 72 y sigs. Sobre instrumentos ópticos: F. M. Feldhaus, *Die ältesten optischen Hilfsmittel,* en *Sternfreund,* 1936, 1, págs. 41 y sigs. (no he podido consultar este artículo). Sobre el «automóvil» de Demetrio de Falero: A. Rehm, *Philol.*, XCII (1937-38), págs. 317 y sigs. Sobre las máquinas de sitio y artillería: W. Sackur, *Vitruv und die Poliorketiker,* 1925, y nota 38 de este capítulo. Sobre la producción literaria de arquitectos e ingenieros en general, véase el capítulo de E. Pernice, *Literarischen Zeugnisse,* en W. Otto, *Handb. d. Arch.*, I, 1, 1937; véase nota 38 de este capítulo (sobre la πολιορκητικά y βελοποιϊκά). Sobre Vitruvio: A. Boethius, *Vitruvius and the Roman architecture of his age,* Δράγμα *M. P. Nilsson... dedicatum,* 1939, págs. 114 y sigs.

(181) *Laterculi Alexandrini* es el nombre moderno dado por H. Diels a un texto en papiro (siglo II a. de J. C.) hallado en Egipto, que consta de una lista de nombres y hechos que todos debían conocer. Una de las listas, que contiene siete nombres, lleva el título de Μηχανικοί. Véase H. Diels, *Berl. Abh.*, 1904; *Ant. Techn.*, 3.ª ed., pág. 29 y lám. IV. Puedo añadir que varios historiadores famosos de la época helenística describen en sus obras algunas de las construcciones más espectaculares de su tiempo. Ateneo (V, 206 *d-e,* citando a Mosquión) menciona, entre otras, la descripción que hizo Dióclides de Abdera de la *helépolis* de Demetrio Poliorcetes, la de Timeo de la pira funeral de Dionisio de Siracusa, y la de Jerónimo del famoso carro funerario de Alejandro, cuyo diseño ha sido varias veces reconstruido por los autores modernos.

(182) Sobre el sistema hidráulico a alta presión de Pérgamo: F. Gräber, *Alt. v. Perg.*, I, 3, 1912-13; cf. *Berl. Abh.*, 1887. Su descripción e ilustraciones se repiten en C. Mercklin, loc. cit., págs. 504 y sig., y A. Neuburger, loc. cit., págs. 422 y sigs. Cf. von Gerkan, *Griechische Städteanlagen,* 1924, págs. 88 y sigs., quien menciona acueductos de época helenística en Priene, Magnesia del Meandro y Éfeso.

(183) Sobre el problema del lento desarrollo de la técnica en la agricultura y la industria, véase mi *Storia soc. ed. econ. dell'imp. rom.*, págs. 401 y sigs.; cf. A. Rehm, *Arch. f. Kulturg.*, XXVIII (1938), págs. 135 y sigs.

(184) Con frecuencia se ha discutido el comercio helenístico y reunido el material que de él trata desde distintos puntos de vista y a diferentes escalas. El tema fue tratado como un elemento en el desarrollo económico general del mundo antiguo, con gran pormenor, por F. M.

Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 458 y sigs. (el tratado más detallado que existe sobre comercio helenístico, con abundante bibliografía). El comercio helenístico ha sido estudiado como parte de la evolución del comercio antiguo en general por E. Speck, *Handelsgeschichte des Altertums,* I-III, 1900-1906, y H. Schaal, *Vom Tauschhandel zum Welthandel,* 1931. Como parte de la historia del comercio grecorromano en Gumereo, artículo *Industrie und Handel,* en *P. W. K.*, IX, 1381, especialmente 1398 y sigs., y R. Cagnat y M. Besnier, artículo *Mercatura,* Dar. et Saglio, *D. d. A.*, III, 1754 y sigs.; y como una parte del comercio griego, por E. Ziebarth, *Beiträge zur Geschichte des Seeraubes und Seehandels im alten Griechenland,* 1929; cf. íd., *Der griechische Kaufmann im Altertum,* 1934 (Tusculum Schriften, 18), y *Klio,* XXVI (1933), págs. 231 y sigs., y F. Oertel, en R. von Pöhlmann, *Gesch. d. soz. Frage,* etc., II², 1925, págs. 537 y sigs.; véase también mi capítulo *Rhodes, Delos and Hellenistic commerce,* en *C. A. H.*, VIII, 1930, págs. 651 y sig. Varios autores han tratado del comercio helenístico como una característica de la evolución general del mundo helenístico. He enumerado sus obras en los caps. I, nota 1, y III, nota 1. Sobre la evolución del comercio griego antes de la época helenística, véase la bibliografía en el cap. II, nota 25.

(185) Véanse caps. IV, págs. 375 y sigs., nota 185, y VI, págs. 986 y sigs., notas 203 y sigs. (para Egipto); caps. IV, págs. 432 y sigs., nota 253, V, págs. 744 y sigs., y notas 116 y sigs., y VI, págs. 931 y sigs., notas 147 y sigs. (para Siria); cap. V, págs. 709 y sigs., notas 68 y 71 (para Pérgamo). Véase la bibliografía, copiosa pero algo confusa, de F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 1084, nota 25.

(186) Sobre las rutas caravaneras en los desiertos de Siria y Mesopotamia, véase cap. VI, nota 152; véanse las observaciones preliminares sobre las secciones meridionales de estas rutas por Aurel Stein, *C. R. Ac. Inscr.*, 1939, págs. 262 y sigs. Sobre las inscripciones y esculturas de Palmira y Dura que se refieren al comercio caravanero, véanse mis artículos en *Mél. Glotz,* 1932, págs. 793 y sigs., y en *Berytus,* II (1935), págs. 143 y sigs., y mi *Dura-Europos and its art,* 1938, págs. 18 y sigs., 66, 84; cf. H. Seyrig, *Syria,* XIII (1932), pág. 266, y XIX (1933), págs. 152 y sigs., y D. Schlumberger, ibíd., XVIII (1937), págs. 295 y sigs. Véase cap. VI, nota 152.

(187) Véase la bibliografía del cap. I de mi *Caravan cities,* 1932 (edición italiana, 1934).

(188) Un estudio minucioso, desgraciadamente forzado por algunas ideas preconcebidas y difícil de utilizar por la falta de citas de las fuentes antiguas mencionadas, se encontrará en el resumen general de F. M. Heichelheim, por otra parte ingenioso y útil, sobre las distintas ramas del comercio internacional (*Wirtschaftsg.*, págs. 458 y sigs.).

(189) Puedo citar la fluctuación de los precios del trigo en Delos el 282 a. de J. C., que dependía de la apertura o el cierre por parte de Lisímaco, del Bósforo tracio: A. Jardé, *Les céréales dans l'antiquité grecque,* I, págs. 168 y sig. Tiene gran interés el decreto ateniense de 323-322 a. de J. C. (al final de la gran hambre), probablemente en honor de un residente en el Bósforo que ayudó «a los que venían al Bósforo» (líns. 8 y sigs.) e hizo una donación de trigo: E. Schweigert, *Hesp.*, VIII (1939), págs. 27 y sigs., nota 7.

(190) Rodas y las ciudades del mar Negro: cap. V, notas 87 y 93. Italia: T. Frank, *Econ. Survey,* I, pág. 285 (siglo II), pág. 355 (siglo I); H. Jefferson Loane, *Industry and Commerce in the City of Rome,* 1938, pág. 16.

(191) Puedo citar aquí como ejemplo uno de los puntos en que no estoy de acuerdo con F. M. Heichelheim. En su *Wirtschaftsg.,* pág. 469, dice: «Zahlreiche Zeugnisse haben wir für die Zeit von Alexander bis Cäsar... für Fernhandel mit Vieh. Er diente... auch der Fleischversorgung durch schlachtreife Massenware». En la nota 10 cita una serie de textos de los que ninguno se refiere a la exportación e importación de «schlachtreife Massenware». Podía haberse referido con más eficacia a *Teb.,* 729 (época de Filopátor), carta fragmentaria que se ocupa, al parecer, de la requisa masiva del ganado perteneciente a un templo (?) εἰς τὰς σιταρχίας, por parte del ejército. Lo que demuestra que la carne formaba parte de la dieta de los soldados mientras estaban en servicio activo. Pero el documento es oscuro y su interpretación dudosa. Sobre los μάγειροι (carniceros y tratantes en carne) en Egipto, véase cap. IV, nota 106.

(192) En el cap. VI, nota 200, he citado la estatuilla de marfil de Laksmí aparecida en Pompeya y los hallazgos de Kapisa en el Afganistán (marfiles indios hallados con vidrio romano) (cap. IV, nota 317). Sobre esta estatuilla y algunos fragmentos más de estatuillas de marfil, quizá también fabricadas en la India (¿o en Seleucia del Tigris?), halladas en Pompeya, véase A. Ippel, *J. D. A. I.,* LIV (1939), Anz., págs. 368 y sigs., figs. 16-18; véase mi lám. LXI, 1.

(193) En los capítulos anteriores he tratado repetidas veces del problema del abastecimiento de esclavos, especialmente en el cap. VI, en relación con Delos y el aumento de la piratería cilicia (cap. VI, págs. 862 y sigs., notas 46 y sigs.). Puedo recordar al lector que la institución de la servidumbre estaba profundamente arraigada en todos los estados tribuales del norte de la península balcánica y sur de Rusia.

(194) Sobre el papel de Rodas en el comercio de finales del siglo III y principios del II a. de J. C. y la distribución de ánforas rodias estampilladas, véase cap. V, págs. 728 y sigs., y notas 93, 97 y 109; cf. F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.,* pág. 1072, nota 12.

(195) No puedo entrar aquí en un estudio minucioso del contenido de las ánforas rodias y la significación de sus estampillas. Puedo remitirme al estudio de estos problemas por V. Grace, *Hesp.,* III (1934), págs. 197 y sigs.

(196) Sobre los distintos términos empleados para designar a uno u otro tipo de mercaderes en los siglos V y IV a. de J. C., véanse los libros y artículos citados en el cap. II, nota 25. Se encontrará un estudio reciente y minucioso en el artículo de M. I. Finkelstein, *Cl. Phil.,* XXX (1935), págs. 320 y sigs., quien exagera la confusión que según él reinaba en esta terminología. Para la época helenística, F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.,* págs. 493 y sigs. En Egipto el ἔμπορος es un mercader, por regla general griego. Aunque este término aparece raras veces en los papiros tolemaicos, cuando aparece significa, sin duda, «mercader en general» (*Rev. Laws,* 52, 25; 77, 7; 91, 5; 102, 2; *P. Cairo Zen.,* 59573; *Teb.,* 744 (245 a. de J. C.), y especialmente la carta de Demetrio

y *Teb.*, 890, discutido con gran pormenor más adelante). Debo decir que Peremans no hace listas de ἔμποροι en su *Vreemdelingen*, 1937. De las fuentes que poseemos se deduce que el ἔμπορος no era un especialista en ningún tipo determinado de comercio. Los que lo eran (ἐλαιέμποροι, λινέμποροι, ἐριέμποροι, etc.), quizá se parecían a los comerciantes minoristas, denominados ὀθονιοπῶλαι, ἱματιοπῶλαι, etc., y παντοπῶλαι más que a los ἔμποροι, aunque de un nivel más alto (véase en los abundantes datos en *Teb.*, 890; véase también nota 201 de este capítulo, y para materia parecida, W. Peremans, loc. cit., págs. 135 y sigs.). El significado del término κάπηλος en el Egipto tolemaico no parece ser el mercader por menor en general, sino tratante en algunos alimentos y abastecedor, mesonero, tabernero o vinatero (καπηλεῖον). Conocemos algunos de éstos especializados en la venta de trigo (σιτοκάπηλοι, Preisigke, *Wörterbuch*, voces correspondientes; cf. *Teb.*, 890, 97, 180), aceite (los κάπηλοι en *Rev. Laws*, coll. 47, 48 (distintos de los μετάβολοι) y ἐλαιοκάπηλοι, Peremans, loc. cit., pág. 139) y vino (κάπηλος), *P. Enteux*, 34; cf. *Teb.*, 724 (175 ó 164 a. de J. C.) y οἰνοκάπηλος, *P. Cairo Zen.*, 59236, cf. 59748, 60 (?). Pero en la mayoría de los textos κάπηλος significa proveedor, *traiteur*, mesonero. Tenemos testimonios decisivos en *Teb.*, 43 (118 a. de J. C.), donde la gente come en un καπηλεῖον, y 230 (final del siglo II a. de J. C.), donde los criminales pasan mucho tiempo en la posada del pueblo antes de ser arrestados; cf. *P. Col. Zen.*, 83, 15, que se refiere a un griego llamado Antípatro que abre un καπηλεῖον en Hermúpolis, y el impuesto καπηλικόν, C. Préaux, *L'écon. Lag.*, pág. 343. Lo mismo puede decirse probablemente de *Teb.*, 701, 156 (235 a. de J. C.), 833, 44 (principios del siglo II antes de J. C.) y de muchos κάπηλοι mencionados en *Teb.*, 890. He señalado que los negocios de un κάπηλος fueron originariamente la venta de trigo por menor (no han de confundirse con los negocios de los panaderos ἀρτοκόποι), vino y aceite. Era natural que se combinasen estos negocios con el de mesonero. Los ἐγδοχεῖς aparecen mencionados en la carta de Demetrio junto a los ἔμποροι, como en las inscripciones delias. Los ναύκληροι desempeñaban un papel especial en la vida de Egipto, que he discutido en el cap. IV, pág. 314. Algunos artesanos eran al mismo tiempo tratantes de las mercancías que producían; véase *Teb.*, 890, y las listas de W. Peremans, loc. cit. El término μονοπώλης (en oposición a παντοπώλης) aparece en una inscripción de Tavia, en Galacia: G. Jacopi, *Dalla Paflagonia alla Commagene*, en *Boll. del R. Instit. di Arch. e Stor. dell'Arte*, VIII, 1937, pág. 14 de tirada aparte.

(197) He estudiado las asociaciones de mercaderes de Delos en el cap. VI, págs. 870 y sigs., y notas 57 y sigs. Sobre las asociaciones en general, véanse los libros citados en la nota 27 de este capítulo, y sobre las asociaciones de mercaderes en particular, E. Ziebarth, *Der griechische Kaufmann im Altertum*, 1934, págs. 26 y sigs. Más al día está F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 572 y sigs.

(198) Sobre el comercio exterior de los Tolomeos, véase cap. IV, págs. 375 y sigs., con notas 185 y sigs., en la que me he referido a mi artículo sobre el comercio exterior de los Tolomeos en el *Journ. of Econ. and. Bus. Hist.*, IV (1932), págs. 728 y sigs. Sobre Apolonio como sucesor de Cleómenes y precursor de Catón: F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 498 y sigs.

(199) Sobre los mercaderes extranjeros en Panticapeo en la época de Leucón: Polieno, VI, 9, 2; cf. *C. A. H.*, VIII, pág. 569.

(200) No puedo traer aquí a colación todos los testimonios sobre el comercio por menor y el comercio entre las ciudades griegas alrededor del Egeo. Se encontrará un estudio más detenido sobre esta cuestión en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 531 y sigs. Sobre la circulación de monedas dentro de una ciudad, véase la bibliografía citada en mi artículo *Anat. St. pres. to W. H. Buckler*, 1939, págs. 277 y sigs.; véase Índice, voz «Monedas». Añádase a las referencias sobre la moneda aquea en el siglo II a. de J. C., cap. V, nota 33 (cf. ibíd., nota 29), M. Thompson, *Hesp.*, VIII (1939), págs. 116 y sigs. (tesoro hacia 146 a. de J. C.).

(201) No existe una lista completa de mercaderes por menor. Las tablas de W. Peremans, *Wreemdelingen*, págs. 135 y sigs. se limita a principios de la época tolemaica, tiene varias omisiones, y debe completarse con los datos suministrados por *Teb.*, III, y otras publicaciones recientes de los textos tolemaicos más antiguos. He discutido la terminología en la nota 196.

(202) Esto apoya mi opinión (véase cap. IV, nota 107) de que en el campo de la industria textil no existía un monopolio estricto y que era considerable el comercio en telas y vestidos de lana. La misma observación puede aplicarse a orfebres y caldereros.

(203) Sobre la banca en el mundo antiguo en general, véanse los capítulos correspondientes de F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, págs. 144 y sigs., 256 y sigs., 349 y sigs., 550 y sigs., y 722 y sigs. (con copiosas notas bibliográficas). Sobre la banca en las ciudades griegas antes de la época helenística y durante la misma: E. Ziebarth, *Trapeza*, en *P. W. K.*, VI A, 2194 y sigs.; cf. Laum, artículo *Banken*, y Kiessling, artículo *Giroverkehr*, en *supl.* IV, 68 y sigs., y 696 y sigs. Sobre la banca en Egipto, la obra fundamental es todavía la de F. Preisigke, *Girowesen im griechischen Ägypten*, 1910; las obras más recientes se enumeran en el cap. IV, nota 203; para la época romana, véase mi *Soc. and econ. hist. of the Rom. emp.*, pág. 541, nota 45 (algunas correcciones en la edición italiana).

(204) Los mejores artículos sobre los bancos urbanos de la época helenística son los de E. Ziebarth citados en la nota anterior y en el cap. IV, nota 203.

(205) Sobre el banco del templo de Delos, véanse los artículos de Ziebarth citados en las notas anteriores (con bibliografía).

(206) Sobre el templo de Ártemis en Éfeso y sus operaciones de banca, véase la colección de textos literarios e inscripciones que se refieren a ellos en *Forsch. in Ephesos*, I, 1906, págs. 261 y sig. (textos literarios) y 279 (inscripciones); cf. Ch. Picard, *Éphèse et Claros*, 1922, págs. 81 y sigs. Para la época romana además de los textos literarios, puedo citar el importante papel que desempeñó el ἱερὸν μισθωτήριον en la vida de la ciudad y del templo en esta época. Aparece mencionado con frecuencia en las inscripciones: *Forsch. in Ephesos*, III, 1923, núm. 50, pág. 137; véanse las observaciones de los editores sobre el número 65, págs. 147 y sigs., inscripción que atestigua la importancia de la banca privada en Éfeso a principio del siglo I d. de J. C. (cita un «pórtico de banqueros especial», τραπεζιτικὴ στοά, que difícilmente fue un edificio de época romana).

(207) Véase bibliografía en la nota 135. No conozco ninguna colección completa de los textos de época helenística y romana que mencionen banqueros y bancos.

(208) Véase mi *Soc. and econ. hist. of the Rom. emp.*, pág. 541, nota 45 (y la edición italiana).

(209) Se encontrarán más pormenores en C. Préaux, *L'écon. Lag.*, págs. 289 y sigs.

(210) Sin duda es posible suponer que ambas partes estaban presentes en el banco cuando se efectuaba el pago y que la moneda se entregaba por el pagador al cobrador en especie y después era depositada por el último, pero es muy improbable este enojoso procedimiento.

(211) Sobre los préstamos contraídos entre personas privadas: C. Préaux, *L'Écon. Lag.*, págs. 280 y sigs., especialmente la lista de las págs. 281 y sig., nota 5. El papiro Zenón de Columbia, *P. Col. Zen.*, 83, citado en el texto, y otros muchos documentos demuestran la existencia en el reinado de Filadelfo de un διάγραμμα real que aún estaba vigente en el siglo I a. de J. C. (*B. G. U.*, 1056, 9-10) y que trataba de los préstamos particulares y probablemente prescribía un tipo máximo de interés. Los demás testimonios que se refieren a él han sido reunidos por el profesor W. L. Westermann y serán presentados en su próxima publicación del papiro de Columbia [=*P. Col. Zen.*, 83, comm.]; cf. C. Préaux, loc. cit. (*P. Cairo Zen.*, 59341, 15, que ella cita, se refiere al tipo de interés válido en Calinda de Caria, y probablemente no ordenado por una ley real, sino de la ciudad). Las distintas modificaciones y extensiones del término διὰ χειρός se enumeran en F. Preisigke, *Wörterbuch*, voz χείρ.

(212) Véase mi *Soc. and econ. hist. of the Rom. emp.*, pág. 542, nota 48.

(213) Se encontrará una breve bibliografía en el cap. III, nota 49. Véase la enumeración de libros y artículos, mucho más larga, de F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 1061, nota 2 (con preponderancia de libros y artículos que tratan de la moneda romana); véase también su estudio de *Geld und Kapital*, ibíd., págs. 420 y sigs. A estas cuestiones de moneda he dedicado varias secciones de mis capítulos II a VI. El lector las encontrará fácilmente consultando en el Índice las voces «Monedas» y «Acuñación».

(214) Véanse mis observaciones generales sobre los precios en el cap. IV, págs. 202 y sigs. y 262 y sigs., y pássim (véase en el Índice las voces «Precio» e «Inflación»); véanse las referencias bibliográficas en F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.*, pág. 1065, nota 5, y pág. 1064, nota 4 (tipo de interés). Sobre la creciente importancia del cobre en la circulación monetaria: K. Regling, *Münzkunde*, en Gercke-Norden, *Einleitung*, II, 1, 2 (4.ª ed.), 1932, pág. 21.

(215) Sobre la moneda de Alejandro, véase cap. III, págs. 139 y sigs. y notas 6, 38 y 49. Sobre la moneda de la época de los diádocos: ibíd., págs. 166 y sigs., 177 y sigs. Sobre las monedas de las ciudades independientes: ibíd; págs. 177 y sigs. y notas 50 y 51. Sobre la acuñación de alejandros y lisímacos en las ciudades griegas antes de 197 y 189 a. de J. C.: ibíd., nota 51. Sobre la *Ausgleichsmünzen*: K. Regling, loc. cit., pág. 21. Véanse mis observaciones a la lám. LXXIX, 12 (alianza monetaria entre Árados y Éfeso en el siglo II a. de J. C.).

(216) Sobre la moneda seléucida, véase cap. IV, págs. 425 y sigs., y cap. V, pág. 748.

(217) Los atálidas y su moneda: cap. V, págs. 709 y sigs.

(218) F. Hultsch, *Griechische und römische Metrologie,* 2.ª ed., 1882; A. Segré, *Metrologia e circolazione monetaria degli antichi,* 1928. Sobre los métodos en lucha en el estudio de la metrología en general: C. F. Lehmann-Haupt, *Klio,* XXIX (1936), págs. 250 y sigs.

(219) A la bibliografía del cap. VI, nota 9, añádase Ehrenberg, *P. W. K.,* XV, 1485 (artículo *Metronomoi*).

(220) Véase cap. IV, págs. 430 y sigs., nota 251, y láms. XLIV y XLV; véase el artículo de Ehrenberg citado en la nota anterior.

(221) A. Segré, loc. cit., págs. 95 y sigs.

(222) Para el Egipto tolemaico: U. Wilcken, *Ostraka,* I, págs. 738 y sigs.; *Grundz.,* págs. LXVIII y sigs.; cf. A. Segré, loc. cit., págs. 3 y siguientes.

(223) Escritores sobre metrología: F. Hultsch, *Metrolog. script. reliquiae,* 1864-6; A. Segré, loc. cit., págs. 5, nota 4; 12, nota 1; 20. En la época tolemaica nunca se empleó en documentos el término relacionado con los nombres de las distintas medidas, aunque ha sido restaurado recientemente en el *Pap. Adler,* G 19, lín. 6.

(224) El material está reunido en las obras citadas en la nota 222; cf. A. Segré, loc. cit., págs. 497 y sigs.

(225) A. Segré, loc. cit., págs. 69 y 174.

(226) Las fuentes y bibliografía se encontrarán en las págs. 314 y sigs.; cf. C. Préaux, *L'écon Lag.,* pág. 146.

APÉNDICE I

MONEDAS ATENIENSES HALLADAS EN EGIPTO

Extracto de una carta del doctor J. G. Milne

«He buscado algunas notas sobre los hallazgos egipcios de monedas atenienses, pero sólo puedo decirle con certeza que las monedas atenienses del estilo atribuido a la primera parte del siglo IV se encuentran frecuentemente, pero no hay muchas que puedan atribuirse a la última mitad de este siglo. Los hallazgos de Náucratis parece que están de acuerdo con esto. Head tiene algún material útil en su recensión de la obra de Petrie en su primera campaña (*Num. Chron.*, 1886, págs. 1 y sigs.); y algunos ejemplares casuales de las prospecciones y visitas que hizo Hogarth al yacimiento que yo catalogué son de la misma fecha, probablemente no posteriores al 350. Dado que los tetradracmas de plata no era de esperar que durasen mucho en su condición de monedas en Egipto —la gran demanda egipcia era de plata para fundirla, y las monedas no eran consideradas como medio de cambio por los indígenas—, creo que lo más probable es que lo que ahora encontramos sea lo perdido o atesorado muy poco después de su importación, y, como los atenienses no exportarían monedas antiguas, sino nuevas, presumo que hubo pocos tetradracmas atenienses importados a Egipto después del 350 aproximadamente. Me inclinaría a situar este corte un poco antes y relacionarlo con Yaco y Cabrias. Como he sugerido al discutir el tesoro de Beni Hassan, no parece inverosímil que Cabrias trajese con él algunos viejos cuños atenienses para acuñar «lechuzas» para el pago de los griegos que servían a sus órdenes: el

cuño publicado por Dattari en *J. I. A. N.*, VIII (1905), 103, parece un cuño auténtico usado, que ha sido retocado; después los artistas hicieron cuños más bárbaros para acuñar monedas inferiores descritas por Dattari en el mismo artículo; y finalmente tenemos las monedas con leyendas arameas descritas por Newell. Yaco y sus camaradas se habían dado cuenta de que podían hacer monedas que pasarían por buenas entre los mercenarios, y, como no llegaban monedas de Atenas, llenaron el hueco.»

APÉNDICE II

LAS MINAS EGIPCIAS DE LA PENÍNSULA DEL SINAÍ

Por el profesor R. P. Blake

La observación personal que ha hecho el autor de las minas antiguas en la península del Sinaí, principalmente en Serabit-el-Jadén, en el Wadi Magharah y en el distrito anejo de Bir Nasb, le ha dejado la impresión de que en época antigua se desarrollaron operaciones mineras de importancia en estas zonas (1). Las minas de Serabit fueron las únicas estudiadas con cuidado por la expedición; a los otros dos centros se les dedicó una inspección de pasada. En Bir Nasb los mineros buscaban cobre (2). Este metal aparece con frecuencia en la parte noroeste de la península al sur de la meseta de Et-Tih y, hacia el este, en la arenisca calcárea en forma de venas de carbonato de cobre. El color verde de este compuesto le diferencia claramente de los estratos rojos amarillos o blancos adyacentes (3). La fundición se realizaba, sin duda, en Bir Nasb. Los árboles *siyyal*, una especie de mimosa o acacia, abundan todavía en los uadis adyacentes, y su durísima madera produce un carbón excelente. Los guijarros y trozos de óxido de manganeso silíceo que abunda en esta región (4) los empleaban los antiguos obreros egipcios como fundentes, y aún se encuentran goterones de cobre metálico en las escorias de Bir Nasb (5). Las investigaciones de V. M. Flinders Petrie han demostrado que sin duda en Magharah y probablemente en Bir Nasb los trabajos datan del Imperio Antiguo (6). Los cortes y galerías rectos y bien dispuestos en el último yacimiento muestran que se seguían venas de cierto espesor, lo que implica una

búsqueda del cobre (7). Los yacimientos se escogían por la mena y por la facilidad de conseguir agua (8).

Bajo el Imperio Medio (9), y probablemente antes, se llevaron a cabo activas operaciones mineras para buscar una sustancia distinta. Se trata de la turquesa que aparece en las proximidades de Bir Nasb y al Este (10). Las operaciones en esta época, esporádicas en Magharah, se centraban alrededor de la cadena montañosa de Serabit-el-Jadén, donde el antiguo lugar de nómadas *(bamah)* se transformó por esta época en un templo egipcio, de planta poco ortodoxa, y la diosa local Baalat se equiparó con la divinidad egipcia Hator (11). En las inscripciones se la denomina «nuestra señora del *mfkt*» (vocalizado convencionalmente *mefket*). Esta palabra indudablemente significa turquesa, y ha demostrado de manera definitiva que en las minas de la meseta se buscaban turquesas y no cobre. Las recientes expediciones de Harvard han recogido muchos fragmentos de turquesa y matriz de turquesa de los tajos de las minas que perforan la meseta (12). Las minas son más bien excavaciones que galerías donde los obreros buscaban bolsones de una sustancia relacionada por un «trazador» (13), y no seguían vetas. Finalmente, es seguro que no buscaban cobre, pues una espesa veta de carbonato de cobre fue cortada por una trinchera abierta en la mina N sin seguirla (14). Las operaciones mineras eran aquí muy difíciles porque no había agua en una extensión de 12 millas, y las inscripciones egipcias se glorían en algunos casos del transporte ordenado del líquido que posibilitaba su trabajo. Las inscripciones semíticas de la localidad parecen referirse también a las operaciones mineras (15). No se ha llevado a cabo ninguna obra importante aquí después del Imperio Medio.

Sabemos que en esta época Egipto recibía grandes cantidades de cobre del Norte —de Chipre y Anatolia (16)—, y que la costosa extracción en los depósitos del Sinaí ya no era económicamente aprovechable. Esto se acentúa todavía más en las épocas helenística y romana, y no se encontró traza de trabajo fechado en este período en las zonas que se exploraron.

NOTAS

(1) La obra principal sobre esta zona es de W. M. Flinders Petrie, *Researches in Sinai*, Londres, 1906. Las inscripciones egipcias fueron publicadas por Gardiner y Peete, 1917, los mapas del libro de Petrie, especialmente los de Serabit-el-Jadén, dejan mucho que desear y deben

ser comprobados con la obra de A. Barrois (*Revue Biblique,* 1930, 601-621, y también la *Harvard Theological Review,* 1932, 101 y sig.: mapa después de la pág. 209). Ulteriores investigaciones fueron llevadas a cabo en este yacimiento en 1927 por la primera expedición de Harvard (*Harvard Theological Review,* 1928, 1 y sigs.). En 1931 (ibíd., 1932, 95 y sigs.) y en 1935 (*Studies and Documents,* editado por Kirsopp y Silva Lake, fascículo VI: *Excavations and Proto-Sinaitic Inscriptions at Serabit El Khadem,* por Richard F. S. Starr y Romain F. Butin, S. M., Londres, 1936).

(2) Véase Petrie, loc. cit., págs. 51 y 57.

(3) El profesor John Ball, de Glasgow, hizo un estudio geológico de esta zona y lo publicó en su libro *The Geography and Geology of West Central Sinai,* El Cairo, 1916.

(4) Los depósitos son explotados por la Sinai Mining Company.

(5) Observaciones del autor en 1931 (*Harvard Theological Review,* XXV, 97-98). Se descubrieron allí barras de cobre: Petrie, loc. cit., pág. 27.

(6) Petrie, loc. cit., págs. 34 y sig.

(7) Las vetas de cobre pertenecen a un período geológico más antiguo y forman, simplemente, uno de los niveles de arenisca policroma.

(8) En esta zona se encuentra el agua, principalmente donde los diques graníticos han atravesado los estratos de origen acuoso.

(9) Véase *Harvard Theological Review,* XXV, 133-135.

(10) Los beduinos del lugar recogen y venden las turquesas, como nosotros mismos pudimos observar. Las minas de Magharah, según Petrie, producían turquesas. Allí no hay cobre (loc. cit., pág. 53), pero, sin embargo, allí se fundía (loc. cit., pág. 51). Aquí hay alguna confusión.

(11) Petrie, loc. cit., págs. 55 y sigs.

(12) Véase *Studies and Documents,* loc. cit., pág. 22.

(13) Este término técnico significa una línea fina sedimentaria que a veces forma bolsones.

(14) Observación del autor. Véase Petrie, loc. cit., mapa 3 antes de la pág. 55.

(15) Véase R. Butin, *Harvard Theological Review,* XXV, 130 y sigs.

(16) Véase *Cambridge Medieval History,* vol. II, pág. 96.

*

APÉNDICE III

LOS PATRONES MONETARIOS DE TOLOMEO I

Por E. S. G. Robinson (Museo Británico)

Cuando murió Alejandro, el 323 a. de J. C., el patrón ático estaba firmemente establecido en todo el Mediterráneo oriental como único patrón regulador de la acuñación imperial. Había monedas de oro y de plata, y los metales estaban en una relación de 10 : 1, de modo que veinte dracmas de plata (cinco tetradracmas de 17,15 gramos) equivalían a una estátera o χρυσοῦς de oro, y un didracma pesaba 8,575 gramos (1). Durante diez años o más, Tolomeo, como sátrapa de Egipto, continuó el mismo sistema, acuñando estateras de oro, y, con algunas modificaciones de tipo, tetradracmas de plata, según el patrón ático, que aún llevaban el nombre de Alejandro.

Poco después de 310 comienza una época de cambio. En menos de veinte años el peso de las monedas de oro y plata cae por etapas hasta que se estabiliza en una emisión combinada de pentadracmas (τρίχρυσα) de oro y tetradracmas de plata, según el patrón llamado fenicio, que continúa regulando las emisiones hasta la conquista romana, aunque se hizo un cambio de denominación bajo Tolomeo II. Las emisiones pueden resumirse en las siguientes etapas:

Primera. Estateras de oro y tetradracmas de plata, ambos de peso ático, pero el último acompañado de «dracmas» de plata que pesan sólo 3,70-3,75 gramos y por consiguiente no tienen relación directa con las piezas mayores (Svoronos, Νομίσματα ... τῶν Πτολεμαίων, II, núms. 34, 43, etc.).

Segunda. Después del 310 se interrumpe la emisión de estateras de oro, y aunque los tipos y leyenda del tetradracma de plata siguen siendo los mismos, su peso fue rebajado de 17,15 a 15,70 gramos. Este peso es excesivo para el calificativo corriente de «rodio» (a veces «fenicio») que se le da.

Tercera. Después de 306, mientras que la plata sigue sin cambiar de peso, tipo ni leyenda (Ἀλεξάνδρου), la emisión de oro se reanuda con un cambio en estos tres aspectos. Las estateras (7,13 gramos) llevan a partir de ahora, el retrato y nombre de Tolomeo como rey, y pesan cinco sextos de la antigua estatera ática. Este patrón se llama fenicio, aunque equivocadamente.

Cuarta. Después de 300, pero quizá coincidiendo con las últimas monedas de plata de la etapa tercera, viene la etapa cuarta o final: el oro (hemidracmas y pentadracmas de 17,85 gramos) y la plata (tetradracmas y a veces octadracmas) llevan el retrato, tipo y nombre de Tolomeo rey. Todas se acuñan ahora según el llamado patrón fenicio. Sin embargo, estos tetradracmas aparecen en dos pesos ligeramente diferentes, el primero, generalmente con un monograma, es más pesado (14,90 gramos) (2), el segundo (14,25 gramos) corresponde exactamente a las emisiones de oro.

Estos cambios sucesivos de patrones, según las explicaciones que se han intentado, se cree generalmente que se debieron a las necesidades del comercio con Cirenaica o Fenicia o Rodas y la cuenca del Egeo. Es verdad que en Cirenaica puede observarse un sistema parecido de cambio, pero es más bien impuesto por el soberano que tomado de la dependencia provincial. Aparte el hecho de que el peso reducido de las monedas fenicias del siglo IV da una norma para el tetradracma de unos 13,30 gramos en Sidón y de unos 13,90 en Tiro, el sistema ático estaba firmemente establecido en Fenicia desde la conquista de Alejandro hasta la ocupación egipcia el 286. La norma del siglo IV para los tetradracmas rodios es 15,15 gramos (en Éfeso 15,25), y 13,45 para el tetradracma rodio radiado del siglo III. La discrepancia entre éstos y algunos pesos tolemaicos es demasiado grande para que consideraciones comerciales hayan tenido una parte decisiva en la determinación del último, aunque las aproximaciones pudieron haberse encontrado útiles en ocasiones.

En relación con esta acuñación de la época tolemaica en Cirenaica (*B. M. C. Cyrenaica,* CCLXX y sigs.) se ha sugerido (3) que la razón real del cambio hay que buscarla en el cambio de

la relación entre los metales preciosos, y esta hipótesis puede desarrollarse ahora en detalle.

Una creciente valorización del oro en relación con la plata a finales del siglo IV, que, como sabemos por los papiros de Zenón (4), había producido en Egipto, a mediados del siglo III, una relación algo superior de 13 : 1. Un estadio intermedio, 12 : 1, se demuestra, entre otras cosas, por el nombre τρίχρυσον aplicado al pentadracma del estadio IV, que valía sesenta dracmas de plata del mismo peso. Hasta tal punto el antiguo χρυσοῦς, la estatera macedónica de oro, se había popularizado en el lenguaje de las gentes como el equivalente en oro de veinte dracmas de plata, que incluso después de los cambios subsiguientes de patrón una pieza de oro equivalente a sesenta dracmas se le llama τρίχρυσον.

Aparte los continuos cambios en el peso de las monedas, nótese que: 1.º, las dracmas de la etapa primera no tienen relación en peso con los tetradracmas que las acompañaban; 2.º, el peso de los tetradracmas de plata de las etapas segunda y tercera no se encuentra sólo en la acuñación aislada de Cirene; 3.º, las formas más antiguas y pesadas del tetradracma de plata en la etapa tercera se acuñan simultáneamente en moneda de oro sobre escala más ligera. Sin una explicación general del tipo de las sugeridas parece imposible explicar todos los hechos. Ya se propuso una explicación parecida para los fenómenos similares y contemporáneos en Cirene en los años que siguen inmediatamente a su conquista por Tolomeo I (*B. M. C. Cyrenaica,* loc. cit.). Allí el proceso es más fácil de seguir porque existía la práctica de acuñar una moneda de oro equivalente de hecho a la unidad de plata, y el peso que perdía esta pequeña pieza implica una elevación en la relación de 10 : 1 hasta 12 : 1 pasando por 11 : 1.

Si aplicamos esta explicación en detalle a las sucesivas acuñaciones de Tolomeo I ya enumeradas, encontramos:

Etapa primera. *a*) relación de 10 : 1 que quizá es sustituida hacia el final por *b*) una relación de 10,5 : 1. Para esto puede suponerse que el fin de la «dracma» de peso aparentemente irracional es crear la suma necesaria requerida sobre los cinco tetradracmas para cambiar contra un χρυσοῦς *a*) 8,575 AV × 10 = = 85,75 = 17,15 AR × 5 = 85,75. *b*) 8,575 AV × 10,5 = 90,0375 = = 17,15 AR × 5 + 3,75 AR = 89,50.

Segunda. Después la relación sube a 11 : 1, y el χρυσοῦς equivale a seis tetradracmas de 15,70 gramos. 8,575 AV × 11 = = 94,325 = 15,70 AR × 6 = 94,20.

Tercera. La nueva cuenta de seis tetradracmas en lugar de cinco para el χρυσοῦς no era popular, por ello en la etapa tercera el peso del χρυσοῦς se rebajó para restablecer la antigua cuenta en la misma relación. 7,13 AV × 11 = 78,43 = 15,70 AR × 5 = 78,50.

Cuarta. El próximo cambio, el último del reinado de Tolomeo I, muestra otro descenso en la relación para redondearla en 12 : 1; al principio, como parece implicar el sobrepeso de la plata, con un ligero premio para el oro, más tarde como una simple proporción. 17,85 AV × 12 = 214,20 = 14,25 AR × 15 = = 213,75 AR.

Finalmente, bajo Tolomeo II se hizo un último intento para estabilizar los pesos y cambiar el oro y la plata a una razón de 12 $^1/_2$: 1 acuñando octadracmas de oro que se llamaron μναεῖα a causa de su equivalencia a una mina (100 dracmas) de plata. 8 AV × 12 $^1/_2$ = 100 AR.

Podemos ver por los papiros de Zenón anteriormente citados, que el intento fue inútil y que al final las variaciones en el valor del cambio de los dos metales se vieron derrotadas por una especulación cada vez más por encima del cambio oficial.

NOTAS

(1) Ninguno de los pesos dados procede de un cálculo de grandes unidades teóricas, como el talento euboico-ático, etc. Son los pesos normales de las distintas emisiones determinados de las mismas monedas por una tabla de frecuencias (*Num. Chr.*, 1924, pág. 76), y por regla general correcto solamente hasta el veinteavo de gramo; de aquí las discrepancias fraccionarias en el cálculo de los equivalentes en la última sección, que, a la vista de estos dos hechos, son sorprendentemente pequeñas.

(2) Este hecho inesperado, y hasta aquí desconocido, surge en una tabla basada en los pesos dados por Svoronos (ibíd., págs. 33-39) para los tetradracmas con un solo monograma, y para dos de su serie con dos monogramas (números 240-4 y 266-8).

(3) T. Reinach, *Rév. É. G.*, 1928, págs. 122 y sigs., llegó independientemente a la misma conclusión, pero yo no puedo seguir su detallada aplicación de ella.

(4) *P. Cairo Zen.*, 59022; cf. Schubart-Regling, *Z. f. N.*, XXXIII (1922), pág. 73, y T. Reinach, loc. cit.

APÉNDICE IV

CERÁMICA «PERGAMENA»

Por Frederick O. Waagé

1. CERÁMICA «PERGAMENA»

Antiguamente el término cerámica «pergamena» se empleó para denominar cierta clase de cerámica de pasta clara que puede datarse aproximadamente entre el siglo II a. de J. C. y el siglo II d. de J. C. Sin embargo, ahora es evidente que esta clase tan amplia consta, de hecho, de dos grupos distintos de cerámica, más bien parecidos en pasta y engobe, pero totalmente distintos en forma y fecha. Esta diferencia completa de forma y fecha obliga a tratar estos dos grupos por separado; es decir, obliga a la división de la antigua cerámica «pergamena» en lo que bajo la misma terminología se llamaría respectivamente «pergamena» helenística y romana. Ahora bien: debemos destacar el hecho de que el término «pergamena» no tiene ninguna significación geográfica, porque todos los testimonios que proporcionó Pérgamo contradicen la suposición de que la cerámica no micácea y de pasta clara tuviese su origen en aquella ciudad.

2. «PERGAMENA» HELENÍSTICA

Ésta puede distinguirse fácilmente de la posterior «pergamena» romana, aun cuando las dos se encuentran mezcladas, por las formas, y puede distinguirse no menos fácilmente de las cerámicas helenísticas de su tiempo por su barniz rojo y pasta clara, así como por sus formas (dibujos de las formas típicas, fig. 12). En Atenas la cerámica «pergamena» helenística se encuentra por

primera vez en un depósito de finales del siglo II a. de J. C. y comienzos del I (*Hesperia*, III (1934), pág. 422, núms. E 151, 152). Se discute sobre hallazgos de ella en Palestina en los siglos III y II a. de J. C. Parece haber llegado a Antioquía en la segunda mitad del siglo II a. de J. C., y durante el I se empleó casi exclusivamente, habiendo desterrado del mercado las antiguas formas helenísticas de cerámica local; lo mismo parece haber ocurrido en todo el sudeste helenístico (nótese la presencia

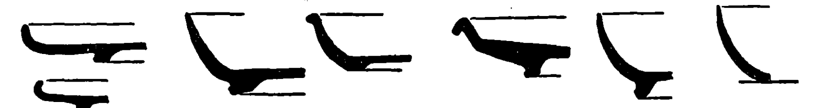


FIG. 12. — «Pergamena» helenística

de esta cerámica en Alejandría, Samaria, Hama, Antioquía y Delos y su presencia incluso en Dura), en tanto que las ciudades a la usanza antigua del continente griego continuaban empleando las cerámicas de barniz negro, como hacía Atenas, por ejemplo. La aparición más bien súbita de esta cerámica particular roja sobre un área amplia y la uniformidad de sus formas distintivas, sugiere que se originó en un mismo lugar; pero las variaciones menores de color y calidad en la pasta sugieren también que pronto surgieron factorías filiales o, por lo menos, que fue copiada con éxito en otras partes. Se desconoce la fuente original de la cerámica, y no hay testimonio para apoyar la precedencia de cualquier lugar en que se encuentre. Teniendo en cuenta la necesidad de un nombre específico para esta cerámica y la impropiedad del término «pergamena», incluso si se determina con el adjetivo «helenística», se podría proponer la terminología siguiente:

Helenística «A»: la cerámica corriente negra a marrón o roja que se encuentra en todo el mundo helenístico; procede de la Grecia continental y en gran parte de la específicamente ática.

Helenística «B»: la cerámica típica roja helenística «pergamena».

3. «PERGAMENA» ROMANA

Probablemente fue durante el primer cuarto del siglo I antes de J. C. cuando en Antioquía y otros yacimientos donde se usaba la cerámica helenística pergamena, sus formas características se vieron rápidamente dominadas por las formas típicas de

la *sigillata* primitiva romana, copiadas de las cerámicas populares italianas (aretina, puteolana). Con toda probabilidad, algunas factorías, que habían estado haciendo formas helenísticas pergamenas, pasaron a fabricar formas pergamenas romanas, pero, a menos que los análisis demuestren que la pasta y el barniz son idénticos en algunos casos, la diferencia de fecha y forma requiere un nombre separado y una clasificación para cada una. Esta cerámica primitiva romana (siglos I y II d. de J. C.) con pasta



FIG. 13. — «Pergamena» romana

clara no es más que una de las varias cerámicas de su mismo tiempo y de la misma familia (todas producen más o menos de cerca formas italianas) de las que la gálica en el Norte y la samia y Çandarli (Tschandarli) en Oriente son las más fácilmente reconocibles como tales. Sin embargo, es mucho menos distintiva que la cerámica helenística «pergamena» o la romana que acabamos de mencionar, porque su pasta pálida a menudo varía hasta tonos más oscuros y menos característicos, y se ha demostrado que son significativas las más pequeñas diferencias de formas (comparadas con las de otras cerámicas de su tiempo). De aquí que la necesidad de un nombre distinto no sea tan grande como en el caso de la «pergamena» helenística, y se pueden describir como «cerámica de pasta clara romana antigua» o cosa parecida (para los dibujos de formas típicas, véase fig. 13).

4. CLASIFICACIÓN DE CERÁMICA ROJA

Es evidente que cualquier clasificación que no divida la cerámica «pergamena» en un grupo helenístico y otro romano no puede ser válida, porque esta división es un hecho. Un caso aparte es el grupo II del reciente estudio del señor Iliffe, que, además de las dos «pergamenas», abarca también la cerámica de Çandarli. Una agrupación tan amplia como este grupo II es imposible arqueológicamente y no existe desde el punto de vista cerámico, porque comprende: 1) la «pergamena» helenística de los siglos II y I a. de J. C.; 2) la pergamena romana de pasta clara de los si-

glos I y II d. de J. C.; 3) la cerámica de Çandarli característica, también del siglo I al II d. de J. C., pero de pasta roja y frecuentemente tan distinta de la «pergamena» romana como lo son la aretina, la samia o la gálica. El cambio súbito en las formas de cerámica, hacia la época de Augusto, en todo el mundo helenístico, debe utilizarse para señalar la línea entre lo que es «helenístico» y lo que es «romano» en lo que se refiere a la cerámica de mesa hecha a torno y plana; los vasos hechos en molde y bellamente decorados son cosa aparte, y no los estudiamos aquí. Por consiguiente, la helenística «pergamena» debe agruparse como una especie distinta bajo el mismo género que otras cerámicas helenísticas; la «pergamena» romana debe agruparse como una especie distinta sólo hasta cierto punto, bajo el mismo género que otras cerámicas romanas primitivas. Otros comentarios sobre el artículo del señor Iliffe, como la presencia de estampillas de alfareros samios en Antioquía, se encontrarán en la próxima recensión suya en el *American Journal of Archaeology;* pero como esta recensión fue escrita hace varios años, no expresa la necesidad de admitir la existencia de dos grupos de cerámica de pasta clara que he subrayado aquí.

LISTA DE ABREVIATURAS EMPLEADAS EN LAS CITAS DE PUBLICACIONES PERIÓDICAS Y OTRAS

Abh. Bayer (*o* **Munich**) **Akad.** *o* **Bay Abh.** = *Abhandlungen der bayerischen Akademie der Wissenschaften.*

Abh. Sächs. Ges. (*o* **Leipz. Akad.**) = *Abhandlungen der k. sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften.*

Ac. Roum., Bull. de la Sect. Hist. = *Bulletin de la Section historique de l'Académie Roumaine.*

Acta Arch. Mus. Nat. Hung. = *Acta archaeologica Musei nationalis hungarici* (= *Arch. Hungarica*).

Aeg. = *Aegyptus: Rivista italiana di egittologia e di papirologia.*

A.E.M. aus Oest. = *Archaeologisch-epigraphische Mittheilungen aus Oesterreich.*

A. (*o* **Am.**) **J. A.** = *American Journal of Archaeology.*

A. J. Num. = *American Journal of Numismatics.*

A. (*o* **Am.**) **J. Ph.** = *American Journal of Philology.*

A.v.P. *o* **Alt v. Perg.** = *Altertümer von Pergamon.*

Am. Hist. Rev. = *American Historical Review.*

Amtl. Ber. K. Kunstsamml. (*o* **Ber. Kgl. Kunsts.**) = Berliner Museen: *Amtliche Berichte aus den königlichen Kunstsammlungen.*

Ann. Br. Sch. Athens = *Annual of the British School at Athens.*

Ann. d'Hist. éc. et soc. = *Annales d'histoire économique et sociale.*

Ann. ép. = 'L'Année épigraphique', en *Revue archéologique* y por separado.

Ann. Inst. d. Phil. et Hist. Orient. = *Annuaire de l'Institut de Philologie et d'Histoire orientales de l'Université libre de Bruxelles.*

Ann. Inst. Kond(akov- = *Annales de l'Institut Kondakov.*

Ann. Mus. Gr. Rom. = Municipalité d'Alexandrie: *Annuaire du Musée Gréco-Romain.*

Ann. Sc. Ital. = *Annuario della R. Scuola archeologica di Atene.*

Ant. Class. = *L'Antiquité Classique.*

Ant. Denk. = *Antike Denkmäler.*

Antiquaries Journ. = *Antiquaries Journal.*

Anz. Schweiz. Altertumsk. = *Anzeiger für Schweizerische Altertumskunde.*

Arch. d'Hist. du Droit orient. = *Archives d'histoire du droit oriental.*
'Αρχ. Δελτ. = 'Αρχαιολογικὸν Δελτίον τῆς δημοσίας ἐκπαιδεύσεως.
'Αρχ. 'Εφ. (*o* 'Εφ. 'Αρχ.) = 'Αρχαιολογικὴ 'Εφημερίς.
Arch. f. Kulturg. = *Archiv für Kulturgeschichte.*
Arch. Hungarica = Magyar nemzeti múzeum: *Archaeologia hungarica* (= *Acta Arch. Mus. Nat. Hung.*).
Arch. Journ. = *Archaeological Journal.*
Arch. Orient. = *Archiv orientální.*
Arch. Pap. = *Archiv für Papyrusforschung.*
Athen. = *Athenaeum: Studii periodici di letteratura e storia dell' antichità.*
Ath. Mitt. = *Mitteilungen des deutschen arch. Inst., Athenische Abteilung.*
Atti Acc. Tor. = *Atti della R. Accademia delle scienze di Torino.*
Ausgr. d. d. Or. Ges in Babylon = *Ausgrabungen der deutschen Orient-Gesellschaft in Babylon.*
Avhandl. Ak. Oslo *o* Avh. utgitt av det Norske Videnskaps-Akad. = *Avhandlinger utgitt av det Norske Videnskaps-Akademi i Oslo.*
Babelon-Blanchet, ***Cat. d. Br. de la Bibl. nat.*** = E. Babelon et A. Blanchet, *Catalogue des bronzes antiques de la Bibliothèque nationale,* 1895.
Bayer. S.B. = *Sitzungsberichte der bayerischen Akademie der Wissenschaften.*
B.C.H. = *Bulletin de Correspondance hellénique.*
Berl. Abh. *o* Abh. Berl. Akad. = *Abhandlungen der preussischen Akademie der Wissenschaften.*
Ber. aus den Preuss. Kunstsamml. = Berliner Museen: *Berichte aus den preussischen Kunstsammlungen.*
Berl. S.B. *o* Sitzb. Berlin Ak. = *Sitzungsberichte d. preuss. Akad. d. Wissenschaften.*
Ber. Sächs. Ges. = *Berichte der sächsischen Gesellschaft.*
Bibl. de l'Inst. Fr. d'Arch. Or. = *Bibliothèque de l'Institut français d'Archéologie orientale.*
Bibl. Éc. H.-Ét. = *École pratique des hautes études. Bibliothèque Sciences philologiques et historiques.*
Bikerman, ***Inst. Sél.*** = E. Bikerman, *Institutions des Séleucides,* 1938.
B.M.C. = *British Museum Catalogue.*
B.M.Q. = *British Museum Quarterly.*
Boll. d'Arte = *Bolletino d'Arte.*
Bull. Ac. Hist. Mat. Civ. (of U.R.S.S.) = *Bulletin of the State Academy of the History of Material Civilization* (*of U.R.S.S.*) (en ruso).
Bull. d. l'Ac. d. Sc. de l'U.R.S.S. = *Bulletin de l'Académie des Sciences de l'U.R.S.S.* (en ruso).
Bull. de l'Ac. Royale de Belgique = *Bulletin de la classe des Lettres de l'Académie Royale de Belgique.*
Bull. Am. Sch. Or. Res. = *Bulletin of the American Schools of Oriental Research in Jerusalem and Bagdad.*
Bull. Comm. = *Bulletino della Commissione archeologica communale di Roma.*
Bull. Comm. Imp. Arch. = *Bulletin de la Commission impériale archéologique de Russie* (en ruso).

Bull. Hist. Soc. Sofia = *Bulletin of the Historical Society of Sofia* (en búlgaro).
Bull. Inst. Arch. Bulg. = *Bulletin de l'Institut archéologique Bulgare* (en búlgaro).
Bull. Inst. d'Égypte = *Bulletin de l'Institut d'Égypte.*
Bull. Inst. Fr. Arch. Or. = *Bulletin de l'Institut français d'Archéologie orientale.*
Bull. Inst. Hist. of Medicine = *Bulletin of the Institute of the History of Medicine, Johns Hopkins University.*
Bull. Metr. Mus. = *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art, New York.*
Bull. Soc. Ant. Fr. *o* **Bull. Soc. Nat. Ant.** = *Bulletin de la Société nationale des Antiquaires de France.*
Bull. Soc. Arch. Alex. = *Bulletin de la Société archéologique d'Alexandrie.*
Burl. Mag. = *Burlington Magazine.*
Bursian = Bursian's *Jahresberichte über die Fortschritte der klassischen Altertumswissenschaft.*
C.A.H. = *The Cambridge Ancient History,* 1923-39.
Cat. Sculpt. Mus. Ott. = G. Mendel, *Catalogue des sculptures grecques, romaines et byzantines.* Musées impériaux ottomans. Constantinople, 1912-14.
Chr. d'Eg. = *Chronique d'Égypte.*
Class. Journ. = *Classical Journal.*
Cl. Phil. *o* **C.P.** = *Classical Philology.*
Cl. Quart. = *Classical Quarterly.*
Cl. Rev. = *Classical Review.*
Cl. Weekly = *Classical Weekly.*
C.R. Ac. Inscr. = *Comptes rendus de l'Académie des Incriptions et Belles-Lettres.*
C.R. de la Comm. Arch. = *Compte rendu de la Commission Impériale Archéologique* (en ruso).
Dar. (*o* **Daremberg) et Saglio,** ***D. d. A.*** = *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines,* 1877-1919.
Denkschr. Wien. Akad. = *Denkschriften der österreichischen Akademie der Wissenschaften.*
Diss. Pont. Acc. = *Dissertazioni della Pontificia Accademia romana di archeologia.*
D. Literaturz. = *Deutsche Literaturzeitung.*
Enc. Ital. = *Enciclopedia Italiana.*
'Εφ. 'Αρχ. = 'Εφημερὶς 'Αρχαιολογική (desde 1910 'Αρχαιολ. 'Εφημ.).
Eph. Ep. = *Ephemeris Epigraphica.*
Ét. de Pap. = *Études de papyrologie.*
Eur. Sept. Ant. = *Eurasia Septentrionalis Antiqua.*
Expl. Arch. de Délos *o* **Expl. de Délos** = *Exploration archéologique de Délos,* 1909.
Ferguson, ***H. A.*** = W. S. Perguson, *Hellenistic Athens,* 1911.
Forsch. u. Fortschr. = *Forschungen und Fortschritte.*
Frank. ***Econ. Surv.*** = T. Frank, *An Economic Survey of Ancient Rome,* 1933-40.

Gaz. Arch. = *Gazette Archéologique.*
Geogr. Journ. = *The Geographical Journal.*
Gercke u. Norden, *Einl.* = A. Gercke u. E. Norden, *Einleitung in die Altertumswissenschaft.*
G.G.A. = *Göttingische Gelehrte Anzeigen.*
Gött. Abh. *o* **Abh. Gött. Ges.** = *Abhandlungen der Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen.*
Gött. Nach. = *Nachrichten von der k. Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen.*
Greifsw. Beitr. z. Lit. und Stilfr. = *Greifswalder Beiträge zur Literatur- und Stilforschung.*
Harv. St. Cl. Phil. = *Harvard Studies in Classical Philology.*
Harv. Theol. Rev. = *Harvard Theological Review.*
Head, *H. N.*² = B. V. Head, *Historia Numorum*, segunda ed. 1912.
F. M. Heichelheim, *Wirtschaftsg.* = F. M. Heicheelheim, *Wirtschaftsgeschichte des Altertums*, 1938.
Hesp. = *Hesperia.*
Hist. = *Historia.*
H.Z. = *Historische Zeitschrift.*
Jahreshefte = *Jahreshefte des österreichischen archäologischen Institutes* (cf. *Oest. Jahresh.*).
J. Am. Or. Soc. *o* **J.A.O.S.** = *Journal of the American Oriental Society.*
J.D.A.I. = *Jahrbuch des deutschen archäologischen Instituts.*
J. d. Sav. = *Journal des Savants.*
J.E.A. = *Journal of Egyptian Archaeology.*
Jebelev, *H. A.* = S. Jebelev, *History of Athens from 229 to 31* BC. (en ruso), 1898.
J.H.S. = *Journal of Hellenic Studies.*
Jones, *Cities &c.* = A. H. M. Jones, *The Cities of the Eastern Roman Provinces*, 1937.
Journ. Ec. and Bus. Hist. = *Journal of Economic and Business History.*
Journ. internat. Arch. num. *o* **J.I.A.N.** = *Journal international d'Archéologie numismatique.*
Journ. Palest. Or. Soc. = *Journal of the Palestine Oriental Society.*
J.R.A.S. = *Journal of the Royal Asiatic Society.*
J.R.S. = *Journal of Roman Studies.*
Karst, *Stud. z. Entw.* = J. Karst, *Studien zur Entwickelung und theoretischen Begründung der Monarchie im Altertum*, 1898.
Krit. Vierteljahresschr. = *Kritische Vierteljahresschrift für Gesetzgebung u. Rechtswissenchaft* (München).
Liverp. Ann. of Arch. (and Anthr.) *o* **Ann. of Arch. and Anthrop.** = *University of Liverpool, Annals of Archaeology and Anthropology.*
Mat. for the arch. of S. Russia = *Materials for the Archaeology of South Russia* (en ruso).
Mél. d'Arch. et d'Hist. = *Mélanges d'archéologie et d'histoire de l'École Française de Rome.*
Mél. Univ. St. Joseph = *Mélanges de l'Université Saint-Joseph.*
Mem. Acc. Lincei = *Memorie della classe di scienze morali, storiche e filologiche dell'Accademia dei Lincei.*

Mem. Amer. Acad. in Rome = *Memoirs of the American Academy in Rome.*

Mém. de l'Ac. d. Inscr. = *Mémoires de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres.*

Mém. de l'Ac. r. d. S. et d. Lett. de Dan. = *Mémoires de l'Académie royale des sciences et des lettres de Danemark.*

Mém. Délég. Perse = *Délégation en Perse* (después *Mission archéologique de Perse*): *Mémoires,* 1900.

Mem. FERT = *Memorie pubblicate a cura dell'Istituto Storico-Archeologico FERT e della R. Deputazione di Storia patria di Rodi.*

Mém. Inst. Fr. Arch. Or. (du Caire) = *Mémoires de l'Institut français d'Archéologie orientale du Caire.*

Mem. pubbl. a cura dell' Ist. Storico-Archeol. di Rodi *o* Mem. d. Ist. St. Arch. di Rodi = *Memorie pubblicate a cura dell' Istituto Storico-Archeologico di Rodi.* Cf. *Mem. FERT.*

Mém. Soc. Ant. Fr. *o* Mém. de la Soc. d. Ant. = *Mémoires de la Société nationale des Antiquaires de France.*

Metr. Mus. St. = *Metropolitan Museum Studies.*

Mitt. Altor. Ges. = *Mitteilungen der altorientalischen Gesellschaft.*

Mitt. d. schles. Ges. f. Volkskunde = *Mitteilungen der schlesischen Gesellschaft für Volkskunde.*

Mitt. Vorderas. Ges. = *Mitteilungen der vorderasiatisch-aegyptischen Gesellschaft.*

M.M.A. = *Metropolitan Museum of Art.*

Mnem. = *Mnemosyne.*

Mon. Ant. = *Monumenti antichi pubblicati per cura della R. Accademia dei Lincei.*

Monatsschr. f. Gesch. d. Judent. = *Monatsschrift für Geschichte und Wissenschaft des Judentums.*

Mon. et Mém. Piot = *Monuments et Mémoires E. Piot.*

Müller-Otto, ***Handbuch Alt.-Wiss.*** = Müller-Otto, *Handbuch der Altertums-wissenschaft,* 1886.

Münch. Beitr. (Pap). = *Münchener Beiträge zur Papyrusforschung und antiken Rechtsgeschichte.*

Münch. Mediz. Wochenschrift = *Münchener medizinische Wochenschrift.*

Mus. Belge. = *Musée Belge.*

N. Heid. Jahrb. = *Neue Heidelberger Jahrbücher.*

Neue Phil. Unters. = *Neue philologische Untersuchungen.*

N. J. f. Wiss. (und Jugend.) = *Neue Jahrbücher für Wissenschaft und Jugendbildung.*

N. J. Kl. Alt. = *Neue Jahrbücher für das klassische Altertum.*

Not. d. Sc. = *Notizie degli Scavi.*

Notiz. Arch. d. Min. delle Colonie = *Notoziario Archeologico d. Ministero delle Colonie.*

Num. Chr. = *Numismatic Chronicle and Journal of the Numismatic Society.*

Num. Notes and Mon. *o* N.N. and M. = *Numismatic Notes and Monographs* (American Numismatic Society).

Num. St. = *Numismatic Studies* (American Numismatic Society).

Num. Z. = *Numismatische Zeitschrift.*

Oest. Jahresh. *o* **Jahreshefte** = *Jahreshefte des österreichischen archäologischen Institutes.*
Phil. *o* **Philol.** = *Philologus.*
Phil. Stud. (Kath. Univ. te Leuven) = *Philologische Studien* (Kat. Univ. te Leuven).
Ph. W. *o* **Phil. Woch.** = *Philologische Wochenschrift.*
Pol. Sc. Quart. = *Political Science Quarterly.*
Préaux, ***L'Écon. Lag.*** = C. Préaux, *L'Économie royale des Lagides,* 1939.
Proc. Brit. Acad. = *Proceedings of the British Academy.*
Publ. Pal. Sect. Mus. Pennsylv. = *Publications of the Palestine Section of the University Museum, U. of Pennsylvania.*
P.W.K. = Pauly-Wissowa-Kroll, *Realencyclopädie der classischen Altertums-wissenschaft,* 1894.
Quart. Dep. Ant. Pal. = *Quarterly of the Department of Antiquities in Palestine.*
R.É.A. *o* **Rev. É. A.** = *Revue des études anciennes.*
R.É.G. *o* **Rev. É. G.** = *Revue des études grecques.*
S. **Reinach,** ***Rép. d. peint.*** = *Répertoire de peintures grecques et romaines,* 1922.
Rend. Ist. Lomb. = *Rendiconti dell' Istituto Lombardo di scienze e lettere.*
Rend. Linc. = *Rendiconti della R. Accademia dei Lincei.*
Rend. Pontif. Acc. Rom. Arch. = *Rendiconti della Pontificia Accademia romana di Archeologia.*
Rev. Arch. = *Revue archéologique.*
Rev. Art ancien et mod. = *Revue de l'Art ancien et moderne.*
Rev. Assyr. = *Revue d'Assyriologie.*
Rev. Belge = *Revue Belge de philologie et d'histoire.*
Rev. Bibl. = *Revue Biblique internationale.*
Rev. de l'Ég. Anc. = *Revue de l'Égypte ancienne.*
Rev. des Arts Asiat. = *Revue des Arts asiatiques.*
Rev. Ét. Islam = *Revue des Études islamiques.*
Rev. Ét. Juives = *Revue des Études juives.*
Rev. Ét. Lat. = *Revue des Études latines.*
Rev. Hist. *o* **Rev. H.** = *Revue historique.*
Rev. hist. de Dr. fr. et étr. = *Revue historique de droit français et étranger.*
Rev. Hist. Rel. = *Revue de l'histoire des Religions.*
Rev. Internat. des Études Balkaniques = *Revue Internationale des études balkaniques.*
Rev. Num. *o* **Rev. N.** = *Revue Numismatique.*
Rev. Phil. *o* **Rev. d. Phil.** = *Revue de philologie, d'histoire et de littérature anciennes.*
Rev. Quest. hist. = *Revue des Questions historiques.*
Rh. Mus. = *Rheinisches Museum für Philologie.*
Riv. d. Stor. Ant. = *Rivista di storia antica.*
Riv. Fil. = *Rivista di Filologia e d'Istruzione classica.*
Riv. R. Ist. Arch. e St. dell'Arte = *Rivista del Regio Istituto d'Acheologia e Storia dell'Arte.*
Röm. Mitt. = *Mitteilungen d. deutschen archæologischen Instituts Römische Abteilung.*

S.B. (*o* Sitzb.) Heid. Akad. = *Sitzungsberichte der Heidelberger Akademie der Wissenschaften.*

Schmollers Jahrb. = *Schmollers Jahrbuch für Gesetzgebung, Verwaltung und Volkswirtschaft im deutschen Reich.*

Schr. d. Königsb. Gelehrten Ges. = *Schriften der Königsberger Gelehrten Gesellschaft.*

Sem. Kond. = *Seminarium Kondakovianum.*

Soc. R. d'Arch. d'Alexandrie = *Société Royale d'Archéologie d'Alexandrie.*

St. d. Sc. Pap. = *R. Accademia Scientifico-Letteraria in Milano: Studi della Scuola Papirologica.*

St. It. Fil. = *Studi Italiani di filologia classica.*

S.V.F. = H. v. Arnim, *Stoicorum veterum fragmenta,* 1902-24.

Tr. Am. Phil. Ass. *o* **T.A.P.A.** = *Transactions and Proceedings of the American Philological Association.*

Tübing. Beitr. = *Tübinger Beiträge zur Altertumswissenschaft.*

Un. of Missouri St. = *University of Missouri Studies.*

Wien. Anz. = *Anzeiger der Akademie der Wissenschaften in Wien.*

Wien Blätter f. Freunde d. Antike = *Wiener Blätter für Freunde der Antike.*

Wien. S.B. = *Sitzungsberichte der Akademie der Wissenschaften in Wien.*

Wien. St. = *Wiener Studien.*

(Berl.) Winckelmannspr. = *Archäologische Gesellschaft, Berlin, Winckelmannsprogramme.*

Wiss. Ver. d. d. Or.-Ges. = *Wissenschaftliche Veröffentlichungen der deutschen Orient-Gesellschaft.*

Woch. f. kl. Phil. = *Wochenschrift für klassische Philologie.*

Yale Class. St. = *Yale Classical Studies.*

Z. D. Pal. Ver. = *Zeitschrift des deutschen Palästina-Vereins.*

Zeitschr. d. Morg. Ges. = *Zeitschrift der deutschen Morgenländischen Gesellschaft.*

Zeitschr. f. Ass. = *Zeitschrift für Assyriologie.*

Zeitschr. f. ges. Staatsw. = *Zeitschrift für die gesamte Staatswissenchaft.*

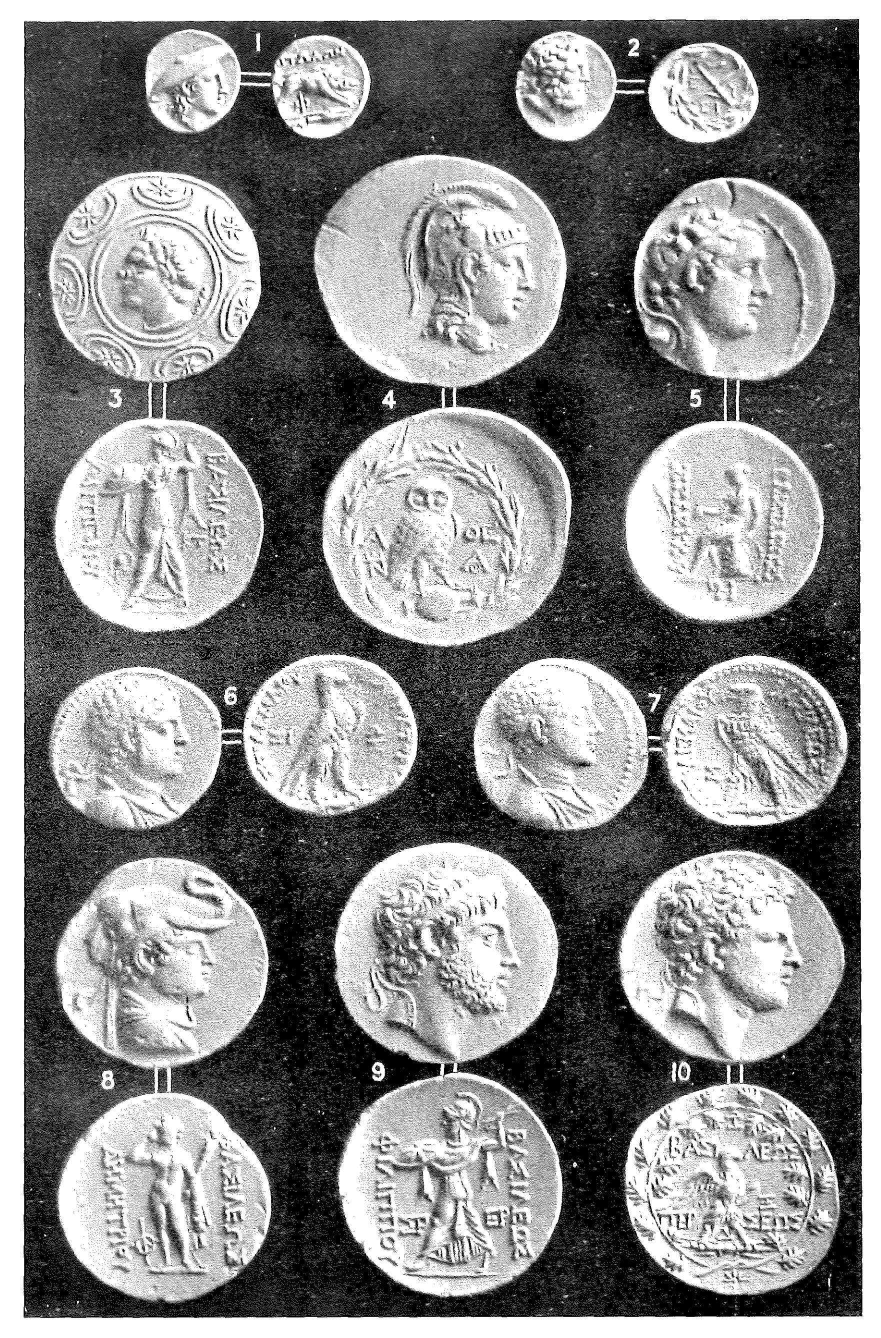
Zeitschr. f. Semitistik = *Zeitschrift für Semitistik u. verwandte Gebiete.*

Z. f. Aeg. Spr. = *Zeitschrift für ägyptische Sprache und Altertumskunde.*

Z. f. neutest. Wiss. = *Zeitschrift für neutestamentliche Wissenschaft.*

Z.N. = *Zeitschrift für Numismatik.*

Z. Sav.-Stift. = *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rehtsgeschichte (Romanistische Abteilung).*



Monedas de finales del siglo III y principios del II a. de J. C.
Época de la intervención romana

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXIX

1. Æ Liga Etolia, 279-168 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Étolo, tocado con causía. *Reverso:* ΑΙΤΩΛΩΝ. Jabalí y punta de lanza.

2. Æ Liga Aquea, 280-146 a. de J. C. (Sición). *Anverso:* Cabeza de Zeus Amario. *Reverso:* Monograma aqueo en guirnalda; abajo, ΣΙ.

3. Æ Tetradracma de Antígono Gonatas (¿o Dosón?), Macedonia. *Anverso:* Cabeza de Pan en el centro del casco macedónico. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΓΟΝΟΥ. Atenea Alcis en estilo arcaico.

4. Æ Tetradracma «estilo nuevo», Atenas, hacia 229-197 antes de J. C. *Anverso:* Cabeza de Atenea. *Reverso:* ΑΘΕ. Lechuza sobre ánfora en guirnaldas.

5. Æ Tetradracma de Seleuco IV, Siria. *Anverso:* Cabeza de Seleuco IV con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΣΕΛΕΥΚΟΥ. Apolo sentado en el ónfalo.

6. AV Octodracma de Tolomeo IV, Egipto. *Anverso:* Busto de Tolomeo IV. *Reverso:* ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ ΦΙΛΟΠΑΤΟΡΟΣ. Águila sobre rayo.

7. AV Octodracma de Tolomeo V, Egipto. *Anverso:* Busto de Tolomeo V. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ. Águila sobre rayo.

8. Æ Tetradracma de Demetrio de Bactriana: *Anverso:* Cabeza del rey con diadema y piel de elefante. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΔΗΜΗΤΡΙΟΥ. Heracles coronándose a sí mismo.

9. Æ Tetradracma de Filipo V de Macedonia. *Anverso:* Cabeza de Filipo. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΦΙΛΙΠΠΟΥ. Atenea Alcis lanzando rayos.

10. Æ Tetradracma de Perseo de Macedonia. *Anverso:* Cabeza de Perseo. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΕΡΣΕΩΣ. Águila sobre rayo, todo entre guirnaldas.

Las monedas de esta lámina ilustran las monedas principales de la época de la intervención romana en los negocios del mundo helenístico: para el continente griego, las emisiones, todavía importantes, de «lechuzas» atenienses y las de las principales Ligas (Aquea y Etolia); y junto con ellas las abundantes emisiones de los reyes macedónicos: Antígono Gonatas y Dosón, Filipo V y Perseo. El Oriente está representado por las acuñaciones de Siria (Seleuco IV) y Egipto (Tolomeo IV y Tolomeo V), y el Lejano Oriente por la de Demetrio de Bactriana, creador del imperio grecobactriano (véase lám. VII, 3). Puedo añadir que la emisión ilustrada por el núm. 3 la atribuye H. Gaebler, *Die antiken Münzen von Makedonien und Paionia*, 1935, a Antígono Gonatas, aunque admite que la moneda de Gonatas probablemente fue continuada sin cambios por Dosón.

1. Reconstrucción del templo de Atenea y edificios adyacentes

2. Reconstrucción del gran altar y de la plaza del mercado

El acra de Pérgamo en la época de Éumenes II

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXX

1. Reproduzco aquí, con permiso del Museo de Pérgamo, dos maquetas que muestran las partes componentes del acra de Pérgamo. Estas maquetas, hechas por el doctor H. Schleif, se exhiben en el Museo de Pérgamo de Berlín. Aunque algo anticuadas en detalles, dan una buena idea del aspecto general de estas partes componentes del acra. En el centro de la primera maqueta se ve el templo de Atenea Nicéfora, protectora de la ciudad griega preatálida de Pérgamo, adoptada por los atálidas. El templo fue construido a fines del siglo IV a. de J. C. En la época de Éumenes II fue rodeado por tres lados de pórticos de dos pisos, con una entrada monumental. El pórtico detrás del templo (ala norte) constituía la fachada de la famosa biblioteca, construida probablemente por Átalo I y más tarde ampliada y reconstruida por Éumenes II. Esta parte central del acra es un exponente elocuente de las ideas directrices de los atálidas. El templo, la biblioteca, y la estatua de Atenea delante de la puerta de entrada a la biblioteca, estatua que era una reproducción de la esculpida por Fidias, unían a Pérgamo con Atenas y todo lo que ésta significaba para el mundo griego. Pérgamo aspiró a ser la Atenas anatólica. Por otra parte, las estatuas votivas de bronce en el patio (láms. LXIII, 2, y LXVI) dedicadas por Átalo I, y los bajorrelieves del parapeto del segundo piso del pórtico, mostrando las piezas de equipo militar tomadas a los enemigos de Pérgamo por los atálidas, simbolizaban la fuerza militar y los espléndidos éxitos de estos reyes en la defensa de la independencia y la protección de Asia Menor frente a la barbarie. Los fragmentos del parapeto esculpido, debo añadir, son una fuente de información excepcionalmente rica sobre el equipo militar de los gálatas y los ejércitos y flotas macedónicos (incluidos los de los seléucidas). Delante del recinto sagrado de Atenea se ve el comienzo de la cávea del impresionante teatro de Pérgamo, otro vínculo con Atenas y Grecia, y detrás de él los espaciosos y confortables aunque modestos palacios de los reyes.

2. A este centro añadió Éumenes II su famoso y majestuoso altar o, mejor dicho, *temenos* monumental rodeando el impresionante altar. Partes de este «altar» han sido ahora restauradas en el Museo de Pérgamo de Berlín. La figura 2 reproduce una maqueta del recinto del altar restaurado, siendo lo más importante la plaza del mercado. El altar de Pérgamo es de sobra conocido de los estudiosos de la antigüedad y no es necesario describirlo aquí. La decoración sepulcral destacaba una vez más las dos ideas fundamentales de los atálidas: la íntima conexión de Pérgamo y sus reyes con Grecia y su pasado mítico (ilustrando el friso de Télefo la leyenda de éste, hijo de Heracles, fundador de Pérgamo y de la dinastía atálida) y el gran servicio prestado por los reyes al helenismo por su lucha victoriosa contra la barbarie (el famoso friso de los dioses luchando con los gigantes). Para una descripción más completa del acra, véanse los libros citados en el cap. IV, nota 321, y en este capítulo, nota 72. En W. von Massow, *Führer durch das Pergamon-Museum*, 2.ª ed., 1936, se encontrarán referencias bibliográficas más completas y una breve descripción bien ilustrada del acra. Sobre el altar: H. Kähler, *Funde u. Forsch.*, XV (1939), págs. 294 y siguientes.

1. Reconstrucción del arsenal real y cuarteles de Pérgamo



2. Proyectiles de piedra empleados por la artillería antigua

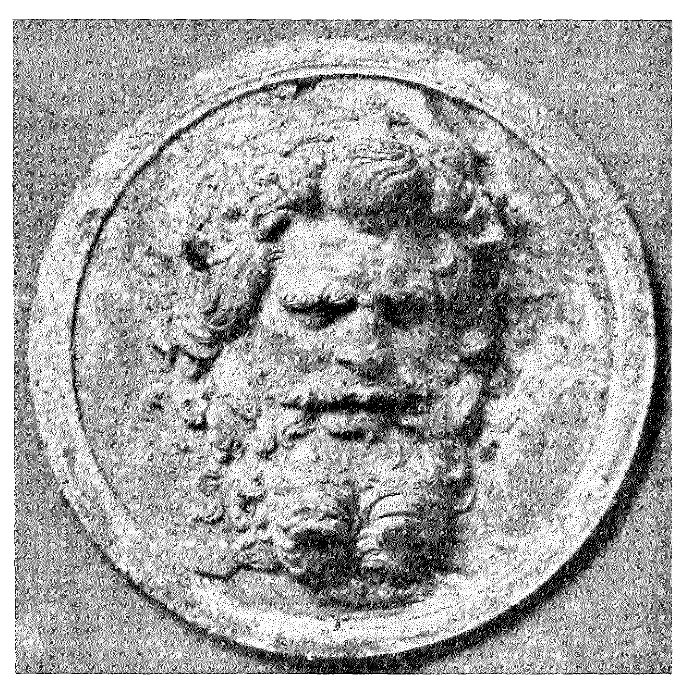
El acra de Pérgamo. Edificios militares

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXI

El espolón norte de la meseta del acra de Pérgamo y parte de la zona adyacente estaban ocupados por edificios de carácter militar: un grupo de almacenes y junto a ellos cuarteles para la guarnición del acra (*O. G. I.*, 338, 1, 14: καὶ τῶν στρατιωτῶν τοῖς κα[το]ικοῦσιν [τὴμ πό]λιγ). Filetero levantó los edificios más antiguos de esta zona. Posteriormente se añadieron otros nuevos. En los almacenes se guardaba trigo y otros alimentos y material de guerra. Los proyectiles de piedra reproducidos en la figura 2, lo mismo que las ruinas de arsenales y cuarteles, deben atribuirse a la época helenística. Son de distintos pesos y tamaños. En muchas ciudades antiguas se han hallado proyectiles de piedra del mismo tipo; las últimas son (que yo sepa) las de Dura del Éufrates (empleadas durante el sitio de la ciudad el 256 d. de J. C. o poco después; docenas y quizá centenares de tales proyectiles fueron hallados en la muralla de la ciudad hacia el desierto y cerca de ella). La figura 1 es reproducción de una fotografía facilitada por el Museo de Pérgamo, mientras que la figura 2 lo es de una fotografía facilitada por el profesor E. Boehringer. Para una información minuciosa de esta parte del acra y un estudio de las ruinas y hallazgos habidos en ellas, véase Askos von Szalay y E. Boehringer, *Die hellenistischen Arsenale, A. v. P.*, X, 1937; véase también la nota 72 de este capítulo. Sobre los proyectiles de piedra hallados en Rodas: L. Laurenzi, *Projettili dell'artiglieria antica scoperti a Rodi*, en *Mem. FERT.*, II (1938), págs. 31 y siguientes.



1. Emblema con el retrato de Demóstenes. Museos del Estado, Berlín



2. Emblema con la cabeza de Sileno. Museos del Estado, Berlín

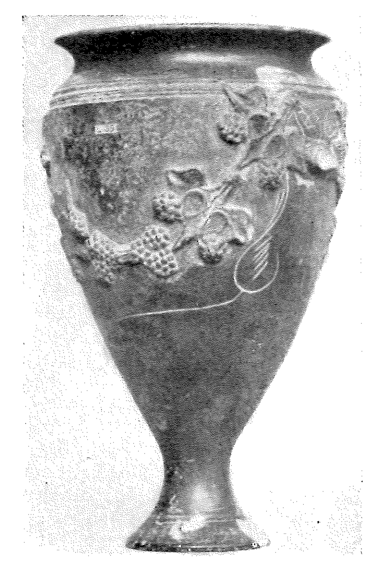
Metalurgia pergamena

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXII

Los dos *emblemata* de platos argénteos reproducidos en esta lámina se hallaron en Miletópolis, cerca de Pérgamo. Los he citado en la nota 65 de este capítulo (con bibliografía). *Emblemata* similares sirvieron probablemente de modelo a los ceramistas anatolios y sirios, que con frecuencia adornaron los fondos de los vasos rojos vidriados de diferentes formas, hechos por ellos, con cabezas-retratos (véase lám. LXXIII). Estas cabezas representan celebridades de la historia literaria del pasado (Demóstenes, Eurípides, Esquines ¿y una media figura de Diógenes?), o gobernantes de la época. Véase la descripción de la lám. LXXIII. Si tenemos en cuenta que los ejemplares más antiguos de este tipo de *terra sigillata* oriental deben datarse como de mediados del siglo II antes de J. C., y que la cabeza de Sileno del emblema de Miletópolis muestra grandes similitudes de estilo con las cabezas de los gigantes del altar de Pérgamo, podremos, sin temor a equivocarnos, datar los dos *emblemata* como mediados del siglo II a. de J. C. y considerarlos productos de la escuela pergamena de arte toréutica. (Fotografías facilitadas por el Museo de Berlín.)



1. Museos del Estado, Berlín



2. Museo Británico, Londres



3. Museos del Estado, Berlín



4. Museos del Estado, Berlín

Cerámica pergamena

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXIII

1. Vaso rojo vidriado, con figuras aplicadas de las ménades.

A. Furtwängler, *J. D. A. I.*, X (1895), Anz., pág. 61; cf. un *beaker* parecido hallado en Delos; F. Courby, *Vases avec reliefs appliqués du Musée de Délos*, en *B. C. H.*, XXXVII (1913), pág. 422, núm. 716, fig. 5. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

2. Vaso parecido, de fina factura, hallado en Laodicea. La decoración aplicada consiste en hojas de hiedra y corimbos. En Pérgamo se hallaron algunos fragmentos con la misma decoración exactamente.

Publicado y discutido muchas veces: H. B. Walters, *Br. Mus. Cat., Rom. Pott.*, pág. 17, núm. L 35; E. Courby, *Les vases grecs à reliefs*, 1922, pág. 454, y pássim, fig. 98; C. W. Lunsingh Scheurleer, *Grieksche Ceramiek*, 1936, págs. 165 y sigs., lám. LII, fig. 156; O. Deubner, *J. D. A. I.*, LIV (1939), Anz., col. 342, fig. 5; cf. figs. 4 y 6. (Fotografía facilitada por el Museo Británico.)

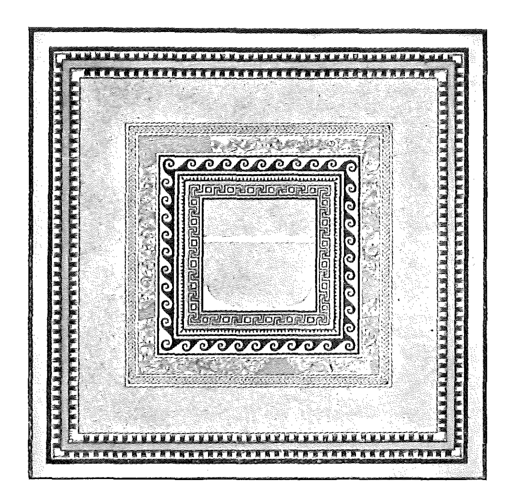
3. Medallón de cerámica roja vidriada hallado en Rusia meridional; representa la cabeza de un gobernante helenístico. Se discute la identidad del retrato. La mayoría de los eruditos sugieren a Orofernes Nicéforo, el conocido caudillo de Capadocia (hacia 158-7 a. de J. C.). Aunque la cabeza del fragmento no parece ser exactamente igual a la que figura en las monedas de Orofernes (véase, por ejemplo, M. Schede, *Die Ruinen von Priene*, 1934, pág. 9, fig. 9).

Publicada y estudiada primero por H. Winnefeld, *Hellenistische Silberreliefs im Antiquarium der Kön. Mus.*, en *Winckelmannspr.*, LXXXVI (1908), pág. 18, lám. III, 2; cf. O. Deubner, loc. cit., col. 349. Deubner cita otros fragmentos parecidos con retratos de gobernantes helenísticos; cf. Lunsingh Scheurleer, loc. cit., pág. 157, fig. 157 (¿retrato de un filósofo?). (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

4. Copa roja vidriada *(skyphos)* con adornos aplicados (hojas de hiedra). En Delos se hallaron una copa intacta parecida y varios fragmentos. (Fotografía facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)

F. Courby, *B. C. H.*, XXXVII (1913), págs. 419 y sigs., núm. 687, fig. 1; *Les vases grecs à reliefs*, lám. XVI *a*.

Es evidente que el tipo de cerámica roja vidriada con relieves aplicados representada en las figuras 1, 2 y 4 debe considerarse creación de los ceramistas pergamenos. En Pérgamo se hallaron muchos vasos de esta clase. Esta cerámica pergamena fina se exportaba, aunque no en grandes cantidades. Los mejores clientes eran las ciudades de Asia Menor y Delos (véase la memoria de F. Courby poco antes citada); las seguían en importancia Rusia meridional, donde este tipo de vasos es muy común, y probablemente las ciudades de la costa norte occidental del mar Negro. Es más dudoso el lugar de producción de los vasos rojos vidriados con medallones de retratos. Yo me inclino a atribuirlos a Anatolia oriental y Siria antes que a Pérgamo. Es notable que no aparezca ni un solo gobernante pergameno entre las cabezas-retratos que adornan estos vasos. Encontramos a Nicomedes II de Bitinia, Ariobarzanes I y Bruto, además del problemático Orofernes, que podría ser uno de los últimos seléucidas. Los estudios básicos de esta cerámica son los de F. Courby y O. Deubner ya citados. Sobre la cerámica roja vidriada oriental, en general, con adornos y sin ellos, véanse págs. 708 y sigs. y nota 66. En Pérgamo pudieron haberse fabricado ocasionalmente vasos de tipos distintos a los reproducidos en esta lámina, pero Siria tiene más probabilidades de ser el lugar de origen de la cerámica roja vidriada en general. (Véase Apéndice IV, de F. O. Waagé, al final de este libro.)



1



2



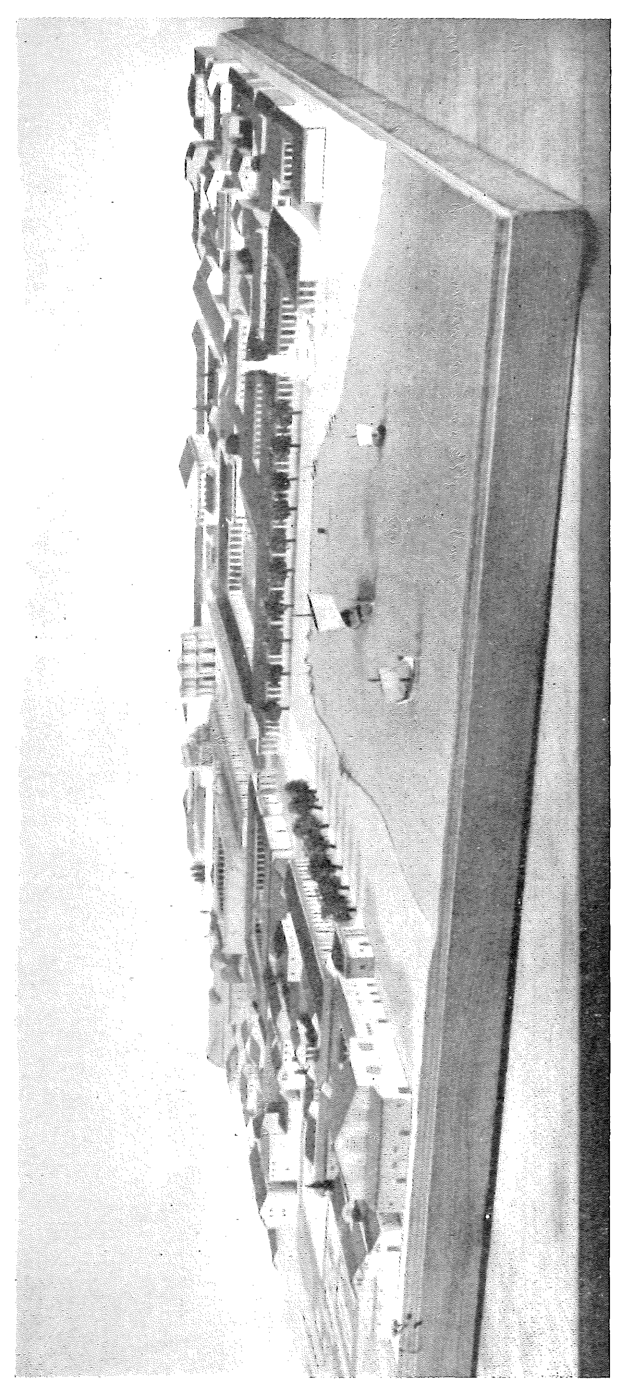
3

Mosaico del palacio real de Pérgamo
Museos del Estado, Berlín

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXIV

El mosaico fue hallado *in situ* en uno de los οἶκοι de la mayor construcción del grupo de edificios que formaban el palacio real de los atálidas. Pertenece sin duda a la época de Éumenes II. Los diseños empleados en el mosaico son los típicos de los mosaicos de la época helenística, tal como los encontramos en Alejandría (véase lám. XXXV), Delos (lám. LXXXIX) y Pompeya. La parte más bella del mosaico la forman los roleos de vid y acanto sobre fondo negro. El roleo está animado por figuras de saltamontes, mariposas y niños pequeños jugando con las hojas del roleo o cazando mariposas. Por desgracia, la parte central, el emblema del mosaico, no se conserva. Fue levantado, probablemente en época romana. Lo que queda de la parte central es la firma del artista: Ἡφαιστίων ἐποίει, como si estuviera escrito en un trozo de papel fijado al mosaico con una esquina suelta. El mosaico fue sin duda fabricado en Pérgamo, como otros cuyos fragmentos se hallaron en el palacio. Los artistas pudieron haber venido de fuera (el mosaico con el emblema de un loro indio pudo haber sido hecho por un musivario sirio).

G. Kawerau y Th. Wiegand, *Die Paläste der Hochburg*, en *A. v. P.*, V, 1 (1930), págs. 63 y sigs.; sobre los mosaicos más tardíos (de época augustal) de la Casa de Átalo hallados en Pérgamo, E. Pernice, *Pavimente und figürliche Mosaiken*, en *Die hellenistische Kunst in Pompeji*, 1938, págs. 31 y sig., 1 y 2 de A. Kawerau y Th. Wiegand, op. cit. (La fotografía de la figura 3 ha sido facilitada por los Museos del Estado, Berlín.)



Una parte de la ciudad de Mileto

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXV

Maqueta de una parte de la ciudad de Mileto. Debo la siguiente descripción de esta maqueta (traducida por mí del alemán) a la amabilidad del profesor A. von Gerkan, que dirigió la excavación de la ciudad:

«La maqueta parcial hecha por el doctor H. Schleif representa la región del puerto de Mileto en la bahía de los Leones, vista desde el Norte. Cf. *Milet: Erg. d. Ausgr.*, I, 6, plano, fig. 1. A la izquierda, en primer término se ven las termas romanas sobre el Humeitepe; más allá, el Delfinión y el puerto romano. Más lejos corre la ancha calle, a cuya izquierda quedan las termas de Capitón y el gimnasio, con el largo pórtico jónico enfrente de ellos. Aún más allá se ve el Ninfeo, y finalmente la puerta del mercado. Del mercado meridional sólo se incluye en esta maqueta el pórtico norte. A la izquierda está el grupo de edificios que forman el mercado norte, y delante de ellos, en la playa, los monumentos del Trípode y de Gracio. Detrás del mercado norte aparece el pequeño templo romano y el buleuterión. A la derecha del mercado norte se ven: la parte norte de la larga estoa del trigo; en el centro del segundo término, el templo helenístico debajo de la basílica de San Miguel, más tardía, y al final de la derecha, como último edificio, el Mausoleo, en el pequeño patio peristílico. La maqueta no es rigurosamente exacta en lo que se refiere a la entrada del puerto de los Leones, el cual es demasiado amplio, ni en cuanto a la nivelación del suelo a derecha e izquierda: de hecho, el suelo se levanta hacia las alturas de Humeitepe y Kalehtepe. Tampoco hay testimonios de que hubiera árboles en la orilla.»

(La fotografía de la maqueta ha sido facilitada por el Museo de Pérgamo, Berlín, donde está expuesta.)

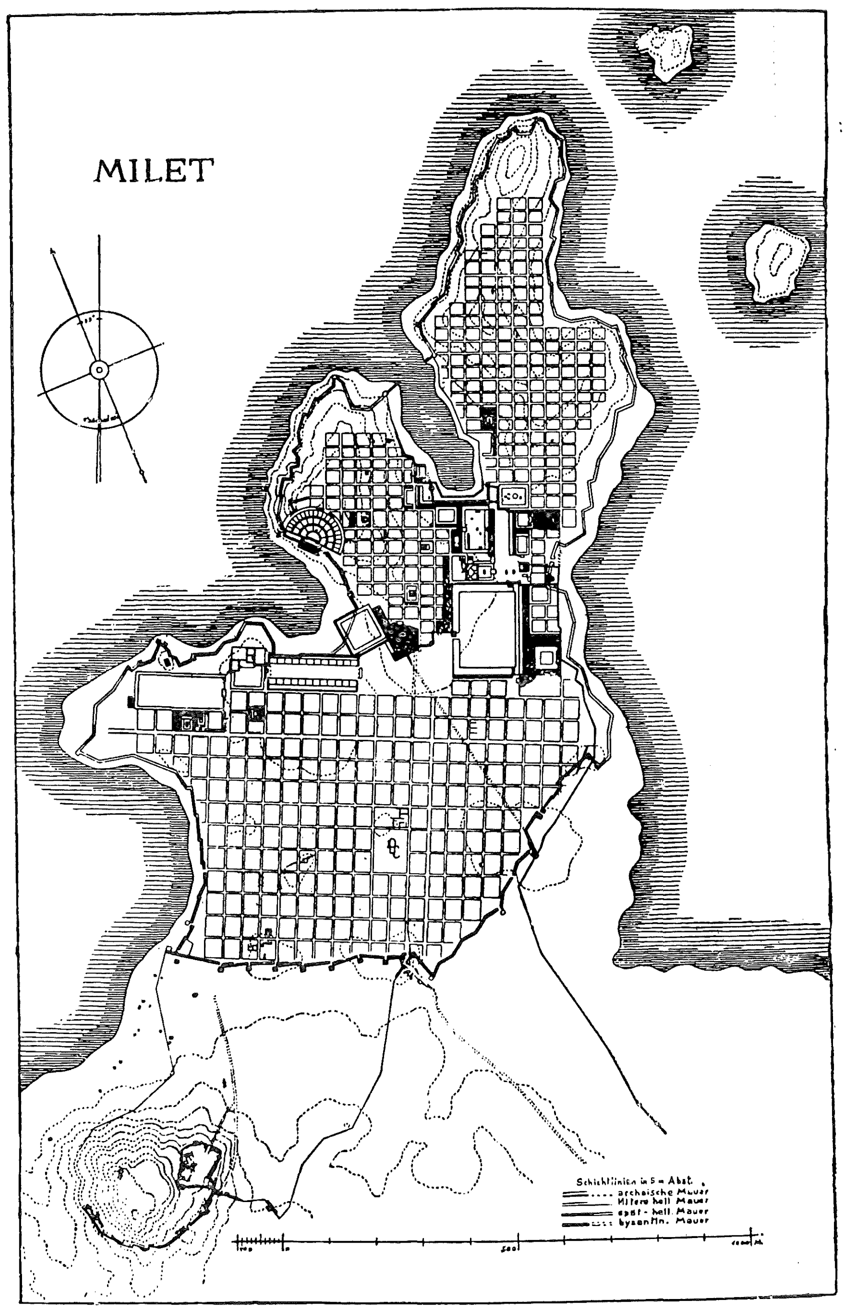


FIG. 5. — Plano de Mileto. Reproducido con permiso del Instituto Arqueológico Alemán del Estado

1

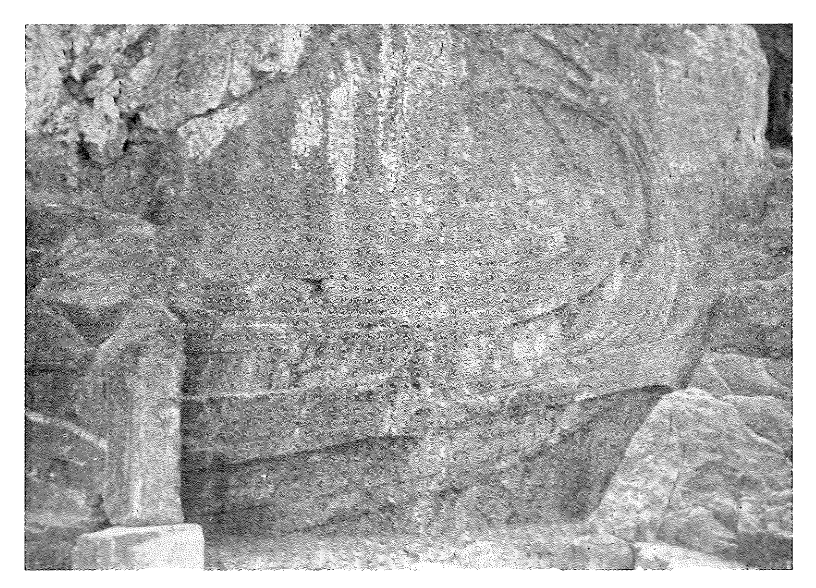
2

Rodas y Lindos

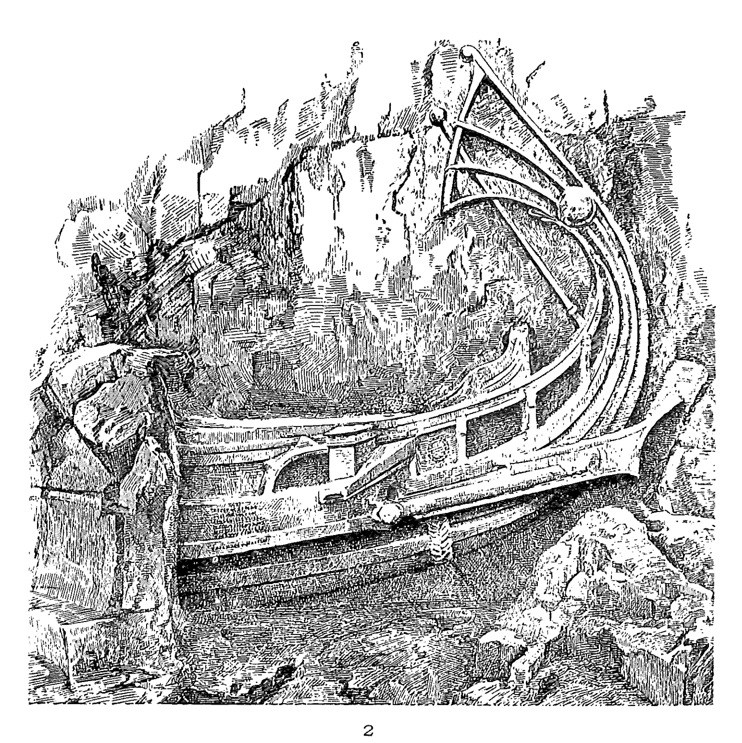
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXVI

1. Hasta ahora no se había publicado la vista aérea de la ciudad moderna de Rodas y sus puertos, que presentamos en la figura 1. Fue hecha a petición mía por orden de su excelencia el gobernador de Rodas, con cuyo amable permiso se publica. No puedo discutir aquí los dos (o quizá tres) puertos antiguos de Rodas, que fueron considerados magníficas creaciones del genio humano y se describen con admiración por Estrabón (XIV, 2, 5, págs. 652 y sig.), Dion Crisóstomo (XXXI, 146) y Arístides (XXV, pág. 810 D.). Los antiguos restos de estos puertos no han sido estudiados e ilustrados recientemente. Este estudio no es fácil, porque los puertos de Rodas no han dejado de utilizarse desde la antigüedad. Sin embargo, es más que probable que el aspecto general de Rodas en esa época fuese, *mutatis mutandis,* el mismo que ahora ofrece. El lector que desee un mayor conocimiento de sus puertos antiguos y del aspecto general de la ciudad puede leer las antiguas descripciones anteriormente citadas, y complementarlas con lo que se ha escrito sobre el tema en la época moderna. La mejor descripción general moderna se encontrará en H. van Gelder, *Geschichte der alten Rhodier,* 1900, págs. 5 y sigs. (sobre los puertos, págs. 8 y sigs.); cf. K. Lehmann-Hartleben, *Die antiken Hafenanlagen des Mittelmeeres,* en *Klio,* supl. XIV (N. F. 1), 1923, págs. 128 y sigs., con bibliografía; un buen plano se encontrará en C. Merckel, *Die Ingenieurtechnik im Altertum,* 1899, págs. 340 y sigs.

2. La figura 2 de esta lámina está tomada de una fotografía puesta a mi disposición por el profesor L. Laurenzi, entonces director de la Exploración Arqueológica de Rodas y el Dodecaneso. Muestra el aspecto general de la bella ciudad de Lindos, recientemente excavada por una expedición danesa y que ahora está en proceso de restauración por el Servicio Arqueológico de Rodas. Sobre los dos puertos de Lindos, situados en los lados opuestos de la acrópolis (que está construida en un promontorio), véase K. Lehmann-Hartleben, loc. cit., pág. 20 y lám. I. Las restauraciones de los edificios de la acrópolis las discuten L. Laurenzi en *Mem. FERT.,* II (1938), págs. 9 y sigs. y III (1938), págs. 27 y sigs.



I



2

La marina rodia

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXVII

Bajorrelieve de una τριημιολία rodia. Se conserva en toda su impresionante belleza, después de excavada por la expedición danesa, cerca de las antiguas escaleras que conducían a la acrópolis de Lindos. El bajorrelieve que representa la popa de un barco de guerra rodio, fue esculpido para servir de base a la estatua de bronce de un oficial de la marina rodia. Así se dice explícitamente en la inscripción grabada en el costado del barco exactamente debajo del lugar donde estuvo la estatua del oficial: Λίν]διοι | ἐτίμασαν | [Ἁγή]σανδρον Μικίωνος | χ[ρυ]σέωι στεφάνωι, | εἰκόνι, προεδρίαι ἐ[ν] τοῖς ἀγῶσι ἀρετᾶς ἕνεκα καὶ | εὐνοίας ἄν ἔχων διατελεῖ | περὶ τὸ πλῆθος τὸ Λινδίων· | Πυθόκριτος Τιμοχάριος Ῥόδιος ἐπόησε. Por las inscripciones de Lindos conocemos la familia del oficial. Su abuelo fue sacerdote de Posidón Hipio el 239 a. de J. C. Por consiguiente, la carrera del oficial debemos situarla en la primera mitad del siglo II a. de J. C., y la erección de la estatua hacia el 180 a. de J. C. Esto coincide con las fechas atribuidas al escultor de la estatua, quien probablemente fue también autor de la basa. Podemos suponer que se tributó este honor a Hagesandro por sus proezas militares, probablemente una expedición afortunada contra los piratas o contra los vecinos y enemigos de los rodios, es decir, los licios. El bajorrelieve ha sido varias veces publicado y discutido, y el último estudio detallado del mismo es el de Chr. Blinkenberg, *Triemiolia,* Lindiaka VII, en *Det Kgl. Danske Videnskavernes Selskab., Arch.-Kunsth. Medd.,* II, 3 (1938), págs. 22 y sigs., donde el lector encontrará una bibliografía completa y excelentes ilustraciones. Reproducida aquí de una fotografía facilitada por el profesor Blinkenberg y de un dibujo hecho por la señora Kinch y puesto a mi disposición por el primero.



1. Panoplia. Museo de Rodas



2. Pintura pompeyana. Museo de Nápoles

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXVIII

1. Panoplia de mármol que formó parte de un monumento funerario de un oficial rodio que en vida sirvió en la marina o el ejército. Consta de una bella coraza adornada de repujado, un casco con cimera muy trabajada, igualmente adornada con figuras, visera, carrilleras y espaldera, y una espada suspendida de un tahalí. El ejemplar aquí reproducido es el mejor conservado de los monumentos funerarios de este tipo, que no son raros en Rodas. Puede atribuirse al siglo I a. de J. C. Para una descripción más detallada, véase A. Maiuri, *Clara Rhodos,* II (1932), págs. 57 y sigs. y figs. 28-30; G. Jacopi, *L'ospedale dei Cavalieri e il Museo Archeologico di Rodi,* 1932, págs. 52.

2. Pintura mitológica fragmentaria de Pompeya hallada en la casa de los Capiteles Colorados (VII, 4, 51). La pintura muestra a Apolo Helios, la cabeza rodeada de una corona radiada, sentado en una roca cerca de una muchacha joven que lleva una corona de flores. La pintura ha sido interpretada como representación a Apolo Helios, patrono de Rodas, y su hija Rodas. Puede remontarse a un original helenístico rodio. Para una breve descripción y bibliografía, véase O. Elia, *Pitture murali e mosaici nel Museo Nazionale di Napoli,* 1932, pág. 83, núm. 192, fig. 26.

(La fotografía para la figura 1 ha sido facilitada por el Museo de Rodas; para la 2, por Alinari.)



Monedas del siglo II a. de J. C.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXIX

1. Æ Panticapeo, hacia 300-200 a. de J. C. y más tarde. *Anverso:* Cabeza de Dioniso joven. *Reverso:* ΠΑΝΤΙΚΑΠΑΙΤΩΝ dentro de una guirnalda.

2. AV Estatera de Perisades, uno de los últimos reyes de este nombre del Bósforo Cimerio. *Anverso:* Cabeza del rey. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΑΙΡΙΣΑΔΟΥ, Atenea. Imitado de una estatera de Lisímaco.

3. AR Dracma, himiarita. Imitación de moneda ateniense, hacia 300-100 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Atenea, N (letra sabea) sobre la mejilla. *Reverso:* Lechuza.

4. AR Dracma de Ariarates IV, Capadocia. *Anverso:* Cabeza de Ariarates IV. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΡΙΑΡΑΘΟΥ ΕΥΣΕΒΟΥΣ. Atenea sosteniendo una Nice.

5. Æ Antioco IV, Edesa de Osroena. *Anverso:* Cabeza de Antioco IV, radiada. *Reverso:* ΑΝΤΙΟΧΕΩΝ ΤΩΝ ΕΠΙ ΚΑΛΛΙΡΟΗΙ. Zeus sosteniendo el águila.

6. Æ Antioco IV, Tiro. *Anverso:* Cabeza de Antioco IV con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ ΤΥΡΙΩΝ sobre la proa de una galera; abajo, en letras fenicias: «Tiro, metrópoli de los sidonios.»

7. AR Tetradracma de Antioco IV, Antioquía. *Anverso:* Cabeza de Antioco IV con diadema. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ ΘΕΟΥ ΕΠΙΦΑΝΟΥΣ. Zeus Nicéforo.

8. AR Tetradracma de Antioco IV, Atenas. *Anverso:* Cabeza con casco de Atenea. *Reverso:* ΑΘΕ ΑΝΤΙΟΧΟΣ ΝΙΚΟΓ ΑΝΤΙΛΟΧ. Lechuza sobre un ánfora; en el campo, elefante; todo dentro de una corona de olivo.

9. Æ Antioco IV, Seleucia de Pieria. *Anverso:* Cabeza radiada de Antioco IV. *Reverso:* ΣΕΛΕΥΚΕΩΝ ΤΩΝ ΕΜ ΠΙΕΡΙΑΙ. Rayo. Todo en una guirnalda.

10. AR Tetradracma cistóforo, Pérgamo, hacia 200-133 a. de J. C. *Anverso:* Cista mística con la tapa semiabierta, de donde sale una serpiente; todo dentro de una guirnalda de hiedra. *Reverso:* Dos serpientes enroscadas, entre ellas una aljaba. Monograma: ΠΕΡ.

11. AR Tetradracma de Éumenes II, Tiatira. Cistóforo como el anterior, pero en el campo izquierdo del reverso: ΘΥΑ.

12. AR Dracma de Árados en alianza con Éfeso, hacia 174-110 antes de J. C. *Anverso:* Abeja y fecha ꟼ, 167-166 a. de J. C. *Reverso:* ΑΡΑΔΙΩΝ. Ciervo y palmera.

13. AR Doble victoriato, Liga Tesalia, hacia 196-146 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Zeus coronado con roble. *Reverso:* ΘΕΣΣΑΛΩΝ. La Atenea Itonia tesálica en actitud de lucha y dos nombres de magistrados.

Las monedas reproducidas en esta lámina no requieren comentarios especiales. Representan algunas emisiones populares de la época estudiada en este capítulo, en las distintas partes del mundo helenístico, desde Arabia a Panticapeo. Sin embargo, puedo llamar la atención sobre las monedas de alianza peculiares de Árados-Éfeso (núm. 12). Según E. T. Newell, a quien he consultado sobre este punto, las abundantes emisiones de estas dracmas deben datarse hacia 189-133 a. de J. C., es decir, que son contemporáneas de los tetradracmas alejandrinos y de otros lugares acuñadas por las ciudades anatólicas para satisfacer las necesidades del reino seléucida de plata acuñada bajo Antioco III, y después de él (discutido en el texto de este capítulo, págs. 710 y sigs.). En mi opinión, las monedas de la alianza de Árados y Éfeso deben interpretarse de la misma manera. Como las grandes emisiones de alejandros por las ciudades anatólicas (y entre ellas Éfeso) atestiguan el activo comercio entre Siria y Asia Menor a principios y mediados del siglo II a. de J. C. Sobre el núm. 6 de esta lámina, véase E. T. Newell, *The Seleucid Coinages of Tyre,* pág. 14, núm. 39 *a* (lám. III, 4).



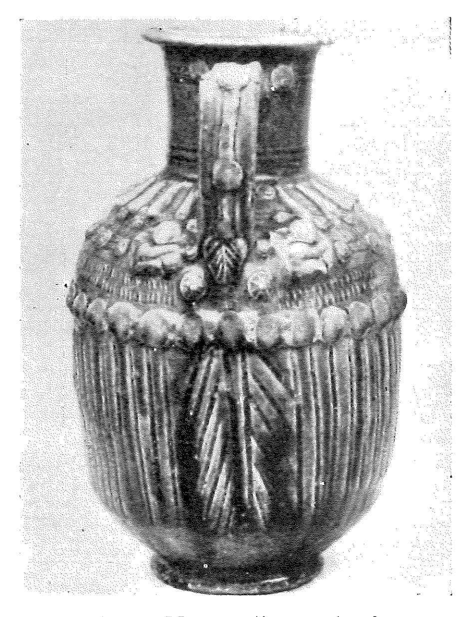
1. Galería de Bellas Artes de Yale, Nueva Haven



2. Galería de Bellas Artes de Yale, Nueva Haven



3. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York



4. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Cerámica vidriada mesopotámica y siria

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXX

1 y 2. Dos ánforas de fayenza azul verdoso halladas en Dura-Europos. La núm. 1 debe atribuirse al siglo I a. de J. C. y la núm. 2 al siglo I d. de J. C.

3. Ánfora de fayenza con vidriado verde, hallada en Salemiyeh, cerca de Hama, Siria. Siglo I a. de J. C.-siglo I d. de J. C. Está decorada con relieves que muestran figuras ornamentales de Eros y otras, seres probablemente mitológicos.

G. M. A. Richter, *Bull. Metr. Mus.*, XIX (1929), pág. 94; *Handb. of the Class. Coll.*, 1927, pág. 316, fig. 223; *Guide to the Collections*, 1934, parte I, pág. 41. Se emplearon medallones hechos de los mismos moldes para decorar un ánfora de distinta forma que se dice haber sido hallada en Hama, y ahora en el Museo Metropolitano de Nueva York. G. M. A. Richter, *Bull. Metr. Mus.*, XXXIII (1938), págs. 240 y sig., fig. 1. (Fotografía facilitada por el Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.)

4. Ánfora de fayenza con vidriado verde, que se dice haber sido hallada en Homs, Siria. Rica decoración ornamental. Los únicos relieves figurados son los de las asas: la parte superior de un Eros cuatro veces repetido. (Fotografía facilitada por el Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.)

He discutido en este capítulo, págs. 747 y sigs. y nota 120, y en el cap. VIII, la típica fayenza mesopotámica y siria que, habiendo aparecido por primera vez en el siglo II a. de J. C., llegó a ser la principal cerámica de Mesopotamia y parte de Siria a fines de la época helenística y la romana. A las referencias bibliográficas que allí damos añádanse: mi *Dura and the problem of Parthian art*, 1935, pág. 219; N. C. Debevoise, *Berytus*, II (1935), págs. 1 y sigs; R. Ettinghausen en A. U. Pope, *A Survey of Persian Art*, I, 1938, págs. 646 y sigs., láms. 181-183; G. M. A. Richter, *Bull. Metr. Mus.*, XXXIII (1938), págs. 240 y sigs.; véase nota 117 de este capítulo, donde he señalado que la porcelana mesopotámica se exportaba a Rusia meridional.



1 2

3 4

La industria del bronce en Egipto

Museo Pelizaeus, Hildesheim

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXI

El número 2 de esta lámina forma parte del hallazgo de Mit-Rahineh (véanse láms. XLV y XLVIII). Es un vaciado de yeso de una plaquita de bronce con la cabeza de Tolomeo Soter. Véase G. Roeder y A. Ippel, *Die Denkmäler des Pelizaeus-Museums,* 1921, pág. 141, núm. 1120 y figs. 56 (original de yeso) y 57 (fundición moderna en bronce restaurada del modelo). Se reproduce aquí y no entre las ilustraciones al cap. IV con el fin de mostrar las diferencias estilísticas entre las obras en bronce del siglo III y las del II a. de J. C.

Los otros tres objetos de bronce reproducidos en esta lámina forman parte del hallazgo de Galjub (nordeste de El Cairo, véase cap. IV, pág. 367, nota 173). Aquí se encontraron en un vaso de arcilla más de cien objetos de bronce y las herramientas del artesano que las fabricó. Los bronces son reproducciones de modelos de cera empleados para fundir objetos de bronce, antes de que estos modelos estuviesen completamente terminados. Servían como muestras para los clientes en la tienda de un orfebre o platero griego. En el hallazgo se incluían estatuillas de carácter decorativo, placas con bocetos de bajorrelieves y medallones.

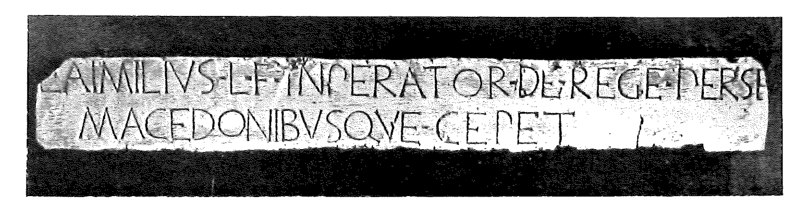
1. Busto de Heracles joven con maza y piel de león. La bella cabeza parece un retrato, quizá de uno de los últimos gobernantes helenísticos. A. Ippel, *Der Bronzefund von Galjûb,* págs. 64 y sig., núm. 73, lám. VII, cf. *Denkm. Pelizaeus-Mus.,* pág. 176, núm. 2284, fig. 64. Ippel sugiere que Antioco IV es el gobernante representado en el medallón.

3. Estatuilla de Atis cabalgando en un león. A. Ippel, loc. cit. pág. 27, núm. 6, lám. I.

4. Cabeza de un alfiler para el cabello representando a Afrodita peinándose. A. Ippel, loc. cit., pág. 28, núm. 7, lám. III; *Denkm. Pel.-Mus.,* pág. 154, núm. 2273, fig. 63.

El hallazgo, muy bien comentado por Ippel, proporciona un valiosísimo material para el estudio de la técnica de la metalurgia en la época helenística.

1



2

El fin de la independencia macedónica. Monumento conmemorativo de la batalla de Pidna erigido en Delfos

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXII

El monumento aquí reproducido (mencionado por Plutarco, *Aem. Paul.*, 28, 4; cf. Polibio, XXX, 10, 2, y Tito Livio, XLV, 27) se levantó en su tiempo en el recinto sagrado de Delfos, en un lugar cerca de la esquina suboriental del gran templo (se desconoce la situación exacta). Se halló en fragmentos y fue restaurado en el Museo de Delfos. Tenía la forma de un pilar rectangular sobre una basa también rectangular cubierta de losas de mármol pentélico (altura del pilar y basa, 8,20 m.). Probablemente el pilar fue erigido originariamente en honor del rey macedonio Perseo. Después de la batalla de Pidna, Paulo Emilio lo utilizó para conmemorar su victoria sobre el rey macedonio. En la cima estaba la estatua ecuestre de bronce de Emilio. La basa de la estatua, o sea la parte superior del pilar, iba adornada de un friso esculpido (que se conserva en parte) que representaba los episodios más notables y decisivos de la batalla de Pidna, recordados en nuestras fuentes literarias. Sobre la basa del pilar fue grabada la inscripción que aún se conserva, reproducida en la lámina: *L. Aimilius L. f. inperator de rege Perse Macedonibusque cepet.* Más tarde se grabaron sobre el pilar otros documentos, entre ellos la ley de hacia 100 a. de J. C. sobre los piratas, mencionada en el texto de este capítulo.

El monumento ha sido publicado y discutido varias veces. El mejor estudio desde el punto de vista arquitectónico es el de F. Courby, *F. D.*, II, 2, 1927 (véase la restauración, pág. 303, fig. 250). Las inscripciones grabadas en el monumento se encontrarán en G. Colin, ibíd., III, 4, 1932. Sobre los demás monumentos erigidos en Delfos en honor de romanos destacados: G. Daux, *Delphes au II^e et au I^er siècle,* págs. 584 y sigs. Cf. M. Guarducci, *Le offerte dei conquistatori Romani ai santuari della Grecia,* en *Rend. Pontif. Acc. Rom. Arch.*, XIII (1938), págs. 49 y sigs. El monumento de Paulo Emilio se reproduce aquí de una restauración del mismo que se expuso en la Mostra Augustea en Roma en 1938. Las fotografías de este vaciado y de la copia de la inscripción han sido facilitadas por la Mostra. Cf. *Mostra Augustea di Romanità, Catalogo,* II, pág. 37 (sala IV, 43-45).

1. Crátera decorativa de mármol



2. Candelabro decorativo de mármol

Roma y Atenas. Hallazgo de Mahdia

Museo del Bardo, Túnez

LÁMINA LXXXIII

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXIII

1. Una de las cuatro cráteras de mármol bien conservadas halladas en el fondo del mar cerca de Mahdia, entre Susa y Sfax (Túnez). En el mismo lugar se hallaron fragmentos de otras de forma y decoración semejantes. La crátera aquí representada (la parte inferior se omite con el fin de mostrar mejor la superior) va adornada con figuras esculpidas del joven Dioniso y Ariadna y sus tíasos. Ésta y otra casi idéntica, relativamente bien conservada, de Mahdia, son réplicas casi exactas de la famosa crátera Borghese ahora en el Louvre, mientras que los otros dos ejemplares mejor conservados de Mahdia (igualmente dionisiacos en su decoración) están en la misma relación con la conocida crátera del Campo Santo en Pisa. Las cráteras de Mahdia son de mármol pentélico y fueron embarcadas en Atenas para Italia enteramente nuevas.

2. Uno de los dos candelabros de mármol bien conservados hallados en Mahdia; en el mismo lugar se hallaron fragmentos de otros varios. Hechos de mármol pentélico y embarcados recién construidos. En Italia y otros lugares se hallaron candelabros parecidos de carácter decorativo, que se conservan en distintos museos.

Para una descripción detallada de las cráteras y candelabros de Mahdia, véase A. Merlin y L. Poinssot, *Cratères et candélabres de marbre, trouvés en mer près de Mahdia,* 1930. Reproducidas aquí de fotografías facilitadas por M. L. Poinssot, director de Antigüedades y Artes en Túnez.

De los hallazgos submarinos de finales de la época helenística he tratado en este capítulo, págs. 833 y sigs. y nota 13. Añádase a la bibliografía dada en la nota 13 el valioso artículo de A. Merlin, *Submarine discoveries in the Mediterranean,* en *Antiquity,* IV (1930), págs. 405 y sigs. La variada carga del barco hundido frente a Mahdia consistía en más de 60 grandes columnas de mármol, de 24 m. de largo, y otras varias piezas arquitectónicas, estatuas de bronce y mármol, estatuillas y relieves, vasos de bronce, piezas de mueblería adornadas con esculturas de bronce, cráteras y candelabros de mármol ornamentales. La mayoría de estos objetos eran recién construidos cuando se embarcaron en Atenas (con la excepción de inscripciones en losas de mármol que se embarcaron como lastre o como curiosidades). El carácter tan variado de la carga y el hecho de que, aunque la mayoría de los objetos se fabricasen en Atenas, varias piezas fuesen productos de talleres y llevados a Atenas para su exportación, me lleva a pensar que el barco no llevaba a Italia el botín adquirido por Sila, sus generales, oficiales y soldados en Atenas el 86 a. de J. C., sino distintas mercancías que uno o más mercaderes deseaban colocar en Italia a buen precio. No se puede fechar con exactitud el naufragio de Mahdia, pero hay varias razones para situarlo algo antes del 86 a. de J. C. El hallazgo es un testimonio espléndido de la actividad artística, comercial e industrial de Atenas a fines del siglo II y comienzos del I a. de J. C. A la luz de este descubrimiento, parece muy probable que productos similares de la industria y el arte griegos hallados en grandes cantidades en Italia y firmados por artistas que se llaman asimismo atenienses, parios, rodios, etc., en su mayoría eran fabricados en Grecia para la exportación, y no en Italia por artistas de origen griego.





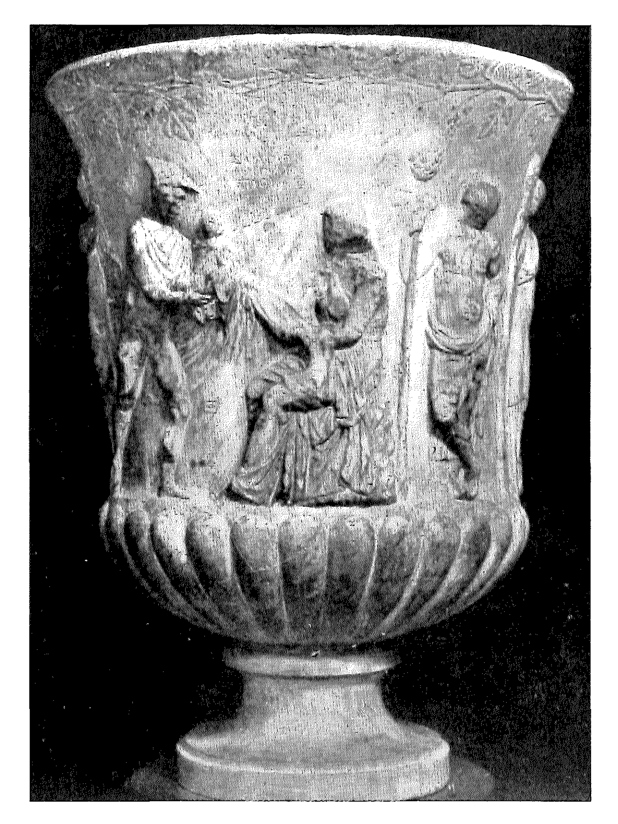
Industria artística del bronce de la última época helenística. Enanos bailando

Museo del Bardo, Túnez



DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXIV

Dos de las tres estatuillas de enanos bailando halladas en el mar en Mahdia (véase descripción de la lám. LXXIII). Dos de ellas representan mujeres, la otra un hombre. Las tres probablemente se destinaban a ser colgadas de cadenas o cordones, como la estatuilla en terracota de un esclavo azotado hallada en Priene (véase lám. XXXIV, 1). Los enanos, con los cuerpos contorsionados, las cabezas desproporcionadamente grandes, la expresión sensual de las caras, y los salvajes movimientos al compás de los crótalos, son de una comicidad irresistible, especialmente si los imaginamos suspendidos, esto es, en constante movimiento. Es bien sabido que los enanos o pigmeos eran muy populares en Egipto en la época faraónica, y lo mismo en la tolemaica. Se les representa con frecuencia en el arte de estas épocas (véase, por ejemplo, el rico y costoso sarcófago del enano Taho en el Museo de El Cairo, G. Maspero, *Sarcophages des époques persane et ptolemaïque*, en *Catal. gén.*, láms. XXII y sigs.; la descripción de este sarcófago, reservada para el vol. II del *Catalogue* nunca se publicó). Cf. I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt*, 1937, pág. 98, nota 2. Estos enanos a menudo entretenían a sus amos con música y danzas grotescas. Los danzantes de castañuelas profesionales (κροταλίστριαι) que iban de un lugar para otro y hacían profesión de sus danzas son muy conocidos en el Egipto tolemaico y romano, y fueron muy populares entre los habitantes del país (véase cap. VIII, nota 43). Sin duda, también aparecían en escena y no exclusivamente en Egipto. Por consiguiente, las estatuillas de Mahdia no tuvieron que ser hechas necesariamente en Egipto. Han sido reproducidas y ampliamente comentadas, de modo perfecto, por A. Merlin, *Statuettes de bronze, trouvées en mer près de Mahdia*, en *Mon. et Mém. Piot*, XVIII (1910), págs. 9 y sigs., y láms. II, III y IV; cf. la memoria de A. Merlin y L. Poinssot citadas en la descripción de la lám. LXXXIII. (Fotografías facilitadas por M. L. Poinssot.)



1. Crátera de mármol de Salpión. Museo de Nápoles



2. Copia en bronce de la cabeza del Doríforo de Policleto. Museo de Nápoles

Artistas griegos al servicio de Roma

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXV

1. La crátera de Salpión aquí reproducida pertenece al grupo de las llamadas cráteras neoáticas que he mencionado en la descripción de la lám. LXXXIII. Está adornada con bajorrelieves del mismo estilo y carácter que las cráteras de Mahdia. La escena representada es dionisíaca: el niño Dioniso es entregado a Nisa por Hermes. Está firmada por Salpión, artista ateniense del siglo I a. de J. C.: Σαλπίων | Ἀθηναῖος | ἐποίησε. La crátera ha sido publicada y comentada varias veces; véanse las referencias bibliográficas en A. Merlin y L. Poinssot, *Cratères et candélabres*, etc., pág. 139, nota 2, y Lippold, *P. W. K.*, I A, 2011. (Fotografía facilitada por Alinari.)

2. El conocido hermes de bronce aquí representado fue hallado en la Villa de los Papiros, cerca de Herculano, entre otros productos de arte helenístico primitivo y tardío. Es una buena copia de la cabeza del Doríforo de Policleto. Está firmada por Apolonio, hijo de Arquías, ateniense: Ἀπολλώνιος Ἀρχίου Ἀθηναῖος ἐπόησε. Sobre este artista, véase C. Robert, *P. W. K.*, II, 162, núm. 123. Fue contemporáneo suyo Apolonio, hijo de Néstor, que hizo el torso de Belvedere y el púgil de bronce del Museo de las Termas Dioclecianas; véase la bibliografía en el artículo de Schönebeck citado en la nota 13 de este capítulo, pág. 62, nota 1 del artículo. La cabeza ha sido publicada varias veces y discutida; véase la breve bibliografía en *Mostra Augustea della Romanità. Catalogo*, II, pág. 394, núm. 33 *m*. (Fotografía facilitada por la Real Superintendencia de Antigüedades, Nápoles.)

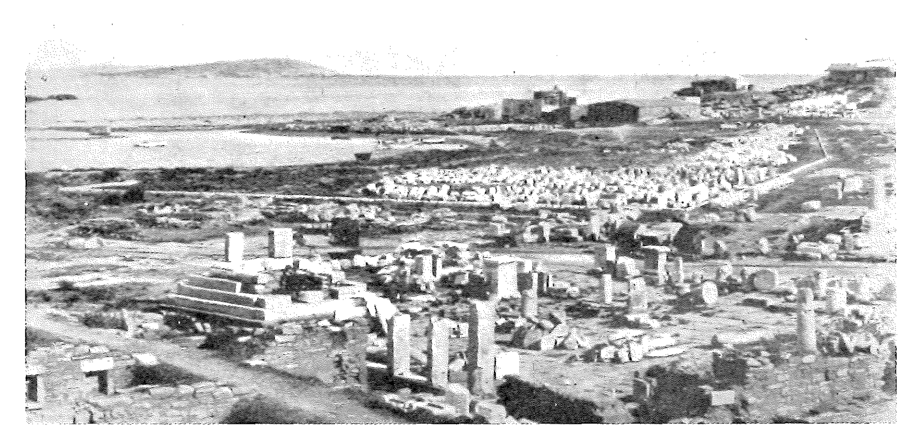
Puedo subrayar otra vez en esta ocasión cuán numerosos eran los productos de la industria artística oriental, no sólo atenienses, importados a Italia. He mencionado las cráteras y candelabros. Un grupo de representaciones típicas de esta clase hallados principalmente en Italia, junto con algunos de sus similares de metal, ha sido discutido recientemente por L. Curtius, *Röm. Mitt.*, XLIX (1934), págs. 268 y sigs. A las cráteras y candelabros pueden añadirse copias de estatuas y bajorrelieves en bronce y mármoles famosos, de las que es un buen ejemplo el número 2 de esta lámina, y copias de pinturas célebres (véase la lámina siguiente). Lamento que la falta de espacio me impida reproducir algunos ejemplares de vajilla de plata de finales de la época helenística. Muchos han sido hallados en Italia y en el Occidente en general, formando parte de algunos tesoros (como, por ejemplo, los de Boscoreale, la Casa de Menandro en Pompeya, y Hildesheim) y como piezas sueltas. Algunos fueron fabricados en Italia (por ejemplo, en Tarento), pero muchos fueron, sin duda, importados de Oriente. Tal fue, en mi opinión, el origen del tesoro de la Casa de Menandro; para un análisis cuidadoso de este tesoro, véase A. Maiuri, *La Casa del Menandro e il suo tesoro di argenteria*, 1933, y L. Cursius, loc. cit., págs. 282 y sigs.



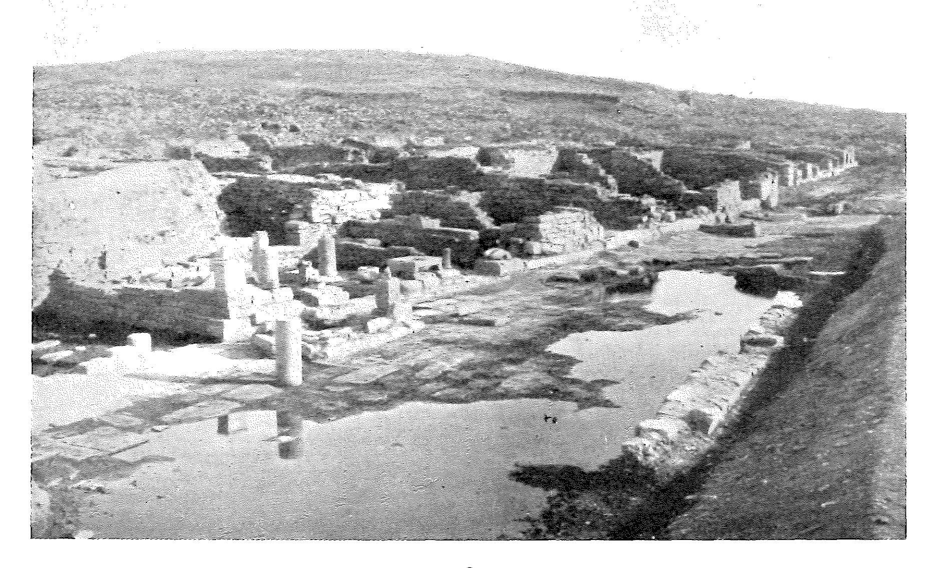
Artistas griegos al servicio de Roma. Placa de mármol pintada
Museo de Nápoles

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXVI

La placa de mármol con dibujo monocromo u oligocromo reproducida en esta lámina fue hallada en Herculano. En el mismo lugar se hallaron otras cuatro placas del mismo tipo. Otra placa de mármol pintado con la figura de Niobe fue descubierta en Pompeya. En la pintura que aquí mostramos se ven cinco figuras mitológicas jugando a los nudillos (ἀστράγαλοι). El artista nos dejó los nombres de las muchachas: Hileaira, Aglaia, Niobe, Letona, Febe. A la izquierda, en el ángulo superior, está la firma del artista que hizo esta copia, un poco libre, de un original del siglo v a. de J. C.: Ἀλέξανδρος Ἀθηναῖος ἔγραψε. No puedo discutir aquí esta ni otras copias similares de pinturas más antiguas hechas por artistas del siglo I a. de J. C. El tema ha sido ya tratado muchas veces. Las pinturas pertenecen al mismo grupo que los bajorrelieves llamados neoáticos. En el siglo I a. de J. C. y más tarde, estas copias escultóricas y pictóricas se emplearon frecuentemente para decorar las habitaciones de las casas propiedad de los romanos ricos. Muy recientemente se halló *in situ* un grupo de relieves neoáticos en una lujosa casa de Herculano. Para una descripción con más pormenores y referencias bibliográficas, véase O. Elia, *Pitture murali e mosaici nel Museo Nazionale di Napoli,* 1932, págs. 32 y sigs. A su bibliografía puede añadirse el minucioso análisis de los «jugadores de astrágalos», por M. H. Swindler, *Ancient Painting,* 1929, págs. 323 y sigs., fig. 271. (Fotografía facilitada por Alinari.)



1



2

Delos en los siglos II y I a. de J. C.

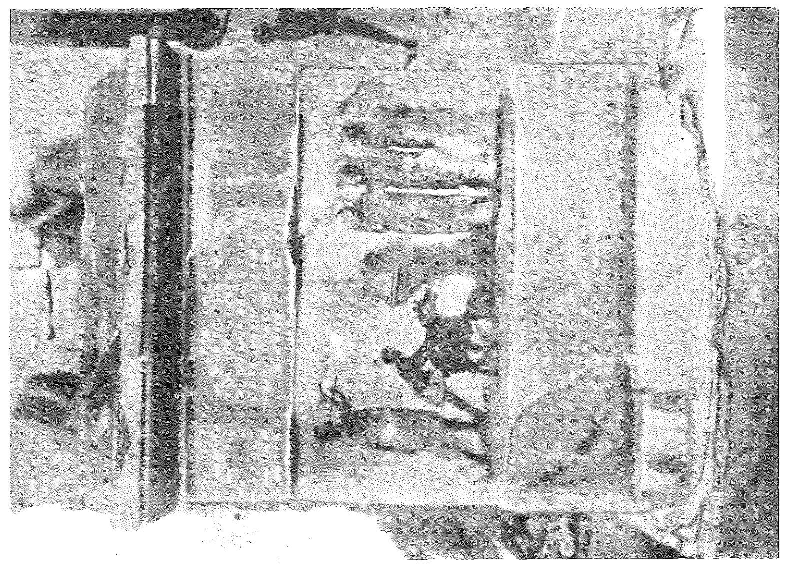
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXVII

1. Puerto sagrado de Delos con los edificios adyacentes del santuario. Véase el plano general de Delos (fig. 8, pág. 863).

2. El puerto comercial de Delos con el lugar de desembarco y los almacenes adyacentes.

(Fotografías facilitadas por R. Demangel, director de la Escuela Francesa de Atenas.)

Sobre los puertos de Delos y su historia: J. París, *Contributions à l'étude des ports antiques du monde grec,* en *B. C. H.,* XXXIX (1915), págs. 5 y sigs., y XL (1916), págs. 5 y sigs.; K. Lehmann-Hartleben, *Die antiken Hafenanlagen des Mittelmeeres,* en *Klio,* supl. XIV (N. F. 1), 1923, págs. 152 y sigs. y lám. XXIV; P. Roussel, *Délos,* 1925, págs. 35 y sigs.; Le Port, *L'entrepôt et la ville de Délos.* Véase cap. VIII, nota 8.



Delos. Cultos y altares domésticos

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXVIII

La lámina y el plano aquí reproducidos muestran uno de los muchos santuarios domésticos hallados en las casas particulares de Delos, tanto fuera de ellas, en la calle, como dentro de las mismas. Este santuario constaba regularmente de un altar con escenas pintadas sobre el yeso que cubría su núcleo y que se renovaba de cuando en cuando, y de un panel pintado adjunto en la pared, cuya capa de yeso se renovaba igualmente con cierta frecuencia. El santuario aquí reproducido fue hallado cerca de la casa C, en la zona del Estadio, ínsula I. Sobre el frente del altar (que tenía un nicho arriba para proteger el fuego) hay representada una escena de sacrificio. Tres hombres con la cabeza velada, vestidos de blanco, con la mano derecha levantada como en oración, se apro-

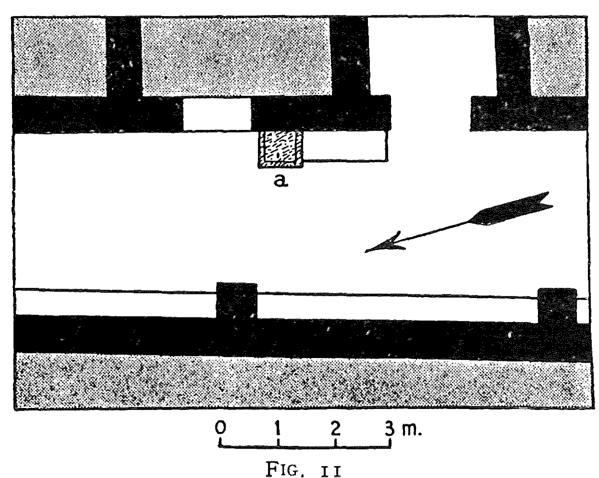


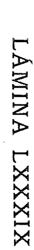
FIG. 11

ximan a un altar que tiene exactamente la misma forma que el de la escena pintada. Por el otro lado, un esclavo o ayudante conduce un cerdo al altar, mientras detrás de él está un auletes tocando la doble flauta. El panel adyacente, sobre la pared, muestra dos luchadores o púgiles dispuestos a la lucha. Cerca de ellos, el premio para el vencedor: un jamón (parte del animal sacrificado) y un ánfora de vino. Arriba, como presidiendo el juego, la figura coronada de Heracles.

El significado de esta escena y otras parecidas, casi idénticas, pintadas en los santuarios de las calles y casas de Delos, no podemos estudiarlos aquí con pormenores. Hasta ahora no se ha presentado una interpretación completamente satisfactoria de ellos. Es imposible aceptar por entero la sugerencia de Bulard según la cual tenemos aquí una combinación del culto del genio del propietario de la casa (como en Pompeya), que realizan los miembros de su familia, con el culto de los lares domésticos y de las encrucijadas organizados por asociaciones de esclavos, y que esta combinación era una manifestación del culto doméstico de los itálicos residentes en Delos exclusivamente. No acierto a ver en las pinturas de Delos nada que los limite necesariamente a la población itálica de Delos y que excluya a la mayoría griega de residentes en la isla: no hay nada específicamente italiano en las luchas representadas en los altares y paredes en las escenas de sacrificio. En todo caso, las pinturas de los santuarios domésticos de Delos nos introducen en la vida íntima religiosa de su población. Véase M. Bulard, *Description des revêtements peints à sujets religieux*, en *Expl. arch. Délos*, IX (1926), págs. 133 y sigs. (mi lámina reproduce la figura 45 y lám. XIII, 1, de esta publicación); cf. *La Religion domestique dans la colonie italienne de Délos*. Para los paralelos en Pompeya, G. K. Boyce, *Corpus of the Lararia of Pompeii*, en *Mem. Am. Acad. Rome*, XIV, 1937.

Artistas sirios trabajando en Delos

Mosaico todavía *in situ* en Delos



DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA LXXXIX

El mosaico de piso reproducido en esta lámina decoraba una habitación para recepción (οἶκος) en una casa en la vecindad inmediata del teatro excavado en 1930. Esta casa, grande y suntuosa —una de las más grandes de Delos—, de tipo peristílico, corriente en Delos, fue construida de prisa y sin cuidado en algún tiempo del siglo II a. de J. C., pero decorada pródigamente con pisos de mosaicos de gran calidad. Cuatro fueron hallados en sendos οἶκοι, construidos alrededor de un peristilo. El profesor J. Chamonard, que excavó la casa, sugiere que la baratura y prisa de su construcción puede explicarse por su carácter. Cree que la casa no fue un edificio residencial, sino construido para una corporación. Los temas de los mosaicos —tres de ellos relacionados con el arte escénico (tragedia, drama satírico, comedia)— pueden sugerir, según él, que la Casa de las Máscaras, como la denominó su excavador, fue propiedad de los *technitai* dionisiacos y utilizada por ellos como una especie de club y para los ensayos.

Aquí reproducimos el mayor y más bello de los cuatro mosaicos. Consta de dos partes: el cuerpo del mosaico con una traza que hace pensar en una alfombra y que comprende dos medallones romboidales; y el emblema, la pintura central cuadrada que se hizo por separado en el taller del artista y se colocó en el centro del piso, de modo descuidado, antes o después de que se hiciese el mosaico. El emblema muestra sobre un fondo negro una figura dionisiaca, con rico vestido de teatro, cabalgando a la manera femenina sobre una pantera con una corona de hiedra alrededor del cuello. La figura dionisiaca lleva una corona de hiedra, en la mano derecha un tirso y en la izquierda un tímpano. Es difícil identificar la figura: podemos suponer que es un Dioniso joven afeminado, o más probablemente una de las ménades, o incluso Ariadna. El emblema es de excelente factura y de técnica refinada. Su composición es hábil y bien equilibrada. Está lleno de movimiento y expresión, pero sin exceso. La policromía es rica, pero armoniosa. Aunque quizá se trate de la copia de una pintura famosa, es obra de un artista de primera clase. El resto del mosaico, aunque probablemente diseñado por el mismo artista, fue realizado por artesanos corrientes. En los medallones romboidales, dos centauros miran al emblema central: uno lleva un soporte de antorchas, el otro un cántaro. En el campo hay dispersas cuatro coronas: dos de hiedra y dos de laurel (quizá ganadas por el donante de la casa o de su decoración musivaria; sabemos que frecuentemente los artistas dionisiacos recibían costosos regalos), y cuatro ramas estilizadas.

Un análisis estilístico cuidadoso de los mosaicos de la casa de las máscaras y de otros mosaicos de Delos y otras consideraciones (cf. Ch. Picard, *Syria,* XIV (1933), págs. 318 y sigs.) llevaron a M. J. Chamonard a suponer que los mosaicos de la casa de las máscaras se hicieron bajo la inspección de Asclepiades de Árados, o, en parte, por mano de este mismo artista, que firmó uno de los mosaicos en otra casa rica de Delos, denominada la Casa del Tridente. Me inclino a aceptar esta opinión. Ahora conocemos, después de las recientes excavaciones de Antioquía, Dafne, Apamea y Seleucia de Pieria, el grado de florecimiento del oficio de los musivarios en Siria en la época romana. Su floreciente situación no fue, por supuesto, resultado de la *pax romana,* sino herencia de la época helenística. No es raro que los ricos mercaderes de Delos, algunos de los cuales eran sirios, encargasen a los artistas griegos de Siria y Fenicia el adorno de sus casas con pisos de mosaico (véase descripción de la lám. LXXIV).

Se encontrarán bellas reproducciones en color de los mosaicos y un estudio detallado de ellos en J. Chamonard, *Les mosaïques de la Maison des Masques,* en *Explor. Arch. Délos,* XIV (1933). Mi lámina está reproducida de su lám. III. Véase pág. 876 y nota 68 de este capítulo.

1. Museo de Delos



2. Museo Nacional de Atenas

Metalurgia delia

LÁMINA XC

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XC

1. La placa de bronce reproducida en esta lámina tiene una historia peculiar. Fue descubierta en 1908 como hallazgo aislado en la Crene Minoe de Delos. En 1921, R. Vallois observó que coincidía exactamente con el espacio reservado para una placa de metal en una de las dos estelas gemelas halladas hacía años en Delos en las ruinas del baño del ágora. Vallois señaló además que en los inventarios delios de la época de la dominación ateniense se describían las dos estelas mencionadas como existentes en el prodomo del templo de 'Αγαθὴ Τύχη (la descripción mejor conservada de los objetos guardados en este templo se encontrará en *Inscr. de Delos, Actes des fonct. athen.*, etc., número 1417, A II, 26 y sigs.). Se concluyó de este modo que el bajorrelieve estuvo desde 166 a. de J. C. en el templo de 'Αγαθὴ Τύχη. Sin embargo, el hecho de que un decreto del pueblo delio de principios del siglo II (*I. G.*, XI, 1026) estuviese grabado en una de las estelas después de su dedicación, demostraba que el templo, aunque no se mencionase en los inventarios de la época independiente, existía mucho antes del 166 a. de J. C. En esta época, sin duda, tenía otro nombre. Se ha supuesto que en la primera etapa de su historia el templo debió de haber estado dedicado a Arsínoe, esposa de Filadelfo, y a 'Αγαθὴ Τύχη, y en las cuentas de los *hieropoioi* se denominaba Filadelfión. Se desconoce la situación exacta del Filadelfión y el Tiqueón, pero parece que estuvieron en el monte Cinto. Es probable que fuese el anónimo templo A recientemente excavado por Plassart en esta región. La identificación del Tiqueón con el Filadelfión sugerida por Vallois se basaba principalmente en su interpretación de la escena representada en la placa. Me parece que esta interpretación es correcta. Vemos a la diosa Ártemis con los rasgos de Arsínoe encendiendo con dos antorchas el fuego en un altar cuadrado. Está asistida por dos sátiros, uno que sopla a la llama y otro que lleva un enocoe parecido a los anteriormente estudiados (lám. XLI, 2) para la libación, y el λίκνον, el cual apunta a la conexión de Ártemis-Arsínoe con los misterios dionisiacos, tan populares en Alejandría. Detrás del altar se ve un ξόανον en la cima de una pilastra delgada. El bajorrelieve es una bella obra de arte de principios de la época helenística. Con justicia se ha descrito como el precursor de los llamados bajorrelieves helenísticos de paisaje. No es posible decir si el bajorrelieve y su gemelo perdido fueron hechos en Alejandría. Su estilo es peculiar y no tiene nada en común, por ejemplo, con los bajorrelieves de enocoes de Arsínoe y Berenice estudiados anteriormente (lám. XLI, 2). La obra puede igualmente ser producto de la industria delia del bronce. Ha sido publicado y discutido varias veces. Doy aquí una bibliografía selecta: F. Courby, *Mon. et Mém. Piot.*, XVIII (1910), págs. 19 y sigs. (con una bella reproducción); J. Sieveking, Brunn-Bruckmann, *Ant. Denkm.*, lám. 621; R. Vallois, *B. C. H.*, XLV (1921), págs. 242 y sigs., y *C. R. Ac. Inscr.*, 1929, págs. 32 y sigs.; Ch. Picard, *A. J. A.*, XXXVIII (1934), págs. 147 y sigs., y *Mél. Maspéro*, II (1934), págs. 325 y sig.; cf. A. Plassart, *Les sanctuaires et les cultes du mont Cynthus*, en *Expl. arch. Délos*, XI (1928), págs. 222 y sigs.

2. Cabeza retrato de bronce de uno de los residentes griegos o grecoorientales en Delos hallado en la antigua palestra. Los ojos están incrustados. Bella obra de la primera mitad del siglo II a. de J. C. cuyo estilo se relaciona con las esculturas pergamenas antiguas (véase la cabeza de Átalo I, lám. V), C. Michalowski, *Les portraits hellenistiques et romains, Expl. arch. Délos,* XIII (1932), núm. 1, págs. 1 y sigs., láms. I-VIII, figs. 1, 2.

(Fotografías facilitadas por R. Demangel, director de la Escuela Francesa de Atenas.)



Delos. Producto de la industria cerámica
Museo de Delos

1. Uno de los hornos de carbón portátiles hallados en Delos. Se conocen pocas piezas intactas de este tipo, pero son muy frecuentes los fragmentos en las ruinas de las ciudades helenísticas. Se han encontrado muchos en Atenas, Tera, Priene, Delos, y fragmentos aislados en otras ciudades de Grecia, Italia y Sicilia, Egipto y África (Cartago). Los hornos se dividen en dos clases: simples utensilios sin adornos, probablemente empleados para cocinar y cocer el pan, y un tipo más ambicioso, de forma elegante y rica ornamentación (altura media, 54 cm.), que sirven para calentar las habitaciones o para conservar calientes alimentos y bebidas. Los hornos de la segunda clase son de forma, factura y ornamentación uniformes. Se fabrican con cerámica rojo-marrón, más bien basta, que según el grado de cocción adquiere un color rojo de distintos matices. El horno consta de dos partes: la superior, receptáculo semiesférico para la combustión del carbón con el fondo perforado (para la ventilación y eliminación de cenizas), y de tres soportes dentro de él para sostener vasijas colocadas sobre el carbón; y la parte inferior, que sirve para ventilación y receptáculo de cenizas. Las dos partes se fabrican en el torno del alfarero y se adornan con adornos aplicados e incisos. Sobre los mencionados soportes en forma de trípode, decorados con cabezas, máscaras, figurillas, etc., se encuentran a veces marcas de alfarero. El nombre antiguo de este tipo de utensilio es desconocido. Podemos escoger uno de los muchos enumerados por Pólux, *Onom.*, VI, 88; X, 10: ἐσχάρα, κρίβανος, βαῦνος, ἰπνός, πύραυνος, χυτρόπους, ἐσχαρίς, ἀνθράκιον. Los hornos portátiles del tipo descrito se limitan a finales de la época helenística, cuando Delos estaba en pleno auge. La uniformidad de forma y decoración sugiere que fueron producidos en el siglo II a. de J. C., en un solo lugar, quizá por un solo alfarero (podemos pensar en Ἑκαταῖος; se han hallado hornos firmados por él en Atenas, Delos, Rodas, distintos lugares de Asia Menor, Náucratis, Tarento, Siracusa) y que llegaron a extenderse mucho. Probablemente al mismo tiempo los alfareros locales hicieron hornos del mismo tipo en centros más importantes.

El artículo clásico sobre estos objetos es A. Conze, *Griechische Kohlenbecken*, en *J. D. A. I.*, V (1890), págs. 118 y sigs. El material hallado en Tera ha sido publicado y estudiado por F. Hiller von Gaertringen, *Thera*, II, pág. 82; III, págs. 42, 127, 146, 159, 162, 178; el de Priene, por R. Zahn, en Th. Wiegand, y H. Schrader, *Priene*, 1904, págs. 459 y sigs.; el de Delos (los fragmentos hallados antes de 1905), por F. Mayence, *B. C. H.*, XXIX (1905), págs. 373 y sigs., con una buena bibliografía (pág. 343, nota 1). Después de 1905 se han hallado en Delos otros muchos fragmentos, entre ellos algunos pertenecientes a un tercer tipo de horno destinado a quemar madera, G. Bakalakis, *B. C. H.*, LVIII (1934), págs. 201 y sigs. Una colección completa de los hornos delios será publicada por A. Deonna en *Explor. arch. Délos*.

2. Uno de los cuencos pergamenos de color rojo brillante, con figurillas aplicadas, hallados en Delos (cf. lám. LXXIII). Estas figurillas no tienen relación entre sí. Representan: 1) Sileno llevando una *vannus mystica*; 2) figura grotesca, quizá carácter de un mimo; 3) una mujer; 4) la musa Talía con máscara cómica; 5) figura grotesca bailando; 6) restos de otra figura bailando, F. Courby, *B. C. H.*, XXXVII (1913), pág. 422, núm. 716, fig. 5, frente a la pág. 424.

3 y 4. Dos cuencos «megareos» típicos de la llamada factoría delia (F. Courby, *Les vases grecs à reliefs*, 1922, págs. 388 y sigs. (abrique de Delos); sin embargo, véase cap. V, nota 68, y este capítulo, nota 63). En uno se representa una escena de caza (Courby, loc. cit., pág. 381, núm. 36, fig. 79); el otro va adornado con motivos ornamentales (ibíd., lám. XIII, núm. 17).

(Las fotografías de esta lámina han sido facilitadas por R. Demangel, director de la Escuela Francesa de Atenas. El horno portátil parece que está inédito.)



Monedas del siglo II a. de J. C.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCII

1. Æ Tetradracma de Farnaces I, Ponto. *Anverso:* Cabeza de Farnaces I. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΦΑΡΝΑΚΟΥ. Figura masculina, deidad panteística sosteniendo cornucopia, caduceo y rama de vid en la que mordisquea una gama.

2. Æ Dracma de Arsaces I (?). *Anverso:* Busto de Arsaces, con casco. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΜΕΓΑΛΟΥ ΑΡΣΑΚΟΥ. Guerrero parto, probablemente el fundador Arsaces, sentado en el ónfalo.

3. Æ Tetradracma de Mitrídates I, Partia. *Anverso:* Cabeza de Mitrídates. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΜΕΓΑΛΟΥ ΑΡΣΑΚΟΥ ΦΙΛΕΛΛΗΝΟΣ. Heracles y fecha ΔΟΡ, 139-138 a. de J. C.

4. Æ Tetradracma, Magnesia (hacia 190-133 a. de J. C.). *Anverso:* Cabeza de Ártemis. *Reverso:* ΜΑΓΝΗΤΩΝ. Apolo de pie sobre motivos meándricos y nombre de magistrado; todo dentro de una guirnalda.

5. Æ Tetradracma de Alejandro Balas, Tiro. *Anverso:* Cabeza de Alejandro. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΛΕΞΑΝΔΡΟΥ. Águila tiria sobre una proa; en el campo, maza con ΤΥΡ en monograma y fecha ΒΞΡ, 151-150 a. de J. C.

6. Æ Tetradracma de Tolomeo VI, Filométor o Tolomeo VII (VIII) Evérgetes II, Chipre. *Anverso:* Cabeza del rey. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΠΤΟΛΕΜΑΙΟΥ. Águila sobre rayo; en el campo, fecha LΛϚ, 146-145 ó 135-134 a. de J. C.

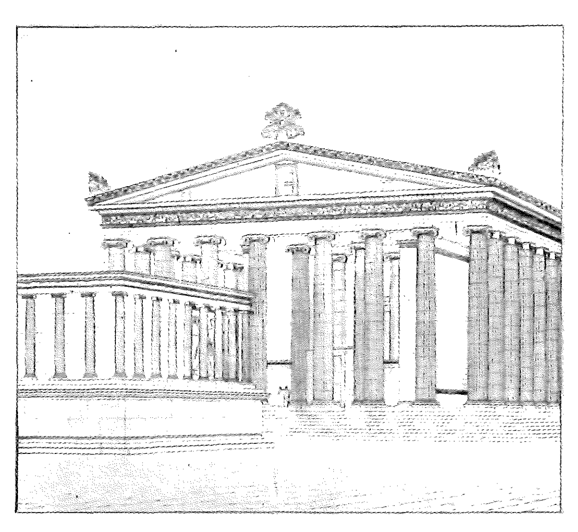
7. Æ Tetradracma, Side (después de 190 a. de J. C.). *Anverso:* Cabeza de Atenea. Contramarcas cistofórica y seléucida. *Reverso:* Nice sosteniendo una guirnalda; en el campo, una granada (emblema de Side) y nombres de magistrados.

8. Æ Tetradracma de Nicomedes II, Bitinia, 147 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Nicomedes II. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΕΠΙΦΑΝΟΥΣ ΝΙΚΟΜΗΔΟΥ. Zeus coronando un nombre real; en el campo monograma y fecha ΑΝΡ.

9. Æ Tetradracma, Tasos (después de 146 a. de J. C.) *Anverso:* Cabeza de Dioniso joven. *Reverso:* ΗΡΑΚΛΕΟΥΣ ΣΩΤΗΡΟΣ ΘΑΣΙΩΝ. Heracles de pie.

Esta lámina ilustra algunas monedas, en su mayoría de la época posterior a la batalla de Pidna. El primero de los dos ejemplares de monedas partas es de fecha anterior. Se discuten la fecha y el carácter de las primeras monedas partas. Véanse las observaciones de J. Wolski, *Arsaces I,* 1937 (en polaco, con resumen en francés). Las monedas de Magnesia (núm. 4) y de Side (núm. 7) ilustran las abundantes emisiones de algunas ciudades anatólicas después de la derrota de Antioco III por los romanos; véanse nuestras págs. 710 y sigs. Sobre las monedas de Tasos después de 146 a. de J. C., véase este capítulo, notas 11 y 30. Sobre los tetradracmas de Alejandro Balas, acuñadas en Tiro, nota 126 de este capítulo.

1



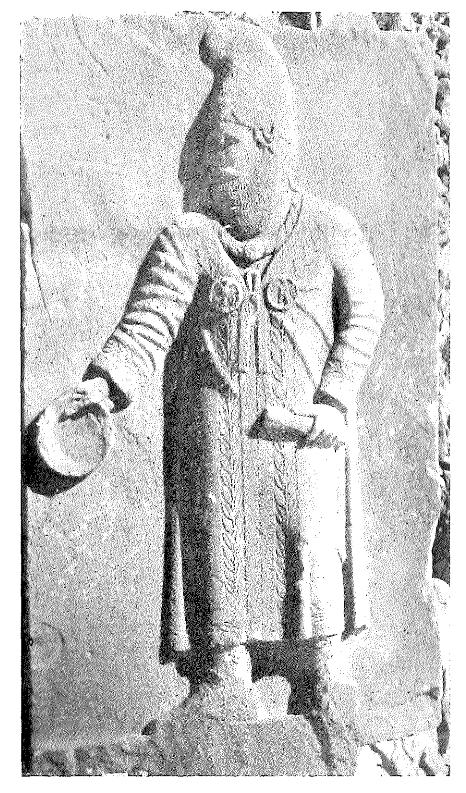
2

Las ciudades de Asia Menor en el siglo II a. de J. C.

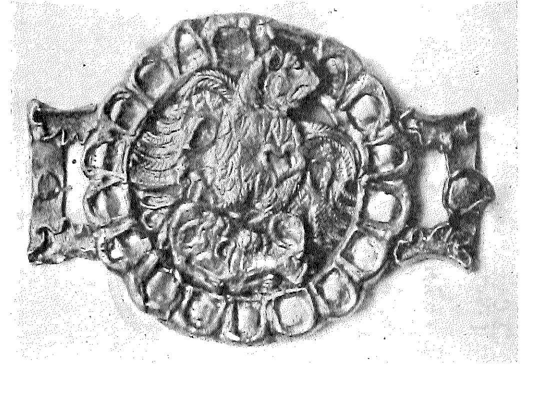
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCIII

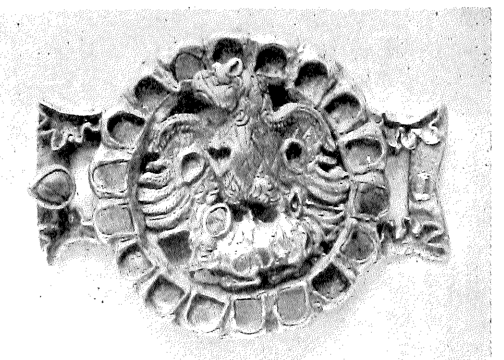
El mercado de Priene, prolongación hacia el Sur de la calle principal, rodeado de pórticos por tres lados, era el principal centro social, político, religioso y mercantil de la ciudad. El ala sur del pórtico aquí reproducido en reconstrucción no era, como las otras alas, un pórtico con una serie de tiendas. Al eliminar las tiendas, su parte central se transformó en un espacioso salón dividido en dos partes por una fila de columnas y protegido del sol y la lluvia por un tejado. Sin duda, este salón se destinaba al lugar de reunión para distintos fines, entre ellos las transacciones mercantiles. La reconstrucción de este salón, hecha por el profesor F. Krischen, se reproduce aquí con permiso del autor y del Instituto Arqueológico Alemán. Sobre la ciudad de Priene en el siglo II a. de J. C. en general y sobre el embellecimiento del mercado en esta época (añadiéndole por el lado norte de la calle principal el «pórtico sagrado» de Orofernes o Ariarates VI), hacia 130 a. de J. C., véanse págs. 826 y 899.

2. Artemisión de Magnesia del Meandro, con su altar monumental. He dicho (pág. 899 y nota 100) que este templo de Ártemis Leucofrina fue construido hacia 130 a. de J. C. por Hermógenes, el más grande arquitecto de la época, y se consideraba el ejemplo clásico del estilo jónico tardío. El templo fue descrito en una obra especial por su constructor, y esta monografía fue ampliamente utilizada por Vitruvio. No puedo describir aquí este edificio que ha sido excavado por el Instituto Arqueológico Alemán (se encontrará una descripción en las obras citadas en la nota 100). Sólo tengo que destacar una vez más que la construcción de un templo de esta clase en la segunda mitad del siglo II antes de J. C. atestigua todavía el genio inextinguido de los artistas griegos y la riqueza material de sus clientes. La reconstrucción (del profesor F. Krischen) se reproduce aquí con permiso del autor y de los Museos del Estado, Berlín.



1. Un antepasado de Antioco I de Comagene. Nimrud Dagh de Comagene





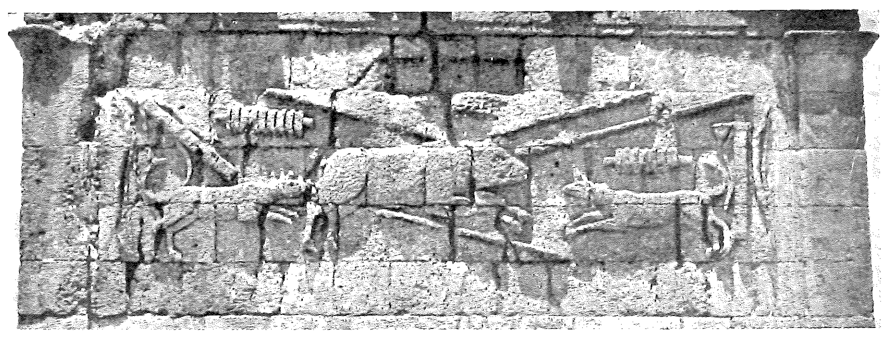
2. Broches de oro. Museo Británico, Londres, y Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

La reorientalización de las antiguas partes que formaron el imperio seléucida

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCIV

1. El monumento funerario de Antioco I de Comagene (69-34 antes de J. C.) es bien conocido de los estudiosos del mundo antiguo. Consta de un majestuoso túmulo de unos 45 m. de altura y tres terrazas. Dos de estas terrazas estaban destinadas a santuarios o *heroa* del rey muerto. Aquí el rey se asociaba (en estatuas y bajorrelieves) con los dioses y sus antepasados reales. Estos últimos le vinculaban, por un lado, con los aqueménidas, y por otro, con los seléucidas. El bajorrelieve aquí representado muestra a uno de los antepasados persas de Antioco I (la inscripción que lleva detrás está muy mal conservada y no permite la identificación de su antepasado). Vemos un rey persa o un miembro de la casa real persa, con el traje real tradicional en Persia, realizando un acto de adoración. En la mano derecha sostiene una pátera; en la izquierda, el manojo de mimbres sagrado: el *baresman*. El traje real consta de la tiara tiesa (τιάρα ὀρθή) adornada con estrellas de oro, la diadema también adornada con placas de oro, el torques de oro (στρεπτός) en el cuello, el caftán (κάνδυς) ricamente bordado, abierto por delante, sujeto al pecho por una correa anudada sujeta a su vez por dos broches de oro, la camisa (cubierta por el caftán), los pantalones y los zapatos, también con ricos adornos de bordados y placas de oro. Los dos broches circulares sujetos a las solapas del caftán son especialmente interesantes. Están descritos en Curtius, III, 8, como una de las insignias de los reyes persas: *Pallam auro distinctam aurei accipitres velut rostris inter se concurrerent adornabant* y parece que estaban hechas en repujado o incrustación. Este bajorrelieve ha sido minuciosamente descrito y comentado por K. Humann y O. Puchstein, *Reisen in Kleinasien und Nordsyrien,* 1890, págs. 299 y sigs., lám. XXXVI, 1 (cf. XXXV, 3, y XXXVII, 1). (Aquí reproducido de un vaciado en los Museos del Estado, de Berlín, que han facilitado la fotografía.) Véanse págs. 916 y sigs., y 923 de este capítulo y notas 121 y 131.

2. Los dos broches de oro aquí reproducidos fueron, sin duda, como el profesor R. Zahn me ha indicado, empleados para el mismo fin que los del bajorrelieve antes descrito. Probablemente formaban parte del tesoro de Karen Pahlav hallado en Nihavand. Los broches constan de marcos circulares y figuras de águilas-grifos soldadas a estas bandas circulares. Los grifos son de trabajo repujado. Aparecen vistos de frente, con las alas extendidas y la cabeza vuelta, uno a la derecha, y el otro a la izquierda, sosteniendo un íbice en las garras. Las patillas a ambos lados de los broches están decoradas con media hoja de acanto. Los pájaros, la presa, la banda circular y las hojas están incrustadas con pasta gris verdosa por la técnica del cabujón. El estilo y la factura de estos broches son muy parecidos a los de los productos del arte bactriosiberiano o neoiranio estudiados en la descripción de la lámina LXII, 3. Véase M. Rostovtzeff, *Arethuse,* 1924, lám. XV, 5; E. Herzfeld, *Burlington Magazine,* III (1928), pág. 22, lám. fig. C; D. M. D(alton), *Brit. Mus. Quart.,* II (1928), págs. 88 y sigs., y frontispicio LI *b;* Ph. Akerman en A. U. Pope, *A Survey of Persian Art,* I, 1939, pág. 465, lám. 138 A, B.



Los jeques de Emesa

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCV

El monumento de Monte Hermel, Siria, que se ve en esta lámina, restaurado por el Servicio de Antigüedades de Siria, está descrito en el texto. La asociación de este monumento, sea de carácter funerario o conmemorativo, con los gobernantes de Emesa está bien establecida por la comparación de la pirámide de Monte Hermel con el mausoleo ahora destruido de Sampsiceramo en la misma Emesa (véase nota 133). No se puede determinar con exactitud la fecha del monumento, pero sus rasgos arquitectónicos y el estilo peculiar de las esculturas indican a finales del helenismo más bien que a principios de la época imperial. Los bajorrelieves que adornaban el monumento son intrigantes. Es sorprendente la ausencia de cazadores, siendo característicos los instrumentos de caza. Para un análisis más minucioso del monumento, véase el artículo de P. Perdrizet citado en la nota 133. A este respecto, debo destacar el carácter más modesto y más «helenístico» del monumento de Monte Hermel comparado con los túmulos funerarios de la dinastía de Comagene. Los emesenos estaban en relaciones más estrechas con la cultura griega que con los comagenianos.

(Fotografías facilitadas por H. Seyrig, director de Antigüedades de Siria.)

1. Cabeza de bronce. Museo Británico, Londres



2 y 3. Monedas nabateas. Museo Británico, Londres

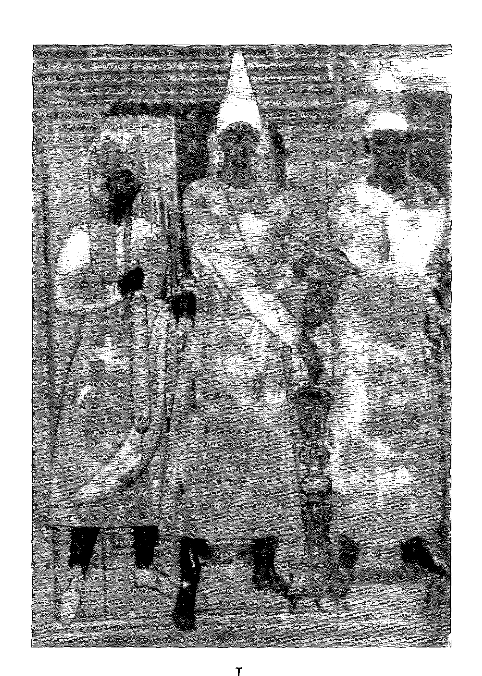
Arabia meridional y el helenismo

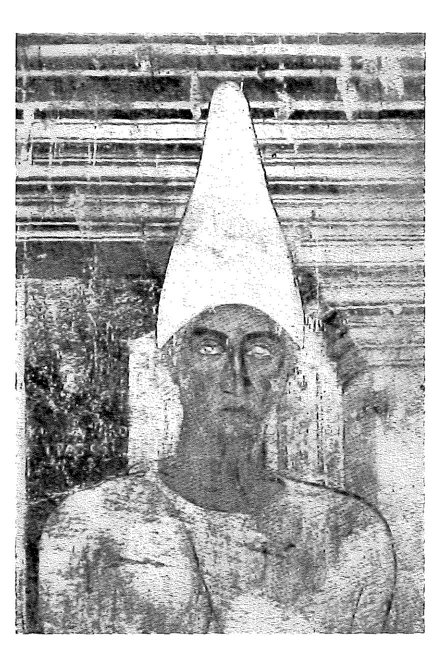
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCVI

1. La bella cabeza de bronce hallada en el sur de Arabia ha sido mencionada en este capítulo, pág. 926 (véase nota 136 para la bibliografía). No puedo describirla aquí minuciosamente pero el lector encontrará una información excelente sobre ella en el artículo de R. P. Hinks citado en la nota 136. No obstante, puedo llamar la atención sobre su peinado peculiar. «El cabello cuelga —dice el señor Hinks— en rizos sueltos detrás de la nuca; sobre la frente, va peinada hacia adelante con tirabuzones dispuestos de modo que de un lado van torcidos hacia la derecha y otros hacia la izquierda a partir de la raya central, de modo que las orejas quedan completamente cubiertas.» Este tipo de peinado aparece, como indica el señor Hinks, en las monedas de los reyes himiaritas de principios del imperio romano. Sin embargo, es evidente que los himiaritas no inventaron esta moda, sino que la tomaron de otra parte. Podemos recordar a los reyes nabateos de finales del helenismo, que se peinaban de modo parecido (véanse núms. 2 y 3 de esta descripción) bajo la influencia probablemente de los últimos Tolomeos (I. Noshy, *The arts in Ptolemaic Egypt,* 1937, pág. 125). Uno de éstos, la famosa Cleopatra Tea, importó su peinado libio a Siria (véanse sus monedas y el famoso busto de bronce con tirabuzones de la Villa de los Papiros, Herculano, ahora en el Museo de Nápoles, ingeniosamente identificado como retrato de Cleopatra Tea por E. Pfuhl, *J. D. A. I.,* XLV (1930), págs. 43 y sigs., y figs. 26 y 27). El estilo de la cabeza, su similitud con las monedas de Málico y Obodas abajo reproducidas, demuestra, en mi opinión, que la cabeza debe atribuirse a finales del helenismo y no a la época romana, y que probablemente fue importada a Arabia meridional desde Egipto o el reino seléucida. Conocemos un activo tráfico en estatuas de bronce por esta época en el imperio parto (véase lám. XCVIII). Probablemente sucedía lo mismo con los nabateos y los árabes meridionales, que recibían sus objetos de bronce de Egipto o del reino seléucida, o de ambos, y los utilizaban como modelos de su propia industria del bronce. No debemos olvidar que el estado floreciente del comercio caravanero en el siglo II a. de J. C. está atestiguado por la prosperidad del reino nabateo y de las ciudades mercantiles de Fenicia por un lado, y por otro el renacimiento de las relaciones mercantiles egipcias con Arabia y la India. Añádase a la bibliografía sobre la cabeza de bronce dada en la nota 136: R. Dussaud, *Syria,* XIX (1938), pág. 98. (Fotografía facilitada por el Museo Británico, Londres.)

2. Æ Didracma de Málico I (hacia 60-30 a. de J. C.), rey de los nabateos. *Anverso:* Cabeza a la derecha, sin barba, con bigote (?), con cabello en largos tirabuzones, con diadema. *Reverso:* Águila con las alas plegadas, de pie, mirando a la izquierda; inscripción nabatea, además de IKL, quizá una fecha. Londres, Museo Británico, *B. M. C.*, Arabia, etc., pág. 3, lám. I, 5. Ampliada.

3. Æ Dracma de Obodas III (hacia 30-9 a. de J. C.). *Anverso:* Bustos unidos de Obodas con cabello largo, vestido y con diadema, y de la reina, vestida, con corona y collar. *Reverso:* Águila de pie, hacia la izquierda; inscripción nabatea. Londres, Museo Británico, *B. M. C.*, Arabia, etc., pág. 4, lám. I, 6. Ampliada.





1 2

Las pinturas de Conón. Museo Nacional de Damasco



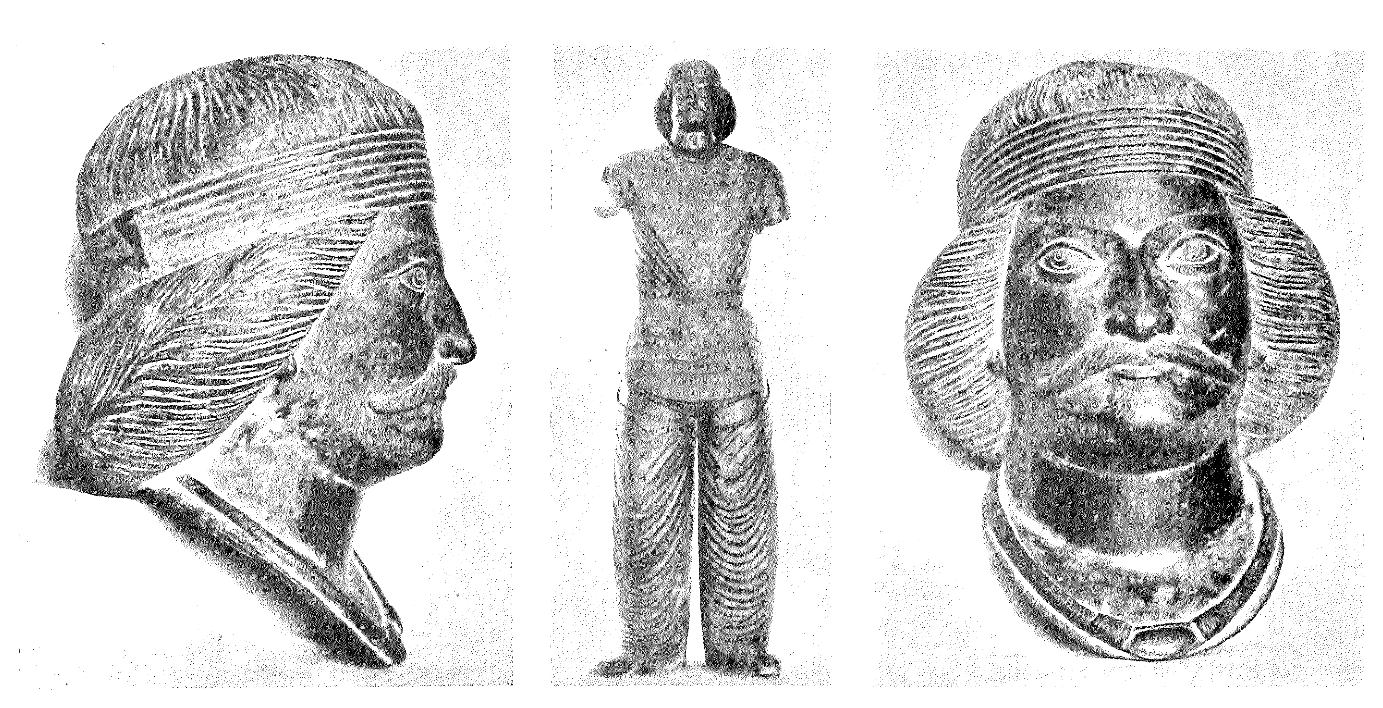
3. El dios Aflad. Galería de Bellas Artes de Yale, Nueva Haven

Dura-Europos en la época parta

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCVII

1 y 2. Dos partes de la famosa pintura dedicada por Conón, destacado habitante de Dura, a mediados del siglo I d. de J. C., al gran dios Bel en su templo situado en el ángulo noroeste de la ciudad de Dura-Europos. La pintura representa un sacrificio ofrecido por Conón (fig. 1, a la izquierda) y su familia (no reproducida en mi lámina) y realizado por dos sacerdotes (a la derecha de Conón, en la fig. 1; busto de uno de ellos, fig. 2). La pintura del sacrificio de Conón es una ilustración admirable de la orientación gradual de los colonos macedónicos de Dura-Europos. Conón, como sabemos por distintos testimonios allí hallados, pertenecía a una de las familias macedónicas más antiguas y destacadas de la ciudad. No obstante, según demuestra nuestra pintura, aunque conservaba su nombre macedónico y lo transmitía a su descendencia masculina, estaba casado con una mujer semita (Bitnanaía) y sus hijas llevaban nombres semitas. Él y su familia usan un traje mixto grecosirio (quizá con algunos elementos iranios) y adoraban un dios semita, el gran Bel de Palmira y Babilonia. Los sacerdotes que ofician para él son semitas de pura sangre, sus vestiduras sacerdotales son semíticas, y el rito que celebran no es griego ni macedónico. Finalmente, los arquitectos que construyeron el templo y los pintores que realizaron la pintura (aunque quizá semigriegos, como Conón y su familia) estaban profundamente influidos por las tradiciones del arte oriental y estaban creando, junto con otros artistas del mismo tipo en toda Mesopotamia, un nuevo estilo mesopotámico en arquitectura, pintura y escultura. Sobre el templo de Bel y su decoración pictórica, véase J. H. Breasted, *Oriental Forerunners of Byzantine Painting*, etc., 1924; F. Cumont, *Fouilles de Doura-Europos*, 1926, págs. 41 y sigs., láms. XXV-XL: y las contribuciones posteriores registradas en mi *Dura-Europos and its Art*, 1938, pág. 146, nota 42; sobre la arquitectura del templo, véanse las obras citadas, ibíd., pág. 142, nota 26.

3. Bajorrelieve cultural de un altar hallado en el recinto sagrado situado en el ángulo sudoeste de la ciudad de Dura-Europos. Representa a un dios barbado con cabello rizado, de pie, visto de frente sobre una doble basa de piedra, estando cada una de éstas adornada con el prótomo de un grifo alado. El dios lleva un polo y una diadema; al cuello, un torques iranio (στρεπτός). Va vestido a la moda semiirania: túnica con mangas largas, pantalones y zapatos altos. Sobre la túnica lleva una coraza helenística con cinturón de cuero. En la coraza van grabadas cuatro estrellas, y otras parecidas adornan los zapatos. En la mano derecha, un cetro; en la izquierda, algo parecido a un estilo. Delante del dios está un sacerdote, o el dedicante en traje sacerdotal. Usa un gorro cónico y una larga túnica. Está descalzo y sin barba, ofreciendo una libación y un sacrificio de incienso. Una larga inscripción griega afirma que el altar fue construido para el dios Aflad, patrono del pueblo de Anath (en el Éufrates, unos 100 km. al sur de Dura, la moderna Anah) por Adadiabo, hijo de Zabdibol, nieto de Siloi. Idéntico nombre aparece en una inscripción hallada en el mismo lugar que cita los nombres de los miembros de una asociación religiosa de adoradores del mismo dios, todos semitas sin excepción (54 d. de J. C.). El bajorrelieve cultural es otra excelente ilustración de la mezcla de elementos semíticos, griegos e iranios en la vida, religión y arte, esta vez de la parte semítica de la población de Dura a principios de la época romana, mezcla sin duda heredada de finales de la época helenística. Para más pormenores véase mi *Dura and the Problem of Parthian Art*, 1935, págs. 226 y sigs. y figs. 36 y 38; cf. *Dura-Europos and its Art*, 1938, págs. 142, nota 26, y 145, nota 39.



Un gobernante local. Museo Nacional de Teherán

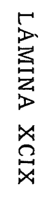
El helenismo en Partia

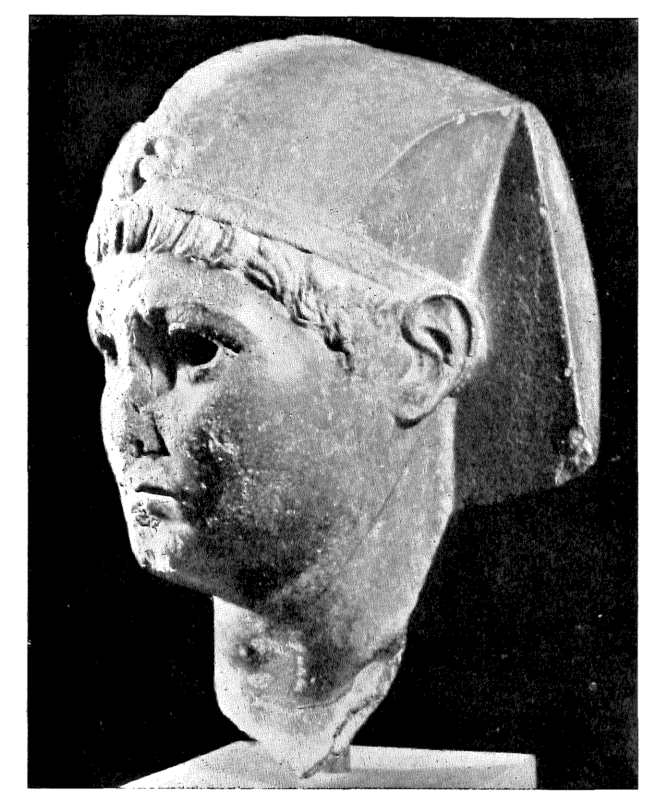
LÁMINA XCVIII

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCVIII

Estatua de bronce hallada en Shami, cerca de Malamir, Susiana. La estatua es un poco mayor que el tamaño natural (1,94 m.). La cabeza y el cuerpo fueron hechos por separado, como se ve por el metal empleado y el estilo de la factura. Con toda probabilidad, la cabeza fue traída de otro lugar (¿de Susa?) y el cuerpo hecho *in situ*. El hombre representado en la estatua lleva traje iranio, dos puñales iranios y un torques también iranio al cuello. La cabeza, con largos bigotes y sin barba, va ceñida por una diadema ancha característica, no de tipo real, porque sus extremos no quedan flotantes detrás de la cabeza como es frecuente en las diademas reales y divinas. Por consiguiente, la estatua no representa a un dios ni a un rey persa, sino a un dinasta local o un sátrapa parto. Muestra una extraordinaria similitud de estilo con las esculturas de Dura y Palmira, y sin duda fue hecha por escultores orientales: la cabeza, por un artista sometido a alguna influencia griega; el cuerpo, por un artesano local que seguía las tradiciones del arte oriental. Es difícil atribuir la estatua a una época definida. No obstante, su comparación con algunas estatuas y bajorrelieves de Dura indica finales de la época helenística o principios de la romana, no posterior al siglo I d. de J. C.

El estilo de la estatua es importante también desde el punto de vista económico. Revela relaciones comerciales entre Mesopotamia y Oriente, por un lado, y Mesopotamia y la parte norte occidental del desierto sirio, por otro. La estrecha relación estilística entre las esculturas palmirenas antiguas y la estatua procedente de Shami, y entre esta última y las estatuas y bajorrelieves de Gandhara que representan bodisatvas, parecen sugerir que el Luristán y las regiones vecinas, ricas en metales, especialmente en cobre, abastecían las principales ciudades de Babilonia y Susiana, y otras partes del reino parto también, antiguos centros de espléndida metalurgia, con abundancia de metales, y que éstos se empleaban para la producción de, entre otras cosas, estatuas de bronce de estilo parto, que se exportaban al Oriente, al Norte y al Oeste. Uno de los lugares principales donde se creó el nuevo estilo «parto» pudo haber sido Seleucia del Tigris. Debo recordar al lector que la famosa «tarifa» de Palmira (*C. I. Semitic.*, II, 3913, líns. 128 y sigs.) menciona expresamente estatuas de bronce importadas a Palmira, sin duda no de Occidente (el estilo de las reproducciones en piedra de estas estatuas en bronce halladas en Palmira no tiene nada en común con la escultura grecosiria, y no debemos olvidar que Siria no era muy rica en metales). Los portadores de este comercio en productos metálicos y probablemente de lingotes de metal, fueron las caravanas palmirenas, de las que he hablado en el texto. Véase este capítulo, págs. 929 y sigs. y nota 141; añádase a la bibliografía el excelente artículo de H. Seyrig, *Syria*, XX (1939), págs. 176 y sigs.





1. Cabeza de un rey



2. Estatua de una reina

Galería de Bellas Artes de Yale, Nueva Haven

Egipto en el siglo II a. de J. C.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA XCIX

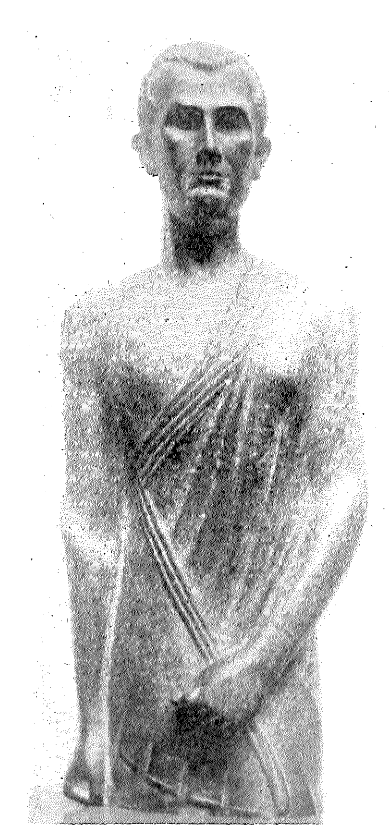
1. Cabeza de una estatua en basalto, fragmentaria y muy estropeada, que lleva el cubrecabeza *nemes* con el ureo en la frente (altura, 27 cm.); los ojos iban incrustados. La cabeza, sin duda, trataba de ser un retrato de un Tolomeo, tal vez Filopátor. Muestra una mezcla inorgánica, o más bien yuxtaposición, de elementos griegos y egipcios (véase el cabello y algunos rasgos en el modelado de la cara).

2. Fragmento de una estatua de granito representando a una reina tolemaica con los rasgos, símbolos y vestidos de Isis (altura, 485 mm.). Aunque la confección es egipcia, algunos rasgos de la cara y el cuerpo revelan influencia griega. Finales del siglo II a. de J. C. Se han hallado con frecuencia en Egipto estatuas de reinas tolemaicas representadas como Isis.

Inédita. Se desconoce el lugar de origen. (Fotografías facilitadas por la Galería de Bellas Artes de Yale.)

He reproducido las dos esculturas (de factura más bien pobre) que pertenecen a una clase muy conocida y frecuentemente ilustrada de esculturas de época tolemaica halladas en Egipto, porque muestran el aspecto egipcio de la política de los primeros y especialmente de los últimos Tolomeos. Para un análisis estilístico más minucioso de obras de esta clase, puedo remitirme a los compendios de I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt,* 1937, págs. 138 y sigs.; cf. pág. 126; A. Scharff en W. Otto, *Handb. d. Arch.,* II, 1938, págs. 612 y sigs., y a las obras más especializadas citadas en estos resúmenes. Cf. A. Adriani, *Bull. Soc. Arch. Alex.,* XXXII (N. S. 10, 1), págs. 103 y sigs. y figs. 12-14. Las esculturas tolemaicas de la Galería de Yale han sido estudiadas por la señorita W. Needler, de Toronto, en un artículo de próxima aparición.







1. Museo Británico, Londres 2. Museo de El Cairo 3. Museo de Alejandría

Sacerdotes y funcionarios egipcios de finales de la época tolemaica

LÁMINA C

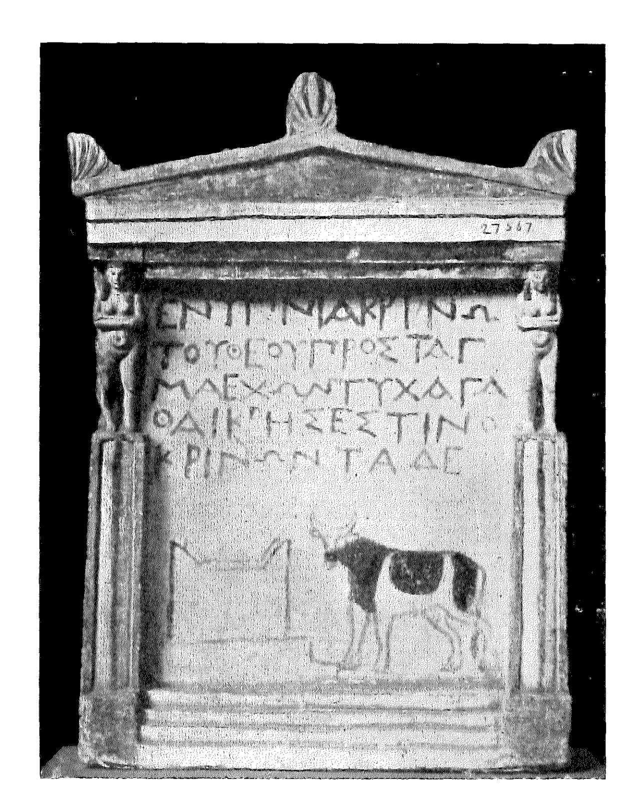
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA C

1. Estatuilla en piedra caliza de un sacerdote vestido a la moda egipcia, y esculpida en estilo egipcio. En la estatuilla van grabadas dos inscripciones: una en el frontis de la guirnalda, y otra en el soporte posterior, bajo una figura de Osiris sentada bajo el disco alado. Debo a I. E. S. Edwards un intento de traducción de estas dos inscripciones: 1) «El sacerdote, amado de Ḥer, señor de la felicidad, apellidado ...» (ilegible). 2) «El sacerdote, amado de Ḥer, señor de la felicidad [sigue una lista de títulos tolemaicos, muchos de los cuales son oscuros], de voz verdadera, hijo de un [sacerdote de títulos parecidos] Nes-Min, hijo de Uaḥ-áb-Rā, de voz verdadera, nacido de la "Señora de la Casa" [??] Ȧḥat-Ṙā.» H. R. Hall, *Br. Mus. Quart.*, III (1928-29), pág. 13, lám. VI *a.* (Fotografía facilitada por el Museo Británico, Londres.)

2. Estatua fragmentaria en basalto, de un hombre de pie, con el traje egipcio típico de las estatuas de época helenística y romana: una camisa con manga corta y un manto largo y estrecho, envuelto varias veces alrededor del cuerpo. Una breve inscripción en la parte posterior del soporte da el nombre del individuo: «Hor, hijo de Hor, el justificado.» Otra inscripción mucho más larga enumera sus acciones. Es probable, pero no seguro, que Hor fuese un sacerdote. La estatua es una bella obra de arte. El retrato representa a un intelectual egipcio helenizado o griego egipcianizado al estilo de Isidoro, autor de los himnos de Madinet Madi. Se ha atribuido a principios de la época imperial. Pero es probable que sea más correcta la fecha de F. Poulsen: principios del siglo I a. de J. C. Véase P. Graindor, *Bustes et statues-portraits d'Égypte romaine,* s. a. (1937), págs. 138 y sigs., núm. 74, láms. LXV-LXVI; F. Poulsen, *Gab es eine alexandrinische Kunst?,* en *Coll. Ny Carlsberg Glyptothek,* II (1938), págs. 31 y sigs., fig. 31; G. A. S. Snider,*Hellenistisch-römische Porträts aus Ägypten,* en *Mnemos.*, 3.ª serie, VII (1939), págs. 268 y sigs.; cf. 278 y sigs. (en estos tres artículos se encontrará una bibliografía completa). (Fotografía prestada por el profesor F. Poulsen.)

3. Estatuilla votiva de basalto negro hallada en Dimeh (Fayum). Vestida de la misma manera que la número 2. Inscripción griega de dos líneas grabada en los dos pliegues paralelos del quitón (*S. B.*, 3454): Εἰρηναῖος νεώ(τερος) Πισόιτος προσ|τάτης Σοκνοπαίωι Θεοῦ (sic) με(γίστωι). El hombre representado en la estatua era, pues, un egipcio helenizado «presidente» (προστάτης), probablemente del templo de Socnopaios, en Socnopaiu Nesos. Sobre el cargo de προστάτης: V. Otto, *Priester und Tempel,* etc., I, pág. 362; II, pág. 75 e índice, en la voz προστάτης; F. Preisigke, *Wört.*, III, sec. 20, en la voz προστάτης; cf. *Teb.*, 781 (164 a. de J. C.), y la pág. 285 del presente libro. Se discute la fecha de la estatua. Milne y Graindor, por ejemplo, la atribuyen a la época de Augusto, mientras que Breccia y Poulsen sugieren una fecha anterior (hacia 70-60 a. de J. C.). Me inclino a aceptar la fecha posterior. Ligeramente posterior es la estatuilla con ella relacionada de Paduasar, dignatario tolemaico de última época (P. Graindor loc. cit., pág. 129, núm. 66, lám. LIX). Véase P. Graindor, loc. cit., págs. 127 y sigs., núm. 65, lám. LVIII; F. Poulsen, *Rev. É. A.*, XXXIX (1937), pág. 390; G. A. S. Snijder, loc. cit., págs. 268 y sigs. y 278 y sigs. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)

Es muy instructiva la comparación de las tres estatuas reproducidas en esta lámina; reflejan muy bien los distintos aspectos de la mentalidad de la clase sacerdotal a fines de la época helenística: en la estatua de Ḥer predomina el «tradicionalismo»; en la de Hor se destacan los rasgos de refinamiento intelectual y una gran helenización, y el materialismo brutal en las estatuillas de Ireneo y Paduasar. En la memoria de G. A. S. Snijder antes citada se encontrarán algunas consideraciones del mismo tipo sobre la mentalidad de los sacerdotes tales como se reflejan en sus retratos, aunque no van demasiado lejos. También encontrará el lector una bibliografía al día de las obras que tratan de muchos problemas relacionados con la cronología y análisis estilístico de los retratos tolemaicos y romanos hechos en Egipto.



1. Intérprete de sueños. Museo de El Cairo



2. Guerrero nubio. Museo Allard Pierson, Amsterdam



3. Esclavo negro. Museo del Louvre, París

Egipto de finales de la época tolemaica

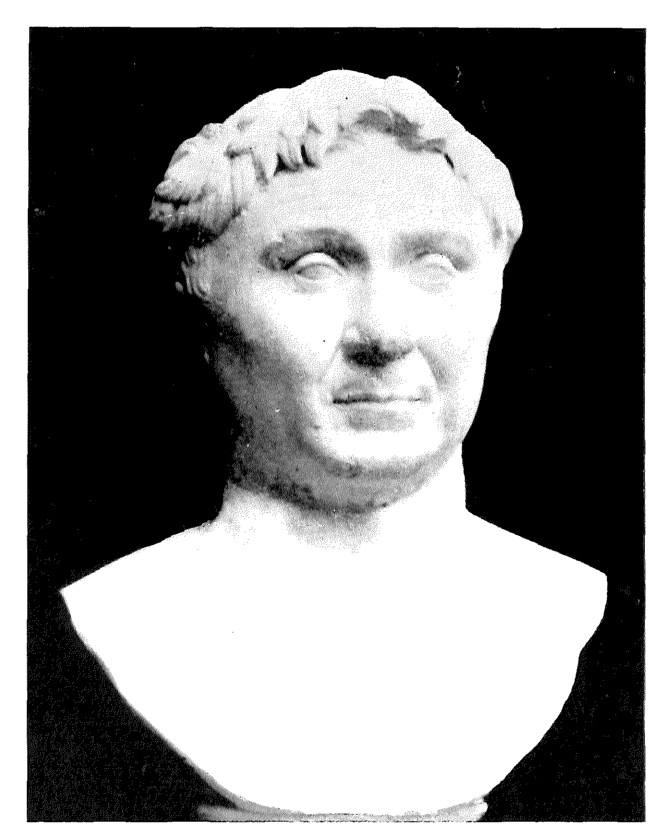
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CI

1. Estela de tipo griego con frontis adornado de acroteras (altura, 35 cm.). El frontis va sostenido por dos pilastras egipcias coronadas por cariátides (diosas egipcias desnudas vistas de frente). En la superficie de la estela, abajo, una escena pintada: el buey Apis frente a un altar, y arriba, una inscripción griega en verso: ἐνύπνια κρίνω | τοῦ θεοῦ πρόσταγ|μα ἔχων. τύχ' ἀγα|θᾶι. Κρής ἐστιν ὁ | κρίνων τάδε. («Yo interpreto sueños por encargo del dios. ¡Buena Fortuna! El intérprete es cretense».) La estela, que es un cartel anunciador, fue hallada en el serapeo de Menfis. La interpretación de sueños por intérpretes autorizados era una profesión que se ejercía en distintos santuarios, especialmente en los serapeos, por individuos de distintas nacionalidades. En uno de los papiros del serapeo se cita un ἐνυπνιοκρίτης, *U. P. Z.*, 84, III, 79; cf. U. Wilcken, loc. cit., y pág. 69. O. Rubensohn, *Das Aushängeschild eines Traumdeuters*, en *Festschrift J. Vahlen*, 1900, págs. 3 y sigs.; *S. B.*, 685; G. Raskin, *Handelsreclame en soortgelijke praktijken bij Grieken en Romeinen*, en *Phil. St.*, Kath. Univ. te Leuven, 1936, págs. 39 y sig. y lám. 1.

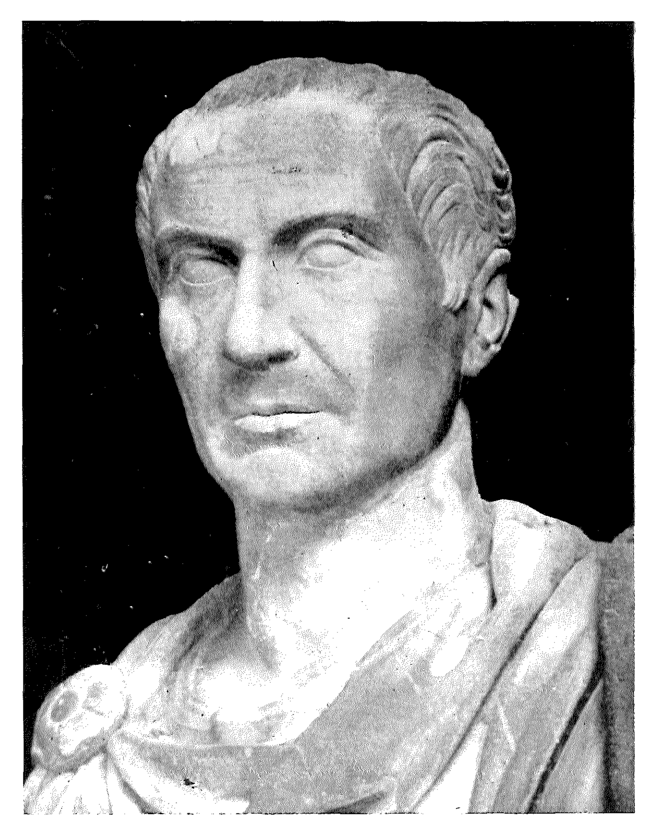
2. Figurilla de terracota que representa un negro o negroide, quizá un guerrero nubio con equipo militar completo: un hacha, un escudo peculiar, y un pesado manto con ribetes (altura, 19 cm.). Fecha incierta. Sin embargo, aunque sea de época romana y represente un actor de un mimo, la figura da idea de los enemigos meridionales del Egipto tolemaico y romano. *Allard Pierson Museum. Algemeene Gids*, 1937, pág. 50, núm. 465 y lám. XXV.

3. Bella figurita de bronce de un esclavo negro desnudo encadenado o prisionero, con las manos atadas a la espalda, hallada en el Fayum (altura, 132 mm.). Está mirando a alguien, con sonrisa desconfiada. Helenístico. A. de Ridder, *Les bronzes antiques du Louvre*, I, 1913, pág. 57, núm. 361, lám. 30.

Sobre los nubios y negros en el arte alejandrino: I. Noshy, *The Arts in Ptolemaic Egypt*, 1937, pág. 98 (con bibliografía).



1. Pompeyo. Gliptoteca Ny Carlsberg, Copenhague



2. César. Palacio de los Conservadores, Roma

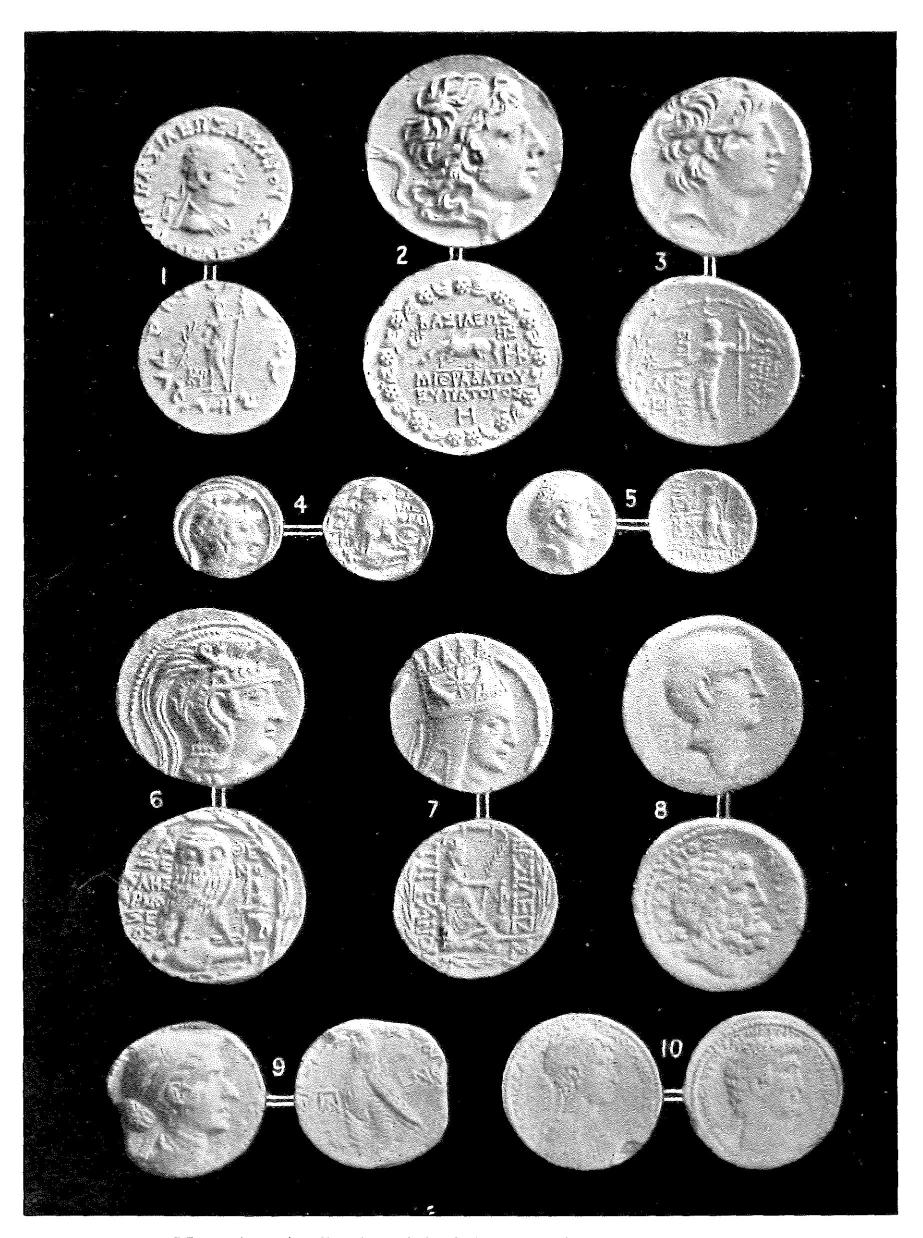
Los fundadores del mundo nuevo

LÁMINA CII

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CII

1. Cabeza de Pompeyo, transformada en busto en época moderna. El retrato escultórico de Pompeyo más conocido y mejor conservado (incluso la nariz está intacta). Muestra todos los rasgos principales de Pompeyo tal como los conocemos por las monedas acuñadas en España y Sicilia poco después de su muerte y por las muchas referencias en las fuentes contemporáneas y posteriores. Nótese la cabeza maciza y casi cuadrada, la frente baja con tres arrugas profundas, el pelo frondoso del tipo que los romanos llamaban *crispus,* los ojos pequeños, la nariz corta, las mejillas rellenas, la doble barbilla y el cuello corto y macizo. El rasgo más individualizador en el aspecto de Pompeyo, que registran y describen con frecuencia sus contemporáneos, está en los rizos rebeldes del pelo sobre la frente, la famosa ἀναστολή. Nótese también una tendencia a introducir en su retrato algunos rasgos tomados de los retratos de Alejandro. La cabeza existente en Ny Carlsberg fue considerada por muchos estudiosos como un retrato contemporáneo de Pompeyo, producto del arte helenístico de última época. No obstante, otros eruditos la consideran obra mucho más posterior, un estudio de un escultor de época adriánica basado en retratos antiguos y en fuentes literarias, similares, *mutatis mutandis,* a la bibliografía de Plutarco. El busto ha sido comentado muchas veces. Puedo remitirme al admirable trabajo de F. Poulsen, *Les portraits de Pompeius Magnus,* en *Rev. Arch.,* serie 6.ª, VII (1936), págs. 16 y sigs., donde el lector encontrará referencias a estudios más antiguos. (Fotografía facilitada por Vilhelm Tryde.)

2. Cabeza de una estatua de César. El dictador y fundador del imperio romano está representado de pie en traje militar completo. La estatua fue hecha por un escultor de la época de Trajano, pero se basa en un cuidadoso estudio de muchos retratos que existían del dictador. Es bien sabido que ninguno de los retratos escultóricos que nos quedan de César se remonta a su propio tiempo o es copia exacta de las estatuas que se le erigieron en vida. Los únicos retratos contemporáneos de César se encontrarán en sus monedas (véase, por ejemplo, lám. CV, núm. 8). Los bustos y estatuas en piedras u otro material son todos posteriores, y reflejan la idea del carácter de César y su papel que predominaba en una u otra época del imperio romano. La mayoría de los bellos e impresionantes retratos de la época de Augusto no le muestran como era realmente, sino como un *princeps,* idealizado, verdadero «padre» de Augusto y del Estado romano. En la época de Domiciano aparece César como el despiadado autócrata, inaccesible y divino. Para la época de Trajano y para el mismo Trajano, César era el gran predecesor del *optimus princeps,* el gobernante bueno, clemente y sereno del que iba a ser el próspero y feliz Estado mundial gobernado por Trajano. Sobre la iconografía de César, véanse los recientes estudios de L. Curtius, *Röm. Mitt.,* XLVII (1932), págs. 212 y sigs. E. Boehringer, *Der Cäsar von Acireale,* 1933, y las observaciones de F. Poulsen, loc. cit., págs. 50 y sig. Curtius ha dedicado varias páginas a un excelente estudio de la estatua del Palazzo dei Conservatori (págs. 235 y sigs. y láminas 56 y 57). (Fotografía facilitada por Anderson.)



Monedas de finales del siglo II y del I a. de J. C.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CIII

1. Æ Tetradracma de Heliocles, último rey griego de Bactriana (hacia 140 a. de J. C.). *Anverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΔΙΚΑΙΟΥ ΗΛΙΟΚΛΕΟΥΣ. Busto de Heliocles. *Reverso:* Inscripción jarosti del nombre del rey, Zeus radiado sosteniendo el rayo.

2. Æ Tetradracma de Mitrídates VI, Ponto. *Anverso:* Cabeza de Mitrídates VI. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΜΙΘΡΑΔΑΤΟΥ ΕΥΠΑΤΟΡΟΣ. Pegasos bebiendo. Fecha ΗΣ (90-89 a. de J. C.). Todo dentro de una corona de flores.

3. Æ Tetradracma de Antioco VIII Gripo (125-95 a. de J. C.), Antioquía. *Anverso:* Cabeza de Antioco VIII. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ ΕΠΙΦΑΝΟΥΣ. Zeus Uranio, coronado con el creciente y sosteniendo una estrella. A la izquierda, dos monogramas. Todo dentro de una corona de laurel.

4. AV Estatera de Mitrídates, Atenas (acuñada para su guerra con Roma). *Anverso:* Cabeza de Atenea. *Reverso:* ΑΘΕ ΒΑΣΙΛΕ ΜΙΘΡΑΔΑΤΗΣ ΑΡΙΣΤΙΩΝ. Lechuza sobre un ánfora; en el campo, símbolo mitridático: estrella entre crecientes.

5. Æ Dracma de Ariobarzanes I, Capadocia, 75 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Ariobarzanes I. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΡΙΟΒΑΡΖΑΝΟΥ ΦΙΛΟΡΩΜΑΙΟΥ. Atenea sosteniendo una Nice; en el exergo, año real ΚΑ (75 a. de J. C.).

6. Æ Tetradracma de Atenas, hacia 91-89 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Atenea. *Reverso:* ΑΘΕ ΞΕΝΟΚΛΗΣ ΑΡΜΟΞΕΝΟΣ. Lechuza sobre ánfora, y símbolo, Metelo sentado. Todo dentro de una corona de laurel.

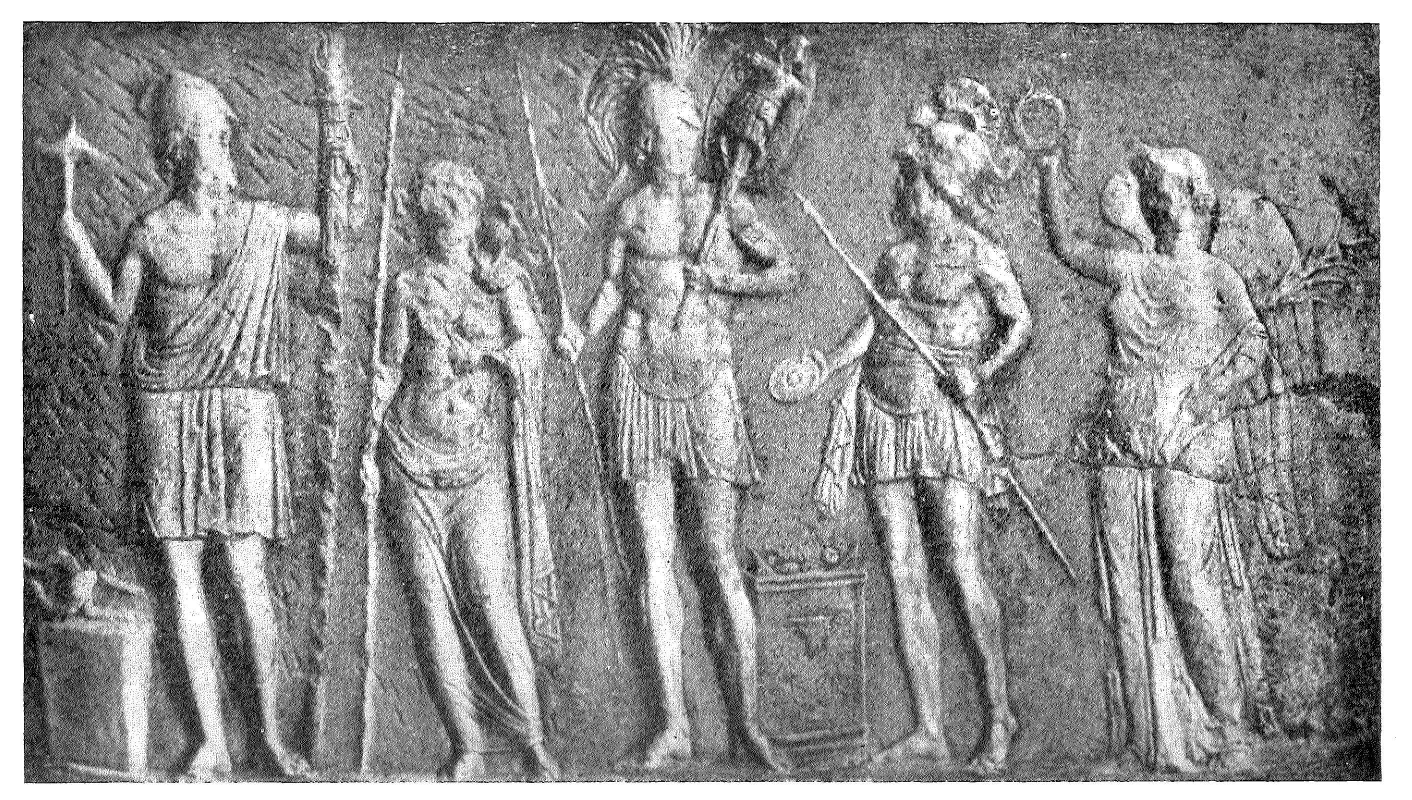
7. Æ Tetradracma de Tigranes, rey de Armenia (97-56 a. de J. C.), Antioquía. *Anverso:* Busto de Tigranes con tiara armenia. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΤΙΓΡΑΝΟΥ. Tique de Antioquía sentada. Todo dentro de una corona de laurel.

8. Æ Nicias, tirano de Cos. *Anverso:* ΝΙΚΙΑΣ. Cabeza de Nicias. *Reverso:* A la derecha, ΚΩΙΩΝ, a la izquierda, ΕΥΚΑΡΠΟΣ. Busto de Asclepio.

9. Æ Tetradracma de Ascalón con cabeza-retrato de Cleopatra. *Anverso:* Cabeza de Cleopatra. *Reverso:* ΑΣΚΑΛ[ΩΝΙΤΩΝ ΙΕ]ΡΑΣ ΑΣΥΛΟΥ. Fecha ΝΕ de la era local (49 a. de J. C.). Águila.

10. Æ Tetradracma de Cleopatra y Antonio, Antioquía. *Anverso:* ΒΑΣΙΛΙΣΣΑ ΚΛΕΟΠΑΤΡΑ ΘΕΑ ΝΕΩΤΕΡΑ. Busto de Cleopatra. *Reverso:* ΑΝΤΩΝΙΟΣ ΑΥΤΟΚΡΑΤΩΡ ΤΡΙΤΟΝ ΤΡΙΩΝ ΑΝΔΡΩΝ. Cabeza de Antonio.

Las monedas de esta lámina (con excepción de la Heliocles de Bactriana, que se reproduce aquí porque el reinado de Heliocles significó el viraje de los destinos del helenismo bactriano e indio) reflejan en parte la situación predominante en Oriente en la época de Mitrídates el Grande y en parte (Nicias y Cleopatra) las de las guerras civiles. Sobre Nicias véanse págs. 1121 y sig. y nota 120. El tetradracma número 9 (Museo Británico) pertenece a la serie de monedas tolemaicas de Ascalón, frecuentemente discutidas, últimamente en los artículos de la señora Brett y Ph. Lederer citados en el cap. VI, nota 190. Es muy probable que las monedas estén fechadas en la era de Ascalón, que comenzó el 103 a. de J. C., y atestigua la fuerza de la influencia tolemaica en la ciudad libre de Ascalón. Sin embargo, es intrigante el hecho de que el retrato de Cleopatra sea el de una mujer de edad algo madura y no el de una muchacha joven.

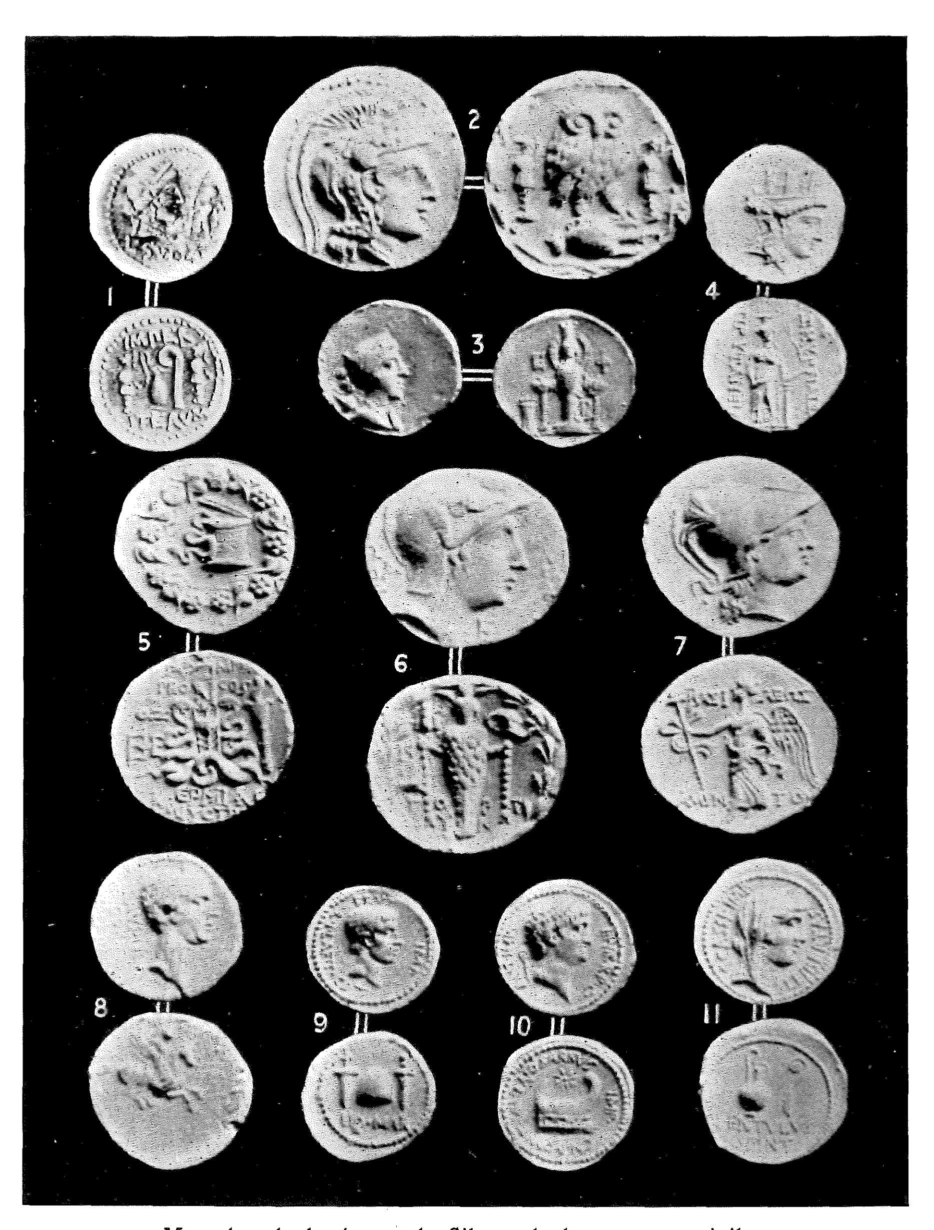


Los conquistadores del Oriente helenístico

Civitá Castellana, catedral

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CIV

Soporte circular o basa de un trofeo. La basa y el trofeo probablemente fueron dedicados a Marte por un general romano victorioso. Mármol itálico. Altura, 1,04 m. El bajorrelieve, algo estropeado, que cubre la superficie de la basa (excepto la parte posterior, que está adornada por un bucráneo) muestra una escena de sacrificio. Un hombre barbado, con casco alado y coraza ceñida, y sosteniendo una lanza, está derramando una libación sobre un altar cuadrado en el que arde el fuego y hay frutos apilados, delante de una triada de dioses: Marte con casco de cimera y coraza y sosteniendo un triunfo y una lanza, Venus Genetriz con cetro y espejo, y Vulcano en su traje habitual y con sus atributos acostumbrados. Mientras derrama la libación, el hombre armado es coronado por una Victoria. La figura central del bajorrelieve puede ser un general victorioso anónimo de la época de las guerras civiles que adoptó la moda griega de llevar barba (su barba es muy parecida a la de Filipo V y Perseo de Macedonia; véase lám. VII, 5), o una figura semimítica —Eneas o Rómulo— identificada con uno de los caudillos victoriosos, o su personificación, de la época que siguió a la muerte de César. La basa no está fechada, pero puede atribuirse, sin temor a equivocarse, a los años que siguieron al 46 a. de J. C. (la figura de Venus Genetriz fue creada por primera vez para el templo dedicado a ella por Julio César el 46 a. de J. C.), pero antes del establecimiento del principado, cuando los escultores trabajaban en un estilo completamente distinto. Las esculturas de la basa han sido cuidadosamente estudiadas por R. Herbig, *Röm. Mitt.*, XLII (1927), págs. 129 y sigs., y láms. XV-XIX; cf. F. W. Goethert, *Zur Kunst der römischen Republik*, 1931, pág. 20, y la señora E. Strong, *C. A. H.*, IX, págs. 829 y sig., y vol. de láms. IV, pág. 90, aquí reproducida en una fotografía del vaciado de la basa expuesto en la Mostra Augustea. La fotografía fue hecha a petición mía por las autoridades de la Mostra.



Monedas de la época de Sila y de las guerras civiles

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CV

1. AV Áureo probablemente acuñado en Grecia, hacia 83-82 antes de J. C. *Anverso:* L. SVLLA. A la derecha, cabeza de Venus; en el Campo, Cupido sosteniendo una rama de palma. *Reverso:* IMPER ITERVM. Jarro y *lituus* entre dos trofeos. El anverso honra a Venus, bajo cuya protección Sila creía que obtendría la victoria en la guerra. El jarro y el *lituus* del reverso se refieren a la elección de Sila para el colegio de augures, y los trofeos, probablemente a las batallas de Queronea (86 a. de J. C.) y Orcómeno (85 a. de J. C.).

2. AR Tetradracma de Atenas, época de Sila. *Anverso:* Cabeza de Atenea. *Reverso:* Lechuza sobre ánfora entre dos trofeos que tienen el mismo valor que los de la moneda anterior (sobre estas monedas, véase la nota 7 de este capítulo).

3. AV Estatera, Éfeso, 88-84 a. de J. C. *Anverso:* Busto de Ártemis. *Reverso:* ΕΦ. Imagen cultural de la Ártemis efesia.

4. AV Estatera, Esmirna, 88-84 a. de J. C. *Anverso:* Cabeza de Cibeles. *Reverso:* ΙΜΥΡΝΑΙΩΝ ΠΡΥΤΑΝΕΙΣ. Afrodita Estratonice sosteniendo una Nice.

5. AR Cistóforo proconsular, Éfeso, 57 a. de J. C. *Anverso:* Cista mística y serpiente en corona de hiedra. *Reverso*: Trípode flanqueado por serpientes; encima de él, Apolo. Las inscripciones dan: el nombre de la ceca (ΕΦΕ(ΣΟΣ)), el funcionario de la acuñación (ΕΡΜΙΑΣ ΚΑΙΥΣΤΡ), el gobernador de Asia (T. AMPI. T. F. (T. Ampius Balbus) PROCO(N-) S(VLE)), y la fecha ΟΖ, año 77 de la provincia.

6. AR Tetradracma de Gortina, Creta, hacia 69 a. de J. C. *Anverso:* ΡΩΜΑΣ. Cabeza de Roma con casco alado adornado con una cabeza de elefante; enfrente, monograma ΚΑ. *Reverso:* ΓΟΡΤΥΝ. Ártemis Efesia; en el campo, abeja y cabeza de elefante. La cabeza de elefante, emblema de los Cecilios Metelos, relaciona esta moneda con la ocupación de Creta por Quinto Cecilio Metelo.

7. AR Tetradracma de Amintas de Galacia (36-25 a. de J. C.), acuñado en Side. *Anverso:* Cabeza de Atenea. *Reverso:* ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΜΥΝΤΟΥ. Nice alada sosteniendo una antorcha.

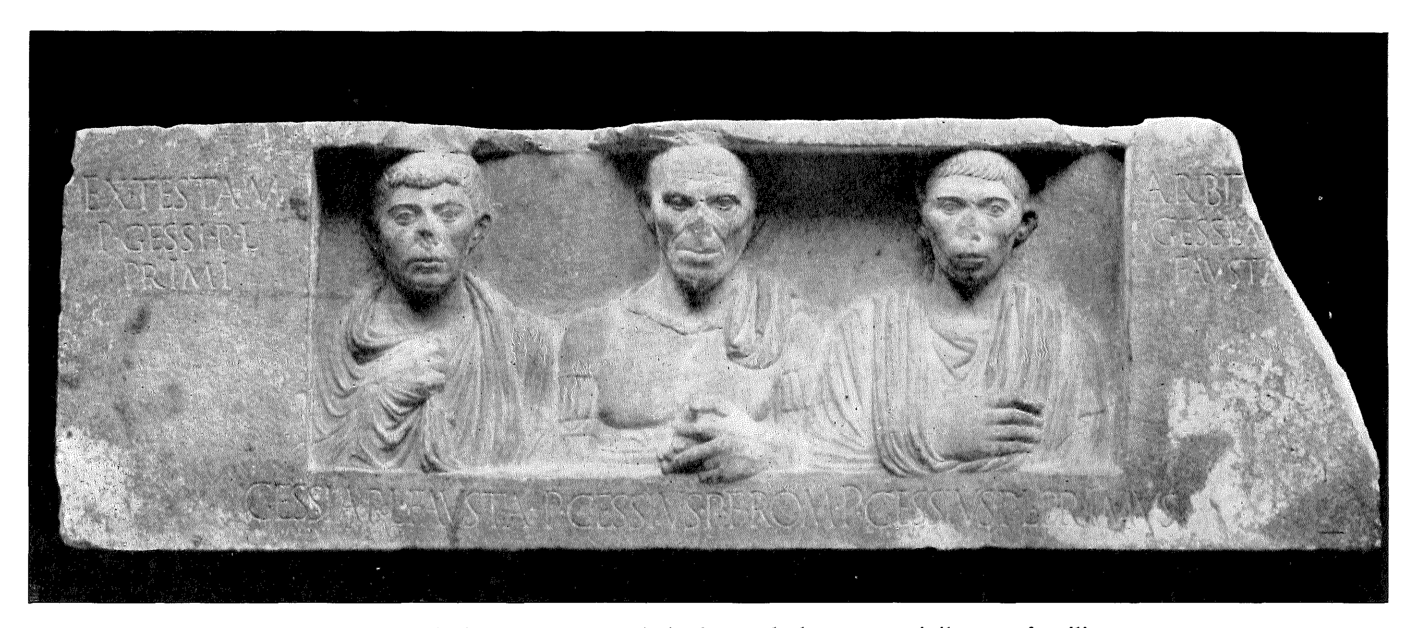
8. Æ Julio César, Corinto, hacia 46-44 a. de J. C. *Anverso:* LAVS IVLI CORN. Cabeza de Julio César. *Reverso:* Belerofonte montado sobre Pegaso, y los nombres de los duunviros. L. CERTO AEFICIO y C. IVLIO.

9. AR Denario acuñado en Oriente por L. Pletorio Cestiano, hacia 43-42 a. de J. C. *Anverso:* L. PLAET CEST BRVT IMP. Cabeza de Bruto. *Reverso:* EID. MAR. Gorro frigio o de libertad entre dos puñales. El reverso conmemora la libertad del país lograda por los puñales de Casio y Bruto en la fecha venturosa, los idus de marzo.

10. AV Áureo, hacia 40 a. de J. C. *Anverso:* ANT. IMP III VIR R. P. C. (triumvir reipublicae constituendae). Cabeza de Antonio. *Reverso:* CN DOMIT. AHENOBARBUS IMP. Proa con estrella encima. Estas monedas celebran la reconciliación de Antonio y Enobarbo cuando sus flotas se encontraron en el Adriático.

11. AV Áureo. Probablemente emitido en Sardes, hacia 43-42 antes de J. C., y acuñado del botín para distribuirlo a los soldados. *Anverso:* LEIBERTAS C. CASSI. IMP. Cabeza velada de la libertad. *Reverso:* LENTVLVS SPINT. Instrumentos de sacrificio. P. Cornelio Léntulo Espínter, miembro del colegio de augures, cuestor de Siria, se unió a Casio y Bruto en Oriente.

Debo recordar que las estateras de oro de Éfeso y Esmirna de 88-84, reproducidas en esta lámina (y las estateras similares de Mileto) fueron acuñadas por estas ciudades con motivo de sus vicisitudes durante la primera guerra mitridática. Las emisiones no fueron muy abundantes. Las monedas son raras.



Soldado del ejército romano de la época de la guerra civil, y su familia

Museo de Bellas Artes, Boston

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CVI

Relieve funerario que representa a un soldado de los ejércitos revolucionarios y su familia. Se dice haber sido hallado cerca de Roma. Bloque de mármol de unos 2,13 m. de largo por más de 60 cm. de alto. Las cabezas son casi de tamaño natural. Aparecen tres bustos. El central es el de *P. Gessius P. f. Rom(ilia)*; a la izquierda, el de *Gessia P. l. Fausta,* y a la derecha, el de *P. Gessius P. l. Primus.* La tumba fue construida: *ex testam(ento) P. Gessi P. l. Primi,* siendo el ejecutor su madre Fausta: *arbit[ratu] Gessia[e P. l.] Fausta[e]* («bajo la inspección de Gessia Fausta»). Es evidente, por las inscripciones citadas, que P. Gessius P. f. rom., veterano o soldado, como se ve por su traje militar (túnica, coraza de cuero, tahalí de espada y manto; la mano izquierda cogiendo un objeto roto, quizá el puño de la espada), vivía en concubinato con su esclava Fausta y tuvo de ella un hijo «Primo». Manumitó a ambos. Después de él murió su hijo, y el monumento fue construido por Fausta, que les sobrevivió. El monumento no está fechado, pero el estilo, el peinado de Fausta y Primo, y la forma de las letras de la inscripción indican una fecha anterior a Augusto, hacia mediados del siglo I a. de J. C. El relieve es un producto extraordinario del arte del retrato romano. Puedo citar las palabras de L. D. Caskey: «El escultor ha concentrado su principal esfuerzo en las cabezas, reproduciendo fielmente no sólo su estructura interna, sino también sus peculiaridades superficiales: pliegues y arrugas de la piel, venas en las sienes del anciano e incluso un gran lunar en la mejilla izquierda de la mujer; pero los cuerpos y trajes, aunque menos cuidados, contribuyen al efecto del conjunto. Las tres personas, vistas como si estuvieran en una ventana, manteniéndose erguidas y dirigiendo una mirada solemne al espectador, tienen un aire asombroso de realidad.» Es muy interesante comparar las cabezas macizas, pesadas y casi cuadradas de los Gesios, de un realismo tan brutal, verdadero producto del arte romano con las figuras elegantes, altas y finas de la basa procedente de Cività Castellana (lám. CIV), que aunque probablemente son obra de un artista romano y muestran algunas peculiaridades del arte romano, no obstante, son muy helenísticas en sus proporciones, concepción y estilo. L. D. C(askey), *Bull. Mus. Fine Arts, Boston,* XXXV (1937), págs. 20 y sigs.; íd., *A. J. A.*, XLI (1937), págs. 127 y sigs., figs. 8-12; F. Poulsen, *Probleme der römischen Ikonographie,* 1937, pág. 23, núm. 7, figs. 52-53; véase su artículo, *A Roman of Republicans days,* Δράγμα, *M. P. Nilsson... dedicatum,* 1939, págs. 409 y sigs. (Fotografía facilitada por el Museo de Bellas Artes, Boston.)



1. Colección de la señora William H. Moore, Nueva York



2. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York



3. Museo Británico, Londres

Cerámica siria o anatólica del siglo I a. de J. C.

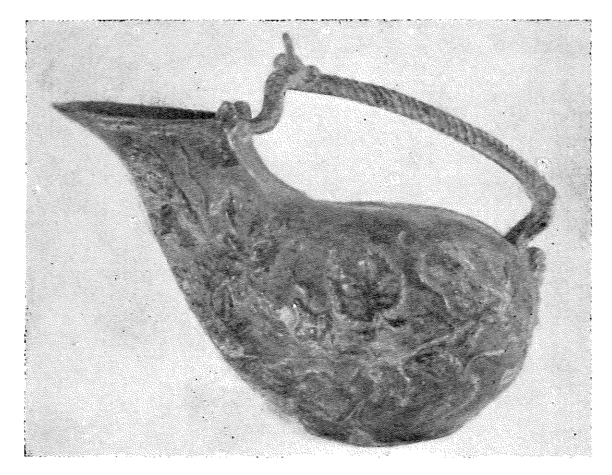
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CVII

1. Copa *(skyphos)* con dos asas que se dice haber sido hallada en Homs (Siria); imitación de un vaso metálico. Policromada con una espesa capa de vidriado verde oscuro que empaña el modelado subyacente. Adornada con figuras aplicadas que representan dos parejas de combatientes. El primer grupo consta de un griego a caballo luchando con un bárbaro, quizá un escita o mongol. El escita sostiene un escudo redondo en la mano izquierda, y a lo largo de la pierna derecha cuelga el *gorytos* (arco y carcaj). Su caballo ha caído, pero él sigue aún montado. Para este motivo: G. M. A. Richter, *Metrop. Mus. St.,* IV, 1 (1932), pág. 124, y figs. 16, 17; cf. el *gorytos* de Soloja, mi *Iranians and Greeks,* pág. 104, lám. XXXI. El segundo grupo comprende un jinete en traje parto, cabalgando a galope tendido a la derecha y disparando un arco hacia atrás a su enemigo griego montado, que le persigue. Altura, 6 cm.; diámetro, 85 mm. Inédito. Breve cita en *Augustan Art. An exhibition,* etc., 1939, pág. 21. Debo a la señora William H. Moore el permiso de reproducir aquí, aunque imperfectamente, su interesantísima copa, que merece un estudio más completo.

2. Copa *(skyphos)* que se dice hallada en Siria. Vidriado verde. Adornada con un motivo ajedrezado con losanges en relieve sobre los que van grabadas palmetas alternando con rosetas. Altura, 8 cm. *Bull. Metr. Mus.,* 1916, pág. 65, fig. 6.

3. Ascó cubierto de vidriado amarillo verdoso. Por un lado, un toro en relieve; por otro (visto en nuestra reproducción), una vaca. El asa tiene la forma de una pantera o leona saltando hacia adelante, con las garras delanteras en el borde de la boca. Altura, 115 mm. H. B. Walters, *B. M. C. Roman Pottery,* 1908, pág. 6, K 34.

He citado el tipo de cerámica de fayenza ilustrado en esta lámina en la página 1132 y en la nota 130. No se producía en grandes cantidades, pero tuvo una amplia difusión. Se han hallado ejemplares de ella en todo el mundo grecoitálico, desde Rusia meridional, por un lado, hasta Italia, Galia y Germania, por otro. La cerámica importada fue sustituida pronto, por lo menos en Rusia meridional e Italia, por la fabricada en estos lugares. La copa que posee la señora Moore quizá pueda contribuir a aclarar el problema de la localización de las primitivas factorías de esta fayenza llamada vidriada al plomo. El grupo del parto luchando con el griego es el más característico. No tiene paralelo en el arte de finales de la época helenística. El «disparo parto» tal como se ve en la copa es un motivo corriente en el arte iranio y nómada, pero no en el arte griego ni romano (véase mi *Dura and the Problem of Parthian Art,* págs. 270 y sigs., figs. 67, 69, 70). Teniendo en cuenta que es muy improbable un préstamo del arte centroasiático, puede suponerse que el motivo fue introducido en el arte griego como resultado de una observación real de los métodos de los arqueros partos. Hubo ocasión para ello a principios del siglo I a. de J. C., en la época de la expedición de Craso y de las invasiones partas posteriores de Siria y Asia Menor, cuando los griegos de Siria y Asia Menor tuvieron abundantes oportunidades de ver a los partos como huéspedes aborrecidos y temibles en su propio país. Me atrevo a suponer que el nuevo tipo de fayenza se originó probablemente en el siglo I a. de J. C., y probablemente en Siria, donde se han hallado muchos ejemplares de ella. Nótese que gran cantidad de fragmentos de este tipo de cerámica han aparecido en las ruinas de Tarso. Muchos de esos fragmentos están en el Louvre, y otros en el Museo Metropolitano de Nueva York.



1. Museo del Louvre, París



2. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York



3. Museo de Artes Menores Antiguas, Munich

Cerámica siria o anatólica del siglo I a. de J. C.

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CVIII

1. Ascó que reproduce un modelo metálico (véase la doble asa) cubierto con vidriado verde y marrón. En el cuerpo, una rama de vid con racimos bellamente modelados en un relieve muy bajo, también imitación del trabajo en metal. Altura, 13 cm.; longitud, 17 cm. O. Rayet y M. Collignon, *Hist. de la céramique grecque,* 1888, lám. XIV, 3; F. Courby, *Les vases grecs à reliefs,* pág. 514.

2. Copa *(skyphos)* que se dice hallada cerca de Homs, Siria. Donación de la señora H. O. Havemeyer. Vidriado verde. Decorado en bajorrelieve con tallos de plátano silvestre que llevan hojas y frutos. Éstos van atados con hilos en los extremos del tronco (bajo las asas) y están separados por dos florecillas de ocho puntas en los extremos (centro de cada lado de la copa). Descripción amablemente facilitada por la señorita Chr. Alexander. Altura, 75 mm. *Catalogue of the Avemeyer Collection,* 1930, núm. 1946; *Bull. Metr. Mus.,* 1930, pág. 75. (Fotografía facilitada por el Museo Metropolitano de Arte, Nueva York.)

3. Copa *(skyphos)* cubierta de vidriado marrón (?). Sobre el cuerpo en relieve bajo varios objetos probablemente relacionados con los agones del culto báquico, tales como un gran lebes, una crátera, una hidria sobre un soporte en forma de columna, una mesa de sacrificio o agonística, un gran plato, una antorcha, una corona, etc. (Fotografía facilitada por el Museo de Munich.)

Dos de los ejemplares reproducidos en esta lámina van decorados con adornos vegetales. En varios vasos metálicos de finales de la época helenística y en algunos vasos decorativos de mármol neoáticos aparecen adornos parecidos, típicos de los *skyphos* y de los ascoes, muy diferentes de los que conocemos en los productos del arte augustal, como el *Ara Pacis.* Esta manera de utilizar tallos, hojas y flores en la fayenza siroanatólica es prueba de que los ejemplares más bellos y antiguos de este tipo de cerámica son preaugustales. Véase H. Kusel, *J. D. A. I.,* XXXII (1917), Anz., pág. 55, fig. 1; L. Curtius, *Röm. Mitt.,* XLIX (1934), pág. 274.

La fayenza siroanatólica imitando vasos de metal de la época es un fenómeno peculiar de la historia de la cerámica helenística, y ha sido estudiado muy imperfectamente. En mi opinión, fue un intento de los ceramistas helenísticos de crear un tipo de cerámica puramente griego y panhelenístico que tuviese aceptación en todo el mundo helenístico, mediante el empleo y mejora de los inventos técnicos de Egipto y Mesopotamia en la producción de fayenza fina. He mostrado anteriormente que ni la fayenza mesopotámica helenizada (lám. LXXX) ni la fayenza egipcia más antigua de la época helenística (láms. XXXVI, XLI 2, y XLII, 1 y 2), aunque muy populares en Mesopotamia y Egipto respectivamente nunca tuvieron una gran circulación en el resto del mundo helenístico. La historia de la fayenza aquí discutida es completamente diferente. Aunque de origen tardío, pronto se transformó en uno de los tipos más populares, aunque caros, de cerámica helenística, similares en muchos aspectos a los cuencos «megareos» más antiguos y a otros tipos de cerámica de relieves (como la fayenza siroanatólica) empleados como sustitutivos de la vajilla de metal costosa; y que recuerda también los *lagynoi* y cerámicas con ellos relacionadas. Véase cap. VIII. Sin embargo, es prematura toda generalización en este terreno, hasta que el material esté completamente reunido y clasificado, y todo el grupo estudiado sobre la base de cuidadosos análisis técnicos de la pasta y vidriado con la ayuda de una minuciosa investigación estilística.



1. Jarro de vidrio de Ennión. Colección de R. W. Smith. (Exposición en el Museo Metropolitano de Arte Nueva York)

2. Crátera de bronce. Palacio de los Conservadores, Roma

Vidrio y metalurgia de finales de la época helenística

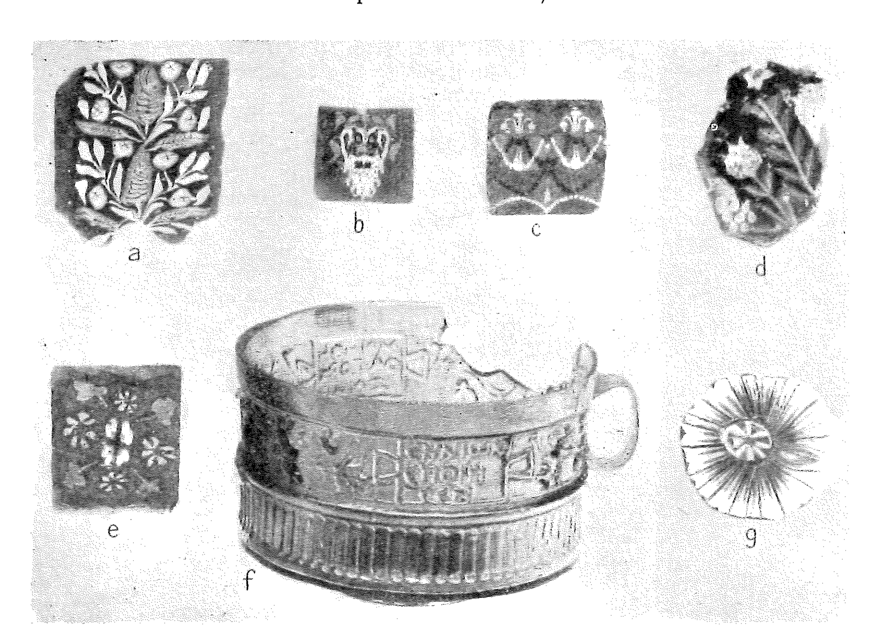
DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CIX

1. Jarro de vidrio con un asa. Marrón. Inscripción Ἐννίων | ἐποίει (sobre una *tabella ansata*). Cuello decorado con estrías; cuerpo ovoide con tres frisos: 1) palmetas; 2) inscripción encuadrada por un motivo de losanges en forma de panal, y 3) estrías verticales. El jarro, que se dice hallado en Italia, fue soplado en el mismo molde que el jarro intacto del Museo Metropolitano de Nueva York (D. B. Harden, *J. R. S.*, XXV (1935), pág. 168, lám. XXIII, *c*). El botón del fondo probablemente está mal restaurado. Altura con el botón, 228 mm. Para una descripción más completa, D. B. Harden, loc. cit., cf. *Augustan Art. An Exhibition,* etc., 1939, pág. 22. (Fotografía facilitada por R. W. Smith.)

2. Gran crátera de bronce hallada en Ancio. Estriada. Asas y pie modernos. En el hombro, un friso cincelado de flores de loto incrustadas con plata. En el borde, inscripción en letras formadas de puntos: Βασιλεὺς Μιθραδάτης Εὐπάτωρ τοῖς ἀπὸ τοῦ γυμνασίου Εὐπατορισταῖς, y en cursiva un poco separado Σύφα διάσωζε. Altura sin el pie, 70 cm.; diámetro en el borde, 43 cm. Th. Reinach, *Mithridates Eupator,* pág. 460, núm. 10, y lámina frente a la pág. 284; H. Stuart Jones, *A Catalogue of Ancient Sculptures preserved in the Municipal Collections of Rome: the Sculptures of the Palazzo dei Conservatori,* 1926, pág. 175, núm. 10, lám. LXII (con bibliografía). La crátera llegó a Ancio probablemente como parte del botín de guerra de Sila, Lúculo o Pompeyo. Es lástima que no sepamos de qué ciudad procede. Pudo haber estado en Delos, o Atenas, o en una de las ciudades griegas del Euxino, o en cualquier ciudad de Asia Menor y las islas. En todo caso la existencia de una asociación de eupatoristas demostraría el entusiasmo con que algunas ciudades griegas saludaron al principio el gobierno del rey filoheleno. La crátera es un bello ejemplar del trabajo del bronce de finales del helenismo. (Fotografía facilitada por Alinari.)



1. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York



2. *a-e* y *g*. Museos de Alejandría. *f*. Museo Metropolitano de Arte, Nueva York

Vidrio helenístico tardío

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CX

1. Anforisco hexagonal de vidrio, con dos asas, hallado en Potamia, cerca de Golgoi, Chipre. Azul. Inscripción Ἐννίων | ἐπώησεν. Cuello corto cilíndrico, plano. Hombros convexos divididos por palmetas en seis paneles con sendas rosetas dentro de un semicírculo. Lados que se estrechan hacia abajo. Cada lado forma un panel decorado de distinta manera: *a*) doble estría colgando de una palmeta; *b*) jarro colgando de un vástago de hiedra; *c*) pipas colgando de una palmeta; *d*) inscripción; *e*) ramillete de racimos colgando de una palmeta; *f*) cántaro colgando de un vástago de hiedra. Base plana. Soplado en un molde en tres partes. Altura, 143 mm. He repetido de forma abreviada la descripción del anforisco por D. B. Harden, *J. R. S.*, XXV (1935), pág. 168, núm. 6, que da una bibliografía completa; cf. *Augustan Ait. An Exhibition,* etc., 1939, pág. 22, fig. 49. Puedo recordar al lector que una decoración similar es típica de los *lagynoi* pintados.

2 *f*. Copa de dos asas. Amarillo verdoso. Inscripciones: Ἐννίων | ἐποίη|σεν en una *tabella ansata* y μνη⟨σ⟩θῇ | ὁ ἀγορά|ζνω *(sic)* (μνησθῇ ὁ ἀγοράζων) también. Sobre el cuerpo, dos frisos: uno que contiene las inscripciones y entre ellas ramas de hiedra y de vid, y el otro adornado con estrías verticales. Fondo reentrante con motivo de losanges en forma de panal. Base plana. Soplada en un molde de tres partes. Altura, 62 mm. Descripción tomada de D. B. Harden, loc. cit., pág. 166, núm. 2, *d,* que enumera otras tres copas del mismo molde y da la bibliografía; cf. *Augustan Age. An Exhibition,* etc., pág. 22. Sobre la invención del vidrio soplado, cap. VI, nota 146.

2 *a-e* y *g*. Placas de vidrio decorativas. Véase cap. IV, nota 167.



1. Sacerdote. Museo del Louvre, París

2. Sacerdote tocando la flauta. Museo de Alejandría

Egipto. La vida en los templos

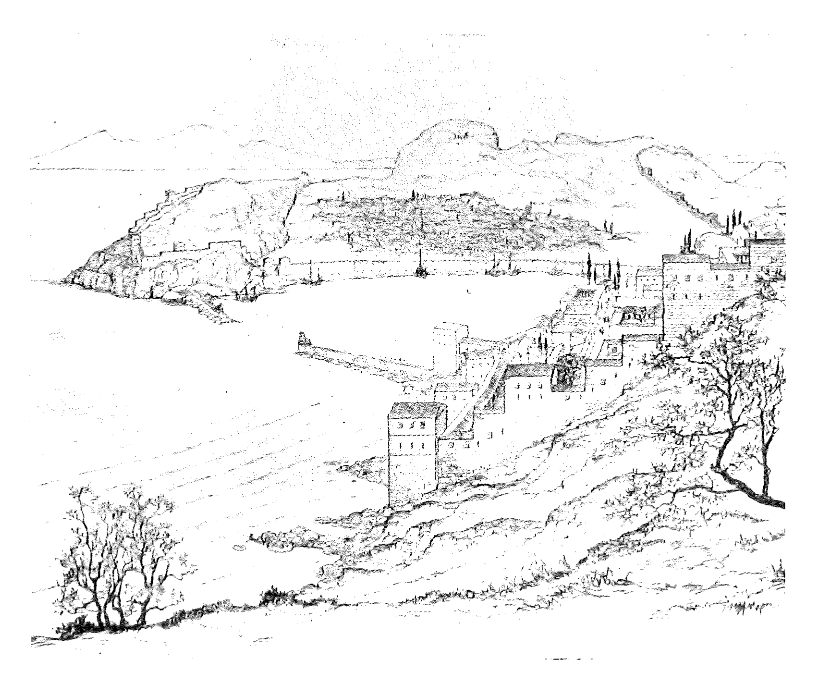


LÁMINA CXI

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CXI

1. Estatuilla de bronce de la antigua colección Fouquet, hallada en Hermonthis de Tebaida. Un sacerdote con la cara y la cabeza afeitadas, vestido con traje de lino (que merece un cuidadoso estudio) y calzado con sandalias, está representado de pie, con la cabeza ligeramente levantada e inclinada a la izquierda y los ojos mirando al espacio. Las manos del sacerdote están por la parte superior del vestido. En ellas probablemente sostenía un jarro que contenía agua sagrada del Nilo. Es bien conocido el destacado papel que el agua del Nilo desempeñaba en las ceremonias religiosas relacionadas con el culto de Isis (sobre este culto, véase F. Cumont, *Rel. Orient.*, 4.ª ed., cap. IV, y especialmente notas 76 y sigs.). El éxtasis religioso en que está el sacerdote es extraordinariamente expresivo en la cabeza y en los ojos. Es un éxtasis místico suave y algo romántico, e ilustra muy bien lo que sabemos por nuestras fuentes, tanto paganas como cristianas, sobre la castidad, pureza y profundo sentimiento religioso de los sacerdotes de los cultos egipcios. La estatuilla —finales del helenismo o principios de la época romana— es un bello producto de un arte que tuvo un concepto del sentimiento religioso completamente distinto del expresado en el arte clásico griego. El paralelo más próximo a la estatuilla, en este aspecto, se encontrará en algunos monumentos de Dura, especialmente en las figurillas de sacerdotes anteriormente ilustrados (lám. XCVII, 2); no obstante, véase la diferencia: el duro fanatismo de los sacerdotes de Dura contrasta con el rapto romántico y místico del sacerdote egipcio de esta estatuilla. Podría decirse que en el contraste entre las dos figuras se prefigura el contraste entre el sentimiento religioso de Oriente y Occidente en la época cristiana. Altura, 133 mm. La estatuilla ha sido publicada, minuciosamente descrita, y comentada de manera magistral por P. Perdrizet, *Bronzes grecs d'Égypte de la Collection Fouquet*, 1911, págs. 48 y sigs., núm. 82, lám. XXII. Véase una estatuilla parecida encontrada en Hermonthis, O. Rubensohn, *J. D. A. I.*, XXI (1906), Anz., pág. 139, fig. 10.

2. Grupo en terracota hallado en Alejandría, en una tumba de la necrópolis tolemaica tardía y de la primera época romana, en los jardines del palacio real de Ras-el-Tin. Cerca de una basa adornada con una guirnalda sobre la que descansa una estatua de una esfinge agachada (falta la cabeza, vuelta hacia el espectador) está sentado un hombre, a lo que parece un sacerdote, con la cabeza afeitada, excepto un largo tirabuzón que le cuelga sobre el lado derecho de la cabeza, típico de Harpócrates. Su traje es peculiar y debía ser estudiado minuciosamente. Parece que consiste en un quitón con mangas y un amplio manto con flecos que envuelve la figura. Del brazo izquierdo lleva suspendido un bolso de tela. Está sentado en una postura algo contraída, la cabeza inclinada a la izquierda, tocando una flauta con arrobamiento. Cerca de él hay un trípode de bronce bajo y macizo, lleno de frutos, en cuyo centro hay una gran piña de pino o cedro. La base que sostiene la esfinge me recuerda las bases parecidas típicas de los dromos a la entrada de los templos egipcios de época grecorromana (véase, por ejemplo, el templo de Pneferos en Teadelfia: E. Breccia, *Mon. de l'Ég. gr.-rom.*, I, 2, 1926, lám. LI: dos esfinges delante de la entrada en el segundo patio). La escena ocurre, según parece, en uno de los templos de Egipto. Se ven escenas semejantes a diario en los templos brahmánicos de la India. Sin duda, la música desempeñó un gran papel en la vida religiosa de los templos de Egipto y Siria, como ocurre ahora en la India (no es preciso dar referencias para Egipto; para Siria, véase lám. LIX, 4). Finales de la época helenística o principios de la romana. Altura, 13 cm.; longitud, 195 mm. E. Breccia, *Le Musée gréco-romain*, 1922-23, págs. 20, lám. XVI, 1, y *Mon. de l'Ég. gr.-rom.*, II: *Terrecotte figurate greche e greco-egizie del Museo di Alessandria*, parte I, 1930, núm. 163, lám. XVII, 2. (Fotografía facilitada por el Museo de Alejandría.)



1. Puerto comercial de Cnido



2. Depósito de ánforas en Rodas

Comercio helenístico

DESCRIPCIÓN DE LA LÁMINA CXII

1. Vista del puerto comercial de Cnido. Reconstrucción del profesor F. Krischen. Éste tuvo la amabilidad de permitirme la reproducción de su admirable dibujo inédito y puso a mi disposición la siguiente descripción suya (traducida del alemán): «El dibujo representa el puerto de Cnido, puerto típico de la época helenística, y se basa en el estudio del lugar llevado a cabo por el autor del dibujo en 1913, probablemente en condiciones más favorables de las que ahora se dan. Se encontrará un plano [de los puertos y la ciudad] en A. von Gerkan, *Griechische Städteanlagen,* 1924, pág. 113 y sigs. y fig. 10. El profesor von Gerkan estuvo con el autor en Cnido el año 1913. En el dibujo se ve una isla enfrente del puerto, unida al continente por un dique. La isla corta la bahía en dos partes: una sección más pequeña, el puerto militar, que no se ve en el dibujo, y otra mayor, el puerto comercial. Este último está situado, por así decirlo, fuera de la ciudad y está rodeado de fortificaciones, mientras que el puerto militar queda dentro del recinto amurallado de la ciudad; se llega a él por una bocana que hace el oficio de puerta (véase F. Krischen, *Die griechische Stadt,* lám. 2). La entrada al puerto comercial está formada por dos moles que constan de grandes bloques de caliza y que aún están en uso. De la muralla defensiva exterior, aún quedan algunas hiladas de piedras. En su lado meridional, aún se ven salidas para el agua y muchos anillos de piedra para amarrar los barcos. La muralla en el acantilado al este de la ciudad (que se ve al fondo del dibujo) está mejor conservada, y pueden verse con claridad algunos importantes pormenores de su construcción. La fuerte muralla de 4,5 m. de espesor, que ascendía en escalones por el acantilado escalonado que permitía una vista desde arriba sobre el camino de ronda, estaba coronada a ambos lados por muros más estrechos, sin duda techados, como sabemos que lo estaban las murallas de Atenas. Las torres se conservan en parte bastante bien hasta una altura de unos 8,5 m. Dado que las partes conservadas formaban la base de las torres y están construidas de bloques muy grandes (siendo cada hilada de una altura de 80 cm.), las torres debieron de haber sido de gran altura. De acuerdo con la práctica helenística, debemos suponer la existencia de dos pisos por lo menos, uno con troneras y otro encima con ventanas y tejado. En la llanura y cerca del agua, las torres probablemente eran aún más altas. La línea de fortificaciones y sus particularidades estructurales están, pues, suficientemente atestiguadas, mientras que respecto a la ciudad sólo conocemos la dirección general de las calles.»

2. Depósito (?) de grandes ánforas rodias excavado en Villanova (Rodas). Se encontraron unas 2.000 ánforas. Las estampillas en las asas nos permiten fechar el depósito (o quizá un muro construido con ánforas) hacia 200-180 a. de J. C. *Clara Rhodos,* I (1928), págs. 84 y sigs. (Fotografía facilitada por el profesor L. Laurenzi, director del Servicio Arqueológico de Rodas.)